

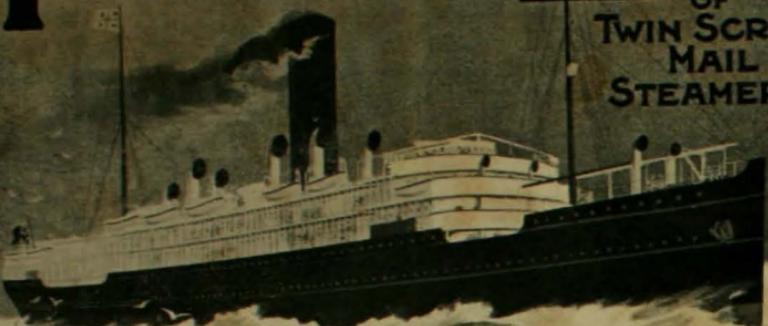
ero
1913



Prec
Un Pe

PACIFIC LINE

OF
TWIN SCREW
MAIL
STEAMERS



BRAZIL, RIVER PLATE AND WEST COAST

Calling at LA ROCHELLE-PALICE, CORUNNA, VILLAGARCIA,
VIGO, LEIXOES, (OPORTO) AND LISBON.



THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY

(INCORPORATED BY ACT OF PARLIAMENT, 1856)

27 & 33, James Street, LIVERPOOL.
HEAD OFFICES IN WEST STREET,
VALPARAISO.

The Red Dotted Line Indicates the
Ports called at by the Extra Service
from Glasgow and Liverpool to Bahia
Blanca, Port Madry, and West Coast.

Demarcation Lines of the various States approximate only.

Banco de la República



Capital totalmente pagado:
\$ 14.000,000

Dividido en 140,000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

FONDO DE RESERVA: \$ 3.000,000

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO:

Presidente

Señor GREGORIO DONCOSO

Vice-Presidente

Señor SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Pérez Eastman, Carlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Señor ALBERTO STOBER

Sub-Gerente:

Señor CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. Rancagua: Agente, señor Javier Gumucio. San Fernando: Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el extranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd., Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Cia.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegas y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los despachos del Banco de la República.



Banco Español de Chile

Autorizado por decretos supremos de 24 de Abril de 1900
y 30 de Diciembre de 1905

Capital autorizado . . .	\$ 40.000.000.00
Capital pagado	30.000.000.00
Fondo de reserva . . .	11.500.000.00
Fondo de accionistas .	295,214.18

CONSEJO DE ADMINISTRACION-VALPARAISO

Sr. FERNANDO RIOJA
Presidente

Sr. RAMON PUELLA BESA
Vice-Presidente

Señores: Pelegriño Cariola, Aníbal Herquiñzo, Genaro Torres, Luis Ugarte, Rómulo de la Vega, Francisco Vives.

CONSEJO LOCAL DE SANTIAGO

Sr. JAVIER ERRAZURIZ
Presidente

Sr. JOSE NORIEGA
Vice-Presidente

Señores: Ascanio Bascuñán Santa María, Benito Camino, Enrique Morandé Vicuña, Alejo Romañá.

OFICINAS PRINCIPALES: VALPARAISO

Sr. MANUEL FERNANDEZ G., Gerente del Banco. - Sr. MANUEL CASTRO VALDIVIA Sub-Gerente. - Sr. EMILIO ETCHEGARAY, Secretario. - Sr. MANUEL S. FERNANDEZ, Consultor General. - Sr. LUIS F. VIDELA, Jefe de Sucursales. - Señores: Enrique Jara Torres y Luis A. Larraguibel, Inspectores de Oficinas.

SANTIAGO

Sr. JOSE URETA, Gerente. - Sr. FE DERICO H. CHESTER, Sub-Gerente.

AGENTES EN LAS SUCURSALES:

Valparaíso	(Al-	Sr. Ernesto Cádiz V.	Sr. Horacio A Goldsmith
mendral			Sr. Aníbal Maturana
Santiago	(Estad-	Sr. Francisco Betzhold	Sr. Aníbal Valdivia
ción			Sr. Alfredo Garcés G.
Santiago	(San	Sr. Antonio Pincetti	Sr. Augusto Richie
Diego)			Sr. Fco. de P. Donoso
Santiago	(Vie-	Sr. Miguel Luis Larraín	Sr. Augusto Merino
Mackenna		Sr. Raimundo Batista	Sr. Juan B. Navarro
Iquique		Sr. Adolfo Ferrari P.	Sr. Almerto Briones
Antofagasta		Sr. Agustín Zavalía M.	Sr. Andrés Gazzmuri D.
Vallenar		Sr. Francisco Alvarez Z	Sr. Adolfo Morstadt
Serena		Sr. Rafael Aguirre M.	r. Julio Moas
Vicuña		Sr. Emiliano Cavañas V.	Sr. Esterio A. Ramírez
Coquimbo		Sr. Luis A. Martínez	Sr. Daniel Muñizaga
Quillota		Sr. Alejandro Urzúa	Sr. Rafael Rodríguez
S. Felipe		Sr. Juan C. Villar	Sr. Carlos Navarro
Los Andes		Sr. Carlos Irarrázaval L.	Sr. Eugenio Kramenaker
Melipilla		Sr. Arturo Wilson	Sr. Oscar Gazzmuri
Rancagua			Sr. Fernando Angelbeck

AGENCIAS EN EL ESTRANJERO:

LONDRES

London County & Westminster Bank Ltd
London Bank of México & South America Ltd.

PARIS

Comptoir National D'Escompte de Paris
Crédit Lyonnais

HAMBURGO

Banco Español del Río de la Plata

MADRID

Banco Hispano Americano
Señores García, Calamaro y Cia.

GENOVA

Banco Español del Río de la Plata

NUEVA YORK

Señores W. R. Grace & Co.
The National City Bank of New York

RIO JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS AIRES

Banco Español del Río de la Plata

BOLIVIA

Banco Nacional de Bolivia

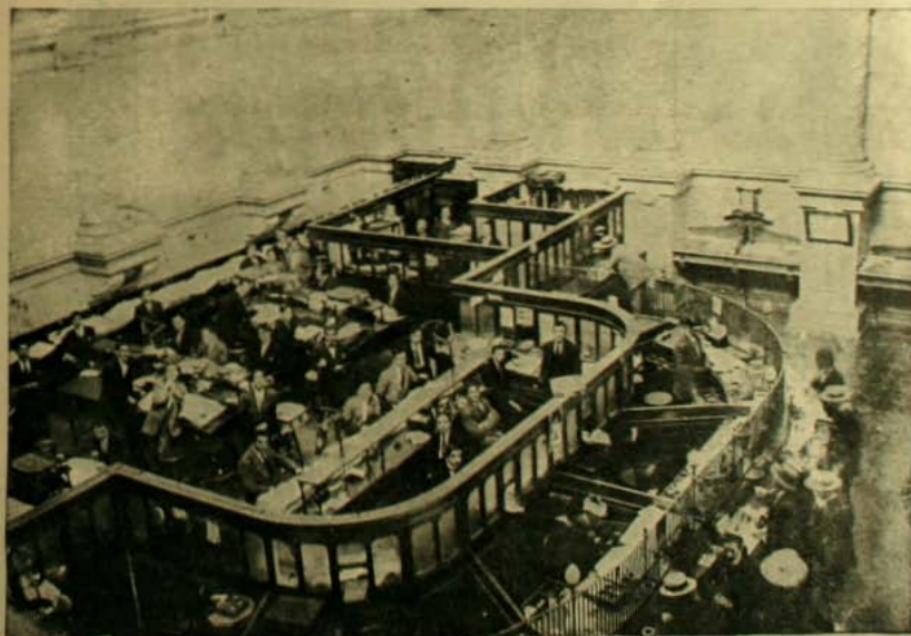
LIMA

Banco del Perú y Londres

Buenos Aires

Banco Italiano

Gira sobre todas las plazas de España por cualesquier cantidad y en condiciones ventajosas; emite giros y cartas de créditos sobre las plazas de Europa, etc., etc.



JULIO HUDSON

Huérfanos esq. Morandé

Agente en Chile para las siguientes Fábricas:

JOHN COMPTON & SONS

Uniformes, Equipos Militares y Navales.

WILLIAM TURNER & SON

Aceros, Herramientas y artículos para Ferrocarriles, Fábricas é Industrias.

FALCON RAILWAY CARRIAGE & WAGON WORKS

Carros y material rodante para Ferrocarriles.

JOHN DICKINSON & Co. LTD.

Papeles y artículos para escritorio, libros, etc.

EDWARD LLOYD LTD Papel para Diarios.

CHUBB & SONS

(Sub-Agencia), Cajas de Fondos y Bóvedas de Seguridad.

JOHN CRAIG & SONS Géneros de Lana y Algodón.

— ENCARGOS A EUROPA —

Confitería Santiago

Comestibles y Conservas

AHUMADA ESQ. HUERFANOS

Chocolates, Frutas y Marrons de todas marcas. Conservas. Vinos y Licores importados dc todas clases.

Esmero en atención de banquetes —

Francisco Barrio y Cía.

*Despues de una buena comida
preparada con el exquisito aceite Sasso,
cualquiera taza de
te es buena*



COMPAÑIA DE GAS ACETILENO

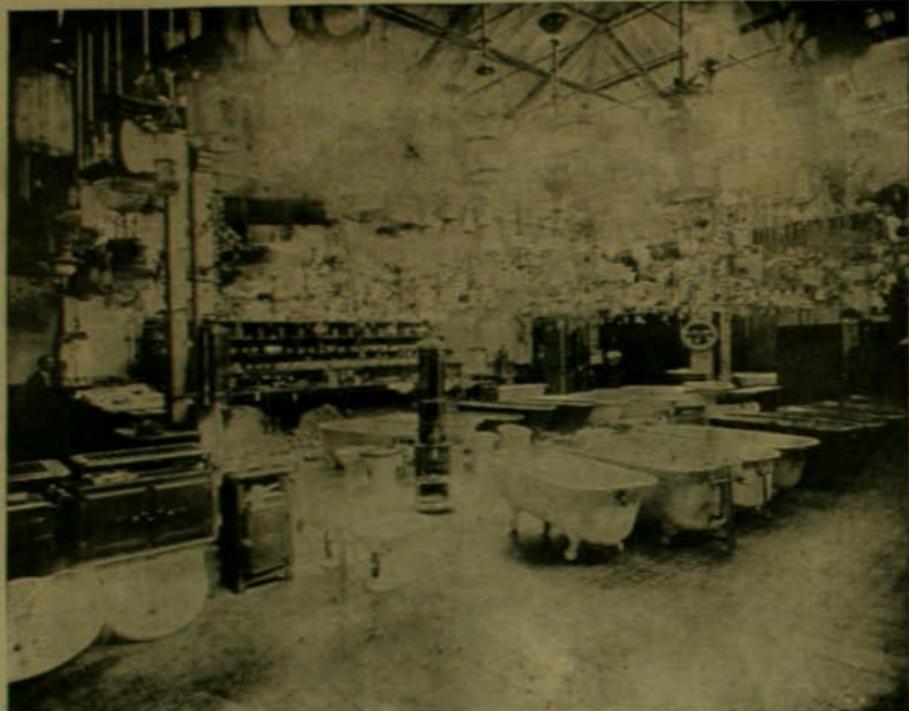
CAPITAL PAGADO; \$ 750,000

VILLA PARAISO
Calle 786, 130

SANTIAGO
Agustinas, 1067

TALCA
1 Sur, n.ºm. 530

CONCEPCION
Barros Arana 900



Instalaciones completas de alumbrado a Gas Acetileno con el aparato

EL HIC[®]

adaptada por el Supremo Gobierno para el servicio de alumbrado de las Estaciones de los Ferrocarriles del Estado, Liceos, Penitenciarias, Cárcel, Cuarteles del Ejército, Etc., Etc.

Tiene constantemente el surtido más variado y al precio más bajo en Baños enlozados y esmaltados, Lavatorios, Bidets, Excusados silenciosos y corrientes, Calentadores para baños.

Lámparas combinadas para gas y luz eléctrica y para gas solo, modelos sencillos y de lujo.

MECHAS INCANDESCENTES para todos los alumbrados a precios sin competencia

CARBURÓ D. CALCIO como siempre al precio mas bajo de plaza

Cornelio 2.^o Aravena

TELEFONO INGLES 552
CORREO: CASILLAS 663 SANTIAGO

Calle Bandera núms. 530 al 536

Se encarga de gestionar la compra-venta, arriendo y
permuto de fondos y propiedades rústicas y urbanas.

A los capitalistas coloco su dinero sin cobrarte comisión

Tiene constantemente en venta sitios en todos los barrios de esta ciudad, que se pagan con grandes facilidades

Sección Especial de Venta de Sitios por el sistema ventajoso de Clubs

Atiende principalmente la tramitación de Préstamos Hipotecarios con Bancos y particulares, comisión módica, negocios rápidos. Conversiones de deudas con anticipos de fondos; compra-venta de Acciones y Bonos.



Señores Agricultores:

Antes que ustedes se resuelvan por la compra de uno u otro sistema de Trilladora infórmense bien sobre la "AVERY" que es la gran Trilladora del día y que está por triunfar en el mercado chileno como ya lo ha hecho en la Argentina en los últimos diez años.

Rendimiento grande. Limpieza perfecta de granos sin partírlos. Construcción sólida y sencilla. Estas son las principales ventajas fuera de muchas otras, que aquí no mencionamos.

Páseen a ver una máquina armada en nuestra oficina: BANDERA 419.

SAAVEDRA BENARD y Cía.

Importadores de Máquinas modernas y afamadas

A LOS AGRICULTORES

Ponemos en conocimiento de nuestros amigos y de los agricultores en general, que para el 1.o de Febrero próximo quedarán terminadas las grandes bodegas que hemos construido en el barrio de la Estación Central para la recepción y bodegaje de toda clase de FRUTOS DEL PAIS. Nuestras nuevas bodegas por ser de construcción moderna son bastante ventiladas, libres de gorgojos y de ratones. La tarifa de bodegaje que tendremos será la más baja de plaza y ANTICIPAREMOS FONDOS a los que lo soliciten, sobre la carga que se deposite en nuestras bodegas.

COMPRAMOS
TODA CLASE DE FRUTOS DEL PAIS

BESA y Cia.

Plaza Santo Domingo

SUMARIO

Pág.

CHILE EN 1912.	3
CRISTO EN EL CEMENTERIO DE LOS NIÑOS. V. D. Silva	10
EL UNIFORME DE UN EJERCITO.	12
Ilustraciones de P. Subercaseaux	
LAS TRINITARIAS... <i>Episodio nacional, J. Diaz Garcés</i>	14
Ilustraciones de P. Subercaseaux	
LOS CABALLOS CUEVANOS.	31
DE PILLO A PILLO.	41
Dibujos de P. Subercaseaux.	
EL PORVENIR DE LA GUERRA NAVAL.	45
LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA. A. Edwards	47
EL CUERPO SIN ALMA.	58
Ilustraciones de Martín.	
EL PASADO Y EL PORVENIR DE MAGALLANES.	63
BASEMOS A NUESTROS NIÑOS.	89
CRÓNICAS DE HIGIENE Y MEDICINA.	92
UNA HISTORIA DE AMOR. M. de Fuenzalida	97
EL PROBLEMA DE LA IRRIGACIÓN EN EL PERU.	114
¿CUANTO CUESTA UN VIAJE A EUROPA?... J. de Avila	115
LAS SIRVIENTES.	127
PROBLEMAS AGRICOLAS.	130
Ilustraciones de Martín.	
LA BOTELLA ENCANTADA. F. Anstey	137
Ilustraciones de H. R. Millie.	

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACÍFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



LA OFRENDA
por Lord Leighton.



PACIFICO

MAGAZINE



— Que ayer

VOL. I.—Santiago de Chile, Enero de 1913—NºM. 1

— Que mañana

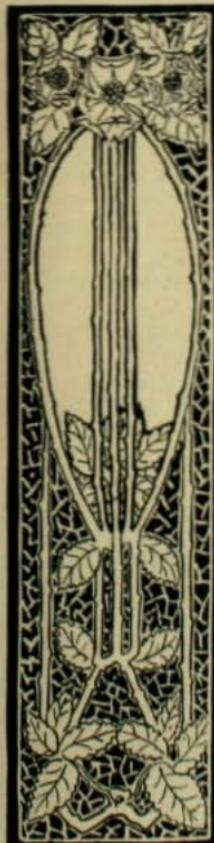
CHILE EN 1912

**LA POLITICA
EN 1912**

presidido por el Sr. don Ismael Tocornal y compuesto por miembros de los diversos partidos políticos: Sánchez García de la Huerta, nacional, en Relaciones Exteriores; Ovalle, conservador, en Industria; Roseot, radical, en Guerra; del Río, liberal democrático, en Justicia; y Montenegro, del mismo partido, en Hacienda. Gabinete universal, recibió el encargo de presidir las elecciones del mes de Marzo para renovar parte del Senado, la Cámara de Diputados y las Municipalidades. La intervención gubernativa no se hizo sentir en forma aguda, salvo en Santiago por parte de la policía, que burló al Ministro Tocornal; pero los partidos abusaron en tal forma del fraude, de los registros viciados, de las actas supuestas y de los escrutinios falsos, que la opinión pública condenó con violencia las elecciones, reclamando una inmediata reforma. Hasta hoy la reforma no llega y es conveniente recordar al Congreso que un clamor tan vivo y universal no puede ser desoído sin peligro.

Después de este Gabinete, que no satis-

facia a los partidos inquietos ni les ofrecía el reparto de los puestos públicos en proporción a las fuerzas respectivamente ganadas en Marzo, se constituyó una mayoría parlamentaria destinada a ser fuerte por su número. Pudo creerse que los partidos liberal democrático y doctrinario, al pactar con los conservadores, ofrecían al país un gobierno de tal manera sólido que podía pensarse en un sólo Ministerio destinado a acompañar al señor Barros Luco hasta el fin de su Gobierno. La prensa manifestó la solidez de tal combinación y pidió un Gabinete compuesto de jefes de partido u hombres de primera línea. Esta exigencia, que aún no logra ser impuesta, pero que, indudablemente es un *desideratum* de la opinión, que ha de buscar muy pronto ocasiones más eficaces de hacerse oír, no fué atendida, y el señor Rivera Guillermo, senador de Valparaíso, organizó un Gabinete, que cayó días después de su presentación al Congreso con las ruidosas interpelaciones al titular del Ministerio de Industria, señor Belfor Fernández. La combinación política que lo sostenía, daba al jefe del partido liberal - democrático, señor Sanfuentes una situación preponderante de árbitro entre los tres partidos y de apoderado del





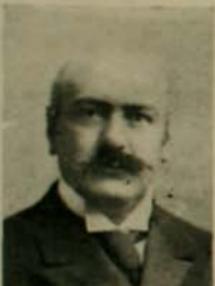
Don Ismael Tocornal

del conservador, lo representado en el Ministerio.

La crisis ministerial que siguió a la renuncia del Gabinete Rivera-Figueroa, probó la dificultad de organizar un Gabinete meramente político. Era necesario gobernar y administrar. Se formaba de la antigua Junta de Reforma Municipal una Liga de Acción Cívica, cuyo programa encontraba eco en el Gobierno mismo, y señalaba los numerosos y urgentes negocios que se agolpaban a la atención de los hombres de Estado. Después de diversos intentos, el señor Guillermo Barros, liberal doctrinario, alejado de la política, formaba el Ministerio llamado de administración que dura hasta la fecha, sin encontrar en el Congreso, ni cooperación eficaz ni hostilidad sistemática.



Don Guillermo Rivera



Don Juan Luis Sanfuentes

REFORMA MUNICIPAL Y ELECTORAL

La falsificación de los registros electorales había ido entregando a los agentes inescrupulosos de los partidos el mecanismo de cada elección.

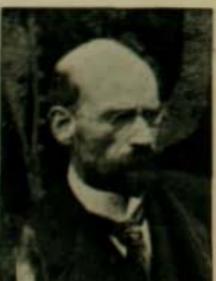
Estos mismos elementos no tardaron pues en usar en su propio beneficio las fuerzas fraudulentas de qué disponían y organizar una verdadera empresa explotadora de los servicios de aprovisionamiento de la ciudad y de la licencia en los garitos, expendio de bebidas alcohólicas y lugares de mala vida. Una inteligencia natural entre el bajo personal edilicio y el bajo personal de la policía, trajo completa desmoralización en la

ciudad y aumento en los delitos de sangre por el creciente desborde del alcoholismo. Una Junta de Reforma Municipal, compuesta de pocos pero decididos ciudadanos, inició campaña contra el Municipio pasado, se abrió un largo sumario contra la mayoría, fueron muchos de sus miembros conducidos a la cárcel y se comprobaron fraudes y corrupciones habituales. La nueva Municipalidad fué elegida en Marzo con los mismos elementos y vicios de la anterior y aún con peor personal, desafiando así al vecindario de la capital. La Junta de Reforma, convertida ya en la Liga de Acción Cívica, convocó a un comicio a los más respetables ciudadanos para el primer Domingo de Mayo y se impidió la reunión legal de la Municipalidad fundándose el acto en la ilegalidad de la existencia. Reclamada la ilegalidad ante los tribunales éstos la han decidido en todas las instancias.

Como era natural, aún no ha podido obtenerse la reforma electoral solicitada, con tanta instancia, del Congreso. En vez de ir a la depuración de los registros, se ha tratado de introducir un sistema electoral de perfección indiscutible pero de dudosa oportunidad e inadecuado a las necesidades del país. ¡Siempre los ideólogos!

LEGISLACION SANITARIA

La Liga de Acción Cívica convocó a una asamblea a numerosos ciudadanos y recibió las adhesiones más valiosas de las provincias, para pedir al Gobierno el pronto despacho de la ley de agua potable para Santiago, del Código Sanitario y de la garantía de los capitales destinados a las viviendas para obreros. El Código Sanitario es reclamado con energía por todo el país. La fiebre amarilla desalojada de otros



Doctor Corvalán Melgarejo



Don Paulino Alfonso

pueblos ha venido a tomar carta de ciudadanía en los puertos del Norte. Sobre esta desastrosa página del año que termina, nuestro dibujante Wiedner ha trazado un vigoroso dibujo que presenta el desamparo de esa región, sometida ante el tribunal de las naciones, a la soberanía impotente de un país que carece de las armas suficientes para defender sus puertos de la infeción.

DESORGANIZACION DEL EJERCITO DE CHILE

pública, es en el Ministerio de la Guerra. Las frecuentes crisis y suspensiones de gobiernos, han llevado al Dept. de Guerra y Marina a ciudadanos bien intencionados; pero de una ineptitud inverosímil. El organismo intelectual y delicado del Ejército se ha sentido inmediatamente. Ha sido éste una máquina de precisión entregada durante largo tiempo a las manos rudas e inhábiles del primero que pasaba por la calle. No han tardado en notarse la relajación de sus plazas, las grietas en la estructura general de su organización, la marcha desconcertada de los diferentes resortes. El malestar que ha causado esta situación en el Ejército; la necesidad que encontraban los miembros más cultos de su personal, de comentar los errores cometidos a costa del prestigio y buena marcha de la institución; hizo nacer la torpeza de dar crédito a rumores tendenciosos de uniones y ligas militares con fines políticos. Malos elementos policiales ofrecieron denuncias al Gobierno y éste acogió a veces la delación sin recordar que es una arma poderosa que esgrimen generalmente los hombres sin valor moral contra aquellos que excitan su celo o sus envidias. Felizmente hubo buen sentido para evitar que el Gobierno sigulera fomentando, con su desacertada conducta, este germen de indisciplina; pero conviene dejar constancia de esta incidencia en el análisis tranquilo que hacemos, en estas páginas, de los hechos del año pasado, para señalar después las responsabilidades en más próximos estudios.

El retiro del general don Vicente Palacios, fué la revelación de las penosas relaciones del personal directivo militar con el titular civil del departamento. La Comisión Mix-

Donde se ha podido observar el año 12, todo el mal que causa la pésima política chilena en la administración pública.

ta de Presupuestos ha dado un golpe elegante a la institución con la rebaja de la dotación de tropas y las economías inconsultas en el departamento administrativo militar.

La Cámara de Diputados se ocupa de subsanar estos errores que ponen al Ejército de Chile en condición de grave inferioridad respecto de la Argentina, y en mal terreno para cualquiera movilización a plazo fijo.

La desorganización del ejército ha venido a paños lentes, a causa de la inexperiencia de los Ministros, del mal personal de generales que toca en suerte a nuestra popular e histórica institución y de la falta de conocimiento del papel que corresponde a las fuerzas de tierra de Chile en su obra sud-americana que deseamos pacífica pero determinada.

ADQUISICION DE ARMAMENTO

Desde los primeros meses del año 11 se agitó en la prensa y en especial en las columnas de "El Mercurio", "El Diario Ilustrado" y "La Mañana", la cuestión de las grandes adquisiciones de armamento mayor y menor para el uso del ejército. Según ha aparecido de la numerosa documentación publicada y exhibida en diversas ocasiones, durante el curso del año, las casas proveedoras alemanas emplearon una considerable cantidad de intermediarios y agentes en estos grandes negocios, levantando sospechas molestas para cierto alto personal del Ejército. Es natural pensar que los materiales comprados son buenos y que algunos de ellos, sin constituir la última palabra del progreso técnico en el mundo, valen más que los artículos de los competidores que luchaban en las propuestas o eran excluidos de éstas. Pero queda asimismo en plena luz que, ya



Don Augusto Matte



General Goñi

sea por debilidad e incompetencia de los Ministros respectivos, se relajó la disciplina en algunos círculos militares y hubo que lamentar intrigas y procedimientos desgraciados que en otros países habrían provocado medidas disciplinarias represivas muy energicas; queda, por último, confirmado en numerosos documentos, que para alejar en materia de compra de armamentos al agente o gestor administrativo y representantes comerciales, de las oficinas de la Moneda, conviene encargar a las Legaciones y a comisiones militares el informe y las propuestas sobre cada adquisición.

En este debate largo y obscuro, hubo incidencias como las notas del Ministro Matte, claras y energicas; las relativas a la comisión militar en Berlín y su supresión; la llegada de un cañón Erhardt a Chile y su admisión a ensayos y ensayos generales

de este cañón y del Krupp de montaña, adquiridos ya por el Gobierno antes de los ensayos definitivos. En estas incidencias han figurado los generales Pinto Concha y Altamirano en Berlín, los generales Bari y Boonen en Chile, el senador Bulnes, los Ministros y ex-Ministros de

Guerra Huneeus Alejandro, León Luco, Rossetot, Devoto y Vicuña y el periodista don Renato Valdés Alfonso.

En todo este debate ha faltado completo conocimiento técnico de las materias tratadas. Ministros inteligentes y preparados y jefes disciplinados. Las adquisiciones de armamentos han sido cuestiones ásperas y apasionadas, y en la elección de armas para la defensa nacional no debe haber pasión alguna en juego.

**EMPRESA
DE LOS
FERROCARRI-
LES**

Comenzó el año 12 con la revelación del creciente déficit en los ferrocarriles. Este déficit anual, imposible de prever, es una causa permanente de desequilibrio en los presupuestos y de penuria de recursos para el Erario. El Ministro Montenegro lo anunciaría así al Congreso en los primeros me-

ses del año pasado. "El Mercurio" publicó una propuesta hecha por el ingeniero belga don Luis Cousin, a la Legación de Chile en Bruselas, para que una empresa privada temara en arriendo los ferrocarriles por un canon determinado. *Don Enrique Zañartu sin modificar posiblemente las tarifas y participando al Estado en los beneficios. Los agricultores se oponen ciegamente a este negocio, que sería el más provechoso que pudiera emprender el Fisco chileno, ya que podría hacer todos los puestos y ferrocarriles que faltan al país sin aumentar la enorme cantidad anual destinada ya a servir la deuda externa. No es necesario hablar de empresa arrendadora extranjera; puede serlo nacional y encontraría capitales a buen precio en Bélgica y Francia. Fuera del elemento electoral que destroza los ferrocarriles y malgasta cien millones cada cuatro o cinco años, no hay nadie en Chile que pueda considerarse lesionado con un arrendamiento de la red central. Así comenzó el debate en los meses de Marzo y Abril.*

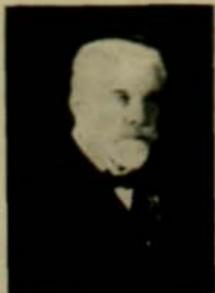
Pronto habría de cambiar de faz. Con motivo de la interpelación del diputado Enrique Zañartu, se llevaron al Congreso algunos carros con material menudo adquirido por una repartición de la Empresa llamada Sección de Materiales. Ellos probaban derroche de muchos centenares de miles de pesos. Se provocó la salida del director M. Huet; pero se detuvo allí en el primer paso la investigación de los derroches de millones.

El público debate ha comprobado:

Primero. — Que la política corrompe los ferrocarriles dificultando los ascensos, manteniendo malos elementos en los puestos elevados, facilitando la reincorporación de los que han salido por procesos diversos, amparando a los interventores en las elec-



General Silva Renard



Don Omer Huet

ciones contra las medidas disciplinarias que se toman en su contra y haciendo imperar la incompetencia en todas las secciones en que se requiere preparación y tecnicismo del personal.

Segundo.—Que las maestranzas de los ferrocarriles sobre imponer un mayor gravamen de cinco a seis millones anuales al Estado por exceso de injustos jornales pagados por debilidad gubernativa ante un movimiento sedicioso, no tienen los medios necesarios para reparar el material destruido, son anticuadas y consumen operarios sin rendimiento y dan lugar a pérdidas enormes y difíciles de precisar.

Tercero.—Que la contabilidad de la Empresa es desordenada, deficiente, contraria a los métodos comerciales en uso y no ofrece ni datos estadísticos exactos, ni control suficiente, ni balances verdaderos.

Cuarto.—Que el fraude en la adquisición de materiales es el menor entre los numerosos que se cometan a diario en los billetes de pasaje, carbón, conservación de vías, fuera del derroche que importa la falta de pericia en el arrastre de material con gran tonelaje muerto, para los productos agrícolas que son más voluminosos que pesados.

Quinto.—Que la anarquía ministerial por una parte y la intervención de la política por otra, harán inútil o aparente toda la reorganización que se emprenda.

Sexto.—Que, hasta este momento, la inspección de oficinas fiscales es el único medio que tiene el Ministerio del ramo para comprobar la extensión de la anarquía en los ferrocarriles del Estado.

RELACIONES INTERNACIONALES

El Mensaje al Congreso, enviado por S. E. el Presidente de la República, con motivo de la apertura de las sesiones ordinarias, se refería especialmente a las relaciones de la República con Bolivia y el Perú.

Es en la frontera norte donde están radicadas desde hace tiempo todas las cuestiones que perturban el horizonte internacional del país y los hombres de Estado pueden convencerse de que deberán estar siempre allí fijos los ojos vigilantes de los chilenos. El ferrocarril de Arica a La Paz no encuentra aún facilidades para descender hasta la ciudad término indispensable de esta vía férrea. Aunque se sepa que esta es simple-

mente una cuestión comercial, de regateo, no deja de ser odiosa, pues será necesario fijar un plazo breve para terminar este enojoso incidente con lo cual es peligroso entrometer la benéfica tranquilidad de nuestra cancillería. Es doloroso agregar que en las dificultades surgidas con Bolivia se ha encontrado siempre la mano insidiosa de algunos interesados chilenos en los falsos títulos del Toco. Si estas cuestiones hubieran sido reveladas con mayor crudeza a la opinión, durante el año recién pasado, una verdadera tempestad de indignación habría marcado estos manejos de lesa-patria. Se cree sin embargo que, antes de poco, las cuestiones con Bolivia se arreglarán en términos honrados. Esta República tiene con Paraguay cuestiones de fronteras más complicadas de lo que se piensa ordinariamente.

El Mensaje presidencial señalaba la necesidad de acentuar en Tacna la política que viene siguiéndose por Chile en esas regiones, sin dudas ni debilidades; pero con falta de concierto desde hace pocos años. "El Mercurio" y "La Mañana" indicaron la conveniencia de dar representación parlamentaria en el Congreso chileno a esas provincias; pero la política interna revuelta y la falta de unidad de miras en tan delicado asunto, impidió el despacho de ley correspondiente.

En esta situación, y llegado al Ministerio de Relaciones don Antonio Huneeus, hombres patriotas y emprendedores del Perú y de Chile se pusieron en relación para dar término a la controversia sobre el plebiscito que, según el tratado de Ancón, deberá decidir de destino final de las regiones que fijan la frontera norte del país. Estas gestiones privadas se cambiaron en oficiales y, antes de poco tiempo, en oficiales. La masa general de la opinión que, por un sentimiento instintivo de justicia y de humanidad, es partidaria de la paz, se abstuvo de manifestar su juicio en el debate, ya por falta de conocimiento de los detalles del arreglo, ya por considerar que la cordura y patriotismo del canciller daban garantías de buen éxito a las negociaciones.



Don Guillermo E. Billinghurst

Las bases del arreglo, canjeadas en 10 de Noviembre, sobre prórroga de veintiún años para la fecha del plebiscito, voto de chilenos y peruanos con residencia de tres años, y junta directiva de las operaciones compuesta de tres chilenos y dos peruanos, fueron aceptadas por "El Mercurio" y "El Diario Ilustrado" de Santiago y por todas las personas interiorizadas en las negociaciones proseguidas en los últimos quince años con el Perú. La mayoría del Senado era francamente favorable a la reanudación de las relaciones con el pueblo vecino. Pero, últimamente, el Gobierno de Chile ha creído conveniente suspenderlas hasta no aclarar puntos dudosos de la política seguida en Lima por el Presidente Billinghurst. Es de esperar que, antes de poco, sea posible proseguir con ligeras variantes la satisfacción de este justo anhelo de la opinión ilustrada de ambos países.

OBRAS SOCIALES BENEFICENCIA Y CARIDAD

Se ha hecho notar durante el año 12, el Consejo Superior de Habitaciones para Obreros, que ha inaugurado en Santiago un nuevo barrio higiénico a precios de alquiler muy bajos y en condiciones de asegurar la propiedad al arrendador, mediante un pequeño exceso sobre el canon, o a su familia por la soja muerte de aquél. La legislación sobre los accidentes del trabajo pende aún del conocimiento del Congreso y será necesaria una gran catástrofe obrera para arrancarla al fin de su desidia. Las Ligas contra el alcoholismo y la tuberculosis, de iniciativa privada, han hecho laudables esfuerzos en estos vastos campos de acción social.

La primera ha estimulado y facilitado la patriótica labor del Intendente de Santiago en la persecución de tabernas clandestinas y situadas en contravención a la ley; la segunda ha comenzado, con un parque de salud de modestas proporciones en las vecindades de San José de Maipo, la obra salvadora de la raza que ha emprendido desde hace años.



Don Pablo A. Urra

Prossiguiendo un fin altamente moralizador, pero aún poco popular en los pueblos latinos, un grupo de inteligentes y distinguidas señoras de la sociedad de Santiago, con el nombre de Liga de Damas Chilenas contra la licencia teatral, ha iniciado la obra de examinar las piezas que suben a los escenarios de la ciudad y avisar a las familias sobre sus condiciones de moral o crudidad. La Liga cuenta con un "Eco", periódico redactado con talento y espíritu y empieza a abordar más amplias tareas como la de protección al trabajo femenino que nos ocupará más de una vez en las páginas del "Pacífico Magazine".

El Patronato de la Infancia inició el año pasado una colecta popular, que efectuará todos los años, y que produjo la suma de treinta a treinta y cinco mil pesos. La Protectora de la Infancia, las Creches y otras sociedades de caridad han hecho como siempre un llamado a la caridad del vecindario de la capital.

FERROCARRILES INTER-OCEANICOS

Un poderoso sindicato compuesto de capitales franceses, ingleses y norteamericanos, bajo la dirección del experto hombre de negocios, Mr. Farquharson, ha realizado en el Brasil y en Bolivia interesantes construcciones de puertos, navegación fluvial y vías férreas que aseguren las comunicaciones terrestres interoceánicas en el corazón del continente sud-americano. El sindicato ha puesto mano en la línea de la Peruvian Corporation de La Paz a Mollendo y ha adquirido gran parte o el total de acciones del ferrocarril de Antofagasta a La Paz. Diversas secciones de esta misma colosal empresa pretenden y alcanzan concesiones de tierras para colonización en Bolivia y Paraguay y obtienen algunas ferrocarrileras en el Uruguay; pero escinan en la Argentina. En Chile existen en proyecto algunos trasandinos como el de Salta a Mejillones, resistido ciegamente y obstinadamente por los agricultores del Congreso, pero que habrá de realizarse por la lógica comercial de las cosas. Ligado a estas grandes empresas están las ideas de un puerto libre en Arica y la pronta llegada del ferrocarril al bajo de La Paz.



Don Francisco A. Encina

**EL PROBLEMA
DE LA
ENSEÑANZA**

El Congreso de Instrucción Secundaria de 1912, marcará en lo futuro el punto inicial de un grande y fecundo movimiento en el campo de la Enseñanza. Entre los problemas allí planteados, el de mayor trascendencia para el progreso del país, fué sin duda el de la reforma de la educación, en el sentido de hacerla más práctica y más adecuada para servir las necesidades económicas de la República. Cupo la honra de iniciar esta campaña al distinguido publicista don Francisco Antonio Encina, en su libro "Nuestra inferioridad económica". Esta obra, que no será fácilmente olvidada, señaló como una de las causas principales de esa inferioridad, los rumbos teóricos y sobrado idealistas de la Enseñanza pública en Chile. La semilla arrojada por el señor Encina no cayó en terreno estéril. En el Congreso de instrucción el viejo espíritu se batía en retirada.

Por otra parte, fué un hermoso y consolador espectáculo, el presentado por el mencionado Congreso. En él se pudieron apreciar los grandes progresos alcanzados por nuestro personal de Enseñanza, no sólo en cultura intelectual, sino también en tolerancia y respeto por todas las creencias, señal evidente de mejora moral y adelanto científico.



Don Guillermo Subercaseaux

**LA CUESTION
ECONOMICA
EN 1912**

Nuestro problema monetario es eterno. Hace mucho tiempo que a este respecto sólo vivimos de expedientes. Cada uno o dos años se produce una crisis de circulante que pone en peligro a las instituciones bancarias.

Entonces se legisla bajo la presión de las angustias del momento, sin la calma

necesaria y procurando sólo evitar los peligros más apremiantes. Una de estas crisis estalló en los primeros meses de 1912. Se propuso para salvarla, un sistema nuevo, antes no ensayado, a que se dió el nombre de Caja de Emisión. Según sus autores este mecanismo iba a dar elasticidad al circulante, evitando en lo sucesivo la repetición periódica y frecuente de las crisis monetarias. No ha sucedido así, por desgracia, y ya en los círculos bancarios se habla de tocar otros recursos.

¿Por qué no ir franca y derechamente a una reforma definitiva de nuestro defectuoso sistema monetario?

**EL GRAN
PROBLEMA**

Estos por qué pueden repetirse hasta lo infinito.

¿Por qué en Chile el curso forzoso con todos sus males ha llegado a constituir una enfermedad crónica e incurable?

¿Por qué agoniza nuestra marina mercante antes tan floreciente?

¿Por qué mientras las playas insalubres de la América tropical se han convertido en países sanos, penetra en el nuestro la fiebre amarilla, y conservamos un índice de mortalidad comparable tan sólo al de los fatídicos pantanos del Ganges?

¿Por qué no se promulga un Código Sanitario?

¿Por qué no somos capaces de resolver en una u otra forma los problemas internacionales pendientes?

¿Por qué continúan haciéndose las elecciones con registros viejísimos y evidentemente viciados?

¿Por qué no se reforma la defectuosa ley municipal?

¿Por qué los ferrocarriles del Estado permanecen en la más absoluta desorganización, ocasionando al Fisco ingentes gastos que desequilibran el presupuesto nacional?

¿Por qué se quebranta de día en día, el espíritu de disciplina en el ejército y la marina?

¿Por qué en fin, ningún problema se resuelve, ninguna institución se mejora ni se reforma ningún resorte político o administrativo?

Porque falta el instrumento. Tales trabajos necesitan de uno, y se llama gobierno.

Forjar ese instrumento indispensable del progreso social, es la nueva necesidad política. Bienaventurados los hombres y los partidos que sepan llenarla.

CRISTO EN EL CEMENTERIO



Cristo, el divino vagabundo,
el milagroso Redentor,
se despedía ya del mundo.
Iba a los Reinos del Señor
cuando de pronto en su camino
dió con un grupo femenino
dehecho en muestras de dolor.

Todo aquel haz de caras mustias,—
caras de llanto y emoción,—
le pareció un montón de angustias
sobre una gran desolación.
Todas lloraban por un niño
en quien pusieron el cariño
de su doliente corazón.

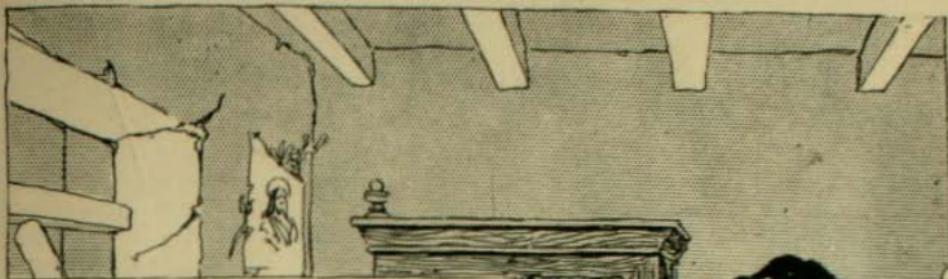
Iban en marcha al camposanto
el pequeñuelo a sepultar.
El, fué la gloria y el quebranto
entre el hastío de su hogar,
y ahora—masa inerte y fría,—
no ve la clara luz del día
ni oye el materno sollozar.

Cristo siguió tras el cortejo
a impulsos de ávida piedad.
Ensombrecido el entrecejo
y llena el alma de ansiedad,
pensó en la eterna y cruda guerra
que al niño mueven en la tierra
el hambre, el frío y la orfandad.

Pensó que el niño es la simiente
que hay que cuidar, que el porvenir
brilla en el fondo de su mente
como la estrella en el zafir;
por él existe cuanto existe
y nunca el mundo está más triste
que cuando un niño va a morir.

Vió luego abrirse la ancha huesa
en donde todo tiene fin,
vió en el cadáver hacer presa
al gusanillo torvo y ruín;
pero no vió en las tumbas solas
ni siemprevivas ni amapolas
y, a su pesar, pensó en Cain...

DE LOS NIÑOS



Y entonces Cristo, dolorido
de ese abandono, hizo nacer
flores en medio del olvido
que hozó las tumbas hasta ayer.
¡Y no ha de ser su brillo eterno
si las dejó al calor materno
del corazón de la mujer!

Y prometió que nunca habría
de regresar, sin que también
tuviesen ellos su alegría...
¡Nada les llega del desdén
de los humanos, porque ahora
es para ellos dulce aurora
la Nochebuena de Belén!

Madres que nutren con sus pechos
que dan su sangre y su virtud
a tantos niños contrahechos,
a tantos hijos sin salud!
Madres que sufren la tortura
de amamantar su criatura
para el horror del ataúd!

Por vuestra fe subió al Calvario,
por vuestro amor murió Jesús.
Su cruz de inmenso vicionario
ha precedido a vuestra cruz.
Cuando lloráis a vuestro hijo
la luz que os brinda el crucifijo
es superior a toda luz.

Cristo, el divino vagabundo,
el milagroso Redentor,
todos los años viene al mundo...
Y El, el Maestro del dolor,
se va a un rincón del camposanto
porque los niños son su encanto,
los predilectos de su amor.

No padecáis por los pequeños
a quienes disteis vuestro adiós,
Nunca perturben vuestros sueños,
porque hay quien de ellos marcha en pos.
¡No duermen faltos de cariño,
porque en sus tumbas, hecho niño,
ruega con ellos el buen Dios!

El uniforme de un Ejército debe ser como la bandera

UNA INSIGNIA NACIONAL HISTÓRICA

ILUSTRACIONES DE P. SUBERCASEAUX

En nuestro país la vida nacional es de flujos y reflujo. El entusiasmo irreflexivo nos lleva violentamente a un extremo; la decepción nos provoca un retroceso igualmente violento. Al adoptar la instrucción militar prusiana no estuvimos satisfechos hasta no ver vestidos a nuestros soldados como a los del Kaiser. Si "el hábito no hace al monje", muchos estiman que el uniforme alemán hizo sonreír a algunos. Nuestros oficiales que caen, por regla general, de un perfil griego o medianamente regular, no encuadraban bajo la gorra de corta visera, o bajo el casco con las imitaciones de las águilas alemanas. ¿Qué decir de los soldados? Pero luego nos habituamos al espectáculo y hoy habrá muchos que estiman que el traje alemán es el más adecuado para el físico de nuestros militares. Entre tanto, hemos olvidado para siempre nues-

tras tradiciones. Se comprende esta importación del uniforme en un país nuevo, en una colonia, en que no hay antecedentes guerreros; pero en Chile, donde aún resuenan como redoble de tambor los históricos nombres de los Húsares de la Muerte, de los Cazadores, de los Granaderos, del Valdivia, del viejo Buín, es un crimen de lesa patria haber mandado a los museos todo el traje tradicional para vestirse a la prusiana.

A nuestro adicto militar en Roma, el comandante Quiroga, el Rey Victor Manuel felicitó por la instrucción militar alemana en el Ejército de Chile; pero al examinar el uniforme, agregó: "No comprendo por qué razón han llevado tan lejos el espíritu de imitación; el uniforme debe ser nacional; el país que se diferencia de otro por sus fronteras y su pabellón, debe tener soldados también diferentes. Un



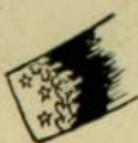
(Fig. 1)
Mayor de artillería en traje de parada.

pueblo militar debe conservar su uniforme como una insignia nacional". En otras ocasiones que la prensa diaria ha solidó recordar, el uniforme del ejército chileno ha sido criticado. Es digno de recuerdo el incidente creado a uno de nuestros oficiales en Europa, que acompañaba al Ministro de Chile a una solemnidad, con el uniforme de parada. Desde el momento en que el oficial chileno apareció en la tribuna oficial, el adicto militar alemán comenzó a observarlo impertinentemente, fijándose el monóculo sobre todos los detalles de su traje. Continuó su tarea por preguntar a todo el mundo de dónde salía ese supuesto oficial alemán y lo preguntó, por último, a nuestro compatriota. Se manifestó admirado de que hubiera un ejército que hubiera copiado el uniforme alemán y, con cierta ironía, agregó que era una manifestación comovedora de las simpatías de Chile por Alemania. Probablemente quiso decir también que era infantil una copia tan exacta del original. Es natural suponer que, cualquiera que sea la satisfacción que produzca en Alemania la influencia de sus instituciones armadas en un ejército extranjero, causará ex-

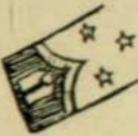
trañeza la copia de su uniforme. No borremos de nuestro Ejército sus mejores recuerdos; no hagamos desaparecer la memoria de la leyenda que lo hace popular y lo encarna con todas las glorias patrias; no lo vistamos con los arreos que recuerdan los triunfos de otro país sobre un hermano de raza, pues al fin y al cabo, mayores vínculos intelectuales tenemos con Francia que con Alemania. En todo caso, no significa volver a la antigua organización de nuestro Ejército tomar parte de su uniforme, adaptándolo a las modernas necesidades.

Nuestro colaborador artístico, Sr. Pedro Subercaseaux, cuya especialidad en materias militares, manifestada con elo- cuencia en sus cuadros celebrados en Argentina y Chile, ha hecho prolijos estudios para presentar al Ejército algunas bases de una modificación del uniforme en el sentido nacional que deseamos, ha suprimido todas aquellas insignias eminentemente prusianas; ha buscado en la tradición

General de División. (General de Brigada, dos estrellas).



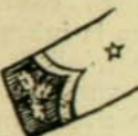
Coronel. (Infantería).



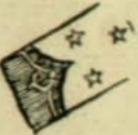
Teniente Coronel. (artillería).



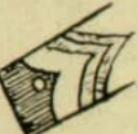
Mayor. (Estado Mayor).



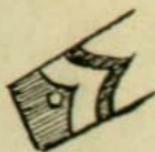
Capitán. (caballería). Teniente primero, dos estrellas; Teniente segundo, una.



Sargento primero. (Sargento segundo, una jineta).



Cabo segundo. (Cabo primero, dos jinetas).



(Fig. 2)

chilena algunos elementos, como los colores distintivos de cada cuerpo, en especial para los de caballería; ha tratado de hacer un traje simpático, marcial y económico.

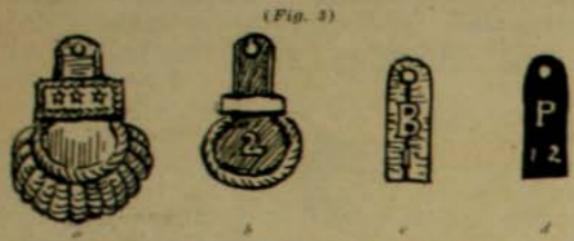


Fig. 2.—Charreteras y presillas. a) de general, b) de oficial de caballería, c) de oficial de infantería (parada), y d) en diario o campaña.

Los colores gris verde para el invierno y caquis para el verano, servirán para un uniforme que será de diario y de campaña al mismo tiempo, con ligeras modificaciones para parada. Las botas para las tropas montadas, serán siempre amarillas, pues se armonizan mejor con los colores adoptados y polainas para la infantería. Los correajes de la caballería e infantería serán asimismo amarillos.

El color adoptado para el uniforme de invierno, es el mismo en uso en los países más progresistas en materia militar, por ser el que más se armoniza con el fondo del país aquí. En verano el color kaki, además de más fresco, se adapta también al tinte amarillento de nuestros campos en esta estación, y con los arenales de los desiertos del norte.

En conformidad con una antigua tradición chilena, las bocamangas serían puntiagudas.... Este detalle constituye un verdadero distintivo de raza; las naciones latinas usan en esa forma la bocamanga, y rectas sólo los países sajones.

Los oficiales se distinguirían de la tropa, desde luego por los distintivos de su grado, que serían: (fig. 2):

Teniente 2.o, una estrella sobre la manga; teniente primero, dos estrellas; capitán, tres estrellas; los jefes, un galón

de oro o plata encima de la bocamanga, y además una, dos o tres estrellas, según el grado. Los generales llevarán un bordado de encina y dos o tres estrellas.

Como además en el cuello y las bocamangas, llevarán los oficiales distintivos dorados o plateados que serían; para la infantería

lo que los alemanes llaman "litzen"; para la artillería, una granada; para la caballería, un nudo húngaro; para el Estado Mayor, hojas de encina.

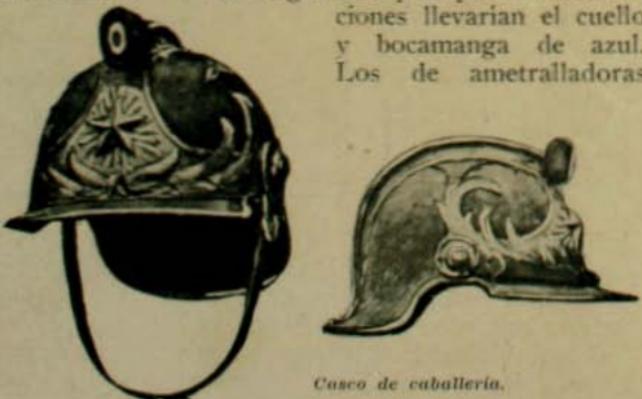
Los cuerpos de ingenieros y otros análogos llevarían en la bocamanga, los mismos distintivos que la infantería, y en el cuello uno especial para cada cuerpo; p. e. un castillo para los ingenieros.

Los generales usarán charreteras y un casco de forma particular con adornos dorados.

Todos los demás oficiales usarían una presilla cuya forma, para la caballería y para las demás armas, presentamos en la figura 3. Esta presilla sería de oro, en el traje de parada y negra, con las insignias en blanco, en la blusa de campaña.

En general, los distintivos de grado en campaña serían siempre negros.

Los ingenieros y tropa de comunicaciones llevarían el cuello y bocamanga de azul. Los de ametralladoras



Casco de caballería.

(Fig. 4)

verde y los de tren amarillo con distintivos negros.

Infantería.—Traje de calle. Sombrero liviano y práctico en la forma indicada en la lámina respectiva. Se le puede dar un aspecto marcial con la aplicación de un escudo y flamin o escarapela nacional. El cuello y bocamanga azules, pues es éste el color clásico de la infantería chilena. Con el objeto de prestarle de cerca un detalle más militar que, por otra parte no lo hace más visible a la distancia, pueden agregársele vivos amarillos, color que en la Independencia usó también la infantería. En vez de las toscas y pesadas botas, la infantería puede usar zapatones con una sobrepolaina de lona. En la parada puede agregarse pantalón blanco a la infantería, que es de efecto seguro. Los oficiales pueden usar pantalón tirado negro y gorra cuando están fuera de servicio. (Véase la lámina respectiva). En traje de parada se usaría flamin blanco.

Caballería.—La Escolta debe llevar traje oscuro, pantalón blanco y casco, como en la lámina. Todos los adornos postizos son de los colores tradicionales usados por cada cuerpo de caballería en la Independencia. Llamamos la atención al bellísimo traje del corneta de Húsares, de pírada, con los distintivos negros que sugieren tantos gloriosos recuerdos. Los cazadores llevarían penachos de gallo verde para el traje de parada. Los cordones serán, como los penachos del color de cada cuerpo. El jabrak más chico que el usual y cuadrado con el color respectivo y las insignias en blanco. Se cambia la forma de llevar la carabina, cuestión compatible con la instrucción moderna y de cierta importancia para recordar la tradición militar de la República. Banderolas en las cornetas, con los colores distintivos de cada cuerpo.

El casco es de material liviano, como corcho, forrado de lona; llevará, como lo indica la lámina defensas y fiador de acero, que serviría no solo de adorno,

sino de protección en la batalla. Las charreteras también llevarán una lámina de metal destinada a parar los golpes; así se usarían no solo en el traje de parada, sino en el de diario y en campaña.

Los diferentes cuerpos de caballería

Granaderos.



Cazadores.



Dragones.



Coraceros.



Lanceros.



Húsares.



(Fig. 5)

usarían en el cuello, además de su cota particular, distintivos de paño blanco para la tropa y de plata para los oficiales, en la forma que puede verse en la figura 2.

Artillería.—Los soldados como los oficiales de esta arma usan botas, salvo la artillería de montaña que llevará po-



1

2

3

4



1

2

3

4

5

6

Lámina I.—ESTADO MAYOR.—1. General de Brigada en traje de campaña de invierno.—2. Teniente coronel de Estado Mayor en traje de parada.—3. General de División en traje de parada.—4. Edecán presidencial (Mayor) en traje de parada.

Lámina II.—INFANTERIA.—1. Corneta de infantería en traje de parada.—2. Teniente de infantería en traje fuera de servicio.—3. Teniente coronel de infantería en traje de parada.—4. Teniente segundo en traje de campaña de verano.—5. Tropa de infantería en traje de campaña de verano.—6. Tropa en traje de campaña de invierno.



1

2

3

4

5

6

7



1

2

3

4

5

6

7

Lámina III.—CABALLERIA.—1. Soldado de cazadores en traje de invierno.—2. Soldado de drujones en traje de invierno.—3. Corneta de Húsares.—4. Teniente primero de Lanceros en traje de parada.—5. Teniente coronel de la Escolta en traje de parada.—6. Mayor de Húsares en traje de campaña de verano.—7. Corneta de Coraceros en traje de parada.

Lámina IV.—ARTILLERIA.—1. Soldado en traje de parada.—2. Sargento de ametralladoras en traje de parada.—3. Soldado de artillería en traje de verano.—4. Coronel de artillería en traje de parada.—5. Capitán de artillería en traje de campaña de verano.—6. Corneta de artillería en traje de parada.—7. Soldado de ingenieros en traje de parada.

laines como la infantería. Cuello y bocamangas negras con vivos colorados, y una franja colorada en el pantalón. El flamín de la artillería es siempre rojo. El jabrack es negro con faja e insignia (una granada) rojas. Los soldados llevan el mismo distintivo en el cuello; el de los oficiales es dorado. El sombrero es el mismo que el de la infantería.

Estado Mayor.—General, traje negro, cuello y bocamangas rojas, con bordado de hojas de encina en oro. Faja blanca para los generales de división y azul para los de brigada. El traje de diario y campaña sería gris verde o kaki, como el resto del ejército. Presentamos también el uniforme de edecán de Presidente; lleva traje azul negro, cuello y bocamangas rojos y cordones y bordados de plata.

El ensayo hecho por el señor Pedro Subercaseaux, es el más serio abordado en Chile por un artista que se ha especializado en las cuestiones militares, para buscar la solución del uniforme nacional. Los trajes son elegantes, marciales, económicos y no tienden a la ca-

ricatura como otros modelos presentados. No hay tampoco nada de teatral en las líneas severas de un uniforme que despierta las más brillantes páginas del pasado. Cuando veamos húsares con los distintivos negros, podemos decir que "esos son soldados chilenos"! Esos otros con el penacho de gallo verde serán los cazadores, los de más allá los coraceros; pero no seguiremos con el maniquí alemán impuesto por la impotencia de encontrar algo más nacional y más práctico.

Por otra parte, el señor Subercaseaux tiene en preparación, un proyecto completo de uniforme militar. El artículo solo da las líneas generales de ese proyecto. Por otra parte, las láminas hablan por sí mismas.

El señor Subercaseaux ha hecho detenidos estudios sobre esta cuestión y continuará haciéndolos. Ha encontrado el camino y seguirá por él. Nosotros esperamos las opiniones de los estudiosos oficiales de nuestro ejército sobre esta cuestión que afecta mucho más intimamente de lo que puede creerse a la popularidad de la institución en Chile.



(Fig. 6)
Casco de general.

LAS TRINITARIAS

EPISODIO NACIONAL

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Esta narración histórica ha sido basada sobre lo que el libro de Vicuña Mackenna, la "Guerra a Muerte", cuenta de la salida de las Trinitarias de Concepción y su vuelta al Convento, citando una carta del Obispo Salas. Pero hemos tenido la fortuna de leer un diario de la Emigración, escrito por Sor Juana María de San José, que el señor don Julio Zenteno Barros ha hecho la cortesía de facilitarnos. Damos las gracias a este distinguido caballero, que nos ha permitido conocer tan interesante documento manuscrito, donde se cuenta con naturalidad y emoción sencilla el episodio más pintoresco de esa guerra.

ILUSTRACIONES DE DON PEDRO SUBERCA SEAUX

Guerra larga y sangrienta; incansable batalla contra la perfidia, el incendio, el hambre, la desnudez y el saqueo; estériles embestidas del odio, de la venganza, del más alto heroísmo y de la traición más negra; agotamiento de juventud, de coraje, de vida y de riqueza; lágrimas de ancianos, de madres, de vírgenes y hasta de aguerridos soldados; desolación de una tierra feraz, matanza de toda una generación de hombres fuertes, malgasto de la primera savia de una soberbia raza que nacia; eso fué la llamada *Guerra a muerte*, librada por la patria chilena con Freire, Alcázar, Prieto, Bulnes, Beauchef y Viel contra Benavides, Pico, Ferrebú, Sánchez y Carrero, representantes del Rey de España; contra los Pincheiras, Zapata, Seguel, Espinosa y Hermosilla, representantes del bandidaje; contra los lenguaraces y caciques araucanos que abrazaban el partido de la guerra por tradición y por odios; contra el bosque impenetrable, la cordillera misteriosa, la montaña cerrada y traidora, la lanza indígena que hería por la espalda. Si los hombres de ambos partidos, ciegos en sus fatales destinos, hubieran tenido mayor escenario, nunca la humanidad habría podido contemplar proezas más heroicas y episodios más románticos. Al lado del degüello desapiadado de prisioneros, de la

violación de vírgenes, del saqueo y del incendio, de la celada y del embuste, se levantan los caballeros andantes de España y los de los hijos de España, retándose en las batallas, a duelo personal, llorando sobre el cadáver de los amigos muertos con gloria, rindiendo la vida o haciendo perder otras por la mujer amada o por la querida infiel.

Vamos a la región de Arauco, cruzada por el ferrocarril, disputada hoy día por la codicia, desnuda de bosques, a remover los huesos que hasta ayer blanqueaban por los caminos abiertos en la selva y solamente al tocarlos correrá por nuestra sangre el santo calor del heroísmo y la ardiente emoción de tanto sacrificio desconocido. Allí entraban a la tierra nuestros grandes capitanes acostumbrados al combate campal y a la carga de los dragones que la tradición napoleónica, aún fresca, estremecía hasta en nuestro apartado territorio; sentía resonar el sonido lugubre del cuerno indígena que llamaba a los mocetones a la pelea y cada árbol repetía el eco con más rapidez que el telégrafo; avanzaban llevados por guías infieles y lenguaraces traidores y en el valle de los ríos en medio de las vegas engañosas o en los desfiladeros de la montaña, veían llegar la montonera o los tercios aún disciplinados de los guerreros

de Cantabria; libraban encuentros cuerpo a cuerpo, dirigían degüellos horrorosos, no podían volver la espalda para no ser atravesados por las lanzas y dejaban a sus mejores soldados arrastrados a la cincha de los guerrilleros. Después de luchas amargas, de soportar el hambre y la sed, de asistir impotentes al incendio o la traición, saltan de la tierra, solos, desnudos bajo un poncho en harapos, cubierto el rostro tostado con larga cabellera, el corazón desgarrado de amargura y sin poder casi retener el nombre de todos los héroes perdidos en la sangrienta campaña.

Eso fué la Guerra a Muerte. El bandido, el caballero y el bárbaro cruzaban cada día sus armas y todos eran iguales en bravura.

Quiero contar a mis lectores uno de los cuadros de esta época que tiene cierto sabor medioeval pues campean en él, como en los romances caballerescos, el amor, la guerra y la plegaria. ¿Cómo se juntaron en pleno Arauco, a la luz simiesca del incendio y bajo el tronar de las piezas de cobre, estos sentimientos románticos e ideales? Esta es una verdadera historia: nada queda para la fantasía del narrador.



Los vencedores de Maipo avanzaban a paso de carga hacia Concepción. Los estandartes flameaban al viento de esa primavera de la patria y al son de pifanos y de tambores, los cazadores, granaderos y húsares llenos de optimismo y de noble confianza iban adormeciéndose en el rumor de los vitores. Zapiola primero, en seguida Balcarce, más tarde Freire, disparaban los cañones más como salvas para invitar a los pueblos del sur a la sumisión, que como orden impuesta por la victoria y la fuerza. Entre tanto el enemigo pasaba sus noches en vela. Sangrando de sus heridas, vivos los odios, intensa la fe en una causa que no creían posible se perdiere por un desastre, agitaba en el silencio de la montaña sus planes de resistencia hasta la muerte. Concepción y Chillán eran realistas; el movimiento inicial de la revolución había sido hasta cierto punto

santiaguino. En las familias acaudaladas, en las haciendas, en los conventos, anidaba una ciega resistencia a la nueva organización. Para muchos la causa del Rey era la de Dios.

La proximidad de las fuerzas de la República consternaba al timorato vecindario. El gobernador del Obispado de Concepción, don Joaquín Unzueta, familiar de la Inquisición y realista ardoroso, creía que los vencedores de Maipo eran capaces de nublar el brillo de sus triunfos con persecuciones sangrientas o sacrilegos atropellos al altar. La idea de la República se presentaba todavía al mundo como una demagogia; no tenía aún las blancas vestiduras y la corona de laurel con que la revistió más tarde Lamartine poeta y tribuno. La República era la revolución; la revolución era el odio a Dios y a los soberanos de derecho divino. No era posible exigir a un inquisidor el baúlaje de las ideas de Rousseau. Las suyas eran enteras y absorbentes. Los enemigos del Rey eran los perseguidores de la religión y los verdugos de sus ministros. El clero de Santiago había pensado, sin embargo, en forma diametralmente opuesta.

Un convento de monjas trinitarias vivía silencioso y escondido entre blancas murallas en la soñolienta ciudad del Bío-Bío. Los álamos alargaban sus copas desde el jardín y grandes sauces asomaban su ramaje sobre las tejas, única manifestación de la casa vetusta que encerraba a las religiosas. No se concibe un convento de contemplativas en medio del ruido mundanal de la ciudad moderna surcada por tranvías y automóviles, hollada por la activa planta de la codicia, de la fiebre de los negocios, del lujo y del placer; pero se le comprende bien en la ciudad colonial dormida en permanente siesta, rodeada de esas grandes haciendas patriarciales donde el ganado pace en bíblica paz y el trigo crece sin trabajo repletando los graneros y asegurando un buen pasar. La campana que llama a las religiosas al coro, antes de despuntar el alba, no es turbada por las sirenas del ferrocarril que vuela, por la lejana orquesta del teatro o del bar nocturnos, por la comparsa



Como buen español, dobló una rodilla y besó la orla del hábito de la anciana.

beoda que se aleja. Las Trinitarias de Concepción podían orar acompañadas del silencio, gran amigo de los que tienen vida interior. Los corredores de la casa, tal vez antigua y vasta residencia de un viejo fundo, eran umbrosos tras de la cortina que la madreselva y la pluma habían entretejido para no dejar pasar de las noches de luna sino el lejano y plateado resplandor que hace alabar a Dios y no su clara luz enervante y melancólica que evoca recuerdos del pasado siempre extemporáneos en un claustro. El jardín, ese clásico jardín chileno que ha secado ya sus últimos retoños, ostentaba la hu-

mildad rústica de las más odorantes flores: dengues, artemuzas, retamos y claveles, pelargonias y verbenas, margaritas y nardos; ningún cruzamiento híbrido, todo natural; ninguna orquídea, sólo aquello que puede pasar del helado sereno al quemante sol.

Las Trinitarias vivían solas; pero estaban en medio de una familia numerosa que las amaba; de un pueblo de amigos y bienhechores. De sus enormes rosales, donde anidaban los pájaros, iban estos al vecindario a vagar por los tejados y los aleros. Cuando el primer viento de otoño deshojaba sus árboles las hojas caían en

las vecinas casas y de ellas les llegaban en retorno otras que las novicias solían reconocer como del antiguo jardín paternal. El capellán don Bernardino Villagra les decía su misa muy temprano, les repetía las más altas y sublimadas frases de los místicos de la península y de España venía para ellas no sólo la imagen, la medalla, el rosario toscó, el crucifijo de madera severo, el altar devoto y los grandes floreros coloreados y dorados a fuego, sino también la doctrina y el ejemplo de las superiores de Granada, Sevilla y Ávila. Todo eso querían destruir los soldados de Maipo. Las trinitarias serían dispersadas quién sabe a costa de cuántas lágrimas y vejámenes.



Así se lo decía a la superiora el señor Unzueta una mañana del 20 de Septiembre de 1818. Recibido con premura en la extensa sala, el conocido locutorio amoblado con una docena de sillas de caoba cubiertas de esa eterna tela de crin que aún ahora encontramos intacta, el gran crucifijo en la testera, algunos grabados de la Biblia encuadrados en viejos marcos, y sobre la mesa central el fanal con el Niño Dios de cera y una vegetación artificial sirviéndole de cuna, el señor Unzueta abría repetidas veces su caja de carey llena de rapé, sorbia mecánicamente la narigada que despejaba el cerebro y se llevaba a las narices un enorme pañuelo a cuadros azules y blancos.

—Si, madre; mi deber es advertir como el pastor, y comenzar por las más débiles ovejas. El insurgente Balcarce es hombre sin temor de Dios, como los otros, y no debemos esperar sino malos tratamientos de ellos y las peores injurias de sus soldados. Entre estos hay mulatos y negros y se dice que aún presidiarios de la cárcel pública. Carne de horca, como dice don Ignacio Mendizábal, quien sabe bien estas cosas porque el pobre es de los que cree que puede armonizar su religión con la falta a la fe jurada a nuestro señor el Rey. Dios nos dé talento! A cada cual nos pedirá cuenta según los que nos haya dado. Entiendo que entre los insur-

gentes viene su sobrino, porque estuvo en Maipo; digo, o quiero decir, el imberbe teniente Rozas. No sería raro que no hubiese aún olvidado a la que es hoy sor Catalina. Debemos esperar tan crueles pruebas, madre Teresa. No escaparemos los altares, habrá que guardar los vasos sagrados; creo que sería conveniente pedir los auxilios de Dios y aprestarse a partir.

La madre Teresa, anciana ya, pálida, de fino rostro, de ardiente mirada, cuyas manos blanquissimas y pequeñas daban claro testimonio de su buena raza, suspiraba hondamente, mientras por la ventana abierta entraban los efluvios del jardín y la apacible serenidad de su asilo. Recordaba a las demás ancianas compañeras, a las jóvenes novicias, a las legas sirvientes, tan fieles y abnegadas. ¡Qué dispersión sería aquella! ¡Qué prueba más amarga!

—Partir, ¿y dónde, ilustrísimo señor? ¿Quién nos prestará amparo? ¿Dónde iremos? ¿Habrá tiempo de salir? ¿No sería mejor que cada cual esperara su destino con el crucifijo en las manos y los ojos en el cielo?

—Han pasado los tiempos de los mártires, madre Teresa. Dios no nos da ya estos consuelos. Los insurgentes entrarán aquí y con sus manos sacrilegas no dejarán nada de lo que está consagrado a Dios. Tenemos hijos que guardar. Guardémoslos. Nuestro general Sánchez siente sus responsabilidades como yo que puedo apreciar las del orden espiritual. Ir al Norte, a Chile, es imposible. Es necesario marchar a Valdivia, para tomar allí una goleta que se hará, antes de poco, a la vela para Lima, donde están los buenos y donde Dios marca más sus favores. Irán en ella algunas familias católicas y algunos religiosos. Esta es mi idea. Consulte a Dios, a su alma y al sacerdote, madre Teresa. Este es su deber. Asegurar la salvación de nuestra alma y evitar en cuanto dependa de nosotros el pecado. Quitemos toda ocasión a los sacrilegos atentados.

La superiora quedóse de pronto en una especie de embeleso. Los ojos fijos en una lejana imagen, parecían partidos del mun-

do en un ensueño e incapaces de volver a ese cuarto donde se discutían sus destinos. Pero de pronto la anciana miró al canónigo y exclamó:

—¿Cómo resistir a las divinas imposiciones? Nuestro Señor ha dado entender hace tiempo a una religiosa, sierva suya, la madre San Ignacio, religiosa profesa de los fundadores del Beaterio, que vivía por los años de 1744...

—He oido contar al señor Obispo esta profecía.

—Estando la religiosa en oración con toda la comunidad, su Divina Majestad se sirvió manifestarle nuestra salida y ella interrumpió su plegaria y dijo en voz alta: "Salgan todas con sus capas, velos y breviarios". Se la hizo callar, por ser hora de tanto silencio, y, preguntada más tarde, dijo que había visto salir a la comunidad yendo por caminos desconocidos que no eran los de Penco, sino entre indios.

—¿Y no hubo también la visión de un siervo de Dios?...

—Que murió con reputación de santidad en el siglo pasado, sí, señor. Nos dijó este religioso que había creído ver por el Bío-Bío unas embarcaciones con la comunidad Trinitaria, que se alejaba.

Y es necesario no olvidar, sor Teresa, que ustedes tienen reputación de "godas", aunque nada sepan de política y que ya el año 17, como gobernador del obispado, debí partir a Talcahuano, y la comunidad sufrió injustas persecuciones de los insurgentes. Ellos hacen gala de no tener religión.

—Recuerdo que le arrancaron la lengua a nuestra campana...

—Y que alojaron oficiales en los cuartos de afuera...

—Y que entró uno, pretendiendo violar la clausura...

—Y que evacuada la ciudad, quedaron tan solas en Concepción, que pudieron andar por las calles buscando algo para comer, sin encontrar un perro siquiera que ladrara por sus dueños...

La viejecita suspiró de nuevo. La puerta se abrió nuevamente, una criada vestida de percal negro, morena, de salientes pómulos, con marcado aspecto de india,

entró con sus pies descalzos y depositó un brasero de cobre que traía con cautela entre las manos. Dejó en seguida en el borde algunos trozos de azúcar y partió silenciosa, como había llegado. Un momento después regresó con dos mates, sus bombillas y una tetera, que colocó entre las brasas; se puso en cucillitas y se quedó absorta en la contemplación de su fuego.

En otra ocasión, la madre Teresa se habría dedicado a la misma contemplación de los preparativos habituales del mate; pero sin mirar siquiera el brasero que chisporroteaba, ni darse cuenta del penetrante olor de caramelito que llenó la sala; suspiró de nuevo y esta vez dos gruesas lágrimas surcaron las mejillas ahondadas por la grieta de los años.

—Nunca he temblado, ilustrísimo señor. Mi abuelo murió en Tucapel quemado por los indios y no le arrancaron una queja. Pero yo no soy sola, tengo conmigo este rebaño. Mire usted; y apuntó a la ventana donde se había detenido una monja alta, esbelta, magnífica, bajo el hábito igualitario de las religiosas. Daba vuelta la espalda y podía verse apenas la línea de sus mejillas y el comienzo de una alta frente. Luego giró la cabeza y pudo el señor Unzueta mirarla de frente. Era una ciega.

—¡Es la hermana Sabina! —dijo con sentimiento y emoción.—Pobrecita, ¿qué será de ella?

—Esto es lo que me affije más! La hermana Sabina ciega, la madre Soledad tuilla, la hermana Dolores muda...

—Gloriosa mudez! Vió asesinar a su padre por Antonio Pincheira, casi en sus brazos!

—Usted lo ha dicho, ilustrísimo señor. Y vamos a cruzar la tierra en medio de la indiada alzada; también los Pincheiras han armado sus guerrillas...

—Pero ahora están con la buena causa.

—Dios lo perdone, señor Unzueta: pero antes siempre fué mala su causa. Dios le tenga en cuenta que ahora lo defiende. Dios lo perdone.

La india alargó un primer mate cebado, que la anciana rechazó suavemente y casi sin saber lo que hacia. Suspiró de

nuevo. Desfallecida ya, comenzó a sollozar y después fué deshecho y desgarrador su llanto, mientras Unzueta se ponía de pie y tomaba de manos de la sirviente desconcertada, el que ésta le ofrecía por hospitalidad tradicional.



Circuló por Concepción la nueva de que las Trinitarias debían partir. El pánico provocado por este hecho rebotó en los mismos muros del convento. Las familias que tenían una asilada en él clamaron a la superiora por su inmediata salida. El tiempo urgía. Un anticipado y riguroso verano azotaba a Concepción y sus desiertas calles, por lo que habían escapado a sus fundos los más importantes vecinos. El Bío-Bío doblaba las aguas de su gran caudal, como para hacer más honda la separación entre el país sometido y el que resistiría hasta desangrar. El general Sánchez mismo, gallego empecinado, no sabía si de un momento a otro debería evacuar la ciudad con sus tropas para encerrarse en Talcahuano, o ir a los Angeles a comenzar una guerrilla de emboscadas. "Vendrá el hambre", decían unos. "Zapiola está en Talca" gemían otros. "El argentino Balcarce sale de Santiago" se anunciaba. "Todo será entregado a sangre y fuego". "Nadie quedará en Concepción para recibir al Intendente Freire", se repetía. Unos declaraban haber visto a Antonio Zapata llegado de la Montaña, pasearse en la Alameda de la ciudad armado hasta los dientes. Se decía que espías de todas clases se ocultaban en las posadas y en los sitios de mala vida. Se salteaba en las calles mismas y bajo las ventanas de los vecinos más ilustres. Un monaguillo de la Catedral había repicado por una victoria de Zapiola y bajado a azotes del campanario. Grupos de inquilinos de Itata, del Maule, de Chillán, comenzaban a llegar, presas del pánico. Subió el pan y la carne escaseó. Se temía el hambre y se ocultaba la moneda. Un lego franciscano había visto manar sangre de la frente de un viejo Cristo de la iglesia. De otras apariciones se hablaba, de pronósticos de antaño, de un temblor que por esos días alarmó al vecin-

dario; pero ciertamente lo que inquietaba más era el frecuente paso de hombres siniestros, de mala fama, asesinos conocidos, que cruzaban la ciudad como dueños de ella. La hija de un honrado carpintero, belleza que traía en permanente disturbio a la juventud de todas las clases sociales, desapareció de Concepción y se contaron trágicas historias a que pocos prestaban fe. En fin, la Concepción perdía su paz, el dominio de sí misma, su señorío tradicional; se desmoronaba, agonizaba de angustia. Y los oleajes de este mar de temores y sospechas llegaban a los muros de las Trinitarias, que eran las más débiles y debían sucumbir las primeras.

A tarda hora de la noche se supo el 23 de Septiembre que la resolución estaba tomada, que esa misma noche se rezaría un solemne trisagio en la capilla del convento y que las Trinitarias partirían muy de mañana, escoltadas por tropas, hasta Valdivia. Los hogares se sintieron sacudidos con la emoción más violenta: era la primera ruda prueba de la guerra de exterminio que comenzaba. Nadie ignoraba la ancianidad de tantas monjas enfermas y abatidas, la débil juventud de las novicias, que llevaban los apellidos más ilustres de la ciudad; todo el mundo se figuraba este rebaño de ovejitas cruzando todo Arauco, perdido en medio de las reducciones alzadas, sembrando de lágrimas y tal vez de sangre su camino. Esa noche, hasta los menos creyentes, que ya los había, velaron hasta el amanecer, y cuando, a la hora de los mañines no se oyó por vez primera el acento plañidero de la campanita de las Trinitarias, todos sintieron humedecidos los ojos y en medio de las sombras medrosas de la ciudad dormida, salieron a la calle, para mirar a la puerta del viejo convento.

Había tropa montada en ella, rodeando dos carretas. Las sombras del crepúsculo y la bruma del río, envolvían en móviles vaguedades el cuadro de los adioses. Las Trinitarias parten! se repitió de puerta en puerta y todo el mundo salió. Imposible fué detener la avalancha en el portón. Ya no había claustro. Corrian los cargadores y los soldados trayendo a la calle el equipaje reducido de las peregrinas. Al-



El corazón latiendo de terror, fueron deseareddándose de esa pesadilla.

gunas madres llamaban a sus hijas que no se atrevían a responder y ocultaban el rostro lloroso y desfigurado por el dolor. Sobre la agitación febril, en medio de los llantos y suspiros, de los adioses y votos, se alzaba serena e inmutable la hermana Sabina. Numerosas viejecitas y algunos ciegos que recibían limosnas en la portería desde su infancia, gritaban desde el portón:

—Que Dios bendiga a la santa madre Teresa!

—Que Dios las lleve sanas y salvas hasta el Perú!

—Benditas sean las santas Trinitarias, que han hecho tanto bien a los pobres!

—¡Feliz tú, que no ves, hijita! —le dijo en voz baja a la hermana Sabina, una señora que debía ser su madre.

—No veo, pero oigo; quisiera ser como la hermana Dolores, porque creo que más se sufre oyendo lo que dicen estos pobres huérfanos, que mirándolos; —y se alejaron enlazadas por la cintura.

Luego se anunció al general en persona, que venía embozado en su capa, adusto, severo. Dijo algunas palabras a la madre Teresa, y como buen español, dobló una rodilla y besó la orla del hábito de la anciana, que temblaba.

Entre tanto, era ya la hora de partir. Había que ganar aún con la fresca los primeros arbolados y entrar en el bosque hacia Arauco, antes de que comenzara el sol a quemar. Comenzaron entonces las carreras. Las legas no dejaban nunca de volver con algo, una valija, un cesto, una imagen, algunos paquetes. Una novicia pretendía traer una jaula con su canario, pero una mirada de la madre bastó para hacérsela abandonar, no sin lágrimas. Otras habían corrido a la capilla y esperaban en el coro, sumidas en honda plegaria, que les dieran el aviso. Sonó la campanita en el pequeño campanario. Todo el mundo se puso de rodillas; la madre Soledad fué sacada entre dos personas y puesta en la carreta; siguieron otras ancianas y luego las legas. Las más jóvenes montaron a caballo, y como niñas chilenas, habituadas a la silla, no tuvieron dificultad en ajustarse a ellas. La tropa se puso en marcha, el gran portón giró

sobre sus goznes, la carreta golpeó sobre las lozas de la calle y la procesión avanzó mientras las voces claras de las mujeres iban repitiendo: "Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores" . . .

El pueblo entero seguía lentamente por la calle, contestando las plegarias. Los pájaros del jardín de las Trinitarias, despertados, comenzaron a poblar el aire con sus cantos y pasaban revoloteando de tejado en tejado, por Concepción entera. Iban allí hombres, mujeres, soldados, los ciegos y los mendigos del pueblo, muchos niños llevados por la curiosidad, las familias de las religiosas, algunos frailes. En la iglesia de los franciscanos sonó una campana que llamaba a la primera misa.

Ya salía el cortejo del pueblo y había llegado el momento de la despedida. Comenzaba el desfile a desgranarse poco a poco. Los niños iban quedando atrás, distanciados, luego los curiosos, más tarde algunos inválidos que levantaban la voz para agradecer y bendecir incansablemente. Los ciegos se habían detenido y gritaban desde una orilla del camino:

—¡Que Dios las guarde, santas madres! ¡Que Dios las lleve sanas y salvas hasta el Perú!

Parte de la tropa atravesó el vado, porque las religiosas serían escoltadas por ambos lados del Bio-Bio, según disposiciones del general Sánchez, que quería ponerlas al abrigo de toda amenaza.

Hasta dos horas más tarde, los rezagados agitaban aún sus pañuelos, y allá a lo lejos se veía el rebaño que huía a la claridad del sol.



Durante cuatro años la guerra a muerte iba a comenzar, desarrollar y crecer con todos los horrores, para concluir por cansancio de los brazos y la muerte de los implacables guerreros. Balcarce se retiró dejando a un general, viejo y aguerrido, en Yumbel. El mariscal Alcázar es una figura que pertenece a la epopeya; era de la raza de los que pelearon frente a Granada y defendieron por años una plaza fuerte con dos cañones y diez hombres. El jefe español Sánchez fué retirándose hacia el sur, y por último, lla-

mado a Lima por el Virrey Pezuela. Desaparecido el militar, entró en campaña el verdugo. Benavides, chileno, hijo de un carcelero, compleja figura, merece un estudio hondo y cuidadoso, porque no tuvo ni grandeza, ni generosidades, ni heroismos, ni lealtad con nadie. Figura humana misteriosa, pasó por su tierra sembrando de sangre el áspero camino de la traición y, traicionado a su vez, murió en la horca, invocando a la Virgen de las Mercedes, sin merecer el perdón que jamás concedió a sus víctimas. Frío, déspota, cruel, abrazó una causa que no era la suya, perseveró en ella hasta que lo dejaron solo sus delitos y tembló ante el cortejo de cadáveres que lo seguían, desdiciéndose antes de pagar su terrible deuda al país que asoló con sus iniquidades. Había escapado en sus primeros años, una noche lóbrega, al disparo de la patrulla ajusticiadora, quedando como muerto en un montón de fusilados. Salió de allí, y fué toda su vida colgajo de horca, sombra de banquillo, gusano de cadáveres. Escapaba de la mesa opípara, de la batalla ardiente o del lecho conyugal, para ordenar un suplicio y asistir al estertor de los condenados. Benavides fué cobarde, hipócrita y torpe; y sin embargo, mantuvo una guerra de incesante y formidable lucha contra los mejores soldados de Chile. Auxiliado por un régimen que caía y que no vacilaba en hacer brigadires a los bandidos, seguido por algunos curas de campo, como el famoso Ferrebú de Rere, que lo absolvían antes de las batallas, ahogando en los excesos sus remordimientos, ese miserable tuvo sólo la grandeza del número extraordinario de víctimas con que sembró su paso.

Entre tanto la patria alineaba al frente sus figuras más caballerosas: Freire, el Intendente de Concepción y jefe de la división del sur; sus capitanes, Bulnes, Beauchef, Viel, O'Carrol, Cruz y tantos otros; el mariscal Alcázar, impasible en el foco de Yumbel hasta los setenta años de su vida; Prieto, jefe de una segunda división enviada en socorro de Freire, que se había encerrado en Talcahuano; Lord Cochrane, asaltante esforzado de los castillos de Valdivia. Nuestras tropas en-

contraban la muerte en la avanzada y picándoles la retaguardia el hambre y la traición. Chile enviaba una expedición libertadora al Perú; pero olvidaba mandar harina y pólvora a sus fieles militares de la frontera. ¡Qué de dolorosas quejas y de indignadas protestas se escapan en sus cartas y notas del pudentonoso Freire, cuando mira a su lado a las mujeres desnudas que imploran alimento y a sus soldados que no pueden tenerse en pie exhaustos de fatiga!

Cuatro años de guerra. Los prisioneros eran pasados a cuchillo. Benavides degollaba también a los parlamentarios. Dos veces las fuerzas de la Patria se encierran en un cerco estrecho resignadas a sucumbir sin gloria pero sin capitular ante el traidor. Al lado de Benavides surge un verdadero jefe, el coronel Pico que llega a amenazar, con genial y rápida concepción, el camino de la capital. Las plazas se rinden una tras otra a las hordas realistas y hasta Alcázar es rodeado con todo su pueblo, entrega su espada para salvar la vida de las mujeres que lo siguen y es despedazado por cien lanzas y mutilado hasta el frenesi. No hay cuartel para nadie. Los heridos son *carneados*, según el término usual en esos tiempos, los que se rinden fusilados, los que imploran perdón obligados a traicionar y asesinar a los amigos de ayer. Un guerrero inglés, hermoso y brillante soldado de Napoleón, combate a la europea con la espada desnuda; pero el lazo de los indios le ata los brazos, lo envuelve en mil vueltas y lo despedaza en la veloz carrera de los caballos. Hubo noches trágicas en que el silencio de la selva fué roto por un solo clamor: cien prisioneros son degollados en un instante. Como en las horribles noches de Nantes, donde el pro-Cónsul Carrere echaba a pique buques cargados de inocentes, en el Bío-Bío se hunde siniestramente una balsa donde todos los prisioneros van atados entre sí. Se fatiga la pluma que hace sólo el inventario fúnebre de esta guerra sin ejemplo, antes de que se fatigaran los hombres que la emprendieron.

Pero Benavides llega un día a la costa de Colchagua, misteriosamente, llevando

a sus jneces en una balandra que las oías empujaron no queriendo dar en su seno abrigo y reposo al criminal más grande de la tierra; Ferrebú muere fusilado, Carrero se entrega y la cabeza del valeroso Pico, el último jefe español en Arancó, es presentada un día en Nacimiento.



La primera jornada de las trinitarias, es decir, una jornada de muchos sinsabores y desvelos, terminó en los Angeles, donde permanecieron hasta fines de Enero del año 19. Ya no era posible pensar en Valdivia. El sueño de Lima, de la paz de sus iglesias y conventos, de la aristocrática sociedad de nobles, funcionarios y obispos, se había disipado. La guerra desencadenada con violencia, rugía como una tempestad al través de todo Arauco. "Dirijérone en seguida hasta Tucapel viejo, cuenta Balcárcel en un oficio al Gobierno, regando con sus lágrimas cada uno de sus pasos".

Las trinitarias estaban condenadas a sufrir todas las amarguras posibles y fueron recorriendas como las cuentas de un rosario, una por una. Abandonadas por la tropa que más bien atraía sobre ellas los peligros, en vez de conjurarlos, continuaron a pie por los pantanos y cenequales de las estrechas sendas labradas a golpe de hacha en los robles seculares.

Una de ellas llevaba delante el Crucifijo como un pendón. Al fin y al cabo era un estandarte de dolor y de martirio! Apoyada en el débil brazo de una hermana iba la anciana tullida arrastrándose apenas y moviendo sin cesar sus labios descoloridos con la plegaria más afligida que una débil criatura puede dirigir a su Dios. El grupo continuaba silencioso y abatido. A veces se unían todas para rezar en coro y esas voces de mujeres debían resonar en forma extraña en la misteriosa soledad del bosque; a veces se escapaban las lágrimas del desaliento y la madre Teresa las empujaba dando a las compañeras las fuerzas que a ella misma le faltaban.

Durante toda una tarde habían sentido el cuerno de los indios y el chivateo de una batalla. Cuando ya iba a entrar la

noche los gritos arreciaron y al través del impenetrable bosque les trajo el eco el disparo continuado de fusilería y hasta el estampido de un cañón. Después el rumor se alejó hasta volver a reinar el silencio solemne de la montaña. Las religiosas recordaron a los que caían en esos combates y olvidando ya que sólo la causa del Rey era la justa, clamaron a Dios perdón para todos.

Al amanecer del día siguiente las pobres ovejas debieron cruzar el pequeño claro sembrado de cadáveres. Casi cerrados los ojos, el corazón latiendo de terror, fueron desenredándose de esa pesadilla de hombres desnudos envueltos en sangre y lodo, tendidos de espalda y algunos con la mueca del odio y del dolor. La macabra ronda las siguió muchos años en el recuerdo.

En otra de esas jornadas que ninguna de ellas olvidó hasta la muerte, debieron unirse las pobres, que llevaban ya las plantas ensangrentadas y se morían de extenuación, a una partida que se acercaba a Tucapel. El jefe era un bandido realista de Chillán; pero ofreció su caballo a la superiora y obligó a hacer otro tanto a sus secuaces. Largo fué el viaje y debieron oír las mártires los más atroces planes que el odio, la venganza y la lascivia acumulaba en esas almas salvajes. Llegados a la noche a un caserío mitad incendiado, las religiosas se alejaron a buscar un rincón apartado, pero hasta allí llegaba el clamoreo de la orgía y los gritos amenazantes de los ebrios. Habían transcurrido algunas horas cuando la superiora oyó en su vecindad súplicas y voces de mujeres, brutales injurias de soldados. Las súplicas fueron luego llantos y clamores, y las injurias golpes crueles e incontables suplicios. La anciana religiosa comprendía toda la abominación de esa escena y pedía a Dios que el sueño pesado que dormían no permitiera despertar más a sus pobres ovejas tan probadas.

Por fin, después de indecibles penurias, por orden de Sánchez que huía hacia el sur, fueron dejadas las trinitarias en la boca del río Lebu y en el punto mismo donde existía y tal vez exista hoy



Largo fué el viaje y debieron oír las miditíes los más atroces planes que el odio, la venganza y la lascivia acumulaba en esas aldeas salvajes.

el fuerte del mismo nombre, según dice Vicuña Mackenna. Allí se construyó un galpón provisorio que era convento, capilla, granero y también asilo casi inviolable, porque se apartaba de los caminos más recorridos por las tropas y manchado por sus infamias.



El alférez Felipe Rozas, se había distinguido por su valor desplegado en Maipo y había seguido ganando la estimación de los jefes, en especial de Zapiola, que le encargaba siempre misiones de confianza. Muy niño había sido enviado a la casa de un tío carnal residente en Sevilla y con la ayuda y consejos de éste recorrió la Francia e Inglaterra, donde le llegaron los primeros rumores del movimiento revolucionario que comenzaba en Buenos Aires y Santiago. Llegó a esta ciudad y se ligó con muchos de los dirigentes comprendiendo con más precisión que estos, a pesar de su juventud, el alcance de este movimiento que sabía bien no podría ser sofocado por la Metrópoli. Varonil, noble, generoso de su fortuna y de su vida, bueno hasta el candor, fué pronto agasajado en los salones de algunos de sus deudos. Su familia era de Concepción y estaba emparentado con Mendizábal, Mendieta, Urrejola y otros más realistas y menos afectuosos con el sobrino liberal cuya vida en París no había sido muy ordenada a juzgar por ciertas deudas de juego que obligaron a remezar algunas onzas de oro. En uno de estos salones conoció a Lucila Urrejola, a quien llamaba *prima* por un lejano parentesco que le agradaba evocar ante tan hermoso ejemplar de mujer meridional y apasionada. Llevada por su padre a Santiago para liquidar una sociedad comercial con un señor Fuentealba, apenes se encontraron comenzó un violento y romántico poema de amor entre ambos jóvenes, cuando los acontecimientos obligaron a Rozas a partir bruscamente de Santiago para pasar la cordillera y reunirse en Mendoza con sus amigos que lo llamaban. Más tarde, cuando la guerra pareció dar un momento de reposo, Rozas indagó las disposiciones de Lucila y

supo que ésta no pertenecía ya al mundo. El portón de las trinitarias se había cerrado tras de ella para siempre.

Zapiola destacó desde Talca algunos de sus oficiales al Maule y a Itata, a Chillán y a Concepción. Muchos días antes de la llegada de Balcarce, Rozas obtenía el encargo de informarse sobre las fuerzas de Sánchez y sus disposiciones vacilantes, sobre el espíritu de la población y el estado de los ánimos en la sociedad realista o que abrigaba simpatía con la causa de España. Rozas llegó de incógnito a la ciudad y creyó prudente no descender en casa de su tío a quien conocía en toda la extensión de la pusilanimidad. Una antigua llavera de la familia lo albergó en su posada, donde bajaban los arrieros y comerciantes de Chillán y la montaña. Allí supo pronto que Lucila había partido con las trinitarias y que el convento vacío no podía darle dato alguno de aquellos que podían serle más preciosos. Si la niña estaba asilada como simple novicia o tenía la resolución de quedarse para siempre; si había hecho votos solemnes o esperaba algún acontecimiento de familia para decidirse; cuestiones eran estas superiores a la inteligencia de la pobre mulata María Mercedes, deseosa de manifestar su afecto por el niño, que estaba tan crecido, alentándolo en sus amores tempranamente cortados por el destino.

El teniente Rozas vagaba una mañana en la proximidad de las trinitarias, como lo hacía a menudo, cuando vió que el gran portón estaba junto y bastaba abrirlo para penetrar en el jardín. Hizo con prudencia, cerrólo tras de sí y comenzó a cruzar el zaguán enladrillado, andando en puntillas. Luego llegó al jardín mudo, donde no había más rumor que el de los pájaros y los recuerdos no habían dejado ni la flotante estela de su poesía. Llegó así hasta el vasto corredor de la casa y siguió por él al ver todas las puertas y ventanas cerradas. Un canario muerto en su jaula de mimbre, no podía asociarse ya al concierto matinal de sus hermanos. Ni una voz, ni un acento, ni la huella de ningún ser animado alentaba al curioso. Detuvose un instante a recordar la tarde

de Enero en que del brazo de su prima recorría el tajamar de Santiago a la luz encendida del crepúsculo; se repitió algunas de sus frases misteriosas, pensó que allí mismo su hábito de religiosa había rozado esas enredaderas, esos rústicos pilares, los muros blanqueados a la cal; tal vez sus mismas manos habían cuidado esa pobre avecita muerta de soledad y de hambre.

Como comprobaba que el jardín estaba vacío, continuó por el ángulo del corredor y fué acercándose hacia su extremo donde le pareció que debía estar la cocina. "Allí habrá tal vez algún cuidador, quién sabe si un soldado; me será fácil atraerlo y hablarle; tal vez consiga que me haga ver el convento, la capilla, el reclinatorio de Lucila". Llegó al sitio donde debía de haber una puerta. A lo menos existía el hueco. Casi en puntillas avanzó y como tampoco descubriera ser alguno, penetró sin temor, y pudo ver una gran cocina con los muros y el techo hollinados. En un rincón se divisaba un bulto, tal vez una mujer. Mirando hacia la pared, sentada en una pequeña estera, parecía dormir. Era una anciana de cuerpo enjuto y encorvado, tal vez una india; llevaba torcido su pelo gris en dos largas trenzas que caían por la espalda. A su lado un gato se alzó bruscamente, erizó su cola y con un resoplido furioso escapó por la puerta. Rozas avanzó, contuvo la respiración ante tan extraño espectáculo, golpeó luego sus manos y como la vieja no volviera la cabeza acercóse para mirarla de frente. Tenía los ojos abiertos y parecía haber llorado durante muchos días, tal vez semanas. Sus pupilas no se fijaron en él y continuaron clavadas en el muro donde se diría estaba el espectáculo más intenso de su vida. "Señora,—gritó el joven,—no tenga miedo, soy un amigo de las monjitas". La mujer no se movió de su puesto. Rozas pudo ver entonces sus facciones demacradas, la huella de las lágrimas en el hondo cerco trazado bajo los párpados, la boca desencajada por un gesto de dolor casi sublime. Era una estatua, parecía un informe boceto de oscuro bronce. "¿Qué puede hacer aquí esta mujer?" se

preguntaba con espanto, "abandonada por su edad, no ha podido seguir a sus religiosas a quienes tal vez amaba entrañablemente y ha quedado como un perro fiel dejándose morir de hambre en un rincón". Rozas la tomó suavemente de un brazo: "Vamos a ver, mi amiga, no se aflijá usted así. Las monjitas volverán. Mi prima volverá también. ¿Conocía usted a Lucila Urrejola, a la hermana Lucila, a sor Lucila, una morena, de ojos muy grandes?" Lo mujer no replicó ni movió un músculo de la cara.

Entonces el teniente Rozas se creyó autorizado para buscar el medio de penetrar al claustro y empujando una puerta lo hizo con facilidad. Un largo pasadizo lo condujo a un patiecito donde había un gran naranjo; por una ventana divisó una sala con mesas y algunas sillas que podía ser el refectorio. Otra puerta era la de la capilla y estaba entreabierta. Entró, descubriendose, y llegó a un pequeño altar con flores artificiales delante de una vieja Virgen de madera pintada, vestida con brocado de seda, y una cabellera que el joven creyó reconocer con emoción; sobre ella una diadema con pedrería falsa destellaba bajo un rayo de sol. Allí había orado la niña, allí renovaba él mismo el juramento que le había hecho. ¿Por qué lo había olvidado tan pronto? Varios libros se alineaban en una mesa y comenzó a buscar los nombres escritos con tinta roja en la primera página. Uno de ellos lo hizo palpitar: *Sor Catalina*, decía: pero era la letra de Lucila, la inolvidable letra débil e incorrecta que ella misma llanaba patas de mosca. De pronto un rumor lo inquietó; era de nuevo el gato que pasaba velozmente a su lado, escapando disparado hacia el jardín. El joven tomó un lápiz y escribió bajo el nombre estas palabras: "*Si sor Catalina, en el mundo Lucila Urrejola, recuerda su viaje a Santiago, ruegue por Felipe Rozas*". Y salió lleno de infinita tristeza. ¿Dónde estaba en esos momentos Lucila? ¿Oué infinitas penalidades habría sufrido? Marcharía ya en un buque hacia Lima? ¿Lo creería muerto?

Al entrar a la cocina la anciana no se había movido. Se despidió a grandes vo-

ces de ella, dejó a su lado una moneda, y partió impresionado por este espectáculo dramático de fidelidad. Muchos días después, antes de salir a reunirse con su jefe, supo por María Mercedes que en todo el pueblo se hablaba de que la india de las Trinitarias había muerto.



Las señales de una conclusión inminente de la guerra se acumulaban. Después de la ejecución de Benavides y de la fortuna que acompañó las armas de la Patria, muerto Ferrebú, Carrero parecía próximo a entregar su espada. Era éste un militar duro y sobrio, natural de Santiago de Galicia, llegado a Chile con el famoso batallón de Talaveras y ascendido de grado en grado por sus méritos. No había manchado con crímenes su hoja de servicio y no podía sentirse repugnancia alguna en recibirlo en nuestras armas. Freire y Picarte respondieron atentamente a sus proposiciones y los soldados patriotas combinaron con un gallego un noble plan que sería una página honrosa en aquellas últimas sanguinarias campañas. Se trataba de rescatar a las infelices trinitarias cuya cautividad afligía a Concepción y cuya vida podía considerarse en peligro desde el momento en que los indios comprendieran que esas pobres mujeres constituyan un valioso rehén en sus manos. Sólo Carrero podía engañarlos y se convino que antes de efectuar su rendición se retirara a Tucapel, avisara a las religiosas del proyecto de sus héroes protectores y fuera allí atacado simuladamente por Picarte.

Las trinitarias deberían salir a media noche, guiándose por los fuegos encendidos por los soldados de Picarte a lo largo del sendero del bosque. Ni Carrero ni Picarte harían fuego sobre sus tropas; pero en caso de resistencia de la indiada y de sus montoneras de bandidos, serían estas sólidas las atacadas.

Llegó la tarde melancólica de la selva. Los pidenes entonaron su última queja de la soledad. El viento cruzaba entre los robles remedando el vasto rumor del océano no lejano. Las tropas de Picarte tomaron el camino convenido sin poder

evitar algunos encuentros sangrientos con los indios que huían a su proximidad volviendo incesantemente a atacarlos por la espalda. Las religiosas oraron aquella noche sin cesar, esperando los primeros tueos que debían indicarles la hora de la liberación o la del martirio. En la escasa caballería de Picarte había colocado el destino de aquella guerra a Rozas y en su alma se agitaban todas las emociones de la jornada que iba a permitirle ver o hablar a la mujer amada. Pero ya no era el elegante oficial de Maipo. Nadie podría reconocerlo, después de esa campaña de cuatro años, en que una larga melena gris caía sobre sus hombros, en que el sol había quemado el cutis pálido y delicado de su rostro, y en que los zarzales, las lanzadas y los destrozos del tiempo habían desgarrado su traje, dejándole sólo algunos harapos sobre las espaldas. Un poncho inmundo cubría ahora su pecho desnudo. Otros oficiales iban vestidos con trozos de alfombras y el coronel mismo estaba casi desnudo bajo una capa roja española que acababa de caer en su poder arrebatada a un cacique. Quedábale de la arrogancia antigua, la hermosa cabeza de Apolo, el cuello recto, los ojos brillantes y altivos, la silueta ágil y correcta de su cuerpo de joven atleta.

Pronto las escaramuzas de los guerrilleros enemigos se hicieron más vivas y numerosas. En varias partes se sentía el lugubre y fatídico clamor del cuerno indígena que llamaba a reunión y hubo necesidad de apresurarse para elegir a lo menos el sitio del combate. Entre tanto, las religiosas escrutaban en las sombras la aparición del primer fuego de los amigos. Una de las novicias que había subido a una altura llegó jadeante y sollozando para avisar que a lo lejos había surgido una llama. Realmente a cierta altura una chispa lucía entre las sombras; luego brotó otra más lejos y un momento después nutrido fuego de fusilería manifestó más cerca que el combate estaba empeñado. Las trinitarias recogieron su crucifijo y salieron precipitadamente para ganar pronto la obscuridad de los primeros árboles. Después de andar algunas horas, una primera fogata apareció ru-



Entró, descubriéndose, y llegó a un pequeño altar con flores artificiales, delante de una vieja Virgen de madera pintada.

tilante a cierta distancia. Era un gran hacinamiento de troncos que chisporroteaba. Las religiosas se pusieron de rodillas. La hermana Sabina gritó también que veía las llamas. La pobre ciega creía ver el fuego salvador, como veía en el fondo profundo de su alma la estrella del ideal y de la fe.

Después de media hora de tiroteo, los indios y guerrilleros que no se encontraron acompañados por Carrero, dieron tres furiosas cargas con sus lanzas y huieron después en todas direcciones. Las fogatas que se iban encadenando a lo lejos los desconcertaban. Rozas había sido desarzonado de un lanzazo y sólo por el trabajo de un joven sargento pudo ser levantado y puesto de nuevo en su caballo. "Estoy herido y no escapo, compañero", le dijo con voz muy débil. El grupo de rezagados, en que faltaban mu-

chos, se guió también por los fuegos y a la distancia oyeron los clarines de Carrero respondidos más lejos por los pífanos de Picarte.

Poco después de media noche las tropas se juntaban con un estruendoso viva a Chile y comenzaba el trabajo de buscar a las religiosas que iban llegando separadas en pequeños grupos. Dos de ellas tardaron en aparecer. Bendecían con los más conmovedores acentos al coronel Picarte y a Carrero, lloraban y reian y no hubo un solo soldado que no enjugara sus lágrimas al ver recobradas a las ovejas que, durante tantos años habían estado perdidas en medio de la selva.

La marcha comenzó pronto. Cada religiosa fué sentada a la grupa de un oficial o soldado de caballería. En el silencio de la noche a la luz de la luna que había venido a idealizar la hazaña de

esa compañía de caballeros y de santas mujeres, resonaba el rumor de las plegarias rezadas en alta voz.

Rozas apenas comprendía que estaba terminada la salvación de las trinitarias. Sus sienes latían furiosamente y una debilidad inmensa, semejante al primer síntoma del narcótico, recorría todo su cuerpo. Picarte lo había llamado para felicitarlo por su heroísmo que, según decían todos, había sido de una sublime locura. Pero el joven corría con su imaginación de un punto a otro de su vida con un delirio enfermizo de recordar a un mismo tiempo todas las memorias gratas de su existencia. "Sería curioso, pensaba, que ahora en el dintel de la dicha vaya a morir; pero la lanzada ha sido profunda, la siento en el alma. Volveré a morir como Jean Renaud y comenzó a recordar una triste balada antigua que le habían enseñado en una excursión a Bretaña. "Cuando Jean Renaud llegó de la guerra—llegó muy triste y mal herido.—Buenos días madre. Buenos días hijo.—Acaba tu mujer de darte un niño.—Camina madre, anda tú delante—hazme preparar un lecho blando,—pero haz tan callado el trabajo,—que mi mujer no alcance a oírlo.—Y cuando llegó la media noche.—Jean Renaud dió su alma a Dios". La escena pasaba entonces a la pieza de la enferma: "Dime madre, amiga mía,—¿qué es lo que oigo llorar así?—Hija mía si son tus hijos,—que lloran de dolor de dientes.—Ah! Dime madre, amiga mía, ¿qué es lo que clavan así?—Hija mía, si es el carpintero—que está golpeando el tablado.—Ah! dime madre, amiga mía,—;qué cosa están cantando así?—Hija mía si es la procesión,—que está pasando cerca de casa.—Dime madre, amiga mía,—;por qué tú misma estás llorando?—Y bien, no puedo ya ocultarlo.—Es Jean Renaud que ya ha expirado.—Madre mía, dí al sepulturero —que haga para dos la fosa,—y que sea el espacio grande,—para que quepa también el niño!"

Pero Rozas recordó que por él no lloraría nadie. ¿Y Lucila? Empujó su caballo, hizo un esfuerzo para separar en

el coro de voces la de su amada, y creyó reconocerla. Era ella; estaba allí a dos pasos; pálida, con los labios entreabiertos, sin la cofia que había perdido en el camino, con sus cabellos negros desordenados que caían a medias sobre sus espaldas, levantando los ojos al cielo y repitiendo con fervor inmenso su plegaria. Un oficial miró a Rozas y se acercó al coronel. Este dió una orden y se detuvo la marcha. "Teniente, dijo Picarte con su ronca voz, gastada, ¿está usted herido?" Un hilo de sangre bajaba de la espalda del joven y corría sobre el caballo hasta el suelo. "Madre, exclamó el noble jefe, necesito una venda y una mano de mujer". Se buscó un trozo de género y sor Catalina, sin saber que vendaba la herida de su primo, tal vez del más noble amante que hubiera conocido en su vida, se acercó al moribundo y ayudado por algunos otros compañeros del oficial aplicó la tela a la herida y fajó con otra la espalda anudando las puntas sobre su pecho. Rozas con los ojos juntos comprendió que esas manos eran de Lucila Urrejola; pero como caballero del ideal, como héroe y como cristiano, selló sus labios y dejó partir a la enfermera sin decir una palabra. En ese momento las monjas decían: *Salus infirmorum, ora pro nobis; consolatrix afflictorum, ora pro nobis.* La marcha continuó y Rozas fué rezagándose sin que nadie lo sintiera. Cuando sintió extinguirse el rumor de las letanías, el ruido de los sables y de la cureña, arrimó su caballo a la orilla de la senda, se internó trabajosamente algunos pasos y se dejó caer en tierra.

Al amanecer, un grupo de indios encontró allí al oficial muerto. Le arrancaron sus harapos y el primer rayo de sol pasando al través de las copas de los robles, iluminó el cuerpo desnudo del joven guerrero que parecía sonreír a la gloria y al amor.

Sor Catalina encontró en su libro la súplica de su amigo; pero nadie pudo contarle que el herido fajado por sus propias manos era el mismo que pedía oraciones de sus labios virginales!



Cuando don Pedro Cuevas viajaba, caballero siempre en un perro soberbio...

Los Caballos Cuevanos

Por J. L. B.

DIBUJO DE P. SUBERCASEAUX.—ILUSTRAZIONES FOTOGRÁFICAS

Todo el mundo sabe lo que en Chile se llama un "quiltro". Es el perro sin raza, el que pertenece a todas y a ninguna, el producto casual de los cruzamientos más inverosímiles.

A nadie se le ocurriría mejorar por medio de la selección la raza de los quiltros; estos híbridos carecen de características fijas, y son también incapaces de trasmitir las suyas a su descendencia. Cada uno de ellos es un ser especial y diverso de los demás perros. Nadie puede tampoco conjeturar el resultado que produciría la mezcla de este con aquel otro, ni aun cuando los animales cruzados descendieran de un origen común.

La raza caballar tiene también sus quiltros en este país. La inmensa mayoría de los animales de tiro o silla que pueblan las haciendas y las calles de nuestras ciudades, no pertenecen propiamente a ninguna raza. Son mestizos de todo género, buenos los unos, malos los otros, pero sin caracteres definidos, e incapaces por lo tanto, de trasmisirlos a su descendencia.

El ojo profano no percibe esto entre los caballos tan claramente como entre los perros, porque la diversificación de la raza canina, en formas y en tamaño es mucho más vasta y variada que la de la raza caballar. Pero el fenómeno

es el mismo, en uno y otro caso, y tan quítros son estos como aquellos.

Antiguamente no sucedía así, y, como todos saben, existió entre nosotros una raza de caballos perfectamente definida, raza que hoy sólo se conserva gracias al cuidado e inteligencia de algunos criadores escogidos.

Esta raza, aunque presentaba algunas sub-variedades, debidas principalmente a las diversas condiciones de clima y factores naturales que se encuentran en nuestro vasto territorio, poseía una unidad de origen y de características, verdaderamente extraordinaria. Había buenos y malos ejemplares, caballos magníficos y "chuzos" indecentes, abundando particularmente estos últimos, debido al escaso cuidado y preparación científica de los hombres de campo en los pasados tiempos. Las leyes de la selección natural, descubiertas en Europa por los prácticos, mucho antes de que los hombres de ciencia formularan su teoría, eran completamente desconocidas en el viejo Chile.

Descendían estos caballos de la raza española, y muy especialmente de la andaluza que a su vez tenía su origen en las caballadas berberiscas, llevadas a España por los moros del Norte de África. Conservan muchos de nuestros caballos algunas de las características de su origen, "como ser, la cabeza acanerada", el cuello grueso, aun cuando bien conformado, la grupa redondeada; el dorso ensillado y convexo; la cola muy abundante y pegada al cuerpo durante la marcha.

Las transformaciones sufridas por el caballo chileno, hasta llegar a ser lo que fué, hace medio siglo, no fueron por cierto el resultado de una selección habilmente dirigida por los criadores sino de las condiciones naturales del país, y de los hábitos y exigencias de la gente de campo, a las cuales hubo de adaptarse en forma casi espontánea. Los caballos del Perú y de Argentina, aunque oriundos del mismo origen, se desarrollaron por diverso camino. Traídos estos caballos a Chile, acabaron por adoptarse, en el transcurso de pocas generaciones al medio que los rodeaba, trans-

formándose en verdaderos caballos chilenos.

Conocidas y apreciadas, por todos los entendidos son las extraordinarias condiciones que adornan al caballo chileno de pura raza: sobrio y resistente cual ninguno, docil al freno, cómodo para la marcha, capaz de soportar las cargas más pesadas, es ante todo un animal de viaje y de guerra; inestimable principalmente en un país como este, en que los campesinos pasan montados una buena parte de su vida. Como caballo de lujo y ciudad, ha sido hoy casi enteramente proscrito, por razas extranjeras de mayor alzada y formas más graciosas y esbeltas; pero en tiempos pasados, cuando las ideas estéticas, en esta materia, no habían sufrido el choque de influencias extrañas, los buenos criadores supieron siempre producir tipos realmente bellos y airojos, y que respondían muy de cerca al ideal clásico de la belleza caballar, tal como podemos contemplarla en las pinturas de los grandes maestros del arte clásico.

Entre esos tipos de lujo y de paseo, se contaban los famosos caballos "braceadores", hoy enteramente extinguidos. El lujo de los hípicos de esos tiempos, consistía en montar caballos de abundantes y largas crines, tanto en el cuello como en la cola, magníficamente enjajeados con arabescos de plata, y laboradas estriberas, cuya marcha, un tanto fantasmagórica se distinguía por una especie de trote o paso largo, en que el animal sacaba hacia afuera, las patas delanteras, en una forma que sólo puede describirse, comparándola a la del animal que nada. Montados así, iban nuestros grandes señores a la Pampa, el día 19 de Septiembre, a mediados del siglo XIX.

El famoso "Dije", caballo que perteneció a don Manuel José Balmaceda, ha permanecido legendario entre estos antiguos braceadores de lujo. Se cuenta que fué vendido, o mejor dicho permutado por una cantidad fabulosa de vacas y toros, a la muerte de su opulento propietario. Nada se sabe de su descendencia, ni aun si fué o no un potro entero.

Los antiguos aficionados distinguían,

además de esta subvariedad de los braeadores, el caballo de silla, para los ricos o de "patrón" como le llamaban; el *canchero*, especial para las carreras a la chilena; el de *corrales* de muy buena rienda y adiestrado para correr vacas en los rodeos, etc., etc.

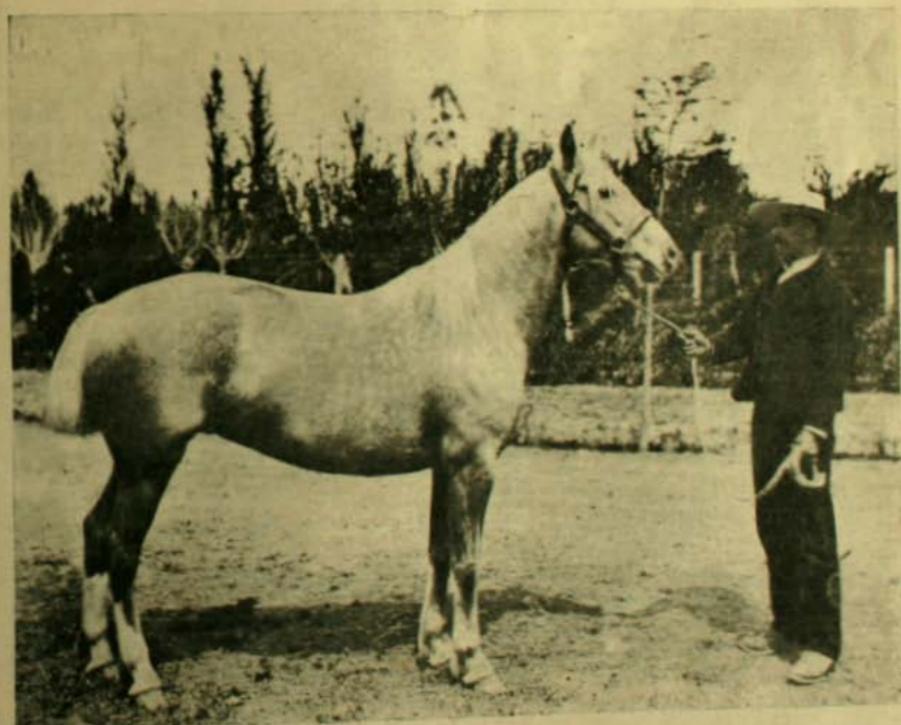
Es verdaderamente admirable que una raza, a la cual no se prestó de ordinario ninguna atención científica, lograra adquirir espontáneamente, tan preciosas cualidades. Como materia prima, para llegar a formar el mejor tipo de silla y de guerra, conocido en el mundo, acaso el caballo chileno no tiene igual. A sus cualidades físicas, une un instinto e inteligencia sobresalientes, que le hacen particularmente apto para ser adiestrado con los más diversos objetos, y en mucho menos tiempo que los más famosos caballos de Europa, cuyas hazañas hípicas, podemos a veces admirar en las películas de los cinematógrafos.

Los espléndidos resultados obtenidos,

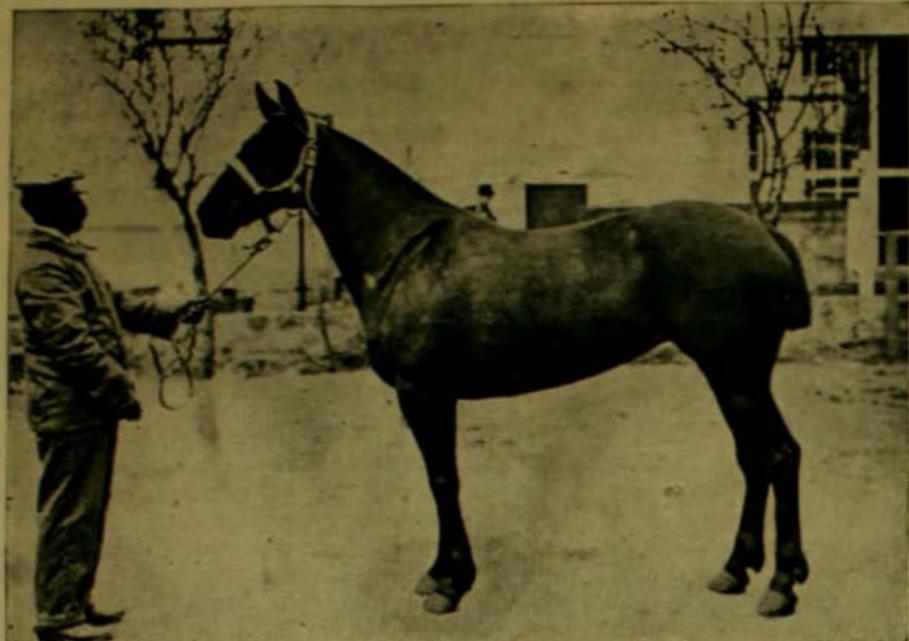
en muy breves años, por las pocas inteli-gencias que han prestado alguna atención al mejoramiento del caballo criollo demuestran cuánto habría podido hacerse, si se hubiera dedicado con tiempo a esta tarea, una pequeñísima parte de los esfuerzos que ha merecido en Chile la crianza de razas importadas. La manía del extranjero, nos ha dañado en este respecto como en otros muchos. Hoy que los tipos puros han llegado a ser muy escasos, la elección de reproductores, presenta dificultades que no habrían existido hace algunos años.

En efecto, hasta mediados del siglo XIX, la raza chilena se mantuvo casi sin mezcla. Los caballos que solían venir de la Argentina y del Perú, pertenecientes como eran a la misma familia, y teniendo un origen común, no tardaban en confundirse en la masa del ganado criollo.

En la época de la administración de don Manuel Montt, los señores don Diego Ovalle, don Juan de Dios y don Blas



"Mariposa" hija de Bronce, yegua productora, cuya hijas han obtenido éxito en los últimos concursos, premiada en 1886.



"La Monona", primer premio de 1910, hija del Colocolo, quizás la mejor yegua que se haya exhibido en nuestros certámenes anuales. En 1910 el criadero del señor Vial obtuvo primero, segundo y tercer premio a la vez.

Vial, introdujeron los primeros *percherones*, animales de tiro pesado, oriundos de la "Perche", antigua provincia francesa; raza entonces muy pura, pero mezclada ahora con la normanda y la frisona.

Fué esta la primera raza exótica introducida en el país, y su llegada produjo no poca sensación. Al desembarcarlos en Valparaíso, hubo de intervenir la policía para impedir la excesiva aglomeración de pueblo que acudía al muelle para contemplar esos animales, que a ojos de los contemporaneos, debieron parecer más bien elefantes que caballos. Conducíalos un francés, de apellido Marks, que los manejaba a son de trompeta. A sus toques, los animales se arrojaban al suelo y ejecutaban otras evoluciones divertidas. El Presidente de la República y los Ministros de Estado, bajaron al patio de la Moneda a presenciar las gracias de esos gigantes *gabachos*... El primer aeroplano llegado a Chile, no logró sin duda producir una conmoción semejante.

La sangre de estos percherones fué en-

tre todas las exóticas, la primera que vino a modificar la antigua pureza del caballo criollo, conservado hasta entonces sin mezcla. Hace de esto sólo unos sesenta años, pero en el mundo de los caballos, las evoluciones de raza son mucho más rápidas que entre los hombres. Esos animales reproducen a los tres o cuatro años, y diez lustros significan para ellos, lo que para nosotros dos o tres siglos.

Poco más tarde llegaron a Chile el potro de Mr. Price, animal de silla, traído de Inglaterra, y *El Blanco* de don Santiago Prado, que vino por los años de 1860, en una compañía de circo, y que fué adquirido por consejos de don Juan de Dios Vial por don Santiago Prado.

Después... después vinieron la mar de padrones y de yeguas, hasta lograr ahogar casi completamente la antigua raza criolla, haciéndole perder toda su pureza... De aquí la actual "quiltrería" que forma hoy la masa de nuestro ganado caballar.

Y como las mejores yeguas del país fueron reservadas para servir al nues-

tizaje, los potros chilenos sólo se cruzaron con yeguas más o menos inferiores, durante algún tiempo.

Sería un absurdo condenar la introducción de buenas razas caballares extranjeras. En Chile necesitábamos indudablemente de animales propios para el tiro pesado, para los carroajes de lujo o para el sport.

En nada habría tampoco perjudicado esta importación o mejoramiento de la raza criolla, sin las ideas un tanto extrañas, comunes en nuestra gente de campo, acerca del mestizaje y de sus efectos.

A nadie se le ha ocurrido en Chile hacer otra cosa que "quiltros" mezclando unos perros con otros, y, sin embargo, han imaginado mejorar las razas caballares por medio del cruce sistemático de tipos heterogéneos, ya sea entre sí o con animales criollos.

El ideal habría sido, pues, mejorar cada una de las razas importadas, y al lado de ellas la chilena, sin mezclarlas entre sí, sino a título de ensayo, como un medio de llegar a obtener, si ello resultara así,

una raza, no chilena, ni mestiza, ni extranjera, sino nueva en el mundo, que podría desarrollarse aparte sin perjuicio del mejoramiento de las razas madres.

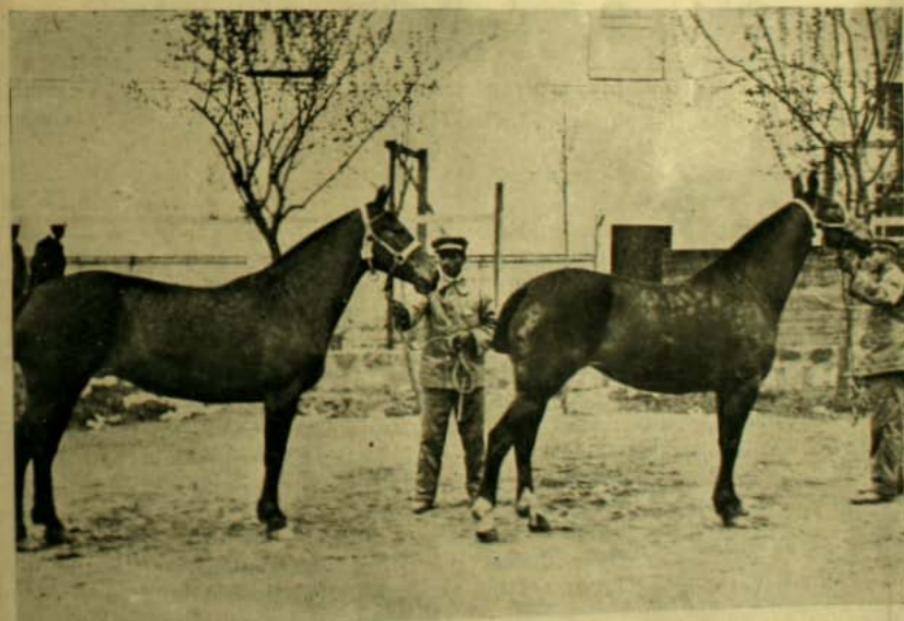
Salirse de esto, es buscar caminos por donde no se ha intentado penetrar, fuera de Chile, en materia de crianza caballar.

Pero volvamos al caballo chileno.

Como hemos dicho, la mayoría de ellos eran criados sin cuidado alguno, ni de las cualidades de sus reproductores, ni de su propio desarrollo y alimentación; pero sin embargo, algunos hombres inteligentes, conocedores instintivos más que científicos, de los grandes principios de la selección y de la herencia, lograron formar desde antiguo algunos grupos escogidos, cuyo renombre se extendió por todo el país, cuando sobrevino la introducción de los animales extranjeros.

Tal fué el *quilamutano*: animal que, entre todos los chilenos, es el que más se aproxima al árabe, y tradicionalmente conocido por la raya obscura que lleva sobre el lomo, y por tener de ordinario un color *cuculi*.

Quilamuta es un fundo de costa, ubicado



Las yeguas "Melcocha" y "Mistela", del criadero del señor Vial, que obtuvo segundo y tercer premio en 1910, en competencia con la "Monona".

do a orillas del estero de Alhué, en el departamento de Melipilla. Cuentan las crónicas que su famosa raza de caballos, proviene de un padrón español, según se cree árabe, que cayó herido junto con su propietario en el sitio de Rancagua el año 1814. Del campo de batalla, fué llevado el patrón de Quilamuta, donde fué el progenitor de esos caballos tan famosos, que cada uno de nosotros ha deseado poseer. La vieja y conocida raza de "Aculeo", llevaba en sus venas sangre quilamutana.

Pero de todas nuestras viejas razas puras, la que ha obtenido más éxito en los concursos caballares de los últimos años, es sin duda la *cuevana*, en cuyo honor escribimos este artículo.

En Chile se recuerda el nombre de muchos políticos y charlatanes perjudiciales, pero muy pocos saben quién fué don Pedro Cuevas. Sin embargo ese hombre merece una estatua.

Don Pedro Cuevas fué un hombre de campo, chapado a la antigua, de buena estirpe pero de pocas letras, pues dicen que apenas sabía firmarse. No aprendió zootecnia en libro alguno, pero suno nor instinto lo que otros no alcanzan a saber ni siquiera quemándose las pestañas. Tenía un fundo cerca de Doñihue, en el departamento de Rancagua, fundo que aún lleva en su recuerdo el nombre de "Lo Cuevas". Sucedió esto allá por los años de 1830 o 1840.

Poseía este hombre un instinto maravilloso para todo lo referente a la crianza y mejoramiento de la raza caballar. En nuestro tiempo y con mejores estudios y más elementos habría sido un genio, y acaso lo fué en el suyo, sin más estudio que el de su clara inteligencia.

Formó en su fundo el señor Cuevas, varios grupos notabilísimos de caballos chilenos, tanto para la silla del patrón, como entonces se decía, como para las carreras y los corrales. Estos animales tuvieron gran renombre, ya en aquellos tiempos tan alejados de los nuestros.

Dicen que cuando don Pedro Cuevas viajaba, caballero siempre en un potro soberbio, le seguían a la reata cuatro mulas, magníficamente enjaezadas que llevaban sus almofreces de cuero labrado al

estilo antiguo. Estas mulas eran "braceadoras", y aparte de ellas, probablemente no han existido jamás mulas en el mundo capaces de caminar en forma tan airosa. De este género eran las hazañas zootécnicas, realizadas por el señor Pedro Cuevas, y tales los lujos hípicos que se permitía, y que le hicieron famoso.

Se dice que este gran señor rural, poseía un arreglador de caballos negro, el cual jamás quiso adiestrar sus animales en presencia de persona viviente. Aún se muestra en el fundo "Lo Cuevas", un encierro dentro de un espinal, a la falda de un cerro, donde, según cuentan las crónicas, llevaba el negro sus caballos, para ejercitálos durante la noche. También nuestros mancos criollos tienen sus leyendas, como los empingorotados progenitores de los grandes ganadores ingleses.

El potro "Azogue", que acaba de obtener primer premio en la Exposición del año último, desciende del "Caldeado", uno de los más famosos reproductores del señor Cuevas. Este Azogue es hijo de "Coipo" y nieto de "Bayo León" que, a su vez fué hijo del "Caldeado".

"Bayo León" perteneció a don Ignacio Fuenzalida, padre del comentador de nuestro Código Penal, don Alejandro Fuenzalida, quien lo legó por testamento a don Pacífico Encina. Se cuenta que en sus últimos años el señor Fuenzalida hacía con su caballo vida común, como cualquier beduino del desierto. Sus invitados, con no poco susto y sorpresa, solían ver entrar al comedor, un hermoso potro "hayo peseteado" que venía a recoger sobre la mesa los sobrantes de pan y de ensalada, y a beberse el contenido de los aguamaniles.

Cuando D. Pedro Cuevas sintió aproximarse su fin, nombró su albacea a D. Rafael Martínez, de Paine, legándole como único honorario por su trabajo, el mejor de sus potros de silla, el célebre *Cuevano*, que debería ocupar en los anales de nuestro ganado criollo, un lugar parecido al que ocupa el legendario "Eclipse" entre los caballos ingleses de carrera. Tanta estima debió merecer ese potro al señor



El potro "Mingo", del criadero del señor Vial.

Cuevas, que, a fuer de huaso desconfiado y ladino, como suelen serlo de ordinario los de la cosaca provincia de Colchagua, no quiso morir sin ponerlo antes a buen recaudo. Lo confió pues a su amigo don Juan de Dios Vial, para que se lo cuidara, con encargo de entregarlo en manos de su albacea así que él cerrara el ojo.

De este "Cuevano" puede seguirse directamente la genealogía, hasta los animales que hoy llevan su nombre.

El potro favorito de don Pedro Cuevas, pasó de manos de don Rafael Martínez, a la de don Luis Montes Santa María, propietario del fundo de la Candelaria, cerca de Paine. Su cría más renombrada, fué el potro "El Nato" que perteneció más tarde sucesivamente a don Raimundo Valdés Cuevas y a don Leonidas Vial; a don Isaías Vial y a don Rafael Ugarte, en cuyo poder murió.

De este "Nato", fueron hijas cinco yeguas, que constituyeron la base del criadero más renombrado de caballos chilenos que hoy existe en Chile. Las obtuvo,

el señor don Diego Vial, su propietario, de sus parientes de Chimbarongo, en 1886. Tres de ellas: la Esperanza, la Novicia y la Viuda obtuvieron premios en los concursos de aquel tiempo.

Estas yeguas fueron cubiertas por el potro "El Bronce", hijo del "Codicia", nieto de "Naranjo", biznieto de "Tumba-ga", todos de la vieja raza de Aculeo.

Tal es el origen de los caballos tan conocidos hoy en Chile con el nombre de "Cuevanos". Su criador, don Diego Vial, ha obtenido por ellos, más de un centenar de recompensas, en todas las exposiciones de animales que han tenido lugar en el país desde 1889.

Dos de estos premios han sido de *championage*.

La yegua Manola hija de El Bronce y de la Novicia, fué declarada Champion, es decir, obtuvo el gran premio en 1895, compitiendo con todas las razas exhibidas en la Exposición.

La yegua "La Castañuela", hija de "El Bronce" y de "La Brasa", obtuvo primer premio en 1897, en un grupo de



Potro chileno, del criadero del señor Vial, elegido por M. Besnard como tipo zootécnico del caballo criollo.

que formaban parte 37 yeguas de todos los criaderos del país, y en que concurrieron animales de las razas más finas importadas a Chile.

El criadero del señor Vial, en nada se parece a esos establecimientos sumptuosos, en que estamos acostumbrados a ver a los caballos importados. Los animales que han obtenido tantas y tan altas recompensas, son pura y simplemente los mismos que sirven diariamente las necesidades del trabajo del fundo, que es el de "El Parral" de Doñihue, en el departamento de Cachapoal.

Allí puede verse a los vaqueros, montados en un primer premio de la Exposición, y al coche de la hacienda, tirado por las mismas yeguas que algunos días antes, han hecho la admiración de los entendidos de la capital.

El señor Vial no vende ninguna de sus yeguas. Hemos oido referir que no ha mucho, un inteligente en caballos deseó poseer una. Como se le dijera que no las

había en venta, ofreció tres mil pesos, por la que montaba uno de los sirvientes del fundo: esta oferta fué rehusada.

En cambio, el señor Vial vende reproducidores de dos años, hasta por 1.500, 2.000 y hasta 3.000 pesos; sumas que hasta hace pocos años habrían parecido fabulosas tratándose de caballos chilenos.

Presentamos como ilustraciones de este artículo la fotografía de algunos de los animales cuevanos que han obtenido premios en los concursos anuales de la Sociedad de Agricultura.

**

Gracias a los cuidados inteligentes del señor Vial, la raza de su criadero mejora visiblemente de año en año; y estamos ciertos de que se acerca ya el fin del desdenoso descuido en que ha permanecido nuestra soberbia raza criolla, de parte de la generalidad de los criadores.

Si los éxitos ya obtenidos, no sirvieran de estímulo suficiente, la opinión de los

extranjeros competentes, acerca de las excelencias del caballo chileno, tal como ha logrado presentársele en los últimos concursos, debería bastar a nuestros hombres de campo y aficionados, para decidirles a prestar a tan interesante obra de utilidad nacional, toda la atención que merece.

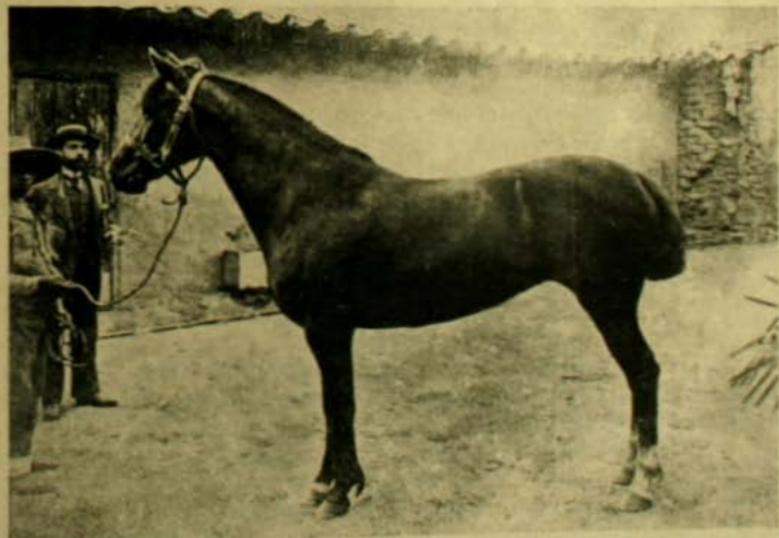
Entre estas opiniones, citaremos dos:

Hace poco tiempo, estuvo en Chile un distinguido militar extranjero, encargado de estudiar por cuenta de su Gobierno, las razas caballares más apropiadas para el ejército. Pues bien, este militar, declaró en presencia del potro "Mingo", cuya fotografía, acompaña entre otras este artículo, que aquel animal constituía, en su concepto, el tipo ideal de un caballo de guerra.

Más autorizada es, si cabe, la opinión de Mr. Hickling, el distinguidísimo técnico traído de Inglaterra, como jurado *ad-hoc* para decidir sobre las excelencias de los animales de tiro, presentados a las Exposiciones anuales. Bástenos decir que no ha sido discutida, ni siquiera por los interesados competidores del último con-

curso. Todos ellos han aceptado sus fallos, sin murmurar. Esta es ciertamente la prueba más dura a que puede ser sometida la capacidad y los conocimientos de un técnico.

Nuestros criadores no juzgaron a los caballos chilenos dignos de la admiración de Mr. Hickling, y ni siquiera se los mostraron. El hubo de verlos casualmente, y mostró por ellos, a su sola vista, la admiración más entusiasta. ¿Qué hubiera sido si, además de verlos, los hubiera probado particularmente en un viajecito de veinte leguas por los caminos de Chile? Porque las cualidades de nuestro caballo criollo, no residen especialmente en la perfección de sus formas, las cuales aunque denotan ya sus condiciones de resistencia y vigor, apenas pueden dar una idea de sus útiles características prácticas. ¿Supo acaso Mr. Hickling, que el caballo chileno, es acaso el único en el mundo que no ha menester de herraduras, tal es la dureza y solidez de sus cascos? ¿Conoció sus maravillosas dotes de inteligencia e instinto, su docilidad y mansedumbre; la comodidad de su marcha, y la no



"Manola", hija del Bronce y de la Novicia, champion del año 1895, obtuvo el primer premio compitiendo con animales de todas las razas.

igualada suavidad de ese galope corto, que a su jinete parece llevar horas de horas sin la menor fatiga?

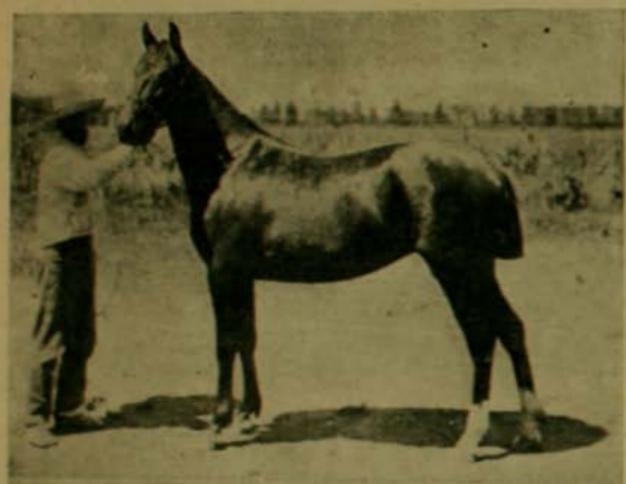
Lo que si ha perjudicado en el concepto de muchos a nuestro caballo, es la modestia de su alzada. Hay ciertas gentes, por desgracia muy abundantes, que todo lo juzgan por el tamaño; para ciertas personas no hay satisfacción posible, si no se encaraman sobre una torre.

A este respecto bueno es advertir que su alzada mediana, en nada perjudica a

esto, por algunos centímetros más, no se estima, por lo general, conducente.

Nuestras autoridades militares, impregnadas como están de un germanismo excesivo, han contribuido no poco a destruir la pureza de la raza caballar criolla, exigiendo para el Ejército alturas que de ordinario sólo alcanzan los animales mestizos. Así como visten a nuestros rotos con ropas cortadas de ordinario para prójimos altos, rubios y sonrosados, y los convierten así más en una especie de caricatura japonesa que en una copia del soldado prusiano, también se esfuerzan en que los caballos de Chile, tengan la altura exigida en Alemania, donde las condiciones y características de las razas, son muy diversas.

El gusto por la "topeadura" en la vara, aunque constituye un *sport* genuinamente nacional, ha conspirado también contra el caballo chileno. Esas torres, esos elefantes, enormes, gruesos, sin agilidad y sin gracia, que vemos aparecer en los torneos modernos de "topeadura", no son caballos, sino arietes. Muchos de los mejores grupos de las viejas crianzas han degenerado así,



"Castañuela", hija del Bronce y de la Brasa, obtuvo el primer premio en 1937, en un grupo de que formaban parte 37 yeguas de todas las razas.

las condiciones de nuestro caballo, el que es capaz de tanta fuerza y resistencia para recibir las cargas más pesadas, como si tuviera veinte o veinticinco centímetros más de altura. La mayoría de nuestros criadores están de acuerdo, en que nada es más fácil que aumentar la alzada del caballo chileno. En el hecho, todos o casi todos ellos lo han ensayado y conseguido. Parece sin embargo que la utilidad práctica de esta mayor altura es por lo menos dudosa. Los caballos que más éxito han obtenido en los concursos, miden desde 1.45 m. hasta 1.56 m. Se nos dice que la alzada ideal, dentro de la cual parece obtenerse mayor perfección de formas, armonía y unidad es la de 1.48. Sacrificar

mediante mezclas heterogéneas, en tales monstruos formidables.

No sería, sin embargo, del todo inconducente que nuestros criaderos continuaran estudiando este problema de la alzada; pero sin ánimo de sacrificar a preocupaciones de tal orden, las cualidades y características más esenciales, tanto estéticas como útiles de la raza. Es sabido que en tiempos antiguos, entre los animales chilenos de lujo, no era rara la talla de 1.60 y aún más. Según parece, para alcanzar semejante altura, es todavía más importante la crianza y el alimento que la misma selección... ¿Perdería el caballo chileno, ganando en altura?... Este es el problema.

J. L. B

DE PILLO A PILLO

Por
JOAQUIN DIAZ GARCES

DIBUJOS DE P. SUBERCA-
SEAUX



—Este es un minero de veras—me decía el mayordomo, señalándome a Andrade, un viejo de barbas blancas, tostado y rudo como un bronce viejo, alto, firme todavía, de ojos negros, brillantes e inquietos.

El sol moría tras los altos picachos de la mina. Sin transición de crepúsculo, como ocurre en las altas cordilleras, la noche se venía encima. El primer fuego encendido chisporroteaba con los quisquitos secos mezclados a las ramas de espino. De abajo, en medio del alto silencio de la montaña subía el tintineo de una tropa de mulas retardada en el camino. Andrade avanzó después de esa breve presentación que hacía un lacónico y elocuente compendio de su vida de penalidades. Porque el viejo había padecido; antes de oírlo, ya sabía yo que su existencia había sido golpeada como pocas. En su faz rugosa, agrietada, esculpida por un tosco cincel, se leían las privaciones del hambre, las brutales quemaduras del sol y de la nieve, tal vez algunas manchas de sangre y de crímenes inconfesables. Hombre nacido para la más ruda batalla, enseñado desde niño a todas las crudezas, no podía encontrar ya nada sobre la tierra que lo hiciera temblar. La nariz aplastada como bajo el golpe de un machete, parte de la espaciosa frente hundida, una oreja incompleta, la voz

resuelta pero contenida; era fácil comprender que ese luchador derrotado ni tuvo niñez apacible ni alcanzaría tampoco vejez con reposo.

—Si patrón; como minero naide ha visto más que yo. He tenido muchas veces la plata en la mano; pero se me ha resbalado, señor, cuando menos pensaba. Como padecer he padecido, como hambres nadie puede hablar... Pero la sed, la sentí envolverme en una tortura infinita.

—¿Dónde conociste la sed?
—En el desierto.

Los mineros salían de los recodos del camino silbando alegramente. El fuego ardía con llamaradas vivas alargando las lenguas de fuego en mágica chispería, bajo el fondo de cobre colocado entre cuatro piedras. De la altura bajaba un cierzo de nieve.

—En el desierto, patrón, volvía de Cárboles las manos vacías. Llegué tarde, la fatalidad me dió más penas que nunca. Una mala hembra me salió al frente y me acriminó, señor. Tenía que salir la misma noche y salí guiado por mi mala estrella. Despues de dos días de marcha, perdí el rumbo y acabé la ración. El saco que me había acompañado muchos años lo boté al suelo; no me servía de nada; un bocado de pan y una cebolla fueron mi último almuerzo. En el desierto quema el

sol más que en ninguna parte. Su merced ha corrido más mundo que este servidor y talvez ha estado en África o en la tierra de los camellos donde dicen que no hay agua y las piedras son brasas de fuego. Pero le aseguro señor que en el desierto al medio dia sale humo del suelo y uno se ahoga. Al principio, señor, yo me reia, porque en penurias yo me las entiendo; pero no sabia que en el desierto mientras más se anda es peor. No se avanza un paso, no se sabe para dónde caminar, no hay una seña, no hay una huella, no hay un espino, no hay un peñascosiquiera. Pero yo andaba y andaba, porque volver era imposible y tampoco sabía de qué lado había salido. Esa noche dormí mal porque me parecía que de esa vez Andrade era hombre perdido. Cuando apenas aclaró me puse a andar; pero tenía fatiga. Fatigas he sentido y hambres he pasado; un día más un día menos, sin probar un bocado, no es para asustar a un minero, ¡no es cierto! Benítez? En la Deseada también sentimos hambre, pero nos reímos los niños; eran bravos todos y eran buenos para el padecer. Pero la fatiga del desierto era, señor, como el sol, cosa no conocida; a mis mayores enemigos a quienes se las tengo jurada por mi madre no le deseó esa fatiga, porque es peor que la muerte, patroncito. Principia una angustia en la cabeza que baja al corazón, que da comezón en los brazos y le quiebra a uno las piernas. A ratos uno se olvida de todo como si durmiera y se asusta de encontrarse caminando. Esta es la última. Andrade—me decía yo mismo,—habíscapado de tantas y venís a entregarte en este arenal del infierno...

La fogata ardia, ardia. Un silencio de muerte pesaba sobre todos. Encendidos los cigarros, los labios secos chupaban nerviosamente y el humo envolviendo el resplandor del fuego se perdía inmediatamente en la negrura de la noche. Benítez, el cocinero, absorto en el relato de su amigo, se había quedado con la espumadera en la mano olvidado de revolver los frejoles y el agua hervía y saltaba, quemándose en los bordes de la quemante olla.

—En la Sonámbula han puesto trabajo de nuevo—dijo un apir colocándose una mano al lado del ojo para que el fulgor de la fogata no le impidiera vez a lo lejos. Y en efecto, al frente, muy lejos, a inconmensurable altura en los más escarpados cerros, se veía, casi como una estrella, una chispa de fuego. Allí contaban seguramente otros mineros la historia de otras luchas no menos dramáticas.

—Fué entonces patrón—dijo Andrade, volviendo del fondo de sus recuerdos con un suspiro—cuando comencé a sentir sed. Se dice muy luego... Se siente sed muchas veces, pero se sabe que hay cerca un río, un estero, una acequia, una vertiente donde se puede tragarse cuanto se quiera, y esta no es la sed del desierto; la sed del desierto debe ser la sed del infierno...

—La Virgen Santísima nos libre—dijo a media voz el más joven de los apires, santiguándose maquinalmente.

—Uno mira a todos lados y todo es fuego. El fuego quema la cara, los labios, la lengua, la garganta, el pecho, el estómago, el alma, si señor. Aquí abrimos la boca y el aire nos refresca. En el desierto hay que llevar la boca cerrada porque el aire tuesta. La sed me desesperaba. No sentía el hambre. Ni la mala hembra de Caracoles, ni las puñaladas que esa perra maldita me hizo dar por su culpa, ni las venganzas me hacían ningún efecto. Nada me importaba y si ahí hubiera tropezado con una piedra de plata maciza la habría tirado lejos. Era agua, señor, lo que pedía. Porque, aunque iba solo, yo venía hablando fuerte, hablando a gritos; me estaría volviendo loco, pienso yo, cuando me acuerdo. De repente tropecé y me caí. No es nada Andrade, adelante, gritaron cerca de mí: me di vueltas y no había nadie; era yo mismo, pero no era mi voz.

—Buen dar, dijo Benítez. Tanto padecer y ser siempre pobre.

—Esa noche, patrón, no dormí. Creo que tendría fiebre, porque las sienes me sonaban como un tambor. A cada rato sentía voces que me hablaban y siempre era yo. Creí una vez que aullaba un perro y me estuve medio sentado oyendo:

nada, ni un grillo. Al amanecer resolví andar y andar, había que morirse andando, no había remedio. Yo había ido a Caracoles por mi bueno, y me volvía por mi mala cabeza. Mía era toda la culpa, a nadie le hacia falta.

Cuando ya salía el sol vi un buitre que volaba alto, muy alto. Este va por el camino, dije, este va para poblado, es el primer pájaro que veo; vamos bien, Andrade. Luego lo perdi de vista; pero más tarde volvió más bajo y más despacio. Entonces se me ocurrió, patrón, que el condenado tenía hambre como yo y sed como yo y que me venía ojeando y siguiendo porque esperaba que cayera.

—Diablo, buen dar con el buitre, bien-aiga ñor con el avechicho,—fueron corriendo los oyentes uno tras otro. Habían comprendido el cuadro trágico de esa lucha del hombre y del ave de rapiña ante la desolación de la naturaleza. Pero la observación los hacia reir.

—Yo los hubiera visto, recontra, exclamó Andrade. No estaba yo para risas; me flaqueaban las piernas. Pensaba que el buitre me venía siguiendo de lejos y que si bajaba era porque me encontraba ya cara de muerto ¡no es cierto, patrón? La sed me apretaba la garganta tanto y tan fuerte que hubo un momento en que sentí dos manos que me querían ahorcar. Cuando quise defenderme vi que era yo mismo. No me sentía las manos pegadas al cuerpo, eran dos manos muy grandes, hinchadas, llenas de manchas. Mis pies estaban tan pesados que no pude más con ellos. Entonces caí y me quedé acostado de espaldas. No quería perder de vista al compañero que pasó otra vez mirando fijo hacia abajo; ¡contento debía estar el maldito! No sé si estuve así una hora o un día. Pero yo no me muero como cualquiera, señor, si no, que lo digan aquí los niños que me han visto en otras. Tengo siete vidas, como los gatos. Me santigué, señor, le ofrecí a las ánimas media barra de una minita de oro que tenía entonces en Petorca, me acordé de mi madre que era viejita y de repente, patrón, encontré que estaba llorando y pidiendo agua como un niño. No era cobardía, señor, yo no he sentido

miedo a la muerte; pero una aflixión tan grande me tomaba que quise pararme y arrancar. Pude dar unos pasos y después corrí una media cuadra deshaciendo el camino hecho; quería volverme a Caracoles, acusarme, entregarme. Pero caí de nuevo. El buitre debía ser veterano señor, porque parece que esperaba esta caída para bajar también él. Se quedó como a tiro de piedra parado, quietecito, mirando fijo. Cuando uno está andando un buitre se ve muy chico: uno lo mira de alto abajo; pero cuando está tendido, viera, señor, cómo crece el condenado! Yo debía estar loco, ahora que pienso, porque sentía rabia de que fuera a servirle a la bestia para su apetito. Pero ya no podía más, me llegaba la hora, dejé de mirar el animal y cerré los ojos. A lo menos me dejará morirme, decía yo; Dios no ha de permitir que un buitre pueda más que un hijo suyo antes de que sea ánima. Cuando abrí los ojos la bestia estaba bien cerquita y parecía durmiendo, abría un ojo y lo cerraba, tenía la cabeza bien metida entre las alas. Me parecía el diablo velando a un minero condenado en vida...

—No diga eso, ño Andrade—exclamó el mayordomo. Todos hemos hecho alguna en la vida, pero las pagamos bien aquí mismo.

—Entonces, patrón, la Virgen se acordó de mí, talvez porque en Andacollo le llevé a su altar un candelabro de plata maciza del alcance de la Colorada. Me vino una idea, señor, hacerme el muerto y ver quién pescaba a quién. Al fin y al cabo yo era un hombre y el otro un buitre.

—Buena cosa! Bienaiga la idea! Este ño Andrade es el mismo diablo en persona—comentaron los apires. La fogata amainaba. El cierzo helado bajaba siempre de las nieves. Dábamos diente con diente.

—El buitre se había acercado y siempre abría un ojo para verme y lo cerraba después. Yo veía sin abrirlos: lo sentía como estaba ya a un paso. No quería moverme para no asustarlo. Lo creía asustadizo al condenado; pero se me encogió una pierna con un calofrio, talvez era la

muerte que se ponía en contra mía, y él ni pestañeó. Quién sabe si así agonizan los que mueren de sed. Nos íbamos de pillo a pillo, señor, y esperábamos. De repente no sé cómo estuvimos trenzados. Yo le tenía una pata y buscaba con otra el pescuezo mientras sus aletazos me echaban al suelo a cada golpe. La fuerza del diablo, patrón, era bien grande. Yo quitaba la cabeza a los picotazos, pero me dió éste en la frente, ¿ve aquí señor? y dos o tres en los brazos. Pero lo tenía aferrado y pude ponerle la rodilla encima. Me costó encontrar el cuchillo, se me hacia eterno el tiempo y al fin pude degollarlo. Con la sangre me entró al cuerpo la vida, pero la carne era dura y estaba tan flaco el pobre que no pude meterle el diente. Ahí me quedé hasta el otro día, patrón, esperando y esperando. Al caer la tarde, una tropa que subía a Caracoles pasó no lejos de ahí y pude correr... Aquí tiene señor la historia de Andrade con el buitre en el desierto.

Mientras Benítez invitaba a la comida, yo me puse de pie, tomé la cabeza de Andrade entre mis dos manos y se la agité nerviosamente. No me atreví a besar esa frente salvaje, mordida por la lucha primitiva de las fieras, pero me sentí orgulloso de haber nacido en la misma tierra de ese atleta.

El frío arreciaba, los mineros cantaron y luego fué cayendo cada cual envuelto en el negro poncho de castilla. Yo entré a la ruca donde pasé una noche febril, recordando la frase tan simplemente dicha por el viejo inmortal: *nos íbamos de pillo a pillo*.

Cuando al amanecer vi a Andrade que subía por el duro patillaje del peñón con la broca al hombro, pobre como los otros después de vida tan intensa de amarguras, de dolores, de heroismos, de crímenes y pasión, una lágrima veló mis ojos.

JOAQUIN DIAZ GARCES

Septiembre, 1912



Se me haría eterno el tiempo, y al fin pude degollarlo.

El porvenir de la guerra naval

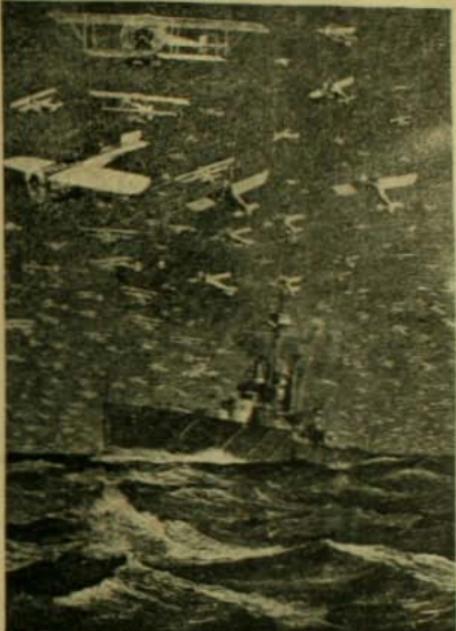
INFORMACION GRAFICA

La ciencia de la construcción naval no ha dicho aún su última palabra. Los gigantescos dreadnoughts han relegado a segundo término los acorazados que hace sólo muy pocos años constituyan nuestra admiración.

Quién vencerá a los dreadnoughts? No lo sabemos, pero la experiencia nos enseña que ninguna máquina de guerra mantiene su dominación por mucho tiempo.

Por de pronto, he ahí a los submarinos, a los dirigibles y a los aeroplanos, ingenios nacidos ayer y que ya dan qué pensar.

Por primera vez en este negocio de la guerra, el porvenir parece más barato que el pasado.



Por el precio de un Dreadnought, sería posible construir tres mil aeroplanos. ¿Quién ganaría a quién? ¡No sería el combate del hombre con una nube de mosquitos!

Con el valor de un dreadnought pueden construirse 24 submarinos de último sistema, o 30 globos dirigibles de primera clase, o tres mil aeroplanos.

Un dreadnought cuesta a lo menos 2 millones y medio de libras esterlinas.

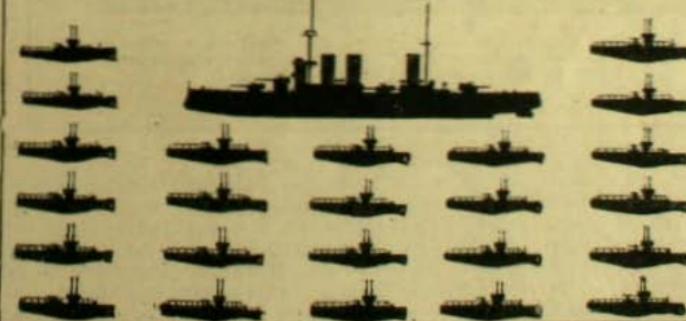
Un torpedo, disparado por un submarino, puede, en pocos segundos, reducir a la nada ese valor fabuloso. ¿Cuáles serán las condiciones de la guerra, si a cada uno de esos soberbios acorazados puede el enemigo oponer, sin mayor costo, una flota de submarinos de primera clase?

He aquí un problema que sólo la práctica puede resolver.

Pero el hombre toma de día en día, con mayor se-

24 submarinos
el tipo más perfeccionado, pueden ser construidos con el valor de un solo Dreadnought.

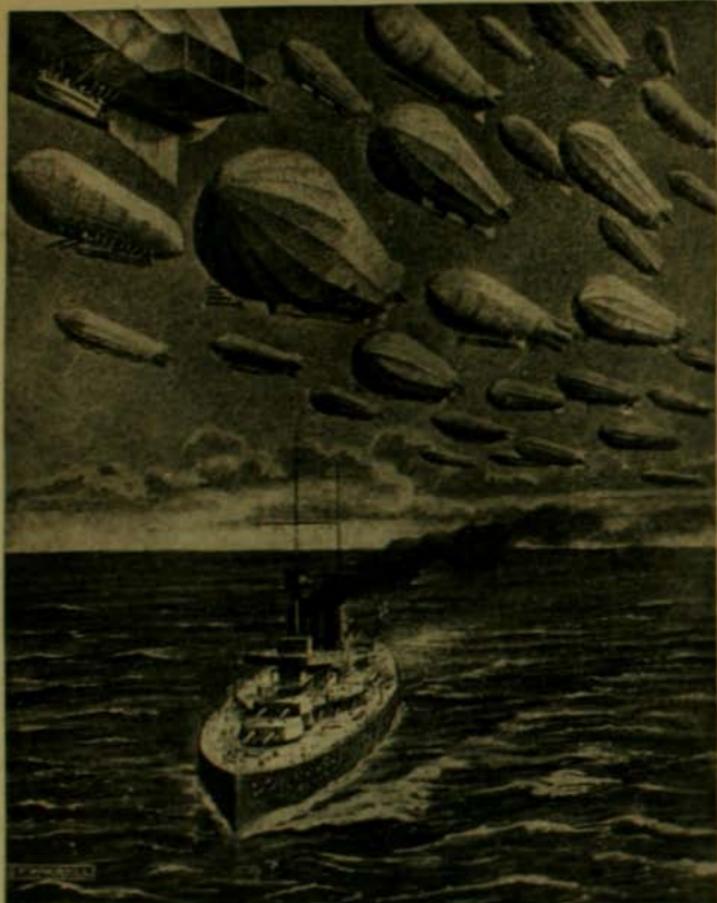
Frente a frente el uno y los otros, estaría el gigantesco acorazado muy seguro.



guridad el dominio de ese elemento, casi insensible y extraordinariamente móvil que se llama el aire. En 1905 ningún hombre había volado todavía; hoy miles de aeroplanos surcan la atmósfera en condiciones que hacen presagiar para un futuro, acaso muy próximo, una revolución en las comunica-

ciones y en la guerra. Ya en la última guerra los aeroplanos, aún en su infancia, pudieron sembrar el espanto y la destrucción en una ciudad sitiada.

¡Y los globos dirigibles? ¡Quién no conoce la novela de Wells titulada "La guerra en los aires"? El fantástico autor sólo su-



Por el precio de un Super-Dreadnought, pueden construirse treinta globos dirigibles, sistema Zeppelin. ¡Qué posaría si en un ataque uno solo de estos últimos sobreviviese!

ciones y en la guerra. ¿Qué sería de un dreadnought, asaltado desde las alturas por un verdadero ejército de máquinas voladoras? No se olvide que con el precio de un gran acorazado moderno pueden comprarse tres mil de esos elementos de guerra, sobre cuyo alcance ofensivo nada podemos de-

poner máquinas apenas más perfeccionadas que las construidas por el conde Zeppelin, las cuales ya han realizado viajes regulares, transportando pasajeros con itinerario y precio fijo, ni más ni menos que un expreso de lujo, con restaurant y todo.

LORD WELLINGTON.

La felicidad modesta

en la vida

Por _____
ALBERTO EDWARDS.

Cuando decidimos, con don Joaquín Díaz Garcés iniciar la publicación del "Pacífico Magazine" fué nuestro primer pensamiento poner la nueva revista al servicio de un alto problema social de carácter práctico y útil para todos sus lectores. Ese problema es el de la vida, dentro de las actuales condiciones económicas, y de acuerdo con las exigencias de la civilización. Vivir decorosa y holgadamente, cuando se cuenta con pocos recursos, es una ciencia casi enteramente ignorada en estos jóvenes países de la América del Sur.

Si penetráramos en la casa de un extranjero: de un alemán, de un belga, de un francés, no puede dejarnos de llamar la atención el ambiente de holgura, confort y bienestar que allí se respira y el arte y buen tono con que todo está dispuesto; el orden y el aseo de las habitaciones y hasta la sencillez y el gusto exquisito con que sus propietarios saben presentarse.

Sin embargo esa gente no dispone de mayores recursos, ni menos los gasta sin mucha parsimonia. Sabe vivir y economizar, dando su parte al placer y proporcionándose al mismo tiempo comodidades muy superiores a las que consiguen gozar nuestros com-



patriotas, en circunstancias económicas análogas o mejores.

Es esta una ciencia que no se enseña en las escuelas. El arte de vivir es una de las conquistas de la civilización, y las escuelas no civilizan por sí solas. Mirad la alcoba de un pobre obrero in-

glés. Ese individuo apenas sabe leer y escribir. Cualquiera de nuestros artesanos, después de haber pasado por la escuela primaria ha aprendido muchísimas más cosas, pero no a vivir como lo exige su dignidad de hombre, no a tener un hogar decente, base de la felicidad doméstica, de la familia y de su futuro bienestar económico... Y si de nuestros artesanos, subimos a clases aún más cultas o más bien dicho, letradas, preciso es confesar que la mayoría de los obreros del occidente de Europa, desdeniarían las habitaciones de la clase media chilena, como demasiado sucias e incómodas.

No es esta pura y simplemente una cuestión de dinero. Aquella gente dispone de muy poco; pero sabe aprovecharlo, cosa que nuestros conciudadanos ignoran. Volúmenes se escriben en Chile sobre las cuestiones económicas relacionadas con la producción o distribución de la riqueza, pero de la cién-

cia de los consumos nadie se acuerda, a pesar de ser la que más falta nos hace, y más directamente interesa a todo el mundo.

Sin embargo, vivir con holgura y decencia, es la mitad de la felicidad, sino las tres cuartas partes de ella. El bienestar material, no solo constituye un placer de los sentidos, sino que también enaltece y dignifica al hombre.

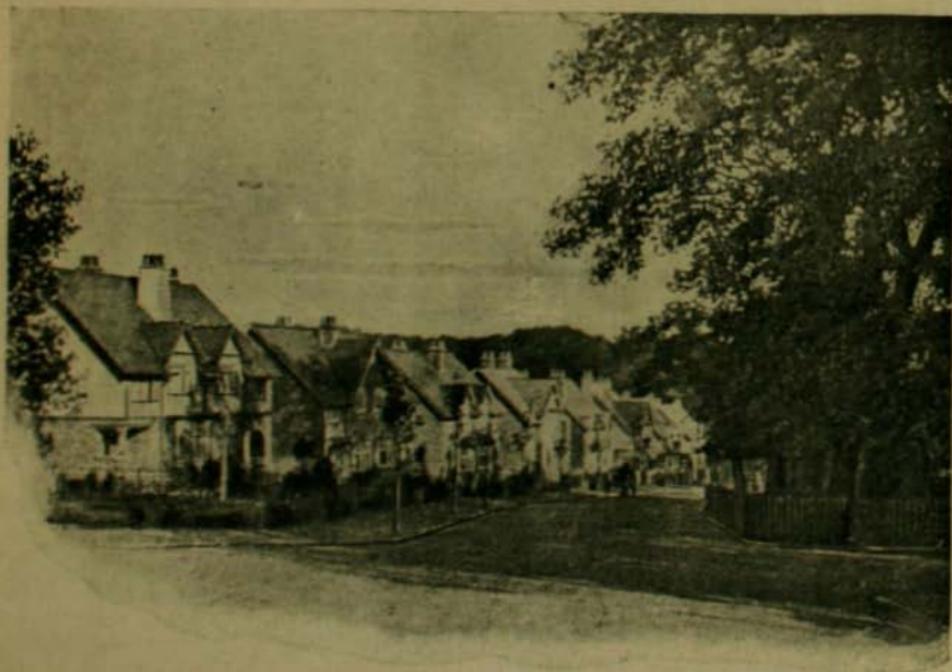
El problema de la vida honesta para las personas de pocos recursos, no es, pues, simplemente económico, sino moral. Su resolución traería envuelta la formación paulatina de una burguesía libre, culta, digna, capaz de transformar a nuestro país, y aun de llegar a dirigirlo, como sucede en los países del occidente de Europa.

Se ha negado alguna vez que exista en Chile una clase media, y, en realidad, si hubiéramos de juzgar de su existencia por su influencia social, deberíamos acaso pensar lo así.

Lo que si no tenemos, es una aristocracia, aun cuando no faltan, aun hoy día, tipos con pretensiones de ese género.

Los biznietos de los que se enriquecieron en el siglo XVIII vendiendo sebo y charqui, suelen considerarse de más ilustre prosapia que los enriquecidos después por el cobre o el salitre. Pero en el fondo, el origen de toda nobleza es y ha sido en Chile siempre el mismo, esto es, el dinero. Teniéndolo se franquea el abismo que separa la alta sociedad dirigente del pueblo y de las clases medias. Hoy que la influencia y las situaciones políticas también se compran y muy caras, este valor social del dinero, es, si cabe, mayor que antaño.

Más abajo de esa alta sociedad burguesa que todo lo puede, existe en situación desmedrada y vergonzosa casi, lo que entre nosotros desempeña, o podría desempeñar el papel de la pequeña burguesía. Los calificativos ridículos



Población obrera en Inglaterra.



Chalets arrendados a treinta pesos mensuales en Inglaterra.

del diccionario, se han agotado para designar a esta clase infeliz: son los siúlicos, los pijes, los pipiolos. La aristocracia, llamaremos así a los dirigentes, se complace en adornar al pobre que pretende vivir como caballero, con todos los vicios, defectos y ridiculencias imaginables.... Se le acusa de entrometido, pretencioso, falso y poco honorable; se le arroja en la cara como un estigma su pobreza y los afanes que gasta para ocultarla; se le reprocha su mal gusto, su escasa educación y la torpeza o amaneramiento de sus modales; sus vestidos, sus sombreros y sus corbatas. El pobre pequeño burgués parece haber nacido para hacer el papel de caricatura animada durante toda su vida.

El, por su parte, comprende perfectamente lo falso y ambiguo de semejante situación, pero sin resignarse a ella, no hace tampoco nada para mejorarla. Aplastado entre una plutocracia todopoderosa y un pueblo semi-bárbaro, impotente para romper las vallas que lo separan del resto de la sociedad, no ha

sabido hasta hoy formarse una situación digna, decorosa, respetable, que esté de acuerdo a la vez con su grado de cultura y con la escasez de sus medios pecuniarios.

No me admiro de que se acuse de inmoral a nuestra pequeña burguesía. La cortedad de sus medios, lo vago e ilimitado de sus horizontes y aspiraciones, la instrucción pedantesca de que lo adorna la universidad, su ignorancia de la ciencia práctica de la vida, el puesto ambiguo que ocupa en la sociedad.... no son estos, por cierto, factores de elevación moral, como tampoco lo son de orden y de felicidad.

El problema es pues muy hondo y afecta como ninguno al bienestar y al decoro de un gran número de nuestros conciudadanos.

III.

Nuestros soberbios plutócratas guardan todos sus desdenes para el pequeño burgués chileno. Los extranjeros,

son tratados con mayor respeto por modestos que sean sus recursos y su situación social.

La razón de esta diferencia, humillante para nuestros conciudadanos, es muy dura de decir, pero conviene decirla...

El hombre super-civilizado; el europeo muy principalmente, sabe merecer ese respeto, porque posee una noción más elevada y exacta de lo que constituye el decoro de la vida.

Nos encontramos en la calle con una pequeña burguesa chilena. Viste muy mal pero con pretensiones; lleva encima joyas falsas, telas vistosas y de mal gusto, sombreros de mucho artificio, pero ridículos; su cara está cubierta de polvos de arroz y colorete; va dejando tras de sí la huella de perfumes detestables, mezclados con evidentes testimonios de la falta de aseo personal.... Aquello no llama al respeto....

Al lado de esa compatriota, camina una modesta francesita. Nada lleva encima de chocante y cursi, sino un traje

modesto y aseado. Solo deja tras de sí el olor sin olor de la limpieza. No pretende ser lujosa, pero aparece digna y decente.

Serán igualmente útiles y consideradas en su propio hogar, esos dos tipos de mujeres? La primera, en el mejor de los casos, será una bachillera, ya romancesca, ya pedante; la segunda el eje del hogar, la directora económica de toda una familia, el modelo de dueña de casa, a la cual su marido y sus hijos, deberán holgura, bienestar y decoro. Nos bastará entrar a la habitación de la una y de la otra, para quedar convencidos de esta verdad. Las apariencias no siempre son engañosas.

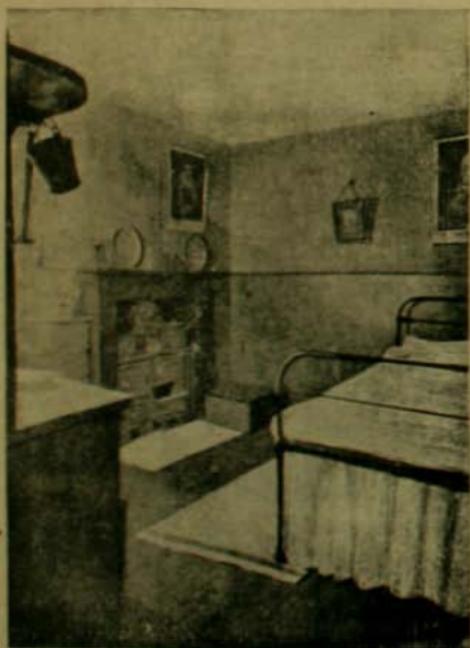
IV.

Es cierto que el mal ejemplo viene desde arriba. Nuestras grandes damas, se disfrazan con desplorable frecuencia con el traje de las mujeres divertidas de París, usando telas más caras y de mejor gusto que las otras, pero con desconocimiento de lo que deben a su dignidad de personas serias y de familia.

Triste es decirlo, pero estas extravagancias revelan un concepto anticuado y semi-bárbaro de lo que en todos los tiempos se ha llamado "vivir noblemente."

La ostentación artificial de adornos vistosos, caracteriza a los pueblos incultos (ya se sabe cómo los salvajes se visten de plumas multicolores y se cargan de adornos chillones). En la misma Europa de los antiguos tiempos, la nobleza creía distinguirse de las demás clases, mediante el lujo y el brillo de los atavíos, en la persona y en el mobiliario.

Las grandes damas cubiertas de gollillas y encajes y vistosas sederías, cuyos retratos contemplamos en los museos, no se lavaban jamás, ni siquiera los dientes. La profusión de perfumes que se echaban encima, obedecía a la necesidad de disimular las consecuen-



Dormitorio de un obrero inglés.



Sala de un obrero inglés

cias de esa falta de aseo. Con llevar muchos miles en atavíos, creían ser o parecer nobles.

Igual cosa sucedía en las habitaciones. Los salones resplandecían de oro y tapices; las piezas interiores eran pocilgas inmundas. Se vivía solo de la ostentación exterior. El palacio de Versalles, construido para Luis XIV de Francia, podía alojar diez mil personas, pero no había en él una sola pieza de baño o de *toilette*. El gran Rey no se bañó en su vida, y se lavaba la cara con pomadas!....

La transformación de este falso concepto de la decencia, se debe, como la mayor parte de los progresos útiles de la humanidad, al pueblo inglés. Desde fines del siglo XVII o principios del XVIII, la Inglaterra suprimió, a lo menos en el traje masculino, los relumbrones, los dorados y los colores chillones. Vestirse a la inglesa se llamó entonces, vestirse como nos vestimos hoy, esto es solo con aseo y buen gusto. En Francia esta moda penetró solo en vísperas de la revolución, junto con las ideas de libertad política, nacidas también al otro lado de la Mancha!....

En 1787, María Antonieta colocó en su palacio de Versalles, el primer baño.

La nobleza de Francia, y muy prin-

cipalmente su correcta e incomparable burguesia, sigue hoy, en esta parte, las costumbres inglesas.

En el hogar la comodidad y el aseo, han reemplazado también al fausto antiguo. Por supuesto los ricos y los poderosos siguen gustando de los grandes mobiliarios y de los salones suntuosos, pero el pobre ya no se avergüenza de no poder exhibir tapices y dorados.

Para el respeto de sí mismo y de los demás le basta el orden, la limpieza y el buen gusto.

Dentro de la moderna civilización, nadie necesita de otras cosas en su persona y en su hogar, para ocupar un puesto respetable dentro de la sociedad.

V.

Muy lejos estamos en Chile de haber alcanzado este nuevo y elevado concepto de la vida honesta, de la vida noble.... A esto debemos atribuir, en primer término, la situación humillante, deprimida, ambigua y malsana, de nuestra desdichada clase media.

Un ilustre escritor español, hijo de un carpintero alemán, don Juan Eugenio Harzenbachs, observa con razón que los antiguos prejuicios nobiliarios, no dejaban de tener fundamento racional.

¿Por qué se despreciaba al burgués en el siglo XVII? se pregunta el autor de "Los Amantes de Teruel".... Se le despreciaba porque era grosero, sin modales ni cultura, como suelen serlo hoy los labriegos y los gañanes.

No debemos olvidar jamás esta sensata y exacta observación. Cada clase social es dueña de la situación que ocupa. Para elevarse y merecer el respeto de los demás, le basta su propio esfuerzo.

Si por una transformación feliz, nuestra burguesía comenzara a adquirir hábitos modestos, el gusto del aseo, de la economía y del orden, el desprecio por la ostentación vanidosa de galas de mal tono, si supiera colocar sus aspiraciones en más elevado sitio, logaría ocupar en breve tiempo la situación enviable de que gozan aquí y en Europa, las gentes cultas y civilizadas, ya cuenten con recursos o carezcan de ellos....

Enorme es, como se ve, la importancia práctica del problema. No se nos ocultan las dificultades de su solución....

La escuela, y sobre todo la nuestra, no enseña ni civiliza en este orden de cosas. Los bachilleres y marisabidillas que la Universidad fabrica por docenas, nada aprenden de esta gran ciencia de la vida.

De las mismas escuelas profesionales, sólo salen mujercillas incapaces de vestir con modestia y buen tono y de dirigir un hogar.

No hace muchos días paseaba un mi amigo por cierto barrio de la capital. Junto al umbral de una casita medio ruinosa estaban sentadas una vieja y una joven.... Por la puerta abierta podía contemplarse en el interior la imagen del desorden, de la miseria y del desaseo.... La vieja (era la madre), sucia y grasienta, en cuclillas sobre el suelo polvoroso, soplaban con todas sus fuerzas, sobre los tizones de un brasero.... A su lado, la joven (era la hija)...vestida de rosado y de celeste, oliendo a *patchonli* y pintada hasta las orejas, bordaba en un bastidor.... Mi amigo se acercó allí.... ¡Era la alumna de una escuela profesional!

De semejantes alumnas, y de las maestras que las enseñan, muy poco podemos esperar.

Lo peor es, como ya lo hemos dicho, que el mal ejemplo, el falso concepto de la vida, nos viene de arriba, de una sociedad en que la única distinción es el dinero, y el máspreciado signo de nobleza el exhibirlo y derrocharlo.

Pero vamos progresando, a este último respecto.... Los grandes ya no ostentan todo su lujo en los salones: ha penetrado recientemente en sus casas el gusto de la comodidad y del aseo. Ya nadie se avergüenza de no salir a veranejar, ni se encierran las familias decentes a piedra y lodo durante los meses de calor, temerosas de que las divisen.... en la calle.... Ya no se dice con aire de superioridad.... "En Febrero solo andan ya en Santiago las provincianas y las *siúticas*".... Hasta hay señoras que van al Parque en tranvía, salvo los Jueves y los Domingos.... Estamos a medio camino.... pero caminamos....

VI.

Pero el problema, además de este aspecto hondo, trascendental, que atañe a la misma psicología social, presenta otro no menos interesante, a cual podeinos nosotros dedicarnos en este Magazin, con manifiesta utilidad práctica para sus lectores.

Dentro de las actuales condiciones económicas, en presencia de los precios alcanzados por los artículos de primera necesidad, no sólo el vivir honesta y decorosamente, pero sí también vivir tan sólo comiendo, aparece ante muchos como una empresa insuperable.

La dificultad es real pero no inventable. En Europa las dueñas de casa están espantadas ante una alza de quince o veinte por ciento del precio de las subsistencias. En Chile todo ha subido entre cinco y quince veces, desde hace treinta años, y al doble de su valor desde hace diez.

De aquí una transformación sustancial de las condiciones de la vida. Chile fué en otro tiempo el país más barato del mundo: hoy puede figurar entre los más caros. Ciertos artículos como la leche, la mantequilla, las aves, los huevos y las verduras, alcanzan precios muy superiores a los que hoy constituyen un escándalo en las ciudades

más populosas y dispendiosas de Europa, como Londres y París.

Otro tanto puede decirse de las habitaciones. Presentamos adjunto el plano y la fachada de una casa de obrero en Lóndres, cuyo canon mensual de arriendo es sólo de treinta y cinco chelines, o sea cuarenta y dos pesos de diez peniques: el precio en Santiago de las más indecentes pocilgas.

Cuando se comparan los sueldos y salarios de este país con los de Europa, sólo se suele tomar en cuenta el cambio, la diferencia de moneda, y no el costo de la subsistencia, extraordinariamente abultado aquí, por las incertidumbres monetarias, el efecto excitante del papel moneda, y los derechos aduaneros ultra-protectores, para un país sin industrias, ni preparado técnicamente para tenerlas.

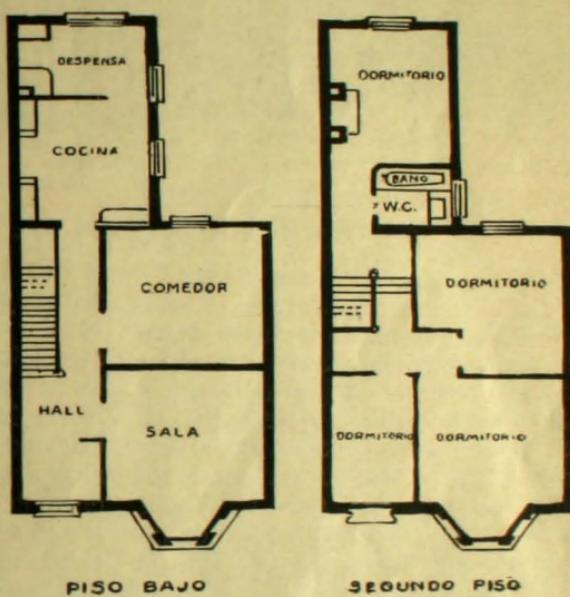
Con todo, el factor que en nuestro entender contribuye con más fuerza a dificultar en Chile la vida de los pequeños, es la escasa preparación de estos para emplear su dinero de un modo eficaz y conveniente. Los europeos se han habituado en largos siglos de vida cara y dura, a afrontar y vencer las dificultades de la subsistencia cotidiana. *Conocen punto por punto lo que cada peso puede dar de sí.*

Tenemos a la vista los resultados de un concurso abierto en Bruselas, sobre el presupuesto de un empleado, con mujer y dos hijos, que ha de vivir decorosamente, y estar preparado para todas las eventualidades del futuro, y que posee como única fuente de recursos, un sueldo de ciento cincuenta francos al mes.

Presentáronse a este concurso centenares de soluciones, y las mejores de

ellas, las premiadas, eran escritas precisamente *por dueñas de casa*, a quienes la necesidad había obligado a ajustarse, en la realidad de las cosas, y por largos años a semejante presupuesto.

No pueden ser leídas sin conmoverse, esas líneas tan reales, y tan vividas, como sensatas y equilibradas. Ningún detalle se pierde; el placer y el ahorro tienen su parte.... Esa gente va al teatro, está suscripta a un periódico, pasea los Domingos por el campo, per-



Plano de la casa anterior.

tenece a sociedades de pasatiempos, está asegurada, compra juguetes a los niños, regala a sus relaciones, come y viste decentemente, educa a la familia.... todo.... todo con ciento cincuenta pesos al mes.

No estamos preparados ni con mucho para realizar semejantes milagros! La transformación de las condiciones de la vida se ha efectuado en Chile bruscamente, sin que nuestras clases poco acomodadas, hayan tenido tiempo de aprender a afrontar circunstancias tan duras.



Chalet para obreros. Treinta y cinco pesos mensuales de arriendo.

VII

Nos falta ante todo la dueña de casa. Entre nuestras grandes damas las hay que merecen este hermoso título, pero las señoras de la clase media, ya sea por un falso concepto de lo que deben a su decoro, ya sea por ignorancia o incapacidad, están muy lejos de ocupar un puesto análogo al de las famosas "ménagères" de la Europa Occidental.

Se dice y con razón que en Bélgica, Francia y Alemania la mujer y no el marido es el jefe de la familia. Este dominio doméstico del bello sexo suele ser atribuido, por los espíritus poco observadores, a los encantos y seducciones de la mujer, o al carácter apocado del hombre en esos países. Nada más inexacto. En el mundo domina el que dà de comer, el que sabe proporcionar holgura y comodidad a sus súbditos o subordinados, y las familias de Europa, deben en su gran mayoría el poco bienestar de que disfrutan al talento, laboriosidad y economía de la "ménagère", de la dueña de la casa.

Ella tiene los cordones de la bolsa, distribuye el presupuesto doméstico, sabe dar a cada franco su valor. No es allí la mujer una máquina de gastos, ni una muñeca perfumada y cubierta de afeites. Con semejantes artificios no se domina. Es no solo la que ahorra sino la que trabaja, y el producto de su labor de todas las horas, la labor del consumo práctico y sensato, es más importante para la vida de la familia que el escaso sueldo del hombre.

Una mujer así no necesita de servidumbre. En Europa son muy pocas las familias que la tienen, con menos de diez mil francos de renta.

Nada más chocante en el pequeño hogar chileno que esas fámulas sucias, mal olientes, ariscas y soeces, buenas más o menos para nada con las cuales deben contentarse las familias de pocos recursos. No se concibe la decencia y el orden con semejantes domésticas. Tenerlas buenas es caro, y tenerlas malas, es acaso más costoso todavía... Una sola vale por lo menos cuarenta pesos al mes, si se toma en cuenta lo que come, y acaso más si calculamos lo

que roba y malgasta, en la cocina, en el mercado y en el tocador.

Y por otra parte ¿qué lazo más tierno entre marido y mujer, que los esfuerzos gastados en común por el bienestar de todos? El hombre en su oficina ganando el pan, y la mujer en su casa dirigiendo los consumos, disponiendo el alimento cotidiano, aseándolo y ordenándolo todo... Así el hogar es un nido, así saben las mujeres retener al que aman en su regazo.

¿No vale mucho más esto que cubrirse de adefesios y pinturas, para saltar por esas calles a excitar las risas de las gentes de gusto y buen tono?

VIII

E! problema de las habitaciones, escapa de ordinario a los medios y recursos de las gentes modestas. Arrendatarias siempre, deben tomar lo que encuentran, y esto es, por lo regular, malo y costoso.

Los esfuerzos de algunas personas

de corazón, comienzan a dar sus frutos en lo referente a las habitaciones obreras. Nuestro trabajador empieza a gozar de comodidades, no iguales a las de sus colegas de Europa, pero por lo menos superiores a las de los negros de Guinea. Sin embargo todavía una buena parte del pueblo chileno está peor alojado que los antropófagos.

¿Dónde habitan los pobres aquí?— preguntaba yo en el Brasil. Y me señalaron chalets coquetos, limpios, artísticos casi, medio ocultos entre los jardines y las enredaderas. Allí no existe la ruin pocilga que es la vergüenza de Chile y de su civilización.

¿*Y el obrero inglés?* Respondan por mí las ilustraciones de este artículo, que representan las casas que se arriendan en Londres a los obreros, por quince, veinte o, a lo sumo, cuarenta pesos al mes....

También las habitaciones para la gente de medianos recursos y de cultura superior, comienzan a preocupar a los hombres de negocios y a los soció-



Chalets de valor de cuarenta pesos mensuales de arriendo en Inglaterra.

logos. "Pacifico Magazin" no omitirá esfuerzo alguno para contribuir a la solución de tan interesante problema. Sus editores han reunido un rico material de informaciones al respecto, y procurarán auxiliar el movimiento por todos los medios que estén a su alcance. Concursos, planos, investigaciones sobre el costo y materiales de construcción, barrios modelos, etc., etc.

Pero no debemos olvidar que el habitante de una casa es en buena parte dueño de la decencia y comodidad de su hogar. El orden, el aseo, el buen gusto pueden transformar un edificio ruinoso y vetusto. Muy poco dinero cuesta el combatir el polvo, la mugre, las emanaciones infectas, el olor de la humedad y de la desidia.... La escoba, el jabón y el aire puro, pueden ser el lujo de todo el mundo.

El mobiliario forma parte integrante de la casa y le imprime tono y carácter. A este respecto la moda bárbara y anticuada de los relumbrones, ha descendido desde los palacios de los ricos hasta el hogar de los modestos. Más frecuentemente se ven en estos últimos sedas viejas y sucias, encajes de mal gusto, cortinajes manchados y alfombras raídas, que el decoro de una sencillez limpia, pisos relucientes, muebles pocos y simples y un orden escrupuloso. A primera vista, y con solo atravesar el umbral, puede decidirse, si la casa en que se penetra, pertenece a un extranjero pobre, o a un compatriota de escasos medios....

En uno de nuestros próximos números presentaremos modelos y presupuestos de mobiliarios adecuados a las necesidades de una vida modesta.

IX.

Hemos hablado ya del pésimo gusto reinante no sólo en Chile sino en toda la América latina, en lo que atañe al modo de vestir.

El traje inglés ha logrado dominar, aquí como en todo el mundo civilizado, la indumentaria masculina. Aquellos "charros" descriptos por Blest Gana, han desaparecido casi del todo. No nos encontramos ya en la calle con tipos análogos al de Amador Molina, que figura en Martín Rivas.

Es lástima grande no poder señalar un progreso análogo entre las encantadoras hijas de Eva. Es imposible andar dos cuadras por la capital de Chile sin toparse con media docena de marrachos.

Prescindamos de las grandes damas, vestidas al estilo de cocottes, que ostentan diamantes y sederías desde que Dios amanece, y llevan plumas en el sombrero y zapatos de baile, no para pasearse en coche sino para andar a pie por las aceras; el traje de nuestras señoritas y señoritas de escasos recursos, es amén de poco práctico y económico, ridículo y grotesco las mas de las veces. Las modistas de primera clase, logran disimular en parte, la extravagante indumentaria de su clientela, mediante la riqueza y el buen gusto de las telas, el arte en la disposición de los colores y el corte irreprochable.

Las que no pueden ni comprar esas sedas ni pagar esas modistas, solo consiguen al tratar de imitar esas modas, ya incongruentes en su origen, caer en la más risible caricatura.

Así andan por ahí las señoritas de nuestra clase media y aun de la aristocracia, convertidas en angelitos de anda, de rosado, celeste y amarillo, colores que, además de ser cursis y chocarreros, son poco prácticos, pues el tiempo y el polvo pronto los ensucia. Así hay que renovarlos a menudo, y como el dinero falta, las telas tienen que ser muy malas, y el resultado final altamente lastimoso....

:Y se consigue así llamar la atención? Por supuesto, pero en forma muy poco halagüeña.... "Mira la siútica", dirán, "se ha echado encima todo el jardín de su casa.... Al lado pasará

una extranjerita, modesta, con su traje sencillo, natural, honesto, de buen paño fabricado para durar mucho y conservarse siempre decente... Ella atrae el respeto que siempre acompaña a la pobreza dignamente llevada. Nadie soñará burlarse de su vestidito....

Alguien me refería no ha mucho, escandalizado de la ignorancia europea respecto a la América del Sur, que en Francia la gente nos suponía vestidos de plumas como los salvajes de Amazonas...

—Muy ignorantes son esos gabachos, pensaba yo, pero si se equivocan en cuanto al material de nuestros trajes, no andan muy descaminados por lo que hace al gusto, distinción y colores de nuestros atavíos.

X.

Hace no muchos años se comía en Chile casi de balde. No es raro que sea ignorada casi en absoluto la ciencia de cocinar bien, con materiales baratos. No hemos tenido tiempo para aprender a modelarnos a las exigencias nuevas.

Quiero poner solo un ejemplo.

Todos los higienistas están de acuerdo en que el caldo de carne apenas es un alimento. La poca sustancia que el hervido logra extraer de la carne, lo saca de la olla la espumadera.... En Chile, sin embargo, aun los más pobres creen no poder pasarse sin un caldo de vaca o de cordero.

En Europa la gente de escasos recursos sabe reemplazar "el caldo", el "bouillon" como allá dicen, con preparaciones, acaso no menos nutritivas, pero si mucho más agradables y baratas.

Muy luego presentaremos no una si-

no muchas recetas para hacer sopas cuyo costo total, para una familia entera, no excede de diez centavos. Y así como con la sopa, sucede con el resto de la comida....

Y no se crea que vamos a incitar a nuestros lectores, a comer porquerías. Los Menus del Pacífico Magazin, serán baratos es cierto, pero nutritivos y harto más sabrosos que muchos platos caros a que nos hemos habituado, en razón de la pasada baratura de los artículos de consumo.

No hace muchos días, encontrábame alojado en el campo, en casa de un amigo. Iba a llegar la hora de almorzar: yo hablaba de mis menús económicos y me ofrecí a hacer una sopa por diez centavos para cuatro personas.

Fuimono a la cocina; pedí los materiales y empecé la preparación de un plato....

—Dios mío!—decía la señora de la casa.—¿Qué vá Ud. a hacer con eso?

Media hora después mi sopa se sirvió al lado de una espléndida carbonada. La prueba, lo confieso, era difícil y peligrosa para mi modesto caldillo.... Pero salió triunfante.... El fué declarado excelente y los que probaron una sola cucharada, no acabaron de comer hasta dejar el plato como una patena.

Así, pues, para la habitación, el mobiliario, la comida y el vestido existe una ciencia aquí ignorada, mediante la cual, viven en otros países en la holgura y en la dicha miles de personas, con recursos que en Chile parecerían escasos hasta para morirse de hambre....

No creemos que exista nada más útil y práctico para la inmensa mayoría de nuestros compatriotas que el conocimiento de esa ciencia. A propagarla incesantemente, dedicaré el "Pacífico Magazin" sus mejores esfuerzos.

ALBERTO EDWARDS

EL CUERPO SIN ALMA

Cuento popular.

Por———

Julio Vicuña Cifuentes

ILUSTRACIONES DE MARTÍN

Hubo, en otro tiempo, un pobre muchacho a quien, por carecer de padres conocidos, designaba la gente con el apodo de *El huacho* (*), sin propósito de denigrarle, ciertamente, y sólo porque se les antojaba tal vez que como no tenía apellido, tampoco debía de tener nombre.

Era *El huacho* un mozo despierto, de genio travieso y carácter aventurero. Ninguno como él para hacer un mandado, ni para seguir una pista, ni para armar un lio al lucero del alba. Porque, aunque el pobre muchacho no era precisamente un bellaco, amigo de gozarse con el mal ajeno, como la vida y la alegría le retozaban en el cuerpo, no podía estarse quieto; y así como dicen que el diablo, cuan-

do no tiene qué hacer, mata moscas con la cola, *El huacho*, a quien no apremiaban las ocupaciones, se gastaba tiempo en enredar a los demás.

Un dia *El huacho* se aburrió de esta vida ociosa de rencillas lugareñas, y como no tenía nada que le arraigara en el pueblo, donde ya comenzaban a hostilizarle por sus muchas fechorías, decidió salir a correr tierras. Pronto estuvo arreglado su equipaje, que consistía en las malas prendas que llevaba puestas, y andando, andando por villorrios y despoblados, se encontró en mitad del campo con muchos animales de especies diversas—aves, reptiles y mamíferos,—que disputaban acaloradamente en torno al cadáver de una res colosal, sin lograr ponérse de acuerdo en la repartición de los ya mal olientes despojos.

Ofréciese *El huacho* a servir de amigable componedor, y tan diestro y equi-

* *Huacho*, aplicado a las personas, significa huérfano o bastardo, según los casos. Como personaje innombrado figura mucho en los cuentos chilenos, siempre con carácter astuto y maleante.

tativo anduvo en el reparto que te los quedaron contentos. Para demostrarle su gratitud, decidieron favorecerle con un don que le haría todo lo poderoso que él pudiera ambicionar.

El león tomó la palabra en representación de los demás, y le habló así, con el tono más dulce que halló en su registro vocal:

—Para que veas que los animales somos mejor agraciados que los hombres, te vamos a armar de un poder contra el cual nada valdrán las acechanzas de tus enemigos ni los caprichos de la fortuna.

Siempre que estés en apuros o quieras ver realizado algo en el mismo instante de desearlo, no tendrás sino decir: “¡Dios y... tal cosa!” y al momento te transformarás en lo que hayas nombrado.

Dió El huacho las gracias a sus protectores y deseando probar el don que le habían concedido y servirse a un mismo tiempo de él para realizar sus anhelos de ver mundo, dijo: “¡Dios y una águila!” y convertido en esta poderosa voladora, partió como una flecha, sin rumbo determinado.

Al cabo de muchos días de vuelo desforrado y caprichoso por desiertos sin fin, divisó un magnífico palacio, en cuyas cúpulas doradas se quebraba en mil haces la luz del sol, revoloteó un instante sobre el misterioso edificio, buscando por dónde penetrar en él, y vió que el sitio que debían de ocupar los patios y avenidas es-

taba totalmente cubierto por la misma techumbre que las habitaciones, sin quedar resquicio que permitiera asomarse a ellos.

Sin desanimarse por esto, discurrió por los alrededores del palacio, escudriñándolos prolíjamente, y halló en el bosque cercano la choza de una pobre vieja, única habitadora de aquel singular paraje.

—“¡Dios y yo!” —dijo El huacho, y

Vuelto en su natural figura, saludó afablemente a la vieja y le preguntó:

—¿De quién es este castillo, madre mía?

Sin demostrar asombro, como si aguardara al recién venido, la vieja le contestó:

—Este es, hijo, el palacio del Cuerpo sin Alma,

en el que nadie ha logrado penetrar hasta ahora.

—¿Y qué hay ahí dentro?

—Quién lo sabe! Sólo las hormigas pueden atravesar sus espesos muros, y las hormigas no hablan, hijo mío.

—¡Dios y una hormiga! —dijo al instante El Huacho, y transformado en este pequeño insecto, se acercó al muro y desapareció por entre los invisibles intersticios que dejaban libre los enormes sillares al estrecharse unos contra otros.

Cuando estuvo dentro del palacio, recorrió todas las habitaciones al trote menudito del animalillo cuya forma había tomado. Admiró las bellezas arquitectónicas de aquella portentosa fábrica, la riqueza del menaje de sus desiertas salas, y los tesoros acumulados en los sótanos



El león tomó la palabra en representación de los demás.

profundos. Pero en ninguna parte descubrió señales de vida, y aquel regio alcázar parecía un templo colosal alzado por la mano de un mago a las divinidades del silencio.

Un diminuto orificio, camino de hormigas seguramente, que daba paso a un sutilísimo hilo de luz, permitió al travieso muchacho penetrar en una elegante alcoba bañada por un rayo de sol, recogido no se sabe dónde y enviado hasta ella por una maravillosa combinación de reflectores imposible de descubrir. En un ángulo de la habitación había un lecho, en el cual reposaba, sumida en profundo sueño, una joven de peregrina belleza. Contemplóla asombrado El huacho, y meditando en lo que debía de hacer, decidió esperar la noche para presentarse a la niña en su verdadera figura de hombre.

Así lo hizo; sólo al despertar la joven y encontrarle al lado suyo, no pudo reprimir un grito de miedo que resonó en todo el castillo. Espantosos rugidos se dejaron oír, y penetró en la alcoba con gran estruendo un monstruo que las sombras no permitían ver, y que al recorrer la habitación aullaba furioso:—“a carne humana huele aquí!”

Un instante bastó al huacho para transformarse en hormiga y esconderse en una grieta del muro, y el monstruo, que no era otro que El Cuerpo sin Alma, tuvo que volverse, sin haber hallado en quién ejercitar su furor.

A la noche siguiente, El huacho se presentó otra vez a la joven, pero entonces ésta no gritó, sino que por el contrario, lo recibió afablemente y le dijo que ella era una princesa encantada, sometida a la guarda del Cuerpo sin Alma, y que



Este es, hijo, el palacio del Cuerpo sin Alma.

sólo cesaría el encanto cuando su esposo, el que la suerte le deparase, diera muerte a su odioso carcelero, lo cual no podía ser, pues éste tenía escondida el alma en un lugar que nadie sabía, y mientras el alma no fuese encontrada, el monstruo sería inmortal.

Instó El Huacho a la joven para que con halagos y promesas arrancase al Cuerpo sin Alma su secreto, y ella prometió hacerlo así en esa misma noche. A poco se oyeron los pasos del monstruo, lo que obligó al huacho a convertirse nuevamente en hormiga e ir a ocultarse en la grieta que antes le había servido de refugio.

Los mimos de la joven, a que el monstruo no estaba por cierto acostumbrado, triunfaron de su pertinaz reserva, y en un rapto de pasión descubrió su secreto a la mujer que lo había de perder.

—Sabe, le dijo, que mi alma la tengo escondida en un huevo; este huevo está dentro de una paloma, la paloma dentro de una zorra y la zorra dentro de un jabalí, el cual vive muy lejos, allá en la orilla de una laguna sombreada por helechos de hojas de plata.

No bien oyó El Huacho esta revelación, se escurrió del castillo, y diciendo: “¡Dios y un águila!” voló en demanda de la singular laguna. Mucho tuvo que volar, mucho que inquirir de las aves exóticas de otros climas, antes de encontrar la laguna sombreada por helechos de hojas de plata; pero al fin dió con ella, y ahí estaba el feroz jabalí, seseando entre los juncos que bordeaban la ribera.

El Huacho se transformó rápidamente en otro jabalí de igual corpulencia, y arremetió con él. Lidiaron todo el día,

sin llevarse ventaja, y el jabalí que guardaba el alma del monstruo, decía, al ver que no lograba vencer a su enemigo:

“¡Ah, si pudiera beber del agua de mi



lo recibió afablemente y le dijo que ella era una princesa encantada.

laguna que yo la muerte te diera!”. Pero en vano procuraba acercarse a ella, pues el otro se lo impedía.

Al llegar la noche se suspendió el combate, y El Huacho, vuelto hombre, se fué cerca de ahí, a la choza de un viejo que vivía con su hija. Consiguió hablar a solas con la muchacha y le recomendó que a la mañana siguiente, en cuanto se reanudara la pelea, se ocultase ella en un sitio próximo al en que lidiaban los jabalíes, llevando en una bandeja un pedazo de pan con queso y una copa de vino añejo, que ofrecería a aquel, de los dos, que se los pidiese.

Con las primeras luces del alba se renovó el combate, con más encarnizamiento, si cabe, que en el dia anterior. Y exasperado el jabalí que antes había hablado, volvió a decir: “¡Ah, si pudiera beber del agua de mi laguna, que yo la muerte te diera!” Lo que hizo exclamar

al otro: "¡Y si yo pudiera comer un pedazo de pan con queso, beber una copa de vino añejo y dar un beso a la niña del viejo, también la muerte te daria!"

De un espeso juncal salió la niña, lle-



vando en una bandeja lo que El Huacho pedia. Engullóselo éste, besó a la joven, y arremetió nuevamente a su adversario, dejándole muerto de una feroz dentellada. Al desplomarse el vencido, huyó escapada de su vientre una magnífica zorra.—"¡Dios y un galgo!"—dijo El Huacho y transformándose en este animal, no tardó en dar alcance a la fugitiva, que pereció entre sus colmillos. Junto con el último estertor, de las fauces sangrientas de la zorra, salió volando una paloma.—"¡Dios y un gavilán!"—gritó el Huacho y se lanzó tras ella, atrapándola luego

con su robusto pico. Cuando murió la paloma, dejó caer el codiciado huevo, que El huacho recogió antes de que tocara en tierra, encaminándose en seguida al castillo, donde, desde el momento en que expiró el jabali de la laguna, agonizaba dolorosamente el Cuerpo sin Alma, tratando en vano, con mil argucias, de atraer hasta él, para darle muerte, a la joven que lo había traicionado.

El Huacho penetró en la alcoba y quebró el huevo en presencia del Cuerpo sin Alma, que en ese mismo instante exhaló el postrer suspiro.

El palacio se iluminó entonces esplendorosamente. La vida volvió a animar sus desiertas estancias, en las que hasta ese momento yacían encantadas, convertidas en muebles y objetos caprichosos, las personas que lo habitaban; y esa misma tarde, en la austera capilla señorial, la joven princesa entregó su mano al afortunado Huacho, que, sin tenerlo él, dió aboleño a una brillante generación de príncipes, duques y marqueses, que aún hoy se muestran envanecidos de tan ilustre progenitor.

JULIO VICUÑA CIFUENTES



La Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego

EL PASADO Y EL PORVENIR DE MAGALLANES

I

"He llegado hasta lo que parece ser el acabamiento de la tierra". Con estas sencillas palabras dió cuenta de su expedición al general Loaisa, uno de sus pilotos, encargado de reconocer las costas australes de la Tierra del Fuego, en el verano de 1526.

Es aquél, en efecto, el más remoto confín del mundo. Las masas continentales de la América, del África y de Australia se terminan hacia el sur, por angostos promontorios que forman el lindero del océano Glacial Antártico. Pero el África no llega más allá de la latitud de nuestras provincias centrales, y la última extremidad de la Tasmania apenas se prolonga hasta las alturas de Chiloé... Sólo la América alcanza más lejos. Arrojada como una barrera en medio de los mares helados y desiertos que rodean el polo, sus confines meridionales se encuentran ya en cierto modo, dentro de los climas de la muerte y el hielo.

Comparadas esas latitudes extremas de nuestro continente, con las de la Europa Occidental, parece a primera vista que esas tierras deberían ser aun fértils y benignas, y capaces, como las de Escocia, de

sostener una población numerosa. El cabo de Hornos no se encuentra más lejos del Ecuador que la bella ciudad de Edimburgo, en cuyos alrededores prospera la papa, el centeno y aun el trigo. Pero la Europa se encuentra en condiciones excepcionales: las tibias aguas de la corriente del golfo, como las de un calorífico, llevan a esas costas benditas de Dios, una parte de la vida que el sol vierte a raudales sobre la zona tórrida....

Donde ese recurso falta, los países situados más allá del grado 50. de latitud, presentan un aspecto muy diverso... Al otro lado del Atlántico, y enfrente de la Escocia, nos encontramos con el Labrador, ese triste país más extenso que todo Chile, donde apenas pueden existir penosamente, merced a los recursos de la pesca, algunos centenares de miserables indígenas.

En el extremo sur de la América, el mar que por todas partes rodea aquellos despedazados archipiélagos, batidos por los vientos polares logra templar en algo los rigores del frío durante el largo invierno, de las altas latitudes... Pero en el verano el sol apenas alcanza a calentar la helada tierra: el año es neutro, como dicen los meteorólogos.



El hemisferio austral de la Tierra.

Para encontrar una temperatura tan pareja entre los diferentes meses del año, sería necesario remontarse hasta las vecindades del Ecuador. En la bahía de Orange, la expedición francesa enviada allí en 1882 para observar el paso de Venus, encontró allí una temperatura media de 5 grados, siendo de 7 la del verano y de 3 y medio la del invierno. La alternativa de las estaciones, que es el elemento indispensable de la agricultura en la zona templada no existe allí... En la Tierra del Fuego no hay verano ni primavera, sino un invierno continuo. Nada o casi nada puede madurar bajo tal clima.

Es un mundo aparte, por sus condiciones naturales como por su situación geográfica. Ninguna tierra está vecina, salvo las del polo. Si a un hombre le fuera dado elevarse a muchos miles de kilómetros sobre el confín antártico del globo terrestre, y pudiera contemplar a lo lejos desde aquella altura nuestro hemisferio meridional, sólo vería las eternas nieves del sur rodeadas por un océano inmenso, al travé-

del cual se avanza como aislada barrera el último confín de la América.

Antes del descubrimiento del estrecho, los españoles creían que ese continente se prolongaba así como un obstáculo infranqueable, para dividir el oriente del occidente.

Los conquistadores del siglo XVI eran rudos soldados; no se recibían de bachilleres, ni practicaban el sistema parlamentario. Así, no es raro que prevalecieran entre ellos, los más absurdos errores. En 1557 y gobernando a Chile don García Hurtado de Mendoza, fué a la descubierta de las tierras de Magallanes el piloto Juan Ladrillero, con la esperanza de que aquellas islas fueran las de las especias, de donde los holandeses, llevaban a Europa el clavo, la pimienta y la nuez moscada. Los historiadores no acaban

de ponderar la ignorancia

que supone la creencia de que tales tierras glaciales pudieran producir plantas que sólo prosperan en el riñón de los trópicos. No era pequeño el error, sin duda alguna; pero no tenemos por qué admirarnos demasiado de él... ¡No ha habido en pleno siglo XX personas ilustradas y cultísimas que hayan comparado las condiciones y aptitudes naturales de la Tierra del Fuego a las de las más ricas y feraces campañas de Europa?

Los armadores de Ladrillero han dejado sucesión hasta nuestros días.

El viejo piloto más sensato, o más en contacto con la realidad de los hechos, hubo de desengafiar a su vuelta a los gobernantes de Chile. Pero las ilusiones persistieron, por lo menos en la Corte de España. En 1581, partió con el objeto de colonizar el Estrecho la tercera expedición mandada por don Pedro Sarmiento de Gamboa. No se proponía ésta buscar pimientas ni moscas como Ladrillero; pero si sembrar trigo y cereales, como pretendían hacer en Magallanes los senado-

res chilenos del siglo XX. El desenlace de la intentona lleva en la historia un nombre horrible, el del "Puerto del Hambre".

El aspecto de las costas del Estrecho, es capaz de engañar a primera vista a cualquier geógrafo. Se ven allí bosques y praderas, las características de una tierra fértil y capaz de sustentar a los hombres. Sarmiento fundó dos poblaciones, una cerca de la desembocadura oriental, y la otra en la península de Brunswick, un poco al sur de Punta Arenas junto a la desembocadura del río San Juan...

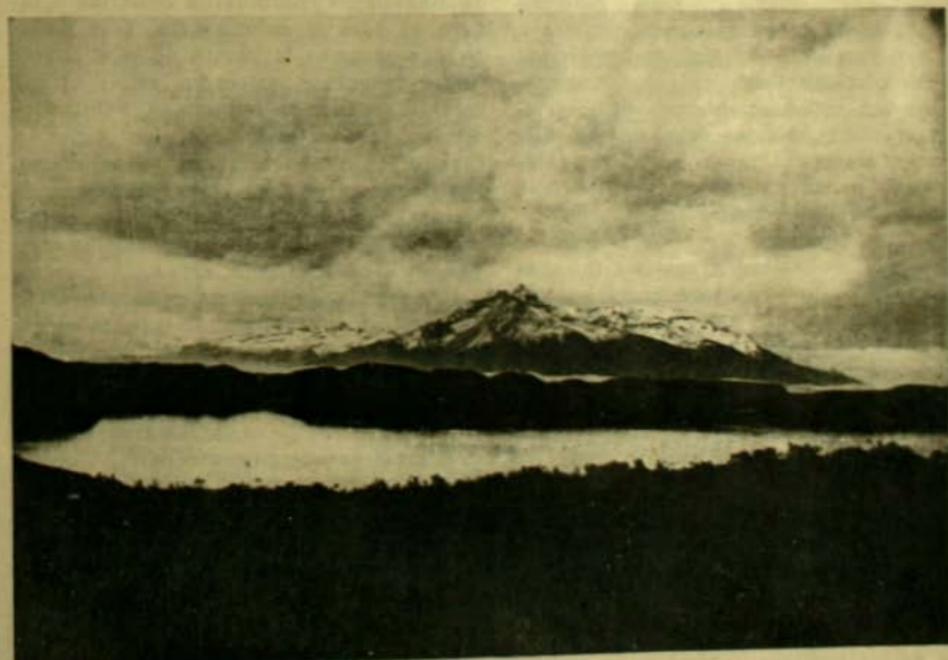
En ambas futuras ciudades quedaron algunos centenares de infelices, abundantemente provistos de víveres y sobre todo de semillas, que en concepto del flamante colonizador, asegurarían para siempre la subsistencia de los pobladores...

Sarmiento se marchó muy satisfecho de su obra, e hizo lenguas a su vuelta de las riquezas naturales de aquella tierra de promisión. Aún más, por malicia, o exceso de fantasía, creyó ver en las tierras desoladas donde abandonara a sus compañeros, el árbol del clavo de olor, el cual describe circunstancialmente. Sin embargo, no tenía Sarmiento derecho a

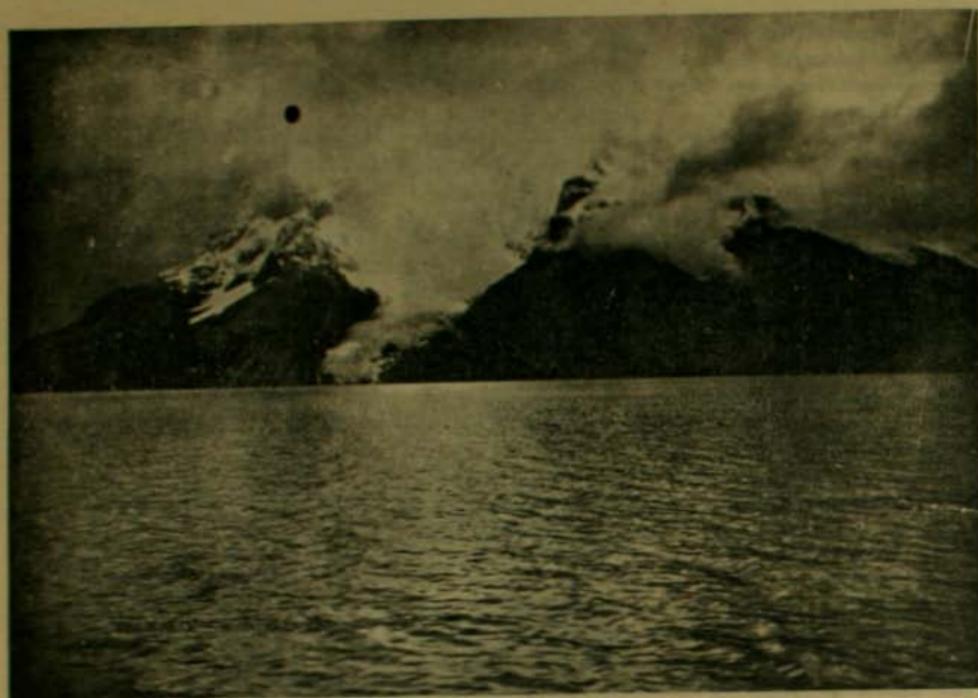
equivocarse de esa suerte, porque según él mismo cuenta, ya en pleno mes de Abril, no hizo sino nevar durante quince días continuos... ●

Uno solo, de los colonos de Sarmiento, Tomás Hernández, escapó a las consecuencias de aquel intento de colonización, y esto gracias a una circunstancia providencial. Dos años después de la fundación de las ciudades, pomposamente denominadas "Nombre de Jesús" la una y "Rey Felipe" la otra, penetró en el estrecho y en demanda del Pacífico el corsario inglés Tomás Cavendish.

"Los pilotos de Cavendish divisaron, dice Vicuña Mackenna, al pasar a la visita de aquellos campos desolados, un grupo de hombres moribundos, que, desde un peñón, les llamaban con señales. Eran los últimos restos de los pobladores que trajeron a esos inclementes páramos el iluso Sarmiento, y uno de ellos llamábbase Tomás Hernández. A este sólo dió asilo en su buque el egoísta navegante inglés, para aprovechar su ingenio como práctico, porque era tal vez el único de sus compañeros que conocía el mar del sur, dejando a los demás abandonados a una horrible muerte."



Las cordilleras magallánicas, desde Puerto Prot, en el seno de la Última Esperanza.



Ventisquero al nivel del mar en la región magallánica.

"te, con una inhumanidad más horrible "todavía".

Hernández murió en Lima cuarenta años después de estos sucesos. Gracias a las relaciones de este único sobreviviente de las ciudades fundadas por Sarmiento, conocemos la trágica historia de los primeros establecimientos del Estrecho. Los víveres dejados a los colonos se agotaron muy presto, y el verano pasó sin que una sola de las semillas llevadas de España alcanzara a madurar sus frutos.... Vino pues, el hambre, y aquellos infelices abandonados lejos de todo humano socorro, en ese remoto y casi desconocido rincón del mundo, sólo lograron prolongar por algunos meses una existencia miserable, alimentándose de mariscos y algas. Las ciudades de "Nombre de Jesús" y de "Rey Felipe" dejaron de existir muy luego: sus últimos pobladores vagaban por las heladas tierras buscando su alimento en las playas del estrecho... Uno a uno perecieron todos, víctimas de la miseria, del hambre y del frío.

El fatídico recuerdo del "Puerto del Hambre", pesó largos siglos en la memoria de los hombres, y alejó de las playas

del estrecho, toda nueva tentativa de colonización. Hasta el siglo XIX las tierras de Magallanes continuaron desiertas e ignoradas para la colonización. Sólo hablaban sus páramos la planta de esos pobres indios fueguinos, colocados en el último escalón de la raza humana, y habituados por la dura selección de los siglos, a subsistir bajo aquel clima inhospitalario, con los recursos que les proporciona la pesca... Así habitan también los esquimales la banda inaccesible de hielos eternos que rodea al polo Artico.

Cupo a la progresista Administración del general don Manuel Bulnes, la gloria de ocupar definitivamente en nombre de Chile, el remoto confín de la América Meridional. En 1846 atravesó el estrecho el primer buque de vapor. La transcendencia de este acontecimiento para el porvenir de Magallanes, fué comprendida desde el primer momento por los grandes estadistas que regían entonces los destinos de la República. Mientras se navegó exclusivamente en barcos veleros, el estrecho no podía ofrecer una vía cómoda a las comunicaciones oceánicas. La vela requiere mar libre, vientos constantes y es-

pacio para maniobrar. Esos pasos angostos encerrados entre altas montañas, sujetos a ráfagas irregulares que bajan súbitamente desde las cumbres nevadas ofrecían más dificultades y peligros que las mismas tempestades del Cabo de Hornos a los buques de vela. Sólo el vapor podía utilizar la vía abierta tres siglos antes por Magallanes al comercio del occidente.

El 21 de Septiembre de 1842, la goleta "Ancud" al mando del capitán Juan Williams, tomó solemnemente posesión del estrecho a nombre de la República, en aquel mismo Puerto del Hambre, que fué en el siglo XVI, el trágico teatro del desastre de la ciudad del "Rey Felipe". Allí se fundó el fuerte Bulnes, primitivo núcleo de la futura ciudad de Punta Arenas, trasladada algunos años más tarde al sitio que hoy ocupa.

Es curioso señalar aquí un nuevo caso de esa persistencia tenaz de las ilusiones que caracterizan a la humanidad. Los fundadores del fuerte Bulnes, creyeron como Sarmiento, haber llegado a una tierra de promisión, capaz de ser cultivada y convertida en un rincón de la Europa... Don Bernardo Philippi, hombre de letras en la expedición Williams, a su vuelta de aquellas comarcas lejanas, no cesaba de ponderarlas como "una tierra notable por su belleza y su poder productor". "Por lo que toca a su clima, decía, constantemente hemos almorcado y comido sobre cubierta". Para cualquiera que

haya navegado esos mares, no dejará de parecer un gusto raro el de los tripulantes de la "Ancud".

La realidad estuvo muy lejos de corresponder a semejantes ilusiones. Punta Arenas por largos años sólo fué un presidio miserable, útil sólo como lugar de recalada, cuando se hubo regularizado el tráfico por vapor entre la Europa y el Océano Pacífico. Todas las tentativas de cultivo fracasaron y ya nadie pensó en el aprovechamiento agrícola de esas regiones.

Un cuarto de siglo después de su fundación, en 1865, Punta Arenas contaba sólo 165 habitantes. Estos llegaron a 915, diez años más tarde; pero la mayor parte de esos pobladores eran criminales relegados allí por la justicia chilena... En 1885, la población, lejos de crecer había disminuido, alcanzando sólo a 850 personas. Era de creerse que los recursos de la zona no daban más de sí, pero llegamos a la aurora de los grandes días de Magallanes. El presidio va a convertirse en una rica y próspera colonia. Sin embargo, y así son las injusticias humanas, los que van a poblar aquel territorio, van a ser acusados después de haberlo despoblado...

11

Digamos algo más, antes de continuar nuestra relación, sobre las condiciones geográficas de las tierras magallánicas.



Carnero Comedale.



Ovejas Romney Marsh.



Puerto Natales.

Hemos apuntado ya que el hemisferio sur es el hemisferio de las aguas. Las tierras son escasas en las vecindades del polo antártico. Así ni las grandes corrientes oceánicas, ni los vientos generales propios de esa zona, encuentran obstáculos que les desvien de su camino.

Predominan allí los vientos del oeste, cargados de nieblas, lluvias y tempestades, que los navegantes saben aprovechar y les permiten la travesía del vasto océano Pacífico en poco más de un mes, cuando vienen desde la Australia a los puertos chilenos. A esos vientos lluviosos debe en buena parte la extremidad sur de la América su especial configuración.

La cordillera de los Andes, comida por frecuentes aluviones, se despedaza en sus flancos occidentales, y el mar penetra hasta el fondo de sus valles, formando infinitos canales y caprichosos archipiélagos. En la época diluvial, cuando la temperatura de la tierra, gracias posible-

mente a un considerable aumento de la humedad atmosférica, fué tres o cuatro grados centígrados más baja que hoy, aquellos canales estuvieron todos cubiertos de hielo hasta el mismo nivel del mar. La Patagonia fué entonces sólo un vasto ventisquero, coronado por las cumbres de los Andes nevadas también.

Como aún hoy día en esa zona no existe propiamente el verano, las condiciones del período glacial se han perpetuado en parte hasta nuestros días. La fría corriente polar que baña las costas de Chile ha favorecido esa prolongación anormal de una época geológica de que sólo quedan recuerdos y rastros en el resto del mundo. Ya en la latitud de 46° y 45' el gran ventisquero de San Rafael alcanza a las mismas orillas del océano. Para encontrar en el hemisferio norte un espectáculo parecido habría que remontarse veinte grados más cerca del polo, hasta la misma Groelandia, el continente misterioso de que se desprende



diera el formidable tempano en que encontró su tumba el soberbio "Titanic".

A igual latitud de esa tierra en que los ventisqueros llegan hasta el mar, se encuentran en Europa las más ricas regiones vinícolas de la Francia y de la Suiza. En los Alpes, a esa misma distancia del polo, el extremo inferior de los hielos se encuentra a más de mil metros de altura!...

Pero el ventisquero de San Rafael está mucho más cerca del Ecuador que el estrecho. Entre esa primera avanzada de los hielos polares y la extremidad norte de la Tierra del Fuego, hay tanta distancia como entre Valparaíso y Valdivia, o como entre la cálida ribera de la Italia y el húmedo Londres...

La relativa estrechez del continente americano en aquellas latitudes, la inmensa masa de agua que por todas partes le circunda contribuyen también a fijar las características del clima. El mar se

deja calentar difícilmente y también se enfria con lentitud. De allí esa acción regularizadora reconocida ya por los geógrafos griegos que neutraliza las estaciones lejos de las grandes masas continentales. El mar guarda en sus profundidades una parte de calor del verano y de frío del invierno. En los mismos trópicos las islas de la Oceania deben a esta circunstancia una temperatura suave y constante. Otro tanto sucede en las vecindades de los polos. La Islandia, la última "Thule" de los antiguos, no conoce los inviernos de la Rusia. Pero allí como en Magallanes tampoco hay verano. Por eso aquella tierra más vasta que la Escocia y el Portugal, aunque poblada desde edades mitológicas, y cuya historia se remonta hasta el siglo IX de nuestra era, apenas puede alimentar algunos pocos miles de hombres.

Las "Highlands" de Escocia presentan condiciones análogas. Ni la tibia corriente del golfo, basta para calentar su des-

mayado estío. Ninguna tierra del mundo se parece más a Magallanes. La temperatura es allí un poco más benigna que en el sur de nuestro territorio; pero igualmente inadecuada para el cultivo. Así desde la más remota antigüedad, desde la época en que los bárbaros de la Caledonia, se batieron con las tropas de César, aquel territorio ha sido dedicado casi exclusivamente al pastoreo, y su población continúa siendo escasísima. Allí a pocas millas de Londres, junto al foco mismo del progreso, donde se aglomeran en un pequeño espacio millones de seres humanos, los campos desiertos e incultos, divididos en fincas inmensas, son exclusivamente ganaderos, como en la lejana Tierra del Fuego, perdida en el último extremo del mundo.

Es que el dominio del hombre sobre la naturaleza tiene sus límites infranqueables, y tan absurdo sería implantar los cultivos intensivos de la Bélgica o del centro de Chile, en las orillas del estrecho o en las highlands de Escocia, como dedicar los alrededores de Santiago a la plantación del banano o del café.

Frió y parejo en toda su extensión, el clima del sur de la América presenta marcados contrastes en cuanto a la distribución de la humedad y de las lluvias. Los vientos del oeste, prefios de chubascos depositan la mayor parte de sus aguas, en los flancos occidentales de la cordillera y llegan más secos y más fríos a las llanuras y tierras bajas que al norte y sur del estrecho constituyen la continuación de las pampas argentinas. El occidente de la Patagonia, es así uno de los países más lluviosos del mundo; el agua caída allí alcanza en ciertos puntos una altura doble que en el propio Valdivia. Bajo aquel cielo perpetuamente helado, jamás el sol logra sacar la empapada tierra. Fragosos bosques sólo interrumpidos por los peñascos y los ventisqueros cubren toda esa región. Un suelo esponjoso, tapizado de liquenes, árboles achaparrados, de tronco retorcido y musgoso, y una humedad eterna, son las características de esa parte del territorio de Magallanes, sin duda la más inhospitalaria y menos apta para ser aprovechada por la industria humana.

Así permanece y permanecerá desierta por muchos años, hasta que se inicie

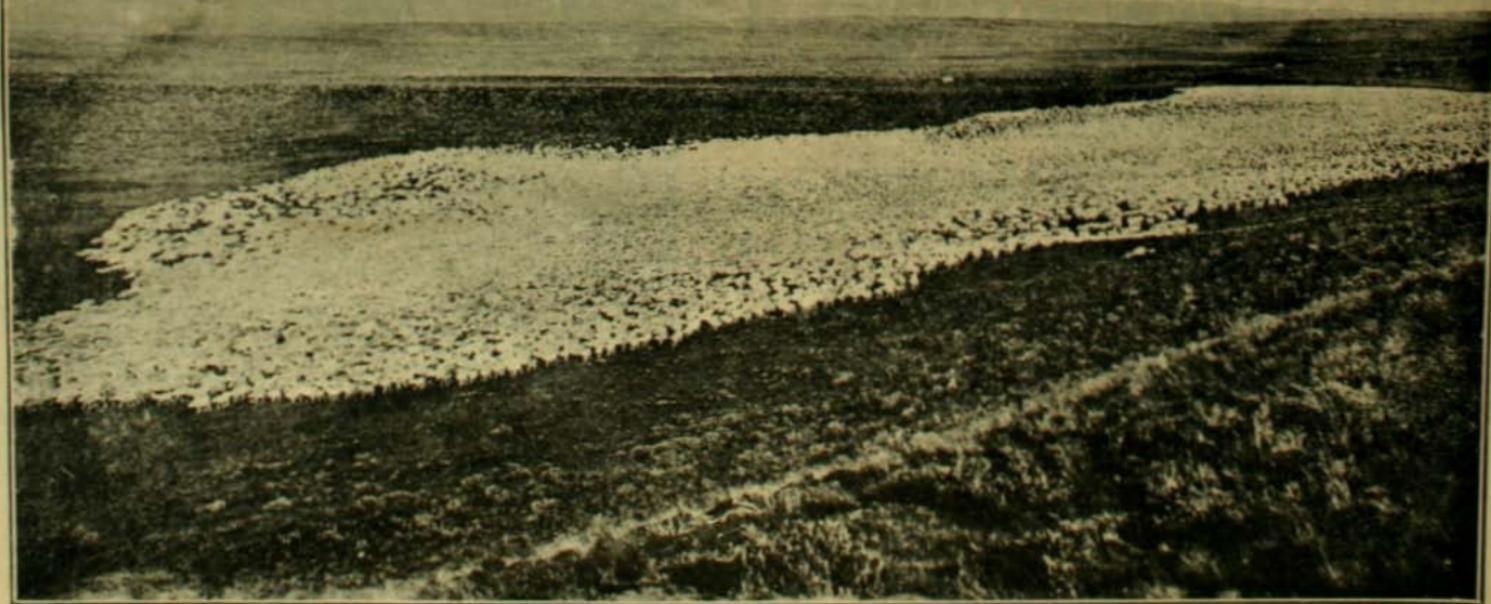
en ella la explotación de sus riquezas forestales y de pesquería.

Muy diverso espectáculo encontramos hacia el lado oriente. Las lluvias son allí menos frecuentes y su intensidad disminuye gradualmente hacia el océano Pacífico. Tomemos al acaso un año cualquiera. En 1906 cayeron en el faro de los Evangelistas, a la entrada del estrecho por el océano Pacífico, 2,800 milímetros de agua, (en Valdivia 2,110), mientras que en Punta Arenas cayeron 370 milímetros, y en Punta Dungeness a las orillas del Atlántico sólo 180, o sea 8 y 15 veces menos que en los Evangelistas. Así las lluvias de la Patagonia oriental son comparables a las del centro de Chile (Valparaíso en 1906: 360 mm.; Coquimbo, 170 mm.) Sólo que en el sur las aguas están bien distribuidas en el curso del año y no caen sólo en una estación, como sucede en el centro del país.

A estas condiciones meteorológicas tan diversas, responde, como es natural, un cambio completo en el aspecto y los recursos del territorio. El bosque desaparece para dar su lugar a extensas sábanas o praderas que en razón de su clima y de la pobreza relativa de la vegetación pueden clasificarse entre los "páramos". Tales por lo menos es el nombre que les han asignado los viajeros que las han recorrido. En la configuración del suelo encontramos un contraste análogo: en lugar de las abruptas serranías del occidente vemos aquí llanuras suavemente onduladas, interrumpidas a veces, como en el centro de la Tierra del Fuego, por cadenas de cerros de escasa elevación y redondeados contornos.

No son aquellos páramos comparables a las bellísimas llanuras de la Holanda. La oveja, el animal menos exigente en materia de alimentación, necesita de dos hectáreas por término medio para subsistir allí. Es que la hierba cubre sólo imperfectamente la tierra, combatida como está por el frío y los vendavales.

Un pasto duro análogo al coirón del centro que crece en forma de championes constituye la base de la vegetación herbácea. Entre estos championes se desarrolla un pasto más tierno, preferido por las ovejas durante el verano. En invierno, por el contrario, el coirón es más aprovechado por el ganado, pues su mayor ele-



Un mar de ovejas.

vación le permite descolgar sobre la nieve. Algunos arbustos, agrupados en pequeñas manchas, rompen aquí y allá la monotomía del paisaje.

III

Los primitivos pobladores de esas tierras antárticas no parecen haber observado las condiciones que ellas presentaban para la ganadería. Si Sarmiento de Gamboa en el siglo XVI, o Williams y Phillipi a mediados del siglo XIX, hubieran transplantado a las orillas del estrecho, ganados en lugar de semillas, el primero no habría entregado a la muerte y al hambre a sus infelices compatriotas, y los segundos habrían asegurado desde hace muchos años el progreso de la colonia de Magallanes.

Pero las ilusiones que aún en el día persisten, entre personas poco observadoras o mal informadas, sobre el pretendido valor agrícola de esas lejanas comarcas, retardaron la feliz evolución que ha convertido el miserable presidio de hace treinta años en una de las ciudades más ricas y prósperas de la República.

La ganadería no tiene, en cuanto al clima, las mismas exigencias que la agricultura, y la razón de esto es muy obvia. Los hombres comen lechugas y acelgas, pero, en general, no pueden alimentarse exclusivamente con hierbas. Necesitan algo de más substancia, sea esto las carnes de los animales o las frutas y tubérculos de las plantas en estado de madurez.

Ahora bien, las hierbas de que se nutren los ganados no necesitan de mucho calor; les basta una temperatura suave, no demasiado rígida, una atmósfera húmeda, lluvias bien distribuidas y regulares. Así tanto en los Alpes, como en las Highlands de Escocia, en Noruega, como en Canadá y el sur de Chile, allí donde por falta de calor termina la agricultura comienzan los dominios de la ganadería. Eso que no pudo saber Sarmiento de Gamboa, faltó de indicaciones precisas sobre el clima de Magallanes, esto que olvidó Phillipi en 1842, vinieron a aprovecharle, gracias a las experiencias y el ejemplo de un archipiélago vecino, los colonos de Magallanes, desde hace apenas un cuarto de siglo.

Las islas Falkland, que los españoles

y aun los chilenos llaman "Malvinas", presentan un clima idéntico al de las tierras magallánicas, colocadas como están casi a la misma latitud. Apesar de ser aquella una tierra inglesa, regularmente comunicada con la metrópoli por los vapores de la "Pacific Steam", nunca se ha pensado transplantar allí los cultivos intensivos o extensivos, y las Malvinas, desde que Bongainville abandonó allí los primeros animales vacunos en 1765, hasta el día de hoy, han sido y continúan siendo como la Tierra del Fuego, una vasta estancia destinada a la ganadería. Su territorio casi totalmente aprovechable, es de 16,835 kilómetros cuadrados. Su población que era de 1,394 habitantes en 1878, alcanza a la fecha a poco más de 2,000 (2,050 según el Whitakers Almanack para 1907). En una superficie análoga, la Tierra del Fuego chilena, contaba con una población de 1,554 habitantes, según el censo de 1907. Muy lejanas están estas cifras de las de la Bélgica, pero ¿qué hemos de hacerle? No todas las tierras presentan iguales facilidades a la subsistencia del hombre. Esto no debía ignorarlo ya nadie, en estos tiempos.

El aprovechamiento regular de las Malvinas como tierra ganadera, tuvo su origen en 1852. En ese año un sindicato de propietarios uruguayos estableció una estancia en la isla oriental y contó pronto con 100,000 ovejas. El éxito de esta primera empresa, dió origen a otras nuevas y en 1891 se calculaba ya en 676,000 el número de ovejunos en el archipiélago.

En 1903, las exportaciones totales alcanzaron a £ 115,915, de las cuales correspondían a la lana £ 103,597, y el resto a otros productos de la ganadería y de la pesca. Es ocioso repetir que allí tampoco hay agricultura, ni se pretende que la haya, pues, el clima y las condiciones naturales no lo permiten. Los colonos cultivan algunas legumbres en sus jardines, merced a cuidados análogos a los que se emplean en el centro de Chile con los jazmínes del Cabo.

En 1877 la goleta nacional "Chacabuco", trajo de las Malvinas a Punta Arenas, un piso de trescientos ovejunos, los primeros introducidos en aquel territorio, que iba a ser deudor a aquella industria de su futura y cercana prosperidad.

Al año siguiente trajo otro piso, en la

goleta "San Pedro", don Cruz Daniel Ramírez.

Tal era el concepto que se tenía de las tierras magallánicas en esa fecha, desde el trágico suceso de Puerto del Hambre, y después de los repetidos fracasos de toda tentativa de aprovechamiento regular de las comarcas del estrecho, que era necesario, en verdad, un hombre de las peculiares condiciones de carácter que distinguían a don Cruz Daniel Ramírez, para atreverse con una empresa semejante.

Era el señor Ramírez un bravo militar, gloriosamente mutilado en la campaña del Perú, famoso y popular por esta circunstancia, y por el infantil optimismo que dominaba todos sus actos y opiniones. Referírense muchas y divertidas anécdotas sobre el particular.

Dicen, por ejemplo, que encontrándose, don Cruz Daniel, preso en la penitenciaría de Santiago, durante la revolución de 1891, no había noticia buena, mala o péssima que él no interpretara favorablemente para la causa de sus afecciones.

—¿Sabe una noticia? le decían, por ejemplo. Se embarcaron en el "Imperial" para el norte, dos escuadrones de cazadores....

—Psh... Eso no significa nada. Los tales cazadores ni siquiera saben apuntar. Reclutas... puros reclutas.

—Pero es que dicen que se han "pasado" a la revolución...

—Y les prevengo caballeros,—continuaba triunfalmente don Cruz Daniel,—que cuando esos niños sacan el sable no queda titere con cabeza.

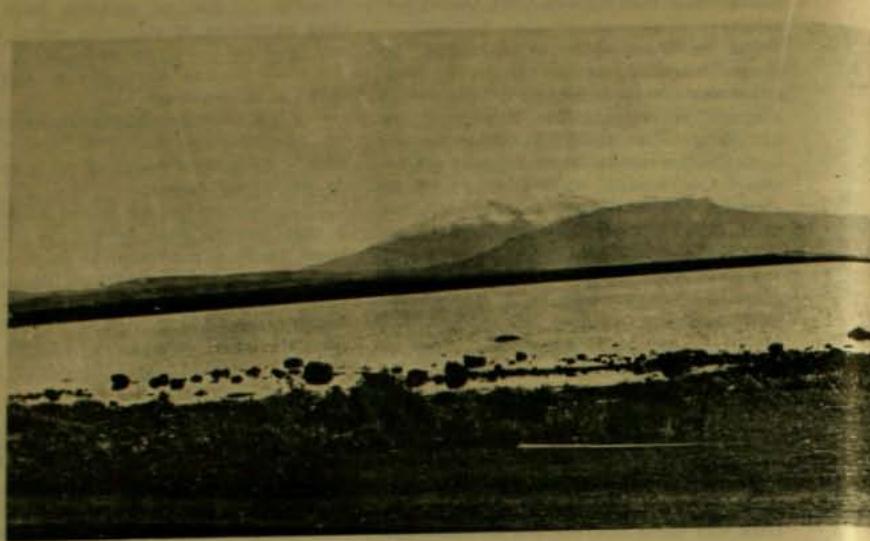
Esos temperamentos felices se atrevían a todo, porque todo lo ven de color de rosa. Tarde o temprano, al fin tienen razón. Así el señor Ramírez, después de repetidos fracasos, llegó a formar en Santiago, el año 1904, la Sociedad Ganadera de Magallanes, empresa cuyo activo y pasivo compró en 1910 la "Sociedad Exploradora de la Tierra del Fuego".

Pero en esos primeros años de la industria ganadera en el sur de Chile, ni los particulares ni el Gobierno, se hacían muchas ilusiones en cuanto al resultado de las empresas del señor Ramírez o de sus atrevidos compañeros de colonización.

Las tierras fiscales eran concedidas en arriendo por cantidades que parecen irrisorias. Sin embargo las dificultades con que hubieron de tropezar los primeros colonos fueron tales, que una buena parte



Retortas para conservar carne.



Panorama en el verano

de ellos, no logró ver coronadas por el éxito sus aventuradas especulaciones.

Al fin el problema dejó de ser problema. Los ganados se multiplicaron y los ocupantes o arrendadores de terrenos, comenzaron a cosechar el fruto merecido de sus trabajos. Muchos se enriquecieron noblemente, después de haber dotado a su país y al territorio de Magallanes con una nueva fuente de prosperidad y de progreso.

Punta Arenas dejó de ser la aldea miserabilmente perdida en aquel remoto confín de la tierra. La población del territorio que en 1875 era sólo de 1.144 habitantes, alcanzó a 2,085 en 1885; a 5,170 en 1895; y por fin a 17,330 en 1907... En doce años se ha triplicado con creces. La cuota de su aumento es con mucho la mayor entre todas las provincias y departamentos de Chile (1), y comparable sólo a la de esas ciudades estu-

pendas que surgen de la noche a la mañana en el oeste de los Estados Unidos.

Y a esa industria que tales prodigios ha realizado, se la acusa, sin embargo, de haber... ¡de qué se imagina el lector que se le acusa? De haber despoblado el territorio de Magallanes.

IV

Pero estos progresos presentan un punto negro. En general la tierra de Chile pertenece a los chilenos. La pujanza y el buen sentido de nuestra raza ha logrado conservar la propiedad de este suelo querido, en manos de los hijos de este país. Por eso no somos simplemente una factoría dependiente de pueblos más poderosos y previsores.

Es preciso haber viajado para darse cuenta de lo que este hecho significa. Hay en América algunas pequeñas repúblicas desdichadas, que víctimas de la guerra civil o del desgobierno, han visto pasar, uno a uno, a manos ajena, todos sus elementos de producción. Allí no sólo el comercio, sino la tierra, las minas, los ferrocarriles, pertenecen a sociedades o particulares extranjeros. Los hijos del país, reducidos a la condición de parias, so-

(1) Provincias que entre 1895 y 1907 han aumentado de población más de un 2% anual. Magallanes, 10,68%; Antofagasta, 5,18%; Valdivia, 5,77%; Cautín, 4,54%; Llanquihue, 2,48%; Valparaíso, 2,04%. El término medio de la República fué de 1,25%; Argentina, 2,10%; Estados Unidos, 2,08%. Magallanes ha aumentado, pues, su población, cinco veces más rápidamente que los Estados Unidos.



de la Última Esperanza

berbiamente desdeflados como incapaces por los que son dueños de todo, se ven en el caso de mendigar un pan y un empleo de esos forasteros dominadores y orgullosos. ¿Qué es en Panamá el panameño? Algo menos que el araucano en nuestra antigua frontera. La soberbia norteamericana les considera una raza conquistada e inferior. Sin la independencia económica, la libertad política es un fantasma vano.

Por desgracia, la relajación social y política que viene produciéndose en Chile desde la época de la guerra del Pacífico, ha ocasionado, entre otras consecuencias desastrosas, la absorción general por el extranjero de aquellas secciones de nuestro territorio, en que la raza chilena no alcanzó a dominar, en la época de su mayor pujanza. No, eso no lo debemos ocultar por más tiempo: el viejo Chile continúa siendo de los chilenos; pero el Chile nuevo, los países ocupados y colonizados durante estos últimos treinta años, no nos pertenece sino a medias. Nuestro agotado vigor, no nos ha permitido retenerlo, como retuvimos la antigua herencia de nuestros padres.

El cobre enriqueció a Chile de un modo permanente, porque el cobre fué explotado por nuestros conciudadanos, y sus ricos productos permanecieron aquí ferti-

lizando nuestro suelo, dando valor y ensanche a las propiedades chilenas.

No ha sucedido igual cosa con el salitre. Sus dos terceras partes pertenecen a extraños; sus utilidades van a enriquecer a otros pueblos. Ni el esfuerzo ni el capital chileno supieron retenerlo aquí. Los Gobiernos entregados a la indolencia y el mal consejo, sugestionados por envejecidas y erróneas doctrinas económicas, nada hicieron tampoco por auxiliar la acción de los particulares.

No es muy distinto el aspecto que presentan las cosas en Magallanes. Allí también el extranjero es dueño de una buena parte de la tierra sobre que se ha constituido la propiedad definitiva. El mal no es aún irreparable, pero en estos momentos se libra la batalla decisiva de cuyo éxito depende que Magallanes pertenezca o no en adelante a los chilenos. Porque ¿de qué sirve la dominación política sobre un territorio donde no se es dueño de cosechar ni frutos de la tierra, ni la lana de los ganados?

Ya en la parte norte del estrecho, donde la propiedad existe constituida, pertenecen a extranjeras manos, casi todos los terrenos, si se exceptúan los de la "Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego".

Pero esta poderosa compañía, que re-

presenta casi exclusivamente el elemento nacional en el territorio de Magallanes, merece un párrafo aparte.

V

En 1890 el porvenir ganadero del territorio de Magallanes comenzaba apenas a esbozarse. Sólo habían transcurrido diez años que los primeros ovejunos fueron transportados desde las Malvinas a las orillas del estrecho, y en negocios de esta índole, los resultados no son tan rápidos y fáciles de alcanzar como algunos parecen imaginarlo.

Prueba elocuente de ello, son las dificultades y tropiezos con que hubo de luchar don José Nogueira, propietario de la concesión de tierras que fué origen de la poderosa "Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego".

Consistía esta concesión, en el arrendamiento de una superficie de la isla Grande de la Tierra del Fuego, que mide aproximadamente un millón de hectáreas, o sea diez mil kilómetros cuadrados. El señor Nogueira se comprometió a fundar en el plazo de tres años, a contar de el primero de Octubre de 1890, una sociedad anónima con un capital efectivo de un millón de pesos a lo menos. Esta sociedad estaba obligada a introducir en el terreno y dentro de los primeros dos años de su funcionamiento legal, diez mil cabezas de ganado lanar, doscientos vacunos y ciento cincuenta caballares. El señor Nogueira y la Sociedad debían además depositar en arcas fiscales, cinco mil y diez mil pesos respectivamente, para garantir el cumplimiento de estas obligaciones. El término del arrendamiento se fijó en veinte años a contar de la legalización de la Sociedad, y el canon en cien mil pesos, pagaderos a la expiración del contrato, con edificios, instalaciones industriales, alumbrado y animales existentes en el campo.

Se convino de un modo especial en que el señor Nogueira, o la Sociedad, en su caso, serían preferidos, en igualdad de circunstancias, si al cabo de los veinte años, el Gobierno resolvía vender en todo o en parte el territorio materia del arrendamiento.

Esta concesión, que parece tan enviable hoy, cuando gracias a muchos años

de esfuerzos inteligentes y perseverantes, los páramos desconocidos y casi mitológicos de Tierra del Fuego, se han transformado en productivas estancias, esta concesión, decimos, en aquel tiempo pareció tan distante de constituir un negocio claro, que el señor Nogueira falleció sin haber alcanzado a organizar la Sociedad anónima que era condición esencial del contrato de arrendamiento.

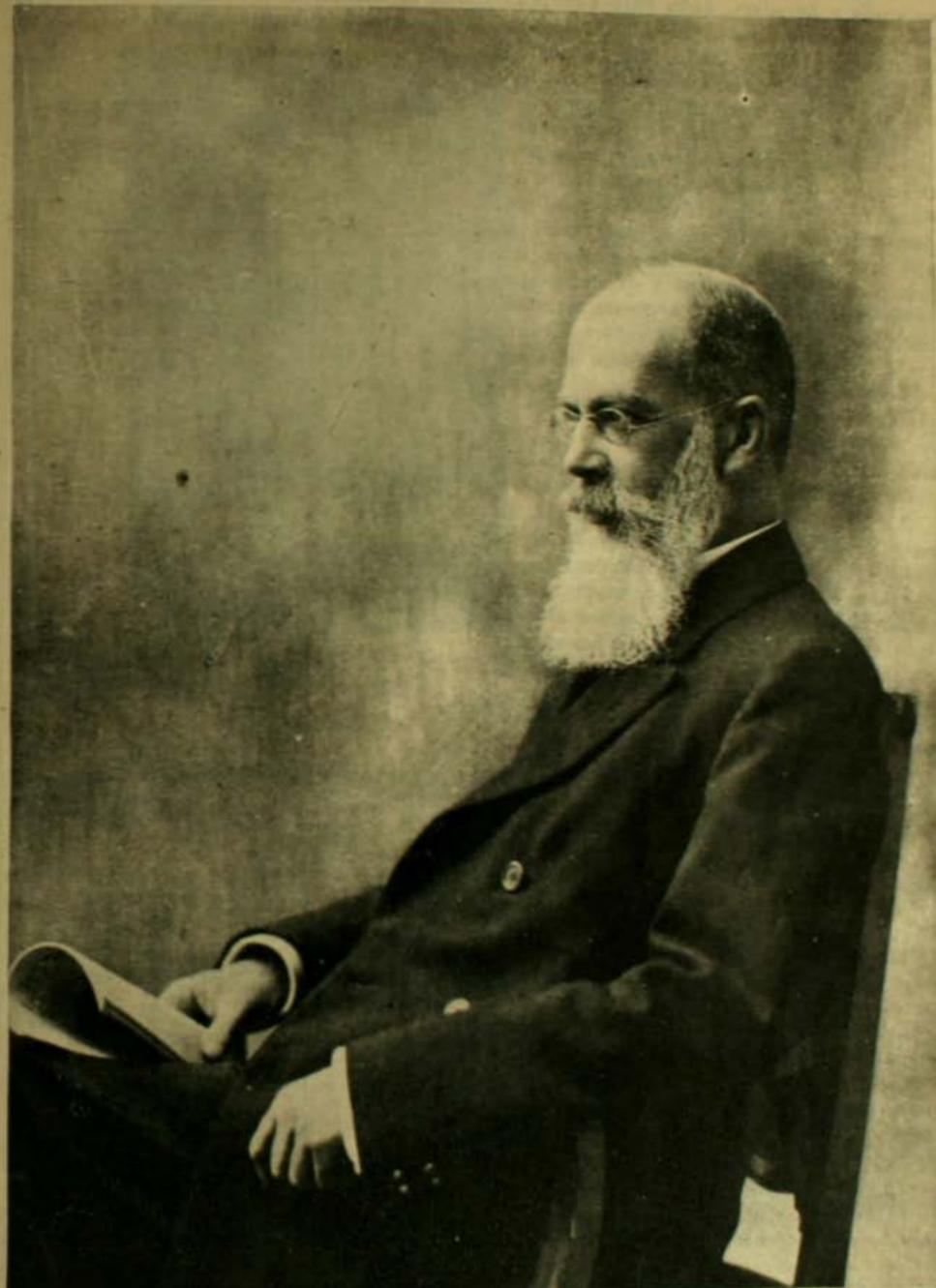
No es difícil imaginar, en efecto, la cara que pondrían los capitalistas de entonces, cuando oían hablar de invertir un millón de pesos en colonizar la Tierra del Fuego. Aquello de Tierra del Fuego sonaba a cosa remotísima, exótica, inútil, fría y estéril. Desde los bancos del colegio los hombres de esa generación, sólo conocían aquellas playas inhospitalarias, por el relato de aventuras análogas a las de Sarmiento de Gamboa; naufragos muriendo de hambre y de miseria en playas frías y semipolares. ¿Hacer de aquello una hacienda?... Esto debió parecer absurdo.

Recuerdo que dos o tres años después de fundada la Sociedad el que estas líneas escribe, trabajaba en Valparaíso en compañía de don Juan de Dios Vergara Salvá. Una tarde, al salir de la oficina, me dijo que se dirigía al directorio de la Tierra del Fuego.

—¿Cómo? le dije, ¿de la Tierra del Fuego? ¿Hay una Sociedad semejante? ¿Y qué se proponen hacer allí?

Me explicó el negocio, y yo quedé pasmado de que hombres serios se entregaran a tales fantasías. Ignorancia mía, se dirá; pero no es menos cierto que en el mundo de los negocios, cuantos abren caminos nuevos, cuantos penetran por vías antes no recorridas, no sólo han de gastar energías superiores a lo regular, sino combatir también contra el prejuicio, la sátira y la indiferencia de los más.

No es lo mismo arrendar un fondo en el centro de Chile, comprar en la feria de Santiago algunas cabezas de ganado y esperar que engorden, mientras se juega al billar en el Club de La Unión, que ocupar y poner en explotación una tierra desconocida, en un extremo del mundo, luchando con el clima, los salvajes y las bestias feroces. Lo primero está al alcance de cualquiera; lo segundo es el privilegio de esos grandes y esforzados luchadores que han sabido colonizar el mundo.



Don Francisco Valdés Vergara, Presidente de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego.

Fallecido el señor Nogueira en 1892, su viuda y heredera, doña Sara Braun, logró organizar la sociedad el 16 de Septiembre de 1893, cuando sólo faltaban 3 días para que expirara el plazo concedido por el Gobierno a su difunto esposo.

¿En cuánto se estimó de común acuerdo entre los organizadores y la señora Braun, la concesión fiscal de la Tierra del Fuego?... En cien mil pesos y muy mal contados. En efecto, el capital social se fijó en un millón doscientos cincuenta mil pesos, dividido en acciones de quinientos pesos cada una. De estas acciones, quinientas fueron otorgadas a la señora Braun, no a título de liberadas como pudiera creerse, sino con la obligación de pagar el sesenta por ciento de las cuotas; sólo se le dispensaba un cuarenta por ciento, o sea, como hemos dicho, cien mil pesos, entregados en acciones en esa forma.

Así y todo, tan difícil y costoso era en aquellos años establecer el negocio de la ganadería, en una tierra abandonada en absoluto desde hacía muchos siglos, en la creencia de "ser su clima insoportable al hombre y a los animales", que los capitalistas de Santiago y Valparaíso negaron en general la confianza a la empresa proyectada. "Se consideraba una temeraria aventura invertir fondos para ensayar la crianza de animales en aquella región, tan lejana como inclemente, cuando en el norte y centro de la República había innumerables negocios que ofrecían buena renta sin exponer a sus accionistas a las contingencias de lo desconocido. Para constituir la sociedad, fué indispensable que la señora Braun de Nogueira y el señor Morita Braun, domiciliados en Magallanes, subscribieran la mayor parte de las acciones, y que la firma de Duncan, Fox y Cia., con un espíritu previsor digno de todo elogio, le prestara eficaz ayuda con su crédito, su experiencia y sus vinculaciones comerciales".

En el verano de 1893 a 1894 se hicieron las primeras instalaciones en la caleta Josefina, construyéndose los edificios necesarios y cercando con alambrado cuarenta mil hectáreas. Los animales comprados fueron: 7,600 lanares, 1,020 vacunos y 205 caballares. El 31 de Diciembre el capital pagado ascendía a 350,000 pesos, incluyendo la parte liberada de las acciones de la señora Braun.

El cuadro siguiente muestra con claridad la marcha de los negocios de la sociedad durante sus primeros años:

AÑOS	CAPITAL PAGADO	ANIMALES			UTILIDAD LIQUIDA	DIVIDENDO POR ACCION DE 500 PESOS
		Lanar	Vacuno	Caballar		
1894	\$ 350,000	13,430	—	—	—	—
1895	625,000	46,865	1,399	326	—	—
1896	750,000	77,418	1,907	715	65,229	30
1897	812,500	71,730	1,947	681	81,149	73
1898	812,500	102,344	2,554	844	255,724	00
1899	937,500	139,597	3,234	997	312,378	00
1900	1,062,500	166,881	3,454	1,157	203,370	00
1901	1,250,000	216,041	4,577	1,876	150,00	

Este año, completo ya el primitivo capital social, se acordó levantarla hasta la suma de 1.625,000 pesos, mediante la capitalización de una parte de las utilidades y reservas de ese año y de los anteriores. — Quedó también autorizado un aumento hasta la suma de 5.000,000, con el exclusivo objeto de comprar tierras, construir edificios, etc., etc. Cada una de las

DON H. M. MC-CLELLAND



Está vinculado a la Sociedad por los servicios más valiosos el señor Pedro H. McClelland, que fué su presidente durante varios años y que hoy tiene su representación **ad-honorem** en Londres. El talento comercial del señor McClelland abrió a la Sociedad un camino firme y seguro para su futuro desarrollo en los tiempos difíciles en que todos creían que la empresa era una aventura condenada a la ruina.

Más tarde, el señor McClelland contribuyó con mucho acierto al éxito de la operación que dió por resultado la compra de los campos de Ultima Esperanza y de Cerro Palique y la consolidación definitiva de la Sociedad.

En testimonio de gratitud por estos servicios, el Directorio de la Sociedad acordó dar el nombre de Secelón McClelland a las estancias de Ultima Esperanza, que hoy tienen más de 400,000 cabezas de ganado lanar y más de 25,000 vacunos.

DON ALEJANDRO CAMERON

Nació en Nueva Zelanda y allí aprendió desde niño la crianza de lanares e industrias anexas.

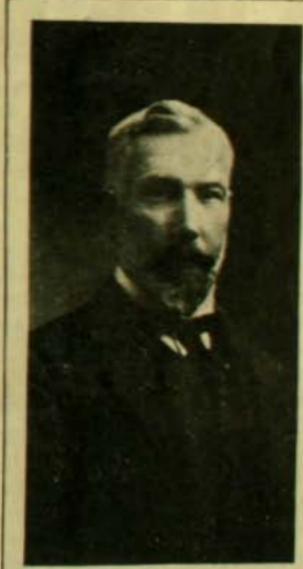
Vino a Magallanes en 1893, fecha en que se organizaba la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y fué contratado por tres años para instalar la primera estancia Hama-dá Caleta Josefina.

Al cabo de 20 años de labor constante, inteligente, previsora, ocupa el delicado cargo de Administrador General de las estancias de la Sociedad, y ha llegado a contar en las esquinas de los últimos años 1.700,000 cabezas.

Es como un general en jefe al mando del más grande de los ejércitos.

A la iniciativa del señor Cameron se debe en parte principal la introducción en Magallanes de los métodos de trabajo que hoy practican todos los estancieros y que les permite enviar al mercado de Londres lanas de primera calidad en su clase.

Personalmente el señor Cameron es digno de toda estima, por la rectitud y entereza de su carácter. A las cualidades del Administrador experto e incansable en el trabajo, une las del perfecto caballero, cuya palabra y cuyos actos se amoldan siempre a la verdad y a la justicia.



acciones primitivas fueron divididas en diez de a cincuenta pesos.

Llegaban los grandes días para la "Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego".

Aquel mismo año de 1901, se instaló en Caleta Josefina una grasería capaz de beneficiar cuarenta mil ovejunos al año.

En 30 de Junio de 1902, la existencia en animales fué de 240,383 lanares, 5,799 vacunos y 1,608 caballares. La utilidad líquida fué de £ 374.973, y se distribuyó a los accionistas un dividendo de cinco pesos por acción de cincuenta.

Los negocios de la sociedad continuaron en constante progreso. En 1905 era dueña ya de 338,732 lanares, 7,749 vacunos y 2,182 caballares. Sus utilidades alcanzaron a £ 2.049.188 pesos, correspondiendo de esta suma £ 784.853 al aumento en el valor del ganado. Distribuyó a los accionistas un dividendo de veinte pesos, y, el resto de las utilidades se destinó a incrementar el fondo de reserva y a formar uno para compra de tierras.

El capital quedó elevado a la suma de cuatro millones cincuenta mil pesos, dividido en acciones de diez pesos y se estudió, además, su elevación ulterior hasta seis millones de pesos.

En Septiembre de ese año, la Sociedad adquirió por compra en el remate de terrenos fiscales del Seno de la Última Esperanza, 384,834 hectáreas de terrenos en plena y absoluta propiedad. Para establecerse en esa región en condiciones de absoluta seguridad, adquirió, igualmente, 106,927 hectáreas de campo colindantes con las anteriores, en la República Argentina.

Apenas realizada esta feliz operación, se produjo la fusión de la "Sociedad Explotadora" con la "Riqueza de Magallanes", fundada en condiciones análogas, aunque en una escala más reducida.

El capital social se redujo a moneda esterlina, siendo fijado en un millón doscientas mil libras, de las cuales, ochocientas diez mil, fueron distribuidas entre los antiguos accionistas a razón de dos por cada una de las antiguas, y el resto, o sean 390,000, se destinó a la adquisición del activo y pasivo de la mencionada Sociedad "Riqueza de Magallanes".

En Enero de 1910, la Sociedad compró el activo y pasivo de la Sociedad Ganadera de Magallanes, fundada en 1904 por el

recordado don Cruz Daniel Ramírez, en terrenos adquiridos en propiedad al norte del estrecho de Magallanes.

Así ha llegado a constituirse esta inmensa negociación que forma, como lo hemos dicho, el más sólido y poderoso vínculo que hoy une los territorios australes de Chile, con el capital y el esfuerzo de los chilenos.

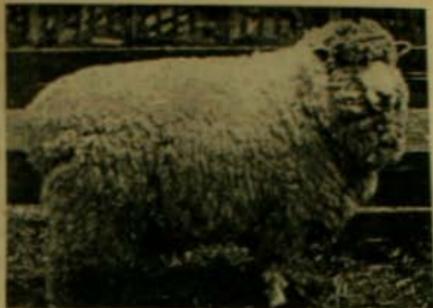
Según el balance de 30 de Junio de 1912, el haber de la Sociedad, alcanza a £ 2.647.855, que se descompone así: animales lanares (1.295.137), £ 541.532; animales vacunos (21.741), £ 49.807; animales caballares (9.428), £ 20.162. Bienes raíces que alcanzan a 883.794 hectáreas de terrenos, ubicadas al norte del estrecho, en el Seno de la Última Esperanza y la Patagonia Argentina, y que están avaladas, con sus instalaciones, en 1.255.776 libras esterlinas. La Sociedad posee además en valores varios £ 433.870, representadas por depósitos en los bancos, créditos con garantía, acciones, bonos y productos en consignación.

Las concesiones fiscales de Tierra del Fuego están avaladas en el balance sólo en £ 38.933. La Sociedad debe 353.764 libras esterlinas.

Deduyendo del solo activo social, el valor de las deudas y obligaciones pendientes, queda un saldo de £ 2.033.779, distribuido así:

Capital.	£ 1.500.000
Fondo de Reserva.	150.000
Fondo para compra de tie- rras.	370.000
Fondo para dividendos.	13.779
	£ 2.033.779

Las evaluaciones son sin embargo y así el público paga actualmente por las acciones de una libra \$ 40, o sea aprecia el valor del haber líquido social en sesenta millones de pesos. Sobre estos \$ 40, el accionista recibe un dividendo anual de 3 chelines que, al cambio de 10 peniques, equivalen a 3.60, o sea un nueve por ciento sobre la cotización del papel en el mercado. Como este es un valor en oro, no sujeto a las fluctuaciones del cambio, las acciones de la Tierra del Fuego constituyen una de las mejores inversiones con



Carnero comedale.

que pueden contar en Chile los pequeños capitalistas, las mujeres y los menores de edad, en una palabra, los que no pueden ser agricultores por sí mismos, ni quieren tampoco ser víctimas de la continuada y escandalosa baja del papel moneda.

VI

La Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego, como la bola de nieve que desprendida de las cumbres lo arrolla todo a su paso, y llega a convertirse en gigantesco alud, ha crecido así desde sus humildes comienzos, hasta formar esta Sociedad inmensa que, como no nos cansaremos de repetir, representa hoy casi exclusivamente, el capital chileno en el último confín antártico de nuestro territorio.

Una prosperidad tan extraordinaria, no podía menos de ocasionar recelos y envidias tan propias del temperamento de nuestra raza. Se olvidan los largos y severos esfuerzos y el trabajo inteligente, para no ver sino un éxito que, para los espíritus pequeños y mezquinos, ha de parecer insolente.

Entretanto la verdad de las cosas es que esa gran concentración de capitales en una sola sociedad anónima, se debe a dos causas principales.

La una es la naturaleza misma del negocio de crianza de ganado lanar, el cual, así como la explotación de las minas, el cultivo de la caña de azúcar o el beneficio del salitre, es tanto más provechoso, cuanto en mayor escala se practica. La siembra de coles o lechugas es más productiva en un jardín que en una hacienda; no sucede lo mismo con la ganadería lanar. Insistiremos más adelante sobre este punto.

La segunda de estas causas, es la superior competencia y conocimiento de los

directores técnicos y comerciales que la Sociedad ha tenido la suerte de tener su cabecera. La historia de algunos de los negocios que más tarde se han fundido en la Sociedad Explotadora, es una prueba de lo que dejamos apuntado.

No ha sido, pues, una concesión fiscal desmesurada e inconsulta lo que ha reunido tantos miles de hectáreas bajo una sola dirección. Como ya hemos visto, la Sociedad posee por compras hechas al Estado y a los particulares, en Chile y en la República Argentina, una extensión de terrenos, casi igual en superficie y valor a las concesiones de la Tierra del Fuego. Casi la mitad de sus ovejunos pastan en estos terrenos propios. Los mismos extranjeros, en nombre de cuyos intereses se declama en Punta Arenas, abominando del monopolio y en pro de la división de la propiedad, practican el mismo régimen que afectan condonar como funesto para la prosperidad de Magallanes. Lejos de dividir sus terrenos, no perdonan oportunidad de acrecentarlos, y precisamente por esto demuestra tanto entusiasmo por lo que llaman la división de la Tierra del Fuego.

Hace muchos años tuvo mucha boga una famosa caricatura que pretendía sintetizar el espíritu de la raza sajona comparado al de la raza latina. Dos hombres se preparaban para elevarse en los aires. El globo del uno, el del sajón, era pequeño, mal hinchado y lleno de remiendos; pero los espectadores todos rivalizaban en esfuerzos para auxiliar en su empresa al aeronauta, dándole viento, acomodándole los correajes, o por lo menos alentando sus esfuerzos. El globo del latino era grande, nuevo y repleto de gas; pero los espectadores, desesperados ante la idea de



Carnero comedale.

verlos subir, procuraban por todos los medios posibles sujetarlo a la tierra.

Algo de esto ocurre en Chile. La prosperidad y el éxito de los demás, quitan a no pocos el sueño. Parecería a veces que sólo hay aquí un negocio lícito: el de engordar vacas en los potreros del centro heredados de los abuelos.

No es raro, pues, que las voces interesadas que nos llegan de Punta Arenas, vayan encontrando algún eco en la capital de Chile y ante el Gobierno mismo.

Está por expirar el plazo del arrendamiento contratado en 1894 con el señor Nogueira. ¿Qué se hace con las tierras materia de ese contrato? ¿Se ha de prorrogar éste? ¿Se ponen ellas en subasta, ya sea en venta o en arrendamiento? ¿Se procura negociarlas en conjunto a se les divide en varios lotes?

He aquí los problemas de cuya resolución depende el futuro de Magallanes. Según sea la determinación que se tome, aquellos terrenos continuarán siendo en buena parte fecundados por el capital chileno y una fuente poderosa de recursos para la economía nacional, o se convertirán en su totalidad, como ya lo son hasta cierto punto, en una simple factoría extranjera.

Un estadista de verdad no tiene en el caso presente el derecho de equivocarse. La experiencia ha demostrado que el esfuerzo de individuos aislados no basta para retener en manos chilenas la propiedad del suelo de Magallanes. En el hecho casi todo él pertenece a extranjeros. Sólo han escapado a esta suerte los territorios tan sabiamente explotados por la Gran Sociedad Chilena de la Tierra del Fuego. Las demás compañías nacionales han debido ir reconociendo, una tras otra, que el mejor negocio para sus accionistas era la fusión con aquélla.

Puede, pues, predecirse con seguridad matemática, que el dilema es este: o la Sociedad de la Tierra del Fuego subsiste en toda su fuerza y esplendor, o sus despojos serán repartidos entre los capitalistas extranjeros.

Si los terrenos de la concesión Noguera se subastan o arriendan en un solo lote, muy difícil será a extraños competir ventajosamente con su actual poseedora. En cambio, si el territorio se divide, nada sería más fácil a los concurrentes que, mediante la hábil elección de

algunos o muchos lotes, cuyo precio se elevaría artificialmente en el remate, hacer casi imposible toda adquisición a la Sociedad. Se encontraría ésta en el caso del que, queriendo comprar un fundo entero, porque así lo exige su capital y el giro de sus negocios, sepa que el fundo en cuestión va a ser subastado por potreros. ¿Compraría unos sin tener la certeza de poder adquirirlos todos? ¿Habrá algo más fácil para un especulador audaz, que dictar la ley al futuro comprador, rematando éste o aquél potrero?

Muy bien comprenden esto los ricos ganaderos que deseen convertir al territorio de Magallanes en una extranjera factoría. Así claman por la venta en lotes de la concesión Noguera, procedimiento que han tenido la buena idea de bautizar con el nombre pomposo de división de las tierras. Así aparecen, ante los ignorantes de la realidad de las cosas, como campeones de una causa simpática y de progreso social: la causa de la pequeña propiedad; cuando en realidad no lo son, sino del acaparamiento de las tierras por hombres que no son de nuestro país, y cuyas riquezas no fecundan nuestro suelo.

VII

La pequeña propiedad presenta dos clases de ventajas: económicas las unas, sociales las otras.

Parece evidente en realidad, que en la mayor parte de los casos, la agricultura de la zona templada, produce más cuando el cultivo se practica en pequeñas extensiones. El que con sus propios brazos trabaja en propio campo, del que que debe sacar lo necesario para su subsistencia y la de su familia, sabe por lo general sacar de la tierra, todo cuanto ella puede dar de sí. Al revés, los grandes latifundios son con frecuencia mucho más productivos.

Muy distintas son las circunstancias de la ganadería, sobre todo en las condiciones de clima y de terreno peculiares de Magallanes y otros países análogos. Tan cierto es esto, que aún los propios progandistas de lo que, acaso por burla llaman pequeña propiedad, han procurado y procuran acrecentar sus estancias: tan lejos están de pensar en dividirlas.

No sólo se obtiene, en la ganadería a grande escala, un ahorro considerable en

brazos y administración, sino que la misma calidad de los suelos, propios los unos para el verano y los otros para el invierno, exige que el ganadero posea campos bastantes extensos, para que en ellos se encuentren a la vez terrenos de una y otra clase. Además, muchas instalaciones costosas, como por ejemplo las graserías, indispensables como son para dar al negocio todo su desarrollo, son inaccesibles a los medios del pequeño y aun del mediano propietario.

Tan cierto es esto, que ni los propios interesados en probar lo contrario han pretendido aseverar otra cosa, ni mucho menos practicarla, aún cuando disponen de tierras que dividir para vender o arrendar. La concentración producida alrededor de la Tierra del Fuego, de más de ochocientas mil hectáreas de terrenos, no pertenecientes a la concesión primitiva, no ha sido sino el resultado de la misma naturaleza de las cosas. Es que se ha visto por la experiencia que el negocio, mientras más en grande, resulta más productivo.

Suelen, si, afirmar, los defensores de la división de las tierras magallánicas, que el aprovechamiento de esa zona, sólo en el negocio relativamente pobre de la crianza de ovejas, es el resultado de los latifundios: que si la tierra se dividiera ella se cultivaría como en Europa y el centro de Chile, produciendo en consecuencia muchísimo más que ahora, de manera que llegaría a poder sustentar una población próspera y numerosa.

Si los repetidos ensayos de cultivo no hubieran fracasado en absoluto, desde los tiempos de Sarmiento de Gamboa, hasta los actuales, bastaría para demostrar lo



Grupo de ovejas.

ilusorio de estas esperanzas, el hecho de que esos mismos propagandistas del porvenir agrícola de Magallanes, propietarios como son muchos de ellos de vastos terrenos al norte del estrecho, y en la zona menos desfavorable para el cultivo, se dediquen al mismo negocio de las ovejas que la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego. ¿Cómo pierden así la oportunidad de duplicar el valor y el producto de sus estancias?

La verdad es que si exceptuamos algunos terrenos de la zona de la Última Esperanza, que por su situación continental y un tanto más al norte, goza de más calor en el verano, las tierras del estrecho de Magallanes no son más aptas para la agricultura que las Highlands de Escocia. Pueden obtenerse en ciertos años favorables, y casi a título de curiosidad, algunas cosechas de papas o cereales de los países fríos, como la avena, el centeno, y aun, en los lugares privilegiados de que hemos hablado, de cebada y de trigo. Pero dudamos mucho que tales cosechas lleguen a constituir un factor económico de cierta importancia, ni siquiera en esos valles privilegiados de la Última Esperanza.

En cuanto a la Tierra del Fuego, el problema no es problema; no sólo está esto confirmado por la práctica, sino que la teoría demuestra que el clima de esas regiones está muy distante de reunir las condiciones "mínimas" exigidas por las más importantes plantas de cultivo.

Tomemos, por ejemplo, el trigo. La vida vegetativa de este cereal, sólo empieza cuando la temperatura sube de 5° sobre cero, y necesita por lo menos 10° de calor medio en la época de la madurez. Los sábios habían reconocido desde hace tiem-



Un hato de ovejas.



Prensa hidráulica para enfardar lana.



Enfardando lana.

po, que desde el momento en que la temperatura media sube en primavera de 5°, hasta que en el otoño baja a 10°, el trigo requiere una suma de grados de calor variable entre 900° y 1500°, sumando la temperatura media de todos los días, durante el período vegetativo, contado sobre 5°. Así en un mes de treinta días, con temperatura media de 12°, el calor recibido sería de $12^{\circ} - 5^{\circ} = 7 \times 30 = 210^{\circ}$, —y así sucesivamente.

Si la suma varía de 900° a 1,500°, es porque interviene en el proceso, como se ha reconocido últimamente, otro factor importante: la luz. Durante el verano los días son tanto más largos, mientras más nos acercamos al polo. La mayor cantidad de luz favorece la vegetación, y en las altas latitudes el trigo necesita menos calor para llegar a su madurez. Así lo demuestra con claridad el gráfico que acompañamos, cuyas líneas verticales indican la sumas de temperatura necesarias para el desarrollo completo del rey de los cereales, y las horizontales nos indica en qué intervinieron como factor decisivo la duración media de la oscuridad durante el período vegetativo.

Del cuadro que acompaña a este gráfico, en la notable obra de J. F. Unsteld, sobre los límites del cultivo del trigo (Londres, 1912) extractamos los datos referentes a la zona en que están situadas las tierras del estrecho o sea: de los 50° a los 55° de latitud:

La menor de estas cifras (1251), corresponde a Sunbrick, punto situado a 55°, o sea a dos grados más cerca del polo que Punta Arenas.

Ahora bien, en esta última ciudad, la suma de las temperaturas, en la temporada de 1906-907, última de que poseo

datos, alcanzó a 924°, o sea 300 menos de los requeridos durante el período comprendido entre Septiembre y Marzo. Aquella zona, está, pues, muy lejos de las condiciones mínimas exigidas por el trigo, como por otra parte lo ha demostrado la práctica, no sólo con este cereal, sino con otros más pobres y mucho menos exigentes, como el centeno y la avena. Las siembras de este último grano, que se hacen ocasionalmente en el territorio de Magallanes, se cosechan en verde como forraje antes de una madurez que sólo raras veces se consigue.

Esto explica el por qué, existiendo en aquellas comarcas tantos y tan poderosos propagandistas de la agricultura, nuestra estadística agrícola sólo consigna, para la temporada de 1910-1911, las siguientes sementeras, incluidas por supuesto, las del Seno de la Última Esperanza:

Trigo candeal	3 hectáreas
Avena	55 hectáreas
Papas	2 hectáreas
Total.	70 hectáreas

Los cultivos de esta región, más extensa que muchos países de Europa, como se complacen en repetir los que juzgan de las cosas sólo por el tamaño, han logrado cultivar en su vasto territorio, lo que en el centro de Chile tendría por mezquino un chacarrero acomodado. ¡Y esto en tiempos de furiosa propaganda pro agricultura!

Tampoco son discutibles las ventajas sociales de la pequeña propiedad. En ella fundan muchos de los países de Europa, la base del orden y la conservación.

¿Pero qué llaman pequeña propiedad los propagandistas de la división territorial de Magallanes? Si dieran a estas palabras el significado que tienen de ordinario en el lenguaje sociológico, se trataría de la propiedad del pobre, del que cultiva por sí mismo su terreno con el auxilio de su familia. Como después veremos, la pequeña propiedad de que se trata, es muy diferente, es una pequeña propiedad del uso exclusivo del millonario o poco menos que eso.

Pero supongamos que se tratara de lo primero, y que no siendo posible, como no lo es en Magallanes otro aprovechamiento económico de la tierra que la crianza de lanares, se quisiera constituir en aquel remoto confín de Chile, lo que no existe en el centro del país, una especie de Suiza ovejuna.

Supongamos que cada familia de colonos, que supondremos compuesta de cinco personas en esa Arcadia de nueva especie, digna de la fantasía de un San Simón, necesitara de 1,200 pesos anuales para vivir, o sea del producto de 260 ovejas. Las 709,000 cabezas que la Sociedad Explotadora posee en Tierra del Fuego alcanzarían, pues, para dar ocupación y medios de vida, a 3,540 de esas familias, o sea a 17,700 personas. La constitución de la Arcadia proyectada costaría, pues, al país veinte mil habitantes arrebatados a la industria, a la ganadería y a la agricultura, para producir, en cambio, la misma riqueza que hoy se obtiene mediante el esfuerzo de unos pocos centenares de personas...

¡Para disparates basta!

Como se comprende fácilmente, los promotores de la división territorial de Ma-

gallanes, no han soñado con nada semejante. Ya hemos dicho que la Arcadia que ellos sueñan, es una Arcadia de Cresos.

La división de la Tierra del Fuego aprobada por el Gobierno, no ha tomado, para comenzar, en cuenta, ni la calidad de los terrenos, ni su división en invernaderos y partes de verano, ni las aguadas, ni las existentes vertientes, ni nada, en fin, que sea práctico, real y efectivo. Es una obra de imaginación, trazada sin conocer siquiera de vista el terreno, sobre un mapa que puede competir en exactitud con los que había hace treinta años sobre el centro del África.

Allí se han dibujado más o menos caprichosamente unas sesenta hijuelas, cuya cabida media es de veinte mil hectáreas cada una, siendo muy pocas las que bajan de diez mil. Los futuros pastores de la futura Arcadia, no serán, pues, unos pobrecitos, cuyas hijas vayan a apacentar los rebaños como en los tiempos patriarciales.

Véamos el capital que cada uno de esos pequeños propietarios necesita. Se ha calculado con toda exactitud que para poner en explotación tres mil hectáreas de tierras, se requiere un capital mínimo de 58,000 pesos: pongamos cincuenta mil para ser generosos. El término medio de las hijuelas de veinte mil hectáreas proyectadas, exigen, pues, por lo muy bajo, un capital de inversión de 300,000 pesos.

Es como se ve, una cruel ironía hablar de las ventajas sociales y políticas de la división territorial, en presencia de tales cifras, y de tales extensiones, que podríamos comparar por su tamaño, siguiendo el uso establecido por los enemigos magallá-



Máquina de tracción que arrastra 54 fardos de lana.



Puerto en la península de Muñoz Gamero.



Fábrica de conservas, granería y matadero de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego.

nicos de los latifundios con algunos principados feudales de Alemania, y no de los malos.

En cambio ¿qué división más infinitesimal de la tierra que la proporcionada por una sociedad anónima, cuyo capital está dividido en un millón quinientas mil acciones? Ella concilia las ventajas económicas de la explotación en grande, la mejor, como lo hemos visto, en los negocios ganaderos de Magallanes, con las ventajas sociales que tiene la repartición de la fortuna. Gracias a ella, mil quinientas familias chilenas se dividen los frutos de esos territorios, familias que por otra parte no están sustraídas a otros órdenes de la actividad humana.

El más pobre gaucho puede ser hoy dueño de una parte de la Tierra del Fuego. Mañana, dividida ésta, sólo podrán ser propietarios de ella los privilegiados de la fortuna.

Pero esa poderosa compañía, fundadora del progreso de Magallanes, y el único lazo económico que liga a esos territorios

con el centro del país, es combatida en nombre de otros intereses, que no son confesables y sin embargo se confiesan.

La Sociedad Explotadora, dicen, no emplea intermediarios en Punta Arenas, para sus compras y demás transacciones comerciales.

El hecho es sólo en parte efectivo, pero aunque lo fuera, no está reconocido por todos los economistas, que la supresión de los intermediarios constituye un considerable ahorro de esfuerzos, y por lo tanto, un estímulo a la producción real? No está reconocido que la mayor miseria del Oriente, la característica de su decadencia, es la infinitud de intermediarios, sustraídos por el ocio y la falta de energía al trabajo industrial y arrojados a la misma vida del detallante?

La verdad de las cosas, lo que si no se confiesa, es que los propagandistas de la división territorial de Magallanes, son esos mismos extranjeros que aún no desesperan de apoderarse con la fuerza de los ca-

pitales del dominio económico de esas nuestras posesiones del estrecho sur.

Uno de ellos, poseedor de más de cien mil hectáreas allí, escribía no ha mucho estas palabras, que todos los chilenos deberían meditar:

"El pueblo de Punta Arenas mira con solemne antipatía que el producto casi íntegro de su suelo pase a pueblos extraños, sin beneficio del propio".

Se refería a la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego, y a la riqueza que derrama sobre todo Chile; porque ese pueblo extraño somos nosotros... extraño para él, cuya familia vive en el extranjero... cuyas simpatías no nos pertenecen. Esto hemos merecido, y esto mereceremos, si, indiferentes a las más vulgares prevenciones del patriotismo dejamos que el producto casi íntegro de una considerable sección de nuestro territorio, pase a los que para nosotros los chilenos y no para los ricos ganaderos del sur, son pueblo extraño.

Despejado de sus flores retóricas y de sus especiosos pretextos, éste y no otro es el problema del porvenir de Magallanes.

La Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego principió sus trabajos en 1893, con un capital subscripto de 1.250.000 pesos para explotar un arredamiento de cam-

pos fiscales, cuya superficie se extiende en 1.000.000 hectáreas.

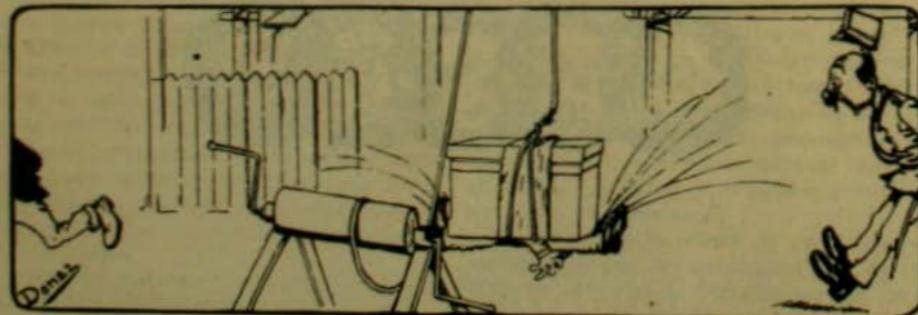
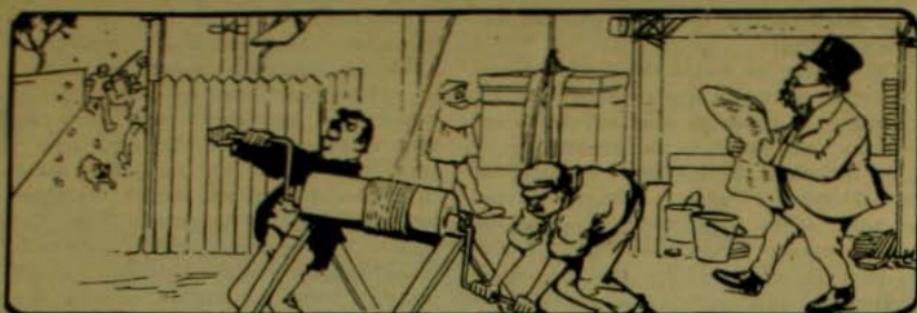
Hoy cuenta la Sociedad con capital pagado de 1.500.000 libras esterlinas, que el mercado valoriza en cerca de tres millones de libras esterlinas; trabaja en 1.400.000 hectáreas de campos fiscales y en 850.000 hectáreas de campos propios al norte del Estrecho y en el Seno de la Última Esperanza; acaba de contar la gran cifra de 514.000 corderitos nacidos en el mes de Octubre; espera inventariar 1.750.000 cabezas de ganado lanar en la esquila que terminará en Enero próximo; posee valiosos establecimientos industriales para beneficiar sus animales y preparar carnes en conserva; tiene fondos listos para la instalación de frigoríficos propios, y proyecta todavía extender sus operaciones a campos nuevos y hacer mucho más estrecha y fecunda la vinculación del territorio de Magallanes con el resto de la República, por medio del capital y del trabajo.

Esto quiere decir que la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego ha sido administrada con el criterio que deben tener los estadistas, mirando hacia un porvenir más lejano y esforzándose siempre en que la prosperidad presente sea madre de una prosperidad mayor en el futuro.

A. A.



EL PERRO RABIOSO





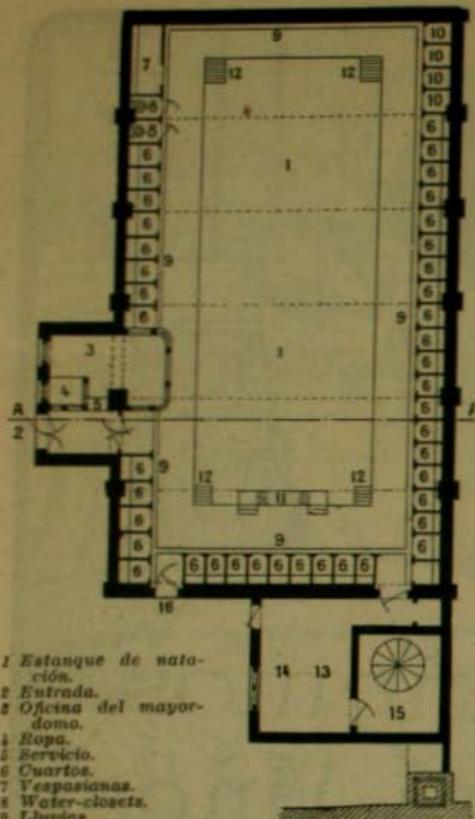
Bañemos á Nuestros Niños Bañemos á Todo Nuestro Pueblo

Somos un pueblo sucio; no lo neguemos. *"Desde treinta para arriba, no te mojes la barriga"*, decían los viejos españoles. Hay que reconocer que, desde que nace el pueblo en Chile, no se moja ni eso, ni ningún otro miembro del cuerpo.

En los templos hay siempre una atmósfera insoportable. Hombres y mujeres van a orar en un estado de desaseo corporal verdaderamente asombroso. En los teatros mismos, aun en aquellos frequentados por las clases supe-

riores no es mejor el aire. Y el hecho de que se esté saturado de esencia no lo mejora. En los tranvías, en las tiendas, en todas partes, se ven manos de mujeres, que no son desagradables de figura, en estado de desaseo verdaderamente repulsivo. Nada queremos decir de la cabeza, de las orejas, y de los pies.

Influye mucho en el mejoramiento moral de los hombres y mujeres la limpieza del cuerpo. Habla demasiado en contra de una persona el descuido con



I Estanque de natación.

- 2 Entrada.
 3 Oficina del mayor-domo.
 4 Bopa.
 5 Servicio.
 6 Cuartos.
 7 Vespañolas.
 8 Water-closets.
 9 Lluvias.
 10 Llaves.
 11 Trampolín para nadadores.
 12 Escalas o gradas.
 13 Lavadero.
 14 Pieza subterránea con caloríferos.
 15 Secadero.
 16 Puerta común.

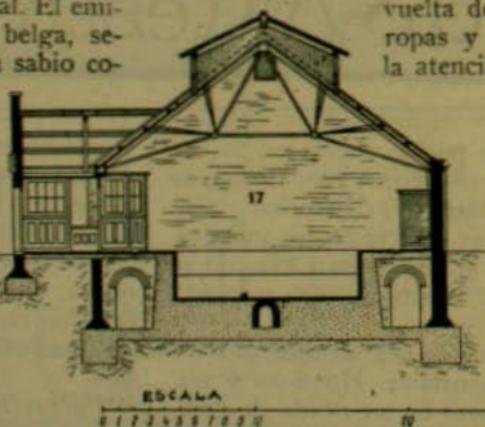
que trata su higiene individual. El eminente Ministro del Estado belga, señor Le Jeune, filántropo tan sabio como generoso, comprendió la importancia de la limpieza corporal para conseguir la rehabilitación moral de la juventud delincuente.

Se ha observado que los hombres y mujeres menos pudorosos son los más sucios; y esto se ha comprobado tanto en Europa, como en Asia, y en América. Es esencial en

efecto, elevar el sentimiento de la dignidad personal; para esto debe comenzarse por desarrollar el respeto y cuidado material que debe merecer el cuerpo mismo. El precepto divino de no matar, se extiende a la obligación de evitar el contagio y la enfermedad. La higiene es una hermana de la moral; muchas veces lo es también de la castidad. Que hablen todos los jefes del servicio, los patrones, los agentes de empleos, y dirán que el aseo de un solicitante le da muchas probabilidades de obtener lo que desea aun antes de conocer sus cualidades intelectuales.

Los pueblos antiguos han cuidado el aseo corporal como una religión. Los israelitas y los musulmanes han prescripto las abluciones. Los japoneses toman las precauciones más minuciosas para mantener su cuerpo aseado. Es la limpieza cuestión tan delicada entre ellos, que los visitantes de una casa, abandonan a la entrada los zapatos, sucios por la acción del polvo en las calles, y calzan pantuflas delicadas y limpias para no entrar a los pisos limpios y barnizados la infección de afuera. En Finlandia, en Suecia, en los pueblos más fríos, hombres y mujeres toman diariamente baños helados. En algunas aldeas de estos países se ve la peculiaridad de personas que en las primeras horas de la mañana co-

rren por la calle, de vuelta del baño sin ropa y sin llamar la atención de na-



Sección de A A—Baño de natación escolar en Londres

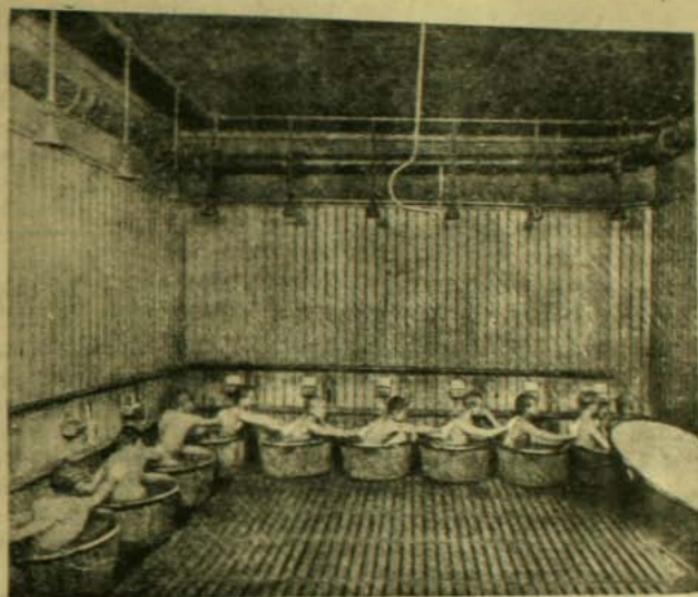
die. En los Estados Unidos los obreros han tomado el hábito del baño diario. En algunos estados se ha impuesto por la ley a los fabricantes y manufactureros, el establecimiento de baños en las usinas.

Pero la acción del educador y del higienista debe dedicarse en especial a los niños, porque así pueden obtenerse más probabilidades de éxito. Es repugnante el estado de suciedad en que las madres entregan sus hijos a las escuelas en Chile. Entre la gente más pobre el baño es un lujo. La ignorancia los hace pensar que el baño consiste en un tiesto de latón, costoso, con una cañería de agua potable. Nadie les ha enseñado que hasta una tina de madera, un medio tonel, un balde de agua, para lavar todo el cuerpo con abluciones de agua fría y jabón.

Y si esto no lo enseñan los maestros y los propagandistas, es por la sencilla razón de que los maestros y propagandistas viejos también lo son, y lo fueron sus padres y hermanos y los son sus amigos y relaciones.

Este es un país de mugre; lavemoslo. Hagamos esta gran campaña del agua fría; y comencemos por exigir agua en todas las ciudades. Que cada capital de departamento reclame el agua necesaria que ya tienen las de provincias: que se dirija al Gobierno y a sus representantes en el Congreso. Es necesario distinguirnos de otros pueblos sudamericanos, aseando a

nuestros hijos. En la capital de la República no hay un solo baño en las escuelas. Se teme el gasto, porque se pretende hacer baños de loza o de fierro esmaltado, cuando debería comprarse en la forma modesta y sencilla que adoptan otros países limpios. Vease la simple instalación de los baños escolares en Estocolmo que adoran esta página. El tubo inglés es económico y basta para el aseo. Contémpiese



Baños escolares en Estocolmo.

en esa sala en que los chicos se frotan la espalda mutuamente. Estos baños cuestan una suma miserable. La moralidad de la escuela es perfecta.

No se ve un sólo niño en el repugnante aspecto de nuestros alumnos.

En Bélgica, hace muchos años, cuando se comenzó a comprender que el baño es una necesidad imprescindible de la educación, la obligación de tomarlo levantó aprehensiones estúpidas del mismo carácter de las que habrán de levantarse entre nosotros. Se temían los resfriados, la bronquitis, los reumatismos: los niños serían tal vez incapaces de secarse bien, ¿cómo iban a morir?

¿Cuántas víctimas caerían fruto de esa torpe experiencia? Todo esto fué contestado victoriamente. Los únicos niños resfriados eran los alumnos de las escuelas en que no se habían instalado baños. Veinte años han probado que el baño es una necesidad tan grande como el alimento.

En Santiago y hablamos de Santiago, para marcar todo lo que falta en las provincias, no hay un solo baño de natación para enseñar a los alumnos de las escuelas. Treinta a cuarenta mil niños salen de las escuelas incapaces de arrojarse al agua, incapaces de salvar a un semejante, incapaces de salvarse ellos mismos en un naufragio. Se cree

que uno o dos baños de natación costarían un dineral. Hemos creido conveniente reproducir en este artículo un modelo de baño de natación escolar, cuyos planos se deben al arquitecto inglés Bailey. Estos baños funcionan en Londres y cuestan poco dinero. Bastaría comenzar por uno en Santiago, otro en Valparaíso, Iquique, Concepción, Río de Janeiro, Talca, Chillán, pidiendo para ello la contribución fiscal y municipal y la protección de algunos médicos y personas acaudaladas e influyentes de cada localidad.

Los niños de las escuelas se turnarían por horas y por días durante el verano.

CRONICAS DE HIGIENE Y MEDICINA

Matrimonios entre consanguíneos

Son muchas las responsabilidades patológicas que sobre esta clase de enlaces se hacen pesar. Esquirol les atribuye frecuentes casos de enajenación mental en numerosas familias; otros les atribuyen el origen de aquellas razas desheredadas que formaron los *cagots* -u los Pirineos y los *coliberts* en Poitou; Bemis les achaca el origen del albinismo; otros les imputan el cretinismo y muchos los estigmatizan como causa, en la descendencia, de la sordo-mudez.

Más aún; M. Pettidi, cuyos trabajos acerca de la tuberculosis son tan conocidos, les coloca entre las causas predisponentes; en mayor o menor grado a la adquisición de esa terrible plaga, como lo son el raquitismo, la falta de higiene y el alcoholismo.

Cierto que algunos de estos matrimonios no producen verdaderamente hijos tuberculosos, pero el peligro es inminente.

Debido a la mezcla de nueva sangre, por medio del matrimonio, hay casos felicísimos en que la descendencia ve aumentados sus medios de defensa en el organismo, quedando de esta suerte preservados de los ataques de la enfermedad y de sus desastrosas consecuencias. Si por el contrario los miembros de esta familia se enlazan entre sí, no harán en la inmensa mayoría de los casos, sino cambiar sus debilidades, cambio que corre el riesgo de convertirse en acumula-

ción: los hijos sufrirán las consecuencias y desde su nacimiento no presentarán más que una mediana resistencia a las influencias morbosas. Serán siempre una presa muy fácil de la tuberculosis.

Los ejemplos aducidos por M. Pettidi en apoyo de su tesis son numerosos y muy instructivos; como el de aquella isla oriental, saludable, cuyos habitantes, marineros robustos y vigorosos en su origen, llegaron a verse acometidos poco a poco por la tuberculosis en todas sus formas, por no contraer enlaces sino entre ellos mismos. ¿Fue contagio? ¿Insalubridad? No, ciertamente, pues aquellos de sus hijos que se alejaron del país natal sucumbieron lejos también, víctimas de la misma infección.

Las leyes humanas y religiosas han dictado a este propósito, fundadas en la experiencia, sabias medidas y prohibiciones. Desacatarlas es en extremo peligroso por muchos conceptos. "La corriente humana ha dicho un sabio, no debe cruzar siempre los mismos terrenos".

Los lipoides

Después de los notables trabajos por los que el renombrado Brown-Séquard recomendaba en los casos de debilidad y astenia la inyección de jugos orgánicos, se ha desarrollado una vasta ciencia, que transmite como por herencia las ideas del sabio pro-

fesor. Hoy día nadie ignora la capital importancia terapéutica de los jugos orgánicos, como por ejemplo los de la glándula tiroidea y las cápsulas subrenales.

Por otra parte, comienza a conocerse a fondo su acción restauradora. Es sabido que estos jugos vienen a dar al organismo las energías que necesitan para su funcionamiento. Su acción en general es debida a cierta substancia grasa, a quien se da por esta razón el nombre griego de lipoides, que significa grasa.

El doctor Iscovesco, eminente especialista en esta clase de estudios, a los que ha consagrado muchos años de trabajo, acaba de exponer en el 13.º Congreso Médico Francés los resultados de sus investigaciones, y ha demostrado palpablemente que los lipoides tienen la misión de activar el funcionamiento de un órgano determinado.

Tomó un conejo, al que inyectó uno de estos lipoides extraídos por él, y al cabo de dos meses pudo constatar, matando el animal, que el órgano de que provenía el lipoides inyectado, había aumentado considerablemente su peso y su volumen.

En una palabra, cada órgano contiene una substancia que, introducida en el torrente circulatorio, activa el órgano mismo de que procede. El doctor Iscovesco demuestra por una serie de sugestivas experiencias que esta substancia va a excitar en los centros nerviosos aquel centro que regula el funcionamiento del órgano en cuestión.

Este lipoides tónico, especial para cada órgano, desarrolla también una acción general necesaria al organismo. El ha demostrado en mujeres que habían sufrido la ovariotomía doble, la inmediata desaparición de todos los trastornos que se derivan de estos padecimientos: sofocaciones, jaquecas, vértigos, vejez prematura, figura apergaminada, etc.

Demuestra también el doctor Iscovesco, que los glóbulos rojos de la sangre contienen un lipoides que, inyectado a un animal reconocido como anémico, excita los órganos que producen nuestros glóbulos rojos y les obliga a producirlos en un espacio muy breve.

Afirmó por fin el doctor citado que hay una gran cantidad de enfermedades, cuyo estado morboso depende únicamente de un sólo órgano, que funciona mal. Hasta ahora no teníamos medio ninguno para activar las funciones del órgano enfermo.

El descubrimiento de Iscovesco permitirá,

a lo que parece, atender con precisión al órgano afectado, lo cual es, prácticamente, un hecho de extraordinaria importancia.

Las viviendas y el desarrollo

M. Schreiber ha analizado poco ha un trabajo de M. Gindes que es indiscutiblemente uno de los más característicos que se pueden leer sobre la funesta influencia de las habitaciones excesivamente habitadas, que son hoy día el patrimonio de las clases desheredadas. Se trata del desarrollo de los niños, cuyas primeras manifestaciones a la vista son, el rompimiento de los primeros dientes y los primeros pasos. El primer diente de nutrición se observa por regla general en el niño a los ocho meses. Si nos fijamos en las habitaciones en que no hay más que una persona por pieza, este rompimiento tan esperado por las madres, se verifica en la época deseada y normal en el 60 por ciento de los casos. Fíjémonos ahora en las viviendas donde viven hacinados, durmiendo en una sola habitación y respirando una atmósfera infecta, hasta ocho y más personas; sólo en un 20 por ciento de los casos aparece la dentadura del niño a los ocho meses de edad. Entre estos dos extremos, los medios se van escalonando con un porcentaje regularmente proporcional al número de habitantes de una misma pieza.

Para romper a andar sucede exactamente lo mismo. Un sólo habitante por pieza y el 100 por ciento de los niños comienzan a andar desde un año a año y medio; en los casos de ocho y más por pieza, sólo un 25 por ciento de los niños rompen a andar a esta edad, la mayor parte, al menos un 50 por ciento, no andan hasta los dos años. También en esto hay término medio.

Naturalmente, existen otros factores a más de la aglomeración en las viviendas, que deben tomarse en cuenta y que ejercen una marcada influencia en el desarrollo y crecimiento de los niños, pero estos factores son secundarios y accidentales.

El aire, la luz, el sol, son para la infancia humana alimentos tan indispensables como la buena leche, en favor de la cual se ha hecho una campaña tan larga. Esta puede decirse que ya es una conquista; se hace preciso ahora emprender la conquista de todo lo demás. "Los harapos de los niños, decía Víctor Hugo, despiden rayos de luz". Esta imagen del poeta debe ser una realidad. Agregaremos que no es necesario que sean harapos y que valdría mucho más que éstos no existieran.

LO QUE PUEDE Y HA PODIDO



En 1882 podía adquirirse en los almacenes, por la suma de veinte pesos, **trecientas cuarenta y cinco** libras de alimentos, en la forma especificada en la cuenta anterior, o sea: **cien-
to veinte** libras de pan, **clen** de papas, **venticinco** de harina, **cienuenta** de fréjoles, **veinticinco** de arroz, **quince** de grasa y **diez** de mantequilla.

Cuenta
120 Lb. pan / 540
100 - papas 090
25 . Harina 120
50 . Fréjoles 140
25 . de arroz 150
25 . de grasa 360
10 . mantequilla 600
<u>345</u> / 20.00
Son Veinte pesos
=



Cuenta
por 52 libras de pan / 540
- 50 - papas 090
- 16 - harina 120
- 18 - fréjoles 140
- 16 - arroz 150
- 14 - grasa 360
- 6 . mantequilla 600
<u>202</u> / 20.00

Son: Veinte pesos

En 1892, por la misma suma, sólo pudieron adquirirse **doscientas dos** libras de tales ali-
mentos; o sea **dos tercios** de la cantidad de pan; la **tercera parte** de la de fréjoles y dos tercios
de las de arroz y mantequilla que en 1882.

COMERSE POR 20 PESOS



Cuenta

Por 65 Lbs de pan	1540
• 22 . papas	.090
• 14 . harina	.120
• 15 . frijoles	.140
• 14 . arroz	.150
• 9 . grasa	.360
• 5 . mantequilla.	6.00
<u>142</u>	<u>12.00</u>
	20 pesos

Son veinte pesos

En 1902, con los susodichos veinte pesos sólo pudieron comprarse ciento cuarenta y dos libras de iguales alimentos; o sea la mitad del pan, la quinta parte de las papas, la mitad de la harina, la tercera parte de los fríjoles y la mitad de la mantequilla que en 1882.



Cuenta

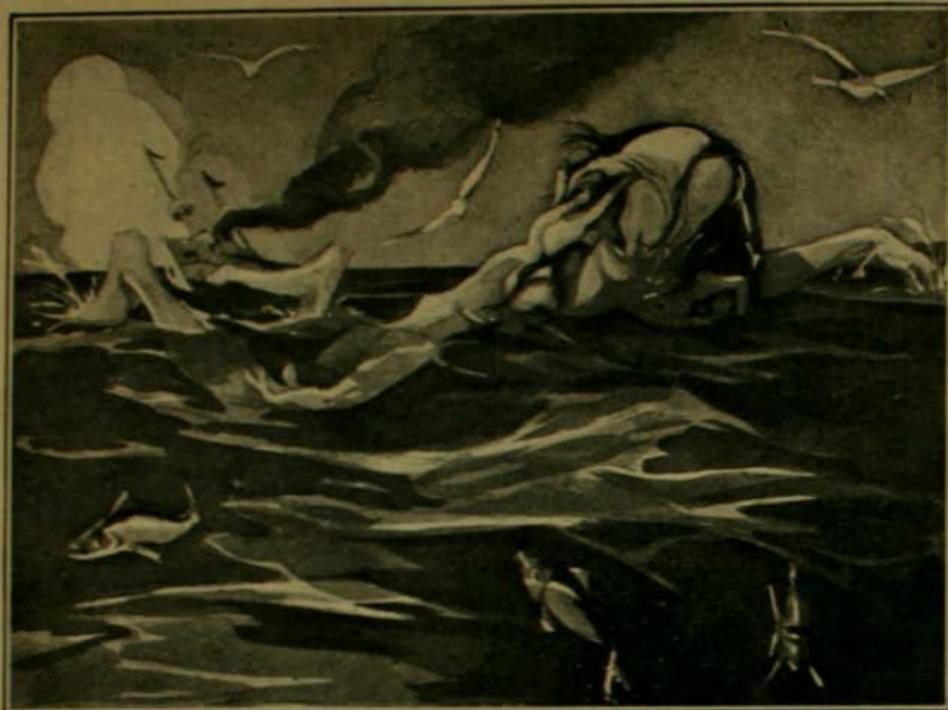
Por 38 Lbs de pan	1540
• 5 . papas	.90
• 8 . harina	.120
• 6 . frijoles	.140
• 5 . arroz	.150
• 8 . grasa	.360
• 3 . mantequilla.	6.00
<u>2873</u>	<u>12.00</u>
	20 pesos

Son veinte pesos

En 1912, por esos veinte pesos sólo conseguiremos setenta y tres libras de alimentos, sea la quinta parte que en 1882, la tercera parte que en 1892 y la mitad que hace diez años, en 1902. Sólo comeremos ahora por igual dinero que hace treinta años, la tercera parte del pan y de la harina, la vigésima parte de las papas, la octava parte de los fríjoles, la quinta parte de arroz y menos de la tercera de la mantequilla que en 1882.

Así no vamos camino de engordar.

HOY COMO AYER...



—¿Qué hace don Ramón, en 1891?
—¡Nada!...



—¿Qué hace don Ramón en 1913?
—Lo mismo...



UNA HISTORIA DE AMOR

Nada hay más inverosímil
que la verdad.

Por _____

Miguel de Fuenzalida

ILUSTRACIONES DE MARTIN

I

Los hombres somos unos grandes necios. Cuando pasa cerca de nosotros la felicidad no sabemos cogerla, y aún cuando ya la hemos conseguido, todavía se nos antoja que somos desgraciados. Y así se pasan los años sin saber detenernos en la dicha, cuando llega, soñando siempre con el pasado o con el porvenir.

Esta ha sido mi experiencia y la de todos en el mundo. ¿Sabré aprovecharla, en este momento supremo de mi vida?

Mi historia no es vulgar. Apenas he cumplido treinta años y tengo sin embargo muchos recuerdos en el alma. Así debe suceder también con los demás. En el mundo, si se llevaran estas cuentas saldríamos a drama por cabeza.

Aún cuando pertenezco a una de las más antiguas y distinguidas familias de Santiago, nací muy pobre, y la lucha comenzó para mí desde temprano. Pero no puedo quejarme de la fortuna: a los veintidós años era ingeniero; poco tiempo después había ya reunido un pequeño capitalito. A esa edad todo sonríe, pe-

ro un amor desventurado, ese primer amor que los poetas, siempre mentirosos, dicen debe ser el único, pareció tronchar definitivamente mi vida. ¡Ilusiones del dolor! Pronto supe aturdirme en el torbellino de los negocios, en los que me lancé con rabioso frenesí. El mundo, sin conocer el fondo de mi alma, me juzgó acaso entonces un hombre ávidamente codicioso de dinero, insensible como tantos otros a cualquier otro género de emociones.

Error! Yo no ambicionaba millones... Se guisa soñando sólo con una existencia tranquila, embellecida por el amor de una mujer... Nada me fué más fácil entonces que realizar mi sueño...

Pero no supe cogerme de la fortuna, y continué batallando sin objeto.

Vinieron después los tiempos malos. La catástrofe de 1908 me sorprendió tan repleto de títulos de bolsa como de deudas. Sentíme arruinado, más arruinado de lo que estaba en realidad. Veía el porvenir sombrío: en el mejor de los casos un empleo en la Dirección de Obras Públicas, donde vegetar esclavo, todo el resto de la vida.

Contrastes extraños de la naturaleza huma-

na. Mientras se disipaban, convertidas en humo, mis ilusiones de riqueza, otras, que creía muertas para siempre, renacían en mi corazón. Volví a sentirme capaz de amar.

Amar... ¡Y para qué? ¡No era yo un pobre naufrago, sin esperanza ni porvenir! La gran ocasión estaba perdida. Antes debí escapar de los mirajes de la ambición, invertir juiciosamente mi capital, o dedicarme a un negocio tranquilo y seguro. Me parecía que éste había sido siempre el plan de mi vida, y que sólo me apartó de él una locura pasajera e inexplicable. Veía el objeto que antes no supo ver... Y tan irrealizable era este sueño ahora como antes el otro.

No soy, felizmente, un espíritu débil... Resolví valientemente el problema... Era necesario ser rico e independiente una vez más, y antes, mucho antes que la juventud se fuera.

Nada como una resolución viril. Me acerqué al banco; el gerente debió leer en mi rostro que yo no era un vencido. Me concedió un plazo: ya no me encontraba en la necesidad de liquidar, en medio de la catástrofe... Conseguido esto, me lancé a buscar algo en que emplear mis renacientes energías.

II

Conversaba una mañana en el Club de la Unión con un grupo de amigos.

Alguien hablaba de Bolivia... Existía en aquel país, rico como un sueño de las mil y una noches, más allá de los gigantescos abismos de sus cordilleras, una región extraña, casi desconocida, donde esperaban al hombre el oro y la muerte... Era una lotería en que se jugaba la vida por la fortuna. Selvas inmensas, surcadas por ríos caudalosos, en cuyas márgenes brota la fiebre. Una atmósfera cálida, húmeda, estancada, que jamás agita la brisa, pesa como un sudario sobre aquel océano de verdura. Por las soledades sin fin de la selva vagan algunos centenares de aventureros, en lucha tenaz con el clima, las alimañas ponzoñosas y las tribus salvajes... Muchos de ellos pierden sus huesos en ese suelo inhospitalario; de los que sobreviven la mayoría se arrastran como esqueletos ambulantes, consumidos por el cansancio y la fiebre... unos pocos triunfan y vuelven a su patria cargados de oro...

Ese cuadro me sedujo, con sus peligros y sus esperanzas, con sus perspectivas de triunfo o de muerte. La guerra, como el amor, seducirá siempre al hombre.

Marché, pues, a Bolivia, por la vía de Mo-

biendo... Llegué hasta aquel fantástico Eldorado, resuelto a morir o a vencer.

No voy a relatar cuánto sufri en tres años. Pero la fatiga humana se paga allá con creces. Se me encomendó, como ingeniero, la mensura de una vasta extensión de gomales. El caucho atravesaba entonces por una tremenda crisis. El propietario de los terrenos que yo debía medir contaba con recursos muy escasos. Hube, pues, de recibir como única remuneración de mi trabajo, una fuerte participación en sus derechos. Aquello no aparecía muy halagüeño, pero me fué preciso conformarme: no me resignaba con volver a Chile, sin algún fruto de mi loca expedición, aunque no fueran sino papeles y esperanzas. Firmé, pues, un contrato que me hacía co-dueño de una parte considerable de esas lejanas e inhospitalarias selvas...

Pero era joven y continuaba soñando... Por la tarde, después de las fatigas de la jornada, sentábame en la pobre choza de cañas que me servía de refugio y desde aquel misero albergue dejaba vagar la imaginación por los campos del ensueño.

Creía divisar al fin del áspero sendero que recorrería en mi juventud, esa paz y ese amor en que nunca dejé de creer... Sería feliz... Y cuán grato no debe ser después del trabajo, el reposo y la victoria después de la batalla... Entonces recordaría con ella, con esa mujer, aún sin existencia real, pero a quien amaba ya, esas amargas y tristes horas de angustias y de esfuerzos, transcurridas en las cálidas espesuras del "infierno verde", como llaman en el Brasil a las selvas amazónicas.

Al fin concluyó mi tarea y pude emprender el regreso a la patria, sin un sólo peso en el bolsillo, pero con algunas esperanzas en el alma. Llevaba consigo el contrato que me hacía dueño de una cuarta parte de la vasta selva que acaba de medir.

III

Dióme la fantasía de volver por un camino casi nuevo y poco menos que desconocido. Nuestras caucheras estaban situadas a orillas del río Madre de Dios, no lejos de la frontera peruana. Hace poco más de veinte años, el aventurero Fitzgerald, subiendo por el Madre de Dios y su afluente el Manu, llegó a un punto en que las aguas de este último río sólo distan pocas horas de marcha a pie, de las de los afluentes del Ucayali. Mi idea era seguir este camino y regresar a Arequipa y Mollendo por el valle del Urubamba y la histórica ciudad del Cuzco.

Muchas veces estuve por arrepentirme de esta resolución, que había de tener tanta influencia en los acontecimientos posteriores de mi vida. Acompañado por un sólo indio que me servía de guía, subí el río Manu y su casi intransitable affluente, el arroyo de Caspajuli, atravesé, con mayores dificultades de las que me imaginaba, el istmo de Fitzgerald siguiendo la trocha ya medio obstruida por una vegetación gigantesca que abrió en 1903 el valiente coronel limeño don Ernesto Lacombe, y pude así llegar, después de no pocas fatigas, hasta 'os primeros establecimientos peruanos.

Desde allí, la canoa fué reemplazada por la mula, y, caballero en esa bestia tan pacífica como poco romántica, empecé a escalar los contrafuertes de la sierra, en que se encuentra el Cuzco, siguiendo por el largo y encajado valle del Urubamba.

Esa región fantástica y caótica, de que los peruanos mismos apenas tienen idea, ofrece al viajero extraordinarias sorpresas... La tierra sube y sube... Abajo queda la selva sin límites, envuelta en sus vapores y exhalando la fiebre. Flanqueado por gigantescas cordilleras, el Urubamba desciende de las montañas. Su estrechísimo valle, cultivado apenas, es menos húmedo y cálido a medida que se llega más arriba. La vegetación sigue siendo exuberante, pero el paisaje aparece más risueño, más clásico, iluminado por el sol.

Hermoso país, por cierto... En su abandono mismo, él convoca a soñar... ¡Por qué ha destinado la fortuna esas comarcas maravillosas a ser sólo habitadas por unos pocos indios sucios y estúpidos? ¡Por qué no tienen una historia esas románticas soledades? A veces me imaginaba aquel valle, embellecido por el arte, asiento de una población laboriosa y feliz... Otras, arrastrado por una fantasía más poética, lo contemplaba como un país de sueños y quimeras, cubierto de torres y palacios, y poblado por guerreros valientes y enamoradas mujeres... En cada picacho de la sierra creía ver un castillo como en el Rhin de los antiguos tiempos, y la guerra y los amores teniendo como escenario aquella tierra semi-virgen... ¡Por qué no era esto verdad?

Un poco más abajo del pueblecito de Santa Ana, fué donde me ocurrió la maravillosa aventura que motiva esta narración.

Sofraba ese día más que los otros... La brisa era tibia y cariñosa, el paisaje soberbio... Algo de inexplicable me atraía en ese solitario rincón del mundo... El sol, que iba a ponerse doraba las intrincadas alturas de la cordillera con sus últimos resplandores... El silencio era solemne.

De pronto y a la embocadura de una quebrada vestida de verdes matorrales, quedé petrificado ante un objeto que no esperaba encontrar allí... Era una casita primorosa, cubierta de magníficas enredaderas y pacíficamente reclinada en medio de la espesura.

No habría sido mayor mi sorpresa a la vista de un verdadero castillo feudal en las márgenes del Urubamba. En nada se parecía esa casita a los prosaicos y semi-derruidos tambo que encontraba hasta entonces en el camino. Era muy pequeña, pero aseada, blanquísima y construida con un gusto exquisito. Rodeábala un jardín rústico esmaltado de flores, y más abajo y hasta el fondo de la quebrada se extendía un reducido huerto de árboles frutales...

Se apoderó de mí un deseo loco de conocer más de cerca esa casita... ¡Quería ver lo que tenía dentro! Un sendero conducía a ella desde el camino. Metí espuelas a mi cabalgadura y llegó frente al corredor sembrado de floridos 'suspiros', en el mismo momento en que moría en los picachos de la sierra el último rayo del sol de la tarde.

Una mujer vieja salió a recibirmé. No era una chola de la sierra, sino más bien una de esas robustas mulatas de la costa, que encontramos a cada paso, arrebujadas en su manto, por las calles de la ciudad de los virreyes... Cosa rara entre las criadas de este continente: su traje de percal estaba limpio.

—Vengo de la montaña, la dije; he caminado tres meses y estoy rendido. ¿Podría Ud. darme alojamiento por esta noche?

La fámula me miró de arriba a abajo.

—Voy a preguntar a mi señora, contestó, y la vi desaparecer en el interior del edificio.

Esperé un largo rato. ¿Me estarían examinando a través de las verdes persianas del piso superior? No sé por qué este pensamiento me turbaba.

Al fin regresó la vieja criada.

—Dice mi señora, que puede Ud. disponer de esta casa como guste... Viene Ud. seguramente muy fatigado.. Pase Ud...

Entré. Yo iba de sorpresa en sorpresa: la casita por dentro era un verdadero specimen del "home" inglés. Me introdujeron en una pequeña sala de la planta baja, por cuyas ventanas abiertas penetraba a raudales la tibia y perfumada brisa de la tarde. Los muebles eran sencillos, pero de gusto moderno; en un rincón había una arpa de Erard; en el otro una pequeña biblioteca. Sobre la pared del fondo estaba colgado el retrato de un caballero anciano, de aspecto anglo-sajón... probablemente un inglés, acaso un alemán.

—Aguárdese Ud. un momento mientras le



Se apoderó de mí un deseo loco de conocer más de cerca esa casita.

preparo su habitación, me dijo la criada. Esta casa no es un hotel y Ud. nos coge desprevenidas...

No sería un hotel, pero era la civilización a las puertas de la barbarie.

Yo me quedé contemplando por la ventana el valle solitario, y a medio envuelto por las sombras de la noche. Como de costumbre, empecé a divagar...

¿Qué hada benéfica me había conducido a aquella poética mansión? ¿Quién habitaba esa casita misteriosa rodeada de perfumados jardines y perdida en las gargantas del Urubamba? Sin duda una mujer, y una mujer bellísima, el sueño de un poeta... Cada uno de los rincones de ese salóncito parecía exhalar el aroma de una mujer hermosa. ¿Quién sería el señor viejo del retrato? Su padre o su marido?

Pero no es fácil, me replicaba el sentido común (que también suelo tenerlo), no es fácil que una mujer hermosa y joven haya venido a enterrarse a estas soledades. ¿Qué podría hacer aquí? Esta no es una hacienda ni un mineral; ninguna persona de situación tiene para qué vivir en este sitio... Ni siquiera los poetas se retiran a los bosques en el siglo XX... Pero entre tanto, ¿qué significan estos muebles, sencillos pero de exquisito buen gusto, esta misma casa, tan coqueta, tan limpia, tan primorosa?...

Había para perderse en conjeturas... Yo preferí imaginar los mayores disparates, lo más fantástico y extraño que pudo venirme a la cabeza. No quiero divertir al lector a mi costa, dándole cuenta de las absurdas hipótesis que, una después de otra, fui formulando.

Así pasó una hora larga. Era ya bien entrada la noche, cuando la criada me condujo a mi habitación. Aunque evidentemente la habían arreglado de prisa, encontré allí todo aquello de que estaba privado hasta tanto tiempo... hasta una salita de baño, a estilo moderno, probablemente la única existente en los departamentos andinos del Perú.

Me bañé, me vestí de limpio, y hasta tuve la coquetería de afsitarme. Mi corazón latió con fuerza cuando la criada vino a anunciarme la comida.

El comedor estaba vacío... En la mesa no había sino un cubierto.

—La señora le pide que la disculpe por no acompañarlo, me dijo la criada. Ella no se trata con nadie y comerá en su aposento.

Ni una ducha de agua fría me hubiera helado mejor. Tuve que resignarme a comer solo con mis pensamientos...

IV

Resolví ponerme en marcha al día siguiente muy temprano. Evidentemente en esa casa molestaba.

En cuanto desperté, comencé a vestirme. El sol acababa de salir. Desde las ventanas de mi habitación se divisaba el jardín, el huerto y más allá las montañas vestidas de eterna verdura. Estaba muy triste. Sin saber por qué, no me resignaba a abandonar aquel poético rincón. Un imán invisible parecía retenerme...

Oculto tras de las persianas del dormitorio, espiaba los alrededores de la casa como un ladrón.

De pronto me pareció divisar una blanca figura entre los naranjos del huerto... No reflexioné ni siquiera un momento: estaba verdaderamente loco. Bajé disparado y corrí hacia allá...

¡Me vió venir! Es probable; pero no hizo falta de marcharse... Un momento después estaba a su lado.

¡Oh, la eterna belleza de la mujer! Ella sabe siempre dejar muy atrás todas las creaciones de la más rica y exaltada fantasía. Los sueños de los poetas nada vale, son sombras sin luz y flores sin aromas, ante la realidad espléndida de una mujer hermosa!... Ellas, son la poesía.

Era casi una niña, esbelta, delicada, pero de formas mórbidas y voluptuosas... Su rostro era el de un ángel o el de una virgen. Bajo una espléndida cabellera de azabache, peinada en "bandeaux", lucían dos ojos negros, velados por largas pestañas; ojos de fuego y de dulzura, a la vez castos y apasionados, ojos como sólo se ven en la virginal tierra de América. Una suave y melancólica sonrisa contraía apenas sus frescos labios de color de grana.

Había tanta gracia y modestia en sus movimientos, era tan puro y cristalino el eco de su voz, desparramaba en su alrededor esa mujer tan fascinador encanto, que el verla sin amarla me pareció entonces, y me seguirá pareciendo siempre imposible.

No vestía a la moda. Llevaba un sencillo traje blanco de pañoleta, al estilo de las damas de Gainsborough... En sus dedos, y me fijé bien en el detalle no tenía anillo alguno.

—Es Ud. un desobediente, me dijo con voz tan franca como si hubiésemos sido antiguos amigos.

—Señora, le contesté emocionado, y casi sin saber qué decir; la he visto y no pude menos de bajar a saludarla... Perdone Ud. a un pobre hombre que ha sufrido mucho, y que, en

medio del áspero camino de su vida, le debe a Ud. el haber pasado algunas horas en este sitio encantador. Y necesito también confesárselo... El corazón me decía que no me marchara sin verla... y ahora, ahora llevare conmigo un recuerdo que no ha de borrarla y que me dará fuerzas para seguir luchando...

Verdaderamente, era yo un mentecato. Apenas había cruzado algunas palabras con esa mujer y ya casi me confesaba su enamoramiento... Y de hecho no lo estaba en realidad?

Ella, con exquisito tacto, pareció no dar a mi impertinencia otro sentido que el de una cortesía, tal vez exagerada e intempestiva.

—Le veo muy de camino, me dijo. ¿Acaso piensa Ud. marcharse tan pronto?

En el estado de ánimo en que me encontraba, yo no podía dejar de decir aún otra necesidad...

—¡Ah, señora! la contesté, yo pasaría aquí gustoso todo el tiempo que Ud. me lo permitiera; pero si mi presencia la ha de recurrir a Ud. en su aposento, si la he de molestar...

—Tenga Ud. juicio, repuso ella sonriendo. Si como estamos en estas apartadas serranías, estuvierámos en el mundo, ¿qué se diría de una mujer joven y sola que hospedara en su casa y recibiera en su mesa, a un hombre que no es su hermano, ni siquiera su parente?... Ud mismo sería el primero en extrañarlo...

—No, señora, no... Ante esta naturaleza grandiosa, en este país de ensueños y en presencia de Ud... sólo me parecerían extrañas esas pequeñas banalidades. ¿No estamos acaso fuera del mundo? ¿Puede pensarse ni decirse de Ud. algo que no sea santo, noble y bueno?

Ella volvió a desviar la conversación del peligroso camino pr dende obstinadamente yo la llevaba...

—En fin, me dijo, Dios lo ha querido. Hace tres años que no veo más rostro humano que mi sirviente y mi hortelano, un indio viejo que vive en ese rancho de allá abajo... En todo este tiempo, otros curiosos como Ud. se han acercado a mi casa, se han hospedado en ella y se han marchado sin verme... Ud. ha sido el primero en quebrantar la consigna... ¡Todo sea por Dios!

Mi espíritu estaba tan profundamente perturbado que cruzó por él (sin que yo estuviera loco) el más absurdo de los pensamientos. Tan lejos del mundo de las realidades me había transportado la presencia de esa adorable mujer, que pensé por un momento que ella debía ser una princesa encantada, y que yo estaba destinado a romper el encanto. Parecerá a todo el mundo increíble que un hombre de este

siglo pudiera albergar en su cerebro disparates de ese calibre... ¡Ah! Pero el que la hubiera visto y oido, comprendería mi demencia.

—Me permitirá Ud. pasar a su lado siquiera este día? —le pregunté.

—Sí se lo permito —me contestó con sencillez—este día y algunos más, si lo deseo... Los hombres no me asustan, no vaya Ud. a creerlo. Pero debo hacerle una advertencia... Yo soy una pobre mujer que ha muerto completamente para el mundo... Nada puedo ni quiero saber de él... Nada quiero que él sepa de mí tampoco... Esto se acabó. ¡Me promete, pues, como caballero que Ud. parece ser, no acordarse más ni de esta casa, ni de mí, una vez que haya continuado su camino?

—E! hombre no es dueño ni de la memoria ni del olvido... Esas promesas no pueden hacerse.

—Yo no le pido un imposible. Bien sé que no se manda a la memoria. Pero cuando Ud. salga de aquí, no debe nunca pensar en volver, ni hablar a nadie de esta casa... ni mucho menos hacer indagaciones respecto de mí. Esto le pido que me prometa... Ud. lo hará. ¡No es cierto?

Yo permanecí en silencio.

—Hágalo Ud. por Dios, por lo que más ame en la tierra, continuó ella con voz de súplica. Vea que va en ello, no mi felicidad, porque ya no puede haberla para mí en el mundo, sino la poca paz que aún me es permitida. No me dirá Ud. que no...

Me conmoví.

—Yo se lo prometo, le contesté con voz temblorosa...

—Muchas gracias... Y ahora, hasta muy luego... señor... ¿Cómo debo llamarlo?

—Luis Fernández, señora...

—¡Ah! Es Ud. chileno, de Santiago... Me lo había figurado... Yo me llamo María... María, y nada más. Lo entiende Ud?...

Hizo una ligera inclinación y desapareció sonriendo por entre los naranjos...

V

Me quedé inmóvil en medio del huerto y en un estado de ánimo difícil de describir. Las extrañas palabras pronunciadas por aquella adorable mujer parecía haberlas percibido como en medio de un sueño. Ni siquiera recordaba en esos momentos, la solemne promesa que acababa de formular.

El amor embargaba mi ser y absorbía todos



Dejó que la tomara la mano.

mis pensamientos y sentidos... No pude ni si quiera divagar.

Máquinalmente me dirigí hacia la parte baja del jardín. Poco a poco el aire fresco de la mañana fué serenando mis pensamientos.

¿Quién era esa mujer? ¿Qué misterio encerraba su vida?

Lo juro por la mirada de sus ojos negros, ni por un instante atravesó por mi alma la sombra de una duda... Ella era santa y pura. No era necesario conocer ni su nombre, ni su pasado, ni su presente para saberlo... Bastaba haberla visto...

Mi imaginación exaltada hasta el delirio, soñaba con los obstáculos y los abismos que podían separarme de esa mujer... En todos nosotros subsiste algo de esos valerosos y galantes caballeros, vestidos de malla que nos pintan las viejas crónicas luchando con los mayores imposibles por el honor y por su dama.

Aquella naturaleza salvaje y agreste, envuelta en una atmósfera tibia, cariñosa, perfumada; la soledad sublime; el silencio solemne que reinaba en ese lejano rincón de las cordilleras; el encanto irresistible de la niña que había encontrado sola y sin amparo, en aquella casita misteriosa recostada entre las flores; todo ello contribuía a sacarme muy lejos del mundo frío, opaco, monótono, en que por lo regular se desarrolla nuestra existencia.

Entonces comprendía el alma de los antiguos héroes. Los hombres de los pasados tiempos debieron sentir más hondamente, amar y aborrecer con mayor fuerza que los elegantes petrimeetros de este siglo. La civilización ha suavizado las asperezas de nuestro corazón, pero ha destruido también sus rasgos más nérgecos, sus pasiones más nobles y elevadas. Cuando el amor era la guerra, el odio y la muerte, debió amarse de muy distinto modo, en forma absoluta... con toda el alma!

Pero aún los hombres de la presente generación, transportados a esa edad del hierro, podrían sin duda transformarse en valientes y apasionados paladines. Así lo experimenté yo entonces. Nada me importaba ya en el mundo sino ella. Sólo deseaba peligros, gigantescas empresas que llevar adelante por su amor...

Yo tomaría venganza de sus enemigos, yo sabría ampararía en medio de las tormentas que la rodeaban.

¿Sus enemigos? Claramente ella debía tenerlos. Y si no ¿qué tremendo naufragio pudo arrojarla, en la más tierna edad de la vida, a aquella horrible soledad? ¿Por qué se decía

muerda? ¿Qué obstáculos se habían levantado entre ella y el mundo?

Cualquiera que fueran, yo estaba decidido a vencerlos. La palabra imposible no tiene sentido común... Lucharía por su felicidad, sin aspirar a otro premio, que el de vencer por la mujer amada.

Y allí, a la faz de la naturaleza virgen, bajo la bóveda azul del cielo, y en presencia de Dios, me armé su caballero y paladín, hasta la muerte.

VI

Me llamaron a almorzar. Ella estaba en el comedor. Había resuelto decírselo todo... confesarle el juramento que acababa de hacer: pero ya en su presencia me contuve.

Aquella tierna niña, de cuyo ser parecía emanar el amor, como de las flores el aroma, me recibió con esa serena y afable dignidad que es el privilegio de las grandes damas. Me ofreció asiento con suavísima sonrisa.

Conversamos como antiguos amigos. Sus gracias sabían embellecer los asuntos más trivias. Le conté mi vida.

—Tantos afanes por un poco de dinero—me dije—y para qué?

Le hablé entonces de mis ilusiones, de mis sueños de amor. Creí notar que se sonreía con tristeza...

Varias veces intenté llevar la conversación allá donde estaban todos mis pensamientos... hacia ella misma; pero supo esquivarse con una delicadeza infinita.

Se despidió en cuanto concluimos de almorzar.

—Está Ud. en su casa—me dijo—pero no olvide lo que me prometió esta mañana.

¿Cómo había de olvidarlo?

Transcurrieron entonces los días más felices de mi existencia. Cada vez que podía verla y hablarla, descubría en ella nuevos encantos.

Era buena y sencilla. Sabía cubrir los dolores que sin duda turbaban su alma con esa vivacidad de expresión y de ademanes que caracteriza a las seductoras hijas del Rimac. La mirada tierna, profunda, melancólica de sus grandes ojos negros, esa mirada que parecía encerrar un mundo entero de misteriosos enigmas, se animaba a veces con fulgores de chispeante gracia y de entusiasmo juvenil. Volvía entonces a ser una niña.

Me escuchaba divagar durante horas, olvidándose al parecer de sí misma, y entonces se retrataban en su rostro las menores impresiones de su alma.

Muchas veces hablé de amor. Era imposible no hacerlo al lado de esa mujer.

Le conté mis sueños y quimeras; el nunca encontrado ideal, trás el cual corría mi cora-

—El mundo no es todo prosa, le dije cierta vez; en cada uno de nosotros hay un poema. Pero la vida nos arrastra y nos lleva lejos de esas regiones benditas del amor... Nos rodea lo convencional y lo frío; la eterna llama de las antiguas y puras pasiones aún arde en el corazón del hombre, pero la sociedad ha envejecido... Por eso ahora me parece estar en un sueño. No es esta la vida y el mundo de todos los días... Esta debe ser la tierra de los cuentos de hadas.

Ella se sonrió tristemente. Parecía no entenderme.

—Es Ud., acaso,—me dijo en un tono en que se adivinaban ciertos deajes de suavísima ironía—es Ud., acaso, un paladín de las viejas leyendas, nacido por equivocación ahora en estos tiempos...

Estas salidas tenían el privilegio de cortarme como a un colectivo.

:Qué exuberante naturaleza la de aquella mujer excepcional! Su alma era un tesoro de sensaciones nuevas, profundas, originales. Sólo no tenía cabida en ella lo vulgar.

Amaba las estrellas y las flores, la belleza y el arte. De sus labios todo salía transformado en poesía... Pero siempre era sencilla, natural, ingenua. Hablaba el lenguaje de los más divinos sueños, sin parecer darse cuenta de ello.

Mi imaginación se exaltaba más allá de lo verosímil. Me habría parecido un sacrilegio si alguien hubiera visto en ella una mujer como las otras.

Ella, sí, era un ángel bajado de otras esferas, de otros mundos donde se ama y se siente, como no es posible aquí en la tierra. Vivía allí lejos de todos, porque su amor no habría encontrado una alma capaz de comprenderlo.

Así comencé a adorarla, casi sin atreverme a levantar hasta ella el pensamiento.

Hasta el misterio que rodeaba su vida, la consagraba ante mis ojos.

Pero ese insondable misterio continuaba impenetrable.

Cierta vez arriesgué una interrogación.

—¿Cómo supo Ud. que yo era chileno, cuando le dije mi nombre? le pregunté.

—Es usted un curioso... me repuso.—Por otra parte, nada hay más sencillo: he estado en Chile y le conocía a Ud. de nombre...

—¿Ha estado Ud. en Chile? ¿Chánico? ¿Cómo?

—Los cómos y los cuándos, no son palabras para serme dirigidas... contestó ella sonriendo. Ud. ya lo sabe demasiado bien.

El tono con que dijo estas palabras no admitía réplica.

Al fin llegó esa noche... esa terrible noche...

Yo no podía prolongar por más tiempo mi silencio. Tenía que decirselo todo, antes de partir. Acabábamos de comer y nos pasábamos por el jardín. El día había sido muy caluroso; pero al caer de la tarde una suave brisa comenzó a descender de las montañas. Era una de esas noches de los trópicos, que la pluma es impotente para describir. La luna llena lucía en la mitad de un cielo purísimo... Entre las misteriosas sombras de los matorrales titillaba el pálido resplandor de las luciérnagas. De cuando en cuando atravesaba la atmósfera, como un dardo inflamado, el resplandesciente cucheyo; las cigarras entonaban en el vecino bosque su animado concierto... En los confines del horizonte, como exhalaciones de aquel aire saturado de fuego, brillaban lejanos relámpagos. De la tierra, de las plantas, de las flores, de la naturaleza toda se exhalaban energantes aromas.

Yo caminaba a su lado, pudiendo apenas contener los latidos de mi corazón.

Había preparado muchas veces mi discurso, pero como sucede siempre, cuando llegó el momento solemne, no supe sino balbucear...

—María... Yo tengo en mi corazón algo que decirle... Tenga Ud. piedad de mí... No me rechace antes de haberme escuchado.

Ella permaneció en silencio.

Entonces murmuré muy bajo, junto a su oído, la canción eterna del amor.

Parecía muy conmovida; su respiración era entrecortada, su pecho latía con violencia, pero continuó con los ojos muy bajos, y sin pronunciar palabra.

—María, alma de mi vida, ¡qué no ve que soy suyo? Haga de mí lo que quiera... Yo no merezco su amor, pero seré su esclavo... Yo lucharé hasta que muera por su felicidad, seré el campéon de sus agravios... Si algo pude de hacer por Ud. la abnegación entera de un hombre, tendrá Ud. la mía... Yo no pido nada sino morir por Ud...

Dejó que la tomara la mano... Yo la llevé a mis labios... Entonces, y sólo entonces, la retiró sin violencia y sin cólera... Levantó sus ojos puros y ellos se encontraron con los míos... Algo de indefinible lef en su mirada, algo de llanto, de súplica, de angustia... aca-

so también de amor.

Fué un instante, un instante tan sólo... Después, ¡ah! después se desvaneció mi sueño... Muy lentamente se apartó de mi lado... quise retenerla junto a mí... pero ella con

mi memoria... No sabía si leer en ella mi condenación o mi ventura. ¿Y aquel silencio suyo?... ¿Esa repentina desaparición?... Había, en realidad, para volverse loco.



Muy temprano entró en mi dormitorio la vieja criada. Traía una carta en la mano. Me la entregó: era sin duda de "ella"!!!

Durante largo rato estuve mirando ese pedazo de papel, sin atreverme a abrir el sobre. El corazón me anunciaba una catástrofe. Después leí... La carta era muy breve. Sólo decía estas palabras:

"Señor don Luis:
" Perdóneme como yo
" lo perdonó. Yo no
" debí escucharle ano-
" che. Usted no debió
" tampoco hablarme
" como me habló...
" Vuelvo a recordarle
" su promesa. Haga y
" piense en adelante
" como si jamás me
" hubiera conocido...
" Ya no nos volveremos a ver más en
" este mundo. — María."

¡Cómo se despedazó mi corazón al leer esas pocas palabras, que destruían en un momento mis locas ilusiones! Rompí a llorar como un niño... ¡Perdida, perdida para siempre!

Me vestí maquinalmente y bajé al salón. Ella no estaba allí como otras veces. Sobre una mesita había recado de escribir. Me senté y mientras las lágrimas rodaban silenciosas sobre el papel, tracé en él las siguientes líneas, tan confusas y turbadas como mi espíritu:

"María: He sido un loco, un insensato: lo confieso; pero he soñado con su amor, y este sueño será en adelante la única realidad de mi vida. No tengo ni tendré derecho a espe-

que cubría las alturas. Me escondí como un ladrón bajo el espeso bosque

un gesto me detuvo... y sin haber desplegado los labios desapareció de mi vista.

VII

Fué aquella una noche de insomnio, de dolores y de esperanzas... La profunda y enigmática mirada de María, esa mirada de promesas y de imposibles, continuaba grabada en

"rar nada de Ud.; pero así como creo en la bondad infinita de Dios, así creo en la suya... Tenga Ud compasión de mí... Hace sólo unos pocos instantes me alentaba aún una ilusión químérica... Vivir para Ud... para su amor... Ahora todo ha concluido... todo, todo... Ya no sabré vivir... De rodillas y llorando le suplico que me permita verla una vez más, una vez tan sólo... Después partiré... Su recuerdo será lo único que me quedará en la tierra; él sólo acompañaría mi triste y solitario destino... ¡Ah! María, verla una sola vez; esto tan sólo se atreve a pedir el que anoche soñaba mil delicias locuras."

No sin resistencia, la anciana sirviente consintió en ser portadora de esta incoherente misiva. La respuesta ¡ay! no se hizo esperar.

Era aún más lacónica y terminante:

"Señor don Luis,—decía—es imposible. Recuerde su promesa. Adiós"

Allí quedé arrojado, como cosa muerta e insensible, sobre un sillón de aquel mismo salón, testigo de tantas horas de esperanzas insensatas y deliciosos sueños.

Ella estaba siempre presente allí. Mi imaginación la veía penetrar en la estancia y mimarme sonriendo... Pero, no... Era sólo una quimera más. La había perdido y para siempre...

Al fin me levanté y salí. Apenas me daba cuenta de mis actos. Ensillé mi triste cabalgadura y a pasos lentos y pesarosos, como deben ser los del condenado que se encamina a la muerte, volví a emprender mi viaje.

Atravesé la huerta y el jardín... El camino seguía serpenteando al través de una elevada loma. Desde su cumbre se divisaba el valle, la casita misteriosa, medio oculta por una vegetación opulenta, ese querido rincón del mundo, donde dejaba toda la ilusión de mi vida.

Allí me detuve y todas las horas de ese día, me encontraron inmóvil como una estatua, mirando por última vez la casa de María.

VIII

Gusta a la fortuna burlarse de los hombres. La vuelta a la patria tiene siempre sus encantos... La mía debió parecer muy feliz a todo el mundo.

Salí pobre y me encontraba ahora rico. La crisis había concluido. Las acciones que dejara respondiendo apenas por mis cuantiosas deudas, habían cuadruplicado de valor. Además en Santiago me esperaba una carta de mi socio,

el de los gomales de Bolivia. Nuestros terrenos acababan de ser vendidos a un poderoso sindicato. A los treinta años era ya dos o tres veces millonario.

Nunca sin embargo estuve más triste.

Sólo me inspiraban todo los placeres del mundo. Nada lograba interesarme.

Vela y oía a los hombres con la indiferencia de un idiota. Me aburría en el teatro, en las carreras, en el Club y en todas partes. Mi alma entera estaba concentrada en los recuerdos.

El detalle más insignificante que trajera a mi memoria, la imagen de aquel rincón de sueños donde viviera algunos días, significaba para mi alma desolada una vida entera de poderosas sensaciones.

Una tarde revisaba mis aperos de viaje. En el bolsillo de una chaqueta empolvada encontré una flor descolorida y seca, un jazmín que ella cortara para mí de los arbustos de su huerto. Besé con recogimiento ese triste despojo, y aquella noche no dormí contemplándolo.

Mi único consuelo era escribirle. ¿Faltaba con ello a una promesa solemne? Bien puede ser, pero ¿qué promesa puede mandar en un corazón enamorado?

Cada vapor que salía para el norte llevaba una carta para María...

Durante mi permanencia en su casa, llegó una vez correo para ella. Era un ejemplar de "Familia". No llevaba en la cubierta su nombre sino el de su sirviente. Yo grabé la dirección en mi memoria. Decía simplemente "Ana Pacheco", Santa Ana, departamento de Cuzco, Perú."

Con esa dirección mandaba yo mis cartas. Adentro del sobre, colocaba otro, con sólo estas líneas: "Para María".

Mis apasionados ruegos, pidiéndole sólo verla una vez más, no obtuvieron jamás respuesta alguna.

Y así pasaron los meses y luego un año.

Yo estaba desesperado, enfermo, casi loco'

Una noche, de insomnio, concebí un proyecto casi insensato: el de volver allá... No podría verla, ni hablarla; ni siquiera me atrevería a golpear la puerta de su casa. Pero, así, a lo lejos, desde el fondo de los bosques que rodeaban su habitación, me lisonjeaba con divisar a lo lejos su blanca figura.

En el estado de mi alma, ese me parecía un inefable consuelo.

Tomé el vapor del Norte; desembarqué en Mollendo, atravesé las áridas pampas de Islay, la pintoresca Arequipa y el histórico Cuz-

co, mirando sin ver, con el corazón anhelante, pensando sólo en que a cada hora iba acercándose más hasta el objeto imposible de mi amor... ¡La iba a divisar!

Casi me sentía feliz. Cuando comenzé a descender por el pintoresco valle del Urubamba, debía haber salido ya del mundo vulgar, ir hallando tierras que ningún mortal fuese capaz de hallar. Penetraba en el país de los sueños, alma donde habitaba la mujer única y sin nombre que yo sólo entre todos conociera. Verla, aunque de lejos, a mí estaba reservado. La triste humanidad no debía jamás gozar de esa tesoro. Luis Fernández estrechó un día su mano, la habló de amor, y ahora la iba a ver... de nuevo.

Llegué a soñar con una entrevista imposible, con otra mirada de sus ojos negros, llenos de misterio y de ternura, con estrechar sus manos, con recomenzar el idilio.

Y los árboles del camino, las montañas y las rocas, parecían alentar mis esperanzas. Si: aquello existía; no era simplemente una quimera... Ese agudo picacho, envuelto entre las brumas, se veía desde su casa... tras de un boscoso cerro... allí está ella...

Y con ansia febril agujoneaba el lento paso de la mula.

A la vuelta de un recodo del camino, el corazón pareció querer escapárseme del pecho... Volvía a ver la casa de María... Todo estaba como entonces: el huerto, el jardín, las blancas paredes, las verdes persianas, el aire tibio y cariñoso, el ambiente de recogimiento y de misterio... los recuerdos míos, en fin, que despertaban aún con mayor fuerza.

Lleno de religioso respeto, me detuve. No iría más allá... Golpear a su casa me parecía un sacrilegio... Descubrir mi presencia en ese sitio, a las puertas del perdido paraíso, era abandonar acaso la esperanza de verla... de divisarla a lo lejos.

Me escondí como un ladrón bajo el espeso bosque que cubría las alturas, y así, oculto, fui acercándome hasta un pequeño cerro que coronaba el huerto de María. Desde allí iba a verla.

Alrededor de la casa reinaba un silencio de muerte. Divisé ocupado en sus faenas al viejo hortelano, pero no vi a nadie más todo ese día.

Y así pasaron otros cuatro. Yo bajo el bosque, insensible al calor, al viento y a la lluvia, con la mirada fija en la casa silenciosa, trémulo y turbado... pero esperando siempre.

¡Habrá podido ella morir? No... y mil ve-

ces no... Ese era un pensamiento insensato: ¡Mueren los ángeles, acaso?... ¡Era ella mortal!

Me volvía loco.

Un día, al fin, tomé una resolución temeraria. El rancho del viejo jardinero, única persona que hasta entonces había podido ver, se encontraba en la parte baja del huerto, al pie de mi escondite... Iria a ver a ese viejo: a ese pobre cholo, que por tener la llave del enigma que torturaba mi alma, me parecía un ser sobrenatural, misterioso, a quien apenas osaba acercarme.

El viejo me reconoció.

—Y la señora? —le pregunté anhelante.

Los minutos me parecían siglos mientras esperaba su respuesta.

—La señora?... Y el viejo daba vueltas a su sombrero, sin saber qué decir...

—Está en casa tu señora? —volví a preguntar...

—No, no está en casa... Ha partido...

—Partido! Todo un mundo pareció desplomarse ante mis ojos... ¡Ella ya no estaba allí!...

La estupefacción debió retratarse en mi semblante. No me atrevía a seguir preguntando... Pero el viejo, como la cosa más natural, continuó:

—La señora partió hace ya cerca de un mes. Nunca lo hubiéramos creído, ni su sirviente ni yo. Cuando vino aquí dijo que ya no saldría más...

—Pero a donde se ha ido? —pregunté.

—Yo no lo sé, señor; ni nunca supe tampoco de donde vino. Hace cuatro años llegó aquí esa vieja mulata que ella sirve. Este huerto pertenecía entonces a un hacendado de Santa Ana: ella lo compró e hizo edificar esa casa; unos gringos que llaman arquitectos la levantaron en un santiamén... Después llegó la señora. Nunca se vió con nadie, a no ser con usted... año pasado...

Como se ve, el viejo hortelano nada tenía de misterioso. Esto me animó a seguir preguntando.

—Y cómo se llama tu señora?

—No sé... Nunca le dijimos sino doña María... Su sirviente, la Ana Pacheco, debía saberlo todo... Hasta el terreno este lo pusieron a nombre de ella... La señora no quería aparecer para nada...

—Y volverá?

—Quien sabe? Ellas lo dejaron todo en su sitio: no se llevaron nada... A mí me entregaron la llave de la casa y me encargaron mucho que la mantuviera muy limpia...

Pero la Ana dijo que probablemente no volverían nunca...

Debí ponerme horriblemente pálido... Las piernas me flaquearon y estuve a punto de caer.

—¡Perdida en el ancho mundo!—pensé.

Ahora sí que estaba cierto de no volver a verla más... ¡A dónde buscaría?... ¿Cómo escribiría? ¿Cómo seguir jurándole mi amor, mi desesperado amor? Antes me quedaba el triste consuelo de escribirle cartas sin respuesta... Ahora, ni siquiera eso...

—Pero ¡y las cartas que recibe? ¡Nada dejó dicho sobre adónde debían mandárselas?...

—No, señor... El día que se fueron, la señora vino aquí, y con esa voz de ángel que Dios le dió, me dijo: "Mira, Pedro, aquí están las llaves de la casa: yo me voy. Tenlo todo muy limpicio; lo que produzca este huerto y esta tierra, puedes considerarlo como tuyo... Y se fué, señor, y yo me quedé llorando con un chiquillo... He seguido como antes yendo a buscar a Santa Ana la correspondencia; aquí tengo algunos periódicos y dos cartas..."

Entró al rancho muy conmovido, y me trajo algunas revistas y dos cartas dirigidas a nombre de la sirviente, y dos cartas... ¡Eran las dos últimas, que yo había escrito!

Nunca pensé que iba a volver a verlas.

—Me permitirás, Pedro—le dije—dar una vuelta por la casa? Quiero acordarme de esos buenos días que pasé aquí.

—¿Y por qué no, señor?

Tomó las llaves, y juntos nos encaminamos a la casa de María...

Volví a encontrarme en el gracioso salonecito donde tantas horas pasé con ella... Allí estaban el arpa, sus libros, el retrato del viejo señor inglés... todo, todo, como un año antes... También penetré en su alcoba... y, como si María estuviera muerta, me arrodillé al borde de su lecho y lloré largo rato... ¿Muerta? ¿Acaso no lo estaba para mí?

Pasé la noche vagando por el jardín... Como aquella otra noche brillaban las luciérnagas en la espesura, el aire estaba tibio y perfumado y el cielo se encendía al fulgor de los relámpagos... Pero ella no estaba allí... Y toda esta vida me parecía imagen de la muerte...

VIII

Volví a Chile con la conciencia de no poder olvidar jamás...

Pensé en el recurso de los desesperados: en un viaje a Europa... Acaso aquello podría distraerme. Acaso cruzó también por mi men-

te la esperanza insensata de encontrarla... vagando por el mundo...

Entre tanto, procuraba aturdirme con los preparativos de viaje. Había adquirido un lindo hotelito, con vista al Parque Forestal.

Fué en una noche de verano: la atmósfera estaba abrasadora: el fresco viento de la cordillera no había descendido, como sucede de ordinario, a templar el ardiente calor del día.

Yo me encontraba escribiendo, al lado de la ventana abierta... pero soñaba más que escribia... De la calle subían mezclados los rumores de la ciudad y los de la naturaleza...

Con el guía Baedecker abierto, trazaba el plan de mi futura excursión. De cuando en cuando apoyaba la cabeza entre las manos, dejaba correr libremente las lágrimas... Era y siempre ella... Aquel aire tibio, esa atmósfera voluptuosa, llena de aromas y de vagos rumores de vida, exaltaban mis recuerdos y me transportaban con extraordinaria realidad a esos ya lejanos días en que me atrevía a pensar en la dicha...

Embargado por mis sensaciones, no sabía a punto fijo si soñaba o estaba despierto... De pronto me pareció oír, casi a mi lado, una voz dulcísima, cristalina, que desde hacía ya mucho tiempo no dejaba de resonar en mis oídos...

Levanté los ojos. Creí ser el juguete de una ilusión; pero ¡qué deliciosa ilusión!... María estaba allí, de pie, junto a mi silla y me miraba sonriendo.

Absorto, mudo, estático, sin encontrar palabras que pronunciar, me dejé caer a sus plantas sollozando...

Ella me tomó ambas manos, se inclinó sobre mi oído, y me dijo muy bajito...

—Señor don Luis, vengo a preguntarle si todavía quiere que yo sea su mujer.

Yo he sido poeta, y gran poeta, una sola vez en mi vida, y esa fué entonces. Cuanto el amor y la dicha apueden inspirar al alma humana, fluíó entonces de mis labios... Yo no podría repetir lo que dije entonces a María. ¡Había sufrido tanto y era tan feliz!

Estuvimos largo rato diciéndonos esas cosas sublimes y sencillas, que sólo saben decirse los amantes en momentos como ese.

María me trajo dulcemente hacia la realidad.

—Ahora que soy su novia—me dijo mirándose seriamente con sus grandes ojos a la vez tiernos y picarescos,—ahora puedo decirle que es usted un loco deatar. ¿Sabe usted quién soy yo? Ni siquiera se le ha ocurrido preguntármelo.

—Para adorarla, no necesito saber sino que es usted María, el ángel de mis amores y de mis sueños... aquella por quien tanto he su-



Embargada por mis sensaciones, no sabía a punto fijo si soñaba o estaba despierto.

frido, la que me abre ahora las puertas del cielo.

—Mejor es que no me lo haya preguntado... Yo necesitaba que me quisieran así... con su poquito de locura, con el corazón... y nada más; que con el corazón... Sepa Ud., mi señor don Luis, que yo también he sufrido mucho... Soy hija de don Francisco Solís, y nací a más rica heredera del Perú. No tenía quince años, y muchos hombres me hacían ya la corte... Yo les creía a todos, porque a esa edad se creía siempre en el amor... Me casé... Mi marido era un gallardo mozo, el más apasionado, el

más ardoroso, el que más bellas cosas me decía... Mi fe en él fué completa, absoluta... Le dí mi mano soñando con una vida de amor eterno... ¡Cómo destrozó aquel hombre mi alma! Sólo quería mis millones, y tuvo la brutalidad de decírmelo muchas veces. Siempre que le daba mis quejas se echaba a reir... Según él, el amor era una tontería en que ya sólo creían las chiquillas de quince años... El amor se compraba en las calles de París por unos cuantos liseses... Así como él eran todos los hombres... El matrimonio podía soportarse siempre que marido y mujer no se molestaran

demasiado. Mire, Luis, Yo le juro que ese hombre no logró corromper mi alma, pero supo si arrancar de mi pecho todas las ilusiones, inspirarme desprecio por el mundo... Cuando él se murió yo ya no creía en nadie... Resolví ahogar en mi corazón todas sus ternuras, sus ansias de amor, sus ilusiones de felicidad... Fui pues a ocultarme en aquel desierto donde Ud. me encontró... Allí nadie sabría que yo era dueña de millones, allí nadie me juraría un amor mentido... Ya vé Ud. que yo también tengo mi ramo de locura...

Juré no ser jamás de hombre alguno... Ni quería ser conocida, ni amar a nadie tampoco... Ud. llegó una vez. Yo estaba triste y sola... Tuve la debilidad o la dicha de dejarme ver... Y ¿Ud.?... Ud. me quiere de veras, no es verdad?

Yo quise repetirle mis apasionadas protestas de amor: ella me hizo callar con un ademán.

—Tenga Ud. juicio y escuche... Debe saberlo todo, por que he sido un poco mala con Ud... Yo creo que Ud. me quiere, y mucho... Si no lo creyera no estaría aquí... Se lo conocí desde el primer día... Aquella noche, cuando en mi jardín me dijo tantas locuras... casi... casi le digo la verdad... casi le digo que yo también lo quería... y mucho... Pero, perdóneme, Luis, yo no estaba curada de mi enfermedad y de mi desengaño... Se me ocurrió probarlo... por un año. Ud. venía de aquel infierno de los gomales; yo era la primera mujer que Ud. veía desde hacía mucho tiem-

po... ¿No era acaso el suyo, un entusiasmo pasajero?... ¿Esa locura de su amor, resistiría al tiempo?... Le despedí, pues, sabiendo que mientras Ud. me amara habría de escribirme. Las mujeres sabemos mejor que los hombres estas cosas de amor... Yo no quería equivocarme una vez más... Ahora soy feliz, por que estoy segura de Ud...

Decía todo esto con una sencillez encantadora, sonriendo siempre, como deben sonreir los ángeles.

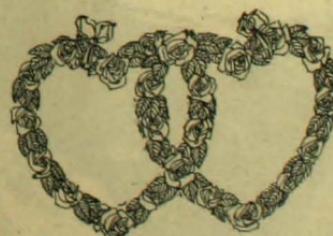
—Pasó ese año... y yo vine a buscarno. Tengo una fantasía a mi manera y soñaba con darme una sorpresa, así como la de esta noche... En Iquique cayó en mis manos un diario de Valparaíso... vi su nombre entre los pasajeros del "Limarí", y con destino a Mollendo... Me imaginé dónde había ido Ud. y tuve la crueldad de reírme un poco pensando en su chasco...

Aquí lo esperé tranquilamente, mientras Ud. andaba por esos andurriales del Urubamba. Los hombres me deben algunos malos ratos... Es justo que yo le volviera a alguna la cabeza al revés...

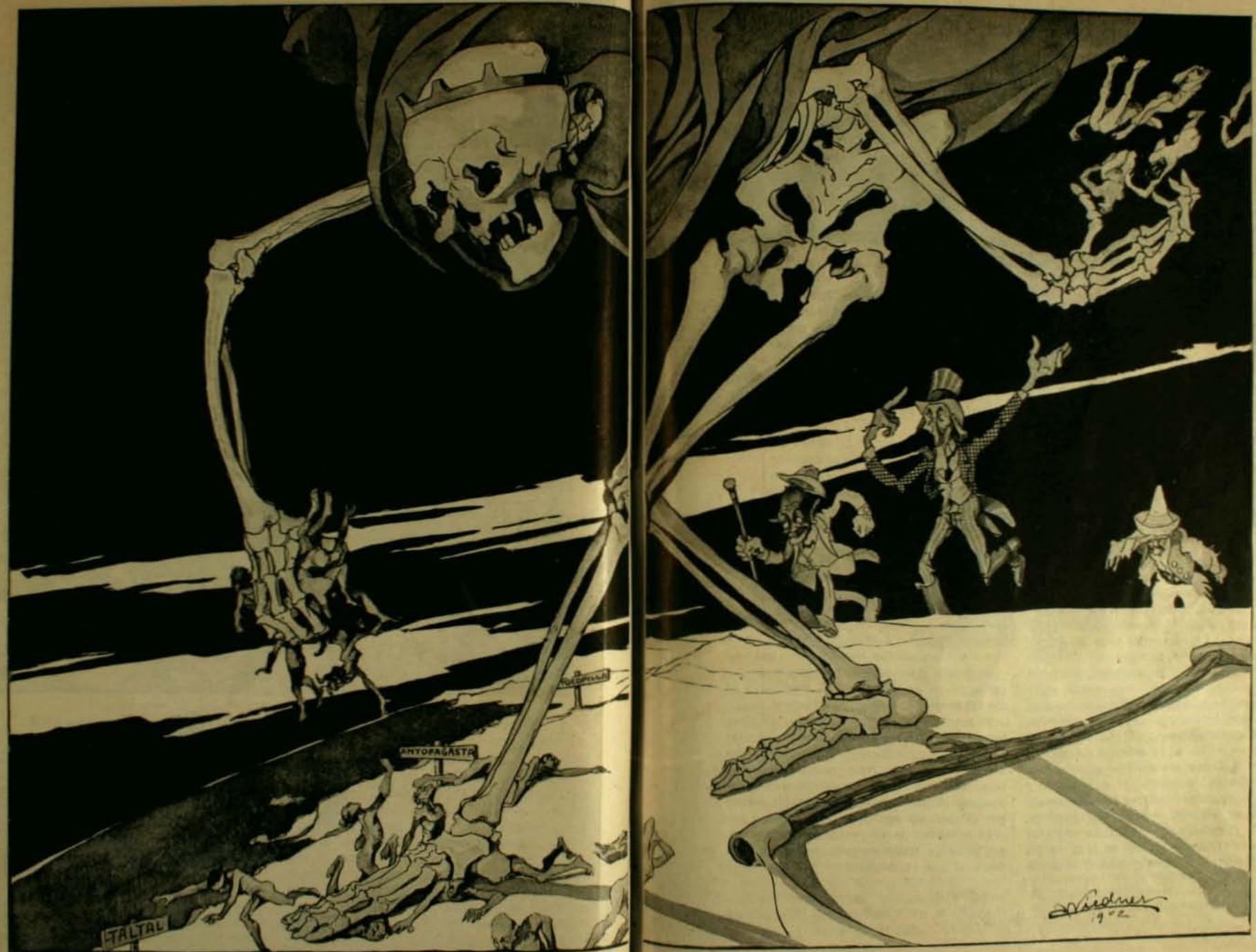
...
Nos vamos a casar... Mi novia ha tenido una última fantasía, así la llama ella... Quiere pasar la luna de miel en su casita del Urubamba.

Si la camisa de un hombre feliz, tuviera las virtudes que le atribuye la leyenda... mis camisas se cotizarían muy alto en la bolsa...

M. DE F.



LA GRAN VENENZA DE 1912



Arrojada por la civilización, de los países europeos, la fiebre amarilla se refugia en Chile.

El problema de irrigación en el Perú



Hacienda "Cayaltí" de caña de azúcar.

Los Andes forman en el Perú la linea de división de las aguas entre el Pacífico y el Atlántico, y sus crestas se encuentran, por término medio, a 120 km. de la costa. Las vertientes orientales de la cordillera, cuyo desagüe son los affuentes del Amazonas, son muy húmedas y están cubiertas de selva. En la vertiente del Pacífico, por el contrario, no llueve jamás en la costa, sino sólo en las partes altas de la cordillera. Los ríos que descienden desde las alturas, sirven para regar las llanuras litorales donde se cultivan principalmente la caña y el Perú. La agricultura allí como en el norte de Chile, depende exclusivamente del agua de los ríos.

Muchos de esos valles de la costa peruana, encierran miles de hectáreas de buenas tierras, que permanecen estériles a causa de los imperfectos medios de irrigación. Se calcula hoy en 260.000 hectáreas la superficie regada y cultivada en la costa del Perú. En Chile las tierras de riego son cinco veces más extensas, pues llegan a 1.290.000 hectáreas. En el Perú, creen poder regar otro tanto de lo que actualmente riegan.

Como en la costa del Perú no hielo jamás, el clima se presta allí admirabemente para el cultivo de la caña de azúcar y el algodón, que son bastante productivos. El algodonero se desarrolla en seis meses, y necesita agua sobre todo en la primavera y el verano; en ciertos sitios, sin embargo, no se le riega sino en esta última estación.

Como el suelo se satura de agua en los meses de Otoño (Marzo y Abril), se puede

plantar el algodonero en Junio y mantenerlo sin riesgo, gracias a minuciosos trabajos superficiales. En Enero, la crecida de los ríos permite una abundante irrigación, y la planta madura en Marzo, dando de 280 a 560 kilogramos de algodón puro por hectárea. En los sitios donde también puede regarse en primavera la producción es doble.

La caña de azúcar rinde menos en el Perú que en los países verdaderamente tropicales. La razón de ello son el invierno relativamente frío, y la escasez de aguas de irrigación. Esta última causa es la más importante. Donde puede regarse con abundancia, la producción no es inferior a las más hermosas de Hawái. En estas últimas islas, se obtienen 15.680 kilogramos de azúcar por hectárea; en el Perú con 118 de litro de agua por segundo y por hectárea, durante sólo la mitad del período vegetativo, la caña madura en 18 a 22 meses, y rinde 10.080 kilogramos de azúcar por hectárea.

El precio de costo del kilogramo de algodón es en el Perú de 0.78 francos, y el del kilogramo de azúcar 0.17 francos.

El precio actual de una hectárea de buen terreno, propio para el cultivo de ambas plantas es de 900 francos, comprendidos los derechos de agua. Los gastos necesarios para poner en iguales condiciones de producción, suelos vírgenes, no regados, suben por lo menos a esa cifra.

El problema de la irrigación en el Perú, así como en Chile, es pues más de interés nacional que particular.



¿Cuanto un Viaje

Cuesta á Europa

I

UN ERROR MUY COMUN

"Don Fulano de Tal ha llegado de Europa."

¡Cuán rotundamente sonaba esta frase, en Chile, no hace todavía muchos años!

En esos tiempos de entonces cuando, ya sea porque éramos más ricos o más pobres, se vivía en este país por poco menos que nada; cuando una gallina gorda valía dos reales y un costal de papas ochenta centavos; cuando un sueldo de doscientos pesos era una ganga y una muchacha con veinte mil un bocado apetecible para los pescadores de dotes; en esos tiempos, digo, salir de semejante Jauja para gastarse en vapores y en hoteles la fortuna de una familia, era considerado, con razón, como un signo evidente de archi-prosperidad económica y grandioso desprendimiento.

Las cosas se van, pero las preocupaciones subsisten. Así quedan aún en Chile gentes sencillas, en cuya imaginación es obra de romanos darse una vueltecita por el otro

mundo. La perspectiva de semejante viaje constituye para ellos un sueño dorado de lejana e imposible realización... "¡Ah!... Si yo fuera rico, se dicen, me embarcaba mañana mismo para Europa..."

Justo es reconocer que en la mayoría de los casos, tales aprensiones no dejan de tener su fundamento. El viaje de un rastaquore cuesta muy caro, y cuál más cuál menos, todos los americanos del sur llevamos debajo de la piel, un rastaquore en germen. Somos en este continente un poco primitivos todavía.

El salvaje de Guinea, cargado de plumas y abalorios, y el ricacho americano haciendo ostentación de una opulencia real o aparente, obedecen a una psicología semejante. Ambos se imaginan que las gentes, deslumbradas por las plumas del uno y los billetes de a mil francos del otro, han de quedar sobrecojidas de admiración y de respeto, y murmurando acaso:

—¡Qué grande y poderoso señor ha de ser ese caballero!



La Bolsa de Londres

Muy mucho se equivocan: la especie rastaquore, una de las infinitas en que se divide el género "cursi", es en Europa tema de inagotables burlas. Bien mercidas se las tienen los muy tontos.

El "rastá" legítimo, no es felizmente, salvo excepciones, un tip ochileno; pulula si al otro lado de los Andes, ya sea porque nosotros somos más distinguidos o menos ricos, o por lo uno y por lo otro.

Pero también nuestros compatriotas, cuando viajan, practican una especie de "rastaquorismo moderado". Se imaginan que en los países archicivilizados de Europa, sucede lo mismo que en Chile; que allí también es preciso ser "primero" en todo, y llevar la vida de los más ricos, so pena de descender en la escala social. No saben armonizar la decencia y el "confort" con la economía, porque creen tales términos incompatibles... Piensan y obran como las señoritas que van a las tiendas... "Esto es más caro, luego esto es lo mejor y me conviene..." Ya se sabe cómo explotan esta debilidad los comerciantes al menudeo.

Se embarca en un vapor o se aleja en un

bote el "rastaquore moderado". ¿Cuál camarote o aposento prefiere? le pregunta el contador o el dueño del establecimiento.—Déme el mejor que tenga, le responde el otro; y no es necesario ser muy lince para adivinar lo que querrán mejor tales sujetos. —Bien puede convenir o no el camarote o la pieza al viajero en cuestión; pero seguramente el uno y la otra serán caros.

Andar con el "Baedeker" o guía del viajero en la mano, como lo hacen en Europa hasta los príncipes y marqueses, parece también humillante a nuestros moderados rastaquores. Por no consultar el plano de la ciudad, por no parecer un "gringo" d: los que viajan en las pandillas de Cook, toman un coche y gastan dos o tres francos para caminar dos cuadras; y como el caso se repite muchas veces al día, el imbécil respeto humano del Baedeker, les cuesta a



Palacio de Cristal

muchos más que el alojamiento y la comida.

Manifestábase no hace muchos días, un amigo, sus ardientes deseos de efectuar un viaje por Europa.

—Quisiera, me decía, pasar en París una temporadita aunque fuera sólo de veinte días o de un mes, y al mismo tiempo dar una vuelta rápida por esas tierras embellecidas por la historia y los recuerdos, la naturaleza o el arte: la Italia, la Suiza, el Rhin, la Inglaterra.

—Y en qué topa? le dije. Ud. es soltero, no tiene mayores obligaciones, y no le sería difícil disponer de cuatro o cinco meses... Es todo lo que necesita.

—Pero ¿Y la plata? me dijo, con el tono de quien señala el insuperable obstáculo... No soy rico; no puedo pensar en esas licuuras.



La Abadía de Westminster

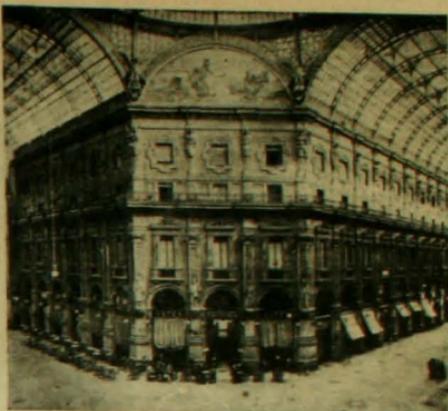
Como mi interlocutor no estaba precisamente en la miseria, nunca me hubiera imaginado que la perspectiva de un gasto tan modesto, fuera capaz de detenerlo en la realización de un deseo tan entusiastamente manifestado.

—¿Es que Ud. piensa, le dije, ir a Europa a derrochar?

—No. Ud. conoce mis gustos y costumbres... Deseo viajar modestamente, pero con la decencia que corresponde a un caballero. Ir, como le decía, hasta París, pasar allí unas tres semanas o algo más, y además de esto, efectuar una gira por el rinconcito de la Europa. No volvería sin ver Roma y la Suiza... Por muy poco que gaste ¿cuánto le parece que me costaría esto?

Hice rápidamente, un cálculo mental no muy difícil.

—En la inteligencia, le dije por fin, de que



Galería Víctor Manuel (Milán)

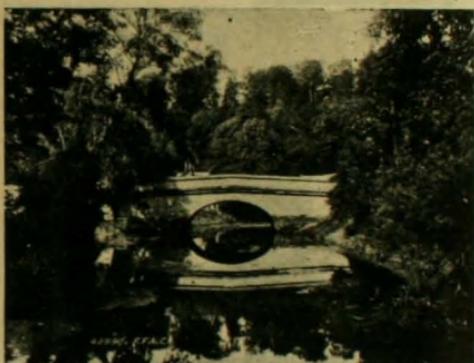
mil pesos un viaje a Europa con holgura y decencia... Y esto, contando con diversiones, agregaba, riéndose a mandibula batiente.

Sus burlas no me picaron. Conozco que la ignorancia es atrevida, y el único desquite que se me ocurrió tomar de semejante ligereza fué irme a mi escritorio y examinar los minuciosos apuntes de viaje que allí conservo, para ver si en realidad me había equivocado, y dicho un desatino.

No me había equivocado.

Mientras revisaba datos numéricos y volubiosos legajos de cuentas de hotel, no pude menos de hacerme las reflexiones que dieron origen a este artícuol

—¿Cuántos habrá, me decía, que como mi interlocutor de esta mañana, abrigan también el deseo tan natural de asomar las narices por Europa, y les detiene el temor de un gasto imaginario! No poseen otras informaciones que las proporcionadas por algún amigo fantástico (como suelen serio muchos en esta tierra de garbanzos). Sacar de su error a esas personas, manifestarles detalladamente el costo real de un paseo



Paisaje en Inglaterra

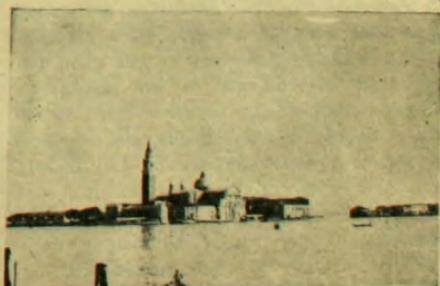
Ud. ha de viajar con holgura y decencia, sin privarse tampoco del teatro y algunos otros placeres, muy naturales a la edad de Ud., siempre que se limite a visitar además de París y Londres, sólo la Bélgica, la Alemania, la Italia y la Suiza, puede Ud. para no pasar apuros, presupuestar unos cinco mil pesos... Con el cambio a 10, Ud. no podría gastar mucho menos.

Mi amigo abrió tamaños ojos y me miró con aire de espanto.

—¿Ud. cuenta con el valor del pasaje por mar? me dijo.

—Naturalmente... Desde que Ud. sale de su casa hasta que vuelve... Eso se llama gastos de viaje.

—Ud. está loco... dijo simplemente mi amigo, y se fué riendo a contarle a otros, que Juan de Ávila presupuestaba en cinco



Isla de San Jorge (Venecia)



Catedral de Milán

por el viejo mundo, es una obra caritativa, y muy digna de ocupar algunas páginas en el "Pacífico Magazine". ¡No es acaso el más noble y útil de los puntos de su programa el enseñar a los que no tienen el privilegio de ser ricos, el arte de vivir con decencia y holgura y de procurarse placeres con poco dinero?

II

DEFINICIONES

Ante todo, definamos ¿qué debe entenderse por gastos de viaje?

Sin duda no sólo están comprendidos en esa expresión, los costos de los fletes, pasajes, alojamiento y comida, transporte dentro de las ciudades; entrada a los museos y demás sitios dignos de ser visitados, propinas, etc., etc...

Entendemos aquí por gastos de viaje todo lo que una persona necesita para emprenderlo, la cantidad de dinero de que debe disponer desde el momento en que sale de su casa para comprar los pasajes, hasta su regreso al hogar, de manera que, sin imponerse molestias, incomodidades ni privaciones, no haya menester de un sólo centavo más, en todo el tiempo de su excursión.

Entendemos por viajar cómoda y decorosamente, el hacerlo en la forma acostumbrada por las personas que, sin ser opulentas, pertenecen a una clase social distinguida, y por tanto deben tratarse decentemente,

viajar y vivir en compañía de gentes de su esfera, y no colocarse en un rango social inferior al de nadie.

Viajar es ya de por sí un gran placer, acaso el mayor de todos, pero no por eso, el viajero debe renunciar a los demás, como lo hacían los romanos y los peregrinos de los pasados tiempos. En un presupuesto de viaje debe, pues, tener cabida una cantidad prudente que permita al turista no privarse de ninguna.

Las anteriores definiciones me parecen harto claras: ellas no se prestan a ningún equívoco.

III

PLAN DE VIAJE

Hemos hablado de una "vueltecita" por Europa y no de una larga residencia por aquel continente. Hacer durante un tiempo más o menos largo, en París o en los grandes balnearios y residencias de Europa, la vida del transplantado, ni es propiamente viajar ni es cosa que pueda ser sujeta a reglas, consejos o presupuestos. Tales excursiones tienen por objeto, en el ánimo de



El Arno en Florencia

quien las emprende, el procurarse no los placeres del turista, sino otros de muy diversa naturaleza. Se atraviesa el gran charco para comer y beber con espléndidez, pasear lujosos trenes, exhibirse en las grandes fiestas de los podrosos.

El nuestro es un turista legítimo. Va a Europa ante todo a admirar las maravillas de la naturaleza, del arte y del progreso; a recrearse en la contemplación de los grandes recuerdos del pasado; a ver tierras y mundos nuevos. Así y todo, París debe constituir uno de los principales objetivos de un viaje. Sin una temporada en esa ciudad de las ciudades, el sud-americano apenas puede concebir un viaje a Europa. Tiene razón París no sólo es un centro de placer, sino la capital del arte y el más importante teatro de la historia humana en los últimos siglos. Tiene, pues, para el turista tantos o mayores atractivos que para el hombre de mundo y de placer.

Como no podemos disponer de mucho tiempo ni dinero, limitaremos a veinte días nuestra temporada en París. Es bastante. El experimentado autor del Baedeker sólo exige quince. En la gran metrópoli fran-



Biblioteca del Vaticano

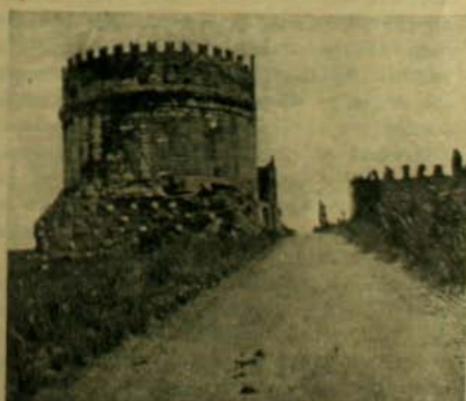
cesa la vida de paseo y disipación sólo se inaugura al caer de la tarde. El viajero puede así destinar la mañana y el día a la visita de museos, curiosidades y sitios históricos, sin dejar de tomar parte a sus horas en la vida alegre de París.

Cumpliendo ese programa, conocerá mucho mejor esa ciudad célebre que el noventa por ciento de los que se estacionan en ella meses y meses sin salir de los Bulevares y de Maxim, sino para ir al Bosque, al Masigurs, a las carreras, a los teatros y otros sitios de cuyo nombre no quiero acordarme.

Eso sí, dejaremos París para la postre, no sólo por ser lo mejor que Europa puede ofrecer al forastero, sino también, porque de comenzar por ella el turista en proyecto su visita, se vería en gran peligro de sufrir un percance parecido al de Aníbal en Capua.

Destinamos otros cuarenta días a una gira por los más interesantes sitios de la Europa central. Los viajeros sud-americanos no suelen ocupar más tiempo fuera de París. Es increíble cuánto se puede ver y gozar en cuarenta días, siempre, se entiende, que el turista haya estudiado bien su plan de viaje y la manera de no perder el tiempo. Probablemente aprovechará en ese tiempo al parecer tan breve, más que los cuatro meses de andar a tontas y a locas de aquí para allá.

En el arreglo del itinerario que vamos



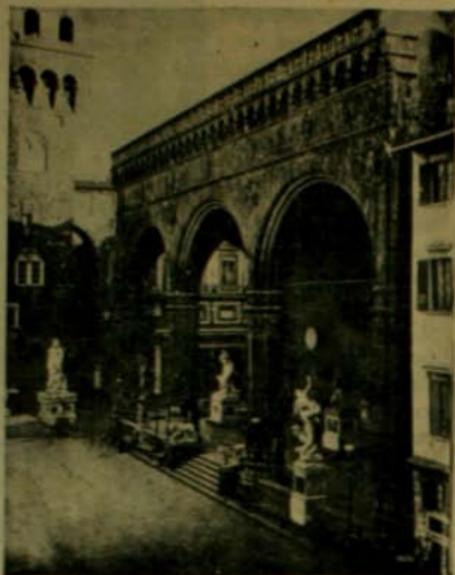
Via Appia (Roma)

a proponer, hemos procurado conciliar la rapidez y economía del viaje con su mayor interés y variedad.

Comenzaremos por la Inglaterra, punto de término de los vapores ingleses o alemanes que hacen la carrera entre Chile y el viejo mundo, sea que arribemos a Liverpool (vapores ingleses) o a Southampton (vapores alemanes), podemos llegar a Londres el mismo día del desembarco. La distancia entre esos puertos y la capital inglesa no es muy considerable, y hay trenes rápidos a todas horas del día y de la noche.

No puede el viajero prescindir de una rápida estadía en Londres, la gran metrópoli comercial y política de los tiempos modernos. Hemos arreglado, como puede verse más adelante, un plan que permite al turista formarse una idea, siquiera preliminar de los grandes espectáculos de Londres, en sólo tres días. Un mayor tiempo no es aconsejable, dadas las circunstancias de nuestro viajero. Cuando no se conoce muy bien el idioma y las costumbres inglesas, Londres es una ciudad cara, y, ni con mucho, tan hospitalaria como París.

Nos dirigiremos en seguida, hacia el Rhin por la vía de Bélgica, deteniéndonos en Bruselas y en Suiza. Hemos aquí en plena Alemania de los recuerdos, en ese país maravilloso, donde la Edad Media palpita aún. De Colonia, la soberbia ciudad libre de otros tiempos, donde podemos contemplar el monumento más grandioso de la civilización cristiana, nos dirigiremos a la bellísima Coblenza. Allí nos embarcaremos en un vapor fluvial, para reconocer el más poético y román-



Florencia. Logia del Prior llamada de Lanzen. tico tramo del Rhin medioeval, rodeado de antiguos castillos y fantásticas leyendas. Es aquél uno de los más bellos países de Europa, y el que produce en el ánimo del viajero las impresiones más profundas y duraderas.

Pasando por Maguncia, la vieja ciudad episcopal, y por Frankfort, otra república libre del pasado, y gran centro de comercio y de la industria en el presente, alcanzamos a la histórica y universitaria Heidelberg, donde admiraremos los esplendores de las pequeñas cortes alemanas de los tiempos de hierro.

Penetramos en Suiza, después de visitar rápidamente a la opulenta Basílica. Hemos ya en Lucerna. Cuanto hay de hermoso en la Suiza, está compendiado en ese parque de la Europa que rodea el lago de los Cuatro Cantones. Ante la cumbre de Rigi, la soberbia cadena de los Alpes se desarrolla con todos sus esplendores; recorriendo el verde lago, visitaremos el país clásico de Guillermo Tell, núcleo primitivo y toscano de la pequeña y próspera República, país de recreo para los poderosos, y asilo de bienestar e igualdad para los humildes.

Atravesamos las asperas gargantas del San Gotardo, descendemos a la Italia, la cuna de la historia, el país del arte y de la belleza, bañado por el sol y embellido por la opulenta vegetación del mediodía. Nos detendremos en Locarno,



Monumento a Cristóbal Colón (Génova)



Palacio Viejo de Florencia

a las orillas septentrionales del lago Mayor, donde el severo paisaje alpino se dá la mano con las espléndidas y agrupadas comarcas, en que nació la civilización moderna.

Navegaremos por el Lago Mayor, como lo hicimos en el Rhin. Hé aquí sus orillas cubiertas de opulentos bosques y coquetas villas: las islas Borromeas, Palausa, Barenzo, Stressa y Aura, donde tomamos el tren que nos conduce a Milán, la vieja capital de la alta Italia, el centro moderno de la literatura y de la música. Estamos ya en contacto con el soberbio arte italiano. Visitaremos la Catedral de Milán, sus magníficos museos, la histórica cartuja de Pavia.

Al través de las ricas llanuras cisanalinas, nos dirigimos a la vieja ciudad de los Dux, la romántica Venecia, inagotable manantial de inspiración para los músicos y los pintores. Allí el pasado subsiste inólumo. Nada destruye la ilusión del viajero en la soberbia capital de las Lagunas, considerada hasta nuestros días, como monumento vivo de la civilización italiana en la Edad Media.

Por la universitaria y artística Bolonia llegamos a Florencia, la metrópoli artística de la Italia antigua y de la Italia nueva, en aquella bellísima Toscana, el clásico país del "dolce vivere".

Penetramos al fin en la vieja señora

del mundo, en la ciudad Eterna de los Césares y de los pontífices, en el centro del mundo gentil y de la civilización cristiana: ¡Roma! Nos detendremos una semana en aquellos sitios que durante más de veinticinco siglos han sido el teatro de las más trascendentales revoluciones humanas. Allí todo es recuerdo! todo poderoso y profundas sensaciones.

Por Pisa, la antigua rival de Florencia, y por Génova el principal puerto marítimo de la Italia moderna, nos llegamos de nuevo a los helados Alpes, y por el túnel del Simplón, el más largo de la tierra, nos dirigimos a Montreux, el más hermoso rincón de Europa, a las orillas del Lemair. Allí en el castillo de Chillo, podemos trasladarnos por una hora a los más toscos y rudos tiempos de la Edad Media, al par que gozamos de los esplendores de este sitio único de recreo y de placer.

Para poner digno remate a nuestra breve pero interesante excursión, Ginebra, la ciudad de Calvin y de Rousseau, nos servirá de última estación antes de llegar al soñado París.

En este itinerario, cuyos detalles podrá examinar más adelante el curioso lector, hemos dado a cada punto de los recorridos en el centro de Europa, el tiempo necesario para conocerlo bien. Para el detenido estudio que hemos hecho de este trayecto nada hemos descuidado: ni la experiencia propia ni la ajena, ni los consejos de los hombres más experimentados en la ciencia de viajar. Casi podríamos asegurar, que el tiempo y el dinero de que disponemos, no pueden aprovecharse mejor.



Panorama de Génova



Puerto de San Andrés. Génova

Nuestro turista ha recorrido Londres, la Bélgica y el Rhin, además la Suiza, la Italia y París.

IV

PRESUPUESTO E INDICACIONES

UTILES

Apesar de la latitud que hemos dado a la expresión: "Gastos de viaje", no nos es difícil puntualizarlos todos, hasta en sus menores detalles y sin olvidar ninguno.

Para proceder con método dividiremos el presupuesto en dos partidas: Gastos del viaje entre Chile y Europa: Gastos de estadía en Europa.

A.—Gastos del viaje entre Chile y Europa

No es aconsejable a los que no cuentan el dinero de sobra, la travesía de la cordillera. Si se ganan unos cuantos días (cuando se acertan las combinaciones), los gastos son mucho mayores. Además para el chileno que se dirige a Europa, una visita a Buenos Aires no presenta demasiado interés, y en cambio el Estrecho de Magallanes, esa extraña y bella porción de nuestro territorio, merece la atención del viajero.

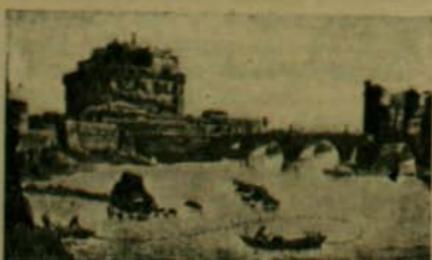
Vapores.—El pasaje de ida y vuelta entre Valparaíso y Liverpool o la Pallice, cuesta ochenta y una libras esterlinas en la Pacific Steam. Es esto, sin duda, el más grueso ítem de nuestro presupuesto. Aun cuando en segunda se viaja tan cómodamente como en primera, y casi con el mismo decoro, no aconsejaremos a nuestro turista semejante economía: sería ello salirnos del marco que nos hemos trazado. Debemos viajar en las condiciones del que pertenece a una clase social distinguida, y no quiere descender de ella bajo ningún concepto. Ahora bien, dado el temperamento chileno, la gente suele sentirse humillada viajando en segunda.

En cambio aconsejamos al turista económico los vapores llamados "Orcoma" y "Stegards", de la misma Compañía inglesa. Más lentos y no tan lujosos como los grandes transatlánticos, ofrecen en cambio las comodidades requeridas. No tienen sino una clase (además de la tercera), clase comparable a la primera de los barcos de la Sud-Americana que hacen el viaje a Panamá. El pasaje de ida y vuelta cuesta en estos vapores sólo cuarenta y dos libras.

Gastos de travesía.—Comprendemos bajo este rubro:

1.º—Consumos extras en los vapores, incluyendo el vino, los cigarrillos y las copas. En 90 días de viaje (a la ida y a la vuelta), estos consumos no pueden evaluarse en más de diez libras esterlinas, aun tratándose generosamente.

2.º—Propinas.—La generalidad de los viajeros, no tacaños, acostumbran repartir tres libras de propinas en cada travesía: una al camarero, otra al sirviente del comedor, y una tercera destinada entre otros de los fábulos de a bordo. Son, pues, a la ida y a la vuelta seis libras.



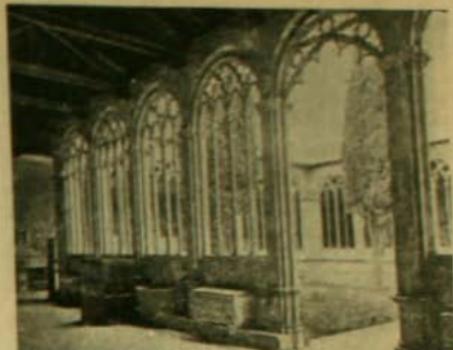
El Tevere y Castillo de S. Angelo

3.0—**Lavado de ropa blanca.**—Dos libras bastarán ampliamente a la satisfacción de esta necesidad durante la navegación.

4.0—**Compras.**—Siempre se adquieren algunos objetos en una travesía: ya un par de chaquetas de lienzo para el paso del trópico, una gorrita de viaje, corbatas y otros objetos. Destinaremos tres libras a este capítulo, incluyendo barbero, tarjetas postales y franqueo de la correspondencia.

5.0—**Desembarco en puertos.**—Es natural, visitar los puertos del tránsito: Punta Arenas, Montevideo, Río, San Vicente, Lisboa, La Rochelle. No es esto muy caro, si no se toma coche ni se hacen comidas en tierra. En cambio tales excursiones son doblemente interesantes y agradables, pues, rompen la monotonía del viaje. Es muy difícil, por otra parte, gastar más de cuatro libras en ellas. Algunas, como la de Montevideo, no me han costado ni un centavo, pues el vapor atrae al muelle, y me he limitado a una vuelta a pie por la ciudad.

6.0—**Placeres.**—No los hay mucho a



Camposanto de Pisa

bordo, salvo el de viajar. Al pasar la línea o en otras ocasiones análogas, no es difícil gastarse unos pocos chelines. Destinaremos, no obstante, dos libras a placeres, por lo que pueda suceder.

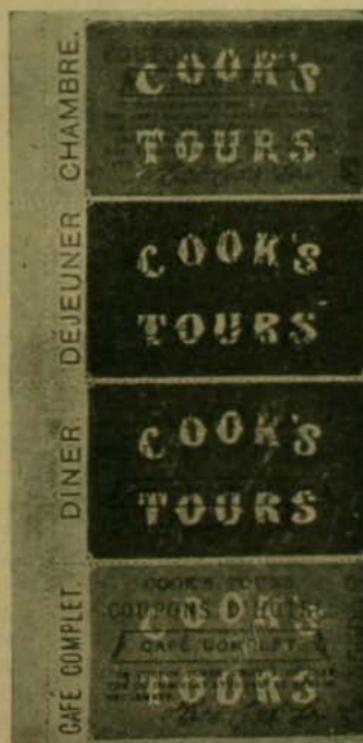
Resumen de gastos de travesía (ida y vuelta)

Vapor...	£	42
Consumos extras...		10
Propinas		6
Lavado		2
Correspondencia		3
Desembarcos en puertos		4
Placeres		2
		69

libras, o sea en números redondos 1,730 francos.

B.—Gastos de estadía en Europa

1.0 *Transporte por ferrocarriles y vapores.*—En Europa viaja en segunda todo el mundo, aun la mayoría de los sudamericanos ricos. En muchas líneas ni siquiera ponen carros de primera. En Inglaterra y Alemania, las personas más distinguidas van en tercera. Sin embargo, hemos calculado en segunda todo nuestro itinerario. El costo total máximo alcanzará a 385 francos, y decimos máximo, porque hemos supuesto para ponernos en el peor de los casos, que nuestro turista tome siempre trenes rápidos o de lujo, que son los más caros, y no aproveche ninguna de las reducciones acordadas a los viajes circulares, por las agencias de ferrocarriles. Esta cantidad



Cupón de hotel de Cook

puede, pues, ser considerablemente reducida.

2.º Alojamiento y comida.—Nuestro turista no frecuentaría los grandes hoteles de lujo, donde pululan los americanos del Norte y los argentinos. Por el contrario, debe preferir establecimientos más modestos, pero no menos cómodos, distinguídos y aseados. Son esos hoteles los que usa el viajero europeo, y lo samericano que no van a Europa con el objeto de llevar una vida de ostentación y lujo.

La importante casa de Thomas Cook & Son. emite cupones de hoteles, cuyo facsímil reproducimos al margen. Cada hoja de estos cupones corresponde a un día de viaje, y está dividida en cuatro secciones, a saber: alojamiento, desayuno, almuerzo y comida. El viajero paga con esos cupones, en cualquiera de los miles de hoteles para los que son válidos, y tiene así la ventaja de no estar obligado a volver a su alojamiento para almorzar o comer, durante sus excursiones. Siempre encontrará, cerca del sitio en que se halla, un establecimiento donde sean recibidos sus cupones.

La casa Cook emite diversas series, para hoteles de gran lujo las unas, y también para otros más modestos. La serie llamada R., cuyo precio es de 9 francos diarios, convendrá particularmente a nuestro turista. Los sesenta y tres días que ha de durar la excursión recomendada por nosotros, nos costarán, pues, por este capítulo 567 francos.

Quedan por presupuestar, en el rubro del alojamiento y comida, los gastos extras, esto es las propinas a la servidumbre, el vino, licores y cigarrillos. Destinaremos diaria-



Puente de Alejandro III (París)

mente a propinas 2 francos, y a vinos, licores y cigarrillos 3 francos, o sea en total, durante los mencionados 63 días, 315 francos.

Locomoción.—Hemos arreglado nuestro plan de manera que el turista ande raras veces en coche. Las ciudades de Europa no son muy grandes, por lo regular, y en todas ellas es excelente el servicio de tranvías o de ómnibus. Estudiado bien su itinerario, es muy fácil no perder el dinero y la paciencia luchando con cocheros, salvo para trasladarse de la estación al hotel y vice-versa. Además, la mayoría de estos establecimientos disponen de ómnibus que esperan la llegada de los trenes. Después de un minucioso estudio de nuestros apuntes, creemos que, destinando cuatro francos diarios a los gastos de transporte dentro de las ciudades, fijamos una suma superior a la que gastaría por este capítulo el viajero modesto y circunspecto. Son, pues, en todo, 252 francos.

Visitas de museos, etc.—No todas las curiosidades se ven en Europa gratuitamente: en muchas hay que pagar un pequeño boleto de entrada, o una propina a los guardadores, sacristanes, etc. Tres francos al día bastarán sobradamente para los gastos de esta índole, o sea un total de 189 francos.

Compras.—No deberíamos incluir en este presupuesto el valor de los objetos que se adquieran durante el viaje; pero hay compras que son, por decirlo así, inherentes a la condición de turista: libros de guía, fotografías, tarjetas postales, sellos de franqueo, recuerdos para los amigos, etc.; cosas todas en suma de no mucho valor, y para las cuales destinaremos una suma redonda de unos doscientos francos.

Otros gastos, incluyendo lavado, repaso de ropa, barbería, etc... 100 francos.

Placeres.—No debe privarse de ellos nues-



Catedral y Campanile de Pisa

tro turista, aún cuando no sean ellos el objeto primordial de su excursión. Así ha de ir en la noche a descansar un rato al teatro o al biógrafo o a un concierto, comerá una que otra vez en un restaurant con algún amigo o amiga, y se permitirán otras distracciones adecuadas a su edad o a sus aficiones. En cada una de las nueve semanas que durará su excursión, destinaremos:

Teatro, biógrafo, etc.	10 fr.
Comidas, etc.	15 "
Otros placeres.	35 "
	—
Total.	60 fr.

o sea en todo 540 francos, que le permitirán no sólo gozar de su viaje, sino también



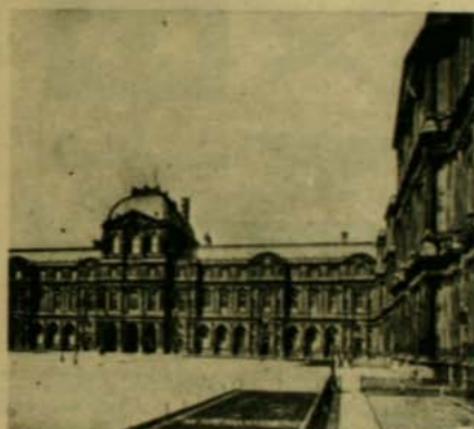
Vista del Campo de Marte tomada desde el Trocadero (París)

que unidos al costo de la travesía, hacen un total general de 4.278 francos, o sea 4.100 pesos de 10 peniques.

Se trata de un viaje holgado, decente, sin sacrificios. Todos nuestros cálculos los hemos hecho con liberalidad y ampliamente; la mayor parte de ellos admiten fuertes reducciones. Nuestro hombre va a al teatro tres o cuatro veces por semana, bebe, fuma, se divierte en todo sentido, y con cierta holgura. No es este pues un presupuesto teórico, fantástico, bueno para ermitaños y romeros.

Si en lugar de un vapor de la serie "Orcomia", se toma un trasatlántico de lujo, el primera clase, el costo será más subido y llegaría a 5.248 francos, o sean 5.000 pesos en números redondos.

Tal es la brillante excursión que puede realizarse con poco dinero. Los directores de "Pacifico Magazine" gestionan actualmente, con una importante agencia de turismo, el medio de ofrecer a sus lectores facilidades para realizar esta u otras giras análogas, en estas o en mejores condiciones de comodidad y economía.



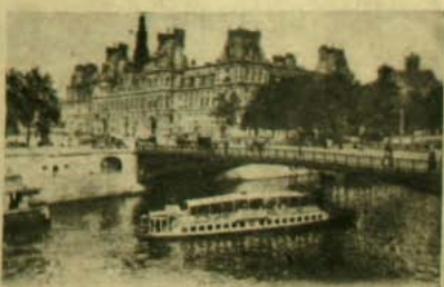
Patio del Louvre (París)

divertirse en forma mucho más amplia que la acostumbrada en Chile.

Resumen

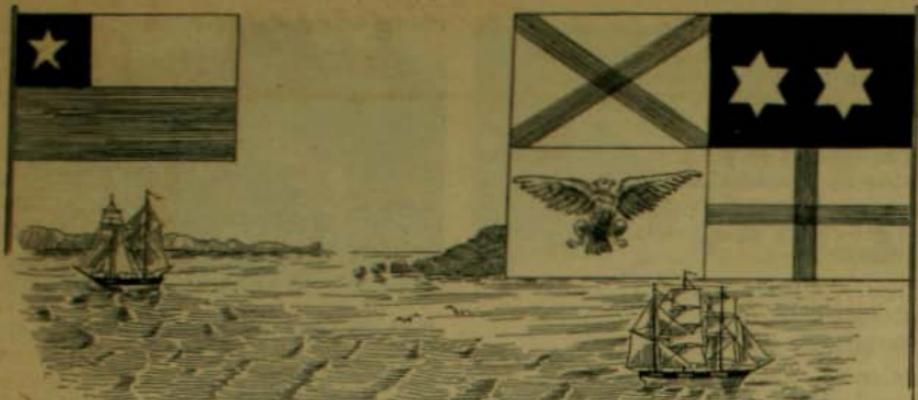
Transporte por ferrocarriles, vapores, etc.	385 fr.
Alojamiento y comida (gastos ordinarios).	567 "
Alojamiento y comida (gastos extras).	315 "
Locomoción	252 "
Visitas de museos y curiosidades.	189 "
Compras.	200 "
Otros gastos.	100 "
Placeres.	540 "
	—
Total.	2.348 fr.

JUAN DE AVILA

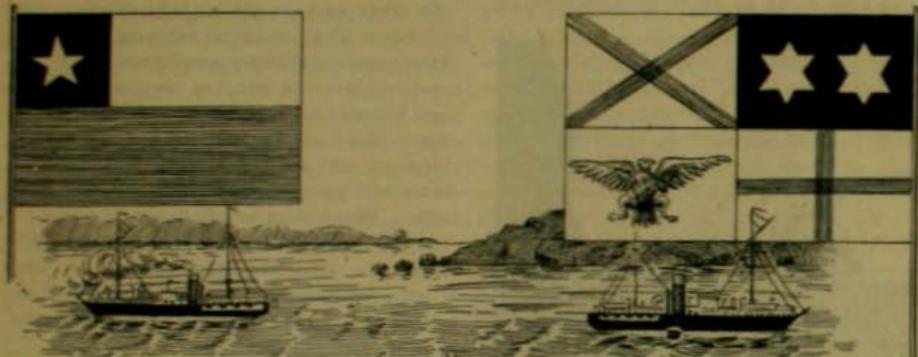


El Hotel de Ville y el Puente de Arcola. París

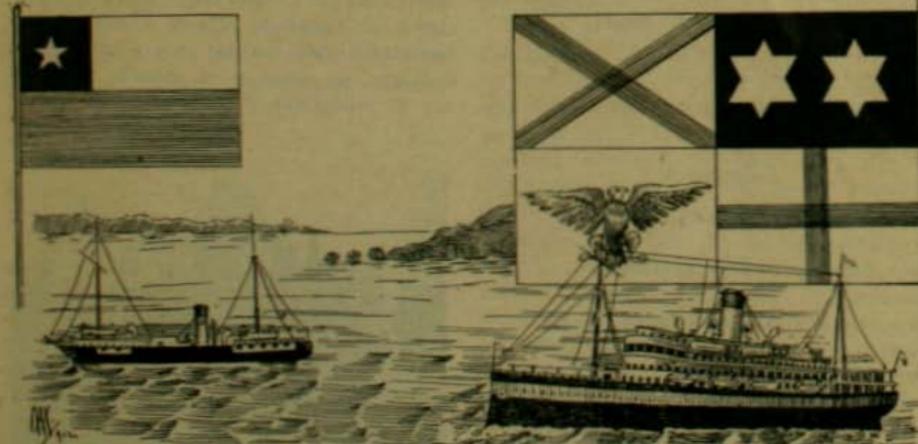
LA GRANDEZA Y LA DECADENCIA DE NUESTRA MARINA MERCANTE



En 1860 entraron a los puertos de Chile buques con una cabida total de **885.000** toneladas, de las cuales **223.000**, o sea el 25%, correspondían al pabellón nacional.



1885.—Veinticinco años más tarde, entraron a los puertos de Chile buques con una cabida total de **5.649.000** toneladas, de las cuales **2.348.000**, o sea el 42%, correspondían al pabellón nacional. El tonelaje extranjero ni siquiera se había quintuplicado, en tanto que el nacional había crecido más de diez veces tanto.



1910.—Otro cuarto de siglo más tarde, en 1910, entraron a los puertos de Chile buques con una cabida total de **25.164.000** toneladas, de las cuales **5.961.000**, o sea el 24%, correspondían al pabellón nacional... El tonelaje extranjero ha crecido **siete veces tanto** desde 1885, mientras el nacional sólo ha progresado en **dos y media veces**, cuatro veces menos de lo que progresó anteriormente a ser lo que fuera hace **medio siglo**. ¡Y seguimos durmiendo!



Por —————

M. J. ORTEGA

Que Adán y Eva no tuvieron sirvientas mientras vivieron en el Paraíso Terrenal, es cosa que está casi completamente averiguada, y es de suponer que en no tenerlas consistía principalmente la felicidad de que allí gozaban.

En castigo de su pecado, Dios los condenó, a ellos y a nosotros, a sufrir todas las calamidades que hoy agobian a la especie humana, y desde ese momento empezaron las sirvientas a desempeñar su papel. En casa del patriarca Abraham vemos ya a Agar, que dió malísimos ratos a la señora Sara y que con su hijo Ismael dió origen a la raza nefanda de los ismaelitas, eterno quebradero de cabeza del pueblo escogido y cuyos descendientes aún hoy mueven guerras y causan disgustos a las naciones que adoran al verdadero Dios.

Desde los tiempos bíblicos, por consiguiente, las criadas domésticas han sido un mal social digno de estudio, mal que en nuestra época alcanza grandes proporciones y que se presenta en Chile con caracteres de extremada gravedad. Ante él, nada es para nosotros la guerra de los Balkanes, ni el canal de Panamá, ni el intento de arreglo de nuestro pleito con el Perú. La cuestión que afecta directamente a todos los chilenos, cualesquiera que sean su edad, sexo y condición, la que toca a todos los hogares, desde Tacna a la Tierra del Fuego, la verdadera cuestión del día, en fin, es esta: la servidumbre doméstica.

Si uno recorre las calles de la ciudad, sus ojos tropiezan en cada ventana con el anuncio de que se necesitan sirvientas y se les paga buen sueldo; si lee las columnas de avisos económicos en los diarios, se convence de que la mitad de ellos es para decir que se precisan cocí-

neras, niñas de mano y amas secas o de cría; si conversa con una señora, el tema obligado es la escasez de la servidumbre, los precios escandalosos a que hay que pagarla cuando llega a encontrársele, y la altanería, la torpeza y la ignorancia de las poquissimas que se resignan a desempeñar ese oficio. Las sirvientas, en fin, que eran antes lo más insignificante de una casa, lo que apenas ocupaba en ella un sitio un poquito mejor que el perro y el gato, han pasado a ser hoy personas consideradas y estimables, casi personajes, como era antes el confesor, y objeto de todas conversaciones y cavilantes de no pocos desvelos para la dueña de casa y para toda la familia.

Hay quienes atribuyen la escasez de sirvientas a las escuelas profesionales, que convierten en costureras a todas las que han nacido para ser niñas de mano; hay quienes culpan de ello a la mucha lectura y escritura que se enseña a las muchachas, con lo cual se les llena la cabeza de vanidad y de locas pretensiones; y hay, en fin, quienes sostienen que es la falta de religión la que hace que las mujeres del pueblo carezcan de la humildad y la mansedumbre que se necesitan para resignarse a servir.

Todas esas causas tienen parte, sin duda, en este fenómeno; pero no son únicas, por cuanto ellas son puramente locales o nacionales y el hecho es universal. En la República Argentina la autoridad ha necesitado reglamentar el servicio doméstico fijando detalladamente las atribuciones y deberes de cada sirviente, indicando el tratamiento que debe dárseles, y sujetando a tarifa sus emolumientos; en Estados Unidos es tal la escasez de servidores, que las dueñas de casa han renunciado a tenerlos y desem-

pefan por si mismas todos los quehaceres del hogar, usando, eso sí, de todos los aparatos y recursos que la ciencia ha inventado con tal objeto y que quitan a esos menesteres todo lo que tienen de sucio y desagradable; y en muchos países europeos, las familias de medianos recursos no manejan ya cocina ni tienen sirvientas, sino que comen en el restaurant y contratan con empresas de asco el arreglo y la limpieza de las habitaciones.

No hemos llegado aún en Chile a tales extremos; pero vamos en camino de alcanzarlos. Pasaron ya aquellos dichosos tiempos en que las señoritas criaban "chinitas" dadas o sacadas de los huérfanos, que las llamaban "amitas" y al patrón "taitamo", que las seguían a la iglesia, a pata y cabeza pelada. Llevándoles la alfombra para arrodillarse y el oso para sentarse, y de las cuales hacer para más tarde sirvientas modelos, fieles y abnegadas que pasaban a formar parte inseparable de la casa, como el mate y la bombilla de pista o el brasero de bronce, hasta que morían de viejas en el seno de la familia. Las que ahora se consiguen por medio de las agencias de empleos o de avisos en los diarios, o son zanjas, cerditas y torpes, o son demasiado avisadas y pizpiretas, y en todo caso se pretenciosas y altaneras, exigen unos sueldos que causan horror y tienen a gala durar en una casa lo menos posible.

Tres o cuatro de estas han pasado por la mía en los dos últimos meses. La primera, una mozona rechoncha y robusta, encargada expresamente, mediante un compadre mío agricultor, a los cerros de Ninhue, hacia temblar toda la casa con su tranco hombruno y descompasado, se cubría la cara tres veces al día con una gruesa capa de solimán para no darse el trabajo de lavársela y tenía una gracia especial para no dejar taza con oreja ni plato sin trizadura. A los quince días toda la loza había salido, despedazada por sus manos, en el carretón de la basura, y a la hora exacta en que destrozó la última copa se me presentó con los brazos en jarra a pedirme aumento de sueldo. Quise entonces echarla de habilidoso y le propuse acceder a su exigencia a condición de que pagase en su justo precio la loza que destruyera. Convino en ello y no quebró desde entonces un plato más. Tuve que despedirla porque el sueldo

do que me ganaba excedía a mi presupuesto. Y vino entonces la segunda, una vieja nada limpia y tuerta del ojo derecho, que a causa de eso llevaba siempre la cabeza vuelta hacia el hombro del mismo lado y parecía mirar hacia el frente con la oreja izquierda, y con la cual nunca pudimos conseguir que se despojase de un verdoso mantón cuyas esquinas se lavaban en la sopera y en las ollas constantemente. Cada vez que veía la puerta franca, se escapaba al despacho de la esquina y volvía a la media hora, más alegra que unas pascuas, y con el juicio tan perdido, que más de una vez nos vió la sopa revuelta con el asado. Un día en que un amigo mío honraba mi pobre mesa y en que mi mujer había dispuesto un flan para festejarlo, nos lo trajó doña Engracia aderezado con piñonera y con cáscaras de papa, lo que puso el colmo a mi paciencia y me obligó a ponerla en la calle.

La que entró después tenía una tía, tres hermanas, cuatro primos y como veinte amigos y conocidos para todos los cuales reclamó el derecho de visitarla. Accedimos a todo a trueque de tener sirvienta; pero a los cuatro días era mi casa una feria, a donde entraban y de donde salían a toda hora, pero en especial a la de las comidas, mujeres tapadas, con bultos bajo el rebozo y hombres con poncho y de rostro vinoso y patibulario que inspiraba miedo. Desde entonces el consumo de carne, de manteca y de legumbres aumentó enormemente, y la tertulia que los visitantes formaban en la cocina o en la pieza de la Tomasa perturbaban lo que no es decible el silencio y la paz de mi tranquilo hogar. Quise poner atajo a aquel desborde; pero la Tomasa se subió a las nubes, me tapó de insolencias, me reclamó la palabra empeñada, y me declaró que dejaría el servicio si pretendía aislarla de "su familia". Lo dejé en efecto, pero no sin haber mandado adelante con los que la visitaban cuanta cosa de algún valor cayó bajo sus garras, incluso un termómetro centígrado y un diccionario de la Academia que no sé para qué podrá servirle, si no es que ha resuelto renunciar a la vida cocinera para dedicarse a la igualmente apreciada y productiva de literata.

Dos semanas estuve acéfalo en mi casa el puesto de cocinera y estuve yo dis-

curriendo sobre el modo de llenarlo en debida forma. Al fin lo he encontrado, y gracias a eso tenemos ahora una sirvienta de puertas afuera bastante pasable y de buen humor. Confío en que la revelación de este secreto es cosa que muchas señoras van a agradecerme, porque se evitan con ponerlo en práctica muchas molestias y dificultades. Hay en Santiago, como en todas partes, un personaje que es el único capaz de dar a una casa una sirvienta como uno la necesita. Bastaría que usted le obsequie diez o veinte pesos para que él se la busque y so lo encuentre, cualesquiera que sean las condiciones que usted le fije: joven o madura, morena o rubia, mojigata o despabilada sería como un entierro o alegre com-

unas castañuelas. El dispone de ellas a su antojo, las mantiene en una casa o las coloca en otra, las hace contentarse con el sueldo o pedir aumento, y hasta influye sobre el desgano o la buena voluntad que deben gastar en el desempeño de sus deberes.

Con que, señora lectora, diríjase usted a él con buenas maneras si necesita sirvienta para su casa. ¡Pero quién es ese árbitro supremo del gremio de marionetas? —Es, señora, y aquí va lo gordo de mi secreto, es ese personaje de apariencia modesta y humilde, que vela a la puerta de su casa cuando usted duerme y que arrulla su sueño de cuando en cuando con sonoros y armoniosos pitazos: «guardián del punto».

¿Que partido aprovechó mejor sus fuerzas políticas en las elecciones de 1912?

Según el censo electoral, recientemente publicado por la Oficina Central de Estadística, cayeron a las urnas el 3 de Marzo de 1912, 1.165.211 votos, sin contar los disperos. De estos votos correspondieron a los conservadores 247.900, a los liberales democráticos 215.602, a los doctrinarios 213.383, a los radicales 190.080, a los nacionales 152 mil 819, a los independientes 76.548 y a los demócratas 69.772.

De los 118 diputados electos, 25 fueron conservadores, 25 liberales democráticos, 25 radicales, 22 doctrinarios, 14 nacionales, 4 demócratas y 3 independientes.

¿Qué habría sucedido si los partidos hubieran aprovechado sus fuerzas en proporción exacta al número de votos?

Por de pronto, dividiendo los votos de cada partido, por los candidatos triunfantes, resulta que por cada diputado electo, los independientes obtuvieron 25.316, los demócratas 17.443, los nacionales 10.916, los conservadores 9.880, los liberales 9.699, los liberales democráticos 8.624, y los radicales

7.603. Este último partido fué, pues, el que aprovechó mejor sus fuerzas electorales, en tanto que los independientes y los demócratas fueron quienes desperdiciaron más electores.

En proporción a los votos obtenidos, caso de haberse hecho las elecciones en colegio único, según el sistema cuotativo proporcional, los partidos habrían obtenido: los conservadores 25, o sea igual número al que realmente obtuvieron; los liberales democráticos 22, o sea tres menos, y los doctrinarios también 22, número idéntico al que resultó de las urnas; los radicales 19, o sea seis menos de los que llevaron al triunfo; los nacionales 15, o sea uno más; los independientes 8, y los demócratas 7.

Como se ve, serían los partidos menos poderosos los beneficiados con el voto cuotativo proporcional. Es, pues, singularmente oportuno, el recomendarlo ahora, cuando se trata precisamente de dar vigor a los gobiernos y las mayorías.

¡Eso ideólogos!



Problemas Agrícolas al Alcance de los no Agricultores

Por _____

ANGEL PINO

ILUSTRACIONES DE J. MARTIN

En Chile es noble y recomendable la profesión de agricultor; tolerada por los usos, la de abogado; impuesta por la necesidad, la de médico; no prohibidas las demás.

Chile fué hecho por la Providencia para los agricultores. Colocó en el norte el salitre, para abonar con él las tierras de las provincias centrales cuando se agoten, y por esta razón no es explicable la actitud del gobierno que tolera la exportación del salitre hacia otros países. Las minas de cobre fueron puestas por su sapiente mano (la de la Providencia) con el objeto de que los agricultores pudieran hacer los fondos para los frejoles de sus peones y el Estado la moneda menuda, con la cual se pagó el inquilinaje en años pasados.

Las minas de plata tenían visiblemente el objeto de facilitar el uso de espuelas de lujo a las gentes del campo, de frenos y mates a los mayordomos y de vajilla a los hacendados. Como hoy día estos ob-

jetos se importan del extranjero, las minas no se trabajan, lo que parece estar en el orden. Respecto de los bosques, no se conoce su utilidad y por esta razón se les prende fuego. La Argentina fué geográficamente establecida al costado de Chile, para que la agricultura pudiera comprar ganados baratos y dedicarse a las positivas tareas de la engorda.

Los ríos fueron por Dios distribuidos por provincias, precipitados por pendientes y divididos en tantos regadore de 13 y media pulgadas, como propietarios ricos hay en cada localidad con el objeto de que el regadio rinda también acatamiento a la fortuna y haya terrenos de primera clase, de segunda y de tercera, lo que conviene para mantener el prestigio de los que tienen regadore sobre los que viven de derrames.

A consecuencia de la importancia que tiene en nuestros territorios el ciudadano que cultiva la tierra, hemos consentido en dejarle el gobierno, en abandonarle la

dirección de la moneda y de las emisiones con las cuales se deprime el cambio, en adulterar a su servicio las estadísticas para que aparezcan diez veces más tierras cultivables de las que hay en realidad y en permitir un derecho de importación a las harinas extranjeras. Es verdad que así la vida se nos hace algo cara; pero nos consolamos viendo que el animal vacuno se mejora y el agricultor se empeora, de tal manera que cada día los toros parecen más hombres de estado, y vice-versa, los hombres de Estado, toros declinando en los mismos.

Por esta razón, todo escritor si desea ser leído, debe abordar temas agrícolas, aunque sea sin gran conocimiento de la materia, ya que el agricultor tiene la condición de no saber nada de lo que hace ni por qué lo hace. Por ejemplo, el gobierno y algunas instituciones particulares, se afanan en abrir escuelas agrícolas, agronómicas o experimentales, para dar a la agricultura hombres preparados. Pero ningún agricultor acepta emplearlos por caros, pues un agricultor encuentra caras todas las cosas, menos lo que él vende, y tiene razón. Los alumnos de las escuelas agrícolas se dedican entonces a varias profesiones, como la fabricación de velas estearinas, colchones, fuegos artificiales y molduras de yeso.

Después de este breve prólogo, que explica por qué razón he aceptado la tarea de escribir un artículo agrícola, entro en materia con el método de un profesor. Agricultura no significa "cultura agria" como podría creerse al ver la poca educación con que generalmente se tratan los agricultores, sino cultivo de la tierra o del "agro", que viene de una palabra latina. Esto nos demuestra que el que deseé cultivar una planta, debe forzosamente disponer de una superficie de tierra. Es verdad que hay plantas que crecen y se desarrollan en el aire o en cortezas de árboles o en un vaso de agua o en los entablados, como las callampas; pero no es esto lo común. La cantidad de tierra debe ser suficientemente espesa, para que cubra la semilla y permita el desarrollo de las raíces. Por esta razón

no sirve para el cultivo la capa de polvo que hay siempre sobre los pianos.

En grandes líneas puede decirse que para que haya agricultura, es necesario todo esto: tierra, abonos, préstamo hipotecario, semillas y cambio bajo. Es útil también conseguir una estación de ferrocarril en el medio de la propiedad.

Supongamos, pues, una cantidad limitada de tierra, sea en un jardín, en un macetero o en un cajón de tablas. Esta tierra debe contener cierta cantidad de substancias para que la planta se desarrolle. Supongamos una tierra químicamente pura o mejor dicho, químicamente mala. Lo más urgente es dotarla de materias azoadas. No hay idea de la importancia que tienen estas materias azoadas en la agricultura. Comienza usted por dotar su tierra de azoe, cuanto antes, sin pérdida alguna de tiempo. ¿Dónde puede obtenerse este producto? En la atmósfera. ¡Qué simple es la naturaleza! ¡Qué ordenada! ¡Cómo todo está al alcance de la mano del hombre! Es necesario advertir, sin embargo, que para separar el azoe de la atmósfera se necesita una fuerza motriz tan grande como la de un río precipitado desde la punta de una cordillera. Con 100,000 caballos de fuer-



Supongamos, pues, una cantidad limitada de tierra, sea en un jardín, en un macetero o en un cajón de tablas.

za se puede obtener fácilmente este maravilloso abono que nos circunda, mezclado al aire. Como escribo para chilenos, tengo la obligación de decir que el salitre es un abono que contiene azote y que se usa en muchos países del mundo, como Inglaterra, Bélgica, Alemania, Francia, España e Italia, para mejorar las tierras. Pero si usted, lector, es chileno y no tiene agentes en Londres, lo que suele ocurrirnos a casi todos los chilenos puede considerar mucho más útil pescar azote de la atmósfera, con la mano que salitre de su país con cualquier medio conocido. El salitre es artículo de exportación y se exporta. Nada queda para la casa. Si usted escribe a la Compañía Salitrera de Antofagasta pidiendo un kilo de salitre para abonar sus claveles y acompañando una estampilla para la respuesta, no le devolverán ni la estampilla. Pero no hay que desconsolarse; el azote se encuentra también en el guano y sobre esta materia resbaladiza entrará en pormenores dignos de atención.

El guano es de tantas clases, como especies animales hay en la naturaleza. Lo hay desde el de picaflores, que sirve para el cultivo del *petit pois*, hasta el de senadores, que se puede usar para las plantaciones de zapallos gigantescos, pasando por los de cóndores y huemules, que sirven para hacer fructificar el árbol del patriotismo, del cual se hacen astas para banderas, el de huanaco, que por la velocidad de su autor, se usaría para abonar plantas de crecimiento rápido, como el corre-vuela, si ésta necesitara de abonos; y el de corrales de lechería, ovejerías y cabros. El mejor de todos es el peruano, que se extrae de las covaderas, donde fué depositado por millones de pájaros que tenían allí sus refugios, porque éste no sólo es el mejor abono para las plantas, sino que sirve aún a su dueño para hacer abejones en su cuenta corriente, lo que es digno de atención.

Una vez teniendo la tierra, es necesario procurarse los útiles de labranza y las



A los insectos se les da muerte

semillas. Los útiles se reducen a los dedos de la mano, si el retazo de terreno disponible es el que puede contener un macetero; pero a medida que el terreno crece, el útil se complica. Sin embargo, como el agricultor carece en general de fantasía el arado es el mismo desde Adán hasta nuestros días. Con el arado se abre el surco y en el surco se coloca la semilla. Por esto se dice que una inteligencia abre surco y que una idea fructifica. Una vez colocada la semilla el agricultor puede marcharse a paseo porque entra a colaborar en sus tareas el sol y la humedad atmosférica. Al sol no se le paga nada y menos aún a la humedad. De aquí proviene la soberbia del hombre de campo sobre cualquier otro industrial. Por ejemplo, un diario debe contar con mecánicos que hagan sus máquinas, con fundidores que preparen las letras de molde, con industriales y químicos que fabriquen el papel, con otros que hagan las tintas, los rodillos de pasta, las drogas y piñachas para los grabados, con obreros que preparen esto, corten el papel y lo impriman y finalmente con artistas y escritores (mil excusas, lector; aquí entro yo), que conciban los dibujos y pongan las ideas. A nosotros no nos fructifican las ideas con las lluvias, ni nos paren artículos mientras dormimos.

Pero dejemos la polémica y volvamos al cultivo. Antes de buscar la semilla debe pensar usted bien, qué cosa desea ob-

tener de la plantación y cuál es el límite de su paciencia. ¿Quiere usted ver un cultivo rápido? Ponga un grano de trigo; ¿desea uno lento, muy lento? siempre un alerce chileno y cuando usted muera, tendrá el arbusto apenas una pulgada de alto. En seguida hay que defender la plantación de los enemigos naturales, niños, pájaros, insectos y animales. A los insectos se les da muerte, no así a los otros agentes de destrucción que, o no se dejan matar o no conviene hacerlo. No debe aplicarse por ningún motivo polvos de Persia contra las orugas, porque estas concebirían una pobre idea de nuestras fuerzas. Lo mejor es cubrir el macetero con una campana de vidrio, como por ejemplo con la tapa de una quesera o mantequillera. Excusado es advertir que para las grandes plantaciones este procedimiento no es aplicable.

El placer de cultivar es muy grande, siempre que se tomen las precauciones debidas. Cuando se han comprado las semillas con sobre, con ilustración en color y un letrero encima y se está convenido de que hay alguna relación entre el continente y el contenido, viene la decepción segura.

Pero si uno toma la semilla como una interrogación y espera que el tiempo le responda, entonces el agrado es inmenso. Yo recuerdo haber encargado a un reputado jardín semillas de manzano, y cuando esperaba gustar la primera compota me pude convencer, como el alemán del cuento, que eran matas de tabaco las lozanas plantas que crecían bajo mis aus-

picios. Tiene relación con esto y con las amenazas de los animales, lo que decía un español: "sembré coles y ¿sabe usted qué salieron? salieron dos chanchos y se las comieron". Hay que evitar que salgan otras cosas que lo que se siembre y que salgan voraces disfrutadores del propio trabajo.

Yo sé de un hombre incapaz de hacer mal a nadie que fabricaba semillas en su

casa, con bolitas de migas de pan de diverso tamaño y color, encerrándolas después en lujosas cubiertas en las cuales se leía: "Coliflores de Perú", "Arbejas del Congo Belga", "Lechugas de Eduardo VII", "Espárragos gigantes". El hombre hacia negocio de oro y se divertía muchísimo cuando los clientes se quejaban de que no salía nada. — "Usted no ha regado a tiempo", "Su mayordomo lo ha engañado"; nunca le faltaron excusas atendibles.

Entre los medios que el ingenio hu-

mano ha discurrido para defender las siembras figuran 3 grupos principales: el "rondín" humano, el arma de fuego y el espantapájaros. Tratándose de viñas, el rondín destruye mucho más que los zorzales porque estos son expulsados fácilmente, mientras que al rondín se le paga por permanecer en el cerco y nadie vigila sus manos a caza de páñanos maduros. El arma de fuego, que es generalmente un fusil a fulminante que se carga por la boca, suele tener el inconveniente de descargarse por la culata. Queda el espantapájaros, maniquí que en actitud tribunicia se yergue sobre los sembrados y



Pero si uno toma la semilla como una interrogación y espera que el tiempo le responda, entonces el agrado es inmenso.

que es el hazme reír de los pájaros. Pienso con el tiempo, y para trabajar por el mejoramiento de la agricultura publicar un periódico de modas que se llame "El Espantapájaro Ilustrado" donde daré diversos figurines de esta clase de personajes. Para que preste verdaderos servicios, un espantapájaros debe herir la imaginación de los pájaros que son seres esencialmente imaginativos. Si muestra indumentaria sirve tanto en la sociedad humana, hasta el extremo de que un frac bien llevado puede hacer llevar bien un puesto diplomático, se puede pensar cuán sugestiva puede ser la buena vestimenta del espantapájaro en la liviana sociedad de las aves. Un espantapájaros de levita, sombrero de copa y guantes blancos es irresistible, porque los tordos vacilan muchas veces antes de inferirle la afrenta de las tarjetas de visita que dejan a menudo sobre el corriente espantapájaros de "poncho y chupalla".

No sea usted rutinario en sus cultivos. No plante usted las mismas cosas que su vecino, llevado por espíritu de imitación. Sea usted progresista y vaya siempre al frente de los agricultores de su región. Recomiendo, por ejemplo, el azafrán que se vende a ochocientos pesos el saco. No he sabido que la Sociedad Nacional de Agricultura se haya preocupado hasta ahora de este precioso artículo, y sin embargo, es muy remunerativo. En una cuadra puede usted cosechar veinte sacos, es decir, dieciséis mil pesos. Costaría, pues, hacer plantaciones de azafrán en pleno centro de Santiago, aun pagando doscientos pesos por el metro cuadrado de tierra.

También son dignos de atención el ruibarbo, la nuez moscada, la pimienta y el rábano yodado, para hacer jarabe de lo mismo.

Nuestros agricultores no entran aún en el camino de la verdadera industria agrícola. Le he repetido que los fracasos en la exportación de algunos productos chilenos provienen del fraude burdo que se comete en la confección de los envases y otros procedimientos. Se dice que en los fardos de pasto se colocaban adobes y en la cera trozos de álamos. Se ha llegado a afirmar que en una partida de nueces iban todas vanas, pues se les había quitado el interior y sustituido con papelitos impresos con máximas morales como algunos bombones de chocolate suizo o italiano. Yo condeno todo esto, dentro de la moral positiva y utilitarista que es la que corresponde mejor al agricultor. Prefiero la mezcla mitad a mitad de aji molido con polvos de ladrillo, porque el cliente tarda en descubrir la superchería y debe agradecer que se haya cuidado su estómago moderando la acción corroedora del picante excesivo. En materia de industria debe haber cierta tolerancia de fraude, pero no debe por ningún motivo sobrepasarse la porción.

Por ejemplo: pue-



Sembré coles, y ¿sabe usted qué salieron? Salieron dos chanchos y se los comieron.

de hacerse salsa de tomate con cáscaras de peras y duraznos; vino tinto tiñendo suavemente el blanco y dándole el nombre de *pinot*; semilla de maqui, como colorante, mezclándola con los residuos que dejan los cabritos en su camino; charqui de vaca confeccionado con la carne de animales diversos, excluyendo los perros y los *cu*
ruros.

Hemos dicho que el cultivo de la tierra necesita cierta dosis de humedad. De aquí vienen las cuestiones de regadío. El riego natural es el de las lluvias, la naturaleza ha sido pródiga dejando caer de tiempo en tiempo los aguaceros. Admiremos un momento su colaboración. En seguida lamentemos respetuosamente que las lluvias caigan por regla general cuando son menos necesarias. El hecho es innegable ya que el terreno de rulo, que es aquel que cuenta sólo con el riego de las lluvias, vale diez veces menos que el regado por el hombre. Tenemos tres clases de terrenos: el regado artificialmente de afuera hacia adentro, el de rulo o no regado sino cuando lo dispone el tiempo, y el de vega, que está permanentemente regado de adentro para afuera. Si el hacendado que tiene vegas y rulos pudiera revolver ambos terrenos, se haría prestar por la Caja Hipotecaria tres veces más de lo que debe. Un agricultor es tanto más rico cuanto más debe.

Lo primero que debe hacer un comprador de tierra influyente de Santiago es buscar una región donde aún no haya ferrocarril ni necesidad de hacerlo. Allí el terreno vale poco. Después debe buscarse un vendedor que esté convencido de que sus rulos no pueden regarse sino por medio de pozos artesianos. Una vez adquirido el fundo la evidencia del ferrocarril, que por todos había pasado inadverti-

tida, surge de pronto. "¿Cómo es posible que una región, rica, poblada, que podría hacer afluir a la linea central tantos productos, esté aislada del país? ¡Así se com-



Es seguramente a un agricultor a quién, viéndolo en perpetuo descanso....

prende que nuestros ferrocarriles pierdan dinero, ya que no se procuran carga!" De un momento a otro el ferrocarril serpentea su riel por riscos y peñascos, terraplenes y acueductos y da valor a los rulos, que también comienzan a no serlo. Porque un rulo no es definitivo en absoluto. Para ellos son los canales y los tranques. Para hacer completa justicia a la agricultura hay que decir que esta obra del moderno regadío, le honraría muchísimo, si no fueran sus principales promotores personas que se han formado en otros ramos de la actividad, sea del comercio o la minería.

La apertura del canal de Panamá abre a la agricultura, según se cree, nuevos horizontes; pero como, a pesar de la protección que recibe, estará siempre más atrasada que la de cualquier otro país, es de temer que vengan a hacerle competencia en su propia casa las patatas de Hamburgo o del Portugal que son más baratas y mejores que las chilenas. El día en que sea necesario poner fuertes derechos de internación a las papas extranjeras para proteger a las papas domas degeneradas que nos vemos obligados a comer; ese día será cuando los chilenos se contarán unos a otros para saber cuán-

tos son los que producen las papas y cuántos los que las comen. Del resultado de esta causa dependerá el futuro económico de Chile. Entonces, convencidos de que más que país agrícola debemos serlo industrial, colocaremos una turbina a cada caída de agua y fabricaremos según nuestras necesidades y las de los mercados inmediatos.

Mientras viene este acontecimiento, la mejor profesión es la de agricultor. Entre el Estado y la naturaleza le dan la tierra, el cultivo y la parición del ganado. Es seguramente a un agricultor a quien, viéndolo en perpetuo descanso, le preguntaban un día: —¿y no le vienen a usted tentaciones de trabajar? Y él contestó: —“Si, me vienen; pero las resisto”.

ANGEL PINO

El nuevo Campanile de Venecia

A raíz del hundimiento del viejo campanile de Venecia, se resolvió, con objeto de conservar el sello de originalidad que caracteriza a la Plaza de San Marcos, reconstruirle en el mismo sitio, reproduciendo fielmente su forma y su color primitivos, pero dotándole interiormente de materiales sólidos que garantizasen larga duración. Por tal motivo se hacía preciso en primer término aligerar la construcción en sus pesados cimientos y hacer al propio tiempo de la torre un todo homogéneo, capaz de resistir los embates del tiempo, las sacudidas sísmicas y la trepidación producida por el volteo de las campanas a rebato.

Para realizar este programa, el viejo macizo de la construcción fué rodeado de un cinturón de piedras que descansaban sobre vigas de encina, colocadas sobre grandes pilotes clavados profundamente en tierra. El cemento armado desempeña un gran papel en la nueva construcción; entra en la composición de las rampas y escaleras, formando una continua espiral que da solidez a las paredes interior y exteriormente.

La colocación de las campanas se estableció en una armazón de metal dispues-

ta de modo que permita cómodamente el volteo a pesar de la oposición del viento huracanado; la campana del Angelus tiene una altura de tres metros 70 centímetros y corona el campanario. A más de esto el edificio ha sido provisto de un sistema completo de pararrayos y un ascensor para no fatigarse en la subida.

Gracias al empleo simultáneo del cemento armado y el hierro el peso total de la torre, que era próximamente de doce mil toneladas ha quedado reducido a ocho mil novecientas.

Las acciones más violentas y más de temer son los temblores de tierra. Para contrarrestarlos se ha dado a las partes más elevadas de la torre una flexibilidad extraordinaria, con lo que queda convertido en trabajo elástico el efecto terrible de las sacudidas.

Las columnitas que encuadran el marco donde van las campanas de rebato, están colocadas en tal forma, como si no tuvieran en teoría peso alguno que sustentar, y el cubilete de 12 metros de altura, que corona la torre, ha sido construido para resistir, según cálculos, una presión del viento de 300 quilogramos por metro cuadrado.



La Botella Encantada

Por

F. ANSTEY

ILUSTRACIONES DE H. R. MILLAE

CAPITULO I

Horacio Ventimore recibe una comisión

—Hace ya seis semanas... ¿qué hacía yo, en un día como éste, hace justamente seis semanas?... Son las doce y media...

Horacio Ventimore murmuraba a media voz, estas palabras, mientras consultaba su reloj.

Y a través de las ventanas de su oficina de Great Cloister Street, en Westminster, dejaba vagar sus pensamientos hacia una hermosa mañana de Agosto, que ahora le parecía harto lejana. A esa hora precisa, esperaba él entonces la aparición de Ella, desde los balcones del Hotel de la Plaza, el único de St. Luc-en-Port, en Normandía, pequeño balneario donde se había detenido, por una inspiración feliz, durante una solitaria excursión en bicicleta.

Le parecía estar viendo el escenario todo entero. La pequeña caleta rodeada de abruptos peñascos, cuyas sombras violáceas se proyectaban sobre el mar azul; el murmullo de las olas quebrándose en la playa, donde él se había bañado momentos antes: la febril precipitación con que él se vistiera, para subir en seguida el sendero

que conducía a la terraza del hotel. ¡Cómo olvidar jamás aquel brillante día, pasado todo entero al lado de Silvia Futwy? ¡No habían caminado los dos juntos, en bicicleta? Es verdad que otras muchas personas eran también de la partida; pero ellas para nada contaban en los pensamientos de Ventimore. Habían llegado hasta Veulette para merendar bajo los peñascos, y regresado después, siempre juntos, aspirando la perfumada brisa de la tarde en las sombrías



Habían llegado hasta Veulette para merendar bajo los peñascos

avenidas de castaños, y al traves... de los maduros campos de trigo, cuyas espigas brillaban con reflejos dorados, bajo una atmósfera de abrasada púrpura.

Después se contemplaba rondando la empedrada terraza del hotel, con el súbito temor de perderla. Nada había allí sino el entoldado carricoche que había conducido al profesor Futvoye y a su esposa, al sitio del rendezvous.

Allí estaba Silvia, por fin, hermosa y fresca como un pimpollo, con su rosada chaquetilla y sus faldas de color crema... ¡Cuán graciosas y amables se había mostrado durante todo aquel inolvidable día, apenas menos hermoso que otros muchos... pasados también, y para siempre!

Los placeres de este mundo nunca son completos; y aquellos días tuvieron también sus aspectos no muy agradables. El profesor Futvoye era bastante aburrido, con sus interminables disquisiciones sobre los jeroglíficos egipcios y las antiguas inscripciones del oriente, que Horacio Ventimore se creía obligado a escuchar con fervoroso interés. El profesor era un arqueólogo muy sabio y positivamente estaba bien informado sobre semejantes materias; pero es muy posible que Horacio hubiera sido mucho menos curioso, tocante a las diferencias que existen entre las escrituras Cuneiformes, Arámenas, Cúficas o Árabicas, si su informante no hubiera sido padre de nadie en este mundo. Sin embargo, tales disimulos forman, por fuerza, parte de la sinceridad del amor.

Así evocaba Horacio la imagen de sus días de ventura... ¿Y ahora? Ahora sólo podía pasear la vista por la pequeña pieza que le servía de oficina, por las paredes cubiertas de planos, fotografías, reglas y escuadras. Desde las ventanas sólo alcanzaba a ver las elevadas murallas de la abadía, detrás de las cuales se elevaban algunos árboles cuyo follaje ya comenzaba a amarilllear.

—No; yo no de era del todo indiferente, pensaba Horacio, y su madre no parecía mirarme con malos ojos... Recuerdo que el último día, al despedirnos, me pidió que las visitara en Londres... Pero cuando las vi... ¡Ah!

Entonces, en efecto, pudo el joven notar algo de extraño; algo que no era, por cierto, el modo habitual de continuar una amistad empezada en un balneario del continente. Era difícil de definir ese algo, pero no había cómo equivocarse. Una formalidad, un embarazo manifiesto de parte de la señora Futvoye, y aun de la misma Silvia, que parecía dar a entender que no todas las amistades so-

breviven al paso del canal de la Mancha. Horacio se despidió con el corazón dolorido, pero con la secreta esperanza de que lo invitaran a comer, o que por lo menos le ofrecieran la casa. Pero había pasado un mes y las Futvoye no daban señales de vida... No. Ya todo había concluido y para siempre.

—Después de todo, se decía a sí mismo el pobre joven, sonriendo tristemente, después de todo, ello es muy natural. La señora Futvoye habrá hecho sus averiguaciones respecto a mi porvenir profesional... ¿Qué esperanza racional puedo abrigar de casarme, mientras no haya hecho mi camino en el mundo? Ahora apenas puedo sostenerme a mí mismo, con muy dudosas decencias, y no tengo derecho para pedir a nadie, y mucho menos a Silvia, que se case conmigo. Ella no ha sido hecha para un pobre mendigo como yo... Acaso sea mejor que no la vuelva a ver: sufriría demasiado... Ocupémonos mejor de la última obra de Bevor.

Y desarrolló un plano inmenso dibujado a muchos colores, en una de cuyas esquinas se leía el nombre de "Guillermo Bevor, Arquitecto", y se puso a estudiarlo, sin dar señales de una extraordinaria aprobación.

—Bevor se levanta de día en día, pensaba Ventimore. Dios lo sabe: yo no envído sus éxitos. El es un buen muchacho, aun cuando, como arquitecto no hace pocas atrocidades y parece complacerse en ellas... Pero él ha tenido suerte y yo no... Con las oportunidades que a él se le han presentado yo habría hecho una brillante carrera.

Digamos de paso, que estos pensamientos no tenían su origen en las ordinarias ilusiones de los fracasados de la vida. Ventimore tenía en realidad un talento más que mediano, ideales y ambiciones que, bajo mejores circunstancias, lo habrían llevado muy lejos.

Pero, a pesar de su confianza en sí mismo, su carácter no era bastante energético para abrirse por sí mismo camino, y hasta entonces no había hecho sino vegetar.

Así, la única ocupación de Horacio, consistía en ayudar a Bevor, como dependiente. El auxilio que le prestaba no era considerable, y no podía menos de pensar, con tristeza, que cada año transcurrido en esa semi-obscuridad lo dejaba más y más rezagado en la lucha por la fortuna y por la fama...

Si la señorita Silvia Futvoye se había sentido inclinada hacia él, no era esto, por cierto, incomprendible. Horacio distaba de ser un modelo de hermosura voronil; estos modelos son harto raros, fuera de las novelas;

pero su rostro suave y bien afeitado, no carecía de distinción, y aunque en sus labios se dibujaba una expresión satírica, la mirada de sus grandes ojos azules era franca y agradable. Bien formado, y lo bastante alto para no ser calificado de pequeño, de hermosos cabellos, de cutis ligeramente pálido, producía a primeramente vista la impresión de uno de esos hombres que saben tomar la vida tal como se presenta. Su buen humor habitual, debía defenderlo, en la mayoría de los casos, contra los golpes de la fortuna.

De pronto se abrió la puerta, y penetró en la oficina un hombre gordo, de aspecto risueño y satisfecho. Era el propio y mencionado Bevor.

—Veamos, Ventimore. ¿Ha despachado Ud. los planos de la casa que estoy edificando en Larchmere?... Ah... ya veo que los está usted examinando... Siento tener que privarlo de su contemplación; pero los necesita.

—Muy bien, amigo mío, tómelos de todas maneras. He visto ya lo que me interesaba.

—Precisamente, parto ahora para Larchmere. Necesito vigilar las obras, y además allí tengo mi otro edificio de Fittledon, que debo visitar después. Así, estaré ausente por algunos días. Me llevaré también a Harrison. No le hará a Ud. falta, por cierto?

Ventimore se echó a reír.

—Puedo despachar mi trabajo sin necesidad de empleado que me ayude. A Ud. le hará más falta, sin duda alguna. Aquí están los planos.

—Estoy muy satisfecho con ellos, dijo Bevor. Este alero ha de resultar muy hermoso. ¡No es verdad? Fué una excelente idea la mía de adornar el techo con tejas ornamentales. Estuve casi inclinado a dejar iguales ambas torrecillas, como Ud. quería, pero se me ocurrió una pequeña variación... Alternar, además, un ladrillo rojo con otro amarillo, me parece que resultará un poco más fuera de lo vulgar.

—Ya lo creo, repuso Ventimore, que sabía cuán indútil era contradecir en tales casos.

—No se imagine Ud., continuó Bevor, que yo pienso ir demasiado lejos en originalidad, tratándose de arquitectura doméstica. La generalidad de los clientes no busca una casa extravagante, como no buscaría tampoco un sombrero fuera de lo corriente... Nadie quiere que al ver su casa, la gente se imagine que hay un loco adentro. He pensado muchas veces que si Ud. no ha surgido... ¿Puedo hablar con franqueza?

—Sin duda, dijo Ventimore; la franqueza es el mejor cimiento de la amistad. Continde Ud.

—Bien; iba a decirle que Ud. no se ha abierto camino a causa de sus ideas, confusas y poco convencidas. Si Ud. llega a triunfar más adelante, no será sino después de haberlas desecharo.

—Estas especulaciones son un tanto prematuros, porque no parece haya la menor probabilidad de que llegue yo a tener una clientela.

—Yo la tuve seis meses después de estar establecido, dijo Bevor. La gran cosa es saber usar de la fortuna cuando ella viene. Bien. Tengo que irme, para alcanzar el tren de la



Siento tener que privarlo de su contemplación

una en la estación de Waterloo. Atienda a cuantos pregunten por mí durante mi ausencia; procure vigilar las obras del colegio de Woodford... ¡Ah!... Aquí están las especificaciones del ala nueva de los portales de Tusculum... puede examinarlos, cuando no tenga otra cosa que hacer. Encontrará los papeles en mi escritorio. Ahora, gracias por todo, y hasta luego.

Y Bevor penetró nuevamente en su plaza, donde por algunos minutos pudo ofrsele apurando, con Harrison, sus preparativos de marcha. Bajó después las escaleras, subió en un coche y desapareció, dejando tras de sí la soledad y la calma.

Es imposible en este mundo dejar de sentir alguna vez el sentimiento de la envidia. Bevor tenía trabajo, y aunque éste consistía, por lo regular, en profanar los misteriosos

retiros del campo, con villas cursis o pretenciosas, al fin era un trabajo que le proporcionaba la consideración y el respeto de las personas de juicio.

Y entre tanto nadie creía en Horacio; hasta entonces él no había experimentado la satisfacción de ver realizadas en piedra y ladrillo las concepciones geniales de su cerebro: ningún edificio había en el mundo que pudiera dar testimonio de su existencia y capacidad, aun después de sus días.

No eran estos por cierto pensamientos muy ilusionarios, y, para desecharlos, entró en la pieza de Bevor, en busca de los documentos que éste mencionara, con ánimo de ocuparse en ellos, hasta la hora del lunch. Apenas había iniciado sus cálculos sintió un suave rumor de pasos en la escalera, seguidos de un ligero llamado a la puerta de la oficina de Bevor.

—Más trabajo todavía para Bevor, pensó; ¡qué voy a decir a ese individuo! que Bevor ha salido al campo por negocio.

Pero al entrar en la pieza de Bevor, sintió golpear esta vez a la puerta de su propia oficina... se volvió entonces temeroso de que le sorprendieran como jugando al escondite, y encontró que el presunto cliente no era ni más ni menos que el legítimo y genuino profesor Antonio Futvoye en persona.

El profesor estaba parado en el umbral, lanzando escrutadoras miradas al través de sus lentes de miope: su cabeza salía de las profundidades de su sobretodo, como la de una tortuga de su concha. Para Horacio, esta aparición fué mejor recibida que la del más poderoso cliente, porque si el padre de Silvia, se tomaba el trabajo de hacerle una visita, sin duda quería continuar las relaciones con él. Era muy posible que le trajese una invitación a comer.

Así, aunque para un ojo imparcial, el profesor no parecía un personaje cuya sociedad pudiera producir ninguna suerte de entusiasmo, Horacio se sintió encantado al verlo.

—Es usted muy amable en venirme a ver,

le dijo afectuosamente, después de haberlo instalado en el solitario sillón que reservaba para sus clientes hipotéticos.

—No tal. Temo que su visita a mi casa haya resultado para usted un verdadero desencanto.

—¡Un desencanto?

—Me refiero al hecho en que posiblemente usted no reparó, de no haberse encontrado conmigo en esa ocasión, repuso el profesor, atusándose sus ralos bigotes, con un movimiento nervioso.

—En verdad, ello fué para mí una desagradable sorpresa, pero muy bien conozco sus muchas ocupaciones. Así le agradezco todavía más que haya tenido la bondad de distraer un poco de su tiempo, para venir a charlar conmigo.

—No vengo a charlar, Mr. Ventimore. Yo nunca charlo. Necesitaba, sí, verlo para pedirle un servicio. Pero observo que usted está quizás demasiado ocupado para atender un asunto de tan escasa importancia.

Todo parecía ahora claro: el profesor iba a construir probablemente una casa y había decidido, a indicación acaso de Silvia, encargarle a él el trabajo. Horacio supo sin embargo contener su impaciencia, y replicó (como podía hacerlo, sin faltar a la verdad) que no tenía en esos momentos ningún trabajo que no pudiera dejar de mano, que si el profesor quería participarle sus deseos, él estaba perfectamente listo para satisfacerlos.

—Magnífico, dijo el profesor, magnífico. Mi esposa y mi hija, me observaban que quizás iba yo a abusar de la bondad de usted. Pero yo les dije: "O estoy muy equivocado, o las ocupaciones de Mr. Ventimore no son tales, que no pueda abandonarlas por una tarde siquiera."

Evidentemente no se trataba de una casa.



El profesor estaba parado en el umbral

—Iban a invitarlo para que acompañara esa tarde a la familia? Aun esto era más de todo lo que se hubiese atrevido a esperar cinco minutos antes. Se apresuró pues a replicar que estaba perfectamente libre aquella tarde.

—En este caso, dijo el profesor, registrando todos sus bolsillos, buscando acaso una carta de Silvia, en este caso usted me prestará un gran servicio, si usted tiene la bondad de asistir a un remate en la casa de martillo de Hammond, en Covent Garden, y hacer posturas por uno o dos objetos que me interesan.

A pesar del desengaño que Ventimore experimentara, es preciso confesar en su honor que supo no dejarlo traslucir.

—Naturalmente; iré con mucho placer, dijo, si con ello puedo serle útil.

—Sabía de antemano que mi viaje no sería inútil, dijo el profesor. Recuerdo muy bien la amabilidad con que usted acompaña ba a mi mujer y mi hija, a todo género de excursiones, a pesar del endiablado calor de Saint Luc, cuando bien podía haberse quedado tranquilamente conmigo... Así y todo no le habría molestado; pero tengo un lunch en el Club Oriental, y después debo asistir a una reunión con el objeto de examinar un informe sobre un discutido cilindro del Museo, que me ocupará todo el resto de la tarde, de manera que me es físicamente imposible ir en persona al remate, y no me agrada entenderme con corredores cuando puedo evitarlo... ¿Pero dónde he puesto el catálogo?... ¡Ah! Aquí está. Me lo remitió uno de los albaceas de mi viejo amigo el general Collins, muerto el otro día. Lo conocí en Nakala, mientras hacía excavaciones hace algunos años... Tenía algo de coleccionista en estas materias, pero no era muy entendido, y en consecuencia no siempre acertaba. Muchos de sus objetos son verdaderas porquerías, pero hay allí una que otra cosa digna de ser adquirida, a un precio razonable, por quien sepa estimarlas en su justo valor.

—Pero querido profesor, dijo Horacio declinando toda responsabilidad, yo temo equivocarme, y tomar por buenas algunas de esas porquerías. Yo no tengo competencia especial en materia de curiosidades orientales.

—En Saint Luc, repuso el profesor, usted me pareció tener, para un aficionado un conocimiento excepcional sobre el antiguo arte egipcio y árabe.

Al oír esto Horacio no pudo menos de sen-

tir vergüenza de haberse hecho reo de semejante mistificación, y permaneció en silencio.

—Sin embargo, agregó el profesor, no pienso arrojar sobre sus hombros semejante carga; como usted puede ver he marcado de antemano en el catálogo los lotes que más particularmente me interesan, y anotado el precio límite que estoy dispuesto a dar por ellos. Así no tendrá usted la menor dificultad.

—Muy bien, dijo Horacio. Me voy inmediatamente, a Covent-Garden. Dejaré mi lunch para después.

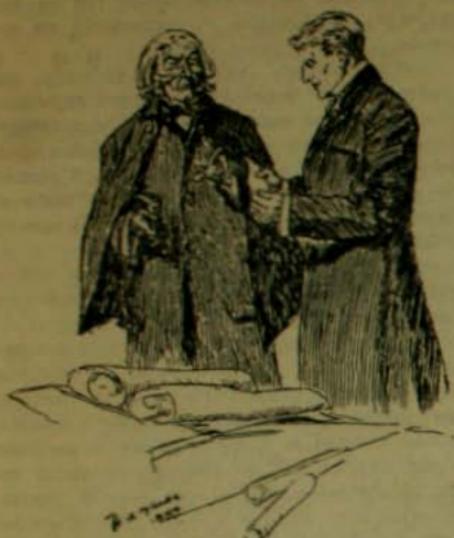
—Perfectamente, pero no se moleste usted demasiado. Los lotes que he anotado se subastarán a intervalos muy frecuentes, pero esta consideración no debe impedirle tomar a usted su lunch, y si usted perdiere algún objeto, por no encontrarse en el sitio, al ser rematado, esto no sería de mayor consecuencia, aunque la verdad, yo lo sentiría muchísimo. En todo caso, no se olvide de usted de marcar el precio de venta de cada uno de los lotes, y de enviarme, cuandó me devuelva el catálogo, un apunte completo del remate... aunque, pensándolo mejor, es preferible que usted vaya a mi casa, un poco después de comer, y me dé cuenta de todo.

Horacio pensó que esto era decididamente mejor, y determinó visitar al profesor aquella tarde, para darle cuenta de su cometido. Quedaba por resolver el asunto dinero, para el caso de que alguno de los lotes fuera adquirido: y Horacio se vió obligado a confesar que no tenía consigo diez libras esterlinas en ese preciso momento. El profesor sacó un billete por ese valor, de su cartera y se lo entregó a Horacio, con el aire y el ademán de una persona benévola que presta un servicio.

—No exceda usted mis límites, le dijo, y cuide de dar a Hammond su nombre y no el mío. Si los compradores sospechan que yo me intereso por algún objeto lo subirán demasiado. Y ahora, no lo detengo más: los instantes son preciosos. Estoy seguro que usted se excederá a sí mismo, para portarse lo mejor posible... Hasta esta tarde, pues.

Algunos minutos después, Horacio corría hacia Covent Garden, en el coche, cuyos caballos le parecieron más veloces.

El profesor acaso exigía de él una molestia, no justificada por la naturaleza de sus relaciones de amistad, y prescindiendo un



No excede usted mis lujos, le dijo.

poco de todo género de cumplimientos... Pero, después de todo ¡no era el padre de Silvia?

—Adn por casualidad, iba pensando, pue-
do acertar con uno de los lotes que ha
marcado... Y si esto llega a agradarle, al-
go de muy bueno puede resultar de ello.

En esta feliz disposición entró Horacio en los salones de la muy conocida casa de martillo de los señores Hammond.

CAPITULO II

Un lote barato

A pesar de ser la hora del lunch, cuando Ventimore llegó a los salones de la casa de martillo, encontró que la enorme galería de cristal en que debía tener lugar el remate de los objetos pertenecientes al difunto general Collingham, estaba ya casi llena de gente. El nombre del finado como amateur de antigüedades, tenía pues alguna reputación.

Los estrechos bancos de bayeta frente al mostrador del martillero, estaban ocupados por marchantes profesionales, entre ellos una o dos mujeres, que esperaban, papel y lápiz en mano, con aparente indiferencia, pero no sin emoción real. Hubiérase pensado estar frente a una mesa de juego, en Monte Carlo. Alrededor permanecían de pie otros per-

sonajes de tipos muy diversos en actitud de desocupados, pero probablemente también compradores. En su alto puesto, el martillero presidía el remate con tan juiciosa dignidad e imparcialidad que se creía obligado a no gastar el más ligero acento de entusiasmo, aun en sus más laudatorias recomendaciones.

Un sol de otoño, penetraba a través de la claraboya dorando con sus pálidos rayos la polvorienta atmósfera de la sala. La completa ausencia de toda excitación en el auditorio, el tono calmoso y metódico del martillero, la voz monótona de los porteadores incitando a acercarse al público a los objetos demasiado voluminosos para ser transportados, todo ello contribuía a oprimir el ánimo ordinariamente tan vivaz de Ventimore.

Horacio pudo darse cuenta muy pronto de que la colección como conjunto, no era de un gran valor, pero también era claro, que otros muchos, al igual del profesor, se interesaban por algunas preciosidades. Así era probable que los precios del profesor hubiesen quedado muy por debajo de lo que en realidad iba a darse por semejantes objetos.

Ventimore hizo sus ofertas, con toda la discreción posible, pero hubo de encontrar tal interés entre sus competidores por los objetos de la lista del profesor, que su límite fué muy pronto sobrepasado. Así le ocurrió sucesivamente con una lámpara de mezquita adornada de arabescos, con una palangana esmaltada y con una antigua teja ornamental. Su único consuelo, era que tales artículos fueron subastados por precios casi dobles de los que el profesor había estimado prudentes.

Varios compradores y aficionados, desesperados de topar ese día con una ganga, abandonaron la sala murmurando. La mayor parte de los que permanecieron en ella, dejaron de prestar atención alguna a los procedimientos del remate, y se consolaban, lanzando agudos chistes a cada ocasión oportuna.

La sala fué desocupándose lentamente, y Horacio, hambriento y desilusionado, se encontró muy feliz en poder ocupar asiento en uno de los bancos de bayeta. El día comenzaba a caer y la luz que se filtraba por el marco de la claraboya iba palideciendo por momentos.

Un par de Budhas de Birmania fueron puestos a subasta en ese momento, y sufrieron la vergüenza de ser adjudicados, en la

miserable suma de nueve chelines y seis peniques, en medio de una sonrisa despectiva del auditorio. Horacio esperaba sólo por el último lote marcado por el profesor, una vieja taza de Persia, esmaltada con plata y con una antigua inscripción, grabada alrededor del borde.

Estaba autorizado para dar por ella hasta dos libras y diez chelines; pero tan desesperado se encontraba Ventimore ante la idea de volver con las manos vacías, que determinó dar por ella una libra más, si era necesario, sin decir una palabra al profesor.

Sin embargo llegó el turno de la taza y las posturas pronto subieron a tres y media libras, cuatro libras, cinco libras y por último a cinco guineas, suma en que fué adquirida, por un señor muy grueso, sentado a la derecha de Horacio, el cual inmediatamente comenzó a contemplar su compra, con no poco entusiasmo.

Ventimore había hecho cuanto podía sin resultado alguno: ya no tenía para qué permanecer allí, y sin embargo, vencido por la fatiga, no se movió de su sitio.

—Ahora viene el lote 254, caballeros, oyó decir al martillero; una hermosa caja de momia egipcia... no... no... excúsenme ustedes: estoy equivocado. Viene ahora un objeto, que por equivocación, ha sido omitido en el catálogo, aunque debió ser incluido en él... Todo cuanto se vende hoy día perteneció al difunto general Collingham... Veán ustedes... núm. 253-A. Antigua botella de bronce. Muy curiosa.

Uno de los mozos trajo la botella y la colocó negligentemente entre los bancos, delante de los compradores.

Era una antigua y tosca botella en forma de marmita, de dos pies de altura, coronada por un cuello largo y grueso: la boca estaba cubierta por un tapón de metal. Sus costados rugosos llevaban señales de incrustaciones de origen desconocido, formadas allí por la acción corrosiva del tiempo. Era evidente que semejante pieza no poseía grandes atractivos, al menos como bibelot. La parte más frívola y alegre del auditorio no tardó en hacer de la vieja botella el objeto de sus burlas.

—¿Cómo llama usted eso? preguntó al martillero uno de los circunstantes, en el tono maligno de un colegial travieso, que piensa hacer reír a sus compañeros a costa del profesor. ¡Es ese objeto tan único como los otros?

—Usted puede juzgarlo tan bien como

yo, replicó el aludido. Cualquiera puede ver que no se trata de un desecho moderno.

—Haría una espléndida pieza de centro, para la mesa del comedor, observó un chistoso.

—Y la tapa? ¿Se destornilla, o qué se hace con ella? agregó un tercero... Parece por lo menos muy sólidamente ajustada.

—¿Quién sabe? Probablemente no la han destapado en mucho tiempo.

—Tiene muy buen peso, dijo el principal humorista, después de tomarla en sus manos. ¿Qué habrá dentro? Quizás sardinas en salmuera.

—Yo no he dicho que contenga nada adentro, dijo el martillero. Si ustedes desean conocer mi opinión, pienso que en esa botella debe haber dinero.

—¿Como cuánto?

—Usted no me ha entendido, caballero. Cuando digo que creo debe haber dinero allí, no aludo a su contenido. No tengo motivo para creer que haya nada... Observo simplemente que esa cosa, puede acaso valer más de lo que parece.

—A lo menos su peso en bronce. Ya lo creeo.

—Bien, bien, no perdamos tiempo. Miren esto como una especulación, y ofrezcan algo... Vamos, pues...

—Dos peniques!... gritó el chistoso, en el tono del que hace un extraordinario esfuerzo.

—Formalidad caballero! Necesitamos terminar... Cualquiera cosa para empezar. Cinco chelines!... Vale más el metal, pero acepto la oferta... Seis... Véanlo bien. No es este un objeto de los que uno encuentra todos los días...

La botella continuaba circulando entre los chistes y el desdén de una concurrencia irrespetuosa. Al fin llegó a las manos del vecino de Ventimore, quien la examinó cuidadosamente, pero no hizo oferta alguna.

—Es algo realmente valioso, murmuró al oído de Horacio. Es de buen material. Si yo estuviera en su lugar la compraría.

—Siete chelines... ocho... nueve por dos lados, decía el martillero.

—Si piensa que es tan buena, por qué no la compra usted mismo, preguntó Horacio a su vecino.

—Yo?... No es esta mi especialidad... y, por otra parte, las compras que he hecho me han vaciado el bolsillo en absoluto. He gastado por hoy cuanto tenía. De todas maneras se trata de una curiosidad. He visto botellas de bronce, justamente de la forma

de esta, y muy estimadas como de gran valor... Esta es genuinamente antigua, aunque estos individuos aquí presentes, sean demasiado ignorantes, para conocer su mérito. Vea usted la extremidad.

Horacio se levantó para examinar la botella. Por lo que pudo ver a la escasa luz de un mechero de gas, que acababan de encender por orden del martillero, el tapón estaba cubierto de extrañas concreciones y de algunas marcas triangulares, que bien podían contener una inscripción. Si esto fuera así, se le ofrecía la oportunidad de recobrar el favor del profesor, el cual probablemente no iba a quedar muy satisfecho del resultado obtenido en el romate.

No podía gastar en esa botella, no anotada en el catálogo, el dinero del profesor, pero tenía algunos chelines propios en el bolsillo. Decidió pues hacer algunas posturas, pensando que, si alguien pagaba más, como en las anteriores ocasiones, nada, por lo menos, se había perdido.

Treco chelines, iba diciendo el martillero, con su voz fría y monótona. Horacio lo miró y levantó levemente su catálogo, al mismo tiempo que otro de los circunstantes hacia una señal equivalente.

—Catorce, por dos lados...

Horacio levantó el catálogo nuevamente.

—No iré más allá de quince, pensó.

—Quince... Quince por usted señor...

—Nadie da más? Diecisésis... Esta verdadera y genuina botella antigua del Oriente, sólo por diecisésis chelines.

—Después de todo, se dijo Horacio, no es posible pensar seriamente, en llevarse nada de aquí por menos de una libra, y ofreció diecisiete chelines.

—Dieciocho, exclamó su rival, un hombre pequeño y sonrojado, cuyos vecinos le aconsejaban portarse como un muchacho prudente, y no gastar en balde su dinero.

—Diecinueve, dijo Horacio.

—Una libra, contestó el hombrecito.

—Sólo una libra por esta enorme botella de bronce? repetía el martillero con voz indiferente. ¡No más de una libra! Voy a adjudicar...

Horacio pensó que uno o dos chelines más no lo arruinarían, y levantó la mano.

—Una guinea... Por última vez... Va a perderla usted señor, dijo el martillero al hombrecillo.

—Adelante, Tomásito, adelante... No te dejes batir... te llevan la botella... Te la ganan, le decían sus amigos en tono irónico; pero Tomásito movió negativamente la cabeza con el aire de un hombre que ha tomado su partido.

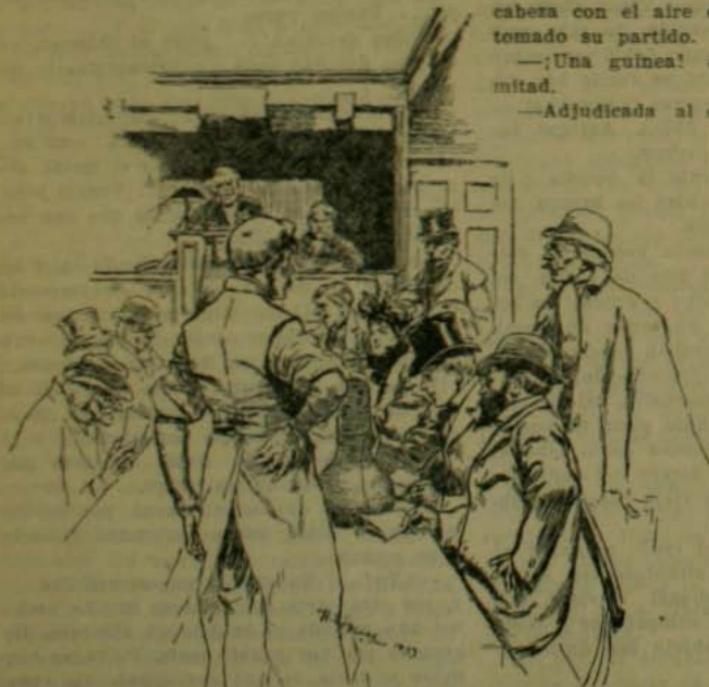
—¡Una guinea! exclamó, y no vale la mitad.

—Adjudicada al caballero de mi izquierda, dijo el martillero, con voz más compasiva que irritada.

Y así la botella de bronce pasó a ser de la propiedad de Ventimire.

La pagó, y como no le era posible ir por la calle, llevando ese voluminoso y descomunal objeto de bronce, sin atraer sobre sí las miradas de todo el mundo, dejó encargado que se la llevaran a su alojamiento en la Plaza Vincent.

Pero cuando estuvo al aire libre, caminando ya hacia su club, no pudo menos de maldecirse a sí mis-



Y así la botella pasó a ser de la propiedad de Ventimire

mo por la imbecilidad de haber derrochado así una guinea, él que tan pocas tenía, en comprar un objeto de un valor demasiado problemático.

CAPITULO III

Un desenlace inesperado

Ventimore se dirigió aquella tarde hacia Coltermore Gardens, en un extraño y confuso estado de ánimo. Al pensar que iba a ver a Silvia nuevamente, su corazón latía con violencia, pero, con todo, había tomado la resolución de no dirigirle otras palabras que las exigidas por la más estricta cortesía.

En ciertos momentos bendecía al profesor Futvoye por su feliz idea, al ocuparlo; en otros, reconocía, no sin amargura, cuánto mejor habría sido para la paz de su alma, el que lo hubieran dejado solo y en paz. Ni Silvia ni su madre querían nada con él. De otra suerte lo habrían invitado a volver a visitarlas. Sin duda, lo tolerarían por consideraciones hacia el profesor. Pero ¡no vale más ser ignorado que tolerado!

A veces pensaba que lo mejor sería no continuar sufriendo inútiles dolores. Casi estaba acostumbrado a la indiferencia de Silvia, y probablemente, con no verla, su insensata pasión se disiparía por sí sola.

«Por qué la vería? No era absolutamente necesario. Le bastaba dejar el catálogo con un saludo respetuoso para el Profesor... Este podría ver en seguida todo cuanto le interesaría.

Pero después pensaba que le era necesario encontrarlo al menos para devolver el dinero. Pero pediría ver al Profesor privadamente. Lo más probable era que no le invitaran a ver a las señoras, pero si así fuera, no dejaría de encontrar alguna excusa. Quizás pudiera parecer esto una falta de urbanidad, pero ellas ni siquiera pararían mientes en el asunto, gozosas al verse libres de un intruso.

Cuando llegó a Coltermore Gardens, frente a la casa del Profesor, una de las más limpias y sobrias de ese respetabilísimo barrio, comenzó a concebir la cobarde esperanza de que el Profesor estuviera ausente, en cuyo

caso sólo necesitaba dejar el catálogo, y escribir una carta, anunciando su mal éxito y devolviendo el billete...

Así fué realmente. El Profesor "no estaba", pero Horacio no recibió la noticia, con tanto placer como había imaginado. La criada le dijo que las señoras estaban en el sa-



Le debo mis excusas, dijo Horacio.

lón, y pareció invitarle a subir... Penetró adentro... No permanecería allí sino un momento... justamente el necesario para explicar su negocio, y dejar en claro que no había pretendido en modo alguno, acercarse allí como un intruso. Encontró a la señora Futvoye en la parte más retirada del doble salón, ocupada en escribir cartas. Silvia, más espléndidamente hermosa que nunca, vestida de negro y con el pecho adorna-lo con un ramo de violetas, estaba sentada con un libro en la mano, en la parte anterior del salón. Al ver a Horacio se manifestó sorprendida, casi disgustada.

—Le debo mis excusas, dijo Horacio con tono involuntariamente seco, por llegar aquí a una hora tan poco conveniente... pero es el hecho que el Profesor...

—Lo sé perfectamente, interrumpió la señora Futvoye bruscamente, mientras dirigía sobre Horacio la mirada escrutadora, casi

agresiva, de sus ojos grises. Sabemos la manera inconveniente con que mi marido ha abusado de su bondad. Ha hecho muy mal, ciertamente, en pedir a un hombre ocupado que deje sus trabajos para perder todo el día en ese remate estúpido.

—Oh! yo no tenía nada particular que hacer. Por desgracia, no puede llamármese un hombre ocupado, dijo Horacio con la natural franqueza del que evita ocultar aquello que todo el mundo debe saber.

—Hace Ud. perfectamente en aclarar este punto; pero, de todos modos, él no debió ocupar a Ud. ni tomarse semejante confianza. Y todavía, para hacerlo peor, ha salido repentinamente esta noche... Pero volverá muy pronto, y si Ud. desea esperarlo...

—No es necesario que lo espere, dijo Horacio, porque en este catálogo encontrará el cuanto necesite. Por lo que respecta a los objetos que particularmente le interesaban, se remataron a precios mucho más altos que los indicados por él, y así, no me fué posible adquirirlos.

—Me alegra mucho, por cierto, dijo la señora Futvoye porque su estudio está ya repleto de viejas cosas inútiles, y no deseó que la casa entera parezca un museo o una tienda de antigüedades. Paso todas las penas del mundo para persuadirle de que una gran caja de momia, pintarrajeada, no es el objeto más adecuado para adornar un salón... Pero, tenga Ud. la bondad de tomar asiento, Mr. Ventimore.

—Gracias, murmuró Horacio, pero no debo quedarme. Ud. me hará el servicio de decir al Profesor que he sentido mucho no encontrarlo, y devolverle el billete que me dejó para cubrir una probable garantía. No deseo molestar a ustedes por más tiempo por ahora.

Horacio, por lo general, era imperturbable en sus modales como hombre de sociedad, pero ahora, presa de un salvaje deseo de huir, cometía, casi sin darse cuenta, tantas torpezas como el más aturdido colegial.

—Nada de eso, dijo la señora Futvoye. Estoy segura de que mi marido se sentirá mortificado en extremo si no lo encuentra a Ud. a su vuelta.

—No debemos hacer más instancias al señor Ventimore de que se quede, si él desea marcharse, dijo cruelmente Silvia.

—Bien, sino lo retendré muy largo rato, pero le agradecería que esperase un momento a fin de hacerme el servicio de echarme de pasada una carta en el buzón. Así la tengo concluida y debe ir esta noche, y co-

mo la criada está enferma, en realidad no tengo de quién valerme.

Habría sido imposible, aun queriéndolo, rehusar el permanecer allí, después de esto. Sería sólo cuestión de unos pocos minutos. El no molestaría ya más a Silvia. La señora Futvoye regresó a su escritorio, y Silvia y Horacio quedaron prácticamente solos.

Ella tomó un asiento no lejos de él y pronunció algunas frases indiferentes, a las que él dió mecánicamente respuesta. Le parecía absurdo que esa niña fuera la misma que algunas semanas antes, en las playas entreñadas se había abandonado a su amistad con una franqueza tan amable y tan llena de promesas.

Y lo peor de todo, era que ella parecía ahora más encantadora que nunca. Sus bien torneados brazos se dibujaban maravillosamente al través de sus mangas negras. Su abundante cabellera de color castaño, brillaba con reflejos dorados a la luz de la lámpara, colocada a su espalda. Pero la imperceptible contracción de sus cejas y la expresión de su delicada boca, denotaban cansancio, seaso fastidio.

—Cuánto tiempo se demora mi señora madre en su dichosa carta, dijo al fin. Pienso que sería mejor que vaya a apuraria.

—No... no la incomode, a menos de que Ud. esté particularmente deseosa de que me vaya.

—Es Ud. el que parece particularmente deseoso de irse, dijo ella con tristeza... Y, a la verdad, nuestra familia le ha quitado a Ud. todo su tiempo, el día de hoy.

—No me hablaba Ud. así en Saint Luc, dijo él.

—En Saint Luc, puede ser que no. Pero en Londres todo es muy diferente, como Ud. ve

—Muy diferente.

—Una suele encontrarse en el extranjero con gente que... parece inclinarse a ser sociable, continuó ella, y se inclina a considerarlos más agradables de lo que son en realidad. Después se las vuelve a encontrar y una queda admirada, pensando qué puede haber habido de nuevo en ellas... ¡No es así, señor mío?

—Así es, dijo él, titubeando, aunque en verdad no sé qué pueda yo haber hecho para merecer oír lo que Ud. me está diciendo.

—Si no le estoy haciendo cargos. Su conducta es de lo más angelical posible. No sé cómo mi padre pudo imaginar que Ud. se tomara tantas molestias en su obsequio.

—Pero, por Dios, Silvia, no sabe Ud. que siempre será para mí una dicha, prestar el

menor servicio, a él o a cualquiera de los tuyos?

—Sin embargo, Ud. parecía todo menos un hombre feliz, cuando llegó, hace apenas un momento... lo que parecía Ud. era un hombre deseoso de marcharse cuanto antes fuera posible. Si Ud. permanece aquí, es sólo por esperar que mi madre acabe de escribir su carta, y le deje a Ud. en libertad. Piensa en realidad que no he comprendido muy bien esto?

—Sí, todo esto es cierto, o parcialmente cierto, ¿puede Ud. conjeturar la causa?

—Lo que yo conjeturo, del modo cómo se presentó Ud. esta tarde, es que Ud. está sentido porque mi madre no lo invitó a su casa el otro día, cuando vino a vernos: probablemente Ud. pensaba antes que le sería agradable vernos nuevamente, pero ahora no sucede lo mismo. Lo vi directamente en su cara: Ud. se había convertido en un ser convencional, etiquetero, y esto me hizo también a mí ser convencional y etiquetera. Ud. se fué decidido a no volver a poner los pies en esta casa, y a no vernos en adelante más, ni acordarse de nosotros. Por eso me puse furiosa, cuando supe que mi padre lo había buscado a Ud. para hacerle ese encargo...

—Debo dejar las cosas en su sitio, dijo, pero acaso ello no es posible. Ello no está en los usos del mundo. ¡Pero puedo decirle el por qué me era penoso encontrar a Ud. de nuevo! Senti que Ud. había cambiado, que deseaba no olvidar, ni que yo me olvidara de que habíamos sido amigos por muy corto tiempo. Yo nunca me agravié por ello: era tan natural... pero fué para mí muy duro, tan duro, que no me sentí con fuerzas para repetir la experiencia.

—¿Le fué entonces muy duro? dijo Silvia, muy bajo. Probablemente tengo un poco de culpa, pero muy poco. Sin embargo, agregó, con una encantadora sonrisa que hizo dibujarse dos preciosos hoyitos en sus rosadas mejillas, sin embargo, ahora que nos hemos explicado, ¿no es cierto que Ud. no pretenderá arrancarse tan luego de aquí?

—Creo, dijo Horacio, siempre determinado a no dejar salir de sus labios ninguna declaración directa, pienso que sería acaso lo mejor que yo partiera.

Los entreabiertos ojos de Silvia brillaron

al través de sus largas pestañas. El ramo de violetas que adornaba su pecho subía y bajaba.

—No sé si entiendo, dijo en un tono a la vez triste y ofendido.

Existe cierto placer cuando se cede a la tentación, que compensa plenamente toda resistencia anterior. Sucediera lo que sucediera, él estaba resuelto a no permanecer por más tiempo en el misterio.

—Sí: yo debo decírselo, murmuró al fin. Es que yo la amo a Ud. sin esperanza. Ahora, ya Ud. sabe la razón.

—No me parece esta una razón muy bu-



Comprendo perfectamente cuán insensato es mi amor.

na para desear marcharse, y no verme más... ¡No es así?

—Sí, porque no tengo derecho para hablar a Ud. de amor.

—Pero, sin embargo, Ud. lo ha hecho.

—Lo reconozco, dijo él con voz contrita. No pude evitarlo... Se me escapó... Comprendo perfectamente, cuán insensato es mi amor.

—Si Ud. lo comprende con tanta seguridad, hace muy bien en no ensayar... fortuna.

—Silvia!... Ud. no puede sentir lo que dice... Ud. al menos me compadece...

—¿Ud. realmente lo cree? dijo ella con una franca risa de felicidad. ¡Ud. lo cree!... ¡Qué estúpido es Ud.! Y sin embargo... yo lo quiero y mucho.

El le cogió la mano, y ella se la dejó tomar sin resistencia.



Usted no se enojará demasiado. ¡No es cierto?

—¡Ah! Silvia... entonces Ud... Ud... Pero, Dios mío! ¡Qué egoista soy!... Porque no podemos casarnos. Pasarán años antes de que pueda llevártela conmigo... Ni su padre, ni su mamá, querrán oír nada de semejante amor.

—Tendrán que oírla, y muy luego... Ahora mismo, Horacio.

—Sí, deben oírla. Me sentiría avergonzado si no lo dijera todo a su madre, pasare lo que pasare.

—Entonces no pasará Ud. vergüenza ninguna, porque iremos ahora mismo, juntos y se lo diremos.

Y Silvia se levantó de su asiento, y penetrando como un torbellino en la pieza de su padre, puso sus brazos alrededor del cuello de la señora Futvoye.

—Mamacita preciosa, le dije muy ojito... la culpa es suya por escribir cartas tan largas... pero... pero... yo no sé cómo ha sucedido... pero Horacio y yo... estamos en cierto modo de novios... ¿Ud. no se enojará demasiado? ¡No es cierto?

—Ustedes dos son un par de locos, dijo la señora Futvoye, mientras se desembarraba de los brazos de Silvia y volvía su rostro hacia Horacio. Por todo cuanto sé, Ud. señor Ventimore, no está en circunstancias de poder casarse tan pronto.

—Desgraciadamente no, dijo Horacio.

Muy poco o nada hago en mi profesión. Pero la fortuna puede venir de un momento a otro. Yo no pido que me den a Silvia hasta entonces.

—Y Ud. piensa como Horacio, dijo Silvia en tono suplicante. Yo estoy resuelta a esperarlo a él todo el tiempo que sea necesario... Nada de este mundo será capaz de hacérmelo olvidar... y nunca, nunca, podré pensar en otro hombre... Ud. ve que tiene de todos modos que decir que sí...

—Posiblemente haré una locura, dijo la señora Futvoye. Debi prever esto en Saint Luc. Silvia es nuestra única hija, Mr. Ventimore, y habría deseado verla hacer un gran matrimonio... Ahora esto me está pareciendo muy difícil. Estoy cierta de que su padre nunca aprobará semejante cosa... Lo mejor es no decirle una palabra... ello serviría sólo para irritarlo.

—Desde el momento que Ud. no está contra nosotros, dijo Horacio ¡me permitirá siquiera verla?

—No debería permitirlo, dijo la señora Futvoye, pero no impediré que Ud. venga aquí como un visitante ordinario. Sólo que, téngalo bien entendido, mientras Ud. no pruebe, a la satisfacción de mi marido, que Ud. es capaz de mantener a Silvia, en la forma en que ella está acostumbrada, no hay aquí ningún compromiso formal. Creo que tengo derecho para pedirle a Ud. por lo menos esto.

Era tan razonable la petición de la señora Futvoye, y se había mostrado tanto más indulgente de lo que Horacio esperaba, que éste aceptó sus condiciones casi con gratitud. Después de todo, lo más importante para él era ser dueño del amor de Silvia y tener el derecho de poder verla de vez en cuando.

—Ha sido una desgracia, dijo Silvia pensativa, un momento después, cuando su madre hubo vuelto a escribir su carta, mientras conversaba con Horacio de su porvenir, es una desgracia, que Ud. no consiguiere comprar alguna cosa en ese dichoso remate. Eso lo habría levantado a los ojos de mi papá.

—Sí... sí, compré algo, por mi propia cuenta, dijo él, aunque pienso no es ello, cosa que me proporcione hallar gracia a los ojos de su papá.

Y le contó cómo había adquirido la botella de bronce.

—¿Y Ud. dió una guinea por eso? dijo Silvia, cuando pudo comprar exactamente la misma cosa, en cualquier tienda por sie-

te peniques y medio. Nada semejante es del gusto de mi padre, si no está mohosa y tiene muchos siglos.

—La botella está muy mohosa y parece muy vieja. Yo la compré porque tuve la fantasía de que, como no estaba en el catálogo, bien podía interesar al profesor.

—¡Oh! exclamó Silvia, batiendo sus lindas manos, ¡ojalá sea así. Horacio! Ojalá resulte una cosa extraordinariamente rara y valiosa. Esto sólo bastaría para que él consintiera en todo... Ah... pero siento sus pasos allá afuera... Viene entrando... No se olvide de hablarle de la botella.

El profesor no parecía traer el mejor de los humores, cuando entró en el salón.

—Siento mucho, dijo, haberme visto precisado a salir de mi casa, y que no hubiera aquí sino mi mujer y mi hija, para entretener a Ud. Pero me alegra mucho de que me haya esperado... la verdad... me alegra mucho.

—Yo también me alegra, repuso Horacio.

Y procedió a dar cuenta del remate, lo que no mejoró ciertamente, el humor del profesor.

—Debí ir personalmente, dijo. Esta taza, un verdadero ejemplar del arte persa en el siglo XVI rematada sólo en cinco guineas. Habría dado por ella a lo menos diez... Vaya... Vaya... Pensé que podía confiar en el juicio de Ud. con mejor resultado.

—Si lo recuerda, señor, Ud. me fijó estrictamente el límite de lo que yo podía ofrecer.

—Nada de eso, repuso el profesor. Mis notas marginales eran simplemente indicaciones aproximativas y nada más. Ud. debió comprender que si adquiría alguno de estos objetos, a cualquier precio yo habría aprobado.

Horacio no tenía motivo, para haber comprendido nada de este género, y si muchas razones para creer lo contrario, pero no encontró prudente continuar discutiendo la materia, y declaró simplemente que sentía mucho haberse equivocado.

—Sin duda, la culpa es mía, dijo el profesor en un tono que sin embargo implicaba reproche... Aun descartando su inexperiencia en estas materias, habría creído imposible que alguien pudiera perder el día entero en un remate, como ese, sin adquirir un objeto siquiera.

—Pero si, dijo Silvia, Mr. Ventimore remató un objeto, por su propia cuenta. Era una botella de bronce no señalada en el catálogo y que él cree puede tener algún

valor... Y desea mucho conocer la opinión de Ud. sobre la materia.

—Bah, dijo el profesor. Algún objeto moderno de bronce, casi es seguro. Habría hecho mejor en guardar su dinero. ¿Cómo es esa botella, que tanto le gusta?.. ¡Eh?

Horacio la describió.

—Hum!... Parece ser lo que los árabes llaman un Kum-Kum, usada probablemente como rociador, o para guardar perfumes... Hay cientos de ellas en todas partes, comentó el profesor agriamente.

—Tenía una tapa, soldada al parecer, continuó Horacio, la forma general era más o menos esta...

E hizo un rápido bosquejo de memoria, que el profesor tomó de mala gana... Despues, colocándose los lentes examinó el dibujo, y agregó ya con mayor interés:

—Ah!... La forma es ciertamente antigua... Y ¿dice Ud. que está herméticamente tapada? Bien puede contener dentro algo interesante.

—Acaso un genio, como la botella sellada que encontró el pescador de las Mil y



Debí ir personalmente, dijo.

una Noches, exclamó Silvia. ¡Qué divertido sería!

—Por genio, dijo el profesor, supongo que tú entiendes lo que los ingleses llaman en estilo académico Jinnee, femenino Jinnech, y plural Jinn... No... No creo que sea eso lo que podamos encontrar en la botella. Pero no es enteramente imposible que ese receptáculo herméticamente cerrado, como lo describe Mr. Ventimore, haya sido destinado para contener papiros u otros objetos de interés arqueológico, para ser preservados allí. Le recomendaría a Ud., señor, usar las mayores precauciones al remover la tapa, para no exponer los documentos, si los hay, al contacto demasiado brusco del aire exterior; y todavía sería mucho mejor que no los manejase Ud. con sus manos inhábiles. Estoy curioso por sa-

norte de la Plaza Vincent, en que vivía desde algunos años atrás. Eran cerca de las doce de la noche, y tanto su portera como el marido de ésta se habían ya recogido.

Ventimore subió hasta su comedor, confortable departamento con dos grandes ventanas, sobre un corredor o verandah. La pieza estaba adornada por él mismo, de acuerdo con sus propios gustos, y estaba muy lejos de mostrar la fealdad monótona, común en las habitaciones de los solteros.

Reinaba una obscuridad profunda, porque la estación era todavía muy suave, para que hubiera sido necesario poner fuego, y así Horacio debió andar a tientas un largo rato antes de dar con los fósforos y encender su lámpara. Hecho esto y al dar vuelta el cuerpo, el primer objeto con que tropezó su vista, fué la deforme botella, de grueso cuello, que había adquirido aquella tarde y que yacía ahora en un rincón junto a la chimenea... Por lo visto se la habían remitido con desusada prontitud.

Al verla sintió una especie de repulsión.

Al verla sintió una especie de repulsión.

—Es una cosa aún más fea e inútil de lo que he imaginado, pensó Horacio... Cualquier adorno para mi chimenea habría sido tan apropiado para completar el arreglo de esta sala... ¡Y he sido tan bestia como para gastar una guinea en semejante estropajo!... Me admiraría que contuviese dentro alguna cosa... Aunque es tan infernalmente fea, que bien pudiera ser útil. El profesor parecía imaginar la posibilidad de encontrar ahí documentos... De todas maneras voy a ver qué hay...

Comenzó a rasguñar el largo y macizo cuello de la botella, tratando de arrancar la tapa, pero ello le fué imposible... Estaba muy sólidamente fija, por medio de ciertas incrustaciones de color de lava.

Decidió arrancar primero aquella costra como le fuera posible, y después de buscar por todos los rincones de la casa, trajo un martillo y un cincel, y con la ayuda de estos instrumentos comenzó a destruir poco a poco la lava endurecida que cubría la botella. Al fin quedó en descubierto una espe-

ber si eso contiene alguna cosa... y de qué especie.

—Abriré la botella con todo el cuidado posible, dijo Horacio, y cualquiera cosa que contenga, esté Ud. seguro de que vendré a comunicársela.

Se despidió a los pocos momentos, elecrizado por la radiante mirada de Silvia y por la suave presión de su linda mano.

Había sido ampliamente recompensado por sus horas perdidas en la sala de remate. Su suerte, seguramente iba a cambiar: todos los éxitos le esperaban ahora... y hacia castillos en el aire, como si tuviese a su servicio a los genios de la fortuna.

Pensando todavía en Silvia, penetró en una vieja casa, semi-aislada del costado



cie de armadura metálica, que parecía ser la tapa.

Procuró arrancarla, lo que hubo de costarle no poca fatiga. Por último, colocando la botella entre sus rodillas tiró de ella con todo el vigor de sus músculos... El tapón cedió poco a poco... Un esfuerzo más, y saltó bruscamente con tanta violencia que Horacio fué arrojado contra la esquina de la chimenea...

Tuvo la vaga impresión de que la botella rodaba por el suelo, mientras salía de su boca una gigantesca columna de densa y negra humareda. Sentía al mismo tiempo invadir sus sentidos por un perfume penetrante y embriagador.

—He dado con una especie de máquina infernal, pensó... No tardará en estallar... y mis restos volarán hasta el medio de la plaza.

Y... en el preciso instante en que llegaba a una conclusión tan consoladora, perdió los sentidos por completo...

Su desmayo no pudo durar sino unos pocos segundos, porque cuando volvió a abrir los ojos, la pieza estaba aún obscurcida por la densa humareda, al través de la cual le pareció discernir vagamente la figura de un extranjero de elevada y casi colossal estatura. Pero esto era sin duda una simple ilusión de óptica, porque en cuanto la humareda se hubo disipado, el visitante pareció tener sólo una estatura ordinaria... Era anciano y de aspecto venerable. Llevaba un traje oriental, de color verde oscuro, y se mantenía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, murmurando algo en voz baja y solemne y en una lengua que para Horacio era completamente desconocida.

Ventimore, aún bajo la impresión del golpe que recibiera, no se sorprendió demasiado a la vista de aquella extraña figura. Supuso que su propietario, Mr. Rapkin, habría alquilado, su piso segundo a un oriental. Habría preferido como compañero a un inglés, pero ese extranjero, bien pudo haber visto salir humo de la pieza, y acudió allí por si era necesario su auxilio.

—Ha sido Ud. muy amable, señor, en venir a socorrerme—dijo, mientras procuraba ponerse de pie.—No sé exactamente lo que ha ocurrido, pero no debe ser cosa de importancia... Sufri una especie de choque... Pero... ¿Supongo que Ud. habla el inglés?

—Ciertamente... Puedo hablarlo en for-

ma de ser entendido por los que me escuchan—respondió el extranjero.—¿Acaso no comprendéis mi lenguaje?...

—Perfectamente, señor—dijo Horacio.—Pero... usted me hacía antes alguna observación en una lengua para mí desconocida... ¿Tendría usted la bondad de repetiría?

—Yo decía: "Me arrepiento, oh, Profeta de Dios! No volverá a repetirse mi pasada conducta"...

—¡Ah!—dijo Horacio—;acaso se sobresaltaría, como yo, con la bulla que se arañó cuando destapé la botella?

—Decidme: ¿fué en verdad vuestra mano la que removió el sello, oh joven, lleno de bondad y buenas acciones?

—Por cierto; yo la abrí—dijo Ventimore, aunque no sé ni qué bondad pudo haber en ello, ni mucho menos lo que esa botella tenía dentro....

—Yo estaba dentro—dijo con calma el extranjero.

CAPITULO IV

Sin límites

—Así, ¿Usted estaba dentro de esa botella?—dijo Horacio con suavidad.—Es singular...

E imaginó tener que habérselas con algún loco asiático a quien podía seguir el humor por un buen rato. Afortunadamente no parecía muy peligroso, aunque su aspecto era de todo punto excéntrico. Sus cabellos caían en desordenada profusión desde su elevado turbante, sobre sus mejillas, de un tinte uniforme de color de ruibarbo.... Su barba gris se dividía en tres largas franjas, y sus ojos, largos, estrechos, oblicuos, de reflejos opalinos, muy apartados el uno del otro tenían una expresión extraña, que denotaba a la vez majestad y sencillez casi infantil.

—¿Dudáis acaso de la verdad de mis palabras? Os digo que he sido confinado en ese estrecho vaso muy largos siglos. ¿Cuántos? No lo sé... éstos son incalculables; exceden a todo cálculo humano.

—Jamás me habría imaginado, señor, dando el aspecto suyo que hubiera Vd. podido permanecer tanto tiempo en esa botella—dijo Horacio con toda cortesía.—De todos modos, era tiempo ya que usted cambiara de régimen de vida... Pero si no soy indiscreto, ¿puedo preguntarle cómo vino usted a colocarse en una situación tan poco agradable?... Aunque, probablemente, lo ha olvidado usted ya....



Al través de la denso humareda le pareció discernir la figura de un extranjero.

—Olvidado!—dijo el otro, mientras despedían rayos sus ojos de color de ópalo.—Muy sabiamente ha sido escrito: "Dejad hacer beneficios al que desea cosechar olvidos; pero la memoria de una injusticia no se borra jamás".... Yo no olvido ni los beneficios ni las injusticias.

—Este viejo señor ha sufrido un agravio—pensó Horacio—y se ha vuelto loco de las resultas... Buena persona por cierto, para vivir con ella en la misma casa!

—Sabed, ¡oh tú, el más generoso de los mortales!—continuó el extranjero—que el que os habla en este momento es Fakrash-el-Aamash, uno de los Genios Verdes. Yo habito en el Palacio de la Montaña de las Nubes, sobre la ciudad de Babel, en el Jardín de Iram, de que vos indudablemente habéis oido hablar.

—Creo conocerlo de nombre—dijo Horacio, como si se tratara de una dirección del Guía Baedeker... Un sitio delicioso, sin duda alguna.

—Tenía yo una pariente, Bedea-el-Jemal, de incomparable hermosura y sobrenaturales perfecciones. Y en vista de esto y porque ella, aun cuando Genia era creyente en Dios, despaché mensajeros hasta Salomón el Grande, el hijo de David, ofreciéndole su mano en matrimonio. Pero un cierto Jarjares, el hijo de Rymos, el hijo de Eblis (sea su nombre maldito) miraba con ojos de concupiscencia a la doncella, y se fué directamente donde Salomón y supo persuadirlo de que yo proyectaba una artificiosa celada en perjuicio del Rey...

—Y por supuesto usted no había pensado en semejante cosa?—dijo Ventimore.

—Para una lengua venenosa, las cosas más pequeñas son transfiguradas en bajezas—contestó el extranjero en forma un tanto evasiva. El hecho fué que Salomón (para quien haya siempre paz) dió oídos a la voz de Jarjares y no quiso recibir a la doncella... Además, ordenó que yo fuera prendido y aprisionado en una botella de bronce, y arrojado dentro del mar de El-Kar, hasta el día del juicio final....

—Muy mal hecho.... Verdaderamente fué ese un atropello—murmuró Horacio en el tono más simpático que pudo.

—Pero hoy, gracias a vuestros generosos esfuerzos, oh, vos el de los más nobles sentimientos y el de las más bellas acciones, la libertad me ha sido restituida... Si yo os sirviera por miles de años, sin atender a otra empresa alguna, si satisficiera para siempre vuestros deseos más insignificantes,

aún mi deuda no quedaría extinguida. Toda mi gratitud no alcanzará jamás lo que vos habéis merecido....

—Oh! señor; yo le pido que no se moleste... No vale la pena... Me alegra si mucho de haberle sido útil en algo.

—En el cielo está, escrito, y en las páginas del aire, "quien ejecuta buenas acciones hallará su recompensa". No soy un ingrato entre los Genios... Pedid y recibréis

—¡Pobre viejo loco!—pensó Horacio—Está completamente chiflado, a la verdad... Quiere sin duda hacerme algún present... yo no debo sin duda aprovecharme de su demencia.

Y luego agregó en voz alta:

—Mi apreciado Mr. Fakrash, yo no he hecho nada, nada que valga la pena... Y aunque hubiese hecho algo... no podía, la verdad, aceptar por ello un pago de parte de usted.

—¿Cuáles son vuestros nombres? ¿Cómo os llaman las gentes? ¿Dónde habitáis?

—Perdone usted... Debi haberme presentado oportunamente. Dje darle mi tarjeta —y Ventimore le dió una que el otro tomó, guardándola en su manga. Esta es la dirección de mi oficina. Yo soy arquitecto... Mi negocio es construir casas, iglesias, mezquitas como dicen ustedes... en fin, todo cuanto es posible edificar.

—Utilísima ocupación, por cierto, y que debe ser pagada con oro en potvo.

—En mi caso—confesó Horacio—el pago hasta ahora no ha venido. En otras palabras, nunca he sido pagado, por la sencilla razón de que no tengo aún clientes...

—¿De qué clientes habláis? ¿Qué entiendéis por esto?

—Bien. El cliente es cualquiera persona honrada que necesita construir un edificio y no se cuida mucho de cuánto ha de gastar en él... Debe haber infinitos de ellos en el mundo, pero no parecen conocer el camino de mi oficina.

—Concededme un espacio de tiempo, y yo os proporcionaré un cliente de esa naturaleza, si ello es posible bajo el sol.

Horacio no pudo menos de pensar que una recomendación de semejante espantajo difícilmente sería de mucho crédito; pero como el pobre viejo se imaginaba evidentemente bajo el peso de una obligación de que a toda costa quería descargarse, le pareció cruel arrojar agua fría sobre sus buenas intenciones.

—Mi apreciado señor,—le dijo suavemente,—si usted por casualidad se topa con ese

particular tipo de cliente que yo necesite y puede hacerle convenir en que yo soy el mejor de los arquitectos, lo cual, sea dicho entre nosotros, es la verdad, aunque nadie hasta ahora ha parado mientes en ello; si usted consigue, en suma, determinarlo a venir en mi busca, usted me hará el mayor servicio que yo pueda esperar... Pero no se moleste usted demasiado...

—Será una de las cosas más sencillas entre las imaginables—dijo el visitante; esto en el caso (añadió mientras una nube de dolorosa duda atravesó por su rostro), esto, si aún conservo alguna pequeña parte de mi antiguo poder.

—Muchas, muchas gracias, señor—pero, vuelvo a repetirle que no se tome usted molestia alguna. De todos modos, agradeceré sus buenos deseos, como si ellos se realizaran.

—Antes que nada, será prudente averiguar dónde se encuentra Salomón, a fin de hacer mis paces con él y humillarme ante su majestad.

—Sí—dijo Horacio con amabilidad.—Es, en efecto, una buena idea, en la cual no había reparado... Pero en este momento no es oportuno... Es la hora de irse a la cama... Dejémoslo para mañana por la mañana.

—Es extraño este sitio en el cual me encuentro... No sé, en verdad, qué dirección he de tomar... Pero mientras no haya encontrado al Profeta de Dios y Justificadome ante sus ojos y tomado venganza de Jarjares, mi enemigo, no puedo permanecer en paz.

—Bueno, bueno, pero recójase antes a su cama, como cumple a un anciano respetable,—dijo Horacio políticamente, tratando ansiosamente de evitar que ese infeliz asiático demente cayera en manos de la policía.—Después—continuó—después, sobrará tiempo para buscar a Salomón, desde mañana por la mañana.

—He de registrar en su demanda hasta las más escondidas naciones del universo.

—Tiene usted mucha razón, y puede usted estar seguro de hallarlo en alguna de ellas... Pero esta no es hora de emprender un viaje: los últimos trenes han partido hace ya bastante rato.

Mientras así hablaba Horacio, el viento de la noche trajo al través de los aires, el sonido de las campanas de Westminster, que daban la una de la mañana.

—Hablaré mañana a Mr. Raptins—pensó Horacio—y le pediré que llame a un doctor y entregue a su cuidado a este infeliz. El pobre no parece en estado de andar suelto por esas calles.

—Partiré ahora mismo, en este preciso momento—insistió el extranjero.—No hay tiempo que perder.

—¡Oh, señor!—dijo Horacio.—Después de tantos miles de años, unas pocas horas de más o de menos no me parecen constituir una diferencia apreciable y digna de ser tomada en cuenta... Además, usted no podría salir ahora, porque la puerta de calle está ya cerrada, y ni yo ni usted tenemos la llave.

Permitame, pues, acompañarlo hasta sus habitaciones.

—De ningún modo... Debo dejarlos por un tiempo, largo acaso, oh joven mancebo de bondadosa conducta. Pero, sean vuestros días afortunados, y la puerta de vuestra morada sea estrecha para contener a vuestros amigos, y véase hundida en el polvo la frente de los que os envidiasen, porque vuestro amor ha penetrado en mi corazón, y si me es permitido, os elevaré sobre todos los mortales, cubriéndos con el velo de mi protección.

Así que concluyó su arenga, la que pronunciara con extraordinario espanto de Ventimore, pareció hundirse, evaporarse al través de la muralla que tenía a sus espaldas... De todos modos, ya no estaba allí... Y Horacio se encontró solo.

La cabeza le ardía, y no pudo menos de restregarse con ambas manos la sudorosa frente.

—No... no es posible que se haya escrurrido al través de la pared, pensó. Eso es demasiado absurdo... La verdad es que me encuentro esta noche un poco excitado, no es maravilla, después de cuanto me ha ocurrido. Lo mejor que puedo hacer es irme luego a la cama.

Y así como lo pensó, así lo hizo.

(Continuará).



Artículos Fotográficos

HANS FREY

— VALPARAISO —

Pida usted Catálogo

SANTIAGO
MORANTE, NUMERO 248
CASILLA 1129
TELEFONO INGLES 778

PEREZ & SWINBURN

CONCEPCION
BARROS ARANA NUM. 436
CASILLA 226

AUTOMOVILES "WHITE"

Compañías de Vapores { R. W. James & Co. - Vapor "Flora"
Nelson Steam Navigation Co. Ltd.
* * * Vapores de Buenos Aires a Europa

Compañías de Seguros { London & Lancashire • * * * *
North British & Mercantile • *

MATERIALES para construcciones.

ID. para Alcantarillado.

ID. y artículos Sanitarios.

PIERRO galvanizado, acabado inglés y americano.

PIERRO en planchas, negro y en barcas.

ALAMBRE galvanizado y negro.

"QUEMADORES DELTA" incinerador de basuras.

SILLAS inglesas: Champion y Parker,

CEMENTOS extranjeros y del país.

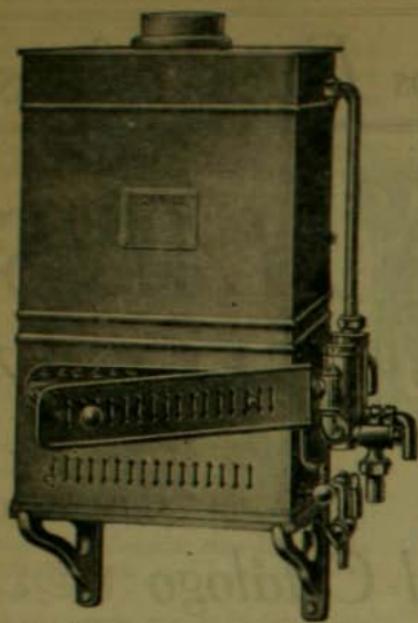
PINTURAS "Glidden": Stucolor, Velvylac, Japalac y varias clases de pinturas y barnices.

PINTURA Zinc en pasta.

AGUARRAS.

ACEITE de linaza.

NAFTA para Automóviles.



Para ser perfecta una instalación
de Baños debe tener un Vesuvius

"Vesuvius"

Calentador y Distribuidor Automático
de agua bajo presión

Aparato enteramente metálico sin
piezas de goma ni celofán



En venta donde:

Morrison y Cía.

Santiago-Valparaíso

Styles y Cía. Santiago

POR MAYOR:

NOTTELLE y Cia., Agentes, Huérfanos 1039, Santiago

En su empeño por desarrollar la afición de los viajes, procura
ndo facilidades a los viajeros, PACIFICO MAGAZINE
publicará en breve un

GUIA MANUAL DEL VIAJERO EN CHILE

Rogamos en consecuencia a los señores HOTELFROS, EMPRESARIOS DE
TRANSPORTE POR MAR, RIOS O TIERRA, DUEÑOS DE CAFEES Y
RESTAURANTS, ETC. SE SIRVAN REMITIR OS UNA NOTA ACOMPAÑADA DE UN FE-
COTÉ EN ESTE AVISO, INDICANDO SU DIRECCIÓN, TARIFAS DE PRECIOS Y ITINERARIOS

Las inserciones en el Guía serán ABSOLUTAMENTE GRATIS

Viaje de lujo por Europa

Pacífico Magazine puede ofrecer a sus lectores, de acuerdo con la importante casa de Thos. Cook & Son, la realización de un viaje por Europa

a precios absolutamente excepcionales

Nuestro pasaje comprende: boleto de vapor y ferrocarriles, en primera clase, ida y vuelta, alojamiento en hoteles sólo de primera clase, incluido aposento, luz, servicio, desayuno, almuerzo y comida; comidas durante los viajes y excursiones, traslado de las estaciones a los hoteles y vice-versa, coches, automóviles, guías, entradas a los monumentos, museos y curiosidades, etc., etc.

El viajero es absolutamente independiente en su viaje, y puede escoger, entre centenares de hoteles de primera clase, aquellos que prefiera en las diferentes ciudades y puntos de recreo en Europa; pero en todos encontrará a su servicio, absolutamente gratis, coches, guías y automóviles, según se especifique en el itinerario adjunto

No es un viaje económico sino de lujo y en espléndidas condiciones

Cada viajero puede partir en el vapor que crea más conveniente, y modificar el itinerario escogido en la forma que prefiera.

ITINERARIO RECOMENDADO POR PACIFICO MAGAZINE

63 DIAS

Llegada a Liverpool:

- 1 Días Salida para Londres.
 2|4 " En Londres.—Dos días visita de la ciudad en coche con guía. Otro día excursión en automóvil a Hampton Court.
 5 " Salida para Bruselas.
 6 " En Bruselas.—Visita de la ciudad en coche con guía.
 7 " Saca para Lieja
 8 " Salida para Colonia.
 9 " En Colonia.—Visita de la ciudad en coche con guía.
 10 " Salida para Coblenza.
 11 " Salida para Francoforte, vía Mayenza.
 12 " En Francoforte.—Visita de la ciudad en coche con guía.
 13 " Salida para Heidelberg.
 14 " En Heidelberg por la mañana y por la tarde salida para Basilea.
 15 " En Basilea por la mañana y por la tarde salida para Lucerna.
 16|7 " En Lucerna.—Un día subida a la cima del Rigi en Funicular. Otro día excursión en vapor sobre el lago hasta Flüelen.
 18 " Salida para Milano, vía San Gotardo.
 19|20 " En Milano.—Un día visita de la ciudad en coche con guía, incluido una visita a la catedral.

- 21 Días Salida para Venecia.
 22|3 " En Venecia.—Un día visita de la ciudad y excursiones en góndola, con guía.
 24 " Salida para Bolonia.
 25 " Salida para Florencia.
 26|8 " En Florencia.—Dos días visita de la ciudad en coche con guía.
 29 " Salida para Roma.
 30|5 " En Roma.—Cuatro días visita de la ciudad, en coche con guía.
 36 " Salida para Pisa.
 37 " En Pisa.—Por la mañana visita de la ciudad en coche con guía y por la tarde de salida para Génova.
 38 " En Génova.—Visita de la ciudad en coche con guía incluido una visita al Cementerio.
 39 " Salida para Montreux.
 40 " En Montreux.—Excursión en funicular al Rocher de Naye.
 41 " Salida para Ginebra.
 42 " En Ginebra.—Excursiones sobre el lago.
 43 " Salida para París.
 44|62 " En París.—Cuatro días visita de la ciudad en coche con guía. Otro día excursión en automóvil a Versalles.
 Otro día excursión en automóvil a Fontainebleau.
 63 " Salida para La Palice.

Precio total con vapor de ida y vuelta

189. Libras Esterlinas

Todos los viajeros, desde los más ricos hasta los más pobres, aprovechan hoy de las facilidades que proporcionan estos viajes.

Absolutamente independientes y de todo lujo

VIAJES ECONOMICOS

Próximamente podremos contar viajes económicos a precios fuera de toda competencia.

No parta para Europa, sin imponerse de las facilidades y economía que podemos proporcionar. Nada les cuesta.

De 3 a 4 P. M.: Empresa Zig-Zag.—Teatinos 666.—Santiago

PACIFICO

MAGAZINE



A LOS AGRICULTORES

Ponemos en conocimiento de nuestros amigos y de los agricultores en general, que para el 1.o de Febrero próximo quedarán terminadas las grandes bodegas que hemos construido en el barrio de la Estación Central para la recepción y bodegaje de toda clase de FRUTOS DEL PAIS. Nuestras nuevas bodegas por ser de construcción moderna son bastante ventiladas, libres de gorgojos y de ratones. La tarifa de bodegaje que tendremos será la más baja de plaza y ANTICIPAREMOS FONDOS a los que lo soliciten, sobre la carga que se deposite en nuestras bodegas.

COMPRAMOS
TODA CLASE DE FRUTOS DEL PAIS

BESA y Cia.

Plaza Santo Domingo

C. KIRSINGER & Co



Auto - Solodant - Piano

MARCAS

HUPFELD, SCHIEDMAYER, IBACH

EXCELENTE Tocador. EXCELENTE Piano
VENTAS CON FACILIDADES DE PAGO

En SANTIAGO: Casa de ADOLFO CONRADS, Calle Estado
En CONCEPCION: Casa de F. RETTIG, Calle Barros Arana

LA ESMALTADORA CHILENA

SOCIEDAD ANONIMA

Como su nombre lo indica, esta Sociedad tiene por objeto la fundación de una Fábrica para el esmalte enlozado, galvanización y estanación de fierro.

Actualmente el país consume más de veinte millones de pesos en esta clase de mercaderías, cuya materia prima es toda nacional. El primer Directorio ha quedado organizado como sigue:

Don LUIS A. VERGARA,
Presidente

Don CARLOS RUSIÑOL
Vice-Presidente

DIRECTORES:

Don LUIS URZUA VICUÑA
Director-Gerente

Don E. FEDERICO REDDOEHL,
Director-Técnico

Don JOSE DE LA TAILLE,
Director de los Altos Hornos

Don EDUARDO BEZANILLA,
De la Casa Bezanilla y Ca.

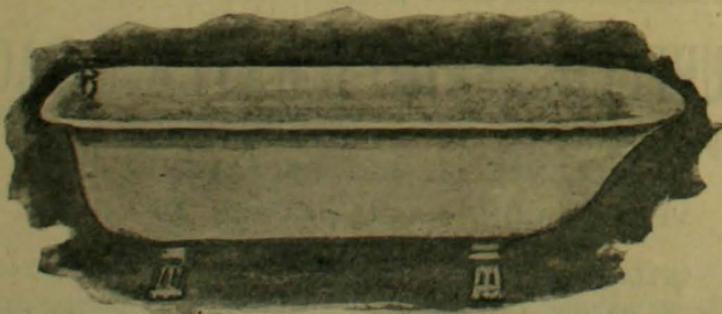
Don ALEJANDRO LIRA
Don PASCUAL H. JARA DE A.

Se ha solicitado ya la aprobación suprema para la Sociedad con el concurso de numerosos accionistas fundadores, que han suscripto ocho mil acciones como se ve en la lista respectiva.

La Sociedad ha adquirido ya terrenos, edificios, maquinarias en condiciones tales que representan una gran utilidad para los accionistas.

Gran parte del valor de estas especies se paga con acciones, lo que manifiesta la confianza que ha inspirado esta industria a los clientes contratantes, de todo lo cual se dará oportunamente conocimiento a los señores accionistas y al público.

El capital social es de DOS MILLONES DE PESOS, divididos en veinte mil acciones de CIEN PESOS cada una, pagaderas con VEINTE PESOS al firmarse la escritura social y el resto en cuotas semanales de DIEZ PESOS.



Banco de la República



Capital totalmente pagado:

\$ 14.000,000

Dividido en 140,000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

FONDO DE RESERVA: **\$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO:

Presidente
Señor GREGORIO DONOSO

Vice-Presidente
Sr. SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orval, Ricardo Pérez Eastman, Carlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente
Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:
Sr. ALBERTO STOBER

Sub-Gerente
Sr. CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. Rancagua: Agente, señor Javier Gumucio. San Fernando: Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el extranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd., Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Cia.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco. Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvios del Banco de la República.



HANS FREY

***** VALPARAISO *****

Materiales y Utiles para

Fotografia

PIDASE CATALOGO

Agentes en Concepción:
Casilla número, 943

Koch & Wolf

Confitería Santiago

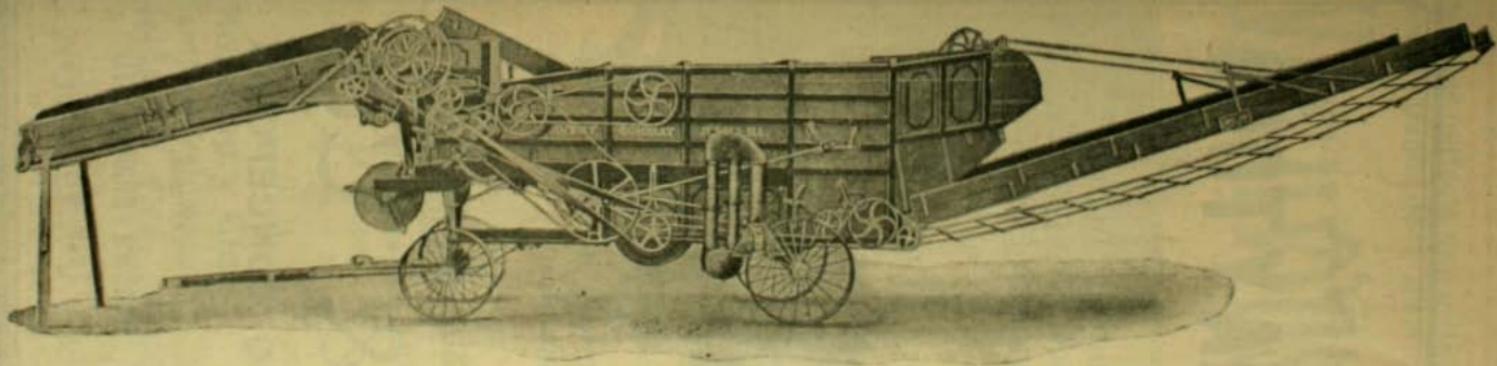
Comestibles y Conservas

AHUMADA ESQ. HUERFANOS

Chocolates, Frutas y Marrons de todas
marcas. Conservas, Vinos y Licores im-
portados de todas clases.

Esmero en atención de banquetes —————

Francisco Barrio y Cía.



Señores Agricultores:

Antes que ustedes se resuelvan por la compra de uno u otro sistema de Trilladora infórmense bien sobre la "AVERY" que es la gran Trilladora del día y que está por triunfar en el mercado chileno como ya lo ha hecho en la Argentina en los últimos diez años.

Rendimiento grande. Limpieza perfecta de granos sin partirlos. Construcción sólida y sencilla. Estas son las principales ventajas fuera de muchas otras, que aquí no mencionamos.

Pasen a ver una máquina armada en nuestra oficina: BANDERA 419.

SAAVEDRA BENARD y Cía.

Importadores de Máquinas modernas y afamadas



VIÑA CONCHA Y TORO

Vinos Tinto y Blanco
Reservados, especiales
para Banquetes

Se recomiendan las clases PARA FAMILIAS

 CABERNET 

..... Y

SEMILLON BLANCO

Ventas en cajones, javas, barriles
y damajuanas

AGENTES GENERALES:

BESA & Co.

SANTIAGO, VALPARAISO, CONCEPCION

Bodega:

Manual Rodriguez 42

Teléfono 1003



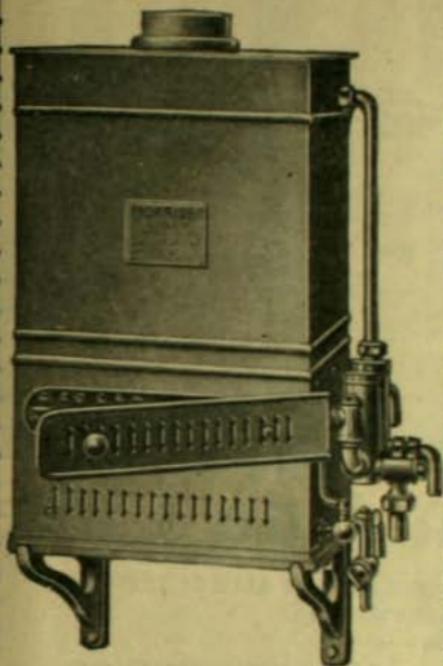
Oficina:

Bandera número 170

Teléfono 1007

Para ser perfecta una instalación de Baños debe tener un

Vesuvius



Calentador y Distribuidor
Automático de agua bajo presión

Aparato enteramente
metalico sin piezas de goma
ni estopa



En venta donde:

Morrison y Cía.
Santiago-Valparaíso
Styles y Cía. Santiago

POR MAYOR:

NOTTELLE y Cía.

AGENTES, HUERFANOS 1039, SANTIAGO.

En su empeño por desarrollar la afición de los viajes, procurando facilidades a los viajeros, "PACIFICO MAGAZINE" publicará en breve un

GUIA MANUAL DEL VIAJERO EN CHILE

Rogamos en consecuencia a los señores HOTELEROS, EMPRESARIOS DE TRANSPORTE POR MAR, RIOS O TIERRA, DUEÑOS DE CAFEES Y RESTAURANTS, Etc., SE SIRVAN REMITIRNOS UNA NOTA ACCOMPAÑADA DE UN RE CORTE DE ESTE AVISO, INDICANDO SU DIRECCIÓN, TARIFAS DE PRECIOS E ITINERARIOS

Las inserciones en el Guia serán
ABSOLUTAMENTE GRATIS



Banco Español de Chile

Autorizado por decretos supremos de 24 de Abril de 1900
y 30 de Diciembre de 1905

Capital autorizado	\$ 40.000.000.00
Capital pagado	30.000.000.00
Fondo de reserva	11.500.000.00
Fondo de accionistas	295,214.18

CONSEJO DE ADMINISTRACION-VALPARAISO

Sr. FERNANDO RIOJA
Presidente

Sr. RAMON PUELMA BESA
Vice-Presidente

Señores: Pelegrino Cariola, Aníbal Herz-
quiglio, Genaro Torres, Luis Ugarte, Ri-
món de la Vega, Francisco Vives.

CONSEJO LOCAL DE SANTIAGO

Sr. JAVIER ERRAZURIZ
Presidente

Sr. JOSE NORIEGA
Vice-Presidente

Señores: Ascanio Bascuñán Santa María,
Benito Camino, Enrique Morandé Vicuña,
Alejo Romañá.

OFICINAS PRINCIPALES: VALPARAISO

Sr. MANUEL FERNANDEZ G., Gerente del Banco. - Sr. MANUEL CASTRO VALDIVIA
Sub-Gerente. - Sr. EMILIO ETCHEGARAY, Secretario. - Sr. MANUEL S. FERNANDEZ,
Consultor General. - Sr. LUIS F. VIDELA, Jefe de Sucursales. - Señores: Enrique
Jara Torres y Luis A. Larraguibel, Inspectores de Oficinas.

SANTIAGO

Sr. JOSE URETA, Gerente. - Sr. FE DERICO H. CHESTER, Sub-Gerente.

AGENTES EN LAS SUCURSALES:

Valparaíso	(A)-	
mendral	Sr. Ernesto Cádiz V.	
Santiago	Esta	
ción	Sr. Francisco Betzhold	
Santiago	(San	
Diego)	Sr. Antonio Pincetti	
Santiago	(Vic.	
Mackenna	Sr. Miguel Luis Larraín	
Iquique	Sr. Raimundo Batista	
Antofagasta	Sr. Adolfo Ferrari P.	
Vallenar	Sr. Augustin Zavalía M.	
Serena	Sr. Francisco Alvarez Z.	
Vicuña	Sr. Rafael Aguirre M.	
Coquimbo	Sr. Emiliano Cavada V.	
Quillota	Sr. Luis A. Martínez	
S. Felipe	Sr. Alejandro Urzúa	
Los Andes	Sr. Juan C. Villar	
Mellipilla	Sr. Carlos Irarrázaval L.	
Ranagua	Sr. Arturo Wilson	
Curicó	Sr. Horacio A Goldsmith	
Talca	Sr. Aníbal Maturana	
S. Fernando	Sr. Aníbal Valdivia	
Constitución	Sr. Alfredo García G.	
S. Javier	Sr. Augusto Riché	
Linares	Sr. Peo. de P. Donoso	
Parral	Sr. Augusto Merino	
Cauquenes	Sr. Juan H. Navarro	
Bulnes	Sr. Zamerto Briones	
Chillán	Sr. Andrés Gazzuri D.	
Concepción	Sr. Adolfo Morstadt	
Talcahuano	Sr. Julio Mous	
Los Angeles	Sr. Roberto A. Ramfrez	
Angol	Sr. Daniel Muñizaga	
Lautaro	Sr. Rafael Rodríguez	
Temuco	Sr. Carlos Navarro	
Talcahuano	Sr. Eugenio Kramenaker	
Valdivia	Sr. Oscar Gazzuri	
Osorno	Sr. Fernando Angelbeck	

AGENCIAS EN EL ESTRANJERO:

LONDRES

London County & Westminster Bank Ltd
London Bank of México & South America Ltd.

PARIS

Comptoir National D'Escompte de Paris
Crédit Lyonnais

HAMBURGO

Banco Español del Río de la Plata

MADRID

Banco Hispano Americano
Señores García, Calamarte y Cia.

GENOVA

Banco Español del Río de la Plata

NUEVA YORK

Señores W. R. Grace & Co.

The National City Bank of New York

RIO JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS AIRES

Banco Español del Río de la Plata

BOLIVIA

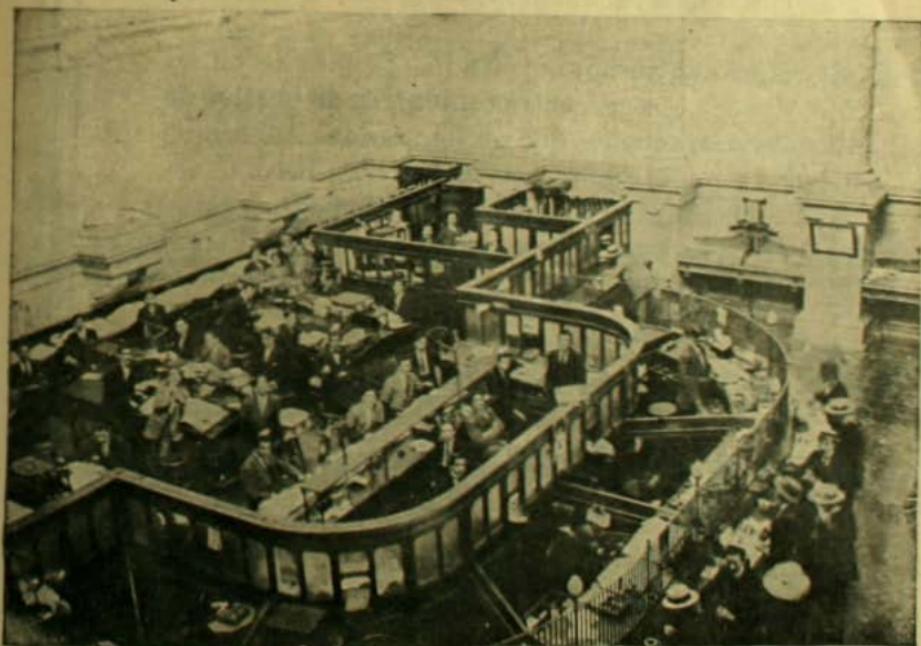
Banco Nacional de Bolivia

LIMA

Banco del Perú y Londres

Banco Italiano

Gira sobre todas las plazas de España por cualesquier cantidad y en condiciones ventajosas; emite giros y cartas de créditos sobre las plazas de Europa, etc., etc.



Viaje de lujo por Europa

Pacífico Magazine puede ofrecer a sus lectores, de acuerdo con la importante casa de Thos. Cook & Son, la realización de un viaje por Europa

a precios absolutamente excepcionales

Nuestro pasaje comprende: boleto de vapor y ferrocarriles, en primera clase, ida y vuelta, alojamiento en hoteles sólo de primera clase, incluido aposento, luz, servicio, desayuno, almuerzo y comida; comidas durante los viajes y excursiones, traslado de las estaciones a los hoteles y vice-versa, coches, automóviles, guías, entradas a los monumentos, museos y curiosidades, etc., etc.

El viajero es absolutamente independiente en su viaje, y puede escoger, entre centenares de hoteles de primera clase, aquellos que prefiera en las diferentes ciudades y puntos de recreo en Europa; pero en todos encontrará a su servicio, absolutamente gratis, coches, guías y automóviles, según se especifica en el itinerario adjunto

No es un viaje económico sino de lujo y en espléndidas condiciones

Cada viajero puede partir en el vapor que crea más conveniente, y modificar el itinerario escogido en la forma que prefiera.

ITINERARIO RECOMENDADO POR PACIFICO MAGAZINE

63 DIAS

Llegada a Liverpool:

- 1 Días Salida para Londres.
- 2|4 " En Londres.—Dos días visita de la ciudad en coche con guía. Otro día excursión en automóvil a Hampton Court.
- 5 " Salida para Bruselas.
- 6 " En Bruselas.—Visita de la ciudad en coche con guía.
- 7 " Salida para Lieja
- 8 " Salida para Colonia.
- 9 " En Colonia.—Visita de la ciudad en coche con guía.
- 10 " Salida para Coblenza.
- 11 " Salida para Francoforte, vía Mysenza.
- 12 " En Francoforte.—Visita de la ciudad en coche con guía.
- 13 " Salida para Heidelberg.
- 14 " En Heidelberg por la mañana y por la tarde salida para Basilea.
- 15 " En Basilea por la mañana y por la tarde salida para Lucerna.
- 16|7 " En Lucerna.—Un día subida a la cima del Rigi en Funicular. Otro día excursión en vapor sobre el lago hasta Fluelen.
- 18 " Salida para Milano, vía San Gotardo.
- 19|20 " En Milano.—Un día visita de la ciudad en coche con guía, incluido una visita a la catedral.

- 21 Días Salida para Venecia.
- 22|3 " En Venecia.—Un día visita de la ciudad y excursiones en góndola, con guía.
- 24 " Salida para Bolonia.
- 25 " Salida para Florencia.
- 26|8 " En Florencia.—Dos días visita de la ciudad en coche con guía.
- 29 " Salida para Roma.
- 30|5 " En Roma.—Cuatro días visita de la ciudad, en coche con guía.
- 36 " Salida para Pisa.
- 37 " En Pisa.—Por la mañana visita de la ciudad en coche con guía y por la tarde salida para Génova.
- 38 " En Génova.—Visita de la ciudad en coche con guía incluido una visita al Cementerio.
- 39 " Salida para Montreux.
- 40 " En Montreux.—Excursión en funicular al Rocher de Naye.
- 41 " Salida para Ginebra.
- 42 " En Ginebra.—Excursiones sobre el lago.
- 43 " Salida para París.
- 44|62 " En París.—Cuatro días visita de la ciudad en coche con guía. Otro día excursión en automóvil a Versailles.
- 63 " Salida para La Pallice.

Precio total con vapor de ida y vuelta

189 Libras Esterlinas

Todos los viajeros, desde los más ricos hasta los más pobres, aprovechan hoy de las facilidades que proporcionan estos viajes.

Absolutamente independientes y de todo lujo

VIAJES ECONOMICOS

Próximamente podremos contar viajes económicos a precios fuera de toda competencia.

No parta para Europa, sin imponerse de las facilidades y economía que podemos proporcionar. Nada les cuesta.

De 3 a 4 P. M.: Empresa Zig-Zag.—Teatinos 666.—Santiago

"La Chilena Consolidada" y "La Alianza Chilena"

Compañías de Seguros
Marítimos contra incendios, accidentes, etc.

FONDOS EFECTIVOS \$ 5.350.000
ACUMULADOS

Oficina principal en Valparaíso:
Calle Cochrane esq. Urriola

Oficina en Santiago:
Huérfanos esq. Bandera

Agencias en todas las principales ciudades
de la República

RESTAURANT

----- BANDERA 161 -----

Si Ud. quiere ALMORZAR, COMER,
CENAR, etc. a la chilena y servirse
bueno, barato y ser bien atendido,
vaya a

Bandera 161

Al interior

Los Licores son finos y de primera class

Especialidad de la Casa;
La mejor Chicha y Chacolies de Chile

JUAN CÁRDENAS

Salvador Molina G.

BANDERA 115 * Corredor de Comercio * BANDERA 115

Compra-venta de propiedades, acciones mineras, salitreras, bonos, etc.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS

con Bancos y particulares

Conversiones de deudas con anticipo de fondos, conformación de títulos de bienes raíces

SEGUROS

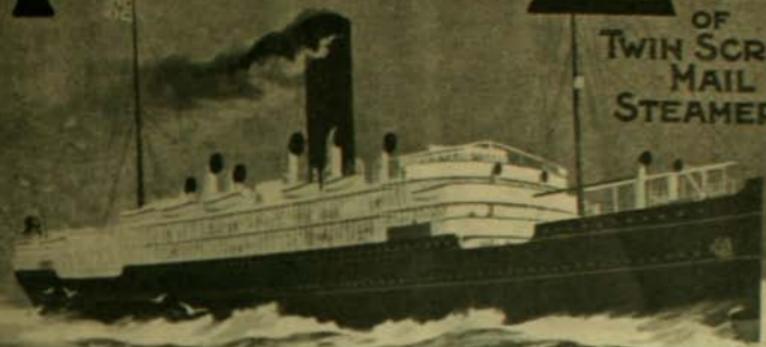
Toda clase de operaciones comerciales y bursátiles

SALITRE

el mejor abono para los agricultores, jardines, parques, etc., vendo en pequeñas y grandes partidas a precios fuera de competencia.

PACIFIC LINE

OF
TWIN SCREW
MAIL
STEAMERS



BRAZIL, RIVER PLATE AND WEST COAST

Calling at LA ROCHELLE-PALICE, CORUNNA, VILLAGARCIA,
VIGO, LEIXOES, (OPORTO) AND LISBON.

UNITED STATES

ATLANTIC

AFRICA

PACIFIC OCEAN

OCEAN

THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY

(INCORPORATED BY ACT OF PARLIAMENT, 1856)

31 & 33, JAMES STREET, LIVERPOOL.
TELEGRAMS: "PACIFIC MAIL."
VALPARAISO.

The Red Dotted Line indicates the
Ports called at by the Extra Service
from Glasgow and Liverpool to Bahia,
Buenos, Port Maldyn, and West Coast.

Illustration from the *British Almanac and General Repository*.



ACEITE SASSO[°]
DE
FAMA MUNDIAL

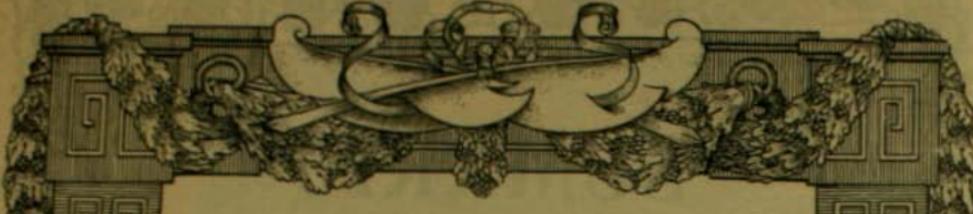
Unicos Importadores:
PASSALACQUA y Cia
Valparaiso

SUMARIO

	<i>Pag.</i>
UNA JORNADA PATRIOTICA	Alberto Cariola 155
SANTIAGO ANTIGUO	161
EL ROCE	Samuel A. Lillo 165
LA MANSION DE LOS PRESIDENTES	168
PROTECCION A LOS BOSQUES	Prudencio Tardio 175
EL TRABAJADOR AGRICOLA	Gonzalo Subercaseaux 187
EL MEJOR HISTORIADOR VIVIENTE	193
TARPELLANCA	Joaquin Diaz Garcés 205
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux	
LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA	A. Edwards 219
LA CHAQUETA DEL TIO	225
EL CURA DE ROMERAL	Angel Pino 231
Ilustraciones de Martín	
PEQUENO CUENTO	237
Ilustración en colores	
VISA DEL MAR	241
POBLACION DE CHILE	Alberto Edwards 254
HECHOS Y NOTAS	267
LA APERTURA DEL CANAL	Augel Pino 269
REVISTA EN LA ESCUELA DE CABALLERIA F. Santivan	274
Ilustraciones de Martín	
LA BOTELLA ENCANTADA	F. Anstey 278
Ilustraciones de H. R. Millar	

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



PACIFICO

MAGAZINE

Joaquín Diaz Garcés
Alberto Edwards

— DIRECTORES PROPIETARIOS —

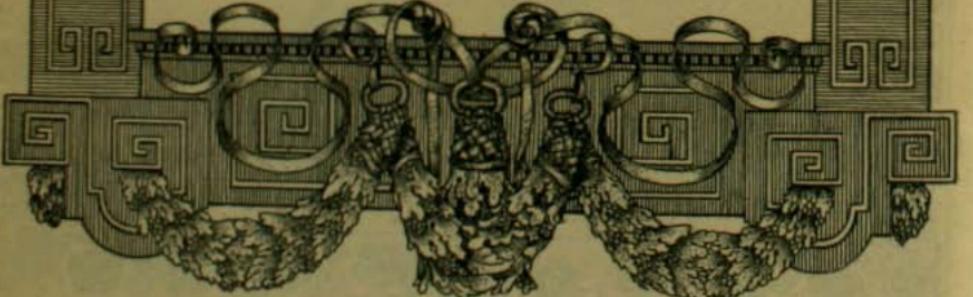


SUSCRIPCIONES:

POR UN AÑO: 19 PESOS.—NUMERO SUELTO: 1 PESO.

SANTIAGO DE CHILE

Empresa “Zig-Zag” Teatinos, 666





EFFECTOS DE UN ROCE

(Vea el artículo *Protección a los bosques*, pág. 175)



+ Que ayer

VOL. I—Santiago de Chile, Febrero de 1913—NUM. 2

— Que mañana

UNA JORNADA PATRIOTICA

La Bruyere y el cuidado de las ciudades.—Una excepción a la indole nacional.—El eje de la reforma municipal.—Cinco años de lucha.—Tres períodos de la campaña.—El Municipio de Santiago; Su aspecto político y su aspecto administrativo.—Cómo despertó la opinión.—El estímulo de las capitales sud-americanas.—**Los Municipales a la Cárcel.**—Los abogados de la Junta.—Triunfo de la legalidad y del decoro.—El lot del Municipio de Santiago.—Enseñanzas para el porvenir.

"La ciencia de los detalles o atención diligente a las menores necesidades de la República, dice La Bruyere en sus "Caracteres", es parte esencialísima del buen gobierno, demasiado puesta en olvido en los últimos tiempos, así por los reyes como por los ministros; no debe desearse que el soberano la ignore ni se estimará bastante al que la posea. ¿De qué sirve, en efecto, al bien de los pueblos y a su tranquilidad, que el Rey extienda las fronteras de su reino, gane batallas, deshaga a sus enemigos, se cubra de gloria y aumente la fuerza de la patria, si hemos de vivir en la opresión o en la indigencia? Si la seguridad, el orden y el aseo no hicieran dulce la morada en las ciudades; si estas no me dieran, con la abundancia, las delicias de la sociedad, ¿qué sería de mí?"

Harto justificada, por cierto, es la importancia que el célebre pensador francés atribuía, hace ya más de dos siglos, a los cuidados de la ciudad, que es a la patria lo que el hogar es para el hombre de negocios.

Esa importancia la reconoce "Pacífico Magazine", y sus directores nos prometen atender a cuanto contribuya al progreso local de nuestros pueblos y ciudades.

La historia política del país presenta, en los últimos años, pocos ejemplos de luchas tesoneras, de esas que deben el éxito, mitad a la excelencia de la causa y mitad al esfuerzo de los combatientes.

En el carácter chileno no es precisamente la constancia su condición dominante. Tratándose de políticos, sobre todo, la pasión con que luchan parece estar en razón inversa de la voluntad de mantenerse en campaña.

Una excepción a esta característica nuestra constituye el caso de la Junta de Reforma Municipal.

Se ha batallado cinco años, se han soportado amarguras, se ha contrariado la indolencia pública, y hasta se ha desafiado esa sonrisa entre desdelfosa y burlesca con que miran nuestros graves ciudadanos a los que se preocupan de los altos intereses sociales.

Y cuál es la causa, cuál la psicología, de esta curiosa y feliz excepción? Sin lugar a duda, la causa eficiente es esta: en la Junta de Reforma Municipal había un hombre y todo un hombre: de voluntad firme, serena y perseverante.

Consejo que estoy lejos de creer que a ese hombre, que a don Alberto Mackenna Siber-cascaux, le saltaran entusiastas cooperadores. Es más, pienso que sin ellos no habría experimentado las satisfacciones del triunfo. Pero, si es claro que el eje no marcha por sí solo, claro es también que no puede imprimirse a las ruedas un movimiento regular sin el eje que las une y las sostiene. El señor Mackenna ha sido, pues, el eje de la Reforma Municipal y de la Junta que combatía por obtenerla.

Aquellos cinco años de campaña abarcán

tres períodos, que podrían llamarse: el de la preparación del ánimo público; el del convenimiento de la opinión; y el de labor efectiva pro Reforma.

No es difícil darse cuenta de que en el primero de estos períodos estaba la parte ingrata del trabajo. Y fué precisamente en esa época de lenta y fatigosa gestación—en la que escollan la generalidad de los compatriotas, de entusiasmos febriles y pasajeros,— donde la acción de Mackenna Subercaseaux dió pruebas de sajona perseverancia. Se le tenía por un simpático visionario, acaso por unos de esos hombres viajados, de refinado gusto, de exigencias desproporcionadas al medio ambiente, perseguidores de una perfección que jamás se alcanza en este misero mundo.

Y, sin embargo, las razones que debían impulsarnos a solicitar la reforma del municipio de Santiago estaban a la vista de todos los habitantes de la capital. Por mejor decir, todos estos—exceptuados sólo los ediles y sus panaguados—eramos víctimas de la desorganización o descomposición municipal.

Podemos, efectivamente, considerar el poder local de aquella época bajo estos dos aspectos: el político y el administrativo.

Por disposición de la ley, se dejó en manos de las municipalidades de la República la base del poder electoral: la inscripción en los registros, el nombramiento asamblea política conservadora—sino por disposición de una ley particular de 189, se dejó en manos de las municipalidades de la República la base del poder electoral: la inscripción en los registros, el nombramiento de vocales de las juntas receptoras, etc. Vale decir que por esa ley se constituyó a los municipios, no como cuerpos administrativos locales, sino como cuerpos políticos, y a tal punto políticos que podían disponer de la fuerza electoral del país y elegir los Congresos. No es esta la oportunidad de considerar aquella disposición legal en todo su funesto alcance: debemos sólo consignarla como antecedente de la situación producida en Santiago, que, con circunstancias más o menos agravantes, fué la de todos los departamentos del país.

Y qué situación fué esa?—Una muy fácil de presentar: el fin político de los municipios prevaleció sobre el fin administrativo. Los políticos de oficio vieron en estas corporaciones el instrumento necesario para



Don Ismael Voldés Valdés

su elección de congresales; y, con esos ojos de lince y ese olfato de perdiguero que caracteriza al politicastro, se percataban bien pronto de que podían prescindir del pueblo elector siempre que dominaran las municipalidades del departamento.

Y aquí fué Troya.

Aquí se puso cruz y fecha a los ideales del ilustre don Manuel José. Ese edificio de cultura y progreso nacionales que él construía, debía descansar sobre dos bases imprescindibles: la independencia perfecta del poder municipal respecto de los otros poderes del Estado, y la selección del personal que formase los municipios, de manera que llegaran a él los más preparados y los de mayor interés por el adelanto local.

Desde el momento mismo en que se concedieron a las municipalidades las facultades generadoras del poder electoral, esas dos bases fallaron—y el edificio con tanto esfuerzo levantado, se derrumbó.

El municipio y el Congreso pasaron a tener relaciones pecaminosas e inconfesables, para cuya conservación era forzoso que mediaran agentes de la peor especie. Con raras excepciones, el personal de las municipalidades fué decayendo progresivamente de elección en elección, hasta quedar en manos de los "brigantes" de la política menuda y de los explotadores de las rentas locales.

Naturalmente las funciones augustas—ca si diríamos sagradas—de la generación electoral—aquellas en que reside el alma de las democracias y de las cuales depende que no

se convirtan en demagogias—llegaron hasta el ludibrio. Unas veces no había inscripciones y se impedía por varios años sucesivos a los ciudadanos iniciarse en el ejercicio de sus derechos políticos; otras veces se hacían inscripciones sólo para los amigos de la mayoría municipal: se anotaban nombres supuestos; se inscribían muchachos de quince y doce años y, a lo mejor, se pasaba la mano y resultaban en los registros más electores que habitantes (1). El acto electoral debía corresponder al de las inscripciones: en la formación de las listas de vocales, nada de contribuyentes, nada de profesionales, ni de propietarios o arrendatarios; todos simples electores, de esos comprometidos de antemano a consagrarse el resultado convenido. Luego, votaciones pro fórmula; escrutinio pro fórmula—y proclamación del ungido a priori, con actas confeccionadas algunos días o semanas antes de la elección. Demás está decir que en esta trágica farsa, la capital de la República desempeñaba el rol prominente: parecía comprometida a extender el fraude y la impudicia.

Este era el municipio de Santiago bajo su aspecto político. Que no hemos recargado el cuadro de sombras puede atestiguarlo cualquiera de los contemporáneos que si quisiera haya tenido ojos para ver y oídos para oír.

Y el aspecto administrativo?

Para describirlo preferimos, como dice Taine, "la elocuencia precisa de las cosas a la vaga elocuencia de las palabras".

Quien piense un instante en las funciones del municipio, dirá sin duda que las principales son: cuidar del aseo e higiene, de la pavimentación, del alumbrado y de los elementos de locomoción. Pues para los señores regidores de Santiago no eran estos los

servicios dignos de atención; había uno mil veces más importante: la provisión de los empleos municipales. A este gravísimo problema dedicaban sus mejores energías. Y se explica. Cada empleado debía ser un agente electoral; diez empleados aseguraban el sillón de edil; cuarenta empleados aseguraban un asiento en la Cámara joven. Pero, como no todos los municipales podían abrigar, con probabilidades de éxito, ambiciones políticas, otros se dedicaban a lo positivo inmediato; y estudiando, como el chulo de la tanda, la topografía del terreno, miraban hacia donde caía la bodega. Quién se dedicaba al forraje de los animales de la policía de aseo,

quién a los contratos de pavimentación, quién a las expropiaciones. Algunos, menos esforzados, se conformaban con recibir primas de las cantinas, de los prostíbulos y de las empresas que tienen relaciones con el municipio.

Así repartida la labor de los señores regidores, es fácil imaginar cómo andarían el aseo, la pavimentación, la locomoción, etc.

Del primero habla con elocuencia insuperable la cifra

de la mortalidad santiaguina y en especial de la mortalidad infantil. El doctor Salas Olano—uno de los cooperadores más resueltos, activos y constantes de la Junta de Reforma—en publicaciones que periódicamente envía a la prensa, ha indicado esas cifras y las ha relacionado con las correspondientes de las ciudades más mortíferas del globo. No hay hasta ahora quien nos dispute el "record".

De la pavimentación no exageraríamos si dijéramos que constituye uno de los suplicios más crueles de los tiempos modernos, al que se habrían sentido felices de escapar los mártires de todas las épocas. Siendo este un servicio netamente municipal, fué preciso que el Fisco lo tomara a su cargo. Lo que hay de pavimento nuevo y fiscal y lo mucho que aún queda del viejo pavi-

Dr. Alberto Mackenna Subercaseaux



(1) En el Censo Electoral que acaba de publicar la Oficina Central de Estadística se pueden ver maravillas a este respecto.

mento municipal, ofrecen una comparación de la que brota espontánea la condenación del antiguo régimen.

La locomoción urbana ofrece también ancho campo a los pasados municipios para ejercitarse la paciencia del público. Los tranvías circulan aún en número tres veces inferior al necesario para satisfacer las justas exigencias del vecindario.

Y así se presenta el espectáculo, único en el mundo, de los "carros enjambres". La señora audaz que resuelve andar en tranvía, debe resignarse a ser pisoteada, estrujada y laminada al subir y al bajar. En todas las ciudades civilizadas que conocemos o de que tenemos noticia, se prohíbe viajar en los tranvías u ómnibus a más de cuatro o cinco personas de pie, cuidando siempre de la cómoda circulación de los demás pasajeros. Así pasa aun en Chile, en Valparaíso y Concepción, por ejemplo; pero en Santiago son admitidos de pie tantos como puedan ir sin peligro inminente de muerte, apreciado el peligro por el propio interesado.

Hacemos gracia a lector,—pero no entrís tecerlo con una enumeración todavía más larga de las monadas del régimen municipal—de los coches cucarachas; de los cárretones basureros que chorrean la quinta esencia del desperdicio; de la leche adulterada; de la fruta en mal estado; de las fuentes públicas sin agua; de los árboles sin riego; de los monumentos descuidados; del barrio sin riego, de las aceras desmoladas, etc., etc.

La tarea de Alberto Mackenna y de sus compañeros de la Junta de Reforma fué, en los primeros años, poner en evidencia este estado de cosas; analizar y exhibir a la Municipalidad de Santiago bajo sus dos aspectos, político y administrativo, para que a la vista de ese cuadro en violenta descomposición se sacudiera la beduina indiferencia nuestra ante los males de carácter público.

Todavía, al natural deseo de una regeneración municipal impuesta por la necesidad de vivir, se unía el aguijón del estímulo, provocado por la rápida transformación de las capitales sudamericanas. Buenos Aires surgía grande y espléndida, ensanchando calles, formando avenidas y plazas, creando jardines. Su aseo e higienización general, al propio tiempo que la hermoseaban, producían el humanitario efecto de dis-

minuir la mortalidad hasta el 16 por mil. Río Janeiro, al golpe de la vara mágica de un Muller se desprende del manto infecto que la cubre, y limpia, purificada, sana, magnífica, se levanta frente a su rival en formidable competencia. Del lado del Pacífico, las expectativas del Canal de Panamá despiertan los entusiasmos de ecuatorianos y peruanos. Guayaquil, Quito, Callao y Lima se aprestan para modernizar sus servicios comunales y ofrecer a propios y extraños seguridad, confort, agrado, bienestar.

¿Cómo era posible que sólo Santiago permaneciera inerte, adormecida al influjo de atávica indolencia, conforme con la grandeza de sus montañas, con los encantos de su clima y la exuberante vegetación de sus contornos?

En Buenos Aires, todo lo bello es obra del hombre; en Santiago todo lo bello es obra de Dios. Pero la naturaleza no levanta ciudades; ni las hace higiénicas, hermosas, confortables!

De lo que puede el hombre en la obra misma de la naturaleza, da buena muestra el Cerro de Santa Lucía. Era aquello, si se quiere, un diamante en bruto; pero en las manos creadoras de Vicuña Mackenna, se transformó en rico brillante de mil facetas. Así se transformará algún día el Cerro de San Cristóbal; y así puede transformarse la ciudad entera con el esfuerzo abnegado y progresista de sus buenos vecinos.

Pero con todas estas reflexiones repetidas una y cien veces sobre las firmas respetables de los señores Salvador Izquierdo, Ismael Valdés Vergara, Miguel A. Varas, Alberto Mackenna, Ramón H. Huidobro, Guillermo Edwards, José Alfonso, Máximo del Campo, Luis Dávila Larraín, Carlos Besa, Carlos Eastman, Abraham Konig, Antonio Huneeus, Alcibiades Vicencio, Manuel Fóster, Roberto Huneeus, José Miguel Echenique, Luis F. Salas Olano, Ladislao Errázuriz, Arturo Fernández Vial, Rodolfo Salinas, Luis Manuel Rodríguez, Augusto Vicuña S., Manuel E. Ballesteros, Eduardo Délano, Carlos Gregorio Abalos, Renato Valdés, Carlos Ibáñez, Alfredo Bonilla Rojas, Washington Lastarria, Joaquín Díaz Besoain, José Tomás Cerdá, Roberto y Alejandro del Río, y cien más, la Junta de Reforma Municipal no habría salido ¡sabe Dios hasta cuándo! de su primer período, si los propios municipales por ella combatidos no hubieran venido en su auxilio. Se engolosinaron de tal mo-

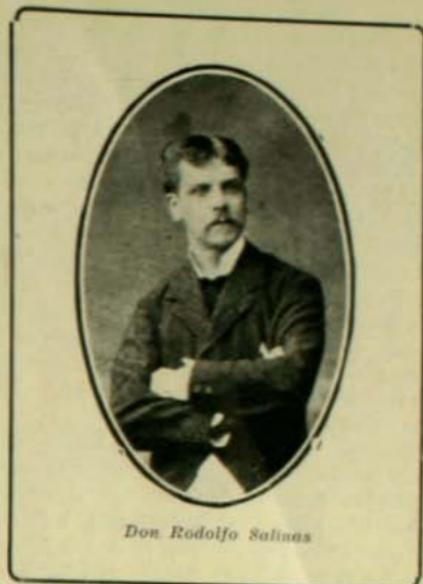
do, que casi todos ellos debieron ir a curar su indigestión al hospital de San Pablo.

Y—dicho sea para vergüenza nuestra—fué preciso que se procesara y se encarcelara a la mayoría de los regidores para persuadirnos de que debíamos optar entre la reforma municipal o la ruina de todos los servicios locales. Entonces se vió al pueblo de Santiago desperezarse, sacudirse y, erguido, pedir resueltamente la reforma.

Este segundo periodo iniciaba el camino de flores que debía conducir al triunfo: meetings, banquetes patrióticos, reuniones públicas de alta importancia, manifestaban que habían aparecido en los muros del salón municipal el "Mane Thecel Phares" indicando a los ediles que sus difas estaban contados.

Un último zarpazo de estos, la elección municipal de 3 de Marzo de 1912, precipitó su caída. El acto electoral era nulo desde su origen. Las elecciones habían sido una afrenta para la capital y para el país.

Un miembro de la Junta de Reforma, don Rodolfo Salinas, que había podido observar hasta el fondo la corrupción municipal, propone a sus colegas que se pida a la justicia la nulidad lisa y llana de toda la elección municipal de Santiago. Fué aquello en una sesión memorable en la que se dió forma al pensamiento latente de constituir la "Liga de Acción Cívica" y en que se acordó el comicio histórico del 5 de Mayo—que demostró que si el león dormía, no estaba muerto.—La concurrencia a la Junta era extraordinaria por el número y por la calidad de los asistentes. Oída la proposición del señor Salinas, algunos objetaron que el medio era incierto y tardío. Los juicios electorales, dijo alguien, se fallan siempre después de vencido el período a que se refieren. Salinas insistió. "Ya tengo redactada la presentación, dijo; aún más, ya la he puesto en manos de la Municipalidad. Pido a la Junta que se imponga de ella, que la haga suya, que siga el juicio de nulidad, y que tenga fe en el éxito, porque es indiscutible". Los ánimos estaban enardecidos y poco dispuestos a temperamentos dilatorios. La Municipalidad nueva era en su mayoría peor que la anterior y, por algunos de sus elementos, podía considerarse verdaderamente pavorosa. Salinas insiste de nuevo en que se lea la demanda de nulidad. Y tenía razón para insistir: la exposición era clara, el razonamiento sin vuelta. Se decidió amparar la solicitud y que el



Don Rodolfo Salinas

señor Salinas siguiera el juicio de nulidad en representación de la Junta de Reforma Municipal que lo sostendría por medio de sus abogados.

La primera instancia se confió a don Alfredo Bonilla Rojas, y de la segunda aceptó hacerse cargo el señor Ismael Valdés Vergara.

Sería cuento de nunca acabar referir aquí las incidencias de ese juicio; baste decir que el señor Bonilla batió a sus contendores en toda la línea. La sentencia del juez señor Dueñas fué explícita y satisfacía ampliamente las aspiraciones de la ciudad. Pero los señores ediles la recibieron con profundo desprecio. Estaban seguros de la revocatoria. Entre tanto, el 12 de Julio, la opinión pública había obtenido del Congreso una ley que importaba declarar en interdicción a los municipales y que confiaba los intereses de la ciudad al Intendente de Santiago. Nada de eso era bastante para el obstinado espíritu de sacrificio de los regidores que querían a todo trance immolarse por nosotros.

La vista de la causa en segunda instancia, fué todo un acontecimiento. La presencia del Sr. Valdés Vergara en los tribunales, después de varios años de voluntaria y bien ganada jubilación profesional, daba gran realce al acto, sostendría la nulidad de

la elección, o sea la causa de la moralidad y la decencia municipales, uno de los ciudadanos más probos, más patriotas, más abnegados del país, verdadera evocación de tiempos mejores.

Frente a él colocaron los ediles todo un batallón, capitaneado por el abogado municipal. La sala de la Corte rebasaba concurrencia. Se veía allí viejos y venerables patricios; brillante juventud, de la que se forja al yunque del civismo y del deber; vecinos respetables que asistían a la vista de su causa—y también municipales pretéritos y presentes, muchos de los cuales debían su presencia en la Corte a generosa fianza de excarcelación.

Después de un magistral alegato del señor Valdés Vergara, se confirmó la sentencia de primera instancia y la ciudad exhaló un suspiro de satisfacción. Se sintió libre del fardo abrumador que la aplastaba... Pero no había llegado aún la hora de la redención. Los municipales, interditados por la ley del Congreso, anulados en cuanto tales por el juez y por el Tribunal de Apelaciones, todavía insistían en sacrificarse por la ciudad, que tan ingratamente les arrojaba de su "Hotel de Ville".

Divisaron en la casación una tercera instancia y a ella se lanzaron como se lanza el naufrago a la tabla única de salvación que vislumbra en medio de las aguas que amenazan devorarlo.

Esta vez tocó su turno al joven y brillante abogado don Gonzalo Vergara Bulnes, uno de los más esforzados adalides de la Reforma Municipal y de la Liga de Acción Cívica.

El señor Vergara ganó un laurel más para

su carrera, pero, lo que para él mismo vale más aún, consagró irrevocablemente el triunfo de la legalidad y del decoro público.

Sólo entonces, y al peso de esta triple sentencia condenatoria se vió a los municipales del 3 de Marzo tomar resignados el camino de sus particulares domicilios.

Justo es consignar aquí la honrosa excepción que constituyó en este proceso don Carlos del Campo Ortúzar. Con el gesto de un severo ciudadano, reconoció que su elección no interpretaba correctamente la voluntad popular, y se abstuvo de ejercitar un mandato que no le había sido legítimamente conferido. El Municipio de Santiago tenía, pues, su Lot.

He aquí en sus rasgos más salientes, la historia de este acontecimiento, fecundo en enseñanzas para el porvenir de nuestra patria.

La primera de estas enseñanzas es que no hay iniciativa noble y patriótica, defendida con perseverancia, que no conquiste, tarde o temprano, el merecido éxito.

Ha quedado, en seguida, establecido que los tribunales de Justicia amparan—con independencia de todo compromiso político—las reclamaciones electorales fundadas en la ley; de modo que en el recurso judicial deben ver los ciudadanos la mejor garantía de respeto a sus derechos constitucionales.

Y, por fin, han podido convencerse los explotadores de la paciencia pública, de que ésta no es infinita entre nosotros.

LUIS ALBERTO CARIOLA.

Febrero de 1913.

NUESTRA CUBIERTA

CLAVELITOS

La brillante portada de nuestro número, es la reproducción de un cuadro de Manuel Benedito, el premiado pintor español, que tiene este nombre pícaro e interminado. En realidad, el plural de los clavelitos está en los jóvenes labios de la chulilla tan diestramente engalonada para la fiesta. Canción de belleza, de lozanía, de calor y de juventud; tal vez canción de recuerdos y amor; el vigoroso poema del joven y laureado artista de España ha merecido elogiosos juicios tanto en Europa como en la exposición que se efectuó en la casa de Eyzaguirre.

Benedito es ya una celebridad en el mundo del arte. Con numerosas medallas de oro en Madrid, Barcelona y Bruselas, y la gran medalla en la Exposición Internacional de Barcelona de 1911, no necesita ya de esa empeñada lucha del genio para hacerse conocer y apreciar. Con el prestigio de la escuela española, Benedito gana el suyo propio y sus obras alcanzan un gran precio.

"Clavelitos" ha tenido entre nuestros numerosos interesados y hemos conseguido sin embargo llegar a tiempo para obtener aún su reproducción.



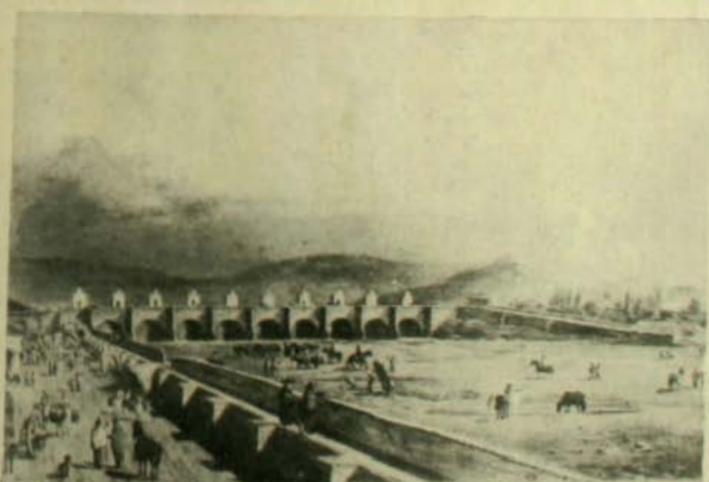
Santiago

Antiguo

A propósito de la recién pasada fecha de la fundación de Santiago—el 12 de Febrero,—reproducimos en esta página las fotografías de tres interesantes acuarelas de propiedad de don Eugenio Lamotte que dan una cabal idea de Santiago hace un siglo, más o menos. Pero no es esa la época que puede interesar más al lector curioso de algunos detalles de la crónica de esta vieja capital.

El explorador francés Frezier visitó á Santiago en 1712 y notó el aspecto sombrío monótono y, soñoliento de la ciudad colonial. El siglo XVII recién pasado no había contribuido sino en suma lentitud al crecimiento de la villa y plaza fuerte fundada por Valdivia.

El sistema comercial de las *flotas* y ga-



Puente de cal y canto

Iconos era una horrible traba para el comercio y la fortuna pública y privada. Los españoles temían aun, después de un siglo de descubierto el Estrecho de Magallanes, los mares del sur y el Cabo de Hornos. El comercio se hacia por Panamá, como se va a volver a hacer en breve; pero en cuán diversas condiciones!

Cada cuatro o cinco años se anunciaría desde Cádiz una nueva que ponía en movimiento a los comerciantes del Pacífico. Se iba a formar una flota. Esta consistía en una reunión de diez y hasta veinte galeones para defenderse de los corsarios ingleses que perseguían estas ricas presas a su vuelta de América. Los comerciantes de España enviaban su carga a Cádiz, fierros de Vizcaya, vinos de Cataluña, aceites de Sevilla, sederías de Málaga, papel de Génova y hasta paños de Francia. Entretanto en el Callao se organizaba otra flota y ambos se hacían a la vela al mismo tiempo, llegando ésta a Panamá cuando la otra arribaba a Cartagena, del otro lado. Se formaba entonces la *Gran feria de Portobello* en que los comerciantes del Perú, Chile, Méjico y otros, llevaban en barras de oro y plata millones de pesos para comprar. Allí las fiebres devoraban con más ardor que la usura y la codicia y muchos mercaderes morían abrazados a sus tulegas. Se perdía un año de tiempo que recargaba las mercaderías y el dinero, no venían otros artículos que los muy ricos y de poco peso. Cuando había guerra, se pasaban diez y más años sin flota. Este era el comercio colonial y en proporción la miseria de la vida en Chile.

Erapses Santiago una villa pobre, pero cuando vino la alianza "del Borbón de Francia y de su retoño de allende los Pirineos"—como dice Vicuña Mackenna,—se comenzó a dar licencia, no sin protestas de Cádiz, a navegantes franceses de San Malo, donde había una compañía de navieros. El año 1701 llegó el primer barco, la *Aurora*. Con esta visita aumentó el comercio, bajaron los precios, se mejoró la vida y el

trato con los franceses cultivó las costumbres sociales. De allí vienen tantos apellidos franceses castellanizados hoy como Lois, Morandé, Fabre, Montañé, Letelier, Pradel. El Cabildo vió crecer en algo sus rentas y como los santiaguinos fueron, son y serán siempre muy tacaños para pagar los servicios edilicios, fué éste un alivio para los bolsillos que si no se abrían eran constantemente amenazados a lo menos. Se gastaron entonces 2,000 pesos en el empedrado de la actual calle de la Bandera, cantidad casi equivalente por lo extraordinaria y desproporcionada a los recursos de la ciudad a los doce millones que se emplean hoy por el Fisco en la pavimentación. En 1709 se comisionó a los vecinos para ocuparse del aseo y en 1712 se acordaron 80 pesos para limpia de las acequias. Este fué el primer paso de la policía de aseo. Por esto los franceses se formaron buena idea de la ciudad y por primera vez se citó a Santiago en libros de viajes. El mismo Frezier habla del encanto de las acequias que corrían medio a medio de las calles y de los floripondios que embalsamaban el aire de las casas con su perfume. Hoy no es precisamente un bálsamo el que se respira en las calles atravesadas.

Santiago tenía entonces la planta primitiva de ochenta manzanas que le había fijado hacia 170 años su fundador Pedro Valdivia, entre el río y la Cañada, ocho cuadras; entre Claras y Sauce diez cuadras. Al lado sur de la Alameda no existía ciudad fuera de la primera casa en las actuales cales del Carmen, San Francisco; San Diego. Tras del Santa Lucía no había nada. Del 17 al 33 gobernó Cano de Aponte que inició el Canal de Maipo y trajo la que inició el Canal de Maipo y trajo la brada de Ramón. Costó menos esto que ahora en 1913 conseguir el proyecto de la Laguna Negra. Hubo entonces, por primera vez corridas de toros y carreras de caballos y comenzó a formarse paseos de los tajamares donde se lucían los caballos braceadores y las calesas de



El tajamar

las familias ricas. El 8 de Julio de 1730 un temblor destruía la ciudad. La carencia de trigos en el Perú, causó una era de prosperidad en Chile y se conoció por vez primera el agricultor chileno, precursor del partidario de papel moneda, es decir, del cambio bajo: recibir en pago de las cosechas buenos patacones de oro y pagar a sus trabajadores con lo más feble que se encuentre a mano.



Desde el fuerte Hidalgo.—Cerro Santa Lucía

Vino entonces la inmigración vizcaína que hizo desaparecer a la sociedad antigua de los conquistadores, substituyéndola por una de comerciantes serios, laboriosos y emprendedores. De allí viene nuestra actual sociedad. Con la riqueza Santiago creció y antes de terminar el siglo XVIII tenía el puente de cal y canto, Catedral, Casa de Moneda y las iglesias reedificadas. *El reino miserable, el presidio*, como se le llamaba por algunos de sus mismos gobernantes, comenzó a ser un pueblo con fisonomía propia.

Después de la independencia Santiago crece aun y gana su alameda.

Se puede decir que de siglo, en siglo, desde 1701, el comienzo de cada período secular ha importado una transformación para la capital de Chile. En 1910, las fiestas del Centenario, la apertura del Trasandino, las riquezas del salitre y de la agricultura, han provocado el aceleramiento del alcantarillado, la pavimentación lujosa de las calles y una gran edificación particular de edificios más altos y sólidos.

El arquitecto Toesca marcó su paso robusto en la Moneda en la obra de la Catedral y algunas construcciones privadas. Los arquitectos de hoy día, aunque olvidan los terremotos, se apartan de la austereidad española y buscan en

el extranjero fachadas más sonrientes y hospitalarias aunque menos hechas para desafiar el tiempo y los cambios de modas.

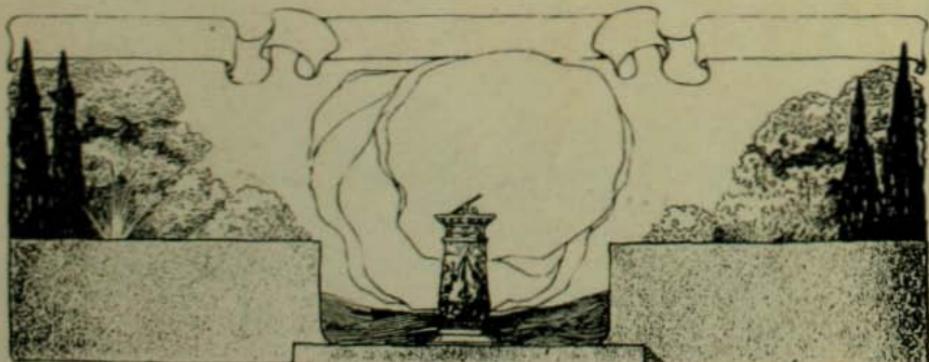
Ahora se presenta en el horizonte la transformación moderna de Santiago que ha de hacerlo una verdadera capital, digna de un gran país.

Pero el santiaguino defiende su bolsillo. Los versos del Alcalde de Zalamea

Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar...

no son de su agrado. La vida la dan con facilidad entregando a sus hijos al Cementerio bafo el golpe de todas las epidemias e infecciones; pero el dinero se lo guardan. Costó conseguir un pequeño aumento de contribución y no se prestará de bien traído a sufrir otro. Toda la historia de Santiago está condensada en una eterna negativa de su vecindario para dar algo. "Que pague el rey o que manden dinero de Lima"—se decía entonces—como hoy se dice: "que pague el Fisco o se traigan los fondos de la conversión".

En las fotografías que reprodujimos se ven las numerosas torres e iglesias de la ciudad española y colonial. Hoy se ven menos torres... pero más feas.





El Jocce

Del libro inédito
Rapsodias Australes
por Samuel Alillo
Ilustraciones
de Martínez

Selva de mi patria amada
Bajo cuya amplia enramada
Tantas veces me dormí.
Tras la quietud y el descanso
Que me brindó tu remanso,
Otra vez vuelvo hacia tí.

«En dónde están la verdura,
Las sombras y la frescura
De tu encantado vergel?
Lo saben las igneas rachas
Y los filos de las hachas
Que te golpearon ayer.

;Oh! bosque de la Frontera
Que bordabas la ribera
Del legendario Imperial,
Bosque amigo, ya no subes
A besar las blancas nubes
Con tu cúpula triunfal.





Y tú, rey de la montaña,
¡Oh! río, viste sin saña
Tu selva desparecer,
Sin desbordar tus corrientes
Sobre las llamas ardientes
Que te abrassaban los pies!

Y hoy de nuevo, en lontananza
El roce surge y avanza
Sobre el último torreón,
Que le opone todavía
La salvaje serranía.
Donde nunca penetró.

Quién contiene su ira extraña
Cuando sube la montaña
En chispeadora espiral,
O baja por la pendiente
Como una avenida hirviante
Que salta sobre el jaral?

Corre con loca presteza
Sobre el musgo y la maleza
Y estalla en el matorral
Incendiando los breñales
Y los verdes cardonales
Con sonoro crepitár.

En vano, en el bosque umbrío
Quiere oponerse a su brío
El espeso robledal,
Con las soberbias murallas
De sus troncos y sus vallas
De quillas y de zarzal.

El monstruo llega y devora
El quilar, la trepadora
Que sus redes le tendió;
Y luego alza formidables
Sus cien lenguas insaciables
Hacia la alta ramazón.

Y sus vivas llamaradas,
Como serpientes airadas,
Los troncos subiendo van;
Y al llegar arriba, presto



Cambian cada roble enhiesto
En un rojo luminar.

Salta del fondo bosquejo,
Erizado su pelaje
De miedo y cólera, un león
Que, dando roncos bufidos,
Entre los troncos prendidos
Pasa como una visión.

Bambolean los co'osos
Del monte a los ardorosos
Golpes del igneo turbión;
Los más viejos van cayendo,
Llenando el bosque de estruendo,
Cuál si pasara un ciclón.

Negra explosión de humo denso
Que al subir finge el inmenso
Resoplido de un volcán,
Como una señal extraña,
Va marcando en la montaña
La caída de un titán.

Se ha extinguido tarde el faego;
Pero ha ganado el labriego
Tierra libre en qué sembrar.
El terreno queda abierto
¿Qué importa el monte desierto?
¿De qué sirve el robledo?

Las aves sin el amigo
Que les dió sombra y abrigo
Se van para no volver.
Nadie alegra el campo ahora;
No importa: así no devora
El tierno cantor la mies.

Y entretanto en la quebrada
Desnuda y abandonada,
Bajo el sol canicular,
Agotada ya su vena,
Sumida en la ardiente arena
Viene el claro manantial.

SAMUEL A. LILLO.

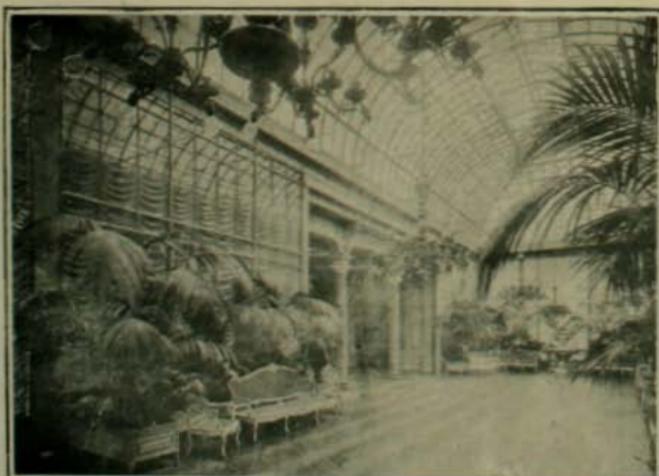
Santiago de Chile.

La Mansion de los PRESIDENTES

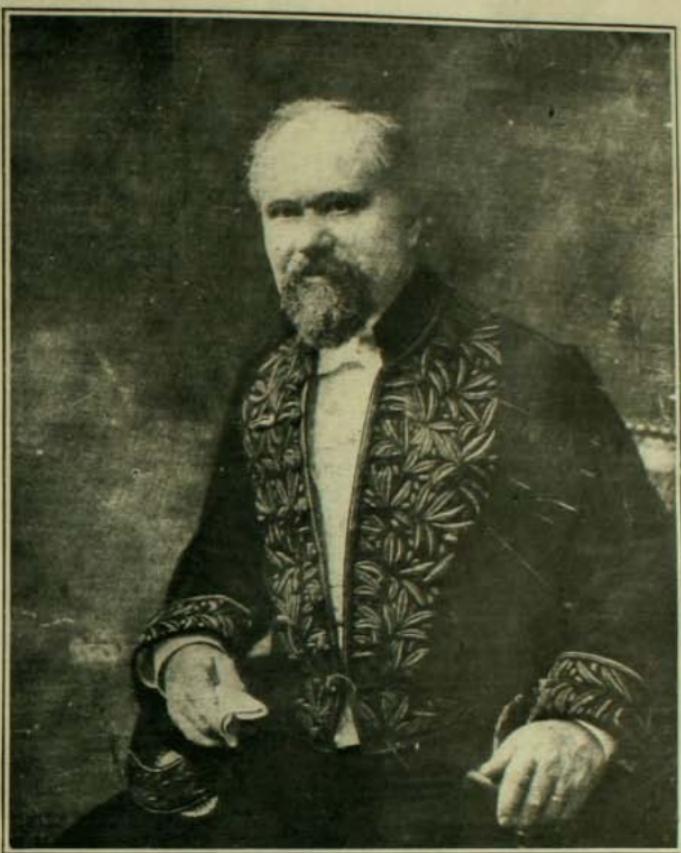
FRANCIA

Cuando todo el mundo dice públicamente o en voz baja, en un país, que el Presidente de la República debe tener mayores iniciativas personales dentro del marco que le traza el régimen parlamentario; cuando se nota un sentimiento general de fatiga por los figurantes; parece llegado el momento de la reacción y de elegir hombres activos y directivos. Esto es lo que ha ocurrido en Francia. M. Poincaré había presidido un Ministerio de hombres capaces después de una serie de gabinetes de poco valer llamado unánimemente en la prensa francesa "El gran Ministerio". Era natural que a su jefe, reconocido por ser una hermosa encarnación del genio y de la cultura francesa, se le llamara "el gran Ministro" y si

el nombre no salió a luz, no hubo debate político o internacional de los últimos meses en que esta idea no llenara la prensa y los clubs dirigentes de la arena parlamentaria y rebalsara sobre política. Poincaré ha hablado siempre no sólo como un académico de la lengua, sino como un académico del pensamiento, en el sentido amplio y no adocenado que tiene el nombre de aca-



Palacio del Eliseo.—Salón de invierno

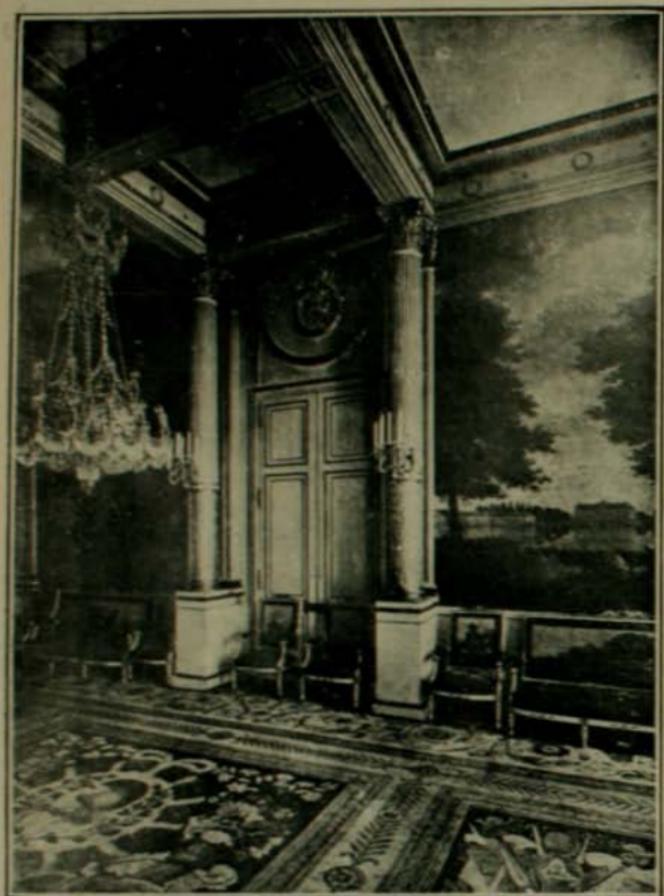


M. Raymond Poincaré. El nuevo habitante del Elíseo

démico. En las cuestiones internacionales ha dado su opinión con claridad, con nitidez digna de admiración, con la elocuencia de un apretado razonamiento. Nadie es menos sofista que este parlamentario. El Parlamento de Francia se ha inclinado respetuoso ante el genio. Ha llegado hasta aplaudir frases que en otro político sin prestigio habrían parecido amenazantes para la República, como por ejemplo, la que señalaba el aspecto moral de la políti-

ca colonial francesa consistente en el apoyo con fuerza y con dinero de las misiones, hospitales y hasta escuelas de congregaciones católicas del Oriente.

De todas partes de Francia se deseaba ver a Poincaré presentar su candidatura a la Presidencia de la República. Se temía por su modestia, por la rutina de elegir presidentes descoloridos, por los *hacedores de presidentes* temibles por sus artes sutiles y por su au-



Palacio del Elíseo.—Salón Imperio

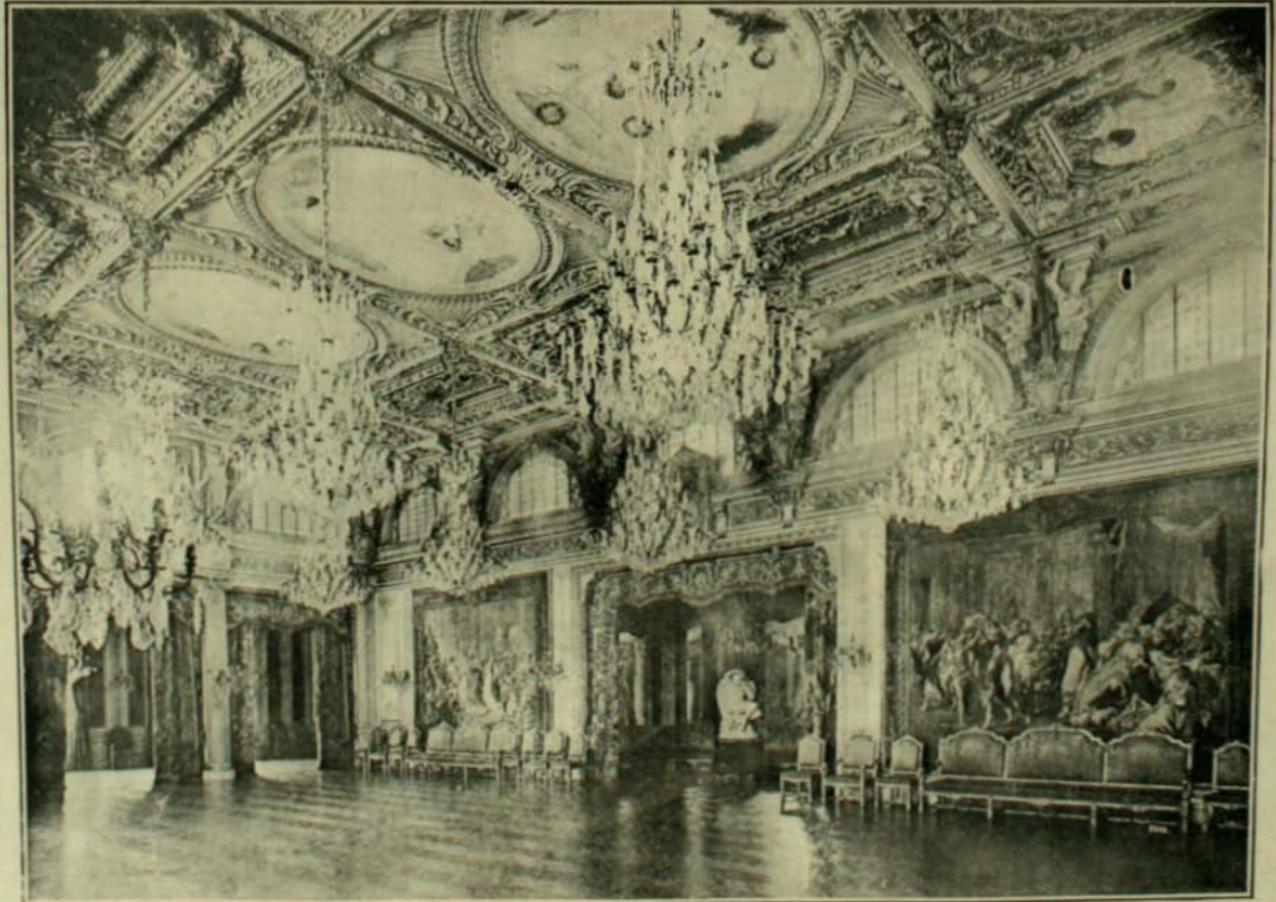
dacia alentada por triunfos sucesivos. Finalmente Poincaré declaró que solicitaba los sufragios de los parlamentarios y pronto pudo verse que una gran reacción se había operado en los hábitos políticos de la gran nación. Jaurés el gran jefe socialista cuyas avanzadas ideas no permitían creer pudiera mirar esta elec-

ción como posible, ha dicho en la *Dépêche* de Tolosa, lo siguiente:

“En este momento, “en el estado del “mundo y de la Eu- “ropa, Francia quiere ser representa- “da por un hombre “que pueda hablar “por ella con autoridad. No se desea un “presidente impulsivo, indiscreto, vanidoso, que salga de “su función constitucional. Pero quiere “que el llamado a representaría tenga “alguna personalidad “en el mundo. La “mediocridad continua y fundamental “tiene sus peligros. “Un presidente de la “República francesa, “si tiene cierta altu-



Palacio del Elíseo.—El parque



Palacio del Eliseo.—Salón de honor



Palacio del Eliseo.—Gabinete del Presidente de la República

"ra de espíritu y de palabra, puede, " sin intervención irregular y excesiva- " servir considerablemente al desarro- " llo económico, el progreso social y la " influencia moral de la Francia."

Con esto está todo dicho. Ese hombre es Poincaré. Jaurés puede ser creído.

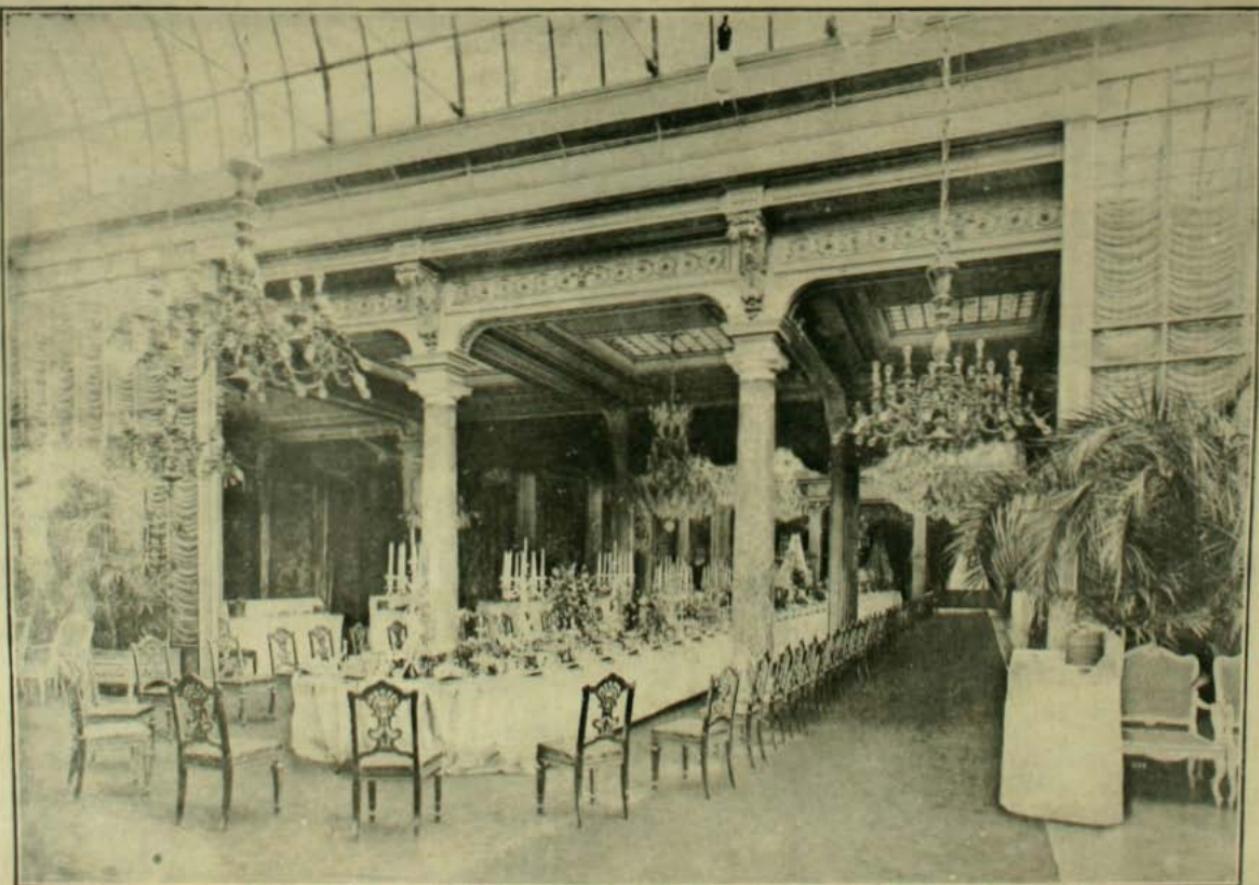
Este es el político de primera línea que va, dentro de poco, a ser el habitan-

tante del Eliseo, el palacio de la triunfal avenida de este nombre, del cual queremos dar cierta idea a nuestros lectores.

Creemos de cierta importancia referirnos con alguna profusión de ilustraciones a este palacio, porque dentro de poco tiempo nuestros presidentes



Palacio del Eliseo.—Salón de Cleopatra



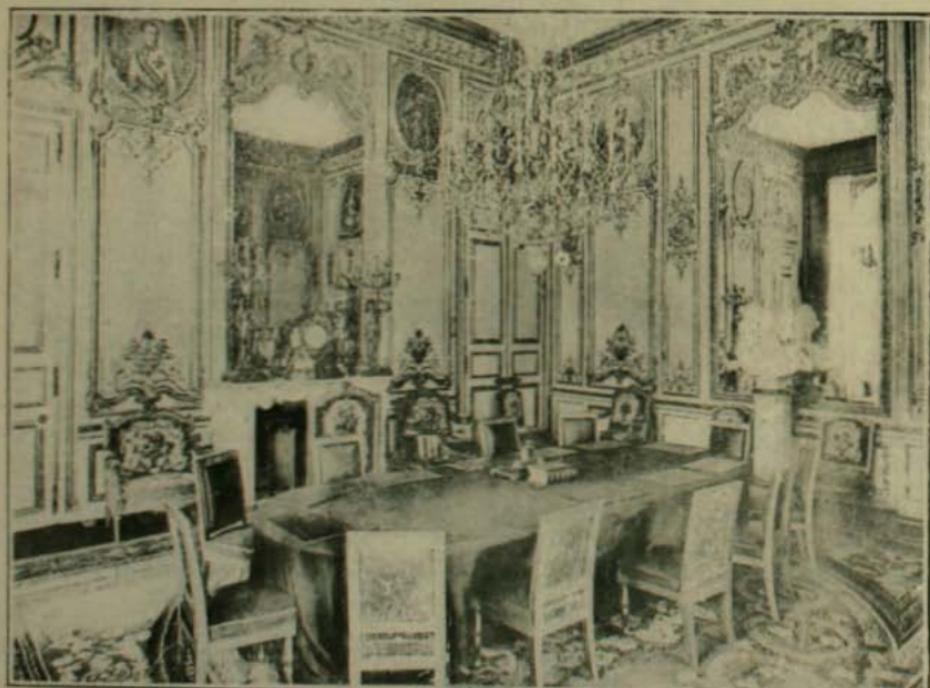
Palacio del Eliseo — Jardín de Invierno

tendrán su casa en Santiago y conviene que, se tenga muy en cuenta el estilo y el carácter apropiados de una mansión de esta clase. Los grandes *halls*, los salones de fiesta y de banquetes, las salas de recepción, las oficinas de trabajo, todo debe tener cierta grandiosidad sin que por eso se salga de la austera sencillez que ha rodeado hasta ahora la casa presidencial de Chile.

El gran palacio construido en 1718 para el Conde de Evreux por el arquitecto Mollet, tiene un gran jardín hacia la Avenida. Lo compró Madame de Pompadour, que habitó en él hasta su muerte. Luis XV lo adquirió en seguida y lo dispuso para alojar con esplendor a los embajadores extraordinarios. Más tarde, después de pasar por diferentes propietarios fué comprado por la Duquesa de Borbón que le dió el nombre de Elysée-Borbón hasta el

año 1792, en que pasó a formar parte de los bienes nacionales. El General Murat lo tomó más tarde y lo donó al Gobierno. Napoleón lo habitó varias veces antes de su abdicación y alojó en él en los memorables días que precedieron a su caída. En 1816 Luis XVIII lo obsequió al duque de Beira que juntó en él una rica colección de cuadros holandeses y flamencos vendidos después en remate y dispersados en 1837.

El Eliseo es un hermoso palacio que ha tenido la suerte de ser modificado y engrandecido siempre por artistas de talento y así en vez de desaparecer su belleza ha ido aumentando siempre en el tránscurso de siglo y medio. Su plano es maravilloso: la distribución interior muy feliz. La decoración es una muestra de buen gusto y sus fachadas exterior e interior tienen una encantadora armonía de proporciones.



Palacio del Eliseo.—Sala del Consejo

PROTECCIÓN ALLOS BOSQUES



Efectos de un corte



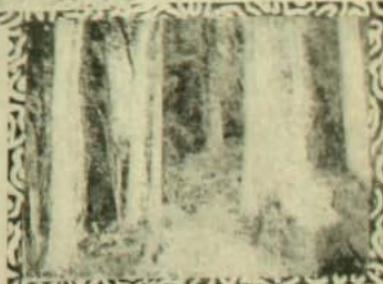
Bosque de Olmos, Coihues y Huahuancas

Al llegar a Chile por primera vez no dejé de admirar los bosques enclavados aparentemente en la roca viva de la Tierra del Fuego, en muchos islotes y aun en el continente a mayor distancia. Entre medio de las rocas, brotan los árboles al lado de las cimas nevadas y de los vestigios de un hielo blanco con profundas grietas de azul marino transparente.

Luego siguen las grandes llanuras del Territorio de Magallanes que están interrumpidos en la vecindad de Punta Arenas por un bosque de Roble de Magallanes (*Nothofagus betuloides*) mezclado con escasos árboles y arbustos de otras especies. Avanzando en el vapor mi admiración subió de punto al encontrarme en las islas e islotes de los canales de Smith, Sarmiento, Concepción, Messer, etc con una vegetación



Belliots que existían antes en la vecindad de la Ligua.



Bosques de Olmos, Coihues y Huahuancas

exuberante de Mirtos en su mayor parte, que sólo creía encontrar en los países templados.

Aquí abundan: el Peta (*Myrcengenia planipes*), Luma (*Myrcengenia luma*), Arrayán (*Engenia apiculata*), y Melí (*Myrcengenia meli*), mezclado con Avellanos (*Guevina avellana*), Ciruelillo (*Embothrium coccineum*), Tíque (*Aextoxylum punctatum*), Tepu (*Tepualia stipularis*), Maitén de Magallanes



Bosque de la provincia de Malleco

nes (*Maitenus miquelianicus*). Ciprés de Guaitecas (*Libocedrus tetragona*), Huahuan (*Laurelia serrata*), el florilo Uímo (*Encryphia cordifolia*), el Canelo (*Drymis chilensis*), grupos de Alerce (*Fitzroya patagonica*) y algunas otras especies de árboles.

Admiré la abundancia de pequeñas vertientes con sus pintorescos saltos sobre las rocas.

Es un ensueño delicioso que producen las rocas y farallones y las quebradas románticas con las más bizarras formas llenas de pequeños saltos



Bosque de Quillayes que había antes en la cordillera de San Felipe

de agua que parecen nacer de las raíces de los árboles, saltando sobre el abundante musgo. Este ensueño es pronto turbado, pues a cada rato se encuentra una multitud de brazos ennegrecidos o blanqueados de troncos seculares que extrañamente erguidos hacia arriba parecen clamar al cielo contra la barbarie destructora. Instintivamente pregunté al capitán del vapor: "¿Pero por qué se han quemado tantos bosques preciosos, sin beneficio alguno? ¿Acaso no temen de que los lleven presos por unos

10 años?" El capitán se sonrió. "No señor, ni por pienso! Hasta hay cierta recomendación de arriba para que los quememos; pues creen que con el incendio se cría tierra para cultivarla más tarde. Nosotros quemamos los bosques en la tarde, al anochecer, aplicándoles parafina, porque es imponente mirar cómo las llamas, primeramente se levantan al cielo para correr en seguida como un rayo, de un extremo a otro, impulsadas por el viento. Los mismos chilenos queman los bosques al fin de los causeos que arman, los queman los colonos y concessionarios para despejar el terreno para la agricultura y los queman hasta para explotar la madera!"

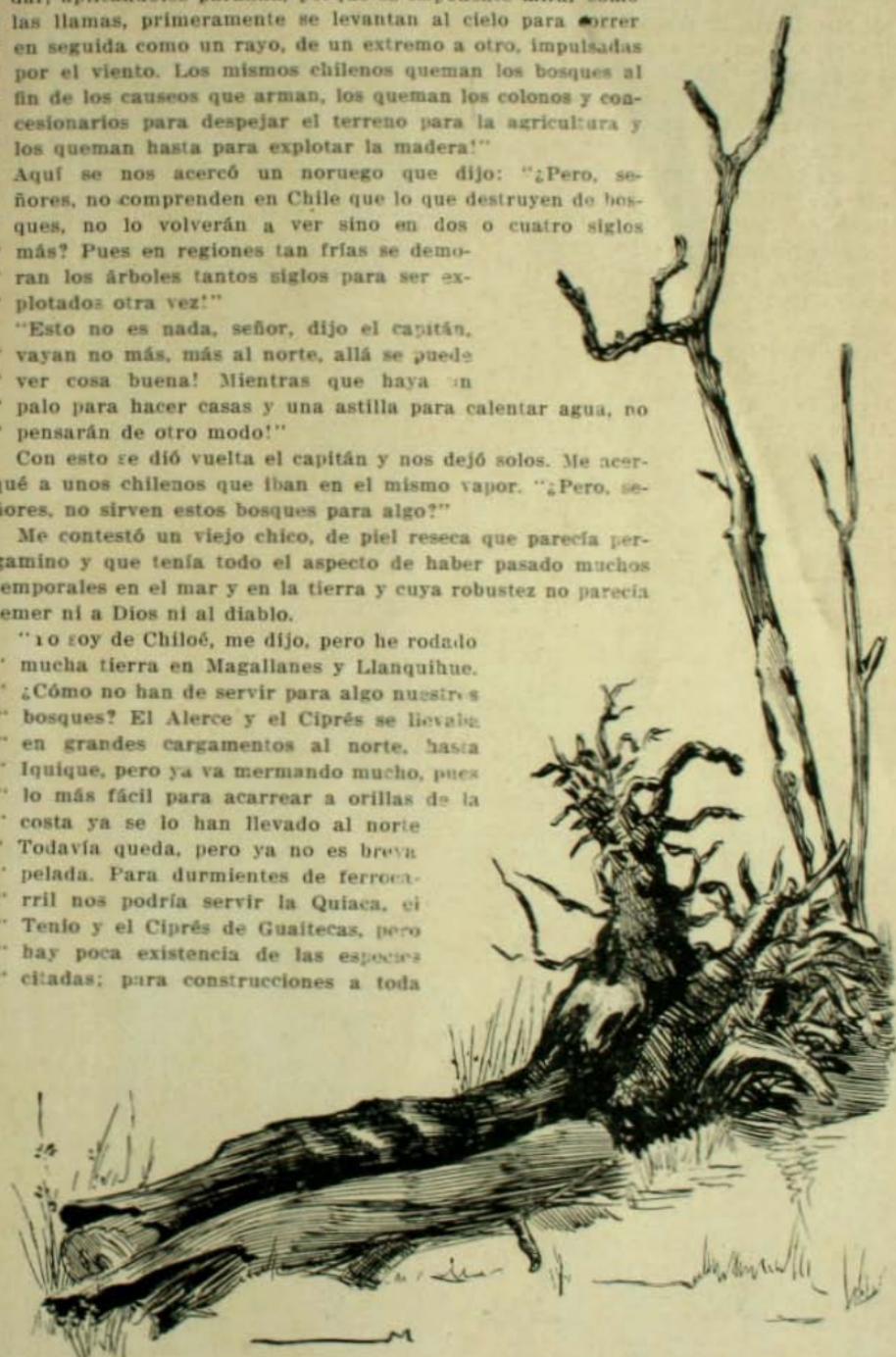
Aquí se nos acercó un noruego que dijo: "Pero, señores, no comprenden en Chile que lo que destruyen de bosques, no lo volverán a ver sino en dos o cuatro siglos más? Pues en regiones tan frías se demoran los árboles tantos siglos para ser explotados otra vez!"

"Esto no es nada, señor, dijo el capitán, vayan no más, más al norte, allá se puede ver cosa buena! Mientras que haya un palo para hacer casas y una astilla para calentar agua, no pensarán de otro modo!"

Con esto se dió vuelta el capitán y nos dejó solos. Me acerqué a unos chilenos que iban en el mismo vapor. "Pero, señores, no sirven estos bosques para algo?"

Me contestó un viejo chico, de piel reseca que parecía pergamino y que tenía todo el aspecto de haber pasado muchos temporales en el mar y en la tierra y cuya robustez no parecía temer ni a Dios ni al diablo.

"Yo soy de Chiloé, me dijo, pero he rodado mucha tierra en Magallanes y Llanquihue. ¿Cómo no han de servir para algo nuestros bosques? El Alerce y el Ciprés se llevaba en grandes cargamentos al norte, hasta Iquique, pero ya va mermando mucho, pues lo más fácil para acarrear a orillas de la costa ya se lo han llevado al norte. Todavía queda, pero ya no es breva pelada. Para durmientes de ferrocarril nos podría servir la Quiaca, el Tenlo y el Ciprés de Guaitecas, pero hay poca existencia de las especies citadas; para construcciones a toda



" especie se usa la Luma, el Peju, el Melí, Tepu, Ciprés, Alerce y aún a veces el Ulmo; bajo techo se puede emplear el Avellano, Ciruelillo, Tique, Roble de Magallanes, Huahuan, Canelo, Mañán, Radal y otros de escasa importancia. Los postes de Luma, Peju, Melí, Tepu y Ciprés, son de buena clase. Carbón se hace de Luma, Quiaca, Tenio, Peju, Melí y Ulmo; para leña se usan todos los árboles pero se da preferencia a los que dan carbón de buena clase. El Roble Pelliñ de Llanquihue que es allá el árbol más frecuente, no existe en Chiloé y Magallanes, donde le reemplazan el Roble de Chiloé en escaso número y el dominante Roble de Magallanes, ambos no son durables en contacto con el suelo, y no se pueden comparar con el Roble Pelliñ que principia en Llanquihue."

Al fin llegamos a Puerto Montt y aproveché la ocasión para tomar el tren a Temuco. Apenas salí de la estación vi largas extensiones de terrenos sembrados y entrebolados, con los árboles quemados en parte, en pie todavía, y en parte solo con los troncos que acusan la existencia de los bosques frondosos que había antes.

Aproveché la ocasión para interrogar a un pasajero gordo, que parecía extranjero y que acababa de subir al tren, en el trayecto. "Dígame, señor, ¿por qué han quemado estos bosques sin aprovechar la madera?"

"Qué quiere, que se haga, señor? Yo vine como colono, me dieron una hijuela de 30 hectáreas, cubiertas totalmente de bosques impenetrables, a distancia de 25 leguas del próximo pueblo y no había más caminos que unos senderos angostos de planchados de palos que a la mayor parte del año eran intrafiables. ¿Qué hacía? No pude explotar el bosque por falta de caminos y ferrocarriles. ¿Qué otro recurso tenía que el de quemarlos y convertir la ceniza en granos y pasto para los animales?"

"Entonces el Estado no hace aquí los caminos y ferrocarriles antes de恨不得 los terrenos para valorizarlos y facilitar la explotación y exportación de las maderas?"

"No, señor, al contrario, nos han dejado en el completo abandono hasta hace poco y de allí viene que Ud. ve los bosques quemados en todas partes".

"Pero por qué no han cortado los árboles y no han destroncado el terreno, exponiéndose a que de repente se les muera un animal aplastado por la caída de algún árbol podrido?"

"Esto es caro, señor, pues hoy día vale la corta preparatoria, para el roce de una cuadra (o sea de los arbustos, quila, collhue, etc.) \$ 60; el roce mismo con la atención de la gente, \$ 250; la ardura y champeadura o destroncadura otros \$ 250; y la quemadura de las raíces \$ 80; quiere decir que la cuadra nos cuesta más de 2.600 para tenerla completamente limpia, por esto preferimos dejar los troncos muertos en pie y los quemamos a medida que se caen al suelo. Es raro también que un animal no pueda arrancar a tiempo, y sea aplastado por un tronco."

"¿Ha surgido Ud. en el cultivo del campo?"

"Como no, señor, hoy día tengo una casa bastante buena y tantos animales va cunos y caballares que no me caben en la hijuela y tuve que rematar un potrero, muy caro, en la cordillera, de 2.000 hectáreas, que me ha costado \$ 2.000. Ya lo tengo bastante despejado, quemando los bosques para que se crée pasto", pero debo quemar mucho más apenas tenga gente."

Retrógrado! pensé interiormente, todavía no ha despejado las 90 hectáreas de su hijuela y se lleva destruyendo la riqueza maderera en las regiones mas apartadas. Para concluir con este pasajero le dirigi una última pregunta:

"Dígame, señor, al incendiar un bosque no salta el fuego y quema mucho más de lo que se pretendía al principio?"

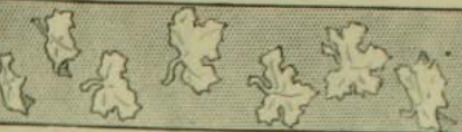
"Si el roce está bien preparado, no sucede, pero si no hay suficiente gente y está mal preparado, salta el fuego, de un lado de la quebrada al otro y se han visto casos que casi se quemaron las casas del fundo. Si hay viento es suficiente que prendan fuego al monte para buscar una vaca, para que el incendio pase de un lado de la cordillera al otro."

"Pero, le dije, esto puede ocasionar quejas de los argentinos!"

"Sí, señor, se quejan casi todos los años, pero nosotros no les hacemos caso"

¡Qué indiferencia pensé para mis adem-

*Bosque de Robles y Coihues
que existían antes en la
provincia de Talca.*



iros. A medida que iba avanzando el tren de estación en estación vi apiladas grandes rumbas de madera en los patios de las mismas. Qué riqueza, exclamé. Y pensar, ¿que aquello se destruye por que se quiere! Al fin llegamos a Temuco donde fui a ver algunos establecimientos madereros.

¡Qué chillar de sierras, que uno no entiende su propia palabra! Encontré en el dueño del establecimiento, un hombre de estatura no muy grande con largas patillas algo rubias, muy activo, bastante comerciante e industrial, pero de buena voluntad. Me explicó su establecimiento y me dijo: "Aquí tiene Ud. la sierra de huincha sin fin, que es la más económica de todas, pues no se pierde en cada corte más de 2 a 2½ mms. del grueso de la madera y trabaja muy ligero. Estas otras son sierras alternativas o sean Vollgatter, que trabajan un poco más despacio, pueden producir más de veinte tablas a la vez, y pierden 4 a 5 mms. del grueso de la madera en cada corte. Estas últimas son sierras circulares que mal manejadas cortan la madera muy dispareja y suele haber tablas de $\frac{3}{4}$ pulgadas que al otro extremo tienen 1½ pulgadas; además se pierde un grueso de 8 a 15 mms. de la madera en cada corte o sea un 30 al 50 por ciento del tronco.

"¿Quiere decir, señor, que se usan más sierras de huincha que sierras circulares?"

"No, señor, al contrario, por que la madera

quiere sólo su mayor valor puesta en la estación de Santiago. No les importa nada perder madera, ya que solo con el roce a fuego pierden la mitad. Aquí no se valorizan así los bosques, y los suelos despejados valen muchas veces más que los montañosos. Generalmente no se explota el Roble (*Nothofagus obliqua*), el Coihue (*Nothofag dombeji*), el Laurel (*Laurelia aromática*) y el Mañín (*Saxegothea conspicua*) a más de unas ocho leguas de distancia de alguna estación o paradero, porque no tenemos caminos ni se han habilitado las vías

fluviales para el transporte de maderas. El Raulí (*Nothofagus procera*) y el Lingue (*Persea lingue*) se explotan a distancia de más de 15 leguas, porque el precio bonito de la madera paga las dificultades del acarreo. Con el ferrocarril central pasa otro tanto. ¿No se ha fijado en las grandes rumbas de madera que existen a lo largo de la línea? Tenemos más de 17.000 carros de 20 toneladas de madera en las estaciones de la 3.a y 4.a sección de la Red Central sin poderlos trasportar. Desde 1910 no se ha vuelto a

acarrear toda la cosecha del año, todavía hay existencias de 1911 en las estaciones, de las personas que no tienen influencia suficiente. Con la reducción de los sueldos de los jefes de las estaciones y por la falta del material rodante llegaremos otra vez a la necesidad del remate disimulado del derecho a los carros vacíos. La Dirección General de Ferrocarriles tiene muy buena voluntad pero ¿qué hace sin los elementos ne-



cesarios? Con la madera que existe actualmente en las estaciones tenemos para dos años de acarreo por ferrocarril tal como este se lleva a efecto en el año en curso y tendremos que disminuir mucho nuestra producción o paralizar los trabajos en gran perjuicio de las grandes instalaciones hechas, de nuestras deudas en los bancos y de los fuertes capitales invertidos.

"Dígame, señor, aquí se vende cada clase de madera por separado o las mezclan entre sí para la venta?"

"Se mezclan, señor, por ejemplo el Coihue, el Clivillo y aun el Ulmo, generalmente pasan por Roble, cuando debieran apartarse y distinguirse también entre Roble blanco, Roble pellín, Coihue blanco, Coihue pellín, etc., porque esto facilitaría y afianzaría el comercio del

Uno de los hornos que servían para concluir con los bosques de las vecindades de la Ligua.



Bosque de espino que existía en las vecindades de Parral.

interior y de la exportación."

"Ud. quema también los bosques?"

"Es esta la regla general en todo el país, pero ya no faltan algunos dueños que han suprimido los roces a fuego, para sacar mayor provecho de sus bosques, ya que la madera ha subido en precio a medida que se hace más y más escasa".

"Más escasa, señor?"

"Como no, señor, estamos consumiendo el capital! Y si no se nos dan mayores facilidades para la explotación y el acarreo de la madera desde la montaña hasta Santiago, y el Gobierno no se preocupe de la conservación de bosques, habremos concluido con el Rauf en 10 años, con el Lingue en 20 años, el Laurel en 30 años, etc."

"Y no hay nadie en el país que se preocupe de esta materia, y abra los ojos al Supremo Gobierno que es lo que debe hacer?"



Bosques que existían en la vecindades de Ligua.

"SI; hay en Santiago un hombre iluso que cree que una sola persona puede mover al país y que por esto se ha votado a redentor. Pero está en un error! Ya se ha conquistado muchos enemigos con su propaganda y llegará el momento en que le van a crucificar y le van a probar que estaba demás en esta tierra. El quiere enmendar las faltas aunque sea tarde y no comprende que el país necesita sufrir y sufrir mucho antes que se convenza que debe hacer algo en favor de los bosques."

Me despedí del barraquero para alcanzar el tren al norte, dándole las gracias por su buena voluntad. En la estación de Victoria subió con mucho trabajo un viejecito flaco con el pelo y la barba alba como la cordillera nevada, las manos delgadas, pero endurecidas por el trabajo. Al poco andar del tren empezó a lamentarse a media voz:

"Qué calamidad! ;Qué error más profundo!"

Conmovido le pregunté:

"Qué le pasa señor?"

Y me contestó:

"Cada vez que paso por estas regiones en el tren, me emociono. ¿No vé Ud. aquellos parajes de colinas peladas continuadas con el escaso pasto, las laderas a veces hasta la cima agrietadas, carcomidas y lavadas por las lluvias, las quebradas secas y esta desolación desprovista de vegetación? Este es el fruto de nuestro trabajo! Hace 40 años, cuando llegué a Chile, éste era un solo bosque frondoso que llegaba hasta Concepción y varias veces me he perdido en él. Hemos quemado los bosques primero en los llanos fértiles para mantener nuestras vacas, más tarde en las laderas para sembrar el trigo botándolo en la ceniza, a que redujimos la frondosa vegetación, pues se decía que la tierra debe ser quemada por el fuego para que dé mucho rendimiento. Óo podíamos tener inquilino alguno sin darle todos los años el derecho de un nuevo roce a fuego de unas 15 a 20 cuadras para sus siembras, pues el segundo año el rendimiento era solo regular y el tercero netamente malo. ;Qué calamidad! ;Qué error más profundo y qué torpeza! La lluvia arrastró las cenizas, se llevó la escasa capa vegetal, nos dejó los suelos pobres, agrietó las colinas y el arrastre de los ríos produjo los inmensos arenales que tenemos en la costa. Las vertientes que antes brotaron de cada quebrada chica se han secado. Hoy día no tenemos en muchos fundos la leña necesaria para los in-

quilinos y hay que limitarles el derecho de recoger las bostas de los animales con este objeto. Es innegable que el clima se ha cambiado enormemente, los inviernos y los veranos son mucho más secos, los cambios de calor y frío en el mismo día son mucho mayores y hoy día hay que pensar hacer canales de riego. ;Pero estos cordilleranos no tienen compasión alguna con nosotros, pues siguen con su fiesta de arrasar los bosques tal como nosotros les hemos enseñado! Voy precisamente a Concepción a comprarme unos eucaliptos para tener leña para mis hijos. No muchos, porque los tiempos son malos. Las grandes plantaciones son solo para la gente rica, que no necesita su dinero al día siguiente como las minas de Lota y Curanilahue."

Le dijimos:

"Pero el Estado plantará mas tarde bosques otra vez."

"No, señor, qué ha de plantar! No nos ha hecho siquiera los canales de riego. ;Qué calamidad, señor! ;Qué error más profundo!"

Se bajó en San Rosendo y nosotros seguimos viaje al norte atravesando los valles fértiles de Chillán. Una cosa me llamó la atención; ya no veía los grandes hacimientos de madera de raulí, roble, lingue, etc. en las estaciones; ya llegó a regiones donde los bosques naturales escasean para los propios habitantes y para las necesidades más reducidas. Siguió la locomotora con su "ché, ché" apurado y desfilaron ante mí los cerros pelados en cuyas laderas accidentadas vi las señales de la roza a fuego de la escasa vegetación! Impresionado con la sencilla narración de nuestro simpático viejecito de Victoria interrogué a un gordo y fornido señor, dueño de fondo en Linares.

"Dígame, señor, no hay prohibición alguna de destruir la vegetación arbórea en el fondo de las quebradas de donde salen las vertientes?"

";Prohibición?, nos dijo. ;Prohibición, repitió, de hacer lo que se me ocurre en mi fondo? ;No, señor, eso no admito yo, aquí vivimos en una república! Yo hago lo que se me da la real gana con el fondo, que yo he pagado con mi plata! Yo querría ver al que se atreviera a meterse en mi propiedad, le arrojo yo con los inquilinos y los perros!"

"Pero no comprende Ud., señor, que Ud. no sólo hace daño a los fundos que están más abajo, sino también así mismo al quemar los arbustos en las ensenadas de las vertientes, originando así que se secan en vez de po-



Bosques que existían al sur de la provincia de Coquimbo

derlas utilizar para el riego y para la bebida de los animales?"

"Yo! dijó, tengo mi fundo en la cordillera con aguas de primera mano, y si me falta agua, hago un canal y si este no basta hago un tronque, para esto tengo plata. Ojalá que se arruinén los vecinos de más abajo, más barato tienen que venderme los fundos a mí! ¿Qué tengo que ver yo con otros fundos con tal que yo saque pronto plata del pasto que sale el primer año, después de la roza a fuego, aun que más tarde no haya nada de pasto y se sequen las vertientes. ¿Qué dice Ud. mi amigo, que tiene su fundo en la puerta de Santiago, ¿Qué le parece una intervención de extraños en su propiedad que le ha costado su buena plata?"

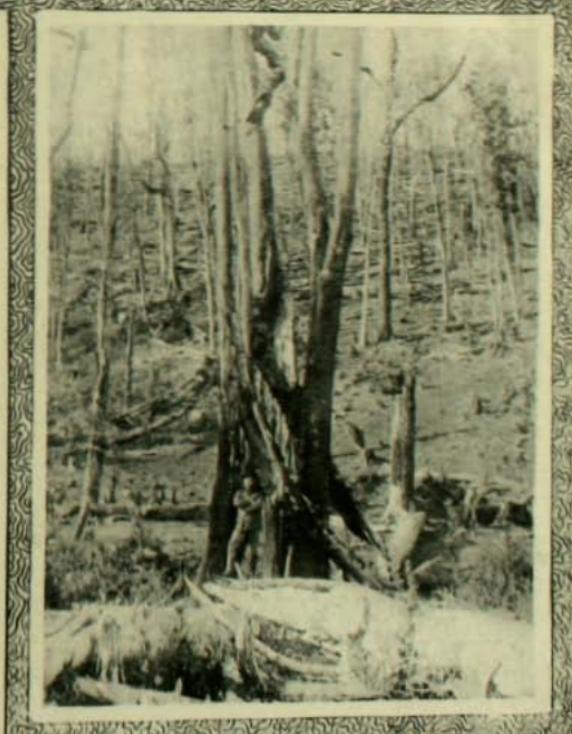
"¡Yo!, dijo el vecino a quien se había dirigido. A mí me ha costado mucha plata el fundo, con el alza de la propiedad, pero no importa, en pocos años le saco su valor en leña, porque el precio de la leña es muy bonito y después le vendo el cacho a otro, no falta nunca un comprador para un fundo que produjo tanto en leña."

"Ya que Ud. sacará tanta renta de la leña del fundo, porque no planta Ud. árboles en la vecindad de las vertientes para asegurar su existencia?"

"¡Yo! Plantar árboles en las vertientes? ¡Me ha visto cara de qué... señor!"

Ya le iba a contestar: de más prudente, de más hombre de negocios; me quedé callado, para que no se irritara todavía más, con la simple idea de que él debiera plantar árboles!

Se me hizo largo el camino



Efectos de un roce

a Santiago viendo en todo el trayecto los cerros pelados donde de vez en cuando se vela algún Espino, Boldio, Peumo o Maitén maltratado, que no ha sido posible destruirlo totalmente todavía; cuando ya en las recindades de la capital me vi rodeado de Cipreses, Pinos, Aromos, Eucaliptus, Encinas y Sequoyas, me dirigí al vecino de detrás de mí:

"Dispense, señor, el dueño de este fundo ha de ser extranjero?"

"Extranjero? No, señor. Es chileno. Ni ha visto a Europa! Se llama Benjamín Matte y esta es la hacienda Los Guindos".

"Muchas gracias, señor". Le dije y pensé interiormente: Uno, entre tantos!

Al fin llegamos a Santiago. Persiguiendo mi investigación, de buenas ganas acepté la invitación de un amigo para acompañarle al club, porque la última conversación del señor de Linares me había fastidiado; cuando al poco rato se abre y entra el mismo señor de Linares! y lo peor de todo, saluda a mi amigo por haberle conocido en Curacaví! Me presenta...

"Vaya, exclamó con su voz fuerte, el mismo sentimentalista, que me quería hacer plantar bosques, en el tren!"

Me picó el hombre, y le contesté levantando la voz:

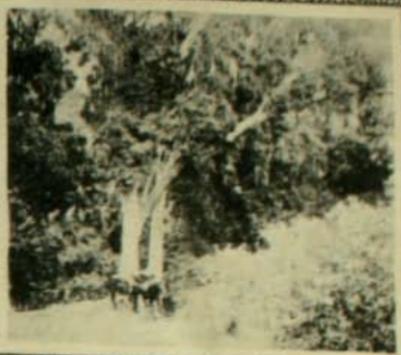
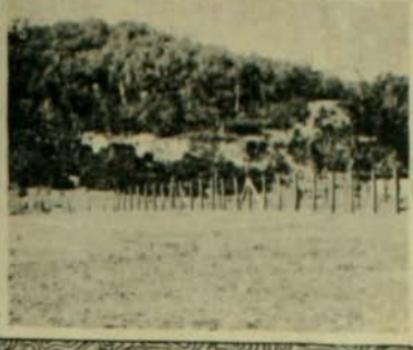
"Aun que yo he entrado hace poco en el país, me he convencido que antes había mucho más bosques en Chile que ahora, pues en todas partes he visto los rudimentarios vestigios que han quedado de ellos y si hoy pasan Uds. afflijos porque el clima es muy variable, la lluvia dispareja, las vertientes se han secado, la madera es escasa y ya dista mucho de las vías de comunicación, y la leña se ha puesto cara, lo deben Uds. únicamente y exclusivamente a la destrucción sin tasa ni medida de los bosques naturales del país!"

De repente me vi rodeado de mucha gente entre los cuales había varios jóvenes. Uno de los últimos me decía: "Es cierto, señor y si a Ud. le interesa le regalo una fotografía de lo que eran nuestros bosques en el Suble." Otro continuó: "Yo le puedo dar otra, de lo que eran nuestros bosques en tiempos antiguos en Talca". "Yo de Graneros". "Y yo de Los Andes". "Yo le regalo unas fotografías de los bosques desaparecidos de la Ligua, donde todavía puede verse uno de los hornos, que

los hizo desaparecer, y donde Ud. hoy día no encuentra ni una gota de agua y ni una hebra de pasto." "Yo le regalo un bosque de espino". "Yo uno de Quillayes, que ya no existe". "Yo uno de Peumo". "Yo uno de Boldos". Un Guayacán. Un Algarrobo.

Me iban a sofocar con sus caricias, cuando se abrió paso un caballero respetable de tez tostada por el sol, de cabellos blancos, la cara cruzada de proundas arrugas pero con los ojos alumbrantes como los de un águila. Abrazó con su mirada penetrante el círculo que se formó y los redujo así al silencio:

"No me importa su nombre, señor, pero le voy a contar lo que ha pasado en el norte. Cuando yo empezaba a trabajar, teníamos los denuncios de bosques para el uso de las minas y fundiciones de metales. Ellos concluyeron casi en su totalidad con los bosques que había. Algunos se escaparon, como el bosque 'Fray Jorge' al sur de Tongoy, pero aun allá suena ahora el hacha! Sobrevenio la escasez de los postes, la escasez de la leña y la carestía del pasto. Allí se fundieron los Algarrobos, los Algarrobillos, el Carbón, la Tola, el Guayacán, los Chañares, los Tamarugos, etc. Excavamos hoy día los gruesos troncos de los árboles sepultados bajo la tierra al norte del río Loa! Los mapas geográficos de los tiempos antiguos de Tarapacá, Tacna y Arica nos enseñan hoy día todavía dónde había bosques en aquellas épocas remotas y donde Ud. ya no encontrará más que una desolación! Yo he visto en Coquimbo y Atacama, por mis dos ojos, que todavía conservo buenos, muchos oasis, si Ud. me permite la comparación, de vertientes que nacen rodeadas de pequeños bosques, y que alcanzaron a regar campos de mayor o menor extensión! Los he vuelto a ver años después: del verdor de los árboles y arbustos no ha quedado más que algunos troncos ennegrecidos que se escaparon de la codicia; de las casas de los inquilinos, no quedaron más que las murallas, las vertientes ya no existían y no encontré una hebra de pasto para darle a mi caballo cansado, ni una gota de agua para saciar mi sed! Gracias a la obra del hombre, a nuestra inercia y a la falta de valor para ir contra la opinión pública formada, el desierto va avanzando hacia el sur. Hoy día los habitanantes de Atacama



Bosques que existían en las vecindades de Arauco.

y Coquimbo están todos alarma los porque se seca, aun la escasa vegetación arbustiva en los cerros, y donde antes hacía un pasto escaso, hoy día no hay nada! Absolutamente nada, señor "Comprende Ud."

Apenas concluyó



Bosques que existían en la vecindades de la Ligua.

el caballero respectable, su exposición, se formó un verdadero caos de muchas voces:

;De allí vienen las inundaciones del norte! ;Hay que hacer defensas de ríos! Aquí en el centro las necesitamos más que Uds. en el norte! No puede ser



Bosques que existían en la vecindades de Ligua



Bosques que existían en la vecindades de Victoria

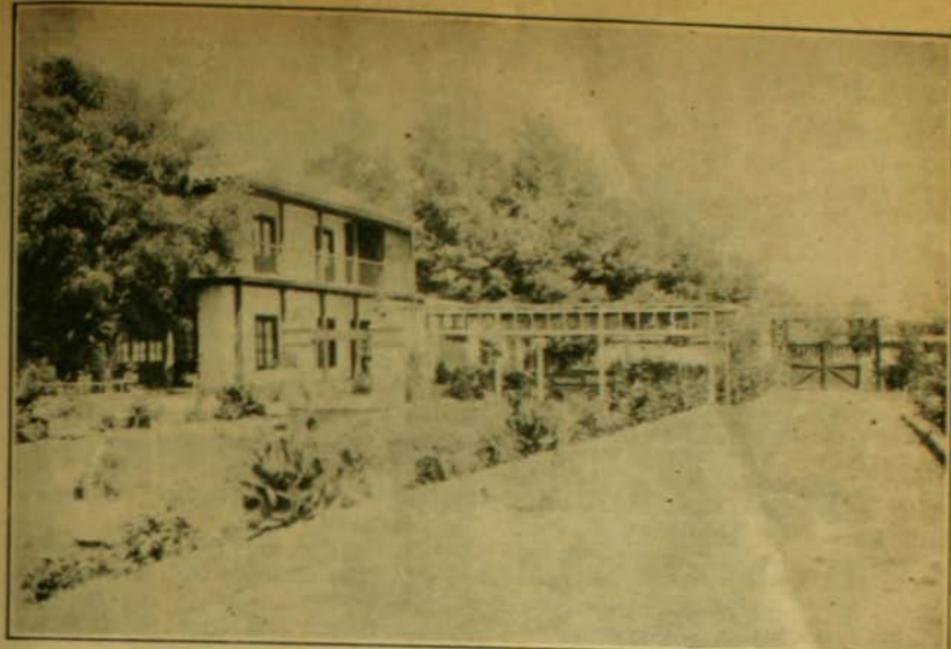
hay que tomar medidas! Hay que reglamentar! Hay que prohibir el roce y la corte de los árboles en las vertientes, en tiempo de verano! "En el fundo mío, no se me mete nadie!" gritó con voz estentórea el señor de Linares. "Pero entonces hay que obligarles a que planten!" "Yo no planto ni un palqui y quiero ver, quién me obliga a hacerlo!" gritó el gordo otra vez. El Estado debe plantar' gritó otro. ¿Con qué, señor, el Estado no tiene fondos? Hagamos tranches grandes. Los tranches cuestan muchos millones! Los tranches también necesitan plantaciones para evitar su embancamiento! Las plantaciones en cerros son muy caras, pues la hectárea que produjo 50 pesos en leña, cuesta \$ 5.000, al poblarla de bosques otra vez! Era fácil destruir, pero es muy costoso reconstruir! No estamos preparados, ni para estos trabajos ni para los gastos! Hay que hacer economías! La economía de los presupuestos! Hay que hacer economías en los presupuestos! No se pueden desechar las entradas y gastos del Estado! "Este es el resultado de la propaganda perniciosa que se hizo, y todavía a costillas del Fisco!" gritó el señor de Linares, pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa, que chirriaban los vasos. "Establezcamos contribuciones directas sobre la renta anual, la herencia, por cabeza de habitante, etc." No estamos preparados para eso! Hagamos algo que no cueste nada al Estado! Ni a los particulares tampoco! No es cierto lo que dicen y se lo pruebo con mil números! No quiero pagar contribuciones, bastante tenemos que pagar con el alcohol, los cigarrillos y los fósforos! Las ideas nuevas no surgen en el país, esto está bueno para Europa y no para un país nuevo! ¿Por qué hemos de preocuparnos de nuestros hijos? Ellos verán como se acuñan! "Señores! les grité. Con dinero edifican Uds. un palacio en un año, pero en un año no me hacen cre-

cer bosques de 60 a 300 años de edad!" "Encargamos la madera de Estados Unidos! Hacemos casas de fierro! Para leña tenemos las minas de carbón! Mandemos el coque al campo! Hagamos represas! Las ideas nuevas no surgen en el país, se necesitan 40 años para que se lleven a la práctica, todavía no han pasado más de 15, esperemos otros 25 años! Todo es cuestión personal, de un hombre iluso, señores, para crear un nuevo servicio y un nuevo gravámen para el Fisco! Hay que hacer economías! El que no gasta en siembra no cosecha!

En medio de este alboroto, sin que nadie lo notase, me colé hasta la puerta, la cerré cuidadosamente, me dirigí al hotel y me acosté. Al producirme el insomnio, causado por el bullicio de voces y opiniones oídas, me acordé de lo que me dijo aquel bonachón de barraquero de Temuco. Es un hombre iluso el que cree poder surgir con su opinión personal; tienen razón al decir que se necesitan 40 años para que surja una idea nueva por más útil que sea; el país necesita *sufrir y sufrir mucho* para convencerse, cuando ya sea tarde, para enmendar los males que se ha causado así mismo y que son superiores a cualquiera guerra que le podría haber sobrevenido; se necesitaría la acción de todos los jóvenes que me ofrecieron fotografías, de los hombres activos metidos en el comercio y en las industrias, la mayoría de los congresales, el apoyo de la administración pública, los hombres sensatos de experiencia y cierta edad para hacerse respetar, y *last not least*, la prensa unánime para hacer surgir la idea nueva de la superioridad del derecho de la comunidad sobre el de cada uno de los individuos. Con esto me di una vuelta en la cama con la intención de despertarme sólo cuando a mi cuerpo se le ocurriese.

PRUDENCIO TARDIO.





El trabajador agrícola o inquilino en Chile

Por _____
Gonzalo Subercaseaux

Ilustraciones fotográficas

Así como los trajes cambian de modas, cambian las ideas de actualidad y así como las modas no sólo son del uso de los elegantes, así las ideas no son sólo comentadas por los que las entienden o pueden entenderlas, sino por los que no las entienden ni pueden entenderlas.

El inquilinato, ha sido de estos temas de moda en varias ocasiones y jóvenes autorres y señoritas más buenas mozas que preparadas, han tratado el tema con más admiraciones, interrogaciones y frases de ropa hecha que razones estimables y atendibles.

En aquellos mismos tiempos que ellas escribían, escribía Claudio Gay su obra sobre Chile y encontraba que el inquilinato era relativamente suave comparado con la condición de algunos campesinos del norte de la Europa, entonces.—Entre una y otra

opinión nadie dudaría; pero aceptemos por lo menos que no era tan especialmente malo la de nuestros peones, cuando gente como Gay lo dice.

Por lo demás no es nuestro afán discutir quiénes tenían razón; sino hacer una pequeña historia del pasado, que es lógico juzguemos con el criterio de ayer, para llegar al presente, que juzgaremos con el criterio de hoy, como es lógico también.

La etimología de la palabra inquilino es de origen latino "inquilinus" y designaban con este nombre los romanos al colono nacional radicado en un terreno o heredad donde cultivaban parte del campo, pagando un arriendo o parte del producto, y aunque la ley no los llamaba esclavos, su libertad era muy relativa como quiera que

no podían dejar así no más sus tierras, pues eran poco menos que parte de ellas mismas.

En Chile, dice Gay, "su condición es muy superior y hoy su libertad es tanto más real cuanto que la escasez de brazos les permite abandonar cualquier puesto con la seguridad de encontrar trabajo al día siguiente.

Hecha la conquista de América por un puñado de héroes españoles la colonización debía hacerse con los naturales, ya que los conquistadores apenas eran suficientes a defender su vida y sus esperanzas que era cuanto trajeron de España.

Y sean ahora vindicación de la "madre patria" las conquistas modernas hechas con todos los adelantos del arte militar, contra pueblos inermes, so pretexto de civilizarlos. (Bien dicen que la letra con sangre entra!) y sin otro objeto que apropiarse de lo ajeno (antes llamado robo).

Los Reyes de España, pues, hubieron de permitir el utilizar a los nacionales para colonizar, autorizando a los colonizadores el hacerlos trabajar y encomendándoles a ellos el cuidado espiritual y corporal de los naturales que se les encomendaban de donde les vino el nombre de "encomenderos" a los teratenientes que podían utilizar estas gentes que, por lo demás, eran consideradas como libres, bien que su libertad era muy relativa.

La República vino después y los inquilinos derivados de estos encomendados, siguieron siendo los colonos; pero sus obligaciones fueron ya definidas y su derecho de dejar un patrón u otro no fué discutido y sus obligaciones no eran excesivas desde que los trabajos estaban limitados a pequeñas siembras y rodeos y aunque los sueldos de uno y dos reales hoy parecen estafas, no lo eran pensando que los pesos vallan cinco veces el de hoy y que conocemos un secretario de Presidente de Chile que ganaba 19 pesos al mes.

La pereza o incompetencia de patrones y administradores, dejaron afirmarse el pago al día, sistema que les ahorraba revisar y calcular el trabajo de cada cual, pero que obligan a abandonar la faena al peón que se ve pagado a igual precio del que no hace nada, y es así como hoy ya es aceptado

como de derecho que el peor peón de una familia del campo, es el que cumple las obligaciones, siendo que generalmente es el mejor pagado.

Basta hoy examinar lo que gana el inquilino o lo que le cuesta al patrón y lo que produce para convencerse de lo dicho o sea de que es el mejor pagado de los peones agrícolas no teniendo para el propietario más ventajas que las de la seguridad de sus trabajadores y el aumento continuo de los allegados y voluntarios que viven con los inquilinos.

Para demostrar esto, cuya consecuencia es ver que estamos próximos al mejoramiento de nuestras clases trabajadoras y por aquí la posibilidad de su aumento de población por la higiene y por una buena inmigración europea; para demostrarlo, decimos, basta examinar los salarios avalando los pagos en especies en los diferentes "valles importantes" del país.

El señor Pilati, redactor del Instituto Internacional de Agricultura de Italia que visitó varios fundos, cree que solo la base de los inquilinos permiten la inmigración italiana.

Santiago.—En los alrededores de la ciudad, el inquilino gana \$ 2.50 al día, 50 centavos de comida y una casa y sitio cuyo arriendo no puede estimarse en menos de \$ 200.

Computando estos \$ 200 a los 200 días que trabaja daría \$ 1 al día en casa, \$ 2.50 en dinero y 50 centavos en comida; total: \$ 4.

En esta misma zona el voluntario trabaja a \$ 3.50 y 4—y es mucho mejor trabajador.—(Datos de don Carlos Vergara, chacra al P. de Santiago).

O'Higgins.—Fundos de Pirque, el inquilino gana en dinero \$ 1, comida 50 centavos, talaje para 3 animales en riego, estimables en 6 y más pesos al mes cada animal o sean \$ 288 al año, que repartidos en los 200 días que trabajan da \$ 1.44 por día, más $\frac{1}{4}$ de cuadra para chacras en tierra descansada, cuyo valor es de \$ 150 más o menos, más la casa y sitio contiguo estimados ambos en \$ 150 anuales, siendo que el interés solo de la construcción vale mucho más.

Todo esto sumado da en dinero \$ 1, comida 50 centavos, talaje \$ 1.44, tierra y

casa \$ 1.50; total: \$ 4.44.—(Datos del Crucero de Puyó.)

San Francisco del Mostazal.—Se paga en dinero 70 centavos, talaje en riego para 3 animales, $\frac{1}{4}$ de tierra con la casa y hasta $\frac{1}{4}$ en el potrero para chacras, todo lo cual extractado da: en dinero 70 centavos, talaje a \$ 5 animal por mes y dividido en 200 días dan 92 centavos el día y la tierra calculada casa y sitio inclusive y divididos en 200 días, lo que da un total de \$ 4.62.

El voluntario aquí como en Pirque, gana de 3 a 4 pesos, o sea menos que el obligado y es siempre mejor trabajador.—(Datos de don E. Matte G.)

Bucalemu.—En la costa de Santiago.—(Datos del señor Matta Tagle).—Se paga en dinero 20 centavos, la comida 40, siem-



Antigua casa de campo donde alojaba don José Gregorio Correa

bra de 12 fanegas sobre 5 o 6 cuadras, teniendo ocupadas otras tantas en el barbecho para el año siguiente y talaje para 12 o 15 animales. (1).

Todo lo cual valorizado sin exceso, calculando cosecha de 4 a 5 por una de siembra, talajes a \$ 1 y 1.50 al mes, etc., etc., tendremos.—En dinero 20 centavos, comida 40 centavos y en especies, tierra y talajes \$ 3.10 o sea un total de \$ 3.70.

Rancagua.—“Las Acacias”:

$\frac{1}{2}$ cuadra para chacra y $\frac{1}{4}$ id.	
para sitio y casa	\$ 300.00
Talaje para animales a \$ 5 c/u . .	180.00
<hr/>	
	\$ 480.00

(1) En el rodeo de este año habían más de 1200 animales de inquilinos.

Todo lo cual hace, en especies	\$ 240
en dinero	0.60
en comida	0.50

Curicó.—Huaico (del Sr. Velasco):	\$ 3.50
1 cuadra de chacras	\$ 400.00
Talaje para 6 animales	288.00

<hr/>	\$ 688.00
688 dividido en 200 días da por	
cada día	\$ 3.44
En dinero, al día	0.50
En comida, al día	0.50

Total	\$ 4.40
Los demás de la familia tienen obligación de trabajar al precio de voluntarios.	

Parral. —(Longaví Larraín P.):	
1 cuadra para chacras	\$ 100.00
1 Id. para casa y sitio (\$ 10 mensual)	120.00
6 animales a talaje \$ 3.50 c/u	252.00

Total	\$ 472.00
Divididos en 200 días, son al dia	\$ 2.35
Más pago en dinero	0.60
Más valor de la comida	0.50

<hr/>	\$ 3.45
Datos más o menos iguales tenemos del señor Rosselot.	

Pasada ya la zona cultivada, desde mucho tiempo atrás, la forma de trabajos varía pudiendo decirse que todo lo últimamente trabajado como lo que se designa bajo el nombre de la frontera o sea del Bío-Bío al Sur y aún un poco al Norte de esta línea, no existe el inquilino.

El trabajador del Sur no es inquilino, es simple jornalero en algunas partes y épocas, es mediero en las siembras generalmente, contratista en las elaboraciones de madera y otras: pero sus sueldos son más o menos iguales y van de \$ 3 a 4 como los del Norte.

Debo prevenir que estos últimos son peones superiores al inquilino del valle central e incomparables con el costino que a nuestro juicio pocos lo aventajan en perezoso y mal trabajador y a este propósito no dejaré pasar aquí en descargo de su pereza, que Rotcher, autor alemán de talla, habla de la pereza del peón de las costas, por donde se ve que no es exclusivo efecto de nuestro costino.



El antiguo rancho del inquilino

De los ocho casos expuestos, haciendo un promedio que no es matemáticamente exacto, da \$ 4 por día al inquilino en término medio, bien que el término medio debía tomarse no por el número de casos contemplados, sino por el número de trabajadores de cada precio; pero es en todo caso un cálculo bien aproximado, y que hecho en debida forma subiría y no bajaría el promedio ya que el mayor número de trabajadores es el de los peones más caros que están en las provincias más pobladas.

Terminados ya los datos especiales de cada zona debo advertir o mejor dicho, repetir que el valor de las tierras de chacras los he tomado por la mitad de su rendimiento, cuando no hay una base clara del valor de arriendo, como las tierras de siembra en la costa, y los precios de la casa no les he dado siquiera el interés del edificio y casi siempre sólo el valor de una infame pieza de pueblo.

No he contado la leña o huano que la reemplaza, ni la crianza de aves y chanchos casi siempre alimentados con desperdicios del fundo, como malezas, etc.

He calculado sólo 200 días trabajados, quitando cincuenta y tantos Domingos, los San Lunes, los días de aguacero, de fiestas, de siembra de chacras, enfermedad y días que por apuro u otra razón trabajan a precios caros como siegas, canales comuneros y otros y aun teniendo a la vista listas de un año de mi fundo en Pir-

que, donde el promedio de los días trabajados "al día" por los obligados o inquilinos, dan escasamente 200 días de trabajo a cada uno en promedio general.

Se me podrá si observar que no todos los inquilinos sacan el partido que deben de sus garantías; así, suelen vender sus siembras mal o aprovechar su ta-

laje con animales que no dan utilidad; tal como le mostré a uno de los propietarios de esta revista que un inquilino mío tenía media cuadra abandonada, donde sólo pastaban dos hermosos caballos cuyo valor no bajaría de \$ 500 cada uno.

En otros casos la desgracia y no el vicio hacen perder las utilidades de esta gente, y el patrón no es siempre suficientemente cristiano para ayudarlos y dicen que hay casos de aprovechar estas miserias.

Todo puede suceder; pero no es lo común y sobre todo al hacendado lo mismo le da que aprovechen bien o mal si él entrega o da esas facilidades convenidas.

Afortunadamente hoy, el alza de los precios, permite salarios superiores, lo que hace efectiva la libertad del campesino ex-



Casa moderna de inquilinos

plotado por el mal patrón y los patronos, si comprenden su conveniencia, tratarán de hacerles ver el valor real de estas garantías, pues, está demostrado que el mejor inquilino es el que más tiene que perder.

Es fuera de duda que el peón que no tiene vicios prospera y tiene economías, como se ve en los fundos donde reciben la mayor parte de su pago en especies o garantías, a pesar de que estas gentes son inferiores como esfuerzo y potencia productora a los llamados voluntarios y forasteros que piden su salario en dinero que nunca ahoran.

Hasta aquí nunca se ha estudiado con conocimiento y tranquilidad el pago de los fundos de costa, comentado por escritores de poco calado y desmentidos por el buen sentido y la prosperidad de esos inquilinos, víctimas que no podemos conquistar los que pagamos a \$ 3 y 4 en dinero; pero en trabajos de esfuerzo.

Nunca se ha tomado en cuenta que los animales de los sirvientes de fundo grande no bajan de un 10 por ciento de la masa



En un fundo de 400 cuadras, los inquilinos tienen ciento ochenta animales a talaje.

del fundo y suelen subir al doble (1) y si hacemos el cálculo tomando por base la estadística que aun es deficiente y calculando a \$ 100 cabeza (cuyo valor es mayor, pues la inmensa mayoría de los animales de pobre son bueyes y vacas), tendremos que la economía en 250 mil cabezas, 10 por ciento de dos millones y medio, número de vacunos de la estadística, tendríamos una economía de "25 millones", lo que no tienen aún todas las cajas de ahorros y eso que no he contado el valor de caballares y ovejunos.

Tampoco se ha pensado nunca que el pobre que tiene poco capital, como uno, dos, o tres mil pesos gana más como inquilino que como propietario.

En efecto, las garantías de casa, (2) terreno en suelo descansado, talaje para sus animales, etc., etc. equivalen a una propiedad de 2 cuadras regadas de primera minimum, donde él toma el producto sin pagar reparación de edificios y cierrlos, donde recibe animales prestados para el trabajo y donde le basta trabajar él o poner un substituto pagándole de su bolsillo \$ 1 más de lo que le paga el fundo (durante 200 días minimum.)

De manera que con un desembolso de \$ 200 (digamos \$ 300 máximo, pues en



Casa moderna de inquilinos

(1) En "El Colegio de Rucahue habrá este año más de 1,200 vacunos.

(2) Una casa de inquilino cuesta de \$ 2.000 a 3.000 arriba, de manera que el valor anual debía estimarse en 150 pesos a lo menos.

el invierno no sobra gente), el inquilino viene a arrendar 2 cuadras, con casa inclusiva que valen lo menos 600 u 800 pesos al año.

Creemos que esto es una demostración clara de las regulares condiciones del campesino.

A mayor abundamiento todos sabemos que los tales obligados siempre son los peores peones de la casa y finalmente si faltan pruebas, aquí en Pirque y en infinitas partes, especialmente en el Sur, hay pequeños propietarios y pequeños capitalistas que son inquilinos o empleados de haciendas y siguen en ellas.

Estamos convencidos de que el forastero, dado su rendimiento, es mucho más barato que el inquilino; pero no es discutible que la seguridad de la gente para hacer los trabajos oportunamente, hablará siempre a favor de la población agrícola radicada y es en este sentido y por establecer la verdad de los hechos que publicamos la verdadera situación del inquilino, dejando de un lado las filantropías y declamaciones siempre proclamadas por los que no trabajan ni conocen las cualidades de nuestro campesino.

Tampoco quiere decir que creamos un dechado a los patrones que, como he dicho, no sólo pecan de poco caritativos al hostilizar sus peones; sino que de mesquinos, imprevisores y tontos.

Creemos en términos generales que el inquilino no está hoy mal pagado, si se le hace aprovechar sus garantías, que el trabajo al día debe suprimirse y que el trabajo a contrato debe establecerse.

Y al concluir esta ligera reseña sobre la situación y origen del inquilino en Chile, no creemos exagerar llegar a las siguientes conclusiones:

1.a Que el inquilinato tal como se fundó por los reyes de España, no fué cruel ni abusivo, comparado con el tratamiento de los naturales o indios en esos siglos.

2.a Que gracias a este sistema el indio chileno se hizo hombre de trabajo y se civilizó adoptando la religión, lengua y costumbres españolas. Para prueba basta ver nuestros araucanos protegidos especialmente por leyes más utópicas que prácticas, hoy más flojos y bárbaros que anteriores.

3.a Que ya el inquilinato en la forma



Casa moderna de inquilinos

antigua con peones al día etc., etc., debe reformarse e ir al contrato del trabajo, con una legislación práctica que estipule plazo del trato, forma de pagos, descansos dominicales y trabajos "lundiales", etc. etc.

4.a Que el patrón debe, además, velar y denunciar el cumplimiento de las leyes, como servicio militar, registro civil, instrucción, educación, prohibir las explotaciones de los usureros, etc., etc.

5.a Estudiar la cuestión de accidentes, retiros por edad, etc., etc., con criterio justiciero y práctico, sin perder la vista que encarecer demasiado el trabajo es encarecer el producto, o sea la vida del pueblo en general.

Como el asunto es largo y no para tratado, así como quien dice, al correr de la pluma, concluiremos aquí dejando su estudio y solución a los hombres que ocupan en algo sus sesos y no los tienen en perpetua vacación.

La legislación rural es ya una necesidad imperiosa, los procedimientos legales actuales son la defensa segura para todos los que quieran explotar las distancias, ignorancias, dejación, timidez y buena fe del campesino, ya sean explotadores de leña o de manta, ya se llamen cuatreros o tintorillos.

Mi humilde misión de perro perdiguero que señala y espanta el pájaro, concluye aquí. A los cazadores preparados, les toca botar la perdiz y dar forma práctica a estas ideas que se caen de maduras (como decía un aficionado a las frutas).

El mejor historiador viviente: Don Crescente Errázuriz modelo del caballero chileno de raza española.

Por una curiosa coincidencia ha venido a habitar la casa situadí en el ángulo sur del edificio en que está incrustada la iglesia de la Vera Cruz, donde existió una miserable vivienda colonial designada durante mucho tiempo por todos los santiaguinos, y aún presente en su memoria, como "la casa de Pedro de Valdivia", el más notable de los historiadores vivos del país, el señor don Crescente Errázuriz, eloquente narrador él mismo de las proezas del esforzado capitán de Extremadura.

La Vera Cruz no alcanza a entrar, con su pequeña torre, en el paisaje santiaguino, dominado desde las terrazas de Santa Lucía. Está metida en calle poco transitada, detrás del Cerro, en un barrio que fué durante muchos años pobre y hasta humilde no sin cierto sello vetusto y colonial, dado por sus viejas tejas, salientes aleros y laboreadas rejas de las ventanas. Pero ya la picota demoledora lo ha desventrado, dando lugar a las nuevas casas que la fiebre de construcciones levanta con el nombre de "propiedades de ren-

tas", edificios feos y banales, pintados de blanco, todo fachada de yeso y aplicaciones, con interiores sórdidos y avares que esperan el nuevo inquilino con los grandes carteles de arriendo pegados en los cristales y puertas.

La Vera Cruz es un nombre de la antigua Santiago que, como otras muchas iglesias y conventos, trae a la memoria recuerdos del asiento de cofradías religiosas desaparecidas o decadidas, como la de la Soledad, la Esclavonia, la Verónica. Apoyaba seguramente sus espaldas en el Santa Lucía para mirar al campo, huia de la ciudad para acoger a campesinos y mineros de los alrededores; pero hoy el campo ha cedido algunas leguas a la ciudad desbordada de los reducidos límites coloniales y es simplemente una parroquia que además de los fieles del barrio suele congregar una clientela rica del riñón de la capital. Barrio no cruzado por tranvías, poco frecuentado por coches, vehículos de comercio o pesadas carretas, intermedio entre dos vías casi paralelas que corren al centro en demanda del comercio y de las estaciones del ferrocarril, goza aún de cierto silencio de siesta que no se aviene mal con lo que conserva de la vida pasada.

A la sombra de los aleros de la Vera Cruz, dos paticitos sombrios repletos de palmas, bambúes y enredaderas, separados de la calle por rejas que forman linea recta con la fachada saliente de la iglesia, ofrecen habitaciones por el lado norte de ésta al cura y, como lo hemos dicho, en la esquina sur, al señor Errázuriz.

Es fácil verlo. Su puerta queda abierta muchas horas a sus amigos, a ciertos habituales tertulios que no pueden pasarse sin su conversación y sin sus juicios y, lo que permite la discreción decir, a ciertas empresas de consejo y de acertada guía de que han menester muchas personas que sonrien al mundo pero llevan el alma desgarrada por algún conflicto de la vida.

Pocos conocen al historiador, menos son los afortunados que han podido

apreciar al caballero. No era posible que llegáramos al segundo número del "Pacífico Magazine" sin haber presentado a los verdaderos chilenos, diseminados en todo el país, este tipo interesante de la raza que a los setenta y cuatro años de edad, después de quebrantos físicos y morales se recoge de nuevo en el silencio del estudio y nos ofrece en menos de dos años tres nutridos volúmenes de historia, en que campean el vigor, la serenidad, el poder de vida, la justicia para el pasado, que constituyen al historiador de un pueblo.

Don Crescente Errázuriz es un patriota chileno. Sus padres tomaron activa parte en la revolución de la independencia. Su primo, don Fernando, fué miembro de la junta de 1810 y usó con energía de sus derechos de ciudadano en el Cabildo abierto que provocó la abdicación del Director don Bernardo O'Higgins. Ligado a otros mandatarios de la República, es hermano del Presidente don Federico Errázuriz Zañartu y tío de don Federico Errázuriz Echaurren y de don Germán Riesco. Se le ha atribuido cierta influencia de consejo en algunos graves asuntos de estas administraciones. Nadie lo sabe. Don Crescente lo niega; pero las razones que presenta él mismo para combatir tal suposición, hacen cavilar. Basta conocer al hombre para comprender que ha debido tener influencia sobre cuantos se le han acercado.

¿Cuál es la seducción que emana de este hombre, a medias retirado del mundo, sin ambiciones materiales, más bien severo a pesar de cierto espíritu ligeramente irónico que vaga como una leve sonrisa sobre sus frases correctas?

El talento de nuestro historiador es esencialmente viril. No se ha contaminado con ese espíritu no español sino criollo que algunos de los miembros más ilustrados y virtuosos de nuestro clero aplican en general a los negocios del mundo; espíritu temido, excesivamente asustadizo para ciertas cosas, poco valeroso para encarar los problemas complejos pero humanos, que presenta



Patio interior

la vida a los hombres que viven y combaten en ella. Don Crescente, el padre Errázuriz como se le llamaba en Santiago durante los largos años que permaneció en el convento de los recoletos dominicos, es ante todo un hombre. Conoce de cerca la lucha intensa de la política, de las ambiciones, de los intereses materiales, de toda esa cadena de pasiones que rodean a una sociedad formada y que es tanto más intensa en las sociedades en formación, donde cada día van hundiéndose unas familias influyentes para aparecer otras improvisadas en la



Salón del señor Errázuriz

fortuna y en el manejo de las influencias. Al contrario del astrónomo errante que por contemplar las estrellas caía en los precipicios del camino, don Crescente vive en el pasado para hacerlo revivir en las páginas de su elocuente historia, sin dejar de ver el presente con la curiosidad nunca satisfecha del observador de la colectividad humana que ambiciona hacer el bien en la medida de sus fuerzas.

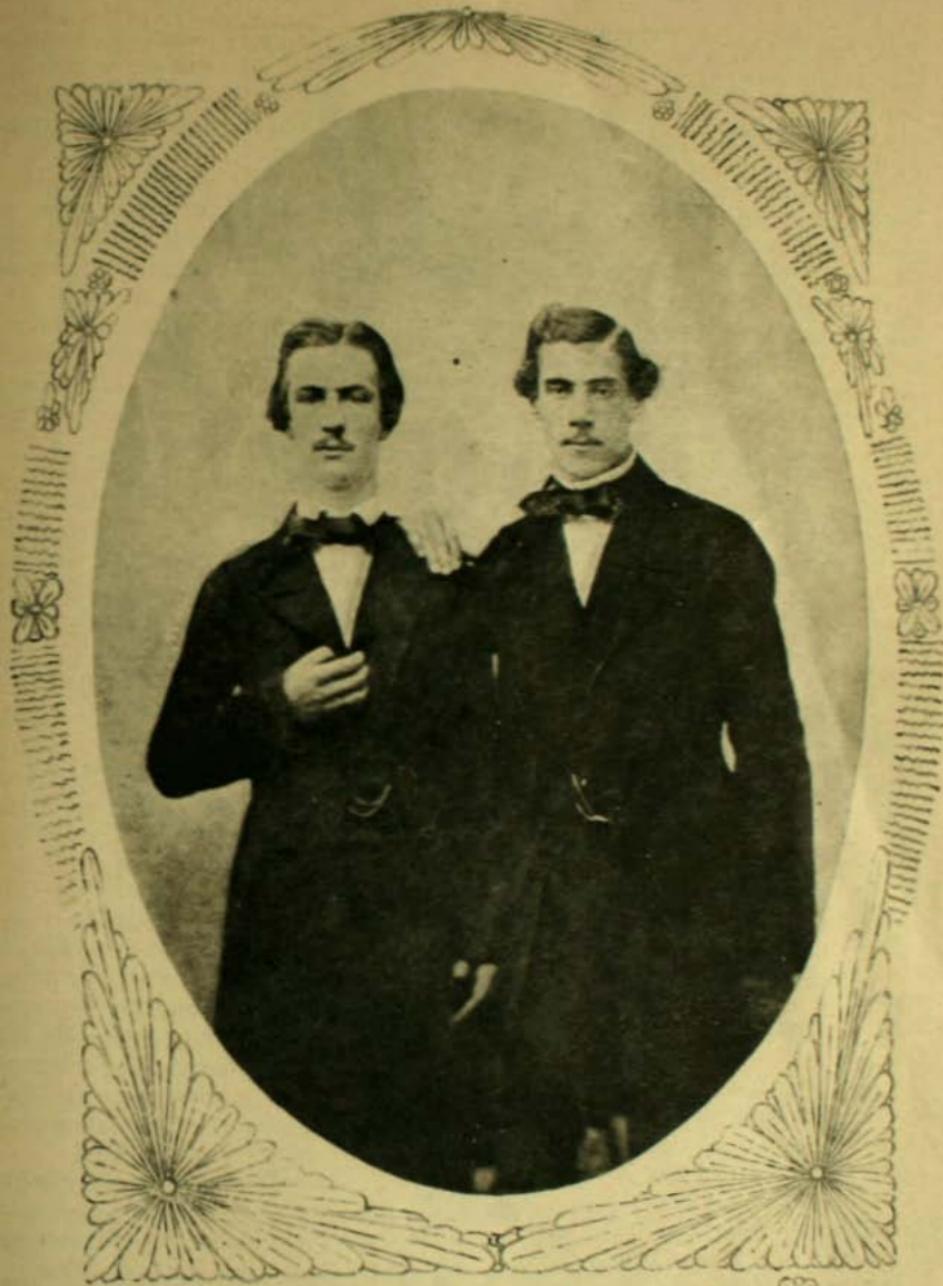
A su asilo de estudiioso llegan los ecos del mundo. El lo ha huido; pero, aunque no lo deseé, se agolpa a su puerta y opriime el botón de la campanilla que anuncia a cada hora un nuevo visitante. Un salón amoblado con un antiguo sofá de caoba forrado de crin granate y otros sillones en reducido número; recibe al que llega. La vista recorre algunos retratos, un grupo religioso de madera pintada, una pequeña mesa con un teléfono, por la ventana mece sus grandes copos floridos un grupo de gigantescas hortensias. Y no hay campo para más larga observación, porque don Crescente abandona su escritorio y aparece en el dintel de la puerta tendiendo la mano y ofreciendo con esas frases corteses que conocieron los viejos santiaguinos y que hoy no están en uso, la hospitalidad de su casa y de su tiempo.

Don Crescente Errázuriz merece un retrato de Velázquez, por el carácter acentuado de su fisonomía, por el vigor de su mirada, por la pura raza española de la mejor época de España que respira su figura de prelado del siglo XVII. De la antigua Grecia, salían los hombres débiles a buscarse la vida a otras regiones y quedaban los fuertes en su tierra. De España salieron los hombres más esforzados a la conquista de América. En nuestras tierras se encuentran aún esos tipos de españoles que hacen venerar a la madre patria y que se encuentran tan raramente en ella. Cabeza grande, sólidamente apoyada en un cuello robusto; ojos penetrantes que despiden su fulgor no extinguido al través de enormes cejas que entoldan su cuenca; seren-

nidad de acento que ha sido conseguida después de un largo vencimiento de su energía, rapidez de comprensión para las cosas más ajenas a su ministerio y a sus ocupaciones intelectuales; Errázuriz es un hermoso ejemplar del histórico abate mitrado que ya no existe en Europa y que fué señor de la Abadía fortificada y de las tierras vecinas, aliado formidable y mal enemigo, propagandista de la teología y de la ciencia, colecciónador de manuscritos y helenista, componedor de desavenencias y árbitro de paz. Le ha tocado un escenario estrecho, una época de transiciones prosaicas, y todas las enormes energías de que estaba dotado para la lucha las ha vuelto en el retiro de la celda, donde fué administrador paciente, y en el asilo de la Vera Cruz, a estudiar la historia de su pueblo y a seguir ansioso sus latidos. El artista desearía haber presenciado una entrevista del historiador chileno con el anciano Embajador de Inglaterra Mr Bryce que de paso por nuestro territorio vió una nacionalidad en formación con unidad de razas y de miras. ¡Qué frases más precisas y elocuentes habrían brotado de sus labios para dar a entender en pocas palabras al ilustre publicista el yunque en que se ha moldeado este pueblo! Don Crescente es la mayor autoridad viviente en estas materias.

La conversación con don Crescente fluye con esa facilidad de la lógica y del encadenamiento más que con la de las palabras. Curioso de la vida, oye con atención, junta las pobladas cejas con un gesto habitual de recogimiento y responde siempre con franqueza. Errázuriz no conoce ninguna forma hablada de disimulo del pensamiento o de disfraz de sus impresiones.

Tuvo la amabilidad de referirse al primer número del "Magazine", anunciado en "El Mercurio" y se manifestó vivamente interesado por su programa. El problema de la economía doméstica en las clases intermedias de la sociedad tiene también a su juicio un carácter moral. Nos hizo un breve cuadro de la facilidad de vida de antaño,



Don CRESCENTE ERRAZURIZ y

Don JOSE MANUEL BALMACEDA

en Junio de 1858

Se refirió a que las clases más desvalidas de la sociedad no se han privado nunca de esos naturales placeres de las primicias de las frutas y las verduras pagando precios que familias más acomodadas no podían resistir por falta de método en el uso de sus rentas, o por tratar de ocupar un rango más costoso que aquel permitido por una modesta fortuna.

Llamándole la atención a un retrato antiguo que reproducimos en estas páginas, en que de mozo elegante, se muestra en cordial compañía del señor don José Manuel Balmaceda, recuerda con respeto y hasta con emoción la personalidad de su amigo. No tuvo inmediatas relaciones con él durante su presidencia: pero debió en cierta ocasión visitarlo sobre asuntos de la Iglesia y fué acogido con alta deferencia y como si se hubieran visto habitualmente.

Recordamos la delicada situación que se creó para Errázuriz, periodista y redactor del "Estandarte Católico", durante las cuestiones religiosas de la administración de su hermano el Presidente Errázuriz Zañartu. Don Crescendo las recuerda como si fueran de ayer. Su diario no se apartó en los más

áspidos momentos de la lucha de un respeto cortés hacia la persona del jefe del Estado. Y así ocurrió, por ejemplo, que un distinguido poeta uruguayo, entonces cronista de un periódico fué sin quererlo víctima de un ataque impensado hecho contra el Presidente. Gracias a esta conducta moderadora y firme fué posible la defensa de los intereses que él tenía a pecho sin abrir un abismo con el hermano que respataba.

La figura del tribuno, periodista, Ministro, soldado, poeta, diplomático y parlamentario Isidoro Errázuriz, pasa naturalmente en este desfile de recuerdos. Poca o ninguna relación con él; pero admiración imposible de disimular a las seducciones intelectuales de ese hombre infinitamente variable y apasionado.

Don Crescendo asistió en sus últimos momentos a su sobrino el Presidente Errázuriz Echáurren. Este no deseaba: quedar solo con su deudo religioso. Temía que en la intimidad y entre dos Errázuriz se hablaran las cosas con claridad y energía vizcaina. "¿Por qué se van, decía el Presidente, a sus amigos que rodeaban su lecho e iban saliéndose en puntillas al comprender el



1. Vera Cruz.
2. El historiador en su bufete

significado de la visita, porqué se van cuando viene Crescente que escasea tanto sus visitas?

Pasan en seguida algunas personalidades distinguidas, caballeros y señoras, cuyas siluetas trazadas con seriedad y amplitud de historiador cruzan al través de sus ojos con cierto aspecto arcaico de otros siglos. Don Crescente sabe decir de los demás, apreciaciones tan exactas, siempre benévolas, ligeramente socarronas cuando mucho, que los personajes de sus anécdotas parecen llegar hasta allí en carne y hueso. De una dama se habla. Recuerda su espíritu paciente, su alma dolorosa, su inteligencia reflexiva y profunda. "La oí muchas veces.—dice, con discreción—pero no la habría reconocido en *el estrado*". Nos place oír esta palabra en boca de don Crescente. El estrado de las casas coloniales es el salón de hoy día.

La familia de Errázuriz ha sido muy importante en este país. De la inmigración vascongada y en especial vizcaina que comenzó en Chile con los primeros años del siglo XVIII, venía vinculada desde España con Larrain, Eyzaguirre, Echeverría, Zañartu, Errázaval, y un centenar de otras. Era una cadena de parientes que se iban llamando unos a otros, como hoy día se llaman a Italia los inmigrados a la Argentina. Los vizcainos de Chile eran más fuertes, más unidos, más laboriosos y comerciantes que las antiguas familias oriundas de los conquistado-

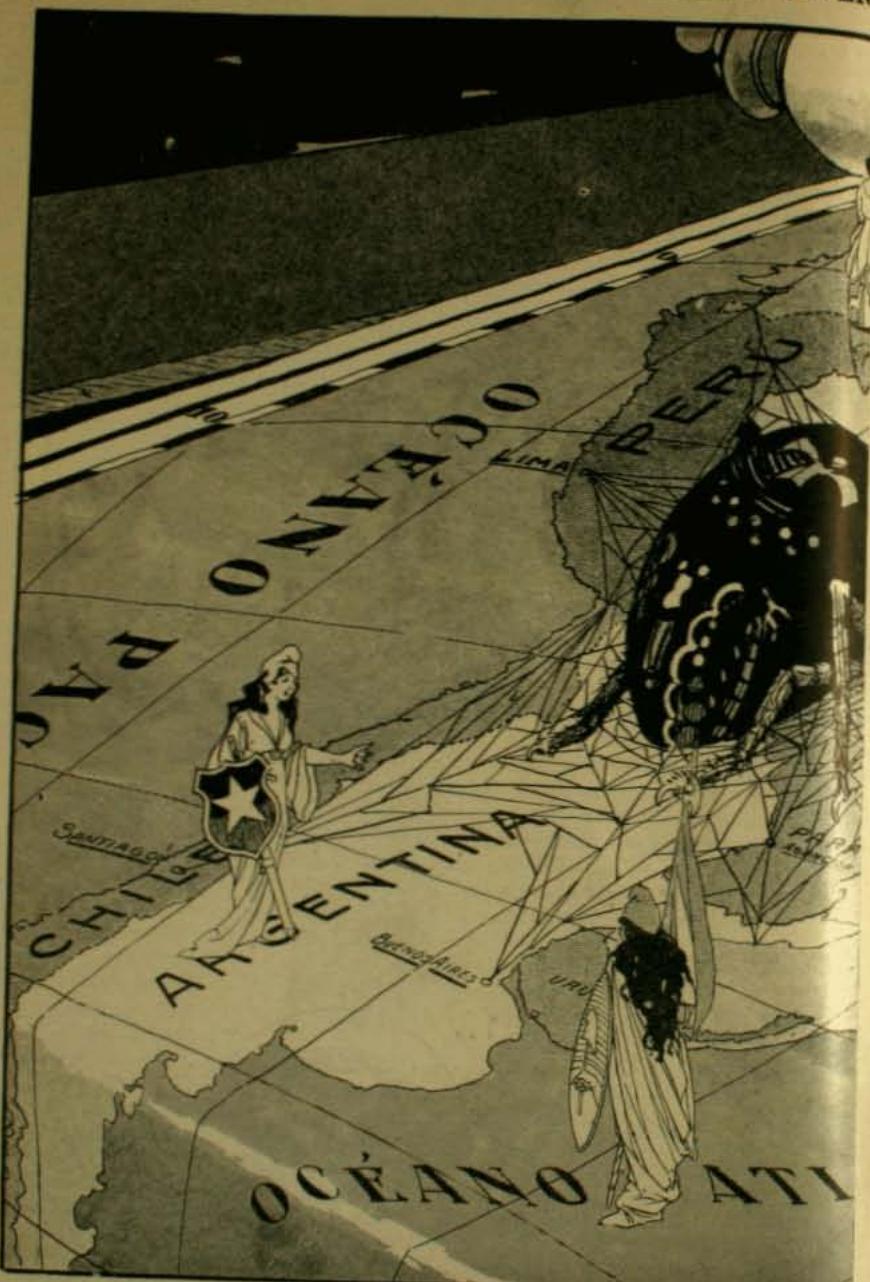
res, desaparecidas como por una racha de viento, casi sin dejar huella o para ocupar un rango muy inferior en la nueva sociedad. Los hombres de Vizcaya eran fuertes, valientes, soberbios y fueron el semillero de la independencia. De su sangre y de la tierra de sus antepasados viene a don Crescente su amor profundo y sin límites a la patria, su buen sentido magnífico, el vigor de su cerebro, la serenidad de pensamiento, el equilibrio de todas sus facultades. Los vascos son fuertes y altivos, dijo alguien, sus mujeres son castas y de su hogar. El señor Errázuriz comenzará a notar que la navegación más amplia y el comercio libre con todo el mundo está ahora mezclando la sangre vasca con la sangre de todas las razas.

Pero no sería posible prolongar la conversación con un hombre que ocupa tan útilmente su tiempo como es el historiador de Pedro Valdivia y de Villagra. Salimos de su casa con un nuevo motivo de admiración a uno de los más fuertes elementos que han formado esta sociedad conservadora y tradicional y al mismo tiempo progresista y honrada.

Al salir nos cruzamos con un eminentemente político liberal, que se pone a reírse antes de entrar al escritorio de don Crescente: "Qué pillada me ha hecho mi amigo!" Si supiera ese caballero a quién encontré otra vez en el mismo salón colonial!



LA TELA DE ARANA EN



BRASIL, ARGENTINA, CHILE,
Levantemos la tela... ¡quiensabe!

EL MAPA DE SUD-AMERICA



PARAGUAY Y PERU:
si debajo de ella nos damos la mano!

La fabricación de bombones

Existen diversas clases de bombones que podemos clasificar en cuatro grupos según el procedimiento empleado en su fabricación: almendras, caramelos, bombones de azúcar y pastillas.

Las almendras llevan primeramente un huesito interior de almendra, frutas, una pasta o un líquido agradable al paladar, que va envuelto en una dura capa de azúcar. Antes se le ponía esta capa agitando en cazos al fuego un jarabe espeso en el que se echaban los huesitos y se revolvían constantemente; a medida que se evaporaba el agua, el jarabe espesaba y se iban formando al rededor de los huesos capas de azúcar que se pulimentaban con el roce de las unas contra las otras. Hoy esta operación se hace en turbinas especiales, que giran mecánicamente sin interrupción, el fuego está substituido bien por un serpentín a vapor enrollado a las paredes de la turbina o sencillamente por un hornillo de gas colocado en la parte inferior.

La preparación de las almendras es bastante complicada; requiere una larga serie de operaciones y detalles y los residuos de fabricación son muy importantes.

He aquí, por ejemplo, cómo se hacen las clásicas almendras peladillas. Despues de cuidadosamente escogidas las almendras, se las pella y despoja de la pulpa, laminándolas entre dos rollos de caucho. Acto seguido se las pone a secar sometiéndolas durante uno o dos días a la estufa a una temperatura de 35 ó 40 grados. Se ponen entonces 25 kilos, por ejemplo, de almendras en una turbina, que se hace girar y se añaden 500 gramos de goma del Senegal en jarabe. Cuando ya están secas se vuelve a poner otro engomado. Se forma el grosor de la almendra con la aplicación sucesiva de varias capas de 500 gramos de jarabe de azúcar a 33-34 grados Baumé; el número de capas varía según el grosor que se quiera dar a la almendra.

Para las confituras baratas se emplean jarabes de harinas, desperdicios de azúcar, etc...

Una vez las almendras con su grosor deseado se las pone a la estufa durante diez horas, después de lo cual se procede al blanqueado, bañándolas en un jarabe sumamente concentrado, que contiene algo de almíbar y azúcar de ultramar. Nuevamente a la estufa y queda por fin terminada su elaboración aplicándoles cinco o seis cargas sucesivas de 500 gramos de almíbar a 28 grados Baumé y puliéndolas con algunos baños de almíbar también, pero fríos.

Entre estas dos últimas operaciones se efectúa la coloración. La almendra interior puede reemplazarse por avellanas, pepitas de melón y aún de calabaza, duraznos, por chocolate, pasta de frutas, etc... pero el proceso de la elaboración es siempre el mismo.

En cuanto a las almendras garapifadas, se obtiene su superficie grumosa o granulosa, dando al cazo en que se elaboran frecuentes sacudidas.

Los bombones, propiamente llamados, que llevan interiormente chocolate, pasta de frutas, etc., que se fabrican de capas consistentes de azúcar para que se vayan disolviendo en la boca, poco a poco, están formados por una crema de azúcar cocida con exceso y que al ser enfriada repentinamente forman una masa sólida y de granos tan finos que no lastiman el paladar. Se les da forma depositando esa parte en unos recipientes con cavidades o hendiduras, previamente recubiertas con una fina capa de almíbar.

Las pastillas se diferencian de los bombones en que se forman por una masa no disuelta, sino pastosa de substancia pulverizada y mezclada con almíbar o jarabes gomosos. Hay dos clases de pastillas, "estampées" y las pastillas "a la goutte" o de esencia. Las primeras son cortadas en láminas de pasta azucarada por los rollos de una pastillera que lleva en sus extremos las matrices o moldes para dar al bombón la forma conveniente. Las pastillas de esencia tal como las renombradas pastillas de menta se hacen calentando al horno en cazos de latón provistos de puntas afiladas, una masa formada de 1½ onzas de azúcar en polvo con un litro de agua aromatizada. Esta masa fluida se va echando sobre un mármol mientras una máquina o un operario va separando uniformemente pequeñas porciones que se colocan juntas unas al lado de otras.

La última clase de bombones comprende los bombones ingleses, los caramelos y los de azúcar de cebada. Estos se hacen de un almíbar que se va parcialmente transformando en glucosa por la adición de un ácido o sencillamente de alguna glucosa concentrada en grado máximo, de modo que pueda convertirse en masa sólida por enfriamiento. Los bombones ingleses "drops" se hacen con pasta azucarada y una buena cantidad de ácido aromatizado con acetato de ethilo y mezclado, si se quiere, con diversas esencias de frutas concentradas y colocadas con algún producto cárneo no más concentrado. Puede decirse que los bombones ingleses son el triunfo de la química. Finalmente, quedan los bombones de azúcar de cebada, los más comunes de todos, que hoy se hacen con simple jarabe de azúcar y agua, y no como antigüamente con infusión de cebada. El azúcar de manzana se obtiene de igual manera aromatizando el agua un poco antes de colarla. La masa es en seguida convertida en láminas entre dos cilindros acanalados en toda su longitud, que la cortan en barras redondas.

TARPELLANCA

o el terror en la montaña

EPISODIO NACIONAL

Por JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Una larga campaña en medio de los bosques de Arauco, con constantes y sanguinarios encuentros debía forzosamente excitar la imaginación de los hombres y crear en ella todo un mundo misterioso de apariciones y fantasmas. Los adolescentes que escapaban del regazo de las madres para no volver; los mancebos heróicos que eran arrancados del brazo de las novias para caer en los de la muerte; las religiosas peregrinas, las mujeres en rehenes, y un pueblo entero a caballo en continuo asalto de montoneras y de sorpresas, formaban elementos suficientes para dar vida a un cortejo de leyendas, de hechos misteriosos y oscuros, de fantásticas afirmaciones.

La montaña misma era el verdadero escenario de lo maravilloso. Antiguas selvas suben del mar hacia las alturas en interminable gradería de negro follaje en cuyas cimas posan las brumas sus jirones azulados. Alto silencio, calma profunda, secular reposo de la naturaleza, en sus elevadas copas ruge el viento "como un remoto mar no sosegado", según dice Domeyko con elocuente frase. La montaña era grande, vasta, interminable; se la suponía sepultada bajo el mar en el dominio del océano, dormida en sábanas de hulla, de lignita y de turba bajo las capas aterradas por los cataclismos en las profundidades de la tierra; se la veía cruzando los ríos, remontándose por las cordilleras y descolgándose hacia la pampa. Más vieja que los primeros hombres, esta venerable protectora del suelo de Arauco, la montaña, había sido la salvadora de la independencia de su pueblo indomable. Ofrecía silencio y sombra, abrigo y alimento: ocultos bajo sus enormes grupos de robles y alerces se abrían valles de cultivo que la mirada codiciosa del invasor no alcanzaba a descubrir, huertos de manzanos donde la reducción indígena dejaba pacer sus animales y vigilaba inquieta los puntos de acceso, osarios blanquecinos de los cadáveres que

cada combate había ido dejando y que las aves de rapina, el sol y la humedad habían reducido a montones blancos de cal. Si la montaña era hospitalaria con los vivos, tenía que serlo con los muertos. Por eso el pueblo que veía internarse en ella tantos hombres y salir tan pocos la suponía poblada de aparecidos que vagaban en las tardes oscuras o se quejaban en el gran silencio de su asilo.

Y nada tenía de extraño que un pueblo tan rudamente azotado por la muerte y acechado por el peligro, contribuyera a dar vida a la leyenda más ardiente, cuando la leyenda estaba allí compenetrada con la historia. Todos los días, durante la "guerra a muerte" venía algún hecho original o dramático a unir los eslabones de una cadena de misterio. El intento de captura de los bandidos Pincheira y Hermosilla en el interior de la montaña de Chillán tiene extraño colorido. Uno de los suyos, el correo de a pié Turra, cuando abre ya su camisa para recibir las balas, que van a darle la última pena, es indultado con la condición de entregar a los temibles guerrilleros. A su paso, durante la noche, lo reconocen por su palidez a la luz de la luna, en los caminos, y lo creen un resucitado.

Los perros ladran gimiendo, los antiguos compañeros huyen. Al llegar al primer centinela de Pincheira, éste lo reconoce y cree en una aparición de la otra vida, pero luego se reanimó y antes de recibir la silenciosa puñalada de Turra, golpea en un tronco, según la señal convenida para los alertas, y muy luego se van repitiendo los ecos en toda la selva. A lo lejos se enciende una fogata, estallan algunos tiros y la sorpresa queda frustrada. Turra pasó a ser un aparecido a pesar de dar cada día pruebas de estar en carne y hueso, y, cuando murió más tarde, continuó viéndosele por los caminos, pálido y desgreñado como lo vió todo Chillán cuando llegó al banquillo.

Cada paraje de selva araucana comenzó a tener una especial leyenda de misterio. Cerca de Tucapel las tropas encontraban un fraile a caballo que huía con la capucha caída. Un oficial lo declara un ser vivo: "¿eres fraile o demonio?" le pregunta mientras lo persigue con el sable enarbolado. "No me mate señor oficial; soy un religioso"—contesta este. Pero los demás niegan su existencia, porque corre a caballo y no encuentra obstáculo alguno en los árboles tras de los cuales desaparece como si fuera un vapor. Cerca de Los Angeles todo el pueblo ha visto varias veces recorrer el camino real a un grupo de soldados fantasma sobre cuyo carácter misterioso nadie ha tenido dudas. El mismo grupo u otros análogos fueron vistos más al sur. Se trataba siempre de soldados pálidos, andrajosos, que marchaban en gran silencio, sin que los cascos de sus caballos dejaran huella alguna en el polvo. De aquí ha nacido la leyenda poco conocida, pero muy hermosa, de que se producía una marcha de aparecidos hacia Valdivia. Todos los tercios del Rey, caídos en los campos de batalla de Chile, se levantaban de las tumbas, montaban de nuevo en sus caballos, arrastraban tras de sí a los infantes y las curvas de bronce y haciendo jornadas nocturnas, a la hora en que los campos y las ciudades dormían, se aproximaban hacia las fortalezas del corral de Valdivia, término de la peregrinación. Allí los esperaba un gran barco fantasma que se haría a la vela para desconocidos mares. La montaña estaba poblada de apariciones, de ecos misteriosos, de leyendas que nacían y que han muerto porque murieron allí todos los hombres. La montaña era un mundo, un vasto mundo, dramático y tenebroso en que la guerra primitiva se asociaba al misterio y al silencio. ¿Qué grande, qué funeraria, qué romántica y macabra salmodia, entonarían los viejos alerces y robles de la montaña si el tueo no los hubiera reducido a cenizas y sus copas medias por el temporal fueran capaces de devolver aún todos los clamores que fueron en ellas • guardar sus ecos trágicos!

Si a los aparecidos de la selva se agregan los aparecidos y milagros de los pueblos y aldeas, en los conventos e iglesias, tendríamos un elocuente volumen poblado de visiones magníficas. Eran frecuentes las palabras pronunciadas por las vírgenes antiguas de los altares; eran conocidos algunos Cristos que manaban sudor y sangre; imágenes de santos que se empapaban de lágrimas;

campanas que tañían a gloria y a muerte, sin que mano alguna las meclera; siervos de Dios que vaticinaban grandes males y religiosas que tenían largos éxtasis. Se vivía de dolores, de terrores y de misterios. Ya no afligían las noticias de muertes de los deudos en los combates: habían nacido para morir; no sorprendía tampoco oír que algúsa los encontraba en pueblos distantes, porque tantos otros se aparecían después de fallecer; y si en realidad vivían aún les era más fácil a sus familias suponerlos resucitados que renunciar a creerlos muertos en la batalla.

Y he aquí cómo la montaña, en que los hombres eran agostados por la guerra, vivía y se repoblaba con sus sombras.

Otro elemento que llenaba de vida humana, dolorosa e intensa, ese mundo de las selvas indígenas era la emigración realista albergada bajo el directo amparo de sus últimos generales. Buscando esta postura esperanza habían acudido miles de familias —hasta formar un cortejo de diez mil personas, mujeres ancianas y niños,— a establecerse en los cuarteles generales o alrededor de algunos sitios menos amenazados por las armas patriotas. Los emigrados de la montaña eran un pueblo engañado, débil de espíritu, de corazón sensible, más adecuado que otra muchedumbre alguna para concebir engendros fantásticos, darles vida y lanzarles monstruosos y desnaturalizados a todos los caminos que surcaban. La muchedumbre, por incierta que sea en sus pensamientos, por vacilantes que mire sus destinos, no pierde nunca ese maravilloso poder de dar vigorosa forma material a lo que moldean de alma en alma sus individuos. Es la multiplicación de las voces y de las resonancias a través de las masas humanas. Los emigrados estaban prestos a recoger y exagerar los ecos, los rumores, las creencias, los vaticinios. Pueblo extraviado en la montaña por lealtad a un trono lejano, mitológico casi, engrandecido a sus ojos por la propaganda de siglos, arrastraba a su peregrinación miserable a los niños que comenzaban a vivir, a los adolescentes que amaban por primera vez, a los ancianos que suspiraban por un reposo restaurador. En una sola capitalización, el año 22, cuatro mil emigrados sin hogar, fueron entregados a las armas patriotas. Ellos eran la fuerza mora de la resistencia realista.

Mis lectores conocen ya por anteriores páginas la siniestra figura de Benavides y saben que a su lado se alzaba un verdadero

militar español, el coronel Pico, que sabía imprimir energía y vigor a sus operaciones desordenadas de asalto y de pillaje. El 20 de Agosto de 1820, cuando partía la primera escuadra nacional a llevar la libertad al Perú, aparecía misteriosamente en el sur de Chile este jefe esforzado que fué el último que mantuvo en Arauco el pabellón peninsular y que hizo perder mucha sangre a la patria naciente. Benavides tenía impantada la mantonera, el asalto, la emboscada; Pico contribuía con la batalla campal. Los bandidos se alistaban tras de aquél; los soldados regulares, bajo las banderas de éste. En la vida de guarnición los guerrilleros realistas obedecían al chileno porque les ofrecía la licencia y el botín permanente; en el campo de batalla servían al español porque los conducía a la victoria.

El año 20 se anunciaba oscuro e incierto para las armas patriotas. Benavides creaba su famoso regimiento de los "Dragones de nueva creación", compuesto de cuatro escuadrones armados de fusiles cortados, sable y lanza y levantaba milicianos e infantes montados, que lo seguían a todas partes, pues no tenían necesidad como las armas patriotas de distraer tropas en guardar pueblos y defender fortalezas. En los primeros días de Septiembre ambos jefes, apremiados desde Lima por el virrey Pézuela, pusieron en ejecución un plan de campaña. Se trataba de obligar a Freire a salir perso-



Todos los tercios del Rey, caídos en los campos de batalla de Chile, se levantaban de sus tumbas.

nalmente para caer en seguida sobre la débil guarnición de la capital del Bío-Bío y batirlo entre dos líneas enemigas. No era difícil engañar al valeroso general de la República, pues sentía aún profundo desprecio por la informe y colecticia agrupación de bandidos, indios y milicianos de los jefes realistas. Fué este engaño el que causó mayores daños a nuestras armas y prolongó tanto la infiusta guerra a muerte.

No había que olvidar que la raza había sido golpeada en el mismo yunque de la pobreza y del sufrimiento, que la sangre venía de la misma vertiente originaria y que si los ideales que movían sus banderas eran diversos cada uno encontraba leales defensores hasta la muerte. Para cada cual hablaban la naturaleza, la familia, el mar, el bosque, el templo su lenguaje especial. Cada héroe recibía, en premio de sus heridas por la patria o por el Rey, la venda que cura en la juventud todos los dolores del cuerpo y las penurias del alma; el amor. El tosco Cristo tallado en madera e izado como un pendón de dolores en el viejo altar de la más derruida capilla, parecía dar a cada combatiente una mirada reconfortante. Y todos invocaban a un mismo Dios, a las mismas madres, hermanas y novias, para entrar sable en mano a la pelea cuerpo a cuerpo.

Freire supo el 29 de Septiembre, por un expreso enviado desde Yumbel que los montoneros de Arauco, bajo el brazo pujante de Pico, habían derrotado a Viel y a los mismos vigorosos soldados que rompieron en Maipo el cuadro inexpugnable del regimiento Burgos. Era natural temblar por las fuerzas enviadas en su socorro, los dragones reclutas de O'Carrol y más aún por la reducida guarnición de los Angeles que consistía más que en fuerzas reales en sombra venerable de un gran guerrero, el mariscal Alcázar. El comandante don José María Cruz fué enviado con una partida de cazadores a dos caballos, a fin de prestar auxilio a Viel y salvar a Los Angeles. Viel, O'Carrol y Cruz eran tres brillantes y esforzados jefes, llevaban lo mejor de la oficialidad de la patria; pero iban marchando en el misterio de la montaña hacia el más doloroso desastre. La funesta acción del Pangal fué illorada durante muchos años: allí cayó la flor de la juventud patriota coronada de laureles en Maipo; entre las desapindadas lanzas de los indios, fueron arrastrados por el lazo del bandido y ultimados en el silencio de una fúnebre tarde de desesperación y vergüenza.

En el Pangal había muerto un bravo capitán realista, Zorondo, de dragones. El ayudante de cazadores, don Manuel Bulnes, que, rendido a sus pies por el ardor de la refriega su fiel caballo, ocupó el segundo de los que sirvieron en la batalla a ese adversario, al cual se vió saltar de uno en otro, sin tocar las estriberas, para seguir en persecución de los fugitivos entre cuyas manos entregó valerosamente su vida. Era Bulnes una nueva estrella en la brillante constelación de la oficialidad chilena. Adolescente llevó en Maipo el estandarte de los cazadores a caballo que creó Freire el 17. Tostada allí su tez blanca por los primeros fuegos del combate y oscurecidos los bucles dorados; el niño, hecho teniente por su bravura, había obtenido con rapidez esa juventud precoz que ilumina el ideal y fortalece la ruda disciplina de las armas y del caballo. Era ya ese tipo del guerrero cuya cabeza erguida parece embellecerse aun en el sol que nace; pero en el fondo de cuyos ojos ardientes y soñadores se advierte el presentimiento de una vida gloriosa, pero trabajada. Llevaba ya un bozo bronceteado sobre los labios y sus manos todavía delicadas, eran famosas ya por su pujanza en el sable. En esa guerra incansable, el soldado niño se hacía veterano; el conductor de soldados se convertía en conductor de pueblos; el guerrero comenzaba a dejar asomar el espíritu equilibrado del hombre público.

Bulnes salió de Pangal con las lágrimas en los ojos, con la consagración de su valor en el parte del combate, con la rabia del desastre en el corazón ardoroso y noble. Había visto al bello oficial de Napoleón O'Carroll luchando como un león, arrancado de su silla por el lazo de los indios y arrastrado hasta el campo. Sabía que su acento extranjero le había valido en el acto la pena capital. Como sus oficiales comprendía que en sus pupilas verdes centelleantes de coraje se había podido ver el retrato de la amada que llevaba en Santiago su nombre como esperanza y promesa de cercano enlace. Pero no era el reciente desastre lo que afligía a Cruz, a Viel y al joven ayudante y capitán de cazadores. En Los Angeles, en medio de la hoguera de la guerra, estaba el más anciano y noble soldado de la patria: Alcázar.

El nombre de Alcázar tan poco conocido en los anales populares, merece un canto épico. Último de los maestros de campo, que eran en Chile la segunda persona del Gobierno, sucedió en este título, a don Ambro-



En ese momento cayó de espaldas para no levantarse más.

s^o O'Higgins y, como dice Vicuña Mackenna, mientras éste ganaba "una corona semirregia, su subalterno se ponía apenas en los hombros las charreteras de simple capitán." Balcarce lo dejó el año 19 de comandante general de fronteras en Los Angeles que era la verdadera cancha de la guerra de Arauco. La palabra veterano fué hecha para Alcázar; a los quince años era soldado; cerca de los ochenta ponía fin a su carrera amortajado en su propia sangre. Durante más de sesenta años no dejó un solo día de montar a caballo. Más que jefe era soldado; venía del pueblo, era la encarnación del guerrero consagrado desde la cuna a los manes de la guerra. Pasó la infancia en el campamento, empuñó la lanza por juego. Tuvo por único amigo a su caballo de combate y oyó con infantil placer el estampido del cañón. Habría muerto silencioso y humilde como simple soldado raso, si el virrey O'Higgins no se hubiera servido de una estratagema para hacerlo salvar la valla de su origen. Alto,

enjuto, hosco, no tenía la elegancia del oficial galante y aristocrático. Parecía un rufo tallado en la piedra de un castillo medioeval, con sus informes rasgos contrarios por la cavilación del campamento y los ojos penetrantes por la mirada escrutadora de las exploraciones. Alcázar fué paciente hasta lo increíble, heróico hasta el milagro; pero no tuvo la suerte de que la victoria lo coronara de laureles. No lo acarició durante su esforzada existencia ese clamor embriagador del triunfo que deja en la frente de los vencedores como un reflejo anticipado de inmortalidad. El nombre del brigadier octogenario está vinculada a una época sangrienta; pero obscura. En medio de un vasto campo de ruinas y desolación, al siniestro esplendor de los pueblos en llama, su silueta hósea inseparable del hambriento caballo oscuro de largas crines, se levanta durante toda la guerra a muerte como una representación de la sólida autoridad que opone la Patria nueva a la anarquía. En el desastre, la figura de Alcázar fiel a las órdenes recibidas, se transfigura hasta lo sublime. Anciano, pobre y achacoso el brigadier era venerado de los suyos. Se sabía que no había tomado jamás botín para sí, que era pagado mal y nunca como sus propios soldados, que apenas tenía un caballo viejo y un uniforme ralido como única fortuna. En su plaza de los Angeles era el jefe militar y el civil, el padre de un pueblo amenazado de mil peligros. Su barba y melena blancas, crecidas por los años, envolvían su rostro iracundo al galope del caballo y era una venerable reliquia que unía el ejército de España y el de la patria ese magestuoso anciano que no conoció el reposo ni el amor ni las dulzuras del hogar ni las aclamaciones de los pueblos felices. Ese era don Pedro Andrés del Alcázar, abandonado, después del desastre del Pangal, a una pérdida segura.

Cruz tuvo, en el primer momento, la inspiración de volar a Los Angeles y reforzar la guarnición de Alcázar. Pero en esas horas no podía haber pensamiento alguno claro y decidido, la incertidumbre y el terror habían invadido esas regiones, duplicando las fuerzas contrarias y haciendo aparecer aun más dolorosa la desgracia sufrida. El ayudante Bulnes recibió la orden de enviar un correo seguro para ordenar al viejo mariscal salir de su plaza, atravesar el Bío-Bío por el lado de Nacimiento y replegarse a Concepción.

La tarde moría. En el pequeño corredor de un rancho que amenazaba ruina, el joven

cayitán había situado su despacho. En los alrededores, cuidados muy de cerca, pacían los caballos; más a lo lejos, en este claro del bosque surcado en años anteriores por el arado, buscaban su alojamiento las tropas, sin carpas, ni protección alguna para las frías noches de primavera en la montaña. A cierta distancia, en una altura, había acampado Cruz y más lejos Viel. La alegría había desertado del campamento. Los muertos de Pangal cruzaban entre los vivos. La sombra del valeroso O'Carrol permanecía cerca de la tienda del comandante. Un pífan que había comenzado a preludiar una cantilena, seguido pronto de otros, fué acallado. Algunos pájaros cantaban en el bosque y terminaron también su concierto. Mas tarde los tambores iniciaron el toque de retreta.

Bulnes, entretanto, interrogaba a alguno de sus hombres y buscaba el correo rápido a Los Angeles. Lo había hallado en un alférez de Cazadores, un nacimientano robusto y buen jinete, que conocía ese camino como las palmas de sus manos. Era necesario volar más que correr. Cada hora que pasaba era una nueva sentencia de muerte para Alcázar. Le reclamaban valor, sacrificio, heroísmo en una palabra, para sacar al viejo guerrero de la terrible situación que le creaba el desastre de Pangal. El bravo ensilló, guardó los despachos en su seno, sobre el corazón, y se alejó al galope. Mas tarde el eco trajo claramente la resonancia de su carrera en dirección a Los Angeles. Allí estaba también su madre, su hermana y su joven prometida, bajo la custodia celosa pero ya fatigada de ese león de encanecida meleña que ahora estaba cercado por la muerte en su guarida. Por eso Ruiz galopó mientras la moribunda luz del día se lo permitió y buscó luego en las sombras los familiares senderos que ahorraban tiempo y camino.

Con la noche, descendieron sobre el bosque todos los terrores con que la imaginación lo poblaba. Ruiz conocía las leyendas y no tardó en escuchar algunos gemidos lejanos, acentos de diálogos y rumor de cabalgaduras en marcha. El oficial, reteniendo en lo posible el ruido de la suya, podía abarcar ese conjunto que estremecía la selva. Era verdad que una muchedumbre de aparecidos llenaba la montaña? Era verdad que de noche marchaban los soldados muertos, en sus caballos, mostrando sus piezas de bronce y alejándose en una fuga incesante hacia el sur? Ruiz había desafiado muchas veces la muerte; pero no podía sobreponerse a su

espíritu moldeado en la educación española y campesina que da tanto lugar a los duendes, a las voces de ultratumba y a las ánimas en pena. Allí iban despertando, en torno suyo, miles de consejas oídas de niño, a la luz de la candela antes de dormirse; allí resonaban los galopes de escuadrones de cuya fantástica existencia daban testimonio los perdidos en la montaña: más lejos el viento dejaba de tarde en tarde percibir alaridos y gritos lastimeros que luego se descomponían en acentos aislados y cambiaban bruscamente de tono. Le latían las sienas al correo, porque al paso que iba resonando toda aquella soledad, no debían tardar en aparecer los fantasmas mismos y esa sería señal de que no llegaría en carne y hueso a Los Angeles, porque a ciertos aparecidos no se les veía de frente sino poco antes de morir. Detuvo Ruiz su caballo, rezó fervorosamente a la Virgen de las Mercedes y comenzó de nuevo a moverse cautelosamente. Ruiz no debía llegar a Los Angeles porque, en ese momento cayó de espaldas para no levantarse más.

Apostados tras de los árboles los soldados de Pico esperaban al correo rápido que habían visto partir y que debía llevar a Alcázar el secreto de su salvación. Un disparo certero a boca de jarro hizo salir a Ruiz del terreno de los aparecidos para entrar francamente a la eternidad. A la luz de unas linternas desnudaron al correo, encontrando a poco remover sus ropas, el pliego escrito. Se alejaron todos, y el ruido de los frenos y de las armas se perdió a lo lejos, mientras el silencio de la muerte rodeaba el sitio oscuro y tenebroso donde había caído para siempre el alférez de Cazadores.

Los sitiados conocían las noticias de la guerra mucho antes de que un correo amigo se las comunicara. Muy pocas horas después del desastre de Pangal, y cuando aún agonizaban los combatientes sobre el campo de batalla, ya el viejo Alcázar comprendía que las armas de la patria habían sufrido un revés inmenso. Ya no tenía aliados! Los indios amigos se habían escurrido en la noche al través de las palizadas dejando a sus concubinas y a sus hijos como inútil rehen de su incansable infidelidad. ¿Qué mayor prueba de que soplaban malos vientos a la causa patriota? Por todos lados, de los flancos de los cerros, bajaban indias tumultuosas, profiriendo injurias de muerte. La montaña hasta ayer amiga del anciano capitán hería rencores y maldiciones. Desde lo alto de

una colina, en medio de su pueblo reducido a la miseria, rodeado de sus soldados hambrientos, Alcázar miraba ese reducido teatro de matanza, donde su destino había fijado sus días. Qué miserias eran esos días, qué ansiedades sus noches, qué torturas sus pensamientos, qué inútiles grandezas los latidos de su corazón. Fijado sobre su caballo, donde ya sus piernas sin flexibilidad se agarrotaban para siempre, tenía delante de sí este espectáculo doloroso de la traición, de la perfidia, de la ingratitud, y cuando apartaba de él los ojos angustiados era para contemplar el hambre, la enfermedad, la desnudez de los suyos.

Alcázar volvió esa mañana al hacinamiento de escombros que le servía de Cuartel General, y, como siempre, ocultando el terror de ese desastre que flotaba en la atmósfera, fué escuchando los lastimeros ayes de las madres que le mostraban sus pequeñuelos sarnosos y enfermos y clamaban por un poco de maíz, de pan o de carne. ¿Cómo obtenerlo? Tres mujeres que se habían apartado pocos metros del recinto de Los Angeles para recoger unas legumbres habían sido arrebatabadas a su vista; las partidas enviadas en busca de ganado volvían diezmadas y sin otro botín que sus propios heridos a la grupa de los caballos enfermos.

A medida que el día avanzaba, la sombra del desastre pesaba más y más sobre la guaranición. ¿Qué ocurría? ¿Qué sabe el general? preguntaba todo el mundo. Nada sabía; pero indudablemente ocurría algo. Del bosque venía con una brisa caldeada, la amenaza de la muerte. Eran los amigos que corriendo en su socorro habían caído en una emboscada? El viejo, sentado sobre una piedra, con las manos envueltas en su blanca barba ondulante, sumido en las dudas y vacilaciones más amargas, parecía el profeta bíblico antes de cantar el cuadro de la fatal destrucción de su pueblo.

Un siervo de Dios, vestido con un rafio traje azul de recoleto, venía acompañado de indios y mendigos, pidiendo hablar con el señor brigadier. Detuvieronse frente al militar y todos callaron porque tenían miedo de hablar. Tan rápidos y flacos como los hombres eran los perros hambrientos y sarnosos que los acompañaban. Los mendigos se rasocaban los pechos desnudos y miraban estúpidamente al viejo soldado que parecía un león cercado en su guarida.

—Señor general—balbuceó el lego—se dice que la causa ha sufrido una horrible pérdida....

—¿Quién lo dice?—repuso Alcázar, volviéndose bruscamente.

—Lo ha dicho un arriero que pasó por el pueblo.

—Yo no lo he visto—gruñó el brigadier y se callaron todos.

Desde lejos caminaba otro grupo, racimo de miseria, viejos apoyados en bastones, niños sucios y cubiertos de harapos mal ollentes, mujeres descazas y con el cabello hecho y desgrefiado en las espaldas. Venían a indagar. Una de las mujeres sollozaba y parecía víctima de un dolor histérico:

—¿Qué será de nosotras? señor brigadier, si vienen los indios y los españoles?

—Nunca les ha faltado el amparo—rugió el viejo.

—Así es, señor brigadier. Usted es nuestro padre, nuestro santo padre!

Y como los ayes se extendieran y desde todas partes corrieran otros grupos, Alcázar se puso de pie y barrió esa misera gente con un gesto vigoroso.

—A sus casas!—gritó con violencia.—No son lágrimas las que aquí hacen falta c.....!

Todas se quedaron como estúpidas, con los ojos abiertos, sin moverse. Era una miserable carne de saqueo y de venganza. Todo lo temían, todo lo esperaban.

Alcázar volvió a las palizadas exteriores y ordenó hacer fuego con una de las culibrinas a la indiada que cobraba brios y se acercaba en rodeos amenazantes.

—Gritan que salgamos, y que harán con nosotros lo que con el comandante O'Carrol—dijo un oficial acercándose a Alcázar.

—¿Han nombrado a O'Carrol?

—Sí, general.

Y Alcázar regresó caviloso mientras un estampido atronaba el aire y levantaba arena, en los campos, el chivato irritado de la indiada. En el camino salió una mujer al encuentro del anciano. Era una señora. Las grandes damas aun miserables y desencajadas, llevan en su frente la señal de la nobleza y del pudor. Dos niñas descalzas la acompañaban.

—Dicen que no hay buenas noticias, señior general.

—¿Y cuándo han sido buenas, señoras, las de esta plaza?

—Anoche he soñado que las tropas han sido derrotadas. Que los Cazadores eran envueltos por Pico y que mi hijo corría a Los Angeles con un oficio para su señoria.

—Esos son sueños, señora.

—Pero los sueños...— balbuceó una niña.

—Pero los sueños se realizan en estos tiempos de guerra, terminó la señora.

—Animo se necesita— dijo el viejo militar.— Animo, porque antes de poco malas nuevas han de llegar. Demasiado tardan para ser malas.

El medio día cayó pesado y sin una brisa. Arenas de fuego era el aire. En las palizadas, la culebrina enviaba de tarde en tarde un disparo y a lo lejos resonaba fioja la fusilería de algunos grupos armados que se hacían más y más numerosos. Alcizar notaba que había entre ellos soldados cubiertos de polvo o vendados que parecían venir de lejos. "Estos saben lo que ha ocurrido"— pensaba el viejo guerrero— y los seguía iracundo con la vista. Eran los más insolentes y audaces entre los sitiadores y cuando se acercaban, haciendo quites a los disparos, proferían amenazas e improperios que no alcanzaban a percibirse claramente. Eran sin duda las noticias que se empeñaban en hacer conocer a los sitiados y a sus avanzadas. Al verirse la tarde, ya eran más certeras las voces de una desgracia que afligía las armas



Era el camino de la muerte y el anciano guerrero



... como al cumplimiento sagrado de una vía.

patriotas. Unas indias del cacique Venancio vinieron de la vecindad a decirlealmente que volvían a sus reducciones porque sabían que Pico y Benavides eran dueños de la tierra y amenazaban a Freire. No podía obligárselas, y partieron con grandes saludos, no sin dirigir miradas codicilosas a lo poco que había en Los Angeles, capaz de excitar codicia. Por fin terminaba ese día pesado y angustioso; pero no terminarían con él las zozobras.

A la hora de la oración, la campanita de la iglesia resonó lígubre como un tañido de muerte. Las puertas se abrieron y de adentro salió el clamor de los fieles que entonaban ese canto del Perdón, tan angustioso y plañidero. El fango desprendió del altar el viejo Cristo tallado en un tronco de roble, que pesaba lo que

un yugo. Era hecho a golpe de machete, deforme y monstruoso. Sobre el color rojizo de la madera se habían marcado con agujas las manchas sanguinolentas y amarillentas de las heridas. El rostro livido era una bandera de dolores, pero tenía esa rudeza amanamiento de las imágenes españolas. Levantado sobre la cabecera salió a la plaza y to-

dos le siguieron en una procesión espontánea que partía el alma y suspendía la respiración. Alcázar mandó dos tambores que batieron un rumor sordo y tenebroso tras de la imagen. El cortejo cruzó el pueblo, pasó rozando las palizadas donde los soldados, con los labios manchados por la pólvora, en la tarea de morder cartuchos, se arrodillaron e invocaron a Cristo. La noche se acercaba, el terror de la montaña amortajaba con su bruma misteriosa al pueblo sentenciado. La muerte hacía sentir a todos su aleteo frío.

—Un propio! ¡Un correo! —gritaron de diversos puntos. Dos soldados escoltaban a un oficial que pedía verse con Alcázar.

El brigadier se encerró con el propio en la estrecha pieza que quedaba en pie en la Gobernación y pidió la compañía del gobernador Ruiz para decidir en esa hora suprema. Allí en una mesa de palo blanco, estaba extendida la comunicación extraña que ordenaba a Alcázar abandonar el pueblo de Los Angeles y dirigirse a marchas forzadas para pasar el Laja por Tarpellanca, el vado más cercano a Yumbel, asegurándole que allí sería socorrido por fuerzas de Concepción. Alcázar sabía obedecer. Si en esos momentos hubiera visto delante de sí otro recurso, podría haber vacilado, discutiendo la autenticidad de aquel oficio cuya forma exterior era perfecta; pero no quedaba otro camino que tentar. Había que partir y así se comunicó a las tropas.

El pueblo entero pidió salir al mismo tiempo. Alcázar no podía negarse a salvar del degüello y de la más horrorosa violación a esa muchedumbre encargada a su cuidado. Era el patriarca bíblico que tenía una gran tribu que guardar. Se avisó pues que las tropas salían y que todos los habitantes que quisieran seguirla podrían hacerlo. No había tiempo que perder. Se alistaron carretas para los heridos y enfermos. Quinientas mujeres se agruparon en torno de ellas con sus hijos. En medio de los llantos y de las maldiciones a la despiadada y cruel guerra que secaba los ojos y desgarraba el corazón de tantos seres débiles, la miserable población se puso en marcha y empujándose en las sombras, arrastrándose por los matorrales, en medio de los disparos y de los gritos, a la luz de fogatas y teas encendidas la salida del pueblo derrotado se desencadenó en triste éxodo, buscando el auxilio del bosque traidor que abría sus fauces sediento siempre de sangre y de cadáveres.

Alcázar presentía sus destinos; pero no sabía que marchaba ciertamente al sacrificio, al más inhumano y cruel sacrificio de nuestros anales. No le quemaba el pecho el oficio que una mano infame había fingido para atraerlo a la celada tenebrosa. No sabía que allí, en el camino que iba a cruzar esa noche, dormía el sueño eterno de cara al cielo, el correo enviado por sus amigos con la verdadera ruta donde podía encontrar la salvación y la victoria. Pero marchaba como siempre, a la pelea que era su destino, al sacrificio silencioso que era su suerte; derecho sobre su caballo enflaquecido, al viento la melena blanca, iracunda la faz rugosa, a la cabeza, de su pueblo desarrapado y sin fé.

Al amanecer de aquel día, en el campo patriota, apenas repuestos de las impresiones del Pangal, se esperaban noticias de Alcázar. Las avaranzadas destacadas no habían podido recorrer mucho campo y nada sabían de Los Angeles como no ser las siniestras voces que siempre preceden a las grandes calamidades de la guerra. El joven capitán Bulnes alisaba sus Cazadores, trabajaba infatigablemente preparándose para el encuentro con la guarnición de Los Angeles. A veces creía ver regresar a su alférez-correo trayendo la respuesta del mariscal. El más joven adalid vibraba intensamente por la suerte del más anciano guerrero de la patria.

Nadie podrá borrar de nuestros anales el misterioso episodio de aquel día, ni nadie explicarlo. Bulnes estaba en el corredor del rancho donde alojaban los oficiales de Cazadores. Por el pequeño emparrado, donde aún raleaba una antigua parra que retorcía sus guías en el viejo enmaderado, subían y bajaban soldados y mensajeros llevando órdenes. De todas partes llegaban los rumores del campamento: ruido de herraduras colocadas a los caballos, cantos de soldados, rumor de clarines en los cuales se adiestraban niños aprendices y, sobre todo, el golpe vigoroso del combo, sobre el yunque de los herreros militares que componían y remendaban piezas para los carros de artillería y municiones. A medida que se acercaba el sol al medio día, el calor iba pesando sobre los brazos y ennuadeciendo la colmena trabajadora. Las cigarras apresuraban en los árboles el rumor creciente de sus hélices en una onda de vida rumorosa que parecía marcar sobre el campamento ese lúgido silencio de su reposo. Bulnes, delante de su mesa abandonó la pluma y miró por el emparrado



"Yo no estoy vivo, mi capitán,—fui asesinado en el camino.

bacia el campo. Un jinete se desmontaba. Era un hombre lleno de polvo que parecía venir de una larga y precipitada marcha. El rostro empapado de sudor tenía la huella de haber sido azotado por las ramas de los espinos en una carrera desenfrenada al través de breñas y matorrales. ¿Quién era? ¿Dónde lo había visto? Allí estaba delante a pocos pasos, cuadrado militarmente. Su voz era grave y ponderada; precisas sus palabras. ¡Era Ruiz, el alférez de Cazadores! Bulnes no alcanzó a formular su nerviosa y precipitada pregunta exigiendo noticias; él las daba ya en forma lacónica: —“Alcázar va a Tarpellanca. Los Angeles han sido incendiados. Benavides y Pico están apostados en el Laja y no escapará un soldado del brigadier. Todo está perdido”. Bulnes se frotó los ojos. —“Cuándo... cómo ha podido usted volver?” —preguntó. Y entonces claramente, en forma neta y articulada, el oficial repuso. —“Yo no estoy vivo —mi capitán,—fui asesinado en el camino”. Bulnes gritó a su asistente. Este acudió y con él otros soldados. El alférez no estaba delante, ni el caballo al término del parrón. —“Dónde está Ruiz?” —preguntó. —“Acaba de estar aquí. me ha ha-

blado. Pero, ¡qué diablos! yo no creo en espíritus. Pero aunque no crea, tengo la tristeza de decir que el alférez Ruiz me ha hablado. que yo estaba despierto y en mi juicio y que éste es un anuncio de nuevas calamidades. Circuló la nueva de que el correo se había aparecido. Al día siguiente esta aparición tomó un significado misterioso y Bulnes no olvidó jamás esta escena misteriosa entre dos sangrientos desastres de la guerra a muerte, dos días después del Pangal y pocas horas antes de Tarpellanca, cuando Alcázar avanzaba fatalmente guiado por una falsa orden a la carnicería más atroz de aquellos años de exterminio y de horror.

Entre los apariencias misteriosas de la montaña, la vuelta del correo-rápido Ruiz, merece ser recordado como un episodio que encarnó los presentimientos de esas horas de angustia.

Y Alcázar seguía hacia su pérdida bajo el aliciente inexorable del destino. Nada lo habría apartado de esa senda en que entraba su pobre hueste ciega y desventurada. Era el camino de la muerte y el anciano guerre-

ro iba hacia ella como al cumplimiento sagrado de una cita. Era, desde hacía tiempo, la muerte una sombra que marchaba a la grupa de su caballo y le hacía señales misteriosas en los combates. El suplicio de Juan de Dios Seguel y del lenguaz Pedro López le ofrecían una muerte segura, vengativa y cruel, de parte de sus enemigos. Ya había oido pronunciar los nombres de los ajusticiados por los indios que picaban su retaguardia amenazando a grito herido y a golpe de lanza. Alcázar volvió por última vez su cabeza alta para contemplar el pueblo en cuyo recinto había sostenido tan resuena pelea. Un penacho de humo y llamas marcaba su sitio: la tea incendiaria había hecho de los escombros de la infundada plaza una gran hoguera que subía al cielo.

Al amanecer del día siguiente, desembocaba, en la ribera del Laja cerca del vado del Tarpillanca, toda esa muchedumbre desterrada, como una emanación de dolor. Apenas clareaba el día. En medio de la brumosa luz crepuscular, sobre las piedras que rodaban bajo el peso de las plantas desnudas y vacilantes, con sordo rumor de quejas y ariados, aparecían los primeros soldados a caballo y los racimos de hombres y mujeres enlazados para sostenerse en la marcha o apilados en torno de los caballejos que cargaban ancianos, enfermos o niños de tierna edad. Seguían patrullas de tropas que se orientaban difícilmente en el camino y volvían a prestar auxilio a las carretas atascadas o a las yuntas exhaustas por la travesía. Más atrás, como un vaho de miseria y de punzante angustia, trescientas familias desfavoridas se extendían en desordenada fuga; dejábanse caer algunas mujeres para vendarse los piés o estancar la sangre de sus heridas con jirones de los vestidos; pedían auxilio otras infelices en cinta, bajo la presión de la muerte que amenazaba su avance y se precipitaba sobre sus huellas; maldecían, con rabiosos gritos enronquecidas, la guerra sin cuartel que las privaba de sus fortunas, de sus muebles, del techo, de los hijos y del pan; pedían tregua, tregua de horas solamente, para comenzar el paso del río con sus aguas heladas y correntosas, ignorando que ya toda tregua era inútil, todo plazo infructuoso, toda esperanza perdida. En medio de esta desolación, al frente de todos marchaba Alcázar con su rostro intensamente pálido, cruzado por el fulgor sinistro de su mirada bajo las albas cejas y la melena de nieve: fijo e inmóvil sobre el caballo

que las hambrunas y fatigas de tantos meses habían reducido a un esqueleto.

Héroes, luchadores, mártires, hombres del dolor y sacerdotes del sacrificio ¡dejadlo pasar! Allí va el guerrero anciano y pobre que cumplió silenciosamente con su deber y que en la extrema hora de su vida montó a caballo al frente de su pueblo creyendo cumplir las órdenes de sus jefes. Dejadlo pasar. Ha adivinado ya el sacrificio sin gloria que se pide a su cuerpo agotado en el dolor, y marcha sereno a intentar la suprema proeza de su vida. No tendrá el consuelo de morir en la lucha, la espada desnuda en la mano o cargando con la temible lanza que todo Arauco conoce y teme. Caballero de España y de Chile, el brigadier Andrés del Alcázar nos recuerda a los hispanos de América las comunes y legendarias glorias de Tendilla, Cabra, Alonso de Aguilar y Ponce de León, de la guerra inmortal de Granada!

El Laja se abre en dos brazos y deja en medio de ellos una isleta. Alcázar desafió el tiempo, y, recorriendo mil veces el vado, gritando sin cesar, animando a cada hombre, despertando en esos seres aterrados el instinto de la conservación, logró acumular su tribu en este pedazo de tierra. Lanzaba en seguida sus primeros hombres a la costa opuesta cuando comprendió que le faltaba una hora de tiempo. Recogiólos entonces para hacer de la isla una fortaleza, un asilo o una tumba. Todo dependía de los socorros. Estos no habían de llegar. Comprendió así un oficial que dejó, el único en ese grupo de héroes, anidar la debilidad en su alma, y, dando riendas sueltas a su caballo, escapó del campo para buscar más tarde inútil justificación a su favor invencible.

Benavides y Pico se habían juntado después de Pangal, y, cuando aún duraban las felicitaciones del triunfo, la felonía preparada contra Alcázar se lo traía inerme, con su pueblo y sus mujeres, a pocos pasos de su campamento. La caballería enemiga se esparció en tiradores en la ribera, la artillería ganada en Pangal subió a las colinas cercanas y una columna de infantería se aprestó a cruzar el brazo del río y llevar el combate al seno mismo de los atrabilidosos defensores de la isla. Estos no tenían caballería regular sino milicianos. Las disposiciones del jefe fueron breves y en poco tiempo terminadas. Su infantería formó un cuadro compacto, parapetada tras del equipaje y carretas, con los cañones en los ángulos y en el centro a los ancianos

nos, mujeres y niños resguardados en los fosos o tendidos por tierra, para librarse en lo posible de la lluvia de metralla que rompió muy pronto sobre ellos. Alcázar hizo fuego personalmente con una de las piezas y el combate quedó empeñado y duró hasta el anochecer.

La artillería tronaba. La infantería realizaba llegaba hasta la isla y se cruzaban las bayonetadas de los infantes pecho contra pecho, en medio de salvaje refriega. Los soldados de Alcázar recibían de las mujeres los cartuchos ya mordidos y cargaban con rapidez increíble. En medio de un clamor agudo, incansante, siempre fijo en una nota altísima, el combate más ciego y sangriento tenía lugar. Nunca la destrucción innata que germinaba en la fierza humana se revelaba más iracunda, más torpe, más empescinada. Unos defendían es cierto, sus mujeres, sus hijos, sus propias vidas, arrastrados a una traición que comenzaban a entender al encontrarse solos y desamparados ante fuerzas tantas veces mayores. Estos cerraban los ojos para defenderse, arrojaban los fusiles para abrazarse con los asaltantes llegados hasta su línea a desafiarlos. Uno alcanza a arrebatar del cuadro mismo a una hermosa joven de Los Angeles que resguardaba su propio anciano padre. El soldado patriota Manuel Vega mata al raptor de un bayonetazo y corre con la mujer en los brazos hasta dejarla al lado de los suyos que ya la lloraban. Alcázar ronco de gritar, enarbola la lanza en la mano y cruza frente al cuadro en inmortal e incisante revista de los suyos, flotantes al viento las blancas barbas y mezclando él mismo a la refriega. Ya no está pálido el viejo, ya no guarda ese silencio siniestro que affligía el corazón de los suyos. Se yergue de cara a los asaltantes, los embiste con la lanza, retrocede, vocifera, responde a los desafíos y arena como un capitán de veinte años. Parece que va a caer; pero se le ve que sale de la polvareda a caballo siempre, arrastrando hacia atrás la lanza que vuelve a enarbolarse y a partir certera contra el que se acerca a su caballo. El chivato de los indios crecía con la llegada de nuevos y nuevos refuerzos que descendían impetuosamente de la montaña. El oficial Thompson, fugitivo de Tarpellanca, oía hasta las ocho de la noche el clamoreo de este combate, sin ejemplo y el ruido del cañoneo que comenzaba a descender sea por la distancia o por la obscuridad de la hora.

Se imponía una suspensión del combate; pero aún entre la pesada bruma crepuscular,

que sobre el río y en medio de los bosques es densa y temprana, los soldados enceguecidos continuaban cargando y defendiendo sus líneas en incesantes asaltos y rechazos. Había muchos heridos en la isleta y por todos sus extremos corrían hacia las aguas surcos de sangre. Junto con cadáveres de los aguerridos soldados del Coquimbo, había algunos de mujeres jóvenes que tenían en los ojos juntos, la huella de las lágrimas derramadas y ya enjutas para siempre. Llegó la noche, la artillería bajó sus fuegos y los acabó por completo, fueron raleando los disparos de los fusiles y un silencio de muerte descendió como una mortaja sobre el campo de Alcázar. Junto con ese silencio bajó el terror, todo el terror de la montaña y de sus sombras siniestras. Comenzó a decirse en voz baja, que se habían agotado las municiones. Y era verdad. Los últimos tiros habían sido disparados. Podía durante la noche venir un refuerzo; pero ocurría lo contrario. Los indios de Mañil que acababan de encender a Los Angeles llegaban por el lado opuesto del río para reclamar también su botín de mujeres y caballos. Los rumores si-



Alcázar, ronco de gritar, enarbola la lanza en la mano...

mestros crecían. Las manos se levantaban implorando perdón de Alcázar. Las mujeres y los niños suplicaban a grito-herido en las altas horas de esa noche dramática. Alcázar oía. Era su consuelo caer en las líneas amigas, morir combatiendo como lo exigía su vida de luchador. Pero la capitulación lo llevaba a la horca tal como él había conducido a Seguel y al lenguaz López. ¿Cómo hacerlo?

Esta es la suprema hora del mariscal Alcázar. Hizose conducir al caballo cuando amanecía y poner sobre la silla donde ya no era posible subir por si solo. Empuñó su lanza y extendió una mano sobre su pueblo. Consentía en pedir el perdón para los suyos. Levantó una bandera y en breve llegó a su lado el coronel Lavanderos como parlamentario. Se ajustó la capitulación en virtud de la cual quedaban los paisanos libres con sus familias y equipajes y prisioneros de guerra los militares. En seguida comenzó la travesía del brazo del río y la entrega del campamento. Alcázar desfiló sombrío al frente de los soldados fantasmas, escoltado por la tribu medrosa. Benavides acababa de firmar la capitulación; pero estaba resuelto a violarla. Apenas salió el sol, cuando los indios de mañill llegados ya a la orilla del río después del saqueo de Los Angeles, ensangrentaron sus lanzas en los emigrados y huyeron con las mujeres a la grupa de sus salvajes caballos. Alcázar presenciable el horrendo cuadro y callaba. Había pasado ya el combate y volvía a ser el silencioso monumento ecuestre del deber y del dolor.

Mientras se consumaba la lascivia de la indiada en el bosque, los prisioneros formando una larga fila fueron internados hacia Yumbel. El día avanzaba. Los oficiales del Coquimbo seguían la huella de Alcázar que iba siempre adelante, hosco, grave, silencioso, pálido. Entre la escolta que seguía a los sentenciados, el lenguaz Tiburcio Sánchez recordaba en voz alta el suplicio de su camarada Pedro López. Era una fúnebre y amenazante letanía que resonaba entre el ruido de los sables y de las espuelas. Resonaba en esa boca falaz del intérprete ora el plañidero lenguaje de los indios con exclamaciones feroces, ora el período castellano cortesano y amplio del siglo diecisiete con las injurias más violentas. La montaña entera revivía de sombras, de aparecidos, de fantasmas. La mano del lenguaz se alzaba trágica y roja de sangre para señalar allá el camino que hacía Seguel para llegar a su rancho, que aso-

naba ya, entre los peumos de un faldeo cuando fué hecho aprehender y ajusticiar por Alcázar. "Morirás viejo demonio—gritaba el lenguaz—te espera Seguel a la vuelta del sendero donde levantaste la horca para acabarlo! Morirás espíritu del mal y de tu barba blanca te arrastraremos por tu sangre!" Y los indios creían ver bajo de la colina, donde el rancho de Seguel mostraba su tejado musgoso entre las capas de los árboles, el fornido atleta chileno que por convicción se hizo uno de los más temidos soldados del Rey. Al caer la tarde, los prisioneros fueron guardados en una especie de abandonado granero, donde esperaron la muerte. Allí entraron indios y blancos, las lanzas apuntadas; y, en silencio, sin que un grito perturbara la paz de ese rincón de los bosques, cayeron todos destrozados, víctimas de su amor por la patria que nació amasada con tanta sangre y penalidades. El capitán Aros, se arrancó los galones para arrojarlos al rostro de sus victimarios y les privó de la satisfacción de poner sobre él sus armas, quitándose la vida con su propio puñal.

El corazón del brigadier Alcázar fué retirado de su cuerpo para mojar en él la flecha de la guerra.

Cuando se supo en el campamento de Cruz y Viel la noticia de Tarpeyanca, se lloró la muerte del más anciano jefe de las armas patriotas. La misteriosa aparición del correo Ruiz excitó las fantasías de todos y el capitán Bulnes buscó en vano una explicación para ese anuncio del sangriento encuentro en la isla del Laja.

La figura del defensor de la plaza de Los Angeles, tan austera, heroica y generosa, es una de las más injustamente olvidada entre las de los padres de la patria. La primera estatua consagrada en piedra por la naciente República, fué la de Alcázar esculpida en un medallón para la fuente central de la Plaza de Armas de Santiago. La batalla de Tarpeyanca exigió un soberbio pedestal de mármol pentélico a este anciano guerrero, cuyas sienas quemadas por la fiebre, no recibieron la caricia de las auras populares ni fueron refrescadas por los laureles del triunfo. El pasa en nuestra historia guerrera como una extraña figura de aparecido, profeta bíblico sobre un caballo fantasma, seguido de un cortejo de soldados heroicos, de mujeres que lloran y de sombras fantásticas que recuerdan los terrores de la montaña.

JOAQUIN DIAZ GARCES.

La felicidad modesta

en la vida

Por

ALBERTO EDWARDS

El artículo "La Felicidad en la vida modesta", publicado en el primer número de esta Revista, tuvo un éxito a su manera. Recibí por él, bastantes felicitaciones, escritas, verbales y hasta telegráficas.

Muy poco nos cuesta a los hombres envanecernos con las frases lisonjeras y amables que se nos dirigen. Así yo me iba poniendo como un pavo real. Creen haber producido algo extraordinariamente notable y digno de ser escrito en bronce y esculpido en mármol, o vice-versa.

Cuán fugaces son estas ilusiones humanas!

Hace días me topé por la calle con un mi buen amigo, el cual con su mejor sonrisa, después de saludarme, me dijo estas palabras:

—Bueno, muy bueno, su artículo... Si ga no más cantándole la cartilla a las señoras mujeres... Hace quince años que yo vengo predicándole lo mismo a la mía... Su obra de Ud. es patriótica, etc., etc.

Aquí fué mi primer desengaño. No era el artículo en sí, no era la profundidad de sus pensamientos, ni lo galano de su forma, la causa de tamaño éxito... Pero había llegado a este mundo como pedrada en ojo de boticario. Era un artículo para estos tiempos de cambio a diez peniques!

Pero quién se encargó de dar el golpe final y maestro a mi incipiente, vanidad, fué doña Bárbara.

Doña Bárbara, a quien Dios nos libre de



presentar como modelo, es una señora de esas que nada tienen por cierto de parisien-
ses y modernistas;
de esas de pañuelo prendido que se creían obligadas a usar estos y a convertirse en tinajas o damajuanas desde que contrafan matrimonio.

La mayor
barbaridad de doña Bár-
bara, consiste en haber
arrojado al

mundo, con la complicidad de dos maridos,
catorce vestidos del sexo femenino.

Ella es una dueña de casa a su manera, una dueña de casa un tanto "demodée", de cuarenta y cho peniques, por lo menos. Sus recetas de cocina son excelentes, pero todas ellas comienzan invariablemente en esta forma: "Se batirán docena y media de yemas, con sus respectivas claras, en unión de dos litros de buena crema y una libra de mante-
quilla", etc., etc.

Así hasta yo soy capaz de convertirme en un Cordon Bleu.

Pero en fin, la señora tuvo fama, y la conserva aun ahora que sus recetas han llegado a ser impracticables, e no ser para los agricultores. Así yo, de cuando en cuando, la visito como a la representante genuina de una vieja y moribunda tradición culinaria.

No es pues de extrañar que me sepa ya de punta a cabo la entretenida historia de las catorce hijitas de doña Bárbara, desde el instante de su concepción hasta nues-
tros días, incluyendo enfermedades, trave-
suras, poleoleos, noviazgos, matrimonios, y

pleitos consiguientes. Esto sólo para sacar en limpio lo que "podía" comerse en los tiempos en que mi vieja amiga, usaba crinolina o polisón.

Cuando salió el primer número del "Pacífico", me fui, a los pocos días a casa de doña Bárbara, saboreando de antemano sus felicitaciones. Ella, tan enemiga de lo parisense y de lo nuevo, no podía menos de simpatizar con el artículo de marcas.

Me encontré, en efecto, un ejemplar de "Pacífico", sobre una mesa redonda, contemporánea de la Constitución del 33. Pero doña Bárbara no se dió por entendida y empezó a referirme por décima vez la enfermedad de su Barbarita, cuando la primera dentición.

No pude contenerme.

—¿Qué le ha parecido "Pacífico"? —le pregunté.

—Lo reconocí en su artículo sobre Economía Doméstica, —me repuso. — Siempre usted el mismo... echándole de todo la culpa a las pobres mujeres. Usted parece creer que si ellas descuidan su casa y su marido, y solo piensan en los trapos, es porque las han educado mal, y no saben hacer otra cosa... Catorce pleitos, con otros tantos de mis yernos, me cuesta su dichoso artículo... Yo he educado a mis hijitas en el santo temor de Dios, y en hábitos de modestia y economía, pero estos diablos me las han echado a perder a casi todas.

Dorotea, no salía de su casa sino para ir a la iglesia... Pero se casó con ese tunante de Moraleda, que empezó por enseñarle a reírse de su madre. Decía que yo no conocía lo que son baños y otras cosas de gabachos, que más vale no nombrar. Después se la llevó a Europa, y me la trajo muy cambiada, leyendo libros malos... y hasta "polola"... ¿Y quién ha de tener la culpa sino él, que no sabe sino hablar de París... Usted me entiende, mi señor don Alberto.

Eugenita, era en todo igual a su hermana, y como dueña de casa no se podía pedir mejor... Pero su marido no para sino en el Club, y en los bares... Cuando llega a comer, es siempre tarde y nunca tiene apetito, ni le celebra nada a mi hijita de lo que hace, porque ya se ha llenado de cocteles y golosinas en el Club con los amigos.

Catorce historias como esta, me re-

firió doña Bárbara, y yo me retiré esa noche muy pensativo.

II.

No puede negarse que las hijas de doña Bárbara, necesitaban un tanto de reforma. Ella las había educado a su imagen y semejanza, en el viejo concepto chileno de que la mujer, después de atrapar marido, no tiene para qué andar limpia ni parecer bien. Un poco de pulimento y de barniz moderno, les venían de molde, a esas criaturas.

Pero la mujer es un instrumento delicado, de extraordinaria sensibilidad a todo género de influencias. Nada más común que el que se disparen por la culata, sino se las maneja con un cuidado exquisito. La vida mundana y frívola, el gusto por el lujo y la coquetería, llegan a dominarlas sin necesidad de muchos ni muy poderosos estímulos.

—Tuvo presente esto Moraleda, el esposo de Dorotea, el yerno de doña Bárbara? No, por cierto. Al limpiar a su mujer de su capa colonial de mugre y descuido arrasó con el mismo plumero las sanas y buenas tradiciones en que la habían educado.

Muy bien hizo Moraleda en llevar a su mujer a Europa, pero ¿supo guiarla en ese mundo desconocido, peligroso y fascinador? En otras palabras: ¿A quién se le subió primero París a la cabeza? ¿A ella o a él? ¿Sobre qué objetos llamó la admiración de su consorte? ¿Fué acaso sobre esa correcta e incomparable burguesía francesa, tan sobria y prudente, tan diestra en el arte del buen vivir? o, por el contrario, ¿no cometió acaso la torpeza de embobarse en presencia de su mujer y de guardar todo su entusiasmo para galas, frivolidades y formas bellas? ¿Quién fué el rastaqueo, el sin fundamento y el loco? ¿Ella o él?

No anda ni anduvo más acertado el marido de Eugenia.

Cómo exigir de una mujer que sea buena dueña de casa, hacendosa y económica, si la práctica de tales virtudes, no le basta para arrancar a su marido, a la vida infeliz y dispensiosa, de horror de Club y de café?: si éste no llega al hogar, sino a regañar, o, en el mejor de los casos, a poner de manifiesto su tedio y aburrimiento, a fuerza de indiferencia y de silencio?

¿Quiere el marido de Eugenita divertirse o comer con sus amigos? Los invita al Club o al Restaurant, y se gasta allí en una sola comida, una cantidad que le hubiera bastado en su casa, para media docena a lo menos de invitaciones por igual estilo.

Eugenita hubo pues de desengañosarse. Vino a convencerse de que al trabajar por el bienestar casero de su marido perdía el tiempo. Sus dotes y actividad tomaron otro camino: el fácil y expedito del lujo y de los trapos. Así puede ella, al par de su cónyuge, procurarse satisfacciones puertas afuera del hogar. Así han venido los dos a derrochar, cada uno por su cuenta y por su estilo, el doble de lo que con mejor juicio, habría bastado a la felicidad de ambos.

III.

Estas y otras parecidas reflexiones me hice, después de mi conferencia con doña Bárbara.

Los hombres son hasta cierto punto responsables de la mayoría de los errores y locuras de las mujeres. Las manejan como a muñecas, y después se escandalizan de que ellas sean muñecas.

Antes de quejarse de su mujer, haga cada marido exámen de conciencia.

¿Soy hombre de mi casa? ¿Tomo interés por el hogar? Ayudo y aliento a mi mujer en sus trabajos por nuestro común bienestar? ¿Procuró hacerle grata, mediante mi cariño y mi buena conducta, la labor obscura de la dueña de casa? ¿La hago participé de mis placeres? Cuando quiero pasar un buen rato con los amigos la dejo o no a ella, muriéndose de aburrida en un rincón?

Tales preguntas podrían multiplicarse hasta lo infinito, pero hay dos puntos, que por relacionarse más directamente, con la economía doméstica, merecen principalmente nuestra atención.

Las mujeres gustan mucho de comprar. Es el verbo que más conjugan. Veán sino la actividad placentera que gastan en sus correrías por las tiendas. Ese paseo es para ellas siempre nuevo y atractivo. La actividad comercial de que todos tenemos un poco, no halla entre las encantadoras hijas de Eva, otra ocasión para manifestarse. Ellas no tienen negocios que las preocupan, y como no se boten a intelectuales, (esta la

peor de todas las calamidades,) su mayor y más divertida ocupación es la de adquirir las cosas de que han menester.

Es inútil o peligrosa, ir francamente en contra de esta tendencia inata. Lo mejor es dirigirla.

Váyase, pues, el marido a compras con su mujercita, pero no al centro, pues esto sería a más de costoso, afeminado, sino al almacén de provisiones y al mercado.

—¿Qué te parece, hijita, que surtiéramos la despensa? Voy a hacerte un regalo. Deben hacerte falta muchas cosas. ¿No es así?

Ella las enumera . . .

Y el marido la acompaña al almacén, y de acuerdo con sus medios, le compra una cantidad de cosas útiles, y ella se pasará muchos días encantada con el regalo, arreglando la despensa, y gezándose en su contemplación.

Los paseos al mercado tienen también un encanto particular. La mujer despliega allí sus aptitudes para la compra, sin perjuicio de ningún género para el presupuesto doméstico, pues las verduras, pescados o pollos que allí adquiere, los habrá comprado en todo caso la cocinera, probablemente en peores condiciones.

Nada más higiénico y provechoso que esas vueltecitas por el mercado. Higiénico, porque ellas obligan a levantarse temprano, con lo cual en la noche, no quedarán ni las ganas de ir a perder al Club o al café el tiempo, la salud y el dinero. Provechoso, porque la mujer aprende a comprar otra cosa que trapos, cachivaches, y siente a su marido interesarse junto a ella, por el bienestar y buen orden del hogar.

Otro punto muy digno de atención es el de los almuerzos y comidas fuera de casa. Nada hay que mortifique tanto a las mujeres, como la pésima costumbre de algunos maridos de darse comilonas con los amigos en el Club de la Ucrón o en el Restaurant.

Ellas lo saben todo, y no ignoran, por tanto, lo que cuestan semejantes expansiones. Ese Club (cuya entrada no les es permitida) se lo sueñan como un palacio de las mil y una noches, donde se comen manjares estupendos y nunca vistos, dignos de recrear el paladar de los dioses.

Y ¿cómo puede el marido predicar en su casa la economía y el buen orden, si su mujer sabe que él se gasta todos los meses en el Club, festejando amigos, tanto co-

mo ella en el alimento de toda la familia. Seamos pues justos y menos egoistas. Si queremos pasar un buen rato con algunos amigos, invitemoslos a nuestras casas. No sólo es ello más barato, sino que además nos proporcionaremos así diversión a nosotros, y a la pobre mujercita, que no ha venido al mundo para aurrirse y vivir sola.

Ella si no es una testa llena de vanidades y pretensiones (caso este, incurable y sin remedio), se pondrá muy contenta, cuando le digamos:

—¿Qué te parece que convide esta tarde a Fulano y a Zutano?... Dispongamos una comidita. ¿Qué podríamos hacer?...

Y se discute con ella la minuta de la comida, y se sale en su compañía al almacén y al mercado, y se vuelve a la casa trayendo un congrio bien colorado y fresquito y un par de pollos gordos, y una docena de huevos, etc. etc...

La mujer, pasará todo el día muy preocupada de su minuta y de sus invitados, y se irá acostumbrando poco a poco a encontrar satisfacciones, en el manejo y buen orden del hogar.

Dejaremos por ahora este tema. Debia alguna satisfacción a las señoritas mujeres, y ella está otorgada, gracias a doña Bárbara.

Ahora vamos a lo práctico.

IV

Ofrecí en el anterior artículo, dar a mis lectores algunas recetas de sopas mogras. Buenas son ellas para los ricos como para los pobres. Los primeros pueden darse el lujo de cocinarlas en callo, pero con agua también quedan muy sabrosas, y son tan nutritivas como las primeras.

El aliño de estas sopas, puede también variarse al gusto de cada cual.

Sopa de cebolla.—Se cuece una libra de papas, en agua salada, con pimienta, laurel y perejil. Se deshacen las papas una vez cocidas. Se pican dos cebollas, y se las frie en grasa hasta que tomen un hermoso color dorado. Se agregan las cebollas al puré de papas y se deja cocer por una media hora.

Sopa de frejoles.—Se remojan los frejoles en agua por una docena de horas. Se les pone en agua fría salada, con papas, una cebolla picada, toronjil, orégano, pi-

mienta y laurel. Se agrega un buen trozo de grasa, y, si se quiere, un pedazo de hueso de buey. Se cuece todo muy bien, y se pasa por un aparato de hacer pebre o se deshace. Se deja hervir a fuego lento. A la hora de llevar la sopa a la mesa, pueden agregarse unos pedacitos de pan frito.

Sopa verde.—Se hacen hervir papas en agua salada. Se las deshace una vez cocidas. Se agrega un trozo de grasa y una hoja de laurel. Se pican juntos, lechugas, aceglas, perejil, cebollas nuevas o cebollines, y se agrega la p'cadura al puré de papas. Se aliña con pimienta y moscada, y se deja hervir por diez minutos.

Sopa de repollo.—Se lavan cuidadosamente, un repollo, dos porrones, una buena cabra de apio, una cebolla grande y algunas papas. Se pone todo en una cacerola con agua hirviendo; se agrega un trozo de grasa, laurel, sal y pimienta. Se deja hervir por una hora. Se pasan las lechumbres por el cedazo, cuando están cocidas, y se añade un poco de raspadura de nuez moscada.

Sopa de arvejas.—Se remojan las arvejas durante doce horas. Se les pone en agua fría salada, con algunas papas, dos porrones o una cebolla bien picados, un poco de orégano y laurel. Se agrega un trozo de grasa, y un pedazo de hueso de buey. Se deja cocer todo muy bien y se pasa por el cedazo. Se agrega un poco de pimienta y se deja por un rato a fuego lento. Al momento de servir, se pueden agregar trozos de pan frito.

Sopa de tomates.—Se ponen en agua caliente salada, algunos tomates, dos cebollas picadas, un puñado de apio seco, papas, un trozo de hueso de buey y una hoja de laurel. Se deja hervir por una hora a lo menos, se pasa por el cedazo y se agrega un trozo de grasa y un poco de pimienta y moscada. Se hiere aún un ratito más a fuego lento.

Pero se dirá: qué es esto del apio seco? He aquí como se prepara, y toda dueña de casa debe hacerlo en la época de abundancia de esa exquisita verdura.

Apio seco.—Se lava el apio cuidadosamente, se le corta en pequeños trozos y se les hace secar en el horno, dándoles vuelta de tiempo en tiempo, y cuidando que no se quemén. Cuando el apio está cierran herméticamente.

bien seco, se le pone en botellitas que se cierran herméticamente.

El mismo procedimiento puede aplicarse a los porrones.

La sopa anterior (que es de chuparse los dedos), puede hacerse también con tomates en conserva.

Un medio económico y práctico de conservar tomates, es el siguiente:

En la época en que están baratos, esto es, en Febrero o Marzo, se compra cierta cantidad de tomates. Se les lava, se les enjuga, y se acomodan los que están bien maduros y sanos, en una vasija de barro. Se les arroja encima hasta cubrirlos por completo, agua hirviendo y bien salada. Se deja enfriar, se cierra herméticamente la vasija con una vejiga húmeda, y se guardan en un sitio fresco.

Sopa de zanahoria.—Se raspan algunas zanahorias se lavan, y se las pone al fuego en agua caliente, con papas, dos perpones, una cabeza de apio y un trozo de grasa. Se agrega la sal y una hoja de laurel. Cuando las legumbres estén en su punto, se pasan por el cedazo, se añade un poco de raspadura de nuez moscada y se deja hervir todavía por un cuarto de hora.

Sopa de apio.—Se cuecen en agua salada, tres apios picados, con papas; se agrega un trozo de grasa, y una hoja de laurel.

Se deja hervir por tres cuartos de hora. Se pasa por el cedazo, y se vuelve a poner al fuego, con un poco de pimienta y nuez moscada. Se deja hervir a fuego lento por algunos minutos mas.

V

Para sopas por hoy tenemos bastantes. Prueben nuestras recetas los lectores de "Pacífico" y no tendrán de qué arrepentirse.

;Ah! ;Si los señores maridos cuidaran de su casa, un poco también! Si supieran llevar por el buen camino a sus respetuosas medias naranjas.

Una duda no obstante me asalta.

;Habrá alguien que tome lo dicho de mala manera? He oido decir a muchas señoritas, y ellas deben saberlo muy bien, que no hay nada más insopportable que un marido intruso, de esos aficionados a mandar lo que no le corresponde, verdaderos zánganos domésticos, que no corrigen sin incomodar.

Para tener interés en su casa, y ser buen marido, no hay necesidad de convertirse en entrometido y majadero...

;Prudencia! ;Discreción! ;Justo medio!

ALBERTO EDWARDS.

HISTORIA DE LOS FERROCARRILES

M. Kernoël Masson publica una historia de los caminos de hierro que como él atestigua en su prólogo "fuera de todo programa y de todo espíritu sectario, muestra en sus rasgos más salientes las innumerables vicisitudes porque han pasado los caminos de hierro en el transcurso de un siglo. Para esto no me han servido de guía ninguno de sus aspectos, jurídicos, económicos o finan-

cieros; jamás libro alguno puede haber sido más indiferente para el horario de un viajero."

Se encuentran en este libro al lado de muchas y hermosas informaciones, que atestiguan por parte de su autor una profunda erudición, detalles y recursos muchas veces originales e imprevistos en la historia de las diversas naciones, a que pasa revista.



¡Uf. qué calor infernal!
¡Santo Dios!, ¡qué va a ocurrir
si se empeña en subir
la columna mercurial?

Los diarios de oposición
son, si no estoy engañado,
los únicos que se han dado
cuenta de la situación.

Cualquiera de ellos que atravesas
en su sección preferente
pregunta invariablemente:

“Pero, ¿en qué país estamos?”

Y es claro: ¡qué indicio preciso
que valga un grano de anís.
nos dice: este es el país
que cantara don Eusebio?

¿Quién hoy, cuando el sol apricia,
no recuerda entre sonrisas
lo de aquellas “puras brisas”
de que nos habla el poeta?

Esas brisas que en ésto
quedan en el buen deseo,
resultan un pitorreo
de padre y muy señor mío.

¡Brisas!... Ya puede en su eterna
bondad, mandárnoslas Dios,
aunque lleguen hasta nos
con impetus de galerna.

El sol furtiga con ira
a la tierra, y cara a cara...
¿Quién sabe qué espera para
convertirla en pura pira?

Como al rigor de su enceno
el aire nos va faltando,
cualquier se ahoga, aun cuando
no sea el último mono.

¡Falta oxígeno!... Y yo suelo
mirar con honda tristeza
cómo damas sin cabeza
lo derrochan en el pelo.

El ésto nos calcina
sin piedad y sin indulto.
¡No poder yo huirle el bulto
a esta estación asesina!

Y habrá quienes mi ambición
como excesiva señalen,
cuando hasta los treyes salen
huyendo de la estación?

Dios, en su insondable arcano,
fió este principio eterno:
el frío para el invierno
y el calor para el verano.

¡Por qué no se formó un llo
del cual salieran, mejor,
para el invierno el calor
y para el verano el frío?

Nos perdemos estas brevas
porque, según yo colijo,
Dios ha de ser muy prolijio
en la corrección de pruebas...

Mas, que sus ojos no den
con la errata salvadora...
¡y qué bien nos fuera ahora!
Pero, ¡qué requeteblen!

(En su bondad soberana
El me otorgue su perdón,
pues no he tenido intención
de corregirle la plana.)

Con este ambiente de fuego
se usan las mangas sin tasa:
las de camisa en la casa,
y en la calle las de riego.

Y el himno de este señor,
(el de Riego) hace actualmente
las delicias de la gente
cuando arrecia la calor.

¡Verdad que es fenomenal
la vida que se está haciendo?
Pues, como siga subiendo
la columna mercurial...

PEDRO E. GIL

La Chaqueña del Tío

PARA "PACIFICO MAGAZINE"

Traducción del italiano de una de las narraciones del periodista Ugo Ojetti

Asunción trató de plegar los dos brazos del muerto y reunirle las manos sobre el estómago para poderlas atar de las muñecas con el rosario bendito. Pero el cadáver de Violín era duro como un tronco; el viejo parecía continuar de muerto su testarudez insolente, y tendido como estaba sobre la gran pallaza de hojas de maíz, la barba alta, la nariz saliente, los ojuelos juntos, tenía el aire de ponerse tieso, intencionalmente para cansar a Asunción. Esta terminó por hablar así:

—El Señor te recibirá como estás!

Violín había muerto por la mañana; tal vez aún de noche. Apenas levantado el sol, los vecinos que no vieron abrir su ventana, después de haberle gritado varias veces, habían hecho saltar la puerta y se encontraron con el viejo tendido y perfectamente vestido sobre su cama. Vino el cura y se marchó en seguida. Los hombres se fueron al trabajo. Asunción se encargó de rezar un rosario y de cuidar el cadáver hasta que Andrés, hijo de una hermana del difunto, muerta también, llegara de la vecindad donde trabajaba en un huerto de olivos de su tío. Porque Violín tenía su pedazo de tierra y era Andrés el único heredero. Alguien había sugerido en la mañana la idea de hacerle avisar; pero tratándose de llevar una buena noticia nadie estuvo dispuesto a incomodarse por tan poco.

Sin embargo, mientras Asunción, descolgadas de la cabecera de la cama dos candelas pegadas por la mecha, las encendía frente a una oleografía de San Antonio, Andrés entró y quitándose la chaqueta como para ponérsela a trabajar anunció tranquilamente:

—El entierro es para mañana.

—¿Cómo supiste que había...?

—Me lo ha dicho el cochero.

—Ahora me puedo ir. Tengo que preparar el almuerzo para los hombres.

—Trabajan?

—Han principiado esta mañana.

—Se engañan. La tierra está hecha un pantano todavía.

Andrés hablaba con autoridad. Asunción lo escuchaba con respeto, porque ahora Andrés hablaba en tierra propia.

—Será mejor que me mude?—preguntó a la vecina.

—Será mejor.

—También mis trajes están ahí en el baúl,—e indicó las dos candelas que prendían sobre la mesa.

—Espera. Yo levanto la candelita y tú abres el cajón.

Andrés se encontró así cerca del muerto. La cama era altísima y debió alzarse un poco sobre la punta de los pies para poder mirarlo cara a cara.

—No he podido doblarle los brazos y amarrarle las manos con el rosario. Se lo he puesto sobre el pecho. Si quieras probemos juntos.

—Está bien así. ¿Pero entrará en la caja?

—Cómodamente.

Andrés abrió el baúl de la ropa. A un lado estaban los trajes del muerto; al otro, los tuyos, doblados y arrugados; en el medio, poca ropa blanca y un par de zapatos envueltos en papel. Asunción, desde arriba, miraba hacia el interior.

—Todo es tuyo ahora.

—Ya.

—También los trajes. ¿No tienes tú algo no negro?

—Dios mío, no.

—¿Cómo te quedarás el de él?

—Me quedaré muy bien.

—Póngate ese. Hoy es mejor que te vistas de negro. Es más respetuoso.

—Es cierto; también para los que miran.

—Para los que miran, lo digo.

Andrés tiró hacia afuera la chaqueta, el

chaleco, los pantalones de paño negro, que el viejo se ponía los domingos, los desenvolvió y sacudió pieza por pieza. Cuando hubo limpiado la chaqueta se la colocó por delante contra el pecho, la examinó desde arriba hasta los bordes, después miró a Asunción de reojo:

—Parece nueva.

Asunción se acercó con la candelita para ver una mancha en la espalda. Andrés dijo para tranquilizarla:

—No es tizne; es una falla del paño.

Y mientras la mujer volvía a fijar las dos candelas delante de la imagen, Andrés se metió la chaqueta, dió algunos pasos agitando los brazos e inflando el torax para llenar cierta cavidad que las formas del tío habían señalado en el paño.

—Caminaba siempre curvo como un jorobado, tú sabes. Era su defecto.

Asunción le dió la idea de mirar en los bolsillos si había algo.

Andrés titubeó. Después lentamente, an- chando cada bolsillo con las dos manos y mirando primero hacia el interior, sacó de uno un pedazo de cáñamo, un hueso de durazno y del interior abierto en el forro un sobre con dos o tres papeles doblados. Entonces se detuvo sospechoso.

—Tú sabes leer?

—Yo? Nō.

—A misa llevas el libro.

—Leo lo impreso, solamente.

Pero Andrés había metido los papeles en el sobre y el sobre en el mismo bolsillo. Lo leeré después, dijo en voz baja. "¡Pero tú no sabes leer!"—observó Asunción.

—Quién lo dice?

Asunción se arregló el nudo del delantal y salió tranquillamente. Andrés apagó en el acto las dos candelas, cerró la puerta con la barra y afirmó también los postigos de la ventanuela. Caminaba vacilante, en la punta de los pies y cada minuto levantaba la cara para mirar al muerto cuya nariz se erguía hacia arriba. Levantó la cubierta de la caja y sacó un abecedario, después se sentó cerca de la luz y abrió de nuevo el sobre. De los tres papeles uno era una imagen; otro, un certificado d^a cumplimient^o nascual; sobre el más grande, grueso y blanco, en comparación con los otros, había pocas líneas de escritura y abajo la firma del muerto. Entonces, metidos los tacos sobre los travesaños de la silla, el abecedario sobre una rodilla y el papel en la otra, Andrés pretendió descifrar esa carta, apuntando cada letra con el

dedo sucio de tierra y balbuceando como un tartamudo. Mientras tanto la espalda inflada que recordaba el cuerpo de Violín, seguía tardíamente los movimientos imposibles del traductor.

Pero no consiguió descubrir otra cosa que la firma del tío, la cual por otra parte, sola y lejana al pie de las filas apretadas de las letras, como un comandante frente a los soldados alineados, podía ser reconocida de cualquiera. Andrés como dueño de todo y también de la carta, pensó que era dueño de quemarla; pero el documento podía indicar un crédito, tal vez un escondite o un entierro. El tío había tenido fama de avaro y astuto, a pesar de su débil voz de falsete que le valió el sobrenombre de Violín. Podía también ser la declaración de una deuda por pagar; pero estaría en manos del acreedor.

Se hicieron los funerales. Andrés tenía cuatro meses de tiempo para declarar la herencia. Para pagar la contribución, el tío había dejado un depósito en la caja de ahorros; pero la ansiedad de Andrés crecía cada día porque interpretaba la ley según su miedo; creía que todo ese plazo, que había dejado pasar, ayudado por el papel misterioso, podían arrojarlo en el infierno de la miseria. Una tarde vió pasar por la calle desierta un muchachito que volvía de la escuela, y llamándolo desde la puerta le puso el papel en la mano.

—Sabes leer encima de eso?

El chico tomó con solemnidad el papel, miró hacia adentro para buscar un asiento, porque de pie no sabía leer todavía, se sentó delante de una mesa porque sin mesa tampoco era posible su tarea, se acercó a la boca y a los ojos las líneas y comenzó a silabeear en voz tan alta que Andrés lo invitó a bajarla.

—En el eñe nombre de ese nu....es.... tro... señor Jesu.... cris.

—Ya entiendo. Déjame el papel, es una oración—interrumpió Andrés, sospechoso, al oír una invocación tan solemne. Pero el muchacho no oía más y seguía silabeando con obstinación hasta que Andrés se lo quitó y lo plantó en la puerta.

"En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo..." Andrés pensó que el tío cuidaba tal vez de su alma encargándose hacer decir un número dado de misas y así colocó el papel en el sobre junto con el santo, creyéndolos objetos inseparables y pocos días después se fué al curato.



Pero el cadáver de violín era duro como un tronco.

El cura sorbió su café, después de misa, cerca del fuego y entre un trago y otro, se descansaba extendiendo con un cuchillo un poco de miel en una tajada de pan que sujetaba en la punta de los dedos. A la consulta de Andrés se miró los dedos untados con miel:

—Abre el papel y pómelo delante de los ojos.... así.... Ese es un testamento.

Andrés retiró el papel con desconfianza. El cura se había puesto de pie y se limpiaba los dedos precipitadamente con una servilleta.

—Pásame eso.

—¿Para qué sirve? Si es un testamento, es inútil leerlo. De herederos no hay otro que yo.

—Pásame el papel.

—Todos muertos, digo, lo sabe usted tanto como yo.

Pero el cura lo asustó hablándole del infierno, del tribunal y de los carabineros y Andrés soltó el papel.

—En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo yo suscrito Juan Sparvoli, hijo del difunto Matías, dejo todo lo que tengo a mi sobrino Andrés Sparvoli....

—Dice bien.

—....con la obligación de ceder como legado a Pedro Caldarelli, en memoria de su madre Rosa, mi huerto de olivos de Basano y de hacer decir todos los años el día de di-

funtos diez misas en sufragio de mi alma. En fé, Juan Sparvoli."

—Calderelli? Pedrito Calderelli. El tío estaba loco! Qué entra Calderelli en esto? Pase para acá don Fidel. Ese era un loco. ¿Dónde están escritas estas infamias? El cura extendió el papel sobre la mesa y siguiendo las líneas con el dedo, repitió la lectura.

—Tú debes irte inmediatamente donde el notario con Caldarelli y hacer registrar este testamento. Si no vas te denuncio.

—Pero sabe usted cuántos años tenía mi tío cuando escribió esta porquería? Ochenta años. ¿Tiene cabeza un hombre a los ochenta años? No lo digo por las misas. Diez son y diez serán. Aun veinte serán; pero al Pedro no le doy nada. ¿Qué entra él en esto? ¿Quiere decirme usted qué entra él en todo esto?

Llegaron a entenderse después de discutir. El cura concedió diez días de plazo para hacer la diligencia y le devolvió el papel. Andrés volvió a encerrarse en la casa. Con las lecturas había logrado repetir de memoria las palabras y conocer el sitio preciso en que estaba cada una. "En memoria de su madre Rosa...." Sería hijo del Violín este Pedro Caldarelli? Entonces se puso a investigar los recuerdos y los chismes, una palabra un día, otra al siguiente. Rosa había muerto mucho tiempo; entre Violín y Pedro ninguna relación ni de saludo. Entonces su mente se ilu-

animó de una esperanza: que la escritura fuese falsa. Juntó las cartas que encontró y las llevó al cura. Era auténtica sin duda alguna.

—Déme otros diez días, suplicó.

—Si el domingo no has hablado con Calderelli te denuncio.

Era un día de Junio tan frío y tan claro que todo parecía de vidrio, el cielo, las hojas secas lucientes de rocío, los cerros lejanos azulados. Andrés llegó hasta el olivar, expuesto en declive a todo sol, joven, próspero, bien cuidado, con los troncos todavía claros y verdes. La cosecha prometía, abundante, gruesa, en racimos casi entre el follaje plateado. Andrés paseó por los surcos calculando con paciencia el producto. Se sentó en el suelo sobre una piedra y por centésima vez sacó fuera la carta maldita. Dos aceitunas más maduras cayeron sobre el suelo y dos lágrimas las acompañaron al lado.

Pero ese día y los otros en que volvió allí mismo, Andrés resistió a la tentación de romper en mil pedazos el testamento, no por miedo a la denuncia del cura sino por instintiva honradez. Sentía que, si por rabia, hubiera hecho tal cosa, habría acudido en el acto a contárselo todo a Pedro y habría este tomado no solo el olivar sino algo más. La honradez suele ser una forma de prudencia.

Y llegó el domingo. En la tarde, después de la bendición, Asunción llamó a Andrés.

—El cura te espera a las ocho.

En la parroquia Andrés encontró también al coheredero que era un coloso rubio y calvo, con la nariz roja y los ojos sin pestaña. Tenía la mirada perdida y las manos con manchas de vino.

—Traes contigo ese papel? —preguntó don Fidel.

—Qué papel? —ensayó a decir Andrés.

—El testamento de tu tío.

—Lo tengo; pero no debo mostrártelos.

—A mí no; pero aquí está Pedro Calderelli qui tiene el derecho de verlo.

—Sí yo quiero.

—Peor para tí si no quieres.

—Las prepotencias, don Fidel, no me gustan.

—El prepotente eres tú.

—Al fin y al cabo ¿de qué se trata? —dijo Pedro que veía poco y se apoyaba en la mesa con las dos manos.

Cuando Andrés se dió cuenta de que Pedro no sabía nada aún, se puso generoso. Sacó del bolsillo, con solemnidad, el sobre, se mojó el índice derecho con saliva y extrajo la hora. La desplegó y extendió en

la mesa con un gesto de prestigiatador:

—Se trata de que el huerto de olivos de mi tío es tuyo. El resto es mío, se sabe.

—¿Quieres hacer una broma?

—Lo sé —dijo Andrés mirando al cura.

El cura explicó al ebrio su fortuna. Y este, duro de cabeza:

—¿Han tomado vino también ustedes? —preguntó insolente. —Por qué creer que el Violín me haya dejado el olivar?

—Eh! lo habrá sabido él por qué lo hacía —exclamó el heredero. —Don Fidel lealó usted el papel.

—¿Has entendido ahora? "En memoria de tu madre Rosa" —insistió con malignidad Andrés.

—Déjalo —interrumpió el cura. —Es necesario ser educado.

—Educado sí; pero no estúpido. Si no quiere entender hay que explicarle. En suma, ¿qué había entre tu madre y mi tío?

—Y qué he de saber yo? —y Pedro sonreía con su risa de idiota y ebrio. Si era o no era.... Se necesita poco para entenderlo. Lo curioso es que se haya acordado. Y que me deje el olivar! Se estaría fresco si hubiera que dejar un olivar cada vez! Yo habría regalado a esta hora toda la montaña —y reía estúpidamente.

Después se calló y aferrando a Andrés con los dos brazos lo estrechó contra su pecho.

—Andrés, ¿somos parientes?

Andrés se desvinculaba furioso de aquel abrazo; pero Pedro insistía:

—Vamos a beber. Yo pago. También usted don Fidel debía venir a beber con nosotros. Es una fiesta de familia y se convoca al párroco. ¿Qué? ¿No sería decente? —y pensando a Andrés por el pliegue que la asiente joroba del tío le marcaba en la chaqueta, lo empujó por la escalera y en medio de exclamaciones del borracho llegó hasta la taberna cercana.

Pero a la mañana siguiente el olivar lo conmovió más que la parentela y le pareció más útil el notario que el tabernero. Fué donde Andrés apenas amaneceiendo y lo invitó al pueblo. El camino era largo y Andrés marchaba en silencio.

—¿Tiene mucha aceituna el olivar este año?

—Poca.

—¿Cuánto tendrás que pagar al agente de la contribución?

—Mucho.

—¿Le han abonado bien?

—Poco.

—¡Habrá necesidad de mucho trabajo para dejarlo en buen estado?

Pedro miraba a su interlocutor con el rabo del ojo para sorprenderlo en engaño.

—Vas a conciliarme con que me saldría más cuenta dejártelo a tí.

El otro no respiró.

—O vendértelo.

Andrés lo había pensado; pero fuera del dinero pronto para pagar las contribuciones no tenía otro. Por eso calló también.

—Con quién deslinda?

—No lo sé.

—Pero lo sé yo. El huerto deslinda con el de Ciri. Si me da doscientos escudos, se lo dejo inmediatamente con toda la cosecha.

Pedro había encontrado el lado flaco del compañero mudo. Andrés al oír despreciar tan estúpidamente ese tesoro de olivar, con la cosecha pronta a caer en los bolsillos, no se retuvo más.

—Si vale tres veces eso!

Entonces hasta Pedro se volvió sincero; explicó todo lo que quería hacer con esos seiscientos escudos.

—Los campos son buenos para los que duermen. El que está despierto debe manejar sus reales. Trabaja la tierra cuanto quieras, ábrela, vuélvela, revuélvela, árala, apárrala y límpiala, muérete encima: la tierra queda siempre igual, no se alarga. Diez escudos de más, diez escudos de menos, ese es el resultado. Los reales en cambio, unas veces los pones aquí, otro año allá, y esperar que fructifiquen cargando la pipa. Con seiscientos escudos yo tomo en arriendo todos los campos de la Congregación de Caridad. Entro en sociedad con Benito y compramos entre los dos una segadora. En dos años tengo mil escudos.



Y cree usted, cura, que los remordimientos duelen más que los golpes?

Cuando llegaron a la plaza de la Municipalidad, delante de la notaría, Pedro Caldarelli había llegado al sexto año de negocios y tenía tres mil escudos contantes y sonantes, que movía en los bolsillos. Le calentaban tanto que se había sacado el sombrero para tener las ideas libres.

—Antes de entrar vamos a tomar un vaso.

—Te espero aquí.

Y Andrés se sentó sobre un tronco cerca de la oficina del notario. Endosaba todo el traje negro de su tío, al cual Asunción había alargado los pantalones. Ya se estaba formando otra rodillera un poco más abajo de las que el viejo había dejado marcadas en sus genuflexiones de la iglesia. Recordó al Violín, sintió gratitud por su conducta, le perdonó el recuerdo a la memoria de Rosa

y probó la satisfacción de haber hecho honor a sus disposiciones.

Pedro volvió cuando la conciencia de Andrés estaba en el colmo de la satisfacción. Y le anuncio:

—He tenido otra idea. En vez de asociarme con Benito para la segadora, tomo en arriendo el campo de Orlandi y planto tabaco. Es un negocio de oro.

Entraron. El notario había bajado en ese momento de la casa y estaba de pie cerca de la mesa, las dos manos calentándolas cerca del fuego. Repitió Andrés su caso extrayendo con el gesto solemne el papel consabido. El notario lo tomó con una mano y lo recorrió con aire negligente.

—¿Quién es Pedro Caldarelli?

—Soy yo—dijo Pedro levantando altivamente la cabeza.

El notario entregó la carta a Andrés y dijo:

—Este papel no vale nada.

—Eh?

—No vale nada porque no tiene fecha.

—¿No tiene fecha?

El notario había tomado de la mesa un fierro y agitaba con él las brasas. Pedro se había metido el sombrero en la cabeza de una manotada y estaba rojo.

—Yo sigo pleito.

—Contra....?

—Contra usted y este otro—gritó Pedro, agitando los brazos.—Los llevo al tribunal.

—Eres un imbécil—replicó el notario, moviendo las brasas y sonriendo.—Andate ahora y de prisa!

Pedro salió casi de un salto. Andrés lo siguió lento. Iba también encendido y como sónambulo. Creía en un milagro, premio de su bondad. Pero una manaza lo tomó de la arruga de la chaqueta que representaba siempre la ausente joroba del tío y lo sacudió como una rama.

—Estos son embrollos, miserable, ladrón! Esta es una estafa! Embrollón!

Todo el mundo corría. El notario salió a divertirse con el espectáculo.

Antes de llegar a su casa, Andrés pasó al curato, aún tembloroso de goce y de miedo.

—Primero bofetadas y después burlas; esto se saca por obrar como hombre honrado.

—Pero tienes la conciencia segura. Así no tendrás remordimientos.

—Remordimientos? ¿Y cree usted, cura, que los remordimientos duelan más que los golpes?

EFFECTOS DEL ACEITE SOBRE EL CEMENTO ARMADO

Según M. Page, la mezcla del aceite con el cemento armado para la construcción de edificios y obras proporciona considerables ventajas para la conservación de los armazones de hierro, al que da nuevas y hermosas propiedades. El hierro ve así aumentada su resistencia contra el enmohecimiento y la simple incorporación de un 10 por ciento de aceite hace variar su duración, aumentándola en un 60 por ciento más o menos. La resistencia así del cemento a aplastarse es al cabo de 28 días un 75 por ciento menor que la del cemento ordinario; pero al cabo de un año presentan ya igual resistencia; respecto a la resistencia contra la tracción, la deformación, los choques, etc., no se nota apenas diferencia.

La mayor ventaja que ofrece el cemento con aceite es su escasísima porosidad para el agua en pequeñas presiones y cuando éstas no pasan de tres kilogramos por centímetro cuadrado, dicho cemento es completamente impermeable. De este modo puede prestar utilísimos servicios en la construcción de pisos, murallas de sótanos y bodegas, tan comunes hoy día, debajo de calles, líneas de tranvías y ferrocarriles, etc.

El único inconveniente que presenta este cemento es que disminuye la cohesión y la unión con el hierro, pero esta disminución es por otra parte de escasa importancia y es fácil combatirla sabiendo que es mucho menor en las piezas deformadas, que en las rectas y lisas.



Parroquia de cordillera chilena, por consiguiente pobre. Gran casa de un piso aparragada en la tierra y muy cerca del cerro. Itincón de huerto asoleado, poético, mezcla de la arboleda umbrosa delzano, con el monte criollo de maquis y quillayes. Una fila de enormes perales en el fondo, completamente nevados de albas flores, deja caer en vago espiral la plumilla caliente de las corolas que ya se marchitan. En el suelo, de la blanquísima alfombra que tiende toda esta florescencia moribunda, surgen centenares de retosños que el fruto caído y no levantado del suelo sembró y fecunda sin intervención de nadie. Arbolillos que levantan una sola varilla con hojas tiernas, van a suplir con los años los viejos perales apollillados y estériles, que lloran su savia por la agrietada corteza. Así debía renovarse el bosque por sí solo! Otra fila de cerezos aún más floridos, alargan sus ramas sin hojas, solamente envueltas en abiertos copos que parecen de

luna blanca. Al amanecer, antes de salir el sol, este follaje blanco destella con luz propia mirándolo contra el cielo de frío azul, parece que cada flor es una estrella. En este pobre huerto hay diseminadas diversas plantas con que cada cura marcó su paso. Hubo uno aristocrático, un viejito delgado, de gran nombre, enviado a la cordillera por salud, que dejó algunos rosales finos. Le siguieron dos buenos curas campesinos y humildes que marcaron su pasada en algunas matas de pelargonias, dengues, artemisas, flor de la pluma.

Con otro cura venido del sur, pasó también su familia y en ella brilló corto tiempo en la comarca una verdadera belleza del campo. Cuentan las crónicas de esos parajes que la sobrina del viejo párroco, don Hilarión Pacheco, fué la más cumplida belleza que hayan conocido las cuatro últimas generaciones. Murió a los veinte años. He visto un daguerrotípico descolorido que presenta a la

nifia poco antes de la muerte misteriosa que la arrebató a los suyos. Sus grandes ojos pensativos, las largas pestañas sombrías, la estrecha frente velada con una masa negra que cortaba en línea recta sus cabellos cerca de las cejas, le daba cierto aire de pasión y de empeñada voluntad. A esa edad su busto se modelaba ya abundante como próximo a su fin. ¿Cuál fué la verdadera historia de Josefina Pacheco a quien llamaban "la cantárida"? No es fácil saberlo; la leyenda y la verdad se mezclan tanto en los parajes de montaña, que no hay mina abandonada que no esté guardada por un león, ni vertiente que no tenga su historia, ni mujer misteriosamente muerta a cuyo nombre no se haya asociado el más tenebroso drama. Solo sé que Josefina amó tempranamente, que dejó una nifita de pocos meses y que fué encontrada muerta en un despeñadero vecino al curato.

El cura actual es mi amigo. Con él hablo a menudo y varias veces he inclinado la conversación en torno de la *Cantárida*. El párroco es un santo y sin embargo cuando se la nombró dice indefectiblemente: "Dios la tenga en su santa gloria." Esto me prueba que la pobrecita no fué, a su juicio, ni una oveja descarriada ni una suicida. En el corredor de la vieja casa hay varias enredaderas una de jazmín, otra de madreselva y otra de pasionaria. Fueron plantadas por Josefina, según me cuentan y yo no puedo estar allí en noches de luna sin pensar en esa mujer tormentosa tal vez, apasionada hasta la muerte, que en la prosaica y monótona existencia de ese rincón salvaje no encontró paz alguna para su alma inquieta. Mientras el cura recita un rosario y su hermano don Francisco cabecía en su gran sillón de mimbre, yo siento aún el rumor de los besos que han quedado en ese rincón de huerto y que vienen en el aroma embalsamado de juventud y de posesa de la madreselva, la pasionaria y el jazmín.

El párroco del Romeral es sencillo y bueno como el pan. Por primera vez he comprendido, practicando su amistad, que no hay necesidad de filosofías, ni de letras, ni de ostentosa apariencia de virtud, para hacer el bien a sus semejantes que tienen necesidad de socorros. Este párroco no es, como se dice siempre, el padre de sus feligreses, es en realidad el sirviente de todos. Lo he visto llegar un día, después de diez horas de caballo, desmontarse y caer casi al suelo de fatiga, hacer abrir su cama prometiéndose una

noche de reposo y llegar de pronto un minero a caballo:—Señor cura, señor cura, la Melania se me muere. Quiere médico y confesor, y vengo donde usted que tiene todo en sus manos.—¿Sabes de dónde vengo, hijo? De los piches. Si a la pasada me hubieras avisado le habrías ahorrado a este pobre viejo una galopada de cinco horas. Pero qué le vamos a hacer? que no desensillen "el peúco"!—Y diez minutos más tarde el viejo partía de nuevo, con su maletín por delante. Eso sí; al día siguiente decía su misa a las nueve, como siempre. Nadie sabía que se había pasado la noche por las breñas y los senderos. Un día mientras oficiaba, el buen cura lloraba a lágrima viva. Le aconsejé ver al médico, porque creía que la fatiga física le estaba formando una neurastenia y el viejo se sonreía.—"Déjate de neurastenias. Lloraba de consuelo. Mientras decía la misa pensó en el pobre Birlocho que murió anoche como un santo. Tú sabes cuántas había hecho en su vida".

Don Francisco debía ser en el fondo tan bueno como el cura, pero vivía para contradecirlo y escandalizarlo. Contaba a menudo que por abarcar demasiadas confesiones, su hermano no atendía bien a los moribundos, y agregaba que el mejor negocio para él eran las muertes repentinamente, porque así tenía más tiempo disponible. Con el aire de la mayor seriedad me decía que una vez le había tocado acompañarlo donde un feligrés de agonía demasiado larga. El cura recitaba las letanías de la buena muerte, y le daba miradas a hurtadillas al enfermo para ver si se despachaba pronto; pero viéndolo aún muy firme volvía a comenzarlas de nuevo, hasta que de pronto impacientado le dijo:—"Vamos murriendo luego, pues!" El cura se reía a más y mejor de estos cuentos pero se sabía escandalizar de las expresiones vivas y demasiado pintorescas de don Francisco. Estabilézcase de firme, por aquí mi amigo—me dijo este un día—y hace su casa aquí al frente al otro lado del camino, para que después de almorzo nos pongamos cada uno desde su corredor a "platicar ocenidades". El cura se santiguaba de tan nefando proyecto.

El cura de Romeral sabía que yo leía mucho y deseaba hacerme una consulta que, según él, debía estar resuelta en más de un libro. Aquí la gente es muy pobre, señor—me confiaba mientras nos paseábamos bajo los grandes perales,—y basta con muy poco para hacerla feliz. Por ejemplo, Ramírez, que tiene diez hijos, no ha podido este año pagar el

arriendo de la tierra y ha vendido una yunta de bueyes, la única que tenía. Con un préstamo de dos o trescientos pesos lo pondríamos en un estado de trabajar de nuevo. Si no, la familia se va a dispersar y sabe Dios lo que será de esos muchachos una vez en la ciudad. La viuda de Decilio Morales necesita una máquina de coser y está salvada de toda necesidad. Las huérfanas de Sabino Andrade van a perder la casita y el terreno en que viven sino pagan una miseria que le deben a don Marcelo el subdelegado. Con diez mil pesos pondríamos a todo este mundo en el paraíso; señor ¿no conoce usted en las obras que lee algún Banco para gente humilde que se haya establecido para prestar dinero a los trabajadores sin sacarles el alma con intereses.



Y diez minutos más tarde el viejo partía de nuevo con su maletín por delante.

Me enternecía este hombre con su corazón y al mismo tiempo con sus debilidades. Porque también las tenía. Delicado de constitución y muy sobrio para comer, no podía prescindir de los huevos frescos. Todo lo toleraba menos que faltara esta insignificancia, en su vida. La vieja Gregoria tenía gallinas y andaba siempre azorada antes de almuerzo y de comida persiguiendo los nidos en la espesa maleza del huerto, para descubrir el tesoro que constituía la felicidad de su patrón. El cura del Romeral se conocía bien y se avergonzaba de esta flaqueza. En mil ocasiones me había hablado de su aversión insoportable a todo manjar que no fuera éste. Pero debían ser no sólo frescos y del día; si no todavía calientes, antes de haber perdido el calor del nido, porque el huevo ya frío pasaba a ser un alimento despreciable para tan exigente paladar. "Te irás al infierno por esta tontería—le decía don Francisco—y allí te harán comer huevos de lechuzas". Era inútil, el viejo había dejado, por sacrificio, el vino, el cigarrillo que él mismo llevaba en sus manos temblonas, el ají, las mejores legumbres, aún la leche, porque se desayunaba con chocolate con agua; pero se había apagado como un niño a este capricho inofensivo, los huevos del día, que él mismo debía palpitar antes de ponerlos en el agua caliente los dos minutos requeridos. La tarea no era fácil, según nos contaba Gregoria cariacontecida, las gallinas ponían poco, el zorro salía a hacer sus incursiones y llevarse algunos; para remate, en el fondo del sitio había unos relajes de una pequeña antigua fundición, donde las aves tomaban unas convulsiones que allí llamaban *soroche* y morían luego.

En la casa del lado al curato, vivía una señora que decían todos, era ni más ni menos que la hija de Josefina Pacheco la Cantárida. Ya de cuarenta años, doña Rita era una real hembra; a juzgar por sus ojos y pestanas que hacían recordar los del daguerrotipo, no debía andar muy descaminada la suposición. Muy joven, viuda, vivía retirada en su arboleda con una parienta anciana y hacía cuanto bien podía, arreglando en la parroquia los altares, sacudiendo y barriendo, suministrando los remedios prescriptos por el cura, aconsejando a unos y hasta corriendo materialmente a otros. Por lo demás parecía insensible a todo y don Francisco había escollido muchas veces en sus relatos y hasta en la inconveniente pretensión de atisbar al través del cerco de colihues, cuando en el rigor de la canícula;

doña Rita tomaba un baño en el transparente canal que pasaba por el fondo. En sus mayores apuros, Gregoria recurría a doña Rita. Si el cura estaba enfermo y se empeñaba en no tomar un remedio, doña Rita decía y su presencia era para el pobre viejo como la del demonio, porque apenas sentía su voz cálida y musical, ya gritaba:—"Que no venga, que ya lo estoy tomando!" Y en realidad lo tomaba. Sobre la aversión del párroco a su buena vecina, hacía don Francisco las más graciosas disquisiciones. "Para mí hermano, decía, no hay sino tres enemigos, el mundo, el demonio y la carne. El mundo es la ciudad, el demonio soy yo y doña Rita es la carne." Talvez recordaba el buen viejo la historia romántica de la Cantárida y veía en la hija, cercana ya al crepúsculo de la vida, algo de ese ardor en la mirada y de esa seducción en la voz, que debieron ser la causa de las desgracias y penas de familia de su remoto antecesor? El hecho es que los vecinos hacían su vida cada uno por su lado, sin ignorarse pero casi sin verse.

Gregoria confió a su amiga sus luchas por los huevos del día. En el campo, entre vecinos, los bienes son comunes y la buena mujer recibió generosa protección de la vecina. Cada vez que faltaba el consabido manjar, un grito al lado de la palizada advertía a doña Rita que debía pagar su tributo de amistad y media hora después llegaban los huevos calientes, como recién salidos del nidal. ¿Por qué ponían más seguido las gallinas del lado? Pregunta era ésta que preocupa a Gregoria. El hecho era que el problema había recibido solución práctica y que todo sonreía en ese rincón del mundo fácil de contentar.

Don Francisco era un espíritu irónico e inquieto. Nunca dejaba de mirar al través de los colihues y más de una vez me hizo ir con sus fantásticas invenciones. Continuamente tocaba a Gregoria el punto de los huevos frescos y la increpaba su incapacidad para la crianza de gallinas. Dábale un día recetas para mezclar al maíz pan tostado o tabaco, asegurándole que así la fertilidad de las aves aumentaría; confiabale otras veces que un químico había descubierto que cortando tres plumas al gallo en cada ala y quemando las plumas en el fogón de la cocina, el poder de este aumentaba en forma extraordinaria. La pobre campesina lo hacía todo y mucho más aun de su cosecha; pero nada mejoraba.

El cura del Romeral andaba un día en



Levantó iracundo su mano y los hizo saltar violenta tempestad.

unas confesiones lejanas. Yo leía en el largo corredor que daba sobre la plaza del pueblo y dejaba vagar la vista en la vibrante atmósfera fundida por el sol. Ni una alma pasaba por la calle: soledad de la aldea en medio del fuego del estío que enmudece los pájaros, retiene al hombre a la sombra de sus árboles y hace pesar los párpados hasta el sueño! De pronto, don Francisco llegó precipitadamente, se dejó caer en su gran sillón de mimbre y soltó una carcaja-

da homérica. Era inútil hablarle. Todo su cuerpo se sacudía con convulsiones, y la risa detenida un momento volvía a resonar como una explosión histérica. Un perro llegó velozmente y se detuvo a ladrar verdaderamente irritado con los alaridos del viejo. Yo concluí por contagiarle y cada vez que lo miraba me reía con igual entusiasmo, ignorando en absoluto la causa de tan continua hilaridad. Mucho trabajo me costó sacar la historia que a provocaba. Don

Francisco persiguiendo el esclarecimiento del misterio de los huevos, había descubierto el nidal. Pertrechado tras del cerco que separaba el huerto de la casa vecina, reteniendo casi el aliento, había descubierto que doña Rita buscaba los huevos entre el pasto, los elegía cuidadosamente y colocaba los dos más grandes y hermosos en su seno, metiéndolos bajo su camisa según lo aseguraba el espía ensañado en la víctima. De esta manera y con tan piadoso ingenio, la buena mujer suplía el calor del nidal y contentaba al viejo cura. "Si supiera Ramón—decía el malvado en medio de nuevas explosiones de risa—de qué nido salen calientes los huevos que se engulle con tanto deleite.

Le supliqué no contar a su hermano el descubrimiento. —"Para qué privarlo de este único placer de su vida? Pero el inexorable verdugo encontraba una infinita alegría en figurarse la escena con que el cura ha-

bria de rechazar su alimento contaminado con uno de los más perversos enemigos del hombre. Oyó el pobre cura la historia, se ruborizó intensamente y cuando Gregorio entró llevando el par de blancos y tibios huevos de su almuerzo, levantó iracundo su mano y los hizo saltar violentamente. La robre mujer quedó como una estatua: yo hacía esfuerzos por no internerarme y me sonreí y don Francisco salía estremeciéndose de nuevo con sus carcajadas.

El cura del Romeral me ha contado melancólicamente que hoy día odia los huevos a muerte; que siente el más profundo disgusto cuando los encuentra en un cesto en gran cantidad, y que cuando ve pasar unas mujeres jóvenes a su lado, cree que llevan siempre bajo su blusa un par de tan desagradables objetos calentándolos para otro confiado que se apega demasiado a las cosas materiales de esta vida.

ANGEL PINO.

EL QUE HA REEMPLAZADO A "GIOCONDA"

Ya no está vacía el sitio en que en otro tiempo la Gioconda acogía a los visitantes del Louvre con su sonrisa misteriosa. Está ocupado por el retrato de Balthasar Castiglione, pintado por Rafael. Podía darse mejor acierto en la elección? M. Robert de la Sizeranne opina que no y en uno de los últimos números de *Revue des Deux Mondes* relata con admiración la vida de aquel a quien Rafael escribió: Aseguro a Ud. que cuando quiero pintar una mujer hermosa necesito tener delante muchas y necesito que usted me designe la más bella", y del que decía Carlos V al morir el autor de "El Cortesano": "Os aseguro que ha muerto uno de los más gentiles caballeros del mundo".

Sabemos, indudablemente, la vida de Balthasar Castiglione y no ignoramos que al aparecer "El Cortesano" fué considerado como obra maestra, pero al oír a M. Robert de La Sizeranne que nos pinta al hombre analiza el diplomático y nos le presenta en aquel medio ambiente encantador en que se desarrolla su vida, siempre fiel a sus amigos, espiritual, gracioso y bueno, se siente no haber vivido en aquella época feliz en que tal como en la cima de la roca de Urbino, humanistas, diplomáticos, mili-

tares y galanes se entregaban, al terminar una partida de caza o un torneo, al encanto de la conversación y les sorprendía la aurora discutiendo en unión de la hermosa Emilia Pía sobre la belleza y el amor.

Pero Balthasar Castiglione tuvo también sus horas de desencanto. Primeramente al servicio de un príncipe, luego al de otro y más tarde al del Papa, termina como Nunclio de S. S. ante Carlos V, querido y admirado de todos; pero colocado entre el Emperador y el Papa que no se venían muy bien, sufrió los choques de sus desavenencias que hicieron mella en su carácter sensible y melancólico; su patriotismo sufrió, sus amigos desaparecieron, su hija murió, y cuando llega a una edad en que aún el alma debe estar henchida de grandes esperanzas el dolor ha dejado ya su indeleble sello en su rostro de hermosos ojos azules. Dejó al menos este libro, que vió la luz el año 1528, un año antes de su muerte y que todo su siglo leyó con fruición. Es en "Cortesano" en quien podemos ver, como dice M. Robert de la Sizeranne, a falta del carácter del hombre del Renacimiento, el que el hombre del Renacimiento querría haber tenido. ¡Y qué hermoso carácter!



Pequeño Cuento

La noche silenciosa guarda el sueño placido de la madre y de las dos criaturas que duermen cerca de su lecho. En la calle ha ido descendiendo el rumor de los transeúnes. Una que otra paso resuena aún en la soledad. Al través de un poétigo entreteniente y de víspera de tu blanco, brilla la luz fría del gas bajo el silencio tenua que se resguarda. A lo lejos un coche pasa haciendo llegar su rumor disparaje sobre el duro pavimento.

En la pieza vecina acaba de extinguir la luz el fatigado marido que

vuelve a la hora de su empleo. Un montón de pruebas de una imprenta sorda trae las encuadres uníquinas van a ensuciar a imprimir el gran catálogo que aparece con las primeras horas de la mañana. Ruda y monótona labor. Sobre la mesa se acumulan las tiras de papel donde el rodón ha estampado en forma indumentaria la primera prueba de cada artículo. ¿Qué dicen las líneas parejas, los párrafos de dimensión semejante, las cifras, las explicaciones? El no lo sabe, ni le importa. Labor automática, ha conclui-

do por agotar toda la curiosidad de sus ojos. El corrector se interesa solamente en la materialidad de los caracteres: cuida la palabra mal separada o caprichosamente ocupada con otra, la letra invertida, el salto en que ha incurrido el linotípista cansado al tomar los trozos, la ortografía y la puntuación. Las pruebas se suceden. El mensajero soñoliento se duerme en un rincón del cuarto frío y es necesario despertarlo para que lleve a corregir cada tira de papel y traiga las que se acumulan clavadas en la aguja sobre la mesa del regente. Todas las noches, el mismo trabajo. El corrector sale a las dos de la mañana, cansado, extenuado, con fatiga; pero vuela por la calle donde el último tranvía se pierde a lo lejos, dejando en silencio el barrio solitario. Vuela, porque lo espera en su casa el reposo, el sereno cuadro de la mujer joven, hermosa y buena que duerme con las dos criaturas al lado.

En la pieza vecina acaba de extinguirse la luz. Pero la madre deja sobre su lavatorio una pequeña mecha que flota en un vaso de aceite y difunde una vaga claridad en la suya. Oculta tras del jarro con agua, proyecta una gran sombra en el muro opuesto, y en el techo, vacila y mueve con ella la faja obscura. Es lo único que vela en la pequeña casita del empleado, porque él duerme ya guardando en su retina cansada ese cuadro encantador de la compañera que difunde en torno suyo una atmósfera de apacible bondad y de tierno amor.

Al lado del ancho lecho en que la pequeñuela de seis años duerme acurrucada junto a la madre, está la pequeña cuna donde asoma la cabecita rosada del niño. Es la esperanza del hogar este chico que lleva el nombre del padre y del abuelo y para el cual trabaja con incesante desvelo el modesto corrector.

Venido de no sé dónde, de uno de los países del norte en que se habla y escribe mejor el castellano y los tró-

picos han colocado en toda mente una pequeña chispa de genio y de fantasía que espera un viento propicio para prender una hoguera; el corrector espera mejores días, ha recibido buenas promesas, le reconocen su talento y se sabe que está mal empleado. Antes que la victoria material ha ganado una de otro orden, el amor le ha sonreido. Allí al lado duerme la mujer que apreció su modestia y la nobleza de su alma.

Antes de ir a la imprenta, el corrector pasa siempre una hora de embeleso sentado al lado de su mujer que da el albo pecho al pequeñuelo y se ocupa de la tarea de contar a Eliana los cuentos de hada que cada día le exige su incansable fantasía. Porque Eliana nació en este país templado es una hija de los trópicos. Sus seis años están poblados de misteriosos anhelos, de sueños sentimentales, de pasiones infantiles. Todo se transfigura a sus ojos. Las flores dejan de ser inanimadas, toman vida, la hablan, y antes de morir la hacen muchas veces llorar. Cuando el pequeño pino del jardín echó sus brotes de primavera y apareció con todos los extremos de sus ramitas horizontales teñidos de clarísimo verde, Eliana fué besándolos uno por uno, les hablaba, les daba la bienvenida. Todo lo que pasa por sus manos, muñecas, polichinelas, soldados de plomo, animales de trapo, toma vida y queda asociado a su existencia que ha vivido mucho.

Esa tarde Eliana había planteado una inquietante cuestión a su padre. La muñeca predilecta no podía ya calzarse con los pequeños zapatitos primorosamente hechos con unos guantes de su madre. ¿Era que Lulú había crecido? ¿Crecían las muñecas? ¿Llegaban a grandes? ¿Se morían? —Nada de eso—había contestado—tu muñeca no llegará nunca a grande como tú; pero le han crecido algo sus pies y esta es la razón de que ya no le sirvan sus zapatos.—Pero por qué ha crecido cuando

no anda? Y quién te ha dicho que no anda? Los ojos de la niña lucieron como fuego y con estupor que una actriz no habría podido jamás igualar, exclamó con voz sorda:—¡Entonces anda! ¿Y cuándo?—De noche cuando duermes.

Y he ahí por qué Eliana tiene esta noche un sueño agitado. Alineadas a los pies del lecho, están las cinco muñecas que forman su corte de honor. La grande, Lulú, rubia, rosada, alemana de Nuremberg; Antonieta, de ojos negros, vestida como napolitana; Lila, modestísima, bebé de celuloide, muy liviana; Rosa, pequeña muñeca de loza, que perdió sus brazos; y una sin nombre, de trapo, feísima y sucia que despertaba en Eliana honda commiseración como la hija defectuosa a la madre con entrañas. Ella se había acostado con la resolución de verlas andar en la noche, de espiar sus movimientos y de escucharlas si hablaban. Seguramente Lulú debía hablar. Era demasiado perfecta sino hablaba. Y si Lulú hablara y fuera agradecida, hablaría de Eliana y de su cariño.

En el silencio de la alcoba la niña se agitaba luchando con el sueño. Una vez vencida, recordó vagamente sus proyectos; pero se sintió de pronto atemorizada por la gran sombra del jarro que se movía como un enorme fantasma. Permaneció largo tiempo con la vista fija, la respiración contenida. Luego miró a su madre que reposaba su delicada cabeza sobre el almohadón y se quedó exática, venciendo su gesto habitual de acariciarle la barba y tomarle entre sus dedos la delicada nariz.

Al otro lado el niño asomaba su cabecita y las manos regordetas como dos grandes rosas pálidas sobre la ropa blanca de la cuna. Eliana observó entonces sus muñecas y vió que también dormían. ¡Flojas!—se dijo para sí—esta noche no andarán seguramente. ¿O no andarán nunca? La duda comenzaba a asaltarla.

Una vez despierta le fué difícil conciliar el sueño. Distraída ya de las muñecas cuya inmovilidad absoluta la descorazonaba, dejó vagar su imaginación hacia otros campos. Las láminas de un libro que su padre le hacía ver a menudo, la transportaron a los trópicos, tal como ella se los imaginaba. Un bosque enorme, con árboles inmensos como columnas de catedrales de las cuales caían cascadas de enredaderas floridas, con un olor tan penetrante como esencias artificiales. Atmósfera tibia y húmeda como la de un conservatorio de plantas. Mariposas grandes como lazos de cintas de seda, coleópteros como piedras preciosas; en la noche luciérnagas luminosas y variadas, como pequeños farolillos chinos.

El chico se mueve en la cuna y manotea. Eliana no puede resistir un impetu de ternura maternal. Pasa su manita blanca por entre las barras de bronce y coge la del hermanito. Despues se aproxima a besarla y más tarde, a tientas, se alza sobre el lecho y pasa a la cuna, se recuesta al lado del bebé, lo estrecha contra su pecho y se duerme como un ángel.

La alcoba continúa en silencio. En la pieza vecina el hombre yace en ese sueño profundo del cuerpo aniquilado. En el gran lecho, la madre de espaldas, con los labios entreabiertos sonríe soñando con sus hijos y éstos, enlazados en una caricia tranquila, completan el reposo de la familia. ¡Qué silencio, qué paz, qué serena harmonía! La ciudad no exhala un rumor; la calle ha muerto; al través del postigo brilla siempre la luz de gas.

Eliana duerme y con esa pasión vehemente de sus sueños, estrecha al niño bajo la acometida sonámbula del miedo. Sus pequeñas manos asfixian al pequeño. Este se agita, deja escapar un ligero estertor y luego queda en silencio. Su vida débil, vida de avecita frágil y pasajera, se extingue bajo la presión de la nerviosa criatura que huendo de un peligro fantástico y cre-

yendo estar en brazos de la madre, la opriime la garganta sin piedad. Pasan veloces los minutos. Nadie sabe el drama que ocurre en ese silencio, en medio de esa tibia y sonriente paz. El be-

bé ha muerto bajo las manos inocentes de Eliana! Luiú cuyos ojos negros están fijos sobre la cama no puede moverse y es incapaz de despertar a la madre.

EL TE

La planta de té es originaria del sudoeste de la China, del Assam y de Manipur y hace más de dos siglos que se cultiva en la China y el Japón. El té constituye en estos países uno de los más esenciales elementos de consumo público. Desde mediados del siglo 18 su uso se extendió en Europa y durante mucho tiempo el té se exportaba solo de la China; Fou-Tcheou y Cantón fueron los grandes centros de mercado. Hacia 1835 los esfuerzos del Jardín Botánico de Calcuta consiguieron por fin ver cultivada esa planta trasplantada de Assam, y a poco la producción se hizo abundantísima.

Ya en 1875, tras la ruina del café, emprendieron los plantadores de Ceylán el cultivo del té por vía de comercio. De 1880 a 1890 la extensión de este cultivo toma proporciones verdaderamente asombrosas y las plantaciones alcanzan una superficie de 350,000 áreas; desde entonces queda estacionario. Posteriormente se introduce su cultivo en Java y ya hoy mide una superficie calculada en 50,000 áreas.

Este enorme incremento trajo como consecuencia la disminución de la exportación de la China y el comercio fué poco a poco abandonando a You-Tcheou por Calcuta y Colombo. En 1905 Ceylán exportaba 80 mil toneladas de té, de las que 50,000 iban consignadas al Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda.

La planta de té, es un árbol de pequeña talla, se cultiva en campos, guardando de una planta a otra una distancia de 1.20 m. próximamente. Los árboles se podan excesivamente, ofreciendo entonces el aspecto de

arbustos rechonchos en cuya copa brotan constantemente retoños, que en conjunto toman el nombre de flujo. La preparación del té para el comercio comprende la recolección de los brotes y las diversas manipulaciones a que se les somete. Las hojas se ponen a secar hasta que quedan completamente secas. Luego se las prensa y retuerce en un aparato especial, formando así una masa compacta que se divide en montoncitos y se dejan al aire para su fermentación. Como a las dos horas la hoja toma un color cobrizo y un aroma particular. Se hace entonces pasar a través de los montoncitos una corriente de aire caliente, hasta que las hojas quedan completamente secas y finitas. Despues se escogen las hojas y se encierran en botes provistos de plomo en su interior, y que contienen unos 50 kilos de té.

La preparación del té verde no difiere de la del negro sino en la operación de secar las hojas, que se hace por medio del vapor, y en la omisión de la fermentación.

Este té se elabora casi exclusivamente para el mercado de América, donde no tienen aceptación los téés negros, reservados a los mercados ingleses y australianos.

El comercio del té ha sufrido en el Japón un descenso considerable durante la temporada de 1912, si se compara con la de 1911. El total de hoja sin elaborar tuvo una salida menor en un 10 por ciento, pero en cambio, el precio medio de venta ha sido más alto, lo que viene a compensar en parte la baja de producción. Esta baja en el mercado del té japonés a los Estados Unidos no se explica fácilmente.

*Palacio de la
Sra. Vergara
de Errázuriz*

Viña del Mar
BALNEARIO
Ideal
de
SUD AMERICA
Estación
de
INVIERNO
y
VERANO

La ciudad más hermosa de Chile por su naturaleza y su clima y la más pintoresca a fuerza de humano trabajo es Viña del Mar. Por esta razón su crecimiento ha venido junto con la prosperidad privada de los chilenos sin detenerse ante las crisis y frecuentes cambios del valor del suelo tan propios en un país sujeto a cataclismos económicos más frecuentes que los seísmicos.

Entre las propiedades de los Jesuitas vendidas a particulares en el siglo XVIII, de que da cuenta Gay, se menciona la Viña del Mar vendida a N. N. en 4.730 pesos a plazo y con



Casa de don Guillermo Witm, Calle Viana



Casa de don Roberto Pre-tot, Avenida Libertad



Casa de don Eugenio Verluyas, Avenida Libertad

el interés de 5 %. Esta propiedad figuraba entre las haciendas medianas con Elqui, Ocoa, Las Palmas, Limache y Peñuelas. Fueron las grandes Compañía, Bucaramanga, la



Casa de don Guillermo Arriagada, Avenida Libertad

Punta, San Pedro, La Cadera, Chacabuco, Las Tablas, Longaví, Perales, La Ñipa y Cucha-cucha. Las *infimas* eran la Olla-

ría y Pudagüel. Hubo otras como Quilicura y Ñuñoa no mencionadas por Gay. Puede decirse que hoy día sumando la propiedad privada de Viña del Mar a la que conserva su propietario, ésta representa algunas decenas de millones.

En cuanto a la población, antes del año 70 era insignificante, poco más que la de un fundo y el caserío vecino. Desde el 75 conocemos datos que permiten apreciar el porcentaje considerable de su crecimiento *anual*:

En 1875 contaba con 1,318 habitantes.

En 1885 con 4,859, es decir el 13.9%.

En 1895 con 10,651, es decir 8.2%.

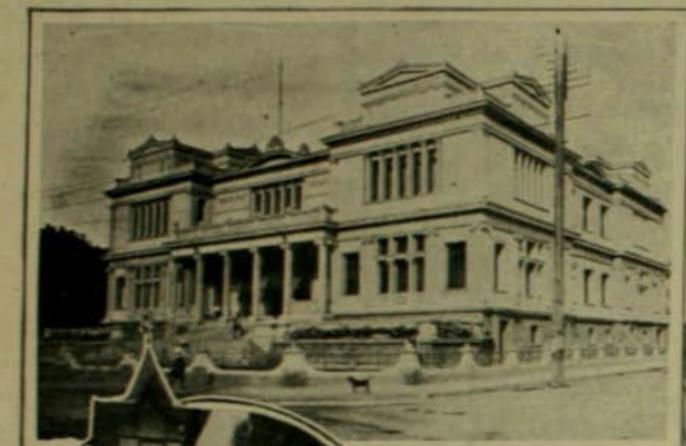
En 1907 con 26,262, es decir 7.8%.

En 1913 con 42,000 es decir 8.0%.

Esta última cifra puede

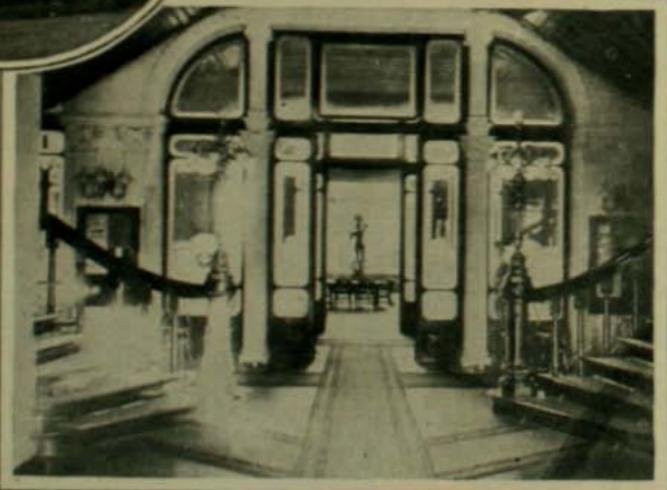


Casa de la familia Daneri, Calle Quillota



Casa de don Francisco Huáeza

ser mayor ya que el aumento creciente de la población de Viña es notable a la simple vista. Su vecindad al puerto, las fábricas y la creación de nuevos barrios en los cerros hasta ayer apenas poblados en su base, contribuyen con buena proporción al crecimiento actual de Viña. La re-



Hall del Club de Viña del Mar

finería de azúcar, fábrica de tejidos de aceites, jabón y velas, muelles para embarque y desembarque de merca-



derías, la actual maestranza para las obras del puerto, aseguran por muchos años a esta ciudad un aumento de pobladores que ha de valorizar aún más el suelo.

Viña del Mar ocupa en Chile una situación magnífica por su ubicación vecina a la capital e inmediata a Valparaíso. Las brisas marinas impregnadas de humedad y una tierra excepcionalmente





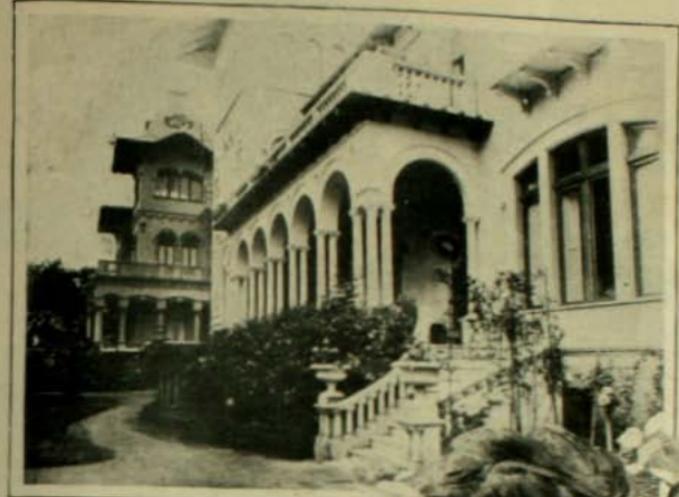
fértil han convertido esta ciudad en un continuado jardín. Las magníficas rosas, los geranios y claveles de colores vivísimos, trepan por la fachada de los palacios flamantes y cuelgan de las rejas y muros hacia la calle. En todo sitio erial ha surgido en pocos meses



un jardín, abundante en grupos floridos, prados verdes y enredaderas de jazmín, madreselva y suspiros. Esta rá-



pida vegetación suple maravillosamente al fuerzo del hombre que tiene en la mano el medio de hacer surgir en seis meses una gran casa; pero del resignarse a carecer de sombra y de verdura que la completen, durante algunos años. En Viña



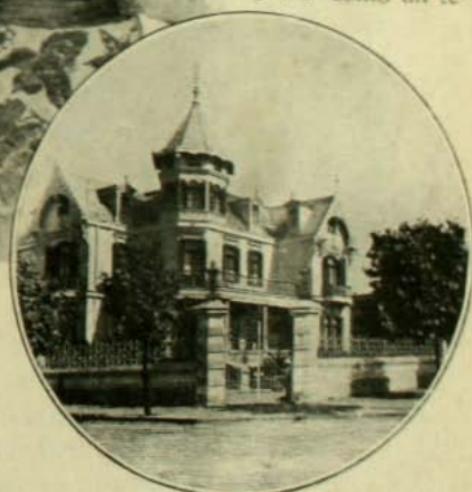
Casa de don Agustín Ross,
calle Alvarez.

del Mar a la acumulación de los ladrillos siguen rápidamente las plantas trepadoras y los arbustos gigantescos. El clima de Viña del Mar recomienda esta residencia en invierno y verano. La temperatura media invernal de las más conocidas estaciones del mundo comparada con la que goza la nuestra, es la siguiente: Cannes, 9°; Niza 10.5°; Menton, 9.2°; Dex, 7.8°; Viña del Mar, 12.3°.

La temperatura media, durante todo el año, es de 15° en Niza y de 16 en Viña. La máxima es de 28° y la mínima de 15. Bastan estas cifras para comprender por qué las personas delicadas de salud, en especial del corazón, buscan en una residencia de esta privilegiada ciudad el equilibrio perdi-

dó en las alturas de Santiago, en la humedad de la región austral o en los sofocantes calores del norte.

Puede decirse, sin exageración alguna, que no hay en el mundo,—aún menos en Sud América—una estación de clima más dulce, menos deprimente, más reparador de las fuerzas, que el de este privilegiado sitio, verdadera perla del Pacífico. En especial los santiaguinos deberían apreciar como un te-



Casa de don Manuel Pardo Correa, Avenida Libertad



tran en nuestro sitio ideal para la salud el verano y nadie se atreve en duda la dulzura del invierno una temperatura de inver-

La naturaleza, como lo hemos encantos, mar, frescura, tierra a las más grandes ciudades del habitaciones de lujo; pero no hablades de que una ciudad moderna calles están llenas de polvo, municipalidad progresista y honramiento que van a darle el cien autorizar un gran empréstito para necesitas. Va a comenzar para continuada y hemos querido pre-

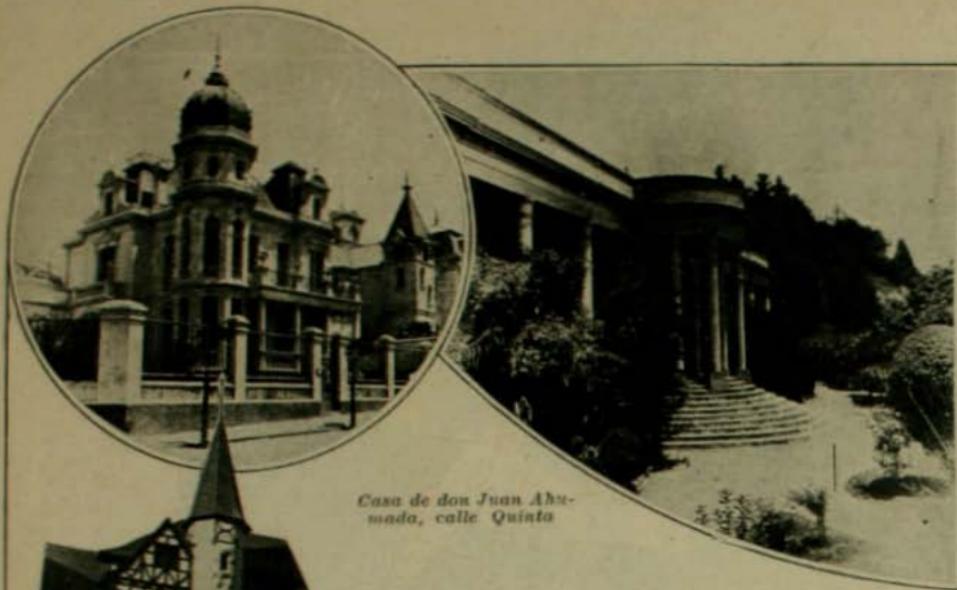
balneario durante a poner no en medio de esos jardines que exhalan, tibia y húmeda.

dicho ha dotado a Viña de todos los fecunda, colinas cultivables, vecindad país. El hombre ha hecho allí sus cuidado suficientemente las comodidad no puede prescindir. En el verano las en el invierno de fango. Una munida comienza a hacer obras de saneamiento por uno. Acaba el Congreso de autorizar a Viña del Mar de todo lo que esa ciudad una época de prosperidad sentar a los lectores del "Pacifico Ma-

Casa de don Rafael Arias, calle Alvarez.



Es natural que para el hombre que ha hecho su fortuna trabajando, en



Casa de don Juan Ahumada, calle Quinta



Casa del señor Rosenberg, calle Arlegui.

cualquier centro del país, se presente el proyecto de un rincón hospitalario en Viña del Mar como la más legítima ambición.

¿Dónde se puede reposar mejor en Chile que en esta ciudad de flores comunicada fácilmente con Santiago y Valparaíso, donde el clima favorece la vida y repone las fuerzas?

El que llega de Europa echa de menos en la capital y en el primer puerto muchas bellezas de las grandes y pe-



queñas ciudades que ha visitado y admirado en su peregrinación. Las calles sucias de Santiago, los árboles grises cargados de polvo de sus jardines, las fuentes sin agua, la escasez de vegetación en Valparaíso y todo ese movimiento poco simpático de un puerto con los malleones cargados de mercadería, oliendo a brea y obstruido con trenes, vehículos, grúas y cadenas; hace pensar en los barrios aristocráticos y tranquilos donde vive la gente, que no lucha ya con la existencia material, en todos los puntos del globo. Viña del Mar se presenta entonces como un oasis. Sus tardes claras, sus mañanas perfumadas, los grandes árboles velando a medias las fachadas blancas de los palacios, las manchas de geranios, verbenas, claveles y rosas en medio del césped donde surge un chorro de agua fresca o un

estatua de mármol; he ahí el sitio que buscan los que pueden, sin gran costo, es decir, sin un esfuerzo desproporcionado a los recursos ordinarios de los rentistas chilenos, cerrar un sitio de esas nuevas manzanas que se entregan a la venta y edificar en ella la casa ideal hecha para sí conforme al plan tantas veces soñado.



*Casa de don Manuel Valenzuela,
calle 3 Norte.*

Es un error en que incurre mucha gente, creer que Viña del Mar es una ciudad llena de exigencias, estirada y pretenciosa donde se va forzosamente al torneo del derroche y del "quiero y no puedo" de los advenedizos. Nada de eso. Viña del Mar no es ya la antigua calle donde cada cual se examina y se pesa. Es una ciudad y, como en toda ciudad, cada cual hace lo que le agrada. Si unos aman las tardes de la playa,



Casa de don Agustín Edwards, calle Alvarez.

otros no se mueven de sus jardines, o dedican sus mañanas al baño, a las excursiones encantadoras a Montemar, Concón, Miraflores, Recreo, Playa Ancha. Puede vivirse en Viña muy lejos de toda ostentación. Esta queda para los que desean complicar su vida. Los que saben manejarla conservan en todas partes su independencia.

Pero no puede negarse que Viña es el paraíso de las niñas. El paseo de la playa tiene inmejorables encantos por las tardes. Estas son por lo general magníficas. Una fanfarria militar

toca en el kiosko vecino al paseo. Dos *restaurants* situados a corta distancia uno de otro, se disputan la clientela. Bajo una brisa que mece las gasas de los vestidos de verano, se pasea una concurrencia alegre, parlara, cuyas voces claras se sobreponen al ruido de las olas que mueren a dos pasos de la *promenade*.

Las fotografías artísticas que reproducimos en estas páginas dan una idea cabal de nuestra estación veraniega: casas, jardines, baños, paseos, carreteras y vida de club.



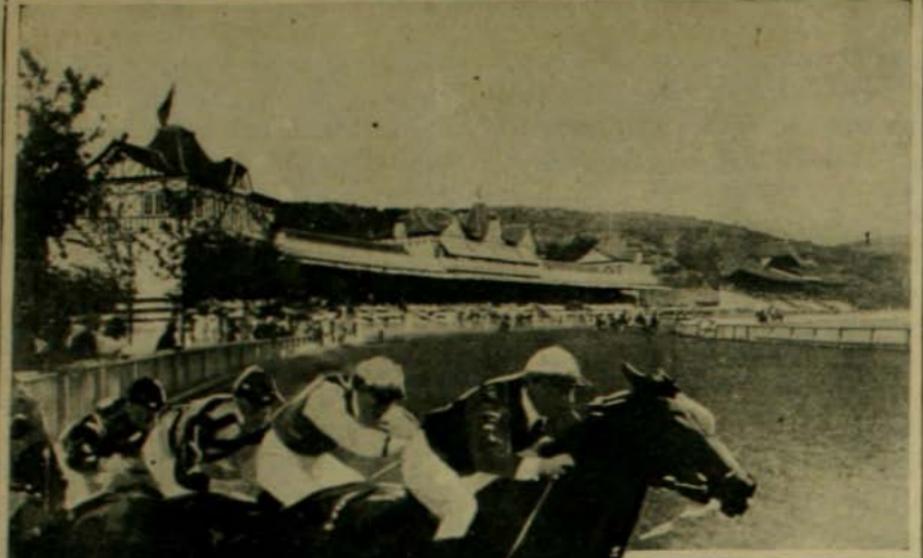
Pero hay otra más tranquila que pasa allí mismo dentro de esos palacios, de interiores confortables y bien amueblados, donde se logra el verdadero descanso.

No haremos esas fáciles suposiciones de lo que acontecerá en Viña cuando la travesía del Canal traiga hasta Valparaíso mayor número de viajeros que hasta ahora, porque existe ya desde la apertura del Trasandino una corriente apreciable de turistas que vienen a Viña desde la rigurosa canícula de Buenos Aires y se sorprenden del clima primaveral que sonríe allí en los meses de Enero y Febrero. Pero indudablemente esta corriente ha de aumentar y hemos visto ya en anuncios de viajes circulares por el Pacífico con travesía hasta Buenos Aires, mencionar a Viña del Mar junto con Valparaíso. En nuestro

balneario falta un hotel, un verdadero hotel limpio y de cocina cuidada. Un hotel que reciba hospitalaria-

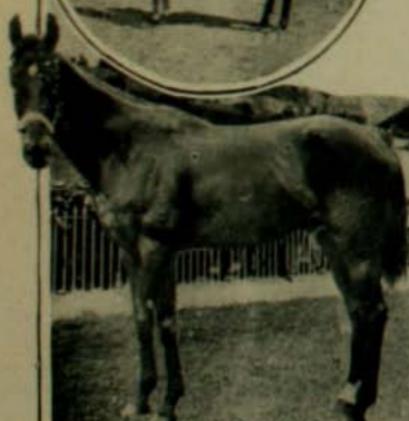
mente y no explote sin pudor al transeunte. En una palabra, un hotel diverso de los que existen y con empresarios que estén habituados a alojar personas decentes y educadas y no la abigarrada muchedumbre de algún puerto como Marsella, Messina o Trieste. Mientras esta elemental exigencia no sea satisfecha los extranjeros se llevarán un mal recuerdo de Chile. Ellos están dispuestos a pagar bien; pero tienen derecho de pedir en cambio de las libras esterlinas que dejan, mayor higiene en los cuartos una cocina racional y menos mezquindades de esas que irritan porque son de fonda de barrio pobre, de hotel de estación de ferrocarriles, de sitios de alojamiento por noche.

Aun hoy día no parece Viña del Mar una ciudad de Chile; ni siquiera de la América del Sur; se respira allí un ambiente especial, que despierta involuntariamente el recuerdo de Tronville, Montecarlo, Ostende y esos otros sitios privilegiados, en que dejan transcurrir sus horas los felices del mundo.

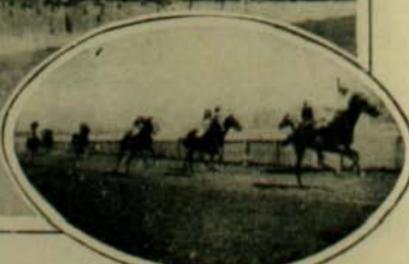


Vista general del Valparaíso Sporting Club en un día de carreras

Kojik, ganadora de la carrera de productos de dos años



Huechún ganador del Derby



Llegada de una carrera de productos de dos años

El invierno de Viña sería un digno sueño de verano, en muchos países hambrientos de sol y de aire tibio. El verano de Viña es solo una deliciosa primavera, sin una sola hora de calor y de angustia. En Enero las damas, por lujo pueden llevar pieles y en Julio los hombres prescinden del sobretodo.



El pueblo.—Se lo trague o no se lo trague, siempre será plata que se irá al agua.



¿Qué población es capaz de

Por
ALBERTO EDWARDS

He aquí un problema tan hondo e interesante como difícil de resolver. El es, entre nosotros, el asunto de no pocas conversaciones, siendo de notar, que la mayoría de las soluciones propuestas se apoyan en bases notoriamente equivocadas.

El cálculo más frecuente, y qué es a la vez el más simple, reposa en el número de kilómetros cuadrados contenidos en nuestro territorio. Si esta superficie, dicen, estuviese poblada como la Bélgica, Chile tendría 187.000.000 de habitantes, si como la Gran Bretaña 110 millones; si como la Alemania o la Italia, 90 millones; si como la Francia, 55.000.000 y si como España, 30.000.000.

Estas cifras podrían variarse casi hasta lo infinito, según se comparase a Chile con todos los países, regiones y provincias del mundo. Pero la misma incertidumbre y diversidad de los resultados obtenidos, estaría demostrando, que nada hay de serio y científico en semejantes avaluaciones. El problema planteado en esa forma harto simple, carece de precisión y no puede, por tanto, ser resuelto.

De los países que podrían servir de punto de comparación, los más como la Bélgica y la Gran Bretaña son principalmente industriales. Cambian el sobrante de sus productos manu-



contener el territorio de Chile?

Dibujos de
J. MARTÍN Y MAX

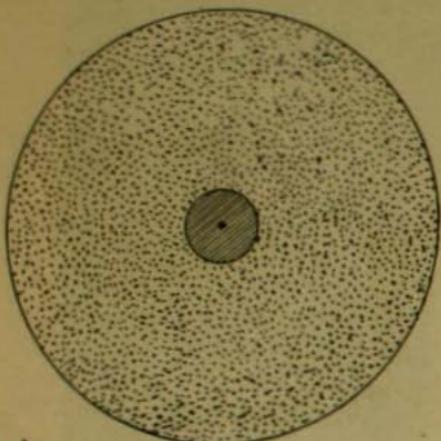
facturados, por materias primas para la industria y por alimento para el exceso de población que no puede sustentar su territorio. Así la Inglaterra, por ejemplo, no produce carne y cereales, sino para la tercera o cuarta parte de sus habitantes, y algo parecido sucede a la Bélgica.

Chile, en análogas condiciones económicas, sería capaz de contener también una población, cuyo límite apenas podría ser otro que el de la fantasía del calculista.

No es desechar sin embargo para nuestro país un semejante estado de cosas. El porvenir de las naciones super-pobladas e industriales, comienza ya a ser realmente pavoroso. A medida que la civilización y los conocimientos científicos se difunden por toda la humanidad, los países nuevos, antes tributarios sumisos de la industria europea, comienzan a fabricar por sí mismos, las manufacturas de que han menester y a utilizar sus propias materias primas.

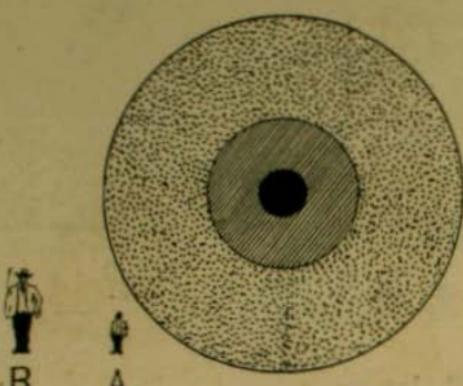
El problema de los mercados de consumo, se hace de día en día más inseguro para los pueblos super-poblados. Las inquietudes de la política internacional de Europa casi no reconocen otro origen. Por otro lado ¿qué será de la industria occidental, cuando las enormes y fatídicas poblaciones de la India y el Extremo

HABITABILIDAD DE



A. B

Terreno agricola de la zona salitrera.—(Tacna, Tarapacá y Antofagasta).—Superficie total 191,633 kilómetros cuadrados.—De pleno aprovechamiento, 60 kilómetros cuadrados, de semi-aprovechamiento 5,150 kilómetros cuadrados.—Tierras estériles 186,423 kilómetros cuadrados.—Contiene actualmente 252,167 habitantes.—Puede alimentar 52 mil.



B. A

Terreno agricola de la zona minero-agricola.—(Atacama, Coquimbo y Aconcagua).—Superficie total 128,657 kilómetros cuadrados.—De pleno aprovechamiento 1,900 kilómetros cuadrados, de semi-aprovechamiento, 20,200 kilómetros cuadrados.—Tierras estériles 106,557 kilómetros cuadrados.—Contiene actualmente 367,475 habitantes.—Puede alimentar 74,000.



B. A

Terreno agricola de la zona central.—(Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua y Curicó).—Superficie total 43,498 kilómetros cuadrados.—De pleno aprovechamiento, 5,750 km. cuad. de semi-aprovechamiento, 25,050 km. cuad.; terrenos estériles 12,698 km. cuad.—Contiene actualmente 1,156,719 habitantes.—Puede alimentar 2,300,000.



B. A

Terreno agricola de la zona Maule-Bio-Bio.—(Talca, Linares, Maule, Ñuble y Concepción).—Superficie total: 43,813 kilómetros cuadrados.—De pleno aprovechamiento, 3,835 km. cuad.; de semi-aprovechamiento, 29,100 km. cuad.; terrenos estériles, 10,878 km. cuad.—Contiene actualmente 734,875 habitantes.—Puede alimentar 2,645,000.

CHILE POR ZONAS

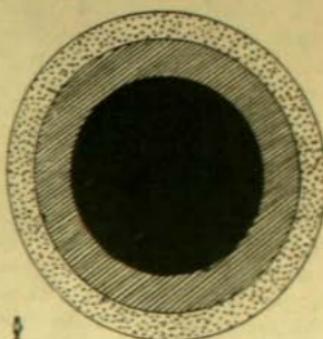
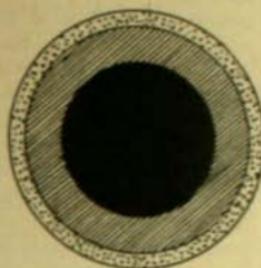


B. A.

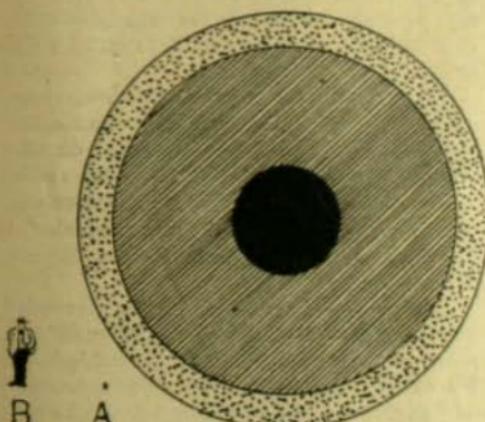
Terreno agrícola de la zona araucana.—(Bio-Bio, Arauco, Malleco, Cautín y Valdivia).—Superficie total 64,396 kilómetros cuadrados.—De pleno aprovechamiento, 23,625 km. cuad., de semi-aprovechamiento, 27,300 km. cuad.—Tierras estériles 13,471 km. cuad.—Contiene actualmente 527,111 habitantes.—Puede alimentar 3,905,000.



B. A.

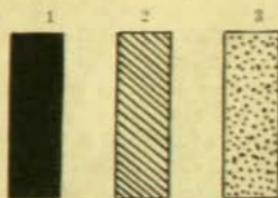


Terreno agrícola de la zona de Chiloé (Llanquihue y Chiloé).—Superficie total: 115,931 kilómetros cuadrados.—De pleno aprovechamiento, 39,070 km. cuad.; de semi-aprovechamiento, 37,000 km. cuad.; terrenos estériles, 37,861 km. cuad. Contiene actualmente 193,662 habitantes. Puede alimentar 2,500,000.



B. A.

Terreno agrícola de la zona magallánica.—Superficie total: 171,438 kilómetros cuadrados.—De pleno aprovechamiento, 10,000 km. cuad.; de semi-aprovechamiento, 105,000 km. cuad.; terrenos estériles 56,438 km. cuad.—Contiene actualmente 17,330 habitantes.—Puede alimentar 600 mil.



1. Terrenos de pleno aprovechamiento agrícola
— 2. Terrenos de semi-aprovechamiento agrícola
— 3. Terrenos estériles.

Figuras A y B indican respectivamente la población actual y la que puede alimentar cada zona.

Oriente, entren a competir en el mercado universal?

Es indudable que la industria tiende a ser el privilegio común de todos los pueblos, que todos ellos procuran, cada día con mayor fuerza, bastarse a sí mismos en la provisión de sus manufacturas, y que por tanto, en el porvenir la grandeza política y económica de los países y el número y bienestar de su población, dependerá en parte principal de los recursos naturales de su territorio.

No existen en el mundo países exclusivamente agrícolas o mineros. Aún los que pasan por tales, a causa de no tener desarrollada la industria fabril, poseen un gran número de pequeños industriales, carpinteros, zapateros, sastres, costureras, lavanderas, etc. Hoy día las naciones más ricas en agricultura son además países manufactureros. El ejemplo de los Estados Unidos ha sido imitado por la Australia, la Argentina, el Brasil, etc., etc. En el último país nombrado existen más de doscientas fábricas de hilados y tejidos de algodón.

Económicamente, se tiende pues al equilibrio.

El ideal en este sentido, sería un país capaz de bastarse por sí solo y en todo sentido. Pero este ideal ni existe, ni puede existir. Los productos naturales varían con los climas y las condiciones geológicas. Chile difícilmente podría utilizar todo su salitre, ni tampoco producir café o cacao. El trigo no puede ser cultivado en el Brasil. Ciertos minerales, como estasio, no se encuentran sino en un determinado punto del globo, etc. etc.

La Francia es acaso el país mejor equilibrado en este orden de cosas. Su agricultura basta o poco menos para alimentar su población, y aun exporta ciertos artículos, como el vino. El excedente de sus manufacturas lo cambia por materias primas para la industria, y por productos alimenticios propios de los países tropicales. En aquel país, que bien podemos considerarlo como tipo, de cada cien habitantes, 45% viven de la agricultura, 25% de la industria o de la minería; 13% del comercio y los transportes, 12% de las profesiones liberales, administración, ejército, marina, etc., y 5% del servicio doméstico.

En Chile la proporción actual de los medios de vida es un tanto diversa. Aquí, de

cien habitantes, 38% viven de la agricultura, 42% de la industria y de la minería; 10% del comercio y de los transportes; 4% de las profesiones liberales y 6% del servicio doméstico.

Parecería, al comparar estas cifras, que Chile es proporcionalmente un país menos agrícola que Francia; pero los cultivos extensivos, como son los usados aquí, requieren menos brazos, en relación con los productos obtenidos, que el cultivo intensivo propio del Occidente de Europa. Por una razón análoga, un número determinado de agricultores extrae más productos en la Argentina que en Chile. Los elementos naturales, la tierra y el capital entran en mayor proporción que el trabajo humano como factores de producción, mientras más numerosos y extensos sean los métodos de cultivo.

La industria y minería que en Francia ocupan sólo el 25% de la población, ocupan en Chile el 42%. No somos sin embargo, ni con mucho un país tan manufacturero como la Francia. Pero por lo mismo que la gran industria fabril, está aquí poco desarrollada, pulula entre nosotros el artesano, el artífice de obra de mano (como sucedía en Europa en tiempos pasados). Esta industria casera es individual, produce poco con relación al elemento humano empleado en ella. Es como en los cultivos intensivos; el hombre hace aquí lo que allá es la obra del capital y de la máquina.

Como se ve, todos estos factores, complican el problema, y, para darle una solución acertada, es preciso establecer de antemano una hipótesis probable, del futuro económico del país, dado el caso "que este se desarrolle en condiciones normales".

Podríamos, pues, plantearlo en la siguiente forma:

¿Cuál es el número de habitantes que puede mantener Chile, "sin extremar" la subdivisión territorial y la intensidad de los cultivos, sin ocasionar el pauperismo agrícola, y de manera que los productos del suelo basten para alimentar a una población industrial y minera capaz de proveerse en buena parte a sí misma, y de exportar productos minerales suficientes para obtener las manufacturas y artículos tropicales que nos faltan, como asimismo una parte del ganado de consumo, que se traería de la Argentina?

Sin esta última circunstancia, nuestro

territorio agrícola no podría, en ningún caso, mantener una población muy considerable.

II

La capacidad de un territorio para mantener una suma determinada de habitantes, no se gradúa sólo por su superficie en kilómetros cuadrados. No es necesario recordar que una hectárea del valle de Aconcagua, puede alimentar más hombres que veinte mil kilómetros cuadrados en los desiertos de Antofagasta.

Aun en los países más antiguamente pobbiados, las condiciones de feracidad del suelo determinan una distribución muy irregular de la población. Así en España, la provincia de Pontevedra, cuyo clima es análogo al de nuestro departamento de Osorno, contiene 104 habitantes por kilómetro cuadrado, y en la de Ciudad Real, cuyo régimen de lluvias, es el mismo que en nuestras provincias centrales (sin valles de regadio) sólo hay 16 hombres por kilómetro. La situación agrícola del suelo, es sin embargo la misma, en las dos regiones.

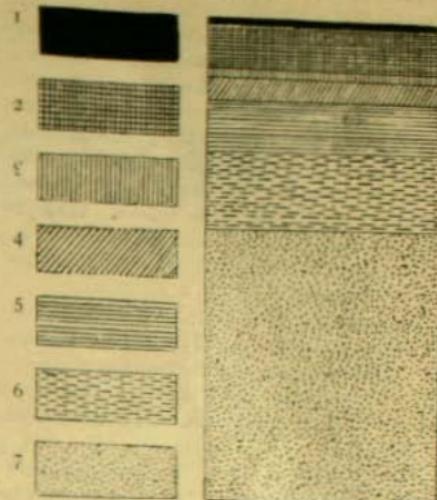
Si estos contrastes se observan en países como España, qué no será en Chile, donde poseemos en el norte centenares de miles de kilómetros totalmente inadecuados para todo aprovechamiento agrícola, aun el más rudimentario; donde en el Centro y el Sur, muchos miles de kilómetros son también inservibles por estar cubiertos de nieves eternas, o de copiosos riscos, situados a tres mil o más metros de altura; en un país que desde el confín de los trópicos hasta las cercanías del polo, encierra tan variadísimas condiciones naturales?

El país, tomado así en conjunto, no puede ser comparado a ningún otro. Chile es único.

La Francia tiene 530,000 kilómetros cuadrados, de los cuales 460,000 son aprovechables por la agricultura. ¿Cuántos son utilizables, de los 750,000 que tiene Chile? Un estudio detenido me permite dar la respuesta con bastante exactitud. El territorio agrícola de Chile alcanza en números redondos a 330,000 kilómetros, o sea el 44% de la superficie total. El otro 56%, es tan absolutamente estéril, como si en realidad no existiera.

Pero esos 330,000 kilómetros cuadrados, de territorio agrícola, tampoco son

CLASIFICACION AGRICOLA DEL TERRITORIO CHILENO



1. Terreno de riego.—2. Terreno agrícola de lluvias bien repartidas.—3. Terreno sólo apto para el cultivo de la vid.—4. Terreno de rulo apto para cereales.—5. Terreno apto sólo para ganadería.—6. Terreno sólo utilizable para bosques.—7. Terreno absolutamente estéril e inproductor.

comparables, en conjunto, a los de ningún otro país, a los de Francia, por ejemplo. Hay algunos de esos kilómetros que son tan fértiles y capaces de proporcionar sustento al hombre, como los mejores del mundo, y otros (que son por desgracia muchos), que apenas merecen el nombre de territorio agrícola, y que, o participan por la sequedad de su clima, de la condición de los desiertos, o que por el exceso de humedad, falta de calor y configuración topográfica sólo son aprovechables como territorio forestal. Tal es el caso de la parte occidental de la Patagonia chilena.

No bastaría, pues, hacer una simple regla de tres, y decir, por ejemplo: si 460 mil kilómetros de territorio agrícola, bastan en Francia al sustento de 38 millones de hombres, 330,000 kilómetros bastarían en Chile para alimentar 27 millones. El resultado de semejante proporción sería tanto más disparatado, cuanto más heterogéneos fueran los términos comparados.

Necesitamos, pues, ante todo, proceder a la clasificación de nuestro territorio agrícola.

Comparados a la superficie total, los terrenos susceptibles de total aprovechamiento para el cultivo, son en Chile bastante escasos. Liegan sólo a 84,240 kilómetros cuadrados o sea el 11% del conjunto. Llamamos terrenos de total aprovechamiento agrícola, aquellos que por sus condiciones meteorológicas y topográficas, o mediante el riego artificial, pueden cultivarse en rotación continua, o ser convertidos en praderas permanentes. Tipo de esta clase de terrenos consideramos los de la Europa Occidental, o más propiamente los de Francia.

De estos 84,240 kilómetros cuadrados, 12,390 son de riego y 71,850 de secano, en regiones donde las lluvias están repartidas en el curso del año, en forma comparable a la de los países de pleno cultivo en Europa.

Los terrenos de semi aprovechamiento agrícola, alcanzan en Chile a una superficie total de 248,800 kilómetros cuadrados, o sea a un 33% del total. Incluimos bajo este rubro:

a) Tierras de secano en las provincias del centro y del sur, donde las lluvias permiten el cultivo de los cereales y de la vid, pero no el mantenimiento permanente de praderas naturales. Su superficie es de 15,500 kilómetros cuadrados.

b) Tierras de secano de la región central, en que es posible el cultivo temporal de cereales, por procedimientos análogos a los del "Dey-Farming", pero no el de la vid. Alcanzan estas tierras a una cabida de 33,250 kilómetros cuadrados.

c) Tierras que o por escasez de agua o de calor, o de ambos elementos a la vez, sólo pueden aprovecharse como pastos de temporada en el norte y el centro o praderas pobres (páramos) en el extremo sur. Estas tierras ocupan una superficie de 78,200 kilómetros cuadrados.

d) Tierras que por la excesiva pendiente del terreno, falta de calor o exceso de humedad, sólo son aprovechables para bosques. En las cordilleras del centro y en la Patagonia Occidental, estos terrenos alcanzan a 121,850 kilómetros cuadrados.

Sentados estos precedentes vamos a estudiar la capacidad de las diferentes zonas del país para alimentar a sus habitantes.

Para alimentarlos, hemos dicho, y no para ocuparlos, porque es evidente que hay industrias agrícolas, la ganadería, por ejemplo, que pueden alimentar con sus pro-

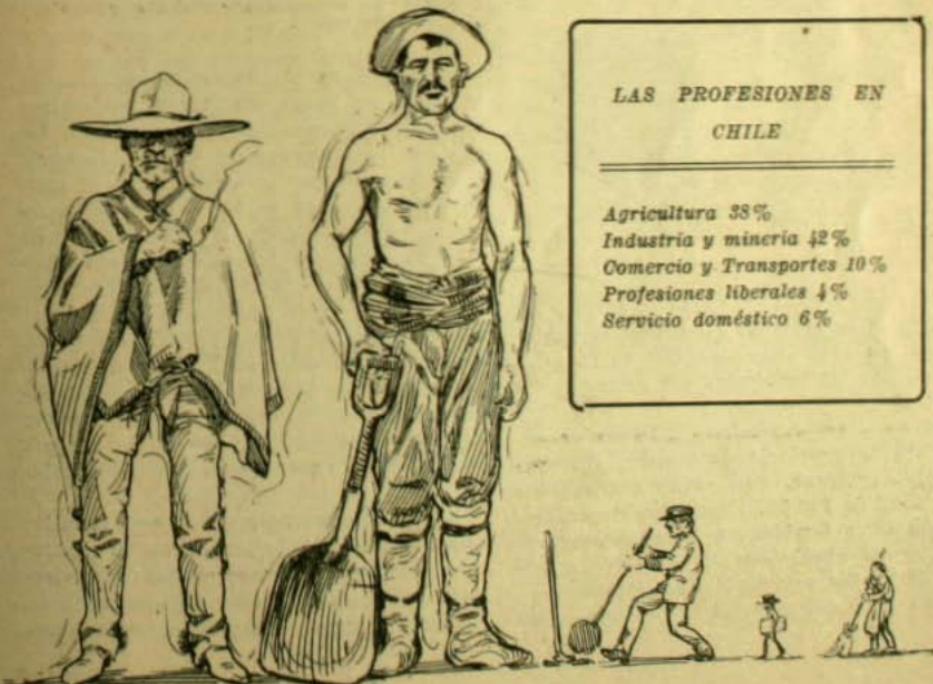
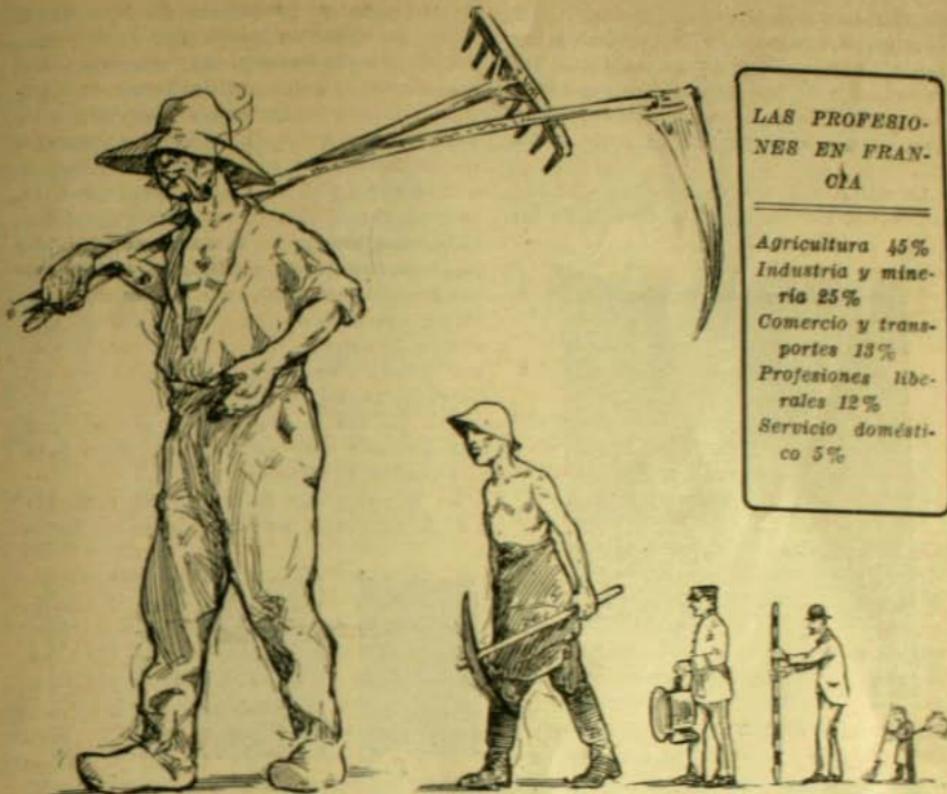
ductos a un gran número de personas, sin que en condiciones normales y satisfactorias den ocupación a muchas. Las cifras que siguen, no indicarán pues la cantidad de pobladores que, en el futuro, van a tener estas zonas, sino los que serían capaces de sustentar, ya vivan los consumidores dentro de la misma zona, o en otra. Hoy mismo el desierto solitario, por ejemplo, contiene muchos más habitantes de los que puede alimentar con sus escasos productos agrícolas, pues recibe del centro sur del país la mayor parte de los artículos de consumo, de que ha menester.

III.

Zona salitrera.—Esta zona, en la que, incluimos las provincias de Tacna, Tarapacá y Antofagasta, tiene una superficie de 191,633 kilómetros cuadrados, o sea poco más del cuarto de la República entera. Casi toda ella está formada de desiertos absolutamente inútiles para la subsistencia del hombre. El territorio agrícola de esta zona es muy reducido. Lo componen en primer lugar, sesenta o poco menos kilómetros cuadrados de tierras de regadío, distribuidas entre los valles de la provincia de Tacna, los oasis de la de Tarapacá, y los potreros de las orillas del Loa y algunos de sus afluentes. Estos terrenos, situados en los trópicos y bajo un clima en que la vegetación permanece durante todo el año, son, por lo regular, muy ricos y productivos. Por desgracia las aguas son tan escasas en aquellos desiertos que parece muy difícil se consiga regar una extensión mayor, en lo futuro.

Tomando por base la capacidad productiva de tierras análogas, y en climas semejantes, la isla de Barbuda de las Antillas, por ejemplo, los oasis de nuestro extremo norte podrían quizás alimentar hasta trescientos cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado, o sea un total de 21,000 habitantes.

En las cordilleras del desierto, hacia los confines de Bolivia, existen también algunos trozos aprovechables en parte para la agricultura. Son páramos bastante fríos y secos, pero capaces de mantener algún ganado y de producir, en ciertos sitios, un cereal pobre, la quinua cultivado por los indios pobladores de esas ásperas serranías. En el mejor de los casos, los 4,100 kilómetros que son aptos para la crianza



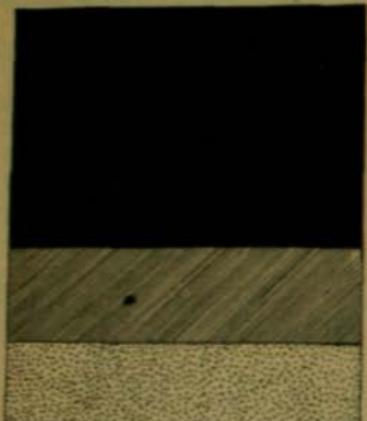
de ganados, podrían contener cinco habitantes por kilómetro y los 1.050 en que puede plantarse la quinua, unos diez, o sea en conjunto 31,000 habitantes, que añadidos a los 21,000 que pueden alimentar los terrenos de riego, harían un total de 52 mil.

La zona salitrera cuenta hoy 252,107 habitantes, esto es cinco veces más de los

en la costa y cordilleras de Aconcagua, llueve pero sólo en la estación de invierno, y con bastante irregularidad y escasez. Así las tierras de total aprovechamiento agrícola, son sólo las irrigadas artificialmente. Pero los ríos, alimentados aquí por las nieves de Los Andes, son caudalosos y bastan a fertilizar 1,900 kilómetros cuadrados, de campos riquísimos y de primera calidad (300 en Atacama, 850 en Coquimbo y 750 en Aconcagua). El número de habitantes que pueden alimentar esas tierras de vegetación exuberante no puede distar mucho de 300 personas por kilómetro, lo que nos daría un total, para los 1,900 que encierra la zona, de 570,000 habitantes.

Las tierras de rulo o de secano, son aquí también aprovechables en parte para el alimento del hombre.

En la parte sur de Coquimbo (Illapel) y en la provincia de Aconcagua, los terre-



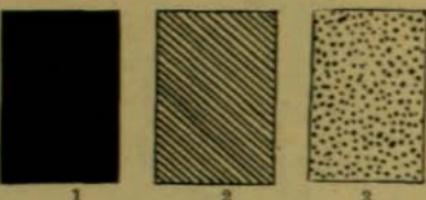
ARGENTINA



CHILE



FRANCIA



1. *Terrenos de aprovechamiento agrícola.*—2. *Terrenos de semi-aprovechamiento agrícola.*—3. *Terreno estéril.*

que puede alimentar. Como es sabido, los artículos de consumo para aquella población, son proporcionados, casi en su totalidad por las provincias del centro y del sur.

Zona minero-agrícola.—Incluimos en esta zona, las provincias de Atacama, Coquimbo y Aconcagua. Comprende una superficie total de 128,657 kilómetros cuadrados, compuestos también en su gran mayoría de tierras, absolutamente estériles. La falta de lluvias, es completa en la parte norte de Atacama. Hacia el Sur, y sobre todo

nos aptos para el cultivo de cereales de estación, no bajan de 4,200 kilómetros cuadrados, descontando por supuesto, los que por su configuración demasiado agria y pendiente, o por su altura sobre el mar, no son capaces de recibir cultivo. Si se toma en cuenta lo incierto y contingente de tales cosechas, por la escasez y pésima distribución de las lluvias, no podemos avaluar en más de 25 habitantes por kilómetro, los que esas tierras pueden alimentar. Esta cifra, sin duda exagerada en Illapel, quedaría acaso baja en las costas del departamento de la Ligua. Como promedio no puede apartarse mucho de la verdad. Serían pues, en conjunto 105,000 habitantes.

Mucho más extensos son en esta zona los campos aptos para la ganadería. Ya en Atacama, los pastos de temporada (en invierno y primavera), suelen aprovecharse en los años buenos y relativamente lluviosos.

Más al sur, en Coquimbo, y con mayor razón en Aconcagua, esta utilidad es mucho más regular. Los terrenos aptos para esa especie de ganadería, son según mis cálculos, 9,500 kilómetros cuadrados en toda la zona (1,500 en Atacama, 6,000 en Coquimbo y 2,000 en Aconcagua), excluyendo por supuesto, los aptos para el cultivo de cereales, que ya hemos inventariado. Podrían alimentar, a lo más, tales campos (que apenas merecen el nombre de agrícolas, 3 habitantes por kilómetro, en Atacama, 5 en Coquimbo y 10 en Aconcagua; o sea en números redondos 55,000 habitantes, en total la zona.

Terrenos análogos a los anteriores, pero no cultivables en razón de su altura, configuración o naturaleza, pueden aprovecharse para la plantación de bosques, (en las cordilleras de Coquimbo y Aconcagua). Avalúo en 6,500 kilómetros la extensión, utilizable con ese objeto en la zona, y en 15,000 habitantes a lo más, los que ellos podrían alimentar.

Así, en resumen, las provincias citadas que hoy contienen sólo una población de 367,475 habitantes, serían capaces de alimentar 740,000 o sea poco más del doble.

Zona Central.—Llamaremos así, a la que forman las provincias de Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua y Curicó. Mucho más apta para la agricultura que las anteriores, es por desgracia muy pequeña en comparación con ellas. Su cabida total, alcanza sólo a 43,498 kilómetros cuadrados, o sea la tercera parte de la zona agrícola-minera, y menos de la cuarta parte de la salitrera.

Las lluvias son en ella bastante abundantes para permitir el aprovechamiento agrícola de todo su territorio. Por desgracia las altas cordilleras cubiertas de nieves y peñascos, incultivables en absoluto para el alimento del hombre, ocupan una buena parte de superficie. Así los terrenos estériles alcanzan en esta zona todavía a 18,698 kilómetros cuadrados; entre el tercio y el cuarto del conjunto.

Como las lluvias caen sólo en invierno, no podemos considerar como de pleno aprovechamiento agrícola, sino los terrenos regados, los cuales no son por otra parte, tan uniformemente fértiles y productivos como en las provincias más septentriona-

les. Cubren estos terrenos, una superficie de 5,750 kilómetros cuadrados, comprendiendo en ellos los que pueden serlo en el futuro, sin dar excesivas alas a la fantasía. La mayoría de los campos de riego de la zona son todavía excelentes, y podrían alimentar acaso, hasta 250 habitantes por kilómetro cuadrado, o sea, para los 5,750, un total de 1.450,000 almas.

Los rulos son también muy buenos, y aplicando a ellos los modernos procedimientos del Dey-Farming, llegaría, sin duda, a colocarse entre las mejores tierras de este género. En ciertas localidades favorecidas, es posible cultivar la viña de rulo; en todo el resto, donde el terreno no es demasiado abrupto, pedregoso o elevado, se pueden cultivar en tolerables condiciones, los cereales y algunas farináceas. La ganadería, salvo la ovejuna, no encuentra en ellas condiciones tan favorables; los pastos son sólo de temporada, y en la costa, los años secos se traducen en desastres, cuando la masa de animales pasa de ciertos límites bastante estrechos. El descubrimiento de un buen forraje de suelo mejoraría notablemente semejante estado de cosas.

Los rulos del centro o sean las vertientes occidentales de la cordillera marítima y las tierras no irrigables del valle longitudinal, son muy inferiores a los de la costa. Al avaluar la habitabilidad, tomaremos, pues un promedio entre los unos y los otros.

Según nuestros cálculos la zona central, contiene 2,500 kilómetros de rulos en que puede cultivarse la vid; 10,500 aptos para las siembras de cereales y otras plantas o árboles, como el olivo, ciertas farináceas, etc.; 5,000, que por su altura, configuración, o sequedad, sólo pueden utilizarse para la crianza de ganado, en circunstancias bastante precarias, y 7,050 difícilmente aprovechables, salvo para la plantación de bosques (eucaliptus, ciertas coníferas, alcornoques, casuarinas, acacias australianas, etc.)

En buenas condiciones de cultivo, estas tierras podrían alimentar 75 habitantes por kilómetro cuadrado las aptas para el cultivo de la vid, 50 las de pan llevar, 20 las de semi-ganadería y 5 las forestales, o sea en todo, y en números redondos 850 mil habitantes, que unidos a los 1.450,000 que hemos calculado a los campos de rie-

go, darian para el conjunto de la zona 2.300,000 habitantes.

Actualmente pueblan ese mismo territorio 1.156,719 habitantes. A pesar, pues, de que él contiene las dos más grandes ciudades del país, su población podría duplicarse, sin necesidad de buscar alimento fuera de sus llanuras.

Zona Maule-Bío-Bío.—Esta zona, en la que incluimos las provincias de Talca, Linares, Maule, Nuble y Concepción, presenta una superficie de 43,813 kilómetros cuadrados, esto es, ligeramente superior a la central, de cuyos caracteres climáticos y geográficos participa hasta cierto punto. Las lluvias son en ella más abundantes, pero caen siempre en la estación de invierno, de modo que sólo los terrenos de riego, pueden considerarse aquí también de pleno aprovechamiento agrícola.

Por otra parte, los campos regados de esta zona son sensiblemente más pobres que en la central. En cambio sus rulos son más productivos, y la vid puede ser cultivada en buena parte de ellos.

La cordillera de los Andes, mucho más baja y mejor regada, presenta aquí menos superficie inútil para el cultivo, y los terrenos absolutamente estériles, sólo alcanzan a menos de la cuarta parte del total, unos 10,878 kilómetros cuadrados.

La superficie regada de la zona, es sólo de 3,835 kilómetros cuadrados, que a razón de 200 habitantes por cada uno, podrían alimentar 770,000 almas, siempre que se les cultivara debidamente.

De los 29,100 kilómetros cuadrados de rulos aprovechables, contenidos en esta zona, 10,000 son aptos para el cultivo de la vid; 10,000 para el de los cereales; 4,000 útiles sólo para la ganadería de estación y 5,100 para bosques.

Calculamos, que, en buenas condiciones, estos terrenos son capaces de alimentar respectivamente 100, 75, 25, y 5 habitantes por kilómetro cuadrado, lo que daría un total de 1.875,000, que, añadiéndos a los 770,000 correspondiente a las tierras de regadio, suman 2.645,000 habitantes.

Actualmente, las provincias mencionadas contienen 734,875 almas, o sea entre la tercera y la cuarta parte de las que podría alimentar.

Zona Araucana.—Comprende las provincias de Arauco, Bío-Bío, Malleco, Cautín y Valdivia. Su superficie es de 64,396 kilómetros cuadrados. Es sin duda la re-

gión de Chile más favorecida por sus condiciones climatéricas. Las lluvias, excesivas en invierno, suelen ser escasas en el verano, principalmente en el norte de la zona. Esta desventaja se encuentra compensada por una temperatura suave y una atmósfera húmeda. Así la exuberancia de la vegetación natural es allí comparable a la de los países tropicales. Los campos, no tan productivos y ricos como los de la parte regada del centro, no son inferiores a los de Occidente de Europa.

La Araucanía es capaz de sostener una población muy numerosa. Ya antes de la conquista, en plena barbarie, y cuando la comarca se encontraba cubierta casi en su totalidad, por selvas impenetrables e improductivas, la habitaban un número de indios que no podía bajar de doscientos mil. Hoy el aumento de la población, es en Araucanía, más rápido que en todo el resto del país. Las provincias de Cautín y Valdivia, crecen a razón de un cinco o seis por ciento anual, más del doble que la República Argentina y el triple de los Estados Unidos.

Las tierras estériles, ocupan en esta zona una extensión de 13,471 kilómetros cuadrados, o sea poco más de la quinta parte del total.

En cambio los campos plenamente aprovechables para la agricultura de la zona templada, incluyendo los terrenos de riego en Malleco y Bío-Bío, alcanzan a 23,625 km. cuad., a razón de 120 habitantes por kilómetro, serían ellos pues capaces de alimentar una población de 2.850,000 habitantes.

En la parte septentrional de la zona, existen además unos 3,000 kilómetros de rulos, relativamente secos, pero aptos para el cultivo de la vid, y 7,500 utilizables en el cultivo de los cereales, en condiciones excelentes. Asignando a tales tierras 100 y 75 habitantes respectivamente, podrían ellas sostener una población de 865 mil habitantes.

Las tierras aptas sólo para la ganadería, ocupan una superficie de 5,600 kilómetros cuadrados, y las meramente forestales 11,200. Aplicando a estas cifras, las cuotas ya calculadas, de 20 y 5 habitantes por kilómetro, tendríamos que ellas podrían contener en conjunto 170,000 habitantes.

Así la Araucanía podría alimentar, si se la cultivara como lo está actualmente la Francia, 3.905,000 personas, lo que da-

ría, en término medio 60 habitantes por kilómetro. Hoy día viven en la misma zona 527,111. Así la población puede fácilmente crecer al siete u ocho veces tanto.

Zona de Chiloé.—Esta región de la República es todavía mal conocida, y sólo en parte está colonizada. Comprende las provincias de Llanquihue y Chiloé y encierra una superficie de 113,931 kilómetros cuadrados.

Las condiciones, agrícolas de esta zona, son bastante inferiores a las de Araucanía. Las lluvias aunque mejor repartidas, son demasiado abundantes y la temperatura estival, muy poco elevada, no permite la madurez de muchos de los vegetales más útiles de la zona templada.

Además, a partir del Seno de Reloncaví, desaparece el llano central, y sólo subsisten la cordillera y sus estrechos valles, y los cerros de la costa, transformados en islas. Por eso el territorio es agrio, quebrado, y, por tanto, no muy favorable para el cultivo regular.

En esta zona, calculamos en 37,861 kilómetros, los completamente áridos, por estar cubiertos de nieves o ventisqueros o por consistir en peñascos o páramos situados a una altura excesiva.

Las tierras fértiles, y susceptibles de un completo aprovechamiento agrícola, las estimamos en 33,070 kilómetros cuadrados, comprendiendo en ellas el llano central, y las lomas costaneras de la provincia de Llanquihue, las islas de Chiloé, Guaitecas y Taitao, en la parte de configuración no sobradamente abrupta, y los valles y llanuras cordilleranas, que se encuentran en las orillas del Yelcho, del Palena, del Aysen y sus afluentes.

Estos terrenos son de valor muy variable. El llano central del departamento de Osorno, es riquísimo, y podría alimentar al menos de 120 a 150 habitantes por kilómetro cuadrado. En cambio las pobres tierras de colinas de los archipiélagos del sur, bañadas por lluvias torrenciales, tienen muy escaso valor como territorio agrícola. Tomados estos campos en su conjunto, pensamos que, por término medio, no es posible avaluar en más de 60 habitantes por kilómetro, los que pueden alimentar. La parte de pleno cultivo de la zona, sería pues capaz de sostener 2.350,000 habitantes.

A estos habría que añadir, por los terrenos puramente forestales de la región, cuya superficie alcanza a 37,000 kilóme-

tros más, y a razón de 4 por kilómetro, 150 habitantes más; o sea un total para la zona de 2.500.000 almas.

Pueblan actualmente las dos provincias de Llanquihue y Chiloé 193,662 personas; cifra, que como se ve podría aumentarse en doce veces tanto.

Zona Magallánica.—El territorio de Magallanes, tiene una superficie de 171,438 kilómetros cuadrados, casi el cuarto de todo el de la República.

Sus aptitudes agrícolas son muy escasas, en virtud de su clima frío, y excesivamente lluvioso, al menos en su parte occidental.

A pesar de todo, si Magallanes no podrá contener nunca una gran población agrícola, es capaz de alimentar cierto número de habitantes, como región ganadera.

Las nieves, los ventisqueros, los peñascos y las heladas cordilleras ocupan en el territorio una superficie que estimamos en 56,438 kilómetros cuadrados, absolutamente inútiles para el sustento del hombre.

Los valles de los ríos occidentales, como el Baker y el Seno de la Última Esperanza, encierran, según mis cálculos unos 10,000 kilómetros susceptibles de cultivo. Allí podría producirse la papa y algunos cereales propios de los países fríos, en condiciones económicas, todavía tolerables. Asignando a estas tierras, 20 habitantes por kilómetro, alimentarían ellas a 200,000 personas.

Mucho más vastas son las extensiones propias para la crianza de ganado. Las estimamos en 40,000 kilómetros cuadrados, en la Patagonia chilena, en la península de Brunswick y en la Zona del Fuego. A 8 habitantes por kilómetro, alimentarían ellas a 320,000 habitantes.

Los terrenos de selvicultura cubren unos 65,000 kilómetros cuadrados, muy difícilmente aprovechables en esta forma. Asignaremos a estos bosques (en general raquíticos), 80,000 habitantes más.

Magallanes en su conjunto, podría pues proporcionar sustento a 600,000 habitantes; cifra que aunque escasa, es todavía cerca de cuarenta veces superior a la de su población actual, que es solo de 17,230 habitantes.

ma y de su suelo puede mantener, en condiciones económicas análogas a las de Francia actual 12,742,000 habitantes.

Como las apreciaciones anteriores, tienen forzosamente mucho de incierto, puede decirse, en términos generales, que

nuestro país, puede, en el actual estado de los conocimientos agrícolas, alimentar a una población, no menos de 10, ni mayor de 15 millones de habitantes.

El cuadro siguiente puede servir de resumen a nuestros cálculos:

ALBERTO EDWARDS.

ZONAS	SUPERFICIE TOTAL EN KILÓMETROS CUADRADOS	TERRENO AGRÍCOLA EN KIL. CUADRADOS			POBLACIÓN QUE PUEDE ALIMENTAR
		De pleno aprovechamiento	De semi-aprovechamiento	Total	
Salitrera	191,633	60	5,150	5,210	52 000
Minero-Agrícola	128,657	1,900	20,200	22,100	740,000
Central	43,498	5 750	25,050	30,800	2 300,000
Maule-Bio-Bio	43,813	3,835	29,100	32,935	2 645,000
Araucanía	64,396	23 625	27,300	50,925	3 905,000
Chiloé	113,931	39,070	37,000	76,070	2 500,000
Magallanes	171,438	10,000	105,000	115,000	600,000
TOTAL ...	757,366	84,240	248,800	333,040	12.742.000

EL MAGNETISMO DEL OCÉANO

En un estudio, analizado por M. Lallemand, M. Alfonso Berget, profesor del Instituto oceanográfico de París explica la función magnética de los mares. Se sabe que H. Wilde ha podido reproducir mediante a un ingeniosísimo aparato llamado *magnetarium* la distribución del magnetismo por la superficie exterior del instrumento, que representó un globo terráqueo. La corriente magnética no circula sin antes haber cubierto con láminas de palastro los puntos del globo esférico que corresponden a los ocupados por el océano. Y sin embargo el agua de estos no es de ningún modo magnética.

M. Berget explica este rol desempeñado por el océano por la teoría de Arquímedes aplicada a la corteza terrestre, teoría debida al gran físico francés Lippmann, según la cual cada elemento de la corteza

terrestre flotando como una balsa sobre la masa fluida subyacente soporta los elementos superiores como la balsa soporta la carga. Si la carga es demasiado pesada, si es por ejemplo un continente, necesariamente ha de haber un "calado" más considerable y hundirse más en la masa fluida sobre que flota. En una palabra la corteza debe ser más densa en los continentes que en los mares. Así pues, sobre estos la masa central, dotada como sabemos de propiedades magnéticas, se aproxima más a la superficie geoidal del aparato; Este suplemento de substancias magnéticas que se encuentra bajo cada océano, juega pues materialmente el papel de las placas o láminas del *magnetarium* de Wilde y explica su funcionamiento, que era hasta el presente un poco misterioso.

HECHOS Y NOTAS

CLUBS EXCENTRICOS

Los aficionados a espectáculos terroríficos recordarán seguramente una de las piezas más espeluznantes que se han representado en el teatro del Gran Guignol, "Las Noches del Hampton Club", tomada de una novela de Stevenson. Trátase de un Club misterioso en el que el néfito no es admitido sino después de rigurosas pruebas; primeramente se le obliga a hacer juramento de absoluta sumisión y obediencia a los artículos de la sociedad; después, una noche, se le introduce a un salón débilmente alumbrado, donde sentado al rededor de una mesa entre otros jugadores para él desconocidos, comienza una partida trágica. El que pierde la partida queda solo un momento en el salón y debe levantarse la tapa de los sesos. Esto lo saben todos los jugadores, pero lo que no sabe ninguno es si será él al que corresponda la suerte fatal. Cada carta que cae sobre la mesa puede llevar consigo una sentencia de muerte; de ahí las miradas de angustia indescriptible que se pintan en cada uno de ellos cada vez que llega la carta desconocida; angustia que se trueca en un gesto de alegría satánica, en una sonrisa espantosa cuando la carta fatal no llega, y "pasa" a decretar el suicidio del vecino. ¡Qué pálidas, qué insignificantes resultan las emociones y sacudidas de la más loca partida de baccarat, al lado de las que estos jugadores experimentan!

La visión de semejante escena no es producto exclusivo de la imaginación fantástica de Stevenson.

En Londres existió realmente un Club de suicidas ("Suicide's Club"), cuyos afiliados tenían por divisa este lema: "La muerte cura todos los males". Cada uno de los socios de este Club, deseaba y buscaba la muerte, pero confiaba a otro o al azar el momento crítico en que había de morir. Hubo no pocos que participaron de este estado de espíritu extraño y anormal y que fundaron esta asociación. Mme. Mar-

garita Coleman da en un artículo en la "Revue" detalles muy curiosos sobre la existencia de estos clubs más o menos excentricos que nacieron en Inglaterra, país de todas las excentricidades.

Existió, por ejemplo, el "Club de los raptos" (Abduction Club), fundado en el siglo 18, por algunos jóvenes irlandeses. Después de derrochar su fortuna en garitos y prostíbulos y ansiendo repararla con un enlace ventajoso, comprendieron que aunando sus esfuerzos y sus investigaciones, conseguirían más pronto y con más facilidad la "caza" de las herederas millonarias.

Y a este fin se asociaron estos jóvenes, perfectos "gentlemen", dispuestos a acaparar, a formar un "trust", como si dijeráramos, de los mejores partidos del país.

Los raptos pacientemente preparados se llevaban a cabo con una destreza sorprendente. Thackeray en su intrigante novela "Barry Lindow" habla, si mal no recuerdo de esta peregrina asociación. Hubo escándalos soberbios y naturalmente, tuvo que intervenir la policía. Gentleman que caía, era ahorcado sin remisión, y de este modo, al ver las cosas serias, la sociedad se disolvió bien pronto.

Mas en este caso, dirá alguno, más bien que de un club de excentricos se trata de una banda de foragidos. Así es, en verdad; pero y qué pensar del "Club eterno" cuyos socios en número de cien se iban relevando por turno riguroso, de manera que uno de ellos ocupara continuamente el local social? Prestaban juramento de no abandonar nunca su puesto hasta morir y cuando ocurrió el colosal incendio de Londres hubo que emplear la violencia para arrancarles de su local, amenazado por las llamas. Una vieja mayordoma que estaba a cargo del Club, no quiso salir ni aun cuando las llamas lamían el edificio.

Cuando la policía desalojó el local a viva fuerza, al proceder al registro hallaron

una gran bodega atestada de toneles y botellazos vacíos. Desde la fundación del Club eterno habían consumido sus socios 400 mil litros de Oporto, 30,000 barriles de cerveza y 200 de aguardiente.

No lejos del mercado de Billingsgate, en uno de los barrios más populoso y pintorescos de Londres se reunían cada semana los socios del "Club de los Insociables", compuesto de cocheros, chauffers y marineros que se apostrofaban e insultaban a cuál más. La grosería era de rigor, al que se le escapaba una sola frase de educación o cortesía le expulsaban "ipso facto" de la sociedad.

Existía también el "Club de los tontos", que se reunían, se miraban unos a otros con gesto displicente, se sentaban y fumaban su pipa permaneciendo así horas y horas, sin proferir palabra.

Los socios de otro club de reciente formación, practican también el silencio, pero por una razón muy distinta; todos son sordo-mudos y se entienden con la misma y las manos.

El "Club de los Solitarios" (Nobodie's Club) en la calle South-Molton, admite a todos aquellos que en la inmensa ciudad, se ven solos y aislados. No se les exige cuota alguna para su ingreso y únicamente para las mujeres que deseen asociarse hay una salvedad, es preciso que hayan cumplido veinticinco años. El "No nose Club" (Club de los Feos), comprende como lo indica su nombre, a todos aquellos que quieran inscribirse y a quienes la naturaleza se ha mostrado parca en concederles el apéndice nasal.

En contraposición a este organizóse el "Nose Club", (Club de los narigudos) fundado por Henry Pitt y que contó entre sus miembros como una gloria al inmortal Cyrano de Bergerac. A este club pretendió agregarse para constituir uno solo el Club de los Feos ("Ugly Faces Club"), pero los narigudos protestaron indignados y no quisieron mezclarse con los feos. Entre estos había muchos que lucían deformidades en el rostro o en el cuerpo, y a veces en los dos a un mismo tiempo. El busto del gran

fabulista Esopo presidía sus reuniones y sus fiestas.

LAS MARCHAS VERTICALES DE LOS ANIMALES MARINOS

Uno de los principales objetos perseguido desde hace años en sus campañas oceanográficas por el príncipe de Mónaco en su yacht Hirondelle ha sido el estudio de las marchas verticales diurnas y nocturnas de ciertos animales que habitan en las profundidades del Océano.

El teniente de navío Bourée se ha encargado particularmente de esta cuestión y he aquí los resultados más importantes de su estudio.

Este oceanógrafo establece desde luego un nuevo sistema de redes para la pesca de los animales que habitan en las capas intermedias del agua entre la superficie y el fondo; son unas redes que pueden remolcarse con gran velocidad. Esta operación se repite día y noche variando cada vez el límite de profundidad en la zona explorada y verificando en puntos diversos del mar esta serie de experiencias.

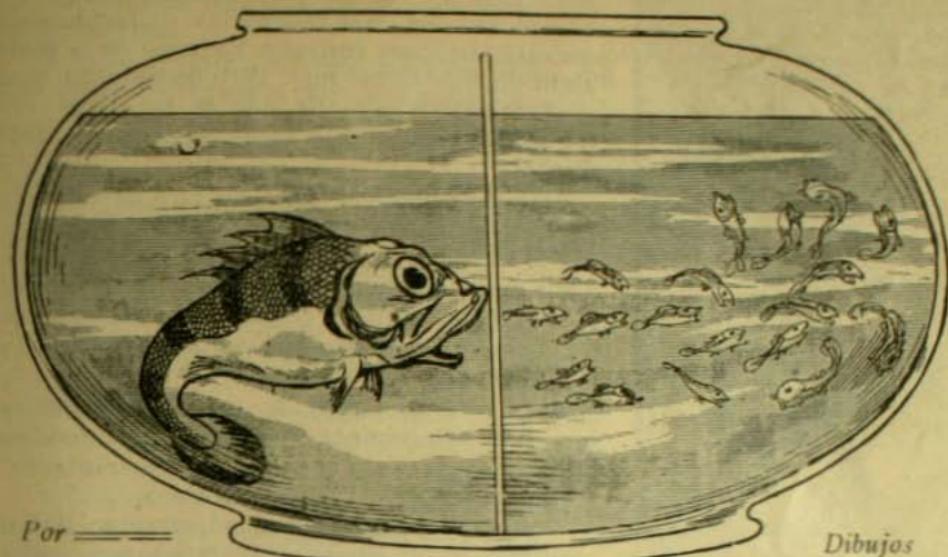
Un análisis de la fauna recogida en estas condiciones ha hecho a M. Bourée establecer las siguientes conclusiones:

Hay animales que se encuentran en profundidades de más de mil metros, dotados de aparatos fosforescentes, y salen por la noche casi a la superficie de las aguas. Esto es sin duda para ejercer en los sitios oscuros su oficio de pescadores con antorcha, merced a la atracción que ejercen sobre los habitantes de estas capas superiores sumergidas en la oscuridad.

Parece, además, dice al príncipe de Mónaco, que entretiene a la Academia con sus investigaciones, que hay otros animales que carecen de órganos luminosos y que habitan a gran profundidad, y que siguen esta ley de las marchas verticales.

R. M.

LA APERTURA DEL CANAL



Por —————
Angel Pino

Dibujos
de Martin

Si queda a mi arbitrio elegir un tema para este artículo, opto por el Canal de Panamá. ¡Qué alivio ha sido esta magna obra para los cerebros cansados, para los oradores faltos de inspiración, para los redactores editoriales de los diarios grandes y pequeños, para los clubman, para los comerciantes, para el clero y los miembros del foro para el Ejército y la Armada, para los padres de familia y para los agricultores en general, para los médicos, los ebanistas, los impresores, los fabricantes de colchones, los estucadores y los congresales, para los profesores de idiomas y los arquitectos, para los normalistas, y los ingenieros, los mecánicos y los abogados! Cada cual puede tener ancho y gratuito campo para las suposiciones y los cálculos más fantásticos; todo argumento es aceptable cuando se dice la frase sacramental "ahora que va a abrirse el Istmo" . . . ; toda cifra parece moderada, en presencia del acontecimiento que va a juntar los dos océanos. El Canal de Panamá es una idea que no cuesta nada, una metáfora al alcance de to-

dos, un tema de conversación en fin.

Nos parece sin embargo, que se comete una gran injusticia con un viejo conocido al cual se pretende olvidar. Se dice que será un raro espectáculo ver unirse al Atlántico con el Pacífico en el canal; y nadie recuerda que los océanos se comunican no sólo por el Estrecho de Magallanes sino también por Cabo de Hornos parar abajo. Cuando se ilumine el nuevo canal con sus gigantescos docks y se abran los reflectores eléctricos en enormes haces de luz, a la cola de los dreadnoughts americanos y de otras potencias navales, después del cortejo de trasatlánticos, que atronarán el silencio de la noche con sus sirenas, pasará callada, con sus velas infladas, como una extraña aparición, la escuadrilla de Hernando de Magallanes que el año 1520 descubriera el paso natural entre los dos océanos. Nadie la verá. Los faros de las repúblicas sud-americanas encendidos a lo largo de la costa no repararán en las pequeñas lucecillas de las barchas fantasmales y solo el de Chile enviará

sobre toda la costa del continente un pestaño amistoso al faro de los Evangelistas enclavado en los grandes farellones australes, solitario en la inmensidad del tormentoso mar. Pero detendré mi poesía porque corro riesgo de que se me llame escritor intenso y el epíteto se ha despreciado últimamente.

¿Hemos dicho que habrá un faro de cada república en la costa del canal? Es una suposición, pero si ella se realiza es seguro que esa noche el faro de Chile estará apagado o porque la linterna funcionará mal o porque habrá crisis ministerial en Santiago o porque el Tribunal de Cuentas protestará el decreto para pagar el aceite.

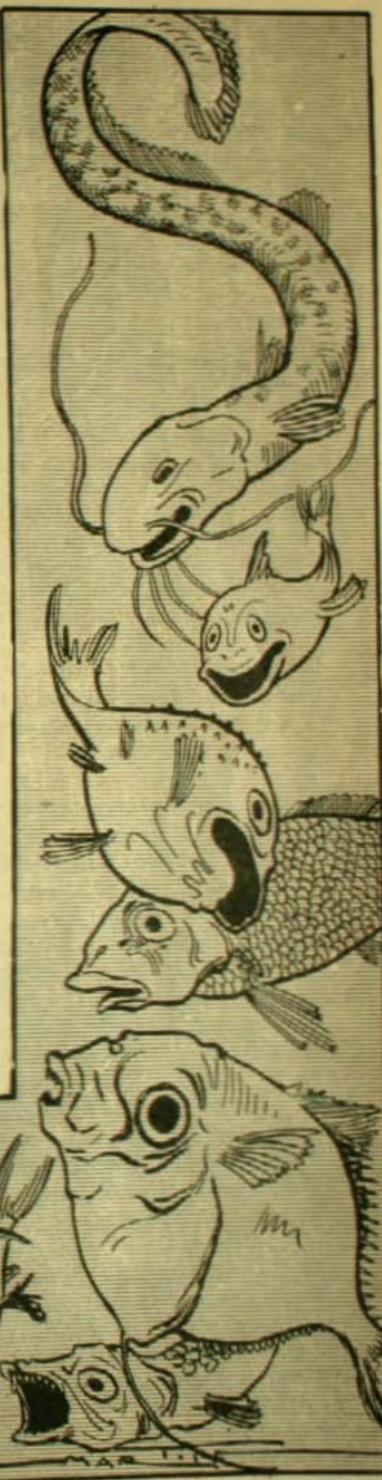
Toda frase bien pensada, escrita o pronunciada hoy en el país comienza por el mismo antecedente. Después se agrega lo que se desea. Por ejemplo:

"Ahora que va a abrirse ya el Canal...." es de imprescindible necesidad arreglar nuestras cuestiones con el Perú; es urgente sanear nuestros puertos del norte porque los americanos no pueden permitir que les lleven allá las pestes nacionales y naturalizadas que nos honran con su compañía; es necesario hacer puertos; conveniente terminar los ferrocarriles transversales; es aconsejable hacer plantaciones de árboles frutales; es útil pavimentar las calles de Santiago, Valparaíso y Viña del Mar, los demás que revienten; prudente tener hoteles limpios; imperioso proteger a la marina mercante; acertado desterrar de nuestras calles los coches de posta que servían para pasar el río por el vado y ahora hay puentes; natural evitar las crisis ministeriales; patriótico construir con hierro y cemento; digno de cuidado mejorar los conventillos; disminuir los incendios; dar consejo al que lo ha menester; cuidar a los enfermos y enterrar a los muertos.

"La apertura del Canal de Panamá tendrá como consecuencia . . . :

Abreviar el viaje a Europa; aumentar el valor de los productos agrícolas por la exportación; disminuir el mismo por la importación; subir el cambio; bajarlo; aumentar la población obrera del país; disminuirla; traer un gran desarrollo de nuestra marina; arruinarla; hacer crecer más a Chile que a los países de más al norte; hacer crecer a los países del norte más que a Chile; aumentar nuestra influencia en el Pacífico; anular la que hemos tenido hasta ahora; suprimir las estaciones, porque tendremos fruta en invierno y en verano, pues vendrá de otros climas cuando no la haya en el nuestro; acentuar las estaciones porque no tendremos fruta ni en invierno ni en verano, pues se exportará todo el producto de nuestros huertos; invadir el mercado americano; ser invadidos por el comercio americano; creceremos hasta perdernos de vista; nos achicaremos hasta lo mismo; el Canal será otro 18 de Septiembre - de 1810; el canal será otro 16 de Agosto de 1906. Si hubiéramos podido perforar el Istmo con nuestras cabezas habría convenido hacerlo. Si se pudiera tapar el canal con nuestros cuerpos, valdría la pena intentarlo.

Como se ve, hay para todos los gustos desde el optimismo luminoso hasta el pesimismo negro. Hay personas de esas poseidas por el afán de la imitación que se preparan con tal fuego a hacer plantaciones de duraznos que, así como baja ahora el pasto, habrá necesidad de darle a las vacas duraznos de Waterloo o de Zaragoza y enviarlos al extranjero enfardados como forraje. ¿Qué ocurrirá con nosotros cuando el canal esté abierto? Sólo Dios y Mr. Wilson el presidente de los Estados Unidos, lo saben. Pongamos en el primero nuestra fe y en el segundo



contra el Istmo, no se convencen nunca de que lo han abierto y se niegan a confesarlo.



"Ahora que va a abrirse ya el Canal..."

nuestros bolsillos. Lo que yo veo claro, sin duda alguna, es el pasaje de los peces del Atlántico al Pacífico y viceversa. Esto quiere decir que se pescarán congrios en La Pallice y corbinas en Niza, soles en el Callao y Esturiones en Valparaíso, salvo el caso de que todos quieran mezclarse y con el tiempo todos los peces de ambos mares sean del mismo gusto y del mismo color. Pero como todo lo del canal está sujeto a controversia abrigo aún sobre este capítulo muy fuertes dudas. La imbecilidad de los peces es inverosímil. Se llega a asegurar por tratadistas dignos de fe que una ostra es intelectual, casi un supermarisco, un genio, al lado de cualquier pez. La prueba de esta imbecilidad no es como pueden creer los espíritus superficiales el hecho de que desde el principio del mundo se estén dejando coger por red y anzuelo, porque si el proverbio dice "al hombre por la palabra y al pez por las agallas" sería argumento en pro de la imbecilidad humana el que siempre estemos pillando embusteros y no se canse nadie de mentir.

La prueba de la imbecilidad del pez la dan numerosas experiencias dignas de fe. Se encerró un día en una gran urna de cristal, dividida por el medio con un vidrio, a un gran pescado muy voraz y se colocó en el compartimento

del lado a una turba de pescaditos que eran para aquel el bocado más apetecible. Pues bien, durante seis meses el pescado estuvo dándose de cabezazos en el vidrio por tratar de comerse los pescaditos vecinos. Llegó a hinchársele el hocico en forma aterradora y seguía siempre dándose con él contra el cristal. Después de este largo plazo se convenció de que no podía comérselos y se quedó meditabundo. Retiró entonces el experimentador la división y los pescaditos invadieron el lado del enemigo y comenzaron a pasar por encima, por debajo, por delante y por detrás del gran pescado. Pero como ya se había convencido de que era inútil intentar empresa alguna culinaria contra esos impertinentes, pasó otros seis meses sin hacerles nada, hasta que un día, durante un largo bostezo se le intrujo uno a la boca y él lo mascó.

Es pues de temer que los peces del Atlántico y del Pacífico cansados de darse encontrones contra el Isthmo, no se convenzan nunca de que lo han abierto y se nieguen a canjearse. Pero para mí que pasan.

Una señora excelente y bien educada, decía hace poco en un salón de Santiago con tono plañidero:

—¿Qué va a pasar con la religión cuando se abra el Canal de Panamá?

Nadie la comprendía. Un caballero avanzó con audacia una pregunta:

—¿Acaso habremos de trabajar los domingos?

—No es eso! Quedaremos a quince días de los protestantes; cuando ahora los que están más cerca demoran veinticinco días en llegar.

En veinticinco días, naturalmente, un protestante se tranquiliza, como un vino navegado, mejora; pero en quince días puede llegar fresco y ser más dañino. No hay dudas al respecto.

“Apúrese en comprar arreos de montar antes de que se abra el Canal de Panamá”, ha escrito un almacenero del mercado central, en la vidriera de su negocio.

—¿Por qué tanto apuro? —le preguntaba un comprador.

—¡Ah, señor! Porque si ahora, con estar tan lejos de las Uropas no hay extranjero que no se lleve su par de espuelas de plata y frenos y estriberas, piense usted lo que será cuando quedemos a tiro de piedra. No daremos abasto para hacer monturas, hasta el Rey de las Inglaterras va a andar de huaso en su hacienda. El que conozca la silla chilena no compra diotras.

“La fruta se va a ir a las nubes”, dicen los vendedores del Portal. El que tenga un sólo durazno frutal en el rincón de su casa no se morirá de hambre.

—¿Y no habrá peligro con las culebras? —nos dice una señora que ha oido hablar del famoso corte que lleva este nombre. La dama creía que se trataba de serpientes saltonas que podían llegar desde la orilla a bordo con un solo brinco.

Sabemos de señoritas de diversos puntos de la república aficionadas a la

poesía y a los polvos de arroz, que esperan de la apertura del canal una inmigración de yankees rubios decididos a buscar esposas morenas, crespas, que reciten versos de memoria, canten a la guitarra y tengan las orejas sucias. Sin embargo, bueno sería que el Gobierno liciera saber a estas incautas por medio de alguna oficina, que es más fácil romper la vértebra del continente en el Istmo que derretir a un norteamericano con frases amorosas.

Y así vamos todos marchando a impulsos del canal hacia un porvenir desconocido pero de color de rosa. Lo malo es que por el canal puede pasarse en todos sentidos y que así como vendrán por él algunas cosas se irán otras. ¿Qué vendrá? ¿Qué se irá? Este es el problema. Si se fuera la mitad del Congreso?... Pero no hay que pensar en cosas tan hermosas!

ANGEL PINO.



—¿Qué va a pasar con la religión cuando se abra el Canal de Panamá?...

REVISTA EN LA ESCUELA DE CABALLERIA

Por F. Santiván

—¿Desea presenciar una revista en la Escuela de Caballería? —me pregunta el Director de "Pacífico".

—Una revista?

—Sí. Es interesante. Se trata de una presentación anual de los alumnos del curso. Puede recoger impresiones curiosas.

—Oh, con mucho gusto! Siempre es agradable ponerse en contacto con lo relacionado al Ejército. Ud. sabe, señor Director, que todo chileno tiene atavismos militares. Yo me emociono como un tonto cada vez que veo pasar un regimiento, la banda a la cabeza, sus oficiales con la espada desnuda que lanza destellos al sol, rígidos sobre sus caballos arrogantes. Será ridículo,—y en vano recuerdo a todos los autores antimilitaristas que me he metido en la cabeza,—pero no puedo dejar de marcar inconscientemente el paso y tengo que dominarme mucho para no confundirme con la parvada de pilluelos que siguen invariablemente a las filas, como las "moscas a un panal de miel..."

—Entonces, vaya Ud.

Y sin esperar nuevas órdenes nos dirigimos hacia el cuartel de la Escuela de Caballería. Mañana de sol; frescura de madrugada. Bien. El carrito de Niño nos deja a la puerta de un largo callejón, semi-rústico, pero muy limpio; un pequeño rótulo indica el camino a la Escuela. Antes de entrar ya sentimos la proximidad de una institución armada: sabido es que no existe departamento del Gobierno más correcto, más en orden que todo lo que depende del Ministerio de Guerra. La disciplina la férrea organización del Ejército, contribuyen a contrarrestar la pereza, el desplifarro, el desaseo que hacen presa de las instituciones civiles, en donde la apatía de raza suele manifestarse con la segura vitalidad de una yedra que todo lo cubre.

Esa impresión de limpia material y moral la sentimos también al cruzar los patios asoleados de la Escuela, sus cuadras y galpones aseados como un vestíbulo de casa aristocrática. Pero dejemos este

examen para después. Ahora se trata de presenciar la revista.

Un soldado se cuadra militarmente y con tono servicial pero austero nos advierte que los invitados están ya en el campo de equitación y nos guía hasta una extensa pradera verde que da hacia el norte de los edificios del regimiento.

—Bonito, bonito—exclamamos, seducidos por el espectáculo.

En el centro del extenso potrero se alza una frágil tribuna cubierta de carpas militares y sobre ella se hacinan oficiales, damas y caballeros que han acudido a presenciar las pruebas de los alumnos.

Allí están, me dice, las siguientes personas y personalidades:

El Ministro de la Guerra, señor Matte y su ayudante, mayor Pickering; generales señores Boonen Rivera, Pinto Concha, Goñi, Parra y Armstrong; vicario del Ejército, señor Edwards; adicto alemán en Buenos Aires, barón von Obain; adicto inglés, señor Frogan; Ministro de Colombia, señor Olaya Herrera; coronel Almarza; coronel Echavarría, coronel Morandé V., comandantes Toledo, Munizaga, Maturana y Quiroga; coronel Rozas A., comandante Navarrete, comandante Schenon, del Paraguay; mayor Fernández, director de la Escuela; mayor Aguilar; capitán del ejército alemán, señor Edwin Brüggemann; mayores López y Cortés, comisario Bustamante y numerosos oficiales.

Lejos, en el confín, el paisaje de Chile: alamedas, ranchos, la cordillera vestida de nieblas azules y opalinas.

Frente a las tribunas un oficial de caballería se yergue sobre su montura en actitud hierática, inmóvil e impenetrable como un sacerdote de ritos misteriosos que guarda el secreto de las vidas bajo una máscara de piedra.

Es el capitán Nicolás Larraín.

En un extremo del campo se alinea un pelotón de militares a caballo. Los aceros que relucen al sol, el azul del uniforme, y las banderolas tricolores prendidas en los

extremos de lanzas de colligües forman sobre el fondo verde de los árboles una mancha policroma que alegra el alma como una clarinada marcial. De pronto se desprende del grupo un jinete y desfila al paso, gravemente, sin perder ni una sola vez el compás rítmico de la marcha, delante de las tribunas hasta llegar donde el hierático oficial. La estingue, sin cobrar vida en la expresión, abre la boca y pronuncia una palabra:

—;Bueno!

El jinete se aleja al galope a recobrar su punto y desfila otro, y luego le sigue otro hasta desfilar todos.

Es un poco monótono para los profanos este paseo lento, y como dura largos minutos, bostezamos despiadadamente reconfortándonos en la contemplación del paisaje, aspirando la brisilla cargada de aromas campestres.

Mientras concluye el desfile de todo el pelotón, al paso primero, al trote en seguida, y luego al galope, un oficial, a mi lado, conversa con un diplomático extranjero y le explica el objeto de la Escuela de Caballería.

—Aquel vienen los oficiales y sub-oficiales de cada cuerpo de caballería a adquirir los conocimientos más modernos del ramo. Cada cuerpo envía uno o dos oficiales y otros tantos sub-oficiales. Luego estos llevan sus conocimientos como instructores a toda la institución de caballería de la República. Este año tenemos en el curso de oficiales once alumnos; en el otro diecisiete. El instructor de los primeros es el capitán Larraín, educado en Hannover, y que hizo, además, un paseo de instrucción de dos años por los principales regimientos de caballería de Europa. Excelente oficial. El otro instructor es el capitán Díaz Arrieta, más o menos con la misma hoja de servicios y educado en los mismos regimientos europeos que el primero.

—Y este sistema de instrucción produce espléndidos resultados, por cierto?— indagó el diplomático

—Al menos, tan buenos como el de traer instructores europeos que, aunque excelentes oficiales, tropiezan en el país con las dificultades del idioma, el desconocimiento de nuestras costumbres, etc. Desde que poseemos un ejército sólidamente organizado, nos conviene más enviar al extranjero el mayor número posible de oficiales intelligentes, que se apropien de los adelantos

modernos. El sistema de los japoneses... —;Efectivamente!

Mientras tanto el programa de la revista sigue su desarrollo, que, en términos técnicos, es el siguiente para las remontas: En línea con frente al N., con intervalos. Marcha al frente y giro a la derecha. Marcha hasta el segundo rincón de la pista corta.

Alto.

Mostrar los aires individualmente.

Formar en línea, sin intervalos. Marchar al frente, al paso. Doble conversión. Marchar al frente, al galope. Al paso. Romper de a cuatro. Despliegue. Marchas oblicuas. Mostrar la lanza. Saltar troncos y pircas de a uno al galope.

Las antiguas remontas ejecutaban el siguiente programa: Mostrar los aires. Lanza. Recorrido sin armas, galope de ejercicios, la vuelta completa, terminando en el cajón. Para nosotros los profanos, la parte entretenida de la revista principia con la presentación de los caballos en el campo de obstáculos.

En el potro se han diseminado con anterioridad saltos de vallas, zanjas, murallas de adobes, montículos de tierra dura en forma de despeñaderos. El jinete debe salvar todos los obstáculos sin vacilar un minuto. Los once oficiales y los diecisiete sub-oficiales se desempeñan a maravilla. Intrepidez, sangre fría en los jinetes, y en los caballos docilidad absoluta para obedecer con precisión todas las órdenes de sus dueños.

El oficial que está a mi lado explica al diplomático extranjero:

—Puede Ud. notar que los jinetes apenas usan de la rienda para dirigir sus cabalgaduras. Es la última palabra en el arte de la equitación. Sólo se debe mandar al caballo con las piernas, como el bote con el timón. Sería mal visto que un jinete sofrenara brutalmente a un caballo que no obedece. A esos se les llama aquí irónicamente "dentistas".

—;Dentistas? ;Qué divertido!

—Sí; porque no consiguen otra cosa que estropear la dentadura del animal y enducerlo cada vez más. Ha pasado la época de las "amansaduras" salvajes de nuestros jinetes criollos. Los instructores modernos enseñan al alumno que un caballo no se debe montar hasta el momento en que pueda recibir al jinete sobre el lomo, sin la menor extrañeza. Al caballo se le pasea, se le habilita suavemente a la presencia del

hombre, se le acaricia, se le mimá; es así como se le doma. ¿Maltratar un caballo? Sería peor visto que golpear a un soldado. Ya verá Ud. en el cuartel la sección de veterinaria en donde se medicina al animal con el mismo cuidado que a una persona, al menor síntoma de enfermedad...

Otra parte interesante de la revista es el paseo que hace el jinete frente a las tribunas, al galope, hiriendo con su lanza o con el sable, a una serie de monigotes de paja que simulan soldados en tierra, en pie, a caballo, en todas las posturas imaginables. El jinete debe hacerlo todo sin detenerse un solo instante, inclinándose sucesivamente a tierra para ensartar al caído o cargando lanza en ristre contra el enemigo imaginario que lo asalta al paso, para terminar en carrera desenfrenada, cargando de frente a un monigote que cuelga de una especie de horca, en el término de la pista por recorrer.

—Esto tiene por objeto—explica el oficial al diplomático—demostrar que el caballo no se espanta delante de los enemigos contra los cuales quiera arrojarlo su conductor. La tendencia de todo caballo es huir de los espantajos. Luego se habrá de obedecer.

Y para terminar hay tres números que despiertan el más vivo interés entre los asistentes.

Primer la batalla campal entre una lanza contra dos espadas, luego dos lanzas contra dos espadas y en seguida lanza contra lanza.

Por un momento la imaginación nos traspuso a la época caballeresca de los torneos de la época medioevo. Faltaban nada más que las oriflamas multicolores, los escudos heráldicos de complicado dibujo y las capas de malla para las cabalgaduras y los acerados arreos de los caballeros; mas, en nuestra época prosaica, en que triunfa el cálculo matemático sobre la punzón del corazón y del brazo; qué más se podía pedir?

Chocaban lanzas contra espadas de flexible bambú y hasta hubo un momento en que dos caballeros de lanza se encontraron en medio del campo y quebraron sus armas pecho contra pecho, mientras los corceles encabritados se echaban sobre sus cuartos traseros.

—Bravo!

El implacable oficial explica al diplomático de oídos pacientes:

—Esto no es un combate para demostrar la agilidad en las armas de los oficiales. Se procura hacer ver, nada más, que los caballos no esquivan el combate y saben cargar sobre el enemigo.

Sigue a esta prueba otro número elegante y caballeresco.

Un oficial, prende en su hombro una cinta de seda lacre. Dos compañeros procuran arrancársela con las manos, y ahí tenemos a los tres jóvenes corriendo por el prado verde como tres alegres colegiales en vacaciones. Los caballos revuelven, se lanzan en persecuciones locas, hacen esguinces inverosímiles, hasta que uno de ellos consigue arrancar la escarapela del camarada para colocársela triunfalmente en su propio hombro.

La tercera prueba pintoresca, es también la que dió la nota final. El comandante, don Carlos Fernández Pradel, hombre joven aún, enjuto y de marcial apostura, baja de la tribuna en que se halla entre damas y diplomáticos, monta en brioso caballo que le presenta un asistente y a la cabeza de su reducida tropa, se lanza por el campo de equitación saltando vallas, fosos, trincheras y parapetos. Es un bonito gesto que arranca aplausos a todos los que lo presencian.

Luego reune a su gente, la hace formar ante la tribuna y con voz gruesa y bizarra, una voz que parece tradicional en todo militar que se respeta, con la misma frase corta, sobria y decidida que emplean todos los veteranos como si se avergonzaran de emplear un lenguaje florido, hace la crítica de la revista.

Está satisfecho de sus instructores y de los alumnos. Hace presente que la caballada no es homogénea ni son todos los caballos de buena calidad. Luego tiene un reproche para algunas faltas que ha notado en el curso de la revista y sobre todo tiene palabras duras para un sub-oficial, que cayó bajo su caballo encabritado y que tardó más de un minuto en encontrarse sobre la silla de nuevo.

—Un soldado que cae debe encontrarse sobre su cabalgadura antes de dieciséis segundos! —el comandante dice con su voz bronca y viril.

Tal vez sean exageraciones del oficio, tal vez el pobre diablo que cae bajo el potro indómito que se echa de espaldas, tiene el cerebro aturdido por el golpe, pero aun así, esta declaración espartana del coman-

dante no cayó mal en ninguno de nosotros. La escuela de la disciplina de hierro en materias militares la llevamos en la sangre y el caso del muchacho que en Esparta se dejó roer las entrañas por un bicho robado con tal de no llamar la atención al enemigo, es un caso que no causa demasiado asombro en tierra chilena.

El señor Ministro de la Guerra, que había llegado al comenzar el espectáculo, felicitó a su vez al comandante, a los instructores y a los alumnos.

Con esto concluye la parte principal de esta simpática fiesta militar.

Sigue luego un paseo por toda la Escuela, en el cual el señor Ministro se impone de los adelantos que ha introducido el laborioso comandante. Las cuadras resplandecientes de limpieza, las fraguas para fabricar todos los arreos necesarios para la tropa, la nueva escuela de veterinaria lista para recibir a los alumnos que han de comenzar el primer curso en Marzo, el hospital de caballos, etc., etc.

Todo esto merece capítulo aparte. Es grande, minuciosa y tesonera la obra realizada en la Escuela de Caballería. Merció los sinceros elogios del representante del Gobierno y de los invitados.

Poco más tarde el señor Ministro, gene-

rales e invitados se sentaban al rededor de una bien servida mesa y cambiaban alegres comentarios celebrando el éxito de una labor de un año.

Fué llamado ante el Ministro, quien lo felicitó con calor, el mejor alumno del curso, el teniente León, del arma de artillería. Los compañeros recibieron esta manifestación con sinceros aplausos. Con risas y palmoteos pasaron en andas al compañero, lo zarandearon, lo bautizaron echándole champagne en la cabeza. Se veía en sus rostros la franca complacencia y la alegría más sincera.

En el Ejército no deben existir las envidias. No existen. La sana emulación, cuando más, pero desde que un compañero demuestra superioridad, todos se apresuran a reconocerla y a aplaudirla.

Nos retiramos de la Escuela de Caballería con el ánimo alegre, llenos de confianza en el porvenir de nuestra patria; con la impresión de haber pasado una mañana bajo la pureza del aire campestre, rodeados por la rústica belleza del paisaje de la tierra, y sintiendo palpitarse corazones estremecidos, saludables como el aircillo matinal y el sol que tostaba nuestras cabezas.

F. SANTIVAN.

LA CUESTION DE LOS NOMBRES

El nombre parecerá a muchos cosa insignificante y sin embargo si se piensa que un nombre se lleva toda la vida y que, si este es ridículo, puede dar lugar a serios incidentes, fácilmente se advierte que el dar un nombre no es una cosa fútil y sin importancia. La cuestión de los nombres es tan importante, que actualmente en la Cámara de Diputados francesa hay pendientes tres proyectos de ley para regularizarla.

Se puede dejar a los padres absoluta libertad para dar a sus hijos el nombre que se les antoje?

Se puede limitar este derecho y reglamentar la asignación de nombre? Se debe reconocer a los hijos el derecho de cambiar éste?

Esto es lo que al presente estudia M. Eduardo Levy, secretario de la comisión del estado civil en un folleto titulado: "La cuestión de los nombres". El autor presenta, con ayuda de numerosos ejemplos y documentos, y aprovechando trabajos aparecidos en "Le Temps", las ventajas e inconvenientes que ofrecería una libertad completa y una reglamentación estricta; pero se abstiene de proponer un sistema determinado porque opina que no hay ninguno que esté al abrigo de toda crítica. No pide la derogación de la ley de germinal del año IX pero juzga que se deben romper los estrechos límites a que esta cuestión está hoy sujeta y fundarse en un criterio más amplio y razonable.

La Botella Encantada

Por

F. ANSTEY

ILUSTRACIONES DE H. R. MILLAE

CAPITULO V

Carta blanca

Cuando Ventimore se despertó a la mañana siguiente, su jaqueca había desaparecido, y con ella el recuerdo de todo, menos del hecho admirable y delicioso de que Silvia le amaba y había prometido ser suya. La mamá, al fin de cuentas, estaba de su lado.... Con esto, ¡a quién se le ocurría temer de cosa alguna! Estaba de por medio el profesor... pero... pero él también podría consentir, con el tiempo, especialmente si llegaba a suceder que la botella de bronce... Y aquí Horacio comenzó a recordar un sueño extraordinario, relacionado con la adquisición de aquella antigüedad. Había soñado que había abierto la botella a viva fuerza, y que ella no contenía manuscritos, sino un genio muy viejo, el cual pretendía haber sido aprisionado allí por el Rey Salomón.

¿Quién diablos le había metido en la cabeza tan grotesca fantasía? Y entonces se sonrió, recordando la graciosa idea de Silvia, cuando hubo de sugerir que la botella podía contener un genio, como la otra famosa del pescador de las Mil y una Noches. Sobre tan débil fundamento, su dormido cerebro constituyó sin duda toda aquella máquina fantasmagórica; esa escena tan vivida y circunstanciada, que, a despecho de su misma extravagancia, difícilmente podía persuadirse de que fuera totalmente imaginaria. La psicología de los sueños, encierra misterios fascinadores, aun para los espíritus sutiles y estudiosos.

Al entrar en el comedor, donde el almuerzo le esperaba ya, arrojó una mirada de soslayo en torno suyo, casi convencido de que iba a encontrar la famosa botella, arrojada en un rincón, como la viera en la última parte de su sueño.

A la verdad no estaba allí, y sintió al verlo, un verdadero alivio. Los individuos de la casa de remate no la habían remitido probablemente aún; esto era preferible porque así podía esperar encontrar algo adentro, que fuera más ventajoso que un viejo genio, regañón, con un agravio de treinta siglos de fecha.

Terminado el almuerzo hizo llamar a la patrona, la cual no tardó en aparecer. La señora Rapkin, era un perfecto espécimen de esa clase tan buscada y escarnecida. Esmeradamente limpia y correcta en su persona, sus cabellos de color de arena, se aplastaban de tal modo sobre la nuca, que daban a su cabeza el aspecto de un coco de Panamá. Tenía los ojos fijos y redondeados, y las ventanas de la nariz parecían estar en guerra la una con la otra, tanto se apartaban entre sí; su boca fina y delgada parecía cerrada con candado, y el terroso color de su cutis, recordaba el del afrecho o algo por el estilo.

Pero, a pesar de su aspecto poco seductor, era en el fondo una buena alma, muy adicta a Horacio, por quien tomaba un interés maternal, desaprobando si lo que ella decía ser "la cabeza ligera" que le impedía tomar su puesto en el mundo. Rapkin la había conocido y casídose con ella, en un tiempo en que ambos servían en la misma casa, y todavía el buen hombre solía desempeñar ocasionalmente el oficio de sirviente en la vecindad, aunque Horacio sospechaba, que la base principal de sus trabajos, era el consumo en gran cantidad de guin en agua y de cigarros demasiado perfumados, en la trastienda de una taberna próxima.

—Comerá Ud. en casa esta tarde, señor? preguntó la señora Rapkin.

—No lo sé, dijo Horacio, de todos modos



Mr. Rapkin.

no prepare Ud. nada para mí. Probablemente comeré en el club.

La señora Rapkin que tenía el firme convencimiento de que todos los clubs, son centros de extravagancia y perdición, no ocultó un gesto de desagrado.

—Si por casualidad, agregó Horacio, traen aquí una especie de vaso de bronce, recíbanlo. Lo compré ayer en un remate. Tengan cuidado como lo manejan, porque es un objeto antiguo y valioso.

—Pero si ya trajeron algo así anoche, señor. No sé si sea el mismo, pero a la verdad parece muy viejo.

—Entonces súbanlo inmediatamente. Necesito verlo.

La señora Rapkin se retiró, volviendo a los pocos momentos con la botella de bronce.

—Pensaba, dijo, que Ud. ya la había visto, cuando se recogió ayer noche, porque hoy en la mañana la encontré por el suelo del comedor, y presentaba un aspecto tan poco digno y arreglado, que la recogí para dárle una buena friega, que harto la necesitaba.

A la verdad, la limpieza había mejorado el aspecto de la botella, y las marcas o inscripciones de la tapa ahora aparecían más visibles, pero Horacio se sintió un tanto desconcertado, al encontrar que una parte al menos de su sueño, era una realidad... La botella había estado allí.

—Espero no haber cometido una torpeza, dijo la señora Rapkin al observar la expresión de Ventimore. Sólo usé para limpiarla un poco de cerveza caliente, que es magnífica para el bronce, y le di una friega con jabón Vinolia... pero más que eso se necesitaba para sacar toda la mugre que tiene encima.

—Todo está muy bueno. Pero Ud. no debió arrancar la tapa, dijo Horacio.

—Pero si la tapa estaba afuera, señor, cuando encontré la botella. Pensé que Ud. la había sacado con el martillo y el cincel, cuando llegó anoche a casa... Al menos encontré esas herramientas sobre la alfombra.

Horacio quedó estupefacto... ¡Esa parte de su sueño era verdad también!

—Oh, oh! dijo. Creo, sí, haberlo hecho. Me había olvidado, pero ahora lo recuerdo... ¡Han Uds. por ventura arrendado la pieza de los altos a un caballero oriental, a una especie de indígena, que usa turbante verde?

—Oh, no señor, seguramente no, dijo la señora Rapkin con énfasis, no haríamos semejante cosa de ninguna manera, aún cuando el tal tuviera en su turbante todos los colores del arco iris. No nos mezclamos con semejante gentuza... La cuñada de mi esposo arrendó un piso a un oriental, creo que era un persa, u otro indígena africano por ese estilo, y bien tuvo que arrepentirse a pesar de que el sujeto aquel llevaba gafas de oro. ¡De dónde puede Ud. imaginar que yo hubiera admitido aquí tipos de esa laya?

—Me había parecido ver anoche, algo por ese estilo, y me admiraría...



Sólo usé para limpiarla un poco de cerveza caliente.

—Nunca en esta casa, caballero. La señora Steggan, la vecina del lado, puede si haberlo hecho, porque no siente repugnancia alguna, por lo que huele a salvaje... Pero, en cuanto a mí, yo se lo aseguro, Mr. Ventimore, jamás me permitiré semejantes libertades... En esta casa puede habitar la más honesta doncella... No.... no me hable de esto...

Tan pronto como Horacio se vió libre de su patrona, examinó la botella. Nada había dentro, que pudiera justificar sus esperanzas, de atraerse, mediante aquel objeto, la benevolencia del profesor.

No era difícil atribuir la historia del visionario oriental, a una alucinación, probablemente producida por el denso humo (ahora creía en el humo) que saliera de la botella, el cual fué producido sin duda de la descomposición rápida de alguna sustancia, encerrada por largo tiempo allí dentro y súbitamente expuesta al contacto del aire.

Si esta explicación no bastaba, podía completarla el casual golpe que él se diera en la cabeza y el reciente recuerdo de las Mil y una Noches, sugerido por Silvia.

Después de haber resuelto este pequeño problema a su entera satisfacción, Horacio se dirigió a su oficina en Great Cloister Street, y allí hubo de entregarse muy luego a sus labores habituales, absorbiéndose por completo en el estudio de los mismos planes de Bevor, cuyo examen había interrumpido tan feliz y oportunamente el profesor la tarde anterior. Su trabajo era más o menos mecánico, y no iba a proporcionarle ni crédito, ni agradecimientos, ni mucho dinero tampoco, pero Horacio poseía la preciosa facultad de hacer a conciencia cuánto emprendía, y así apenas se hubo sentado junto a la ventana abierta, quedó completamente absorbido por su ocupación y ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

Tanto era así, que ni aun se distrajo, cuando la luz de la pieza quedó obscurecida por breves minutos, como si un gran cuerpo opaco hubiera pasado momentáneamente al través de la ventana, y sólo algunos instantes más tarde vino a darse cuenta de que se encontraba sentado en el único sillón de su oficina un personaje que parecía hacer esfuerzos por recobrar el aliento, después de una ruda fatiga.

—Disculpeme, señor, dijo Ventimore, no lo había sentido cuando Ud. entró.

El visitante sólo afinaba a deshacerse en cortesías



Disculpe, señor, dijo Ventimore; no lo había sentido, cuando usted entró.

bajo las cuales podía adivinarse un visible embarazo. Era un señor anciano, lujosamente vestido, de blancas patillas. Sus ojos, en ese momento medio salidos de sus órbitas, tenían una expresión a la vez sagaz y bondadosa: su boca era gruesa y satisfecha y usaba una doble cadena de oro.

Vestía en la forma de un individuo, incapaz de disimular su prosperidad financiera: sobre su roja corbata brillaba una gruesa perla en forma de pera, y probablemente sólo en esos días había abandonado el traje de verano.

—Apreciado señor mío, comenzó en una voz fuerte y un tanto gangosa, así que pudo articular palabra: mi querido señor, Ud se imagina acaso que esta no es una forma habitual de presentarme... invadiendo...

así... de esta manera... su hogar... su oficina.

—De ninguna manera, dijo Horacio, admirado de haber supuesto, siquiera por un momento, que aquel señor hubiese penetrado por la ventana. Temo no haya Ud. encontrado a nadie para introducirle... Mi criado se encuentra ausente.

—No... no era necesario. Como Ud. vé supe encontrar el camino. Lo importante, lo que podemos llamar esencial, es el hecho de encontrarme aquí.

—Así es, dijo Horacio. Y puedo saber ¿qué negocio le ha traído?

—¿Qué negocio?... y los ojos del extraño parecieron brillar por un momento... Permitame Ud... A eso iba precisamente... Ya voy a explicarle... Aguarde Ud...

Y el visitante paseaba sus ojos por la habitación.

—Me encuentro aún, continuó, un poco... como Ud. puede verlo... ;Ud. es si no me equivoco, arquitecto... Mr... ah... Mr...

—Mi nombre es Ventimore, dijo Horacio, y soy arquitecto.

—Ventimore... sí... precisamente, dijo el anciano, sacando de su cartera una tarjeta de visita. Si, señor, eso era... Aquí tengo precisamente el nombre... Ud. es arquitecto, y según lo tengo oido, de una rara, de una portentosa habilidad.

—Temo no poder envanecerme de ello, dijo Horacio, pero me creo lo bastante competente...

—Competente?... En realidad, Ud. es competente... Ud. comprenderá que un hombre de negocios, razonable y práctico como yo, no habría acudido a nadie que no fuera competente...

Y dijo esto en el tono de un hombre que trata de convencerse a sí mismo, a pesar de sus escrúpulos de no estar cometiendo una tontería.

—Tengo entendido, preguntó Horacio, de que alguien ha tenido la bondad de recomendarme cerca de Ud...

—No, por cierto, no, señor. Yo no necesito más recomendaciones que mi propio buen criterio... Poseo ciertos conocimientos acerca de lo que ocurre en el mundo de las artes, y he venido a la conclusión, señor... jem... ¿cómo?... señor Ventimore, he venido a la deliberada y espontánea conclusión de que es Ud. el hombre que necesito.

—Me alegra mucho de oírselo, dijo Horacio, verdaderamente halagado. Desearía ver Ud. algunos de mis planos y dibujos?

—No es necesario, señor. Jamás tomo una

determinación a la ligera, y cuando la he tomado, ella se hace inexorable... Obro, señor, obro... Y, para llegar a nuestro asunto, es el caso que trae para Ud. un pequeño encargo, probablemente indigno de vuestros... distinguidos talentos... encargo que vengo a confiar en las manos de Ud.

—Si viene a pedirme que asista en su nombre a algún remate, estoy lucido, pensó Horacio.

—Estoy muy atareado en este momento, dijo luego en voz alta, y a la verdad no estoy muy seguro...

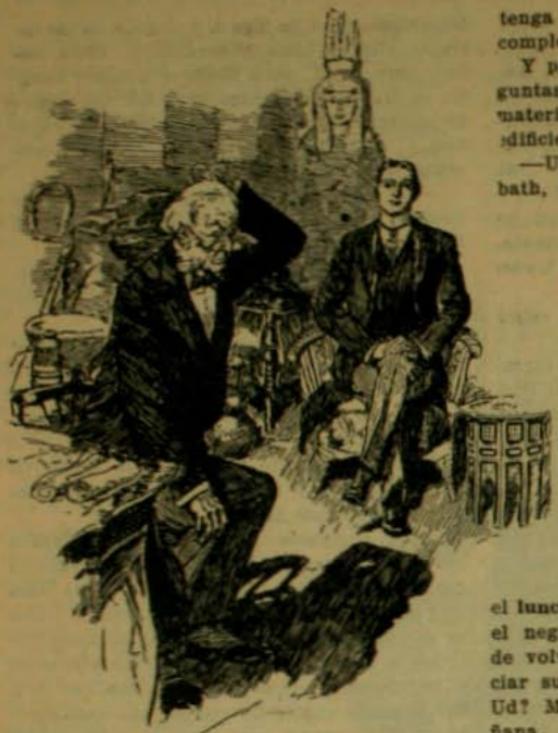
—Le explicaré el negocio en cuatro palabras, señor, sólo en cuatro palabras. Me llamo Wackerbath, Samuel Wackerbath y mi nombre es bastante conocido en el mundo de los negocios.

Horacio hubo de disimular el hecho de que el nombre y la fama de su visitante no hubiesen llegado jamás a su noticia.

—He comprado recientemente, continuó éste, unas cuantas hectáreas de terreno en las colinas de Hampshire, cerca de la casa que ahora habito; y estaba pensando, como se lo iba diciendo no hace sino algunos minutos a un amigo, al atravesar el puente de Westminster, estaba pensando edificar allí, un pequeño chalet de recreo, una casita modesta, sin grandes pretensiones, donde poder ir los días de fiesta, a pasar algunas horas con los amigos, y, aún quizás, residir en ella, una parte del año. Hasta ahora, he arrendado casas campestres, cada vez que he necesitado de ellas... por lo regular antiguas residencias más o menos señoriales, e históricas... muy interesantes y hermosas en su estilo, pero yo necesito algo mío, y conforme a mis gustos. Quiero rodearme de todas las comodidades, sencillas, pero elegantes y de buen tono que caracterizan a la moderna residencia inglesa, en el campo. Y Ud. es el hombre. Me convenzo de ello más y más, a cada palabra que Ud. pronuncia: Ud. es el hombre capaz de poner en ejecución estos mis deseos.

—Ahi estaba por fin el cliente por tan largo tiempo deseado! Y no dejaba de ser satisfactorio, el constatar que había llegado en la forma más usual y ordinaria, porque nadie podría figurarse por un momento, al contemplar la figura de Mr. Samuel Wackerbath, que este personaje fuera capaz de entrarse a una oficina por la ventana. No pertenecía él por cierto, a la clase de individuos capaces de hacer algo semejante.

—Haré lo posible por complacerlo en la medida de mis fuerzas, dijo Horacio con



En verdad, jamás se me pasó tal cosa por la mente.

una calma que le sorprendió a él mismo. «Podría darme Ud. una idea de la suma que está dispuesto a gastar?

—Perfectamente. No soy un Creso, aunque a la verdad me encuentro muy lejos de la indigencia... Prefiero si la comodidad al esplendor... No querría pues ir mucho más allá de unas sesenta mil libras...

—«Sesenta mil libras? exclamó Horacio, que no había pensado ni siquiera en la décima parte de esa suma. «No más que sesenta mil libras?»

—Si... pero sólo para la casa, explicó Mr. Wackerbath: edificaremos además algunas dependencias, establos, casas de administración, y además será preciso decorar especialmente algunas habitaciones... Así, antes de que hayamos concluido, bien habremos llegado a cien mil libras de gasto... Pienso que con esta suma podemos construir algo que sobrepase a cuanto actualmente existe en el Hampshire y en los condados vecinos....

—Por cierto que sí, dijo Horacio, con semejante suma yo me comprometo a que Ud.

tenga una casa capaz de satisfacerlo por completo.

Y procedió en seguida a formular las preguntas corrientes, acerca del sitio, terreno, materiales de construcción y distribución del edificio.

—Usted es joven, señor, dijo Mr. Wackerbath, al fin de la entrevista, pero he observado que Ud. está muy al corriente de los detalles y minuciosidades de su profesión. ¿Querría Ud. que diéramos juntos un vistazo por el terreno? Al fin, esto es lo más razonable, y tanto mi esposa como mis hijas desearán sin duda, dar su opinión en este asunto... Hay que agradar a las damas, antes de todo... Ahora... déjeme ver... ¿Será mañana Domingo? Si a Ud. le parece iremos en el tren que parte a las 8.45 hasta Lichfield. Allí nos esperará un break o un dog-cart, que nos conducirá al mismo terreno. Regresaremos en seguida a tomar el lunch a Oriel Court, y conversaremos sobre el negocio en todos sus detalles. Ud. puede volver a Londres la misma tarde, e iniciar sus trabajos el Lunes. ¿Le conviene a Ud? Muy bien entonces. Lo esperamos mañana.

Dicho esto, Mr. Wackerbath se despidió dejando a Horacio, como es fácil imaginarlo, completamente fuera de sí, ante la extraordinaria fortuna, que de un modo tan súbito, acababa de entrarle por la puerta... Ya no sería en adelante un fracasado: tenía trabajo; y mejor que eso, un trabajo que le interesaría, dándole por fin aquella oportunidad de darse a conocer, que por tantos años deseara. Con un cliente como ese, fácil, tratable, y a quien el dinero parecía importar muy poco, tendría él oportunidad de realizar sus más ambiciosos sueños.

Abora sí que estaba en situación de hablar al padre de Silvia, sin el temor de un rechazo. Su comisión sobre sesenta mil libras sería por lo menos de tres mil, y sobre las decoraciones y demás trabajos, obtendría por lo menos otro tanto, o acaso más. Al cabo de un año podría casarse sin cometer ninguna imprudencia; y después de dos o tres más se habría formado una hermosa renta, pues con semejante principio pronto tendría más trabajo del que pudiera ejecutar.

Se avergonzaba de sus anteriores timideces, y ce su desconfianza significaban unos pocos

te tan espléndida fortuna, que llegaba precisamente cuando más la necesitaba, y en una forma tan corriente y sencilla?

Concluyó con toda conciencia el trabajo que había empezado para Bevor, el cual ya no podría contar en lo sucesivo con su ayuda, y sintiéndose entonces demasiado excitado para permanecer en la oficina, se fué a tomar su lunch al club, y se dirigió después hacia Cottesumore Gardens, para darse el placer de comunicar a Silvia la noticia de su buena estrella.

Era muy temprano todavía, y ya caminaba apresuradamente, como impelido por un espíritu sobrenatural, mirándolo todo, en la naturaleza y en la calle, bajo un aspecto más sonriente que de ordinario: el gris sonrojado del cielo, el ámbar y el amarillo de los árboles ya medio despojados de sus hojas, la neblina cenicienta que ocultaba a medias los lejanos macizos de verdura, mientras aspiraba con delicia el suave aroma que se desprendía de los castaños, y atronaba sus oídos el alegre bullicio de High Street. Por último tuvo la dicha de encontrar a Silvia enteramente sola, y de gozar con su alegría al escuchar las buenas nuevas, mientras abrazados en el sofá, sus labios se juntaban en el primer beso de amor. Si aquel Sábado en la tarde hubo un hombre más feliz que Ventimore, ese hombre debió tener miedo de una ventura capaz de excitar la envide de los dioses.

La señora Futvoye llegó demasiado temprano y con toda la importunidad característica de las madres de familia... No se mostró nada edificada, al encontrar a su hija sentada con Horacio en el mismo sofá.

—Esto, señor, es tomar demasiado a la letra, el permiso que tuve la debilidad de concederle anoche, señor Ventimore, comenzó la mamá... Pensaba yo que podía tener más confianza en Ud.

—No habría vuelto tan pronto, dijo Horacio, si mi situación continuara siendo hoy la misma de ayer. Pero ella ha cambiado ya, y me atrevo esperar que ahora ni el mismo profesor tendría por qué oponerse a que fuéramos novios en toda forma.

Y refirió a su futura suegra el brillante porvenir que se le abría por delante.

—Muy bien, dijo la señora Futvoye, Ud. hará mejor, si tratara de este asunto con mi marido.

El profesor llegó muy pocos momentos después, y Horacio solicitó inmediatamente de él una entrevista privada, la cual le fué concedida.

El estudio del profesor, donde Horacio fué conducido, se encontraba al fondo de la casa, y en él cabían apenas las innumerables curiosidades orientales de todas las épocas y caracteres imaginables allí reunidas. El amoblado había sido hecho por artistas del Cairo, y los estantes estaban coronados en toda su extensión por textos del Corán. Cada silla tenía impresa en árabe y en caracteres de oro, una sentencia sobre la hospitalidad y la lámpara consistía en una vela y extraña linterna de mezquita; en un rincón una caja de momia, parecía sonreír a los visitantes, con estudiada y trabajosa benevolencia.

—Muy bien, empezo el profesor, tan pronto como hubieron tomado asiento... Así, al fin de cuentas, encontró Ud. algo en la botella de bronce... ¿Podríamos ver aquello?

Por el momento Horacio había olvidado enteramente la dicha botella.

—Oh! dijo, en efecto la he abierto: pero nada había en ella.

—Era justamente lo que yo había previsto, dijo el profesor. Ya le dije que nada podía haber en botellas de esa clase... El compraria fué simplemente arrojar el dinero a la calle.

—Mucho temo que así haya sido en parte... pero yo quería hablar a usted de un asunto más importante.

Y Horacio explicó en breves palabras el objeto de su conferencia.

—Diablos de diablos! dijo el profesor mientras se rascaba la cabeza, no sin cierta irritación... En verdad jamás se me pasó tal cosa por la mente. Tenía la idea de que Ud. al acompañar en sus paseos a mi esposa y a mi hija en Saint Luc, lo hacía sólo impulsado por su buena voluntad, y en el deseo de ahorrarme ese trabajo, que para un hombre de mis gustos y de mis hábitos, no podía ser más impropio y desagradable.

—Admito que no era yo tan absolutamente desinteresado, dijo Horacio... La verdad es que me enamoré de su hija tan pronto como la vi... sólo que no juzgué oportuno, dada mi pobre situación de entonces, hablar a Ud. sobre el particular.

—Era esa por cierto una honrosa manera de entender las cosas... Pero, ¿cómo es que Ud. ha cambiado de proceder?

Por tercera vez Ventimore hubo de referir la historia del súbito cambio de su fortuna.

—Conozco de nombre a ese Mr. Samuel Wackerbath, dijo el profesor: es uno de los

principales jefes de la casa de Akers y Vendale, grandes agentes de negocios... Es hombre de una inmensa influencia y espléndida situación, y Ud. tiene hecha su fortuna si logra satisfacerle plenamente.

—No tengo acerca de ello la menor duda, dijo Horacio. Espero construir para él una casa, que exceda a todas sus mayores especitaciones... Así, comprenderá Ud. que si en un año he ganado yo algunos miles de libras, me encontraré en situación de poderme casar...

Cuando Ud. tenga ya esos miles en el bolsillo, observó el profesor secamente, será tiempo de hablar de casamientos... Mientras tanto si Ud. y Silvia quieren considerarse como comprometidos... yo nada tengo a ello que objetar. Sólo debo exigir la promesa de que Ud. no ha de pedirle a ella que se case sin el consentimiento de su madre y sin el mío...

Ventimore se comprometió a lo que le pedían, con la mejor voluntad, y él y su futuro suegro regresaron en seguida al salón. La señora Futvoye no pudo prescindir de invitar a comer a Horacio en su nuevo carácter de novio; y éste no se hizo de rogar mucho para aceptar encantado semejante invitación.

—Hay algo, mi querido Horacio, dijo solemnemente el profesor después de comer, cuando las sirvientas hubieron salido; hay algo acerca de lo cual es mi deber prevenírte... Si Ud. desea justificar la confianza que le mostramos al sancionar su compromiso con Silvia, es necesario que Ud. sepa moderar sus propensiones a gastar el dinero extravagante y sin objeto.

—Pero papá, objetó Silvia. ¿De dónde ha sacado Ud. que Horacio es extravagante?

—Realmente, dijo Horacio, nunca se me había ocurrido merecer ese calificativo.

—No es fácil conocerse a sí mismo, respondió el profesor, pero observé bien en Saint Luc que Ud. daba habitualmente a los criados, cincuenta céntimos de propinas, cuando uno o dos peniques hubiera sido suficiente. Nadie tampoco que supiera estimar el dinero habría dado una guinea por un

cántaro de bronce sin valor alguno, en la remota esperanza de que contuviese manuscritos, que, como cualquiera pudo preverlo, no había allí...

—No era sin embargo tan despreciable esa botella, señor, objetó Horacio. Si Ud. mismo dijo que la forma no era ordinaria. ¿Por qué no había de valer ese dinero, y acaso más?

—Para un coleccionista bien puede ser, dijo el profesor, con su habitual cortesía, pero Ud. no lo es... No... solamente puede llamarse aquella compra un reprobable despilfarro de dinero.

—La verdad es, dijo Horacio, que yo la compré en la esperanza de que ella podría interesar a Ud.

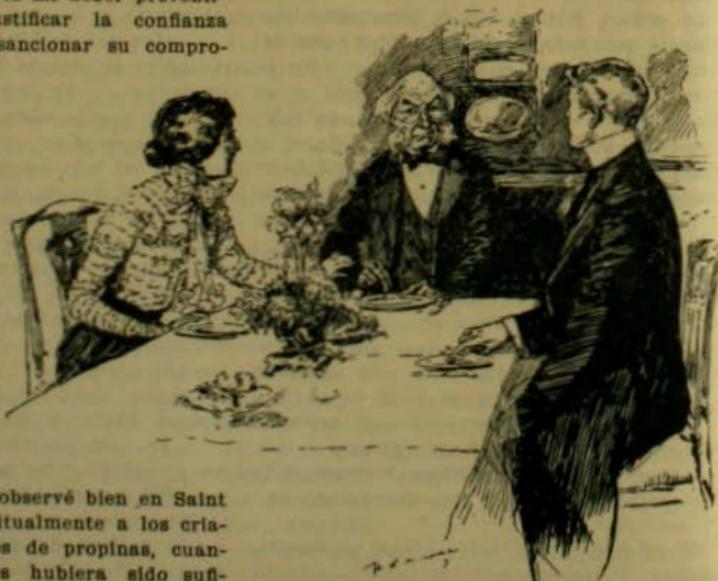
—Entonces Ud. se equivocó señor. No me interesa. Mal puede interesarme una jarra de metal que, mientras no se pruebe lo contrario, bien puede haber sido fundida en Birmingham el mes pasado.

—Sin embargo, algo había en ella, dijo Horacio: un sello o inscripción, o cosa por el estilo grabada en la tapa. ¿No lo recuerda Ud?

—Nada me dijo de semejante inscripción antes de ahora, replicó el profesor, con mayor interés... ¿Cómo son los caracteres?

—Arábigos? Persas? Cúdicos?

—En verdad no podría decirlo, porque están medio borrados... Son una especie



Solamente puede llamarse aquella compra un reprobable despilfarro del dinero.

de marcas triangulares, parecidas a las huellas de un pajarito...

—Eso parece escritura cuneiforme, dijo el profesor, y podría atestiguar un origen fenicio. Pero, según todos los datos que han llegado a mi noticia, no existen obras orientales en bronce, anteriores al siglo noveno de nuestra era... Así debe tratarse de una misticación. Sin embargo no me desagradaría examinar por mí mismo la botella, uno de estos días.

—Cuando Ud. quiera profesor. Mande Ud. no más.

—Estoy demasiado ocupado ahora: así no sé cuándo tendré un rato disponible para pasar nuevamente por su oficina.

—También yo por mi parte tendré bastante que hacer ahora, dijo Horacio, y el objeto, además no está en mi oficina, sino en mi casa, en Vincent Square. Por qué no se van Uds. a comer allá tranquilamente una tarde en la semana próxima, y entonces Ud., señor profesor, podrá examinar la botella con toda comodidad y averiguar de qué se trata... ¿Convenido entonces?

El pobre muchacho estaba en realidad ansioso de hacer a Silvia los honores en su propia casa.

—No, no, dijo el profesor. No veo el objeto de que Ud. se tome esa molestia con toda mi familia. Será mejor que vaya yo solo, y vea lo que hay en esa botella.

—Sí, muchas gracias papá, interrumpió Silvia; pero yo también desearía ir, para saber lo que Ud. piensa de la botella de Horacio; a más de que estoy rabiendo por ver su casa... Creo que debe ser espléndidamente lujosa.

—Espero, observó su padre, que ella esté muy lejos de serlo... Y si lo fuera, esto no me daría muy buena idea de la sensatez de su propietario...

—A la verdad mi casa nada tiene de magnífico: sobre este particular Ud. puede estar tranquilo, dijo Horacio. Es verdad que he hecho todos los sacrificios posibles para arreglarla y proveerla de todo lo necesario, pero en forma sencilla y económica... Nunca he podido gastar demasiado en ella. Pero vayan y véanla Uds. mismos... Tendríamos una pequeña comida para celebrar mi buena suerte. Cuánto gusto será para mí, si Uds. me acompañan.

—Si vamos, estipuló el profesor, será en la inteligencia de que Ud. no arreglará un banquete ni cosa por el estilo... Alimentos comunes, sencillos, sanos, bien cocinados, tales como los que tenemos aquí esta-

tarde, será lo suficiente. Ir más allá sería caer en una ostentación ridícula...

—Pero, papacito, protestó Silvia, alarma da con aquella dictatorial cominitoria. Lo mejor será dejar a Horacio en libertad de hacer lo que mejor le parezca.

—Horacio, querida mía, sabe muy bien que si le hablo como lo he hecho, es simplemente porque le considero ya como un futuro, o al menos probable miembro de mi familia. Un joven que piensa seriamente en casarse, no debe permitirse el lujo de dar comidas suntuosas y extravagantes. Al contrario, si su afecto es sincero, debe gastar lo menos posible, porque cada penique economizado, servirá para que su novia tenga que esperarlo por menos tiempo. Nada hay más fastidioso que los noviazgos prolongados... En otras palabras el amante más sincero es siempre el más económico.

—Esa es también mi opinión, dijo Horacio con muy buen humor; sería de mi parte una locura intentar un banquete en mi casa, tanto más cuanto que mi patrona, aunque es una excelente cocinera, está muy lejos de ser un *cordon bleu*. Así pueden Uds. llegar a mi modestísimo hogar con toda tranquilidad...

Antes de la despedida, quedó fijada para la comida, una tarde de los últimos días de la semana siguiente. En seguida Horacio tomó el camino de su casa, tan orgulloso de sí mismo, que sus pies parecían no tocar el pavimento mientras su frente se alzaba con altivez a la faz de las estrellas.

Al día siguiente se dirigió hacia Lipsfield donde trajo conocimiento con toda la familia Wackerbath, que estaba entusiasmada con el proyecto de casa de campo. El sitio era encantador y dominaba un espléndido panorama. Volvió a Londres esa misma tarde, después de haber pasado un día sumamente agradable, imponiéndose personalmente de los deseos, no sólo de su cliente, sino también de los de su esposa e hijas. Así estaba listo para comenzar su trabajo a la mañana siguiente.

No habían transcurrido muchos minutos, después de su llegada a su casa en Vincent Square, y estaba aún recordando la docilidad y entusiasmo con que los Wackerbath recibieron sus sugerencias y dibujos, cuando experimentó un desagradable choque para él ciertamente inesperado.

De la pared que tenía delante surgió como una exhalación y sonriendo benévolamente la verde figura de Fakrash-el-Amash. ¡El genio!

CAPITULO VI.

Kiquezas absurdas.

Tan sinceramente convencido estaba Ventimore de que el genio de la botella era simplemente creatura de su propia imaginación, que no pudo menos de resquebrar los ojos, en la esperanza de haber visto mal, al verlo aparecer nuevamente.

—Tranquilizaos. ¡Oh, tú el más generoso y meritorio de los mortales! —dijo el visitante. — Recobrad vuestras facultades para recibir la buena nueva... Porque, soy yo, en verdad, yo, Fakrash-el-Amash, a quien en este momento estáis contemplando.

—Mucho gusto de verlo, señor,—contestó Horacio, con toda la cordialidad que pudo.—;Eu qué puedo servirlo?

—Na la vengo a pediros. ¡Acaso no me habéis hecho el mayor de los beneficios.

—devolviéndome la libertad? ¡Os parece poca dicha, el escapar de una botella. Y a vos sólo os la debo.

Todo era, pues, verdad: él había realmente soltado en el mundo, un Genio, o un Demonio, o algo así por el estilo que estaba prisionero. Ahora si que no podía pensar que soñaba... Ojalá pudiera imaginarlo. Sin embargo, ya que ello era así, lo mejor era poner buena cara a tan extraordinario suceso, y procurar persuadir a aquel ser original de que se fuera por fin, y le dejara en paz.

—Perfectamente, mi apreciado señor,—le dijo:—pero no se preocupe Ud. tanto del asunto. He tenido mucho gusto en prestar a Ud. este pequeño servicio.... Pero... ¡no me dijo Ud. la otra noche que estaba pensando hacer un viajecito en busca de Salomón.

—Ya lo hice, y héme aquí de vuelta. He visitado todas las ciudades de sus vastos dominios, en la esperanza de oír alguna noticia suya, pero me cuidé mucho de hacer preguntas directas a nadie, porque ello engendraría sospechas, y Salomón acaso podría llegar a tener conocimiento de mi libertad, antes de que yo obtenga audiencia e imploré su justicia.

—No me parece esto muy bien pensado,—dijo Horacio.—Si yo estuviera en el lugar de Ud. volvería inmediatamente al reino de Salomón, y no dejaría de recorrerlo en todas direcciones hasta dar con él.

—En verdad, en verdad, se ha escrito: "No paséis delante de ninguna puerta sin golpearla, porque aquel que buscáis, acaso se encuentra detrás de ella."

—Exactamente,—dijo Horacio. Hay que ir de ciudad en ciudad y de casa en casa, sin olvidar el más insignificante rincón. Y si a la primera vez nada se encuentra, "probad, probad, probad siempre", como lo enseña uno de nuestros poetas.



La familia Wackerbath estaba entusiasmada con el proyecto de casa de campo.

—Probad, probad, probad siempre,—repitió el Genio, con el tono de la más entusiasta admiración. Realmente fué un divino pastor, el que compuso un verso semejante.

—Tiene una gran reputación de hombre sabio y prudente,—dijo Horacio,—y esta máxima es considerada como uno de sus esfuerzos más felices... Pero, como el Oriente se encuentra ahora bastante poblado, ¿no le parece a usted que mientras meno tiempo pierda, en seguir la recomendación del poeta, será tanto mejor.

—Así como lo decís, así lo haré. Pero sabed antes, hijo mío querido, que por doquiera dirija yo mis pasos nunca cesaré de pensar en la recompensa que merecéis por vuestras bondades para conmigo. Porque muy noblemente está escrito: "Si poseo riquezas y no soy generoso, merezco no tener donde reclinar la cabeza".

—Mi querido señor,—dijo Horacio,—permítame decirle que si Ud. llegara a ofrecerme alguna recompensa por un acto, créalo Ud., de simple cortesía, me vería obligado a rehusarla.

—No me dijisteis acaso, que necesitabais a alguien para salir de la indigencia?

—Así era en efecto,—dijo Horacio;—pero desde la última vez que tuve el gusto de ver a Ud., he encontrado uno, tal como nunca pude soñarlo mejor....

—Mi corazón se regocija al escucharos,—repuso el Genio,—porque bien veo que he tenido éxito, al realizar el primer servicio que me habías demandado.

Horacio sintió un vértigo, al recibir en su amor propio profesional, un golpe tan duro... Por el momento no pudo sino balbucear estas palabras:

—¿Usted?... ¿Usted me lo envió?

—Yo, y no otro sino yo,—dijo el Genio,—sonriendo satisfecho... Yo, que paseándome invisible para los mortales, sobre esta ciudad, con el pensamiento de cumplir vuestros de-

seos, aun antes de buscar a Salomón (sobre quien haya paz), o decir casualmente a un señor de aspecto próspero y opulento, que pasaba por el puerto, que deseaba construir un palacio y andaba en busca de un arquitecto... Y como al mismo tiempo percibí a vos sentado tras de una ventana abierta, inmediatamente lo transporte a vuestro aposento y lo entregué en vuestras manos.

—Pero él sabía mi nombre, y llevaba mi tarjeta en el bolsillo,—dijo Horacio.

—Yo le proporcioné el papel en que estaban escritos vuestro nombre y domicilio, por si acaso él los ignoraba.

—Muy bien; pero vea Ud., Mr. Fakrash,—dijo el infeliz Horacio,—comprendiendo perfectamente que sus intenciones han sido muy buenas, pero no vuelva a hacer jamás nada semejante. Si mis colegas arquitectos llegan a saberlo, mi reputación estaría perdida.



Tranquilízao; Oh tú el más generoso y meritorio de los mortales!

—Me acusarían, de mi manejo indigno, y con razón. No se me pasó por la cabeza que usted hubiera tomado tal camino para traerme clientes. De sospecharlo, yo mismo habría detenido al señor Wackerbath.

—Fué un error.—dijo Fakrash;—no se hable más del asunto. Veré manera de deshacer este negocio, y buscar otro medio de serviros.

Horacio suspiró. ¿Deshacer el negocio? ¿Cómo podría ser esto realizado sin un escándalo mayúsculo?

—No, no... —dijo,—por Dios; dejé Ud. las cosas como están. Ud. solo conseguira hacerlo peor todavía... Perdone, Ud. apreciado Mr. Fakrash. Temo parecer

acaso como un ingratito delante de Ud....

Pero estos asuntos me han tomado tan de sorpresa... En realidad, le estoy muy obligado... porque, aun cuando los medios empleados han sido

un poco... un poco... irregulares, en el fondo Ud. me ha hecho un señalado servicio.

—Es una bagatela.—dijo el Genio,—comparado con los que espero rendir a mi bienhechor.

—Se lo digo, formalmente. Ud. no debe pensar en hacer nada más en mi obsequio.

—Interrumpió Horacio, sintiendo la necesidad absoluta de prevenir cualquier intento de ulterior benevolencia de parte del Genio... Ud. ya ha hecho bastante y aun demasiado; porque gracias a Ud. se me ha encargado la construcción de un palacio, que me proporcionará bastante trabajo y por mucho tiempo.

—Tanto gustan los humanos del trabajo? —preguntó Fakrash, lleno de admiración. No les sucede lo mismo a los Genios.

—Amo el trabajo por el trabajo mismo, —repuso Horacio,—y después cuando lo termine, habré ganado una hermosa suma de dinero, lo cual es particularmente importante para mí, en estas circunstancias.

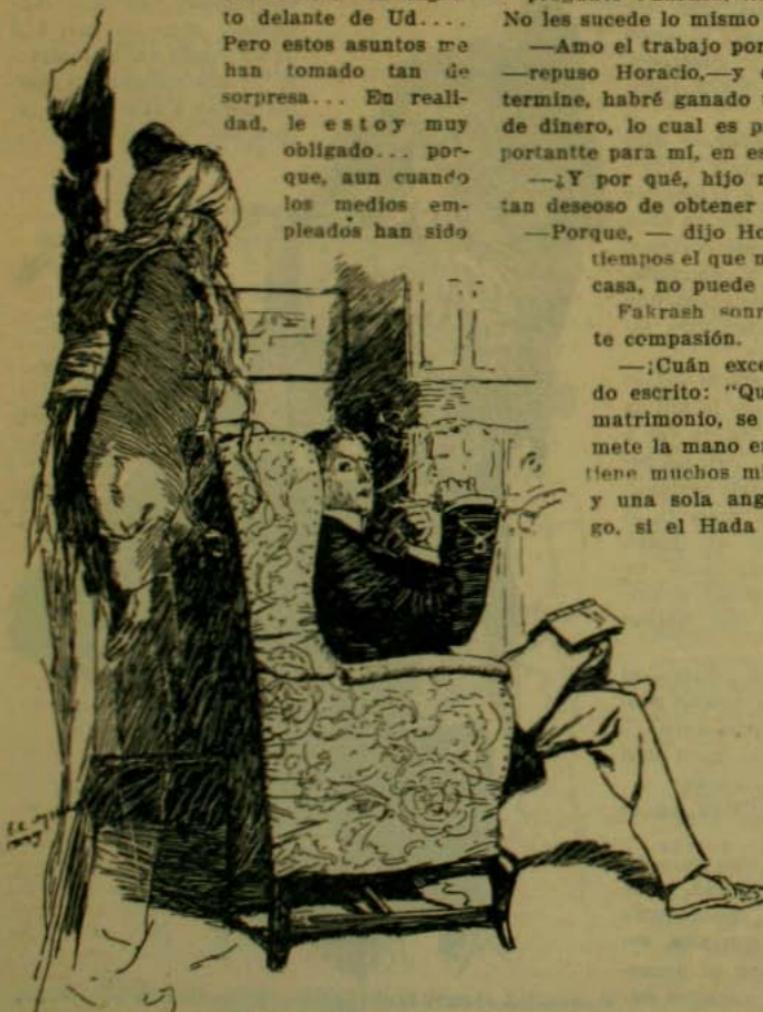
—Y por qué, hijo mío querido, estás tan deseoso de obtener riquezas?

—Porque, —dijo Horacio, —en estos tiempos el que no anda bien por su casa, no puede pensar en casarse.

Fakrash sonrió con indulgente compasión.

—¡Cuán excelentemente ha sido escrito: "Quien se arriesga al matrimonio, se parece a uno que mete la mano en un saco que contiene muchos miles de serpientes, y una sola anguila..." Sin embargo, si el Hada así lo decreta, él puede topar con la anguila." Vos habéis llegado a una edad, en que es natural desear el amor de una doncella. Sea ella sin embargo de buen corazón y

Así sepa yo buscárla, y cuando esté más desocupado, pienso encontraros una compañera que llenará vuestra casa de regocijo.



Siervase no molestarle en busarme nada de...

—“Sírvase no molestarse, en buscarme nada de eso!”—dijo Horacio apresuradamente, espantado ante la visión probable de una extraña y nunca vista criatura, apareciéndose en su habitación... —Le aseguro que ya he ganado el corazón de una mujer por los medios ordinarios... Así, muchas gracias por su amabilidad. No es necesario que Ud. se tome ningún trabajo a este respecto.

—¡De modo que ya vuestro corazón palpitá por una doncella? Si es así; no temáis en darme a conocer su nombre y domicilio, y estoy cierto de que sabré obtenerla para vos. Pero ya Ventimore conocía demasiado bien los procedimientos brutales del Genio, y tenía razones para dudar de su discreción y tacto, en lo referente a sus relaciones con Silvia.—Nó, nó... Nada de eso... Hablaba en general... Es usted excesivamente amable pero creo ya haberle dado a entender que me siento de sobra recompensado, por los servicios que haya podido prestarle. Usted me ha puesto en situación de labrarme por mí mismo un nombre y una fortuna. Si no tengo éxito, mía sola será la culpa... Y, en todo caso, nada más necesito de Ud. Si Ud. consigue encontrar a Salomón (sobre quien haya paz), Ud. puede irse a vivir junto con él, en el Oriente, porque lo que es por aquí, él no viene nunca. Ud. debe dedicar todo su tiempo a buscarlo, con toda la calma posible, y sin desalentarse por las informaciones contradictorias, que puedan llegar a sus oídos... Sobre todo le ruego no se moleste más ni por mí ni por mis negocios.

—¡Oh, vos, sabio y elocuente entre todos los hombres!—dijo Fakrash; este es por cierto un excelente consejo. Me marcharé pues, pero beba yo la copa de la perdición, si alguna vez llego a olvidar vuestra benevolencia.

Y levantando sobre su cabeza las manos juntas, mientras decía estas palabras, se hundió, bruscamente, desapareciendo a través de la alfombra.

—Gracias a Dios,—pensó Ventimore,—al fin me deja en paz. Espero no volver a verlo más en esta vida... Y era acaso una ingratitud mía, el desecharlo así, pero no puedo evitarlo. No quiero tener relaciones, ni deber servicios a un Genio, que ha estado encerrado en una botella de bronce desde el tiempo de Salomón, quien probablemente tuvo muy buenas razones para meterlo allí dentro.

Horacio se preguntó en seguida si acaso en su honor estaría obligado a relatar a Mr. Wackerbath, la verdad toda entera, dándole así la oportunidad de deshacer el compromiso que con él había contraído.

En el fondo, no vió la necesidad de decir nada; el único resultado posible de semejante confidencia, sería el que su cliente concibiese sospechas acerca del estado de su juicio. ¿Y querría alguien después de esto dar trabajo a un arquitecto loco? Además, si se retiraba del trabajo inicial sin mejores explicaciones, ¿cómo justificaría su proceder delante de Silvia? ¿Qué diría de ello el padre de Silvia? Sin duda el niviazgo se acabaría, y con él todas sus esperanzas.

Después de todo, él no tenía nada de qué reprocharse: los Wackerbath estaban plenamente satisfechos. Y, por otra parte, se sentía seguro de corresponder a la confianza en él depositada. A nadie hacía perjuicio, al conservar su comisión. En tanto si la renunciaba, debía perder para siempre toda esperanza de alcanzar a Silvia.

Fakrash había partido para nunca más volver. Así, todo bien considerado, Horacio concluyó que el silencio era su única política posible, y, aunque algunos moralistas, acaso podrían condenar su conducta, como falsa, incorrecta y sin verdadero valor moral, por mi parte, me atrevo a poner en duda que alguno de mis lectores, por grande que fuera su independencia, su rigidez y su desprecio por el ridículo, obraría de otra suerte, en una situación tan difícil y delicada como la de Ventimore.

Durante los días que siguieron a su última entrevista con el Genio, Horacio trabajó día y noche, embebido en los éxtasis de su creación adquitectónica. Todo hombre dotado de un temperamento de artista, siente en algunas ocasiones, muy raras a veces, nacer en su obra facultades que antes no sospechaba poseer. Así sucedía ahora a Ventimore. Sus largos años de meditación y estudio, que él tantas veces imaginara inútilmente perdidos, le rendían ahora sus más brillantes frutos. Dibujaba con tal rapidez y originalidad, con un sentido tan sólido de los problemas que debía resolver, y una maestría tan perfecta, en los detalles y en el conjunto, que muchas veces llegó a pensar en medio de los embates de su atrevida fantasía, ser la víctima de una ilusión químérica.

Sus tardes transcurrían felices, en casa de los Futroyes, descubriendo en Silvia de

día en día nuevos y más adorables encantos. A la vez estaba muy enamorado, muy feliz y muy embebido en sus tareas; tres cosas que no siempre se encuentran juntas.

Como lo había previsto, muy pronto dió a Fakrash al olvido. El viejo demonio, estaba evidentemente muy ocupado en busca de Salomón, y no tendría tiempo para pensar en otra cosa; y parecía lo más probable que transcurriran a lo menos dos o tres generaciones, antes de que llegara a convencerse de que tan poderoso monarca, no ocupaba ya el trono, desde muchos siglos atrás.

—Hubiera sido una crueldad de mi parte el desengañarle, — pensaba Horacio.

—¡Pobre diablo! Tenía tantos deseos de ver su causa revisada... Esto por otra parte lo ocupa, le entretiene, y le impide mezclarse en mis asuntos... Es mucho mejor, tanto para él como para mí.

La pequeña comida que Horacio ofreciera a la familia de su novia, había sido postergada en dos ocasiones. Ventimore comenzaba a sentir un temor supersticioso de que ella no llegaría a realizarse; pero al fin el profesor consintió en fijar definitivamente una tarde para que tuviera efecto.

El día anterior, después de almorzar, Horacio llamó a su patrona a fin de consultarla sobre el "menú".

—Nada, no soy pretencioso, ni fantástico, señora Rapkin, — le dijo Horacio, quiten, aun cuando hubiese deseado festejar a Silvia con todos los primores del enamorado, prefería respetar los prejuicios del profesor.—Haga usted una comida sencilla, eso si bien preparada y correctamente servida. Usted sabe muy bien a este respecto dónde tiene la mano derecha.

—Podrás acaso, señor, consultar el punto con mi marido?

Como Mr. Rapkin se encontraba entonces en uno de esos períodos demasiado frecuentes en él, en que era incapaz para todo, salvo para sonreír y hacer muchas reverencias, Horacio objetó que no valía la pena molestarlo, pero la señora Rapkin se mostró tan confiada en los talentos de su marido, en semejantes ocasiones, que Ventimore la permitió ir a consultarlo.

—Ahora bien, ¿qué sopa tendremos? — preguntó una vez que la señora hubo regresado de su consulta.

Después de una larga y trabajosa meditación, la patrona propuso, como para salir del paso, un "consommé" con jugo de carne, que



¿Qué demonios puede hacer en la plaza Vincent una caravana de camellos?

Horacio rechazó como demasiado sencillo, proponiendo en su reemplazo sopa de tortuga.

—Bien... Ahora pescado, — continuó. — ¿Qué haremos en cuanto a pescado?

La señora Rapkin, exploró por algunos segundos, las más recónditas profundidades de sus conocimientos culinarios y por fin se pronunció por un "lenguado frito". Horacio no quiso oír de cosa tan vulgar, y sugirió un salmón.

La patrona substituyó el salmón por arenques; pero Horacio, con una fe-

liz inspiración propuso un "rodaballo con salsa de langostas". La salsa, sin embargo, presentaba dificultades insuperables para la señora Rapkin, y, en consecuencia, ofreció como transacción un bacalao que Horacio hubo de aceptar.

Difícilmente podría el profesor censurar de ostentoso semejante plato.

Venía ahora el no menos difícil problema del guiso de ave.

—¿Qué podríamos encontrar en este mes? —dijo Horacio.—Déjeme ver...

Y se asomó a la ventana, por si el aire fresco le sugería alguna idea.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó de pronto.—Esos que allí vienen, ¿no son camellos?

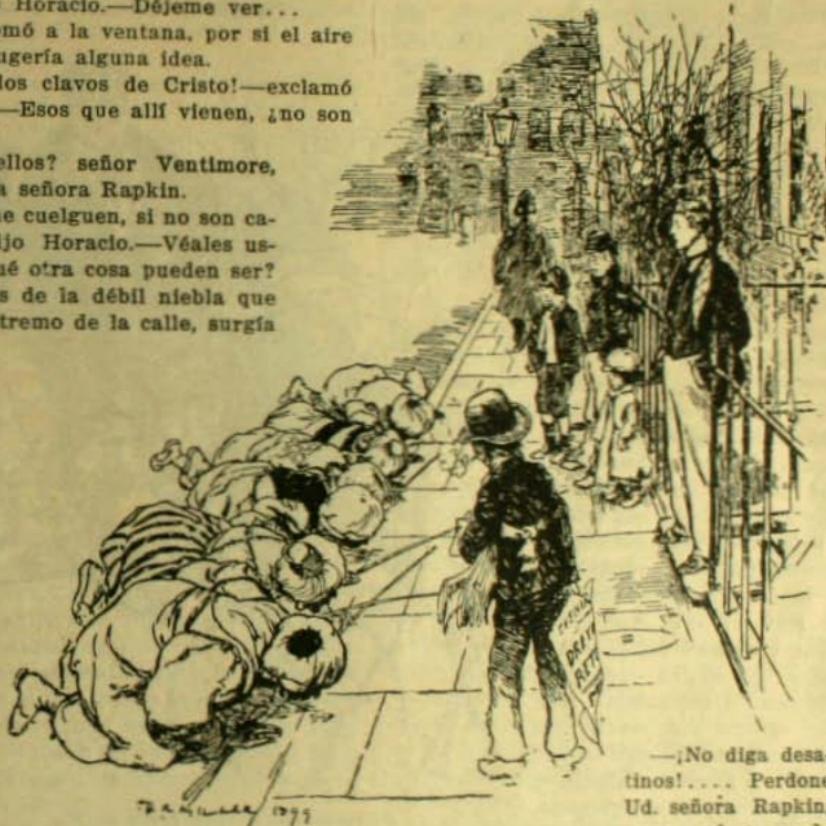
—¡Camellos? señor Ventimore, —repitió la señora Rapkin.

—Que me cuelguen, si no son camellos, —dijo Horacio.—Véales usted... ¿Qué otra cosa pueden ser?

Al través de la débil niebla que cubría el extremo de la calle, surgía

mo aliviado de un gran peso.—Este no es el camino de los muelles, pero acaso la calle principal, se encuentre en reparaciones. Darán vuelta por la esquina. Vea, señora, llevan conductores árabes. Es maravilloso cómo este diablo de Barnum arregla sus exhibiciones.

—Me parece, —dijo la señora Rapkin,—que vienen en nuestra dirección, y que van a detenerse a nuestra puerta...



Así que apareció en la puerta de calle, los conductores se arrodillaron, besando el suelo.

una procesión de grandes animales de cola obscura, largos cogotes y paso acompañado y solemne. Ni la misma señora Rapkin podía confundirlos. Eran, en realidad, camellos.

—¿Qué demonios puede hacer en la Plaza Vincent una caravana de camellos? —dijo Horacio, con un súbito temor, de cuya causa no pudo darse exacta cuenta.

—Probablemente pertenecen al Circo Barnum, señor, —opinó la patrona.—He oido decir que va a funcionar en el Olympia.

—No diga desatinos!.... Perdone Ud. señora Rapkin, pero ¿cómo puede Ud. imaginarse que los camellos de Bar-

num, vienen a mi casa?... Esto es ridículo, sabe Ud.—exclamó Horacio con irritación.

—Bien puede ser ridículo, señor, —repuso la patrona,—pero el hecho es que se han detenido allá en frente, y esos negros parecen hacerle a Ud. señales de que baje a hablar con ellos. Era la verdad. Uno por uno, los camellos se iban arrodillando al frente de la casa, a una señal de sus conductores, los cuales hacían en seguida profundos saludos a la ventana en que se encontraba Ventimore.

—Así debe ser, —exclamó Horacio.—co-

—Bajaré a ver qué desea esa gente, — dijo Horacio con amarga sonrisa.— Deben haber perdido el camino del Olympia... Solo espero, pensaba al bajar la escalera, que Fakrash no esté de por medio en este negocio... Habría venido personalmente... ¿Con qué objeto me enviaría un mensaje en camellos?

Así que apareció en la puerta de calle, los conductores se arrodillaron, besando el suelo.

—Levántense Uds. por todos los diablos,—dijo Horacio fuera de sí.—No estamos aquí en el circo. Den Uds. vuelta a la izquierda, por la calle de Vasohall y preguntan al 1er. policial el camino del Olympia.

—No os irritéis con vuestros esclavos,—dijo en excelente inglés el principal de la caravana. Estamos aquí por mandato de Fakras-el-Amash, nuestro señor, a quien estamos obligados a obedecer; y os hemos traído esto, como presente.

—Saluden de mi parte a su señor, balbuceó Horacio, y diganle que los arquitectos de Londres no necesitamos de camellos. Les agradescos muchoísimo, pero me veo en la obligación de rehusarles.

—Oh, generoso mortal! — explicó el jefe,—los camellos no vienen como regalo sino los bultos que traen encima. Permitidnos, pues no osamos desobedecer las órdenes de nuestro señor, conducir estas insignificantes muestras de su benevolencia, al interior de vuestra muralla y partir en seguida en paz. Hasta entonces Horacio no había visto que los camellos venían cargados de gruesos bultos, que los conductores se ocupaban ahora en bajar.

—Bien, háganlo si quieren,—dijo secamente.—Pero apárense, porque la gente comienza a agruparse, y no sería agradable para mí que viniera la policía a poner orden. Volvió a sus habitaciones, donde encontró a la señora Rapkin casi paralizada por la admiración y el espanto.

—Está muy bien,—le dijo.—Había olvidado que debían traer estos objetos ori-

tales, de la misma casa donde compré la botella de bronce que Ud. conoce.

—Es cómico que envíen los objetos en camellos ¿no es así, señor?—dijo la señora Rapkin.—No, no lo hacen por chiste, sino como un medio de "réclame". Es una firma muy emprendedora. Uno después de otro entraron en la casa los polvorrientos conductores, depositando sus respectivas cargas, hasta que el corredor quedó atestado de montones de sacos, fardos y cajas.

—¿Cuánto he de darles a estos diablos



El contenido le puso fuera de sí.

como propina?—pensaba Horacio.—Una libra esterlina, parece en realidad poco, pero es cuanto llevo contigo. Habrá de contentarse con ella. Pero el conductor rechazó con dignidad la idea de un obsequio. Al bajar, en la calle un policial le detuvo.

—Esto está prohibido, dijo el guardián. Llévese sus camellos que obstruyen el tráfico.

—Tiene Ud. razón, señor guardián,—dijo Horacio,—deslizando en sus manos la libra esterlina rehusada por el conductor.

—Van a irse inmediatamente. Me han traído unos regalos de parte... de parte de un amigo que tengo en el Oriente.

Entretanto los conductores habían montado en los dóciles camellos, y emprendido su viaje de vuelta, en larga procesión y seguidos por la curiosa turba. Al fin la caravana se perdió poco a poco entre la niebla.

—Desearía mucho conocer a ese generoso amigo de usted,—dijo el policía.—Un generoso caballero, por lo visto.

—Mucho que sí,—repuso Horacio bruscamente, y se dirigió a sus habitaciones.

Sus manos temblaban, pero no de alegría, así que abrió algunos de los sacos, fardos y cajas, cuyo contenido le puso fuera de sí.

Porque esos fardos encerraban tapices y tejidos que, a primera vista mostraban ser de fabulosa antigüedad e inapreciable valor; los sacos contenían palanganas de oro y vestijos de extrañas formas y descuñuales proporciones; las cajas estaban llenas de joyas, sartas de perlas tan grandes como regulares cebollas, montones de rubíes y esmeraldas sin tallar, la menor de las cuales habría sido el pasmo de Londres entero, y diamantes groseramente pulidos, pero del tamaño de una gruesa manzana, de cuyas facetas se desprendían ríos de fulgurante luz.

Según los cálculos más moderados, el valor total de aquellos presentes excedería probablemente de un centenar de millones de libras esterlinas; nunca en la historia de la humanidad el más opulento tesoro contuvo riquezas tan estupendas.

Difícil habría sido para cualquiera al hallarse repentinamente poseedor de tan extravagante y colosal tesoro, formular una apreciación exacta de sus impresiones; pero nada por cierto más inadecuado a la situación que la única palabra que lograba salir, de los desfallecientes labios de Horacio...

—Maldición!...

CAPITULO VII.

La gratitud es el sentimiento egoista de los beneficios por recibir.

La mayorfa de los mortales, al encontrarse dueños de semejante y colosal riqueza, habría sentido algún entusiasmo. Ventimore como lo hemos visto, se hallaba simplemente exasperado. Y aunque esta su actitud, pueda chocar al lector como incomprendible y absurda, era sin embargo, más

razonable de lo que a primera vista parece.

Sin duda, con el dinero que esos tesoros representaban, habría estado en situación de trastornar los mercados monetarios de Europa y América, arrojar a sus plantas la sociedad entera, hacer y deshacer imperios y dominar, en una palabra, al mundo todo.

—Pero, al fin de cuentas,—pensaba Horacio,—no me divertiría en absoluto, convulsionar las bolsas y los mercados monetarios. ¿Necesito acaso ver envilecerse a la más elegante sociedad de Londres, buscando el medio de adularme? Y como puedo estar completamente seguro de que esos homenajes no serían dirigidos a mis méritos personales, es muy difícil que ellos llegaran a causarme alguna satisfacción. ¿Y qué adelantaría con levantar imperios? Sólo me interesa levantar casas. ¿Y sería más afortunado, dominando el mundo, que los demás que han intentado hacerlo? Lo dudo.

Recordaba a los millonarios que había conocido personalmente o de oídas: todos ellos no gozaban en realidad mucho con sus riquezas. La mayorfa eran víctimas de la dispesia. Vivían aplastados por los cuidados y responsabilidades de su posición: las únicas personas que jamás podían obtener de ellos una audiencia, eran sus propios amigos. La publicidad les aplastaba, y cada correo llevaba centenares de cartas pedigüeras impertinentes, y parte amenazantes; sus hijos estaban continuamente expuestos a las acechanzas de los ladrones de niños, y ellos mismos, después de no conocer el descanso durante toda su vida, no podían estar ciertos de reposar con tranquilidad, ni siquiera en la tumba. Avaros los más, prodigos los otros, todos eran igualmente mal mirados, y por grande que fuera su fortuna, podían estar ciertos en absoluto, de que ella sería disipada en un par de generaciones.

—Y el mayor de los millonarios conocidos,—concluía Horacio,—es un pobre diablo, si se le compara conmigo.

Pero aún había otros puntos dignos de consideración. ¿Cómo podría realizar semejantes tesoros? Sin ser un especialista en piedras preciosas, comprendía muy bien que semejantes rubíes del más puro oriente y del tamaño de un melón, valdrían, aun después de tallados, más de un millón de libras esterlinas. ¿Pero quién iba a comprarles?

—Ya me imagino,—reflexionaba,—delante de un joyero de Holton Garden, lle-

vando una media docena bien surtido de estas pedrerías. En el caso de que las juzgase auténticas el comerciante sufriría un desmayo; pero lo más probable es que me juzgaran inventor de algún procedimiento para fabricarlas, y lo bastante loco, para haberme excedido en el tamaño al practicar mi descubrimiento. Desearian saber, de todos modos, cómo pude adquirirlas y ¿qué podría contestarles? ¡Que formaban parte de un pequeño regalo de parte de un Genio, libertado por mí de una botella, donde permaneciera por cerca de tres mil años! Por efectivo que esto sea, no me parece una explicación satisfactoria... Me tomarían por loco... Y el asunto sería llevado a los periódicos.

¡Los periódicos! ¡Qué cosa escapa ahora del conocimiento de la prensa? Sería imposible en nuestro tiempo que un joven y pobre arquitecto, se viese de la noche a la mañana rodeado de maravillosos tapices, vajillas de oro y gigantescas pedrerías, sin atraer la atención, por lo menos de algunos periodistas. Sería reporteado, y la historia de su curioso hallazgo reproducida en todos los diarios del mundo: le aplastaría la incredulidad, la sospecha, el ridículo... En su imaginación, Horacio creía ya estar leyendo en gruesos caracteres frases parecidas a estas:

MILLONES EMBOTELLADOS

Antiguedades arribigas reunidas por un arquitecto

Sostiene que las ha recibido de un Genio

HISTORIA SENSACIONAL

Divertidos detalles

¡Y así sucesivamente! A la simple idea de semejante escándalo, Horacio se sentía desfallecer. ¡Y si aquello llegaba (como era seguro) al conocimiento de Silvia? ¡Qué iba ella a pensar? Como niña educada en los más cristianos sentimientos, consentiría en tener por amante a un individuo en secretas relaciones con seres sobrenaturales y endemoniados? ¡Y sus padres? ¡Le permitirían casarse con un sujeto sin duda muy rico, pero cuya fortuna, tenía un origen tan dudoso y embrollado? Nadie dejaría de creer que un pacto nefando le llevaba al mal espíritu embotellado... cuan-

do en realidad él obró inocentemente y resistió persistentemente a aceptar recompensa alguna en premio de su acción.

Nó! Esto era demasiado. Aunque no podía menos de hacer justicia a la generosidad y gratitud del Genio, no le era posible dejar de sentir un amargo resentimiento por la total falta de consideración que envolvía el hecho de haberlo colmado de dones tan inútiles como compromitentes. Ningún Genio, por viejo e ignorante que fuera del estado actual del mundo, tenía derecho para cometer semejantes locuras.

Aquí llegaban los pensamientos de Horacio, cuando, por encima de los montones de sacos y fardos que ocupaban la sala, apareció el austero rostro de la señora Rapkin.

—Venía a preguntarle, señor,—dijo ocultando mal su desagrado,—si le parecería bien para su comida de mañana un guiso de mollejas.

Horacio, rodeado de absurdas y descomunales riquezas, nada le pareció más incongruente que un guiso de mollejas. La transición era demasiado brusca.

—No puedo conversar de esto, por ahora,—repuso.—Mañana decidiremos el punto. Ahora estoy muy ocupado.

—Supongo que la mayoría de estas cosas serán devueltas antes de mañana. ¡No han venido como muestras?

Si él quisiera hubiese podido sospechar cómo devolverlas!

—No estoy seguro,—dijo.—Por ahora debo guardarlas.

—Bien, señor, pero sería mejor llevarlas a las piezas del desván. Aquí están obstruyendo el paso.

—No, por cierto,—dijo Horacio secamente y nada deseoso de que la señora Rapkin o su marido tuvieran conocimiento de la naturaleza real de sus tesoros. No toquen ustedes nada de esto. Déjenlo todo como está. ¡Lo entiende Ud?

—Como le parezca, señor Ventimore, pero, a la verdad no comprendo cómo va Ud. a recibir mañana a sus invitados, cuando vengan a comer.

Y en verdad, si se considera que la mesa y todas las sillas disponibles y hasta el suelo mismo del comedor se encontraban repletos de preciosidades de manera que apenas había paso para el propio Horacio, era demasiado cierto que los huéspedes no tendrían materialmente donde ser recibidos.

—Todo se arreglará,—dijo, con un op-

timismo que estaba muy lejos de sentir.
Déjelo a mí cuidado.

Antes de partir para su oficina, y a fin de evitar cualquiera indiscreción de parte de su patrona, Horacio cerró el comedor, llevándose la llave consigo. Su espíritu antes tan alegre y confiado, no era ya el mismo, cuando se sentó aquella mañana a la mesa de su escritorio. No podía concentrar su pensamiento; las ideas y el entusiasmo le habían abandonado.

Arrojó lejos de sí con un gesto petulante los compases, la caja de los colores y la tinta china que había estado usando.

—Esto no está bien,—exclamó en voz alta. Estoy convertido en un perfecto idiota, no seré capaz de dibujar ni siquiera una casita para perros...

Aún no había pronunciado estas palabras, cuando sintió que no estaba solo en la pieza, y al volver el rostro vió a Fakrash, el Genio, de pie a sus espaldas, y sonriendo con más benevolencia que nunca.

Probablemente esperaba una entusiasta acogida y calurosas muestras de gratitud.

—El es al fin de cuentas, una buena persona,—pensaba Horacio, reprochándose a sí mismo, su conducta. Sus intenciones son excelentes y soy en realidad un ingrato en no experimentar al verlo ningún regocijo. Nō; ¿Qué diablos! No puedo acostumbrarme a verlo aparecer y desaparecer repentinamente, como un ratón, cada vez que a él se le da la gana.

—¡La paz sea con vos!—dijo Fakrash.—Moderad la congoja de vuestro corazón, y confiadme sus cultas... Yo he de remediarlas.

—Muchas, muchísimas gracias, pero nada necesito,—dijo Horacio visiblemente embarazado... Había tropezado con algunas dificultades en mi trabajo, y esto me contrarió un poco... Esto es todo.

—No habéis, entonces, recibido los obsequios que os fueron conducidos a vuestra morada?

—Sí, por cierto,—replicó Horacio.—Y... y... en verdad no encuentro palabras para manifestarle mi gratitud.

—Unos pocos regalos insignificantes,—contestó el Genio. Estos, ni con mucho, están a la altura de vuestra dignidad y merecimientos... Sin embargo, fueron los mejores que pude ofreceros, en estos tiempos de ahora.

—Mi querido señor, ellos simplemente me han anonadado con su estupenda magnificencia. Su valor es inapreciable... excede a todo cálculo humano. En realidad, no sabría qué hacer con tales tesoros.

—Nunca lo bueno es demasiado abundante.—Esa fué la sentenciosa réplica del Genio.

—Pero no es este mi caso particular... Yo... Yo... estoy conmovido con la grandeza y generosidad de Ud., pero, en verdad, como ya había tenido ocasión de decírselo, me es del todo imposible aceptar seméjante recompensa.

Las cejas de Fakrash, se contraerón imperceptiblemente.



Por encima de los montones de sacos y fardos, apareció el austero rostro de la señora Rapkin.

—¿Cómo podéis decir que ello sea imposible? No tenéis ya esos tesoros en vuestra poder?

—Bien lo veo,—dijo Horacio,—pero... ¿No se ofenderá Ud. si le hablo con franqueza?

—Ninguna palabra, viiniendo de vos, puede serme desagradable. Hablad, como si fuerais mi hijo... ¿No lo sois acaso?

—Muy bien,—dijo Horacio, más alentado.—Honradamente entonces, debo pedirle, como un servicio, que se sirva conservar esos tesoros.

—¿Cómo? ¿Queréis acaso que yo, Fakrash-el-Amash consienta en recibir de nuevo los regalos que os he ofrecido? ¿Son ellos acaso de tan poco valor a vuestros ojos?

—Por el contrario... Son de un valor excesivo. Si yo aceptara tamaña recompensa, por un servicio de tan escasa entidad, no seguiría mereciendo el respeto de mí mismo.

—Ese modo de pensar, no es el de una persona inteligente, dijo friamente el General.

—Si Ud. me toma por un loco... ¿qué hemos de hacerle? Pero no soy un loco ingrato, Ud. puede creerlo... Pero yo se perfectamente que no puedo conservar sus regalos... Es imposible.

—¿Queréis así obligarme a quebrantar el juramento que me hice a mí mismo, de recompensarlos dignamente vuestra bondadosa acción?

—Pero... Ud. ya me ha recompensado, dijo Horacio, y más de cuanto yo merecía, al obligar a aquel rico mercader a encargarme la construcción de su residencia... Y, perdónenme usted mi franqueza, pero si Ud. desea mi felicidad (como me complazco en creerlo), Ud. debe llevarse nuevamente sus maravillosas joyas porque, en verdad pura, lejos ellas de hacerme dichoso, me colocan en una situación bastante incomoda y difícil.

—En los antiguos tiempos, dijo Fakrash, los hombres corrían tras el dinero y tesoro. El genio era capaz de satisfacerles... ¿Han llegado acaso las riquezas a ser tan despreciables a los ojos mortales, que las encontréis ahora incómodas y molestas?... Explicadme esto.

Horacio, por una delicadeza muy natural, se abstuvo de dar sus verdaderas razones.

—No puedo responder por los demás hombres, dijo. En cuanto a mí, no estoy acostumbrado a la opulencia, y si deseo el dinero, quiero que él me venga poco a poco, y merced a mis propios esfuerzos. Porque, no necesito decírselo a Ud., Mr. Fakrash, las riquezas no constituyen, por sí solas, la felicidad. Ud. puede haber observado que ellas originan no pocas molestias y desgracias...

Fakrash estaba visiblemente conmovido.

—¡Oh, joven de maravillosa moderación!, exclamó. Vuestros sentimientos no son inferiores a los del Gran Salomón (sobre quien haya paz...) porque él no desprecia las riquezas, pues posee oro, marfil y piedras preciosas en abundancia. Jamás, hasta ahora, había encontrado un mortal que las rechazara, cuando le eran ofrecidas. Pero ya que parecéis sincero, al pensar que mis pobres presentes no os han de procurar la felicidad, y como yo deseo vuestro bien y no vuestro mal... ¡Sea como queráis! Porque muy bien ha sido escrito: "El valor de un presente, no depende de sí mismo, ni de quien lo ofrece, sino de quien lo recibe".

Apenas podía creer Horacio, en su fácil victoria.

—Es mucha bondad la suya, dijo. Y si Ud. quisiera tomarse la molestia de enviar su caravana a recoger esos objetos, tan pronto como sea posible, esto sería muy conveniente para mí... El hecho es que tengo invitados a comer a algunos amigos, para mañana y como mis habitaciones son pequeñas, no tendré dónde recibirlas, si ellas permanecen ocupadas por el tesoro de Ud.

—Nada será más fácil replicó Fakrash. No lo temáis, no... Cuando el tiempo sea venido, podréis hacer a vuestros amigos un agasajo espléndido y digno de vos. En cuanto a la caravana, enviaré inmediatamente.

—Pero, ¡qué diablos!... Me olvidaba de un detalle,—dijo Horacio.—He cerrado con llave la pieza en que están los presentes... y los criados de Ud. no van a poder sacarlos.

—Ni candados, ni cerraduras nada valen contra los servidores de un Genio... Ellos entrarán pues y se llevarán cuanto os trajeron, ya que así lo deseáis.

—Muchísimas gracias,—dijo Horacio.—

Y créamele. Mr. Fakrash, mi gratitud hacia Ud. es igual, como si hubiera recibido sus regalos. Usted pudo verlo... Necesito ahora de todo mi tiempo y energías, para concluir los dibujos de este edificio que, jamás había estado yo en el caso de construir, sin la bondadosa intervención de Ud.

—A mi llegada,—dijo Fakrash,—os vi lamentaros acerca de las dificultades de la tarea. ¿En qué consistían ellas?

—¡Oh!—repuso Horacio.—Suele ser un poquito difícil, dar gusto a la vez a todos los miembros de una familia, y a la vez a uno mismo. Deseo hacer algo de que pueda enorgullecerme, y que me dé una reputación. Se trata de una casa de grandes proporciones, y que me dará bastante trabajo. Espero, sin embargo, salir con bien.

—Es en verdad una soberbia empresa,—observó el Genio, después de hacer algunas preguntas bastante acortadas, y recibido la respuesta de ellas.—Pero, estás persuadido que ella redundará en vuestra fortuna y renombre. Y ahora, concluyó, me veo obligado y dejarlos porque aún no he obtenido la más remota noticia acerca de Salomón.

—No se moleste Ud. por mí,—dijo Horacio que se hallaba en arcadas, pensando que Bever pudiera regresar y encontrarlo en compañía de su extraño visitante. Ud. puede verlo,—agregó en tono de consejo—mientras Ud. abandone sus importantes negocios, para atender los míos, no progresará mucho.

—¡Con cuánta sabiduría ha sido escrito!—repuso el Genio.—El tiempo empleado en hacer el bien, nunca es perdido.

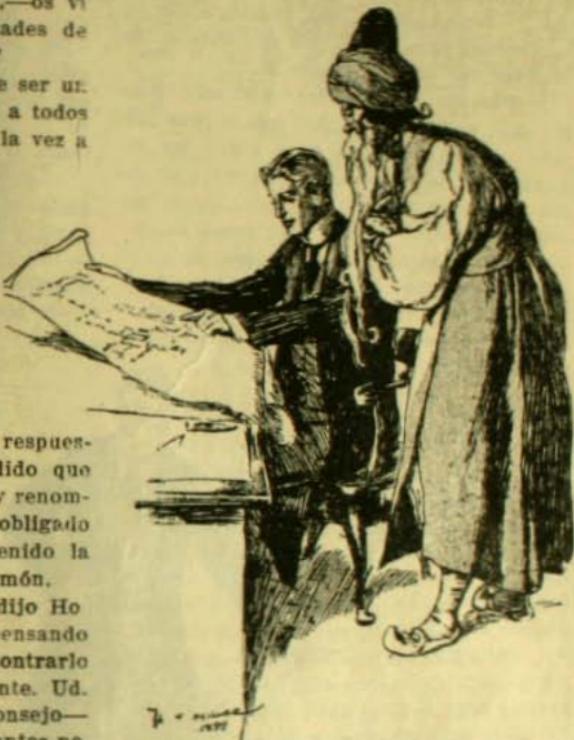
—Sí... eso es en realidad muy bien dicho....—dijo Horacio, mientras buscaba una sentencia de su propia invención que oponer a la del Genio... Pero, nosotros decimos también... ¿Cómo es?... Ah... ya me acuerdo... "Es posible que una bondad sea peor que una injuria".

—Maravillosamente dotado, fué quien descubrió esa máxima, exclamó Fakrash.

—Me imagino que la aprendió de su propia experiencia,—dijo Horacio.—Y ahora... ¿Dónde piensa Ud. buscar a Salomón?

—Me propongo volver a Nínive, y hacer investigaciones allí...

—Muy bien... Muy bien... Espléndido,—dijo Ventimore con entusiasmo caluroso, pues pensaba que tal viaje le mararía al Genio bastante tiempo. Nínive es una espléndida ciudad, por lo que tengo oido, aunque no tanto como lo fué en otro tiempo atrás... Además ahf tiene a Babilonia... Usted podría ir allá también. Y



—Es en verdad una soberbia empresa,—observó el Genio

si no encuentra noticias del zahio en Babilonia, darse una vuelta por el África Central, y así sucesivamente... ¿Y por qué no piensa en la América del Sur? ¿No ha oido hablar de la América del Sur?

—Jamás ha llegado a mi noticia la existencia de semejante país. ¿Cómo podía estar allí Salomón?

—Perdone Ud... Yo no he afirmado que él estuviese allí... En mi opinión, con igual razón puede estar en América como en cualquiera otra parte del mundo. Pero si Ud. piensa comenzar por Nínive, ¿qué está esperando? Tengo entendido que es una ciudad bastante lejana, y Ud. puede encontrar algunas dificultades en el viaje... No hay pues tiempo que perder.

—No me da cuidado, dijo Fabrash, aunque sea el camino muy largo, porque viajando se consiguen cinco ventajas...

—Las conozco, interrumpió Horacio, no se moleste Ud. en descubrirías... Desearía verlo luego en viaje, mi estimado Mr. Fakrash, y que no volviera a interrumpir su importante labor, para molestarse por mí... Tengo por delante, gracias a Ud. un espléndido porvenir... No se olvide si, de mandar por aquellos objetos...

—Ellos no os molestarán por más tiempo, dijo el Genio... ¡Oh! vos el más juicioso de los hombres para quien las riquezas no tienen valor... Sabed que jamás encontré mortal que tanto como vos me agradara... y ahora... tened entendido que vuestra magnanimitad no querrá sin recompensa.

—¿Cuántas veces tendré que decírselo? exclamó Horacio, no sin cierta impaciencia. Ya estoy suficientemente recompensado. Ahora, mi amable y generoso viejo amigo, agregó con una emoción no del todo fingida, ha llegado el tiempo de despedirnos, y para siempre... Permitame U.d. imaginármelo volviendo a sus antiguas correrías, y visitando todos los rincones del globo (porque aún cuando a Ud. puede parecerle extraño, este en que vivimos es un globo) recorriendo extraños países, sin perder por un momento de vista su gran diseño de hallar a Salomón y reconciliarse con él... Alcance Ud. este objeto, y esa será, creo, la mayor felicidad para mí... Adiós, pues, y buen viaje.

—¡Quiera Allah, no privar jamás de vuestra presencia a vuestros amigos! —di-

jo el Genio, visiblemente conmovido...

—Porque en verdad, os digo, sois el más bondadoso de los hombres.

Y, retrocediendo hacia la chimenea, desapareció instantáneamente.

Ventimore se arrojó en su sillín, con un ademán de desahogo. Había comenzado a temer que el Genio no lo dejaría ya nunca en paz, pero se había marchado... al fin... y para buen tiempo.

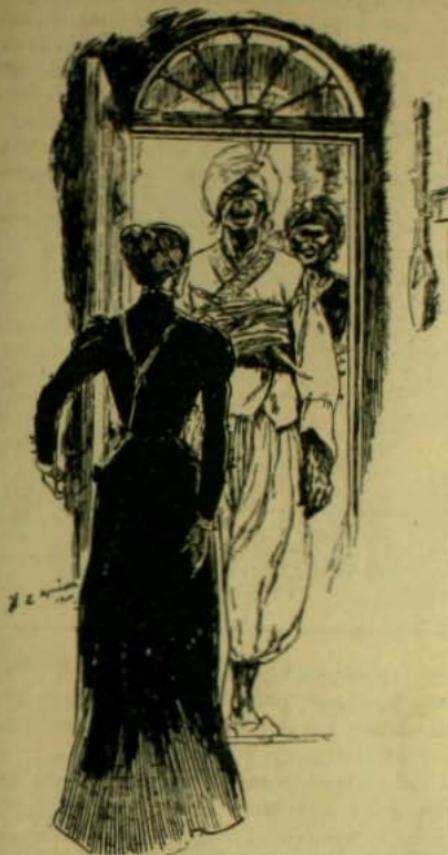
Se avergonzaba si un tanto de su alegría... porque Fakrash era una vieja cosa, bastante amable y buena en su género... Sólo que se excedía en todo... No tenía el sentido de las proporciones.

—Porque,—pensaba Horacio,— si un amigo manifiesta el deseo de poseer un canario y una jaula, delante de un semejante Genio, es muy capaz de traerle miles de aquellas aves dentro de una pajarraca diez veces mayor que el Palacio de Cristal. Sin



Adiós y feliz viaje.

embargo, este debe ya haber entendido, que no puedo ni quiero recibir nada más de su parte... No se manifestó molesto por ello... Así, todo está ahora arreglado, y puedo ponerme a trabajar tranquilamente en mis planos...



Vinieron con sus camellos y se lo llevaron todo.

Mas, no había aún adelantado mucho cuando sintió ruidos en la pieza vecina. Sin duda Bevor acababa de llegar. Le esperaba desde dos o tres días antes, y era una fortuna que hubiese tardado tanto. Así pensaba al menos Ventimore, mientras se dirigía a su maestro para darle cuenta de su buena suerte. No es necesario decir que al relatarla, se abstuvo muy bien de hacer mención alguna de la botella de bronce y del Genio, como partes esenciales de su historia.

Las felicitaciones de Bevor fueron tan cordiales como podía esperarse, una vez que hubo comprendido no se trataba de una simple broma.

—Bien, muy bien, amigo mío,—le dijo. Me alegro muchísimo, en verdad, me alegro. Pensar que le ha caído semejante encargo para estrenarse. Y ni siquiera sabe Ud. cómo ese señor Wackerbath llegó

a conocer su nombre? Probablemente lo vió en la puerta, y entró así no más... Si yo no hubiera estado ausente por un par de casas de dos mil libras!... Pero no le envído su suerte... Merecía la pena haber esperado tanto. ¿No es así?... Con tal que Ud. no vaya a hacer un desatino y construir para ese comerciante de la City un Castillo Gótico, o una fachada con columnas Corintias, o algo por el estilo... No tema pedirme consejos... Estoy dispuesto a dárselos.

—¡Oh! No,—dijo Ventimore.—No le construiré ni un castillo gótico ni una fachada Corintia. Me atrevo a pensar que él quedará satisfecho de los planos que le estoy trabajando.

—Debemos esperarlo así,—dijo Bevor.—Y si topa con alguna dificultad,—añadió con aire protector,—puede acudir a mí con toda confianza...

—Gracias,—dijo Horacio.—Así lo haré. Pero creo que hasta ahora mi trabajo marcha muy bien.

—Me gustaría ver lo que Ud. ha hecho. Podría darle algunos consejos oportunos.

—Es usted muy amable, pero será mejor que Ud. no vea los planos hasta que estén completos,—dijo Horacio.

La verdad, el pobre muchacho, estaba cierto de que sus ideas no encontrarían la aprobación de Bevor, y después de tantos años de subordinación humillante, no estaba su humor para soportar críticas.

—Como Ud. guste,—dijo Bevor, secamente. Usted ha sido siempre un mozo muy porfiado. Tengo alguna experiencia en mi oficio, y probablemente podría haberlo salvado de algunos errores... Pero si Ud. piensa no necesitar ayuda, tanto mejor... Con tal que no vaya a caer en sus ordinarias fantasías arquitectónicas.

—Muy bien, amigo... evitaré las fantasías,—dijo Horacio riendo. Y se dirigió a su oficina, con todo su entusiasmo y optimismo del principio y seguro de llevar a feliz término su tarea. Al cabo del día, con tanto éxito había trabajado, que su obra se encontró casi concluida. Unos pocos toques más y podía presentarla a su cliente.

Para colmo de felicidad, al llegar a su casa en la tarde, encontró que el admirable Fakrash había cumplido su promesa. Las cajas, sacos y fardos del tesoro no estaban ya allí.

—Vinieron con sus camellos, y se lo lle-

varon todo,—dijo la señora Rapkin.—Al principio pensé que iban a encontrarse sin poder penetrar en la pieza, pues estaba segura de haberle visto echar la llave y llevársela... Pero probablemente era un error mío, porque los árabes entraron sin inconveniente.

—Perfectamente,—dijo Horacio. — Me vi con... con la persona que envió todos esos objetos esta mañana, y le dije que no necesitaba nada de eso.

—Vea qué impertinencia, mandar tantas superfluidades de muestra... y ¡en camellos!—declaró la señora Rapkin. Es un "réclame" absurdo y extravagante.

Ahora que todo había desaparecido, Horacio se sintió arrepentido de haber rehusado tan netamente todos aquellos objetos.

—Pude haber dejado algunas joyas y tejidos para Silvia,—pensó;—a ella le gustan las perlas... Una alfombra antigua de Oriente habría hecho las delicias del profesor. Pero después de todo, más vale así. Silvia no podía cargar perlas del tamaño de papas nuevas, y el profesor habría criticado una vez más, mi espíritu derrochador. Aparte de esto, al tomar algunos de los presentes del país, él habría seguido insistiendo en ofrecerme los demás. ;Y cómo habría yo podido rehusarles decentemente?...

Y en realidad, si se considera la situación especial de Horacio, es difícil que hubiera tomado un camino más juicioso.

(Continuará)

LAS CARTAS GEOGRAFICAS DE LA EXPEDICION CHARCOT

El príncipe Alberto de Mónaco acaba de presentar a la Academia las cartas de la décima expedición antártica francesa al mando del Dr. Charcot.

Estas cartas, que son once, completan los trabajos hidrográficos de la primera expedición (1903-1905) hechos por el teniente de navío Maury y dan cuenta de los descubrimientos hechos en la segunda expedición (1908-1910). Excepto dos planos debidos al alférez de navío Godfroy, todos los demás son producto del lápiz del teniente de navío Ronegrain.

El mapa de la región antártica sud-americana resume los descubrimientos de las dos expediciones y lleva en cartelas los planos de los fondeaderos y ensenadas que pueden utilizarse en ésta región. La hidrografía de toda la costa occidental de la región antártica sud-americana es producto del estudio de dos expediciones francesas y se extiende del 64° al 70° de latitud sur, contribuyendo poderosamente a nuestro conocimiento del continente antártico. La tierra Alejandro I y la tierra Adelaida fueron descubiertas, la una por Bellingshausen y la segunda por Biscoe,

pero su forma y dimensión sólo han sido conocidas por los estudios de la segunda expedición que a más descubrió las tierras Loubet, Fallières y Charcot. Siete mapas muestran detalladamente las regiones exploradas y en particular el interior del continente próximo al punto de invernación.

Las dos cartas del itinerario muestran el estado de los hielos en las regiones recorridas por la expedición durante los dos veranos de 1909 y 1910.

El "Por qué nō?" que navegó más al sur que sus predecesores en las proximidades de la tierra Alejandro I, sobre mares hasta hoy desconocidos. Los reconocimientos conformes por completo con los realizados por la "Bélgica" permiten afirmar la prolongación de las costas del continente austral.

La carta de los Shetlands del sur dibujada según los estudios de la misión, y conforme a los trabajos de Powell, Bellingshausen y Dumont de Serville, da, por decirlo así, el trazo definitivo a esta región frecuentada hoy día por numerosos balleneros, a los que ha prestado importantes servicios.



MARZO
1913

PACIFICO

MAGAZINE

PRECIO
Un Peso





ACEITE SASSO
DE
FAMA MUNDIAL

SASSO

C. KIRSINGER & Co



Auto - Solodant - Piano

MARCAS

HUPFELD, SCHIEDMAYER, IBACH

EXCELENTE Tocador. EXCELENTE Piano
VENTAS CON FACILIDADES DE PAGO

En SANTIAGO: Casa de ADOLFO CONRADS, Calle Estado
En CONCEPCION: Casa de F. RETTIG, Calle Barros Arana



Banco Español de Chile

Autorizado por decretos supremos de 24 de Abril de 1900
y 30 de Diciembre de 1905

Capital autorizado	\$ 40.000,000.00
Capital pagado	30.000,000.00
Fondo de reserva	11.500,000.00
Fondo de accionistas	295,214.18

CONSEJO DE ADMINISTRACION-VALPARAISO

Sr. FERNANDO RIOJA
Presidente

Sr. RAMON PUELMA BESA
Vice-Presidente

Señores: Pelegrino Cariola, Aníbal Herquiñigo, Génaro Torres, Luis Ugarte, Rímon de la Vega, Francisco Vilver.

CONSEJO LOCAL DE SANTIAGO

Sr. JAVIERERRAZURIZ
Presidente

Sr. JOSE NORIEGA
Vice-Presidente

Señores: Ascanio Bascuñán Santa María, Benito Camino, Enrique Morandé Vicuña, Alejo Romañá.

OFICINAS PRINCIPALES: VALPARAISO

Sr. MANUEL FERNANDEZ G., Gerente del Banco, - Sr. MANUEL CASTRO VALDIVIA Sub-Gerente - Sr. EMILIO ETCHEGARAY, Secretario, - Sr. MANUEL S. FERNANDEZ, Consultor General. - Sr. LUIS F. VIDELA, Jefe de Sucursales. - Señores: Enrique Jara Torres y Luis A. Larraquibel, Inspectores de Oficinas.

SANTIAGO

Sr. JOSE URETA, Gerente. Sr. FE DERICO H. CHESTER, Sub-Gerente.

AGENTES EN LAS SUCURSALES:

Valparaíso	(Al-	
mendral	Sr. Ernesto Cádiz V.
Santiago	(Estad	
ción	Sr. Francisco Betxhold
Santiago	(San	
Diego)	Sr. Antonio Pincetti
Santiago	(Vic.	
Mackenna	Sr. Miguel Luis Larrain
Iquique	Sr. Raimundo Batista
Antofagasta	Sr. Adolfo Ferrari P.
Vallenar	Sr. Agustín Zavaleta M.
Serena	Sr. Francisco Alvarez Z.
Vicuña	Sr. Rafael Aguirre M.
Coquimbo	Sr. Emiliano Cavadas V.
Quillota	Sr. Luis A. Martínez
S. Felipe	Sr. Alejandro Urzúa
Los Andes	Sr. Juan C. Villar
Melipilla	Sr. Carlos Irarrázaval L.
Ranquehue	Sr. Arturo Wilson

Curicó	Sr. Horacio A. Goldsmith
Talca	Sr. Aníbal Maturana
S. Fernando	Sr. Aníbal Valdivia
Constitución	Sr. Alfredo Garcés G.
S. Javier	Sr. Augusto Riché
Linares	Sr. Pepe de P. Donoso
Parral	Sr. Augusto Merino
Cauquenes	Sr. Juan B. Navarro
Buines	Sr. Almerto Briones
Chillán	Sr. Andrés Gázmuri D.
Concepción	Sr. Adolfo Morstadt
Talcahuano	Sr. Julio Moas
Los Angeles	Sr. Eusebio A. Ramírez
Angol	Sr. Daniel Muñizaga
Lantaco	Sr. Rafael Rodríguez
Temuco	Sr. Carlos Navarro
Traiguén	Sr. Eugenio Krumenaker
Valdivia	Sr. Oscar Gázmuri
Osorno	Sr. Fernando Angelbeck

AGENCIAS EN EL ESTRANJERO:

LONDRES

London County & Westminster Bank Ltd
London Bank of México & South América Ltd.

PARIS

Comptoir National D'Escompte de Paris
Crédit Lyonnais

HAMBURGO

Banco Español del Río de la Plata

MADRID

Banco Hispano Americano
Señores García, Calamarte y Cía.

GENOVA

Banco Español del Río de la Plata

NUEVA YORK

Señores W. R. Grace & Co.
The National City Bank of New York

RIO JANEIRO, MONTEVIDEO, BUENOS AIRES

Banco Español del Río de la Plata

BOLIVIA

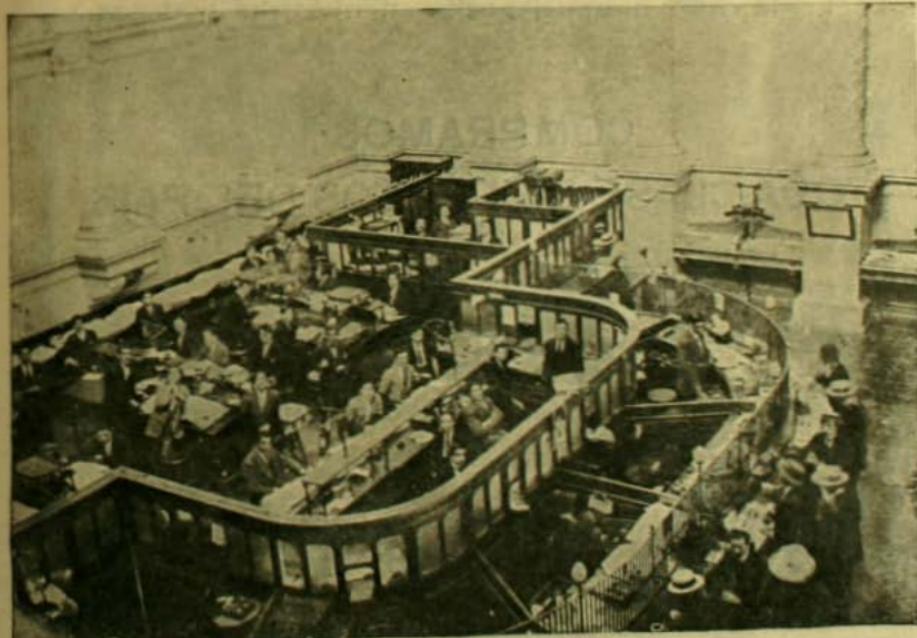
Banco Nacional de Bolivia

LIMA

Banco del Perú y Londres

Banco Italiano

Gira sobre todas las plazas de España por cualesquier cantidad y en condiciones ventajosas; emite giros y cartas de créditos sobre las plazas de Europa, etc., etc.



A LOS AGRICULTORES

Ponemos en conocimiento de nuestros amigos y de los agricultores en general, que para el 1.o de Febrero próximo quedarán terminadas las grandes bodegas que hemos construido en el barrio de la Estación Central para la recepción y bodegaje de toda clase de **FRUTOS DEL PAIS**. Nuestras nuevas bodegas por ser de construcción moderna son bastante ventiladas, libres de gorgojos y de ratones. La tarifa de bodegaje que tendremos será la más baja de plaza y **ANTICIPAREMOS FONDOS** a los que lo soliciten, sobre la carga que se deposité en nuestras bodegas.

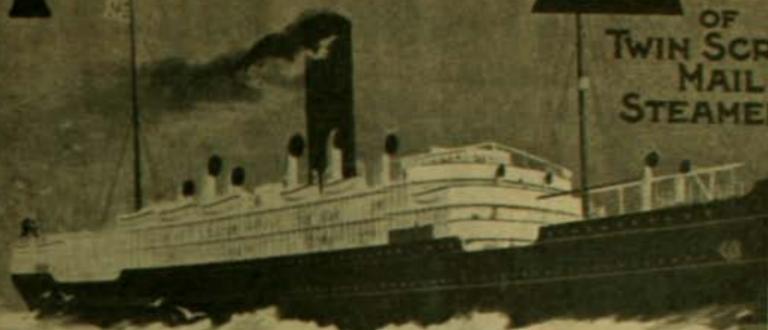
**COMPRAMOS
TODA CLASE DE FRUTOS DEL PAIS**

BESA y Cia.

Plaza Santo Domingo

PACIFIC LINE

OF
TWIN SCREW
MAIL
STEAMERS



BRAZIL, RIVER PLATE AND WEST COAST

Calling at LA ROCHELLE-PALICE, CORUNNA, VILLAGARCIA,
VIGO, LEIXOES, (OPORTO) AND LISBON.



THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY

REGISTERED BY ROYAL CHARTER, 1856

31 & 33, JAMES STREET, LIVERPOOL.

TELEGRAMS, "PACIFIC", LIVERPOOL.

VALPARAISO.

The Red Dotted Line indicates the
Ports called at by the Extra Service
from Glasgow and Liverpool to Bahia,
Blanca, Port Madryn, and West Coast.

Advertisement issued at the expense of the various British shipowners and

LA ESMALTADORA CHILENA

SOCIEDAD ANONIMA

Como su nombre lo indica, esta Sociedad tiene por objeto la fundación de una Fábrica para el esmalte enlazado, galvanización y estanqueación de fierro.

Actualmente el país consume más de veinte millones de pesos en esta clase de mercaderías, cuya materia prima es toda nacional. El primer Directorio ha quedado organizado como sigue:

Don LUIS A. VERGARA,
Presidente

Don CARLOS RUSINOL
Vice-Presidente

DIRECTORES:

Don LUIS URZUA VICUNA
Director-Gerente

Don E. FEDERICO REDDOEHL,
Director-Técnico

Don JOSE DE LA TAILLE,
Director de los Altos Hornos

Don EDUARDO BEZANILLA,
De la Casa Bezanilla y Ca.

Don ALEJANDRO LIRA

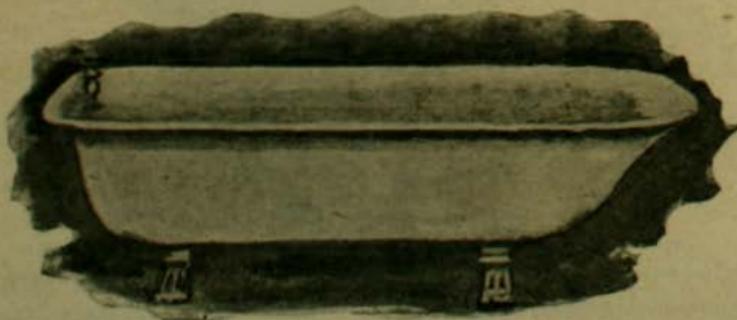
Don PASCUAL H. JARA DE A.

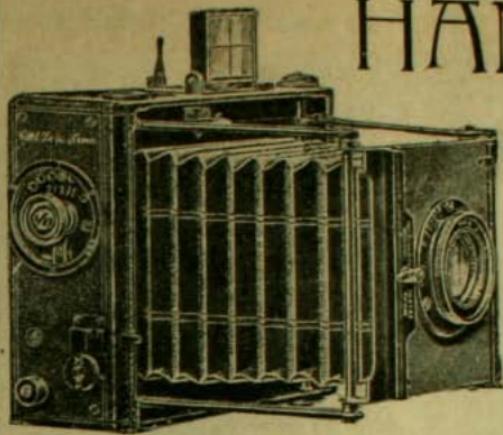
Se ha solicitado ya la aprobación suprema para la Sociedad con el concurso de numerosos accionistas fundadores, que han suscripto ocho mil acciones como se ve en la lista respectiva.

La Sociedad ha adquirido ya terrenos, edificios, maquinarias en condiciones tales que representan una gran utilidad para los accionistas.

Gran parte del valor de estas especies se paga con acciones, lo que manifiesta la confianza que ha inspirado esta industria a los clientes contratantes, de todo lo cual se dará oportunamente conocimiento a los señores accionistas y al público.

El capital social es de DOS MILLONES DE PESOS, divididos en veinté mil acciones de CIEN PESOS cada una, pagaderas con VEINTE PESOS al firmarse la escritura social y el resto en cuotas semanales de DIEZ PESOS.





HANS FREY

VALPARAISO

Materiales y Utiles para la

Fotografía

SIEMPRE GRAN SURTIDO

PIDASE CATALOGO

Agentes para el Sur:
Casilla 943, Concepción

Koch & Wolf

Confitería Santiago

Comestibles y Conservas

AHUMADA ESQ. HUERFANOS

Chocolates, Frutas y Marrones de todas
marcas. Conservas, Vinos y Licores im-
portados de todas clases.

Esmero en atención de banquetes —————

Francisco Barrio y Cía.



La sembradora de discos "DEERING IDEAL" trabajando en la chacra Valparaíso de Su-
fia de don Ramón Cruz Montt.

Las sembradoras de discos "DEERING IDEAL" constituyen en todas sus partes el tipo más moderno de máquinas sembradoras, lo que prueban los certificados de centenares de agricultores de Chile que tienen estas Máquinas.

Referente a la capacidad, ligereza de trabajo y sencillez, la sembradora "DEERING" no tiene igual y nunca lo tendrá:

Convidamos a todos los Señores Haciendados de pasar por nuestra oficina para conocer nuestro gran surtido de sembradoras "DEERING" y para imponerse personalmente de las ventajas y perfecciones que tienen estas máquinas sobre otras marcas.

Hoy por hoy día la Sembradora "DEERING IDEAL" es reconocida como la Mejor Sembradora del Mundo.

Oficina en
Santiago:

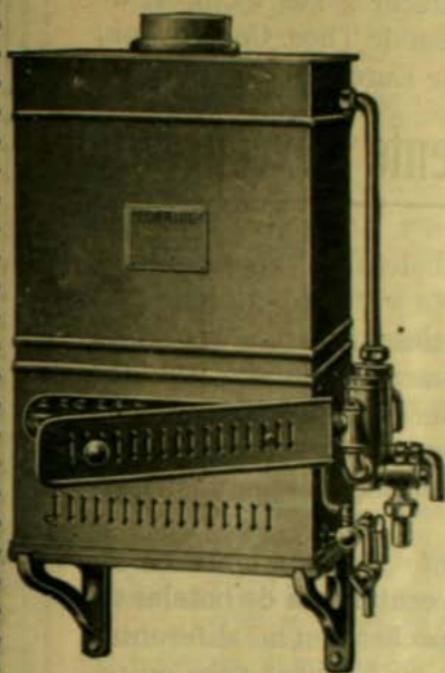
Bandera 419

SAVEDRA BENARD y Cía.

Importadores de Máquinas afamadas y modernas

Para ser perfecta una instalación de Baños debe tener un

Vesuvius



Calentador y Distribuidor
Automático de agua bajo presión

Aparato enteramente
metalico sin piezas de goma
ni estopa



En venta donde:
Morrison y Cía.
Santiago-Valparaíso
Styles y Cía. Santiago

POR MAYOR:

NOTTELLE y Cía.

AGENTES, HUERFANOS 1039, SANTIAGO

En su empeño por desarrollar la afición de los viajes, procurando facilidades a los viajeros, "PACIFICO MAGAZINE" publicará en breve un

GUIA MANUAL DEL VIAJERO EN CHILE

Rogamos en consecuencia a los señores HOTELEROS, EMPRESARIOS DE TRANSPORTE POR MAR, RIOS O TIERRA, DUEÑOS DE CAFEES Y RESTAURANTS, Etc., SE SIRVAN REMITIRNOS UNA NOTA ACCOMPañADA DE UN RE CORTE DE ESTE ATISO, INDICANDO SU DIRECCIÓN, TARIFAS DE PRECIOS E ITINERARIOS

Las inserciones en el Guia serán ABSOLUTAMENTE GRATIS

Viaje de lujo por Europa

Pacífico Magazine puede ofrecer a sus lectores, de acuerdo con la importante casa de Thos. Cook & Son, la realización de un viaje por Europa

a precios absolutamente excepcionales

Nuestro pasaje comprende: boleto de vapor y ferrocarriles, en primera clase, ida y vuelta, alojamiento en hoteles sólo de primera clase, incluído aposento, luz, servicio, desayuno, almuerzo y comida; comidas durante los viajes y excursiones, traslado de las estaciones a los hoteles y vice-versa, coches, automóviles, guías, entradas a los monumentos, museos y curiosidades, etc., etc.

El viajero es absolutamente independiente en su viaje, y puede escoger, entre centenares de hoteles de primera clase, aquellos que prefiera en las diferentes ciudades y puntos de recreo en Europa; pero en todos encontrará a su servicio, absolutamente gratis, coches, guías y automóviles, según se especifica en el itinerario adjunto

No es un viaje económico sino de lujo y en espléndidas condiciones

Cada viajero puede partir en el vapor que crea más conveniente, y modificar el itinerario escogido en la forma que prefiera.

ITINERARIO RECOMENDADO POR PACIFICO MAGAZINE

63 DIAS

Llegada a Liverpool:

1	Días	Salida para Londres.	21	Días	Salida para Venecia.
2 4	"	En Londres.—Dos días visita de la ciudad en coche con guía. Otro día excursión en automóvil a Hampton Court.	22 3	"	En Venecia.—Un día visita de la ciudad y excursiones en góndola, con guía.
5	"	Salida para Bruselas.	24	"	Salida para Bolonia.
6	"	En Bruselas.—Visita de la ciudad en coche con guía.	25	"	Salida para Florencia.
7	"	Salida para Lieja	26 8	"	En Florencia.—Dos días visita de la ciudad en coche con guía.
8	"	Salida para Colonia.	29	"	Salida para Roma.
9	"	En Colonia.—Visita de la ciudad en coche con guía.	30 5	"	En Roma.—Cuatro días visita de la ciudad, en coche con guía.
10	"	Salida para Coblenza.	36	"	Salida para Pisa.
11	"	Salida para Francforte, vía Mayenza.	37	"	En Pisa.—Por la mañana visita de la ciudad en coche con guía y por la tarde salida para Génova.
12	"	En Francforte.—Visita de la ciudad en coche con guía.	38	"	En Génova.—Visita de la ciudad en coche con guía incluido una visita al Cementerio.
13	"	Salida para Heidelberg.	39	"	Salida para Montreux.
14	"	En Heidelberg por la mañana y por la tarde salida para Basilea.	40	"	En Montreux.—Excursión en funicular al Rocher de Naye.
15	"	En Basilea por la mañana y por la tarde salida para Lucerna.	41	"	Salida para Ginebra.
16 7	"	En Lucerna.—Un día subida a la cima del Rigi en Funicular. Otro día excursión en vapor sobre el lago hasta Fluelen.	42	"	En Ginebra.—Excursiones sobre el lago.
18	"	Salida para Milano, vía San Gotardo.	43	"	Salida para París.
19 20	"	En Milano.—Un día visita de la ciudad en coche con guía, incluido una visita a la catedral.	44 62	"	En París.—Cuatro días visita de la ciudad en coche con guía. Otro día excursión en automóvil a Versailles. Otro día excursión en automóvil a Fontainebleau.
			63	"	Salida para La Palice.

Precio total con vapor de ida y vuelta

189 Libras Esterlinas

Todos los viajeros, desde los más ricos hasta los más pobres, aprovechan hoy de las facilidades que proporcionan estos viajes.

Absolutamente independientes y de todo lujo

VIAJES ECONOMICOS

Próximamente podremos contar viajes económicos a precios fuera de toda competencia.

No parta para Europa, sin imponerse de las facilidades y economía que podemos proporcionar. Nada les cuesta.

De 3 a 4 P. M.: Empresa Zig-Zag.—Teatinos 666.—Santiago

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

\$ 14.000,000

Dividido en 140.000 acciones de cien pesos cada una.

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscrita por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París.

FONDO DE RESERVA: **\$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO:

Presidente

Señor GREGORIO DONCOSO

Vice-Presidente

Señor SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charmane, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Pérez Eastman, Carlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Señor ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Señor CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. Rancagua: Agente, señor Javier Gumucio. San Fernando: Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el extranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd., Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebrüder y Cia.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvíos del Banco de la República.

SANTIAGO
GRANDE, NUMERO 948
CASILLA 1192
TELEFONO INGLES 776

PEREZ & SWINBURN

CONCEPCION
BARRIL ARANA NUM. 436
CALLLA 926

AUTOMOVILES "WHITE"

Compañías de Vapores { R. W. James & Co. - Vapor "Flora"
Nelson Steam Navigation Co. Ltd.
* * * Vapores de Buenos Aires a Europa

COMPAÑIA DE SEGUROS: LONDON & LANCASHIRE

MATERIALES para construcciones.

ID. para Alcantarillado.

ID. y artículos Sanitarios.

FIERRO galvanizado, acanalado inglés y americano.

FIERRO en planchas, negro y en barras.

ALAMBRE galvanizado y negro.

"QUEMADORES DELTA" incinerador de basuras.

SILLAS inglesas: Champion y Parker.

CEMENTOS extranjeros y del país.

PINTURAS "Glidden": Stucolor, Velvalac, Japalac y varias clases de pinturas y barnices.

PINTURA Zinc en pasta.

AGUARRAS.

ACEITE de Linaza.

NAFTA para Automóviles.

TIROS NOBEL'S - BALLESTITE - SACOS VACIOS

Salvador Molina G.

BANDERA 115 & Corredor de Comercio & BANDERA 115

Compra-venta de propiedades, acciones mineras, salitreras, bonos, etc.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS

con Bancos y particulares

Conversiones de deudas con anticipo de fondos, conformación de títulos de bienes raíces

SEGUROS

Toda clase de operaciones comerciales y bursátiles

SALITRE

el mejor abono para las agricultores, jardines, parques, etc., vendo en pequeñas y grandes partidas a precios fuera de competencia.

EL ARTE DE SER ATRAYENTE

En muchas almas tímidas y desalentadas, cuya reserva o frialdad las retrae y las priva de muchos placeres de la vida por sus rarezas o falta de magnetismo, se despierta la aspiración de ser atractivo, popular, de poder hacerse de buenos amigos. No saben que sus deseos pueden realizarse de un modo relativamente fácil, por medio de sus propios esfuerzos y sin la ayuda de otras personas. No hay para qué tomar en cuenta los obstáculos con que se tropieza en el camino, ni las desventajas con que se tenga que cargar; aún cuando sean estos defectos físicos le es posible a Ud. dar tal fuerza de carácter, tal expresión de dulzura a su fisonomía, que la gente inconscientemente se sentirá atraída hacia usted.

Tanto al hombre como a la mujer de apariencia simpática se le necesita en todas partes. En todos los hogares son bienvenidos, y aún cuando carezcan de fortuna, tienen más probabilidades de éxito en sus empresas comerciales o profesionales, que aquellos que contando con este requisito les falte la cualidad del magnetismo. Cada cual conoce alguno de estos hombres que surgen en la vida gracias a su simpatía personal. Ud. puede constituirse en un imán que atraerá a las personas y cosas que Ud. anhela, por un método muy sencillo. Hay que demostrar un espíritu de amor, buena voluntad y de ayuda para con todos.

El mundo desprecia al egoista que piensa y vive sólo para sí mismo, y descubre fácilmente a los que, disfrazándose de altruistas, no les importa nadie ni nada, fuera de lo propio.

Para ganarse amigos, es necesario ser generoso. El mundo ama al que tiene un espíritu generoso y abierto. Los grandes corazones son siempre populares.

Aprende a decir cosas agradables de otros. Buscad siempre lo bueno en los demás; pero jamás sus faltas. Un viejo político chileno decía siempre que toda persona, por mala que sea, tiene algún lado con beneficio. Hay que cuidarse de la gente que siempre habla despectivamente de otros, encontrándoles faltas o defectos, o insinuando que no son lo que debieran ser. Es-

tas personas son peligrosas y no merecen confianza.

Las personas de espíritu pequeño no pueden ver ni admitir nada de bueno en otros, y cuando no pueden negar alguna buena cualidad, tratan de empaquetarla maliciosamente.

Un espíritu grande, ve primero lo bueno antes que lo malo en otros, pero la mente estrecha todo lo achica y solo tiene ojos para las faltas, lo feo y lo torcido.

*

La mejor manera de atraer gentes es haciéndoles ver que tenéis interés en ellos. Esto no se debe hacer por efecto. Debéis hacerlo con sinceridad, pues de lo contrario notarán el engaño. Es necesario no oírse siempre a sí mismo y escuchar a los demás.

Muchas personas viven tan ensimismadas y absortas en sus propios asuntos que no atraen. Han vivido tanto tiempo dentro de sí mismas que han perdido el contacto y la simpatía con el mundo.

Yo conozco un hombre, el prototipo de miles de otros, que no comprende por qué la gente le saca el cuerpo. Si está en una reunión, parece que todos se repelan del lado donde se encuentra. Mientras otros se divierten, charlan y se ríen; él está silencioso, en un rincón aparte de los demás.

Pocas veces es invitado a fiestas sociales y donde se aparece hace el efecto de un témpano de hielo, sin calor y sin magnetismo.

El por qué de su impopularidad es un misterio para este pobre infeliz. Es un hombre de talento, muy trabajador, y cuando ha concluido su trabajo del día, le gusta reunirse con sus amigos, pero no obtiene el placer que busca. Lo mortifica verse siempre aislado mientras que otros que no tienen un ápice de su habilidad, son bienvenidos en todas partes.

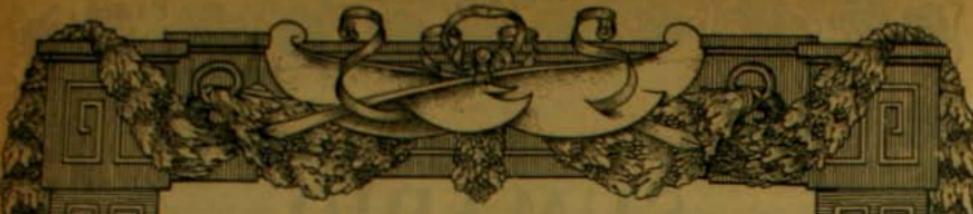
No se le ocurre que su egoísmo es el principal obstáculo para llegar a ser popular. Siempre está preocupado de sí mismo. No puede desprenderse de sus negocios y de su persona lo suficiente para tomar interés en otros y en asuntos ajenos. Es inútil tratar de desviarlo de su tema, que es lo único que le interesa.

SUMARIO

TOMAS SOMERSCALES	Paulino Alfonso	303
A LA SOMBRA DE LA HORCA	Joaquín Díaz G.	325
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux		
LAS PARABOLAS BIBLICAS		346
NOCHES DE LA INDIA	A. Sarath Kumar Ghosh	353
DE SANTIAGO A RIO JANEIRO	Juan de Arias	363
EL INSOMNIO		382
UNA AMIGA DE NAPOLEON		385
LA MUJER QUE TRABAJA	P. Santibañan	386
MI COMEDIA	Francisco Rivas Vicuña	397
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux		
REFORMAS Y PROGRESOS MEDICOS	Angel Pino	412
Ilustraciones de Juan Martín		
EL DOCTOR SCHONEMAN	Miguel de Fuenzalida	417
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux		
LA BOTELLA ENCANTADA	F. Anstey	427

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE trá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



PACIFICO

MAGAZINE

Joaquín Díaz Garcés
Alberto Edwards

— DIRECTORES PROPIETARIOS —



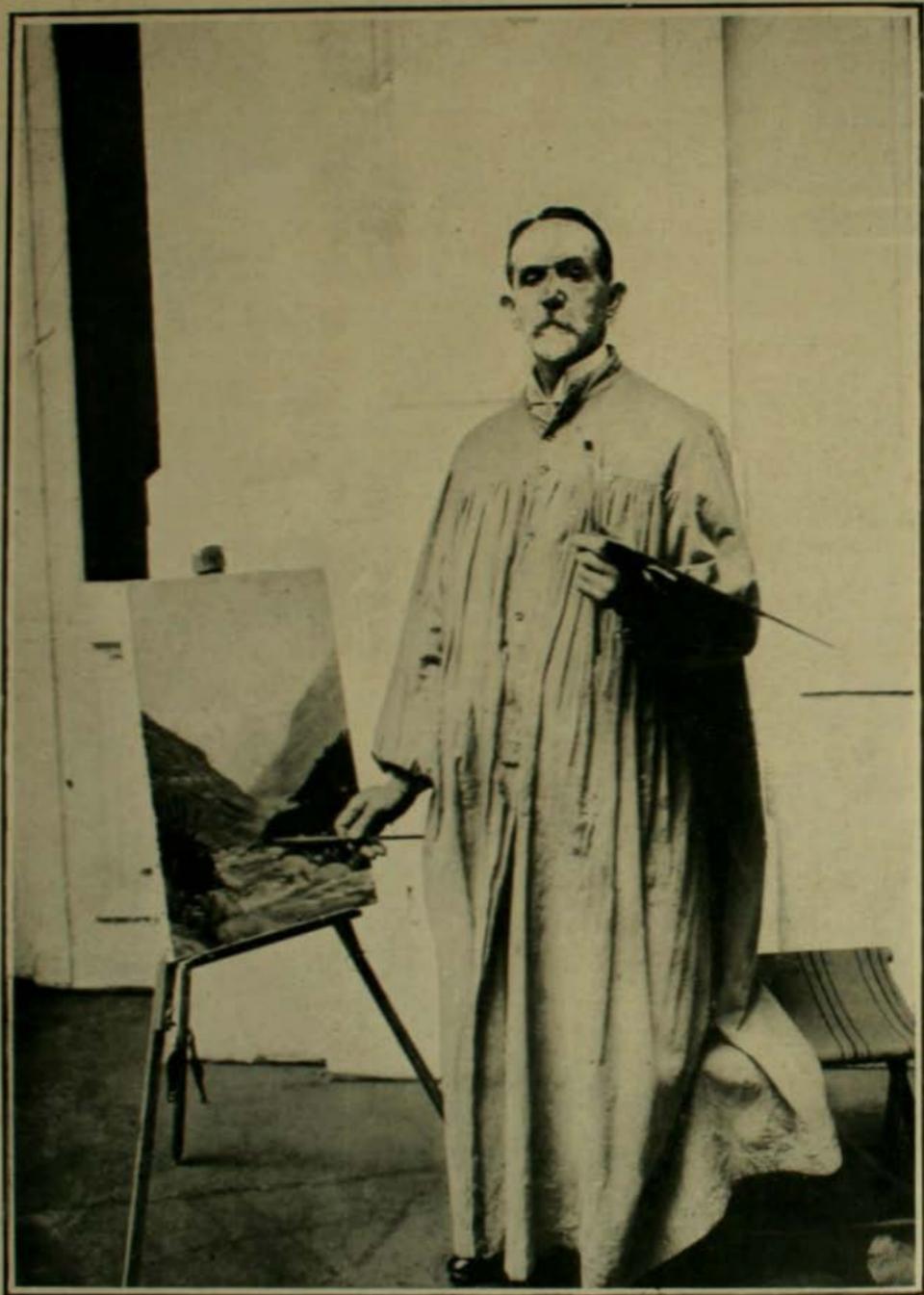
SUSCRIPCIONES:

POR UN AÑO: 10 PESOS.—NUMERO SUELTO: 1 PESO.

SANTIAGO DE CHILE

Empresa "Zig-Zag" Teatinos, 666





TOMAS SOMERSCALES



PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer

VOL. I—Santiago de Chile, Marzo de 1913.—Nº 1.º.

— Que mañana

TOMAS SOMERSCALES

Ensayo Biográfico (1)

Por _____

PAULINO ALFONSO

Parece tener poco más de sesenta años, aunque nació el 30 de Octubre de 1842, en el puerto inglés de Hull sobre el Mar del Norte.

He tenido que sonreír, hace poco, al leer que es alto de cuerpo y de recia contextura: es del tamaño común, y bastante delgado. Se le diría frágil.

No es notable absolutamente por el conjunto de su aspecto: puede atravesar, y de hecho ha atravesado, infinitas veces nuestro centro comercial, con su sencillo vestón y su chambergo verdoso, sin que a nadie llame la atención su figura, como no sea a algún sicólogo profundo. Pero, cuando uno para mientes en él, es otra cosa.

La cabeza, profundamente expresiva, ofrece cierta mezcla de gravedad y dulzura.

Hai grandes arrugas sobre la frente, surcos de la vida, y muchas más pequeñas se acumulan al rededor de los ojos, sugiriendo las largas concentraciones visuales del pintor.

Los ojos, profundamente encajados en las órbitas, muy pequeños, de un gris oscuro azulejo, son mansos y escrutadores, con algo de tristeza. Suele, sobre todo cuando observa, levantar mucho más la ceja izquierda que la derecha.

Nariz recta, un tanto sólida, y boca pequeña y bien modelada, pero firme.

Los cabellos, aún enteramente oscuros, y la barba, bien cortada, casi blanca.

Lleva en sí las huellas de ese desgaste acrisolador que dan las energías y el honor de pensamiento.

II.

Lontananzas.

Desde tiempos muy antiguos se conoce en Hull la casa de los Somerscales, familia de eruditos y de artistas, en que es tradicional y fecundo el amor a las ciencias y a las artes.

Fué su padre experto capitán de buque que hizo durante largos años el comercio del trigo de Rusia entre el Mar Negro y la Inglaterra. Pasó de los ochenta años.

Y fué su madre venerable dama de nobilísimas virtudes, que pasó de los noventa.

Hay, como se ve, prometedores antecedentes de longevidad en su familia.

Enseñó el dibujo a Somerscales cuando pequeño uno de sus tíos, naturaleza artística, escrupulosa y honrada, como la suya.

Después de los primeros estudios, entró al excelente colegio de Cheltenham, en donde recibió las lecciones y la influencia moral del famoso pedagogo Gill.

La raza de que procede, la severidad de

(1) Me ha servido de base para este ensayo el que publiqué sobre el mismo tema en "El Ferrocarril" a mediados de Junio de 1904.



Durante la tempestad

su hogar, y las lecciones y educación del colegio de Cheltenham, entran por mucho en la explicación de su vida.

Salido del colegio como a los diecinueve años, en 1862, hubo de optar entre ejercer por un bienio el cargo de profesor de Estado, o entrar al servicio de la marina de guerra.

Prefirió lo último, para dar satisfacción a las inquietudes saludables y a las nobles curiosidades de su espíritu juvenil.

Destinado al servicio de la estación naval del Pacífico, atravesó el Océano y el Istmo de Panamá, se embarcó en un buque de guerra, y empezó su vida de oficial de marina, que habría de durar como ocho años, y de hacerle conocer en variadas expediciones, no solo la costa occidental de la América, desde San Francisco para abajo, sino muchas de las numerosas islas de la Polinesia, que, incluyendo nuestra enigmática isla de Pascua, la última de sus avanzadas orientales, parecen las cumbres más altas, los restos naufragos de un inmenso continente prehistórico perdido bajo las aguas.

Allí templó Somerscales su carácter en la ruda escuela del deber disciplinario; allí estudió, y pudo dar expansión a sus facultades científicas; allí enseñó, y tuvo la honra de contar entre sus discípulos a quien con el tiempo habría de ser el ilustre almirante de la marina inglesa, sir Charles Beresford; allí adquirió extensos conocimientos náuticos; y allí se impregnó en la magna poesía del mar, que habría de adueñarse de su cerebro impresionable, para no salir jamás de él.

En una de esas expediciones, desembarcó en Valparaíso por primera vez, hacia la Pascua de Navidad de 1863, y tuvo al desembarcar la pavorosa noticia del incendio de la iglesia de la Compañía, ocurrido días antes en Santiago.

Visitando nuestro puerto principal, ocurriósele en aquella ocasión adquirir una cajita de colores a la acuarela: proporcionaba así nuestro país al futuro pintor los humildes elementos de sus primeros ensayos.

En otra de esas expediciones, habiendo desembarcado con algunos compañeros de

a berdo en un puerto de Méjico, país entonces como ahora convulsionado por discordias intestinas, y comprometido, además, en su memorable lucha contra los franceses, cayó con sus amigos, en las manos de una patrulla revolucionaria, que iba a fusilarlos sin piedad, cuando fueron casi milagrosamente salvados por la oportunísima intervención de un jefe que a la sazón llegaba. Poco iban valiendo en esta terrible coyuntura a Somerscales sus conocimientos en dibujo, de los que, en su ignorancia del castellano, pretendió valerse para explicar a los revolucionarios que él y sus compañeros eran miembros inofensivos de la tripulación de un buque de guerra inglés...

Todavía en otra de esas expediciones, en 1868, el velero de guerra que montaba, la "Clio" de S. M. B., tuvo que soporlar, como a treinta leguas de Tahiti, un ciclón de extraordinaria fuerza, que duró como veinte horas, y que, de no ser por la particular construcción de la cubierta del buque, la cual permitía cerrarlo por completo, habría originado inevitablemente su pérdida. Quedó el buque con graves averías, y costó trabajo hacerlo recalcar a Tahiti.

Esta incidencia notable de su vida ha sido recordada por el maestro en tres telas.

llamadas respectivamente "Antes de la tempestad", "Durante la tempestad" y "Después de la tempestad", que pintó el año antepasado en Santiago, y que figuran entre los más sentidos y vigorosos de sus cuadros.

Por último, a la vuelta de otra de esas expediciones, enfermó de fiebre amarilla, y estuvo a punto de perecer en el istmo de Panamá, tierra de magnífica belleza, pero en aquel tiempo peligrosísima, por falta de los necesarios elementos de sanidad.

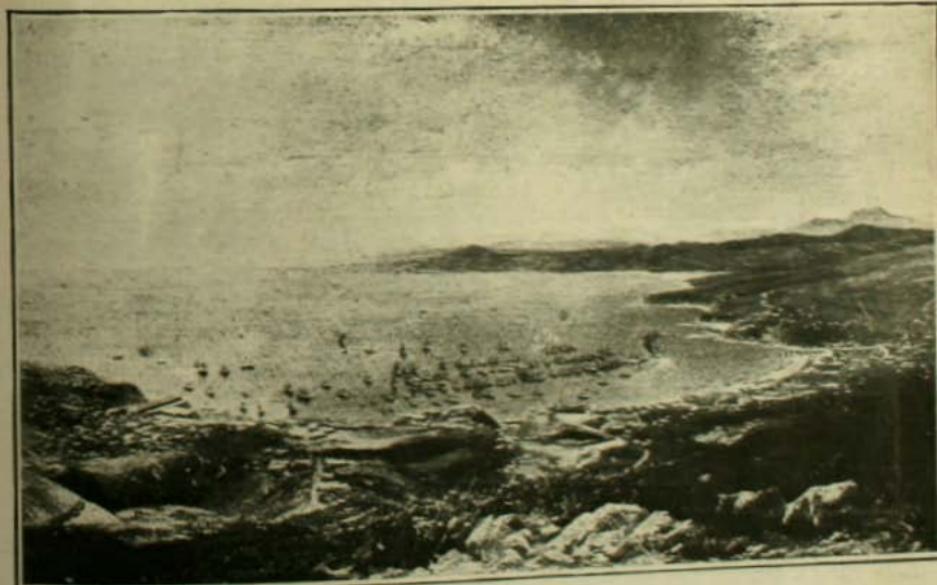
III.

Labor en Chile.

Restablecido apenas, y exhausto de fuerzas, tuvo que hacer de nuevo rumbo al sur, y llegó a Valparaíso, donde los médicos le disuadieron de volver al Istmo, bajo pena de probable pérdida de vida.

Hubo, pues, de resignarse a pedir su retiro, a permanecer en nuestro país, y a mirar desde aquí el incierto porvenir, débil de fuerzas y escaso de recursos, pero lleno de juventud y de valor moral. Esto pasaba en 1869: tenía Somerscales como veintiséis años.

No tardó en encontrar un protector y un



Valparaíso en 1869



Valle de Ocoa

amigo en la persona de don Pedro Mackay, al conocido director del colegio de su nombre en el Cerro de la Concepción, quien había de consagrarse estimación profunda y bien correspondida hasta la muerte.

Penetrado sin esfuerzo el viejo educaciónista de las distinguidas cualidades del ex-oficial, le contrató para profesor del segundo año de su curso mercantil, que comprendía las asignaturas de inglés, gramática, aritmética, geografía, geografía física, dibujo y caligrafía.

Desde sus primeros pasos en la carrera, del profesorado, el discípulo de Gill y maestro de Beresford acreditó ser un pedagogo insigne, y a juicio de cuantos lo conocieron, el primer pedagogo inglés que haya venido a Chile. De lúcida y penetrante inteligencia, de extensos conocimientos, de palabra fácil y precisa, poseía también esas privilegiadas cualidades que son la fuerza convincente y el influjo persuasivo de los grandes profesores; y armonizaba de tal manera la claridad y el interés de sus lecciones con la benevolencia y firmeza de su conducta, que era imposible dejar de tributarle atención, cariño y respeto.

Vivía entonces Somerscales en el colegio de Mackay, desde el cual se dominaba, en excepcionales perspectivas, un variado y grandioso panorama.

Desde allí comprendía el futuro maestro en las horas de solaz, sus excursiones por los cerros y quebradas, llenas siempre de accidentes pintorescos y de agradables sorpresas para el ojo inteligente del artista de corazón; desde allí, en los días festivos, cuando su escaso sueldo de ciento cincuenta pesos mensuales se lo permitía, ensanchando su esfera de acción, diría mejor, de contemplación, iba de paseo a Viña del Mar y al Salto, a Limache y a Quillota, al pintoresco valle de Ocoa, por donde baja el Aconcagua, y, cuando más lejos, a los campos de Ibaache o al paso de Uspallata, que reproduce, agrandándolas, las bellezas de los Alpes italianos.

En esa época, no pintaba Somerscales sino de vez en cuando pequeños cuadros de aficionado para obsequiar con ellos a sus amigos.

Puede decirse que no comenzó su vida artística sino en 1869 con una vista del puerto



TOMÁS SOMERSCALES

de Somerscales de chileno, y no es poco, es la impregnación profunda que se ha operado en él de nuestro medio ambiente natural, es su

TOMAS SOMERSCALES

de Valparaíso, tomada desde el cerro, que se conserva como una reliquia en el colegio de Mackay, y en que se anuncian ya algunas de las cualidades que habían de caracterizarle como pintor.

Dos o tres años después, don Pablo Délano, antiguo y respetable vecino de Valparaíso, que había acompañado como guardia marina al almirante Cochrane en su audaz golpe de mano sobre la "Esmeralda" en el Callao, encargó una copia del gran cuadro que representaba ese memorable hecho de armas, y que existía a la sazón en la Bolsa Comercial de aquel puerto; copia que fué su primer trabajo remunerado, a los treinta años de edad, más o menos.

Diré de paso que sobran los dedos de una mano para contar todas las copias hechas por Somerscales en su vida.

El éxito de ese esfuerzo, aunque secundario y modesto, le alentó en su carrera.

Empezó entonces a salir con la mayor frecuencia que le permitían sus obligaciones; y sin más escuela que sus antiguos estudios de dibujo y sus conocimientos en perspectiva, dióse, no ya solo a contemplar, sino a pintar en conciencia sin preocupación alguna, según su leal saber y entender.

Fué por aquel tiempo, en 1874, cuando contrajo su feliz matrimonio con la distinguida señorita Juana Harper, desde entonces hasta hoy la compañera de su vida y el eje de su hogar.

La señorita Harper, aunque nacida en Chile, era hija de padres ingleses, y podía reputarse ella misma inglesa, no solo por la sangre, sino por la educación y las costumbres.

Constituyó, pues, Somerscales un hogar netamente inglés; y, como, por lo demás, continuó viviendo en el Cerro de la Concepción, y enseñando en inglés, no es raro que, en los muchos años de su residencia en Chile no adquiriese conocimiento perfecto del castellano. Lo conoce lo bastante para leerlo sin dificultad, y para hacerse entender claramente: no así para seguir con agrado una larga conversación. Lo que tie-



Cerco de Guadío Vieja

admiración sincera, es su ardiente entusiasmo por nuestros campos y nuestros mares, y su interés por la suerte de un país que le albergó más de veinte años, en que cimentó su hogar, y que fué la cuna de su gloria.

La primera experiencia de Somerscales en los concursos públicos fué desafortunada: los cuadros que envió a nuestra exposición de 1875 no obtuvieron favorable acogida del jurado oficial: a sí, a menudo, se rí la justicia humana, mientras sigan triunfando el amor y la muerte.

No obstante ese fracaso el auje siempre creciente de sus producciones indújole a dedicar más tiempo y atención a la pintura, y a aprovechar algunos meses de verano en recorrer gran parte de nuestro valle central.

Vinieron entonces nuevas vistas de Valparaíso, de su bahía y de sus montes lejanos, grandes vistas de Viña del Mar, que

le encargó don José Francisco Vergara, tan valeroso en los campos de batalla como ilustre literato y protector de las artes en la paz; numerosas vistas del valle de Aconcagua, vistas de Santiago y de sus alrededores, tomadas desde Renca; más al sur, del río Claro y sus fértiles riberas, del Maule y de Constitución, de las montañas del Nuble, y especialmente, del Nevado de Chillán, del parque y ensenada de Lota, de Concepción, en fin, y de su majestuoso río.

No cabe duda de que el maestro ha hecho progresos como paisajista; pero no sería azaña aventurado decir que algunas de

las obras de esa época no han sido superadas por él en lo que respecta a la ingenuidad de impresión y al aroma de poesía que culminan en la juventud.

Cuando aquella especie de Falstaff rubicundo, príncipe de los millones y "rey del salitre", que se llamó mister North, paseaba por Chile su vientre y su fortuna,

arrastró a Somerscales, incorporándole en su comitiva superficial y fastuosa, a fin de que le pintara cuadros de la región salitrera; labor que, por sí misma, y por las condiciones en que hubo de cumplirse, resultó casi superior a la virtud del artista, y para cuyo desempeño hubo éste de recurrir a los infalibles prestigios de las auroras y crepúsculos.

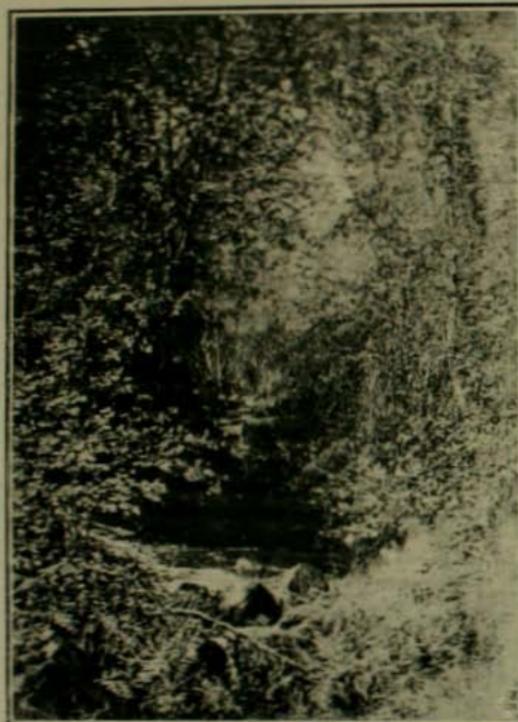
Pero, la especialidad definitiva del maestro iban a ser las marininas.

El lugar de su nacimiento, la profesión de su padre, su experiencia naval, su

larga vida en Valparaíso a la perpetua vista del mar: todo le disponía a ser un marinista de primer orden; pero no empezó a dar esta nueva dirección a su talento sino con motivo de la guerra del Pacífico.

La noticia del combate del 21 de Mayo produjo como un calorífico de admiración y entusiasmo en todo el país; la emoción se deshizo en llanto, la doliente alegría se convirtió en orgullo, y hubo la conciencia de un gran suceso histórico.

No faltó quien encargase entonces a Somerscales para generalizarlas por medio de cartas-tarjetas, reproducciones al óleo, pero sólo en blanco y negro, de las dos faces



En Chivilingo

de la gloriosa hazaña, la faz del sacrificio y la faz del éxito: Iquique y Punta Gruesa.

Participaron esas producciones de la emoción pública, y la tradujeron en una forma prolífica y ya admirable, si bien llena de inexperiencia todavía, sobre todo en la factura de los mares.

Poco a poco, empero, fué tomando Somerscales posesión de su paleta, y soltando la mano, y nacieron entonces vastas producciones gloriosas, en que se miraba el alma de la patria guerrera, páginas coloridas y vivientes de nuestra historia.

Sería difícil calcular el número de marinas con argumentos de la guerra del Pacífico que pintó Somerscales en los años 1879 y siguientes.

Nuestro Gobierno le encargó dos cuadros que honran la sala de despacho de S. E. el Presidente de la República: el uno la destrozada "Esmeralda", poco antes de sumirse, y el otro, el "Huáscar" y los blindados en Punta Angamos.

No se limitó el maestro a ilustrar con su pincel los sucesos navales de la guerra del Pacífico; entrándose por la historia de otros tiempos, reprodujo el combate de Papudo en 1865, y una serie de episodios de nuestra primera escuadra nacional y de la guerra contra la confederación peruboliviana, sin abandonar por eso el cultivo del paisaje.

IV.

Labor en Inglaterra.

Y así llegó el año 1892.

Había alcanzado Somerscales la más amplia notoriedad en Chile; pero la gloria no le había tocado la frente con su ala rumrosa. Ni se apresuraba por ello nuestro artista: tiene Somerscales el profundo instinto de la dignidad, que ni busca ni pide, que sabe esperar. Había cumplido cuarenta y nueve años, y vivía tranquilo en el Cerro de la Concepción pintando y enseñando dibujo, pero sus hijos crecían y, queriendo darles la más completa educación científica, volvió con su esposa y con ellos a su patria, después de cerca de treinta años de ausencia no interrumpida.

Aguardabanle en el umbral de la antigua casa paterna el amor siempre vivido y la angusta ancianidad de su madre.

Al año siguiente concurrió por primera vez a la Real Academia de Londres con su "Corbeta recogiendo velas para salvar la tripulación de un buque naufragado", estudio de una grande extensión de olas hinchadas y palpitantes, bajo un cielo aireado y brillantísimo, con un buque cerca del centro de la composición, y, no lejos del espectador, una lancha con la gente naufragada.

Cuando el jurado de admisión se encontró en presencia de esta obra commovedora y sabia, fué una sorpresa, casi un estupor: Tomás Somerscales era un desconocido. ¿De dónde venía? ¿Cómo se había formado? Sábase que las obras de los pintores nuevos suelen con frecuencia ser colocadas en las partes más altas de las galerías, y que, algunas veces, van bajando poco a poco, a la medida de sus méritos crecientes, hasta la altura del espectador. "La Línea" de la Real Academia es solo la línea de los maestros.

Pues bien, el jurado de 1893 resolvió colocar el cuadro de Somerscales en la línea, "on the line", en un sitio privilegiado de la sexta galería de la Casa Burlington.

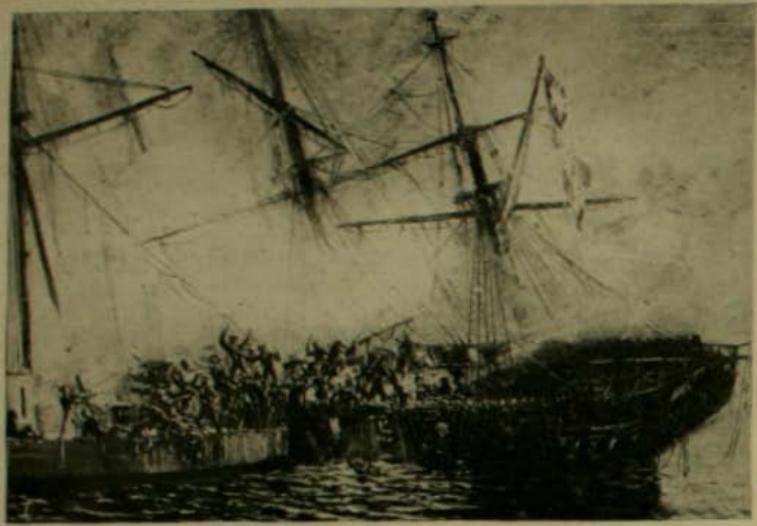
Abierta la exposición, artistas y críticos declararon, con voz unánime, extraordinaria la obra del desconocido marinista, llamándole sobre todo la atención la consumada maestría en la factura del mar, que revelaba profundos estudios y larga experiencia.

El público sancionó con creces el fallo de artistas y críticos; todos los periódicos se ocuparon en el ruidoso éxito, y muchos de ellos enviaron sus "reporters" a Hull para informarse sobre los antecedentes del maestro.

En el banquete de la Real Academia, asignóse a Somerscales el primer puesto al lado del presidente; y, al pronunciar el discurso de estilo, el célebre electricista Kelvin ensalzó como se merecía el espléndido triunfo del nuevo pintor, gloria ya de la escuela británica.

Agregaré a modo de corolario, que el heredero del afortunado adquirente del cuadro ha resuelto hace poco negarse a seguir facilitándolo para ser exhibido en distintas partes de Europa y del Reino Unido, porque, al paso que iban las cosas, no solo expone el cuadro a un accidente, sino que, sobre todo, se exponía él mismo a no gozarlo en los días de su vida.

Las obras del maestro empezaron desde entonces a cotizarse muy alto, los más no-



1. Combate de Iquique.—2. Combate de Iquique.—3. Combate de Punta Gruesa.

tables personajes a hacerle encargos, y los especuladores a venir a Chile para comprar sus obras antiguas, y revenderlas ordinariamente al precio de tantas li-

bras esterlinas c
lenos les habían

No mucho tie
triumfo adadémi
les, el Gobierno
Británica le com
tino a la célebre
que es como si
xemburgo inglés,
cuadro "Of Val
de Valparaíso),
estuvo expuesto
demía, dijo un
co que era una
de la exposición
había realizado
pensamiento, con



uantos pesos chileno costado.
empo después del
co de Somerscales
de Su Majestad
praba, con des-
galería de Tate,
dijéramos el Lu-
el renombrado
araiso". (Afuera
del cual, cuando
en la Real Aca-
autorizado cristi-
de las dos obras
en que el autor
por completo su
sencillez e in-



II

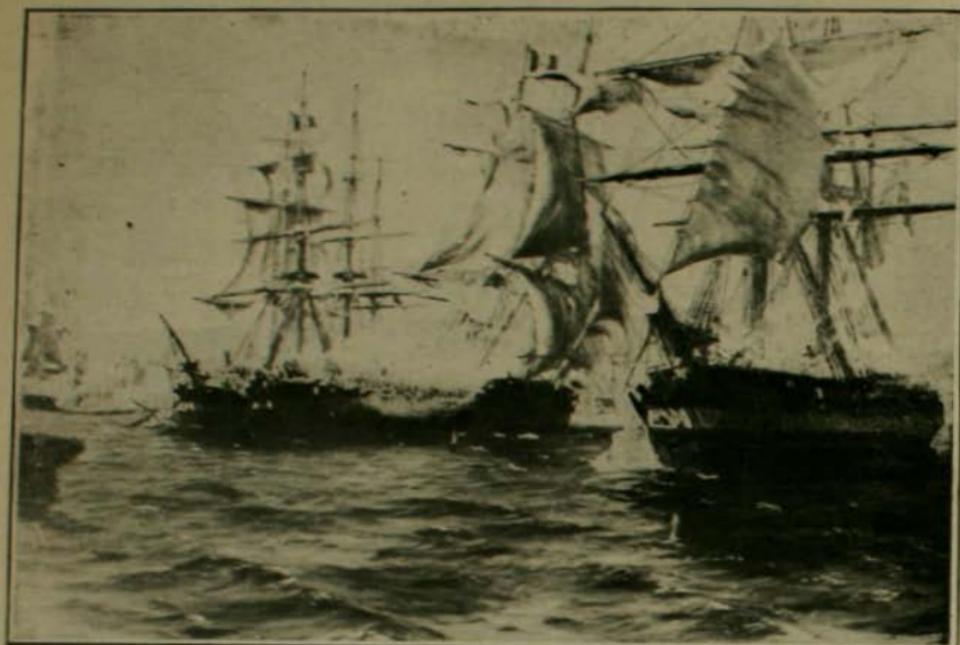
4. El Abandonado.—5. La nueva "Esmeralda".—6. Cerca de Ocoa —
7. El puerto de Valparaíso.



tensidad ejemplos.

Ha quedado, pues, consagrado Somerscales en Inglaterra como un maestro en las marinas; lo que no es poco decir para aquel país eminentemente

VIII



Combate de Cármen

naval y de marinistas. Muerto no hace mucho el ilustre de Martino, no sé de quién pueda rivalizar con Somerscales en este género.

Y cosa singular!: la Inglaterra, su patria, no reconoce en el maestro, aún dentro del género estético, otra habilidad que la de marinista: como paisajista, no es aceptado, diré mejor, no se le ha querido conocer.

Más aún: la Inglaterra no reconoce en Somerscales sino al marinista de los cielos transparentes y de los mares azules: cuando por acaso ha salido de estas notas, han pronunciado los ingleses un perentorio y desdifioso: "Ese no es un Somerscales", que no ha dejado a nuestro artista, en su necesidad de ganarse la vida, con deseos de reincidir.

Hé aquí cómo el a veces excéntrico público inglés no sólo ha impuesto a Somerscales un género, sino una especie dentro de ese género, quitando así al maestro el placer de la variedad en la elección y ejecución de sus temas.

+

V.

El cuadro de la Cámara.

Desde que cambió de residencia, ha vuelto Somerscales cuatro veces a su segunda patria, recogiendo siempre en ella abundante cosecha de aplausos y no poco dinero.

Además de las escasas personas que le aprecian condignamente desde sus primeros tiempos, todas aquellas otras que aguardan las consagraciones del triunfo, y sobre todo, del triunfo en lejanas tierras, para admirar, y las nuevas generaciones que han crecido conociendo su fama, engruesan la legión de sus admiradores: hoy Somerscales está de moda en Chile.

Y su personalidad artística descuebla aquí en estos propios momentos.

La Cámara de Diputados tuvo en 1911 el pensamiento de confiar a Somerscales la ejecución del cuadro principal de su sala de sesiones, designándole como tema "La primera Escuadra Nacional".

Se huyó deliberadamente del tema simbólico, de ordinario poco expresivo, no siempre aprehensible a primera vista, y cuando complejo, como tiene que ser en

composiciones vastas, ininteligible o poco menos.

Se huyó también deliberadamente del hecho histórico concreto, cualesquiera que fuesen su naturaleza y su importancia, porque todo hecho concreto es limitado, y, al fin, fatiga.

Huyóse, en especial, del hecho concreto sangriento, por necesario y heróico que fuera, porque las necesidades dolorosas, y en sí contrarias a los altos fines de la naturaleza y de la humanidad, no son para presentarse como espectáculos de contemplación indefinida a los ojos de los espíritus cultos, ni para ir formando con ellos el criterio y el corazón de las generaciones del porvenir.

Se huyó también particularmente del hecho concreto en recinto cerrado, y en que hicieran el principal papel figuras humanas, porque la clausura cohíbe y las actitudes determinadas cansan.

Se buscó "un momento histórico."

Se buscó un momento histórico que caracterizara la transición entre épocas de fundamental importancia, y que no solo tuviera vínculos con el pasado, sino irradiaciones hacia lo porvenir.

Se buscó un momento histórico, que, sin ser sangriento, recordara y sugiriese la

fuerza y la gloria de Chile bajo los colores de su bandera.

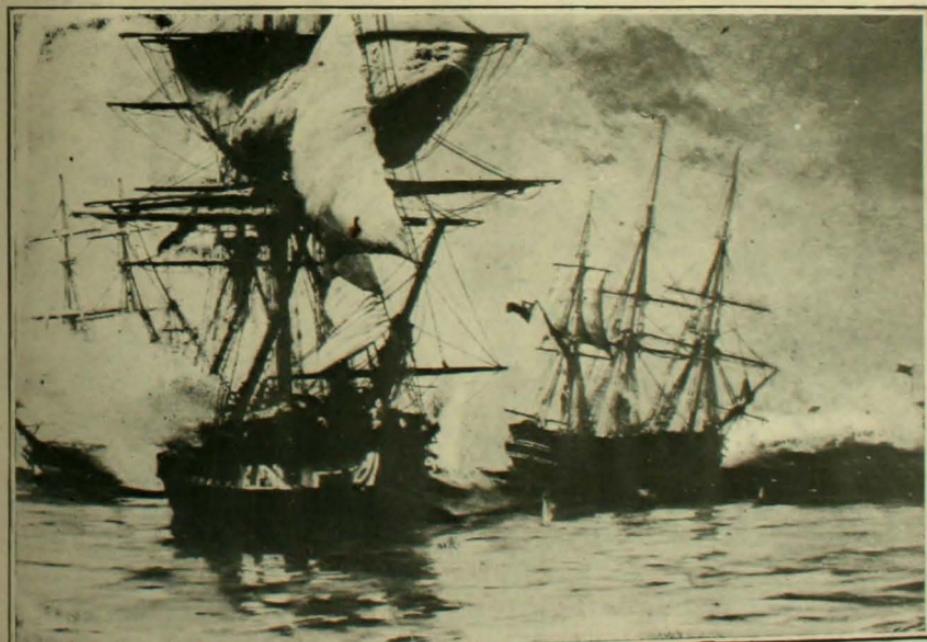
Se buscó un momento histórico susceptible, no sólo de sugerir conceptos vastos, sino lecciones positivas a los buenos entendedores. Se buscó, todavía, un momento histórico susceptible de representarse en escena movida, pintoresca y grande.

Y se creyó encontrarlo en aquel noble impulso de la patria nueva que, no bien repuesta de sus heridas, se lanza al océano con el pensamiento de consolidar y completar la independencia de Chile y la de la América.

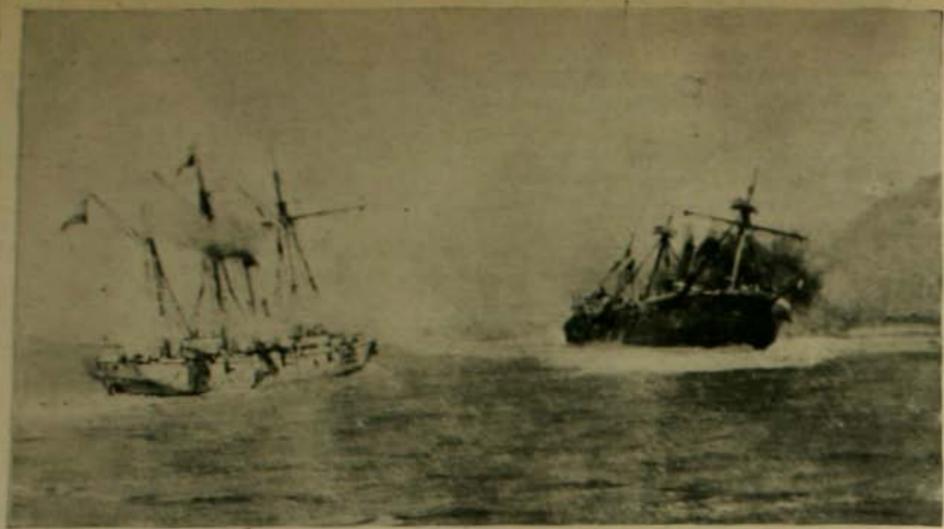
¡Cuánto más bello es "sentir" a O'Higgins en aquel supremo esfuerzo que "verle" desprendiéndose por sus errores de una nanda que ya no podía conservar, falto de los elementos civiles... y también de los militares.

Tan luego como le fué enunciado, Somerscales comprendió y sintió profundamente su tema; y, premunido de cuantas noticias había al respecto en nuestros archivos oficiales, se fué a Inglaterra a realizar su obra.

No encontrando en Londres ni en París un taller adecuado, no solo por la magnitud sino por la iluminación, para ejecutar su obra, hubo de instalarse en una bodega



Captura de la "Maria Isabel"



Combate de Punta Gruesa

de los astilleros de Hull, de los mismos en los cuales hace cuarenta años fueron construidos nuestros primeros blindados "Blanco Encalada" y "Cochrane", que tanta influencia tuvieron en el desenvolvimiento de la República, y a que hablan de dar sus nombres los propios jefes de la primera escuadra.

Allí trabajó el maestro ocho meses en su magna obra, luchando con grandes di-

ficultades, inclusas las dificultades materiales de la ejecución; auxiliado, empero eficazmente, con la más noble voluntad, por los elementos del astillero.

A medida que la obra adelantaba, iba pasando por aquel espacioso e improvisado taller cuanto de distinguido tiene Hull, sin excluir



Combate de Angamos



Combate de Iquique

los más alentadores representante del bello sexo; y no faltó eminencia que opinara en el sentido de que, previo el necesario cambio de banderas, aquella escuadra debía quedar en la Gran Bretaña.

Ni fué posible, por inconvenientes de diverso orden, satisfacer el anhelo de quienes deseaban que se exhibiera el cuadro en Londres antes de enviárselo a Chile.

Tenía el maestro proyectado traernos su valiosa y pesada carga en el vapor "Oravia", cuando enfermó su señora... desgraciado y feliz accidente, sin el cual "la primera escuadra" dormiría hoy en el fondo del Atlántico.

Por fin, llegó el cuadro a Valparaíso; y previa una increíble "vía crucis" en la Aduana (con ley de liberación y todo) fué despachado para Santiago; y después de no pocas molestias y trabajos, adorna ya el sitio a que le destinó la previsión de la Cámara.

Por feliz y no perseguida coincidencia, quedó el cuadro en su lugar en el propio 12 de Febrero, en que se fundó Santiago, se dió la batalla de Chacabuco, y se juró la independencia nacional.

Podrán encontrársele defectos, como a toda obra humana; pero es una obra de regio tono, en que culmina la vida artística de su autor, y que honra al Congreso y al país.

Entre la grandeza del cielo y la del mar, sobre un fondo de macizas nubes, que sugieren el pasado oscuro, impulsado por un viento que hace cabrillear las olas, iluminado por el

sol de la mañana, avanza impetuoso sobre el espectador el buque insignia, el "San Martín", completando su velamen.

El propio nombre de San Martín es evocador de la independencia de medio continente.

La idea de que vaya el buque completando su velamen es hermosísima idea de transición, de trabajo y de progreso.

Conforme a algo de lo dicho más arriba,

Sin duda, una de las mayores bellezas del cuadro es la representación del movimiento del barco, en el instante en que cabecea al avanzar, y origina como una depresión o bajo de ondas espumosas a su derecha.

La armonía entre las banderas, vergas y olas, y el viento reinante, es de lo más acabado.

Navega la escuadra "con viento a un lar-



Mal tiempo

no ha de buscarse en la composición tal o cual salida de la primera escuadra, bajo tal o cual jefe, con tal o cual objetivo determinado, pues su verdadero propósito es solo representar la primera escuadra en pleno Océano, ejerciendo, como ejerció, el dominio del Pacífico Austral.

No estará de más observar que fuera de las informaciones de nuestros archivos, tuvo en cuenta el maestro para pintar el buque insignia, que fué el antiguo "Cumberland" de la Compañía de Indias, el modelo de construcción de la fragata gemela de ese buque, que se conserva en Greenwich.

go", como dicen los marinos; y ello explica la maniobra de la gente para añadir las alas al velamen.

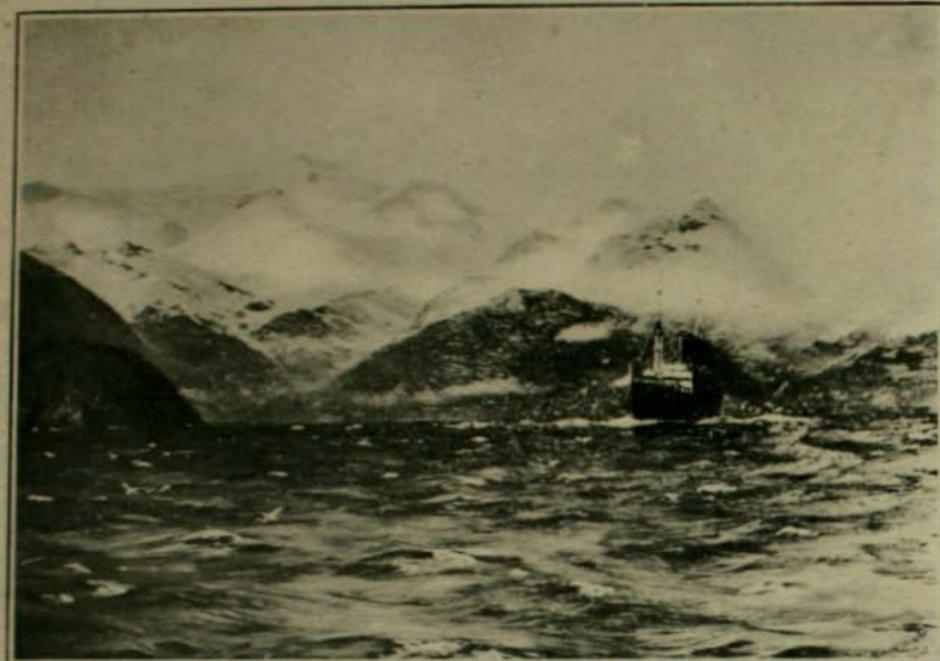
Contra lo que algunos piensan, la bandera a la sazón en uso era ya la tricolor; ni habría sido posible emplear otra en un cuadro que no es propiamente histórico, sino decorativo y significativo.

La representación del agua es admirable, y acaso la mejor que haya hecho el maestro en su vida.

Procuró Somerscales conciliar en las nubes las formas naturales con cierta idealidad académica, acaso levemente exagera-



VIENTOS ALISIOS



Estrecho de Magallanes

da (1), para conciliar los aspectos de la realidad con las exigencias de la decoración: quiso un cuadro, pero un cuadro decorativo.

No escatimó para ello los colores, mas

(1). Me refiero, no tanto al gran bosquejo de que se ha tomado la fisonomía de la cartulina, cuanto al cuadro mismo.

cuidó de adecuarlos al color ambiente, variándose, sobre todo de los discretos amarillentos de las velas y de las nubes, semejantes al color de la sala, y de los azules y verdosos que dominan en el resto del cuadro.

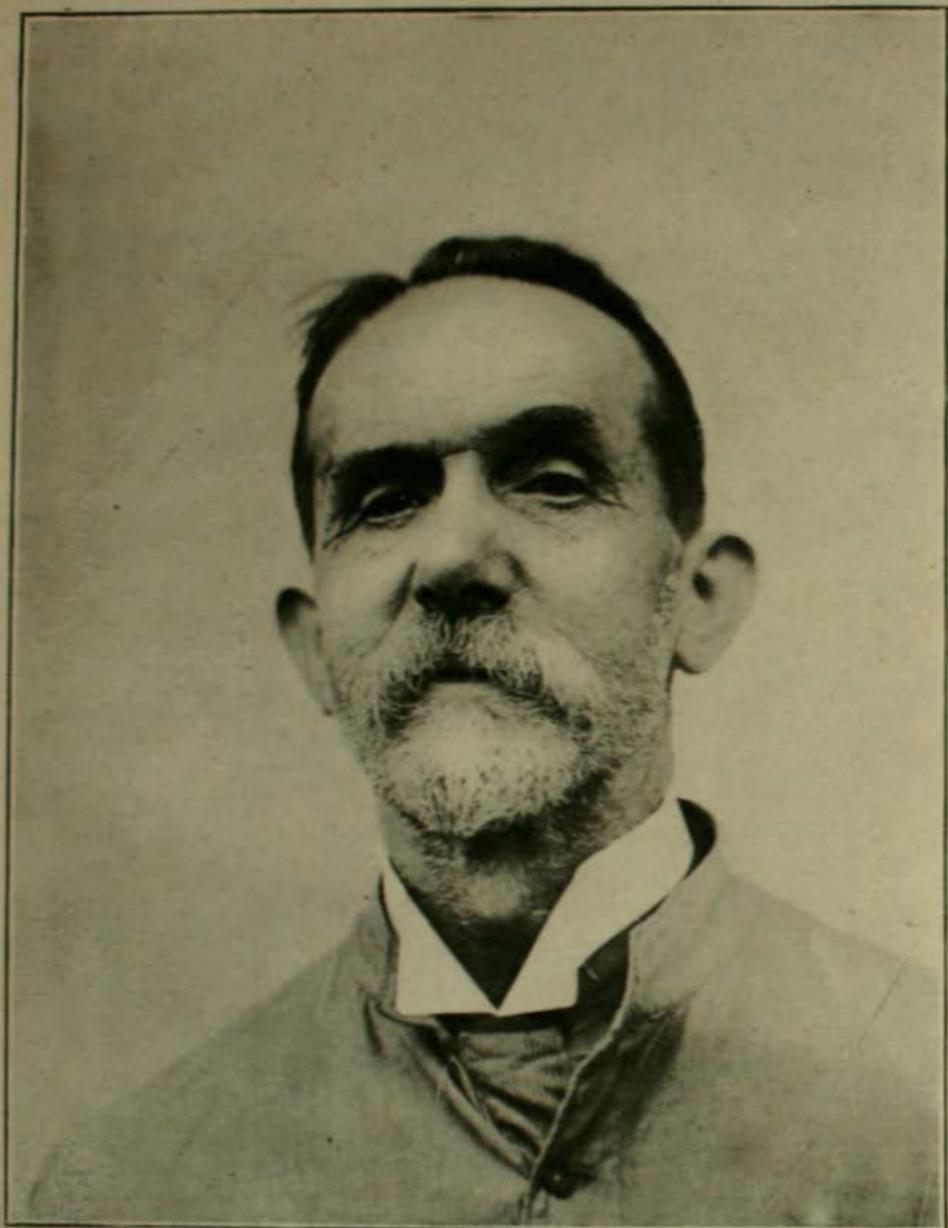
Escoltan a la nave capitana, si no me engaño, por su izquierda, el "Aguila", y, por su derecha, sucesivamente, el "Lauta-



Off Valparaíso



CORDILLERA DE ANTUCO



TOMÁS SOMERSCALES

ro", bajo la sombra de una nube, y el "Arequipeno", de nuevo en plena luz.

La composición, en cuanto a los buques, triangular, es equilibrada, cual corresponde a una obra decorativa, puede que aún más equilibrada de lo indispensable.

Representan la vida la tripulación del "San Martín", mientras ejecuta su labor, y tres o cuatro gaviotas, regocijadas en su diálogo con las espumas.

VI.

El hombre. (2)

Dije antes que Somerscales parece frágil de cuerpo, pero no lo es en realidad, y la

(2). Se echará tal vez de menos un capítulo que habría podido llamarse "El pintor". He omitido escribirlo; lo primero, porque no tengo la autoridad suficiente; lo segundo, por no extenderme demasiado; lo tercero, porque el tema interesa menos al público.

mejor prueba de ello es que se encuentra aún en madurez gloriosa.

Sea, en parte, por la excelencia de su organización, sea, sobre todo, por efecto de su actividad y buen vivir, ello es que su cuerpo conserva rapideces y flexibilidades juveniles.

Es un andador infatigable, y no es raro deje en el camino, aunque se trate de las ásperas sendas de las montañas, a hombres de mucho menos edad que él.

Se le ha visto últimamente dirigir el trabajo de la colocación de su gran cuadro en la Cámara, pagando de su persona hasta con siete horas de trabajo diario, no sólo en el plano del hemicírculo, sino sobre las escalas y los andamios; y ha habido que adoptar precauciones para que no se someta a riesgos excesivos.

Su laboriosidad es digna de su aptitud: frecuentemente descansa de una ocupación, entregándose a otra.

Come poco y no bebe jamás.

Son sus sentidos de una finura maravillosa, y su memoria estupenda. Así conserva el recuerdo del océano, con su mudable grandeza, hasta en los infinitos pormenores de las olas que se quiebran y de las espumas que se deshacén.

Es un profundo observador y admirador de la naturaleza, y, sobre todo, de esa ben-

dición de Dios, hecha cielo, hecha paisaje, hecha carne, que se llama la belleza.

Tiene también el sentido de lo ideal, y, para ejercitarlo, la llamada "imaginación constructiva" que, no conformándose con lo que ve, o produce, se lanza a idear maneras de mejorarlo.

Discrepa en esto su temperamento del de su primogénito Tomás, "Tom", como él le dice, también artista, según el cual deben reproducirse las cosas, con la mayor belleza posible, dentro de lo que existe, y no más allá.

No es sólo Somerscales un pedagogo y un artista: es un hombre al día, en la más amplia acepción de la palabra, de aptitudes científicas y gustos literarios.

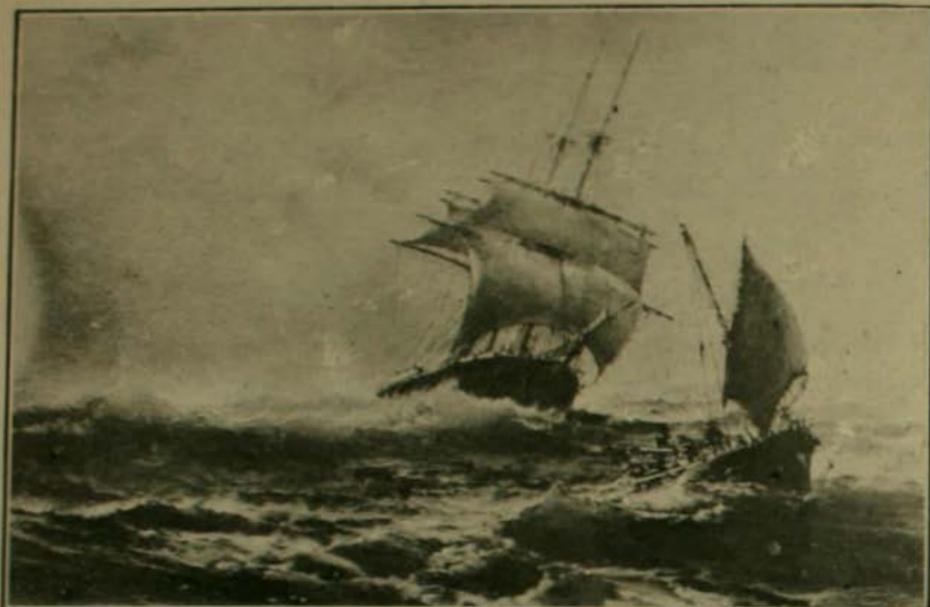
Conce con especialidad la filosofía y las matemáticas, la geografía física y la geología.

Y ¡cosa que parecería increíble!: no fué el arte, ni tampoco la enseñanza, su vocación principal, sino, que ambos fueron, conforme a las expresiones de Rodó, en los "Motivos de Proteo", sus vocaciones secundarias o supletorias. Su vocación principal fué la ingeniería: penetrar en el conocimiento de las leyes naturales, y aplicarlas en homenaje al bien de la humanidad, es lo más hermoso para Somerscales.

Y, de hecho, tiene una habilidad extraor-



Baía de San Vicente



Corriendo el temporal

dinaria para cuanto a mecánicas se refiere. No se parece en esto a otros hombres de pensamiento, que son una calamidad para esas cosas: él hace, rehace y vuelve a hacer, hasta que logra lo que quiere, y siempre por sí mismo.

Vaya un ejemplo: para pintar "Las carabelas de Colón", copió exactísimamente, de su mano, los modelos en bulto de esos buques, existentes en el Museo de Madrid.

Grande admirador y propagador de los buenos autores de la lengua inglesa, especialmente de Carlyle, de Ruskin, de Wheatman, el poeta impresionista norte-americano, y, sobre todo, de Browning, el más conceptuoso de los poetas que ha producido la Inglaterra, después de Shakespeare, tiene los conocimientos de un literato, redacta con la más elegante limpieza, y escribe con un tipo de letra nervioso y distinguido.

Sin preocupaciones, pero con doctrinas, empapado en el "Ecce homo", estudio filosófico del Cristo, y en "La Religión Natural", obras ambas del profesor Selley, piensa y siente como un sabio sacerdote primitivo, y lo que piensa y siente lo dice con abierta franqueza.

El lenguaje del maestro es tan preciso como lo son su dibujo y su letra.

Pero, lo que más vale en Somerscales, es el carácter.

La nota dominante en él es acaso la benevolencia, que se transparenta en la dulzura de su rostro, y que le lleva a ser indulgente con todos y con todo.

Comprende demasiado las flaquezas, y se da instantáneamente cuenta del ridículo; pero es su propósito no ofender a nadie, y lo consigue.

Puede decirse que no se conocen en él la agresión ni la violencia; sin que ello se parezca ni remotamente a la debilidad.

Su firmeza es de las mejor templadas, y su constancia, inquebrantable.

Digo "constancia", y añado "pacienza". Para sufrir y sobrellevar, y volver a empezar, no sólo sin una queja, sin un gesto de desagrado.

Sus extensos conocimientos, especialmente los artísticos, están al alcance de quien oportunamente se los pida: él no se reserva secreto alguno en esta materia.

Habiendo, como hay, en su naturaleza sensibilidad delicada e impetu ardoroso, necesita refrenarse, y se refrena; Res-

train yourself", ("Refréñate") es su máxima favorita, no sólo para los actos ordinarios de la vida, sino, sobre todo, cuando está delante de su caballete y con el pincel en la mano. Es así como logra sus resultados, a la paz intensos y correctos.

Del conjunto de sus condiciones morales resultan equilibrio y dignidad, y, lo que es más raro, modestia.

Se ha conservado tan sencillo después de sus triunfos, como cuando era simple profesor en el Colegio de Mackay.

Oye con interés, y consulta con ánimo de aprovechar.

Cualquier vislumbre de razón que su interlocutor tenga es apreciada por él; y respecto de cosas más o menos indiferentes, aunque crea tener razón, cede.

Escucha las alabanzas a sus cuadros con serena complacencia, sin falsa modestia, y puede darse este lujo, porque tiene la modestia verdadera.

Escucha las censuras y no raras veces, las más extravagantes ineptias, con una inalterable y benéfica tranquilidad, y su desaprobación no va nunca más allá del silencio.

Prefiere la crítica de los hombres inteligentes e ilustrados que no son del oficio, y resguarda su situación, con verdadera

dignidad, ante la crítica titulada. Cuentan de un crítico que después de examinar un cuadro de Somerscales, en presencia de éste: "Y bien, ¿qué dice usted?"—le preguntó.—"Yo, repuso el maestro, no tengo nada que decir. Usted ha venido a criticar: critique."

Como se ve, la modestia de Somerscales no nace de ignorancia de su propio mérito ni de encogimiento moral: es una modestia de la mejor ley, que origina su profunda y normal certidumbre de la limitación y falibilidad de nuestras facultades.

De aquí su criterio exento de alucinación; de aquí el criterio, por decirlo así, impersonal, que da seguridad y acierto a sus juicios.

No hace mucho le fué llevado, para que lo firmase, si lo reconocía por suyo, un cuadro al óleo, antiguo, de los Baños de Cauquenes, con bastante dibujo, pero pronunciado sabor oleográfico. Al verlo, sonriendo, dijo: "Es malo, pero es mío", y puso en un rincón: "T. Somerscales. 1869."

VII.

El hogar.

Tuvo el maestro dos hijas.

La una de ellas murió de difteria, ya



La corbeta "Esmeralda" saliendo de Valparaíso

crecida, en Valparaíso, antes del provincial descubrimiento de Roux.

La otra ha muerto para la razón...

Son éstas dos profundidades lóbregas en el corazón de Somerscales.

Le está vedado mirar al porvenir al través de los ojos hermosos de las hijas, por donde pasa o pasará la lumbre del amor, el más vívido reflejo de la esencia divina.

Pero, conserva sus cuatro hijos, que son todos hombres formados y aprovechados.

El primogénito, Tomás o "Tom", de quien habló, tiene el título de ingeniero de construcciones navales, y estuvo no ha mucho empleado en el Apostadero de Talcahuano. Es un acuarelista distinguidísimo, las pruebas de cuyo talento, límpido y vigoroso, pueden verse actualmente en el escaparate de Hume, el librero.

Siguen Wilfrid y Arturo, mellizos.

El uno es ingeniero naval, como Tomás, y empieza a pintar al óleo de un modo que despierta las más brillantes esperanzas.

El otro es ingeniero electricista.

El cuarto, Roberto, o "Bob", como le di-

ce su padre, es arquitecto, y ejerce su profesión entre nosotros, al lado de don Juan Tonkin. Es asimismo acuarelista de fuste, y Hume ha exhibido de él una vista de Río Janeiro, y una de nuestro valle central.

Todos ellos tienen aptitudes musicales, especialmente Tomás.

VIII.

Conclusión.

La vida de Somerscales, es serenidad, es trabajo, es virtud.

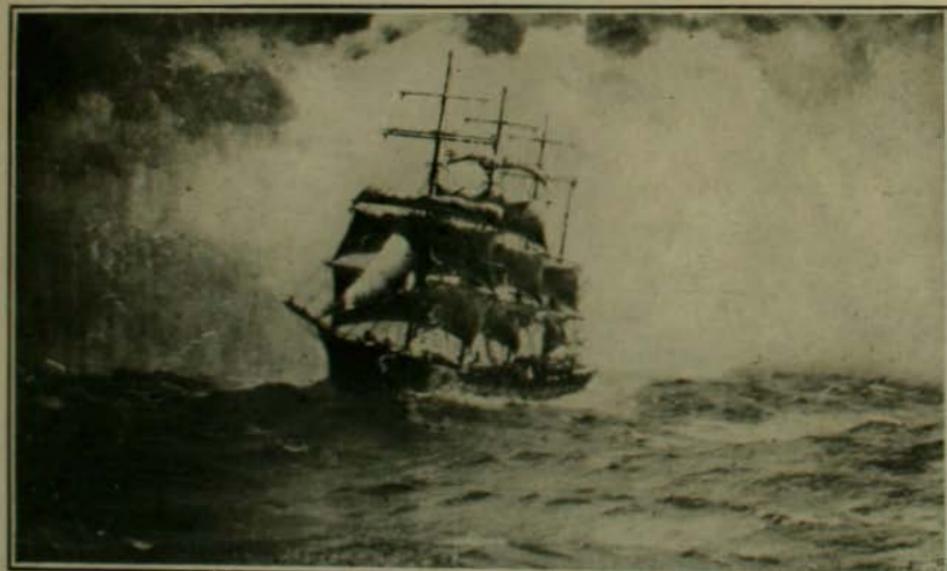
Gran parte de ella es también belleza.

Y si ha sufrido, el amor y el éxito le han coronado.

Su existencia prueba una vez más, que el camino a la cumbre es arduo, pero que honra y fortalece.

Santiago de Chile, a 17 de Febrero de 1913.

PAULINO ALFONSO.



Después del Vendaval

A LA SOMBRA DE LA HORCA



CUENTO DE COLO NAJE 1778

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Era la hora de la oración. Las últimas tardes del verano acumulaban tibieza y dulzura sobre la apacible ciudad colonial. Faltaba a su atmósfera la palpitación de vida que comunican los hombres libres a la colmena en que se agitan. Pesaban sobre los ojos tejados de las casas de barro y sobre los grandes huertos interiores que rebalsaban de las tapias blanqueadas, los prejuicios de los agentes y súbditos del Rey de España sobre la raza en formación, que subía, desde el indio y el mulato, en incierto mestizaje hasta el viscaíno criollo que no había aun mezclado su sangre. Todo lo demás era igual a nuestro tiempo: la luz, la transparencia de la atmósfera, la gran cordillera desnuda, las brisas de la tarde, el aleteo de las copas de los álamos que comenzaban a dejar caer en vagas revueltas sus primeras hojas sin vida.

Apesar de acercarse ya el fin de Marzo, ese año de 1778, no regresaban todavía a la ciudad las familias campesinas retenidas, por un considerable retardo de la estación, en sus grandes haciendas, en esos enormes feudos medidos a ojo y sujetos a un régimen feudal sin amenaza alguna de parte de los soberanos y burgueses; muy lejos aquellos para someterlos a tributo, muy escasos, ignorantes y pobres éstos, para formar como en Europa corporaciones respetables.

A la puerta de un caserón vetusto de la calle vieja de la Moneda, hoy Huérfanos, se detenían dos hombres a caballo y tres mulas cargadas de bultos, escoltadas por un arriero. Uno de los jinetes descendía, como conocedor de la morada y buscaba el aldabón de fierro colgado en la tosca puerta claveteada con el cobre del país, mientras el otro miraba con insaciable curiosidad todo ese cuadro al que parecía ajeno en absoluto. Resonaron los golpes en la desierta calle; de la esquina oteada salió el sangrador con un embudo en la mano, atisbó con gesto que debía serle habitual y gritó con acento de recomendación, "golpead fuerte, que están lavando en la arboleda". Los aldabonazos redoblaron y el arriero se desmontó para preparar la entrada de sus mulas que parecían asustadizas y algo inclinadas a marcharse. Mucho tardó en responder el dormido caserón, hasta que una voz de niña, preguntó desde el zaguán, quien golpeaba anticipándose a agregar que los patrones estaban fuera y no se abría a nadie la puerta. "Soy don Ignacio Araos — gritó el joven — pegándose a la gran cerradura, vengo de muy lejos a ver a mis tíos y a alojarme si se puede. ¿No hay nadie de respeto en la casa?" —Aguárdese su merced — replicó la mujer — y resonaron en el empedrado los golpes de sus suecos que se alejaban.

—*Elle marche sur des sabots*—dijo el acompañante que era un francés de los numerosos que comenzaban a llegar a Chile con el libre tráfico abierto por el Cabo de Hornos a los navieros de San Malo.

—Aquí los llaman zuecos—contestó el joven—generalmente van descalzos, pero cuando llueve, ó están en la humedad se sirven de ellos. Como en mi tierra las llaveras son las dueñas de casa, no sería raro que la de mi tío se negara a abrirnos la puerta. No nos quedaría más remedio que ir a pedir alojamiento al corregidor Zafarú, que nos metería con sendos grillos a la cárcel.

—¿Y el hotel?—interrogó naturalmente el acompañante.

—Hum! La posada querrá Ud. decir Dunose; pero no los hay sino para los arrieros...

Dentro resonaron de nuevo los zuecos; pero esta vez eran cuatro los que se alternaban, dos ágiles y livianos y los otros pesados y tardios. Una voz desconfiada preguntó tras el portón.

—Quién llama?

—Don Ignacio Araos ¡Abra Ud.!

—No están los patrones, mi señor.

—Lo sé muy bien.

—Pero me han avisado que su merced llegaría mañana.

—No tengo yo la culpa señora, de haber ganado un día en el viaje.

—Voy a abrir. Y los zuecos se alejaron en demanda de las llaves.

—Aquí no se da nadie prisa amigo Dunose.

—*C'est à peu près comm' en Espagne.*

—Un poco más lento aún.

La llave movió un pestillo y la pequeña hoja incrustada en la gran puerta giró rechinando sobre los goznes.

—Dios lo guarde mi señor don Ignacio, dijo una vieja mulata de cabello crespo y algo gris. No lo habría reconocido. Cómo está de grande el caballero! pase su merced.

Araos avanzó, despontóse su acompañante y ayudaron a abrir la puerta de par en par, lo que costó no poco trabajo. Tras de los jóvenes entraron las mulas.

Las campanitas de las iglesias y capillas comenzaron a llamar al Angelus y la mulata interrumpió sus venias y saludos de bienvenida para santiguarse y murmurar de prisa la oración vespertina.

Entre tanto, Araos miraba el gran patio empedrado, cubierto de pasto y con algunas matas amarillentas de manzanilla. Reconocía el gran floripondio del centro, el zaguán donde el mulato calesero, partido también al fundo, había dejado el inborrable olor de su mugrienta alcoba y las

rejas laboreadas de las ventanas que daban, al frente y detuvose al fin sobre la llavera misma.

—Tú eres la Rosario?

—La misma.—;Cómo me ha reconocido su merced! Ya estoy con las patas a la rastra.

La pobre mulata no se creía digna de tener pieles como los patrones.

—Tanto tiempo que ha pasado—siguió diciendo, mientras caminaba adelante agitando las llaves—;el caballero también ajoja aquí?

—Sí Rosario—es mi amigo y mi socio.—Es un francés.

Rosario se volvió sorprendida para mirarlo. Un borbotón de preguntas se le vino a los labios; pero lo contuvo por respeto, por ese respeto servil de tantos años de esclavitud. Había sido dada como regalo de bodas a doña Concepción, la señora, tasada en cien pesos, y aunque estaba libre para irse a un convento o morirse en un rincón, parecía siempre atada a una cadena como perro de guarda. Se detuvo en el segundo patio lleno de naranjos, en un corredor enladrillado, y abrió la primera puerta.

—Aquí hay una cama—dijo, yo no sabía que el patrón vendría acompañado. Pero en esta pieza del lado hay otra y empujó la de comunicación.

Los cuartos estaban tapizados con esteras cuyo tejido provocó la curiosidad de Dunose. Las paredes eran blanqueadas con cal. Un lecho de estilo español antiguo, de madera de raulí, ostentaba encima una descolorida sobrecama de seda amarilla con grandes flores blancas. En los muros casi desnudos, colgaba una imagen de San Ramón Nonato, santo muy de la devoción de las fecundas tías de Araos. Recordó éste en el acto los versos de la novena que tantas veces había oído de niño y que terminaban así: "...Por la herida ensangrentada os sacaron prodigioso". Y el coro respondía: "Sednos protector y guía—Ramón Nonato glorioso".

Desde la obscuridad de los cuartos se veía el patio resplandeciente aún a los últimos refejos de la tarde. La enredadera de la pluma, sin flores ya, se envolvía a los pilares y trepaba a los aleros. Flotaba intenso embriagador aroma a dengues y pelargonias.

Comenzó la mulata a impartir órdenes. La criada joven que parecía india, y lo era seguramente, traía agua para los lavatorios de palo blanco, y llaves para abrir un gran armario de caoba de donde se escapó fuerte olor a aluzema, hojas de menta e incienso. Al estender y sacudir las sábanas el penetrante perfume llenaba la sala y hería las glándulas nasales.



"Dios lo guarde, mi señor don Ignacio; no lo habría reconocido"

—Uno se puede creer en Constantinopla, murmuró Dunose, estos son perfumes orientales.

—El caballero parece hablar en gerigonza. No se le entiende nada. ¡Su merced ha dicho que es francés?

—Sí Rosario.

—¿Será hereje...?

—Nada de eso. Buen cristiano.

Los ingleses eran siempre herejes; sobre los franceses había dudas. Mientras la mulata arreglaba las camas, los jóvenes retiraban el poncho del viaje, las botas y

espuelas. Dunose no se cansaba de mirar las suyas. Pero no había tiempo que perder; era necesario consumir bastante agua para borrar las huellas de las tres noches de alojamiento en los tambos del camino de Valparaíso y Santiago.

Acarreados por el arriero los bultos, abiertas las maletas y terminada la operación del lavado y cambio de trajes, aparecieron en el corredor los dos viajeros. Eran dos reales mozos, en todo el sentido de la frase. Araos, moreno, de negros ojos; Dunose rubio y sonrosado. La india acababa

de decir a la mulata que el extranjero parecía un camarón. Entre tanto Rosario no podía más con sus noticias en el cuerpo y había escapado a difundirlas a las casas vecinas de amigos y parientes. Volvía acalorada cuando encontró a sus huéspedes en espera de la cena y se mostró parlera y desenguada:

—Qué buenos mozos son los caballeros! ¿Qué va a decir mi señorita, doña Soledad, cuando vea a su novio? Porque aquí todos lo saben; es una inclinación desde niños, un verdadero aprecio...

Araos se puso sombrío al escuchar estas palabras. Eso de la novia le recordó la batalla durísima que iba a librarse. Pero la palabra *aprecio* lo irritó, evocándole un mundo de ideas maduradas en el viaje contra las rutinas y convencionalismos de su familia. El sentimiento y la palabra de *amor* estaban proscritos de los salones de Santiago. En esos momentos Chamfort, escribía en Francia que una señora parisense de su siglo, interrogada por su hija sobre el amor, había respondido que era "una cosa sucia y desagradable que hacen las sirvientas de mano y cuando se las sorprende se las echa". "Cosas inconvenientes", decían muchas señoras santiaguinas por esa misma fecha. "Insolencias de mozalbete y petímetros", exclamaba un señor canónigo mientras jugaba su habitual partida de carga-burro. Se decía *el afecto y el aprecio*. Pues bien, Araos había amado en Europa y estaba resuelto a no apreciar en Chile.

Algunas voces resonaron en el patio en los momentos precisos en que los jóvenes se sentaban a la mesa en el corredor. Luego el acento de una sirviente dijo más cerca, asomando su figura envuelta en un sucio pañuelo de reboso: "manda decir misia Encarnación del Real que pasen muy buenos días que acaba de tener el gusto de saber que su señor don Ignacio ha llegado muy aliviado de las Uropas, que viene muy crecido, que ella está muy bien como toda la familia, que aquí le manda estos dulces de hueso para que los dé a probar al caballero extranjero que viene en su compañía". Dunose oía extrañado tanta locuacidad. Rosario rindiendo honor al mérito se apresuró a recibir la bandeja y dijo: "La Mercedes es la mejor recadera de Santiago. La llaman de todas partes para las invitaciones".

+

Cuando los jóvenes salieron del brazo para recorrer la ciudad, numerosos recados habían llegado ya para informarse del viaje único semejante entre el original y la pintura será precisamente ésto: la capa de

ardía una candela de sebo dentro de un fanal. En la vereda, frente a cada puerta, sentadas en el umbral o en pisos tejidos de totora, y sumergidas en la sombra, las criadas y las niñas de la casa conversaban con animación en torno de un brasero donde calentaban el agua para el mate. Los sopladores de paja hacían saltar un chispero que a cada paso amenazaba los elegantes pantalones y las medias de seda de los dos transeuntes. Al doblar hacia la plaza, de una ventana de rejas salió una voz femenina: "Qué orgulloso ha llegado Ignacio Araos; ya no conoce a nadie". El joven volvió en el acto; pero en la obscuridad no pudo distinguir a la indiscreta ni voz alguna respondió a la suya.

—Oye Raimundo—dijo Araos—poniendo una mano en el hombro de su amigo, y tomando un tono grave. Todo me es antípatico en esta tierra. He nacido en ella; pero no es mi patria. Comprendo que he caído desde el aire, desde la luz al más profundo pozo...

—No me explico tu exaltación. Por lo que llevo visto de este reino, pienso muy diversa cosa: las flores dan un gran perfume; los insectos no dejan dormir; las sirvientes no permiten hablar a nadie; las calles huelen a fango. No es para desesperarse. Cómo has llegado a Valparaíso te vuelves en un día a San Malo. En vez de hacer el comercio de indias, haremos el de España.

—Qué fácilmente lo arreglas todo! Aquí hay una familia que me espera, que me aprisiona y ha combinado toda mi vida. Ella sabe cuanto dinero he de tener, con quien voy a casarme y con cuantos hijos va a bendecir mi unión el cielo. ¿No has visto la imagen de San Ramón Nonato? Junto con mi familia hay media ciudad que se ocupará de mí, que espiará mis actos, que me impondrá su voluntad. Tú eres francés; mañana partes y tu viaje a Chile te parecerá una pesadilla. Yo soy criollo de esta tierra, subdito del rey de España; debo ser en consecuencia agricultor y casarme. Lo dirá el oidor, el Superior de San Miguel, el confesor de mi tía, el director espiritual de mi prima Soledad...

—Al menos ella es hermosa.

—No lo creas... el cuadro quiteño que viste en casa de mis tíos de Oñate, es una invención. Habrá intervenido en él medio mundo. "Póngale mas gracias a la niña para que lo cautive". "Maestro retratista, aumente el fuego en los ojos que aunque esto puede dar pasto a la lasivía, la intención es buena". Ya la verás. Lo blanco y de carmín que cubrirá el cutis de don Ignacio y darle la bienvenida. La calle estaba obscura y solo en la esquina

de la prima... Aquí se pintan las mujeres Dunose, apesar de que ostentan naturalmente buenos colores. Se pintan como tus compatriotas que vefamos en las galerías del Palacio Real en París, aunque con menos disimulo y prolijidad que esas ociosas elegantes; albayalde y otros ingredientes forman sus mixturas. ¿No has notado a las viejas, más que arrugadas, agrietadas?

Dunose se sourefa. Habían llegado a la plaza. En la oscuridad de la noche surgían las siluetas de la inconclusa catedral, del palacio de las Cajas y otros edificios como la Cárcel y el portal del Cabildo. Numerosos grupos de mujeres del pueblo iban y venfan con cántaros, desde la pila central. Una de ellas, al pasar, dió un peñilzo en el brazo a Dunose. "Vaya una manifestación de... aprecio", concluyó espiritualmente el francés. Pero Araos no oía nada. Fijos los ojos en algún objeto lejano, escrutaba en las sombras, tratando de ver...

—Ves aquello? Se diría un volatín que va a saltar de un árbol a otro.

Un bulto negro colgaba en el aire a cuatro metros de altura, y se movía acomodadamente.

—Dígame señora qué es aquéllo que cuelga?

—¿Qué ha de colgar? Pues un ahorcado! —dijo la mujer y pasó murmurando.

Un ahorcado!... Dunose avanzó rápidamente hasta colocarse a dos pasos del trágico pendón. Araos se quedó paralizado en el mismo sitio, en silencio profundo; era un cuadro de horrible y muda justicia. Algunos murciélagos rondaban en grandes círculos en torno de la horca y el viento continuaba meciendo, junto a las copas de los árboles, la larga silueta colgada del cuello con la cabeza desgreñada caída sobre el pecho. El francés paseaba su amplia mirada sobre esa plaza solitaria, donde había terminado ya todo ruído. Para él, ese ahorcado representaba a una sociedad naciente reprimida en sus ímpetus salvajes con mano férrea. Para Araos era un oprobio. Le mortificaba intensamente mostrar el centro de su ciudad y de su país, encuadrado por la Catedral, el Palacio de Gobierno y la casa de algunos copetudos señorones, dormido a la sombra de una horca..... "Vamos — gritó a su socio — ésto no se puede mirar largo tiempo". Y encaminó sus pasos de nuevo a la casa. Pero, antes de doblar la esquina, los jóvenes se volvieron y una vez más fijaron en sus pupilas dilatadas por la emoción la funeraria escena del ahorcado danzando al compás del viento cordillerano.

Don Javier Alzérreca, y doña Concepción Aróstegui, los tíos esperados, acababan de hacer su triunfal entrada a Santiago, después de despideirse de sus inquilinos con una solemne misión, rodeos, y cohetes. Cinco carretas y una tropa de mulas completaban el convoy de su familia, sirvientes, convidados y equipajes. Aún estaban botados en el patio los llanos de charqui, los sacos de huesillos, los montones de cebollas y zapallos, la harina, el maíz, el afrecho, el trigo, los frejoles y cantidades menores de otras preparaciones que no faltaban jamás en casa de hacendado, como la chuchoca, el charqui de tomates, los higos secos, la harina de llalli, las nueces y el arrope. De todo venía mayor proporción para auxiliar, a poco precio, a algunos parientes, obsequiar a conventos o canjejar con otros productos de los fondos de costa, el luche y el cochayuyo, el pescado seco, los piure, machas en sartas y la sal de mar única usada para cocinar. Tanto las niñas de la casa, como las sirvientas, tenían pesada tarea en esos días para colocar en las alasenas los dulces en almíbar y aguardiente y las legumbres hechas en cancos de greda de Talagante. Las yerbas medicinales, entre las cuales jamás faltaba el natre, las odorantes, como el cedrón y el toronjil, la menta y el poleo ñ otras cortezas y hojas útiles, como el quillay, la yerba de la plata y don Diego de la Noche.

Por esta razón Ignacio había tenido apenas oportunidad de ver a su prima Soledad. Le venía cierto remordimiento de haberle odiado aún antes de estudiarla hecha ya mujer. No lo sería nunca por completo, es cierto. Parecía devota en exceso, pudorosa en exceso, tímida en exceso, ignorante en exceso. Tenía ojos grandes y oscuros y en este capítulo el exceso no la dañaba. Ignacio había resuelto implantar la costumbre de besar a sus primas, y así, tan pronto entró al salón la niña, conducida de la mano por su madre, Araos posó sus labios en su mejilla con desplante.

Enerojetieron madre e hija, y durante algunos minutos la conversación fué embarazosa. El joven veía caer una de sus primeras aventuradas suposiciones; si Soledad no era una belleza, tenía tal fuego en la mirada y tanta delicadeza en toda su esbelta figura de niña, que debía causar la admiración o a lo menos el interés de cuantos la conocían.

—No te ocultaré sobrino — le decía poco después don Javier — que, ni a tu tía ni a mí nos ha parecido bien esta actitud; es verdad que tú crees a Soledad tu novia; pero en todo caso, estos besos son tonterías que no sirven para nada útil...

—Yo celebro tío el que al fin podamos



"¿Qué es esto, madre?"

entendernos cara a cara y sin intervención de los parientes de Oñate. Parece que se ha dispuesto aquí, sin mi voluntad, de todo mi porvenir. Yo deberé casarme con Soledad, ir al campo, trabajar en tal o cual forma, tener tantos hijos y morirme. Pues bien, en lo de morirme estoy conforme. Pero yo he de escoger mujer...

—Nada más justo, apesar de la forma un tanto altanera que has dado a tus palabras. Nadie escoge la mujer como Dios, o sus representantes en la tierra que son los padres. A falta de padre, tú tienes estos viejos tíos y nada habría ofrecido digno de reparo el que ellos te hubieran indicado a la compañera de tu vida. Y te la indicarán, pierde cuidado, y seguirás sus consejos, si no quieres, como José Mercedes Urizar, mi tío, ser desgraciado en tí y en tu descendencia. Pero, eso sí, Ignacio, si crees que la mujer que te indican es Soledad, te equivocas.

Esta declaración comenzó por ser un alivio para el joven. Pero inmediatamente picó su curiosidad el saber la causa de este cambio. Porque, él recordaba bien que,

durante seis años, en las cartas a Oñate, se decía en todos los tonos que el cielo había marcado claramente su voluntad de que Soledad e Ignacio fueran esposos y que de este parecer era Fral Miranda, el siervo de Dios, que tenía directas inspiraciones de lo alto. ¿Cuál habría sido esta causa de variación de la Divina voluntad, que se decía inmutable? ¿Era que Soledad, tan excesivamente tímida, había demostrado intenciones de sublevarse contra ellas? Y esto le mortificaba ahora: no podría negarlo; el amor de la niña lo habría albagado profundamente. Sin embargo, Ignacio no podía aparecer cediendo a tales sentimientos.

—Me alegro tío, saber que no se insiste en tan loca idea.

—Haces bien en llamarla loca; es lo único cuerdo que has dicho desde que nos saludamos. No hay pues que preocuparse para nada de mi hija ni para ponerle tachas ni para darle otros méritos de los que tiene. Soledad será la mujer de Juan Francisco Iturgoyen, mi sobrino abogado. Según nuestras costumbres, él debió ele-

gir primero, porque es el doctor y tú en seguida, porque eres el campesino; en cuanto a Isidro, será sacerdote. Esto lo hemos decidido, con tu tía. ¿Estás conforme?

—Por supuesto. Sus mercedes han dispuesto de toda la familia. Por lo que a mí toca, estoy conforme, pero deseo saber —si se puede,—cuál es la causa de que Soledad, que, hasta hace poco, me estaba destinada como mujer, ya no lo esté y parezca locura pensarlo. No me mueve la curiosidad, tío Javier, sino el saber si otras resoluciones inquebrantables e igualmente inspiradas por el cielo, pueden de noche a la mañana resultar también las y no ser ya tiempo de remediarlas.

—Te gastos un tonillo de despecho, sobrino, que me hace pensar que Soledad entraña más en tus gustos de lo que pretendes hacer creer. Pero vamos. Aquí está la causa. Hasta hace poco, no se reparaba en nuestra familia en otros parentezcos que en aquellos prohibidos por la naturaleza y la religión; pero donde había disimula que pasara se pasaba por todo. Años casado, nos con sobrinas y primos hermanos a cada momento. La santa de mi hermana Verónica, que Dios nos la quité nisa, sin saber los médicos de qué enfermedad moría, fué casada con tío; el ejemplo de Ana mi sobrina, que atrafadísima mayorazgo, no reparó en el parentezco y hoy vive de caridad; y el de don Fernando Andonaegui, pariente de mi padre, que casó también con prima y tuvo seis hijos a cada uno de los cuales le cupo mas de \$ 100,000 en partición y de ellos no le mataron de un escopetazo mientras cazaba; otros dos, se alejaron y todos murieron niñas y con ellos tanto caudal; con manifestaciones claras de que Dios desaprueba y hasta maldice tales uniones. Así lo hemos pensado y también consultado con hombres doctos y de virtud...

—Pero Juan Francisco es también su primo.

—Mas lejano por cierto, son primos segundos. Ya la sangre es mas diversa y el tronco común más apartado. Y aquí tienes tú la razón de todo. Ahora oye una advertencia. Después de haber dejado Soledad de ser tu novia, no podrías volver a ser un primo como un cualquier tro y después de estos besos que te has traído de España y que, no será en casa de tus tíos de Oñate, donde los aprendiste, creo que debes llamar tus bártulos y con tu amigo el francés, marcharte a casa del canónigo don Bartolomé Ruiz que te arrendará los cuartos que necesites en su casa. Fuera de lo que has gastado, tú tienes algunos caudales y te mostraré las cuentas

cuando quieras. Podrás mudarte mañana, pues hoy parecerías echado.

Araos quedó algo aturdido. Había contado con cerrar en malos términos esta conferencia que concluía en forma inesperada. Toda ella giró sobre otro eje que el previsto. En vez de hablar Ignacio, había hablado don Javier y en vez de apreciar éste débil y sin razones, había dicho la biblia. Araos venía empleando los cinco meses de su viaje de regreso en preparar sus objeciones contra este matrimonio con Soledad y de nada habría aprovechado tanto estudio. Le salían al encuentro y con otras razones ni menos contundentes, ni menos serias que las suyas. Muchas veces en su imaginación compadeció á sus tíos, pensando que con su negativa redonda iba a echarles al suelo el edificio preparado por ellos con tanta constancia; y, entretanto, era el tío quién había substituido un edificio por otro y con tanta soltura y limpieza de manos que nada merecía una franca censura. A Ignacio le parecía que el viejo había tratado todo este asunto con cierta socarronería. ¿Y Soledad, se prestaba esa muñeca a pasar de unas manos a otras sin protestas? ¿Acaso nunca había logrado preocuparla? ¿Le parecía insignificante?

Cuando Dunose supo el resultado de la entrevista rió de buenas ganas. Se ocupaba de armar el clavicordio que Ignacio ofrecería a su tía Concepción: real obsequio para esos tiempos de pobreza, pues sería el primero conocido en Santiago. No habría sido posible darse el lujo de comprarlo en París si Dunose, muy entendido en instrumentos musicales, no hubiera convertido el fraccionamiento de sus piezas, asegurando a Ignacio conveniente reconstrucción en Santiago. Y en efecto, allí estaba ya perfectamente armado. Era un precioso clavicordio, estilo Luis XV, pintado de color gris, con filetes de oro, y algunos medallones en color que representaban escenas galantes..... "pero castas" había agregado Dunose al fabricante, al aconsejarle la veladura de ciertos cupidos, las gáscaras de algunas ninas y la separación de diversas palomitas.

Mientras Ignacio peroraba contra todo y contra todos, Dunose ajustaba el teclado, limpiable los pequeños dientes de marfil, ensayaba con golpes muy leves cada cuerda, para no llamar la atención de la casa, e iba dando la última mano al trabajo.

—Pero has visto Dunose, cómo se dispone aquí de la voluntad agena—decía el chileno—siguiendo obstinadamente el curso de su pensamiento.

—Pero gracias al sistema te has librado de casarte con una mujer que odiabas—

esclamó el francés, no sin darle una mirada interrogativa.

—Es cierto; pero al menos deberían haberme dejado manifestarlo. No se me ha permitido hablar con Soledad. Mañana nos vamos a otra casa. Todo esto es absurdo. ¿Qué piensa ella?

—¿Quieres saberlo? Voy a evocártela.

Y así diciendo, Dunose acercó la banqueta al clavicordio, abrió la puerta hacia el patio, sentóse de nuevo y después de pensar un momento, colocó las manos en el teclado. De pronto la solitaria casa colonial se sintió estremecida hasta sus cimientos. Por puertas y ventanas entraba una melodía de deliciosos sonidos enlazados en cadena sin fin. La señora Concepción, que acababa de invitar desde el corredor a rezar el trisagio, se puso de pie y palideció. Corrió hasta ella anhelante Soledad y la tomó de un brazo como ante un peligro invisible. ¿Qué esto madre? —decíale. Corrieron las sirvientas, apareció don Javier él mismo sonriendo —Qué hermoso! —exclamaba. —No es un arpa, nó; son varias arpas juntas. Y la melodía pasaba, pasaba, como brisa cargada de perfumes, hablando de amor, de placeres fáciles, de canto, de idilios, de besos, de todo aquello prohibido en la vetusta fortaleza hecha con murallas de barro y empapelada por dentro con falsos pergaminos de nobleza. La melodía pasaba, pasaba, como una ronda de figuras graciosas, elegantes, aladas y todos esos seres hoscos y severos, pudibundos y enojones, tenían los ojos llenos de lágrimas y un oculto deseo de sentir la nueva emoción con recogimiento del alma. Esta era una revolución verdadera: un clavicordio Luis XV, pulsado por un francés, había entrado en pleno siglo XVIII a la casa de un hidalgo vizcaíno de Santiago de Chile. Ignacio Araos apareció en la puerta:

—¡Es un regalo para la tía Concepción! Vengan a verlo.

Y todos se precipitaron a la pieza. Las manos de Dunose recorrían el teclado con verdadera maestría. La melodía pasaba, pasaba; los viejos no sabían como manifestar su entusiasmo. Soledad con los labios entreabiertos juntaba los ojos para soñar. A Ignacio le pareció más bella y creyó descubrir en la timida niña la mujer apasionada y sincera que surgía siempre en sus nostalgias de juventud y de ideal.

—Parece que ya no hay nada entre nosotros prima —balbuceó Ignacio acercándose.

La niña levantó sus grandes ojos negros y luego, con la voz muy queda, como un suspiro, dijo:

—Depende de Ud. Yo no olvido... Yo no sé olvidar.

La melodía pasaba, pasaba. Era un canto vibrante el salido de sus cuerdas; un canto amoroso que estremecía el corazón. Las notas parecían formar espirales sin fin que envolvían a todos esos seres para invitarlos a entenderse. Pero ya era tarde; el patio se llenaba de gente, todos acudían a ver el maravilloso instrumento. Soledad se alejaba, arrastrada por su madre para comenzar los rezos. Pero esa tarde no se rezaba como siempre. La melodía pasaba, pasaba como un filtro de encanto y seducción.

+

En la pesada noche, la última que Araos tenía para pasar en casa de sus tíos, nada había podido avanzar, salvo que Soledad con sus largas miradas le confirmaba su amor independiente de toda intervención extraña; pero él la amaba? Comenzó por rechazar con disgusto esta idea. Cinco largos años había pasado, parte en el pueblo de Oñate, de donde era oriunda su familia, parte en Italia y parte en Francia, acostumbrándose a odiarla por sentimiento reflejo contra los prejuicios de su tierra, contra las imposiciones de su familia. Durante toda la travesía de los mares no había hecho otra cosa que pintarla a Dunose con los peores colores. Allí tenía delante la última carta recibida antes de partir de Madrid, de aquella hermosa *donna* María Bertolletti, joven marquesa abandonada por su marido, a la cual había conocido en la Corte y acompañado a Florencia. Podía Soledad, la simple niña, vestida con capricho y mal gusto, quedarse con drogas y afeites, ignorante, supersticiosa, incapaz de escribir una carta, compararse con la florentina que cantaba y tocaba el clavicordio como una Diosa, que declamaba los sonetos del Dante, como trágica, que sabía todo lo que un hombre podía saber en esa época, y que además era un ser animado por pasiones vivientes y humanas? Y Araos, a la mala luz del candil de *a cuartillo*, extendió cuidadosamente una carta donde volvió a releer lo que ya conocía de memoria: "Adios hermoso español del Reino de Chile, donde más sangre humana ha corrido en los últimos tiempos, viniste de las selvas de tu incomparable tierra a turbar el alma de una infeliz, para la cual la vida era monótona y convencional. Eres el bárbaro, el ser primitivo, que hablaba un áspero y sincero lenguaje a la mujer civilizada. Así cayó la Egipcia en manos del griego, la Ateniense en brazos del romano y la Romana sobre el pecho del Galo..."

—Citas históricas —murmuraba Dunose,



"Mira, Ignacio, aquí donde me ves, cuando digo blanco, blanco ha de ser"

cada vez que le repetía su socio, estas frases más literarias que sentidas. Yo me moriría al lado de una mujer que tan fastidiosamente me comparara con griegos y galos.

Para Ignacio, para el europeo nacido lejos de Europa, todo este reflejo de la vieja civilización lo seducía. En cambio Dunose, se dejaba atraer por la simplicidad de las costumbres chilenas, precisamente por el fondo rudimentario y hasta bárbaro que en ellas había. Justificaba en ésto a dona María Bertollell, sin quererlo.

Pero si Soledad le era no solo un ser indiferente, sino además odioso, ¿por qué sublevarse contra las prudentes disposiciones de don Javier? En realidad le había evitado una negativa siempre dura para los padres de una niña. Debería estarle agradecido; pero por el contrario, le parecía ahora antipático. Cada vez que se lo figuraba sentado en el gran sillón de baqueta de su escritorio, teniendo en sus dedos amarillos por el tabaco, la colilla de un cigarrillo de hoja, y subrayando con ella, en ademán un poco tembloroso, cada frase de sus advertencias, mientras sus ojos

oblicuos lo observaban con la fugaz mirada de un conejo, el joven sentía el abismo profundo que lo separaba de ese viejo vizcaíno, avaro y comerciante, autoritario y frío, que se creía gentil hombre y fundador de una dinastía, por el solo hecho de haber enriquecido en Indias,

cuando sus hermanos de Oñatae, apegados a la casa solariega, no soñaban con título ni les importaba conocer otros abuelos que aquello que vivían en sus recuerdos.

Como era costumbre en la ciudad, en cada visita de las que, por obligación debía el joven hacer a su vasta parentela, se tocó el punto de Soledad y de la resolución de don Javier Alzérreca. Cada cual opinaba, según sus simpatías o antipatías por el viejo pariente. Quienes tenían con él esas cuestiones de agua o pleitos provenientes de la eterna etiqueta colonial, le criticaban; los que esperaban de él algún servicio, alababan su resolución. El joven callaba. En todo caso iba a ser de nuevo un buen partido para las muchachas de la vecindad, ligadas de cerca o de lejos con la familia.

Pero Ignacio no era capaz de dejar tales cuestiones sin solucion. Con audacia golpeó la puerta de Fray Miranda, el confesor de Soledad, el cual echó en cara su cambio de frente en una curiosísima conferencia que concluyó con intercambio de improperios: fuése donde otro de sus tíos, hermano de doña Concepción, para pedirle

ayuda y en este encontró, a lo menos, buena scogida. Don Pablo Aróstegui, sufría de corrimientos por lo cual pasaba sumido en un gran sillón entrepajado y lleno de dolores. En la familia de Ignacio escandalizaba un poco por ser menos apgado a las fórmulas. Había sido militar y se mantuvo célibe. Avaro como los demás, guardaba las onzas en su colchón. El viejo amaba mucho su libertad y había descubierto en los agravios, tan frecuentes en la sociedad colonial, entre amigos y aún entre parientes, un medio decoroso de no verse con nadie. Estaba agraviado con todo el mundo y éste le permitía ser maldiciente y desenguado. Don Pablo se mostró partidario de la resistencia ciega que Ignacio pensaba oponer a la autoritaria conducta de don Javier, pero, como hombre prudente, antes de ofrecerle su apoyo, le aconsejó celebrara una nueva entrevista con el padre de Soledad, para saber si su resolución, no tenía vuelta o podía ser modificada.

Ya el viejo Alzérreca, se encontraba mezclado a la vida ordinaria de la ciudad. A las cinco de la tarde, era seguro encontrarle en algunas de las tiendas de la calle de Santo Domingo, en la parte de vía comprendida entre Puente y Morandé, donde se acumulaba el poco comercio de San Santiago, por ser ésta la entrada más recta del camino de Valparaíso. Allí estaban los almacenes de Cotapos, Badiola, Del Sol, Urmeneta, Alsina, de La Lastra, y otros de menor cuantía, formando lo que se llamaba el barrio del correo viejo. En el fondo de la tienda de Alsina, se reunía Alzérreca con otros amigos, a hablar de las cosechas, de los chismes del día o a ver entrar, bajo una luz discreta, a los parroquianos que venían a buscar trapos, comestibles o la panza de grasa cuyo olor a sebo flotaba en la vasta sala con el de la goma y el almidón de los lienzos.

—Aquí viene el sobrino que llegó de España—exclamó don Javier—al ver entrar a Ignacio, que, encandilado con el brusco paso de la luz a la penumbra, no sabía a quienes saludar.

—Buenos días señor tío—buenos te los dé Dios, sobrino. Acomódate aquí y oye lo que cuentan del agravio del Cabildo con el señor Presidente.

Larga y sutil y alambicada era la historia ocurrida en la Catedral, porque el Capitán General se había presentado de gran uniforme en vez de ir de gorilla como los miembros de la Real Audiencia y del Cabildo. Habíanle suplicado éstos que fuera a cambiarse y como el Presidente se resistiera fuérsonse todos, dejándolo solo. De allí gran agitación en la ciudad y sendos memoriales a España en los cuales se

gastaba en esos momentos mucho caletre y plumas de ganso. Cortó los comentarios el señor Urmeneta, que entraba a ofrecer parte de una factura de comercio, ferreterías de Viscaya, y otros artículos que le llegaban a Valparaíso después de tres años de encargados. Por fin la tertulia se disolvió y Alsina debió salir a atender a un minero del Asiento de San Pedro Nolasco, en el Cajón de Maipo, al cual habilitaba. El sobrino abordó en el acto la cuestión.

—Mira Ignacio, aquí donde tú me vez, cuando digo blanco, blanco ha de ser; te diré que sobre Soledad teníamos un proyecto y ha de realizarse. Con que piensa en otra cosa si nos quieres que nos rifamos.

—Pero como ya Ud. había dicho blanco y resultó negro, pues durante diez años se empeñó en que yo debía de ser el marido de Soledad, y de la noche a la mañana dispuso lo contrario...

—No me repliques, porque aunque no me asistiera la razón que me asiste, no tendría porque darte explicaciones. Ya te he dicho el impedimento de la sangre, cosa en la cual antes no se miraba y ahora tengo el muy poderoso de saber que tú te resistías a ese matrimonio.

—Dé Ud. por terminada esa resistencia, tío. La verdad es que fui ligero. A Soledad la había mirado como hermana, no sabía el efecto que me haría como mujer...

—No continúes. Deja a un lado a Soledad. Hay quién se ocupa de tí. Me dicen que la niña de don Celedonio Uriar sería una buena esposa como Dios manda. Tiene sus reales y no carece de atractivos.

Ignacio se molestó, reclamó la libertad de su elección, insistió de nuevo en sus derechos y terminó, primero con palabras altivas y después con excusas de todas clases. Mientras ambos hablaban con calor, el minero llevaba uno tras otro su cigarrillo de hoja y seguía conversando lentamente—con esa calma del hombre de la cordillera—con Alsina, de barras, de la extensión de la vista, de los marcos que estaba dando el mineral, de las provisiones y de la escasez de mulas. De la calle solitaria, donde comenzaba la tarde a soplar sus frescas brises, venían los gritos de algunos pilleulos que rondaban los almacenes para pescar algo en los sacos abiertos para muestra en cada puerta. “*Chiquillos mata-perrros!*”—les gritaba el dependiente—arrojándoles agua en el embudo con que rociaba por la mañana los ladrillos del piso para barrer sin levantar demasiado polvo.

Araos salió derrotado; don Javier, molesto; pero siempre sereno y socarrón, apurando con sus dedos amarillentos por la nicotina, el extremo del cigarrillo. Dunose tenía esa noche un concepto claro de la

pasando mil incidentes cómicos hasta la situación: Ignacio amaba a Soledad y ésta a aquél; los viejos hacían de su oposición un asunto de moral aparente, de amor propio y probablemente de intereses en el fondo. Habría lucha áspera y, dadas sus condiciones, su amigo sería el vencedor.

+

Dunose, buscaba su camino con mejor estrella. Su carácter se avenía poco por la dureza viscosa y con ese ojo observador y certero de su raza, había descubierto en

tres cuadras de largo, desde la calle hoy de las Claras hasta el faldeo del Santa Lucía, un mundo nuevo lleno de pastoriles encantos nunca saboreados.

Dunose, había interesado a sus amigos en las cuestiones domésticas de Ignacio y tenía para él valiosas noticias que comunicarle. Una noche llevóle una cariñosa invitación de don Benigno para la cena. Araos la aceptó con placer y se pusieron en marcha saltando a oscuras las acequias, ahuyentando a los perros a pedradas y



Acababa de encontrar a Soledad en la calesa de su madre

la sociedad santiaguina otra clase de personas más amables y sentimentales que venían del medio día de España o habían pasado por el Virreinato del Perú. Familias de los primeros conquistadores, eran las más nobles venidas de la Península; pero, inhábiles para el comercio, permanecían pobres y guardaban una dignidad romántica en medio de sus estrecheces. Entre éstas figuraba la de Aliaga de evidente origen árabe. Don Benigno, era hijo de uno de los más inclitos guerreros de Arauco que había casado con cierta señora Almanzor, también de indudable origen sarraceno. Sus hijas eran dos verdaderas andaluzas, todo frescura, espíritu y buen humor. Los ojos negros de Zulema, famosos en la ciudad, habían enredado al francés y éste encontraba en la quinta, que se extendía por

gar al portón situado en medio de una larga muralla de adobones de barro. La familia rezaba el rosario en la sala y los jóvenes llevaron el coro de las Ave María, mientras las chicas dirigían expresivas y picardas miradas a la puerta. Terminada las letanías, todos se pusieron de pie y los saludos y presentaciones comenzaron. Aliaga había conocido al padre de Ignacio y mientras iban a la mess, donde ya humeaba el puchero en una fuente de barro de Talagante, contó recuerdos de los viejos tiempos que hicieron reír de buen grado a Dunose. Al puchero siguió el pescado frito y el indispensable *guachalomo* con la ensalada picante de estilo. Las niñas estaban educadas con más libertad y menos timideces que Soledad; hablaban y reían sin temor de mostrar sus dientes que eran

blancos y sanos, cosa rara en Chile en esos años. La sangre española estaba ya más refundida con la criolla y como vivían en mayor contacto con el pueblo que los Vizcaínos recién llegados, eran supersticiosas en grado sumo, sabían muchos conjuros para echar el diablo y espantar enfermedades. Hacían curiosas afirmaciones, como que la *Salve* era fresca y el Credo abrigador. No podía estornudar nadie sin repetir todos en coro: "Jesús, María y José", y cuando bostezaban hacían una cruz sobre la boca para que no se entrara por ella el mal espíritu. Eran simpáticas y espontáneas y su madre doña Cristina conocía mil cuentos de apariciones, versos, tonadas y así leyendas araucanas que hacían pasar las horas volando. Don Benigno, conocía mucho el Cabildo porque hacía allí de escribano y contaba siempre algo nuevo del señor don Luis de Zafarrat, el corregidor, cuyas hijas habían sido tempranamente encerradas en el Convento de las Carmelitas descalzas llamado hoy el Carmen Bajo".

Pasó la cena rápidamente. En homenaje a la visita ofrecieron unos huevos chimbos de mano de monjas y mil golosinas gustosas en sumo grado. De la mesa se fueron a la sala donde Araos contó incidencias de su viaje y fué tal el interés de las niñas que se sentaron por tierra cerca del narrador, a la oriental, clavándose sus enormes ojos de gacelas, sombreados por las curvas pestanas meridionales. Al salir al parrón, las niñas comenzaron sus confidencias. Sabían por Soledad que daban en su casa una tertulia grande, casi un sarao para celebrar su próximo matrimonio con Iturgoyen, donde estrenarían el clavicordio, traído por Ignacio; pero que éste no sería invitado. Soledad deseaba que Ignacio fuera de *tapada* con las mismas Aliaga que tenían costumbre de hacerlo y era muy divertido, según decían. Pero nadie debía conocerlos. Ella trataría de hablarle, pues tenía mucho que decirle.

Era ya tarde, cuando los últimos efusivos apretones de manos de tan hospitalaria y fácil sociedad dejaron a los jóvenes en la calle, negra como boca de lobo, guiados por un Indiecito, con un farolillo en la mano. Así llegaron hasta que hubo vereda transitable donde despidieron al pequeño acompañante.

De las casas, salía el olor de los azahares, floripondios y jazmines. Dunose no hablaba. Ignacio había intentado dos veces sacarlo de su mutismo. Era esa hora en que las graves preocupaciones del amor penetran en el cuerpo, turban el alma y suben hasta el cerebro una excitación gloriosa. Iban llegando a la plaza y se veía

el candil colgado en uno de los *Mares* del portón del Cabildo. Una riña de perros hambrientos, se disputaba un despojo. Los dos peregrinos daban una vuelta para no exponerse a sus furores, cuando Dunose lanzó una exclamación de horror...

—"Ves Ignacio? ¡Es un cadáver el que se reparten!"

Y en efecto, en esos tiempos, depositaban allí los cuerpos de los asesinados y solían ser pasto de esos canes escuálidos que venían del campo husmeando los desperdicios de la ciudad. Se alejaron corriendo de este cuadro dantesco de abominación. Y lejos ya, todavía llegaban a sus oídos los ladridos de la lucha, enmudecidos a ratos por el sacrilegio trabajo de sus bocas ensangrentadas. A su lado pasaban corriendo otros perros a la invitación de esos gruñidos de la hambruna que ya bien conocían.

+

Era realmente una brillante tertulia la que se preparaba en casa de Alzérreca, porque no sólo acudían todos los primos y sobrinos y parientes sino también algunos extraños, funcionarios en su mayor parte. Al señor Presidente no le invitaban para no dar más amplio carácter al sarao que se quería hacer pasar siempre como mero acontecimiento de familia. La mulata de doña Encarnación del Real, la recadera aquella que Ignacio conoció a su llegada a Santiago, iba y venía todo el día llevando invitaciones y devolviendo respuestas, sobre la ida a casa del Alzérreca, después del rosario, a oír el clave que llegó de Europa y probar unos dulces de las Monjas Agustinas.

Las escasas costureras de la ciudad estaban ocupadas en pegar lamas de plata y oro y encajes, en remosar faldellines, en cambiar terciopelos, brocados, y galones. Ninguna elegante podía superar a otra, pues no había secreto posible, cada cual descubría y manoseaba los trapos de las demás. Las criadas de razón se ocupaban afanosamente en prender hebillas de oro y piedras finas en los zapatos y en preparar y ensayar los peinados de moda, las cintas y los tembleques de perlas, brillantes y piedras de colores que adornaban las cabezas.

Ignacio recibió verbalmente de don Javier mismo, una invitación tan laconica y fría que era de simple fórmula. Acababa de encontrar a Soledad en la calesa de su madre, tirada por una gran mula de Choapa y la larga y ansiosa mirada de la niña confirmóle el recado de las Aliaga. Mientras el vehículo pasaba lentamente saltando sobre las piedras dispares de la

calle, el joven se detuvo y devolvió con melancólica sonrisa la promesa de amor que le hacían los profundos ojos de su prima.

Durante toda la tarde del día fijado para la tertulia de Alzérreca había sido un continuo ir y venir de criadas y mandaderos en el zaguán y patio del caserón. Los azafates de las Agustinas, eran veintidos, cargados de melindres y pastas de almendras, huevos chimbos y primores azucarados de todas clases. Algunos cantaritos de aloja, de guindados y de mistelas, cerraban el envío. Al caer la noche, gran cantidad de mañatos, mestizos, hombres semi-desnudos y de *ojota*, mujeres despeinadas cubiertas con pañuelos de reboso, y hasta algunos campesinos, apenas permitían el paso a los convividos que llegaban a pie o en calesa, dejando atrás una atmósfera de olores de aguas ricas como llamaban a las esencias y perfumes. Junto con los invitados, y, con la soltura de dueños de casa, se escurrían también *las tapadas*, con el objeto de golpearse a las ventanas y puertas de la cuadra y no perder ningún instante de la fiesta. Entre éstas, iban personas agraviadas con los dueños de casa, dispuestos a destrozar con lengua viperina todo cuanto vieran; no faltaba algún invitado o invitada que prefería sin embargo, el papel de espectador al de actor, precisamente por miedo al chisme de tales implacables censoras; y otros extraños al círculo de relaciones de la casa, para aprovechar un pasatiempo y buscar en su disfras y en los estrujones de los pazardizos "ocasiones de funesta licencia" como decía el señor Obispo al condonar tan absurda violación del domicilio.

Las Aliaga llegaron de las primeras para ocupar la posición ya estudiada con Soledad. Eran del pequeño grupo de las tapadas "toleradas". Ignacio y Dunose iban con ellas embosados en sus capas en forma tal que no era posible reconocerlos. A su lado se apiñaban otras damas habladoras que hacían reflexiones sobre el matrimonio de Soledad, sin sospechar la proximidad de su primo.

—Dicen que ella se había dejado ir a palabras mayores con su primo Iturgoyen, cuando llegó Araos y lo supo todo.

—Si es al revés—según lo cuenta la Carmen Verdugo—ella ha dejado de apreciarlo y él se empeña en conquistarla. No comprendo tanto afán porque Soledad no vale más que otras, y Araos puede elegir...

—Es un joven muy bien parecido que tiene tanto dinero como su prima.

—Lo que me extraña es que se hayan quedado con el clavicordio...

—Eso no lo devuelven—pírense cuidado. No se encuentra todos los días donadores tan razonables y que no pidan prenda...

Una de las niñas Aliaga, oprimía cariñosamente la mano temblorosa de Ira del aludido. Las manifestaciones de las tapadas debían ser tanto más expresivas cuánto eran silenciosas.

—Dicen que Ignacio viene esta noche.

—Yo he oido que no viene, segúfan dialogando las dos amigas.

—Esta será la gran noticia para la salida de misa de mañana.

Entre tanto la sala, la cuadra y el dormitorio principal, arreglados para la fiesta, se llenaban de invitados. En el centro del estrado estaba doña Concepción, con algunos de sus hermanos y primas de más confianza. En torno del clave, se agrupaban con aire de curiosidad los jóvenes y los viejos para examinar las pinturas y adornos de la cubería. Algunas notas salían indiscretas del teclado abierto. El organista de la Catedral, que había pasado una semana aprendiendo algunos aires de minueto y pavana, se alistaba, lleno de afectados modales, para asombrar a la concurrencia. El arpa antigua, dormía bajo su funda, completamente olvidada. En varios sofaes y divanes, de éhos que recién comenzaba a importarse, señoras y caballeros esperaban con paciencia la apertura de la alegre y ruidosa noche que iba a romper sus monótonos placeres domésticos del carga-burro. Varios candelabros con velones, dispuestos en mesitas, se agregaban a la luz de los ganchos adheridos a las seis cornucopias de pálidos y desvelados espejos. El bracero de cobre del centro y el centillero de plata de las mesas laterales habían desaparecido.

Las damas ostentaban sus brazos y cuellos desnudos hasta el nacimiento de los hombros, blanqueados en exceso con cierta agua entonces de moda. Iban cargadas de collares, tembleques y hebillas, algunos engastados con perlas y diamantes, muchos con topacios, aguas marinas y otras piedras duras. Sin la cabellera empolvada que usaban las mujeres en Europa, tenían todas peinados primorosos, con pequeñas trenzas entrelazadas, formando también una de *pichón* en los arranques del cabello hacia las orejas, cargadas éstas de pendientes muy largos. Llevaban todas el *ajustadoreillo* o corsé muy apretado, para hacer sobresalir el busto, y el *abecedador* para ensanchar las caderas y mostrar aún más delgada la cintura. Muchos vestidos tenían recargo de lama de oro y plata, encajes españoles hechos a mano y hasta pequeños hilos de perlas y avalorios de metal. Las niñas conversaban entre sí muy cerca

del estrado y los jóvenes colocados al frente, trataban de mezclarse a sus charlas, encogida e insípida, sin avanzar mucho sin embargo. Hacía calor en las habitaciones y era imposible salir porque una muchedumbre de tapadas obstruía las puertas por completo.

Una señora alta y orgullosa apareció, con grandes diamantes en el pelo y un magnífico collar de rubies que cubría casi por completo su garganta. La joya levantó un murmullo de admiración.

Era la madre de Iturgoyen el elegido para Soledad en los consejos de familia, una española de apellido Azagra, sin más parentela de su nombre en Chile.

Las tapadas de la vecindad de Ignacio se las señalaban unas a otras.

—¡Que me corten la cabeza! —exclamó una— si ese collar de piedras de rubí no es el mismísimo de la estatua de mi señora de las Mercedes!

—¡Qué dice ésta! —comentó su vecina con aire falsamente escandalizado— se le parece, es cierto, como una gota de agua a otra...

—Si no hay que darle vueltas, es el mismo. Como que el padre Provincial es pariente de los Iturgoyen y está empeñado en que se luzcan.

—Y dices el credo. Nos levantaremos de madrugada para ver si es un milagro... Porque pueda ser que el collar esté aquí sin haber salido de allá.

Y la voz fué dando vuelta por el patio, y el pasadizo y entró por las puertas al salón y todo el mundo miraba el collar y sonreía y se hacían signos maliciosos.

De pronto el organista, arrancó algunas notas al teclado y una ceremoniosa pavana comenzó entre la gente mayor. Los solemnes caballeros, en general muy bien vestidos, con trajes de terciopelo oscuro, camisas de fina tela, corbata altísima que oprima el cuello, calzones cortos ajustados al muslo, medias blancas de seda y desproporcionada hebilla sobre el zapato, tomaban de las manos a las elegantes y prendidas damas, cuyas cinturas parecían quebrarse, y con mesurado andar, hacían las profundas reverencias.

Por las puertas no había forma de introducir las bandejas de refrescos, porque se las peloteaban las tapadas por el aire y se lo engullían todo con insolencia inaudita. Fué necesario que Soledad ayudada de otras personas franquearan un nuevo paso por los dormitorios y así pudo aprovisionar de aloja y panales a la sedentaria concurrencia. La niña aprovechó esta salida para acercarse a la puerta obscura donde estaba de guardia la mayor de las niñas Aliaga. Ignacio reconoció su silueta y se

acercó. Apenas podían ambos responderse, tantas eran las preguntas con que se acobraban. Soledad estaba dispuesta a resistir hasta el monjío. Sus tíos no cederían nunca, porque había cuestión de negocios de por medio y estaba don Javier muy irritado con la porfía de Ignacio. Todo lo que éste decidiera, ella lo aceptaba elegante. Le pidió que confiara en las Aliaga; pero agregó, con la voz turbada, que tuviera cuidado con los ojos de Zulema. Ignacio recogió su mano y por primera vez le habló con esa seria inspiración, con ese acento viril y apasionado que llega al fondo del alma de la mujer que sufre y que espera. Le infundió valor y seguridad. Le confesó que en su viaje había echado en olvido; pero que al verla, habían renacido todos sus recuerdos de niño transformándose el afecto en un amor a toda prueba. No había tiempo para más. Las Aliaga golpeaban a la puerta y Soledad corrió a su sitio. Araos, quedóse de pronto inmóvil y luego salió al patio, como un ciego, con las manos hacia adelante para no caer, transfigurado.

—Hemos ganado la noche—decía Dunose.—Ignacio revive.

Entre tanto los acordes del clavicordio llenaban la sala y todos estaban encantados con la melodiosa música del nuevo instrumento; las parejas se sucedían, medidas todas y llenas de compostura. Era el turno de los jóvenes; que parecían también viejos, pues no tenían un solo movimiento espontáneo o gracioso. Las niñas estaban muy pintadas todas y lucían gruesa y brillante capa de aceites en el rostro.

—No me digas hija; que la mano de gato va pasando a ser pintura de cuadros. Si no se las puede conocer!

—Si parecen todas santas de Iglesia, y así seguía rodando el comentario malévollo, de boca en boca. Parecía imposible que hubiera allí en ese apretado piñón de hombres y mujeres, damas de calidad y personas con respeto de sí mismas, porque se veía el espíritu excesivamente liviano de esta clase de reuniones sin educación ni pudor.

+

Las Aliaga fueron y vinieron durante toda la semana que siguió a la tertulia, de su casa a la de Soledad, so pretesto de unos tejidos de Petorca que deseaba ésta aprender y en los cuales ellas eran maestras. Así combinaron pronto el plan de las entrevistas de Ignacio. Había comenzado ya la Cuaresma, las puertas de las casas se cerraban y no era bien visto visitar a nadie. Se necesitaba ingenio para



Una ceremoniosa pavana comenzó entre la gente mayor.

dejar todos los detalles previstos. La mulata Rosario, era de la partida que apoyaba a la señorita. Para todos, el matrimonio próximo de Soledad era una amenaza pavorosa. Araos debía verse a menudo con su prima y proyectar cuánto antes, con la ayuda de don Pablo Aróstegui, los medios de forzar la voluntad de sus padres.

Llegóse, después de vacilaciones sin cuenta, a elegir el rancho de los temblores, que no faltaba nunca en el fondo del huerto de toda casa santiaguina, como el sitio más seguro para las citas. Rosario no abandonaría a "su señorita" mientras éstas duraran para rodearla de cierto res-

peto que no debía desaparecer de esta clandestina relación. En cuanto a Ignacio, debería franquearse la entrada al huerto, no saltando las tapias lo que podría fácilmente exponerlo a la casual pasada de un transeunte y a los comentarios de la ciudad entera, sino subiendo al través de la separación con uno de los cuartos redondos de la calle atravesada, que la sorprendiz de esos ricos santiaguinos, les hacía arrendar a mujeres de *bueno paga* aunque no lo fueran de tan buena vida. La malicia de la mulata de razón había dejado a salvo, en todo caso, el buen nombre de la casa; en cuanto al de Soledad no habría que preocuparse, pues, dada la

costumbre, el encontrar a la niña en el cuarto de la mulata de confianza no habría podido sorprender a doña Concepción.

Comenzaron, pues, estas entrevistas nocturnas, más frecuentes entonces de todo lo que podría creerse a juzgar por las cerraduras formidables de los portones y la tradicional bravura de los perros de guarda. Ignacio conoció por primera vez este tipo de mujer de apariencia serena y de alma tormentosa, que no sabía existiera en Chile. Comprendió que estas niñas, sin letras ni experiencias tenían mayor profundidad que esas mujeres sabias de que era modelo donna María Bertolelli. Todo lo que Soledad decía era sencillo; pero verdadero. Su voz delicada, tierna, velada por una timidez invencible, demostraba esa voluntad de amar hasta la muerte, de sacrificarse por otro; esa necesidad de abnegación calurosa y sin límites. Araos la oía con asombro, con veneración; cuando tenía los brazos para atraerla hacia sí y oprimirla sobre su corazón, éstos se detenían para cogerle las blancas y delicadas manos y besarlas mil veces. ¿De dónde salía esa niña tan espontánea y femenina, hija de esos comerciantes avaros y prosaicos, llenos de preocupaciones y de fórmulas? ¿De qué abuela, que lloró y amó, que juntó sus labios sinceros a los de un amante apasionado y valeroso, había heredado todo ese tesoro de candorosa idealidad y confianza?

Una a una, como las corolas blancas en las ramas de jazmínes del jardín, se desgranaron esas noches. Soledad, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Ignacio, le contó toda la mezquina historia de la liquidación de una herencia, de la división de unas hijuelas y de arreglos sobre unas aguas, que habían movido a sus tíos a llamar a su casa a Juan Francisco Iturgoyen, hombre duro con los pobres casi ajeno a sus relaciones, que no hablaba nunca, que no parecía ser joven ni tener corazón. Supo decir, con muy pocas palabras, pero con elocuencia que estremeció a Araos hasta el fondo del alma, cómo habían tratado de quitarle su memoria del corazón y cómo la había escondido ella en un santuario. Llegaron a asegurarle en esta campaña en que todos los suyos se habían conjurado, que Araos ya no volvería de España; y durante mucho tiempo cada noche lloró por el amigo de su niñez que se había convertido en el amor de su adolescencia, en la pasión de su juventud. Ignacio se encontraba débil y confuso al confesar su mezquina historia de protestas y resistencias; pero quiso ser sincero y honrado y sus lágrimas bañaron las

manos afiebradas de la niña, mientras sus labios cubrían de besos su frente delicada, esos grandes ojos asustadizos, respetando sus labios que solamente habían tocado antes los pies del viejo Cristo de marfil que tenía a la cabecera de su lecho.

Rosario, comenzó a comprender, aunque tarde, que estas citas debían tener un término. La pasión voluntaria de Soledad comenzaba a excitarse hasta la desesperación. Mientras no veía a Ignacio lloraba; apenas llegaba la hora de las citas se entregaba a una alegría inquietante, y ambos no se resignaban a separarse hasta que la mulata les suplicaba que terminaran porque comenzaba a aclarar. Entre tanto el plan, un plan de fuga a la chacra de don Pablo Aróstegui donde los casaría Fray Jerónimo Quiroga, un deudo lejano de éste, se iba precisando. Soledad no quería saltar muros. Era necesario aguardar una ocasión para poder salir a la calle, uno al lado del otro con dignidad, sin cómicos incidentes, hasta el coche que los aguardaría al término de los tajamares. Esta ocasión debía ser el gentío de la tarde del Jueves Santo.

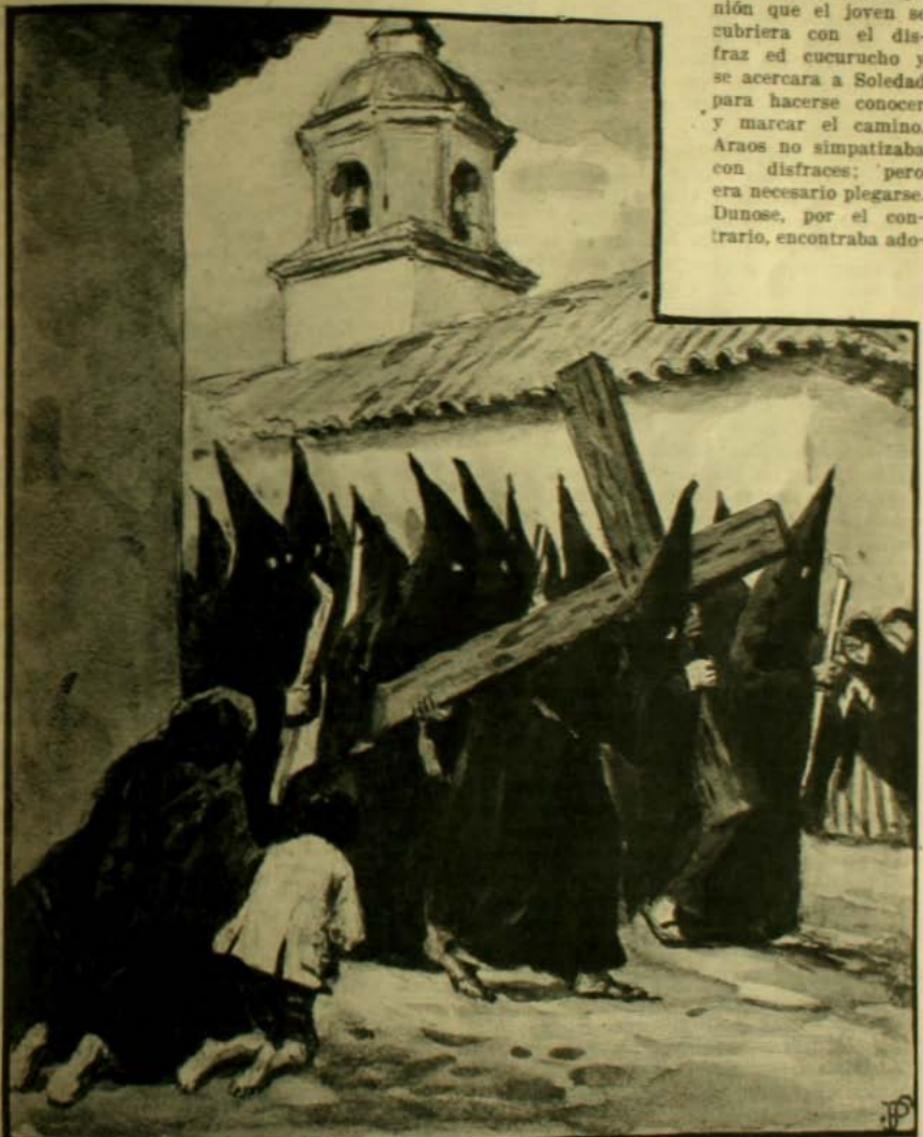
Una de esas mañanas, cuando Ignacio, atravesando el cuarto de la infeliz aventurera que le permitía el pasaje al huerto de don Javier salió a la calle; antes de embozarse, se encontró de cara con una mujer que iba a la iglesia. Era la Brígida Zárate, el modelo acabado de la beata colonial maldiciente, chismosa, investigadora de agenas vidas, implacables en sus mordeduras. Era ni más ni menos la tapada que había asegurado, en la noche de la tertulia, ser de nuestra Señora de las Mercedes el collar de rubies que llevaba la Azagra, y que en efecto, a primera hora junto con abrirse la iglesia había acudido a observar de visu si la virgen llevaba o no al cuello la preciosa joya. Cómo comprobar la verdad de sus suposiciones, puso a todo el mundo en alarma, dió gritos gritando al ladrón, al sacrilegio, y pidiendo al sacristán despertara al padre Provincial, todo esto para poner al pobre fraile en los más amarillos aprietos. La Zárate había tenido también ciertas sospechas sobre la presencia de los dos embosados que acompañaban a las Aliaga, y, al día siguiente, fué donde éstas a sacar de mentira verdad, pero la imaginación de las andaluzas forjó tan misteriosa y complicada historia que Brígida perdió el rumbo. Pero ahora, ¡qué tesoro de suposiciones! Ignacio saliendo al amanecer del cuarto de la zamba Rosalía? Hum! en eso no había que buscar zambas sino blancas y muy blancas. Soledad no podía ser ajena a la historia, Brígida se puso en campaña para

saber la verdad o contar lo que fuera más escandaloso en caso de no descubrirla.

Las Aliaga terminaron todos los detalles de la evasión, y buscaron, por medio de don Benigno al negro que ocupaba el Cabildo en las procesiones y fiestas para organizar los gigantes y cabezudos muy útil en su calidad de jefe de los cucuruchos que pedían limosna para el santo entierro de Cristo y soledad de la Virgen. Ignacio se prometía llevárselo á su hacienda de Chacabuco, si todo salía con éxito, para librarlo de persecuciones y sospechas.

El plan era simple. Los penitentes entraban en la tarde del Jueves al patio de la casa de Villota, donde se veneraba una vieja imagen milagrosa. El pueblo lo seguía. Allí estaría Soledad con su familia y, dejándose envolver en el grupo de mendigos, podía salir y ser seguida a pocos pasos por Ignacio. Pero luego, temiendo que alguien divisara a éste, cuya alta figura no pasaba inadvertida en ninguna parte, y vigilara en consecuencia los movimientos de la niña, fueron Dunose, las Aliaga y la misma mulata Rosario, de op-

ción que el joven se cubriera con el disfraz ed cucuricho y se acercara a Soledad para hacerse conocer y marcar el camino. Araos no simpatizaba con disfraces; pero era necesario plegarse. Dunose, por el contrario, encontraba ado-



Fueron penetrando los penitentes con sus cruces al hombre

rablemente romántica esta fuga de la niña, en medio de los penitentes, a continuación de la gran cruz negra, cuya extremidad golpearía pavorosamente el piso de las calles como una gigantesca matraca.

+

La capital de Chile fué durante dos siglos la ciudad del miedo. Miedo a los terremotos, miedo a las incursiones del pirata inglés, miedo al incesante incendio de la guerra de Arauco, miedo a las desoladoras epidemias, miedo a la soledad en que se encontraba el reino en medio del mundo. Este pavor se traducía en un sentimiento religioso que no bastaba, sin embargo, a ahuyentar la superstición más absurda. Hasta hace poco tiempo hubo monjas visionarias que profetizaron tinieblas y el fin próximo del mundo. La manera como han sido recibidos ciertos pronósticos de Cooper, en estos nuestros tiempos de luces, es un simple reflejo del miedo colonial.

Comenzaba en el año que recuerda este romántico episodio, a difundirse la noticia de una enfermedad violenta que venía del Perú y acababa con los hombres en pocas horas de agudos sufrimientos. El pueblo llamaba al desconocido flagelo, *el malcito*. Era probablemente la primera incursión de la fiebre amarilla en nuestro territorio. El malcito venía rodando por los caminos trazados por el Inca y se acercaba a Santiago. Un nuevo motivo de congojas era éste para la atribulada población disseminada en una vasta superficie desierta. En esos momentos, como en todos los de angustias, se volvían las miradas hacia Dios y sus imágenes veneradas desde antiguo. De ahí que las más populares y de devoción general, que han podido llegar hasta nosotros, son estatuas terroríficas, ceñudas, casi airadas. Representaban la psicología religiosa del pueblo que temblaba como la hoja en el árbol ante el azote de la naturaleza o del enemigo hálito amenazante de la fuerza misteriosa que pasaba. Este quería ver en sus imágenes favoritas la representación de la ira divina para contemplarla y palparla. El Señor de los Temblores, llamado el Señor de Mayo en nuestros tiempos y venerado en un altar de San Agustín había con sobrada elocuencia de esta inclinación.

El año 78 la Semana Santa hizo estallar, como acontecía periódicamente, toda la religiosidad instintiva del pueblo. Nadie dejaba de sentirse arrastrado por la corriente fervorosa que brotaba a raudales. Junto con comenzar los días de las fiestas religiosas y, a medida que se acercaba el Jueves Santo, la ciudad iba envolviéndose

en el duelo de la muerte de Cristo. Parecía que era en ella misma donde iban a rasgarse las cortinas del templo y a ensangrentarse el cielo con la tragedia del Calvario. Parecía que aquí mismo, ante la cordillera que comenzaba a blanquear de nieve, sobre los montículos familiares que rodean a la capital, iban a destacarse las tres cruces del Gólgota. Coincidía ese año, para agregar intenso colorido a ese duelo, un rápido avance del invierno que invadió con las brisas cortantes de los Andes y las brumas grises, el cielo hasta poco antes claro de la ciudad.

No era tranquilizadora esta atmósfera para los proyectos de Ignacio cada vez menos fáciles ante los temores crecientes de Soledad. Apesar de su fortaleza, de la indomable energía de su raza, de que daba constante muestra, el sentimiento religioso superior a todos sus resoluciones, se sobreponían a veces con imperio. ¡No sería un gran sacrilegio escapar en día Jueves Santo, cuando todo el mundo iba de luto por la muerte de Nuestro Señor causando la congoja de sus padres y el escándalo de la ciudad? Pero no era una fuga, objetaba Araos; se trataba de un sacramento. El amor, lejos de agregar motivo de pecado, rodeaba su resolución de una aureola y la bendición del sacerdote al pie del altar, ese mismo día se haría conocer a todo el mundo. En estas dudas y vacilaciones, la pobre niña buscaba en las lágrimas y en sus rezos la luz que parecía faltarle. Por su parte las Aliaga desfallecían también a su propósito de ayudar el plan; más supersticiosas aún, aseguraban haber oido repetidas veces cantar el chuncho, el ave agorera del país, que no vaticinaba sino desgracias. Podía esperarse otra ocasión. ¿Pero cuándo? No se veía sino la noche de Navidad en las visitas a los nacimientos; entonces Soledad sería monja, mujer de Iturgoyen o habría muerto quizás. El único que no vacilaba era el negro, impasible en sus ofertas de éxito.

Pero entre tanto había llegado a oídos de Alzérreca el rumor propalado por Brígida López y una mañana, cuando Ignacio salía de nuevo del cuarto redondo de la calle atravesada, un emboscado corrió cerca de la esquina y desapareció como tragado por la tierra. Cesaron pues las citas y todo quedó entregado al azar. Ignacio iría, como estaba convenido al patio de la casa de Villota y si Soledad no tenía fuerzas en ese momento era dueña de hacer lo que dictara la inspiración de su alma.

Llegó pues el medio día nublado y húmedo del Jueves Santo. Toda la ciudad estaba en los templos o rodaba por las

calles rezando en voz alta, mejor dicho, a grito herido. De todas partes venía el rumor de los rezos coreados que repetían con voz plañidera grupos de personas de diversa condición. A veces un gran piñón, avanzaba casi de carrera, juntándose unos a otros como para auxiliarse, apresurándose los rezagados a pasar delante, todos absortos en la plegaria, moviendo los labios con fiebre de oración y de clamor al cielo. Algunos grupos más numerosos os-

rumor de oraciones; esa la única manifestación de vida de Santiago entero. Todos de negro, todos absortos en el duelo, todos alzando los ojos al cielo. El eco en las largas murallas y en los cacerones casi vacíos duplicaba el pavor de este espectáculo único.

Un gran cortejo de indios y mestizos a pie desnudo o con groseras ojotas, levantaba en peso la grotesca imagen de una Virgen de los Dolores hecha en madera de luma. Era la cofradía de la Virgen de Copaca-



Unas manos arrancaban el gorro negro y ponían a la luz la faz de un joven hermoso como un rey

tentaban imágenes conducidas sobre parihuelas; eran cofradías. Unas de gente acomodada y pudiente; otras de desarapados y descalzos; tadiadas igualmente acongojadas y vestidas de oscuro. Muchas mujeres mostraban en la cara pálida y en los labios descoloridos la huella de un riguroso ayuno.

A medida que se acercaba la hora de la procesión, el gentío era mayor y más efusivas las muestras de piedad. Como había sobre toda la población un silencio de muerte, los pasos sobre el pavimento resonaban de lejos y los que parecían venir de la próxima calle atravesada, salían sin embargo, de tres o cuatro cuadras más lejos. Ruido de paso y

bana, pobrísima, miserable cofradía que vivía de limosnas y era la única a la cual tenía acceso esa plebe en formación. Parecía un ganado de animales, con el pezado andar de las plantas desnudas sobre el piso. Iban murmurando torpemente sus rezos y acudían a las puertas para verles pasar con gran edificación del vecindario. También desfilaban las congregaciones de la Esclavonia, de frailes descalzos de Terceros Franciscanos en que se enrolaba lo más granado de la ciudad para tener como mortaja el hábito de nuestro padre San Francisco. Junto con ellos marchaban los miembros del Cabildo, con esclavinas de seda sobre dorada para

tomar el palio en la solemne procesión de la tarde. Eran pocos momentos antes de ésta, cuando, desde hacía años, pasaba el pueblo a visitar la imagen de casa de Villota en cuyo patio se podía ver a todos los penitentes de la ciudad azotando sus cuerpos con látigos que sacaban sangre y llevando una gran Cruz cerca de la cual marchaban también un Cirineo y alguna Verónica. En efecto, de muchas calles a la vez salían estos grupos de exaltados, que gritaban en voz alta pidiendo perdón de sus pecados y llevando los cuerpos desnudos hasta la cintura, ensangrentados en forma que inspiraba horror.

Desde temprana hora el patio rebosaba de gente. En un rincón ardían innumerables cirios delante de un Cristo que se decía desenterrado de una mina sólo trabajada por los indios, obscura leyenda que más tarde murió con injustificado olvido. Era un Cristo de plata, labrado a martillo y cincel, corroído por la acción del tiempo y venido del norte no se sabe cómo ni cuándo. La familia Villota lo había adquirido y colocado cada Jueves Santo, por especial concesión del obispo, en el patio de la casa donde las cofradías pasaban a hacerle una visita antes de la procesión.

Parecía imposible que, a la aglomeración de gente que se apilaba ya en el patio y corredores y sala de la opulenta casa, pudiera aún juntarse mayor muchedumbre y sin embargo, entraba a cada instante un nuevo grupo sin que comenzaran a salir los que adentro no se resignaban a abandonar la imagen a la cual había que pedir tantas cosas. Fueron penetrando los grupos de penitentes con sus cruces al hombre y sus látigos ensangrentados, las cofradías, las hermandades, las congregaciones, mientras muy de tarde en tarde salía alguno de los grupos. Finalmente penetraron los de Copacabana, los penitentes del barrio de Santa Ana y los cucuruchos vestidos de negro, con sus altísimos gorros puntiagudos y la faz cubierta por la misma tela del fúnebre disfraz. Sus voces plañideras se alzaban sobre todas con esa fórmula que nuestros oídos apenas alcanzaron a escuchar en años pasados en la procesión del Matadero: "Para el Santo entierro de Cristo y Soledad de la Virgen", y alargaban la alcancía de latón para recibir las monedas de cobre o plata.

En el patio, bullía una muchedumbre asfixiante. Una de las cofradías cantaba un himno rudo mientras otras rezaban en voz alta haciendo oír esa repetida frase: "Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal".

Jamás el corazón de una mujer había palpitado como en esos momentos el de

Soledad. Buscaba apoyo para no desfallecer. Indagaba con la mirada para ver si por la talla descubría a Ignacio; pero todos esos fantasmas negros le parecían iguales, todos ocultaban un peligro, un sacrilegio, una amenaza. Pasaba un tiempo eterno y ya comenzaban a salir algunos sin que la menor señal le hubiera manifestado la presencia de Araos. Creyó que el pian había escollido; que Ignacio habría sido detenido o muerto; que su existencia se había enlutado para siempre; que Dios les castigaba por profanar ese gran día. Después fijando su mirada en el grupo, notó uno de los mendicantes que llevaba un traje más nuevo y que se volvía hacia ella. Su corazón palpitó: era él! Pero pronto dejó de verlo pues se interponían muchos entre ambos y pasó así otro momento de angustia.

Los últimos penitentes comenzaron a azotarse despiadadamente. Sallieron luego arrastrando la Cruz y los cucuruchos se arremolinaron también para seguirlos. Iba despejándose el patio y un monaguillo soplaban ya los cirios. Los últimos cucuruchos se plegaron con rapidez a los que salían y en ese momento de diversas partes corrieron al centro del patio. Del último grupo se había desplomado un hombre que cayó extendido sobre las piedras llevándose la mano enguantada de negro sobre el pecho. Era una larga figura oscura que a Soledad pareció tan larga como el mundo entero. Un cucuruelo había caído, talvez por la extenuación, talvez por un súbito ataque. Así lo repetían todos corriendo, mientras se impartían órdenes para levantararlo y conducirlo hasta un lecho.

Soledad no se movía de su sitio. No sabía qué indiferencia absoluta había bajado sobre su pobrecita alma. ¿Quién era ese disfrazado? No le importaba saberlo. Pero era inútil, unas manos arrancaban el gorro negro, desgarraban la mortaja de choleta y ponían a la luz una faz blanca y pálida, la faz de un joven hermoso como un rey. Pero no eran las manos de Soledad, porque Soledad no se movía de su sitio ni podía hacerlo, ni quería hacerlo ni sabía hacerlo. Un grito solo corrió por la casa y luego a la calle por la ciudad: un cucuruelo había sido asesinado y ese mendicante era Ignacio Araos de la flor de las familias hidalgas de Santiago. Soledad fue arrastrada por los que entraban a indagar noticias sobre tan extraordinario acontecimiento y así quedó dentro de la habitación donde su madre rezaba ya al lado del lecho con algunas personas de la casa y los religiosos que habían llegado. Soledad estaba de pie y no podía arrodillarse.

Desde su sitio veía extendido al joven, sereno, con la mano siempre sobre el corazón. La pieza estaba obscura. Encendieron pronto un cirio y trajeron a la cabecera el gran crucifijo de plata. Murmuraban las letanías de la buena muerte; pero ya Ignacio había muerto...

Pasaron las horas y la habitación cambiaba de aspecto, porque el cadáver había sido ya amortajado con el hábito azul gris de los Franciscanos y colocado entre cuatro cirios traídos de la iglesia vecina. El proto-médico se había contentado con declarar la muerte y agregar que la huella de la puñalada recibida, indicaba que había sido el asesino *un catalán*, extraña afirmación que fué, sin embargo, alguna otra vez comprobada por esa fecha. Pasaron las horas, la habitación cambiaba de concurrencia; pero Soledad no se movía de su sitio, ni lloraba, ni oraba. Inútiles habían sido los ruegos de su madre, las observaciones de todos. La niña no podía hablar ni sabía hacerlo. De allí salió a la una de la madrugada para el claustro de las carmelitas rogando la dejaran en paz me-

ditar por algunos días. Estaba cansada, necesitaba un largo reposo. ¡Temió pasar por su casa donde vivían frescos los recuerdos de su amor, donde vibraba aún la melodía de aquella tarde, donde en el huerto flotaba el eco de sus palabras y el rumor de sus besos?

Dunose había corrido toda la tarde al ver que no llegaban los prófugos al carro que los esperaba en los tajamares y sólo muy cerca de casa de Villota oyó a unas mujeres que repetían el nombre de su amigo. Llegó silencioso a un rincón de la pieza y asistió a cada una de esas tristes ceremonias que se sucedieron en la noche trágica, tratando de no ser visto por la niña.

Al día siguiente, como era costumbre, se escuchaba por las calles la campanilla del monaguillo. Las gentes preguntaban:

— Hermano ¿quién murió?

— El hermano Ignacio Araos, contestaba. Rogad por él.

— Ora pro nobis, replicaba el pueblo.

JOAQUIN DIAZ GARCES

LA CONBUSTION MODERNA

El vapor es el medio empleado generalmente en la industria para la producción de fuerza motriz. De mucho tiempo se viene buscando el modo de reducir el costo de esta fuerza aprovechando sensiblemente el consumo del vapor por el empleo simultáneo del hornillo y los condensadores. Hace poco se viene persiguiendo otro objetivo distinto: la manera de aprovechar mejor el combustible por un lado y completo perfeccionamiento de la combustión por otra parte. Pero el horno y el generador no son suficientes para producir la combustión; hay que tener en cuenta el carbón, y aún los desperdicios de éste y las cenizas lo que hace más compleja la operación. Es además indispensable proveer de agua

los generadores y establecer comunicación entre éstos a fin de canalizar el vapor producido en los aparatos de utilización; este es el papel que desempeñan las tuberías.

Bien vemos, pues, que el asunto es complicado. Tanto en Francia como en otros países se han hecho estudios continuados e interesantísimos sobre la materia; los resultados han sido diversos y publicados en infinidad de diarios, hoy podemos ver todos estos complicados y saber cuanto sobre esto hay estudiado gracias a los señores Guillaume y Turin, (1) que nos ofrecen en su obra un estudio completo y debidamente documentado de esta cuestión.



....y tardándose el esposo comenzaron a cabecear.

LAS PARABOLAS BIBLICAS

Renovación del Arte Religioso

Las festividades de la Semana Santa nos han hecho pensar en los admirables dibujos modernos de un artista francés Mr. Burnand, hechos para las parábolas del Evangelio y expuestos en uno de los últimos salones de París. El conde Melchior de Vogüé cuenta de esta manera sus impresiones al descubrir por primera vez la sala en que estaban colgados estos vivos y palpitan tes cuadros. "Os ha ocurrido alguna vez visitar en medio de los pesados calores de un domingo de verano, los barrios poblados de una gran ciudad extranjera? La curiosidad del viajero se entretiene un tiempo; luego su espíritu se entristece de su soledad en medio de la muchedumbre, se siente ahogado bajo la ola bulliciosa de egos transeúntes de los cuales no comprende el lenguaje. De pronto, en el retiro de una pequeña plaza, una vieja iglesia surge; el resplandor de las lámparas del santuario filtra por las hojas entreabiertas del gran pórtico; se entra y allí está el reposo,

la frescura, la tranquilidad sobre el banco de encina donde se sienta al lado de una buena mujer. La penumbra es serena y dulce, la salmodia fatina recuerda a la oreja los hábitos de la infancia y las personas que escuchan reflejan en los ojos los más intensos movimientos del alma. Creyente o incrédulo el viajero se encuentra allí como en su hogar descansado, luego impregnado de la paz ambiente; estos desconocidos que lo rodean no son tan lejanos como aquéllos de la calle y comunican una humanidad y hasta fraternidad íntimas".

"Yo he sentido una emoción de esta clase después de vagar por la exposición llena de obras con habilidad técnica pero con gran vulgaridad y puerilidad de invención. Iba a salir bajo el peso de esta fatiga cuando divisé la puerta de una pequeña sala que se abría al final de una galería: entré para tranquilidad de mi conciencia. Era una exposición particular: dibujos de una mis-



"...se levantaron y aderezaron sus lámparas."

ma mano adoraba los panneaux al rededor. Basta basta una primera ojeada sobre los muros de la sala para respirar una atmósfera recogida; parecía que toda la vida interior de una alma se hubiese desbordado y condensado en esos cuadros. Yo marchaba de uno a otro, asombrado de pronto y muy luego seducido. Mi paso se iba deteniendo

delante de ciertos temas, volvía atrás para repasar otros sujetos de interés. En fin, todas esas figuras tenían algo que decirme; sus insinuaciones encantadoras y graves contenían las dos exigencias con que nos presentamos delante de toda obra de arte: el pensamiento y la belleza. Allí estaban ambos. Un catálogo me hizo saber pronto que el señor Eugenio Burnand era el autor de esos dibujos destinados a ilustrar las Parábolas del Evangelio".

Y en realidad, basta estudiar la obra de Burnand para ver que la maestría técnica del artista satisface a los más difíciles. No se engaña fácilmente en materia de dibujo;

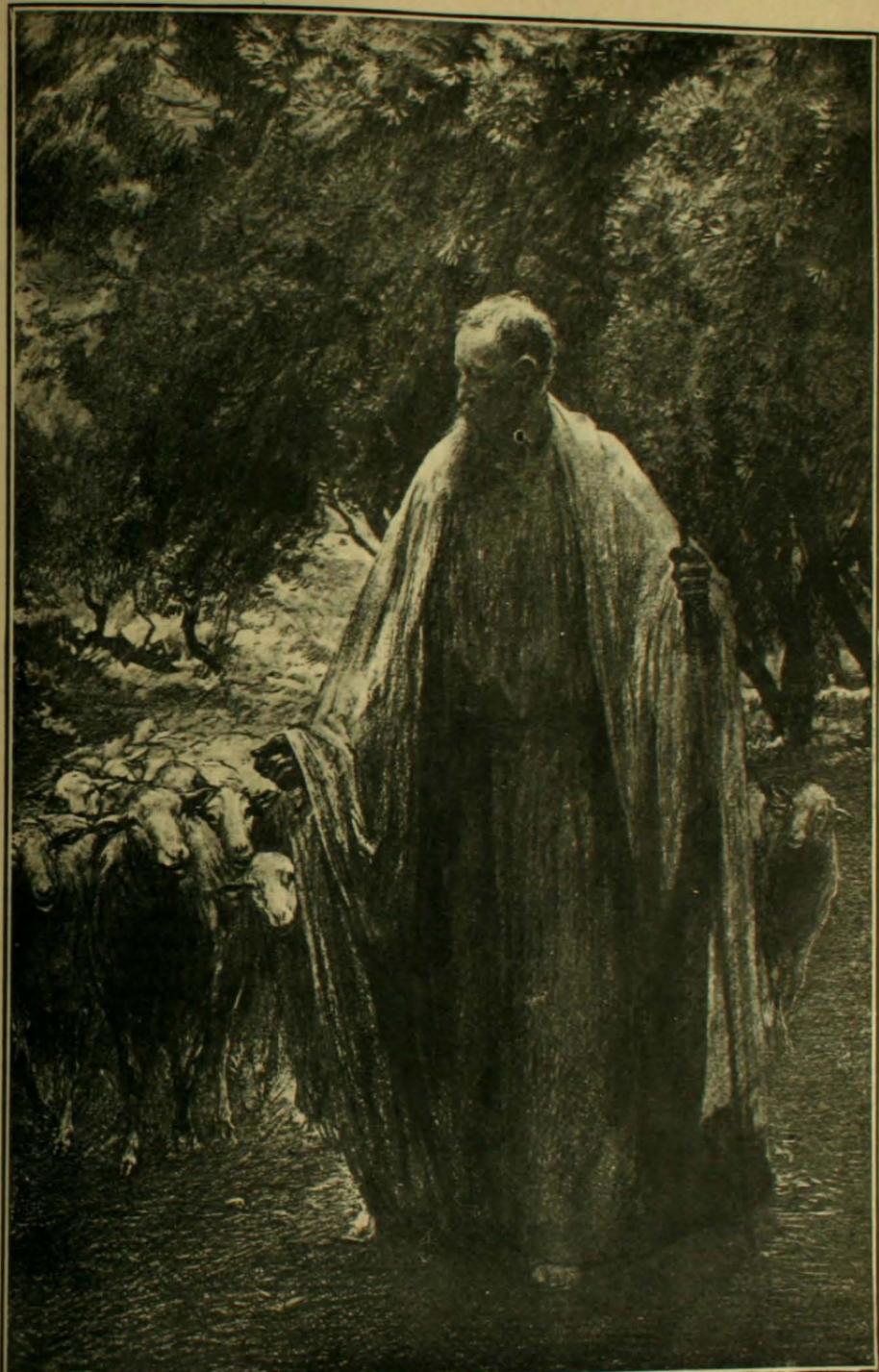


la naturaleza. ¿Qué decir de esta página sencilla y fuerte del Buen Pastor, que reproducimos para los lectores del PACIFICO MAGAZINE?

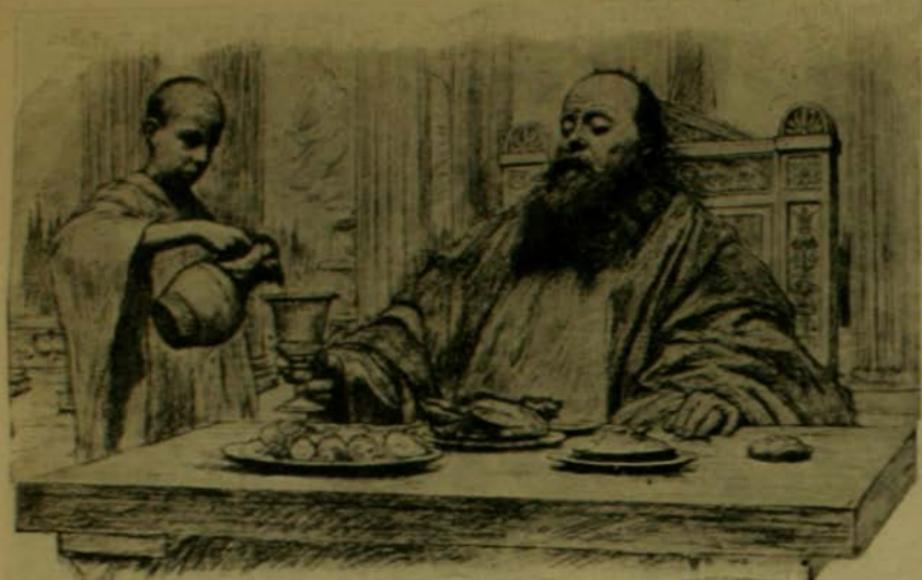
Vogüé agrega: "Yo me había acercado a estos dibujos con desconfianza. Una renovación del arte religioso? Entre nuestros contemporáneos que la han tentado, son muy pocos los que no han fracasado y echado al suelo toda ilusión; hasta hemos llegado a preguntarnos si no conviene renunciar en absoluto a todo nuevo florecimiento del arte religioso. Innovadores han ensayado de transportar escenas bíblicas en la vida parisina: sus Cristos socialistas,



"¡Hazme justicia...!"



"Y cuando ha sacado fuera sus ovejas va delante de ellas."



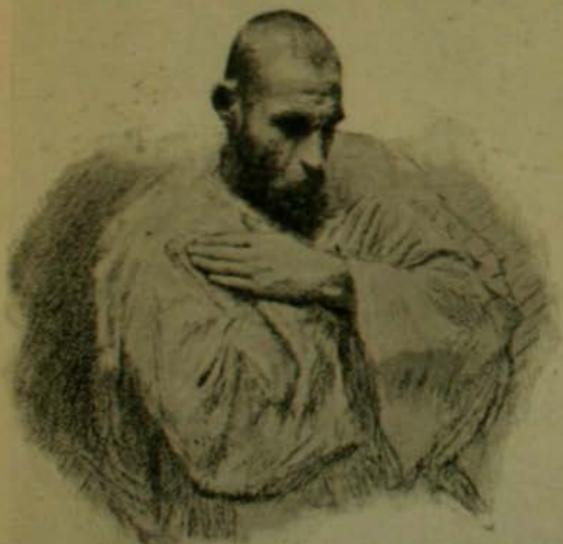
... un rincón que se trataba bien y magníficamente

sus Magdalenas del Montmartre, sus hijos pródigos en los restaurants de moda, no han obtenido sino un éxito de sonrisa. Algunos extranjeros, el alemán Uhde, el filandés Edelfeldt y otros todavía, supieron interesarnos aún más; era agradable imaginar como ellos al Salvador y sus discípulos, rea-

pareciendo bajo los rasgos de esos aldeanos, de esos obreros ennoblecidos por la gravedad de un fuerte pensamiento religioso; pero esto era solo una ilusión pasajera porque se pide algo más que la traducción material de las relaciones bíblicas".

Otros artistas como Bida y Tissot han ensayado las ilustraciones del Evangelio. Bida ha copiado verdaderos tipos de judíos y de beduinos modernos. Es dudoso que los personajes bíblicos fueran como éstos y se vistieran del mismo modo. El Evangelio ha desafiado también la admirable pasión artística de Tissot. Son los niños y los hombres de alma apacible los que como Giotto y Fray Ansgelico han sabido representar sus visiones.

Burnand ha comprendido las parábolas evangélicas, ha sabido con admirable sobriedad traducir estados de alma y símbolos amplios. En este sentido su obra es extraordinaria y junta al sentimiento la técnica más perfecta.



TEXTO DE LAS PARABOLAS:

LOS VIÑADORES; LAS VIRJENES SABIAS Y LAS NECIAS; EL RICO Y LAZARO; EL JUEZ INICUO Y EL BUEN PASTOR.

Escuchad otra parábola: Había un padre de familia, que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar y edificó una torre, y la dió a renta a unos labradores, y se partió lejos.

Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que percibiesen los frutos de ella.

Mas los labradores, echando mano de los siervos, hirieron al uno, mataron al otro, y al otro lo apedearon.

De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; y los trataron del mismo modo.

Por último les envió su hijo, diciendo: Tendré respeto a mi hijo.

Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; vendid, matemósese, y tendremos su herencia.

Y tratando de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron.

Pues cuando viniere el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?

Ellos dijeron: A los malos destruirá mala mente, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo.

Entonces será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa.

Mas las cinco de ellas eran fatuas, y las otras cinco prudentes.

Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite.

Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas.

Y tardándose el esposo, comenzaron a cabecer, y se durmieron todas.

Cuando a la media noche se oyó gritar: Mirad que viene el esposo, salió a recibirla.

Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas.

Y dijeron las fatuas a las prudentes: Daddnos de nuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

Respondieron las prudentes, diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes a los que lo venden, y comprad para vosotras.

Y mientras que ellas fueron a comprarlo, vino el esposo; y las que estaban apercibidas entraron con él a las bodas, y fué cerrada la puerta.

Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, abremonos.

Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco.

Valead, pues, porque no sabéis el día, ni la hora.

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo; y cada día tenía vestidos espléndidos.

Y había allí un mendigo llamado Lázaro, que yacía a la puerta del rico, lleno de llagas.

Deseando hartarse de las migajas, que caían de la mesa del rico, y ninguno se las daba: más venían los perros, y le lamían las llagas.

Y aconteció, que cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al seno de Abraham.

Y murió también el rico, y fué sepultado en el infierno.

Y alzando los ojos, cuando estaba en los tor-

mentos, vió de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno;

Y él levantando el grito, dijo: Padre Abraham, compadécete de mí, y envía a Lázaro, para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama.

Y Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tú bienes en tu vida, y Lázaro también atormentado.

Fuera de que hay una sima impenetrable entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de ahí pasar acá.

Y dijo: Pues te ruego, padre, que lo envíes a casa de mi padre.

Porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos también a este lugar de tormentos.

Y Abraham le dijo: Tienen a Moisés y los profetas: Óiganlos.

Mas él dijo: No, padre Abraham; más si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia.

Y Abraham le dijo: Sino oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán aun cuando alguno de los muertos resucite.

Y les decía también esta parábola, que es menester orar siempre y no desfallecer.

Diciendo: Había un juez en cierta ciudad, que no temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno.

Y había en la misma ciudad, una viuda que venía a él, y le decía: Házme justicia de mi contrario.

Y él por mucho tiempo no quiso. Pero después de esto dijo entre sí: Aunque ni temo a Dios, ni a hombre tengo respeto.

Todavía, porque me es importante esta viuda, la haré justicia, porque no venga tantas veces, que al fin me muera.

Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el justo juez:

¡Pues Dios no hará venganza de sus escogidos, que claman a él día y noche, y tendrá paciencia en ellos!

En verdad, en verdad os digo: El que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, más sube por otra parte, aquél es ladrón y salteador.

Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas.

A este abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y a las ovejas propias llama por su nombre, y las saca.

Y cuando ha sacado fuera sus ovejas, va detrás de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.

Mas al extraño no le siguen, ante huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños.

Este proverbio les dije Jesús. Mas ellos no entendieron lo que les decía.

Y Jesús les dijo otra vez: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta de las ovejas.

Todos cuantos vinieren, ladrones son y salteadores, y no los oyeron las ovejas.

Yo soy la puerta. Quien por mí entre, será salvado; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.

El ladrón no viene, sino para hurtar, y para matar, y para destruir. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia.

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas.

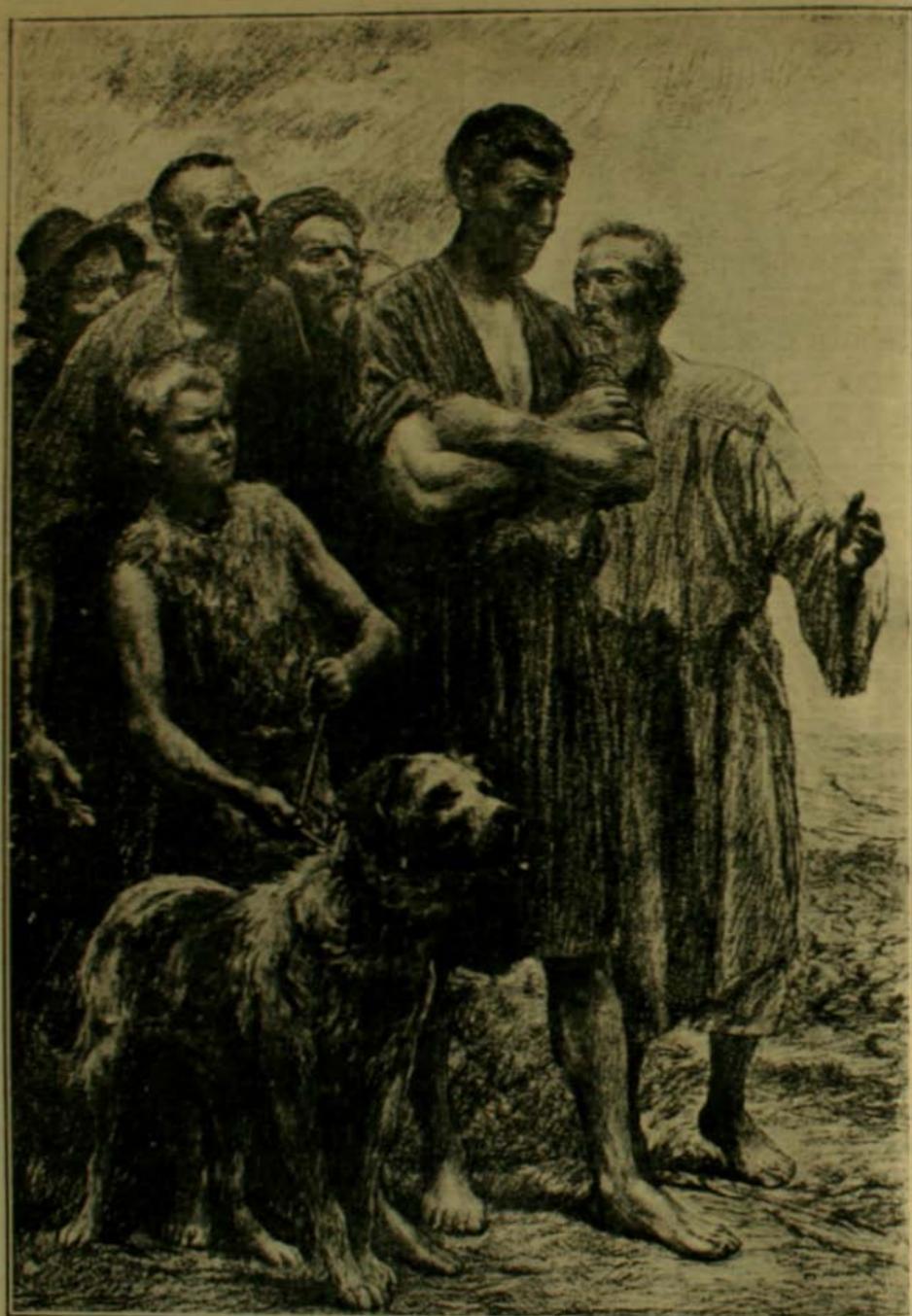
Mas el asalariado, y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, va venir al lobo, y deixa las ovejas, y huye, y el lobo arrebata, y esparsa las ovejas.

Y el asalariado huye, porque es asalariado, y porque no tiene parte en las ovejas.

Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las misas me conocen.

Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y pongo mi alma por mis ovejas.

Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco, y es necesario que yo las traiga; y oírán mi voz, y será hecho un solo aprisco, y un pastor.



"este es el heredero: matémosle y tendremos su herencia."

NOCHES DE LA INDIA



Por _____

A. Sarath Kumar Ghosh

INTRODUCCION

El Gran Rey está enfermo. Nada ha podido vencer la melancolía que le devora. Al caer la noche, envían a buscar al viejo narrador de historias. El sólo conoce el mal de que padece el Gran Rey. Está enfermo de amor. El poderoso monarca, ama, sin esperanza, a una bellísima doncella.

Así el narrador de historias, alivia sus congojas, contándole cuentos sobre la conquista del amor. En su primera noche, le ha referido como el Príncipe Baratha de Delhi, se enamoró de la Princesa Suwa de Kanoje y supo ganarla a pesar de la oposición de su padre y de cien príncipes mas.

El Príncipe Baralha fué auxiliado por un fiel servidor, Chand Singh, su amigo ante que su vasallo. La Princesa Suwua, a su vez, fué ayudada, por la principal de sus damas de honor, la bellísima Primolda.

Chand y Primolda se amaban también, pero el destino cruel los separó. Primolda fué presa en Kanoje, por el delito de haber favorecido la fuga de la Princesa, y Chand hubo de seguir al Príncipe Baralha, en su retirada hasta Delhi.

El narrador va a referir ahora la suerte que cupo el amor de Chand y de Primolda.

EL COFRECILLO DE LA DIOSA KALI

Cuando los dioses desean manifestar su voluntad de un modo visible, permiten casi siempre al inicuo gozar hasta el último momento de un aparente triunfo.... Así sucede en esta historia.

La ciudad de Kanoje aparecía envuelta en un misterio impenetrable.... Algo de muy terrible estaba al suceder.... ¿Qué era ello? Nadie podía decirlo, pero todos sentían por instinto, que la vida de una criatura humana, estaba pendiente de un cabello.

—Una mujer va a morir esta noche.

Estas palabras, murmuradas apenas en voz baja, corrían de boca en boca, entre la turba que se agolpaba bajo los pórticos.

—Una dama del palacio.

—La principal de entre ellas, refunfuñó entre dientes un hombre de turbante rosado, que penetraba en el palacio.

La multitud se volvió hacia él para descubrir su rostro, pero ya había desaparecido tras del pórtico. Nadie puso, sin embargo, en duda sus palabras. No era una curiosidad

vulgar la que agolpaba esa multitud en aquel sitio.... Una hermosa mujer iba a desaparecer del mundo de los vivos, dentro de las murallas del palacio. ¿Qué podía importar ello al pueblo? Pero todos sospechaban, en lo íntimo de sus corazones, que algo más había tras de esa tragedia de la Corte.

—¿Qué crimen?

—Traición... Ha auxiliado al enemigo...

—¿Qué género de muerte?

Esta última pregunta, la dirigió un extranjero, con una voz que luchaba en vano por no parecer temblorosa. Iba envuelto en una túnica blanca; su cabeza parecía agobiada bajo el peso de hondos pensamientos, y se apoyaba en un báculo toscos. Era probablemente un peregrino, venido de tierras lejanas, a pedir el perdón de sus pecados, ante las reliquias de Parezhnath.

—Será arrojada en un pozo, cosida dentro de un saco.

El forastero calló; embozándose más y más en su blanca túnica. Su cuerpo entero

se estremeció, mientras murmuraba una plegaria, pidiendo al poderoso Vishnú, la preservara del mal y del pecado.

Pero, de pronto, pareció erguirse con extraordinario vigor. Levantó su mano derecha, y la dirigió en ademán de amenazante ira hacia el palacio....

—¡Esta es la justicia de los hombres!... —exclamó.... ¡Han muerto los dioses acaso?

Recordando después su carácter de peregrino, reprimió su ira, y se dirigió lentamente hacia la orilla del río, atravesando con los ojos bajos, por entre la multitud.

Pero el pueblo no sabía, que a la hermosa Primoida le esperaba una suerte peor, que la de ser arrojada en un pozo, cosida en un saco. Había auxiliado al Príncipe Baratha de Delhi, en su empresa de robar a la Princesa Suvana de Kanoje, y en castigo de este crimen, había sido separada de su propio amante y encerrada en una estrecha prisión dentro de las murallas del palacio. Por seis días de angustia, y seis noches de insomnio, esperó su sentencia.... Aquella noche su suerte iba a ser cumplida.

En la obscuridad del estrecho calabozo, se deslizó una sombra fugitiva, y todavía la infeliz no la había entrevisto, cuando la arrojaron encima una manta que ahogó sus temidos. Se sintió levantada por brazos poderosos que la llevaban hacia afuera. En vano luchó y procuró gritar. Su captor la tenía asida con su mano derecha, mientras que con la izquierda le tapaba la boca. Y ¿qué ganaría con hacerse oír? No era acaso aquel el verdugo, encargado de ejecutar la sentencia de muerte?

Así fué conducida al través de largos corredores, bajando muchas escaleras, y rodeando interminables vericuetos. En seguida notó, por la postura de su captor, que atravesaba un túnel muy bajo. Aquel tránsito le pareció eterno. De pronto oyó un grito ahogado, un lejano rumor de pasos, un movimiento brusco, y se sintió transportada a otras manos.

En el mismo instante, percibió un suave golpe muy cerca de ella.... Un momento después, se sintió como levantada, desde las entrañas de la tierra.... Luego un intervalo de silencio, y el ruido de un cuerpo que cae en el agua....

¿Qué horrorosa pesadilla! Era acaso su propio cuerpo el que cayó en el agua? ¿Estaba ya muerta? Era su espíritu el que experimentaba tan extrañas sensaciones?

La volvieron a levantar, sin embargo, entre tres hombres: uno de la espalda, el otro de la cintura, y el tercero de los pies.... Así continuaron llevándola, al parecer subiendo un empinado cerro. Sintió que se removían a su alrededor pesadas losas....

Los raptadores caminaban haciendo interminables circuitos.... A lo lejos se sentía un ruido indefinible, que iba acercándose momentos. Era el golpe del hierro sobre la madera. Sin duda, delante de ella estaban sacando una puerta de sus goznes, para abrirla sin romper las cerraduras.

Subieron con ella en seguida una escala de piedra. Habían llegado a una pieza. La colocaron sobre un diván, o una cama, no supo darse de ello exacta cuenta.... Después sintió que algunos pasos se alejaban. Entonces, perdió el sentido....

¡Cuánto tiempo permaneció así desvanecida? ¿Quién sabe?.... Percibió, sí, más tarde, el resplandor de una lámpara delante de sus ojos, y algo que se movía frente a ella.... Entonces despertó estremecida....

Al escaso brillo de la macilenta luz, vió una sombra junto a ella.... sintió un cálido y nauseabundo aliento que le besaba las mejillas, un suspiro, y luego un grito de rabia....

Era una mujer anciana, llena de arrugas. Su figura pequeña, encorvada, prematuramente envejecida por el dolor o el vicio, no tenía vida sino en los ojos que relampagueaban con el fuego de la pasión o de la locura.

—Así, eres tú, ahora—dijo la anciana con voz ronca, que en vano quería aparecer tranquila. Al oírla la doncella sintió un estremecimiento de horrible terror, y el corazón pareció querer saltarse del pecho.

—¿Dónde estoy?—preguntó con moribundo acento.

—Entre las garras del demonio,—murmuró roncamente la vieja bruja.

Estremecida, la doncella, se desplomó sobre los cojines del diván.

—Por qué me atormentas con estos terrors? ¿Quién eres tú?

Algo de extraño, sucedió a esta pregunta. La hedienda figura se irguió delante de la infeliz doncella; sus delgados y macilentos brazos se agitaron en el aire; sus dedos parecían querer asir rabiosamente un objeto invisible.

—¿Quién soy yo?... exclamó la bruja.... La vengadora.... ¿Lo entiendes? Y alzaba al cielo sus brazos de arpía.

Después, exhalando un profundo suspiro, estalló en un torrente de palabras espasmódicas, incoherentes.

—Escucha... Hubo un tiempo en que tuve una hija tan hermosa como tú, aunque era del pueblo como yo: su rostro era celestial, como el tuyo, y la curva de su seno, como la del mar cuando rompe sobre una playa de arena. Pero un día en mi ausencia, ella desapareció... Vi la huella de sus hermosos dedos, marcada con su sangre en el umbral de la ventana. Entonces comprendí que había sido arrebatada por manos impías.

Seguí sus huellas hasta este sitio. La vi primero en sueños, en una horrible pesadilla y desierta después... Vine aquí. Pero nada... Esto estaba vacío, solitario; sólo habitaban esta torre los lagartos y las aves de rapina. Mi hija... ¡había muerto!

En mi sueño la vi morir. Yacía como tú en ese diván. No podré jamás olvidar su rostro, en las angustias de horrosa agonía. Un hombre contemplaba sus tormentos: un hombre que no podrá escapar a mi venganza, porque el dedo del destino marcó su frente con la señal del crimen.... Espero verle una vez más, pero no dormida sino despierta. Le he aguardado por siete años... He habitado aquí desde entonces en compañía de los lagartos y de las aves de rapina. Algo me dice que le veré de nuevo, y que le veré aquí... Entonces tomaré mi venganza.

El frenesi de su locura pareció desaparecer. La fuerza de la pasión, dejó de sostenerla y se inclinó como una hoja marchita.

—Eso hombres que aquí te condujeron, me encontraron dentro,—murmuró—y me encargaron que te ofreciese alimento.... Come y bebe, pues...

Presentó a la doncella lentejas y arroz. Entonces, comenzó a referirle, qué clase de sitio era esa vieja torre; cuántos años y si-



Entre las garras del demonio, murmuró roncamente la negra bruja

glos estuvo desierta y solitaria a consecuencia de una maldición. Nadie se atrevía a llegar hasta él. Pero por esto mismo, algunos hombres desconocidos, que no temían a los dioses ni a los demonios, le habían hecho teatro de sus acciones perversas. Ni el Rey ni el pueblo lo sabían, porque los sellos y las cerraduras permanecían intactas.... Pero ella lo supo. ¡No se lo dijo acaso su sueño?

—Ahora, duerme en paz,—concluyó la vieja.—Lo que está escrito en las páginas del cielo, habrá de suceder, a pesar de los demonios.

Se acercó a la doncella, y comenzó a desnudarla.... Pero al mirar su túnica, no pudo reprimir un grito de espanto....

—¡Niña! ¡Qué han hecho de tu cinturón? —exclamó con profunda ansiedad.

Primoida, como doncella noble, debía llevar siempre desde su primera infancia, un cinturón como símbolo de su rango y de su virtud. Ningún hombre podía tocarlo, si no el que llegara a ser su esposo.

—Infeliz de tí.... Los dioses están en contra tuya,—murmuró la anciana, que veía en la pérdida del cinturón un mal presagio.

A la verdad el cinturón lo había perdido la doncella al ser conducida aquella noche a la torre desde el palacio de Kanoje. Cuando fué dejada por un momento en tierra al pie del cerro, el individuo que en seguida la tomó por la cintura, desabrochó sin intención o con ella, el anillo de plata que lo cerraba, y el cinturón yacía ahora abandonado en la mitad del áspero camino.

Anonada por la fatiga. Primoida pasó la noche sin poder conciliar el sueño, pero medio desvanecida por el estupor.... A la mañana siguiente, el sol, cayendo sobre su rostro, la despertó.... Su primera mirada fué para reconocer su prisión.

¿Había alguna comunicación posible entre ella y el mundo exterior? La única puerta de la pieza aparecía fuertemente cerrada desde afuera; la ventana estaba protegida por gruesas barras de hierro.

Solo podía ver del mundo los altos cerros distantes que se levantaban hacia la derecha. Debajo de la ventana era imposible ver lo que había. Se divisaba si la copa de un árbol gigante, pero allá muy lejos de su alcance.

Por el lado de la izquierda se alzaba una torrecilla semi ruinosa.... De entre las rejas gruesas que la cubrían, echó a volar una bandada de palomas, que revoleteaban por largo rato en graciosos círculos al rededor de la prisión.

Primoida sintió en su pecho al verlas, una sensación extraña. Recordó los días de su niñez: entonces en la casa de su padre, había también visto una mañana volar a las palomas de igual suerte.... Pero ahora su padre dormía desde muchos años en la tumba, y ella se encontraba a la merced de un tirano implacable.

Despertando, en seguida, sus antiguos recuerdos, se sacó el velo y comenzó a agitarlo por la ventana afuera, como lo había visto hacer al halconero de su padre. Inmediatamente los efculos trazados por las aves se ensancharon y girando en gracioso remolino,

se alejaron de la torre hacia las vastas llanuras.

Cuando las palomas volvieron, Primoida dejó flotar por un momento el velo, y lo abatió en seguida hacia la ventana. Con la rapidez del relámpago, las aves se detuvieron en su rápido vuelo, presas de terror, como si un hambriento halcón las persiguiera, y agitando temblorosas sus alas, volaron hacia las grietas de su viejo torreón.... Pero una linda palomita, blanca como la nieve, no pudo alcanzar su nido. Las fuerzas le faltaron, en súbito terror, y atravesando los hierros de la ventana, vino a caer temblorosa sobre los cojines del diván.

La doncella, tomando entonces con el velo n la alevina, la estrechó contra su corazón.

—Pobre palomita, pobre palomita,—dijo con su voz más suave y cariñosa.... ¿Por qué tienes miedo? Yo no voy a hacerte mal.

La paloma, como si comprendiera lo que le hablaban, alzó la cabecita y puso su pico entre los labios de la doncella.

—Vete, pues.... tu amante te está llamando,—dijo ésta al oír un débil arrullo en la vecina torre.... Anda, vé a buscarlo.

La puso en el marco de la ventana....

—Tú podrías volar hasta donde mi amante y contarle el peligro en que me encuentro... Vuela hasta él, hermanita mía.... Dile que el halcón me persigue con sus terribles garras....

La ave se deslizó suavemente bajo su mano y echó a volar llena de gozo.... La doncella se volvió entonces hacia el interior de la pieza.... y quedó paralizada por el terror.

—Sí.... el halcón te persigue todavía con sus terribles garras.

Estas palabras brotaron más como un ruido de rabia que como lenguaje humano de los labios de un individuo, en cuyo rostro se retrataban las más viles pasiones, y que de pie y con los brazos cruzados permanecía junto a la puerta.

Era un hombre de edad mediana, no mal parecido, aunque de facciones toscas y groseras. En sus ojos y en sus labios se dibujaba el egoísmo, mientras sus prominentes mandibulas llevaban el signo de una resolución inquebrantable.

—Sí; tú me conoces,—exclamó el recién venido, burlándose de su terror.

En verdad, la doncella le conocía. Era el Kotwal de Kanoje, esto es un hombre altamente colocado por el Rey, con el objeto de administrar justicia a su pueblo. Pero el mi-

serable llevaba una vida doble. Para el mundo, un elevado y honorable funcionario; en secreto un vil criminal, un voluptuoso, un asesino: un ogro que se alimentaba de carne humana. El fué quien, en medio de la confusión general, se apoderó de Primoida, el día de las bodas de la Princesa Suvona. Oculto tras de la arquería del palacio, logró detenerla en el momento en que ella corría a juntarse con su amante.

Ruborosa la infeliz doncella, inclinó la cabeza sobre su pecho.... pues el velo, aún permanecía en la ventana, agitando el viento sus rosados pliegues.

El Kotwal se acercó a ella, lanzándole una ojeada maligna y enigmática.

—No temas, linda paloma, el halcón no va a devorarte todavía. Quiere ganar tu amor primero.... Así estarás más sabrosa.

Y se rió, con una risa capaz de helar de espanto a los mismos demonios.

—Por qué dudas de mí?... sin mí habrías muerto anoche.... Un saco lleno de tierra fué arrojado al pozo en tu lugar.... y aquí te trajeron mis hombres.... para.... tu boda....

En esto se sintió un ligero crujido junto a la puerta, y alguien penetró en la habitación.

Era la vieja loca: su débil y encorvado cuerpo se detuvo un instante para tomar aliento, mientras sus ojos se cerraban ante la luz del sol que penetraba a torrentes por la ventana. El Kotwal se volvió bruscamente, lanzando una maldición atroz y se encontró cara a cara con la vieja.

Los ojos a medio cerrar, se volvieron entonces lentamente, como iluminados por un nuevo sol. Entonces, y de repente, desapareció de la macilenta figura la debilidad de la senectud, y se irlguló con el fuego de una pasión frenética.

—¡Su rostro!.... ¡Su rostro! El rostro de mi sueño!

Era algo así como un suspiro, a la vez de horror, de miedo y de alegría. Sus torcidos dedos se enderezaron, apuntando hacia la frente del Kotwal.

—¡La señal! ¡La señal!.... ¡Ved la marca del destino!

En la frénte del malvado, debajo de su turbante, se veía claramente la huella de cuatro dedos de mujer. Siete años antes, sus dedos se habían clavado allí, en la desesperación de la agonía y escrito así la evidencia de su crimen. Las cicatrices habían desaparecido desde largo tiempo atrás; pero aho-

ra, en el arrebato de la pasión, aparecían de nuevo, como esculpidas en color de sangre.

—¡Caiga sobre tí la maldición de una madre!—exclamó la vieja, levantando hasta el cielo sus brazos macilentos, en el frenesí de la venganza.—¡Niéguese el fuego su calor, y el agua su frescura! ¡Conviértanse en hielo, cuando las lleves a tus labios, las frutas de la tierra! ¡Los pájaros del aire y los pescados del mar, sean para tí carne corrompida y hedionda.... Sean desesperadas las visiones de tu sueño, y sólo encuentre albergue la amargura en tu corazón! ¡Miserable! ¡Muere en la hora de tu triunfo!



Pobre palomita, pobre palomita, dijo con su voz más suave y cariñosa

Mecánicamente se llevó la mano al pecho. Allí entre los pliegues de su túnica, pareció buscar un objeto, real o imaginario, que por largo tiempo acariciara y amarraría en su seno y que no se decidía a abandonar.

—¡Tirano sin piedad! Muere en la hora de tu triunfo....

Pero tres sombras se deslizaron a su espalda mientras la vieja se detenía para tomar aliento. Avanzaron suavemente y en silencio, y se colocaron entre ella y el objeto de su venganza. El Kotwal lanzó una carcajada.

—Llevaos a esa mujer, y dadle el remedio de la ceniza.... Después, arrojadla fuera.

Obedeciendo el mandato de su amo, los tres sicarios, se arrojaron sobre la anciana, sin piedad. Ella procuró defenderse aferrándose a los cojines del diván.

—Caiga sobre ti la maldición de la diosa Kali y de su serpiente,—exclamó en medio de su furia, procurando escapar de sus captores por entre los desordenados cojines. Algo se deslizó de entre sus vestiduras y quedó oculto entre los cojines.

Tú perecerás, esta noche misma, herido por la espada de la diosa Kali.

Pero los sicarios la arrastraron hacia afuera, sin escuchar sus imprecaciones y gemidos. Hundieron su cabeza en un saco lleno de cenizas, y la golpearon con el piano de sus sables. En seguida dejaronla abandonada en medio de las desiertas llanuras.

Entre tanto, el Kotwal dijo a la doncella.

—Prepara tu corazón, para nuestro despojo. El tendrá lugar esta misma noche.

La infeliz Primoïda, permanecía en el diván incapaz de comprender nada. La puerta de su prisión se cerró tras de su feroz verdugo, pero ella nada oyó sino su sentencia de muerte. Ya no había esperanza para ella. Estaba en realidad entre las garras del demonio.

La oscuridad descendía a su alrededor, la pieza iba hundiéndose en las tinieblas, y ella yacía sobre el diván como un junco tronchado.

El sol estaba al ponerse en el lejano horizonte. En una hora más reinaría la noche sobre la tierra. Una blanca neblina se esparcía por la falda de la montaña. Negras nubes partían en lontananza los luminosos rayos del astro del día, enrojecidos ya por el

crepúsculo. El tono verde de los campos tornábase gris.

La doncella despertó al rumor de miles de alas que batían el aire. Le pareció sentir entonces algo duro y extraño entre los cojines del diván. Sintió un estremecimiento de terror y casi sin darse cuenta de lo que hacía, se acercó a la ventana.

Afuera, girando en suaves y caprichosas curvas, desde las llanuras hasta la torre, la bandada de palomas pasaba junto a la ventana, y se perdía para reaparecer de nuevo.

Ella las contemplaba, buscando algo.... Pero su linda palomita blanca no estaba allí.

Sintió latir su corazón con un estremecimiento de insensata esperanza. ¿Habían los dioses escuchado benignos su plegaria? La blanca palomita, había ido acaso a cumplir su mensaje, y contarle a su amante el terrible trance en que se encontraba?

No.... esto no podía ser.... En verdad, los dioses y no los hombres la habían abandonado; se hallaba sola con su horrible destino.

Tomó el velo que aún permanecía flotante por el aire, afuera de la ventana, y lo agitó nuevamente en dirección a la bandada de avecitas.

En el mismo instante, como si el flameante velo fuera la señal esperada por el instrumento de los dioses, la blanca paloma reapareció frente a la ventana, con sus alas extendidas, se detuvo un momento en el aire, y partió nuevamente, dejando oír los más alegres trinos de su canto.

Pero, ¡Escuchad! ¡Qué es esto?... Un chillido horrible, parte de la ladera que circunda la torre, y la palomita, loca de terror, corre a refugiarse en el único asilo que conoce: la ventana. La doncella se aparta, para dejarle libre el paso, y la avecita, estrellándose contra las barras de hierro, cae palpitando de miedo sobre los cojines.

—Palomita, palomita. Pobre hermanita. ¡Has vuelto hacia mí?—dijo la doncella a la linda creatura, acariciando suavemente sus erizadas plumas blancas.... ¡Por qué tienes miedo? No es un halcón el que te persigue.

Mientras así hablaba, Primoïda volvió a reclinarse en el diván. Entonces poco a poco, empezó a sentir nuevamente que algo duro y extraño se ocultaba entre los cojines.... Buscó ese algo a tientas y lo llevó a la luz.

Era un cofrecillo.

Tenía un palmo por lado, y casi igual medida de alto. Despedía un penetrante perfume, como si estuviese impregnado de hierbas aromáticas. Sus bordes y sus esquinas presentaban incrustaciones de plata finamente trabajadas. La superficie entera del cofrecillo la cubrían fantásticas y extrañas figuras esculpidas en relieve; por entre ellas se descubrían algunas hondas incisiones, por entre las cuales se exhalaba aquel extraño y embriagador aroma.

¿Cómo estaba allí ese cofrecillo y qué significaba? La doncella trató de abrirlo, pero no pudo. Contra la cerradura eran impotentes sus débiles fuerzas. De pronto, vió algo que la hizo estremecer. En el centro de los caprichosos relieves, se distinguía la figura de la diosa Kali, en toda su majestuosa cólera; la serpiente simbólica reposaba en su seno, y el sable de la venganza en su mano derecha.

Primoida dejó el cofrecillo sobre el diván, pensando en el misterio que podía encerrar. Quizás allí estaba su salvación; pero nada podía comprender. Era acaso una verdad el poder y la misericordia de los dioses? Le asaltó entonces el presentimiento de alguna cosa grande y terrible a la vez...

Estremecida, apartó sus ojos del cofrecillo.... Un suavísimo susurro de alas, llamó su atención. Cogió la blanca palomita que titiraba sobre el diván, dirigiéndole una vez más palabras cariñosas.

Pero al tomarla, sus dedos tropezaron con algo. Era un finísimo hilo de seda negra, amarrado a uno de los pies de la ave.



:La señal! :La señal! :Ved la marca del destino.

—Pobre palomita, perdóname.... Debes haber sufrido mucho, pero no vi antes este hilo.... nadie tampoco pudo verlo, siendo negro, contra el azul del cielo.

Desató al ave, que emprendió regocijada su vuelo, dejando el hilo de seda entre sus manos.

La doncella lo contempló negligentemente. Era solo un hilo de seda.

Lo tomó entre sus manos, midiendo la longitud de una brazada, y después, otra, y otra.

Entonces se detuvo.... Parecía tan largo.... Aún no llegaba a su fin....

¿Por qué latió entonces su corazón? Se dirigió a la ventana.... El hilo venía de allí... de afuera, y no se le divisaba aún término....

Una brazada más, y otra y otra.... Contó hasta treinta.... Entonces el hilo se hizo más grueso.

Se detuvo un instante... y siguió contando, una, dos, diez, treinta brazadas más, y entonces apareció un delgado cordón también de seda....

Sus delicados bracitos se fatigaban.... Brazada tras brazada, el cordón subía.... Perdió muchas veces la cuenta. El cordón, tan grueso ya como una pluma de ganso, parecía arrastrar algo pesado tras de sí....

Era una cuerda tan gruesa como dos de sus dedos, con nudos de trecho en trecho.... Una, dos, tres brazadas más y apareció un garfio de hierro.

Mecánicamente y como en un sueño, sin saber a punto fijo lo que hacía, colocó el gancho en uno de los barrotes de la ventana....

Pero entonces, su corazón volvió a latir presa de horrible espanto.... Su cruel destino, venía a reclamarla en el mismo momento de la libertad.... Mientras miraba llena de gozo por la ventana afuera, esperando el instante de la dicha, el demonio en figura humana, el ogro que se alimentaba de la carne de tiernas vírgenes.... se acercaba a la puerta de la prisión.

Aterida sintió sus pasos siniestros.

La puerta se abrió, y el Kotwal penetró en la estancia.

Ella instintivamente se había vuelto hacia la puerta. Comprendió su destino.... Los mismos dioses para burlarse de su desgracia, le habían alentado una esperanza en la misma hora de peligro, para abandonarla en seguida.... Echó el velo sobre su rostro, y esperó tranquila y resignada.

Con la calma insensata del que marcha a la hoguera del sacrificio aguardó el fin supremo.... Seguramente la hora había sonado ya. Pidió a los dioses que la muerte llegara de una vez.

El miserable la contemplaba con ojos capaces de estremecer a un tigre, pero, al verla sin movimiento y como una estatua, delante de él, vaciló por un instante. La silueta de la doncella, destacábase patente contra la ventana ya casi obscura, parecía al monstruo una esfigie en el nicho de un templo.

De pronto sus dientes castañetearon de ira y sus manos se elevaron al cielo en un impulso frenético. Sus ojos que despedían si-

nietras llamaradas, habían visto algo distante de su víctima.... ¡Era el cordón de seda!

Como el tigre que se divierte con su víctima antes de devorarla, se detuvo, mirando a la doncella y al cordón.

—Así, lindo pajarito ¿querías huir de tu jaula? —murmuró entre dientes.— ¡No sabes que esas barras de hierro, te impedirían salir?

Señaló entonces la formidable ventana, diciendo con sangriento sarcismo:

—Por allí no hay escape palomita.

Entonces su voz adquirió un acento de pasión brutal y concentrada, que hizo estremecer las últimas fibras del corazón de la doncella, arrebatiéndola el postrer rayo de esperanza.

—Ahora ¡ven a mí!.... El balcón está listo para devorarte.

Así que hubo pronunciado estas palabras, los dioses despertaron de su letargo. La mirada del miserable, cayó sobre el cofrecillo que yacía sobre el diván. Lo tomó, presa de insensato furor.

—Así, esto es el mensaje de tu amante,—dijo.—Pero, aguarda....

Sus ojos brillaban en triunfo siniestro. Quería ahora saber por el cofrecillo, quién era ese amante, para poder martirizar a la doncella en su agonía, diciéndole que el amante de su corazón, también sería víctima de su venganza.

Colocó el cofrecillo entre sus rodillas, tratando de abrirla. Con el esfuerzo el turbante cayó de su cabeza, dejando al descubierto el signo fatídico del crimen.... Entonces se abrió la tapa del cofrecillo. El miserable lo tomó en su mano derecha, mostrándolo en son de mofa a la doncella.

:Había llegado la hora de los dioses! :Por qué el Kotwal, se detiene, tembla, y permanece inmóvil, como herido por el fuego del rayo? :Por qué corre el sudor por su frente, y su rostro se cubre de cenicienta pálida? :Por qué se escapan sus ojos de las órbitas, se entreabre su boca en un supremo gesto de horror? y su cuerpo entero, rígido, y paralizado se estremece?

Es que sobre la mano misma con que sostiene el cofrecillo, se ve ahora una negra cinta de carne más fría aún que la suya moribunda.... Lentamente, la cinta se desenrola al rededor de su brazo, dando vueltas y vueltas, hasta que su frialdad desaparece, y se hace quemadora como el hierro enrojecido.... La siniestra banda de muerte,



Se arroja en brazos de su libertador

sube por los hombres del malvado, y se enrosca en su cuello....

El Kotwal al sentir su horrible contacto subir más y más arriba.... los anillos de carne, le ciñen el cerebro, el rostro y luego la frente....

Al fin la cinta acaba de desenvolverse, y en su extremidad aparece un aplastado disco, tan ancho como la palma de la mano.... Lentamente el disco se levanta amenazador, dirigiéndose sobre su cabeza. Dos ojillos resplandeciente, brillan en su superficie.... De su extremidad sobresale una lengua dividida

co a un palmo de su víctima.... Cuando la cinta ya no puede hincharse más, la cabeza armada de ganchos de muerte, se aproximará pulgada a pulgada hasta que los relucientes colmillos se hundan en la piel.

El Kotwal, presa de espantoso delirio cree oír voces distantes.... Son acaso el gemido de las inocentes víctimas de su maldad, o el grito de vengadores espíritus.

—;Así percerá el réprobo! ;Muerde! ;muerde! Madre Kali.... Húndele tu potente sable destructor.

Los moribundos ojos del miserable, ven en-

se dos, tan fina como un hilo de plata.

De pronto el disco se abre dejando ver dos relucientes ganchos de marfil.

;Kala Nug! ;Kala Nug! (La serpiente negra!... ;La serpiente negra!)

Los temblorosos labios del malvado, pronuncian así su propia sentencia de muerte... Después los invade la parálisis... Pulgada a pulgada todo su cuerpo ha quedado sin movimiento. Bajo la fascinación del horror, sus ojos fijos como los de un cadáver, pierden poco a poco el brillo de la vida... y se tornan fríos, duros e inmóviles. Su carne y sus huesos están rígidos...

Y la serpiente toda, hinchada por el vértigo de la destrucción está enrollada en la frente del Kotwal paseando su monstruoso hocico

tonces alzarse una sombra en el hueco de la ventana. A los últimos fulgores de su inteligencia que se apaga, siente un rumor insólito que le da a comprender que su muerte no va a ser vengada y que la víctima infeliz está a punto de ser libertada de su prisión.

Uno de los herrados barrotes de la ventana salta por fin, y una sombra se precipita en el interior.

—Ven, amor mío. ¡Soy yo!

A este grito la doncella despierta de su sueño. De pie, paralizada por el espanto, ha asistido sin ver ni oír, al horrible castigo de su verdugo. Ahora, al sonido de la voz de su amante, vuelve en sí de su letargo!

—¡Has venido! ¡Has venido! Eso es todo lo que puede decir. Se arroja en los brazos de su libertador, oculta el rostro en aquel pecho esfuerzado, y queda allí inerte y desfallecida por el cansancio y la emoción.

Chand Singh levanta el velo de la cara de su amada y cubre de besos sus labios, en el frenesí de la pasión. La levanta, en seguida, en sus brazos poderosos y se dirige hacia la ventana, llevando su preciosa carga, reclinada sobre sus hombros.

Pero al coger la cuerda salvadora, percibe por vez primera la petrificada esfigie, que permanece aún de pie en medio de la sala.

—No lo mires, amada mía, no lo mires, grita a la doncella, lleno de espanto, y ahogando con su voz un horrible e indiscrimitable ruido, análogo al del hierro caliente al sumergirse en el agua helada.... Vela el rostro de la niña, para que no pueda ver los mortales colmillos de la serpiente hundiéndose en las sienes de su perseguidor.... Estremecido, comienza a descender entonces lentamente a lo largo de la cuerda.

—Detente anciana, detente,—murmura entre dientes, al llegar al suelo.... Pero la vieja bruja todavía hace resonar los ecos con sus imprecaciones. Cual desencantada furia con los cabellos en desorden, y alzando los brazos al cielo, grita en el frenesí de la locura:

—¡Muerde! ¡Muerde! Madre Kali, muerde con tus colmillos de marfil.... Por siete años llevé sobre mi seno el cofrecillo y la serpiente.... ¡Muerde ahora con tus invencibles colmillos!

—Calla, mujer, calla,—la dice el joven héroe.—La diosa *ha mordido ya*.

Con el corazón palpitante, Chand Singh, conduce a su novia por la ladera hasta la extensa llanura. Allí les espera un caballo y un camello, que les llevan hasta las puertas de Delhi, las cuales se abren ante ellos, para recibirlas con la honra debida a quien supo así lograr el triunfo de su amor.

¡Victoria por Kali y su espada vengadora!

Aquí llegaba el viejo narrador, cuando el guardián del palacio, hizo sonar en el gongo la hora de media noche.

El Gran Rey, dijo entonces:

—Me referirás otra historia, en la noche de mañana. Pero decidme antes: ¿Cómo supo Chand Singh que su amada se encontraba cautiva en la torre ruinosa? En verdad los mismos dioses deben haberle indicado su camino.

El narrador de historias inclinó la cabeza, con un signo afirmativo.

—En verdad, fueron los dioses. Porque cuando Chang Singh después de abandonar a Delhi, se marchó vestido de peregrino con la multitud, en las calles de Kanoje, los dioses permitieron que los rayos de la luna, reflejándose en el cinturón de Primoida, abandonado en la ladera del monte hirieran sus ojos, indicándole el camino que había de seguir.... Un débil rayo de luz, basta a los dioses para cambiar el destino de los hombres.

Así supo Chand Singh que la doncella había sido conducida a aquel cerro, y mientras reposaba bajo la sombra de un árbol gigantesco, vió el rosado velo de Primoida flotar al viento desde la ventana de la torre. El resto de la historia ya la conocéis.—Oh, árbitro supremo de sabiduría.



De SANTIAGO a RÍO JANEIRO

En la América del Sur el placer de viajar es un privilegio de los ricos. El camino de Europa es largo y aún cuando con cierto criterio no tan costoso, como se emplean algunos en pregonarlo, sólo pueden emprenderlo quienes disponen no solamente de dinero sino también de tiempo. Una excursión al viejo mundo, aún la más breve y sumaria, es cuestión de cinco o seis meses, a lo menos, y su presupuesto apenas puede bajar muy poco de doscientas libras esterlinas. Y sin embargo los viajes han llegado a ser una necesidad imperiosa para el hombre civilizado. El más pobre profesor alemán, la institutriz inglesa, más escasa de recursos, encuentran medio de ilustrar su espíritu, y de ensanchar la esfera de sus conocimientos, emprendiendo una tour, como allá dicen, por los países del arte, de la belleza y de la historia.

Las facilidades que encuentran en Europa, las gentes de escasa de fortuna, no sólo para vivir decorosamente, sino para procurarse ciertos placeres, sólo accesibles en América, a los poderosos, constituye claramente la principal superioridad social de aquellos países con respecto a los nuestros. Esta superioridad significa más equilibrio e igualdad entre los hombres, más cultura para las clases medias y, por tanto, mayor solidez en el cuerpo social.

Aún el viaje a Europa, el único que los sud-americanos emprenden por instrucción y recreo, ha sido falso, permitánsenos decirlo así, por el rastacuerismo reinante en nuestras clases altas, que, debiendo como deben su superioridad, casi por entero al dinero, solo conciben la distinción, en el derroche y en el fausto.

Para la mayoría ir a Europa, es pasear por los boulevares de París, y gustar de sus placeres. Aun los que emprenden excursiones por los demás países de aquel continente, sólo saben probar ho-

teles y restaurantes fastuosos, muchos de los cuales, como el "Excelsior" de Roma, han sido edificados expresamente para explotar la vanidad pueril de rastacueros, del Norte y del Sur de América. Oíd a su vuelta, a tales viajeros: sólo os hablarán de las cuentas que pagaron, en aquellos establecimientos de lujo.

El viaje intelectual, modesto y provechoso: el viaje con el Guía Baedeker en la mano, ha llegado a ser casi de mal tono. No parece sino que el viaje, fuera sólo comer a toda orquesta y dormir en habitaciones suntuosas, pasear la vanidad y la inercia por las capitales y balnearios de Europa.

¡Hacen bien las gentes cultas y realmente distinguidas del Viejo Mundo, en buriarse de nosotros!

Sin embargo no hay un elemento de civilización más poderoso que los viajes. Ellos ensanchan los horizontes y concluyen con no pocas estrecheces de criterio y preocupaciones pueriles; ellos constituyen para el espíritu observador, el curso de sociología, más práctico y provechoso. Los libros no enseñan jamás lo que esa lección de hombres y cosas.

En los últimos años se ha hecho común entre nosotros, una excursión a Buenos Aires. A falta de tiempo y dinero, para emprender otro viaje, aun ése algo puede enseñarnos. Por desgracia no siempre será mucho ni muy bueno lo que allí aprendamos. La gran capital argentina carece de interés para el turista tranquilo y estudiioso: el país mismo, por lo menos en la parte que de ordinario recorre el excursionista chileno, es banal, monótono, en medio de su grandeza puramente económica, sin tradición, ni historia, ni bellezas naturales siquiera...

Mucho más aconsejable y no más caro, es un viaje al Perú. Posee los atractivos de una navegación por los mares más apacibles del mundo, bajo un clima suave y delicioso y tiene por término la más interesante ciudad de la América del Sur, aquella en que se respira con más fruición el viejo ambiente tradicional de la América colonial. Lima es la Florencia de nuestro continente: la ciudad del arte antiguo, de la hospitalidad caballeresca, del "dolce vivere". Apesar de cuanto han hecho los acontecimientos por separarnos, nunca estaremos demasiado lejos del Perú. Siempre

nos ligarán a él no sólo la geografía y los intereses económicos, sino la similitud de razas y de costumbres. A este lado de los Andes, tanto al Norte como al Sur del Sa- ma, es donde la raza criolla de América, ha sabido conservar mejor sus rasgos originales y su especial y noble cultura.

He estado media docena de veces en Lima, y sólo dos en Buenos Aires... Allá en el Norte siempre he encontrado algo nuevo en que deleitarme, mientras en las orillas del Plata, a la media hora de llegar, ya no se me ocurre a dónde ir.

Pero existe en el oriente de la América un país de maravillas, hermoso como un sueño de las Mil y unas noches, pródigo, poético, soberbiamente original; donde el viajero encuentra a cada paso las más estupendas sorpresas; donde se imagina hallarse en otro planeta más favorecido por el Creador; donde las cosas se ven de otro modo que en el resto del mundo; donde todo concurre a transportar al viajero, muy lejos de las ordinarias banalidades de la vida habitual.

Ese país es el Brasil.

Apenas concibo el por qué los chilenos no viajan más a menudo por el Brasil. El forastero hallará allí, cuanto puele buscar; halagos para todos los sentidos, hospitalidad cariñosa, comodidades modernas y curiosidades exóticas; un pueblo originalísimo, que siente y piensa por sí y ante sí: un escenario soberbio, prodigioso sin comparación alguna con lo que está habituado a ver diariamente: un progreso material y moral, que, con ser estupendo, no ha logrado borrar la idiosincrasia particularísima del país y de los habitantes, ni confundirlos en esa regularidad monótona, sin color ni poesía, que caracteriza a los pueblos jóvenes que se afanan por imitar a los viejos.

¿Le tienen miedo al clima? ¿Les retrae la diferencia de idioma? ¿Se imaginan que se trata de un viaje caro, largo y penoso?

Probablemente no piensan en ninguno de estos obstáculos, los cuales en realidad no existen.

Pero los chilenos no somos hombres de fantasía: se nos ocurren muy pocas cosas. Para que sigamos un camino, es preciso que muchos vayan por él y nos precedan. El todo está en que se establezca la corriente... Entonces no quedará perro ni



Vista panorámica de la ciudad de Buenos Aires

gato que no vaya al Brasil... Ahora no es costumbre, no entra aquel viaje en el catálogo de lo acostumbrado. Esto es para mí la única explicación razonable, de que no seamos muchos para visitar ese país de cuentos de hadas.

¿El clima?... Hubo un tiempo en que fué malo, pero hoy es el más sano del mundo. En la estación de invierno, desde Mayo a Octubre es además bastante agradable, y aún, para ciertos temperamentos, delicioso.

¿El idioma?... En el Brasil entiende el nuestro todo el mundo, y ellos saben hablar el suyo, de modo que nosotros no perdamos una palabra de lo que dicen. El brasílico, como el francés, se da a entender de todo el mundo, con la inmensa ventaja de que su lengua, apenas se diferencia del español. Pocas horas después de desembarcar en Santos o en Río, el chileno apenas se dá cuenta de que está oyendo otra lengua de la que acostumbra a oír.

¿Lo largo, incómodo y costoso del camino? Ello es cuestión de una veintena de días, de un par de miles de pesos a lo sumo, y si incomodidades existen, no se encuentran ellas entre Buenos Aires y Río, sino entre Santiago y Buenos Aires.... sobre todo antes de llegar a Mendoza, en el nunca bien ponderado Trasandino...

Me ha parecido pues, útil hacer una ligera reseña, semipintoresca, semi-práctica de esta excursión deliciosa. Espero que ella ha de servir a muchos...

Lectores pacientes míos: si queréis via-

jar, y podéis disponer de veinte días y de unas ochenta libras esterlinas, no hay que titubear... El tiempo y ese dinero no pueden emplearse mejor.

II

Santiago estará unido muy en breve a Río de Janeiro por el ferrocarril. Las redes argentinas y brasileras van ya a ser unidas. Pero ni aún entonces será aconsejable llegar hasta el Brasil por tierra. Las incomodidades de un viaje en ferrocarril tan prolongado, no serán compensadas sin duda, por las pocas horas de tiempo que así podrán ser economizadas. Bastante ración de tren es la de Santiago a Buenos Aires.

Todavía, si se dispone de algunos días más, casi sería aconsejable el viaje marítimo desde Valparaíso, ya sea a la ida o a la vuelta. El costo viene a ser más o menos el mismo. El pasaje desde Valparaíso a Montevideo o Buenos Aires, cuesta por el Estrecho de Magallanes, £ 17 10 sh., incluyendo, vino y todo servicio. Por la cordillera vale £ 12 18 sh. 6d., debiendo gastarse por lo menos otras dos libras en alojamiento y comida durante el trayecto.

Salvo el tiempo, es pues, casi tan económico el viaje por el estrecho. Si se toma pasaje de ida y vuelta hasta Río Janeiro, el ahorro es aún mayor. Vale ese pasaje £ 31 10 sh. en tanto que por la cordillera su costo es el siguiente:

Viaje de ida y vuelta por el transandino hasta Bue-



Palacio del Congreso Nacional de la República Argentina

Buenos Aires, £ 25.17. Viaje de ida y vuelta de Buenos Aires a Río de Janeiro, £ 15.

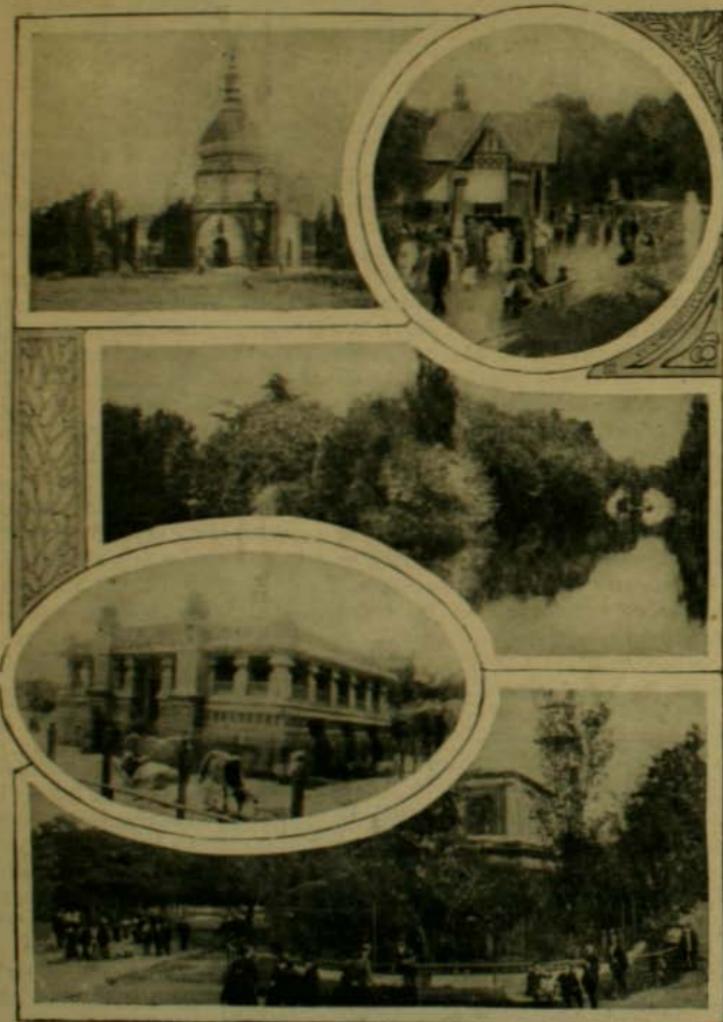
Total, £ 40.17.

Si se toma en cuenta, no sólo las molestias del viaje sino lo que deba gastarse en el trayecto por la cordillera y en los días que casi siempre es forzoso detenerse en Buenos Aires, el viaje por el estrecho resulta "mucho más barato", y por consiguiente aconsejable a todas aquellas personas, para las cuales no signifiquen gran cosa algunos días más o menos. La nave-

gación por el estrecho tiene también sus encantos y un interés particular para los chilenos. Además es lo más probable que a la ida o la vuelta se recalle en las islas Malvinas, teniendo así oportunidad de conocer aquella lejana colonia de Inglaterra.

La mayoría de las personas preferirá sin embargo ahorrar algunos días, y conocer además, con poco mayor gasto las pampas argentinas, y la capital del Plata. Nos colocaremos en este último caso.

Un viajero debe preocuparse ante todo de su equipaje; y esto particularmente en un viaje por el Brasil. En general conviene llevar consigo lo menos posible, y esto en maletas pequeñas de esas que caben en un coche, y pueden ser transportadas sin trabajo, por los corteros de las estaciones. La travesía por el estrecho requiere ropa de abrigo, pero para el paso de la cordillera y Buenos Aires, un sobre todo de media estación es cuanto se ha menester. Como en todas partes hay facilidades para el lavado, es ocioso e inconveniente transportar mucha ropa blanca. El ahorro será aulo, si se le compara con las molestias infinitas que ocasiona un equipaje numeroso. Además las tarifas de los ferrocarriles brasileros son particu-



3. Jaula para loros.—2. Isla para nidificación de palmipédos.—3. Estación de trenes, llamas y canellos ensillados.—4. Casa de zebús.—5. Jaulas de monos americanos.

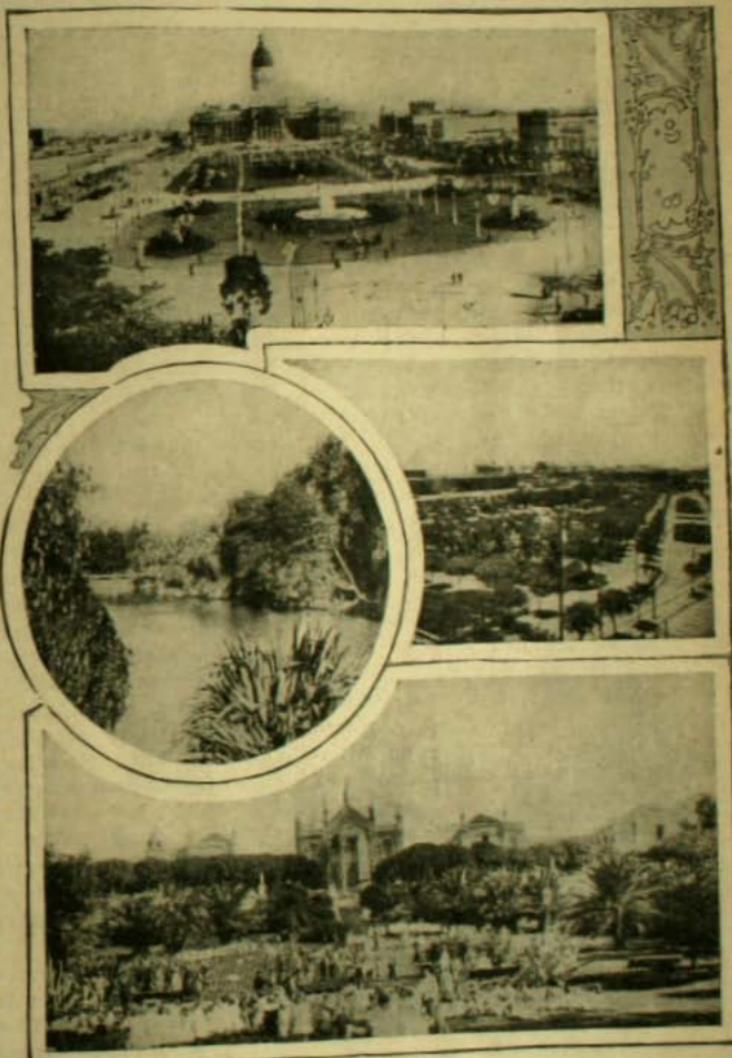
larmente excesivas en lo tocante al transporte de bultos.

No se permite allí, al viajero, llevar consigo en el carro sino a lo más un pequeñísimo neceser debajo de su asiento donde apenas hay sitio: las rejillas solo son útiles para los paraguas, bastones y bultos de ese estilo. Aconsejaríamos pues limitarse a un traje de repuesto, otro de etiqueta (frac), media docena de mudas de ropa, un sobretodo de verano y los artículos de tocador: ello puede tener cabida en una o dos maletas de mano.

Los pasajes para Buenos Aires se vienen en Santiago y Valparaíso al precio de £ 12. 18sh. 6d.; incluyéndose en ese precio la cama en el ferrocarril del Oeste Argentino, pero no el alojamiento en Los Andes ni las comidas durante el trayecto. Por estos últimos capítulos hay que contar el valor de una comida en Llallay, otra en el ferrocarril de la Pampa, dos desayunos y dos almuerzos. El todo puede calcularse en dos y media libras esterlinas. Las empresas de transporte trasandino no expedien boletos de ida y vuelta. Un equipaje como el que hemos aconsejado, puede llevarlo el viajero consigo, sin mayor gravamen, tanto en Chile como en la República Argentina.

No describirímos circunstancialmente el paso de la cordillera. La combinación que parte de Santiago y Valparaíso en los expresos de la tarde, aloja en Los Andes, donde cobran la exorbitante suma de diez pesos por el alojamiento durante la noche; éste es sólo regular, pero bastante aseado. El trasandino parte a la mañana siguiente, muy temprano, del propio patio del hotel.

La cordillera chilena es bastante hermosa pues está vestida hasta cierta altura de bosques y matorrales que contrastan pin-



1. Plaza del Congreso.—2. Parque 3 de Febrero.—3. Paseo Colón.—4. Paseo de la Recoleta.

torescamente con las elevadas montañas cubiertas de nieve. Desde Los Andes (820 metros), la línea férrea sigue la orilla izquierda del Río Aconcagua, por un valle más angosto y agreste, a medida que se sube. A 1,200 metros de altura el ferrocarril después de atravesar una serie de pequeños túneles, se lanza sobre un vertiginoso abismo que el viajero apenas alcanza a entrever por algunos segundos. A muchos metros de profundidad el "Aconcagua" encajonado en las honduras de un angostísimo y oscuro barranco se precipita de roca en roca. Es el famoso "Salto del Soldado" que la leyenda supone haber sido franqueado de un tranco por uno de los fugitivos españoles, después de la batalla de Chacabuco.

La línea ha penetrado en plena cordillera, siguiendo el muy pintoresco valle de "La Guardia Vieja". Después de la estación de Río Blanco, pequeño caserío, medio oculto entre los árboles frutales, principia la ascensión por cremallera. Al costado de la línea grandes números pintados de blanco sobre negro, indican la proporción de la gradiente, la cual alcanza hasta 8%. El antiguo camino de coches entre Los Andes y Mendoza, sigue paralelo al ferrocarril encerrado entre pircas.

El viajero curioso podrá observar en este trayecto, durante la primavera, muchos ejemplares curiosos de la flora cordillerana, que no existen en la zona baja de Chile. Es que al revés de lo que ocurre en la otra banda, de este lado de Los Andes las lluvias son mucho más abundantes en las faldas de la cordillera, que a la costa y llano central. Así, por ejemplo, en San Gabriel, en el Cajón de Maipo, cae anualmente, casi tanta agua como en Valdivia; pero como sólo llueve en la estación de invierno, la vegetación no es opulenta, como en las regiones australes.

El paisaje cambia a partir de "El Junal", estación situada a 2,200 metros de altura. La vegetación ha desaparecido y las rocas aparecen casi desnudas. La nieve cubre aquí el suelo todo el invierno, y a veces también en el otoño y en la primavera. A la izquierda puede divisarse desde la estación (donde el tren se detiene algunos minutos), la escarpada rampa por donde el ferrocarril asciende hasta la cumbre. Su altura causa vértigos. Las montañas nevadas circundan por todos lados el panorama.

El antiguo camino subía por medio de

interminables zig-zags, los escalones sucesivos del valle del Juncalillo. Más atrevido el ferrocarril, está trazado en linea recta, al borde de una ladera, a inmensa elevación sobre el paradero del Juncal... Desde arriba el caserío apenas parece mayor que un hormiguero. Una sensación análoga debe experimentarse viajando en globo, y el viajero no puede menos de estremecerse al pensar en las consecuencias de un desrielamiento por aquellos parajes. Algunas obras defensivas, protegen la línea contra los aludes en los sitios más peligrosos. Casi durante todo el año el ferrocarril atraviesa por aquí, medio enterrado entre la nieve, cuyas blancas paredes ocultan de tiempo en tiempo la vista del abismo.

Desde la estación del Pórtillo (2,800 metros), el tren penetra en el alto valle de "Las Calaveras", tan renombrado en la época de los viajes a lomo de mula. ¡Todo es ya nieve a nuestro alrededor, salvo en el rigor del verano! La laguna del Inca extiende a la derecha su alfombra de color de esmeralda.... Nos aproximamos a la frontera.... Al fin se detiene el tren junto a la boca del túnel de la cumbre.

Diez largos minutos de obscuridad profunda, y estamos en la República Argentina. Nos detenemos en la estación de Las Cuevas.

La cordillera de "la otra banda", con ser los mismos Andes, presenta un aspecto muy diverso al de la cordillera chilena. Su aridez es extremada y solo comparable a la de los cerros del desierto de Atacama. Los vientos húmedos del Pacífico, han sido detenidos por la formidable barrera de Los Andes, y depositado todas sus aguas, en sus escarpados flancos occidentales.... En cuanto a las nubes del Atlántico, después de atravesar leguas y leguas, fertilizando la pampa inacabable, llegan escuálidas y sin lluvias, a estas regiones desoladas. Allí no hay árboles, ni pasto, ni verdura de ningún género. La vista solo percibe algunos cactus amarillentos y de formas monstruosas.

La pendiente general de la cordillera, es también mucho más suave en aquellas vertientes orientales. Los cerros más redondeados, los peñascos menos abruptos.... Aquella suavidad de lluvias hace adivinar la pampa, el océano de verdura que se extiende allí abajo, mucho más lejos...

Las compañías de Transportes obse-



Monumento que la Colonia Francesa obsequió a la República Argentina con motivo del Centenario.

quian al viajero un pequeño mapa donde están anotadas las principales curiosidades del camino. Desde Puente del Inca, estación famosa por sus valles termales y por el originalísimo puente natural, que puede contemplarse a pocos pasos del paradero, se divisa hacia la izquierda, y al fondo de un valle abrupto, la elevadísima cumbre del Aconcagua, el cerro más alto del Nuevo Continente. Algo más abajo... se muestra a los curiosos, en la ladera de un cerro, un extraño y fantástico grupo de rocas, llamadas "Los Penitentes". Parece a la verdad una procesión de gigantescos cucuruchos que suben por la desnuda y rocosa pendiente. Desde Punta de Vacas se divisa El Tupungato, el gran cerro que domina nuestra provincia de Santiago, y que es sin embargo invisible desde la capital de Chile.

Estamos al fin en el valle de Uspallat. Algunos potreros escuálidos, algunos grupos de árboles raústicos, continuamente azotados por un viento desapacible, cierran por un instante la vista...

La lluvia sigue descendiendo por las orillas del río de Mendoza.

Por lo regular solo se llega de noche a la estación de la antigua y nombrada capital de Cuyo. Allí hay que cambiar de tren... Una monstruosa, una interminable serie de vagones gigantescos, espera allí al viajero. Son los carros-camas del Gran Oeste Argentino.

El tren se detiene en Mendoza el tiempo suficiente no solo para tomar un pequeño refrigerio en el buffet de la estación, sino también para dar un poco de descanso a las piernas paseando por el andén. No hay duda: ya no estamos en Chile: ni esos gritos, ni esos ademanes, ni esa algaraza, ni esos periódicos que se pregoman son los de la patria. Ya no se habla de pesos de muchos o pocos peniques, generalmente de pocos, sino de nacionales, canjeables en la Caja de Conversión de Buenos Aires, a razón de once nacionales y cuarenta y cinco centavos de nacional por cada libra esterlina.

El cambio de tren no ocasiona ninguna confusión. Los viajeros llevan señalados desde Chile en su boleto, el número de la cama y el carro que les corresponde. Así nada cuesta encontrar su sitio.

Los vagones del Gran Oeste son lujosísimos, pero no tan cómodos como sumptuosos. Se encuentran divididos por tabiques de madera, en compartimentos de dos o cuatro camas. En cada uno de estos hay también, una taza de lavatorio de pláqué, para lavarse siquiera la cara y las manos. Cuando se duerme en tren, no hay para qué andarse con repelgos de cunapanda.

La comida, tanto en el Trasandino como



Avenida de Mayo y Bolívar

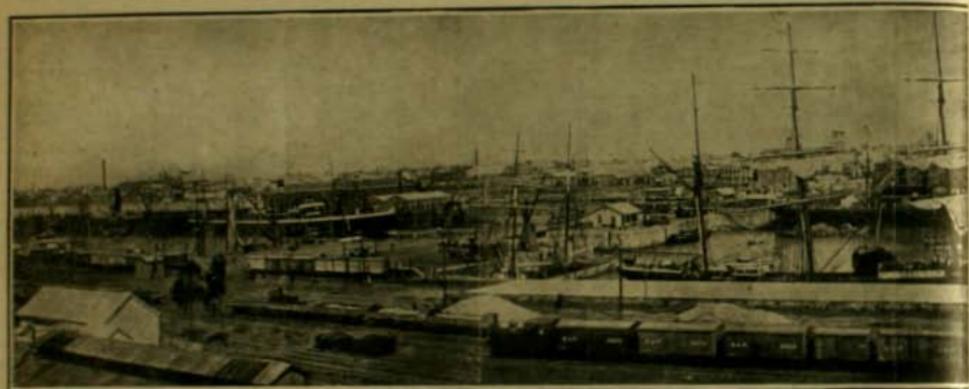
en el Gran Oeste no es mala, ni tampoco demasiado cara: especialmente el pan, la mantequilla y la leche son excelentes, y muy superiores a los artículos similares de Chile. El vino extranjero, y también el chileno alcanzan precios exorbitantes. Felizmente, los vinos de Mendoza, detestables como eran, en años pasados, son hoy bastante tolerables. La marca "Trapiche" es la preferida por los viajeros.

¡Hétenos aquí atravesando la pampa en medio de la obscuridad de la noche!...

Es ya de día. Abrimos la ventanilla de nuestro compartimiento. ¿Estamos acaso en el mar? Por todos lados nos circunda un océano de verdura, tan llano y parejo como una mesa de billar que se extiende has-

tos aun. En aquel clima de huracanados vendavales, bajo aquel cielo de un azul sucio, continuamente barrido por el pampero, el árbol no puede prosperar... Esta es la melancolía de la Pampa. Por eso sus habitantes cuando hablan parecen llorar. Aquel es el país del viento: solo las yerbas humildes resisten a su continuo soplar...

Todos los pueblos del trayecto son improvisaciones de ayer, todos parecen construidos por el mismo plan... Viendo uno se les ha visto a todos. Las mismas casitas de un solo piso, de ladrillo y cal, con puertas y ventanas simétricas sin gusto, ni perspectiva, ni novedad. Eso sí, son más decentes que las pocilgas y ranchos en que



Vista panorámica del puerto

ta los confines del horizonte... Una línea perfectamente circular limita en todas direcciones la tierra y el cielo.

Aquello continúa monótono e inmutable por leguas y leguas, por horas y horas. Nada viene a interrumpir esa uniformidad aplastadora, sino las casi invisibles líneas de alambrado que en la Argentina lo dividen todo, los potreros de los potreros, las haciendas de las haciendas, las provincias de las provincias... De cuando en cuando aparecen rebaños y uno que otro molino de viento de construcción inglesa o norte-americana, para la elevación del agua para la bebida de los animales, en ese país, sin ríos ni esteros. ¡El agua, se encuentra a cinco o seis metros de profundidad! Tal es la primera recomendación de un fundo, en los avisos de los periódicos.

Las casas son raras, y los árboles más ra-

se guarecen nuestros pobres rotos. Pero, qué poca poesía!... El más genial artista no podría hacer nada con esas agrupaciones de ladrillos, alineadas, monótonas, insopportablemente vulgares, plantadas en medio de la pampa, sin arboledas, ni hueritos, ni perspectivas.

Las cercanías de la provincia de Buenos Aires se anuncian por un cambio, no del paisaje, sino del carácter de la vegetación. Aquí la alfalfa y demás pastos tiernos de Europa, el lino y el trigo, reemplazan la yerba dura y tosca de la pampa primitiva. Se ven también más habitaciones, alambrados más frecuentes y... alguno que otro grupo de árboles.

Se almuerza en el tren, pero se come de ordinario en Buenos Aires. Cuando el tren se atrasa, lo que ocurre con deplorable frecuencia, a causa del viento las más ve-

ces, no es imposible procurarse algunos comestibles en el carro-restaurant, a la hora de comer.

A las siete y diez minutos de la tarde el tren llega o debe llegar a Buenos Aires. Las cercanías de la gran capital se anuncian desde lejos. El abuso de las poblaciones sub-urbanas se halla tan extendido en las orillas del Riachuelo, como en las del Mapocho. La campaña, por muchas leguas al rededor de la metrópoli argentina, se encuentra sembrada de numerosos grupos de casitas, no mucho más estéticas que las de los pueblecitos del trayecto. Sobre aquella vasta superficie de terrenos se especula en forma atrevida, y en realidad su precio sube de año en año, aunque para que toda esa

sin embargo, sino a las personas aficionadas a un gran lujo, a comer y vivir a toda orquesta y etiqueta, y sobre todo a pagar precios subidos. El Gran Hotel, el "Majestic" y el "Royal", son también casas de primer orden. El último convendrá particularmente a la mayoría de los viajeros chilenos, por ser el preferido de nuestros compatriotas. Es cómodo, muy bien servido, posee una cocina excelente, y sus precios están al alcance de todas las bolsas. Yo pagué allí diariamente de 8 a 15 nacionales por pensión completa, sin vino, lo que para Buenos Aires no es demasiado caro. La situación misma del Royal, es muy adecuada para el turista, pues se encuentra en la calle de Corrientes, en el mismo riñón de la



de la ciudad de Buenos Aires

ciudad se cubra de edificios, será necesario que Buenos Aires llegue a tener tantos habitantes como Londres. Pero los argentinos no dudan de nada, y los acontecimientos hasta ahora parecen darles la razón.

Al fin el tren se detiene en la estación del Retiro, situada no muy lejos del centro de la ciudad. El viajero prevenido que ha tomado la precaución de no llevar sino equipaje de mano, tendrá aquí motivo para felicitarse. Los bultos del furgón, suelen ser muy demorados por los dependientes de la Aduana, y aun dejados para el siguiente día, lo que constituye un serio contratiempo, sobre todo si ha de partir la misma noche, en el vapor de las diez, con rumbo a Montevideo y al Brasil.

En el ramo de hoteles, Buenos Aires es muy socorrido. El "Plaza Hotel" es un establecimiento sumptuoso, que no convendrá,

ciudad, y en una esquina por donde desfilan casi todas líneas de tranvías de la capital. El tranvía conviene no tan solo a la bolsa del viajero, a su buen humor y tranquilidad, sino que también le permite conocer más de cerca los hábitos, costumbres y fisonomía de los habitantes del país que visita. ¡Cuántas cosas no se ven y se aprenden en el tranvía!

Tanto en Buenos Aires como en Río de Janeiro, el viajero curioso se ahorrará muchos pesos y sinsabores, estudiando por algunos minutos, con un plano a la vista, las líneas de carritos urbanos. Ambas ciudades se dejan conocer a este respecto muy pronto, aun por el menos geógrafo. Además, los porteros de los hoteles, los guardianes de policía, y los mismos conductores del tranvía, nos sacarán siempre de apuros, en caso de necesidad.

Lo que principalmente puede llamar la atención en Buenos Aires de nuestros compatriotas, es el aspecto general de la ciudad, la limpieza y buen orden de sus calles, la suntuosidad de sus edificios, el lujo de las tiendas, la animación de la muchedumbre cosmopolita que circula por todas partes... en una palabra, todo aquel conjunto que constituye una gran ciudad moderna. Un paseo por la Avenida de Mayo, puede darle una idea de los bulevares de París, sobre todo en la tarde y en la noche. A la misma hora, la calle de Florida constituye uno de los espectáculos más animados del mundo.

Buenos Aires abunda en suntuosos edificios públicos, todos ellos modernos, por tanto sin tradición ni encanto especial. Una de las primeras cosas que aprende el viajero es el número de nacionales que se han invertido en su construcción. Algunos, como el teatro Colón, son además de buen gusto, lo que no puede decirse de todos ellos. Lo que falta principalmente allí como en Santiago, es la nota original, característica de la raza y del país... Se ha pretendido copiar a París, demasiado a la letra y no siempre con buen éxito.

Además del teatro Colón, merecen una visita, el Palacio de Justicia, y el del Congreso, el edificio de "La Prensa" y alguno que otro más. Las construcciones particulares abundan, especialmente en las grandes avenidas, como ser las de Mayo, Callao, Alvear, etc., etc.

El viajero no deberá desdesiar una excursión por el enorme y animado puerto de Buenos Aires, y si es aficionado a los grandes espectáculos de la industria, puede además visitar algunos de los establecimientos centrales donde se preparan las carnes congeladas, para la exportación.

He dejado para lo último los tres paseos públicos que en mi concepto pueden procurar mayor agrado al forastero que visita a Buenos Aires. Es el primero, el vasto Parque de Palermo, cuya reputación, no es por cierto inmerecida.

El Jardín Zoológico es todavía más interesante; siendo uno de los establecimientos de este género más famosos en el mundo. La riqueza y variedad de su menagerie, el buen gusto de sus plantaciones y la artística disposición de sus edificios, producen una impresión que difícilmente se olvida. Cada género de animales se encuentra instalado en pabellones construidos al

estilo predominante del país de su procedencia: los elefantes en una pagoda india, los camellos en un edificio árabe, y así sucesivamente. El viajero encontrará todo género de embelecos y distracciones, en ese Jardín en que lo útil se hermana con lo agradable. El Jardín Zoológico de Buenos Aires, es visitado anualmente por tres millones de personas. Así, aunque el boleto de entrada cuesta solo la modesta suma de diez centavos, el público paga con creces los gastos de conservación y desarrollo del establecimiento.

Más ignorado de los viajeros es el Jardín Botánico, vecino al anterior, y sin embargo, pueden pasarse allí largas horas de estudio y recreación. Organizado bajo un plan a la vez científico y agradable, por el eminent botánico don Carlos Thaïs, se halla dividido en tantas secciones como provincias tiene la República Argentina y países el mundo. Así, dentro de su recinto, puede recorrer el visitante todos los climas de la tierra y admirar el aspecto particular de cada uno de ellos. No sin emoción, por cierto, se contemplan los boldos, quillayes y pataguas de la sección chilena, que evocan allí un recuerdo de la patria ausente.

III.

No faltan vapores para trasladarse de Buenos Aires al Brasil. Con raras excepciones los hay todos los días. Conviene sin embargo combinar el viaje de manera que pueda aprovecharse la ventaja de los pasajes de ida y vuelta por los cuales se obtiene una considerable rebaja. Existe entre cinco compañías de navegación, el acuerdo de admitirse mutuamente los pasajes de regreso. Son la Royal Mail, la Pacific Steam, Lamport & Holt, la Veloce y la Navigazione Generale Italiana. En todas ellas el precio del pasaje es siempre el mismo, o sea de £ 15 por ida y vuelta desde Buenos Aires a Río y vice-versa.

El plan de viaje más generalmente adoptado por los turistas argentinos para un viaje al Brasil, consiste en ir por vapor solo hasta Santos; desembarcar allí, y seguir en ferrocarril a San Pablo primero y después a Río, desde donde se regresa por mar.

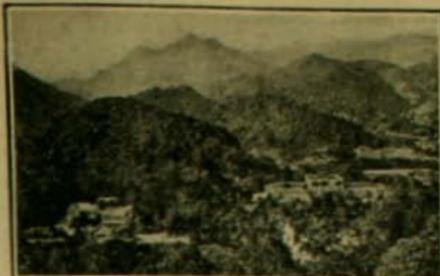
Los boletos de ida y vuelta expedidos por la Royal Mail, dan derecho al pasaje gratis por ferrocarriles brasileros, desde Santos a San Pablo y Río. Así son preferidos

los vapores de esa compañía, siempre, se entiende, que tomándolos, pue d a combinar se por otros respectos un viaje rápido y económico. Si no se encuentra esa facilidad, lo mejor es tomar boleto de ida y vuelta sólo hasta Santos, cuyo valor es de £ 12, y en seguida en Río boleto simple de regreso hasta Santos, que cuesta cuarenta mil reis o sea £ 2 13 sh. y 4 d. o sea un total de £ 14, 13sh. y 4d.

Los vapores de las compañías mencionadas, pertenecen a los mejores trasatlánticos de los que efectúan el viaje entre Europa y el Río de la Plata, y están provistos de doble hélice y de cuanto lujo y comodidades pueden ser apetecidos. En ellos el mareo es una enfermedad desconocida.

Es permitido enfermarse en el mar cuando se navega, en nuestros pequeños vapores costaneros de 1,500 o 2,000 toneladas; pero esos monstruos de 10,000 a 15,000 toneladas, son casi absolutamente insensibles a las olas del océano.

Los vapores mencionados, a excepción de los de la Pacific Steam parten de Buenos Aires, (Dársena Norte) poco antes del medio día. Los de la Pacific, que van como es sabido desde el Callao y Valparaíso, al través del estrecho, recalcan solo en Montevideo,



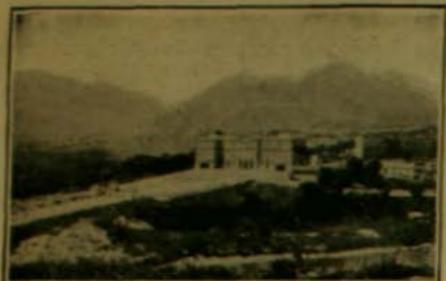
Palacio Imperial de Petrópolis

video, pero la compañía se encarga de trasportar gratuitamente a los viajeros desde Buenos Aires, en los excelentes vapores fluviales que hacen la carrera de Montevideo. Estos barcos parten de la Dársena Sur a las 10 de la noche y llegan al día siguiente muy temprano a la capital del Uruguay. Siempre será un gran placer, el navegar, aún por unos pocos días, en esos palacios flotantes, que constituyen una de las muestras más soberbias del poder de la civilización. Las alegrías y las elegancias de la concurrencia, el esmero del servicio; las comodidades de la instalación; el recuerdo y la perspectiva de tantas impresiones nuevas y agradables; el brusco cambio de los hábitos de cada día; todo ello concurre a levantar el alma y el espíritu; todo nos hace respirar con más fruición las purísimas auras marítimas.

La travesía del Río de la Plata no presenta ningún interés: es demasiado ancho, es demasiado mar; sólo por sus aguas turbias, de un color amarillento, uno cree no estar en medio del océano. Las costas son invisibles; solo de cuando en cuando, un grupo de árboles rompe la línea del horizonte, ya en la banda Argentina, ya en la banda del Uruguay. Estas aguas son



Entrada del puerto de Río



Museo Nacional San Cristóbal—Río de Janeiro

muy traficadas; raro es el caso en que no están a la vista uno o más vapores.

Hétenos ya en Montevideo: la ciudad resplandece dorada por el sol. A la ida o la vuelta siempre hay tiempo para darse una vuelta por las calles principales. Los vapores atracan al muelle y es cuestión de bajar la escalera para encontrarse en tierra uruguaya. Montevideo es limpio, coqueto, bien arreglado, pero sin magnificencias ni esplendor... Más vale allí no tomar coche, ni agitarse, ni encontrar ocasión de acudir al bolsillo... En el Uruguay la libra esterlina sólo vale cuatro pesos setenta centavos. Ay del viajero que olvide este detalle!

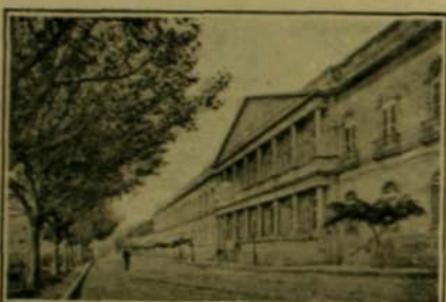
Salimos mar afuera: es ya de noche... Aquellas luces son las de Maldonado. Vadeamos esa suave tierra de colinas siempre verdes que se llama el Uruguay.

Vamos avanzando hacia el Norte. El verde del mar se torna mas y más azul, el aire mas tibio, la naturaleza mas riente y voluptuosa.

¡Cuán distintas son esas húmedas costas del Brasil a las de nuestras desiertas del Norte! Allí como acá el sol brilla con ful-

gor extraordinario, pero no alumbría desierto desolado, sino las más espléndidas magnificencias que han salido de la mano de Dios.

Durante el día, el horizonte aparece cubierto de blanquissimos cúmulos, de formas caprichosas modestamente iluminados por el sol; vapores desprendidos del mar por el calor. Las noches son solemnes. La soberbia máquina hiende majestuosa las sombras, coronada por un gigantesco penacho de negrísimo humo. En el zenit brillan las constelaciones australes en todo su esplendor. Nos envuelven un aire tibio, cariñoso, que parece un halito de amor. Hacia el horizonte aparecen de minuto en minuto las luminosas exhalaciones de las húmedas nubes... Es que entramos en el reino de la vida.



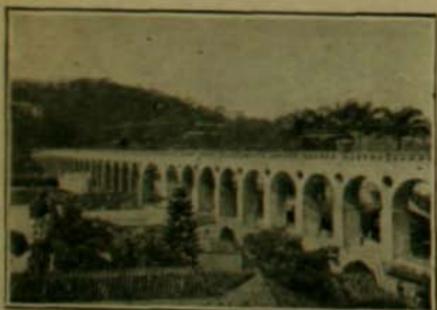
Hospital Misericordia de Río

IV

El vapor llega a Santos regularmente muy temprano, el cuarto día de navegación. Los viajeros aficionados a los grandes espectáculos de la naturaleza, no dejan de madrugar esa mañana.

Allí por la parte de proa el horizonte aparece cortado por una lejana cordillera de matices violáceos, recortada en esa forma caprichosa y fantástica característica de las montañas del Brasil... Es la Serra do Mar, cuyas cimas se elevan hasta mil y más metros a poca distancia de la costa.

A medida que el vapor avanza, el paisaje aparece mas viviente y sus relieves se acentúan... Desde la cumbre de las cimas hasta la orilla misma del mar, la tierra entera está cubierta de una espesa y no interrumpida selva de incomparable magnificencia. Los tonos de la vegetación



Acueducto de Río de Janeiro

son variadísimos, pero predomina un vivo y alegre color de esmeralda, de cuya riqueza no puede formarse idea quien no la haya visto. Nuestros soberbios bosques del sur ofrecen matices sombríos y melancólicos; y reina en ellos un silencio de muerte... Allá en los trópicos todo resplandece; plantas y flores, animales e insectos.

Una serie de morros fantásticos que parecen dibujados por la mano de un artista guardan la entrada de la ría de Santos... A su alrededor el mar está cubierto de verdes islas de todas formas y tamaños. El vapor bordea de cerca muchas de ellas: con un anteojo de mar y aún con la simple vista pueden admirarse en detalle sus magnificencias. Las mismas rocas están cubiertas de vistosas enredaderas, helechos y plantas parásitas. Sobre las laderas la



Palacio Spiranga en São Paulo, lugar donde se proclamó la independencia del Brasil

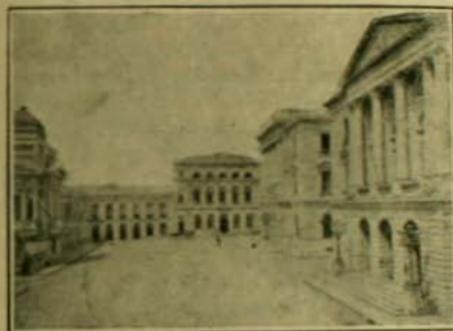
gres colores desaparecen casi entre el follaje. ¡Qué exuberante vida lo rodea todo!

La ría es muy angosta: comparable en su anchura con la de Valdivia, entre esta ciudad y Corral. Así la entrada a Santos presenta todos los encantos de la navegación por un río ecuatorial y de los más soberbios. Sobre aquellas aguas tranquilas y transparentes se refleja la magnífica vegetación de la ribera... Y así vamos penetrando en el continente, siguiendo las suaves ondulaciones de la ría.

Hémos en Santos. La orilla derecha está deshabitada y cubierta de vegetación: en la izquierda se extiende el gran puerto del estado de San Pablo... Por algunos momentos se desarrolla una interminable fila de vapores, casi todos de carga, atracados al muelle. Detrás está la ciudad.

Por Santos se embarcan los dos tercios del café que se produce en el mundo. En 1909 se exportaron por allí doce millones de sacos! Sólo así se concibe el extraordinario movimiento marítimo de ese puerto.

El clima de Santos tuvo en otro tiempo una reputación trágica. Bajo aquel cielo húmedo y lluvioso, en esa llanura cubierta



Palácio de Gobierno de São Paulo

selva lo domina todo, la selva de esmeralda, de formas caprichosas, dominada por una variedad infinita de elegantes palmeras.

Santos no se encuentra geográficamente en la zona tórrida: el trópico de Capricornio se encuentra a algunos kilómetros más al norte, cerca ya de San Pablo. Pero debido a circunstancias particulares del clima, la selva ecuatorial se prolonga por la costa del Brasil, mucho más hacia el sur, hasta el estado de Río Grande.

Entramos en el estuario. Santos se encuentra en una ría de marea, cuyos meandros se desarrollan por entre tierras bajas, medio inundadas y cubiertas por una vegetación opulenta. Por todas partes nos encierran los estribos de la Sierra. En las orillas cubiertas de vegetales exóticos, cocoteros, platanales y árboles de todas formas, las casitas pintadas de ale-



Los bambúes del Jardín Botánico de Río

de selvas medio inundadas, un sol tropical levantaba miasmas mortíferos, jamás removidos por el viento, que no puede penetrar aquel anfiteatro de montañas. Las tripulaciones de los barcos los abandonaban a la entrada de la ría, y los trabajos del puerto los efectuaban cuadrillas de negros indígenas. Hoy esto ha cambiado por completo, y una residencia en Santos no presenta peligro para la salud. . . Maravillas de la higiene moderna! Cómo deben avergonzarnos estos ejemplos. La fiebre amarilla ha desaparecido del Brasil... y ha aparecido entre nosotros!.. Cada país tiene no sólo el gobierno sino el clima que merece.

La orilla del río en Santos, forma un solo muelle donde atracan los vapores. Por ellos se vé pulular una multitud vestida con trajes pintorescos... Las mujeres llevan cubierta la cabeza por un pañuelo de colores claros y chillones.

Los viajeros no suelen detenerse en Santos. Ese puerto exclusivamente comercial no ofrece atractivo para el turista. Por otra parte hay trenes para San Pablo, casi a todas horas del día. La estación está muy cerca del muelle y es fácil atravesarla a pie... Docenas de corteros se ofrecerán para llevarnos las maletas.

Una palabra sobre la moneda brasiliense. Allí como en la Argentina, existe el régimen del billete convertible en oro, sistema que reúne las facilidades del papel moneda, a la fijeza de la moneda metálica. La tasa del cambio es de 16 peniques por mil reis; por una libra esterlina nos dan, pues, quince mil reis.

Muchos piensan que les será difícil habituarse a la unidad monetaria del Brasil, a primera vista extravagante. Nada, sin embargo, es más fácil. Un mil reis equivale a un peso, de diecisiete peniques; cien reis a diez centavos y así sucesivamente. No se presentará al viajero la ocasión de tratar en contos, unidad monetaria que equivale a un millón de reis, o sea mil pesos de diecisiete peniques.

Los ferrocarriles brasileros son muy caros. Entre Santos y San Pablo, por un trayecto de dos horas o poco más, pagaremos cinco mil reis, o sea en otros términos seis chelines y ocho peniques. Además no se permite al viajero llevar carga sino bultos insignificantes, y las tarifas de equipaje son también excesivas.

La línea de Santos a San Pablo atraviesa primero por una veintena de kilómetros el país llano del litoral. Es una tierra semi-pantanosa, cubierta por una vegetación extraña y gigantesca. Las lagunas se suceden a las lagunas, los caños a los caños, sombreado todo ello por una variedad infinita de árboles vestidos de arriba a abajo de orquídeas, enredaderas y plantas parásitas. La campiña está desierta; pero algunas piraguas navegan por los mansos riachuelos que envuelven en inalterable red aquel paisaje fantástico.. Todo es húmedo, la tierra, el aire y el follaje. Por las abiertas ventanillas penetra a raudales el aire impregnado de balsámicos perfumes. Mariposas y pajarillos de vivos colores revolotean entre los matorrales. En los sitios más angostos y elevados, se agrupan pintorescas casitas rodeadas de palmeras y platanales.

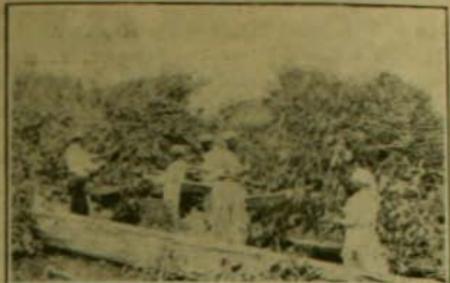
En el paradero, llamado "Raiz da Serra", comienza la ascención de la montaña. Es opinión unánime de los viajeros que ningún espectáculo comparable a este se encuentra en país alguno del mundo.

Ante nosotros se levanta la "Serra do Mar" completamente vestida por un bosque espesísimo. El ferrocarril sigue la pendiente de una ladera. Es del sistema funicular, esto es, que los trenes suben y bajan por medio de un cable. La obra en medio de su atrevimiento, está construida con tal cuidado, presenta tal lujo de detalles, que el viajero experimenta la sensación de una seguridad absoluta.

Ya nos lanzamos por un elevado viaducto que domina los más soberbios árboles de la selva; ya seguimos por una ladera, envueltos por todos lados por el interminable follaje. Allá abajo se divisa la llanura, surcada de riachuelos y de pantanos. Es una sensación única... Contemplamos a la vez la naturaleza más rica del mundo, y los prodigios más estupendos del arte humano.

El ferrocarril de Santos a San Pablo, es el de tráfico más intenso del mundo. Cada cinco minutos nos cruzamos con un tren, cargado de sacos de café.

En el "Alto da Serra" a 800 metros de altura, termina la ascención y penetramos en la meseta o campiña de San Pablo. El panorama presenta contornos más suaves, de aspecto casi europeo. Las colinas sólo están cubiertas en parte por la selva, y el



Plantación de café en Brasil

terreno presenta una sucesión no interrumpida de verdes praderas, floridos matorrales y deliciosos bosquecillos.

La topografía del estado de San Pablo, es muy sencilla. Detrás de la elevada sierra que bordea el litoral, se extiende una meseta que baja suavemente hacia el interior, hacia la tierra incógnita de las selvas del Paraná y de los afluentes del Amazonas... Es en los declives de esa meseta, más allá de la ciudad de San Pablo, donde se encuentran las grandes plantaciones de café, a una altura que varía entre 500 y 800 metros.

El tren se detiene en la estación "Da Luz", término del viaje. La ciudad de San Pablo, abunda en buenos hoteles, pero para el viajero que ha de detenerse allí por poco tiempo, es preferible escoger alguno de los que rodean la misma estación. Son establecimientos modestos y no caros, pero decentes y bien servidos. El centro de la ciudad no está lejos, y siempre es bueno hallarse junto a la estación y evitarse así atrasos, molestias, y la sociedad siempre desagradable de los cocheros. En esos hoteles se está perfectamente por cinco o seis mil reis diarios.

A pesar de la vegetación tropical que rodea a San Pablo y embellece sus parques y jardines, la ciudad evoca, como ninguna en América los recuerdos de Europa. Ello se debe a su arquitectura, liviana, sencilla, sin pretensiones. Las calles más hermosas, son las habitadas por la gente rica, allí los chalets envueltos en una vegetación exuberante se suceden sin interrupción por cuadras y cuadras. Al turista aficionado a las plantas, le parecerá pasearse por un conservatorio al aire libre, cuajado de palacios.

El centro de San Pablo es sumamente animado durante las horas del día: la Rue

15 de Noviembre, es el principal foco de la actividad comercial. No lejos de allí, se encuentran los edificios de Gobierno y el mercado. ¡Cuán pocos son los turistas que visiten los mercados! Sin embargo, ningún sitio más pintoresco, ni más a propósito para conocer las producciones de una comarca y las costumbres de sus pobladores. Por eso la plaza de abastos, es mi paseo matinal obligado, en toda ciudad que visto.

San Pablo posee abundantes jardines, parques y avenidas suntuosas para el recreo de sus 250,000 habitantes. El más famoso de estos paseos es el bellísimo Jardín de la Luz, uno de los parques públicos más bellos de América. Para visitarlo desde nuestro hotel, nos basta atravesar la estación del ferrocarril. Es el Parque de la Luz, un verdadero jardín zoológico, en que los animales viven en libertad en medio de una vegetación exuberante. Esto da a aquél paseo un encanto particular y único. Pájaros y animales de todas formas, tamaños y colores atraen nuestra vista... El viajante no visitará una sola vez el Jardín de la Luz, volverá cada vez que pueda, y con mucha frecuencia mientras permanezca en San Pablo.

El clima del interior del Brasil, es muy diverso del de la costa: los días suelen ser calurosos, pero el temperamento no es húmedo, ni enervante. Las mañanas y las noches son frescas, casi frías; no será raro que el turista acuda a su sobretodo después de la hora de comer.

La parte más pintoresca e instructiva de un viaje al Brasil, es una visita a alguna hacienda de café. Las plantaciones principales se extienden hacia el interior de San Pablo. Hay líneas férreas en todas direcciones que atraviesan la zona del café. No es



Vista del Ferrocarril Central

difícil procurarse, en Chile, en Buenos Aires o en San Pablo, una recomendación para visitar alguna de esas haciendas; y aun esta formalidad es apenas necesaria. Las impresiones que allí se recibirán, no se olvidan fácilmente. El viajero encuentra en las haciendas de café, una acogida sencilla pero agradable y cariñosa. Aun cuando no quiera le retendrán dos o tres días, le harán ver las plantaciones, las maravillas de la agricultura y vegetación tropicales, a pie, a caballo, en carroaje y de todas maneras. Las veladas en aquellas haciendas son deliciosas. Para ser recibido así basta ser extranjero, o mejor, todavía chileno; Magnífica hospitalidad brasiliense!

V

La distancia entre San Pablo y Río de Janeiro es de 496 kilómetros, exactamente la que en Chile separa a Santiago de San Rosendo: ella se recorre en once horas poco más o menos. Los trenes de lujo, son nocturnos, pero apenas se concibe el viajar de noche, cuando se atraviesa un país para conocerlo, y sobre todo cuando ese país es el Brasil. Además las camas son incómodas y sumamente caras. ¡Para dormir mal, mejor estaba uno en su casa! Se viaja por ver y admirar, y en el Brasil, las magnificencias naturales, son demasiado espléndidas, para atravesarlas de noche, dormido en un estrecho camastro.

El precio del pasaje en boletería es de 29 mil reis, pero hay en las estaciones revendedores que los dan a menor precio. La causa de este fenómeno es muy simple. Los boletos de ida y vuelta se expenden con una rebaja considerable y gozan de un plazo de sesenta días. Los viajeros aprovechan de esta circunstancia y venden sus boletos de vuelta a los corteros de las estaciones.

El tren más adecuado, parte de San Pablo a las 6.50 A. M. y llega a Río de Janeiro a las 6 P. M. El viajero debe cuidar mucho sus horas. Hay en el Brasil al respecto una confusión lamentable. El ferrocarril se gobierna por la hora de Río, que adelanta quince minutos más o menos sobre la de San Pablo.

La linea sigue durante casi todo el trayecto por el valle del caudaloso río Parahyba, encerrado entre la Serra do Mar y la Serra do Mantequeira, vestidas ambas de

una oportuna vegetación arbórea. Los fantásticos recortes de estas sierras contribuyen no poco a dar animación al paisaje, dándole una fisonomía característica. Por entre ellas, con el Parahyba ya lento y manso como un lago, ya precipitándose de roca en roca por las "cachociras" como llaman a las cascadas en el Brasil. El valle es rico en todo género de cultivos tropicales, y está bastante bien poblado. Nada más pintoresco que esas vilas y aldeas medio cubiertas por el follaje, que se suceden a lo largo del camino.

La soberbia palma real lo domina todo: ella es el rasgo fundamental del paisaje brasiliense.

En Taubate, ciudad de 10,000 habitantes, el tren se detiene una media hora, para el almuerzo de los viajeros. La comida es allí a la brasiliense, pero buena y barata. En Barra do Pirahyba el ferrocarril abandona el valle del Parahyba, y atraviesa la soberbia Serra do Mar, por una sucesión de túneles y viaductos atrevidos... Allá abajo está Río. He ahí las gigantescas y fantásticas siluetas del Corcovado, del Pan de Azúcar y del Cerro de la Gavea. Estamos en la llanura de color de esmeralda, sembrada de limpias casitas, espléndidos chalets y exuberantes jardines. Poco a poco la población surge de entre el espléndido follaje,



Avenida de palmeras en el Jardín Botánico

je... Hemos llegado a la estación central de la gran metrópoli brasiliense.

VI.

Por razones análogas a las que me hicieron recomendar en Buenos Aires el hotel Royal, daremos en Río la preferencia al Gran Hotel Avenida, situado en el mismo centro de la ciudad, entre la Avenida Central y el Largo o Plaza de Carioca. Todos o casi todos los tranvías pasan por sus puertas y bajo sus propios portales. Aunque hotel de lujo, este no es caro. Los precios fluctúan entre ocho y quince mil reis por día, según el piso. Como hay ascensor, tanto vale vivir en un piso como en otro, y las comidas y las atenciones son las mismas para el que paga ocho mil reis, como para el que paga quince. Lo principal es que los camareros conozcan desde el primer día el color de nuestro dinero.

Daremos una ligera idea de la topografía de Río. La ciudad se extiende en una inmensa media luna, al rededor de un grupo de verdes montañas cubiertas de arboleda

que domina el morro del Corcovado, y a las crujillas de la bahía de Guanabara, la más hermosa y abrigada del mundo. Todo contribuye a decorar aquel paisaje espléndido: sus morros fantásticos de siluetas inverosímiles, la espléndida vegetación ecatorial que lo cubre todo, las caprichosas indestacaciones de la costa, una serie no continuada de verdes colinas y bahías primorosas.

Río Janeiro es una ciudad de jardines y de qué jardines! Salvo en el centro de la ciudad, todo el mundo vive entre las arboledas y las flores, así en los barrios pobres del norte, como en las moradas de lujo de Botafogo, Copacabana e Ipanema. Es un Vi-

lla... Hemos llegado a la estación central de la gran metrópoli brasiliense.

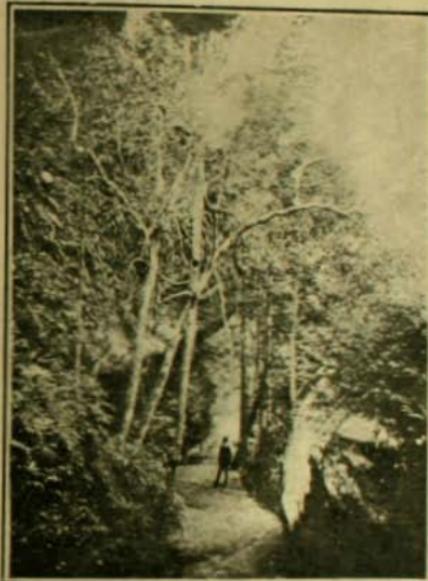
dos, y con la vegetación más luxuriosa que pueda soñar la imaginación. El paisaje es casi super-terrestre, parece el escenario de un cuento de las mil y una noches.

La civilización ha venido a añadir nuevos encantos a aquél sitio, ya de por sí tan bello. Ninguna ciudad del mundo ha progresado más rápidamente que Río de Janeiro. En Chile nos asustamos del plan de transformación de Santiago actualmente en estudio, plan cuyo desarrollo será acaso la obra de un siglo. Tres años, sólo treinta y seis meses, bastaron a Río Janeiro para realizar una transformación aún más radical y así y toda la capital de Brasil tiene el aspecto de una ciudad concluida y habitable, mientras la capital de Chile, parece siempre en continua reparación.

Estos hombres, me decía el Ministro argentino en Río Janeiro, han civilizado hasta su clima. Por las amplias avenidas de hoy circula el aire mejor que por las estrechas calles de antaño. Ya no es necesario encerrarse para dormir en un aposento caldeado, bajo el sofocante mosquitero. Puede dormirse a ven-

tana abierta y con luz encendida, sin que penetre en la pieza un solo zancudo. La fiebre amarilla y demás plagas que antes parecían inherentes a un clima tropical, han desaparecido, y Río es hoy más sano que la mayoría de las ciudades de Europa.

Hace es verdad calor, pero no tanto como suelen decirlo algunos viajeros amigos de exagerar. En invierno, o sea desde Mayo a Septiembre, la temperatura es bastante agradable, y el termómetro rara vez sube de veintitrés grados, la humedad del aire hace el calor un tanto más sensible, pero el cuerpo se acostumbra muy pronto. Después de una lluvia, y estas son frecuentes, el clima permanece delicioso por algunos días.



Tifúco



El Corcovado

La Avenida Central, como su nombre lo indica, es el centro de la actividad de Río de Janeiro. Es un ancho bulevar, abierto recientemente, pero ya completamente edificado, en un estilo original y característico, no siempre de buen gusto pero extraordinariamente pintoresco. Hacia el oeste se extiende los barrios pobres y el puerto comercial, que no presentan mayores atractivos para el turista.

Hacia el Este y el Sur, la Gran Avenida, se continua por muchos kilómetros, por una serie de brillantes paseos adornados de exuberantes jardines que siguen las siniuosidades de la bahía: tales son las "Prainas" de Santa Lucia, Lapa, Gloria, Flamengo y Botafogo. Estos barrios están cubiertos de moradas de lujo, edificadas en forma de Chalets en medio de los esplendores de una vegetación tropical. Los morros de Gloria, da Viuda y Pan de Azúcar, con sus formas caprichosas, cubiertas de bosques siempre verdes o de casas y de jardines, prestan al paisaje una animación particular.

Nada más a propósito para tener una idea de la topografía general de Río de Janeiro, que la ascensión del Corcovado, cerro que tiene más de torre que de centro, y que levanta su atrevida cima de peñascos, cortada a plomo sobre la ciudad, a 104 metros de altura: es una torre de Eiffel natural, dos veces y media más elevada que la de París. Desde allí el viajero puede abarcar de una sola golpe de vista todo el vasto panorama de Río Janeiro, con sus fantásticas montañas. La ascensión del

Corcovado se efectúa por medio de un ferrocarril funicular, por el precio de tres mil reis, ida y vuelta.

Los barrios occidentales de la ciudad pueden ser objeto de variadas excursiones en tranvía o en automóvil; en especial el elegante Botafogo, recostado al fondo de una bellísima bahía al frente del renombrado Pan de Azúcar. Un túnel comunica a Botafogo con tres barrios nuevos, edificados a orillas del océano, en un sitio fresco y delicioso: tales son Copacabana, Le me e Ipanema.

La Rua dos Volontários da Patria en Botafogo, nos lleva por las orillas de la "Lagoa de Rodrigo Feitas" al célebre Jardín Botánico, fundado hace ya más de cien años, y que contiene en su vasto recinto, el compendio de todas las magnificencias de la flora tropical. Las curiosidades que

el viajero puede contemplar allí, necesitarían volúmenes para su completa descripción. Vense allí plantadas en una avenida, las más viejas palmas reales que existen en el Brasil: fueron ellas traídas hace un siglo desde las Antillas, y son las progenitoras de todas las de su especie que adoran hoy las ciudades y los campos del Brasil, con profusión parecida a la de los álamos en Chile.

La Quinta de Boa-Vista, hacia la parte occidental de la ciudad no cede en magnificencia al Jardín Botánico. Fué ella la residencia de los Emperadores del Brasil. Tampoco descuidará el viajero una visita al Jardín Zoológico en el barrio de Santa



Un paseo de Petrópolis



Botafogo

Isabel, y al Acuario en la Praia de Lapa. Para todos los sitios mencionados, hay tránsitos que parten del Hotel Avenida.

Nada más animado que Río Janeiro nocturno. Los atractivos y los placeres de París se trasladan principalmente durante el invierno a la capital brasileña. El mundo que se divierte se reúne en las noches en jardines de recreo, especialmente arreglados para ese objeto. Todas las diversiones adquieren un encanto particular en esas noches tibias y bajo el ramaje de las palmeras.

Los casinos y restaurantes, los teatros, los biógrafos, se ven concurridísimos de hermosas mujeres elegantemente vestidas, y de una muchedumbre abigarrada del sexo contrario, hasta las altas horas de la noche.

Una hospitalidad franca, cariñosa, aco-ge al huésped, principalmente si es chileno, en la soberbia capital fluminense. Está unido a la suave libertad de las costumbres, a la amable tolerancia que allí reina, y al influjo enervante del clima, hará siempre muy agradable una estadía en Río de Janeiro. Después de una temporada larga o corta, el viajero no se despide sin pena de aquellos sitios encantados.

Ningún sitio existe más a propósito que el de las montañas de Tijuca, para conocer los esplendores de la naturaleza tropical. Para esta excursión, el medio más adecuado de transporte es el automóvil. Por horas y horas el viajero marchará entre el entusiasmo y la sorpresa. Magníficos

bosques, soberbias casuchas y admirables perspectivas. Es recomendable en un paseo por estos hacerse acompañar por personas conocedoras de la localidad, capaces de informar al forastero, sobre las plantas, las flores, y las mil curiosidades que se encontrarán a cada paso. Por esta parte, los brasileros no desean otra cosa que prestar un servicio semejante.

El punto culminante de esta excursión es la celebrada "Vista Chinesca". Bajo un dozel de vegetación espléndida, que sirve de marco o primer plano al panorama, se divisa a lo largo allá abajo, el espléndido panorama de Río y de sus alrededores, suavemente dorado por los rayos del sol...

Aquella vista, no se olvidará jamás... Muchos años después de verla, basta

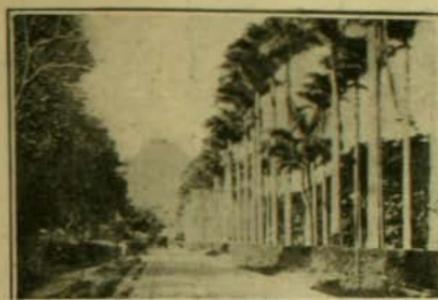
cerrar los ojos para contemplarla de nuevo

¡A qué hablar de las Furcas, de Petrópolis de Nitchewy, de Nueva Friburgo, y tantos sitios, uno solo de los cuales bastaría para constituir el encanto de cualquiera ciudad que no fuera Río?

Todos los placeres del mundo tienen su término, y un viaje al Brasil lo tendrá también, pero el grato recuerdo que él nos deja, nos acompaña después por largo tiempo en la vida.

Y no hay que olvidarlo: como lo hemos dicho al principio, ello es cuestión de veinte días y de muy pocos pesos.

JUAN DE ARIAS.



Famosa avenida de palmeras que conduce al Jardín Botánico de Río Janeiro



El Insomnio



Esta debe ser seguramente una de las enfermedades de los tiempos venideros y descubriremos otras y aún otras. Insignificante dolencia, si con ella canceláramos nuestras deudas con la naturaleza. Mientras tanto ¿no era delicioso ese tranquilo reposo de mis primeros años y que son estúpidos los que se quejan de su sueño, diciendo

Por
Uno que no duerme

que cada hora de inconsciencia es una hora quitada a la vida? Yo no puedo creerlos a estos quejumbrosos! Dormir no hace desaparecer la conciencia; pero da la impresión de que ella planea sobre nosotros, ligera, voluptuosa, desdenosa de todas las miserias del cuerpo. ¿Para qué sirve el opio y todos los venenos del paraíso artificial de los narcóticos? ¡Oh, bueno, justo, poderoso, sutil y liviano sueño de la juventud, tú eres más justo, poderoso y sutil que el mejor opio, tú desatas todas las cadenas, tú libras de toda esclavitud, y el pensamiento que te sobrevive no sugiere, mientras tú reinas, sino risueñas imágenes. Yo te he conocido, yo sé lo que tú vales. Yo no me consolaré jamás de haberte perdido.

No; yo no me consolaré. Conservo una impotente indignación, el sentimiento de una injusticia de la más inmerecida de las injusticias. Se ha dicho que el sueño es el único bien del mundo que no cuesta nada, una gracia que se extiende con igual generosidad para ricos y pobres. Es necesario pagar para alimentarse, pagar para saciar la sed, para gozar de la vista de los cam-

pos, de la montaña y de mar, y cualquiera que sea el amor que uno ha conquistado y del cual se siente más orgulloso, se miente cuando se dice que no ha costado nada. No quedaba sino el sueño que no costar absolutamente; pero hoy dia ¡si supiera yo dónde lo venden!

No se le encuentra donde los médicos ignoran por qué se deja de dormir. Cuando os han interrogado sobre vuestros antepasados y las enfermedades que habéis debido tener, pero que no tenéis, se contentan con cambiar vuestro régimen y esto no sirve de nada para dormir. Yo quiero acostumbrarme a mi suerte y para ello contemplaré en tranquilidad mi insomnio.

La noche está ya en la mitad de su carrera y la fatiga me aplasta. Hace tanto tiempo que no he dormido! Entonces pienso: "Esta vez ya no puedo más y voy a dormir". Uno se acuesta entonces y después de pocos minutos de somnolencia, el menor ruido, el más insignificante rumor, lo despierta con sobresalto. Es una ventana mal cerrada que el viento bate contra la muralla de la casa vecina; una puerta que crujе, un coche que pasa por la calle, la luna que brilla al través de la cortina, dos transeúntes que se detienen para hablar delante del balcón, la vecina de los altos que salta de la cama, deja caer sus zapatos o cambia de lugar una silla. De aquí proviene una exasperación del oído con deformación de la noción de tiempo. Ya no es una silla la que mueve el vecino de arriba, es una verdadera locomotora que arrastra sobre el piso. Ya no es postigo que golpea; sino todas las murallas que crepitán y tiemblan.

En fin ya no es un corto diálogo el de los transeúntes detenidos cerca de la ventana, sino un discurso interminable, una misteriosa y extraña confabulación; y cuando estos ruidos desaparecen, ya no se puede dormir porque se está persuadido, absolutamente persuadido de que van a recomenzar de nuevo....

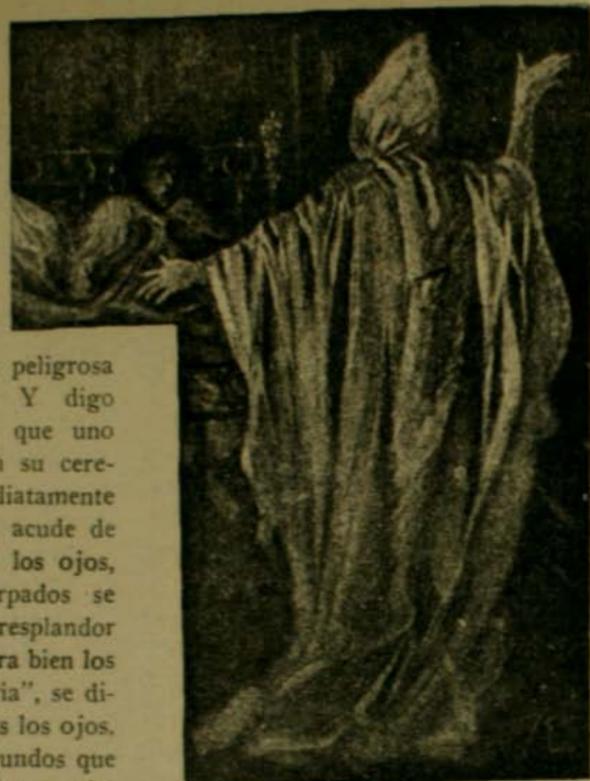
Es un error. El silencio ha vuelto y completo, absoluto. Pero el sueño ha partido. Entonces se piensa, se piensa y parece que se pensara con una rapidez e intensidad mucho más grande que en el día. A veces el insomnio es optimista y se vé con claridad completa todo lo que deberá hacerse el día siguiente. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes hacer estas cosas? Los negocios toman una nitidez y transparencia admirable. Se suma, se resta, se multiplica... ¡Cómo se multiplica! Se hace fortuna con extraordinaria facilidad. Pero otras veces está con un pesimismo negro. Todo lo hecho en el día está malo, equivocado. Sino se alcanza a remediar los errores, vendrá la ruina, el deshonro tal vez. Se oyen los comentarios malévolos, los dicerías intencionadas, las censuras. Nada es fácil. Fulano rechazará la proposición que se le ha hecho y además se sentirá horriblemente enfendido. Se perderá el amigo. En ese momento acuden los recuerdos desagradables que se había convenido borrar de la memoria. Y entonces uno mismo se grita en voz alta: "¡imbécil!", "¡idiota!"

Pero hay noches todavía más deploables. Yo no sé cómo la privación de sueño se asocia en el cerebro con la imagen y bien luego con el miedo del fuego.

A veces se trata del olor de un fósforo apagado, a veces de una luz o resplandor que se ignora de dónde viene, lo que despierta esta idea del incendio. Uno se levanta y va a mirar por todas partes. Se acuesta de nuevo sin encontrar nada y cierra los ojos con la firme y peligrosa resolución de *anonadarse*. Y digo peligrosa, porque el vacío que uno se esfuerza en producir en su cerebro, tiende a llenarse inmediatamente y la alucinación del fuego acude de nuevo. En vano se cierran los ojos, porque a través de los párpados se percibe bien claramente el resplandor del fuego. "Es mejor que abra bien los ojos y así no veré tal tontería", se dice; pero una vez abiertos los ojos, todavía durante algunos segundos que parecen eternos, se ve el techo enrojecido y se siente muy bien el olor a quemado que viene de la pieza vecina. Esto desaparece poco a poco; pero queda un enerbamiento desagradable. Si la obsesión es con los ladrones, no terminará el trabajo de destruirlo hasta no haber registrado mueble por mueble y abierto las puertas de los roperos.

Entonces se alumbrá la vela o la lamparilla del velador y se toma un libro.

Las horas pasan. Hacia la mañana, se duerme bastante bien con una especie de inmenso alivio que reconforta



Pero una mano odiosa golpea la puerta y abre las ventanas para que entre la luz y el sol. Es necesario levantarse, es necesario trabajar, es necesario vivir. Se pasa algunas horas con la cabeza pesada, casi en sueños todavía.

Y yo me digo en seguida: "esta es causa de la edad. Cuando era joven debías dormir mayor número de horas. Hoy día necesitas dormir menos y debes habituarte a esta disminución del reposo." Pero esto es perfectamente claro en el día; pero, ¿cuándo llega la noche!....

SIN SUEÑO.



Una amiga de Napoleón

Al darnos la traducción de las "Memorias de Betsy Balcombe M. Paul Fremaux aporta un concurso de datos curiosos a la idea de Mr. Frederic Masson que sostiene que el "Ogro de Córcega" fué un amigo apasionado de los niños. Véase en efecto en la amistad del Corso con esta Beasy, hija traviesa de un principal de Santa Elena, el matiz del más profundo sentimiento, así nos lo quieren hacer ver Mr. Paul y la autora misma que más tarde Mrs. Abell. "El eterno femeninito nos atrae".

Napoleón creció en el dulce ambiente de la presencia de la mujer, sabido es de todos el noble carácter de su madre, y la bondad en que educó ella a sus tres hijas. Napoleón subyugado en la cumbre de su gloria y su imperio por la ternura y fidelidad de Josefina, rindió siempre homenaje a la palabra de Goethe. Alguién quizás se hubiera atrevido a decir que amaba a las mujeres, pero lo cierto es que amaba la Mujer y así como otros por esclavos del amor, él fundó en ella su misticismo de hombre que confía en su buena estrella.

"Sí, afirmaba él a la madre de Betsy, en mi opinión todo hombre tiene una misión que cumplir y sea cual sea debe cumplirla".

La mujer y el niño, compañeros del misterio le parecían espejos fieles donde se reflejaban sus sueños eternos, sueños que bien pronto desvanecía la triste realidad.

Los niños, cuya imaginación es más viva, le comprendían bien, y he aquí porque esta pequeña inglesita de 14 años que llegó a escandalizar al círculo de amistades del Emperador por sus intimidades con él fué tan sentida y llorada el día de su partida.

El relato de Betsy es por demás encantador. Se encuentra en él al cabo de largos años toda la emoción de un corazón que había sido sorprendido. El carácter íntimo de Napoleón, que tan mal comprendido es cuando se le vé a través de los recuerdos de un Marmont por ejemplo, el gene-

ral a quién no podía conmover (?) el sufrimiento aparece en el relato natural y sencillo, solicitó por el bien de cuántos rodean y nada crédulo ante las adulaciones cortesanas. Oíd esta anécdota y verás como la tierna amiguita del Emperador hace bonitamente descender de su pedestal: "Una tarde, atravesando en prelo, donde pasaba una ganadería, paseábamos tranquilamente él, el general Gourgaud, mi hermana y yo, cuando una vaca, malhumorada sin duda, con nuestra presencia, nos acometió. Napoleón huyó sin pizca de vergüenza, y saltó con Higereza una pequeña valla allí cercana. El general, Gourgaud por el contrario hizo con valentía frente al enemigo, desenvainó el sable y se interpuso entre la vaca y el Emperador y exclamó que era la segunda vez que salvaba la vida a su maestro. "Sí, asintió éste, pero debería Ud. haber formado el cuadro contra la caballería". Yo hice entonces observar a Napoleón que la caballería aparecía más tranquila después de su movimiento de retirada. Sin duda, dijo él jocosamente, quería ahorrar al gobierno británico los gastos y cuidados que le imponía su arresto".

;Cuán lejos estamos de las soberanas condiciones del conde de "Las-Casas". Por lo demás éste detestaba a su pequeña rival. Es posible, sin embargo, que Betsy Balcombe nos haya legado en estas cortas páginas de recuerdos (1815-1818) una confirmación evidente de la tesis psicológica, que trata de ver en la persona de Napoleón la reconstrucción del hombre a través de la leyenda. Ella va al encuentro de Tolstoy en *Guerre et Paix* y en esta ocasión el juicio es favorable. Las adiciones relativas al cautiverio de Lougwood son todas de interés y forman el lazo de unión de este volumen y del que Mr. Fremaux dedicó a los últimos días del Emperador "Derniers Tours de l' Empereur".

R.

LÀ

MUJER
QUE
TRABAJA
POR
F. SANTIVÁN

Los sombreros de la estación

En el vasto colmenar que es el comercio santiaguino, ellas son las abejas que rumban diligentes entre las vitrinas y los mostradores cargados de encajes o de pieles, de perfumes o de juguetes, llubando en el bolsillo de los clientes— como las otras en el cañiz de las flores—el néctar que ha de convertirse en



Simpáticas compradoras y vendedoras idem.

rubia cascada de miel o de oro, que, por desgracia, aprovecha menos al que labora que al poseedor de la colmena...

¡Empleada! Desde muy temprano las vemos transitir por las calles, siempre de prisa, con la vista abstraída por la obsesión de la hora de llegada y del minuto de retraso, vestidas con el sencillo traje de trabajo, no desprovisto de cierta coqueta elegancia, confundidas en el tráfago de la vida que se desborda tumultuosa por las aceras del centro.

¡A nadie se le ha ocurrido detenerse ante una de estas almas anónimas y



Una conferencia interesante

humildes para saber lo que sienten, lo que sufren o lo que sueñan?

¿Por qué abandonan la grata intimidad de un hogar para exhibirse en los frios mostradores o en los vastos salones de una casa de comercio, expuestas a las impertinencias de los clientes y a las durezas de los jefes?

¿Como viven, cuanto ganan, como trabajan? ¿Cuáles son sus expectativas y cuáles sus esperanzas? ¿Son dignas de envidia o de compasión?

PACIFICO MAGAZINE ha querido resolver para sus lectores estas preguntas que nada tienen de banales si se piensa que no menos de tres mil jóvenes, sensibles y relativamente educadas, viven en Chile de su trabajo y arrastradas por la corriente avasalladora del progreso moderno.

La vida, cada día mas difícil, mas cara y más complicada, hace que ya no baste el trabajo de los varones para sostener el hogar; es necesario que la mujer abandone sus quehaceres domésticos habituales para contribuir al mantenimiento de la familia modesta.

No nos referimos aquí, por supuesto al hogar obrero, cuya condición es por demás conocida, sino de la familia que se llama de la clase media, cuyos hábitos y cultura están muy por encima de la del bajo pueblo, y cuyas necesidades, por eso mismo, son muy superiores. Las niñas a que nos referimos han sido educadas en un liceo, gustan de la vida social, sienten la necesidad de vestir con decencia y corrección, han leído algunos libros y tienen sus aspiraciones mas o menos elevadas.

Hemos ido a interrogarlas, hemos conversado con sus jefes, vimos cómo trabajaban, procuramos conocer algunos de sus hogares y luego hemos escrito, estas páginas que procuran ser la reproducción exacta de la verdad. ¿Indiscreción? No; simplemente interés, curiosidad sana y bien intencionada.

»

—Yo fui educada en las monjas del Purísimo corazón de María, responde una niña esbelta y pálida, con dos grandes ojos abismáticos y reflexivos: ¿Que por qué he buscado ocupación en esta casa? Vaya una pregunta! Porque tenía necesidad. Si mi padre viviese, no tendríamos que trabajar para vivir, pero ahora ¿cómo quiere Ud. que mi vivamos mi madre y mis tres hermanas pequeñas con el solo sueldo del hermano, em-

pleado también en el comercio? No, no señor. Mi madre no puede ocuparse como yo. Necesita cuidar de la casa... Y yo solamente estaré aquí hasta que mi hermano gane lo suficiente para todos, o hasta que...

Una ligera oleada de rubor la obliga a detenerse.

Digalo Ud. le decimos—hasta que encuentre un novio que satisfaga sus aspiraciones. ¿Qué cosa mas natural? Lo piensa toda niña en formar su propia casa...

Ella mueve febrilmente las manos entre el montón de encajes que tiene delante del mostrador y levantando una tela transparente hasta la altura de su rostro nos mira sonriendo con malicia a travez de la fina malla del tejido.

—Se ha propuesto "confesarme"?

Pues no, no señor. No me sacarán Uds. una palabra mas!... Concluye amenazándonos con el dedo, a tiempo que se vuelve para atender a las damas elegantísimas que se acercan al mesón de nuestra interlocutora.

Una vendedora rubia, chiquita y vivaracha, se ha acercado a nuestro grupo y aprovechamos la ocasión para continuar nuestras pesquisas.

—Ah, ah!—responde ella mostrando al reir una doble hilera de dientes pequeños y separados.—Son Uds. agentes de "la secreta"?

Y al ver pintada en nuestros rostros la estupefacción vuelve a reír alegramente haciendo tintinear los dijes de plata de sus pulseras.

—Como irnos mal... no tanto!—responde al fin procurando ponerse seria.—Es pesado el trabajo, sí. Al caer la tarde estamos rendidas y mucho más si ha sido día de poca venta, porque nada más aburrido que estar el día de plé de detrás del mostrador, sin tener nada que hacer. Las horas se hacen más largas, más pesadas. Nunca estamos tan contentas como cuando el movimiento ha sido abrumador, porque entonces ganamos más... Tenemos, además del sueldo, un tanto por ciento sobre la venta.

—¿Cuánto?

—Varía mucho. Según los artículos. Los más caros, las confecciones y telas finas, tenemos menos *guelta*, como llamamos a las comisiones. Un $2\frac{1}{2}$ por ciento. Otros artículos menudos suelen llegar hasta un $6\frac{1}{2}$ por ciento. Hay vendedoras que ganan de 5 a 10 pesos diarios en comisiones.



En un almacén de corsés.—La cañera durante todo el día desde su estrecha cárcel recuenta el dinero.

—Así es que Ud. está contenta de su suerte?

Hizo la joven un mohín desdichooso y respondió:

—Contenta? ¿Creen Uds. que se puede ser muy feliz en esta clase de vida?...

Nosotros afirmamos que sí. Ganaban más que suficiente para atender sus necesidades y algo más; luego, tenían ante sí la libertad y un porvenir halagüeño. Una vez que ascendieran...

Pero la joven nos interrumpió:

—Entonces creen Uds. que me he de pasar toda la vida de empleada? ¡Ni por pleno! Estaré aquí un año, dos años, mientras sea muy necesario, pero nada más. Es muy bonito eso de la libertad, pero mejor es la casita, estar todo el día sin tener que soportar tantas cosas, tantas cosas!... Nadie de nosotros piensa que esto pueda durar mucho tiempo.

—Si vienen Uds. cada rabiña que se suele pasar! Que nos toca un cliente descontentadizo e insolente, señoritas que todo lo revuelven, todo lo preguntan, y nada compran; otras que para resolvérse a llevar un alfiler piensan y vacilan durante una hora... "Que muéstreme esto, señorita, que muéstreme aquello".... Y nosotras, siempre sonrientes,



Anexo al almacén existe casi siempre un taller para el arreglo de los artículos, al gusto de los clientes.



En la casa Gath y Chaves.—Dos empleadas del departamento de ropa blanca

siempre amables, procurando complacerlas, porque está prohibido tratar mal a una compradora, aunque sea más pesada que el San Cristóbal...

—Claro está, decimos nosotros para obligarla a proseguir, Claro está que no todo ha de ser agradable en su vida. Pero en cambio tiene Ud. libres sus noches para pasear, para ir al teatro, a la plaza, hacer visitas.

—Bueno es para dicho—exclama la rubia sonriendo con un dejo de tristeza.—Porque después de un día de trabajo no se tiene ánimos para divertirse. Los sábados en la noche, sí; porque entonces tenemos el domingo por delante; pero cuando es preciso estar en pie a las seis o siete de la mañana...

—Están Uds. aquí como en familia, entre tantas buenas compañeras, chicas alegrías...

La rubia tuvo un acceso de interminable hilaridad. Tuvo que acudir al pañuelito que estrafo de una de sus mangas para ahogar la risa alborotada que procuraba saltar a la boca en musicales trinos, mientras repetía de vez en cuando: “qué gracioso! Pero qué gracioso!”... Cuando se hubo calmado, dijo:

—Como se conoce que Uds. juzgan nada más que por las apariencias! Si conocieran a las buenas compañeras un poco de cerca!... Se encontrarían con cada arañita...

—¡Tan malas son!

—Hay de todo, claro está. También las hay buenas, cariñosas, abnegadas. Pero hay otras que parece han hecho profesión de mortificar a las compañeras. Envidiosas, enredadoras, burlonas, mal habladas...

En sus ojos brillaba el odio como una llama azulada o verdosa y las pulseras tintinearon con mayor energía, como si se sintieran poseídas de un arrebato de histerismo...

Y como viéramos que se acercaba uno de los jefes nos despedimos de nuestra irritada interlocutora, recomendándole calma, mucha calma, porque a las niñas bonitas no les sentaba bien cierta clase de sentimientos violentos y oscuros.

¿Cuántas entrevistas como las ya descritas tendríamos que narrar? De sus charlas fugaces, alocadas, o de sus monosilabos concentrados y esquivos, sería difícil extraer mucha substancia, pero del conjunto se desprende que si bien no son felices ni viven en un Paraíso tampoco se consideran desgraciadas. La mayor parte, muy jóvenes aún, tienen demasiada alegría natural para

sobreponerse a la aridez de sus obligaciones; otras pocas, más reflexivas, han conocido de cerca el peso de la existencia y acaso de la miseria, para quejarse de una suerte que al menos les proporciona lo necesario para ir pasando la vida y ayudar a sus familias.

Casi todas consideran su estado como cosa transitoria. Esperan cambiar de fortuna y abandonar sus ocupaciones, de las cuales muy pocas se enorgullecen, ya sea por medio del matrimonio o porque sus familias mejoren su condición. Lo más probable es que sueñen en la pesca del marido, como ocurre, por lo demás, con la mayoría de las niñas chilenas de la clase media y también de la clase alta.

¡Quedarse para vestir santos! ¡Qué horror! ¡Hacer vida independiente, honrada y laboriosa, alimentando el espíritu de aspiraciones de carácter ajeno al amor? Ellas no saben lo que eso significa y cómo saberlo! Si en el colegio y en el hogar no ha encontrado a nadie que les muestre otros horizontes más nobles que el ya mencionado? Toda la vida de la mujer chilena parece concentrarse en la busca desesperada del marido y, en la generalidad de los casos, sin que en este problema para nada intervenga el amor u otra clase de sentimientos idealistas.

El alimento intelectual del gremio que nos preocupa, no pasa de ciertas lecturas de Pérez Escrich, Carlota Braemé y Carolina Invernizio. Algunas prefieren a Paul de Kock y no faltó alguna que nos hablase sin rubor de Felipe Trigo, pero éstas pertenecen a una categoría de jóvenes solas o poco vigiladas por sus padres, que no siempre usan de su libertad en forma insospechable.

Crefamos que el continuo roce con personas de fortuna, que pasean sus joyas y toilettes riquísimas por los grandes almacenes, contribuirían a formar en las jóvenes un espíritu de emulación malsano; pero, según lo afirman los jefes, tales casos son rarísimos y por el contrario, las vendedoras se habitúan a mirar sin asombro las preciosidades que pasan por sus manos. El traje sencillo es obligatorio en casi todas las grandes tiendas. Y es fácil comprender los gastos de las empleadas por lo que compran en la misma casa, en donde se les concede descuentos especiales; en algunas partes, se lleva una cuenta a cada una de ellas con el fin de amonestar a la que se exceda en sus adquisiciones.



I

1. Las empleadas ganan menos que el sueldo es más

2. Una sección

3. Ante escapas preciosas de casa no al pequeño co imposible la com

4. Por la calle, son objeto de pi parte de los dese tal.

5. El trabajo de mal renumerado.

Una empleada de comercio gana de 50 a 100 pesos mensuales de sueldo fijo. Sobre esta cantidad tienen su comisión sobre los artículos que venden, lo cual nunca baja de 100 pesos y en algunos casos alcanza hasta 300 pesos, cuando la vendedora es activa e inteligente. De modo que su sueldo mensual fluctúa entre 120 a 400 pesos.

Acaso este régimen muy en boga en los grandes almacenes, como Gath y Chaves, Casa Francesa, etc., no sea muy justo para el vendedor, pues coloca en el mismo nivel a la empleada antigua y a la recién venida, y en muchos casos queda aún en superior condición esta última, cuando es bonita e insinuante, pero, en cambio, despierta la ambición del personal, y estimula su actividad, ya que recibe mejor sueldo la que trabaja más.

En algunas partes la remuneración mensual suele amenguarse con las multas que se aplican por las infracciones al reglamento y con los errores de cuentas, pero las primeras nunca son muy gruesas y las segundas son muy raras, y en ciertos establecimientos, imposibles.

Una buena práctica es la establecida en la Casa Francesa que, en vez de cobrar multas por los atrasos en la llegada, concede pequeños premios en dinero a las que no incurren en tales faltas. Esta medida es muy bien recibida por los empleados, quienes suelen considerar con irritación el menor castigo que se les aplique en menoscabo de su sueldo.

En donde resulta muy sensible la cuestión multas es entre las empleadas de telégrafos a causa de la exigüedad de los sueldos. Sin embargo, nos dicen los jefes, no se ha encontrado todavía un medio para impedir los atrasos que en estas oficinas revisten caracteres más delicados por los contratiempos que se ocasiona al servicio

Si la empleada de comercio está en una situación más o menos holgada, en cambio las empleadas de telégrafos y correos pasan por un estado que no es de los más risueños.—En los Telégrafos del Estado—nos responde uno de los de esa repartición fiscal—trabajan actualmente quinientos y nueve mujeres las que desempeñan los puestos de 1.a, 2.a, 3.a, 4.a y 5.a clases, y de aspirantes tenemos como sigue:

2 de 1.a clase, con un sueldo anual de 3,600 pesos; un sueldo anual de 3,000 pesos; 69 de 3.a clase, con 2,400 pesos; 112 de 4.a clase, con un sueldo anual de 5.a clase con un sueldo anual de 1,800 pesos; 40 asp un sueldo anual de 1,200 pesos.

—“Hay también—añade nuestro amable informante—y en algunas otras más pequeñas, pero don siva para una sola empleada, un gran número de mérito, en espera de futuros movimientos de perso porcionarles un empleo rentado. Esta clase de em



III

os de correos, ga-
os del comercio y
pesado.

de Correos.

rata. Rebaja de
grande que arrui-
mercio, haciendo
potencia.

las vendedoras
cantes piropos de
cupados del Por-

la telegrafista es



jefes
nientes se-
tos de telegrafistas
tados, dividido este

48 de 2.a clase con
un sueldo anual de
2,100 pesos; 308 de
irantes rentadas con

te,—en las oficinas,
de la labor es exce-
fias que trabajan a
nal que puedan pro-
pleadas suelen ser-



vir en esta forma durante años enteros sin que se les presente una ocasión de ascenso. La única remuneración que estas empleadas suelen percibir es la correspondiente a los reemplazos que efectúan, por licencia o inhabilitación temporal de empleadas propietarias".

Como se puede ver, la mayor parte de las telegrafistas no ganan más de 120 a 150 pesos, al cabo de largos años de trabajo y de postergaciones. Si se piensa que deben gastar lo menos quince pesos mensuales en carro—(casi todas viven en los barrios apartados de la población)— se comprenderá cuán doloroso es para ellas ver que su sueldo sufre un nuevo menoscabo de 5, 10 o 15 pesos por causa de las multas.

Por fortuna existe una disposición del reglamento que impide cobrar multas por mayor cantidad de 25 pesos al mes.

Cierto es que la empleada de telégrafos trabaja menos horas al día que la de comercio, (6 horas diarias la primera y 9 a 10 horas las segundas) pero esta ventaja deja de serlo si se piensa que el trabajo sedentario, la atención concentrada, la febrilidad constante en que se halla la telegrafista es verdaderamente una tarea abrumadora.

La prueba está en que la tuberculosis, el reumatismo y otras enfermedades hacen presa infalible en muchas de las empleadas de telégrafos, a los 10 o 15 años de servicio, (depende, es natural, de la complejión de cada una), mientras que en las otras no llega ni con mucho a ser tan frecuente el estrago, ni tampoco en las proporciones alarmantes que en las primeras.

Para los 100 pesos que ganan como término medio las empleadas de telégrafos es demasiado el trabajo y las perspectivas para el porvenir muy limitadas.

¿Qué horizontes pueden presentársele a la telegrafista?

¡El ascenso? El puesto más alto que puede obtener es el de telegrafista de 1.a clase: 300 pesos. ¡Al cabo de cuántos años de trabajo? De 20, 30 o más. En los Telégrafos del Estado hay sólo dos en la actualidad que lo han alcanzado...

¡La jubilación? Algo es, pero resulta bien triste pensar que son pocas las que alcanzan a obtener ese premio tan anhelado por los servidores del Fisco. La mayoría de los empleados desertan antes del tiempo requerido, y los demás caen bajo la garra de la silen-

ciosa enfermedad que llega siempre, de modo inexorable...

Otro tanto se puede decir de las empleadas de Correos aunque el trabajo de estas no es tan pesado como el de las telegrafistas.

Pero volveremos a las empleadas de comercio por ser este tema el que nos propusimos tratar de preferencia.

No contentos con las declaraciones que pudimos obtener de boca de las mismas empleadas, pedimos datos a algunos gerentes o jefes superiores de casas de comercio, especialmente de aquellos que, por vivir desde largo tiempo atrás entre nosotros, conocen mejor el asunto que nos ocupa.

—Oh! No existe punto de comparación entre la empleada chilena y la de otros países—exclama un antiguo jefe de comercio extranjero a quien vamos a pedir datos sobre la materia. En primer lugar el gremio es aquí relativamente escaso y la oferta no muy crecida. En Francia solamente, existen 52,000 empleadas de comercio, de las cuales la mitad por lo menos, corresponden a París; aquí no pasarán de 1,000 las que se ocupan en las tiendas. El término medio de lo que gana una empleada en Francia es de 100 francos mensuales, incluso la guelta, mientras que aquí sube a 200 pesos por término medio. Forman legión en París las que no pasan de 60 pesos mensuales. Aquí el sueldo no baja de 120 pesos. Hay aquí pequeñas tiendas en que la condición de la empleada es deplorable, pero estas forman un escaso conjunto.

Mientras en Europa la situación de la empleada es siempre insegura, puesto que puede ser despedida por el motivo más insignificante, y muchas veces nada más que por falta de movimiento en la casa, cosa que ocurre en los meses de verano, aquí se puede decir que la ocupación es estable y segura para la buena empleada.

Una joven sola en París no puede vivir con su solo sueldo; existen centenares de pobres niñas que tienen que hacer una vida de perros, durmiendo en bohardillas sin aire ni luz, comiendo apenas lo necesario para mantenerse en pie. Entre nosotros,—fuera de que casi no existen empleadas que no tengan su familia, la cual permite que la joven se ocupe solamente para "ayudar" al sustento del hogar,—puede vivir con decencia y holgura solo con lo que gana en



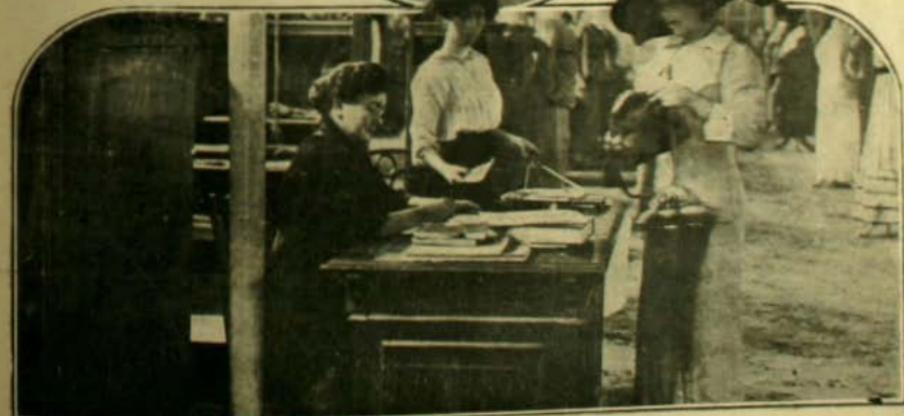
En la Casa Francesa se encuentran las vendedoras muy bonitas.

la ocupación. Una empleada parisina, si no quiere morirse de hambre necesita recurrir a medios ilícitos para vivir; aquí, si alguna niña se pierde, es solo por que su temperamento y su inexperiencia la inclinan a ello, y lo mismo se comportaría aun cuando viviese bajo el te-



Una vendedora de Gath y Chávez, anotando las ventas en su carnet.

cho paterno. Por estas razones, mientras en Europa se piensa ya en el problema del trabajo femenino, y se comienza a trabajar en pro de una legislación que impida los abusos, al mismo tiempo que se fundan sociedades que tienen por objeto proteger a la



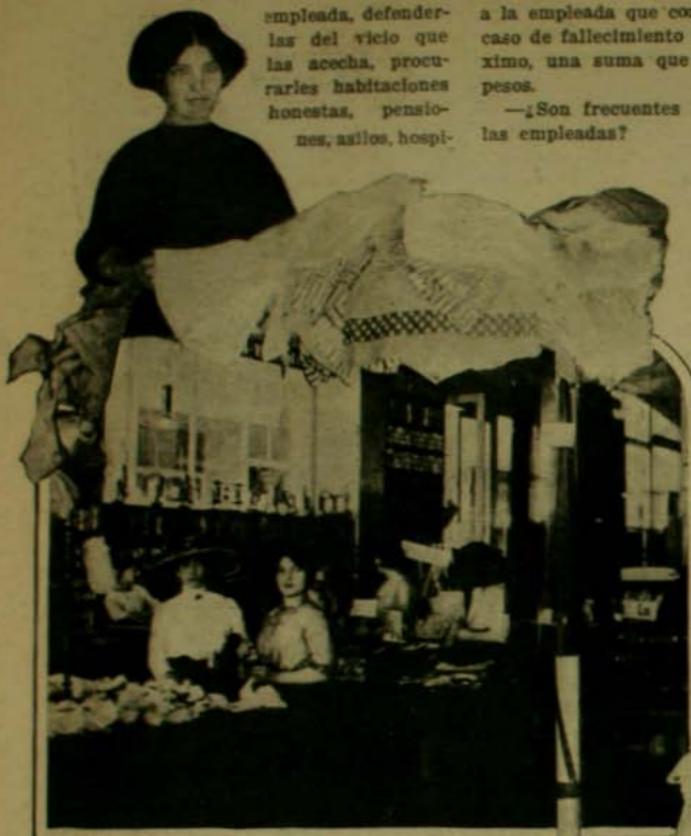
Una "premiere" de la Casa Francesa

empleada, defender las del vicio que las acecha, procurarles habitaciones honestas, pensiones, asilos, hospitales,

a la empleada que contrae matrimonio y en caso de fallecimiento de algún parente próximo, una suma que varía entre 50 a 100 pesos.

—¿Son frecuentes los matrimonios entre las empleadas?

—No mucho. Generalmente se casan con personas ajenas al gremio y nunca con empleados de la misma casa. Parece que el continuo roce entre los empleados de diferentes sexos los aleja del amor, por la misma razón que pocas veces se enamoran dos primos... Cuando se casan dos empleados, continúan trabajando.



En la Casa Francesa

tales, lugares de recreo, etc., aquí todo eso resultaría prematuro porque, en general, la joven empleada no es más que una "hija de familia" que procura alivianar la carga del jefe del hogar.

No existe entre nosotros todavía un reglamento que cifre la vida de una joven en un marco de hierro. En la mayoría de las casas hay un régimen casi patriarcal. ¿Se siente indispuesta una empleada? Pues se le permite sentarse. ¿Se enferma de gravedad? Se le concede licencia con sueldo íntegro el primer mes, medio sueldo, el segundo, y se envía a una persona a su casa para que se imponga regularmente de su salud.

Hay casas que, fuera del sueldo y de las gultas, acuerdan gratificaciones o regalos de Navidad, algunas, como la Casa Gath y Chaves, obsequia 100 pesos en mercaderías



El regateo molesta a la vendedora, haciéndole perder

Entonces, para el nacimiento de un hijo, ella tiene licencia como en cualquier caso de enfermedad, siempre que no se prolongue por mucho tiempo; pero generalmente cuando ese caso llega, abandona su ocupación para siempre.

—¿Se prefiere a la mujer o al hombre como empleado?

—Eso depende de los artículos de venta-

Pero en general la mujer es más cumplidora y como sus necesidades y tentaciones dispendiosas son menores que las del hombre, también sus exigencias son menores y sus condiciones de honradez, más firmes. Por lo demás, no es grande la diferencia entre lo que se paga a uno y otro.

—¿No cree Ud. que el trabajo es excesivo para la mujer en los grandes almacenes?

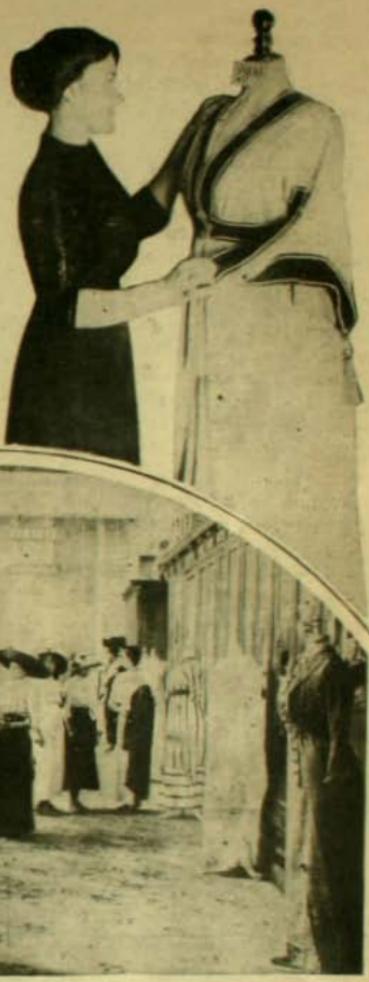
—No es liviano, pero no me parece excesivo. Trabajan generalmente desde las 8 A. M. hasta las 7 de la tarde y tienen 1½ para almorcizar. (Gath y Chaves 2 horas).

Fuera del descanso de los domingos, que se cumple estrictamente en los almacenes grandes, se concede a los empleados un asueto que varía de 3 a 15 días de vacaciones con sueldo, según la antigüedad. La Casa Francesa distribuye un descanso anual en la siguiente forma:

Empleada con 6 meses de servicios 3 días completos;

Con 1 año, 7 días completos;

con 3



Una vendedora de Gath y Chaves muestra a un cliente un abrigo en un maniquí.

Uma sección de modas en la Casa Francesa

tiempo y dinero

años, 10 días completos; con 6 años, 12 días completos; con 9 o más, 15 días completos.

Además de estas vacaciones con sueldo, existe, como es natural, la licencia que se acuerda una vez al año en épocas de poco movimiento.

—Cree Ud.—interrogamos a nuestro interlocutor, para terminar—que con el tiem-

po aumente de modo considerable el número de mujeres empleadas?

—Me parece muy natural si se piensa en las dificultades crecientes de la vida ciudadana. No hace muchos años todavía era difícil que las jóvenes desearan ocuparse. Sólo en 1882 la Casa Prá, que ocupaba primitivamente el local que hoy tiene la Casa Francesa, puso en sus secciones de artículos

femeninos, mujeres para la venta y esta novedad causó sensación en la sociedad santiaguina. Las damas venían especialmente a contemplar a las vendedoras como a seres curiosos. Hoy ya es más frecuente y las familias modestas comienzan a mirar con menos presunción el hecho de que sus hijas se ocupen. En las escuelas profesionales se educan niñas para cajeras y para dactilógrafas. Estas últimas comienzan a encontrar ocupación en las casas comerciales y casi se las prefiere a los hombres. Día llegará en que los abogados y otros profesionales que requieren la máquina de escribir, tengan *escribientes* en vez de escribientes... ¿No será acaso más agradable tener junto a sí a una niña agraciada, silenciosa, diligente, en vez de un revoltoso estudiantito de leyes que lo menos que pretende es un asiento en la Cámara?...

Aquí nuestro interlocutor rió alegramente de su broma, y nosotros nos despedimos agradeciéndole su buena voluntad para proporcionarnos los informes que dejamos anotados.



Hemos querido presentar a grandes rasgos el estado en que se encuentra en nuestro país ese grupo de jóvenes trabajadoras

que se conoce vulgarmente con el nombre de "empleadas" y que en París, según creemos, se designa por "midinettes".

Hay todavía el grupo de las profesionales, profesoras, dentistas, farmacéuticas, más o menos numerosas, y el de las modistas, sombrereras, etc., fuera del de las obreras de taller que son numerosísimas. No era nuestro ánimo hacer referencia a ellas porque sería un tema demasiado vasto para que se pudiera abarcar en unas pocas páginas.

Creemos que con lo hasta aquí apuntado, nuestros lectores podrán formarse una idea más o menos clara de lo que hacen y como viven las empleadas de comercio.

De nuestras informaciones se desprende que su estado no es precario como en otros países y que sus condiciones de actividad, honradez y moralidad la hacen acreedoras de la consideración de la sociedad.

Contribuyen con su grano de arena a la construcción de nuestro edificio comercial y ayudan con su trabajo al bienestar de sus familias ¿qué más se puede pedir del sexo débil por naturaleza, y mucho más en nuestra tierra, en donde el trabajo en general no es bien mirado y en que tan pocos horizontes se ofrecen a la mujer?

F. SANTIVAN.

MORAL PERSA

Los cuentos que nos llegan del Oriente son deliciosos. Se desarrollan con gracia y novedad y al llegar al fin la gracia y la alegría se desbordan. Del relato brota siempre de alguna manera, bajo la forma de sentencia, una verdad de siempre y una lección. Las *Mil y una noches*, nos ofrece a cada paso sorpresas de este género. Algunos cuentos que publicó últimamente en uno de sus números *El Mercure de France*, titulado "Le Jardin des Roses" y traducido del persa por Franz Toussaint, proporcionan un encanto análogo. Saboread sino, esta pequeña anécdota: "A un hombre que era

ignorante le sobrevino un mal a la vista. Corrió donde un veterinario y le dijo:

—Deme Ud. remedio.

El veterinario le echó en el ojo un colirio, del que usaba para los ojos de los animales y el pobre ignorante quedó ciego. Se llevó el asunto ante el cadi, quién declaró: El veterinario no tiene que pagar indemnización ninguna. Si el enfermo no hubiera sido un burro no hubiera ido a consultar allí.

El hombre inteligente no confía a un necio trabajos difíciles. Aunque un fabricante de esteras sepa tejer no por eso se le llevaría en taller de tejidos de seda.



Juan Nicolas de Aguirre

(Francisco Rivas Vicuña)

MI COMEDIA

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

PERSONAJES

PEDRO VARAS.....	28 años	MARGARITA.....	22 años
ANDRES, su maestro de literatura	55 "	JUANA LOPEZ VARAS, prima de	
DON PEDRO VARAS, padre de Pe- dro.....	55 "	Pedro.....	26 "
DOSA MARIA, su esposa.....	50 "	JORGE LOPEZ, su hermano.....	26 "
		UN CRIADO.	

La escena tiene lugar en nuestros días en Santiago de Chile en el escritorio de Pedro Varas. Al fondo una gran biblioteca estilo Renacimiento, con una puerta de escape que forma parte de la estantería.—A la derecha del espectador una puerta con una gran cortina.—A la izquierda una estantería baja y sobre ella tres grandes retratos de familia.—Dos grandes mesas de trabajo a ambos lados de la escena; al centro una mesita pequeña, con una lamparilla y algunos libros, a su lado una mecedora.—Los muebles y todos los accesorios serán ricos y del más perfecto estilo.

El sainete se desarrolla en una tarde de otoño.

ESCENA PRIMERA.

Pedro, recostado en una mecedora, fuma un habano; Andrés, sentado cerca de la mesa de la izquierda, hojea un libro.

ANDRES.—Desengáñate, Pedro; no encontrarás lo bello en manifestación alguna de la vida moderna. La hermosura es Venus, que se ha sepultado para siempre en el fondo del mar, temerosa de los barcos gigantescos que lo cruzan y de los horribles pescantes de las playas; la hermosura es Dia-

na confinada en las cavernas de la selva por el silbido estridente de la locomotora; bellos son Marte y Apolo, haciendo resaltar la perfección humana en medio de la naturaleza; sublimes son los trovadores y los guerreros medievales, luciendo las solas galas de su ingenio y las solas fuerzas de sus brazos; Dante amó a su Beatriz y huyó de la tierra para cantar su amor; Cervantes dió vida a su hijo inmortal con la sola luz de su cerebro. ¿Para qué seguir? Todos los indiscutidos artifices de la hermosura han encontrado sus líneas en el hombre, en el hombre sólo mientras tanto, vosotros modernistas, os perdéis en la naturaleza y en las cosas que de ella sacáis y vuestra obra resulta fea, horrible, porque el hombre aparece en ella como gusano perdido en la hojarasca, como larva que se arrastra por el tronco, cuando no es el bicho dañino que horada las hojas, empapía las flores y corrompe el fruto.

(Pedro se interesa, poco a poco, en el discurso, mirando con sonrisa burlona al orador; en este momento estará de pie cerca de Andrés.)

Hasta el hombre que debiera ser tu

maestro en el arte dramático que es donde quieren tus padres que coseches laureles, hasta el propio Calderón de la Barra se encerró en un claustro y huyó de la naturaleza para obtener de su genio los mejores frutos. ¿Quién podría hoy decir, como Rosaura:

"Hopógrifo violento
"Que corraste parejas con el viento.
"Dónde rayo sin llama,
"Pájaro sin matiz, pez sin escama.
"Y bruto sin instinto
"Natural, al confuso laberinto
"De estas desnudas peñas..."

PEDRO.—(Con una gran carcajada).

Andrés, cerebro sin llama,
Monoplano sin motor,
Espinudo por de escama,
Bruto de instinto orador,
¡A qué abismo te despeñas,
Huyendo de la razón,
Que no hallaron en sus brefas
Ni Dante ni Calderón?

Toma, Maestro, ahí tienes un par de herencias en respuesta a tu discurso que tan bien iniciaste para terminar con la Vida es Sueño.—Eso no es vida, Andrés, eso es muerte; ese no es sueño, es pesadilla; ese no es arte, es sueño. Ya te veo venir, Segismundo encadenado:

"Y teniendo yo más vida
"Tengo menos libertad?
"Qué ley, justicia o razón
"Negar a los hombres sabe
"Privilegio tan suave,
"Excepción tan principal,
"Que Dios le ha dado a un cristal,
"A un pez, a un bruto y a un ave?"

Todo eso ya pasó, Maestro mío, y no puede volver. ¿Te imaginas a los ictio-sauces, mitad pescados mitad lagartos, luchando con los sub-marinos; ves a los pliosaurios, murciélagos gigantescos hechos de cóndores y de cocodrillos, empeñados en disputarle a Bleriot el dominio de los aires; o esperas saber que los carabineros han derrotado un milodón con cola de serpiente y cabeza de mastodonte?— Tan antiguo estás, Andrés, como todo eso. A mí vez te digo: Desengáñate, otro es el medio, otra es la vida y otros son los hombres.

Nuestro orgullo es la conquista del orbe, el dominio de la naturaleza y con ello gozamos. Por eso nuestra complacencia es

cubrir con pieles traídas del polo a la mujer amada, adornar su garganta con las perlas del fondo del mar, hacerle diademas con los diamantes extraídos de las arenas del desierto o con las piedras preciosas que se arrancan de cumbres inaccesibles; velar su seno con las gasas que teje una máquina casi inteligente; envolver sus formas con las telas que para ellas fabrican y embellecen miles de artistas y así vestida llevarla al abrigado hogar preparado para ella por todos los obreros del orbe y de allí sacarla en las alas que soñaron Bacón y Leonardo de Vinci y desde la altura, dominándolo todo, decirle: "Tuyo es el mundo, el hombre lo ha conquistado para ti."

Ya ves cuán lejos estamos de tu gusano roedor; gusano, sí, pero se siente grande el hombre como debe sentirse grande el gusano que con sus diminutos tentáculos derriba el árbol que le dá la vida.

La vida, Andrés, corriendo libre en su cauce, al impulso de una alma sana, sin más valla que el derecho ageno, la vida intensa de lucha y de satisfacciones procuradas por el triunfo, eso es la vida moderna. Es agitada, es rápida; pero llega tranquila a perderse sosegada y naturalmente en las playas de la eternidad. Esa es la vida que debemos describir y no esa otra ficticia que túquieres, vida de ambiciones, de grandesza malasanas, vida más que agitada, vida de tempestad que saca a los ríos de su cauce, que los estrella en espuma contra las rocas, que deposita en su fondo todo el fango de las márgenes que destruye y que lo lleva turbio a perderse en el mar.

ANDRÉS.—Así, con frases, vais los jóvenes perdiendo la claridad de las ideas; declaraciones que os arrastran como un canto, Carmañola o Marsellesa, sirenas que os alejan de vuestro guía verdadero, de las antorchas que dejaron encendidas hasta hoy los maestros del arte.

PENSO.—Basta, Andrés, si quieres servirnos a mí padre y a mí en la tarea de hacerme un hombre de arte, tómame por lo que soy; ayúdame a tallar en mi madera una obra llena de amor y de ternura; pero no pretendas sacar de mí una estatua de piedra fría y severa; fracasaríamos tú y yo. Mi padre desea que haga comedias, pues voy a hacer una, ¿quieres ayudarme?

ANDRÉS.—¿Me dirás el tema?

PEDRO.—Nada de tesis; siéntate, amigo, y si tienes la bondad escribe lo que vaya saliendo; corrije, siquieres, el lenguaje.

ANDRES.—Por galano que sea el pensamiento, pierde su valor si no va envuelto en ese precioso estuche del buen decir. De otro modo resulta feo como un mendigo.

PEDRO.—¿En qué quedamos? Vas a escribir o seguirás con Calderón, bruto de instinto orador? (*Cariñoso*).

ANDRES.—Dicta. (*Aparte*). Trataré de dominarme y escribir lo mejor que pueda las vaciedades que produzca.

PEDRO.—(*Dictando*).—Sainete en un acto del aplaudido actor nacional don Pedro Varas, hijo del señor senador del mismo nombre, nieto de don Pedro Varas que fué rico agricultor, biznieto de don Pedro Varas, que vino a este Reino por los años de....

ANDRES.—(*Interrumpiendo*).—Pero, ¿qué haces? Vas a indicar todo tu árbol genealógico; esto es fuera de uso, inconveniente.

PEDRO.—Descuida, sólo hasta mi bisabuela llegan mis recuerdos. Además, ¡no escribo para honra de los míos! Pues ahí van todos los Varas juntos, ya hacemos casi una cuadra.

ANDRES.—No seas banal.

PEDRO.—Tienes razón.—(*Dictando*).— Nombre de la comedia, el que le viniere mejor.

ANDRES.—Pero, chico, ¿estás loco?

PEDRO.—¿Escribirás o no? (*Andrés hace un gesto de resignación*). — Personajes los que fueran necesarios; escena, este propio salón. Ten la bondad, amigo Andrés, de hacer su descripción mientras enciendo un cigarro y ordeno mis ideas. (*En tono de burla cariñosa*).—Así coperarás a la obra. (*Una pausa, Andrés escribe y Pedro fuma*.)

ANDRES.—Biblioteca con hermosos muebles del Renacimiento, puerta de entrada al fondo entre los estantes. A la izquierda una pequeña puerta con cortinas. En el muro de la derecha tres grandes retratos de familia, un gran escritorio en el cual escribe Andrés Gamboa. En el centro una pequeña mesa volante. Una...

PEDRO.—Bien, hombre, no lo habrás hecho mejor un anunciador de remates. Suprime eso de Andrés Gamboa y no me pierdas una palabra.

ANDRES.— (*Ligeramente impacientado*).— Te haces majadero. (*Escribiendo*). *Don Pedro Varas* frente al retrato de su bisabuelo del mismo nombre... Lo contempla

largamente... Mira, chico, que si no dicas me voy a dormir.

PEDRO.—(*Al retrato*).—¿Qué mala noche pasaste, castellano viejo, y te llamo así porque en Castilla la Vieja naciste, qué mala noche aquella en que tu insomnio te aconsejó embarcarte en los galeones de Cádiz y traer a esta tierra apartada los tesoros que guardabas en el arca de tu pecho generoso y que defendías con las guardias de tus brazos... Esto sí que está al gusto de Andrés.

ANDRES.—(*Concluyendo de escribir*)... gusto de Andrés.

PEDRO.—No pongas eso, cerebro sin llama.—(*Continúa*).—Dime, buen viejo, ¿era muy negra la miseria de tu tierra; era muy triste la vida siempre lejos del hogar, sirviendo en las batallas las ambiciones de tu Señor, o te daban mal trato en las faenas para arrancar al suelo ensangrentado la simiente que no quería dar? Dímelo, buen viejo, que vea en los destellos de luz de tu mirada tan suave, un recuerdo de tus amarguras.

ANDRES.—Yo no pongo eso; me despediría el señor don Pedro.

PEDRO.—No me interrumpas.

ANDRES.— (*Resignado*)... de tus amargas.

PEDRO.—¡Cuánto debiste sufrir en los primeros días en esta tierra inclemente! ¡qué largos hallarías los caminos, de choza en choza, cuando ibas vendiendo artículos de España! ¡Qué frías las noches pasadas en el hueco de un árbol! ¡Cómo bendecirías el sol que te abrigaba en la mañana!... Cuéntame cuál fué tu alegría cuándo con tus propias manos labraste los maderos de tu rancho; dime tu dicha al recoger tu primer grano de trigo, déjame ver tus ilusiones cuando tu primera vaca te dió su primer ternero! ¡Cuál sería tu alborozo cuando tragiste una flor del campo para adornar tu choza que se convertía en santuario? ... Dime ¿muchá fué tu alegría cuando tuviste un chico en tus rodillas que jugara con tus barbas y endulzara tus fatigas, llamándote padre?... ¡Pobre viejo, cuánto trabajaste, cuántas fatigas del cuerpo; pero al propio tiempo, cuánta paz en el alma!... ¡Qué tranquilo debió ser tu último sueño!... Junto a tu lecho humilde veo a los tuyos, besándote las manos y recibiendo de tus labios la última sonrisa que traducía el bienestar de tu alma.

ANORES.—... de tu alma. Este chico me hará llorar.

PEDRO.—A tí te necesito, mi buen viejo, en estos momentos. Quiero que tu sencillez inspire a los míos y me dejen vivir como tú lo hiciste: labrando mi bienestar con los elementos que yo me haga y eligiendo, libremente, como tú lo hiciste, la compa-

la punta de los labios cosas que no siente su alma.... Si supieras, mi viejo, qué hermosa es, ballarías de sobra las galas del mundo; si supieras qué buena es, si oyeras de su boca decir cómo la vida es el amor y la dicha el sacrificio, ordenarías que no se nos tuviera un momento separados. Ayúdame, buen viejo, a tener



Dime tu dicha al recoger tu primer grano de trigo

fiera de mi vida.—¿Sabes quién es?.... Juana, tu bizneta como yo, alma cristalina como gota de rocío, sencilla como la violeta silvestre y como ella perfumada; su alma y la mía son aves del mismo nido; son más, son alas de la misma ave. Sólo para ella hay lugar en mi corazón y yo vivo en el suyo. Pero, mi buen viejo, no quieren que sea mía y ¿sabes por qué?... porque es pobre, porque está ya casi fuera de nuestro círculo, porque no tiene lindos trajes, porque no habla con

a mi Juana; es la vuelta de todos los tuyos hacia tí.

ANDRES.—No te ilusiones, Pedro, jamás consentirán tus padres en tu matrimonio con esa muchacha que solo busca tu fortuna y te aleja de la dicha que tus padres te han preparado. Ellos te destinan una compañera de tu posición social, de tu educación, y cuyo brillo no hará sino acrecentar el explendor que tendrás en el arte y en la política si tienes la cor-
dura de seguir a tus padres.

PEDRO.—Agradece al recuerdo de ternura que acabo de hacer el que no castigue, como mereces, tu insolencia. Dame en arte los consejos que gustes; los seguiré siquiero; pero no toques mis afectos más puros, no tienes alma para comprenderlos. Tu espíritu no tiene libertad, es un molde. (*Con cariño*) ¿Quieres continuar?

ANDRÉS.—Escusa, Pedro, si te he ofendido. Tal no fué mi intención, sino el afán muy natural de cooperar a la obra de tu padre.

PENSO*—Bien, ya verás la obra. (*Dictando*). Y tú, mi abuelo, que cediendo a un secreto impulso de justicia, empuñaste la espada más que para defender tus bienes para vengar las humillaciones de tu padre; tú, mi abuelo, ¿no vendrás a mí socorro? Paladín de la libertad de mi patria, ¿no harás nada por la libertad de tu nieto? Tú que deseaste que fuera tu pueblo quién eligiera sus amos, ¿has de querer que sean otros quienes impongan un amo a mi corazón? Tú combatioste con el padre de Juana en cien batallas y conociste su alma noble, tú ganaste las embriagueces del triunfo y él cayó bajo el peso de sus laurierles y de sus glorias; tú has dejado tesoros, él dejó coronas; tus hijos son poderosos, los tuyos fueron héroes. ¿Por qué no has de querer que para las batallas de la vida nos unamos para recordarlos a vosotros, Juana en su nombre y yo en el tuyo? Oye, abuelo, en nombre de ideas que tú repudiaste se me quiere dar un dueño que no acepto y si llego a ceder, me echaré al cuello la pesada cadena de un deber que sabré cumplir; pero que me ahogará como se moría tu padre en el cortijo de su Señor, como tú habrías muerto si no supieras defenderte. Ayúdame con la fuerza de tu recuerdo para que mi alma quede libre y en su pleno vuelo vaya a donde quiera: a los campos de la gloria como tú o a la abrigada espesura de la paz como tu padre.

ANDRÉS.—Bien está, Pedro, lo que dices; pero no dejes correr así tu fantasía; yo no puedo prestarte mi concurso para un drama de tu vida en que vas sugestionándote, envenenándote con tus propias frases y alejándote del rumbo que tu padre te ha trazado. Mi ayuda para esta obra me traerá muchos y muy merecidos reproches de parte de don Pedro

y yo quiero evitarlos, aún a trueque de disgustarme contigo, a quién tan sinceramente aprecio.

PEDRO.—Pues bien, guarda tu cargo de hombre de confianza y librame de tus trabajas. Todo lo haré yo y sabré poner en ese papel lo que iba a pedirte a mi padre. Sabré encontrar las letras con que se dice que va por camine errado quien pretende que una generación ennoblecida por el trabajo, enriquecida con la espada y fortalecida por el dinero pueda encontrar triunfos mayores en otro ambiente que el de la completa, de la absoluta libertad. Yo repudio tus reglas, repudio el convencionalismo de mi padre; quiero el arte como yo lo entiendo verdad en el fondo y sencillez en la expresión; quiero la vida (*mostrando al bisabuelo*) como lo quiso él, laboriosa, fatigante aún, sin más ternura que la de la mujer amada, sin más éxito que el encantador arrullo de una conciencia tranquila; quiero poesía alegre y melillas frescas, no quiero versos decadentes ni labios con colorete; quiero, como él, volver a cantar bajo los árboles y no quiero oír la enervante música del día; quiero, como él, bailar sobre el césped y no ser comparsa de cotillonnes; óyelo bien Andrés, quiero a mi Juana que es mi vida, que es mi arte.—(Entra un criado).

CRÍADO.—El señor don Miguel y la señorita Juana.

ESCENA SEGUNDA

Dichos, Miguel y Juana

MIGUEL.—Buenas tardes, primo.

PEDRO.—Buenas, Miguel, y tú, mi Juana ¿por qué habéis tardado tanto en venir?

JUANA. (*Cariñosa*). Hace mucho tiempo que esperábamos en el vestíbulo; pero te sentíamos enfadado y no queríamos entrar. Sin duda este incomparable don Andrés te ha mortificado con reglas inquebrantables, con citas de modelos, con esos versos que él sólo se sabe armoniosos como campanas, pero fríos como el metal.

ANDRÉS. (*Bajo a Pedro*). ¿Deseas que me retire?

JUANA. (*Le ha oido su aparte*).—No se aleje, señor Andrés, deseo que Ud. sepa

como ha quedado el precioso monumento que Pedro nos ha obsequiado para la tumba del abuelo.

PEDRO.—Tenemos gran trabajo para hoy, amigo Andrés; nuestra obra irá esta misma noche al escenario y tú tendrás en el éxito la mejor parte. Ya verás como he aprovechado tus lecciones. Pero, dime, Juana, ¡tan pronto ha terminado el arquitecto los últimos trabajos del pedestal?

JUANA.—Miguel y yo hemos querido sorprender agradablemente a mamá, teniéndole todo listo para mañana, aniversario de la muerte del abuelito. Será para ella una gran dicha, en su piadosa visita al cementerio, ver que ha desaparecido la modesta loza que decía: Coronel Varas.—Maipú 1818 y que sobre ella se alza un santuario. ¡Pobre madre! podrá llegar hasta la urna de bronce que cubre con su brazo el ángel de la gloria que parece consolar a la imagen de la patria que llora afligida. Me parece verla, abrazada de la urna, completando el grupo, y dichosa de tener a su padre tan cerca como lo tuvo cuando le dió el último beso en sus ojos que ya había cerrado el ángel de la victoria. Es el único recuerdo de su padre; ella supo que después de Rancagua fué a Mendoza, lo vió pasar como estrella errante en Chacabuco, y sólo ha dejado huellas en su alma esa última despedida. En su alma de criatura se grabó profundamente ese recuerdo y vive desde entonces en comunidad de espíritu con su padre y no encuentra otro consuelo en la vida que esa tradición de gloria.

PEDRO.—¡Qué inmenso placer me das, Juana, dejando así correr la ternura de tu alma y tu culto del hogar, sencilla y libremente como blanco vuelo de palomas que buscan el rayo del sol junto al campanario.

JUANA.—No puede ser de otro modo. ¡La quiero tanto!... Oye, Pedro; hemos hecho más. Jorge ha trasladado los restos de sus tíos Mauricio y Sebastián y sus nichos sólo esperan que tu pluma de poeta enlace sus nombres con las cunas de sus glorias: Taena y Miraflores. Sólo faltarán allí mi hermano Juan, al que no conocí y cuyo nombre llevo; el niño que en pos de los suyos dió en Chorrillos la flor de su vida.

JORGE.—(Durante la escena ha estado re-

gistrando grabados y haciendo comentarios con Andrés. Se acerca con una fotografía en la mano.)—¡Qué fotografía más hermosa! Vé, Juana, cuánta verdad en ese grupo de caballos que vuelan hacia el enemigo entre dos nubes: el polvo del camino abajo y el humo de los cañones arriba. ¡Casi se siente el palpitar de sus bijares y el cálido alentar de sus pulmones! Dime, Pedro; ¿dónde está este hermoso relieve?

JUANA.—Verdad; ¡Qué hermosa figura le da ese muchacho que, abandonadas las riendas del caballo, aprieta con una mano la mortal herida, como si quisiera aún conservar fuerzas suficientes para entregar su estandarte al compañero que le alcanza!

PEDRO.—Esta era mi sorpresa y tú Jorge, has sido un discreto. Nada te faltará mañana a tu madre en su santuario; junto al padre estarán los hijos y también el nieto. Ese bajo relieve cubrirá el nicho de Juan y representa su heroico sacrificio en Chorrillos muriendo en las trincheras mismas del enemigo, sin abandonar su bandera. ¡Qué noble orgullo el vuestro cuando abrazados a vuestra madre podáis decirle: Aquí está la Patria, este es su verdadero altar, de aquí brotaron los manantiales de sangre que la hicieron grande y gloriosa. Para otros los favores, nosotros sólo ambicionamos este puesto junto al fuego sagrado de tu gloria; día vendrá en que sea necesario remover su ceniza y encender la llama. (Jorge y Juana abrazan largamente a Pedro.)

JUANA.—¡Qué bueno eres, mi Pedro! Jamás podré tener en mi alma ternura suficiente para recompensar tanta delicadeza. ¡Dónde encontraré tesoro digno de ti? Mi vida entera no bastaría para agradecerte la suavidad con que enjugas el llanto de mi madre.

JORGE.—Hace unas cosas, Pedro, que me dejan no sé cómo. Siento en el corazón algo que no puedo hacer. Negar a los labios y cuandoquiero decírtelo sólo puedo estrecharte las manos y pensar: ¡quién fuera como Pedro!

PEDRO.—No vale la pena que me hagáis llorar cuando yo quiero veros felices. ¡Qué no veis que esto es puro egoísmo? Es una satisfacción que busco en un simple acto de justicia; esa es mi dicha, hacer misas vuestras penas y buscar juntas un consuelo. Y ahora, basta de llan-

tos; vamos donde el escultor. Pero antes debo pedir un favor a don Andrés.

ANDRÉS.—¿Será que te escriba las inscripciones de las tumbas?

JORGE.—Ni Ud. ni yo servimos para eso, don Andrés.

JUANA.—No creas, don Andrés ees muy capaz de recordar algún epitafio de algún libro viejo.

ANDRÉS.—Los hay tan hermosos en la literatura griega!

PENNO.—No se trata de eso, mi buen amigo, sino de que tengas la bondad de esparcarnos y mientras tanto te entretienes en sacar de mis cajones todos los retratos de Juana y esparcirlos por las mesas, por los estantes, ahí frente a mi escritorio, en fin, en todas partes. En buenas cuentas, haces un gran desorden ordenado.

JORGE.—En eso puedo ayudarle don Andrés.

ANDRÉS.—Supongo que no sacaré tus versos a Juana?

PEDRO.—Eso antes que los retratos y que se vean bien y sobre todo no olvides mi dictado de la comedia. (*A Juana y Jorge.*) Volveremos a tomar té con el maestro. (*Salen.*)... (*Volviendo desde la puerta, a Andrés que está atónito...*)... No tardarán en venir mis padres con Margarita y de ti espero la última mano del maestro para terminar la obra. Quiero que mis padres vean que sólo a Juana amo y que Margarita sepa que soy un candoroso, casi un rústico, una vuelta al bisabuelo... Oye (*casi al oído*), el hombre a quién ama Margarita es Jorge, has que vea muchos retratos tuyos, háblale mucho de su dotes exportivas: Jorge es el hombre de Margarita. *Estás?... Te dejo, para que no hagas observaciones, y para poder juzgarte con imparcialidad en el desempeño de tan delicada misión.* (*Sale.*)

ANDRÉS.—Buen Pedro!

ESCENA TERCERA

Andrés, solo

ANDRÉS.—¡Ah mundo, tan viejo y tan igual! Por más que quieran los hombres transformarlo nada mudan; es un edificio indestructible al cual las generaciones sólo cambian el estuco. ¡Vieja sangre de Castilla, aún te irritan los moros como

en tiempos de Pelayo y tus retoños de esta tierra reverdecen al calor de las batallas! Nada cambia en el fondo y si nó, ahí está mi amigo Pedro, diciendo como Manrique:

El vivir que es perdurable
No se gana con estados
Mundanales;
Ni con vida deleitable
En que moran los pecados
Infernales;
Más los buenos religiosos
Gánano con oraciones
Y con lloros;
Los caballeros famosos
Con trabajos y aflicciones
Contra moros.

Pero no descuidemos su encargo. Al fin triunfará y yo le he de ayudar. ¿Por qué no? Es bueno, generoso, alto y no tiene más defecto que el desorden de sus ideas. (*Distribuyendo papeles.*) He aquí el tema de su locura: "La Democracia", Oda. Esto es lo que desespera a su padre, ver como su hijo se deja arrastrar por este turbión. La voy a esconder..... (*Vacila*)... No puedo, le he prometido a Pedro dejarlo todo a la vista... Otra, "Justicia y Caridad". ¡Pobre chico, que buen corazón!... (*Distribuyendo otros papeles.*) Aquí sus borrones: "Cantos populares. (*Hojea un legajo, lo divide en varios trozos y los esparsen en las mesas.*) Veamos el más crudo... este... "Canción del minero" (*Leyendo*):

Yo soy el pobre minero ambulante.
No tengo familia,
Ni me acuerdo de haber conocido
Maternas caricias.
Los tesoros que arranca mi pala
Darán a los ricos
Del avaro el amargo desvelo:
Su suerte no envídio.

Estos son los peores... Aquí, que se veán los primeros... ¿Qué idea tendrá Pedro?... Aquí el dictado de su comedia, su canto al bisabuelo.

Y ahora ocupémosnos de Jorge. (*Toma un retrato.*) ¿Dónde te pondré, buen mozo? ¿Qué tal quedarás aquí, a la luz de esta lámpara? Muy bien, necesitarás abrigo con ese trajecito de tennis... Y este otro?... Aquí te dejo, con todas tus medallas del club de tiro. ¡Qué buen blanco te preparamos!... Y este? (*Leyendo.*) Don Jorge López, ganador

del Premio de Jinete Caballeros en su yegua Arica... ¡Cómo se profanan los nombres! Creo que éste debería esconderlo; está muy mal sentado. (*En la última frase han entrado don Pedro, doña María y Margarita.*)

ESCENA CUARTA

Andrés, don Pedro, doña María y Margarita.

MARGARITA.—(*Jovial.*) ¿Qué criticaba Ud. don Andrés?

ANDRÉS.—(*Saludando.*) A este jinete que va

Don PEDRO.—Y bien, don Andrés; progresó nuestro dramaturgo?

ANDRÉS.—Así así. Mucho trabaja, señor don Pedro. Vea Ud. como tiene su estudio lleno de papeles y esto es nada; no hay un cajoncillo que no esté repleto de apuntes; pero nada concluye, todo lo deja a medio camino. Es una planta exuberante que por todas partes echa brotes que se cubren de flores. Yo puedo, poco mucho a ver si logro por fin formar un tallo vigoroso que suba recto, muy recto y nos dé hermosos frutos. A veces, mi señor, dudo del éxito, pues va más rápida la savia de su ingenio que el cortar de mi podadera.



Qué hermosa figura la de ese muchacho que, abandonadas las riendas de su caballo, aprieta con su mano la mortal herida

como atado en su caballo. ¡Qué poco gentil postura.

DON PEDRO Y DOÑA MARÍA.—Veamos.

MARGARITA.—No diga Ud. barbaridades, señor Gamboa; esa es la postura correcta, la que permitió a Jorge ganar esa carrera. No vé Ud. qué bien distribuido está el peso para obtener el mayor rendimiento de los músculos?

ANDRÉS.—Verdad, señorita; pero yo nada entiendo de mecánica-anatómica o de hípica-dinámica o como se llame esta ciencia nueva. (*Aparte.*) ¡Bruto de mí! Y yo que me comprometí a recomendar a Jorge! procuremos enmendarla.

Don PEDRO.—Eso es, don Andrés, pode Ud. Pedro es el último de nuestro nombre y es preciso que lo ilustre como sus mayores. Nada tiene que hacer en el campo de los negocios, ya nuestra familia ha descansado de esa tarea; glorias militares no puede pretender en estos tiempos; su misión es continuar nuestra tradición en la dirección del país y hacer brillar sus cualidades de artista en un engaste serio y de buen gusto. Eso es, Gamboa, pode, pode Ud.

DOÑA MARÍA.—(*Estará hojeando papeles con María.*) No le atormente Ud. demasiado, don Andrés.

MARGARITA.—No le sabía a Ud. jardiner, señor Gamboa.

ANDRÉS.—El cultivo de las letras es como el de flores, señorita; hay que cuidar las plantitas que las producen, sacarles las hojas marchitas, cortar las ramas víscosas, poner tutores a las guías y tenerlas siempre expuestas a la luz que les conviene. ¡Desea Ud., señor don Pedro, ver algunos trabajos de su hijo?

DON PEDRO.—Veamos si progresó. (*Ambos van al bufete.*)

DOÑA MARÍA.—Oye, Margarita, qué hermosos versos:

Yo perdono las injurias,
Lloro la agena desdicha,
Las lágrimas del que sufre
Quisiera trocar en risa,
Y siento vibrar en mi alma
Tan insólita alegría
Que voy a todos deseando,
Felicidad en la vida.
"Qué puro es dice mi madre,
El amor que en ti se abriga".

¡Cómo te quiere, hija!

MARGARITA.—Siga, siga Ud. señora.

DOÑA MARÍA.—(*Continuando.*)

Ta lo vez, sólo en tu amor
Sus goces encuentra mi alma,
Husiones no tenía,
Tú me has vuelto a la esperanza,
Amémosnos mucho pues,
Mi queridísima Juana...

Jesús ¡qué horror! (*Pretende romper los versos.*)

MARGARITA.—No haga Ud. tal, señora. (*Le toma los versos.*) Son hermosos.

DOÑA MARÍA.—(*Dirigiéndose al grupo de don Pedro y Andrés.*) Esto es horrible, mi hijo ha perdido la cabeza. (*Casi al mismo tiempo Margarita concluye de leer.*)

MARGARITA.—(*Leyendo.*)

Que Dios vela por los seres
Que un tierno cariño hermana.
Así me ha dicho mi madre,
Y yo creo en su palabra.

(*Con desdén.*) ¡Pesadotes!... (*Acude al grupo.*)

DON PEDRO.—Esto es en realidad intolerable, don Andrés. Lejos de abandonar sus ideas funestas, Pedro se engolfa de día en día en ellas. Aquí todo es democracia, cantos al pueblo...

DOÑA MARÍA.—(*Interrumpiendo.*) Y versos a Juana. Bien van en esa compañía.

DON PEDRO.—Mal ha hecho Ud. en no tenerme al corriente, señor Gamboa; mi hijo está perdiendo la cabeza y corrompiendo su corazón. ¡Qué desilusión! Yo que esperaba de él un continuador de mi lealtad con los gobiernos y de mi respeto al orden!

DOÑA MARÍA.—¡Ah, esa muchacha! arrastra a mi hijo a su medio, ¡Qué angustia! Lo que dices, Pedro, y los versos que he leído me hacen figurarme a mi hijo a la cabeza de un motín y comiendo en un figón con carreteros y albañiles. ¡El ¡tan hermoso! que debía ser con su chispa el encanto de los salones; él, que unido a una mujer de su rango debería ser el árbitro del buen gusto. ¡Qué desgracia!

MARGARITA.—(*Que ha estado mirando los retratos de Jorge.*)—Tranquílcese Ud. señora. Pedro es un poeta muy al gusto de la sociedad actual, de esta como dire...

ANDRÉS.—(*Apuntando.*) Chusma, señorita. MARGARITA.—Eso es, la chusma que nos invade. Tendrá éxito, ganará carreras; pero en cualquier hipódromo de provincia.

DON PEDRO.—El mal tiene raíces más hondas que lo que parece a primera vista; esto no requiere podaderas, Gamboa; es indispensable el asado.

DOÑA MARÍA.—Pobre hijo mío!

MARGARITA.—No se alarme Ud., señora; yo veo fácil el remedio.

DON PEDRO.—Pues yo veo el mal muy avanzado y la curación será larga y difícil.

DOÑA MARÍA.—¡Ah! si pudieramos darle una buena enfermera!

MARGARITA.—(*Con un tanto de ironía.*) Pedro es un joven sin mundo; necesita solo un cambio de temperamento; (*insinuando*) un viaje a Europa.

DON PEDRO.—¡Imposible! Se acabaría de corromper allí y más ahora viendo esos malos ejemplos de pueblos gobernados por mecánicos y por profesores que asesinan a sus reyes. Nada de eso, permanecerá a nuestro lado y le vigilaremos con severidad.

ANDRÉS.—(*Con brusquedad.*)—Todo es inútil; mi joven amigo es incurable.

DOÑA MARÍA.—¡Jesús! ¡Qué dice Ud., don Andrés?

DON PEDRO.—Expónganos Ud. su estado.

MARGARITA.—Oigamos. (*Forman un grupo, sentados al centro.*)

ANDRÉS.—(Con gravedad y después de un aparte.)—Aquí tu ciencia, maestro. Pobre chico ¡como te voy a poner!... (En voz alta.)

Desde hace un año que vivo al lado de Pedro, más como amigo que como maestro, según la expresa voluntad de mi señor don Pedro, he venido notando un ligero extravío.

MARGARITA.—Le habrá perdido Ud. en este sendero.

ANDRÉS.—Precisamente, señorita, le he perdido, por que no puedo alcanzarle. Olga Ud., Pedro es casi un desequilibrado. Perdón, señora María, pero no puedo llamar de otra manera a un joven nacido en la opulencia, criado en los refinamientos de cultura de su madre, educado en los principios de austera severidad de su padre, a un muchacho que, en estas condiciones, repudia estos antecedentes, critica el vivir fastuoso de los que están sobre los demás y que es tan natural y tan justo, ya que el derroche de los ricos es la alegría de los pobres; reprende las sabias medidas de los políticos que mantienen enfrenadas las pasiones de abajo a fin de medir la dosis de libertad como el buen médico mide el alimento de un ser en desarrollo; un muchacho, en fin, que teniéndolo todo a nada aspira.

A veces he creído, don Pedro, que su hijo se estaba haciendo lentamente un pedestal de popularidad para las próximas elecciones. Nada de eso, no tiene ambición alguna y siempre critica con dureza a los políticos que predicen doctrinas en beneficio propio.

En resumen; rico, no aprecia su fortuna; colocado en el medio social más distinguido, no lo frecuenta y casi lo desprecia; con grandes dotes artísticas, no le gusta elevarse y vuela, como quién dice, pegado al suelo; con ideales de esos que hacen al hombre el ídolo de las masas, los cultiva para su intimidad y en nada los aprovecha. Como Ud. ve, no hay armonía en sus acciones y por este motivo me he permitido calificarlo de desequilibrado.

DON PEDRO.—La pintura de Gamboa es exacta. Si leyeras, Marfa, los apuntes que acabo de ver.

DOÑA MARÍA.—Quémelos, don Andrés.

MARGARITA.—Sería inútil, señora. La contrariedad lo excitaría más. No vió Ud. como se impació el ganador del Jockey Club por la torpeza del jinete al cambiarle de dirección; casi pierde el premio.

ANDRÉS.—Tiene Ud. razón, señorita. Sería peor, muchísimo peor. Por lo demás, yo no pierdo mi tiempo, señor don Pedro, y aprovecho cada visita de Jorge López para traer al chico al buen camino. Ese sí que es muchacho equilibrado. La suerte no le ha favorecido con los halagos de la fortuna; pero la hará, y grande, en cuanto se le presente la ocasión. ¡Tiene unas aspiraciones! Desearía, señora, que oyera Ud. sus discusiones. Vas por camino errado, primo, le dice Jorge; quieres el bien del pueblo y pretendo levantarla hasta la dirección del país; es un grave error, el pueblo no es capaz de dirigirse a sí mismo; esa tarea nos corresponde a nosotros que, estando más alto, vemos más lejos. Pedro le replica que el pueblo tiene la experiencia de su miseria; Jorge le argumenta que es mala consejera esa miseria, pues lleva gérmenes de odios.

DON PEDRO.—No crea a Jorge tan capaz.

MARGARITA.—Me gustaría oírlos discutir. ¿Me esconderá Ud. tras un biombo en la primera ocasión?

ANDRÉS.—Con el mayor agrado.

DOÑA MARÍA.—No lo harás, Margarita; no deseo que oigas a mi hijo en tan malos momentos.

ANDRÉS.—A pesar de que yo mismo fomento esas discusiones, nota que gano poco terreno; siempre terminan lo mismo.

DON PEDRO.—Y ¿cómo concluyen?

ANDRÉS.—Pues, diciéndole Pedro a Jorge: Seré como nuestro bisabuelo y nada más. Esa es la ley de herencia, tu hermana y yo somos como él y por eso nos atrae una tendencia invencible. Tú te pareces más a mi abuelo, el gran fundador de la familia, y a mí padre.

DOÑA MARÍA.—Y es cierto, Pedro, que nuestro hijo se parece a tu abuelo.

(Se van a mirar el retrato.)

ANDRÉS.—(Aparte, antes de entrar al grupo.) ¿Cómo salgo del trance? ¿Qué más invento?

MARGARITA.—Pero, si son su mismos ojos, mansos, mansísimos.

DON PEDRO.—Si no llevara esa barba serían idénticos. (Poniendo la mano en la boca

de Margarita.) Ves, de aquí hasta la frente son iguales.

DOÑA MARÍA.—Hasta sus mismas entradas en el peinado.

ANDRÉS.—Signo de talento.

DON PEDRO.—Que temo se emplee muy mal.

MARGARITA.—En cambio, vea Ud. como Jorge se parece al coronel.

DON PEDRO.—Ciento es, no lo había notado.

ANDRÉS.—(Que ha estado cavilando.) ¡Qué chico más raro! ¿Sabe Ud. con qué sueña? ¿Cuál es su único ideal?

DOÑA MARÍA.—Cuéntenos Ud., Gamboa.

ANDRÉS.—Pues, desea casar con Juana, desde luego, e irse con ella lejos, muy lejos, a fundar una gran industria y ser el padre de sus obreros.

MARGARITA.—(Con cierto desprecio.) Y Juana la madre.

ANDRÉS.—Eso, eso. Se hace así unos idílicos en que el va con Juana de casita en casita, llevando aquí el abrigo para un anciano, allá los pañales de una criatura, a otra parte un remedio para un herido en el trabajo, haciendo Juana la dieta para un convaleciente y dándosela por sus propias manos, mientras Pedro sostiene el plato. Y después, los Domingos, todos los obreros llevándoles flores y los chicos besándose las manos.

MARGARITA.—¡Qué sacrificio!

DOÑA MARÍA.—Eso será muy bueno; pero no es para gente de su rango.

DON PEDRO.—Todo eso es innecesario; el Estado tiene su intervención en esas miserias y para eso hemos fundado asilos y hospitales... Pensar así, trazarse esos rumbos, es esterilizar su existencia.

ANDRÉS.—No lo estiman ellos así, por más reflexiones que les hacemos Jorge y yo. Su primo le dice que coopere al adelanto nacional de otra manera, dedicándose al sport, por ejemplo. En la cría de caballos de raza, por ejemplo, puede hacer grandes bienes; al país, desde luego, que tendrá para el ejército, animales de primera orden; a los pobres en seguida que tienen su parte en las apuestas mutuas.

DON PEDRO.—No piensa mal ese muchacho.

MARGARITA.—Es una linda idea; jamás creí que las carreras hicieran tanto bien.

DOÑA MARÍA.—Procure Ud. que le frecuente mucho Jorge. Talvez cambiando de gustos se olvide de Juana.

ANDRÉS.—Eso es más difícil. Juana le tiene

el corazón muy ganado y se necesita un verdadero asedio de la plaza.

DON PEDRO.—Apúrele Ud. su comedia; se la haremos representar con gran bombo y así envanecido con el triunfo talvez lograremos apartarle de ese amorcillo.

ANDRÉS.—¡Pero si es el tema de su comedia! (*Buscando el dictado*)... Vea Ud. lo último que me ha dictado... (*Lee algo entre murmullo, como quién busca, y luego en alta voz*).—Ayúdame, buen buen viejo, a tener a mi Juana, es la vuelta de todos hacia ti!... Si no piensa más que en ella. Ahora mismo se han ido juntos al cementerio a ver un mausoleo de sus abuelos, tíos y primos militares y luego regresarán a tomar el té.

MARGARITA.—¡Vendrá Jorge?

ANDRÉS.—Vendrán todos.

DON PEDRO.—Deme Ud. ese dictado de comedia.

ANDRÉS.—No sé si me riña Pedro...

DON PEDRO.—Deje Ud. que me imponga y digale a mi hijo que le acompañaremos a su té. Nos hará Ud. avisar.

DOÑA MARÍA.—(Saliendo, bajo a don Pedro.) Todo lo hemos perdido, Margarita se ha desengaño de Pedro.

DON PEDRO.—Haremos una última tentativa. ¡Infeliz muchacho!

MARGARITA.—(Se ha quedado atrás. Al salir despidiéndose de Andrés.) Diga Ud. señor Gamboas: ¡Jorge no hace versos!

ANDRÉS.—Eso está reñido con el sport y con el buen sentido. No ha hecho, no hace ni hará nunca.

MARGARITA.—Ah ¡qué bueno! Hasta luego, don Andrés.

ESCENA QUINTA

Andrée, solo

ANDRÉS.—¡Uf! qué de cosas he dicho! Tratemos de recordarlas; a ver, tengamos método. Primera, que Pedro quiere ser el bisabuelo o un Felipe Derblay casado con una aldeanilla y no con una condesa. Segundo, que nuestro sportman ¡qué horrible vocablo! es un hombre de estado de gran tendencia conservadora, vamos, algo así como una esperanza para estas ideas. Tercero, que discute mucho con Pedrito para convencerlo. ¡Esta fué la gorda! ¡Qué discusión!

Jorge dijo tal, Pedro se defendió así y aquél le argumentaba y éste replicaba y patati y patatá... (*Poniéndose la mano en el corazón.*) Y tu conciencia ¿qué te dice, viejo maestro? (*Como escuchandose los latidos*).... Debo haber obrado bien porque mi corazón late tranquilo, no tiene sobresalto alguno que acuse una mala acción. ¡Qué excelente corazón mío! Yo que creía haber traicionado al señor don Pedro! Si ha habido momentos en que me he figurado deser-

tando el pendón del Cid para pasar al campo de los moros! Nada me acusa aquí dentro; pero también es cierto que soy un tránsfuga. Olgamos de nuevo (*el mismo gesto anterior*)... Dice que no es tránsfuga abrazar la causa de la verdad y de la justicia. Ya estoy tranquilo; gracias, gracias, corazón mío!

Pero ¡qué diálogos más hermosos! Pensemos otros, por si llega el caso... Jorge... Pedro... Jorge... Pedro...

Vamos, que no se me ocurre nada. Decididamente mi valor solo se manifiesta frente al enemigo... Jorge... Pedro... Jorge... Jorge... Jorge...

(*Durante este final han entrado Pedro, Jorge, y Juana.*)

ESCENA SEXTA

Andrés, Pedro, Jorge y Juana

PEDRO.—Pero ¡qué tienes hombre?
¡Te has vuelto loco?

MARGARITA.—¡Invoca Ud. en sus tentaciones al vencedor del dragón?

JORGE.—O ¡soñaba Ud. conmigo?

ANDRÉS.—Sí, contigo, con Juana y con Pedro. He tenido una lucha horrible; ¡sabe Dios lo que costará! Ha venido tu padre, con doña María y Margarita, se se ha impuesto de tus aficiones populares y nada he podido ocultarle. Ha descargado en mí toda la responsabilidad de tus desaciertos. La señora se ha desesperado leyendo tus versos; figúrate que se los mostraba con entusiasmo a Margarita y de repente ¡pum! pum! pum!... Salio aquello de Juana y no Margarita. Gritos, enojos, casi un síncope ¡qué situación la mía!

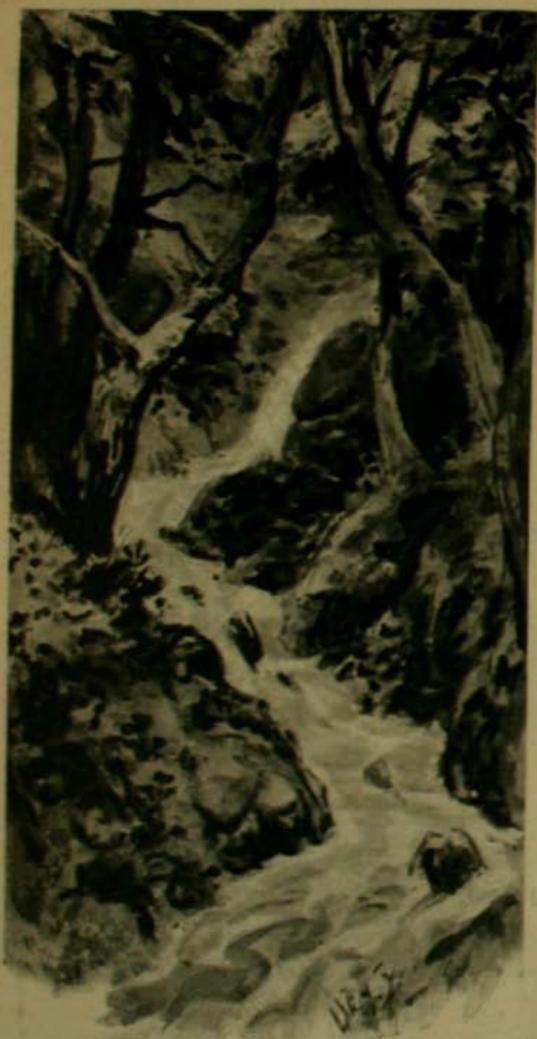
JUANA.—Y ¡qué decía Margarita?

ANDRÉS.—Poca cosa; que este era un chico sin mundo, sin experiencia y que necesitaba un viaje a Europa.

JORGE.—Verdad, Pedro; deberías hacerlo.

PEDRO.—Sigue, sigue, Andrés.

ANDRÉS.—Pero si ahora viene lo más horrible. Hube de decir a



y solo raras veces se abria la espesura para que el sol pudiera dorar su manto de cepomas

don Pedro que de nada servían mis lecciones ni los sabios consejos de Jorge.

JORGE.—¿Cuando he dado yo consejos a mi primo?

ANDRES.—Joven, ¿no recuerdo tus conversaciones con Pedro? ¿No le dices a diario que te acompañe al Club Hípico, a ver los caballos en la mañana y a jugar al tenis en la tarde?

JUANA.—Eso es no aconsejar, señor Gamboa.

ANDRES.—Sí que lo es y el consejo más eficaz, el que no parece sermón, el que se da con el ejemplo repetido y cuya acción es tan segura como la de la gota de agua que horada la piedra.

PEDRO.—No te falta razón; pero sigue, sigue.

ANDRES.—Tus padres han aprobado la conducta de Jorge y Margarita misma se ha complacido viendo la lealtad de este buen primo. ¡La hubieras oido elogiar, buen mozo!

JORGE.—Somos viejos amigos. (*Afuzando el bigote.*)

ANDRES.—Luego he debido decir a don Pedro que jamás cederías en tu proyecto de matrimonio con Juana. Se lo digo así, crudo, de repente. Fue un estallido: nuevos gritos, nuevas angustias mías y, por fin, retirada del enemigo, llevándose como presa el dictado de tu comedia... ¡Cómo he sufrido, Pedro! Y mientras tanto, vosotros entregados a vuestros gustos, corriendo en automóvil esta preciosa tarde de otoño y saboreando de antemano el placer que preparáis a vuestra madre para mañana.

JUANA.—Y será un gran placer, don Pedro! Si viera Ud. qué hermoso es el monumento! Nada falta, hasta el bajo relieve de Juan está en su sitio! Ud. irá con nosotros, verdad?

PEDRO.—Tú no puedes faltar, mi viejo amigo.

JORGE.—Pero, no hará Ud. ningún recuerdo de antigüedades.

ANDRES.—No haré sino complacerme en vuestra dicha. Y ahora, hasta luego.

PEDRO.—¿No tomas té con nosotros?

ANDRES.—Por ningún motivo. Tus padres y Margarita vendrán a acompañarles y tengo miedo de una nueva escena.

JUANA.—Quédese, don Andrés, lo defendemos.

JORGE.—Cuente con toda mi eloquencia.

PEDRO.—Te quedas; ahora eres más precioso.

so que nunca, eres indispensable. (*An-
tes ha tocado la campanilla y se presenta
un criado.*) Traiga Ud. el té aquí y aví-
se a los señores.

Amigo Gamboa, te saludo como al pri-
mer maestro de diplomacia; jamás creí
que desempeñaras también una misión
tan delicada. Harás carrera; pero, como
vas a entrar un mundo nuevo, necesitas
algunos consejos de Jorge.

ANDRES.—No deseo dedicarme a los deportes.

PEDRO.—En cambio tendrás que hablar de
ellos y en ese caso lo ignoras todo.

JORGE.—Venga Ud., don Andrés, yo le enseñaré nuestra jerga.

—ANDRES.—Jamás retendré mi memoria pa-
labras que no estén en el léxico.

PEDRO.—Ensaya Ud. amigo, mientras yo pido a Juana su cooperación para un tra-
bajo.

JORGE.—Venga Ud. don Andrés. (*Se retiran
y hablan en voz baja mientras examinan
revistas.*)

JUANA.—En qué quieres que te ayude, Pe-
dro.

PEDRO.—¿Quisieras copiar uno versos que
voy a dictarte?... Ven... (*La instala
cariñosamente en su escritorio; ella, con
seriedad, elige pluma.*)

JUANA.—Serán en memoria de Juan?

PEDRO.—Ya verás.

ANDRES.—(Aparte.) Como prepara el pícaro
su escena!

PEDRO.—(*Dictando.*)

Buscan mis ojos en los tuyos lumbre,
Juana del alma...

JUANA.—Pero yo no puedo escribir ésto...

PEDRO.—¿Por qué no ha de trazar tu mano
lo que tu corazón recibe? Sigue, hermosa
mía.

JUANA.—(*Repiendienda.*)

Buscan mis ojos en los tuyos lumbre,
Juana del alma...

PEDRO.—(*Dictando.*)

Como busca el lirio
Rayos de Aurora que ha su caliz lleven
Teresa frescura.

Buscan mis labios tu menuda boca,
Juana del alma.

JUANA.—(*Completiendo.*)

Como busca el lirio
Rayos de luna que en la noche traen
Fresco rocío.

No ves como ayudas... (*Una pausa.*)

Quieren mis manos estrechar las tuyas
Juana del alma.

JUANA.—(Completoando.)

Como quiere el lirio

PEDRO.—(Dictando.)

Tallos de rosa que le den sustento
Contra la brisa.

Gime mi pecho por unirse al tuyos,
Juana del alma, como ansia el lirio
Otra corola que en su broche lleve
Suave perfume.

Ambos nacimos en igual ribera,
Juana del alma, con igual murmullo
Mansa corriente nuestras cunas juntas
Trajo a la playa.

JUANA.—(Repietiendo.) . . .

Mansa corriente nuestras cunas juntas
Trajo a la playa.

PEDRO.—(Dictando.)

Blanca mañana nuestra vida sea,
Juana del alma, nuestra frente besé
Sólo una brisa, que nos guarde el cielo
Sólo una tarde.

(Durante la escena Pedro se irá acercando poco a poco a Juana y Andrés y Jorge se desentenderán de su diálogo para interesarse en el dictado. Al principio el criado dejará el té preparado. En los últimos versos entrará don Pedro, doña María y Margarita y se quedarán escuchando.)

ESCENA SEPTIMA

Todos.

MARGARITA.—(Desde la puerta, aplaudiendo.) Bravo, bravo, bravísimo!

DON PEDRO.—(Entre jocoso y severo.) Muy bien, don Andrés; estas son sus lecciones de arte dramático?

DOÑA MARÍA.—El señor Gamboa prefiere bosquejar la escena para que el discípulo la copie. Bien, hijo, lindos tus versos. Son tuyos, verdad?

PEDRO.—De Juana y míos, mamá. Ella los inspira y los escribe y yo soy...

JORGE.—(Interrumpiendo.) El teléfono sin hilos

JUANA.—Nada, señora, yo no hago sino escribir lo que él dicta y nada más.

MARGARITA.—Y repetirlos

JUANA.—Sí, repetirlos, una y mil veces: son tan tiernos.

DOÑA MARÍA.—Ven, Juana, que te abrace como él quiera hacerlo.

PEDRO.—(Casi al mismo tiempo.) ¿Qué transformación es esta?

MARGARITA.—(Socarrona.) Milagro del biss-

buelo! (A don Pedro.) ¡Ha visto Ud. estos lindos grupos de Jorges?

DON PEDRO.—(Los examina a la ligera.) Hermosos de verdad. Pero nos hemos invitado para el té. ¿Quién nos hará los honores de la casa?... Tú, Juana.

JUANA.—¿Lo permities, Pedro?

PEDRO.—Esta ha sido siempre tu casa. (Abrazando a su padre.) ¡Qué bueno eres, papá! (Se sientan a la mesa, Juana indica los asientos.)

DOÑA MARÍA.—Y ahora, hijo mío, terminarás en calma la preciosa comedia que has empezado?

PEDRO.—¿Qué comedia, mamá?

DON PEDRO.—No hagas misterios; don Andrés nos lo ha contado todo y aún nos ha dado el manuscrito. Hele ahí. (Saca el legajo del bolsillo.)

PEDRO.—Viejo artista; qué poco celoso eres de la gloria de tu discípulo! ¿Cómo es posible que hayas puesto esos borrones en manos de mi padre?

ANDRÉS.—No pude resistir; hacías una pintura tan cariñosa de los tuyos!

DON PEDRO.—No debes olvidar esos buenos principios.

DOÑA MARÍA.—No ríñas a don Andrés; nos ha dado un buen rato, borrándonos la mala impresión de tus horribles versos populares.

MARGARITA.—Llevará Ud. su comedia al teatro? Jorge podrá hacerle gran bombo entre sus amigos.

JORGE.—Te prometo lleno completo.

DON PEDRO.—Si aún no ha terminado! Es preciso que trabajes con ahínco.

DOÑA MARÍA.—Dime, hijo; ¿cuál será el desenlace?

MARGARITA.—Eso es, denos Ud. el tema.

ANDRÉS.—(Aparte.) Veo el nudo desatado.

DOÑA MARÍA.—Danos, hijo, las primicias de tu obra.

PEDRO.—Sí ya está terminada; sólo falta un bosquejo rapidísimo.

DON PEDRO.—¿Cuál es?

PEDRO.—Pues decir, papá, que corría por el llano un río cristalino y puro hasta que llegó a chocar en el barranco de una montaña y allí entre los gemidos de sus hondas, sus aguas antes juntas, se partieron. Siguieron las unas, corriendo por el ancho llano, y las otras, estrechadas entre el monte, vieron su cauce oprimido, herida su corriente por

las rocas y solo rara vez se abría la espesura para que el sol pudiera dorar su manto de espumas. Así corrieron largas leguas: en la vega de flores un brazo, en la montaña abrupta el otro, hasta que, vencido el monte, volvieron ambos a reunirse en la llanura.

MARGARITA.—¡Qué hermosa decoración!

JORGE.—(Apoyando.) Será un lindo telón de fondo.

JUANA.—¡Qué hermosa vuelta de la vida!

DOÑA MARÍA.—Y ¿qué más, hijo mío?

PEDRO.—Pues nada más, madre. Aquí se acaba mi comedia; yo soy el brazo que corrió en la llanura, Juana el arroyo que atormentaron las rocas y sólo falta que Ud., padre mío, le pida a Jorge la mano de Juana para mí si quiere ver el río tal como fué en su origen, mansa y fecunda corriente.

DOÑA MARÍA.—(Abrazando a Juana.) ¡Lo harás muy feliz?

JUANA.—Le seguiré queriendo con toda mi alma.

DON PEDRO.—Y tú ¿qué respondes, buen mozo?

MARGARITA.—(Rápido a Jorge.) Diga Ud. que sí.

JORGE.—Si Juana se siente capaz de devolver a Pedro toda la felicidad que él nos ha dado, yo no tengo inconveniente.

JUANA.—¿Crees tú que lo conseguiré, Pedro?

PEDRO.—Tú eres el sueño de mi vida, tú mi inspiración y mi alma misma; contigo, Juana, seré capaz de todo y sin tí una rama seca que arrastra la corriente.

DON PEDRO.—Trataremos, Jorge, de hacerlos felices; pero tú, mi Juana, borrarás con tus caricias esas ideas negras que te asaltan.

JUANA.—No pida Ud. eso, don Pedro; tendría que desgarrar su corazón; tan hondas raíces tienen.

DOÑA MARÍA.—¡No te irás, hijo mío a tus fundaciones de obreros? no te apartarás de mí? Esos hombres sucios podrían lastimarte.

PEDRO.—Sí y nō, madre mía. Compartiremos nuestra vida con nuestro hogar y con los que no lo tienen. ¡Verdad, mi Juana?

JUANA.—Sí, Pedro, tu obra será la mía y así podré devolverte las alegrías que has dado a mi madre.

JORGE.—Pero ¿qué hace Ud. don Andrés?

ANDRÉS.—Yo cumple hasta el último momento mis deberes de maestro. Os olvidáis de todo.

DON PEDRO.—¿Qué escribía Ud., amigo Gamboa?

ANDRÉS.—Pues casi nada: un denuncio. (leyendo.) Señora Magdalena Varas de López. Presente. Venga Ud. en el acto si quiere impedir que Pedro Varas le robe a su hija Juana. Si no llega Ud. a tiempo podrá por lo menos salvar a Jorge a quien van a secuestrar sus tíos capitaneados por...

MARGARITA.—(Interrumpiendo.) No asuste Ud. a la señora; Jorge se sabrá defender. Y bien, Pedro; cuándo harás una comedia para mí?

PEDRO.—En cuanto termine Andrés el léxico que le enseña Jorge.

ANDRÉS.—Se apresurarán, amiguito, en sus lecciones. (Dirigiéndose al público.)

Yo celoso guarán de las reglas,
No olvido ninguna;
Y a mi amigo aplaudir no pudiera
Sin vuestra consulta.

Sí os gustó su decir y su enredo
Unid vuestras palmas,
Y si estuvo cumplido el maestro,
Llamadlo a las tablas.

TELÓN



REFORMAS Y PROGRESOS MEDICOS



Por ANGEL PINO

Ilustraciones de MARTIN

Para ocuparse de los prodigiosos adelantos de la ciencia médica se necesita ser profesional o paciente. Yo no soy profesional; escribo en calidad de víctima.

Ante todo, un desmentido formal. Se ha dicho y repetido, en todos los tonos, que el apéndice es un miembro u órgano completamente inútil. Se dice que la ciencia quirúrgica ha podido enmendar la plana a la naturaleza que tuvo un momento de distracción o de mal criterio dotando de un elemento que no sirve para nada. Esto es inexacto en sumo grado. Una operación de apendicitis es relativamente sencilla y deja un honorario relativamente subido. Luego el apéndice sirve para que los cirujanos ganen su vida, manden a la plaza, compren coche, edifiquen casitas de venta, lo que no es poco. Es natural suponer que, si en un libro puede suprimirse el apéndice sin dañar a la claridad del texto, en el cuerpo humano debe acontecer algo semejante. Pero nadie negará que hay apéndices inútiles. Ahora bien, los cirujanos se han ensañado contra todo apéndice sin excepción alguna. Reprochamos su conducta. Nadie puede decir lo que va a ocurrir cuando una gran parte de la población de este país carezca

de apéndice. ¡Quién sabe qué nobles cualidades residan en este pequeño receptor tan sensible!

Dilucidada esta cuestión en términos precisos y concordantes pasemos a los adelantos de la ciencia en el medio de aplicar los remedios. Desde la más remota antigüedad se suministraban éstos por la boca. Se pensaba, con cierto buen sentido imposible de desconocer aún tratándose de los antiguos a quienes se le supone faltos de todo sentido común, que el remedio al mal debía seguir el mismo camino de los alimentos, causas generales de la enfermedad. Andando los siglos, los médicos que han sido dotados de un espíritu de contradicción a toda prueba, se fueron al otro extremo, es decir, a la aplicación de los remedios por un mecanismo que, como el arado, ha conservado una forma refractaria a todo progreso. Los primeros materiales eran sencillos: una caña hueca y en la extremidad una vejiga de cordero llena del líquido que se quería despachar al interior del organismo. La vejiga se oprimía con el pie contra el pavimento. De ahí que, durante muchos años, los mejores médicos fueran los que calzaban un número más alto. A fines del siglo

pasado, hubo sabios conciliadores, enemigos de los extremos, partidarios del término medio y las inyecciones hipodérmicas se pusieron de moda. Todo se aplicaba entonces merced a una aguja de acero que se introducía en los brazos u otros puntos más dotados de carnosidad. Se creía que así se llegaba más pronto a la parte atacada. Hoy día hay grandes vacilaciones y si aun no se innova en este sistema es por la gran cantidad de capitales que están invertidos en jeringuitas hipodérmicas y en tubos de cristal. Seguiremos pues viendo en las recepciones y fiestas en que el escote de los vestidos es de rigurosa etiqueta, hermosos brazos y espaldas picoteadas por el caco-dilato y cien preparaciones más que la ciencia prescribe y los anuncios recomiendan en amigable consorcio.

Las operaciones quirúrgicas se hacen cada vez con mayor limpieza. En años pasados los cirujanos no hacían apunte alguno de los tratamientos empleados para abrir a sus semejantes y remendarles el interior, y así ocurrían a menudo los más lamentables olvidos de esponjas, paños de mano, pinzas y tijeras que quedaban guardadas en el paciente y producían en su organismo los más extraños fenómenos. Se cuenta de un hábil cirujano que dejó su reloj dentro del estómago de un enfermo. Nosotros sabemos de otro que dejó caer en el intestino grueso de un distinguido hombre público a quien operaba, su libreta con la lista de los clientes y lo que cada cual le adeudaba. Quiso más tarde, al notar la pérdida, operarlo de nuevo por su cuenta, pero la familia se negó en absoluto. Hoy día cada cirujano lleva una lista detallada de sus utensilios, viste un delantal y guantes blancos, se lava las manos y no fuma durante la operación.

Este progreso de la moderna cirugía ha hecho, sin embargo de una ciencia, un verdadero arte manual. Un prolífico ebanista, puede, después de cursar anatomía ser un

cirujano pasable. El cirujano preseña en absoluto de las condiciones morales del paciente. Se le entrega una materia prima y aplica sobre ella sus útiles con destreza y sangre fría. Así, por ejemplo, hemos tenido este diálogo con una eminencia en el oficio:

—¿Cómo ha marchado la operación?

—De un modo extraordinario. En cinco minutos cloroformado, en diez minutos abierta la aorta y cerrada de nuevo. En veinte minutos todo concluido.

—¿Y el estado actual del paciente?

—Muerto. Si señor, murió enseguida y lo enterraron. Pero la operación ha sido expléndida...

—Me extraña la palabra "expléndida". Si el paciente ha muerto...

—Vea, Ud., que escribe para el público tiene la obligación de no hacer confusiones lastimosas. Una cosa es el paciente y otra el cirujano.

—Lo veo.

—Sí, señor. La operación estuvo perfectamente bien hecha. Si el hombre dejó de existir es otra cosa.

—Otra cosa.

—Debia tener una dolencia extraña a la operación, en otro sitio en que el cirujano no tenía entrada. El médico debió declararlo.

Esto es claro como la luz del día y cumple con mi compromiso de no hacer confusiones y de impedir que otros las hagan. La cirugía necesita destreza manual como el tallado; no hay que exigirle milagros de otra índole.

La vida no depende de las criaturas sino del Supremo Hacedor.

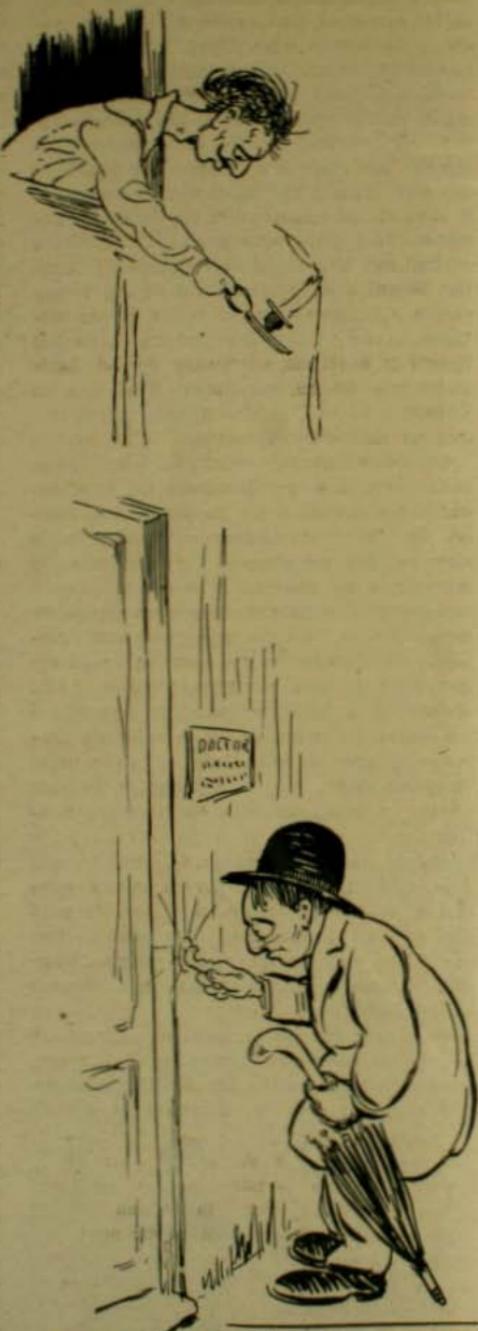
En los centros científicos mundiales, con los cuales mantengo relación de correspondencia; pero sin pertenecer a ellos en calidad de miembro honorario, por mi escaso bagaje de conocimientos, se han hecho últimamente, curiosas observaciones sobre los ingenieros y arquitectos y los médicos. Se dice, con cierta razón, que un ingeniero constructor de "docks", canales de regadío o vías férreas y un arquitecto edificador de obras públicas o privadas, pueden ser personas sin fibra humana alguna. Si a sus obras no les duele nada; ellos no tienen por qué condolerse de sus deterioros o perturbaciones. Si por ejemplo se avisa a media noche a un ingeniero que un muelle hecho por él está agrietándose o que un puente ha perdido un machón, es perfecta-



Hemos tenido este diálogo con una eminencia en el cielo.

mente natural que se dé una vuelta en la cama y continúe durmiendo. Pero con los médicos debería ocurrir muy diversa cosa. Ellos están encargados de las dolencias de los hombres y si un hombre tiene su organismo descompuesto, a cualquiera hora por intempestiva que parezca, tiene derecho para exigir se le atienda. Examinados los médicos por la parte de adentro se ha observado con estupor que no tienen mayor sensibilidad nerviosa que un ingeniero o un arquitecto y ésto ha dado que pesar mucho a los hombres de ciencia. Así solamente puede explicarse que cuando una persona se está muriendo, un médico puede negarse a correr a su casa dando por razón de que no la conoce, que está con mucho sueño a causa de una mala noche anterior o que no tiene hábito de curar de noche por haber ya logrado reunir una determinada suma en bonos que le permite lamentar menos los sufrimientos de los semejantes. Estos centros científicos, entre los cuales figura el Foco Imperial Nervioso de Dresden y la Real Asociación de Seres Humanos de Milán, se ocupan de estudiar una operación quirúrgica previa para todo médico recién recibido, la cual consistiría simplemente en cortar el nervio metálico y colocar algunos nuevos nervios sensitivos. Hay, sin embargo, un viejo naturalista dinamarqués, candidato al premio Nobel, el cual sostiene que bastaría hacer cada quince días inyecciones hipodérmicas de lágrimas humanas a cada médico en ejercicio.

En Chile no creemos que estos medios sean absolutamente prácticos. A lo menos podemos contar con otros. En un país en que basta que un comerciante deseoso de liquidar sus negocios, prenda fuego al edificio en el cual arrienda un almacén, para que trescientas personas diputados, senadores, gerentes de banco y empleados, vayan vestidos con casco negro y uniforme rojo, verde o azul a apagar gratuitamente, y a media noche, las llamas liquidadoras; no parece imposible crear un cuerpo de bomberos sanitarios destinados a levantarse a cualquiera hora de la noche para correr en auxilio de sus semejantes. Es verdad que hay muchos que se levantan; pero no puede negarse la existencia de campanillas eléctricas y golpeadores de puertas que se descomponen con rara frecuencia. ¿Qué diremos de los teléfonos con el fono descolgado?



Son permitidos todos los medios eficaces para conducir un médico hasta el domicilio del enfermo.

Para evitar estos pequeños escollos de la puerta de calle, podríamos ir preparando un proyecto de ley concebido más o menos en estos términos:

Artículo Primero. Todo hombre tiene derecho a la vida, mientras le dure, y a procurar, para este objeto, todos los medios que, ya sea por ilusión inveterada o por convicción o por cualquiera otra causa, le parezcan adecuados para conservarla.

Artículo 2.o Estando ya manifestado que, apesar de los dicterios populares de "mata sanos" con que se ha señalado a los médicos en todas edades, son éstas las personas que tienen más probabilidades de conocer las causas de un cinco por ciento de las dolencias humanas, se declara obligatoria la asistencia médica a toda persona que la solicita.

Artículo 3.o Son permitidos todos los medios eficaces para conducir un médico hasta el domicilio del enfermo. Queda tolerada la agrupación subversiva frente a la casa del facultativo recalcitrante, la fractura de puertas, chapas, cerrojos, vidrios y tabiques que aislen al médico de los solicitantes.

Artículo Transitorio. Si a causa de la vigencia de esta ley se encontrare algún médico en situación de no tener qué comer o de poder procurarse un techo bajo el cual dormir, se obligará a todas las personas a las cuales haya asistido en los últimos doce meses y que sobrevivan en el momento de la presentación judicial a pagar, a prorrata de sus haberes, una suma suficiente para estos fines.

No se me oculta la cantidad de abusos a que daría lugar esta ley. Desearía que se me citara una sola que no haya servido para cometerlos. Yo conozco el caso de un hombre que creía morirse y que estaba separado solamente por un tabique de un médico que dormía impasiblemente y cuyo timbre eléctrico no funcionaba de noche. Este hombre hizo perforar el muro y gritó al travez de la cocina de su fonógrafo: "Doctor que me muero". ¿Y saben Uds. qué respondió el despiadado? "Que le den estricnina y así habrá dicho la verdad".

En las últimas revistas que he recibido se trata con cierta insistencia de una materia poco conocida: El secreto profesional. Parece un hecho comprobado que en algunos países los médicos guardan cierta reserva sobre las enfermedades de sus clientes. Se dice, por personas que no mienten

jamás por escrito, este secreto es aconsejado por razones de orden social. Un hombre puede morirse cuando le dé la gana o cuando le haya llegado la hora; pero no conviene que todos los que van por la calle sepan aproximadamente el día en que va a fallecer. Esto podrá ser tachado de absurdo; pero yo le encuentro cierta ventaja. Vino una vez un señor a pedirme me empeñara con cierto ministro que había sido mi compañero de colegio (porque yo no sé lo que pasa desde algún tiempo a esta parte, o soy yo que crezco o son los ministros que se achican), para que le dieran el puesto de jefe de resguardo de un boquete de cordillera. "Le advierto, señor, me agregó que el puesto está ocupado *todavía*". estupor mío por la extravagancia de pedir aún en estos tiempos, un puesto ocupado



Vengo de ver a don Fulano, no me ha gustado su situación...

y por la palabra *todavía* que el interesado subrayaba con expresiva y con maliciosa mirada. "El doctor Tal me ha dicho confidencialmente... que es cuestión de días". "Se llama Diaz el empleado?" —pregunté. "No señor, se llama López. ¡Y quién es ese Diaz? Nadie señor, le digo que me ha dicho el doctor que es cuestión de días más o menos para que López se muera". Quedé de una pieza. Al poco tiempo regresó el postulante para decirme con voz conmovedora: Apúrese, señor, en hablar con el Ministro, porque López está muy pálido. Acabo de estar conversando con él una hora y me parece que tiene para poco..."

Yo sé muy bien que si un día entra a la sala de un médico un hombre joven y se abre de buenas a primera con éstas o parecidas palabras: "Sé, doctor, que usted atiende a don Fulano y a doña Zutana, padres de una chica que me gusta y desearía

saber con franqueza, sin circunloquios, sin atenuaciones, sin temer Ud. de que yo me desvanezca al oír una grave noticia, cuánto tiempo les dá Ud. de vida a uno u otra o a entrambos a la vez..." Sé, he dicho que este hombre joven sería arrojado de mala manera a la calle. Pero en cambio ¿quién de nosotros no sabe de qué sufre cada habitante de Santiago? ¿Qué lo dicen los pacientes mismos? Es posible; pero lo dicen mucho más los doctores.

Es frecuente oír a médicos que conversan en salones, tranvías, peluquerías o tiendas: Vengo de ver a don Fulano, no me ha gustado su situación...

—Lo encuentra Ud. mal?

—Mal, sería poco decir, lo encuentro péssimo.

—Y la Fulana sabe el estado de su marido?

—Ni se lo figura.

—Pobrecita.

—Pero ella sufrirá poco...

—También ella?

—Ella va aún más ligero...

Y así sucesivamente. Y no se diga que exagero. Un mi amigo encuentra a otro en la calle que lo felicita efusivamente por el nuevo vástago.

—Vástago? No comprendo absolutamente.

—Lo acabo de saber por el doctor X.

—¡Hombre! Pues lo sabes ante que yo. No almorcé hoy día en casa y supe que Fulana iba esta mañana a consultar al médico. Me voy a hablar por teléfono.

Y es graciosa la conversación por teléfono, ciertamente: "Me acabo de encontrar con Z. que me dá la noticia etc.

ANGEL PINO

VIAJES PINTORESCOS

No escasean los libros sobre la India. Es el país de las maravillas y su vieja civilización seduce a los viajantes tanto como su aspecto actual. (Doctor Mignón). "De París a Zúbarán". Pero pocos libros se han publicado tan hermosos como el que el Doctor Mignon dedica al esplendor de este país. Las agua-fuertes que ilustran esta voluminosa y elegante publicación son verdaderas obras de arte. Se ven realmente en ella las maravillas de la India como nadie las ha sabido presentar.

M. Pierre Marge ha pensado que el auto no servía tan sólo para batir el record de velocidad, y en lugar de cruzar como una exhalación la cinta sruosa de los caminos polvorrientos. M. Pierre sigue su ruta con sabia lentitud, deteniéndose a cada paso para admirar las bellezas que le rodean y no emprendiendo de nuevo su marcha hasta no haberse poseicionado de la magnificencia de los panoramas que con-

tempila. (Pierre Marge: "L'Europe en automóvil", viaje por Dalmacia, Bosnia, Herzegovina y Montenegro.) De este modo recorre también la Europa entera. Ya co y la "Hungria Pintoresca". Hoy publica noscimos sus obras "Vuelta por España" "Viaje por Dalmacia, Bosnia y Herzegovina y Montenegro". He aquí un libro que viene con innegable oportunidad ¡no es cierto? En sus páginas no penséis encontrar la precisión de una guía o la avidez de un manual arqueológico. M. Pierre denomina a su obra sencillamente "Estudios turistas", pero no por eso dejaréis de hallar allí apuntes y datos valiosísimos, lo que prueba evidentemente lo concienzudo de su trabajo y la abundancia de observaciones recogidas durante su excursión. Hermosas vistas y pintorescas fotografías dan nuevo realce y valor a los interesantes relatos del autor, de los que se desprende un perfume de poesía encantadora.





El Doctor Schoneman

Por _____

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

El atentado anarquista producido en Karlsruhe el 15 de Abril de 191..., aun cuando no fué dirigido contra un soberano, tuvo el privilegio de conmover hondamente y por muchas semanas a la opinión pública. No solo fué crecido el número de víctimas, sino que las circunstancias del crimen, aparecieron tan extraordinarias y misteriosas, que a pesar de los hábiles esfuerzos de la policía alemana, no se pudo encontrar ni el menor rastro de los culpables, ni siquiera una explicación verosímil y medianamente seusa-
ta de los hechos producidos.

El XIV cuerpo del Ejército alemán al regreso de unas maniobras, entraba en Karlsruhe por la Avenida Moltke. Al enfrentar la Escuela de Industrias, la banda de un regimiento de granaderos tocaba la marcha imperial. De pronto se produjo en medio de la calle una explosión formidable. Dentro de un radio de veinte metros no quedó vivo ni un solo hombre ni un solo caballo. Hasta mucha mayor distancia todo quedó derribado y maltrecho. El ruido de la explosión fué tan espantoso, que en la ciudad entera se rompieron los cristales de las ventanas, y las personas que se encontraban cerca del sitio del
siniestro permanecieron horas y horas desvanecidas y atontadas.

Pasado el primer estupor, las autoridades

iniciaron con la mayor energía y actividad la investigación del crimen. Había para volverse loco. No se encontraron señales de bombas, ni de explosivos, ni más rastros del formidable poder destructor, origen de la catástrofe, que los fragmentos arrojados en todas direcciones, de hombres, animales, instrumentos de música y arneses militares. Hacia el centro de la explosión, cuanto existiera estaba reducido materialmente a astillas. Muchos árboles de la avenida y del Hard Wold, fueron arrancados de raíz. La mayor parte de los cadáveres eran absolutamente imposibles de identificar.

Aquellos de los sobrevivientes más cercanos al sitio del suceso, no pudieron dar mayores informaciones. Sintieron solo un golpe cerebral; análogo al que se produce cuando se dispara muy cerca un cañón de grueso calibre, pero incomparablemente más fuerte, de tal modo que muchos perdieron el sentido momentáneamente, y no pocos quedaron imbeciles para todo el resto de su vida. La conmoción bastó para matar, fuera del radio de mayores devastaciones, a algunos a quienes no alcanzó un solo fragmento de la explosión.

Todo parecía inexplicable en tan extraño atentado. Los anarquistas dirigen de ordinario sus explosiones contra los soberanos, je-

fes de Estado, primeros Ministros, o en el peor de los casos contra brillantes reuniones de burgueses, como en el Teatro Liceo de Barcelona, o en la Cámara de Diputados francesa. Aquí las víctimas eran pobres e inofensivos músicos, cuyo crimen para el fanático del atentado, debió ser probablemente el tocar la Marcha Imperial.

Tampoco el asesino intentó huir... Los anarquistas no temen, o se imaginan no temer el patibulo, pero procuran siempre escapar de los efectos de sus mortíferos ingenios primero, y de la justicia después.... Pero la explosión de la Avenida Moltke se había producido en circunstancias tales, que su autor debió ser necesariamente la primera víctima de ella.

Pero lo que preocupó más intensamente, y desde el principio a todo el mundo, fué la naturaleza del explosivo empleado, el cual por su extraordinaria potencia y la forma en que produjo sus desastrosos efectos, era sin duda un agente nuevo, completamente desconocido hasta entonces por la enmarañada ciencia de la química. No se trataba tampoco de una bomba ordinaria, pues, como se ha dicho, no pudo encontrarse un solo fragmento o casco de metal entre los infinitos despojos, esparcidos a los cuatro vientos por la espantosa catástrofe.

Un sabio italiano de bastante mérito, avanzó una opinión que logró, en virtud de su misma originalidad, seducir a muchas imaginaciones. No se trataba de una bomba, sino de un fenómeno de naturaleza eléctrica, análogo al de esos rayos en forma de globos de fuego cuyo estallido suele ser tan desastroso, producido allí, por medios que aun cuando inaccesibles a los actuales conocimientos de la ciencia, no eran del todo inexplicables en teoría. Utilizando, por procedimientos desconocidos las propiedades de la inducción, se podía acaso llegar a resultados de ese orden. ¿No había descubierto así Marconi la telegrafía sin hilos?

En Alemania, y muy principalmente en los círculos militares, encontró cierta acogida la extravagante idea del italiano. Los alarmistas se soñaron ya a los franceses dueños de semejante terrible instrumento de matanza, y aun el mismo Emperador, en corta alocución ante los doctores de la Universidad de Jena, deslizó algunas insinuaciones, apenas veladas, acerca de los "probables y nuevos secretos de la ciencia militar, ignorados por los sabios de su Imperio.

Este discurso produjo sensación, aun en

la Bolsa. La Academia de Ciencias de Berlín, se creyó obligada a discutir extensamente el asunto; y por unanimidad rechazó la teoría del sabio italiano. Se trataba si de un nuevo y formidable explosivo (esto era innegable). En cuanto a la falta de fragmentos o cascós de granada, podía explicarse, o bien por el mismo poder destructor del agente empleado, capaz de reducir a polvo impalpable el receptáculo que contuviera el explosivo, o por el hecho de haberse fabricado dicho receptáculo con materiales no usados de ordinario.

Justo es decir, que no sólo la casi totalidad de los sabios de Europa, sino también los profanos, no demasiado fantasmagóricos, pensaron como la Academia de Berlín.

II.

Yo seguía por aquel entonces, pensionado por el Gobierno de Chile, mis cursos de medicina, en la histórica, pintoresca y universitaria ciudad de Heidelberg.

Me había entrado la chiflatura por las investigaciones policiales. Las aventuras de Sherlock Holmes, del ingenioso autor inglés Conan Doyle eran mi biblia y como un nuevo don Quijote, de estos modernos libros de caballería andante, intenté, en no pocas ocasiones, seguir los pasos y sistemas del célebre detective anglo-sajón. De más se está decir que mis ensayos fueron escasos o casi siempre desgraciados.

El atentado de Karslruhe exaltó mi fantasía. Tomé un día el tren y me trasladé a la capital del Gran ducado de Baden, armado de un cristal de aumento y de media docena de sandwichs, para ser inglés en todo. Aquella misma tarde regresé a Heidelberg, sin haber descubierto nada, pero con una teoría nueva en la cabeza.

Publiqué esta teoría, en el "Heidelberger Anzeiger". No había bomba, ni descarga eléctrica inducida, ni nada por semejante estilo. Los hechos producidos sólo eran explicables por la caída de un aerolito explosible.

"Estas estrellas volantes, agregaba yo muy serio, se componen casi todas principalmente de hierro meteórico, pero contienen además otras substancias. ¿Es imposible, acaso que existan también aerolitos formados de una materia desconocida en la tierra y dotados de un formidable poder de expansión, que haya estallado al chocar con la tierra?"

Los astrónomos se burlaron de mi teoría

a mandíbulas batientes. ¿Cómo aquel explosivo, no estalló mucho antes de llegar al suelo inflamado por el terrible roce del aire al atravesar la atmósfera?

La objeción era muy seria, pero supe contestarla. El explosivo estaba alojado en el interior de la piedra, y no había alcanzado hasta él el calor del rozamiento atmosférico. Cité casos de aerolitos inflamados, cuyo interior permanecía frío y a muchos grados bajo cero.

Mi artículo, que fué reproducido por la prensa de toda Europa, me valió muchas felicitaciones y el nombre de "Das Aeroleitic-estronomer" (el astrónomo del aerolito) con que me designaron mis condiscípulos de la Universidad. Este apodo debió parecer a aquellos demonios sumamente espiritual; las risas no terminaban nunca, cada vez que lo recordaban.

Pero, mientras mi nombre y mi artículo, corrían por toda la faz de la tierra, la teoría del aerolito quedó destruida sin remedio.

Un nuevo atentado, o lo que fuera, en circunstancias casi idénticas al de Karlsruhe, pero con resultados no tan funestos, se produjo en la misma ciudad de Heidelberg.... ¿Los aerolitos se vengaban de sus acusadores? ¿Habían las piedras explosivas esperado siglos de siglos para caer después a parres y en comitiva sobre la tierra?

El hecho se produjo en Leopoldstrasse, no lejos del Hotel Victoria, y en una hora en que la calle se encontraba casi desierta. No hubo más víctimas que un chaufer con su automóvil, y un niño al parecer adolescente, cuyo cadáver por nadie reclamado y reducido materialmente a polvo fué imposible de identificar. A esto, al desplome y desperfecto de los edificios circunvecinos y a la sordera y aturdimiento de cuantos vivían a quinientos metros a la redonda, se redujeron las consecuencias del suceso.

Me armé nuevamente de mi lente y de mis sandwichs.... Hasta compré una pipa inglesa y la fumé por horas enteras, con funestísimo resultado para mi estómago, sin adelantar más sobre el negocio que la vez primera.

III.

No muchos días después se produjo el tercer caso.... Y en Heidelberg también. Pero ahora las características del atentado, no fueron las mismas y si se quiere, mucho



: Eran ellos!... Si... No era posible equivocarse

más graves. La bomba había sido arrojada dentro de una habitación del sanatorio del doctor Schönenman.

Conocía yo mucho a este distinguido sabio y filántropo. Poco tiempo después de mi llegada a Heidelberg, tomaba una turde mi bock de cerveza, mientras escuchaba un concierto militar en el Jardín del Castillo. Un hombre de aspecto venerable llamó mi atención.

Era el tal, uno de esos tipos que solo se encuentran en Alemania. De mediana estatura y algo grueso, limpia y rigurosamente vestido de negro, su imponente fisonomía estaba rodeada por una soberbia barba, casi enteramente cana. ¡Esos sabios, humanitarios, filántropos, apostólicos, me parecían ejemplares anticipados de super-hombres del porvenir. Siempre los miré con veneración.

El doctor Schönenman merecía ese respeto. Heredero de una fortuna considerable, dedicó desde muy joven a hacer el bien, no solo su dinero, sino también su tiempo y las facultades de su espíritu. Médico distinguidísimo, se ocupaba principalmente del alivio de esos infelices que constituyen la más tremenda vergüenza y horror de la bu-

manidad, de esos imbeciles en último grado, seres inferiores a los animales mismos, incapaces no solo del raciocinio sino aun de cumplir las funciones más elementales de la vida vegetativa.

La visita de un hospicio de dementes, le sugirió esta idea altamente humanitaria. Desde entonces no economizó ni dinero ni trabajo, ni esfuerzo: fundó en Heidelberg un sanatorio particular, costeado con sus propios recursos y había logrado, según se decía conseguir resultados asombrosos, sino en la curación por lo menos en el alivio de esos monstruos humanos. No les devolvía la razón, pero, por lo menos, solía transformarlos en autómatas dóciles, tranquilos, capaces de llenar sus funciones animales, con el instinto de un perro.... Quien haya visto ciertos rincones de los hospicios, sabrá estimar el milagro del doctor Schönenman. No es raro, pues, que se le indicara para el premio Nobel.

El secreto de sus procedimientos, no era aún conocido del mundo científico, pero la mejoría gradual y efectiva de los desdichados sometidos a su régimen era un hecho que no se podía poner en duda.

Alojaba el doctor Schönenman una veintena de ellos en su sanatorio, pabellón aislado cuyo frente daba a Leopoldstrasse, y su fondo a los bosques y jardines que cubren las faldas de Geissberg.

A ese recinto sagrado del dolor y de la humanidad, había llevado el extraño anarquista de Karlsruhe sus tremendos medios de destrucción. Una noche del mes de Agosto, a eso de las diez, la ciudad se sintió sobrecogida por el ruido de una explosión formidable. ¡Eran ellos, sin duda! Una bomba lanzada, probablemente desde uno de los muchos caminos o senderos del bosque que constituye el principal paseo público de Heidelberg, había estallado dentro de una de las habitaciones del pabellón... Un infeliz demente fué la única víctima, pues cada pensionario poseía una pieza aparte, pero el edificio entero sufrió bastante de los resultados de la explosión.

Como en las anteriores ocasiones fué imposible encontrar vestigio alguno de la máquina infernal.

El cuerpo de la víctima era solo un haciñamiento informe y horrible.... La cabeza había materialmente volado. Un fragmento del cráneo, apenas mayor que una moneda de cincuenta pfenings, fué encontrado al día siguiente en una avenida de Geiss-

berg, a trescientos cincuenta metros del sitio del suceso.

Sin las precauciones adoptadas por la policía, toda la ciudad se habría trasladado al sanatorio, pero se dictaron órdenes muy severas para impedir la aglomeración de público. Trabajo me costó a mí mismo, a pesar de mi celebridad como autor de la fracasada teoría del aerolito, para llegar con mi lente a auxiliar las investigaciones de los detectives oficiales...

Como antes, nada, absolutamente nada pudimos sospechar siquiera. Vestigios no había ninguno. Registramos los caminos del bosque que dominaban el sanatorio, con la esperanza de ver alguna huella o señal que nos pusiera sobre la pista. Quien solo conozca este negocio de las huellas por las obras de literatura policial, se lo imaginará muy fácil; pero otra cosa es en la práctica. Evidentemente muchísimas personas habían traficado por los senderos del Geissberg, pero en nada se distingue la huella del que ha lanzado una bomba de la huella del hombre más honrado y pacífico del mundo.

IV.

Comentábamos aquella noche, con el jefe de policía von der Barth, nuestro mutuo fracaso, en el café-restaurant de Heberlein, cuando de pronto me asaltó un pensamiento soberbio.

—Si llamáramos a Sherlock Holmes, exclamé.

—¿Está Ud. loco? —me repuso mi interlocutor.—Cree Ud. acaso que existe un Sherlock Holmes en el mundo... Ese es un personaje de novela, inventado por Conan Doyle... sin duda con el dañado propósito de despreciar a la verdadera policía.

—No opino como Ud., dije yo con mucha calma. Creo en Sherlock Holmes, como en el mismo Jorge V. Una persona tan seria como M. Conan Doyle, habría de estar inventando mentiras y dando petardos a las gentes.... Quite Ud. allá... Yo sé lo que vale la formalidad británica y la palabra de un inglés.

El jefe de policía se rió... Los alemanes se rien por todo.

—¿Y dónde va Ud. a buscar a su Sherlock Holmes? —me dijo por fin...

—Le escribiré a su casa.... Es cuestión de diez minutos. El vive en Londres, Baker Street N.º 221... Usted puede comprobarlo leyendo las primeras líneas del capítulo I del

libro que se titula "Un estudio en escarlata".

—Pero ¿Y si Sherlock Holmes ha muerto? —objetó el coronel, sin dejar de reír. Hace años que no se dice nada nuevo acerca de sus hazañas.

Apenas el jefe de policía había dicho estas palabras, penetraron en la sala dos personas cuya fisonomía no me era desconocida; Dónde diablos he visto a este par de individuos? me preguntaba.

Al fin me di una palmada en la frente. ¡Eran ellos!... Sí.... No era posible equivocarse. Ese hombre alto, delgado, pálido, musculoso, de nariz aguilena y ojos grises y penetrantes... era Sherlock Holmes.... y aquel gringuito sonrosado, vulgarote, de bigotes rubios y aspecto candoroso, no podía ser sino el inevitable doctor Watson, cuya clientela profesional, se veía ahora como en tantas ocasiones, privada de sus servicios; mientras él andaba con su túnica bien ponderado amigo, deshaciendo entuertos, por todos los condados de las Islas británicas.

¡Eran ellos sí, tales como nos los ha pintado la pluma de Conan Doyle, y el lápiz de los dibujantes de "Strand Magazine".

—He allí a Sherlock Holmes, le dije por lo bajo a mi compañero.

El alemán se restregaba los ojos, como quien cree estar despertando de una pesadilla....

—Es extraordinario,—dijo.—Qué coincidencia!

Nos acercamos a los forasteros.

—¿Es el señor Sherlock Holmes, a quien tenemos el honor de hablar?—pregunté yo en el mejor inglés posible.

—Sí, señor. ¿En qué puedo servirlo?

Nos presentamos mutuamente con todas las reglas de la etiqueta inglesa.

—Así, pues,—dijo el jefe de policía,—ustedes han venido desde Londres con motivo del horroroso y extraño atentado de que acaba de ser víctima el Sanatorio del doctor Schönenman.

—Sí, señor,—repuso Holmes.—Al leer ayer los diarios, me impuse de lo ocurrido, e invité a mi amigo el doctor Watson para que vinieramos.... El, como en otros casos, dejó sus enfermos a un médico vecino, y aquí estamos.

—Usted, señor Holmes,—me aventuré a preguntar,—se habrá formado ya sobre estos extraños atentados, una teoría particular...

—Nada de eso.... Mientras yo no paseo mi cristal de aumento por el sitio de un

crimen, y sus alrededores, no me avanza jamás en el terreno de las hipótesis antojadizas. El estudio de esos pequeños detalles, invisibles para el ojo vulgar, es el cimiento sobre que levanto el edificio de mis deducciones.

Sherlock Holmes es un tanto "latero" y un sí no es infatigado de sí mismo. La culpa la tiene ese cándido del doctor Watson, que lo escucha como al evangelio, y lo admira como a un ser sobrenatural.

Se extendió, pues muy largamente, el célebre "detective" inglés sobre sus procedimientos y sistemas, mientras fumaba una tras otras, pipas cargadas con ese insopitable tabacazo de marinero, de que Dios me libré.

De pronto se detuvo en su arenga, y me miró fijamente....

—Vea, señor,—me dijo,—como una prueba de mis facultades deductivas.... puedo asegurarle, que es Ud. pariente de un ex-Ministro.

Watson paseó por la concurrencia una mirada de triunfo....

—No comprendo,—dijo yo,—cómo puede Ud. haberlo adivinado.... El hecho es efectivo.

Holmes se sonrió muy satisfecho.

—No lo comprende Ud.?... Sin embargo, es lo más sencillo. ¿No es Ud. chileno?... Así por lo menos lo han afirmado los diarios al comentar su excéntrica teoría del aerolito.

Sí, señor....

—Un chileno, y del rango social, a que Ud. parece pertenecer.... es imposible que entre sus parientes no haya tenido un ministro.... Según mis informes en Chile casi todo el mundo llega a serlo....

No supe si encjarme o reírme de esta salida.

—Este gringo no es tonto,—pensé para mí adentro.

—Sí a ustedes les parece,—continúó Holmes, después de saborear su triunfo,—podemos ir acercándonos al sitio del atentado.

Y allí nos dirigimos todos.

V.

Pasamos primárramente a saludar al doctor Schönenman, quien nos recibió con esa amabilidad digna y majestuosa que le caracterizaba. Sobre la mesa de su despacho se encontraba extendida una colección de objetos heterogéneos que la policía alemana había juz-

gado oportuno recoger entre los despojos de la explosión.

Holmes los examinó minuciosamente por el espacio de una media hora larga. El trozo de cráneo proyectado a trescientos metros, llamó ante todo su atención.

—Fíjese Ud... en sus procedimientos... observe cómo no se le escapa detalle alguno... No hay indicio que él considere insignificante...

Una letanía por este estilo hube de escuchar pacientemente a intervalos regulares de los labios del doctor Watson, mientras duró aquel fastidioso e interminable examen.

—Vamos ahora al sitio mismo,—agregó Holmes.

Una vez en la pieza teatro de la catástrofe tuvimos que presenciar una investigación tanto o más larga que la anterior.

—Es posible, pensaba yo, que este pobre doctor Watson, encuentre algún atractivo en pasarse horas y horas mirando cómo este señor pasea sus ojos y su lente por las paredes y el suelo de las piezas? Y para esto, abandona su clientela, exponiéndose a que aburridos sus enfermos, busquen otro médico más asiduo en el cumplimiento de sus obligaciones.

Como se ve yo me iba desengaño y no poco de mi héroe.

De la pieza en que estallara la bomba, bajamos al jardín, cuyo fondo como hemos dicho alcanzaba hasta las faldas del Geissberg.

—Supongo que no habrán permitido a nadie la entrada desde que ocurrió la explosión,—dijo Holmes.

—Nos ha sido imposible evitar en absoluto la afluencia de gente.... Además, en este caso el jardín no tiene mucha importancia. La bomba debe haber sido lanzada desde uno de esos senderos del bosque, allá arriba....

Y al decir estas palabras, el jefe de policía nos señalaba los oscuros macizos de pinos que se alzaban tras de las tapias del jardín, por las faldas del Geissberg.

—Y por qué no desde el jardín?—insistió Holmes.

—Por dos razones: en primer lugar esas tapias son muy altas, y es del todo imposible encaramarse a ellas, sin el auxilio de una escalera. No hemos encontrado rastros de semejantes cosa y es además poco probable que un hombre tan listo como parece ser el autor de estos atentados, se haya imaginado tener mayores facilidades para dis-

parar la bomba desde aquí abajo, y encerrado en un jardín, cuando desde el primer sendero del bosque, colocado, como Ud. ve, casi a la altura de la ventana, el asunto es mucho más sencillo.

Holmes movió la cabeza en señal de duda.

—Vamos al sendero,—dijo.

El camino en cuestión bordeaba las faldas del Geissberg, por detrás de las tapias del jardín, a la altura de un tercer piso, como ya se ha dicho. El detective inglés lo recorrió dos o tres veces en ambos sentidos, guardando de paso en el bolsillo diversos guijarros de todos tamaños.

Nosotros le mirábamos hacer, no sin extrañeza....

Se entretuvo después en disparar las piedras recogidas contra las paredes del Sanatorio, algunas con tan mala suerte, que habría roto dos o tres cristales, de las ventanas, si estos no estuvieran ya convertidos en añicos de resultados de la explosión.

—Vamos donde el doctor Schönenman,—concluyó con su acento cortante e imperativo.

El venerable filántropo nos invitó a visitar su establecimiento. Aparte de la pieza de la explosión, las demás no habían sufrido gran cosa. Los infelices dementes parecían no haberse dado cuenta del peligro.

—Son verdaderos autómatas,—nos dijo el doctor, tan insensibles al miedo, como a la alegría o al dolor. Obedecen mecánicamente con la docilidad de un perro las órdenes que reciben.... Así, estos idiotas pueden llegar a ser útiles para la sociedad. Uds. van a verlo....

Entramos en el aposento de uno de ellos. Su desdichado inquilino se ocupaba en mover una complicada máquina de coser zapatos, con la misma precisión del mejor obrero....

—Se adaptan maravillosamente a cuanto es mecánico y automático, nos explicó el doctor Schönenman. Este hombre continuará trabajando, todo el día, y mientras no se le ordene otra cosa, pero sin darse cuenta de nada, porque es incapaz del más insignificante raciocinio, ni de concebir una idea abstracta.... Podemos hablar delante de él, con la misma libertad que si tuviéramos delante a un caballo....

El doctor silbó....

—Ven acá Tom, dijo al idiota.... Deja esa máquina y ve a la cocina.

El otro obedeció como lo habría hecho el más inteligente mono sabio del circo Barnum.

—Si Uds. hubieran visto a este individuo hace sólo algunos meses,—continuó el doctor,—estimarian los beneficios de mi procedimiento.... Este Tom, era el microcéfalo más brutal e ingobernable del hospicio de Daronstad. Sólo pudo aprender a comer, pero nada más que a comer. El resto de sus funciones orgánicas estaba tan descompuesto, como su inteligencia. Ahora es por lo menos un excelente y útil obrero.

—Un obrero que no dará mucho que hacer a los sociólogos ni se habrá de declarar en huelga,—observó Holmes.—Verdaderamente, es admirable.

—Y no piensa Ud., doctor,—dijo el jefe de policía, publicar ya los resultados de su maravilloso descubrimiento?

Acaso fué una ilusión, pero me pareció que sobre el rostro del doctor se extendía una ligera palidez.

—No es aún tiempo,—se limitó a contestar.

VI.

Era ya la hora de comer: nos despedimos pues, del doctor, y volvimos al café restaurant Hochelin.

—He visto —Hablemos, pues...—dijo Schoneman, mientras el sudor corría por su frente.

cuanto me interesa, y esta noche regresaremos a Londres,—dijo Sherlock Holmes al sentarse a la mesa.

Y, embebido en sus pensamientos, no volvió a pronunciar palabra, durante toda la comida.

Watson parecía humillado.

A los postres se despidió el jefe de policía y quedé solo con los dos ingleses.

—En verdad este es un caso inexplicable—dije, sin más objeto que el de romper un silencio ya mortificante.

—Nada hay inexplicable bajo el sol,—repuso Holmes secamente.—El negocio presenta en verdad puntos oscuros, cuya solución acaso yo tendremos nunca, pero en

cambio, hay en él otros aspectos muy claros.... Yo estoy sobre la pista, pero he resuelto no seguirla.

Watson y yo no pudimos sofocar un grito de admiración.

—La policía alemana, no sabe lo que se pesca,—continuó pausadamente el odíbre detective inglés.

—¿Por qué no iluminarla entonces?—dije.

—No debo hacerlo,—contestó Holmes con resolución.

Nos dirigimos a la estación; pues era ya la hora de tomar el tren. En el camino mi cerebro trabajaba por descubrir el secreto de la conducta de mi ex-héroe.—Sería acaso un farsante? No podía resolverse a con-

venir en ello. Preferí imaginar, que el detective inglés tenía motivos patrióticos para obrar en esa forma. ¿No se había sospechado la existencia de una nueva y poderosa máquina de guerra? Acaso era la Inglaterra poseedora de ese descubrimiento formidable? Nada cuesta a la imaginación latina lanzarse por semejantes extraños.



Holmes pareció adivinar mis pensamientos, y mientras su inseparable y dócil Watson, hacia cola junto a la ventanilla de la boletería, el raro personaje me dijo al oído estas palabras sublimes:

—Vea señor de F.... Yo tengo motivos especiales para no continuar esta investigación, pero le repito: creo estar sobre la pista y voy a ponerlo a Ud. sobre ella. Nadie ha penetrado en el jardín del Sanatorio Schoneman para arrojar una bomba.... En esto y solo en esto tiene razón la imbécil policía alemana. Pero tampoco el explosivo ha sido lanzado desde los senderos del Geissberg.... A cincuenta metros de distancia no se disparan bombas contra una ventana abierta.

con esa seguridad y precisión.... Como usted vió, hice el ensayo... La máquina infernal estalló en aquella pieza, porque estaba allí....

—Luego,—dijo yo espantado,—Ud. sospecha del... del doctor Schöneman... ¡Es absurdo!

—Nada de eso.... Y he aquí lo más obscuro del caso... Pero esos imbéciles dan mucho que pensar... Individuos así lo explican todo o casi todo. Poner una bomba en sus manos usual es más fácil: ordenarles en seguida que la arrojen aquí o allá, tampoco es difícil. Ellos lo harán sin darse cuenta, pues son incapaces de la más insignificante reflexión....

—¡Pero el doctor Schöneman?... ¡Para qué haría semejante barbaridad...

—El doctor Schöneman tiene ayudantes.... agregó Holmes... Debo darle, sin embargo un buen consejo... No se mezcle en este negocio sino quiere volar por los aires, como los músicos de Karlsruhe.

Y subió en su tren.

VII.

Esa noche no pude conciliar el sueño.

Sherlock Holmes, con sus medias palabras me había sumido en un mar de perplexidades. En balde intentaba reconstituir imaginariamente la historia de esas extrañas ocurrencias.

El doctor Schöneman podía tener un ayudante anarquista, y ser inventor de un nuevo y desastroso explosivo. El miserable se valía de los desdichados dementes para consumar sus atentados. Esto era verosímil. Pero ¡qué hacía ese ayudante criminal, en la pieza de uno de los imbéciles pensionarios del doctor? A la verdad, esta última circunstancia no tenía explicación racional.

Después atravesaba por mi mente un pensamiento insensato. Acaso el propio Schöneman... Estos filósofos, estos hombres de ciencia ¡no suelen ser víctimas de las más absurdas perturbaciones mentales?

El peligro de mezclarse en semejante negocio era demasiado evidente. Sherlock Holmes ya viejo y con muchas libras esterlinas en el bolsillo no quería volver a las andadas... Pero yo era un muchacho, un estudiante y un chileno. ¡A qué, pues, retroceder?

Tomé pues mi resolución.

Esa tarde, a la hora de la retreta, esperé al doctor Schöneman en su banco habi-

tual del Jardín del Castillo... No tardó en venir. Le saludé respetuosamente y me senté a su lado.

Nuestra conversación giró pronto al rededor del tema del día. Los horribles atentados anarquistas.

—Tengo para mí,—dijo el doctor,—que ese inglés, ese Sherlock Holmes, es un sí no es desequilibrado. La conformación de su cráneo, es la de un impulsivo...

—Evidentemente,—repuse yo,—no es Holmes un hombre normal... ¡Pero no es el genio, una de las formas del desequilibrio?... Precisamente a este respecto tenfa yo que hablar con Ud... y muy formalmente... Holmes lo sabe todo...

Fué un escopetazo a traición... Ni un rayo caído a los pies del doctor, hubiera causado un efecto más fulminante... Una palidez mortal se extendió por el rostro del filántropo. Creí que se iba a desmayar.

—Sus facultades deductivas son maravillosas. Y su espíritu de observación más estupendo aun,—continué yo...—No habría creído Ud. imposible que tal cosa, extravagante como es, pudiera llegar a descubrirse?...

—Inverosímil!...—exclamó el doctor.

—Y sin embargo es la verdad... Holmes, le repito, lo sabe todo... pero, por razones que Ud. fácilmente comprenderá, ha vuelto a Londres, sin decir una palabra a la policía... Me confió, si, privadamente a mí el resultado de sus descubrimientos, y me autorizó para hacer de esta confidencia, el uso que creyera oportuno...

—Hablemos pues... —dijo Schöneman, mientras el sudor corría por su frente.... ¿Cuánto necesita Ud?... Yo... no soy un criminal...

—Ni yo soy tampoco un maestro cantor,—le repuse vivamente...—Yo no necesito su dinero...

Aquí me detuve, no sabiendo cómo continuar. Temía dejar entender a Schöneman cuán poco sabía en realidad.

—¿Qué espera Ud. de mí entonces?—interrogó el doctor.

—Necesito una garantía de que semejantes hechos no han de repetirse en lo sucesivo...

—¿Una garantía?—preguntó asombrado el doctor... Bien sabe Ud. que no puedo darla.

No me inmuté ante esta inesperada salida.

—Pero, algunos precauciones no son imposibles. Al menos para evitar las peores consecuencias de semejantes explosio-

nes,—objeté yo, sin aventurarme demasiado.

—Y se imaginarán Uds.—repuso él animándose,—que yo no las tomo... Las apariencias acaso me condenan, pero no soy un criminal, se lo repito. Cuando ocurrió el terrible suceso de Karlsruhe, yo mismo no sabía aun que el cerebro de esos desgraciados era explosivo,—añadió bajando la voz.

Tuve el heroísmo de permanecer impasible. Guardé silencio por unos segundos y en seguida pregunté:

—Pero qué hacía, entonces, ese desventurado al paso de las tropas en la Avenida Moltke?

—Le había enviado con uno de mis ayudantes. Era un ensayo de carácter científico. Los resultados obtenidos por mí en el alivio de la demencia, no me satisfacían del todo. Quería hacer de esos desdichados algo que se pareciera más a un hombre... Interesarles por un espectáculo capaz de conmover a la vez su imaginación y sus sentidos. Un gran despliegue militar me pareció lo más adecuado al efecto. Mandé pues a uno de mis pensionarios, con Grünberg, el único de mis auxiliares que, gracias a esta circunstancia, sospecha alguna cosa... El error de Grünberg fué dejar abandonado al infeliz en medio de la avenida, mientras él se fué a visitar a unos parientes que tiene en Karlsruhe... Luego, y aquí entramos en el terreno de las hipótesis, al pasar la banda de músicos tocando la marcha imperial, el pobre imbécil, no se descubrió, como se acostumbra hacerlo en Alemania... Algún patriota demasiado celoso, quiso botarle el sombrero de un bastonazo... Pegó demasiado fuerte... y el cerebro explosivo del infeliz... hizo volar cuanto existía a veinte metros a la redonda.

Al principio yo no me di cuenta de ello, pues, le repito, no me imaginaba siquiera que la masa cerebral, tratada con mi heliofosfato, adquiriera tan terrible propiedad. Crey como todo el mundo en una bomba... Lo otro era demasiado absurdo.

Cuando ocurrió el segundo caso, el del automóvil, vine sí a concebir sospechas. Estudié el punto y he dado con la explicación química del negocio.

El helio es un cuerpo mal conocido aún. Todos saben cómo se desprende del radium... Mejor dicho, el radium se transforma paulatinamente en helio. Ahora bien el fósforo en presencia de una pequeña cantidad de helio, goza de la propiedad tremenda de transformación instantáneamente

y todo él en helio, al más ligero choque. Adquiere así un volumen un millón de veces mayor que el que tiene en estado de fósforo, y en consecuencia la terrible fuerza expansiva, cuyos efectos hemos podido apreciar.

El secreto de mi tratamiento de la microcefalia, no consiste en aumentar el volumen del cerebro (ello es imposible), sino su proporción de fósforo. Consiguió esto mediante la inyección de un producto de mi invención, que llamo heliofosfato, pero cuya composición a nadie revelaré...

No, señor, U.d. no puede imaginarse cuánto he sufrido al descubrir todo esto... Después de tantos años de trabajo, sólo había conseguido dotar al mundo con un nuevo y más terrible azote de destrucción... yo un humanitario... un filántropo... un pacifista.

Pero el mal está hecho, y no tiene remedio. Mientras exista uno solo de esos idiotas de mi establecimiento, mientras no haya muerto el último, cada uno de ellos, es sólo una inconsciente y terrible máquina infernal.

¡Dios me perdone!... Pero, cuando el doctor Schönenman se alejó... quedé francamente convencido de que el pobre señor había perdido el juicio... Todo aquello era demasiado absurdo.

VIII.

Resolví hablar del negocio con el jefe de la policía, pero no lo encontré aquella noche. Dejé, pues, para el día siguiente mi confidencia.

Pero esa mañana Heidelberg despertó al ruido de una explosión lejana... mucho más formidable que las anteriores. Luego se supo que ella había tenido lugar en la parte más solitaria y escondida del bosque a dos leguas de la ciudad, más allá de Kraustein.

Al amanecer el doctor Schönenman, acompañado de todos sus pensionistas, había salido de Heidelberg en dirección al campo, y allí, en una remota hondonada de la selva, el distinguido filántropo había encontrado un fin terrible, junto con los desventurados, a cuyo alivio dedicara tantos desvelos.

El Sanatorio estaba vacío.

Esta vez, como las anteriores, ningún vestigio pudo encontrarse.

Volvieron a levantarse en torno del extraño suceso, las más extravagantes hipótesis.

Yo me guardo mi secreto. Temí que publicándolo, se dudara de la sanidad de mi cerebro. Por otra parte, ¡había dicho la verdad el doctor Schöneman?

Esta duda horrible continúa trastornando mi cerebro...

Pero el hecho, el hecho eloquente, es que los extraños atentados no han vuelto a repetirse.

Así, sigo creyendo firmemente que el desventurado filántropo no encontró mejor medio de liberar a la humanidad, del formidable peligro que inocentemente creara, que el de perecer en compañía de sus pobres imbéciles bombas animadas, en un rincón solitario de los bosques de Kraustein.

M. de F.

ARISTOCRACIA DE HEROES ARTICOS

Cuando el invierno recrudece y la nieve blanquea las montañas, hay hoy muchos que así como en otro tiempo se preparaban sus maletas y se iban en busca de tierras más hospitalarias donde brillara el sol y con él el calor y las flores, parten ahora hacia las regiones en que el hielo es más duro y las heladas más penetrantes. He aquí el triunfo del sport invernal, tan en boga hoy día.

M. Max Nordau cree ver en esto, según expone en la *Revue* un "singular aspecto prehistórico": "un abandono manifiesto de la forma de vida en las regiones meridionales y una evidente tendencia hacia el método de vida en el norte. Cuando después de la aparición del hombre sobre la tierra, indudablemente hacia fines del período terciario, se inició la época glacial, entonces los débiles y los flojos se salvaron de la muerte, persiguiendo ansiosamente el calor que se retiraba muy lejos hacia el sur; y allí en los trópicos se vieron ya en completa seguridad, libres de la mordedura de los hielos. Pero los ancianos y esforzados aceptaron decididos la lucha con el enemigo; hicieron frente al coloso de los hielos, lucharon con él desde la cuna al sepulcro y si no lograron derribarle, al menos no sucumplieron a sus golpes de muerte. Los que no estaban conformados para la lucha, cayeron; los que quedaron, fueron fieros, como el huracán del Septentrión que sacudía sus bucles de oro, duros como el hielo que se encrespaba en su derredor; La guerra

continua con el frío produjo una raza de héroes, que estaban por encima de todas las miserias y peligros, capaces de bajar al sur como conquistadores invencibles, sometiendo a su dominio cuantos pueblos encontraban en su camino. A este prototipo antropológico del campeón polar, pretende, sin darse cuenta, remontarse la clase superior.

La clase superior, dice Max Nordau; en efecto el sport de invierno exige tiempo y dinero de que la generalidad no dispone. varía su superioridad sobre el pueblo.

"Hoy día ya las excursiones de invierno por la nieve y el hielo son signo evidente de distinción. Andando el tiempo se desarrollará una nueva raza de héroes árticos, que al primer golpe de vista se diferenciarán de los plebeyos de piernas cortas y pecho estrecho que se ven en las tiendas y oficinas de las ciudades, y la sociedad mundana ávida siempre de exclusivismos apreciará y considerará como antigua a esta nueva raza origin de una verdadera aristocracia inaccesible para el vulgo".

Será esto así? Se olvida M. Max Nordau de que esto tiene el foot-ball, las excursiones a pie, el box y otros sports? Y el amor, Nordau no lo declara. El flirt no pierde sus derechos. Lo mismo se aviene al "ski que al tennis", al "skating", al "bobsleigh o al vals. Los novelistas no tendrán mas que hacer sino cambiar ciertas "situaciones" y variar incidentes, vamos entonces todo va bien.

R.

La Botella Encantada

Por

F. ANSTEY

ILUSTRACIONES DE H. R. MILLAE

CAPITULO VIII.

Alojamiento de soltero.

Horacio se sentía particularmente feliz, al regresar la tarde siguiente a su casa. Su labor había sido provechosa, pues los planos preliminares de la residencia de Mr. Wackerbath, estaban concluidos y despachados a la oficina del opulento comerciante. Horacio estaba seguro de que sus dibujos satisfacerían del todo a su cliente.

Pero no era esto solo, la causa de su felicidad. Aquella noche su casa sería honrada por vez primera con la presencia de Silvia. Ella pisaría sus alfombras, se sentaría en sus sillas, revisaría sus libros y objetos de arte, y todo ello iba a conservar para siempre una parte del encanto de su presencia.... ¿Y si por acaso no viviese? Horacio no podía persuadirse de que tanta dicha fuera una realidad. Su propio compromiso era demasiado hermoso e inesperado para creer en él.

En cuanto a la comida se sentía bastante tranquilo. Los últimos detalles del menú estaban arreglados desde esa mañana, de acuerdo con su patróna; y podía esperar, que sin ser demasiado sumptuoso, hasta el punto de excitar las reconvenencias del profesor, no iba a ser del todo indigno de su Silvia.

Habiera deseado ofrecer Champagne, pero juzgó que semejante vino podía parecer ostentoso a los ojos del profesor. Así, se contentó con un buen Burdeos y una botella de Jerez. En cuanto a las flores, no era posible prescindir de ellas. Algunos ramaletas arreglados como pieza de centro

en un viejo tiesto azul de Nankín, serían de muy buen efecto. Pasó, pues, a comprar algunos crisantemos donde una florista. Era tiempo ya de dar a todo un vistoso, antes de vestirse para comer.

Ocupado con estos pensamientos, llegó a Vincent Square. La plaza parecía mayor que de ordinario, empañada por una niebla tenua. A través del cielo coloreado de un azul de acero, las nubes corrían como barcos impelidos por el viento de una tempestad. Los árboles despojados de sus hojas



Pasó a comprar algunos crisantemos

Jas, se destacaban negros y escuetos contra la atmósfera enrojecida por las luces de la ciudad.

Aquí estaba ya la vieja casa en que vivía. Su aspecto sencillo, pero amoroso y hospitalario no podía pasar desapercibido a los ojos de Silvia. Atravesó la verja de hierro y después de subir en pocos tramos la escalera, entró bajo el pórtico que conducía a sus habitaciones. Pero allí se detuvo, presa de indescriptible estupefacción.... Porque se hallaba en una casa extraña.

En lugar del modesto pasadizo tapizado de papel de imitación mármol, del sombrerero de caoba y del viejo barómetro colgado a la pared, se encontró en un inmenso pórtico de forma octagonal, con arabescos rojos y dorados y tapices ricamente bordados. El suelo era de mármol, y sobre una magnífica pila de alabastro, caía en sonora cascada un chorro de agua fresca, que esparcía un penetrante perfume.

—Debo haber equivocado la puerta,— pensó, olvidando que con su propia llave abría la cerradura....

Se retiraba apresuradamente antes que su crío fuera advertido por los dueños de casa, cuando uno de los tapices se levantó, dejando ver la triste figura de la señora Rapkin, la menos a propósito sin duda para tan espléndido escenario. Su aspecto era lastimero y Horacio, a pesar de su creciente zozobra, tuvo que hacer un sefuerzo para no soltar la risa al verla.

—¡Oh! Mr. Ventimore,—dijo en tono de reconvenCIÓN.— ¡Adónde va usted a parar? ¡Qué se ha propuesto hacer al dar vueltas de arriba para abajo toda la casa, sin habernos hecho la menor advertencia. Si Ud. necesitaba algunas alteraciones, creo que mi marido y yo tenemos derecho de ser consultados.

Horacio dejó caer sus crisantemos en la maravillosa fuente de alabastro.... Ahora lo comprendía todo.... Ya antes debió sospecharlo, sin su obstinación en querer engañarse a sí mismo.

No era posible dudarlo.... La mano del incorregible Genio había andado por allí. Recordó haber hecho en su presencia la inoportuna observación de que su alojamiento era muy reducido.

El bueno de Fakrash tomó inmediatamente nota de ello y con la insaciable munificencia, que era el peor de los rasgos de su carácter, había determinado, a modo

de agradable sorpresa, mejorar el amueblado y arreglo de la habitación de acuerdo con sus propias ideas.

—Era mucha bondad la suya; mostraba, es cierto, un espíritu altamente generoso.... Pero.... Horacio no podía menos de pensar, con amargura, que habría sido mucho mejor, que no se mezclara sino en sus propios negocios.

Sin embargo, la cosa estaba ya hecha, y no tenía sino aceptar la responsabilidad de ella, ya que difícilmente podía confesar la verdad del asunto.

—Estaba seguro de haber hecho a ustedes alguna mención de estos cambios,—dijo suavemente. De todos modos, los trabajos han sido efectuados con más rapidez de la que yo imaginé. ¡Cuánto tiempo emplearon en ellos?

—No puedo decirlo a punto fijo. Tuve que salir de casa para hacer algunas compras. Mi marido también se hallaba ausente. Cuando volví los trabajos estaban concluidos y los obreros se habían marchado.... Es increíble que hayan hecho tanto en tan corto tiempo.... Ud. recordará que sólo para enladrillar la cocina los albañiles ocuparon más de diez días.

—Muy bien,—dijo Horacio, evadiendo tan peligroso asunto. Sin embargo, el hecho es que han cumplido su tarea a entera satisfacción. ¡No le parece a usted así, señora Rapkin?

—Puede, señor,—repuso la aludida, suspirando,—pero las reformas no me agrandan, y no sé que pensarán de ellas mi marido, cuando las vea.

Tampoco eran los cambios del agrado de Ventimore, pero no podía confesarlo.

—Lo siento mucho, señora Rapkin,—dijo,—pero no tengo tiempo para charlar sobre este asunto. Debo subir a vestirme....

—Perdone, señor, pero le será imposible subir.... Se han llevado la escalera.

—¡La escalera! — exclamó Horacio.— ¡Imposible!

—Así me parece a mí también, pero es la verdad.... Venga y convéncase con sus propios ojos.

La patrona levantó los tapices, mostrando a la atónita mirada de Ventimore un vasto salón, sostenido por columnas árabicas, de cuyo techo abovedado pendían muchas lámparas que arrojaban una claridad pálida e indecisa. A la derecha existían aún las dos ventanas del comedor,

porque el Genio no había transformado, a Dios gracias, el exterior de la casa, pero las había sí, cubierto con un enmarañado y costoso tejido de metal. Las murallas estaban incrustadas de arabescos blancos y azules, y a todo al rededor de la habitación, corría una plataforma de alabastro. Diversos arcos en forma de herradura, conducían, sin duda, a otras habitaciones. El centro del pavimento de mármol, estaba materialmente cubierto de riquísimos tapices y cojines bordados de oro y sedas.

—Muy bien,—dijo el infeliz Horacio, sin saber a punto fijo lo que hablaba... ello... ello... parece muy confortable, señora Rapkin...

—No me toca a mí dar una opinión... pero desearía saber dónde piensa Ud. dar su comida...

—¿Dónde?—dijo Horacio. Aquí, por supuesto. Hay muchísimas habitaciones.

—Pero no han dejado una sola mesa,—dijo la señora Rapkin.—Supongo que sus huéspedes no comerán en el suelo.

—Debe haber alguna mesa,—dijo Horacio impaciente. — Oh, usted debe procurarse una. ;Qué gusto de poner dificultades!... Ahora voy a vestirme.

Dejó a la patrona, y entrando por una de las arquerías se encontró en una pieza más pequeña, toda de cedro e incrustada de marfil y nácar, la cual era sin duda su dormitorio. Un espléndido vestido, resplandeciente de oro y pedrería, se hallaba sobre un cojín. El Genio, como se ve, no olvidó detalle alguno, aunque Ventimore habría preferido encontrar su propio traje de etiqueta.

—¿Está usted por ahí, Mr. Rapkin?—gritó mientras recorría su nueva y extraña habitación.

—Señor?... — repuso el llavero, que

venía llegando de sus habituales ocupaciones, más bestia y más borracho que nunca. Así que entró en el estrambótico recinto, sin poder darse exacta cuenta de lo que ocurría, se puso a mirar con ojos vidriosos de pájaro espantado, los extraordinarios cambios producidos en la casa...



ello... ello... parece muy confortable, señora Rapkin.

—Han estado aquí nuevamente, Mr. Ventimore y lo han revuelto todo,—exclamó con ronca voz.

—He ordenado unas pocas alteraciones, como Ud. puede verlo,—repuso Horacio tranquilamente.—;Sabe Ud. dónde puede estar mi frac o mi "smocking".

—;Cómo voy a saber dónde han puesto cosa alguna?... ;Sus vestidos?... Tampoco sé dónde está mi pieza, y mi salón ci-

to, donde he vivido en paz por tantos años... Ni sé dónde está el reposter, ni la pieza de baños, con agua fría y caliente, arreglado todo a mis expensas... ¿Y me pregunta Ud. por su frac?... Me parece, señor, que Ud. se ha tomado a mi costa, libertades que no debía haberse permitido.

—No se enoje Ud., buen hombre,—dijo Horacio.

—Hablo de lo que sé, señor, y creo que Ud. no ha tenido derecho para trastornar, una decente casa inglesa, en esta reducida fantasmagoría.

—No vale la pena de meter tanto ruido,—exclamó Ventimore.

—Una fantasmagoría ridícula, vuelvo a repetirlo, buena para un establecimiento de baños turcos. ¿Querrá alguien arrendar un departamento, arreglado en esta forma extravagante? ¿Qué cuentas voy a dar al propietario?... Esto será mi ruina. Y después que por cinco años, mi mujer y yo lo hemos tratado a Ud. como a un hijo... Vergonzoso, sí, vergonzoso, señor....

—Vea Ud.—dijo Ventimore con sequedad, pues era cierto que Mr. Rapkin había bebido ese día más de lo regular.... Vea Ud., serénesse un poco, y escúcheme.

—Con todo respeto, me permite hacerle presente que nadie tiene derecho para pedírmelo que me serene.... ¿Acaso no estoy en mis cinco sentidos? ¿No guardo mi dignidad de hombre?....

Y al decir estas palabras, el infeliz llavero resbaló y cayó cuan largo era sobre el pavimento de mármol.

—Oiga no más, desde y como pueda,—dijo Horacio.—La gente que ha efectuado estos cambios excedió mis instrucciones. Yo no quería trastornar la casa en esta forma... Todavía más, si el propietario no reconoce que su finca ha sido notablemente mejorada, será un estúpido. De todos modos yo cuidaré que a Ud. no se le siga ningún perjuicio... Si es necesario, restauraré las cosas a su estado anterior a mis propias expensas... Así, no se alborota más por lo que no vale la pena.

—Usted es un caballero. Mr. Ventimore,—dijo Rapkin, levantándose del suelo como pudo... No es posible dejar de reconocerlo... Es Ud. caballero... y yo... soy otro caballero....

—Por cierto que lo es,—dijo Horacio sonriendose, y puede Ud. demostrarlo ahora. Vaya abajo donde su mujer, y digale

que le eche un poco de agua fría en la cabeza; después vistase como es conveniente, y vea donde puede encontrar una mesa o algo por el estilo donde comer, y esté listo para anunciar a mis amigos cuando vengan. ¿Entiende Ud?...

—Todo se hará como el señor lo ordena,—dijo Rapkin, cuyo estado no era tal que le privase por completo del sentido común... Déjelo no más a mi cuenta. Cuidaré de que sus amigos estén confortables, perfectamente confortables... He sido



El infeliz llavero resbaló y cayó cuan largo era.

maitre d'hotel, en el mayor, el más iluso, el más aristocrático de los establecimientos de Londres. ¿Si Ud. supiera a qué familias he servido?... Todo, todo, estará perfectamente arreglado en muy pocos minutos.

Después de ofrecer tales seguridades, bajó en dos trancos la escalera, dejando a Horacio más tranquilo hasta cierto punto.

Pero, ¿dónde iba a dar con su frac y sus vestidos? Volvió a su pieza, e hizo de ella

un nuevo y minucioso registro; pero nada encontró. Por otra parte no podía pensar en recibir a sus huéspedes en traje de mañana, cosa que el profesor podía tachar como despectiva, y que a la señora Fatvoye, y aún a su hija podía parecer una desvergonzada inconveniencia. Se resignó, pues a echarse encima sus vestidos orientales, salvo el turbante, que no halló medios de encajarse en la cabeza.

Así engalanado, volvió al majestuoso vestíbulo, donde con la desesperación que puede suponerse halló que nada, absolutamente nada, estaba preparado para la comida... Buscaba con inquietud una campanilla para llamar a alguien, cuando apareció Mr. Rapkin. Había seguido, sin duda, los consejos de Horacio, pues venía comparativamente fresco y en buen estado.

—Esto está muy mal hecho —exclamó Horacio, —mis amigos no tardarán en llegar de un momento a otro, y nadie hay listo todavía. Usted no se propondrá servir a la mesa, en esa facha, agregó al ver los vestidos del llavero a la verdad nada decente.

—No pienso servir a la mesa, ni con este vestido, ni con ningún otro —dijo Rapkin. Simplemente me voy...

—Muy bien —dijo Horacio.—Diga entonces al mozo que suba... Supongo que ha venido...

—Vino, si señor, pero se fué en seguida. Yo le dije que no lo necesitábamos.

—Usted le dijo semejante cosa! —exclamó Horacio con rabia.—Pero supo reprimirse... Olga Rapkin sea razonable.. Usted no puede exigir que su señora atienda a la vez la cocina y el comedor...

—Ella no atenderá ni lo uno ni lo otro... También se ha marchado...

—Usted debe llamarla, —rugió Horacio con creciente angustia.—¡Por Dios Santo! No sé en qué compromiso me colocan...

Mis amigos están por llegar... Es tarde ya para advertirles, ni para buscar arreglo alguno.

A esto, se sintió un golpe en la puerta de calle, y al mismo tiempo el bárbaro sonido de un gongo oriental de hierro a la puerta del vestíbulo...

—Aquí están ya, —dijo en el colmo de la desesperación...

Por un momento se le ocurrió la idea de salirles al encuentro e invitarles a comer a un restaurante... ¡Pero podía acaso salir a la calle con su extraordinario vestido?... Además no tenía en los bolsillos un solo centavo...

—Por última vez, Rapkin, exclamó... ¡No tendremos entonces qué comer? ¡Nada hay listo?

—Oh! —dijo Rapkin.—Si hay algo listo... Esos bárbaros han traído de todo... Manjares extravagantes, para humillar el arte de mi esposa. Al ver tanto desaire ella se marchó e hizo muy bien!

—Pero necesitamos a alguien para servir a la mesa, —observó Horacio.

—Ya lo creo... Pero usted ha traído sirvientes y aún más de los necesarios... Pero si Ud. se imagina que un inglés honrado y decente va a servir al lado de semejante comparsa de negros vestidos de traje de opereta, se equivoca de medio a medio... Yo me voy a dormir en casa de mi cuñao, y consultaré con él lo que ocurre... El estuve trabajando como portero en la oficina de un abogado, y estudié algo de leyes, así, muy buenas noches... y que su fiesta le resulte buena.

Salió disparado del vestíbulo... Entre tanto Horacio, sintió voces que no eran sino demasiado conocidas. Los Futvoyes acababan de llegar... Por de pronto algo tendrían que cenar, ya que Fakrash, en su manfa de mezclarse en todo había provisto la cocina y la servidumbre. Pero ¿quién anunciaría a los huéspedes? ¿Dónde esta-



Se resignó, pues, a echarse encima sus vestidos orientales.

ban esos sirvientes de que hablara Rapkin? ¿Debería adelantarse a recibir a sus visitantes por sí mismo?

Estas preguntas tuvieron muy luego una respuesta, porque en ese mismo instante se levantaron los tapices de la arquería central, y al través de ella, penetró una

fesor, la señora Futvoye y Silvia, cuyos rostros mostraban una indescriptible sorpresa, al contemplar los esplendores que les rodeaban.

Horacio se avanzó a recibirlos, comprendiendo que no le quedaba otro camino, que poner buena cara a cuanto le ocurría, y procurar por todos los medios que todo terminara sin un irreparable desastre.

CAPITULO IX

"Porsicos odi, puer apparatus"

—Así... Al fin tengo el gusto de tenerlos en mi casa,—dijo Horacio al estrechar calurosamente las manos del profesor y de la señora Futvoye. No necesito decirles, con cuánto gusto les recibo en ella.

El pobre muchacho estaba muy lejos de sentirse tranquilo, y su propia turbación le rendía aún más efusivo que de costumbre. Estaba determinado a no dejar comprender que hubiera nada de nuevo y extraño en su ajuar doméstico.

—Y es este,—dijo la señora Futvoye maravillada y extática, pudiendo apenas mantenerse de pie,—es este el alojamiento de soltero, de que Ud. hablaba con

tanta modestia. Realmente, agregó, con gesto malicioso, Ud. sabe buscarse el confort. ¿No es así Antonio?

—Así es,—dijo el profesor, haciendo esfuerzos para ocultar sus verdaderas sensaciones. Para producir un resultado seme-



Entre esta doble fila aparecieron el profesor, la señora Futvoye y Silvia.

doble fila de gigantescos esclavos, ricamente vestidos, cuyos ojos opalinos y blancos dientes, brillaban en sus rostros de color chocolate, cuando se inclinaban en continuos y respetuosos saludos.

Entre esta doble fila, aparecieron el pro-

jante, debe haberse empleado, si no me equivoco, muy sabias y prolijas investigaciones y considerable cantidad de dinero.

—No,—dijo Horacio, nō... Usted se sorprendería si supiera cuán barato es todo esto.

—Habría sido mejor—repuso el profesor,—no derrochar dinero alguno en un departamento que Ud. solo ocupa a título de arrendatario... En fin... Ud. sabe mejor sus negocios.

—Pero sus piezas son maravillosas, exclamó Silvia, en cuyos bellos ojos se pintaba la más franca admiración... ¡Y de adónde sacó Ud. ese magnífico vestido? Jamás había visto nada tan hermoso.

Ella misma iba sencillamente engalanada con un trajecito verde manzana; su único ornamento era un escarabajo de piedra azul, suspendido de una delgada cadena de oro.

—Les debo mis disculpas por recibirlos en esta facha,—dijo Horacio, con algún embarazo; pero no pude encontrar mi tra-

je de noche, y tuve que ponerme lo primero que hallé a mano.

—No es necesario replicó el profesor, frunciendo el ceño, disculpa alguna por la sencillez de su traje, el cual, por otra parte, está muy de acuerdo con el carácter estrictamente oriental de estas habitaciones.

—Yo sé que estoy fuera de lugar,—dijo Silvia;—no llevo nada de oriental encima, salvo este escarabajo que tiene no sé cuántos siglos de fecha, el pobrecito.

—Si dices, miles de años querida,—corrigió el profesor,—sería más exacto. Ese escarabajo fué encontrado en una sepultura egipcia de la décima tercera dinastía.

—Así que se encontrará aquí como en su casa,—dijo Silvia, con el asentimiento de Ventimore.—No me canso de admirar el buen gusto de Horacio, al transformar en esto una habitación de Londres.

—Sí... pero...—explicó Horacio,—no fué yo mismo quién hizo la transformación.

—El que la hizo,—dijo el profesor,—debe haber dedicado un estudio considerable al arte y la arquitectura de Oriente... ¡Puede Ud. darme el nombre de la firma que ejecutó las alteraciones?

—En verdad no puedo decírselo,—contestó Horacio,—comprendiendo que tenfa por delante un pésimo cuarto de hora.

—¿No puede decírmelo?—exclamó el profesor.—Usted ha ordenado estas extensas y costosas decoraciones, y no conoce la firma que las llevó a cabo?

—Por supuesto... La conozco,—dijo Horacio,—pero, no me acuerdo en este momento... Déjenme ver... ¡Fué Liberty?... No... Estoy cierto que no fué Liberty.... Creo que fué Maple, pero no estoy seguro. El hecho es que resultarán baratisimas.

—Me alegro de oírselo,—dijo el profesor en su más agrio tono. ¡Dónde está el comedor?

—... Me parece... me parece...—dijo Horacio al ver a los negros servidores, extender una alfombra sobre el suelo... Creo... que... es este...

—¿Usted no está muy seguro de ello?—dijo el profesor.

—Dejo este detalle a los sirvientes... Depende de donde ellos ponen las alfombras... A veces en un sitio... a veces en otro... La incertidumbre tiene siempre algo de agradable.

—Sin duda,—repuso el profesor.



De adónde sacó Ud. ese magnífico vestido?

En ese momento, dos de los esclavos, dirigidos por un gigantesco negro, trajeron un muy bajo escabel de ébano, incrustado de marfil y carey y lo colocaron sobre la alfombra; otros servidores les siguieron llevando fuentes cubiertas de plata, que pusieron sobre el escabel.

—El... el... ayuda de cámara... —dijo el profesor— parece haber decidido que comamos aquí. Parece hacer signos de que la sopa está servida.

—Así es,—dijo Ventimore. Sentémonos

—Pero, mi querido Horacio,—observó la señora Futvoye.—Su mayordomo ha olvidado las sillas.

—¿No comprendes acaso,—dijo el profesor,—que las sillas serían un contrasentido en semejante habitación?

—Temo que no haya sillas,—dijo Horacio. Pero tenemos cojines... Tomen ustedes asiento en ellos... Así es más divertido...

—A mi edad,—dijo el profesor irritado,—mientras se arrellenaba en un cojín, la

diversión de sentarme a comer en el suelo, no despierta demasiado mi buen humor... Sin embargo, admito que ello es muy oriental.

—Yo lo encuentro delicioso,—dijo Silvia,—mucho más agradable que una comida tibia, estirada, convencional.

—La originalidad tiene sus límites,—observó el profesor... ;Váyase!... ;Váyase! ¿Qué va Ud. a hacer?... —agregó confundido, al ver a uno de los sirvientes que intentaba echarle agua en las manos.—Su sirviente, Ventimore, parece creer que yo he venido a comer, sin tomarme el trabajo de lavarme las manos... Y este no es el caso, debo advertírselo.

—Es solo una ceremonia oriental,—dijo Horacio.

—Sé muy bien que es una costumbre árabe,—repuso el profesor, pero de aquí no se sigue que semejante... precaución higiénica, esté bien o sea necesaria en una mesa europea.

Horacio no replicó. Estaba muy ocupado, destapando las fuentes para ver qué diablos de guisos tenían dentro. Esta inspección no le dejó del todo tranquilo, con tanta mayor razón, cuanto que no sabía cómo iban a comer...

No había allí cuchillo ni tenedor ni nada por el estilo.

El jefe de los esclavos, solucionó esta última dificultad, indicando con sus gestos que esperaba ver comer a los huéspedes, con los dedos.

La idea no dejó de divertir a Silvia, pero sus padres, apenas supieron disimular su repugnancia.

—Si yo estuviera comiendo en el desierto con un Jeque, señor,—observó el profesor, sabría, creo, conformarme a sus hábitos y prejuicios. Aquí, en el corazón de Londres, estas extravagancias me huelen a innecesaria pedantería.

—Lo siento mucho,—dijo Horacio.—Yo tenía algunos cuchillos y tenedores, pero no sé dónde los he puesto... y los sirvientes no podrán tampoco encontrarlos.... ¡Espero que a Ud. no le desagraderá este pescado, señor profesor.

No sabía a punto fijo qué clase de pescado era, pero estaba frito en aceite de sésamo y aliñado en una mezcla de canela y jengibre. El profesor, no parecía encan-



«¿Qué va Ud. a hacer?»

tado. El mismo Ventimore habría preferido su bacalao con salsa de ostras.

—Gracias,—dijo el profesor—es curioso... no más que curioso... gracias...

Horacio, se consoló pensando que el siguiente plato tendría más éxito. Era un guiso de cordero, aderezado con duraznos, algarrobos y azúcar, que a Silvia le pareció delicioso... Sus padres se abstuvieron de comentarios.

—¿Tiene Ud. algo que beber?—preguntó el profesor.

Uno de los esclavos le escanció inmediatamente un sorbete, perfumado con esencia de violeta.

no quedó muy sorprendido de la actitud de su futuro suegro. Era un vino áspero y muy fuerte aromatizado con almíscle y recina...

—Es un vino viejo, y sin duda muy especial, observó el profesor con afectada cortesía, pero debe haber sufrido un tanto con el transporte... Pienso que sería mejor, dada mi naturaleza, un tanto górica, que me ofreciera Ud. un poco de whisky con Apollinaris, siempre que en esta casa se encuentran esos líquidos occidentales.

Horacio estaba cierto de que sería inútil pedir a sus esclavos Whisky y Apollinaris, bebidas desconocidas en tiempo de Genio. Tuvo pues que resignarse a pedir disculpas.

—No hay de qué, dijo el profesor. No estoy tan sediento que no pueda esperar hasta volver a casa.

Sin embargo, Silvia y su madre alabaron el sorbete y aún hicieron aprecio (o al menos lo fingieron así), al plato que siguió, el cual consistía en arroz y carne picada, servido en hojas de parra.

Vino después un cordero frito en aceite y mechado con algarrobos, moscas, pimienta y cilantro. Despedía además el guiso un olor penetrante a almizcle y agua de rosa.

Sólo Horacio tuvo valor suficiente para atreverse con el cordero, de lo que se arrepintió bastante. Siguieron a este un plato de ave, aderezado con uvas, perejil y migas de pan. El banquete terminó con pasteles de extravagantes formas y aspecto repelente.

—Espero,—dijo Horacio ansiosamente,—que Uds. no hayan encontrado del todo mala esta comida oriental... Es un cambio de la rutina ordinaria...



Si bebiera de esto caería enfermo sin remedio

—Lo siento mucho,—continuó, después de paladearlo... Pero si bebiera de esto caería enfermo, sin remedio. ¿No podría ofrecerme una copa de vino?

Otro esclavo le trajo inmediatamente una taza de vino que el profesor rechazó en seguida de paladearlo, con un gesto de desagrado. Horacio lo probó después, y

—He hecho, gracias a Ud., una comida maravillosa,—repuso el profesor,—no sin ironía... Ni siquiera en el Oriente había probado jamás nada de semejante.

—¿Y fué su cocinera la que guisó estos platos curiosísimos?—preguntó la señora Futyoye... Ud. nos había dicho que era una cocinera común. ¿Ha vivido acaso en el Oriente?

—No... No... en el Oriente precisamente... no... — balbuceó Horacio.— No ha vivido allá... El hecho es, continuó, sintiendo la necesidad de ser tan veraz como fuera posible, el hecho es que la comida no la guisó mi cocinera... Tuvo ella que salir repentinamente... La comida la envió una especie... una especie de contratista... que me proporcionó todo, incluso los sirvientes.

—Estaba pensando,—dijo el profesor,— que para un soltero comprometido a casarse, Ud. sostenga demasiada servidumbre.

—Solo los tengo aquí por la noche,—dijo Horacio.—Soberbios sirvientes en verdad, mucho más pintorescos que los corrientes.

—Encantadores, Horacio, encantadores,—observó Silvia.—Parecen muy humildes y obsequiosos.

—No me corresponde criticar el estilo y método de su fiesta,—dijo el profesor con avidez,—pero estoy tentado a observar que en ella, no brilla ese espíritu de economía que...

—Pero Antonio,—interrumpió su esposa:—no debes poner tachas a tu huésped. Horacio se ha conducido deliciosamente... y si ha sido un poco rumboso, la verdad es que no está obligado ahora a ser demasiado económico.

—Querida,—dijo el profesor.—La perspectiva de una mayor ganancia, en un futuro remoto, no autoriza el derroche...

Si Ud. estuviera en antecedentes,—dijo Horacio,—no llamaría a esto un derroche... La comida acaso no ha sido muy buena, pero no puede llamarse costosa.

—Costosa, es un término muy relativo. Pero creo tener derecho a preguntarle, en qué forma piensa Ud. iniciar su vida de casado.

Como el lector puede admirarlo, era esta una pregunta harto espinosa. Si Ventimore contestaba la verdad, esto es que no tenía intención de seguir proporcionando a

su esposa semejante lujo, se la podía acusar de egoísmo. Si por otra parte, declaraba que continuaría viviendo en tan exagerado esplendor, iba a confirmar las dudas del profesor, tocante a su prudencia y buen juicio.

Y era ese asno viejo de Genio quien lo había envuelto en semejantes llos... Y el dañino demonio se encontraba muy lejos para oír sus observaciones y reproches.

Pero, antes que hubiera satisfecho tan compromitente pregunta, los esclavos habían retirado sin ruido la vajilla, y se presentaban ahora trayendo agua de rosa, en una palangana de plata, que tuvo el privilegio de llevar por otros caminos la curiosidad del profesor.

—No es malo, no es malo este objeto,—dijo, inspeccionando sus arabescos. ¿Dónde lo consiguió?

—No es mío,—dijo Horacio.—Fué tomado proporcionado por la misma persona que organizó la comida.

—¿Puede Ud. darme su dirección?—dijo el profesor, sospechando una ganga en perspectiva,—porque estas cosas son muy probablemente antigüedades, demasiado buenas para ser usadas con propósitos comerciales.

—Estas cosas las mandó, como un gran favor,—dijo Horacio confundido,—un excentrico caballero oriental...

—¿Lo conoce Ud.?... ¿Es él coleccionista?

—Usted no podría dar con él. Lleva una vida muy retirada.

—Me gustaría infinito ver su colección. Usted podía darme una tarjeta para él...

—No,—dijo Horacio, con creciente angustia.—Sería inútil. Jamás enseña a nadie su colección. Es un individuo muy particular... Y ahora está ausente.

—Perdóname si he sido indiscreto.... Pero yo tenía entendido, por lo que Ud. nos dijo antes que este banquete era proporcionado por un contratista profesional.

—¿El banquete?... Sí... Esto vino de un establecimiento... "La Cocina Oriental"...—dijo Horacio mintiendo a más no poder.—Pero no fué organizado por ellos...

A este punto los esclavos parecían invitar a los huéspedes con profundas cortesías, a sentarse en los escaños que rodeaban parte de la sala.

—¡Ah!—dijo el profesor.—Vamos a tomar el café... Bravo muchacho! No me

vendrá mal. Ni tampoco un cigarro... un cigarro suave... para ayudar la digestión... ¿Se puede fumar aquí?...

—Por supuesto,—dijo Horacio.—Aquí y en toda la casa... Vengan acá, añadió, golpeando las manos; tráiganos café y cigarros...

Un esclavo acudió instantáneamente, pero a la verdad no parecía entender...

—¡Café! —dijo Horacio.—Ud. debe saber lo que es café... Y cigarrillos... Bien "chibucs"... entiende. ¡Cómo diablos los llaman.

Pero el esclavo seguía no entendiendo, hasta que Horacio vino a darse cuenta de que

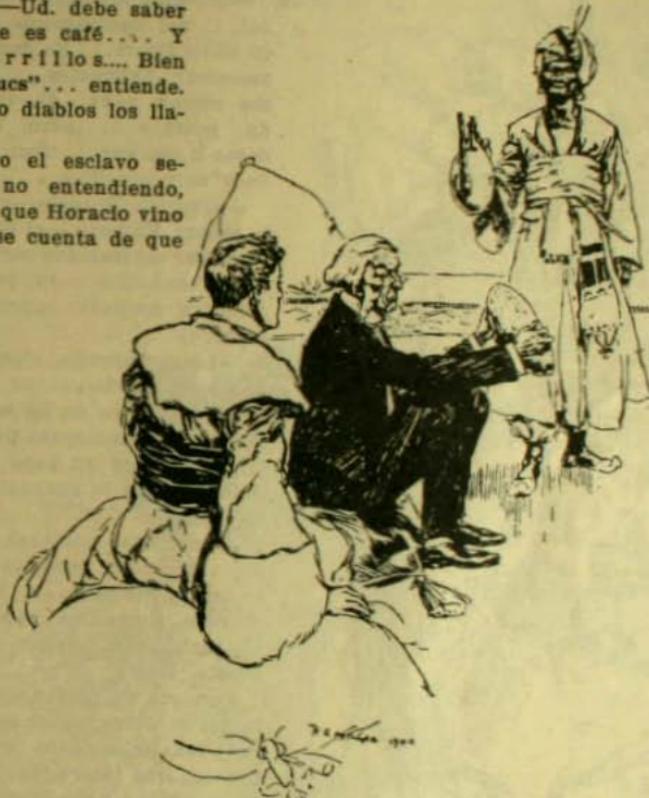
quirió en el remate del pobre Collingham...

Horacio no tenía la menor idea de dónde estuviese la botella, ni pudo tampoco, hasta que el profesor vino en su ayuda con algunas frases antas, dando a entender a sus esclavos lo que deseaba.

Por último dos de ellos aparecieron, llevando la botella con manifiestos signos de miedo, y la depositaron a los pies de Ventimore. El profesor Futvoye, después de calarse las gafas inició el examen del artefacto.

—Es por cierto un objeto de forma nada común,—dijo,—y tan único en su género, como la valija de plata que acabamos de ver. Parece que existe una inscripción en la tapa, aunque con esta luz, apenas es posible sospecharlo.

Mientras el viejo daba vueltas a la botella, Horacio se sentó junto a Silvia en el diván, e inició con ella una de esas conversaciones permitidas entre novios. Bien que mal, el negocio iba pasando sin peores consecuencias. Los silenciosos y nunca vistos servidores, a los cuales no sabía si considerar como genios, o demó-



—Estas cosas son probablemente antiguedades.

el tabaco y el café no fueron introducidos ni siquiera en el Oriente, sino mucho después de la época del Genio... el cual, por tanto, al organizar la fiesta, no había pensado en tales cosas.

—Lo siento muchísimo,—dijo,—pero parece que no han traído. Me quejaré al proveedor... Desgraciadamente no sé dónde he puesto mis propios cigarros.

—No importa,—dijo el profesor,—con un estoicismo demasiado significativo. Fumó muy poco, y el café turco me produce insomnios... Podemos mejor echar un vistazo a la botella de bronce que Ud. ad-

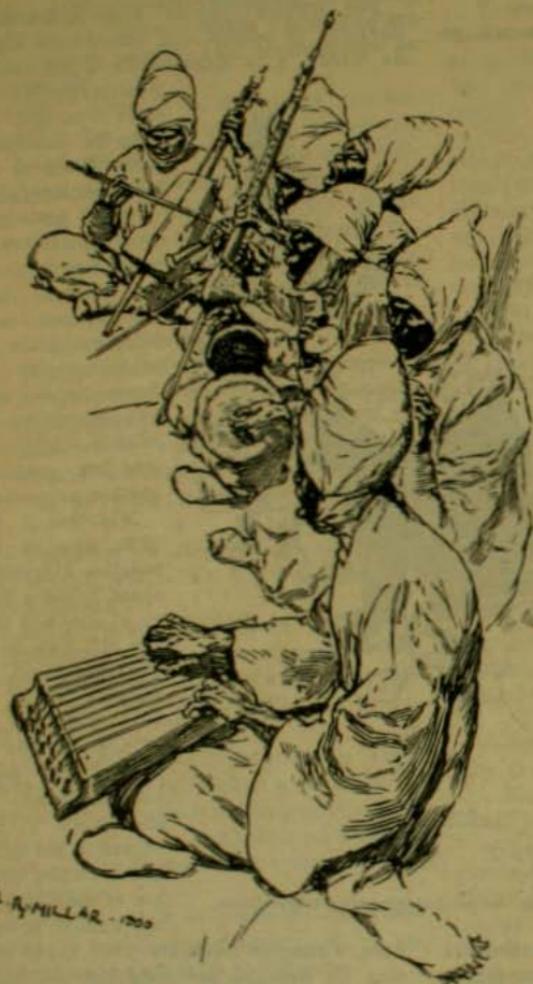
nios, o simples ilusiones, pero cuyos servicios no deseaba por más tiempo, habían desaparecido. La señora Futvoye, comenzaba a dormitar, y el profesor parecía de mejor humor que antes.

De pronto, tras de los tapices de una de las arquerías resonaron sonidos discordantes, bárbaros, desapacibles, variados por los acordes indefinibles de desconocidos instrumentos.

Silvia se acercó involuntariamente al lado de Horacio, la señora Futvoye se despertó sobresaltada, y el profesor dejó a un lado la botella de bronce, con renaciente

irritación.—¿Qué es esto? Qué es esto?—preguntó.—Nos preparaba Ud. una nueva sorpresa?

También era una sorpresa para Horacio, pero no tuvo tiempo de confesarlo.



Se sentaron en semicírculo en un rincón.

Una media docena de músicos negros, entrelazados en blancos ropajes, aparecieron en la sala, llevando varios instrumentos de forma extraña; se sentaron en semicírculo en un rincón, y comenzaron a chillar, la insopportable cacofonía de un canto oriental. Es claro: Fakrash había determinado no omitir medio alguno para el mejor éxito de la fiesta.

—¡Qué sonidos más extraordinarios!—

dijo la señora Futvoye.—¡Querrán estos individuos hacer música?

—Así es,—repuso Horacio.—Bien podría ser la orquesta más armoniosa.... Pero hay que acostumbrar el oído a su manera particular de entender la música.

—Lo presumo,—dijo la pobre señora.—¡También ha iniciado esto el proveedor!

No,—dijo Horacio.—Vienen del... del campamento árabe de Earls Court... Se dedican a amenizar banquetes... No me cobran nada, ni siquiera un penique... pero desean darse a conocer... Son individuos muy sencillos...

—Querido Horacio,—observó la señora Futvoye,—si ellos esperan ser contratados para amenizar banquetes o lo que sea, deberían aprender alguna melodía...

—Lo comprendo, Horacio,—murmuró Silvia,—es mucha bondad la suya en haberse tomado tantas molestias para festejarnos. Diga mi papá cuanto quiera, yo se lo agradezco muchísimo.

Y con estas palabras, la encantadora niña, puso sus manos en las de su novio... Horacio en esos momentos perdonó a Fakrash todo, incluso su orquesta.

Pero era en verdad un espectáculo grotesco, el de esos árabes fantásticamente vestidos. Continuaron interminablemente su monótona composición, hasta que Horacio comenzó a temer por los nervios de sus huéspedes.

Les hizo un gesto, dándoles a entender de que callaran, y se fueran con su música a otra parte.

Ningún arte más difícil y ocasional a malas intenciones que el de la pantomima. Los esfuerzos de Horacio no fueron entendidos, antes por el contrario, los músicos continuaron con más furor y más fuera de tono, su incomprendible melodía. Y entonces sucedió algo peor.

Al través de los tapices, apareció en la sala la figura de una mujer, que comenzó a bailar con lenta y sinuosa gracia.

Su belleza, aunque de marcado tipo oriental, era innegable, aún a la escasa luz que caía sobre ella. Sus vestidos, demasiado diáfanos y ligeros, mostraban formas soberbias. Tenía grandes ojos oscuros, llevaba el pelo adornado con medallitas de oro, y sonreía de ese modo particular a las bailarinas de Oriente, en todas épocas.

A medida que recorría el suelo de la

No había, es cierto, nada de particular en el baile, pero no era ésta la clase de agasajos que correspondía a semejante ocasión. Horacio pensó que si hubiera impuesto al Genio de la clase de huéspedes que esperaba, acaso éste habría usado de más tacto en sus procedimientos.

—¿También viene esta muchacha de Earls Court? —preguntó la señora Futyoye ya completamente despierta.



Recorriendo el suelo de la habitación con sus ligerísimos pies.

habitación, con sus ligerísimos pies ondulando su cuerpo como el de una culebra, los músicos subían más y más de tono, su infernal algarabía.

Ventimores sintió renacer toda su rabia en contra del Genio. Era muy mal hecho de su parte... Debía a su edad, estar más al corriente de las conveniencias...

—¡Oh, no!... —dijo Horacio.—Me la enviaron de la "Oficina de Diversiones"... Me dijeron que era una niña muy correcta... Sólo trabaja así para manatener a una tía enferma.

Tales afirmaciones, eran no solo gratuitas, sino muy poco propias para convencer a nadie.... Pero el pobre muchacho

no encontraba ya cómo salir del paso.

—Hay mejores medios de mantener a las más enfermas,—observó la señora Futvoye. ¿Cómo se llama esta niña?...

—Tinkler...—dijo Horacio en el apuro del momento.—Miss Clementina Tinkler...

—Por cierto que es extranjera.

—Mademoiselle, quise decir... Tinkla... con a... Como que su madre era de origen árabe... pero no lo sé a punto fijo,—explicó Horacio, al notar que Silvia le

—¿Son estos los modales habituales de Miss Tinka?—preguntó la señora Futvoye.

—En verdad, no lo sé,—dijo el infeliz Horacio.—Ni siquiera comprendo lo que dice.

—Yo sí que lo entiendo muy bien,—dijo el profesor.—Lo está llamando a Ud. "la luz de sus ojos y el aliento vital de su corazón".

—¡Oh,—dijo Horacio.—Ella me está equivocando con otro... Ud. lo comprende... Es la emoción natural en una artista...

Esto no significa nada... Mi apreciable señorita.... Usted ha bailado maravillosamente... Se lo agradecemos muchísimo... pero no la detendremos por más tiempo. Profesor, agregó, al ver que no hacía falta de levantarse, ¡no tendría Ud. la bondad de decirle en árabe que se vaya?

El profesor pronunció algunas palabras que tuvieron el efecto deseado. La niña hizo una pequeña reverencia y desapareció tras de los tapices, seguida por los músicos y sus extravagantes instrumentos.

—Lo siento mucho,—dijo Horacio

cuya noche había transcurrido en una serie interminable de disculpas. No son diversiones de esta naturaleza lo que esperaba de una casa como la de Whitelby.

—No, por cierto,—repuso el profesor;—pero me pareció oír a Ud. que Miss Tinkla, le había sido recomendada por Havrod.

—En efecto,—dijo Horacio,—pero ello no hace al caso... No lo esperaba de ellos.

—Probablemente, ellos ignoran el modo vergonzoso con que se conduce esa señorita,—dijo la señora Futvoye. Sería bueno



—H. MULLER
tomándole una mano con las suyas, se la cubrió de besos.

retiraba su mano, y le miraba con creciente ansiedad.

—Debo poner fin a esto,—pensó. E hizo una seña de que la danza debía cesar.

Ella cesó al punto, pero para su mayor infarto, la ballarina, después de atravesar la sala con sus pasos de gacela, se arrodilló a sus pies, y tomándole una mano con las suyas, se la cubrió de besos, al paso que murmuraba algunas frases, en un lenguaje que le era completamente desconocido.

advertírselos en forma energica.—Así lo haré por cierto,—dijo Horacio.—Les pondré los puntos sobre las ies.

—Una protesta, tardaría aún mayor eficacia, viñiendo de una señora, agregó Miss. Putvoya.—Yo misma, me acercaré a afealarme su conducta.

—No... no haga Ud. tal,—dijo Horacio.—En el hecho, no recuerdo a punto fijo si el culpable es Hanod o Whitelby, o algún otro.

—Usted está, sin embargo, en el deber de decirnos quién es.

—Así lo haría, si lo supiese.

—¿Cómo!—exclamó el profesor secamente.—Usted no puede darnos razón sobre la procedencia de una bailarina, que a la vista de mi hija, besa a usted las manos, y le dirige amorosos epítetos...

—¡Metáforas orientales!—dijo Horacio.—Ella se sobrepasó un tanto... En verdad, si yo hubiera sospechado que iba a producirse una escena semejante... ¡Silvia! ¡Usted no duda de mí? ¡No es cierto?

—No Horacio,—repuso Silvia, con sencillez. Estoy segura de que Ud. puede explicar lo ocurrido... pero debe hacerlo...

—Si yo dijera la verdad,—murmuró Horacio,—ninguno de Uds. me creería...

—Por tanto Ud. admite,—observó el profesor,—que hasta ahora... Ud... no ha dicho la verdad.

—No tan invariablemente como lo habría deseado, confesó Horacio.

—Lo sospechaba. Entonces, mientras Ud. no se justifique plenamente, no se maravillará, que considere, por mi parte, roto su compromiso con mi hija.

—¡Roto!—exclamó Horacio.—Silvia... Venga Ud. en mi auxilio... Ud. sabe que no soy capaz de nada que sea indigno de su amor.

—Estoy cierta de ello... Pero, entonces... ¿Por qué no se explica con franqueza.

—Porque...—repuso Horacio,—porque con ello las cosas empeorarían en vez de mejorar...

—En tal caso,—dijo el profesor,—y, como ya va haciéndose tarde... ¿Sería Ud. tan amable como para enviar por un carruaje?...

Horacio, llamó, pero nadie contestó... En la antecámara no quedaba ya ninguno de los esclavos.

—Temo que los sirvientes se hayan marchado,—explicó el infeliz...

Iba a decir, probablemente, que ellos estaban obligados a volver a las once de la noche a casa del contratista, pero ante una severa mirada del profesor, no continuó mintiendo.

—Si Ud. espera un momento, iré yo mismo por un coche, agregó.

—No... no se moleste Ud.—dijo el profesor.—Mi mujer y mi hija, se han puesto ya sus abrigos, y podemos ir a pie, mientras encontraremos carroza. Ahora, Mr. Venimore, buenas noches y quede Ud. con Dios... Le repito si, que después de lo ocurrido, Ud. debe de tener el tacto de no continuar visitándonos. Y se guardará de hacer tentativa de ningún género para ver a Silvia nuevamente.

—Por mi honor,—protestó Horacio.—Nada he hecho para merecer que Ud. me cierre las puertas de su casa.

—No lo pienso así, por mi parte... Nunca aprobé yo el compromiso de Uds., porque como ya se lo dije en otra ocasión, había notado en Ud. cierta extravagancia en cuestiones de dinero. Aún más, al aceptar su invitación para esta noche, le advertí, como Ud. debe recordar, que no deseaba fuera este el pretexto de ningún gasto extraordinario. Vengo aquí, y lo encuentro en un departamento amoblado y decorado por usted mismo, y en forma que sería pródigo para un millonario. Agregue a esto un cortejo de servidores que (aparte su nacionalidad e imperfecta disciplina), podría envidiar un príncipe. Nos regala en seguida con un banquete... de... buenos... manjares que deben haber costado infinito trabajo y muchísimo dinero... a pesar de haberse estipulado expresamente una sencilla y modesta comida en familia. No contento con esto, nos procura Ud. para nuestro solaz, música árabe, y una danza... que no quiero calificar... Sería indigno yo del nombre de padre, señor mío, si confiara la felicidad de mi hija, a un individuo de tan escaso sentido común... Ella se hará cargo de mis razones y sabrá obedecer mis deseos...

—Tiene Ud. razón, señor profesor, si juzga solo por las apariencias,—admitió Horacio.—Y sin embargo, Dios sabe que Ud. se equivoca...

—Ah, Horacio!—exclamó Silvia; — si Ud. hubiera seguido los consejos de papá, y no hubiera incurrido en estos locos desprendimientos, podríamos haber sido tan felices.

—Pero si todo esto no me cuesta ni un penique.

—Hay por tanto un misterio... Horacio, si Ud. me quiere... explíquelo, antes que sea demasiado tarde.

—Silvia... —exclamó Horacio.—Yo lo haría, si ello pudiese ser de alguna utilidad...

—Hasta aquí,—dijo el profesor.—no puede decir que ha sido feliz en sus explicaciones y le aconsejo no aventurar otras nuevas... Buenas noches.

La señora Futvoye, se había llevado ya a su hija, y aún sin decir una palabra, era claro que participaba en un todo de los sentimientos de su marido.

Horacio quedó solo en el magnífico vestíbulo, en cuya fuente flotaban aún sus pobres crisantemos, mientras los huéspedes abandonaban la casa... Demasiado bien comprendía el desventurado, que ya nunca más volverían ellos a atravesar por esa puerta, ni él tampoco a entrar por la de ellos.

De pronto se incorporó resueltamente,

Se lo diré todo—exclamó.—No puedo dejar las cosas así...

Y se precipitó a la calle.

—Profesor,—dijo sin aliento, una vez que los hubo alcanzado.—Voy a decirle mi secreto, si Ud. promete escucharme con paciencia.

—La calle no es el sitio más a propósito para las confidencias,—repuso el profesor,—y aunque lo fuera, el traje de Ud... está calculado para llamar la atención, más de lo deseable... Mi mujer y mi hija se han adelantado, y Ud. me permitirá alcanzarlas... Me encontrará en casa, mañana por la mañana, si desea verme...

—No... no... esta misma noche,—exclamó Horacio.—No podrá dormir bajo el peso de tan horrible pesadilla. Deje Ud. a su señora y a Silvia en el carruaje y vuelva a casa. No es muy tarde, no le retendré por mucho tiempo, pero, por amor de Dios, permítame contarle mi historia.

Probablemente el profesor no dejaba de sentir alguna curiosidad.

—Muy bien,—dijo,—vuelva a su casa, y yo lo alcanzaré en un momento. Recuerde solo, agregó, que estoy dispuesto a no aceptar ninguna afirmación suya sin la más completa prueba... De otro modo perdería Ud. su tiempo.

—¡Pruebas!—pensaba Horacio mientras volvía a su palacio arábico. La única prueba decente y razonable sería el viejo Fakrash en persona, pero, ese diablo no ha de volver a presentarse, precisamente porque ahora se le necesita.

Pocos minutos después regresó el profesor, que ya había despachado en un carruaje a su mujer y a su hija.

—Ahora joven,—dijo,—sentándose en el diván al lado de Horacio,—ahora puedo darle diez minutos para referir su historia, y procure hacerlo con tanta claridad y rapidez como le sea posible.

No era por cierto ésta, una introducción muy alentadora... Sin embargo, Horacio, sacó fuerzas de flaquezas, y reñió al profesor cuanto le había ocurrido.

—¿Es ésta la historia de Ud?—dijo el profesor, después de escuchar con profunda atención el relato, una vez que este hubo concluido.

—Sí, señor, ésta es mi historia,—dijo Horacio,—y espero que ella habrá modificado su opinión a mi respecto.

—Porsupuesto,—replicó el profesor,



—Voy a decirte mi secreto.

en tono ambiguo.—Mi opinión se ha alterado... Es un triste caso el suyo, amigo mío, un triste caso, por cierto.

—Usted se lo referirá a Silvia? ¿No es cierto?

—Ya lo creo... Se lo referiré...

—Y podré seguir visitándola, como antes?

—Quiere seguir el consejo de un hombre que ha vivido doble número de años que Ud?

—Por cierto,—dijo Horacio.

—Pues bien, si yo me encontrara en su caso, trataría de cambiar de aires, y de ocupaciones por algún tiempo.

—Esto es imposible, señor... Usted se olvida de mi trabajo... de mis compromisos...

—No piense en trabajar, joven; déjelo todo unos pocos meses; haga un viaje por mar, y procure olvidar lo ocurrido.

—Volvería a encontrarme con el Genio,—objetó Horacio. —Actualmente él también está en viaje, como le he referido.

—Sí... Sí... De todos modos yo viajaría... Consulte un doctor, y le dirá lo mismo.

—Consultar un doctor! ¡desventurado de mí!—exclamó Horacio.—Entonces Ud. piensa... que... yo estoy loco.

—No, no... querido,—dijo suavemente el profesor,—loco no, nada de eso... Si su equilibrio mental se encuentra un tanto perturbado, ello es casi natural. El súbito cambio de su situación profesional, su compromiso con Silvia... explicarían perfectamente el trastorno momentáneo de cerebros aún más fuertes que el de Ud... Pero, le repito... se trata de una indisposición pasajera.

—Usted piensa que sufro de alucinamientos?

—No he dicho esto... Pero puede Ud. ver cosas reales y ordinarias, en forma equivocada y extravagante.

—Entonces Ud. no cree que había realmente un genio dentro de la botella.

—Recuerde que Ud. mismo me aseguró no había encontrado nada dentro de ella cuando la destapó. No es más creíble aquello que esto...

—Bien,—dijo Horacio,—pero Ud. vió esos esclavos negros; Ud. ha comido o tratado de comer, esas viandas extrañas, exóticas;... Ud. escuchó la música... y allí está también la bailarina que no me dejará

mentir. Y todo eso y el traje que llevo puesto ¿son ilusiones? Si lo son, preciso es admitir que Ud. también está loco

—Muy ingeniosa es su argumentación, dijo el profesor, pero temo no sea muy sensato discutir con Ud. Con todo, me atrevo a opinar que una imaginación como la suya, saturada de ideas orientales, a lo cual temo haber contrariado, pueda estar ofuscada hasta el punto de no recordar, cómo Ud. mismo se procuró todos esos extraños objetos.

—Ello es muy científico y satisfactorio, querido profesor, dijo Horacio: pero hay un testigo, capaz de comprobar mi teoría: la propia botella de bronce. Si las facultades de Ud. se encontraran en estado normal, dijo el profesor en tono compasivo, comprendería que la exhibición de una vieja botella vacía, no puede probar nada parecido a lo que Ud. pretende.

—Si lo comprendo, dijo Horacio: pero esa botella tiene una tapa, que Ud. mismo ha admitido, puede contener una inscripción o algo por el estilo. Suponga que esa inscripción confirma mi historia. Todo lo que le pido, es que procure usted, mismo descifrarla, antes decidir que yo soy un embustero o un insensato.

—Le advierto, dijo el profesor, que si Ud. confía en que yo soy incapaz de descifrar esa inscripción, se equivoca medio a medio. Ud. pretende que la botella pertenece al periodo de Salomón, esto es, mil años antes de Cristo. Probablemente Ud. olvida que los más antiguos objetos de metal existentes, pertenecen, al siglo XX de nuestra era. Pero, aún en el caso de que este sea tan viejo como Ud. sostiene, estoy cierto de poder leer cualquier cosa que allí esté escrita. He descifrado ladrillos en estilo cuneiforme, seguramente anteriores en muchos miles de años al tiempo de Salomón.

—Mejor que mejor, dijo Horacio. Estoy seguro de que la inscripción, sea ella Persica, o Cuneiforme o lo que fuese, debe tener referencia al Genio, encerrado en la botella o contendrá al menos el Sello de Salomón.—Pero aquí está el objeto... examínalo...

—Ahora no. Se está haciendo muy tarde, y la luz no es nada buena. Voy si a llevarme esa tapa a mi casa, y la examinaré cuidadosamente, pero con una condición.

—Cuál será?

—Mi condición es esta: Si yo y otros dos orientalistas, a quienes muestre el objeto, convienen conmigo en que no existe tal inscripción, o que, si existe ella es de una fecha y significación, del todo inconsistente con su historia, Ud. aceptará nuestro fallo, reconociendo haber sufrido un alucinamiento, y olvidará del todo lo ocurrido.

—Acepto,—dijo Horacio.—En verdad no tengo otro remedio.

—Muy bien entonces,—dijo el profesor, mientras sacaba la tapa de la botella y la ponía en el bolsillo.—Usted tendrá noticias más en uno o dos días más. Mientras tanto, hijito,—agregó en tono afectuoso, ¿por qué no hace una corta excursión en bicicleta? Ud. es un buen ciclista... Así desechará esas ideas orientales.

No es tan fácil como usted piensa, desecharlas,—dijo Horacio sonriendo tristemente. Y me imagino, profesor, que tarde o temprano, habrá Ud. de creer en mi Genio, a pesar mío.

—Diffcilmente puedo convenir, —repuso el profesor ya en la puerta de calle, en que alguna vez haya yo de creer en nada semejante. Sin embargo, procuraré examinar el asunto, con toda libertad de espíritu.... Muy buenas noches.

Tan pronto como estuvo solo, Horacio comenzó a recorrer profundamente irritado los vastos salones de su extraña casa.

Nada más natural que su cólera... Cuán íntima y deliciosa pudo ser su sencilla comida de familia, y en qué espantosa y prolongada pesadilla, se había transformado!

Todo lo debía a Fakrash. Si, aquel Genio, incorrigiblemente agradecido, merced a sus anticuadas nociones y su extravagante profusión, había contribuido a su ruina, más desastrosamente que pudo hacerlo su peor enemigo... ¡Ah! Si pudiera tenerlo frente a frente siquiera por cinco minutos... ya no se contendría por escrupulos de delicadeza. Lediría lisa y llanamente que era un viejo descalificado e intruso. Pero Fakrash se había marchado para siempre, y él no conocía el medio de llamarlo...

Exasperado por la conciencia de su mal sin esperanza, Ventimore se dirigió a su árido dormitorio, y separó furiosamente las cortinas que cubrían la puerta... Y... justamente, detrás de la tumba hierática, con las manos cruzadas sobre el pecho, y esa eterna sonrisa de fastuosa benevolencia que Ventimore había aprendido a conocer y a temer, se hallaba la verde figura de Fakrash el Amash.

;El Genio!

CAPITULO X.

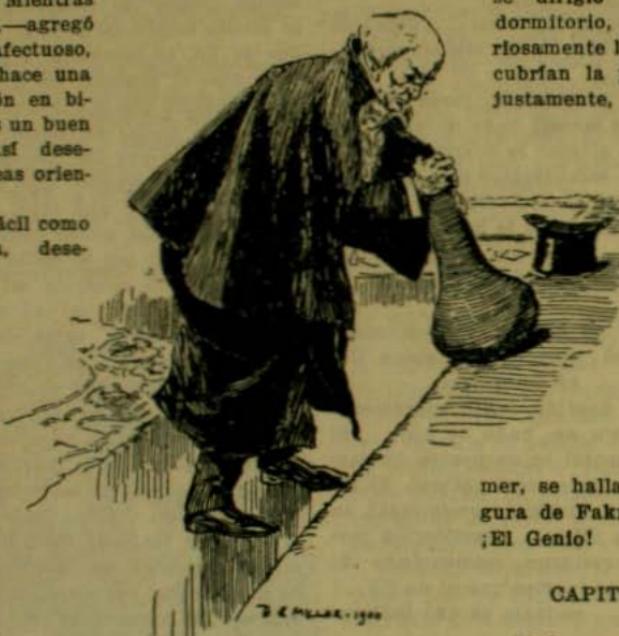
Nada como el hogar.

—Prolongue el Eterno, vuestros días,—dijo Fakrash, a modo de salutación.

—Es Ud. muy amable, repuso Horacio, cuya cólera se había enteramente evapornado, con el inesperado regreso del Genio.— Pero a la verdad, no veo que nadie pueda vivir largo tiempo, con semejante estado de cosas.

—Estás satisfecho de la habitación que os he proporcionado?—preguntó el Genio, contemplando el soberbio vestíbulo con innegable complacencia.

Habría sido positivamente brutal, decir cuán lejos de estar contento se hallaba. Así



Mientras sacaba la tapa de la botella

Horacio se limitó a murmurar, que jamás en su vida se había visto alojado de tal suerte.

—El es muy inferior a vuestros merecimientos,—observó Fakrash graciosamente. ¡Se manifestaron satisfechos vuestros huéspedes del festín que les ofrecisteis!...

—Así parece,—dijo Horacio.

—Es un seguro medio de conservar a los amigos, el festejarlos con liberalidad,—observó el Genio.

Esto era ya más de lo que los nervios de Horacio podían soportar.

—Fué mucha bondad la de Ud. en proporcionar a mis amigos semejante fiesta,—dijo,—pero ellos no volverán más a mi casa.

—¿Cómo es eso? ¿Acaso los manjares no eran escogidos y suculentos? ¿No era dulce el vino, y el jarabe, no era más suave que la nieve recién caída.

—Sí... Todo era espléndido,—dijo Horacio.—No pudo ser mejor.

—Sin embargo, habéis dicho, que vuestros amigos no volverían. ¿Por qué razón?

—Vea Ud.,—explicó Horacio, no sin cierta repugnancia.—Hay cosas demasiado buenas para ciertas gentes... No todo el mundo es capaz de apreciar las delicias de la cocina arábiga... Pero esto no importaba... Fué la dichosa bailarina lo que todo lo echó a perder.

—Ordené, en efecto, que una hurí, más encantadora que la luna llena, y graciosa como una gacela, apareciera para deleitar a vuestros invitados...

—Ella vino en efecto,—dijo Horacio amargamente.

—Referirme lo que ha pasado, porque, observo que algo ha sucedido contrario a vuestros deseos.

—Si se hubiera tratado de una reunión de solteros, la llegada de la hurí nada habría tenido de particular; pero sucedió que dos de mis huéspedes, eran damas, y a ellas la cosa no podía parecerles bien...

—En verdad,—exclamó el Genio,—vuestras palabras son del todo incomprendibles para mí.

—No sé cuáles sean las costumbres de Arabia,—dijo Horacio,—pero entre nosotros no es correcto que un individuo contrate huríes, para divertir a la dama con quien está comprometido para casarse... Es esta una especie de atención, que aquí las gentes no saben apreciar.

—¿Era acaso uno de esos invitados vuestra futura esposa?

—Sí, lo era,—dijo Horacio, y los otros dos, su padre y su madre. Así Ud. comprenderá ahora, si sería agradable para mí que la dichosa gacela se hincase a mis plantas y me besase la mano, declarando que yo era la luz de sus ojos... Convengo en que estos sean acaso los modales en uso entre las gacelas, pero en las circunstancias apuntadas, aquello era en alto grado compromitente.

—Creía haberlos oido,—dijo Fakrash,—que no estabais comprometido con doncella alguna.

—Lo que dije a Ud. fué que no se molestara en buscarme esposa,—repuso Horacio.—En realidad, yo estaba de novio, aunque desde esta noche mi compromiso ha terminado... a menús... Ahora que me acuerdo... ¿Hay realmente una inscripción en el cuello de su botella?... ¿Qué dice?...

—Nada sé de inscripción alguna,—dijo el Genio.—Traedme el sello y os lo diré.

—No lo tengo aquí en este momento,—dijo Horacio.—Se lo presté a mi amigo, el padre de esa joven, de que le he hablado. Porque sepa Ud. Mr. Fakrash, que me vi obligado a poner en claro todo este negocio. Mis amigos no querían creer una palabra de la historia, y, así tuve que prestarles el sello, para que vean si él contiene alguna inscripción referente a Salomón, y al encierro de Ud. en la botella de bronce... El profesor tendrá entonces que admitir la verdad de mi relación.

—En verdad estoy admirado de vuestra corta penetración,—repuso el Genio;—porque si algo hay escrito en el sello, ninguno de tu raza es capaz de descifrarlo.

—Perdone Ud., señor,—dijo Horacio,—el profesor Futvoye es un sabio orientalista; puede leer cualquiera inscripción por muchos miles de años que ella tenga. La cuestión es que haya alguna; pero si la hay no dejará de descifrarla.

El efecto de estas palabras en Fakrash fué fulminante. Las facciones del Genio, de ordinario tan suaves y benignas, se contrajeron convulsivamente hasta presentar un aspecto aterrador... De pronto el monstruo, golpeando el suelo con su planta, cre-

ció hasta el doble de su ordinaria estatura.

—¡Oh! ¡Imbécil é insensata criatura! — exclamó con ronca voz. ;Cómo os habéis atrevido a entregar la botella en que fuí confinado, a ese sapientísimo individuo!

Ventimore aunque lleno de terror, supo conservar su presencia de ánimo.

—Estimado amigo,—dijo.—No me imaginé que esto podría contrariar a Ud. Y, a la verdad, yo no le entregué al profesor Futvoye la botella, que ahí está encima del aparador, sino la tapa... Hágame, pues el servicio de recobrar su ordinaria estatura, pues de otra manera, me voy a torcer el pescuezo para poder hablar con Ud... ;Por qué da Ud. tanta importancia a un asunto tan insignificante? ;Qué le va ni qué le viene en que el profesor conozca la verdad de mi historia? En cambio para mí la cosa es de mucho interés...



Creció hasta el doble de su ordinaria estatura.

—En verdad, me había encolerizado sin motivo, dijo el Genio recobrando lentamente su tamaño ordinario, no sin mostrar cierta vergüenza por su anterior arrebato. La botella en realidad nada me importa, y en cuanto a la tapa, si sólo la habéis prestado, el negocio tiene remedio, a menos que vuestro sapientísimo amigo, la haya desclifrado ya...

—No,—dijo Horacio.—El no piensa hacerlo hasta mañana. ;Ojalá encuentre alguna referencia acerca de Ud!...

—Tenéis acaso mucho interés en que él reciba una prueba fehaciente de la verdad de vuestra historia?

—Ya lo creo...

—¿Quién puede satisfacerle mejor que yo mismo?

—¿Usted? —exclamó Horacio. — Sería Ud. capaz de prestarme tan importante servicio?... Es Ud. un viejecito muy simpático y amable... Ese sería el gran golpe.

—Nada de lo que pueda contribuir a vuestro bienestar me es indiferente,—dijo el Genio,—porque me habéis prestado un inestimable servicio. Decidme cuál es la morada de ese sabio individuo, y me presentaré ante él, y si acaso él no ha encontrado inscripción alguna en el sello, o ha sido incapaz de leerla, yo le convenceré de que vos habéis dicho verdad y no mentira.

Horacio le dió de muy buenas ganas la dirección del profesor.

—Procure, sí, señor, no presentársele bruscamente, sobre todo de noche... Esto podría asustarle... Después de almuerzo es la mejor hora para verlo.

—Por esta noche pienso continuar mis investigaciones acerca del paradero de Salomón, sobre quien haya paz, porque aún no lo he encontrado.

—Si Ud. se dedica a tantos negocios, a la vez,—dijo Horacio,—no es maravilla que no lleve ninguno a feliz término.

—En Ninive, nada sabían de él, porque donde yo dejé una ciudad floreciente, sólo existe ahora un montón de ruinas habitadas por buhos y murciélagos.

—El león y los lagartos se pasarán por el palacio de los reyes, —murmuró Horacio para sí.—Así me parecía a mí también, que Ninive iba a darle un chasco. ¿Por qué no se da una vueltecita por Sabá? ;Ud. debe conocer ese país?

—Sabá o el Yemen, el país de Bilka, la reina bien amada de Salomón,—dijo el Genio.—Es una excelente idea y voy a ponerla desde luego en práctica.

—Pero no vaya a olvidarse de ver mañana al profesor Futvoye.

—Seguramente no me olvidaré. Y ahora, antes de partir, decidme si tenéis otro servicio que pedirme.

Horacio titubeó.

—Había uno, por cierto... pero temo que Ud. se ofenda si se lo pido.

—Vuestros deseos son órdenes para mí,—dijo el Genio.—Mandad, pues, sin reparo.

—Muy bien,—continuó Horacio.—Usted se ha tomado la molestia de transformar esta casa en un palacio magnífico, más parecido a la Alhambra que a una habitación común y ordinaria de Londres. Pero es el caso de que yo soy sólo aquí un arrendatario, y los dueños de la finca, gentes, por otra parte, muy buenas a su manera, preferirían, lo supongo, tener su casa en la misma forma de antes. Se les ha metido en la cabeza, que no les sería tan fácil arrendar este palacio, como el otro....

—¡Seres de bajos y sordidos instintos! —murmuró el Genio, con desprecio.

—Es posible,—dijo Horacio, que esto sea una estrecha y miserable preocupación... pero cada cual tiene su particular manera de considerar las cosas... Y como la casa les pertenece... habrá que darles gusto.

—Pero si esos individuos abandonan la propiedad, vos quedaréis dueño de ella.

—Ni por pienso... acudirían a los tribunales y me expulsarían de aquí, después de hacerse pagar gruesas sumas por daños y perjuicios. Como Ud. vé, lo que Ud. ha ejecutado con la mira de hacerme un bien, será por el contrario mi ruina.

—En suma ¿qué deseáis?—dijo Fakrash.—Tengo prisa...

—Lo que deseo,—repuso Horacio, con cierta ansiedad por el efecto que produciría su petición, es que reponga Ud. todo en esta casa, en la forma que antes tenía.... Eso no le costará a Ud. mucho.

—En verdad,—exclamó Fakrash,—haceros un beneficio, es como arrojar agua en el mar, porque no ya una sino dos veces habéis rechazado mis dones... y ya no diviso el medio de recompensaros y satisfacerlos.

—Comprendo que abuso de su benevo-



Salió disparado como un cohete volador.

lencia,—dijo Horacio,—pero si Ud. se limita a hacer lo que le pido, y convence al profesor Futvoye de la verdad de mi historia, quedaré de sobra recompensado, y ya nunca más habré de pedir a Ud. un nuevo servicio...

—Mi gratitud no tiene límites... Vais a verlo... Nada puedo negaros, porque en verdad sois un joven prudente y magnánimo... Adios, pues, y bendigao el cielo.

Levantó los brazos sobre su cabeza, y salió disparado como un cohete volador,

hacia la empinada cúpula, que pareció entrebársela a su paso. Horacio pudo ver por un instante el través de la abertura, un pedazo del oscuro azul del cielo, en que brillaban una o dos estrellas solitarias, que titilaron un momento a su vista hasta que el techo volvió a cerrarse.

Se dejó sentir entonces un ruido sordo, acompañado de un leve choque, análogo al de un temblor muy suave; las delgadas plastras se hundieron bajo las arquerías; desaparecieron las enormes ventanas: las murallas se adelgazaron y el suelo comenzó a elevarse lentamente; hasta que Ventimore se encontró de pronto en la oscuridad dentro de su antiguo y familiar departamento. Afuera, en la calle, pudo ver la gran plaza envuelta en una niebla gris, apenas iluminada por la luz de los faroles que el viento de la noche hacía vacilar.

En el interior todo había recobrado su primitiva forma, como antes del portentoso suceso, y apenas podía Horacio creer que unos pocos minutos antes se hallaba en ese mismo sitio, pero veinte pies más abajo, en un *espacioso vestíbulo* revestido de azulejos y adornado con fantásticas arquerías.

No pensó sin embargo en echar de menos esos efímeros resplandores, antes por el contrario, sentía renacer su cólera, al

recordar el suntuoso y extravagante banquete, tan distinto de su sencilla cena, con que la desatina munificencia del Genio le había regalado.

En fin, era ello pasado como una horrible pesadilla, y afortunadamente, no se había producido ningún mal sin remedio. El Genio, convencido de su error, estaba dispuesto a hacerla justicia, y a reparar el daño. Había prometido ver al profesor al día siguiente, y el resultado de esta entrevista, no podía menos de ser satisfactorio. Y hecho esto, pensaba Ventimore, Fakrash tendría el buen sentido de no volver a mezclarse en sus asuntos.

Entre tanto, podía ahora conciliar el sueño, libre ya el corazón de sus peores ansiedades, y así se volvió a su dormitorio, felicitándose de tener nuevamente una cama cristiana en que dormir. Se despojó de sus espléndidas vestiduras, único testigo de que cuanto ocurriera no había sido una ilusión, y las guardó en su ropero, con una sensación de alegre desahogo, seguro de no verse otra vez obligado a ataviarse de esa suerte. Y antes de dormir, su último y consolador pensamiento fué, el que los obstáculos levantados entre Silvia y él, iban a ser vencidos, en unas pocas horas más.

Continuará

POR LA AMERICA DEL SUR

Un viajero instruido, que conocía ya la América del Sur y que acaba de recorrer la República Argentina, M. Paul Walle, acaba de publicar un voluminoso libro y bien documentado acerca de este país. Describe la población, caminos de hierro y vías de comunicación, el extraordinario desarrollo de la producción y la agricultura y la cría de ganados, el progreso de la industria en los principales centros. Al propio tiempo que nos muestra los varios recursos de las diversas regiones, agricultura, comercio, industria, condiciones generales de la vida, hace hermosas indicaciones sobre las riquezas minerales de la República, el cobre, el oro y la plata esparcidas por la ramificación de la cordillera desde la frontera de Bolivia hasta los Andes de la Patagonia. Amigo sincero y, conocedor de la República Argentina

pero observador simpático, no ha querido publicar más que una obra justa y de una exactitud extraordinaria.

Otro volumen sobre el mismo país, pero limitándose a la región del Nl Argentino, ha salido a luz de la pluma de M. Doleris, de la Academia de Medicina de París. Esta obra, que es un interesantísimo relato de viajes, está consagrada, según el autor, al estudio económico de una región nueva que se abre a la colonización, a la que van en continua peregrinación hombres y capitales, y que hace concebir grandes esperanzas; el valle de Río Negro. Es una región que promete lo indecible para la agricultura, siempre que ésta sea sabia y pacientemente dirigida por un personal escogido, una buena labor y capitales suficientes.

R.

PACIFICO
MAGAZINE

Abril
1913

Precio
Un peso





Agentes: PASSALACQUA y Cia., VALPARAISO, SANTIAGO

C. KIRSINGER & Co



Auto - Solodant - Piano

MARCAS

HUPFELD, SCHIEDMAYER, IBACH

EXCELENTE Tocador. EXCELENTE Piano
VENTAS CON FACILIDADES DE PAGO

En SANTIAGO: Casa de ADOLFO CONRADS, Calle Estado
En CONCEPCION: Casa de F. RETTIG, Calle Barros Arana

Waring & Gillow

(South America) Ld.

Astento Principal
Londres

Casa
establecida el año 1695



SUCURSALES:

París
Madrid
Buenos Aires, Etc.

Fabricantes de Muebles Menajes, Decoraciones, Etc.

Proveedores de Casas Reales Europeas



Agentes Generales
□ □ □ □ en Chile

Compton & Co.

VALPARAISO: Cochrane 593

SANTIAGO: Moneda 1164



VIÑA CONCHA Y TORO

Vinos Tinto y Blanco
Reservados, especiales
para Banquetes

Se recomiendan las clases PARA FAMILIA

CABERNET

..... Y

SEMILLON BLANCO

Ventas en cajones, javas, barriles
y damajuanas

AGENTES GÉNERALES:

BESA & Co.

SANTIAGO - VALPARAISO - CONCEPCION

Bodega:

Manuel Rodriguez 42

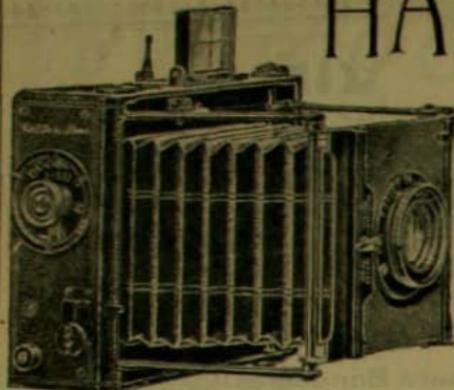
Teléfono 1003



Oficina.

Bandera número 170

Teléfono 1007



HANS FREY

VALPARAISO

Materiales y Utiles para la

Fotografía

SIEMPRE GRAN SURTIDO

PIDASE CATALOGO

Agentes para el Sur:
Casilla 943, Concepción

Kock & Wolf

SANTIAGO
GRANDE, NUMERO 948
CASILLA 1129
TELEFONO INGLES 778

PEREZ & SWINBURN

CONCEPCION
BAERL ARANA NUM. 436
CASILLA 928

AUTOMOVILES "WHITE"

Compañías de Vapores { R. W. James & Co. - Vapor "Flora"
Nelson Steam Navigation Co. Ltd.
* * * Vapores de Buenos Aires a Europa

COMPAÑIA DE SEGUROS: LONDON & LANCASHIRE

MATERIALES para construcciones.

ID. para Alcantarillado.

ID. y artículos Sanitarios.

FERRO galvanizado, acanalado inglés y americano.

FERRO en planchas, negro y en barras.

ALAMBRE galvanizado y negro.

"QUEMADORES DELTA" Inclinatorio de basuras.

SILLAS inglesas: Champion y Parker.

CEMENTOS extranjeros y del país.

PINTURAS "Glidden": Stucolor, Velvalac, Japalac y varias clases de pinturas y barnices.

PINTURA Zinc en pasta.

AGUARRAS.

ACEITE de Linaza.

NAFTA para Automóviles.

TIROS NOBEL'S - BALLESTITE - SACOS VACIOS

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

\$ 14.000,000

Dividido en 140,000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

FONDO DE RESERVA: \$ 3.000,000

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO:

Presidente

Señor GREGORIO DONCSO

Vice-Presidente

Sr. SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Pérez Eastman, Carlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Sr. ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Sr. CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. Rancagua: Agente, señor Javier Gumucio. San Fernando: Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el extranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd., Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebruder y Cia.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvios del Banco de la República.

Confitería Santiago

Comestibles y Conservas

AHUMADA ESQ. HUERFANOS

Chocolates, Frutas y Marrons de todas marcas. Conservas, Vinos y Licores importados de todas clases.

Esmero en atención de banquetes —————

Francisco Barrio y Cía.

Salvador Molina G.

BANDERA 115 ✪ Corredor de Comercio ✪ BANDERA 115

Compra-venta de propiedades, acciones mineras, salitreras, bonos, etc.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS

con Bancos y particulares

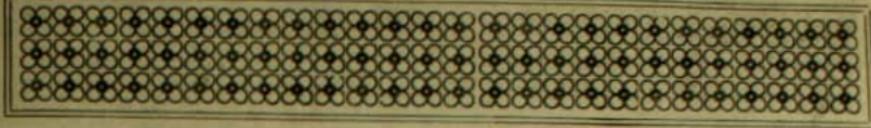
Conversiones de deudas con anticipo de fondos, conformación de títulos de bienes raíces

SEGUROS

Toda clase de operaciones comerciales y bursátiles

SALITRE

el mejor abono para las agricultores, jardines, parques, etc., vendo en pequeñas y grandes partidas a precios fuera de competencia.



Frutos del País



Compramos, Vendemos

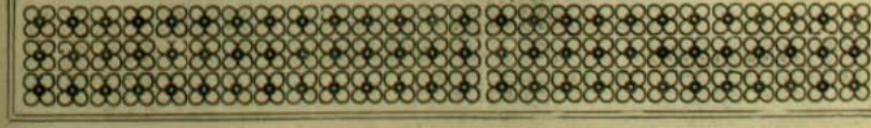
Recibimos a Bodejaje

Anticipamos Fondo.



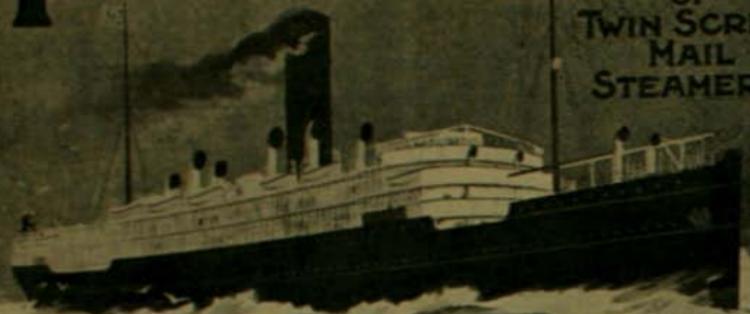
Besa y Cía.

Santiago, Santo Domingo 897



PACIFIC LINE

OF
TWIN SCREW
MAIL
STEAMERS



BRAZIL, RIVER PLATE AND WEST COAST

Calling at LA ROCHELLE-PALICE, CORUNNA, VILLAGARCIA,
VIGO, LEIXOES, (OPORTO) AND LISBON.



THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY

MANAGED BY THE BRITISH NAVIGATION CO.

51 & 52, JAMES STREET, LIVERPOOL.
10, CANTON, CHINA.
VALPARAISO.

The Red Dotted Line indicates the
route called at by the Extra Service
from Glasgow and Liverpool to Bahia
Blanca, Port Madero, and West Coast.

PRINTED IN U.S.A. FOR THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY.

LA ESMALTADORA CHILENA

SOCIEDAD ANONIMA

Como su nombre lo indica, esta Sociedad tiene por objeto la fundación de una Fábrica para el esmalte enlozado, galvanización y estanación de fierro.

Actualmente el país consume más de veinte millones de pesos en esta clase de mercaderías, cuya materia prima es toda nacional. El primer Directorio ha quedado organizado como sigue:

Don LUIS A. VERGARA,
Presidente

Don CARLOS RUSIÑOL
Vice-Presidente

DIRECTORES:

Don LUIS URZUA VICUÑA
Director-Gerente

Don E. FEDERICO REDDOEHL,
Director-Técnico

Don JOSE DE LA TAILLE,
Rector de los Altos Hornos

Don EDUARDO BEZANILLA,
De la Casa Bezanilla y Ca.

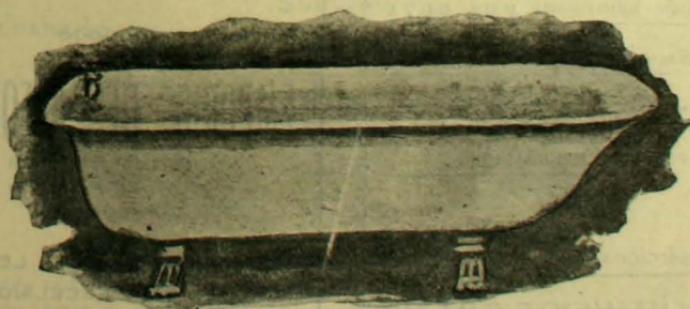
Don ALEJANDRO LIRA
Don PASCUAL H. JARA DE A

Se ha solicitado ya laprobación suprema para la Sociedad con el concurso de numerosos accionistas fundadores, que han suscripto ocho mil acciones como se ve en la lista respectiva.

La Sociedad ha adquirido ya terrenos, edificios, maquinarias en condiciones tales que representan una gran utilidad para los accionistas.

Gran parte del valor de estas especies se paga con acciones, lo que manifiesta la confianza que ha inspirado esta industria a los clientes contratantes, de todo lo cual se dará oportunamente conocimiento a los señores accionistas y al público.

El capital social es de DOS MILLONES DE PESOS, divididos en veinte mil acciones de CIEN PESOS cada una, pagaderas con VEINTE PESOS al firmarse la escritura social y el resto en cuotas semanales de DIEZ PESOS.



En su empeño por desarrollar la afición de los viajes, procurando facilidades a los viajeros, "PACIFICO MAGAZINE" publicará en breve un

GUIA MANUAL DEL VIAJERO EN CHILE

Rogamos en consecuencia a los señores HOTELEROS, EMPRESARIOS DE TRANSPORTE POR MAR, RIOS O TIERRA, DUEÑOS DE CAFEES Y RESTAURANTS, Etc., SE SIRVAN REMITIRNOS UNA NOTA ACOMPAÑADA DE UN RE CORTE DE ESTE FOLIO INDICANDO SU DIRECCIÓN, TARIFAS DE PRECIOS E ITINERARIOS.

Las inserciones en el Guia serán ABSOLUTAMENTE GRATIS

LAS

Novedades Parisienses

ESTADO esq. PASAJE MATTE

Especialidad
de Artículos
para Señoras y
Niños

Gran Taller de Vestidos
SOBRE MEDIDA

TRAJE-SASTRE

TOILETTES DE BAILE

TRAJES DE NOVIAS

ABRIGOS DE TODAS CLASES

ROPA INTERIOR

CREAS

LIENZOS.

EMPORIO DE ALFOMBRAS

de una sola pieza

EL AFAMADO TE LEON
EL CAFE EXCELSIOR
CHAMPARA MOET - CHANDON

BANCO ITALIANO

Huérfanos, núm. 830
SANTIAGO

CAPITAL PAGADO: \$ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER
Gerente



ARTURO LORCA P.
Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL
Gerente



RAFAEL VALENZUELA V.
Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL,
CALERA Y PARRAL

Agencias en el extranjero:

ITALIA

URUGUAY

INGLATERRA

PERU

ALEMANIA

ECUADOR

FRANCIA

y BRASIL

REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.



La sembradora de discos "DEERING IDEAL" trabajando en la chacra Valparaíso de Su-
fia de don Ramón Cruz Montt.

Las sembradoras de discos "DEERING IDEAL" constituyen en todas sus partes el tipo más moderno de máquinas sembradoras, lo que prueban los certificados de centenares de agricultores de Chile que tienen estas Máquinas.

Referente a la capacidad, ligereza de trabajo y sencillez, la sembradora "DEERING" no tiene igual y nunca lo tendrá:

Convidamos a todos los Señores Haciendados de pasar por nuestra oficina para conocer nuestro gran surtido de sembradoras "DEERING" y para imponerse personalmente de las ventajas y perfecciones que tienen estas máquinas sobre otras marcas.

Hoy por hoy día la Sembradora "DEERING IDEAL" es reconocida como la Mejor Sembradora del Mundo.

Oficina en
Santiago:

Bandera 419

SAVEDRA BENARD y Cía.

Importadores de Máquinas afamadas y modernas

El Criadero de Plantas Finas de Santa Julia de Nuñoa, de propiedad de José Pedro Alessandri



Tiene constantemente en venta al más bajo precio de plaza. Colecciones de Rosas, Dahlias, Chrysanthemus, Rhododendros, Camelias, Azaleas indicas y rústicas, Kentias, Helechos finos Cycas y gran variedad de otras plantas introducidas recientemente al país.

Ordenes: AVENIDA IRARRAZAVAL 3245, o Teléfono Inglés 17 de Nuñoa.

RICARDO PRESSON.

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES

(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

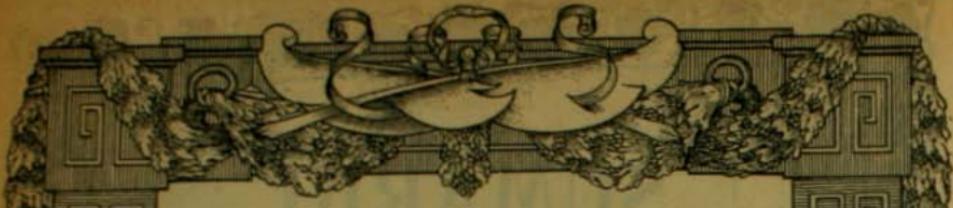
CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

DON MANUEL RIVAS VICUÑA	449
LA GALERIA DE DON ALBERTO RIESCO	450
EL PAJARO CIEGO	458
Ilustraciones de Górdon	
EL AVIADOR CAIDO	462
PROGRESOS DEL FINA SANGRE EN CHILE	463
LA MUJER QUE LLORABA	470
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux	
CON DON ISMAEL VALDES VERGARA	485
LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA	491
SIEMPRE SOBRE LOS BOSQUES	493
UN REY CONSORTE	497
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux	
SIENA	502
CARICATURA POLITICA DE ANTAÑO	508
LAS MISIONES MILITARES CHILENAS	515
LA CUECA	518
DE COMO SE ACABARON LOS CANALES DE MARTE	520
LA CASA ARRENDADA	525
Ilustraciones de Martín	
LA SOBERANIA DE LA MUJER	529
EL ESTAÑO	533
LAS ILUSIONES DE CLEMENTE LARA M. de Fuenzalida	545
Ilustraciones de Martín	
EL GRAN ESCULTOR ITALIANO MONTEVERDE	559
EL FUEGO FATUO (monólogo)	561
ENTRE MAESTROS	565
LA BOTELLA ENCANTADA	569
Ilustraciones de H. R. Millal	

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incansablemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE trá en cada número perfeccionando la realización de su programa.



PACIFICO

MAGAZINE

Joaquín Díaz Garcés
Alberto Edwards

— DIRECTORES PROPIETARIOS —

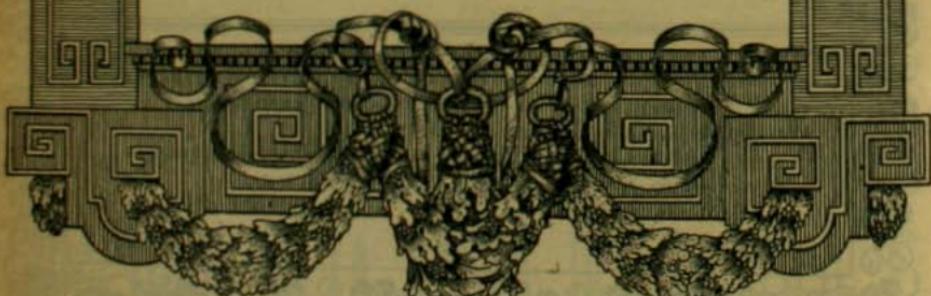


SUSCRIPCIONES:

POR UN AÑO: 10 PESOS.—NUMERO SUELTO: 1 PESO.

SANTIAGO DE CHILE

Empresa "Zig-Zag" Teatinos, 666





RETRATO DE SESORA

ETTORE TITO

PACIFICO MAGAZINE



+ Que ayer

VOL. I—Santiago de Chile. Abril de 1913.—Nº 4.



— Que mañana

Don Manuel Rivas Vicuña

"Pacífico Magazine" adorna hoy su primera página, con el retrato de un hombre; es un lujo que no podremos darnos con mucha frecuencia, porque los hombres se están haciendo escasos.

Muchos Ministros pasan en nuestro país por las oficinas de la Moneda, pero la mayoría de ellos no dejan tras de sí ni siquiera el recuerdo. Manuel Rivas Vicuña, ha realizado una obra. A sus esfuerzos y perseverancia debe el país el equilibrio financiero.

El Congreso pasado, en su última hora de viejo pecador arrepentido, puso en manos del gobierno un instrumento que le permitía constituirse en el árbitro de los presu-

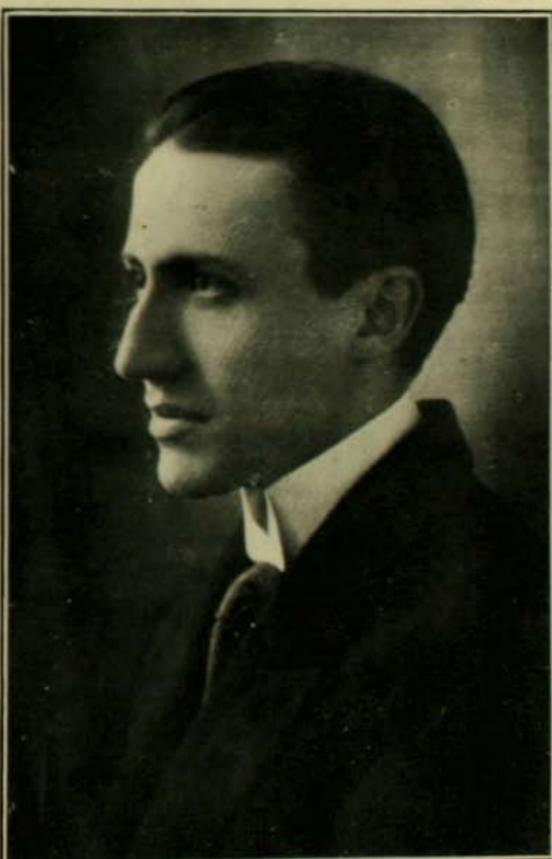
puesto. Pero esa ley, como todas, necesitaba de quien supiera manejarla y servirse de ella.

Ingrato papel por cierto. Es tan fácil y agradable decir siempre que sí.

Muy pocos tienen el carácter y la entereza de constituirse en cancerberos del dinero público.

La fisonomía de Manuel Rivas Vicuña, ofrece ciertos rasgos de extraordinario parecido, con la de un gran Ministro de los viejos tiempos, con la de "aquel joven pálido y desconocido, de rostro burlón y de apariencias casi infantiles" que se llamó don Diego Portales.

Y la semejanza no es física tan solo.



Don Manuel Rivas Vicuña

Galería de pinturas

De _____
Don Alberto Riesco

La exposición internacional de Bellas Artes celebrada en nuestra capital, el año 1910, marcará sin duda una nueva época en la historia del arte nacional. Muchas vocaciones dormidas, muchos entusiasmos latentes, no sugieren ante la contemplación de tantas obras maestras, venidas de todos los climas a nuestro olvidado rincón.

Entre los frutos más positivos, de aquella inolvidable exhibición, debe contarse, sin duda, la formación en Santiago, de la galería, de obras maestras, sabiamente escogidas por el señor don Alberto Riesco.

No hemos podido resistir al deseo de dar a conocer a nuestros lectores, siquiera sea en la forma imperfecta de reproducciones fotográficas, algunas de las muchas bellezas artísticas, contenidas en esa galería, que constituye, hoy, una de las más espléndidas colecciones artísticas de la capital.

hogar, iluminando las espléndidas formas de una mujer, que para ser bellísima, no necesita ser madre.

*

La tela "El Despertar" del pintor francés Eduardo Rosset-Granget, nos muestra los



"La Mamita", del pintor florentino Giuseppe Magni, es un cuadro de factura delicada y cuidadosa. La espléndida luz de un claro día italiano penetra a raudales en el

Giuseppe Magni.—"La Mamita"



E. Rosset-Granet.—"El despertar"

rayos del sol de la mañana, jugando con las formas redondeadas y la purísima inocencia de un niño.

**

El cuadro del pintor guatemalteco J. Lowenthal "En las entrañas de los trópicos", contiene apesar de cierta dureza y amaneramiento en la ejecución, indiscutible belleza, especialmente el claro luminoso que se alza en el fondo de esa selva húmeda y sombría cargada de emanaciones. El cuadro de Lowenthal posee además el encanto particular, de su carácter exótico, original, producto de otros medios y de otros climas.

**

Si hubiéramos de juzgar al pintor uruguayo F. L. Mora, por su tela "Mus Douthy", tan celebrada en la última exposición, este artista sud-americano, aveciñado hoy en los Estados Unidos, es un admirador y casi un discípulo de Velasquez. Mora imita con bastante éxito, los artificios sin artificio del gran príncipe del arte. Le falta es cierto la espontaneidad genial de su maestro... Es que no hay dos Velasquez en el mundo y Mora lo sabe muy bien... Por eso en su obra hay cierto estudio cuidadoso, cuyas

huellas en vano buscaríamos en las telas del creador de la pintura moderna.

**

Reproducimos, en colores, en nuestra portada, un simpático cuadro del pintor inglés W. Llewellyn "La bella cocinera"... Magnífica naturaleza viva, al lado de magnífica naturaleza muerta! Bien concebido, bien ejecutado, de bello color e irreprochable factura, el cuadro de Llewellyn, no dejará de gustar a nuestros lectores.

**

La tela de W. Slwiter "La Feria de Volendam" vale ante todo por la intensidad dramática y por el colorido.... Los rostros de esos dos personajes



J. Lowenthal.—"En las entrañas de los trópicos"

nos hablan de muchas cosas. Por desgracia la fotografía, no ha podido reproducir los tonos cálidos, valientes, casi atrevidos empleados por el artista. Una reproducción en blanco y negro, no nos permite dar una idea exacta de esta pintura.

◎

Una de las perlas de la galería es la maravillosa tela de Chabas titulada "Últimos Rayos" que con tanta justicia llamó la atención de los expertos y aficionados en nuestra Exposición Centenaria de 1910.

Los pintores más geniales pueden ser imitados y falsificados. La gloria de Chabas consiste en ser único: sólo él sabría imitarse a sí mismo. El cuadro que nos ocupa es, de los que conocemos, el Chabas por excelencia. Ante las mejores pinturas, la imaginación descontenta busca un más allá; el encanto de ésta, consiste en que nos cautiva y satisface por entero desde el primer golpe de vista.

Los rayos rojos del sol en su ocaso, iluminan con variados matices, de un tono cálido la ribera del lago que forma el segundo y último término de la tela. El primer plano está envuelto en una sombra transparente de matices azulados, que producen en el alma una sensación deliciosa de paz y de frescura. Tres bellísimas muchachas, acaban de salir del baño. La luz semicrepúscular, pero clara y serena todavía de una tarde de verano, juega con esos cabellos de oro y esas carnes juveniles.



F. L. Mora.—"Mis Dorothy"

¡Cuánta armonía de colores, de luces y de sombras, en ese expléndido conjunto, en que el pintor ha realizado con magestuosa sencillez el difícil problema de dar vida a su primer término con matices fríos, sobre un fondo de calientes lontananzas.

◎

El paisaje Norte Americano, cuyos procedimientos singulares atrajeron tantos admiradores en la Exposición Centenaria, cuenta



W. Sluiter.—“La Feria de Volendam”

con dos excelentes modelos en la galería del señor Riesco. Reproducimos uno de ellos; el cuadro “Primeras heladas” de Leonardo Ochtman, una mañana violácea y brumosa de Otoño, de factura sobria y espléndidos efectos. El artista ha sabido dar profundidad

al velo imperceptible de la niebla matinal. La composición, en exceso simétrica, es lo que menos vale en este cuadro, y es por desgracia lo que más reproduce la fotografía.

*

Los grandes paisajistas ingleses están representados en la galería del señor Riesco, por tres cuadros, de muy diversa índole.

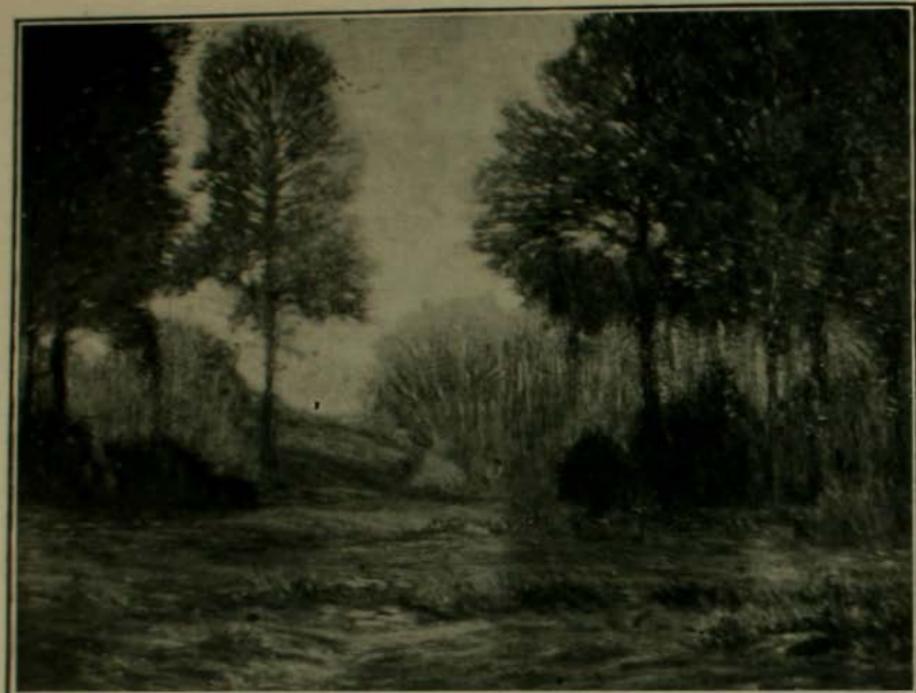
La “Casa vista desde la pradera” de Swinstead, es todo armonía, dulce y serena paz. Es la hora misteriosa de las oraciones. Parece sentirse el lejano són de la campana de la aldea. El paisaje está envuelto en una luz deliciosamente violácea que convida al reposo... El alma descansa contemplándolo.

Si Larmora Birch, no hubiera compuesto otro cuadro que “Las Tierras del Oeste” él bastaría para darle el calificativo de gran pintor. Hemos leído no sé dónde, que el arte de la pintura consiste pura y simplemente, en colocar sobre una tela manchas de colores que reproduzcan exactamente, la impresión producida en el ojo por la realidad misma.

;Diffícil facilidad!... Con cuánta maestría la ha realizado el pintor inglés... No ha quitado ni puesto nada, no ha usado de ningún artificio, ni de mentiras convencio-



Paul Chabas.—“Últimos rayos”



Leonardo Ochtman.—"Primeras heladas"

nales.. Toda la sobriedad y la honradez de la alma británica, están en esa tela, magnifica y armoniosamente compuesta.

Este cuadro es un modelo, en cuya contemplación muy pocos artistas dejarían de aprender algo. Por eso hemos oido a un miembro de la Comisión de Bellas Artes, lamentar que la tela de Larmora Birch, no hubiera enriquecido nuestro Museo... Con todo, ella nos ha quedado en Chile lo que ya es algo.

De muy distinto carácter es el cuadro "Cerros escabrosos de Skye" del pintor escocés, Mac-Whister. En él dominan la sublimidad y la inspiración, como en el de Larmora Birch, sobresalen la proporción y la regla. Ese agudo picacho, que se destaca casi brutalmente sobre el cielo anubarrado; la niebla que se arrastra por la misteriosa cañada; la salvaje desolación de ese mundo áspero y frío, todo nos evoca la agreste Caledonia, cubierta de brumas, de los poemas de Ossian.

•

La gran escuela francesa del paisaje está

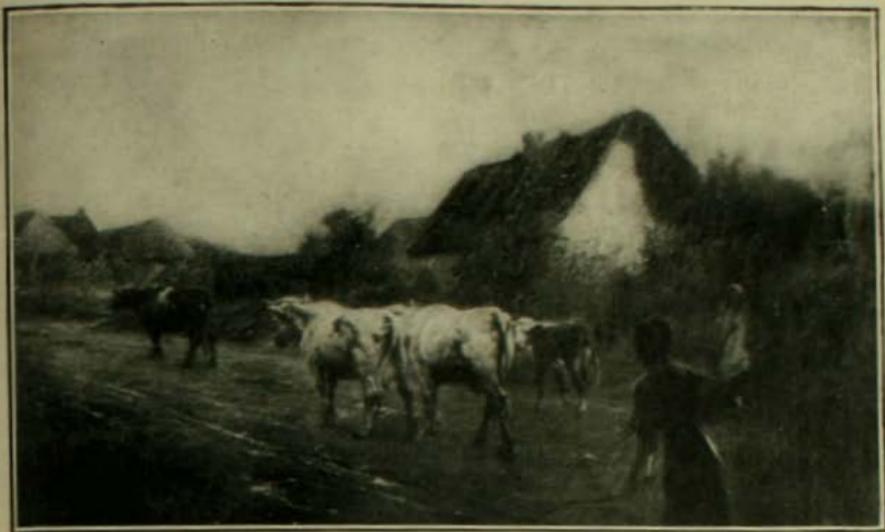
representada en la galería por un Corot, que por la historia de su adquisición y a juicio de competentes expertos, es con toda probabilidad legítimo. Nuestra imperfecta reproducción fotográfica puede dar del lienzo solo una idea muy remota.

Por los procedimientos y acaso por la calidád de las pinturas de que el maestro solía valerse, algunas de sus obras no han sido respetadas por el tiempo.

Así en este lienzo los primeros planos, oscuros ya en un principio, pues el cuadro representa la luz muribunda del crepúsculo, aparecen hoy casi completamente ennegrecidas... Los pormenores casi no existen ya. En nuestro concepto este hecho confirma la autenticidad de la tela. Ella fué pintada en una época en que no se falsificaba a Corot todavía.

•

"El piloto del Cielo", cuadro de W. H. Ticomb es de una espléndida y elevada inspiración. No se sabe qué admirar más en él, si la naturaleza o los hombres.. Es un



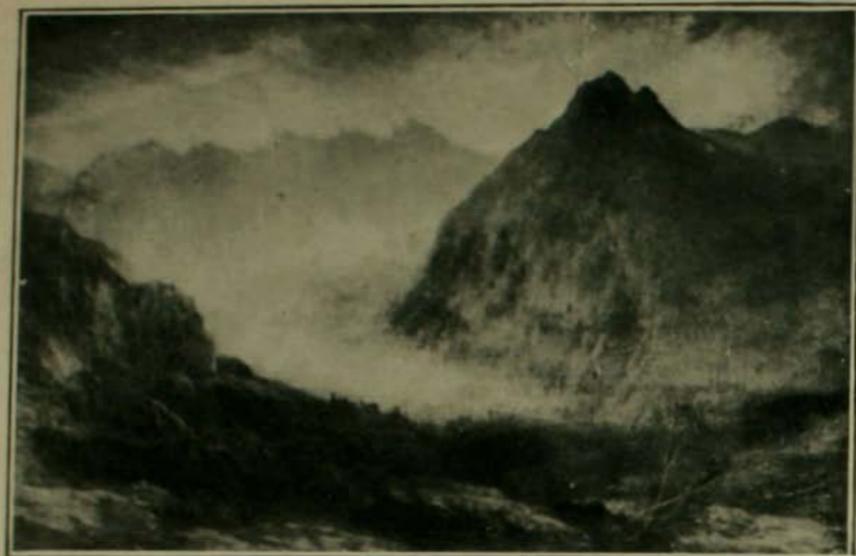
Swinstead.—"La casa vista desde la pradera"

día frío, nebuloso, místico si se nos permite la expresión... Es un apóstol encendido en ardiente fe, predicando ante un auditorio

de rudos marinos, a través de cuyos rostros, se sienten palpitárs las más diversas emociones: la fe, la esperanza, la resignación, la



Larmora-Birsch.—"Los tierras del Oeste"



Mac Whister.—Cerros escabrosos de S. Rye



Corot.—Paisaje

soberbia, la apatía y el desengaño. El cuadro de Ticomb, es una página dramática, representada en un escenario soberbiamente concebido y diestramente ejecutado.

**

En resumen la galería del señor Riesco por el número y valor de sus telas honra no sólo a su distinguido propietario, sino a nuestro país. Ella es una muestra elocuente de buen gusto y de refinamiento artístico, una prueba práctica de la superior cultura que hemos alcanzado.

El señor Riesco no ha mostrado predilección por esta u aquella escuela, por el arte de este u aquel país determinado. Ha buscado la belleza, doquier ha podido encon-

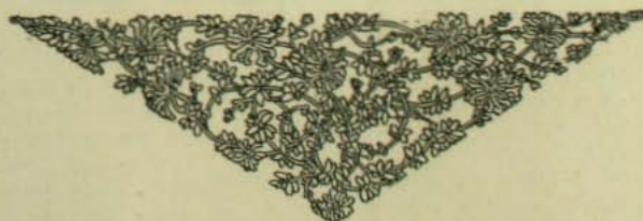
W. H. Ticomb.—*El Piloto del Cielo*

trarla, dentro del expléndido conjunto de la Exposición Centenaria.

No podemos sin emulo dejar de apuntar un rasgo general, que caracteriza las elecciones del señor Riesco. Sin caer en la platitude ni en la banalidad, ha huñdo con exquisito tacto de cuanto en la pintura moderna suele haber de afectado y extravagante, de todo cuanto el afán enfermizo de novedades suele producir, para dar sa-

tisfacción al snobismo de tantos que no creen ser artistas, mientras no aprecian o afectan apreciar lo que a fuerza de ser estrembótico y falso, se aparta de las leyes eternas de la armonía y de la belleza.

El gusto artístico del señor Riesco es el gusto artístico de un gran señor, de un verdadero patrício de esta tierra tradicionalista y sensata.



EL AVIADOR CAIDO

Pasados algunos días, desde el doloroso accidente que causó la muerte a Luis Acevedo, abriendo con esta cruz las tristes pero gloriosas efemérides de la aviación en Chile, puede medirse con serenidad la corta, ejemplar, modesta y heroica existencia del joven compatriota, vónfa de una familia pobre que luchaba obscuramente con la vida, de una de esas familias que en contacto con las clases trabajadoras beben directamente la savia generosa del pueblo, de uno de esos hogares que, en naciones más viejas y civilizadas, son cunas del genio, del heroísmo, de las virtudes calladas y sublimes. Allí había recibido un corazón bien puesto, una alma entusiasta, una figura noble y franca. Sintió como el ermitaño en el desierto, o la niña pensativa en medio del baile, o el soldado tímido en las llanuras anónimas de un ejército, ese llamado misterioso que decide de las vocaciones de los hombres que los impulsa ciegos a un futuro desconocido donde pueden entrever la gloria o el sacrificio.

Acevedo partió en línea recta, peregrino del ideal, modesto servidor de la nueva causa... Partió sólo con el bagaje escaso de un obrero, con sus ahorros avaremente escondidos. Iba a través del mar sin saber adonde llegaría ni cómo llegaría

ni cuando llegaría. Pero llegó en fin y se alistó de piloto aprendiz en una escuela. Soñaba, en el campo francés circundado de bosques hermosos y de espléndidos castillos sumergidos en los parques, con la cordilleras abruptas y los cerros escarpados de su patria. Soñaba con pasar sobre ellos en alas de su flamante máquina, saludando desde el aire a los amigos y compañeros de las horas tristes, a la buena madre, a la fiel esposa, a toda esa leal compañía de su juventud. Y sus sueños se realizaron.

Los diarios, las revistas ilustradas, han recordado las manifestaciones con que fué acogido en su llegada; las aclamaciones de su primer ensayo victorioso delante del Presidente de la República y de numeroso pueblo; y han cerrado tristemente el corto capítulo de su vida con la tragedia del Bío-Bío, el extraordinario coraje de una ciudad entera en es-

colta de sus restos y los trabajos preliminares de la suscripción popular.

El **Pacífico Magazine** que no dejará jamás de levantar en alto todo los ejemplares de la raza chilena, muestra a Acevedo como un modelo de constancia, trabajo y modestia.

Si la desgracia cortó su carrera, ha sido para levantarle un monumento en la historia de la aviación!



Luis A. Acevedo

EL PAJARO CIEGO

Por
PAUL ARENE

Ilustraciones de Gordon.

Nada tan difícil de criar como la delicada avecita que se llama el pardillo.

Este músico exquisito de plumaje color castaño exige, si no se le quiere ver morir en su jaula, casi tantos cuidados como el ruiseñor, con el cual rivaliza en animación e inteligencia.

Tomado del nido a muy temprana edad, cuando lo cubre un ligero vello semejante al que protege al membrillo aun verde, se le debe alimentar con los labios, dándole con precauciones infinitas varias veces al día y durante algunas semanas, pequeñas gotas de agua clara, alpiste y almendras dulces. Y todavía no se puede contar como seguro librarse con vida un solo pajarillo de toda una nidad.

Pero también, ;qué triunfo cuando el éxito corona tales esfuerzos, y qué alegría constantemente renovada al escuchar cada mañana la explosión de la penetrante melodía compuesta de llamamientos de pasión y de quejas inagotables que la ingénua crueldad de los hombres ha dado en llamar "canción".

No insisto, por lo demás, ni protesto; el dilettantismo tiene sus derechos y todos saben que en este bajo mundo el arte es hermano menor del sufrimiento.

Pues decía que,—esto ocurrió hace mucho tiempo y su recuerdo me es siempre grato—al finalizar mis años de colegio, una mañana en que vagaba por el bosque en busca de un soneto para mi prima, tuve la fortuna de encontrarme con un nido de pardillos. De pardillos, sí! Tan solo con observar su aspecto los reconocií inmediatamente.

Estaba cerca del suelo, en un espeso matorral: se la hubiera tomado por una planta de color gris. Musgo, hierbas secas, algu-

nos filamentos de raíces defendían el exterior. Dentro: lana, crin, plumas; y, en el centro, cinco huevitos brillantes con fondo blanco punteado de rojo y matizados de ligero tinte azulino.

Dos días después las cáscaras vacías se exparcían en el césped bajo el nido, y, en lugar de los huevos, pude contemplar cinco pequeños monstruos adorables con los ojos cerrados todavía.

Me costó trabajo dominarme, lo confieso, para esperar pacientemente el momento preciso, el minuto psicológico en que los pajarillos, suficientemente fuertes para separarse sin su familia, no tienen todavía las plumas bastante sólidas para volar. Pero por fin este minuto llegó, y, con la vista inclinada al suelo, llevé el nido a la casa, perseguido—al menos así me lo figuraba—por los gritos desesperados del padre y de la madre.

De los cinco, cuatro murieron. El que sobrevivió, contra toda esperanza, fué el infeliz gurripiato que permaneció casi todo el tiempo en el fondo del nido, sofocado, perpetuamente martirizado por sus compañeros, cuyos picotones y aletazos no le permitían siquiera comer a gusto.

Pero de una vez por todas se resarcí del tiempo perdido emplumándose a ojos visibles y aprovechándose sin esfuerzo de la parte de los otros cuatro. Tan bien lo supo hacer que al cabo de algunos días este aborto maligno se transformó en el más exuberante de los sujetos. Y ero macho, ;con el permiso de Uds.! porque aparecieron pronto en la frente y en el cuello las bellas manchas carmesíes que son el distintivo de los pardillos cantores.

Hablando llegado a la edad en que todo muchacho debe pensar en el porvenir, me fué necesario abandonar la casa paterna.

Sarrieta fué, con mis padres y amigos, a dejarme a la diligencia: Sarrieta, la prima Sarrieta, delicada y blonda como una pequeña hada, y a quien yo respetaba como tal, por que, dotada de vista muy fina y de espíritu particularmente inventivo, traía siempre de nuestras correrías por las montañas, florecillas raras que nadie conocía, y bellas historias que, según aseguraba gravemente, le habían sido contadas por los viejos árboles y por el viento.

—

Yo hubiera deseado llevarme mi pardillo, pero no me atrevía; desde el primer

momento fué rechazada mi petición por el conductor, un muchacho soberbio cuyo garbo intimidaba mis catorce años, cuando, con su chaqueta corta bordada, su casquete de forma extraña y su gozqueccillo ladando sobre el toldo, pasaba orgulloso como capitán sobre el puente de su barco, en lo alto de su pesado carroaje, al galope de los caballos, saltando y rodando en medio de una tempestad de cascabeles y restallidos de fusta.

—Deja eso, pequeño; el coche está repleto... no hay lugar para tu jaula.

Entregué mi pardillo a Sarrieta,—me pareció que con él le dejaba también un poco de mi alma,—y partí solo para Aygues, ciudad vulgar con largas Aygues, ciudad vulgar con largas de grandes casas tristonas que no se abren nunca, y en donde se extinguían rápidamente, como cohete que se arrojasen al agua, nuestras bufonadas de estudiantes y nuestros bellos ensayos de Zambra.

Nos escribíamos con Sarrieta; ella me daba noticias del pardillo.

Pasaron los días y los meses. Sarrieta dejó de escribirme. Y poco a poco, la alegría de conocer la vida, o mejor dicho, lo que creemos la vida desde los quince a los veinte años, me hizo olvidar el pardillo y la prima Sarrieta.

—

Cuando volví al país, Sarrieta era una joven alta y bella, tan alta y tan bella que en la estación, —nos habían construido una estación desde el tiempo de mi partida acá—no me atreví a abrazarla.

—Buenos días, primo!...

—Buenos días, prima!...

Nada más! Yo estaba deslumbrado; pero en mi corazón, violentamente, acababa de penetrar ese sentimiento de vergonzoso rencor del cual participan las personas tímidas que desean enamorarse.

Porque estaba enamorado, y por cierto que no lo ocultaba, contando mi amor a las rocas.



Pero de pronto, en el silencio de la noche...



Lloraba una pobre mujer anciana...

a las estrellas, a la naturaleza entera, excepto a la única persona a quien la confidencia hubiera podido interesar.

«Sarrieta? Huésa de ella; sombrío cuando en su presencia, y ocultándome en el fondo de los bosques para soñar rabiosamente en ella. A menudo, en sus días de buen humor, Sarrieta me llamaba "señor Oso" y mi tía se preguntaba de dónde podía provenir este odio por mi prima.

Tal estado de cosas no podía durar mucho.

Una noche—veo todavía como besaba el claror de luna la línea negra de los castaños que el viento balanceaba, escuchó aún

bajo las avenidas el golpe seco y sordo de las frutas que caían sobre los prados ya cubiertos de hojas secas—una noche, digo, me encontraba acodado sobre los balaustres de la escalinata de piedra que subía desde el jardín hasta su pieza. En su silla de mimbre, al abrigo del sereno, la tía abuela parecía dormir.

Sintiéndome vallente en la obscuridad, y posiblemente debilitado mi odio en la penetrante melancolía de la hora, me atreví a pronunciar esta palabra: "Prima..." A lo cual Sarrieta respondió: "Más bajo, primo, más bajo; vas a despertar al pardillo".—"¿El pardillo? ;Es verdad! el pardillo... ;Así es que el pardillo vive todavía?"—"Vive todavía primo, y canta mejor que nunca".

Había tomado la mano de Sarrieta, y le hablaba del pardillo. La idea de que el pardillo estaba allí me prestaba audacia singular. Ya no tenía miedo. Volví a encontrar a Sarrieta, a la pequeña hada de otros días a quien había llevado tantas veces en brazos para atravesar el arroyo. ¿Qué transporte se apoderó de mí? ;De dónde saqué valor? Lo ignoro! Pero de pronto, en el silencio de la noche resonó el ruido de un beso seguido de improviso, sobre nuestras cabezas, por la más triunfante diana con que jamás pardillo alguno haya saludado el despertar del día: ";Oh, primo..."—decía Sarrieta, más sorprendida que enojada, mientras la tía, frotándose los ojos, suspiraba: "¿Qué ocurre? Es el fin del mundo: un pardillo que canta a media noche!"

78.

¿La buena anciana nos había visto? ;Fué simple coincidencia? Lo cierto es que al día siguiente mi padre me anunció que, habiendo terminado las vacaciones, debía embarcarme esa noche para París.

Al partir, Sarrieta no pronunció una sola palabra; ahora éramos dos los tímidos en vez de uno!—y talvez no me habría explicado jamás la singular intervención del pardillo en nuestro nocturno duo de amor, sin un acontecimiento que—os pido por ello perdón—va a entristecer el final de esta historia.

Doce meses después de la citada aventura, casi el día justo, un telegrama me anunció que Sarrieta acababa de morir. No de amor, ¡ay! Algo imprevisto, una de esas enfermedades implacables que en pocas horas tronchan la esperanza de una vida como la flor que cae bajo el tosco zapato de un palurdo.

Llegué de noche: nada había cambiado! Como un año atrás, el claror de luna besaba la cima de los castaños dorados por el otoño; los mismos ruídos misteriosos pasaban por las ramas. Solo que dos cirios ardían en el fondo del cuarto, junto a un lecho blanco cubierto de rosas, y sobre la escalinata, delante de la puerta abierta de par en par, lloraba una pobre mujer anciana.

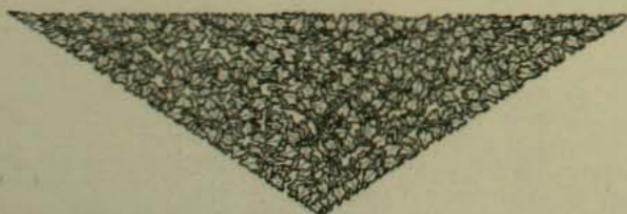
Me ve, levanta los brazos, me abraza: ";Ah, hijo mío, mi pobre niño!"—exclama entre dos besos dolorosos—dos largos besos humedecidos de lágrimas.

De pronto, en torrentes de vivos trinos, el pardillo se echa a cantar.

Y la anciana tía me dijo, llevándome hacia el lecho en donde dormía la muerta:

—Es tu pardillo... Ya no se dá cuenta de nada, desde que la edad lo ha dejado ciego... Yo tenía la costumbre de abrazar a Sarrieta por las mañanas, para despertarla... El pardillo despertaba también: ese beso era su reloj... Y ahora canta, canta, creyendo que beso a Sarrieta, e imaginándose que es de día.

PAUL ARENE





Progresos del Fina Sangre en Chile

**UNA VISITA AL HARAS
Y AL STUD LIMITED**

Hemos visitado el Haras y Stud Limited del señor Ricardo Lyon, que tantos triunfos ha conseguido en nuestras pistas y tantas simpatías despierta entre los hípicos.

El Haras Limited fué fundado en 1898 por los señores Carlos Cousiño y Ricardo Lyon, con la base del padrillo Doncaster II que fué importado de Inglaterra por el señor Agustín Edwards.

El mejor producto de este padrillo,—nacido en el Stud Limited fué Pehuenco, ganador del Ensayo de 1909.

Después importó de la República Argentina, a Gonin, ganador en Buenos Aires de importantes clásicos. De este pa-

drillo el mejor producto fué el crak "Limited", en My Luck, cuya reciente actuación en las pistas de Santiago y Viña del Mar, donde tuvo que medirse con animales importados de gran calidad, fué muy lucida. Gonin se vendió a los señores Vargas Hnos. El padrillo que ha dado al Haras y Stud Limited, mayor celebridad, es Oran, importado de Buenos Aires en 1904. En las pistas de dicha ciudad defendiendo los colores del Stud Belgrano, panó muchos clásicos. En 1902, Otoño, Porteño y Libertad. En 1901, Producción Nacional y en 1903 Otoño, Belgrano, Capital e Invierno. En total ganó en Buenos Aires 85,000 na-



Los pupilos del Stud Limited dirigiéndose a sus ejer-

cionales en premios. La primera carrera que corrió en Chile fué en Viña del Mar; Premio El Comercio, en Febrero de 1905, montado por el famoso jockey argentino Vicente Fernández, (Tapón). En esta carrera Oran no entró plácé, posiblemente por no hallarse en buenas condiciones.

Su actuación en el Club Hípico de Santiago, fué más feliz. Sólo disputó cuatro carreras de las cuales ganó los premios, Pluma, Lawn-Tennis y Definición y salió segundo en La Copa de 1905, con 64 kilos.

Como padrillo, ha sido notable. El año pasado quedó a la cabeza de los reproductores ganadores y en el presente supera hasta ahora, por mucho a los demás.

Entre sus hijos más notables se cuentan a: Old Boy, Huechun, Belle Etoile, Frileuse, Sareg y El Veto, ganadores todos ellos de clásicos importantes en Santiago y Viña del Mar.

El Haras Limited cuenta con cerca de cuarenta yeguas finas. Son también hoy



ORGULLOSO, patero de 2 años por Oran y Ami-Safra. Ganador de 7 carreras; 1 vez plácé, 2º del Derby de 1912. Total en premios, £ 15,000. Vendido para un Stud de Lima.



carros en la cancha particular del señor Lyon

día padrillos del Haras el popular crack Limited y Prince Florizel por Florizel II y Good-Hop, comprado al Haras Los Cardales.

Algunos hijos de este último como: La Pampa y Princesa Devota, han obtenido en nuestras pistas numerosos triunfos.

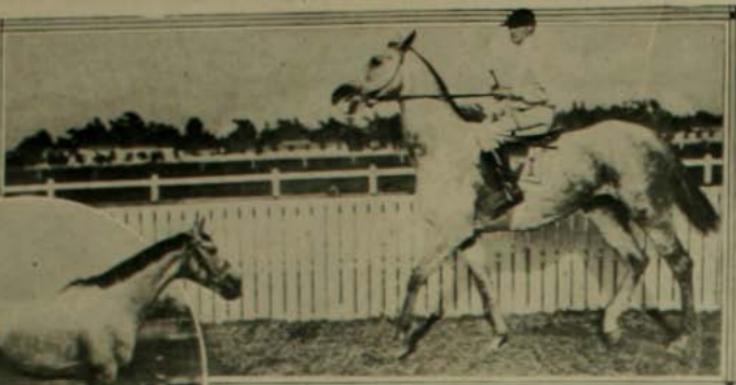
Los afortunados colores gris perlado y negro, fueron inscritos el año 1899. Los primeros triunfos los obtuvo Sky-Lark comprada al Stud Liverpool, que pertenecía a los señores J. L. Laxton y Ca. Entre las principales carreras ganadas por esta famosa yegua, recordamos, Los Oaks, (1901), Internacional (1901 y 1902) y Los Finaos de Viña del Mar de 1903. Se cuentan entre los buenos pensionistas del Limited ganadores de clásicos a Tinterillo y Magda, esta última ganadora del St. Leger de 1903. Más tarde vino Surestada que ganó en premios la suma de £ 40.750.

Los triunfos del Limited en nuestras



SOFISMA, pega de 2 años por Oran y Kermesse. Ganadora de los clásicos Polla de potrancas y Padocks Stakes de 1912 y varias otras carreras. Total en premios, £ 16,700.

OLD-BOY nació el 21 de Noviembre de 1909 por *Oran* y *Sky Larc*, considerado el mejor producto nacio-



Ganador de los premios: La Unión en Vina, Belgrano, "El Tanteo", Polla de potrillos, Gran Premio Viña del Mar e Internacional (1912). Diez carreras corridas: siete ganadas; dos segundos y una tercera.
Total: \$ 55,000.

pistas son bien conocidos del público. Creemos que no habría perdido varios clásicos de importancia si hubiera sido más discreta su preparación. El Stud Limited desde su fundación a la fecha ha ganado premios por valor de \$ 567,625.

Hasta Marzo de 1912 estuvo a cargo del Stud el preparador brasiler Santiago Villalba. Desde esa fecha los prepara Florentino Galván ex-capataz del Stud el jockey



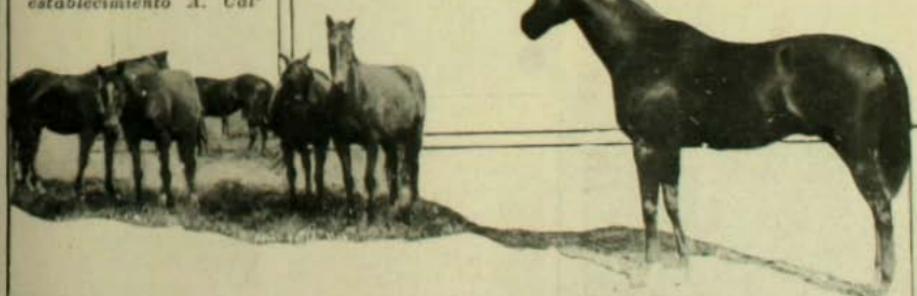
ORAN, por *Orbit* e *Irish Swell*. Ganador en Buenos Aires y en Chile de varios clásicos importantes. Sus hijos han ganado en dos años una suma de \$ 452,500.



Grupo de yeguas madres en uno de los potreros del Haras.



*PRINCE FLORIZEL,
Padrillo 15 años por
Florizel II y Good-
Hop nacido en Inglate-
rra, importado por el
haras Los Cardales del
señor Santa Marina de
Buenos Aires. Remata-
do, por Limited en el
establecimiento A. Cal-*



de Buenos Aires, bajo la dirección de don Germán Besa. Gray y Carrillo son los jockey que han obtenido los mejores triunfos del Stud.

En 1911 el señor Lyon quedó como único propietario del Haras y Stud por compra que hizo de su parte al señor Carlos Cousiño.

Los esfuerzos del señor Lyon por el mejoramiento de nuestro elevaje nacional, no han podido ser más halagadores. Ha tenido la fortuna de ver sus colores triunfantes en las prue-

LIMITED

La hoja de servicio de "Limited", es notable, fué un crack que con buena dirección habría sido imbatible. Ganó las siguientes carreras en 1910. Premios: Game, Estreno, Tanteo, Progreso, Resistencia, Criterium, Definición. En 1910: St. Leger Mayo, Independencia y Luis Cousiño. Ocho veces fue 2.o. Dos fué 3.o y tres no placé. Sus mejores carreras son sin duda, el Criterium en que marcó 2.24 3/5 en 2,800 metros. Definición, ganando a Index en 1.51 los 1,800. El Centenario que entró 3.o de Altanero e Index muy mal corrido y el premio..... que entró 2.o de Pinche, siendo muy molestado por Altanero.



El paseo por la tarde de los caballos del Limited.

SAREG, potrillo de 2 años por Orán y Pancake (Le Pompon). Ganador de los clásicos Estreno y Gran polla de Productos en Vida y Lo en el Premio Huemul. En total ganado: \$ 25,200.



"OUKIL"
potro de 2
años, por Orán
y Ami-Sofra
propio hermano
de Orgulloso.



"ERILEUSE" yegua de 3 años por Orán y Magda.

Ganadora de ocho carreras, entre ellas 3 clásicos, (Babies, Elite.) Huasca (1911). Fundadores y L. Cousiño en 1912. Segunda del Ensayo, Criadores, en 1911, Producción Nacional y Criterium (1912).

Total ganado: \$ 45,500.



los caballos del Limited.



"RADAYAKI"
yegua de 2
años por Ma-
gellan y Ju-
dith, importa-
do de Francia.



"HUECHUN", potro de 3 años por Orán y Morfina (Acherón). Ganador de siete ca-
rreras entre ellas los clásicos Babies Plate
(1911), Ensayo, (Descalificado injustamen-
te), Criadores, Producción Nacional, (1912) y
Derby, (1913), Lo en los clásicos. Polla de
potrillos y Repùblica. Una vez Lo y tres no
placées.

Total ganado: \$ 74,700.

"BELLE" ETOILE de 4
años por Orán y
Sky-Lark. Tiene una
baja de servicio muy cu-
riosa. Ha corrido 28 veces, ganando
sólo 1 que son clásicos. Ensayo, Juve
Matthews, Criterium y Valparaíso
Sporting Club. Seis veces Lo, siete
Lo y diez no placé.
Total en premios: \$ 55,200.



Don Ricardo Lyon propietario del Stud Limited en el parque de su residencia, Los Leones.

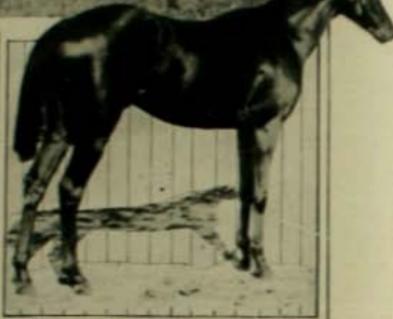
bas mas deseadas por los sportsmen midiéndose sus criollos con los mejores productos nacionales y con los grandes precios argentinos importados al país.

Sirvan de estímulo a los demás criaderos los éxitos alcanzados por el Haras Limited.

No podemos menos de felicitar calurosamente al señor don Ricardo Lyon deseando que los sacrificios e ingentes sumas invertidas en su Haras, sigan proporcionándole el sabroso trofeo de la victoria.



Entrada del fundo "Los Leones".



LEBRA potrona alazana 2 años por Oran y Magda Hermana de Huechún.



RAGH, potranca mulata, 2 años, Oran y Morfina, ganadora premio La Mañana, 800 metros. Tiempo: 17 3/5. Hermana de Frileuse.

LA MUJER QUE LLORABA...

UNA TRADICION DE PIRATAS

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Bajo el sol ardiente de medio día y en una de esas calmas del trópico que dejan paralizadas las barcas en un océano de aceite, trataban de acercarse al grupo de las islas del Rey llamadas también de las Perlas, algunos veleros sin bandera alguna que luchaban inútilmente con la suspensión de toda brisa. El mar impasible, un cielo de plomo, ascuas de fuego en la atmósfera y a lo lejos el grupo de árboles verdes invitando al sosiego de la tierra en medio de ese reposo desesperante de las aguas.

¿Qué significaba esa flota misteriosa? ¿De dónde venía? ¿Qué soberano desconocido ocultaba sus pendones y confiaba al mar del sur esa media docena de embarcaciones anónimas? Cómo después de la tempestad corren por el cielo jirones de nubes negras, últimos restos de los nimbos amenazantes, así vagaban por el pacífico, azoradas y audaces, estas flotas sin nacionalidad ni bandera, últimas rezagadas de las empresas de los corsarios ingleses y franceses que amenazaron las posesiones del Rey de España en los mismos días en que la invencible armada era deshecha por contrarias fuerzas. Ya no eran éstos ni filibusteros de genio como Drake, ni corsarios ávidos de fama y de oro como sir Tomás Cavendish; sucesores de Sharp y Cook, se trataba de simples piratas y ladrones de mar, salidos de las hordas de la Isla de la Tortuga, legiones inglesas y bretonas, sanguinarias y amotinadas, unidas sólo en el saqueo y ensangrentadas, por horribles discordias, a causa del botín. Al mando de Morgan atravesan el istmo de Panamá y se lanzan en las mas atroces depredaciones a lo largo de una costa solitaria y desguarnecida de defensas. Estos

fueron los bucaneros, conocidos en Guayaquil, Callao, Arica, Serena y Valparaíso tan prontos fuertes o desmoralizados, haciendo estaciones en las islas de Juan Fernández y la Mocha, partidos por el estrecho o vueltos a la sorpresa, siempre misteriosamente llevados y traídos por el destino.

Pero volvamos a la aparición de esta flota en las vecindades de las Islas de las Perlas. Al frente de ella la nave capitana llamada las "Delicias del soltero", mostraba la silueta peculiar de los barcos de guerra de la época. Robada a los dinamarqueses, en una sorpresa, iba armada de treinta y seis cañones; la seguían el "Bachelor" y el "Cygnet", un patache o barco de menor calado y un chinchorro. Noche de luna sucedió a la larga tarde tibia y coloreada de arreboles que encendía el océano, con un reflejo de corales. Junto con las sombras la brisa infló las velas y la flota se movió, con lentitud perezosa, hacia la costa de las islas, buscando allí un abrigo para aguardar el alba y desembarcar con ella.

A bordo de la capitana iba el jefe Juan Cook, su segundo Davis, el piloto Dampier y el cirujano Waffer. En los otros barcos se distribuían, al mando de Grogniet, los piratas ingleses y franceses y algunos negros esclavos recogidos en los saqueos de la costa. A medida que la maniobra los acercaba a las orillas embalsamadas de la isla, surgían de todas las barchas las canciones de esos lobos de mar jamás fatigados de sus largas correrías. La luna plateaba la montaña, la mancha maciza de los bosques, la playa de fina arena estendida hasta las olas y rielaba sobre el océano en maravilloso espectáculo. Poco a poco las canciones se apagaron y las voces de man-

do se sucedieron rápidas; las anclas bajaban al fondo de la rada donde ya el viento no podía inquietarlas. De la nave capitana surgió un coro religioso alternado, cuyos graves y roncos ecos resonaban en el silencio de la naturaleza. "Los ingleses rezan sus salmos"—exclamaban irónicamente en el "Cygnet" los más revoltosos e indisciplinados hombres de la horda. Y de la turba de franceses y flamencos surgió ese alegre himno que reflejaba la codicia de sus almas y el impetu de sus empresas. "Eramos una legión de marineros jóvenes,—Somos hoy una corta hueste de viejos,—Las olas del mar nos conocen como amigos,—tantas veces lo cruzamos tras del oro." "Pero esta vez los galeones saldrán de Lima,—saldrán sin escolta y sin cañones,—vaciaremos sus bodegas en las nuestras,—y las barras de oro que sella para si Carlos de España,—las sellaremos nosotros en moldes de buena guineas." Y cesados los salmos en la capitana su tripulación comenzó a hacer coro: "Eramos una legión de marineros jóvenes,—somos hoy una corta hueste de viejos!"

A bordo de la capitana Cook, Davis, Dampier y Waffer sentados o tendidos por tierra al pie de los viejos barriles y en medio del cordaje acumulado en la larga navegación, bebían fraternalmente el ron con los demás tripulantes, en esa camaradería del pirata que no sabe quién será al siguiente día el jefe o el subalterno, el vencedor o el vencido. En el grupo pintoresco de hombres rubios de largas barbas y melena ondulante, resaltaba la figura delicada de un mozo de veinte años que parecía de otra raza. Delgado, flexible bajo la camisola burda de bayeta, con manos finas a pesar de haber enrojecido con el manejo de aparejos, cadenas y cables, el llamado con el extraño nombre de Carolus parecía un misántropo. En medio de los cantos y de la conversación general mantenía sus labios mudos, plegados con gesto de displicencia. Como el tallo delgado de una enredadera junto a los nudosos y agrietados árboles de un bosque; aparecía allí este joven de ojos profundos, de frente despejada, imberbe todavía, frágil acaso.

—Tú has estado en las islas del Rey, Waffer? preguntó el capitán.

—Si he estado? Que lo digan Jhonsen y Hawkins, exclamó éste, habituado a ci-

tar testigos de sus aventuras hazañas. Mañana les mostraré la cruz que pusimos en la fosa del demonio de Dick..

—Dick, el socio de Sharp? ;Buenas piezas eran ambos!

—Así eran. Pero Dick supo morir. Era el mejor compañero de la banda y estaba herido después del abordaje a la "Buena Esperanza" de los españoles. Como habíamos convenido para evitar las confesiones arrancadas con azotes o quemaduras, todo herido debía considerarse muerto. Allí, (y señaló hacia la Isla), antes de reembarcarnos para huir de la flota que nos perseguía, lo arrimamos contra un árbol y le dimos plazo para rezar en su biblia. De pronto dejó el libro y dijo tranquilamente: "no quiero morir; llévenme con ustedes."—"No se puede", repuso el piloto con resolución, "porque somos demasiados a bordo y no podemos llevar un ser inútil".—"Trabajaré" repuso.—"No podrás hacerlo", insistió el otro.—"Me quedaré aquí solo y errante".—"No es lo convenido".—"A mí no me arrancarán confesión alguna los españoles; he probado que soy fuerte y además ustedes pueden cambiar de ruta y así no habrá temor de mi delación".—"No nos conviene; si has concluido de rezar, apóyate en ese árbol porque vas a morir." Fué cuestión de un momento. Dick sacó sus dos pistolas, amartilló antes de que nadie hubiera podido moverse de su puesto y el piloto y su segundo cayeron largos por el suelo. Yo salté con el puñal en la mano y rodamos envueltos buscando cada cual donde herir. Cuando Dick no habló más, abrimos una fosa y lo enterramos con su perro. Sobre ella pusimos una cruz labrada en el viejo tronco de un sándalo.

—Así han muerto tantos otros... Trato de no quedar herido, Carolus,—exclamó Davis.—Es necesario o morir o no sufrir razgoño.

—Me dá lo mismo,—dijo el interpelado alzando los hombros con indiferencia.

—Carolus es un filósofo,—agregó Waffer.

El joven lo miró con desprecio y calló. Su silencio, su impasibilidad habían dado prestigio a este débil secuaz de la horda. Las supersticiones de los piratas no le afectaban. Sonreía de todo. Había sido bravo en los ataques, sobrio y silencioso en las



En el grupo pintoresco de hombres rubios de largas barbas y melena ondulante, resaltaba la figura delicada de un mozo de veinte años...

navegaciones, servicial en los campamentos. ¿Quién era? ¿De dónde venía? Esta era la pregunta de todos.

—Y al fin Carolus, dijo el capitán Cook, eres un español?

—No lo sé, repuso, no lo creo. No me siento un renegado ni un traidor y si fuera español no estaría con sus enemigos. Pero no sé quién soy. No me lo han dicho. Sharp lo sabía, sin embargo. Probablemente...

—Probablemente has nacido en el mar.

—No. De esto estoy seguro. Tengo recuerdos vagos, muy vagos, de mi infancia. Había una mujer, mi madre tal vez. Era una mujer que lloraba siempre. Había un negro que me llevó por un camino de noche. Después no sé más.

—Sharp te trataba como un padre.

Todos callaron. La luna iluminaba el mar, los barcos, la montaña. Una débil brisa cargada de penetrante aroma llegaba hasta los piratas, invitándolos a un reposo largo a la sombra de las palmeras y los bananos.

—Los galeones deben haber salido del Callao.

—O saldrán en breve...

—De España apura Carlos el Hechizado, para no llegar a ser "el Hambriento". El oro pasará por delante de nosotros.

—Y será nuestro.

—Y volveremos como Drake cargados de barras de plata y de sacos de oro en polvo.

—O como Cavendish con toda la tripulación vestida de damasco y seda.

—Y habremos enriquecido con oro que no es de nadie.

—De nadie verdad, porque los españoles lo roban a los indios.

—Y tendremos cada uno de la expedición, fortuna para levantar un castillo y casar con una mujer bella y joven.

—O para armar otros buques y volver a sorprender otros galeones.

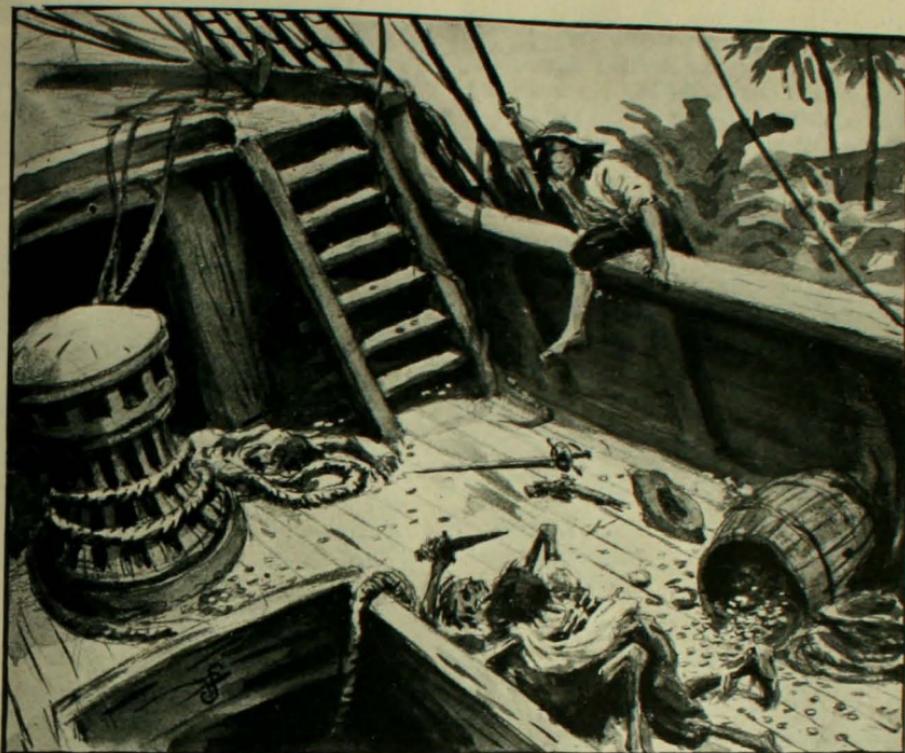
Y así, cada cual formulaba sus proyectos del porvenir, pensando unos en el reposo y otros en nuevas correrías por el océano. Poco a poco los hombres se fueron alejando, perdiéndose por las escotillas o recostándose en su sitio de costumbre.

¿Quién podría contar toda la dulzura, tibieza y coloreada claridad de una mañana del trópico frente a los bosques impenetrables y vírgenes de una isla del Pacífico?

Con la primera luz del alba fueron despeñándose los tripulantes y luego surgieron en el silencio sus himnos religiosos y placenteros: "pero esta vez los galeones saldrán de Lima—saldrán sin escolta y sin cañones". El desembarque comenzó muy temprano. Se echaron al océano transparente, en cuyas aguas verdes podían verse las estrellitas de mar y las tortugas de carey—numerosas canoas que comenzaron a transportar con rapidez armas, municiones y comestibles. Entonces podía notarse la actividad febril de estos marineros libres que parecían tritones salidos de las aguas, con sus luengas barbas rubias y sus rostros tostados por el sol abrasador, con los cuerpos semidesnudos, musculosos y marcados por las balas o el puñal. En la ribera se saludaban los viejos amigos embarcados en buques distintos, se contaban sus esperanzas y medían el tiempo que debía separarlos de la presa codiciada. Enseguida corrían hacia el bosque dando gritos de júbilo y gustando el intenso placer de la tierra.

Se sabía que la flota española del Atlántico debía llegar a Puertobelo en esos días precisos y que, según órdenes del rey de España, bien conocidas por los filibusteros de las Antillas y comunicadas, de horda en horda, a travez de Panamá, no debía retardarse un solo dia la llegada de los galeones del Callao que aportaban el oro de que estaba sedienta la gastadora y desenfrenada corte del Hechizado. Ninguno de los filibusteros ignoraba la captura del galeón de Acapulco efectuada por Cavendish y la facil y rica presa que ofrecían estos barcos con sus bodegas repletas de mercadería, o de oro en polvo y barras de plata, según vinieran o regresaran de América.

Los piratas visitaron la cruz levantada sobre la fosa de Dick. Todos esos hombres capaces de las mayores alevosías y cruelezas tenían arraigada en el fondo de sus almas una viva fe. Descubiertos en torno de la fosa, uno de ellos abrió su vieja biblia y recitó los salmos del rey David, mientras los bretones imploraban al cielo el perdón del filibustero con las mismas oraciones aprendidas de sus madres. Waffer supersticioso como todos, temía ver surgir la sombra vengadora del ladrón de mar, y pálido y desencajado extremaba el fervor de su plegaria, besando de rodillas la tosca em-



Junto con llegar a la cubierta contempló un cuadro de incomparable horror

blema labrado con las hachas de abordaje.

Toda aquella tarde y otras muchas, transcurrieron en el reposo de las islas. Se hubiera creído que nunca había tocado las plantas del hombre esa tierra virgen y temerosa. Parecía que la fina arena de la playa se recogía, como la mimosa púdica del Brasil, al sentir el contacto de los rudos pies de los bandidos y que las hojas de los bananos temblaban al sentir sus voces roncas y vinosas cantar esos himnos de guerra o de esperanzas en las agitadas rondas que bailaban en torno de las fogatas.

Un día, muy temprano, una partida que se había arriesgado hasta un extremo del islote volvió contando que un barco estaba barado en la playa. Era un viejo bajel, donde las aves marinas hacían sus nidos y el muzgo y algas cubrían su casco haciendo una mortaja digna de la reliquia del océano. Corrieron hacia el sitio indicado los capitanes, ayudados de marineros y herramientas, para ver si era posible volver

a flote el barco y servirse de él como ofensa o defensa en caso de combates.

Y en realidad, detuvieron sorprendidos ante una barca de más de cien toneladas, cuyos palos estaban intactos y parecía cuidadosamente varada para salvarla de una persecución. Carolus, como el más despierto de la banda, fué encargado de trepar con el gancho de abordaje y avisar si taba vacía o si contenía algún objeto de valor. El joven demoró en volver. Junto con llegar a la cubierta contempló un cuadro de incomparable horror. La cubierta estaba llena de cadáveres, mejor dicho de esqueletos que conservaban jirones de traje. Bajó por la escotilla y en la escalera misma tropezó con dos despojos humanos abrazados como en una lucha cuerpo a cuerpo. Los pájaros marinos les habían arrancado los ojos de las órbitas y el tiempo concluía de hacer su obra, mitad de descomposición y mitad de terrible momificación. Dió voces y comenzó el racimo de piratas a trepar

por los ganchos con esa rapidez que los presentaba tan temibles a las naves de guerra de España. Eran hombres acostumbrados al horror, a la sangre, a la muerte, a la traición, eran hombres que habían perdido con la sociedad todo vínculo de unión; declarados fuera de la ley, maldecidos y odiados, odiaban y maldecían a su vez a todos los que no acompañaban su religión de exterminio y saqueo... Y sin embargo temblaban.

Allí estaba ante sus pupilas dilatadas, el cuadro real y viviente de la discordia después del botín.

Cádidas de las ropas lucían al sol monedas de oro de todas las formas y valores y pepas y astillas del codiciado metal. Algunos sobrevivientes de la informe y descomunal lucha habían saqueado seguramente a los muertos y acumulado en una barrica monedas y metales. Pero talvez, prendida entre ellos de nuevo la codicia, y con la traición y el engaño fueron cayendo uno tras otro hasta quedar talvez muy pocos: los que vararon el barco para escapar de si mismos y de esa tumba que los iba tragando sin piedad y castigando sin commiseración. ¿Pero dónde estaban éstos? ¿Por qué no habían llevado con ellos todo el botín? ¿Pensaron volver a bordo y perecieron de sus heridas o de hambre? Algunos cadáveres demostraban no haber sufrido lesión alguna y aparecían en el fondo de la bodega envueltas en frazadas y descompuestos en ellas. Esta circunstancia los hizo pensar en una fiebre maligna que talvez habría estallado a bordo y hecho perecer a los jefes. La tripulación se batió por el botín y fueron los amotinados sucumbiendo uno a uno bajo el puñal o la peste.

Los piratas estaban mudos de espanto. Ellos comprendían como nadie esa tragedia. A sus oídos llegaban, desde la fecha remota, de ese suceso, las voces de odio, de perdón, las últimas palabras, las plegarias, las órdenes no obedecidas, todo el clamor de la lucha intestina de los bandidos, sus hermanos de correrías y sufrimientos y ambiciones.

Carolus, enternecido sin embargo por tanto espectáculo de horror, se había sentado a mirar ese infierno dantesco, la cabeza joven y pensativa entre las dos manos. Recordó en la vaguedad de su memoria a la mujer que lloraba y lloró también.

—¿Lloras Carolus — le interrogó Davis que lo afeccionaba.

—Lloro. No sé por qué; pero es este el primer momento de mi vida errante en que vuelvo hacia atrás en mis recuerdos y pretendo saber quien soy.

—Ya lo sabrás un día; la vida es corta y el mundo muy pequeño.

—No lo sabré jamás. No veré nunca a la mujer que lloraba...

—Debia ser tu madre; yo también tuve una; hoy dia es el mar mi madre y mi amada. Olvidemos. Hay aquí un botín que no es de nadie...

—Es de ellos. ¡Era de ellos! Les había costado mucha sangre y fatiga. Por él murieron todos. Es natural que los enterramos como a cristianos y con ellos su dinero.

—Has perdido la cabeza, Carolus? Debes ser hijo de un rey; pero no de un rey de España. Así se comprende tu desprecio por el oro.

Y ya había quienes vueltos de su estupor y de su miedo, recogían por el pavimento con cauteloso recelo las monedas—como temiendo que éstas se revelaran de su sarcilio o tuvieran aún poder de trasmisibles la peste o el veneno—, y las transportaban al tonel silenciosamente.

Aquella noche, después del reparto, los piratas tendidos por tierra soñaron con los buques del Callao que venían a velas infladas y cargados del oro de Potosí. Sonreían a la luz de la luna mientras contemplaban en sueños el desfile de los Galeones de España.

*

El dia 28 de Mayo, muy de madrugada, la flota fué avistada trayendo en su favor el barlovento. En pocas horas todas las bandas habían ocupado sus barcos con grandes hurras; Davis investido del comando por la enfermedad de Cook, izó el pabellón de San Jorge y también el pendón blanco de los Borbones que los corsarios franceses le habían concedido para darle cierto aspecto de legalidad en las batallas. La real armada, favorecida por el viento matinal, desplegó su linea de batalla. La fuerza de ésta consistía en sus cañones; la de los bucaneros en la audacia personal, en el abordaje, en la lucha cuerpo a cuerpo. Dicen los historiadores que en ese combate

iba a decidirse de la suerte de los dominios de España, porque las derrotas de los piratas caían sobre ellos solo; pero sus triunfos irradiaban sobre sus tierras de origen. Sea como fuere, allí estaba la rica presa delante de los más codiciosos saqueadores. Era un verdadero frenesí el que movía a esos hombres en las maniobras preliminares de la batalla. Se crefan dueños ya del te-

rebro obtuso. En realidad los galeones habían pasado de largo sin ser vistos, lejos de su alcance, depositado el oro en Panamá y regresado ahora a combatirlos. ¡Qué ira, qué satánico despecho reventó en sus pechos ardientes por una codicia, tanto tiempo concentrada y tan cruelmente burlada!

A las tres de la tarde se dió la señal de abordaje y cuando Davis se lanzaba sobre



...los piratas tendidos por tierra soñaron con los buques del Callao que venían a velas infladas

soro y parecían poseidos, tal crecía el clamoroso de las tripulaciones y el anhelo de entrar en batalla. Pero el viento les era contrario y la flota española fijaba como quería el sitio y el momento del ataque.

Entretanto, los jefes reunidos a bordo de la **Capitana**, conferenciaban en forma seria. Davis con ojo experto de marino había notado en el movimiento de velas de la flota del Callao, que no llegaba del sur sino del norte. Sus compañeros dejaron oír una maldición al recibir este rayo de luz en sus ce-

la más grande nave española, vió con estupor que sus segundos en el **Bachelor** y el **Cygnets** acortaban velas y se detenían rehusando pelear. Los filibusteros no tomaban interés ni ardor en las batallas cuando no había presa que hacer. Por su parte los españoles temerosos del abordaje, alargaban las distancias y se contentaban con activar el fuego de sus piezas. El combate languideció; durante toda la noche fueron y vinieron los disparos que despertaban millones de ecos misteriosos en las islas. Al ama-

necer la flota real hinchaba sus velas y desaparecía con rumbo al sur. Cantaban una victoria que no habían obtenido; dejaban libre al más temible pirata del Pacífico; pero sembraban también la discordia entre sus bandas.

Los filibusteros atronaron la isla con los rumores de sus disputas y de sus acusaciones. Dos jefes fueron asesinados y otro, Grognet, partió con 456 de los suyos no sin responder a las despedidas de los que quedaban con una granizada de balas que dejó el suelo sembrado de cuerpos. Hasta que se perdió de vista lo acompañaron las maldiciones de todos. Los filibusteros estaban deshechos y Davis se alejó a su vez al norte para preparar un saqueo a lo largo de la costa.

*

Un año más tarde, Davis, después de haber hecho presas considerables en Guayaquil, Pisco, Arica y otras poblaciones de la costa llegaba a la Serena recordando las proezas de Sharp y talvez conociendo las memorias dejadas por uno de los filibusteros sobre la prosperidad de ese sitio de jardines. Mala fortuna seguía persiguiendo al pirata en su camino de exterminio. Era corregidor de la ciudad don Francisco de Aguirre, chileno vigoroso y avisado, que conocía la proximidad de los barcos de Davis y tenía puestos y vigías a lo largo de la costa para no ser víctima de sorpresas como las que anteriormente habían affijido a su ciudad. Doscientos filibusteros desembarcaron en la playa solitaria al caer de una tarde y, pronto metidos entre los matorrales, adelantaron con cautela, creyendo caer por sorpresa sobre la ciudad dormida. Ni un hombre se presentaba a su paso. Los pájaros volaban bruscamente entre las ramas y algún mugido anunciable a lo lejos la feracidad de los campos recién labrados. Había olor a yerbas, a pasto fresco, evocador de las estancias de Inglaterra ante esos desterrados voluntarios de su suelo. Como Carrolus, el joven filibusto, hablaba castellano iba delante de la vanguardia oyendo ecos que le hablaban vagamente de su infancia. Cierta emoción ardiente hacía latir de prisa su corazón. No era miedo, que no lo conocía; era la duda sobre lo misterioso. Habría preferido el combate a ese silencio de las sombras.

Cuando ya creían los bandidos del mar acercarse a la ciudad, algunas descargas de mosquetes les anunciaron la presencia de gente enemiga armada. Muy pronto sonaron otras por la espalda y juzgaron prudente replegarse hacia el norte. Pero la avanzada denunció un terreno pantanoso donde no podría dar un paso sin peligro. Era necesario aguardar la luz y veader caras sus vidas. Esa noche nadie durmió ni hubo sueños de oro y de riquezas. Ya no era la Serena la indefensa playa de los tiempos de Sharp; el corregidor Aguirre velaba por su pueblo con esa digna tranquilidad del viejo chileno, inmutable en el peligro, prudente antes de la acción. La madrugada manifestó a Davis que tenía por delante fuerzas reducidas; pero a poco andar, caballería campesina salió del bosque vecino y protegida por los certeros disparos de los infantes pudo cargar con impetu la avanzada de los piratas. Dos de ellos habían sido hacheados y sepulcan arrastrados al tropel de los caballos que volvían riendas para retirarse de los tiros cercanos de los asaltantes Davis ordenó replegarse y fué su movimiento el comienzo de la fuga. Asaltados de todas partes, los filibusteros corrieron hasta la playa, saltaron en tropel a sus lanchas algunas de las cuales ardían ya en la rada y bajo una lluvia de plomo llegaron a los barcos que pocas horas después salían con la naciente brisa hacia Juan Fernández. Veinte cadáveres habían marcado su corto camino; muchos heridos volvían con la mano puesta sobre el sitio abierto clamando con desgarradores alardos, por la muerte o por una faja que restañara su sangre.

*

El asalto de Davis a la Serena había dejado en manos de Aguirre dos hombres de los cuales se podía conocer la verdad sobre esta expedición y sobre las futuras correrías, para anunciarlas a Santiago. Un propio llevó la noticia con una carta de Aguirre, que la historia ha conservado, sobre el corto pero eficaz hecho de armas de la vispera.

Uno de los bandidos apresados, un inglés, se degolló en un momento de descuido de los soldados que lo conducían a la cárcel pública. El otro, había pretendido fugarse dando un golpe de machete a su centinela;

pero desarmado y echado a tierra con una cadena a los pies, iba a ser víctima de la brutalidad de los enardecidos vencedores, cuando Aguirre los contuvo al oír que el prisionero le dirigía la palabra en español: "Si Ud. es un hombre de guerra dé orden de que me maten, señor; pero no tolere que me arrastren como a una fiera". "¿Eres un prisionero de los pirtas?"—preguntó asombrado el corregidor.—No lo sé repuso Carolus; pero no soy inglés".

El joven fué llevado a un edificio cerca de la ciudad, desnudado casi de todo aquello que pudiera tener algún valor sobre su cuerpo y encerrado en una habitación blanca, húmeda, mal oriente, por la cual pasaba un curso de agua, posiblemente desagüe del canal de un molino antiguo y ya abandonado. Allí quedó a solas con sus pensamientos, rabiando de sed y de despecho, resignado a una muerte ignominiosa, tal vez quemado en público, en una plaza, en medio de un pueblo que venaría en él los sacrilegios de Sharp y el incendio de parte de la ciudad. Y así pasaban lentes las horas. Cayó la noche; por la ventanuela estrecha, cerca del techo, penetraba el aroma del campo, el rugido de los grillos que entonaban ya la canción de sus héritos. Volvió a recordar esa mujer que lloraba, imborrable aunque vaga imagen que lucía en los momentos de amargura en el fondo de una alma entenebrada; y por primera vez tuvo temor. Tanto, que al abrirse bruscamente la puerta y ver aparecer al corregidor seguido de otro hombre de aspecto funerario, embozado en una capa y llevando una linterna en la mano, creyó que era la hora del verdugo y poniéndose de pie, preguntó:—¿Ya es el momento?

El corregidor un viejo alto y enjuto con penetrantes ojos, labios apenas perceptibles y una nariz desmesurada y su acompañante que parecía de igual edad a la suya y tal vez con cierto aire de familia, lo contemplaron en silencio. Este llevaba barbas largas y desgreñadas y se mostraba nervioso, talvez



Dime quién era la mujer que lloraba; dimelo viejo demonio!

con miedo a la figura resuelta del filibustero que había demostrado ya tan aviesas intenciones al caer prisionero. Aguirre dió de nuevo una mirada fría y atenta al prisionero y el corregidor con voz mesurada habló así:—Aquí queda mi representante. Afuera están seis soldados listos para cumplir sus órdenes. Será perjudicial para su defensa el menor intento de huir.

—No quiero huir—replicó el joven—haciendo un gran esfuerzo para hablar castellano; pero no necesito tampoco proceso alguno. No tengo nada que declarar ni en favor mío ni en contra mía, ni en favor ni en contra de nadie. Si es necesario firmar y decir que he sido escuchado firmo lo que se diga; en realidad yo no sé firmar...

—Lo ha oido Ud. señor don Fernando;

Ud. hará oír la razón al prisionero. Yo volveré más tarde.

Mientras el corregidor salía, el llamado don Fernando, se quedó inmóvil, volviendo los ojos de un lado a otro, sin hablar, sin fijarlos sobre el joven, sin dar un paso, sin saber cómo comenzar su interrogatorio.

Talvez había sido síndico de monjas, charlador al lado del fuego, chismoso vecino o formulista escribano; y por primera vez se encontraba con un hombre desnudo de la cintura hasta la cabeza, con las manos puestas en las caderas, mirándolo audaz y fijamente; un pirata! talvez una fiera, sin miedo, sin religión, sin vínculo alguno con la sociedad. Don Fernando daba vueltas los ojos en sus órbitas y callaba. Inclinaba a veces la cabeza y solapadamente y a hurtadillas le dirigía una fugitiva mirada recelosa. El joven lo observó largo rato y concluyó por darse vuelta hacia el muro sin acordarse más de la presencia de ese extraño personaje que no parecía un verdugo sino una víctima.

Entonces el anciano dejó la linterna en el suelo y se sentó sobre una piedra que estaba cerca de sus pies. Era una ridícula figura, con su larga capa negra, casi posada sobre el suelo. Sólo allí y sin tener ya sobre si los ojos del prisionero, y sin dirigirle la vista, comenzó a hablar con pausa. El pirata no se volvió; pero pareció prestar oído a sus palabras.

—El prisionero se ha dirigido al señor corregidor en nuestro idioma aunque con una inflexión extranjera que hace temer sea un inglés que pretende engañar...

—Yo no he engañado jamás a nadie—resonó alta la voz.

—Si se tratara de un inglés y el prisionero quisiera declararlo así el proceso quedaría terminado...

—Yo no soy un inglés.

—Pretendería talvez el prisionero hacer creer que es un español, acaso prisionero de los forbantes?

—No pretendo nada.

—Ha estado acaso por su propia voluntad en su compañía?

—Sí.

—Ha abrazado esta profesión por gusto, por salario, por inclinación...

—No sé. Por todo eso y por nada de eso. No sé si soy español; si lo fuera habría sido un traidor y yo no soy traidor; si

navegara por salario sería un cocinero y no era el cocinero a bordo; si lo he hecho por inclinación, no sé si la tenía al principio; hoy la tengo.

—El señor es acaso un capitán?

—No; era un tripulante simplemente.

—Ha tomado parte en asaltos y saqueos?

—En todos aquellos a que he asistido.

—Si el prisionero uera puesto en libertad que haría?

—Echarme al mar a nado y alcanzar mi buque.

Don Fernando no sabía cómo continuar. Evidentemente su investigación era larga e intencionada; pero a cada instante se sentía más desconcertado. Comenzaba a palidecer y a temblar.

—Dónde ha nacido el prisionero?

—No lo sé.

—A qué edad ha entrado a la profesión de forbante?

—Lo ignoro.

—Cuáles son sus recuerdos más lejanos?

—Me veo siempre en un buque (el joven se había vuelto y estaba al frente del viejo); pero mirando más atrás, veo a un negro y a una mujer que lloraba.

—Una mujer que lloraba? Y por qué lloraba?

—Nunca lo supe; no sé quien era. Era mi madre? Talvez. Era la madre de otro? Talvez.

El viejo se llevó violentamente una mano al rostro y comenzó a sollozar. El pirata se le acercó; puso el oído como para escuchar un clamor lejano y tomándole violentamente la mano gritó más que habló:

—Dime quien era esa mujer que lloraba! Dímelo, viejo demonio; tú lo sabes: Lloraba así como tú lloras... así como... lloro yo también, y el joven como poseído por un vértigo había caído con una rodilla en tierra y con los ojos enrojecidos apretaba la mano del viejo como para triturarla entre las suyas. Pero luego se repuso y de pie, friamente, dijo:

—Nada tengo de común con los españoles; menos aún contigo. Probablemente ese es un sueño. Sigue y concluye pronto. Hazme dar la muerte.

—Y si yo supiera algo más de tu historia, prisionero?

—No; no; no!—gritó por tres veces consecutivas alzando cada vez más la voz el pirata. Su grito resonó a lo lejos y el eco



Robada a los duques de Anjou en una sorpresa iba armada de treinta y seis cañones. La seguían el Bachelor y el Cygnet...



Después de muchas horas la mujer pareció reconocerlo

devolvió el último sonido con un misterio pavoroso.

—Puedes echarte sobre mí—repuso don Fernando con más valor.—Puedes gritar; pero antes de morir Dios te ha mandado a cruzar mis pasos para que yo confiese culpas horribles de mi vida. Oyelo, por ella, por la mujer que lloraba, por tu madre!

El joven llevó esta vez sus manos a la cabecera; las colocó sobre sus sienes y se movía convulsivamente como formulando de nuevo su negativa terminante, la resolución de su destino. Pero luego comenzó a sollozar y después sus lágrimas fueron tranquilas.

—Tú eres Francisco Javier Rosales hijo de mi hermano Bernardo que en paz descanse. Tu madre era doña Josefa de Saavedra y a su lado vivías en la capital de este reino que se llama Santiago. Desde muy niños tuvimos con tu padre cuestiones de intereses que nos separaron e hicieron enemigos mortales. Era él el mayorazgo de la familia; tú te presentabas como una

amenaza para mí. Tu padre abandonó a su mujer recién tú nacido y yo te hice desaparecer. Yo podía más que los otros miembros de la familia y nadie pudo sospechar de mí. Un negro te sacó de la casa de la hacienda en el Huasco y te trajo a mí lado a esta ciudad y precisamente a este molino en que estamos. Fui a Panamá como comerciante y no resolvíndome a matarte te entregué a un corsario francés a quien había hecho un gran servicio, pidiéndole velara por ti. Una sola carta recibí de este marino que volvió a su tierra y en ella me decía que tú navegabas en los barcos piratas de Cock y Davis; pero hasta esta noche he vivido con los remordimientos de mi crimen creyéndote muerto... El corregidor que es el único hombre que conoce mi historia y la tuya me avisó que los barcos llegados a la Serena eran los de Davis y más tarde me advirtió del extraño parecido que creía notar en uno de los prisioneros hechos en el encuentro de hoy, con tu padre y conmigo mismo; por ésto he venido...

—¿Y... ella? ¿Dónde está la mujer que lloraba? ¿Ha muerto? Llévame a su tumba y después haz de mí lo que quieras no deseo vivir sino puedo vivir con ella.

—No ha muerto. Pero tampoco puedo decir que viva; por mi culpa llora siempre y no sabe hacer otra cosa. Ha perdido la razón. Vive en la hacienda. La verás si quieres; pero aún no he terminado.

—Termina.

—Tú eres dueño de mi vida y de mi honra. Puedes ser libre porque eras un verdadero prisionero de los piratas. Si te obstinas en tu resolución de confesarte filibustero ni verás a tu madre ni saldrás de esta celda sino para morir. No podrías vivir entre las gentes de esta nación si saben que tú has participado de los saqueos y de la sangre española derramada... Se sabrá, si tú lo aceptas, que habías sido robado por un negro y hecho con él prisionero en Panamá. Como tu desaparición fué simultánea con la del esclavo de la hacienda, será creída esta historia. Todo mi dinero es tuyo...

—Guarda tu dinero, mal hombre—exclamó el joven—tú eras el más fuerte y el botín fué tuyo. Así pensamos los forbantes libres del mar. Ahora déjame solo.

El joven se echó por tierra y con la cabeza entre las manos estuvo largo rato meditando. A ratos la sacudía con su negativa pertinaz; luego se escuchaban sus sollozos. Un momento se colocó súbitamente de pie y luego volvió a recostarse en el suelo. Media don Fernando la intensidad de esa hora de vacilaciones; pero esperaba que sobre ellas la figura de la mujer que lloraba se alzara tendiéndole los brazos y lo arrastrara hacia ella.

—Oye, mal hombre—dijo al fin—puedes conducirme donde esa mujer que dices es mi madre. Yo la conoceré. Si ella falta yo volveré al mar; si tu te niegas a ayudarme contaré tu crimen y si hay un español honrado ese te dará muerte.

El anciano dejó escapar un suspiro de alivio y cayó de rodillas.

—Me perdonas?—dijo.

—No tengo de qué perdonarte; tú eras el más fuerte; el botín fué tuyo. Eso fué lo que quisiste y lo tienes. ¡Tú crees en Dios?

—¡Sí creo! Es mi consuelo, es mi vida,

la única fuerza que he tenido para soportar el peso de mis remordimientos.

—Pues bien; si tú crees en Dios, debes saber que él no te perdonará.

Hubo un momento de silencio. Don Fernando lloraba y el joven con los brazos cruzados sobre el pecho lo contemplaba mudo. Luego exclamó:

—Ella no sabrá nada de mi vida.

—Perdóname, entonces, por ella.

—Tú habrías hecho dos crímenes en tu vida... si ella no viviera; quitarme de su lado y luego arrancarme del lado de los compañeros del mar para contarme esta historia. Pero sea; nada me importa sino ella. Mentiré por la primera vez de mi vida; diré que fui prisionero, viviré al lado de ella y cuando cese de llorar cerraré sus ojos cansados y volveré a juntarme con los míos.

La puerta giró y el corregidor avanzó impasible.

—¿Qué ha dicho el prisionero, don Fernando?

El prisionero no es un pirata; es mi sobrino don Francisco Javier Rosales. Lo juro por Dios Nuestro Señor a su señoría. Es la misma persona que hemos creído y he sabido por el interrogatorio los pormenores que contaré al señor Corregidor. Pido a Su Merced licencia para llevármelo a mi techo.

El Corregidor se descubrió.

—Haga Ud. lo que le plazca señor; aquí no hay un prisionero sino una víctima de los inhumanos bandidos del mar del sur.

Carolus iba a replicar; pero se calló. El corregidor le tendió la mano ceremoniosamente y el joven la estrechó no sin repugnancia.

*

En el largo viaje a la hacienda, hecho con lujo de sirvientes y mudas de caballo, trataba Rosales de unir sus recuerdos más antiguos con la realidad que pasaba delante de sus ojos. Como en la plancha fotográfica bajo la acción del ácido, iban apareciendo manchas informes que desarrollaban luego siluetas conocidas. Le pareció en el camino que una casa baja de barro cubierta con un techo de paja y un gran sauce frente a su puerta, les había dado alojamiento con el negro. Reconoció el vado

de un gran estero que cruzaron al caer de una tarde. Volvieron, en fin, con los aromas de las yerbas y los mil rumores del campo, otras reminiscencias menudas y no tuvo la menor duda de que fuera verdad absoluta la historia contada por don Fernando.

Después de algunas jornadas, Rosales fué recibido con alborozo por los pobladores de la hacienda, en su mayor parte indios, que habían sido prevenidos de la aparición del mayorazgo, arrebatado por el valor de don Francisco de Aguirre de los sufrimientos que soportaba entre cadenas de los forbantes. Pero nada rompía en su alma la indiferencia caída, como la nieve de un largo invierno, sobre su alma por tanto tiempo ignorante de su nombre, de su nacimiento, del secreto de su vida. Erguido sobre la montura, ni miraba, ni oía. Los que salían a su encuentro, revolvían los caballos delante del suyo y partían de nuevo a escape para regresar engrosados por otros. La escolta crecía y de ella salía el rumor de la historia abultada ya por los primeros fantásticos colores de la leyenda. Una sola persona podía resucitarlo y esa lo aguardaba, sin saberlo, sentada como siempre en el corredor de la casa a la sombra de los viejos maitenes, sauces e higueras.

Dofía Josefa de Saavedra había sido bella tal vez. La cabeza delgada revelaba fina raza; de ella había heredado la suya el joven. Sus ojos verdes tenían una melancolía inmensa en la dilatada pupila algo fija y sin brillo. La nariz y la boca, dibujadas con pureza de graciosas líneas hacían pensar en la sonrisa seductora de su primera juventud. Pero sobre todo este conjunto aristocrático había caído un velo de fatiga y de vejez, de vulgaridad y de insignificancia. El dolor lejos de haber dignificado y transfigurado su figura la habían degradado y depuesto. Era la imagen de oro y marfil, cubierta con un velo del muestrario de un bazar.

Cuando la gran escolta llegó hasta cerca de las casas de la hacienda estallaron algunos cohetes y salieron al gran corral que se abría delante de ella, las mujeres y hombres de la servidumbre, algunas tías viejas de Rosales y tres hermosas niñas, primas hermanas del recién llegado, que ardían de curiosidad por conocer el romántico personaje que llegaba hasta sus miradas y que habría de vivir durante algún tiempo bajo el techo común. Pero lo que hacia latir ace-

leradamente los corazones era la escena del encuentro de la madre con el hijo, de la mujer que vivía en un extraño mundo y del joven que volvía de otro desconocido y misterioso para todos. La señora como era llamada en toda la región, permanecía largas horas sentada en el corredor sombrío, con la vista vaga perdida en el campo circundado al oriente por las montañas cubiertas de bosques. Rara vez decía una palabra con sentido, pocas veces sonreía, generalmente lagrimeaba, como un hábito de eterna existencia de dolores sin consuelos. Al desmontarse el joven apartó con las manos a las personas que le salían al encuentro y con la mirada fija en el corredor de la casa avanzó en línea recta hacia su madre. Puso una rodilla en tierra, la tomó la cabeza con sus manos y descansó sus labios en la espaciosa frente de la mujer. Esta lo observó con atención profunda, tendió su descarnada mano hasta la cabeza del recién llegado y, a media voz, comenzó a entonar una canción con la cual lo adormecía cuando niño. Carolus la repitió: estaba dormida en su alma como el pájaro en el nido y echó a volar despertando en su memoria un mundo de recuerdos encantadores. Pero no se obtuvo más de esta entrevista; la mujer volvió a su llanto y Rosales quedó sombrío a su lado, satisfecho ya el ardiente anhelo de sus días de nostalgia.

Las personas de la familia importunaban inútilmente al mayorazgo. Crefan poder oír de sus labios la historia fantástica de los forbantes; sabían que era el recobrado, un joven extraño y original, sin nada de común con otros hombres, lo que exitaba especialmente la curiosidad de las mujeres jóvenes. A quién tocaría la suerte de domar esa fiera y reclinar sobre su pecho la cabeza alta y dura que no había sentido jamás amor alguno y había vivido casto en esa gran trapa del océano?

Cuando sentado al pie de un árbol, Carolus, miraba a lo lejos embelesado, fija la ardiente pupila en una imagen invisible, los celos torturaban a sus primas que habían creído acercárselle más y producir en él alguna preocupación. El joven no dirigía jamás una palabra a las mujeres; con los hombres era imperioso y altanero. Insensible a la sonrisa de las niñas, solía detenerse en su mirada más por curiosidad que por placer. Había visto pocas mujeres en

su vida y se embelesaba en los ojos alegres y risueños de las muchachas de poca edad. Pero luego su aspecto frío y glacial lo tomaba de nuevo y permanecía largas horas embelesado en esa fija mirada que a todos intrigaba.

«Dónde está la mujer que llora?—decía constantemente por su madre.—No pasaba una hora sin que regresara a su lado a sumirse en la contemplación de la pobre enferma que languidecía poco a poco. Ya no lloraba siquiera; una demencia grave y profunda la envolvía pausadamente. El joven fué alejando sus visitas y terminó por no

que bañaban su cima en el nimbo plateado de la noche. Bajaban las anclas, brotaban en el silencio los coros de las tripulaciones, armónicos y graves, con sus finales prolongados. Volvían los sueños de aquellas noches de ardiente esperanza cuando el oro de los galeones reflejaba aún su fulgor sobre las cabezas rudas de los marineros libres del océano. Todo era tan vivo, tan cercano, tan real y tangible, que el joven vivía de nuevo entre los hermanos de su azarosa existencia y oía allí, al lado, sus voces familiares.

Una de sus primas, Dolores Mercado, gen-



...galopaba un caballero sin detenerse

volver a la habitación. Entonces sus embellosos se hicieron más frecuentes. Durante gran parte del día permanecía con la barba apoyada en una mano, la cabeza hacia adelante, los ojos inmóviles, mudo e insensible.

Vino una noche de luna tan tibia y perfumada, tan enervante y melancólica que levantó en su espíritu la imagen palpitante de la llegada de la flota de Davis a las Islas de las Perlas. Lo rodeaba la atmósfera poética del mar tropical, le venían brisas impregnadas de los aromas inolvidables de las hojas y yerbas de las islas, recorría todo su cuerpo la emoción de esa lenta llegada de los barcos sobre el espejo impermeable de las aguas serenas. Veía, como un expectador, el avance magestoso de la flota cerca de la silueta alta de los bosques

til producto de la raza conquistadora que no se había alejado jamás de la tierra labrada por sus mayores, salió tras de sus pasos, ocultándose de árbol en árbol, reteniendo el aliento para no denunciarse, con el anhelo de descubrir el secreto de esa alma solitaria. Estaba muy cerca, arrobada ante la figura de ensueño y transfiguración que presentaba su primo, apoyado en un muro derruido y fija la mirada en el espacio. Podía ver el milagroso destello de amor y de triunfo, de esperanzas y de dichas, que revelaban sus ojos ardientes. ¿A quién amaba ese hombre diverso de todos? ¿En qué lejano país, una reina, una princesa, una mujer infinitamente bella y misteriosa, le había dado su corazón? ¿Cómo poder ofrecerse como su confidente y consolar sus dolores o torturas?

Un ruido reveló la presencia de la mujer. Carolus volvió su rostro y se quedó contemplando en silencio la figura blanca entre los troncos nudosos, esa especie de rayo de luna caído al tráves del follaje tupido de los árboles. La niña creyó que iba a morir; no podía retener en su pecho frágil los latidos violentos del corazón. Carolus volvió poco a poco a la realidad. Esperó que se apagara esa noche del trópico surgida en su mente, que se borraran las siluetas de los barcos, que se extinguieran los cantos de las tripulaciones, que cayera un velo entre el pasado revivido y su presente real y aterrador. Avanzó entonces con los brazos abiertos. Posó sus manos ardorosas sobre los hombres de la niña que estaba paralizada por el terror, acercó a sus labios la cabeza débil y depositó dos largos, dos interminables besos sedientos, sobre los grandes ojos negros que juntaron sus párpados como para morir... Cuando quiso huir, ya el joven había desaparecido.

La "señora" había muerto esa noche. A

la mañana siguiente nadie encontró al mayorazgo. Contaron poco después, unos arrieros que venían de la costa, que allá, a dos jornadas de viaje, galopaba un caballero sin detenerse. La leyenda agregó en el Huasco que Rosales había corrido a lo largo de la costa y llegado finalmente a la Mocha, donde el barco de Davis lo había recogido antes de salir, rumbo del Estrecho, para no volver al Pacífico.

* * *

Cuando veinte años más tarde, a comienzos del siglo XVIII, se comentó la aparición en Santiago de un fraile venido de una cartuja del oriente, que tenía fama de santo, recorría los caminos y llegó hasta el Huasco para cerrar los ojos de Dolores Mercado, que agonizaba; se creía realmente que bajo ese misterioso hábito negro y la envejecida capucha, se ocultaba Francisco Javier Rosales atraído de nuevo a su tierra por la mujer que amó, como en otro tiempo fué atraído por la mujer que lloraba?

JOAQUIN DIAZ GARCES

DE PRESIDENTE A PROFESOR

M. Taft, a la expiración de su mandato presidencial, aceptó la cátedra de derecho de la Universidad de Yale, puesto considerado como muy honroso para el jurísciondo llamado a ocuparlo y que se encontraba vacante.

El sueldo de M. Taft, como profesor, será de 5,000 dollars por año, suma que no es enorme tratándose de un ex-presidente de una gran República. Pero M. Taft se manifiesta muy contento con su nuevo cargo, y ya ha comenzado a preparar su instalación en New-Haven, en el estado de Connecticut, donde se encuentra situada la Universidad de Yale.

Es sabido que el sueldo asignado a los presidentes de los Estados Unidos es muy reducido: 250,000 francos, lo que es una miseria comparándolo con el de 1.200,000 francos que ganan los presidentes de Francia, lo que permite a sus titulares hacer algunas economías para los días de la vejez.

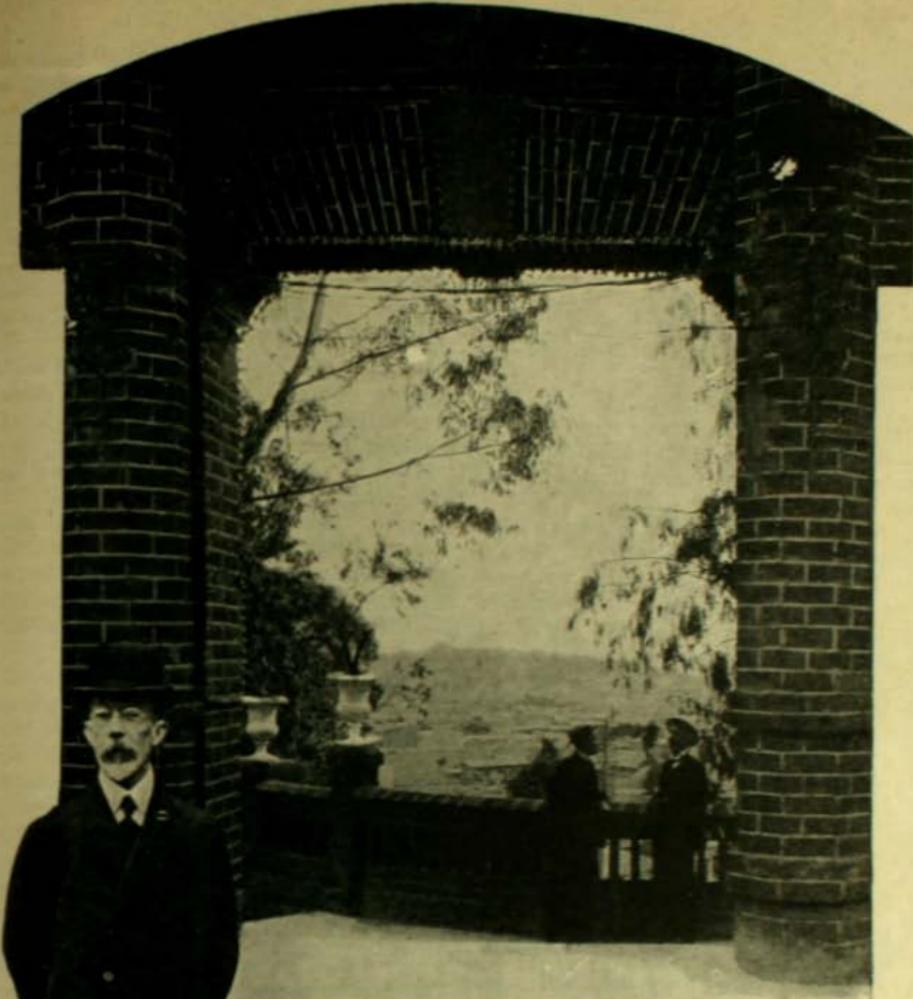
Los presidentes de los Estados Unidos, si

no son ricos deben continuar trabajando para poder vivir.

Es muy honroso para la enseñanza de las grandes Universidades libres de Estados Unidos que el nuevo presidente, M. Wilson, haya sido elegido mientras ocupaba el cargo de rector de una Universidad, de la cual ha sido profesor y que el antiguo presidente M. Taft haya buscado su descanso y su refugio en otra Universidad.

Esta costumbre es muy digna de imitarse. ¿Qué función más honrosa para un ciudadano que ha tenido a su cargo la dirección de los grandes intereses de su país que la de formar el corazón y la inteligencia de los futuros ciudadanos?

En todo caso la enseñanza es una tarea más tranquila y libre de los peligros engendrados por la lucha de los intereses que el ejercicio de la profesión de abogado y, por cierto, mucho más que la liquidación de bancos y sociedades anónimas.



Con don ISMAEL VALDES VERGARA

Por —————

F. Santiván

Obligados por la tiranía periodística—que vive de la actualidad palpitante, como el árbol del abono que lo fecunda—nos dirigimos a casa de don Ismael Valdés Vergara.

Sin duda alguna, fhamos a molestarlo, a turbar sus ocupaciones, a quitarle un tiempo precioso y sin provecho alguno para él. Pero, qué hacerle! Es el hombre del día. El primer fruto de una larga y tenaz campaña de regeneración pública. Toda una ciudad tiene hijos en él, con inquietud y espe-

ranza, sus ojos escaldados de llorar miseras.

La antigua Municipalidad ha sido expulsada a latigazos infamantes como a los mercaderes del templo, y se ha llamado a los buenos sacerdotes para que restauren los oficios, interrumpidos por las voces destempladas que pregonaban su mercancía.

Don Ismael Valdés Vergara es en el momento actual como el símbolo, el pendón, que encarna los anhelos de buen gobierno Municipal.

Creímos, por consiguiente, de sumo interés conocer lo que piensa y proyecta el distinguido hombre público, nombrado por aclamación unánime primer Alcalde de Santiago.

Todos lo que conocen la extensa labor desarrollada por el señor Valdés Vergara en beneficio de su país, ocupando en distintas ocasiones los puestos más expectables de la República, saben de sobra, que es con relación a la Alcaldía de Santiago lo que Napoleón a la isla de Elba, después de haber jugado a los soldaditos con los generales de la Vieja Europa...

¡Saldrá también, de esta pequeña insula municipal, el ejército que lleve a toda la República la voz de Restauración de las antiguas prácticas de honradez y buen criterio?



En la Avenida Vicuña Mackenna nos encontramos delante de una alta muralla patinada por el tiempo; en la muralla una gran puerta de hierro y, un poco más acá, una puertecita modesta, disimulada, junto a la cual se ve una plancha: Ismael Valdés Vergara.

Si miramos a través de la puerta de reja hacia el interior, nos encontraremos con un extenso parque señorial cuyos árboles añosos ocultan a medias un sencillo chalet de madera. Reina la quietud, el silencio, difusa claridad verdosa. ¡Qué tranquilidad la que se debe gozar en aquel rincón al cual no llegan los ruidos atormentador del mundo! Con qué serena dulzura debe exprimir el cerebro sus más sutiles pensamientos al par que las flores y los árboles exhalan a su alrededor sus perfumes discretos e invisibles!

Y pensamos que allí, a ese retiro de paz y quietud, se ha ido a buscar a una persona

que había ganado el derecho al descanso, y se le ha transladado a pleno centro de bullicio, de pequeñas intrigas, de mezquinas ambiciones, de innobles intereses, para que sostenga con su hombro el caduco edificio amenazante de ruinas.

Al llamado del timbre aparece el portero en el fondo del jardín, avanza hasta nosotros haciendo crujir sus pasos en los caminos enarenados, nos interroga cortesamente y nos conduce al escritorio del señor Valdés Vergara.

Ha sido tan rápida, tan fácil esta introducción que nos encontramos asombrados. Esperábamos una larga antesala, largos minutos de inquietud y de bostezos, puertas que se abren solemnes, lacayos que nos interrogan con desconfianza... Nada de esto. Ni siquiera se nos pregunta el nombre. Y antes de que pudiéramos coordinar nuestras ideas, un caballero de regular estatura, de aspecto enfermizo y expresión de bondad en el rostro, nos ofrece asiento con llaneza:

—;En qué puedo servirles?

Nueva sorpresa. Creímos encontrarnos con un señor imponente, hermético, frío, provisto de todas las armas sútiles con que nuestra imaginación se complacía en adornar la figura de todo un viejo político. Ni reticencias, ni sonrisas misteriosas, ni miradas taladrantes, ni grandes gestos enfáticos y declamatorios. Nos encontrábamos ante un caballero bondadoso, de mirar claro e ingénuo, que sonríe con facilidad y que habla sin pretender que sus ideas sean la última palabra de la materia, pero que, sin embargo, tienen el ardor de la convicción sincera. En su rostro delgado, un poco pálido, de piel que el tiempo comienza a marchitar, se ve la expresión del hombre que no procura ocultar su pensamiento. Sus brazos se agitan en el aire con movimientos repetidos y como procurando atrapar el intangible cuerpo de una idea escurridiza. En sus palabras hay frescura de agua clara, entusiasmo juvenil, ese entusiasmo idealista que se suele perder en contacto de la mala fe o la indiferencia de los hombres prácticos y egoistas. Al conocer el objeto de nuestra visita, nos responde extensamente, sin reservas, con la naturalidad del que hace confidencias a antiguos conocidos, tratándonos con cierta bondad paternal y efusiva.

Nos acomodamos confortablemente en el

sofá, y escuchamos encantados. Frente a nosotros, por los limpios cristales de la ventana, vemos sonreír el sol sobre las plantas del jardín. A nuestro alrededor el cuarto amplio, con lujo confortable, salpicado aquí y allá de obras artísticas que acusan gusto por la armonía de las líneas o del color: una columna átropa, una reproducción en relieve de la fachada de castillo morisco, un cuadro, una estatua, sobriamente distribuidos sobre la gran mesa de escritorio, o sobre el estante de libros, o en alguna repisa de madera.

—

—Estoy muy contento—responde a nuestras preguntas.—Ha sido un triunfo que no me esperaba tan completo. Podemos decir que se ha conseguido reunir una Municipalidad brillante en la cual puede la ciudad depositar su entera confianza. Las elecciones, dentro de lo humanamente posible, han sido de una corrección no vista quizás desde cuánto tiempo atrás, tal vez nunca... Pero lo que más me complace es el perfecto acuerdo que parece existir hasta ahora entre los miembros del nuevo Municipio. No se divisa ni la menor intención de hacer política...

Y es lo que más me ha comprometido a aceptar este puesto de trabajo que se me ha asignado. En cuanto viera la intención de llevar la política a la Municipalidad yo me retiraría... Soy capaz de sacrificarme por una idea hasta el momento en que comprendo que mi esfuerzo puede tener la compensación del éxito; cuando no sucede así, cedo mi lugar a otros. Hace cuatro años, más o menos, que me había retirado de la lucha activa. Estoy demasiado viejo y necesitaba descanso... Solo conservaba algunos cargos que me permitían seguir velando por el bienestar de mis conciudadanos en esferas limitadas, sin ese ardor febril que nos envuelve en las regiones del alto gobierno. Formaba parte de algunas comisiones, consejos... y entre otros cargos el de miembro de la Liga de Acción Cívica. Trabajaba con entusiasmo en el seno de esta asociación. Y los sucesos han venido encadenándose insensiblemente, hasta que, sin saber cómo, me encuentro de nuevo en un puesto que no por ser obscuro, deja de tener una enorme responsabilidad, un vasto campo de acción, mil veces superior, tal vez, a mis gastadas fuerzas. Cuando

la Liga consiguió que se eligiera nueva Municipalidad, consideré terminado mi trabajo, y manifesté mi deseo de retirarme. Sin embargo, mis compañeros insistieron en que presentara mi candidatura, en tal forma que me fué imposible negarme. Una vez elegido, pensé retirarme de nuevo, limitando mi concurso a la simple esfera de acción del edil... De nuevo los acontecimientos se arreglaron en tal forma, que aquí me tienen Uds. dirigiendo el Municipio. No queda otro recurso que resignarse y trabajar... Pero vuelvo a repetirles, que mientras mi trabajo resulte fructífero... En caso que no vea las cosas por buen camino... me hago un lado y que luchen otros...

Sonríe benévolamente, y como si midiera mentalmente la magnitud de la obra por realizar, murmura en voz baja...

—;Hay mucho, mucho que hacer!

—;Tiene Ud. algún programa?—le pregunto con interés.

Medita un instante y responde:

—;Programa?... Programa precisamente nô. Soy enemigo de esas largas enumeraciones de buenos propósitos que se suelen hacer para satisfacción de los electores y que generalmente no se realizan jamás. Pero si es preciso formular un programa, todo se reduciría en el fondo a una misma cosa: reorganización de los servicios municipales. En el plazo que por disposición constitucional debe existir la Municipalidad recientemente elegida, no le será dado hacer una administración brillante. Su obra principal se limitará a dejar preparado el terreno para que la que la suceda pueda corresponder a las aspiraciones del vecindario.

El vecindario, con sobrada razón, ha negado su concurso a las Municipalidades derrachadoras, porque nadie está dispuesto a dar dineros para que sean dilapidados.

Pero habiendo desaparecido esa razón, estando la administración de la ciudad en manos honorables, debe suponerse que el público querrá estimular la acción de sus mandatarios procurándoles los recursos indispensables para que éstos les proporcionen todas las ventajas y beneficios que de ellos se esperan.

Los más directamente interesados en el progreso de la ciudad y en la satisfacción de todas sus necesidades, son los propietarios, puesto que el valor de los inmuebles depende en gran parte de esos factores.

Una ciudad bien tenida, en donde se cuida el aseo y la higiene, en donde se atienden los paseos públicos y los espectáculos, en donde, en una palabra, se puede vivir con agrado, atrae población y, sobre todo, elemento extranjero, que acrecienta el valor de la propiedad. Buenos Aires y Río Janeiro se han transformado en pocos años de esa manera.

Mientras las rentas sean escasas como en la actualidad, la Municipalidad tendrá que concretarse a satisfacer las necesidades más primordiales; no podrá proyectar siquiera ninguna empresa de adelanto, ni reformar el sistema anticuado de los servicios locales. Tendrá que vivir como viven las familias de escasas rentas: privándose de todo lo que no es indispensable para conservar la vida.

La tarea de la Municipalidad en esas condiciones es ingrata y difícil. Se puede exigir todo lo que se anhela en materia de organización y todo lo que humanamente es posible hacer con las rentas actuales; pero no podrá satisfacer sin duda las aspiraciones muy legítimas que ha formado el espíritu de progreso traído al país por los compatriotas que han viajado y por los extranjeros que nos han visitado.

Por eso, ante todo, se necesita reorganizar los servicios municipales para poder enseguida exigir las rentas necesarias, con la garantía de que el dinero no se dilapidará tontamente... Para procurar los fondos no solo se necesita la buena voluntad del Municipio y el apoyo del vecindario; se requiere también el auxilio del Congreso, que deberá autorizar empréstitos y votar leyes especiales. Desgraciadamente, las Cámaras es probable que procedan con mucha parsimonia, porque si es verdad que se ha llegado a constituir una Municipalidad que inspira confianza, nadie puede asegurar todavía que pasará igual cosa con las que la sucedan. En ese terreno le queda a la Liga de Acción Cívica mucho que hacer.

La situación de la Municipalidad se podría mejorar fácilmente desde luego, aumentando la miserable y ridícula contribución de patentes establecida el año 1866, que se paga actualmente en nuestra infima moneda. Según la clasificación y tarifa de esa moneda hay comerciantes que pagan dos pesos al año, suma inferior, sin duda, al costo de su recaudación.

Un abogado con buena clientela, cuyos honorarios ascienden en la actualidad a 80 y 100 mil pesos al año, continúa pagando una patente igual a la de un abogado del 66 que ganaba a lo sumo 10 mil pesos de nuestra moneda y que pagaba una patente cinco veces superior, puesto que el cambio ha bajado en esa proporción.

Deben establecerse, además, otras contribuciones, procurando que recalgan en los vecinos acaudalados o en los artículos de lujo.

Las rentas de la Municipalidad no alcanzan actualmente a 6.000.000 de pesos papel. Es imposible atender regularmente con esa suma todos los servicios de una ciudad cuya área es tan desproporcionada con relación a su población.

Es preciso convencerse de que si deseán, como es natural, buenos servicios, la conservación de pavimentos, el ensanche de las calles, el progreso y adelanto de la ciudad, el vecindario debe pagar contribuciones en cantidad suficiente para costear los servicios ordinarios y para servir los empréstitos con que deben pagarse las obras que beneficiarán, tanto como a los vecinos actuales, a las generaciones futuras. No es justo que toda la carga se la lleven los hombres de hoy.

Pero como le decía hace poco, se debe empezar por otras cosas, sin las cuales nada se puede exigir al vecindario ni a nadie.

—Y ha pensado Ud. ya en la forma cómo deberá proceder la Municipalidad en su obra regeneradora? —nos permitimos interrogarle.

Reflexionó un momento y luego nos respondió:

—Creo que se debe principiar por lo que yo llamo la desinfección, ni más ni menos que cuando se va a habitar una casa nueva en donde ha habido enfermos. Habrá que comenzar a extirpar los hábitos y prácticas viciosas y especialmente el sistema corruptor de la tolerancia remunerada de los abusos e infracciones legales, de la cual son víctimas, las clases pobres. En la recaudación de patentes, por no citar otro ejemplo, se explota en la actualidad a los negociantes pobres e ignorantes en la siguiente forma: Se fija un plazo limitado para que pasen a pagar la contribución que les corresponde en la oficina respectiva de la Municipalidad. Allí se les demora inter-

minablemente, tres, cuatro o cinco días, tiempo precioso para gente que vive de su propio trabajo. Luego se acerca a ellos un empleado, u otro individuo, quien les propone, mediante una modesta suma, hacerles despachar la patente a la mayor brevedad. Si el pobre hombre accede, de acuerdo con el empleado de la oficina, se le da preferencia sobre la fila interminable de los que esperan. ¿Por qué se hace en esa forma la recaudación? ¿Es justo que al contribuyente se le exija tales incomodidades, pérdidas de tiempo y de dinero? Nada más fácil sería que el valor de las patentes se depositara en un Banco, en donde se abriría una cuenta corriente, a nombre de la Tesorería Municipal. El memorandum allí recibido serviría más tarde para canjearlo por la patente respectiva.

Por otra parte, ¿cuántos son los establecimientos que no pagan patente y burlan a la autoridad mediante coimas que dan a los encargados de vigilar la fiscalización del pago de los impuestos?

Será posible formar una matrícula lo más exacta posible de los establecimientos y profesiones que pagan patente y la clasificación debida de ellos. Igualmente se necesita hacer el prudente avalúo de los inmuebles para los efectos del pago del impuesto municipal. Es considerable la suma que se pierde en la actualidad por falta del control debido, y sería interminable la enumeración de los medios de que se valen los malos empleados para defraudar al Municipio.

Por eso mismo, una de las primeras cosas en que se deberá pensar es en una selección del personal, rigurosa y bien calculada. En la actualidad el Municipio gasta más o menos 800,000 pesos en sueldos de empleados, cerca de la sexta parte de la entrada que percibe anualmente. Con esa suma, y tal vez con mucho menos, creo que es posible mantener un personal de primer orden. Una vez seleccionado el cuerpo de empleados, se deberá pensar en estimularlo en el estricto cumplimiento de su deber, formándoles una situación que esté en relación de sus necesidades y creando vínculos entre él y la institución a que sirve. No se puede saber hasta qué punto es justo exigirle honorabilidad aislada, seriedad, conocimientos, etc., a empleados que ganan doscientos o trescientos pesos mensuales y que deben mantener numerosa familia, sin tener siquiera la esperanza de

un ascenso por antigüedad y por méritos. Creo que se debe formarles carrera a los empleados, ascendiéndolos con justicia, formándoles cajas de ahorro, pensiones de retiro, y otras ventajas que lo obliguen a sentir interés por el puesto que sirven. En la actualidad, el empleado, con mala remuneración viéndose obligado a seguir los cambios de política que cualquier día pueden dejarlo en la calle, se ve en la obligación de procurarse suplementos a su sueldo, y bien sabido es que estos suplementos se costean en detrimento de las arcas municipales... Esa es la base de la desmoralización administrativa.

Una vez seleccionado el personal, se puede pensar en emprender una labor fructífera, ya que ellos son los compañeros obligados, el brazo que debe ejecutar las buenas disposiciones de la Municipalidad.

En cuanto a los servicios de la ciudad, soy de opinión que se deben entregar a contrato, al menos, por ahora. Son trabajos de naturaleza tan complicada, se necesita tanto personal para ejercitálos, que es preferible que manos extrañas a la Municipalidad los tengan a su cargo, limitándose el papel de los empleados municipales a vigilar el estricto cumplimiento del contrato. Es más sencillo y más económico. De esa manera queda tiempo para pensar en otros problemas de más imperiosa solución.

Una de las preocupaciones más grandes que tendrá el nuevo Municipio al comenzar su ejercicio será la liquidación y pago de las cuentas pendientes. Es tan enorme el desbarajuste que existe al respecto, que hasta el presente no he podido obtener siquiera la cifra a que asciende la deuda municipal. Nadie ha dejado decirmelo...

De este atolladero no le será posible librarse sin el auxilio del Gobierno. Creo que ahora no sería difícil conseguir un suplemento que permitiera a la Municipalidad cancelar sus deudas. De ese modo se le devolvería el crédito de que carece y se facilitaría enormemente sus tareas.

Vuelvo a repetirlo: la obra de la Municipalidad actual no podrá ser brillante. Deberá limitarse a levantar su prestigio, poner orden en el caos de sus servicios, para que las que le sigan puedan hacer una labor de verdadero brillo en pró del adelanto de la ciudad.

El señor Valdés Vergara meditó un ins-

tante y luego añadió a modo de conclusión:

—Un municipio tiene siempre una hermosa y grande obra que realizar... Por mi parte, de lo que yo me preocuparía con mayor gusto, sería de aquellas obligaciones que se refieren al pueblo obrero, a la clase pobre e inicua de nuestra ciudad. Creo que nosotros somos los responsables, y hasta me atrevería a decir los culpables del estado de miseria y de atraso en que vive nuestro pueblo. Viviendo en pocilgas en vez de habitaciones, en calles sucias y miserables, sin ninguna de las necesidades a que tiene derecho un ser civilizado, con sus hijos expuestos a todas las epidemias mortales que hacen su morada en los barrios pobres, no es de extrañar que la raza degenera, que busque un alivio en la taberna y que luego se vea arrastrada a los crímenes y abyecciones más bárbaras.

No creo en la eficacia de la caridad personal, quiero decir de aquella que se hace de hombre a hombre, porque se está demasiado cerca de las ingratitudes humanas, que amargan y desalientan; en cambio, creo en la caridad que se hace a las colectividades y siempre me encuentro dispuesto a practicarla con verdadero placer. Allí ni se esperan agradecimientos, ni se está tampoco al alcance de la ingratitud...

Dentro de las funciones a mi cargo, no perdonaré ocasión, por consiguiente, para beneficiar, en lo que sea posible, a la clase trabajadora.

Pienso que uno de los problemas más interesantes por resolver sería la cuestión de abaratamiento de los artículos de pri-

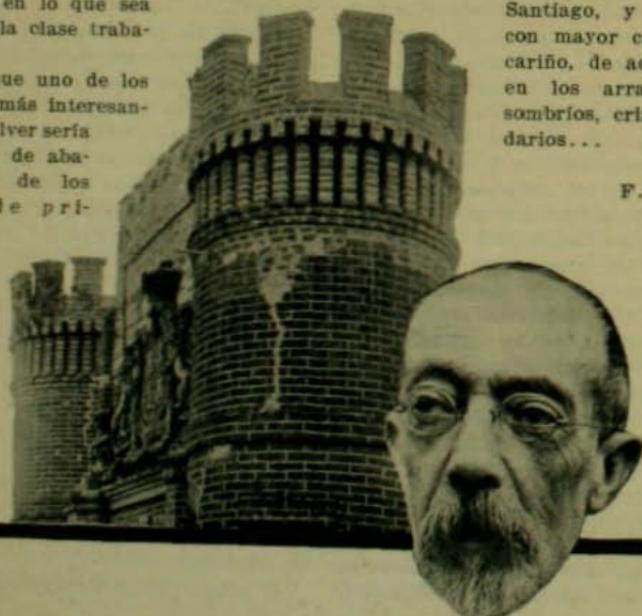
mera necesidad. ¿Cómo hacer para que no se explote de manera inicua al consumidor?... He pensado vagamente en una de esas ferias al estilo de las que existen en ciertos países europeos, en que el productor, el hacendado, puede ofrecer de primera mano sus artículos al comprador, sin que intermediarios inescrupulosos se queden con las ganancias en detrimento de todo el mundo. En fin, ya se pensará eso con mayor detenimiento... Esos, y otras muchas cosas que desecharía ver realizadas y que no sé si alcance o pueda realizar. Buenas intenciones no faltan. Ojalá que mis compañeros de Municipio lo comprendieran así, como lo espero, y en buen acuerdo trabajemos por el éxito de nuestras ideas... Sólo a la política tengo miedo. La política lo echaría a perder todo!

No quisimos quitar más tiempo a nuestro amable interlocutor y nos pusimos en pie para despedirnos.

El señor Valdés nos acompañó hasta la puerta de su sala de trabajo con la misma bondadosa sonrisa con que nos recibiera.

Nos alejamos con la impresión de haber estado conversando con un buen padre de familia que aconsejara y se preocupara con febril actividad de la suerte de su familia desgraciada, de esta enorme familia que se debate en la sucia y antihigiénica ciudad de Santiago, y especialmente, con mayor celo, con mayor cariño, de aquella que vive en los arrabales tétricos, sombríos, criadero de presidiarios...

F. SANTIVAN



La felicidad modesta

en la vida

Por _____

ALBERTO EDWARDS

Podemos dar hoy a nuestros lectores una grata noticia.

Como lo digimos desde nuestro primer número, "Pacífico Magazine", dedicará siempre una atención especial a todo cuanto pueda contribuir al bienestar de las personas de medianos recursos.

En este sentido nuestra obra no se limitará a la teoría.

El problema de las habitaciones, es quizás el más importante y el de más difícil solución, entre los muchos que presenta en Chile, la Economía Doméstica. Apenas es posible concebir la vida honesta, decorosa y arreglada, en esas casas viejas, de aspecto sordido, sin aire, sin luz, sin comodidades higiénicas, a que deben reducirse las familias poco pudientes, apesar de los subidos cánones de arrendamiento que se ven obligadas a pagar.

Hemos buscado con todo interés el medio de dar a este asunto una solución práctica, y hoy estamos ya en el caso de anunciarla.

Ante todo, ¿Cuál es el tipo de casa que nos conviene a nosotros los chilenos?

Cada pueblo vive de acuerdo con su idiosincrasia particular y habida consideración al clima de los respectivos países.

El francés, poco casero, sociable y burocrático, no es a este respecto el tipo que debamos imitar. El francés vive en la calle, en el café y en el restaurant, en muchedumbre, por decirlo así. Apenas es necesario insinuar que semejante medio de vi-



da no se acomoda con nuestro carácter.

Poco le importa a los franceses vivir enjaulados, los unos encima de los otros, en ciudades relativamente estrechas, compuestas de edificios de muchos pisos. La casa para ese pueblo, es un accidente de segun-

la importancia. No siempre come en ella, y apenas le sirve

sino para dormir. Más tranquilo, taciturno y reservado, el inglés es ante todo un hombre de su casa. Sintiendo apenas la necesidad de vivir en continuo contacto con el bullicio del mundo, busca principalmente el confort dentro de su hogar, quiere su casa para él, lo más independiente posible, y cuando sus medios no se lo permiten, prefiere alejarse de los centros caros, antes que reducirse a ocupar un pequeño departamento de una esas vastas colmenas o conventillos de muchos pisos, donde habitan en Francia, las familias de la clase media y de pueblo.

Los chilenos en esto como en muchas otras cosas nos parecemos más a los ingleses que a los franceses. Si no somos mas caseros, es porque en muchas ocasiones, nuestras casas son apenas habitables.

El viejo tipo criollo de la casa colonial de estilo pompeyano conserva aún sus partidarios entre nosotros. Los que así piensan suelen tener razón por ocho o nueve meses en el año, y no dejarán de tenerla nunca, si nuestro clima fuese tropical,

si en Chile no hubiera un invierno, que, aunque corto y relativamente benigno, obliga a la gente a recluirse en las piezas huyendo del aire libre de los patios, a lo menos por algunos días entre Mayo y Agosto.

Pero, en todo caso, hoy no podemos pensar en nuestra antigua habitación colonial. Los patios y corredores ocupan mucho terreno, y el terreno es ahora demasiado caro, para proporcionarnos con él comodidades problemáticas.

La casa inglesa es la que más nos conviene. Reducida en cuanto a su extensión edificada, o bajo techo, está dispuesta de tal manera que reuna a esta economía de espacio y material, las ventajas del aire, de la luz y del pequeño jardín.

Las ciudades de Inglaterra se desarrollan así, en vastas extensiones, construidas en uno o dos pisos; en forma sea de chalets, sea de pabellones contiguos, pero disponiendo siempre de luz y vistas por delante y atrás o sea por la calle y el jardín, patio o huerto del fondo.

Este sistema tiene sobre el francés otra ventaja de gran importancia social. La colmena o conventillo francés sirve a la vez a muchas familias, y el inquilino, por tanto, no puede llegar a su propietario. El pabelloncito inglés independiente y en terreno propio, puede ser adquirido, mediante ciertas facilidades, aun por las personas de recursos más escasos. Si no hubiera otras consideraciones, esta bastaría para preferirla.

"Pacífico Magazine" ha logrado interesar en el problema de la habitación barata y confortable, a un entusiasta capitalista, que ya en la próxima primavera y verano podrá ofrecer a nuestros lectores, casas cómodas, independientes, en forma de chalets o pabelloncitos de estilo inglés, por un precio que fluctuará entre 70 y 250 pesos mensuales. Al cabo de diez años, el arrendatario pasará a ser propietario de la finca, sin mayor desembolso, pues en el cálculo será incluida la amortización del capital, desde el primer día.

No es pues tan mala la noticia que damos a nuestros lectores. En el próximo

número esperamos proporcionarles más amplias informaciones.

Otra novedad importante para las dueñas de casa, dignas de este nombre.

La señora doña Lucía Vergara de Smith, acaba de publicar con el nombre de "Cocina moderna y práctica", el más completo y acabado libro de cocina, que hasta ahora haya aparecido en Chile. Es una verdadera Enciclopedia culinaria, repleta de indicaciones utilísimas.

Contiene este libro, cerca de 2,300 recetas, para todos los gustos y todas las bolsas, desde el exquisito manjar de banquete hasta el sencillo plato de comida burguesa y sencilla.

Un solo dato. En Chile solo se conoce de ordinario, una sola manera de guisar las berenjenas. El libro de la señora Vergara nos trae siete, casi todas prácticas y caseras... Ya se ve... Un verdadero berengenal.

Y ya que de berenjenas se trata, voy a apuntar aquí una receta para guisarlas, muy en uso en la cocina burguesa de Francia, y que, no por económica, deja de ser exquisita.

Berenjenas rellenas al gratin.—Se parten las berenjenas a lo largo y se les quita las pepas. Se remoja en caldo un trozo de pan, con sal, pimienta y perejil picado. Se llenan las berenjenas con esta especie de relleno, y se ponen en una cacerola con mantequilla, las unas al lado de las otras. Se pone encima de cada berenjena un trozo de mantequilla, y se cuece a buen fuego durante una media hora.

Otra receta, aún mejor es la siguiente:

Berenjenas a la Bohemia.—Se cuecen las berenjenas en agua hirviendo con sal. Se las enjuaga y se saca la comida que se reduce a puré. Se pone en una cacerola mantequilla, perejil, ajo y tomates; se deja cocer y reducir, se agrega el puré y se pone a cocer a fuego lento. Al momento de servir se polvorea encima queso rallado y se mezcla. Se sirve en tasitas de losa, después de dorarlas un poquito en un horno muy suave.

A. E.





Palmeras de Ocoa

SIEMPRE SOBRE LOS BOSQUES

Por

Gonzalo Subercaseaux

Lector, si tú supieras lo que es para mí, pasar hasta quince días callado en el campo, me ahorrarías un modesto exordio, lo que en buen romance equivale a una mala disculpa o explicación antes de entrar en la materia de lo que se va a escribir o hablar.

Si ignoras lo que es el silencio forjado y si además no entiendes mucho sobre lo que debo tratar, no temas, léeme; mayor motivo, pues, notoria es la afición que hay a leer y hablar de lo que no se entiende.

Acaso por esto hablan de cañones algunos jefes, de higiene algunos médicos y de regeneración algunos... regenerados y a acaso por esto de hablar de lo que no se conoce hablo yo de riquezas, aunque sean públicas, que por ser así parece que estuvieran al alcance de todos y no es así. (1)

Hace tiempo que viene tratándose de nuestra riqueza forestal, de la necesidad de conservarla, aumentarla, explotarla mejor, etc.

Esta necesidad de respetar, conservar y plantar los bosques puede obedecer a un bien general a la comunidad o a un bien para cierto número de individuos o para uno solo. O sea puede ser general o particular.

La primera de estas atribuciones puede ser con fines higiénicos, climáticos, hidrográficos, industriales y otros, todos los cuales, siendo bienes para la comunidad deben ser costeados por el Estado y con los recursos de la comunidad.

Excusado es decir que debe el Estado principiar por hacer que se cumpla la ley de Julio 13 del 72 que si no se cumplen las dictadas "a qué dictar nuevas leyes?"

Injusticia enorme sería coartar el uso legítimo de sus bosques a quién los compró y pagó sin más limitaciones que las de la ley nombrada, ni a prettexto del bien común.

Esto sería tanta mayor injusticia, cuanto que la índole de la ley que autorizó estas

(1) Algunen ha dicho que en E. U. de A. está el derecho del particular algo limitado; pero debe tenerse presente que no nace de la Constitución del país, art. 24, estatuto orgánico, de consiguiente la limitación es anterior a la compra de los terrenos.

ventas de tierra limitó cuanto pudo la cabida de cada hijuela y la acumulación de varias en una mano.

La mente de ésta que fué estudiada por el conocido y malogrado economista señor Echeverría era obligar a cultivar las hijuelas a edificarlas, cerrarlas, poblarlas, todo lo cual llevaba necesaria e inevitablemente envuelta la idea del roce, sin el cual nada podía hacerse en terrenos montañosos.

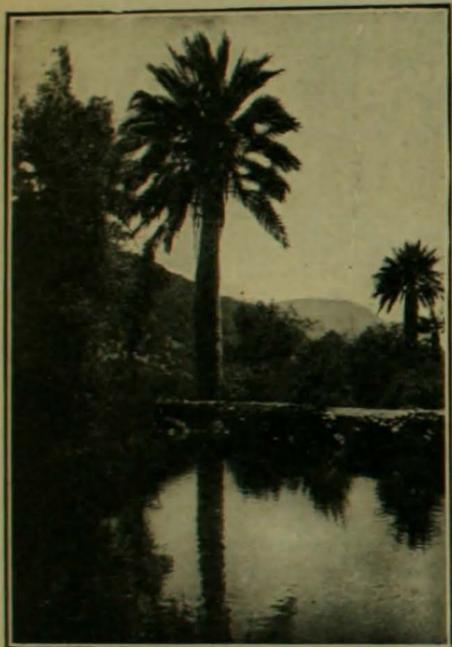
La ley del 74 (Agosto) que reconoce las mejoras de buena fe, cuenta en la práctica

La segunda de estas necesidades o conveniencias de plantación decíamos puede afectar a los particulares, pocos o muchos; pero siempre en cantidad que no pueda llamarse bien general.

En estos casos que son de la cuerda de los particulares, llegan a ser de la cuerda Fiscal, también ya que el bien de muchos individuos llega a ser hasta, cierto punto, bien general.

Y es por eso que el Estado o las oficinas que de ésto cuidan deben llegar al particular, en forma de propaganda, de enseñanza, de consejos, demostrando las utilidades y hasta procurando poner en manos de los particulares las saciedades útiles y a precios infimos o de producción.

Conviene aquí tener presente que las oficinas técnicas deben tratar de poner las menos trabas posibles a los plantadores o conservadores de bosques ya que la autorizada opinión del economista alemán Rostcher hace ver el mal que traen aparejadas las legislaciones engorrosas que obligan o aconsejan al propietario a no dedicarse a un cultivo pobre y siempre bajo la tutela odiosa, de los empleados fiscales.



Paisaje en los alrededores de Valparaíso

como una de las mejoras de más valor el terreno rozado y los ingenieros y entendidos hoy como siempre tazan más caro lo desmontado y cultivado que lo boscoso, aún tratándose de bosques más o menos buenos.

La opinión de los tratadistas como Lecouteux, Rostcher, Laserque, y don José A. Alfonso en Chile están de acuerdo que sólo el Estado debe y puede afrontar este problema casi siempre e indiscutiblemente cuando se trata del bien común, el cual es absurdo esperarlo de los particulares. (1)

(1) Las cosechas comunes dan 15 a 25 fánegas por hectáreas o sean 150 a 200 pesos, que en 50 años ya son algunos pesos, lo mismo en la crianza o engorda, arena y otros aprovechamientos.

De este importante rol del Estado y de la necesidad de que haya una oficina que vigile estudie y aconseje e ilustre el criterio de los gobernantes y particulares es de donde arranca inevitablemente la necesidad de mantener y dar el dinero necesario para la oficina de Bosques y Caza, cuyo rol ya queda bosquejado y cuya necesidad solo puede escaparse a mis convidados lectores, aquellos que no entiendan nada.

Estudiado ya el rol del Estado y el de los particulares y descartados éstos de algunos cargos injustos debemos tratar de que es lo que debe cuidarse y plantarse o sea que se debe llamar terreno forestal, que es en el cual han de radicarse los cuidados, estudios, ensayos y propagandas forestales.

A nuestro entender, formado por la experiencia, estudio y sentido común deben ser aquellos que por su calidad, pendiente o situación no son aptos técnica ni económicamente para la producción agrícola o pecuaria de buena clase.

Nada más injusto que tontear a los agricultores del sur porque quieran dedicar a la

producción anual y constante sus tierras en vez de la forestal, que aún en los casos que da 2, 4, 6, 10 veces la producción agrícola de un año no dan en verdad ni los intereses acumulados y no tocados en los 40, 50 o 100 años que ha demorado ese bosque en formarse.

Ridículo sería el agricultor que en previsión de las futuras, eventuales y dudosas necesidades del mercado se pusiera a guardar bosques en espera de grandes precios y olvidara las reales, apremiantes y bien remuneradas exigencias del mercado actual de carnes, trigos, avenas y maderas.

Y no se olvide que la imprevisión se ve tanto menor cuando se considera la calidad de nuestros bosques y los avances del petróleo, el carbón, la electricidad, el acetileno como combustibles y el cemento, el fierro y metales como elementos de construcción.

Tómese también en cuenta que la propiedad allá fué especialmente constituida en la época de los remates a 10 años sin intereses para dar entrada a todos los de poco capital y así se comprenderá más la necesidad de hacer capital tangible cuanto antes.

La comparación con algunos países de Europa es otro de los argumentos, nosotros no negamos que hay allá gobiernos y pueblos más previsores que el nuestro; pero para que se vea que apesar de todo, rigen los mismos principios que llevamos anunciados, pondremos la opinión de M. Leconteux en su obra "Cours d'économie rurale" (On est persuadé que ces créations de long haleine sont du ressort de l'Etat—Quant aux particuliers ils ont assez à faire baisser les mauvaises terres).

Por lo demás todos sabemos que los bosques allá están todos sobre terrenos pobres y los que están próximos a París no son obra de la previsión del país; sino del agrado y dirección de los reyes y magnates de la nobleza antes de la fortuna ahora.

Más de alguien ha hecho cargos a los agricultores del Sur por rosar más de lo que pueden trabajar bien y porque no destroncan y dejan bien un suelo antes de extenderse a otro.

La razón es muy conocida, porque casi todos los árboles inútiles quemados se pu-

dren después de cortados en 2 o 3 años y otros como el roble retoman proporcionando abrigo al ganado y no perjudican las siembras venideras.

Y finalmente porque el que lo hiciera para ver más luego un potrero en estado perfecto pagaría un capricho, gastando tres veces el valor de su tierra o sean \$ 600 en vez de \$ 150 o 200.

Bastante hemos defendido o explicado el



Quisquies en la región central

por qué de algunas prácticas que parecen absurdas a primera vista; y ya hemos demostrado que en lo que hay de malo es generalmente el Estado el responsable, como quiera que es él quien debía cuidar de estos asuntos.

Lo que en verdad no tiene disculpa y el Gobierno debía reglamentar cuanto antes es la forma descuidada y torpe de hacer los roces, sin tomar precaución alguna para no quemar lo que no debe sembrarse y para limitar el roce a la voluntad del agricultor.

Es indispensable que se legisle, pero prácticamente y que después de establecer el rol

del Fisco y del particular se fije lo que son terrenos de bosque y se trate de hacer reales los cuidados y prescripciones sobre esta clase de suelos.

Quédanos por contemplar otra clase de consideraciones, para legislar en forma clara y práctica y es el estudio de las calidades de bosques pues no todos merecen el amparo social y algunos bien convendría desterrarlos y entregárselos al roce por inútiles y malos.

En efecto, esto que para nuestro criterio tiene grande importancia no he visto que se la den ni las leyes ni los artículos de prensa ni las charlas de Club.

Desde los viejos tiempos no se habla de calidades de madera y entiendo que no ha habido otro decreto sobre el particular que el que reglamenta la corte de alerces en Llanquihue y Chiloé el 2 de Julio de 1859.

Es indispensable que se estudie o mejor dicho que en la ley se estipule las calidades de bosques útiles, las maderas porque se pueden reemplazar los inútiles, cuales se pueden repoblar por retoños, etc., etc., todo lo cual no requiere mayores gastos, pues, cualquier montañas se sabe todo lo expuesto.

Hay calidades tan malas que en varias ocasiones, se ha extipulado en las propuestas públicas, que no se aceptan durmientes de la cordillera de la costa, donde dominan el olmo, tineo y otros que aunque semejan al roble, no hay entendido que los confunda.

No echaremos aquí mano del argumento climatérico porque pensamos como el señor Alfonso que ya parece cosa juzgada la poca influencia del bosque de aumentar lluvias y aún aceptándola no vendría a asustarnos desde que se puede decir que en el Sur las hay sobrantes.

Tampoco tomamos las estadísticas comparadas con otros países, porque hay diferencia de datos y porque admitiendo que solo tenemos un 25 por ciento de los bosques lo que es poco, resulta demasiado para el Sur.

La demostración de lo expuesto es clara, pues si tenemos 25 por ciento de bosques sobre el total del país y si este total tiene más de un 50 por ciento de desierto, resultará que este 25 por ciento es el 50 por ciento de la zona habitada o sea es mucho y si tomamos en cuenta la escasez de bosques del centro este 50 por ciento será casi el 80 por

ciento de las provincias boscosas lo que nos interesaría y por lo cual debemos trabajar es por tener bosques donde faltan y donde hacen falta, pues, no es problema mayor el tenerlos en la región de los bosques.

No haremos cuenta aquí de los argumentos artísticos ni poéticos todos; cual más cual menos nos hemos sentido inspirados ante las magnificencias de la montaña los que tienen gran temperamento han resultado artistas de verdad, los cuerdos simplemente nos hemos contentado con sentir callado lo que expresaríamos mal y las mediocridades pretensiosas mezclan estos papas artísticos con la cuestión económica, agrícola y científica de los bosques.

Estudiar y definir el papel del Estado ante el problema que nos ocupa, demostrar la utilidad a los particulares, definir cuáles son los campos forestales, cuáles los bosques útiles, reglamentar su explotación y su destrucción donde convenga, dar fiestas a los productores, todo esto y más de algo que a mi flaca memoria se escapará es hacer obra útil, es prestigiar la campaña seria y beneficiosa.

Confundir argumentos anticuados, soltar generalidades vulgares con infalibles científicas, ofender a los habitantes de la región más joven y productiva del país, con argumentos que son sin pero para ellos, pegar palos de ciego es poner escollos en el camino tesonero de los que quieren y pueden hacer un bien al país y por tanto estorbar la causa que quieren servir o de la que quieren servirse para llamar la atención o formarse una plataforma de exhibicionismo patentándose de tipos adelantados, instruidos y superiores a los inconsientes habitantes de las provincias australes.

Ordenemos nuestra campaña, presentémosla clara y estudiada y no dudemos que todos convencidos trataremos de hacer el bien propio. A Dios gracias no hay derecho a dudar en Chile del patriotismo. Si las cosas no siempre se hacen debidamente sus razones tendrán y si estas razones son la ignorancia, enseñémos y demostremos la verdad, no ofendamos ni tengamos la pretención de creer que hay cuatro provincias de tontos.

No dudemos que demostrada la verdad nadie seguirá en el error por gusto.

UN REY CONSORTE



POR —
ERNESTO MONTE NEGRO

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Mi amigo Pérez, de profesión charlador en las tertulias de las redacciones, no deja nunca de protestar cuando oye—y con cuánta frecuencia—a uno de esos caballeros que califican de prosaica y vulgar la época en que vivimos

—No, señor—le interrumpe con gesto desdifiioso.—Claro que todos no pueden apreciar a primera vista lo extraordinario que circula en el entrevero de la vida diaria. Pero atrévase Ud. a estudiar de cerca unos cuantos tipos de la multitud, eche la sonda en ese mar y le aseguro que descubrirá maravillas.

Verdad que ya no se escribe lo que llaman epopeya; a mí ver sólo porque no hay talentos literarios capaces de expresar lo grandioso de la tragedia del vivir cotidiano.

Pero vaya Ud. a un centro donde afluuya un gran público, el Portal, por ejemplo.

Observe la cara congestionada, la sonrisa tirante del hombre que pasa: es un especulador que se bate en retirada. Mañana se pegará un tiro, y hoy todavía convidará a sus amigos a una cena con mujeres y champaña.

Revueltos como un ganado en que todas las reses fueran igualmente mansas, pasan los futuros héroes del incendio, o del accidente callejero en que un desconocido se sacrifica sin ninguna vacilación por salvar una existencia de que nadie podía hacerlo responsable. Este que llega de sombrero suelto y con el pantalón manchado de aceite, es el mismo que la ciudad aclamaba ayer viéndole jugarse la vida sobre un aeroplano.

Y qué sé yo cuántos más. El muchacho pálido y ceñudo que camina detrás de una anciana a la que habrá degollado la noche

siguiente con la seguridad de un oficial de matadero. ¿No es también heroica esa jovencita que pasa con un fardo de costuras al brazo? He sido su vecino, y estoy convencido de que en esa abnegación que se desconoce a sí misma; en su porfía con la tisis y la neurosis, cada noche, mientras el padre y el hermanito regalón duermen sin sobresaltos, yo he sentido revelárseme una de las más grandes y comunes heroicidades de mi tiempo.

Y ahora una historia, para probarles cómo pueden pasar casi del todo inadvertidos sucesos tan grandiosos como grotescos: según se los mire. Un caso de los muchos que los espíritus superficiales creerían malamente reproducidos de los tiempos de la Leyenda Dorada.

El círculo se estrechó mientras nuestro infatigable camarada proseguía calmamente:



Había una vez un rey... un pobre rey sin corona, ni cetro, ni reino, en fin: un rey como hay tantos y como habrá más cada día, seguramente. Un pobre rey consorte que había llegado a esta capital, metrópoli de su isla, en apariencia como desterrado voluntario pero en realidad a pelear hasta lo último por la devolución de sus dominios. De oírle, se hubiera batido cuerpo a cuerpo en defensa de su esposa, la reina de una isla remota que el gobierno de Chile mandaba colonizar.

Afortunadamente para los colonizadores, el real consorte había quedado inválido de resultas del ataque cerebral que le produjeron las persecuciones, la indignación no satisfecha de la primera época de su reinado.

De cómo llegó este hombre a compartir el tránsito real no lo hemos sabido nunca. Supongamos que fuese un marinero desertor de algún velero de los que hacen el tráfico de carbón de Australia a Valparaíso; creamos en el mejor de los casos que llegara como colono voluntario a aquel islote encallado en mitad del Océano Pacífico.

Así como en las viejas historias de Simbad y Gulliver, debió llegar en el preciso instante en que se necesitaba un salvador: la soberana de un país de ochocientos individuos de una raza inferior, de una casta viciosa y degenerada, requería con urgencia una alianza que viniera a vivificar el

tronco estéril. Los varones de su raza, casados desde los diez o doce años, presas de las peores plagas, eran una runfla de cretinos, sin dignidad y sin valor.

Su pasado misterioso coloreado por la leyenda, no despertaba en ellos ningún orgullo patrio, y negados a los deberes tradicionales dilapidaban las reliquias esparcidas por la isla, entregándolas por cualquier baratija a la codicia del comerciante o del arqueólogo.

Y lo que ella deseaba era un marido fuerte y valeroso para encargarse de su protección y de la de su pueblo. Su astucia de oriental la encaminó a buscarnos allí entre sus probables enemigos, los extranjeros venidos del país "protector".

Lo halló pues en la persona del colono rubio, tipo alto y musculoso que iba a ofrecérselo para cuidar los restos de sus plantaciones. Su cara cuadrada, en la que se abrían unos ojos azules y serenos, revelaba lealtad y franqueza, al mismo tiempo que la sonrisa de su ancha boca parecía estar pidiendo disculpas a los débiles que le rodeaban por mostrarse ante ellos tan sano y fornido.

Como decía, los recursos de autoridades y concesionarios pudieron más que los puños del consorte de la reina, el que tuvo que huir de la isla después de larga prisión y de no pocas insinuaciones del garrote.

La noble kanaka lloró a un tiempo mismo la pérdida de su reino, de su fortuna y de su hombre. Todo cayó bajo la garra de los colonizadores: la tierra rojiza y fértil en que el ganado engordaba libremente, los plantios de frutos tropicales que daban sombra a la casa de piedra, la casa de sus mayores, de que por último fuera también expulsada.

Nuestro héroe había pasado al continente en demanda de la capital y de los funcionarios que dirigían desde la Moneda la máquina de la nación.

Después de tantos años de vivir en las soledades del mar, el ruido y el movimiento en que se halló sumido le aturdieron, y en su ánimo sintió el apocamiento del sér solitario que se ve de repente rodeado por una muchedumbre elegante en que no ve una sola mirada de interés o simpatía para su persona.

En las antecillas de la Moneda fué a juntarse con todos los humildes peticionantes del estado que aguardan mañana y tarde a

que se abran para ellos las mamparas misteriosas de la sala de audiencias. En la tácita fraternidad de comunes esperanzas, hizo sus confidentes de los compañeros de banco y recibió de ellos confesiones tan candorosas como las suyas. Los porteros acabaron por acostumbrarse a distinguir entre esos semblantes igualmente humildes, y alguno más curioso y compasivo hasta se dignaba oír sus quejas con gesto importante y escéptico.

Un día entraron a la sala, con gran ruido de botas y de discusiones en una lengua extraña e infantil, seis caciques araucanos de largos ponchos, calado el hongo o el colero sobre sus tías melenas.

Cuando supo que aquellos hombres eran soberanos como él de una tierra que la industria o la simple codicia les arrebataba, una fogosa simpatía le impulsó a unirse a ellos para trabajar en ayuda de todos. Pero no le entendieron, o más probablemente no les interesó un pleito que no tocaba ni a sus tierras ni a su raza.

Desesperanzado de una audiencia que no llegaba nunca, se resolvió al fin a seguir los consejos del tinterillo que rondaba

por la sección de reclamos del Ministerio. La justicia era pués el camino más corto para hacerse oír. Unos cuantos escritos bien terminantes, con algunos pesos adelantados para la defensa (qué diantres, todos tenemos familia, obligaciones sagradas que cumplir) y en poco tiempo el distinguido cliente iría navegando, con sus títulos saneados y el ánimo contento, a reunirse con su adorada esposa...

La fantasía de aquel mago de los pasillos administrativos duró escasamente una semana. Así fué como nuestro conocido llegó a las redacciones de los diarios, llevando un denuncio de estafa.

El reporter designado para atender su queja, un buen muchacho de alma generosa pero de imaginación folletinesca, humeó tras el reclamo inmediato, la querella sensacional que lo había motivado, y tirándose de cabeza sobre las carillas, lanzó al público los pormenores del conflicto isleño, atribuyéndole proporciones de escándalo nacional.

Los títulos a cuatro columnas se destacaban como falanges desplegadas en batalla y los admirativos se clavaban como menudas saetas tras la granizada de los párrafos retumbantes.

Todo inútil. Se trataba de un diario popular, hecho para el grueso público, y el gobierno no debía descender hasta rebuscar la verdad entre tales exageraciones. En cuanto a la opinión, la tenían sin cuidado los grandes caracteres y las campañas alarmistas de su diario.

Uno de los redactores del mismo periódico, espíritu sistemático, tenaz voluntad de apóstol, dirigió tiros más certeros desde las columnas editoriales; pero quién lee los artículos de fondo de un diario de información sensacional?

Los días en las salas de redacción seguían transcurriendo para "el rey" tan vacíos de novedad como en las antecillas de la Moneda. La curiosidad de los jóvenes reporters había hostigado sin compasión durante el primer tiempo al extraño aventurero que se les presentaba sencillamente como rey de una isla remota, a interesarles en la obra de su restauración. Sin miramientos para su desgracia ni para la dignidad que decía



Se resolvió al fin a seguir los consejos del tinterillo que rondaba por la sección de reclamos del Ministerio.

representar, obligábanle a interrumpir la inacabable relación de sus miserias—su "tema", como decía un chistoso de la sección policial—para verle insistir en los pormenores de la vida pintoresca que deseaba hacerse por allá.

—Conque es verdad que practican el amor libre? Oye, Morales, ¿sabes que te convendría una relegación en Rapa-Nui para la restauración de este señor?

El narrador se callaba por largo rato mientras sus ojos mendicantes se esforzaban por descubrir tras la máscara burlona de aquellas fisionomías el fondo de sinceridad de sus promesas.

Pero cuando los relatos agotaron su novedad, nadie concedió ya atención a sus palabras. Al entrar echaban una mirada al rincón en que acostumbraba sentarse, como cuando se trata de comprobar si algún mueble indispensable se halla en su sitio.

Solo de tarde en tarde la llegada de un amigo hacia que le recordaran con el propósito de divertir al nuevo contertulio ofreciéndole una aventura exótica y nada vulgar.

—Es un rey, nada menos, ya lo ves. Un día de estos le devolverán sus dominios y nos verás condecorados, agregaban con un guíño picresco.

Naturalmente, nadie hacía gran cosa por que se realizara el irónico vaticinio. Uno le daba la dirección de tal político influyente; otro una vaga recomendación para un funcionario que le contestaba de fijo:

—Ya veremos lo que se puede hacer. No estaría demás que vo'veira uno de estos días.

Y allá iba el infeliz, arrastrando su pierna y su brazo lamentables de hemiplégico, apoyado en el grueso bastón que era como el cetro de su reino inalcanzable. Cuántas veces no le tropezarían ustedes mismos en las calles centrales, donde para no ser atropellado debía esquivar trabajosamente los carruajes de la elegancia advenediza, él que por derecho casi divino se merecía los homenajes de todos!

De vuelta de una de sus vanas conferencias se le hubiera podido detener para arrancarle una transacción, ¿no lo creen ustedes? Pues no se hubiera conseguido jamás. La fe de aquel hombre sencillo y bueno era de las que no vacilan ante ningún contratiempo, la fe del justo o la del

deseperado. Nada, ni un pestaneo de sus ojos claros, ni una expresión vacilante en su boca.

—¿Cómo y de qué vivía? Uno de mis amigos periodistas me contó que al agotársele los recursos agenciados por su real consorte, algunas sociedades obreras habían proveído por cierto tiempo. El no podía trabajar; su día estaba dedicado por entero a las visitas y conferencias que prodigaba ante quien quisiera oírle.

—Nos despojaron de todo, aquellos caballeros, y mi pobre mujer (la bien amada Rana-Kao) no debe tener hoy en día ni un pan que llevarse a la boca. Ella que era dueña de todo cuanto hay en la isla!

Su mano temblona blandía los sucios documentos de propiedad que lo acompañaban desde su llegada: débiles armas por cierto para la empresa de reconquistar un reino.

De repente el hombre desapareció. Se pensó en un secuestro, en un crimen misterioso; por lo menos así lo dejó insinuado uno de sus defensores. La verdad, como se supo mucho más tarde, era que el pobre desterrado trabajaba con su único brazo hábil en los jardines de una "villa" de Providencia.

Por último debió rendirse al deseo de acercarse a aquella por quien se afanaba desde hacía dos años, y se marchó al Norte. A lo largo del litoral, su costumbre convertida ya en manía, le llevaba de los centros sociales obreros a las redacciones de los diarios, en cuyas oficinas, mezclas de redacción y de taller, debía comenzar por ilustrar a un señor que se le presentaba en mangas de camisa y todo manchado de tinta, acerca de la situación geográfica de su quimérico reino.

Desde entonces ha debido vivir del milagro, como se dice. Allegándose a cualquier conocido de la vispera, con esa fácil camaradería y solidaridad de los muy pobres, habrá visto transcurrir los años sin una buena nueva para su esperanza, pero también sin una sola duda sobre el triunfo final de su causa. Así lo encontró uno de sus amigos periodistas en su última gira por los puertos del norte.

Como si quisiera hacerse oír de la que esperaba su apoyo a la otra orilla del océano, se acercaba por penosas etapas a esa línea del Trópico donde llegaría a en-

frentarla para ofrecerle en un ademán fantástico el apoyo de su brazo infatigable.

Avergonzado de su arranque oratorio, nuestro amigo calló bruscamente.

Nadie pensaba en disputarle la palabra, ni menos en tomar a broma su personaje. Ya convencido de esto, terminó con su calma habitual:

En la sección de provincias de no sé qué diario lef el otro dia un párrafo tomado de

un periódico del Norte en que se daba cuenta de haber recogido de la vía pública a un sujeto reconocido por sus pañuelos como Samuel Villegas "enfermo y sin recursos". "Al parecer, el occiso se había atacado de la manía de grandezas", agrega el periodista a modo de in-pase.

Como tantas otras veces, he pensado al sorprender esta identidad de nombre con el infortunado rey de Rapa-Nui: ¿Será el mismo? Y si no, ¿qué será de él?

E. M.



EL CENSO DE EUROPA

Acaba de terminarse en Alemania un estudio sobre el censo de Europa.

La población europea alcanzó a fines de 1910 a 433.900,000 habitantes, repartidos de este modo:

Rusia, 117 millones; Imperio alemán, 64; Austria Hungría, 51; Gran Bretaña, 45; Francia, 39; Italia, 34; España, 19; Bélgica, 9; Rumania, 9; Turquía, de Europa, 6; Holanda, 5; Portugal, 5; Suecia, 5;

Bulgaria, 4; Suiza, 3; Servia, 2; Dinamarca, 2; Grecia, 2 y Noruega, 2.

La natalidad alcanza en Rusia a 44 nacimientos anuales por 1,000 habitantes; en Hungría a 35; en Italia a 32; en Austria a 32; en Alemania a 29; en Holanda a 28; en Dinamarca a 27; en Noruega a 26; en Escocia a 25; en Suiza a 25; en Inglaterra a 24; en Suecia a 24; en Bélgica a 23; en Irlanda a 23 y en Francia a 19!..

SIENA



Pocos chilenos se detienen en Florencia: casi ninguno llega a Siena. De las dos ciudades rivales, aquella ha vivido y ésta agoniza. La bella ciudad del Arno es la reina destronada: la sobreviviente fortaleza de la antigua Etruria yace como estatua inmutable sobre una tumba de mármol. La ardiente emoción que causa su poético silencio no toca el alma sud-americana. Allí no hay feria de vanidades y de vicios, no rueda una muchedumbre brutal sedienta de placeres nuevos. Templo abandonado, flota entre sus columnas, el eco de un culto soberano y cae al través de los cristales un rayo de luz que ilumina el arte antiguo y el sueño extático de los maestros primitivos.

Estoy seguro de conservar grabada en mi alma, durante toda mi vida, por larga que sea, con los mismos colores, con igual fuerza, con idéntico sentimiento que el que despertó en mí, la imagen maravillosa de Florencia a la orilla del Arno. La tarde de Marzo moría lentamente. La plaza del David, en lo alto de San Miniato, reunía cuatro o cinco viajeros artistas o curiosos que movían sus pasos con lentitud sabiendo que al final de ellos el premio de la larga ascensión se-

ria el cuadro de Florencia bajo los rayos muriéntes del sol. Como una inmensa nube de polvo de oro flota sobre la ciudad. Sobre ella surgen la cúpula gigantesca que Bonelleschi colocó sobre la catedral y ágil, ligero, alto, el campanil que el Giotto creó a su lado. La gran mole se destaca tan grande, tan poderosa, tan maciza sobre el resto de la ciudad que hormiguea a su rededor, que parece el pastor en medio de las ovejas agrupadas a sus pies. Pero es imposible mirar esta solanía y milagrosa silueta sin ver luego la torre del Palacio Viejo, la torre de la Señoría, una especie de tallo largo con un lirio en el estremo abierto los pétalos hacia el cielo.

De cualquiera parte que se llegue o salga, esta flor de arquitectura anuncia a Florencia como un faro. Si se cierran los ojos se le ve erguido. Si se sueña surge como un vapor y se ixa después contra el horizonte vago con nitidez resuelta. Cuando lavista ha dejado de creer que lo que tiene por delante es una visión, cuando se sacia de ir de la gran cúpula a la torre esbelta o al campanile gótico, descubre la faja dorada—porque, a esa hora todo tiene reflejos de oro en Florencia.—que culebra en me-



Santa Catalina de Siena



Arco aislado de la nave inclusa que forma hoy una plazoleta

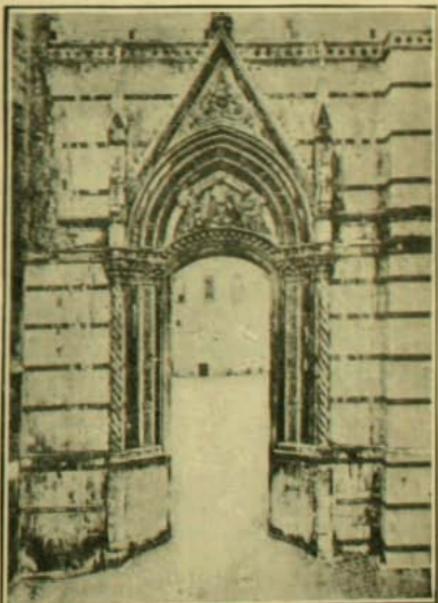
dio de la ciudad cabalgada por los antiguos puentes que conoció Dante, por el Puente viejo que cruzó Beatriz con ligera planta de cuyos estribos de piedra cuelgan casitas que bañan sus cimientos en las aguas legendarias de este Jordán del arte latino.

Había tanta belleza serena e inmortal delante de mis ojos, era tan magnífica la luz tranquila, la claridad empapada en oro tan tibia bajo los rayos del sol muriente; era el silencio tan grande, ese antiguo silencio rey de los mundos muertos, la callada armonía del pasado se dejaba oír de tal manera; que esperábamos ver cruzar sobre la ciudad una de esas magníficas procesiones de ángeles que Dante vió en el Paraíso obligándolo a caer de rodillas y murmurar el *Gloria in Excelsis*.

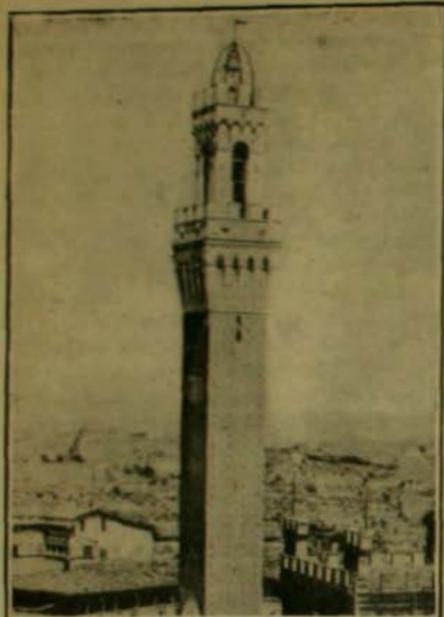
Es la hora de dirigirse hacia Siena. Pero conviene evitar el ferrocarril para no perder la impresión del paisaje y tener ese placer de los antiguos que vfan aparecer las ciudades en el horizonte algunas horas antes de llegar a sus murallas. Los ricos pueden ir en automóvil; los peregrinos del arte a pie o a caballo como Gregorovius o Claude Lorrain. La luz dorada de Florencia va amortiguándose, el paisaje va haciéndose menos solemne, las montañas

de diosse se deshacen en colinas redondeadas y bajas. En esta sinfonía del arte vamos a pasar del maestoso florentino al adagio sienés. Comienza a aparecer un semi-círculo de montañas, suavemente onduladas, donde se alza la famosa de Chianti y de la montañola, llenos de rica vegetación, de viñas y olivares. En cada curva un Castillo levanta sus muros gruesos almenados y la soberbia torre del atalaya. De pronto, una agrupación de siluetas magníficas que trepan hasta la cumbre de una colina central, presenta el cuadro de Siena. En su base las murallas antiguas, más encima los edificios, más arriba los templos, coronándolos como una diadema la catedral con sus torres y su cúpula y sobre todo a manera de engaste superior de una tiara, otro tallo elevado con otra flor en su extremidad. Parecería una reproducción de la de Florencia sino se comprendiera pronto que fué un desafío.

La historia de Siena y de Florencia, como la de Pisa y Génova, es una dramática lucha de heroismos oscuros, de virtudes y de crímenes, Siena fué gibelina contra Florencia Güelfa. Ora estaba en liga con su rival, bajo intereses superiores a sus luchas regionales, ora volvía sus armas con-



Entrada interior de un viejo palacio



Torre del Palacio Pubblico.

tra ella aliada a un caudillo invasor venido de Alemania o de Sicilia. Seguir esta sangrienta historia que es la de todas las repúblicas italianas es fatigar la mente y el espíritu. Siena surgió feudataria de los condes bajo el gobierno de un obispo, señor feudal él mismo; era regida más tarde por un podestá jefe de las milicias y después por un consejo de quince y hasta treinta marqueses elegidos dentro de sus muros. Así fué saliendo de feudo para constituirse en república, organizó ejércitos, envió legaciones, pactó alianzas, levantó monumentos y batió moneda. Y así como de su tierra fértil brotaba espontánea la vid y el olivo, de su alma soberana comenzó a salir encarnado en artistas, políticos y santos el genio de una raza vigorosa e independiente.

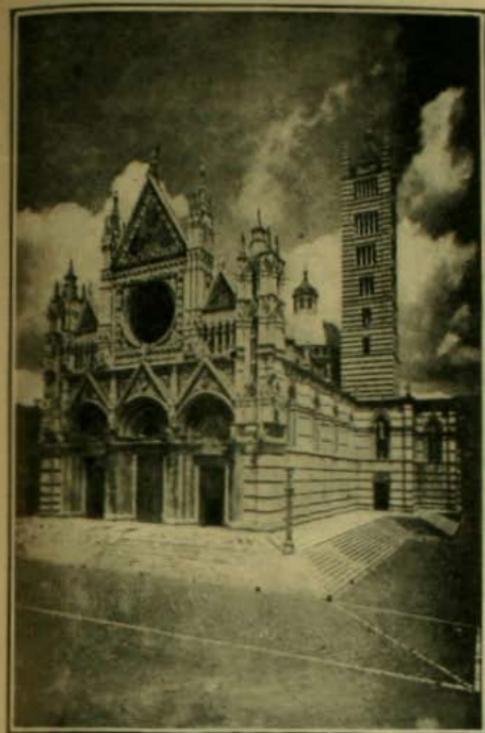
La torre que desafía al lirio de Florencia es la del Palacio de la República, llamado "el palacio público". Data de 1280 esta construcción civil, mitad fortaleza mitad mansión de reyes. Salida de la Edad Media con sus muros almenados para penetrar en el Renacimiento con cierta gracia pueril en sus contornos y con esa esbelta torre lanzada al espacio con audaz

fuga de todas sus líneas fundamentales. Para llegar hasta la plaza es necesario penetrar en las murallas al través de una puerta triunfal recortada sobre el camino y traspasado su umbral se presenta de pronto el cuadro de la ciudad recogida y solemne, sellada por esa sólida y austera majestad con que la Edad Media impregnó sus obras. Una calle estrecha, abierta entre dos filas de fachadas altas con ventanas ojivales y biforadas, conduce a los hoteles frequentados por los ingleses, el Continental y el Royal. Luego de llegar a las amplias habitaciones de elevado plafond el pasajero escucha el ruido peculiar de Siena...

El pavimento formado de grandes lástras de piedra, pulidas por el roce de los siglos, hace resonar el choque de los pasos, devolver el rumor de las conversaciones con extraña resonancia. De allá, del fondo de la calle casi cerrada por dos edificios que avanzan y reducida a un oscuro pasillo bajo una cadena de estribos y arcos que se suceden en misteriosa galería, sube el mismo rumor mezclado y confuso con ecos lejanos, con el acelerado paso de los



Casa de Catalina Benincasa (Santa Catalina de Siena)



Catedral de Siena

que bajan y la pausada ascensión de los que vienen a su encuentro. Toda la ciudad parece unida por una sola base de piedra que vibra al mismo tiempo y se transmite la vida de la colmena con un monótono y común vocerío. Rara vez un coche o un automóvil se atreve a comprometerse en la callejuelas, tratando de no estrechar a los transeúntes y de no dejar resbalar los caballos en las lustrosas pizarras del piso. Los viajeros mismos prefieren llegar a pie hasta los hoteles para gustar, desde el primer momento, esta impresión de las antiguas edades tan viva, tan reciente en toda Siena que parece aún regida por el Podestá y hace reservar el nombre de la Florencia cuando el hotelero pregunta al reloj llegado de dónde viene.

¿Qué visión tan apacible y espiritual recibe el peregrino fatigado, en este sitio de arte, de historia y de poesía! ¿Qué hospitalaria parece la ciudad amontonada en reducido espacio, resuelta a vivir contra todas las pruebas y a conservarse como un

relicario de la Toscana inmortal! Es una visita de cortesía la que se hace el primer día al fiero castillo de la empinada torre, llevando el homenaje de la curiosidad moderna a la fortaleza comunal y republicana del siglo XIII. Los altos muros están adornados de frescos que el tiempo ha tratado sin piedad, allí están los cuadros coloridos y sentimentales del Sodoma, la expedición de los sienenses a la Tierra Santa, la tela que representa de sienes Provenzano Salvani en la plaza misma que vé desde las ventanas recogiendo limosna para liberar a un amigo de la prisión de Carlos I, "per trar l'amico suo di pena," como cantó el Dante recordando la escena en el canto X del Purgatorio, allí está el cuadro de Simone Martini representando a Guidoriccio da Fagiano, valeroso comandante de los sienenses en un sitio histórico y los famosos frescos sobre el Buon Governo y el Cattivo Governo, la buena y la mala administración con una alegoría del triunfo de la Paz que hablan con ingenua elocuencia a todas las edades.

La catedral de Siena es uno de los más hermosos templos del mundo. La fachada muros laterales, gradería y campanile son de mármol blanco y verde oscuro. Su frente tricuspidal es uno de los más valiosos documentos de arquitectura y escultura de los siglos XIII y XIV. Un dulce y profundo sentimiento religioso vaga en sus naves ricamente ornamentadas, sumidas en una armonía de luz difusa incomparable. Su interior es gótico pero con esa simplicidad de formas con que el arte toscano templó la barbarie grandiosa de ese estilo de las selvas del norte. El pavimento está



Plaza con tres palacios de tres épocas distintas

cubierto de incisiones hechas en el mármol, sobre dibujo de los grandes maestros, que representan escenas bíblicas. Estos grabados son perfectos y desarrollan bajo la planta del visitante una red de magníficas figuraciones de líneas, de corrección impecable, de movimientos diversos y harmónicos. En este monumento se acumulan los tesoros del arte; obras de Benvenuto y del Donatello, cuadro de cada uno de los maestros de la incomparable escuela sienesa, vidrieras y frescos del más noble estilo. Pero es necesario llegar a la biblioteca llamada la Librería Piccolominea, a la cual se entra por el último arco de una de sus naves para tener la magnífica visión del arte, del pensamiento y de la soberbia de la República de Siena.

Esta sala fué destinada a los códigos, libros y manuscritos griegos y latinos del gran humanista Enea Silvio Piccolomini que fué más tarde Pio II. El Pinturicchio, maestro de Rafael, una de las figuras culminantes del renacimiento, ha recordado para la posteridad, en diez grandes frescos de prodigiosa composición y colorido, la vida y obras del gran ciudadano de la República, en el Concilio de Basilea, ante el rey Calixto de Escocia, en nombre del antipapa Félix V ante el emperador Federico III, como poeta coronado, como cardenal, como Papa canonizando a su paisana Catalina y muriendo finalmente mientras preparaba la partida de las naves para una cruzada. Tal vez no exista en toda Europa un santuario más maravilloso que esta pequeña sala, tibiamente iluminada, cuyas paredes viven con un mundo de creaciones



Palacio Pubblico

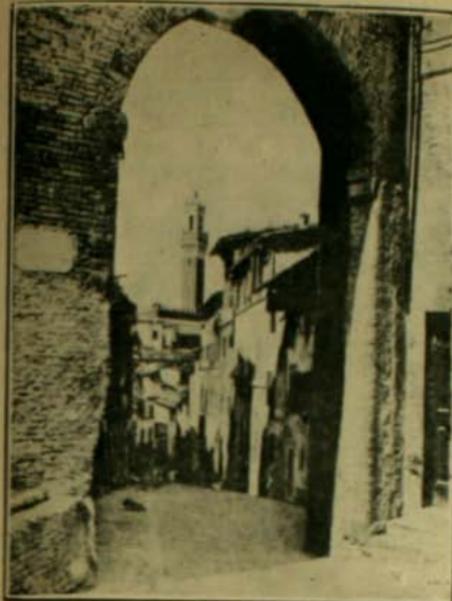
de belleza y colorido sorprendente. Junto a la catedral actual quedan aún las columnas capiteles y arcos de un proyecto insensato casi. Se trataba de hacer un templo tanto mayor y más sumptuoso que la catedral en construcción, que debía ser esta una simple capilla de la nueva gigantesca iglesia. Hoy quedan las columnas empreñadas en los muros vecinos y forman una plazoleta deliciosa a la cual se penetra por una puerta hecha de encajes de mármol blanco.

La ciudad está poblada aún del recuerdo de la bella y aristocrática Catalina de Benincasa, llamada hoy Santa Catalina de Siena. En un rincón de calle se levanta hombro de su tiempo, la mansión de la virgen que escribía maravillosas cartas a los hombres de su tiempo y arrastraba al pueblo con la angelical emanación de su espíritu.

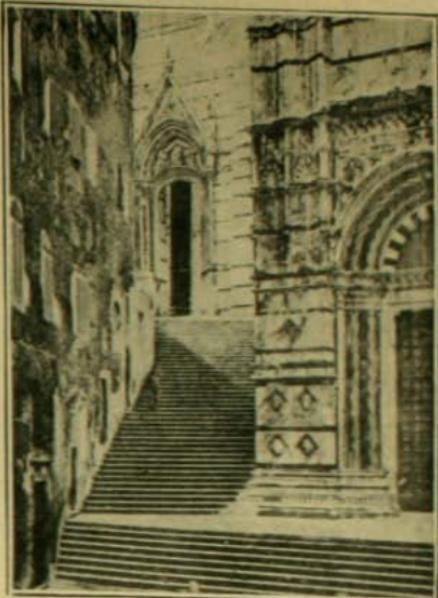
Siena vive en la Edad Media, recogida



Uno de los pueblos de la ciudad

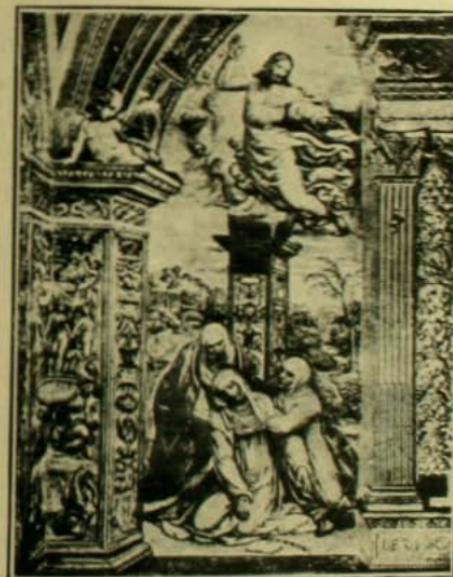


Arco de San José



Escalina hacia el dídice de la Catedral

en el paisaje dulcísimo de las colinas toscanas, en medio de una atmósfera tibia y rosada de encanto. Recuerdos de grandeza resguardan su faz silenciosa. Sus mujeres son bellas y ale-gres; van cantando por los senderos del campo que rozan las murallas de la villa cubiertas de yedras, con sombreros de largas alas que el viento encarruja sobre las rubias cabezas velando la mirada de los ojos ardientes. Los hombres vigorosos y altivos, acuden vestidos como en el siglo XIII a la gran fiesta del Pallio, extraña procesión de la Edad Media que se efectúa todos los años a los pies del palacio público.



Desvanecimiento de Santa Catalina. Fresco del Sódoma

Yo he pensado ahora, que en medio de la guerra de Libia, los jóvenes conscriptos de la hermosa Siena, al correr por el desierto quemante y caer al pie de las trincheras árabes habrán recordado, antes de juntar sus ojos la ciudad rosa da, en medio de las colinas cubiertas de viñedos y de olivos, reflejando en sus pupilas dilatadas por la fiebre la torre bajo la cual nacieron y aprendieron a amar a la patria. La visión de la hermosa ciudad, ayer gloriosa, hoy recogida como un monumento de lejanas edades, es de aquellos que no desaparecen en el recuerdo de los hombres.

CARICATURA POLITICA DE ANTAÑO

Es conocida, por reproducciones hechas en la prensa ilustrada, con motivo de las fiestas del Centenario, la primera caricatura política conocida en Chile. No insistaremos sobre ella. Para encontrar de nuevo este arte profesado con ciencia y verdadera intención, es necesario llegar hasta el año 58 y, con más precisión hasta el primer número de *El Correo Literario*, "periódico político, literario, industrial y de costumbres" que apareció en Santiago el 18 de Julio de ese año.

"Muchos han dudado que nuestro periódico sea verdaderamente independiente—decía el primer artículo—

y no nos empeñaremos en agotar palabras para convencer a nadie, pues esperamos que los hechos les lleve a todos el convencimiento". En el suelto destinado a explicar las ilustraciones litográficas del primer número, se agrega lo siguiente: "Cuatro caricaturas que representan cada una de ellas una idea y con las que queremos manifestar a los "susceptibles" que este género "nuevo entre nosotros" solo puede inquietar a los lesos". Las cuatro representaban a J. A. Torres redactor del periódico, al laureado pintor Antonio Smith dibujante y a M. Blanco Cuartín, Guillermo Blest Gana y, en una sola página, a Lillo y Matta



E. DEL CAMPO

V. LASTARRIA

—“He aquí el programa de mi política.—¡Cómo! ¡dos renglones!—¡Y qué! ellos importan el tener suceso.”



VARAS, M. OVALLE, UREUA, SOTOMAYOR,

M. GARCIA, URMESETA, MONTT

"Los políticos de la Moneda aprueban la conducta del Intendente de Valparaíso en el incendio del 13."



F. MARIN



D. BEZANILLA

—“Sí, señor! yo hablo siempre con el corazón en la mano.”

—“Me parece que yo conozco esta fisionomía.”



EUSEBIO LILLO
DIVINA POESIA

*Yo que canté las flores algún dia
Al grato ardor de tus celestes llamas,
Me quedé con las hojas y las ramas.*

colaboradores del mismo. Esto prueba la cautela con que los editores introducían la caricatura, con advertencias previas y con ensayos en propia carne.

En el número 6 los editores se ven obligados a insertar un editorial con el título de "Las caricaturas". Hablando de los inventos modernos entre los cuales parecen pretender colocarla, dicen: "Allí tenemos el telégrafo eléctrico, que por más de un año hubo necesidad casi diariamente de estarlo anudando porque muchos ignorantes y mal intencionados se entretenían en destruirlo y otros lo consideraban como una brujería que venía a pervertir al pueblo".

Las caricaturas que publica nuestro periódico y que por primera vez se en-

sayan en el país, debían también ser objeto de las murmuraciones de los ignorantes y de los que se figuran ver en ellas un poder para atacar sus ambiciones. Pero ya nuestra sociedad no está tan atrasada como lo suponen algunos y esas murmuraciones han tenido que estrellarse en el buen sentido del pueblo y en el desprecio de las personas ilustradas".

"El objeto de la caricatura es corregir las costumbres y los defectos, es satirizar, poner en ridículo si se quiere, aquello que se manifiesta ridículo para procurar su corrección. Pero también tiene por objeto ensalzar, dar a conocer a las notabilidades o a las personas que merecen alguna distinción pública en la esfera en que se manifiestan. Toda persona a quien se le caricatura, si por un lado se le critica, por otro se le favorece, porque ya este solo hecho da a entender que ocupa cierto rango distinguido en la sociedad, que se encuentra en una posición espectable, o que es una especie deidad en su profesión, arte u oficio".



MATTE

OSRA

—"Ciudadano, te interrumpo)—¿Qué conciencia has formado del deber? Yo! —Y para qué?— Mi conciencia está en el capacho."



GUILLERMO MATT

*...Sombras, buhos, fantasmas, maldiciones,
Dad un tono de horror a mis caaciones!!!!*



M. BLANCO CUARTIN

Desesperación de un cesante



A. SMITH

Un artista "comm il faut"



LION RAFAEL SOTOMAYOR

Un Ministro prominente



F. J. OVALLE Y BREANILLA



GUILLERMO BLEST GANA

—“Difuntos, recibid mi cartera que en ella encontrareis un noble pensamiento para vosotros: ‘La amistad’.” —Muchas gracias.”

Vigilia de un poeta



N. C. GALLO

“Interpelad a estos objetos y os dirán que ellos son la mejor razón.”



SE ACABARON LOS NIÑOS EN EL SIGLO XIX

—“¡Bien mio! apesar de nuestros parientes, apesar del mundo entero, ‘yo te juro, alma de mi alma, que tarde o temprano arderé para nosotros el lecho del himeneo.’”

Enseguida los editores cuentan que un caricaturista hizo los dibujos cómicos de los representantes franceses del año 48 y olvidó a tres parlamentarios, los cuales se dirigieron al artista para exigirle explicaciones por un olvido perjudicial para su reputación de políticos. "Entre nosotros—agregan melancólicamente los escritores de *El Correo Literario*, habrían sido los caricaturados los que las habrían exigido".

Las caricaturas de los 6 primeros números de esta publicación son de Antonio Smith y puede reconocerse las por la corrección y gracia en el dibujo. No solo las políticas, de conocidos personajes de la época, sino las simplemente de costumbres, como algunas que reproducimos en estas pá-

ginas, hacen recordar los dibujos de Gavarni, en los cuales debía inspirarse nuestro artista. Pero muy pronto ocurre una dolorosa separación en los empresarios de *El Correo Literario*. Antoni Smith deja de colaborar y no habrá un lápiz que pueda sustituirlo.

"A LOS SUSCRIPTORES."—El que esto suscribe, pone en conocimiento de los suscriptores al *Correo Literario* que desde la fecha del número anterior, se encuentra separado de aquella empresa por motivos que no son del caso exonerar. Habiendo pasado a manos de otro artista la sección Caricaturas, no se hace el que suscribe de ninguna manera responsable a esos trabajos.—*A. Smith*".

Y en realidad es fácil notar el cambio de mano.



SOUPER

SOTOMAYOR

MONTT

VARAS

UREUA

La toma del rifle de viento por don Quijote, su escudero y Lazarillo



D. DAVILA

"Hago indicación a la Ilustre Cámara, para que siempre me dispense del trabajo de tomar la palabra."



J. A. TORRES

"Lo que pesa una pluma"



P. LYNCH

"Señora, una vez que sois dueña de todos mis pensamientos, tened la vondad de admitir mi cabeza: quiero ponerla bajo vuestra salvaguardia.—Pero qué voy a hacer yo con dos cabezas? —De la vuestra haced lo que queráis, señora, pero no perdais la mia, como habéis perdido tantas otras.—Admito vuestra cabeza, caballero, porque en tanto que yo la tenga de seguro que no la perderéis."

LAS MISIONES MILITARES CHILENAS

POR JORGE CLARO M.

TENIENTE 2º EN EL REGIMIENTO DE
ARTILLERIA GENERAL MATORANA N.º 5

Después de la revolución de 1891, el actual General Körner, contratado por el Gobierno de Balmaceda, fué encargado de la Organización y preparación del Ejército, principalmente de la formación de cursos rápidos de oficiales en la Academia de Guerra y Escuela Militar, donde desempeñó diversas asignaturas.

En el año 1895 fué comisionado por el Gobierno para trasladarse a Europa en busca de oficiales alemanes que vinieran a servir como instructores de nuestras tropas; oficiales que permanecieron dos, tres y más años repartidos en distintos regimientos.

La obra así iniciada se continuó contratando oficiales de Estado Mayor, en servicio activo en Alemania, para que desempeñaran cargos de profesores en nuestros institutos técnicos.

Entre estos figuran actualmente, el señor Coronel von Hartrott, que presta sus servicios en el Estado Mayor General, el señor Comandante von Kiesling y el señor Mayor Hanlein, profesores de la Academia de Guerra.

Estos dos últimos son oficiales que pertenecen al Estado Mayor de Baviera y han sido últimamente ascendidos al grado de Sargento Mayor en Alemania.

Nuestro adelanto militar conseguido gracias al trabajo continuado de la oficialidad alemana, a la constancia y celo de la oficialidad chilena y al buen sentido de nuestros gobernantes, ha sido reconocido por diversos países sudamericanos, que han solicitado de nuestro Gobierno como nosotros lo hicimos del alemán, instructores militares para llevar a las filas de sus respectivos ejércitos.

Comercial, política y socialmente se han estrechado con este motivo lazos de unión que además de afianzar una amistad de antemano reconocida, han

servido a Chile como propaganda de su adelanto y a estos países como medio de progreso.

Porque al organizar nuestra institución armada, al asimilarnos la técnica alemana, emprendimos un trabajo que



COMANDANTE HANS VON KIESLING

Profesor de Táctica de la Academia de Guerra
del segundo y tercer curso y Consultor Técnico
del Estado Mayor General

beneficiándonos a nosotros, es posible aprovechar en cualesquiera de los países sudamericanos (Centro América comprendida.)

Las semejanzas de raza y de lengua y en todo caso el menor desequilibrio que existe entre la civilización, el adelanto de cualquiera de estos países comparados con el nuestro que comparados con el Imperio alemán, les permite aprovecharse de las reformas que con paciente trabajo nosotros hemos introducido en la Organización y Reglamentos alemanes para apropiarlos a nues-

tras necesidades, a nuestras finanzas y a nuestra población.

Es así como hay para ellos conveniencia manifiesta en solicitar misiones militares chilenas, que por lo demás Chile ha proporcionado siempre gustoso, consciente de los beneficios que le reportan.

El Ejército alemán con el trascurso del tiempo ha ejecutado una obra acabada, ha llegado a un estado de organización y de sabia previsión de sus necesidades para el caso de un conflicto, que le hace casi innecesario pensar en nuevas reformas. Su obra está completa, le basta con continuarla y protegerla y como posee el dinero necesario, el apoyo de su Gobierno, cuyo jefe lo es también del Ejército y el cariño de su pueblo que le aporta el contingente de sus hijos, todo marcha con la regularidad perfecta de un espléndido cronómetro.

No se ven las dificultades que indudablemente tuvo que vencer en su época de evolución; en la actualidad se palpan solo los resultados.

Y para un país en formación más atrasado que nosotros en materias militares, puede ser modelo más provechoso aquél que mostrándole un estado de

adelanto aún relativo, pueda indicarle los medios como venció dificultades todavía recientes, que con más o menos parecido se repiten en todas partes.

Dificultades que vencidas e ignoradas en Alemania, o existen entre nosotros o son un problema recientemente solucionado.

Una reforma militar trae por ejemplo como consecuencia la falta de homogeneidad en la oficialidad del Ejército, problema que no se presenta en Alemania, donde toda su oficialidad ha recibido una instrucción completa, y problema ya resuelto en Chile.

Con la reforma, se hace indispensable el cambio de la legislación militar, para lo cual puede Chile proporcionar muy buenos modelos de leyes de sueldos, retiro, pensiones,

montepíos, etc., adecuados a sus fuerzas, que asegurando el porvenir de la oficialidad lleven a las filas elementos de valor.

Se produce la necesidad de ciertas oficinas técnicas que se encarguen de diversos trabajos de orden científico, levantamiento de la carta del país, planes de movilización, etc., oficinas ya instaladas en Chile y que guardan proporción con sus elementos y necesida-



SESOR GENERAL DON EMILIO KÖRNER

Ex-jefe del Estado Mayor General e Inspector General del Ejército. Actualmente retirado del servicio

des, semejantes a las de cualquiera de estos países o por lo menos en menor desequilibrio, como modelo, que las de un ejército más adelantado.

Se ve la importancia de elementos de instrucción, libros militares, que, o escritos en Chile o traducidos por chilenos al idioma español, pueden prestar importantes servicios.

Se ha vencido en Chile por ejemplo la influencia de la política en el ejército, problema reciente cuya solución todos conocemos. A medida que la oficialidad y el público iban comprendiendo la verdadera misión de esta institución, que representa para el país lo que la fuerza física al individuo, los partidos políticos, sabiendo que el Ejército es la fuerza política ordenada del Estado, incluían en sus programas anhelos uniformes respecto a su adelanto y a su fuerza, esencialmente obediente y apartada de las luchas políticas. Su adelanto se imponía poco a poco y desde el momento en que fué garantía para todos ya nadie trató de incluirlo o mezclarlo en roles que como el de la política no le pertenecían.

Todas estas son lecciones que han dejado una experiencia que nosotros recordamos muy bien y que nos es fácil poner en práctica.

La oficialidad chilena instruida en este ambiente de combate está con respecto a organización de un ejército extraño, tan preparada para trabajar, como un ejército después de maniobras lo está para combatir.

De ello nos dan prueba muy clara los resultados obtenidos con las distintas misiones militares, halagadores para nosotros y provechosos para los gobiernos que las han utilizado.

Comprendiendo las causas existentes, diversos países han recurrido a nuestras misiones y han continuado la obra, enviando a nuestras filas a distinguidos oficiales de sus ejércitos.

Así mientras organizan su ejército, preparan una oficialidad capaz de conti-



MAYOR HANEIN

*Profesor de Táctica, Servicio de Estado Mayor
y Fotografía del primer Año de la Academia
de Guerra*

nuar el trabajo emprendido, oficialidad seleccionada, cuya competencia probada es motivo suficiente para augurarles en su patria un trabajo provechoso.

Creemos haber dejado expuestas, aunque a grandes rasgos, las causas de las misiones militares chilenas, el porqué se han solicitado éstas y no las de un ejército más adelantado; es nuestra intención en artículos sucesivos, estudiar por separado cada una de estas misiones indicando los beneficios que ellas han producido.

Para nosotros los chilenos, han sido motivo de orgullo, que asegurándonos el adelanto de nuestro Ejército nos hace agradecer una vez más los importantes servicios de la oficialidad alemana.

JORGE CLARO M..



LA CUECA

Siga el arpa, siga el canto,
siga el alegre rasgueo
de la guitarra, entretanto
repica el tamborileo.

Tintinéen las espuelas
levantando polvo de oro
al compás de las vigüelas
vivo y alegre y sonoro.

La cueca! Arriba el pañuelo!
vivos los pies! ¡punta y taco!
que está parejito el suelo
y el ponche llamado a Baco.

¡Benaiga la moza lista
que sigue, al par del deseo,
fija la vista en la vista,
los vaivenes del mareo!

¡Benaiga el mozo que sabe
echarse al ojo el sombrero,
seguirla suave, bien suave,
y dar la vuelta ligero!

Atrácatele, muchacho,
que la niña no te esquiva
y ponle al cacho otro cacho
que así la cueca se aviva!

Déjate, niña, querer
que la vida es para eso;
si hizo Dios a la mujer
es porque quería el beso!

Ya puntean las guitarras
¡arriba el canto vibrante!
¡a qué se hicieron las parras
si no dan chicha espumante!

Ya una *oración* va diciendo
el muchacho que *las lleva*;
¡ponerle, que andan diciendo
ponerle, que hay chicha nueva!

Ya está que escarba el muchacho:
van sus piernas simbradoras
y el sombrerito bien lacho
pidiendo tiempo a las horas.

Ya va la niña sintiendo
los vaivenes del mareo;
¡ponerle, que anda diciendo
qué donde hay trago hay deseo!

Que la niña es tentadora!
Aro! y venga el otro pie.
—No se la lleve señora,
que para mí la hizo usted!

No te me esquives, morena,
mirame así... por qué no!
que donde hay cueca no hay pena,
que donde hay trago hay amor.

Así me gustas, garboza,
viniendo a mí sin temores...
¡quién te dijo: ¡buenamozá!
ese no sabe echar flores!

Así me gustas, sin miedo,
mirándome frente a frente.
¡La vida me importa un bledo,
¡que nos lleve la corriente!

Mirame siempre, morena,
bien adentro, bien adentro;
¡ojitos color de pena
con una alegría al centro!

Eleva en alto el pañuelo,
dime al oido que sí;
los pies cantando en el suelo
penando el alma por tí.

Ven, que te llamo en un beso
no te alejes, ven a mí...
otra vuelta... te confieso
que si he venido es por tí.

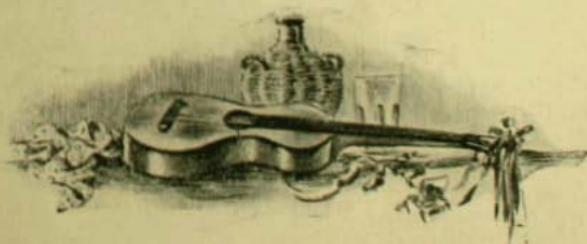
Por ti, mi vida, he venido,
contigo bailando estoy;
ven que mi pecho es un nido
de amores que yo te doy.

Ven que amor está llamando
a la sombra a descansar;
así me gustas: ¡penando!
otro beso! ¡eso es besar!

Vuelta final! ¡aquí estoy
ven a mis brazos y un trago
no hay mejor ponche que el de hoy
y si me obligas, te pago.

Morena! Dios te bendiga!
Venga el ponche aunque me mate!
Siempre pago a quien me obliga
Morena! Dios te bendiga!

ANTONIO ORREGO BARROS.





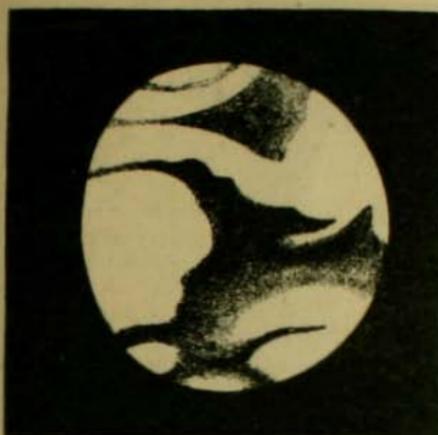
*De _____
cómo se acabaron
los _____
Canales de Marte*

El hombre ama lo maravilloso y lo desconocido. De allí la popularidad del espiritismo y de las fantasías astronómicas.

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir.
Puesto que nadie ha de ir
A preguntárselo a ellas.

Los astrónomos son de ordinario gentes muy prosaicas. Cultivan una ciencia de su mas y restas, basada en la aridez de las metemáticas. Pero ha bastado que esos individuos calculen con cantidades muy gran-

mundos imaginarios. Hasta se dió en los diarios la noticia de que un astrónomo había tenido la fortuna y el buen ojo de divisar a los presuntos lunáticos. Tenían el cuerpo cubierto de escamas y usaban alas,



Marte, según Secchi



Marte, según Antoniadi

des, y con sujetos situados más allá del alcance del hombre, para que la imaginación de los profanos se exalte e interese por los problemas reales o imaginarios que puede contener el universo infinito.

Un sabio poeta, y más poeta que sabio, Camilo Flammarion, se ha constituido durante el último medio siglo, en el apóstol de una astronomía nueva, cuyas conclusiones no se derivan de la tabla de logoritmos, sino de la fantasía más o menos fértil de sus cultivadores. Su éxito ha sido inmenso, y existen hoy en el mundo millones de personas que se imaginan a los astrónomos muy ocupados, en averiguar como tienen los ojos los habitantes de Júpiter o a los cuántos años son casaderas las niñas bonitas de Neptuno.

No es necesario decir que hasta ahora poco hayan averiguado a este respecto. Lo más probable es que en Neptuno no haya niñas, ni bonitas ni feas. Como lo dijo Voltaire, no tenemos más razones para creer en los habitantes de otros planetas, que las que puede tener un piojito, para creer que su vecino también tiene piojos.

La luna, por su vecindad a la tierra, tuvo la desgracia de ser por mucho tiempo la víctima preferida por estos pobladores de

ya sea porque Dios les favoreciera con tan cómodo apéndice, o por haber descubierto los aeroplanos, antes que nosotros los habitantes de la cabecera de provincia, porque la luna es algo así como un departamento nuestro y es a la tierra lo que Curicó es a Talca, aunque sea mala la comparación.

Después se descubrió que no había tales lunáticos, ni era posible que los hubiese, porque allí no existe atmósfera, y la residencia en nuestro satélite resulta bastante incómoda, por poco interés que se tenga en respirar.

Después de este chasco estuvo Marte de turno. El rojo planeta que presidió en la mitología antigua los horrores de la guerra, daba muchísimo que pensar.

A la simple vista Marte es una estrella gorda, colorada y errante. Pequeñita la más veces, brillante y hasta pavorosa cuando suele acercarse a la tierra en sus oposiciones favorables. Las oposiciones en el empleo, no son como las políticas: acercan en vez de alejar.

Con un buen anteojo puede Marte ser divisado teóricamente a la distancia de la luna a la simple vista; o *circum circa*. Pero la visión a través de lentes, es siem-

pre más confusa e indecisa, y se presta muchísimo a los juguetes de la fantasía.

Los astrónomos, vieron pues en Marte, cosas que daban bastante que pensar. El rojo disco del planeta aparecía cubierto de manchas de un color verdeo, manchas a las cuales se les hizo la gratuita suposición de ser mares. Pero esto no era lo peor. Los polos del planeta aparecían cubiertos de casquitos blancos y brillantes, los cuales se agrandaban en el invierno y disminuían en el verano, ni más ni menos que sucede aquí en la tierra, con los hielos que rodean a nuestros polos. No fué pues muy aventurado suponer que se trataba de un fenómeno análogo.

Existían si particularidades desconcertantes. Nunca fué posible descubrir la menor nube sobre el guerrero planeta, y esto unido al color rojo de los supuestos continentes, parecía mostrar que Marte era como una especie de desierto, estéril y seco. Allí

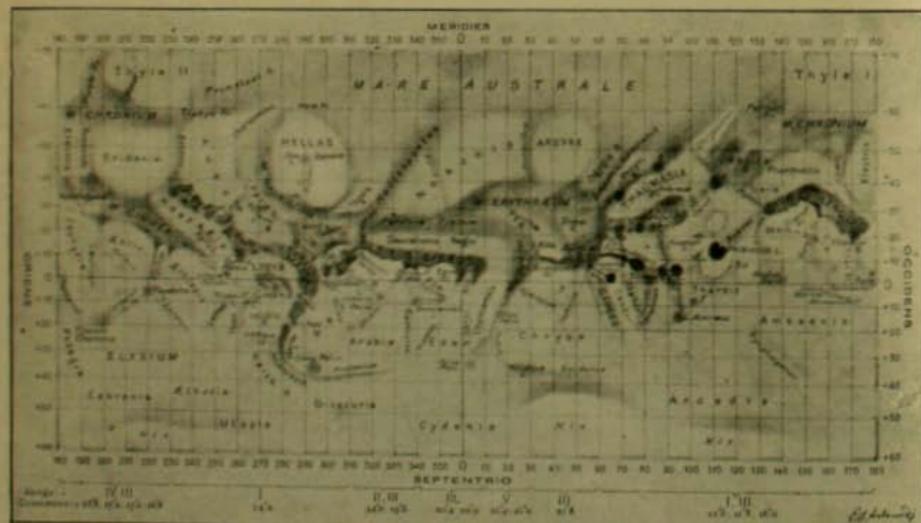
debería haber salitre como en Antofagasta y Tarapacá, pero sin duda no lo explotaban por la sencilla razón de faltar terrenos que fertilizar con ese abono, ni con ningún otro. Esta circunstancia no preocupó, sin embargo a la combinación salitrera, quizás por no existir comunicaciones fáciles, entre Marte y el puerto de Hamburgo. Y ahora, en vista del peligro del salitre artificial, es todavía menos probable que traten de establecerlas.

Con los deleznaibles elementos de los supuestos mares y continentes, y los misteriosos casquitos polares, los astrónomos poéticos levantaron un mundo y una humanidad.

Dicen que Flammarión hasta tuvo ciertas relaciones (sumamente licitas, por otra parte) con una señorita de la tierra de Ofir. Conviene apuntar que los exploradores terrestres de las inmensidades etereas tienen la ociosidad de poner mote a cuanto ven en el cielo. Así en Marte hay



Los canales de Marte, según Lowell



Planisferio de Marte, según Antoniadi

un Osir, y un mar Eritreo, y una o varias islas de Thule, etc., etc. Es casi seguro que los marcianos, si los hay, dan otros nombres a esos accidentes geográficos.

Un astrónomo italiano, Schiaparelli, descubrió los canales de Marte. La superficie del planeta, aparecía a los ojos de ese sujeto, sobrado perspicaz, cubierto de muchísimas líneas rectas, de regularidad geométrica, que comunicaban unos con otros los mares de allá arriba. Habría creído que se trataba de una o varias telas de araña, pero no prevaleció esta explicación del fenómeno.

Se convino, nemine discrepante, en que esas líneas rectas y geométricas representa-

Hubo pues de inventarse otra teoría. Los mares no eran mares, sino tierras de regadio, fertilizado que los susodichos canales. Así todo se explicaba muy fácilmente. No había más agua en Marte que la condensada al rededor de los polos en forma de hielo. Los ingeniosos habitantes del planeta, aprovechaban el derretimiento estival de sus hielos, para conducir el agua resultante hacia las regiones ecuatoriales por los canales cuya faja de vegetación divisábamos desde aquí.

Un norteamericano, Mr. Lowell, fundó un observatorio para seguir los progresos de la agricultura marciana. Hombre de imaginación volcánica y de vista demasiado



EL EXPERIMENTO DE MAUNDERS Y EVANS

1. *Modelo de Maunders.*—2. *Dibujo de un niño colocado a seis metros del modelo.*—3. *Región equivalente de Marte, dibujada por Schiaparelli.*

ban canales, abiertos artificialmente por los habitantes de Marte. Para que esas obras hidráulicas fuesen visibles desde la tierra, no podían tener menos de cien kilómetros de anchura, lo que es demasiado para un planeta tan chico. ¿Para qué podían servir a los marcianos esos canales de comunicación o regadio, capaces de convertir en Mar Rojo de pura vergüenza al Canal de Panamá?

De esta dificultad nació una nueva teoría. Lo que vemos no eran canales sino las fajas de tierras cultivadas por medio de ellos; algo como si divisáramos los verdes valles de Copiapó y de Huasco, destacándose entre los rojizos arenales del desierto.

Después resultó que también los mares de Marte estaban cruzados por canales, y esto sí que ya era un poco fuerte. Es como si abriéramos en Chile un canal, para comunicarnos con el archipiélago y presidio de Juan Fernández.

bueno, el señor Lowell, llegó a ver cambiar de color los canales con el curso de las estaciones, y hasta afirmó que podía determinar la época de la amarillez y caída de las hojas en el planeta vecino. Dicho sea, está que este descubrimiento proporcionó a Mr. Lowell bastante dinero. Publicó dos o tres libros que vendió muy caros, y así él vino a hacer el único ser viviente a quien las supuestas cosechas de Marte, produjeron algo.

Entre tanto un notable físico inglés, Mr. Pointing, después de una serie de experiencias, que harán época en los anales astronómicos, consiguió determinar la temperatura media probable de los planetas, de acuerdo con su distancia del sol. De los estudios de Mr. Pointing, parece deducirse la imposibilidad casi absoluta de la existencia de vida orgánica fuera de la tierra, a lo menos en el sistema solar. En el Ecuador de Marte, por ejemplo, reina una

temperatura media vecina a cuarenta grados bajo cero. La hipótesis del derretimiento de hielos polares y de una vegetación mantenida con el agua resultante, era pues inadmisible. Más verosímil es que esos casquitos sean compuestos de ácido carbónico sólido, cuya temperatura de líquidificación, es de setenta y nueve grados bajo cero, a la presión ordinaria.

—Y los canales?... Los canales, eran o debían ser simples ilusiones de óptica.

Otros dos gringos, M. M. Maunders y Evans se ofrecieron a probarlo prácticamente. Tomando como base un dibujo de Schiaparelli en que aparecían una docena de canales, absolutamente rectos y geométricos, trazaron un modelo, en el cual conservaron los contornos generales del planeta, pero reemplazaron

los canales por líneas y puntos irregulares y caprichosos.

Hicieron copiar este modelo por 20 niños de 12 y 14 años, de la escuela de dibujo de Greenwich, ninguno de los cuales había oido hablar de los canales de Marte.

Los niños, vecinos al modelo hicieron un dibujo más o menos exacto, pero los que estaban colocados más lejos, vieron o creyeron ver líneas rectas, casi idénticas a las de Schiaparelli y Lowell, y como tales las dibujaron. De esto dedujeron los físicos ingleses, que el ojo tiene una tendencia a dar formas geométricas a los objetos colocados en el límite de la visión distinta, y que con anteojos mayores que los usados hasta

entonces, los canales de Marte "ya no serían visibles".

Lowell se puso furioso, y pidió al director del observatorio de Lick que dirigiera su anteojos (el mayor del mundo) hacia el incógnito planeta. La respuesta no se hizo esperar.

—Mi anteojos—dijo el socarrón astrónomo—es demasiado bueno para ver sus canales.

Pero Lowell no se dió por vencido y en el invierno de 1907, envió a uno de sus ayudantes, M. Todd, a los desiertos de Tarapacá en Chile a fin de que fotografiara los canales. Aquí en la oficina salitrera "Alianza", se sacaron unas 700 planchas, en las cuales aparecían los canales, a juicio por lo menos, de las personas de buena voluntad.

Pero un francés, M. A. Lumière, por medio de fotografías microscópicas, probó a su vez, que las planchas químicas, en el límite de su sensibilidad, también reproducían líneas rectas, aún cuando no las hubiera en el modelo.

El año de 1909 quedaron disipadas todas las dudas. A medida que se observa a Marte con mayores telescopios, los canales desaparecen, y el pretendido aspecto geométrico da lugar a otro muy análogo, el de la luna, examinada con un anteojos de teatro.

El edificio de fantasmagorías, levantado sobre la existencia de esas líneas misteriosas se vino al suelo.

Tal es hoy el estado de la cuestión.



Aspecto de la superficie de Marte en un telescopio muy poderoso





LA CASA DE CAMPO ARRENDADA

Por _____

ANGEL PINO

Ilustraciones de Martín

Una señora de Santiago tenía dividida a la humanidad en dos categorías: la de los propietarios de las casas que habitaban y la de los arrendatarios a los cuales aplicaba despectivamente el calificativo de **arrendones**. Me cuento entre los últimos.

Principalmente soy un **arrendón** impenitente y sin expectativas de enmienda en materias de casa de veraneo. Se ha hecho una propaganda tan continuada y bien dirigida sobre la necesidad de abandonar su ciudad, sus comodidades y su domicilio ordinario, durante los meses de Enero y Febrero que toda persona que se respete se apresura a hacer maletas y despachar a su familia a un sitio cualquiera apartado de poblado, con polvo, mala alimentación y asaltos nocturnos. Por una ironía de la suerte apenas se ausentan de la ciudad los veraneantes refresca en ella el clima y se hace más ardiente en los campos, se abarata la fruta en las capitales y escasea sobremanera en los amenos sitios donde uno va a buscar el paraíso terrenal de donde fueron expulsados nuestros primeros padres sin que geógrafo alguno haya podido marcar el sitio de ese gran huerto en que había un solo árbol prohibido o reservado.

Yo no he podido averiguar el paradero durante el verano de los propietarios de casas de veraneo. Solo sé que se ausentan con facilidad poniendo un canon severo de

arrendamiento al ciudadano que desea sustituirlos por breve temporada. Si las casas de la ciudad dejan algo que deseas en diversos capítulos se comprenderá fácilmente todo lo que falta en estas mansiones de recreo estival. Nadie ignorará ciertas excursiones nocturnas en que el veraneante marcha con vela encendida en una mano y la otra a manera de pantalla para que el viento no extinga la oscilante llama, tropezando con los variados objetos que pavimentan el patio o el corral o el huerto, entrando en vergonzosas contemporizaciones con los perros guardianes, cayendo sobre el marrano gordo que dormita o estampando el exacto modelo de la planta sobre diversas materias plásticas y maleables que se ofrecen impensadamente en su camino.

Acabo de soportar la pesada viacrucis de un arriendo de verano. Bajo el nombre caprichoso de **chalets** se alzan en los alrededores de Santiago y otras ciudades del país muchas casas de apariencia engañosa y coqueta. Aquí una torrecilla, allá una veleta que hace el encanto de los niños, acá un balcón saliente, ninguna puerta es de líneas rectas ni asume la vulgar forma de un paralelogramo. El arquitecto travieso las ha hecho ojivales del lado sur, otomanas del lado poniente, circulares por el norte y tan estrechas por el oriente que ha sido apenas consultada la moda femenina



...entrando en verazonosas contemporizaciones con los perros guardianes

del día, para dejar entrar a la dueña de casa sin ponerse en la posible vuelta de la crinolina. Distraídos arquitectos y propietarios en estos juegos inocentes de la arquitectura se olvidan completamente de diversos problemas que antes interesaban a los constructores. Por ejemplo el sol y la lluvia penetran por todas partes; las pequeñas escaleras para subir a los pisos superiores han sido hechas para monos o papagaios; desde el piso bajo las visitas pueden seguir todo el curso de las diligencias que una persona ejecuta en los altos antes de acostarse. Si es una señora, puede oírse hasta el ruido de cada broche del corset cuando lo va desprendiendo uno por uno con aire perezoso. No puede disimularse función alguna de cualquier carácter que sea.

Caf con uno de estos encantadores chalets que en veinticinco años más, cuando los árboles que los circundan hayan crecido, tendrán un relativo agrado; pero para entonces el coqueto palacete habrá caído bajo el golpe incesante de los elementos, pues sus tenues y delicados fabiques comparados con las murallas de la Moneda son como los pesos de hoy día con los de 51 peniques de otras edades. Lo único sólido que ha-

bía en mi negocio era el cánon excesivamente alto fijado por el propietario en atención a que su casa estaba lujosamente amoblada según aseguraba con ingenuidad el agente comisionista que intervenía con la sonrisa en los labios en este trágico incidente de mi vida. Este cánon era tan crecido como eran pequeños y casi invisibles los árboles del parque como se llamaba el piso de tierra en el cual comenzaban a verdear algunas varillitas de

siete centímetros de alto, a cuyo lado una estaca de dos metros ostentaba una etiqueta de madera con un nombre pomposo y hasta burlesco como por ejemplo: *wellingtonia gigantea*. Yo había llevado una media docena de hamacas y como nos las hubiera colgado entre las barras de los catres lo que habría parecido redundante, ninguna otra manera habría tenido de gozar en ellas el descanso que me prometía.

La casa tenía muebles era verdad. ¿Conocen Uds. cierta clase de mobiliario que cuando va saliendo de la fábrica parece ya viejo, que antes de usarlo produce la impresión de haber sido usado siempre desde el principio del mundo por muchos capas y sucesiones de familias, muebles incoloros; pero no inodoros y en todo caso insípidos? Esos eran los que me esperaban. Las sillas no permitían en sus faldas estrechas otras posaderas que las de los menores de quince años; los sillones tenían resortes tan duros y porfiados bajo el crin de los



...los catres que esperaban solamente la hora suprema de meterse en la cama para plegarse sobre el cuerpo.

tapices que expulsaban al visitante apenas se soltara éste de los brazos donde había que buscar apoyo. Los cajones no cerraban; no por defecto de uso sino porque el carpintero los había hecho expresamente más grandes que los huesos en que estaban a medias embutidos. El mueble donde se colocaban los sombreros apenas había recibido dos y sus correspondientes bastones, se inclinaba y caía de bruce al suelo. Todo era allí inhospitalario. Pero lo cruel, lo que significaba un ensañamiento con el huésped y sus alojados eran los catres que esperaban solamente la hora suprema de

meterse en la cama para plegarse sobre el cuerpo y aprisionarlo bruscamente. El alumbrado de acetileno tenía olor a ajos; las ventanas no juntaban y tampoco era posible abrirlas, permanecían como los misterios de administración entornadas.

Pero lo que comenzó a exasperarme hasta el delirio, fué la inspección a los retratos de familia que el propietario había querido dejar a mi contemplación, creyendo que o no tenía yo familia alguna y me iba a sorprender de la suya o suponiendo osadamente que apesar del cánón podía yo mirar con simpatía a los abuelos, padres, tíos, hermanos y cuñadas de mi victimario. Al principio tomé con resignación el espectáculo de la familia ajena impuesta a mis afectos. Observé el grupo del matrimonio de los dueños de la casa y de sus hijos de ambos sexos. El era flaco y narigón, ella era regordeta y casi sin nariz perceptible. La fila de jóvenes habían salido todos delgados y de largas y afiladas narices y en ella se intercalaban graciosamente las niñas bajas, redondas y sin apéndice nasal. Uno sí y otro no en materia de narices; uno sí y otro no en materia de carnes. Era delicioso y cómico a la vez. Enseguida me fui a estudiar de dónde venía la gran nariz del padre y la falta de la misma en la madre. Fuíme a los abuelos de ambos y noté que la característica era anterior a ellos

pues los abuelos del caballero ya la ostentaban grandiosa y los de la señora miserable y casi anulada. Todo esto era ameno les aseguro a ustedes; pero toda amenidad desaparecía cuando se llegaba frente al retrato de medio cuerpo de un tío vestido de militar y cargado de medallas de tiro al blanco y posiblemente de alguna acción de guerra. Nunca he visto un tío más simpático. Era un animal, es decir, debía ser un animal. Frente baja de la cual salía el pelo un centímetro más arriba de las cejas. Nariz aplastada (porque debía ser tío de la señora), en la misma forma que se la aplastan pasajeramente los chicos cuando la oprimen contra un cristal de la ventana, pálida y algo vellosa en la vasta



Llegué a asegurarte a mis visitantes que lo conocía de vista y era borracho

plataforma que ofrecía horizontal a la mirada del espectador. Desde el primer instante sentí por él profundo desprecio. Me lo figuraba atrabiliario. Llegué a asegurármelo mis visitantes que lo conocía de vista y era borracho, aún seguí en la calumnia hasta asegurar que había estafado a un canónigo, cuando con conservadores hablaba o doña Belén de Sárraga cuando era radical el interlocutor. Yo quería comunicarle a todos mi odio y formar una cruzada de resistencia contra este hombre que no sabía si estaba muerto o vivo. No podía hacer nada en el escritorio sin que su mirada imbécil me persiguiera y sin que su plataforma nasal pálida y cabelluda se grabara en mis retinas.

Una tarde llegó a verme un señor con el cual deseaba estar en buenas relaciones. Era regularmente antipático; pero yo lo cultivaba con esmero. Con tanto esmero como mi propietario cultivaba sus enanos del futuro parque, en la esperanza de que llegara a ser gigante y me sirviera de sombra para alguna siesta al calor del presupuesto fiscal. Yo me encuentro dotado de un regular espíritu de contradicción, única cualidad femenina que me reconozco, y así entre radicales paso siempre por clerical y entre conservadores aparezco como un demagogo. Pero delante de un farsante todas mis contradicciones se desvanecen y le llevo la corriente. En una palabra, cuando un individuo me miente grandezas yo me atribuyo otras tantas y hasta encarezco la puja. Cuando mi visitante hubo transpuesto el umbral de mi chalet, dió una mirada circular y exclamó con tono de buen conocedor: "No está del todo mal la casita". Y luego poniéndome la mano en el hombro, me dijo: "Cuando tengas un momento libre, te invitaré a ver mi casa de Viña; verás todo lo que puede discurrir la ciencia moderna del confort y del buen gusto". Debi pues, asegurárle en el acto, que no solo era de mi propiedad ese chalet sino los dos que asomaban al frente sus torrecillas sobre los eucaliptus y además una casa en Zapallar. Una vez en la mentira me calumnié con un fundo en la frontera y ciertos derechos de una batería.

Aceptada la propiedad de la casa, debí reconocer que todos esos malditos retratos eran de personas de mi familia y como el

amigo era curioso le conté una historia sobre cada cual. Recibí sin enrojecerme, felicitaciones por una tía gordita y de aspecto soberanamente cursi. Después de lo cual pasamos al comedor y, como es de regla en casa de arrendatarios, yo le di mal de comer y él se deshizo en elogios a su cocinera.

Debo decir que durante toda la comida pensaba con terror en el momento del café y de los cigarros que deberíamos pasarlos de la mejor manera posible en mi escritorio bajo la estúpida mirada de mi tío? Nada me avergonzaba más que estar obligado a declararme pariente de ese abominable individuo sobre cuya conducta desarreglada tenía ya arrraigadas aunque injustas convicciones. Pero llegó la hora fatal. Fui tan pobre de recursos que no se me ocurrió fingir una historia cualquiera que me librara de un oprobioso parentezco, como por ejemplo un salvataje a un sobrino que se ahogaba en el balneario del Recreo. Mi amigo entró al escritorio y antes de sentarse fué recorriendo uno por uno las fotografías apoyadas sobre los estantes. Se detuvo ante el retrato de medio cuerpo y se quedó meditabundo. Yo sentía ira y vergüenza. Me retorcía de despecho ante la idea de aceptar como miembro de mi familia a ese individuo cargado de medallas de tiro al blanco. Pensaba declararlo tío; pero extraviado. Con esta palabra vaga dejaría ancho campo a las conjeturas dando libertad al curioso de suponer que el extravío era de nacimiento o de conducta. Pero no hubo tiempo para mayores preparativos mentales. ¿Quién es este señor—pregunté con visible interés.—"Un tío paterno..."—había alcanzado a decir—cuando mi amigo avanzó rápidamente hacia mí y abriendo los brazos me gritó con efusión: "¡Somos parientes! También es tío mío! Don Gregorio Campusano el más insigne ganador de todos los concursos de tiro al blanco es nuestro tío común..." "sí; común..."—respondía yo a medias palabras.

Toda esa noche mi amigo pasó mirando al retrato y mirándome a mí y asegurando que los tres nos parecíamos muchísimo.

De resulta de esta trágica escena caí con una fiebre maligna y tuve que guardar cama algún tiempo. Hasta hoy mi amigo me grita en todas partes: "¡Adiós pariente!"

La Soberanía de la Mujer



Me propongo hablar de la parisienne de París a los parisienses del mundo entero. Porque es preciso saber que hay Parisienses en todas las partes en que el gusto de París ha penetrado.

Muy recientemente M. Clemenceau, a su regreso de Argentina, en un libro encantador nos decía. "Yo no había abandonado a París; pues si yo en Argentina no he encontrado un París, allí he vuelto a encontrar a la Parisiense, y, como la Parisiense es lo que más se estima en París...."

He aquí un progreso: de la humanidad, yo no lo sé; pero de la civilización, sí, de ello estoy seguro. Hace más o menos veinticinco años, un hombre de letras, de refinados modales, que aún vive y conserva sus atractivos, pasó la frontera de Francia para ir a dar una conferencia en una grande y muy hermosa ciudad. Versó su conferencia sobre este punto, que él conocía perfectamente: la Parisiense. Como de costumbre, se expidió brillantemente, y no dejó de decir que había encontrado verdaderas Parisienses en esa grande y muy hermosa ciudad. Y ¿sabéis cuál era

aquella ciudad? ¡Era Bruselas! ¡Gracias a Dios desde ese tiempo hemos avanzado bastante y podemos llegar mucho más allá de Bruselas y encontrar Parisienses!

La Parisiense de París es una soberana constitucional que reina absolutamente y que gobierna algo, es decir que gobierna parcialmente, que se ha reservado una circunscripción de gobierno en que ella sola impera. Al hombre cede los negocios internacionales, casi todos los del Interior, la Agricultura, el Comercio, las Obras Públicas y las Finanzas, pero se reserva el Ministerio de la Literatura y de las Bellas Artes. La Literatura depende de ella desde hace tres siglos, y aún algo más. A ella debieron sus éxitos Ronsard y de la Pléiade, a ella Desportes de Bertaut y de Malherbe; ella coronó a Corneille y más tarde a Racine; pero más bien prefiero silenciar una enumeración en la cual vosotros bien sabéis qué lugar ocuparían Rousseau, Lamartine y Musset.

Sabéis también si se ha ridiculizado a Saint Beuve por el lugar tan prominente que en la obra ha asignado a las mujeres. A quien tal hubiera hecho, él habría contestado: "Es imposible ocuparse de literatura, sin ocuparse de las mujeres, y particularmente de la Parisiense. Ella reina en el teatro, reina en el Salón; las tres cuartas partes de la literatura francesa dependen del teatro y del salón; la Parisiense, desde luego inspira a los literatos, y, sobre todo, la mayor parte de las veces éstos únicamente escriben para obtener sus sufragios, de manera que ella es en literatura,

no sólo la causa, sino la causa final. ¡Y se pretenderá que tratando de literatura, no hablase yo de las mujeres! Sería como si al describir un río no hablase de su origen, ni de su dirección ni de su desembocadura. Como geógrafo literario, hermoso papel haría!

En arte tiene la Parisiense influencia como en literatura, y esto por las mismas causas. En él, justamente, la Parisiense no inspira, pero se constituye en árbitro y juez, y a las celebridades que ella no ha consagrado, siempre falta algo.

Un antiguo pintor decía a uno de sus jóvenes colegas: ¿Queréis permanecer joven? —No agradéis a las mujeres. ¡Bah! ¡es raro!

No, si se explica. En arte se permanece joven, mientras no se ha triunfado. Pues bien, mientras no hayáis agradado a las mujeres, permaneceréis (un) "joven".

Habéis observado que las exposiciones de pintura entre nosotros se llaman Salones. Esto es muy significativo; quiere decir que las exposiciones de pintura son lugares en que la mujer se encuentra como en su casa, y en los cuales ella reina. Igual ocurre,



La moda en 1830



La moda en 1840

ya se trate de escultura, grabado, música, arquitectura o del arte de los jardines. Los mujeres fueron las que a mediados del siglo XVII reemplazaron los jardines ingleses por los franceses. Es perfectamente cierto que los hombres habían inventado el jardín rectilíneo, en que se ve desde lejos, y no caben escondites, no se puede andar, dar citas, dormir, etc.; pues la Parisiense ha cambiado éste por el jardín íntimo.

Yo no veo sino un arte en que la mujer parece no tener una gran influencia: el arte de amoblar; en éste los hombres legislan, porque de esto sólo ellos se preocupan, la mujer se desentiende casi completamente, mientras los hombres se apasionan por ello. Por lo menos en la actualidad pasa esto, tal vez en otra época no ha ocurrido así.

Me cuesta creer que el delicioso Luis XV no haya sido producto de inspiración femenina, no haya sido adoptado y protegido por la Parisiense. Y si fuera así, esto explicaría por qué el arte de amoblar, después de haber sido una de las glorias de la Francia, hoy día permanece estacionario. Es de creer que cuando las parisienas se ocuparon del arte



Dos elegantes en 1840

de amostrar, éste experimentaba modificaciones, y que, a partir del momento en que ellas se desentendieron ha quedado como herido de impotencia creadora y ha debido limitarse a la imitación de las diversas modas de otro tiempo.

De modo, pues, que, exceptuando este, siempre es la Parisiense, en todo el dominio del arte una soberana que modifica, renueva y revivifica incesantemente su imperio.

Se ha reprobado a la Parisiense el defecto que se llama "engouement" (admiración) y que consiste en una admiración excesiva y fugitiva. Es una admiración de la cual puede anunciararse desde que nace, que morirá joven en vista de la forma fulminante como se desarrolla. De esta admiración La Harpe dijo: "Hay un país que dedica el primer día al "engouement", el segundo a la crítica, y el tercero a la indiferencia."

No soy yo tampoco el caballero andante que pretenda defenderlas hasta afirmar que están completamente exentas de tal defecto; pero si hay que notar que el "engouement" tiene dos faces distintas: o se le acepta, o se le crea.

Nuestros Parisienses no reciben el "engouement", ellos lo crean, y por esto justamente no son *snobinettes*. Y aquí

precisamente se destaca la diferencia que existe entre el "engouement" y el "snobismo".

El "snobismo" es un "engouement" que se ha recibido, es como un estado de admiración que ha sido trasmítido por otros. El "engouement" puede ser espontáneo y es ésta la condición que lo engrandece.

Pues bien, las Parisienses son esencialmente seres de "engouement" espontáneo; no reciben el "engouement", sino que lo esparcen.

Notad, y no es por galantearlas, sino por dar a comprender, cuán agenes es las más de las veces el snobismo, saber que ha habido un "engouement" de Wagner, del cual ellas por muy largo tiempo no han participado. Reyer decía: "No hay más que un hombre que pueda producir música wagneriana, éste es Wagner; no lo imitemos."

Las mujeres decían: "Producid música para Wagner, nosotras no lo hacemos."

;Ejemplo significativo! Prueba que las Parisienses no se admirán por snobismo, no se extasian por servilismo a una moda, aunque esta sea universal; prueba que son "engouement" cuando existen, nacen de ellas.



La moda en 1853

La movilidad de nuestras Parisienses obedece a una sucesión de razones que les asiste para moverse. Esta movilidad, que no puedo dejar de reconocer es excesiva algunas veces; en la moda resalta más viva y, en apariencia al menos, la más caprichosa.



Una elegante de hoy

cosa. Y la razón de esto es que, en tratándose del arte de la moda, la mujer no solamente inspira al arte, sino que ella

misma se constituye en materia de arte. Alguién ha dicho: "Oh, escultor, esculpe tu alma". La mujer en el dominio de la moda, se esculpe ella misma en tanto grado cuánto puede hacerlo y da una filosofía particular a la estatua, que es su persona. No hay pues, que encontrar nada de asombroso en el empeño que gasta y esfuerzo continuo que hace por renovar y pulir la estatua. Dumas hijo decía: "Toda su preocupación está en vestirse ya como campanillas ya como paraguas". Las mujeres podrían responder. "La campanilla tiene su hermosura y el paraguas la suya y



La moda en 1873

nuestro éxito estriba en renovar el motivo de hermosura que pueda existir en nosotras. Tened en cuenta que sin las variaciones del corte, sin el cambio de los dibujos, tendría que necesariamente la mujer tratar de llamar la atención por la riqueza de las telas. Esto sería inevitable. Luego las variaciones del corte, del dibujo, de la silueta, permiten precisamente no tener necesidad de la riqueza progresiva del tejido.

A lo menos así lo dicen ellas y a los hombres no nos parece imposible. La verdad es que cada cambio de la moda nos las hace ver, siempre más hermosas que antes!

EMILIO FAGUET.



Ingenio de Machacamarca

EL ESTAÑO

Por _____

Carlos G. Avalos

El conocimiento y uso de este metal por el hombre, principia con los primeros albores de la civilización.

Aunque no se encuentra aislado, metálico, el obtenerlo en este estado, se consigue por medio de un método tan sencillo, mediante el calor y el fuego, que se comprende que dicho procedimiento se haya impuesto al menos observador de los descendientes de Prometeo, sin esfuerzo alguno, por cualquier accidente.

El estaño se encuentra en la naturaleza al estado de óxido.

Con la acción aislada del carbón incandescente abandona su oxígeno, queda el estaño puro, metálico; cuerpo especialmente notable por su alto peso específico, por su fusibilidad, maleabilidad y reducida dureza. Es resistente a la acción de ese mismo oxígeno que ha tenido que abandonar, es decir, no se oxida al contacto del aire atmosférico.

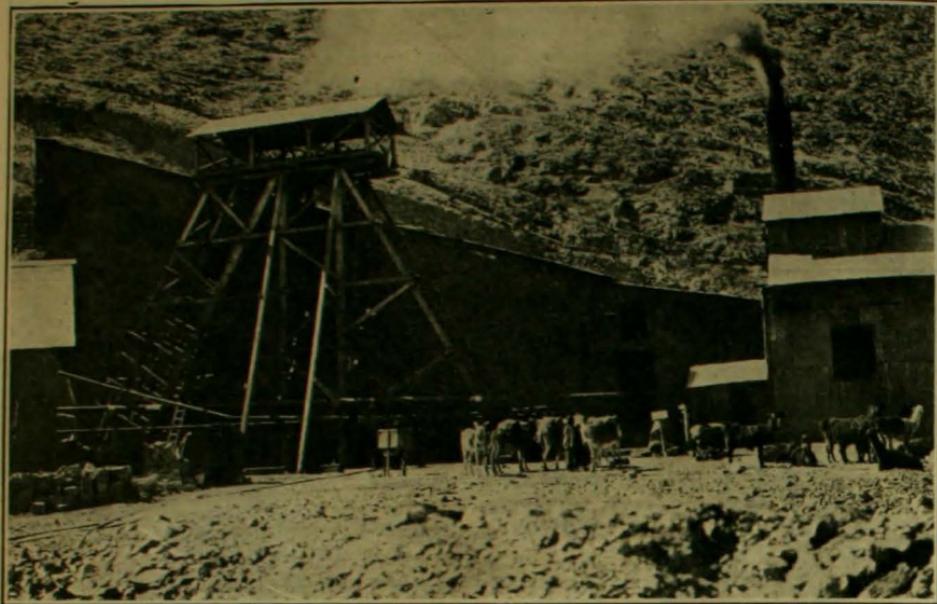
El estaño, por estas propiedades, y principalmente por el carácter simple de su metalurgia, desempeña la función que le ha cabido desde los primeros pasos del hombre en la vida civilizada y en el desarrollo posterior de ella.

En la lucha contra la naturaleza, tuvo el hombre que acudir a instrumentos propios para dominarla. Y es de notar que la forma o materia de dichos instrumen-

tos, han servido para señalar las etapas de progreso porque ha atravesado la sociedad humana. De la tosca piedra pulimentada, uno de los primeros frutos de la aplicación del trabajo humano sobre la materia, a la Edad de Bronce en que el hombre es capaz de formar íntima unión entre el cobre y el estaño, hay inmenso período de lento pero constante progreso. Constituye, el dominio de estos metales, en realidad la primera época de la civilización. Principia con ella el primer esfuerzo humano, individual o colectivo, que podrá hacerlo más tarde verdadero señor de la naturaleza, concepto que difiere de los que creen que lo fué desde el primer día, y que se inspira constantemente en el pasado, declamando "que cualquier tiempo pasado fué mejor".

Los egipcios conocieron el estaño 4,000 años antes de la era cristiana. Fué posteriormente muy apreciado por los griegos que se proveyeron de él, en los depósitos que todavía se explotan en España y en la Galia. En busca de ese precioso metal, llegaron los griegos en aquellas épocas hasta las islas británicas, llamadas Kasiterides, por la procedencia del estaño de la palabra griega Kasiteros con que la designaban.

Así, de la necesidad de adquirirlo fuera de su territorio, nació en la Grecia el pri-



Pique de extracción y recepción de combustibles.

mer movimiento de Comercio Internacio-
nal, entre los pueblos civilizados y los bár-
baros de aquella época.

El fierro, aunque muy abundante y es-
parcido en toda la tierra combinado con
otras substancias, no es fácil de separarlo
de sus compañeros y tardó en ser aprove-
chado por el hombre.

Así lo afirma Hesiodo, mil años antes
de J. C., atribuyendo el conocimiento y uso
del fierro a época posterior al uso del co-
bre y estaño.

La aleación de estos metales, el cobre
y el estaño, en forma de bronce hace ad-
quirir a ellos una propiedad de que care-
cen los elementos que la constituyen: la
dureza, sin desprenderse de la otra que
facilitó su aprovechamiento: la fusibilidad
del compuesto, más cómoda que la del
cobre.

Desde el primer día fué posible el uso
del cobre por encontrarse a veces aislado
y de aprovechamiento fácil por su débil
dureza y maleabilidad.

A la llegada de los europeos al Conti-
nente Americano, encontraron el cobre en
uso corriente en el Norte, donde se le te-
ñía a la mano, metálico, en las minas has-
ta hoy famosas del Lago Superior.

En el sur del Continente, los españoles

encontraron en el Imperio Incásico, en
uso, instrumentos industriales y domés-
ticos de bronce de una notable dureza, em-
pleados en el tallado de materiales de
construcción y adorno.

Según Prescott, los artífices peruanos,
podían dar a ese bronce un temple que lo
hacían equivalente al fierro o al acero. Los
españoles no lograron adquirir el conoci-
miento de ese procedimiento, cuyo secreto
no se encontraba en su composición habitual,
de cobre y estaño.

Desde la primera época de la Conquista,
tuvo la Corona Española que proveer al
trabajo de sus minas de América, con re-
mesas oportunas de fierros y aceros de
Vizcaya.

En Europa, durante muchos siglos, el
estaño llenó una función primordial en la
vida doméstica civilizada. Por sus pro-
piedades de fácil fabricación y labrado y
no ser alterable por el aire y ácidos ex-
tendidos grasos, constituyó casi el único
material de los utensilios domésticos, des-
tinados a la preparación y servicio de los
alimentos.

Fué también en la Edad Media, el me-
tal a que acudieron de preferencia los arti-
stas para la ornamentación de las Igles-
ias y objetos del culto.

Como material colorante, unido a alguna sal de oro, el bichloruro de estaño, forma la "Purpura de Casio", tan famoso en la antigüedad, utilizada en la coloración del vidrio y la porcelana.

Pero, es necesario llegar a la época actual, contemporánea, para encontrar propiamente el consumo industrial del estaño, en grande escala.

Este consumo se encuentra, especialmente, en la aplicación feliz de una ligera cubierta de estaño, inoxidable, inalterable al aire y al agua, a una plancha de fierro, tenaz, dura, pero oxidable, formándose así la hoja de lata, fer blanc de los franceses o tin-plate de los ingleses.

Esta fabricación principió en el primer período del siglo XIX.

El estaño, en la fabricación de la hoja de lata, está en la proporción de 2% sobre 98% de fierro.

La hoja de lata, con su inalterabilidad al aire, y su débil peso comparativamente a su resistencia para el transporte, constituye un material de uso irremplazable. No tiene rival posible, para el transporte de aceites, parafina y conservación de artículos alimenticios, carnes, pescados, legumbres, etc.

Esta fabricación de la hoja de lata, del tin-plate, ha tomado, en los últimos años, como se explica fácilmente, un desarrollo considerable. Esta industria, en los últimos cuatro años, ha cuadruplicado su producción, para llegar en 1911 a más de un millón de toneladas, sin comprender el consumo interno del Reino Unido.

El consumo del estaño en la hoja de lata, abarca como un tercio del total mundial.

El resto del consumo del estaño se efectúa en aleaciones: con el cobre, formando el bronce, empleado en construcciones de todo género, en obras de arte, etc., etc.; y con el cobre y el cinc, constituyendo el latón, empleado, por ejemplo, en fabricación de alfileres.

El bronce entra en cantidad considerable en la construcción de todo material de transporte, marítimo y terrestre: buques y locomotoras.

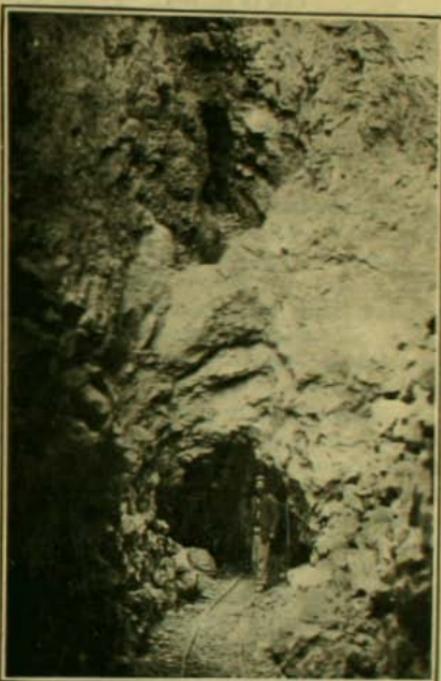
A este respecto, la civilización corre vertiginosamente, y es muy de temer que su desarrollo se limite por escasez de metales industriales en época no lejana.

Concurre a justificar este concepto, el rápido avance que ha tomado la construcción de automóviles.

En los Estados Unidos, la fabricación de automóviles. — "Motor Car Industry" se ha duplicado en valor y en número esta industria, en el sólo período de los seis años últimos.

En 1911, se construyeron 210.000 automóviles, solo en ese país, por un valor de £ 60,000,000.

Apenas es necesario observar que en es-



Socavón, entrada a Escuelas

te medio de locomoción se está recién en el principio.

Cada automóvil emplea como bronce cierta cantidad de estaño de carácter irremplazable.

De acuerdo con estos datos se ha desarrollado en los últimos años el consumo de estaño.

De 50,000 toneladas a que ascendía un cuarto de siglo atrás, se elevó a más de 100,000 en 1911.

Parte del moderno aumento del consumo de estaño, se debe como se ha dicho, a la fabricación de la hoja de lata—tin plate



Cancha de Itos

—destino que, hasta ahora, equivale como a la destrucción del estaño mismo empleado en esa fabricación.

El estaño empleado en la hoja de lata, en los envases de artículos alimenticios no vuelve, sino en muy ligerísima proporción, a servir nuevamente a la industria. Las acumulaciones de latas de tarros que se encuentran a cada paso en nuestro desierto quedan, por ahora, como reservas de estaño para las generaciones futuras y acaso como testigos mudos pero eloquientes de la deficiencia de nuestros conocimientos y progresos actuales.

El estaño en esta peculiaridad de su empleo se asemeja al carácter del oro empleado en la orificación de la dentadura humana, que se sustraerá del aprovechamiento general, unido a la extinción de la persona a cuya vida concurrió.

Los demás metales solo se transforman en la industria volviendo o pudiendo volver a cada momento a ella, a su progreso; cambiándose así el cobre que alguna vez sirvió como elemento de destrucción o de muerte, en cañones, al empleo moderno de paz y de satisfacción humana y en hilo eléctrico.

En la vida moderna de los metales sólo una parte del oro y del estaño se extinguirán por ahora.

Estimulados los sabios industriales alemanes, analíticos por temperamento y educación, por el alto precio del estaño en los últimos años y la necesidad ineludible de su empleo en la fabricación de la hoja de lata, han tratado y buscan dar solución al problema de recuperar el estaño que cubre la hoja de fierro, en ese material, pero sin éxito todavía.

Parece que la mayor dificultad con que

se ha tropeseado en la práctica está en la eliminación de los residuos adheridos a la hoja según el uso que haya servido.

Tratándose de eliminar esos residuos, por el calor dejan a su vez indicios de sustancias carbonáceas que dificultan las operaciones posteriores de su separación. De ahí es que hasta ahora pueda recuperarse fácilmente el estaño contenido en una hoja delata virgen de empleo habitual y no de una que ya ha servido.

Cualquieras que sean los antecedentes del problema, el hecho es que hoy permanece en pie y que hasta hace tres años, a la recuperación del estaño solo concurren las fábricas del mundo con unas 3,000 toneladas, o sea 3% del consumo total.

Es evidente, por otra parte, que en este terreno como en muchos otros de que es hoy objeto la actividad científica, como en la nitrificación del azote del aire, se está todavía en el principio.

De más está decir, que esta observación, no importa de ningún modo pensar que se esté en peligro inmediato de descenso del estaño, por la recuperación del de la hoja de lata. Cuando ella se produzca, el consumo del estaño se habrá elevado considerablemente y luego la recuperación no se practicará nunca sin costo de alguna consideración.

El consumo del estaño en el transcurso de 20 años, entre 1888 y 1908, se duplicó pasando de 50,000 toneladas a 100,000, lo que equivale, hablando en términos generales a un aumento de 5% anual. Después de la segunda de esas fechas el crecimiento no ha sido tan considerable, aunque siempre efectivo. Se aprecia el consumo de 1911, en 117,000 toneladas.



Vista general de Itos

Este consumo se habría distribuido como sigue:

Reino Unido	18%
Alemania	20%
Estados Unidos	45%
Otros países	17%
	100%

Por otra parte las estadísticas que se tienen sobre la existencia del estaño, visible, mundial, son bien satisfactorias para los productores.

Al terminar el año 1911, ella había ascendido a cerca de 20,000 toneladas, como en los tres años inmediatamente anteriores, para descender considerablemente al terminar el año último de 1912.

Según "The Engineering and Mining Journal" de New York, la existencia de estaño, sería solo al 1.º de Diciembre próximo pasado de 12,348 toneladas, es decir, de sólo un 60% de la cifra en que principió el año. Según otra revista, exclusivamente comercial, de Liverpool, esa existencia habría sido en la misma fecha de 14,000 toneladas. De todos modos, se trata de una reducción considerable del stock, segura manifestación de aumento de consumo, circunstancia que explica el alza probable en la cotización del estaño en que nos encontramos. Tratando, más adelante de la producción del metal, hablaremos de que esa alza, a nuestro juicio, será duradera por algún tiempo.

II Geología

El estaño se encuentra en la naturaleza casi exclusivamente al estado de óxido, constituyendo el mineral conocido con el nombre de casiterita. Su existencia al estado aislado-votivo, o como sulfuro es bien rara, y solo importa como curiosidad mineralógica. La casiterita contiene 80% de estaño fino. Los yacimientos de estaño en el globo terrestre se encuentran en terrenos que pertenecen a la época paleozoica, a la que siguió inmediatamente a la azoica, carencia de vida orgánica.

En los yacimientos indicados las formaciones sedimentarias correspondientes a esa época se encuentran atravesados, rotos y en contacto con erupciones de dife-

rente naturaleza; desde graníticos, gronulitas como en Cornvall hasta las erupciones más modernas como en Bolivia, de pórfidos cuarcíferos o troquitos terciarios.

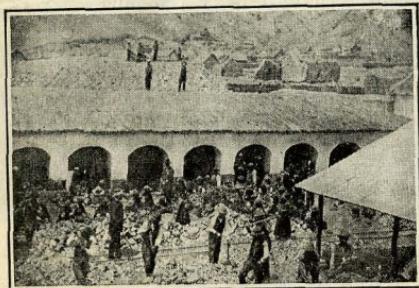
Según esto, lo que caracteriza a los depósitos de estaño bajo este punto de vista, son rocas sedimentarias antiguas en conexión con erupciones antiguas o modernas.

Es en el granito la roca en que se desarrolla la riqueza de estaño en Cornvall —en Inglaterra, en Sajonia, Bohemia.— En Zamora, en España, la presencia del estaño está ligada a una verdadera esquita cristalina. De igual manera los depósitos de estaño, de aluvión de las Indias Orientales inglesas y holandesas provienen de la destrucción de los granitos. El estaño procedente de los granulitos (variedad de granito) se ha concentrado en razón de su densidad, en nucleos más fuertes que los del felsfato y cuarzo—a veces en forma lenticular en los aluviones.

En Bolivia también la presencia del estaño se encuentra ligada a funciones sedimentarias, pizarras, esquitos, cuarritos, en la aproximación o contacto de centros, erupción, pórfidos como en Oruro, Potosí, Llallagua, granitos como en Huaina Potosí. El distrito de Cornvall es notable por la coexistencia hasta cierta profundidad, 400 metros,—de dos metales, cobre y estaño en abundancia para hacer reproductiva la explotación por uno u otro metal aisladamente. Desde esa profundidad, fuera ya del contacto con la formación sedimentaria, desapareció el cobre para seguir solo el estaño, en formación granítica exclusivamente en profundidad. De esta manera pasan las cosas en la mina Dalforth, cuya profundidad se acercaba hace siete años a 1,000 metros, debiendo hoy pasar de ese límite. A la profundidad de 700 metros se encontraba en el extremo del Rique principal mineral de 10 por ciento de estaño. En mayor profundidad el contenido en estaño decrece, pero en todo caso subsiste.

Este antecedente es de mucho valor para juzgar de la riqueza en profundidad de las vetas bolivianas. La más profunda apenas alcanza a 400 metros debajo los afloramientos de la veta. En las famosas minas de Uncía.—Llallagua no se llega todavía a ese límite, en cualquier

forma que se tome el punto de partida.— Por lo demás el empobrecimiento de los depósitos metalíferos, en profundidad, for-



Vista del extremo sur de la Cancha
mado digamos de 600 metros, es de expe-
riencia universal.—Es generalmente a la
profundidad media en que se verifica su
mayor concentración en ley, proporción
del metal que se persigue. Tales son los
datos de la experiencia en todo género de
vetas en oro, plata o cobre.

Por lo demás esa misma experiencia
acredita que mientras no sobrevengan
cambios en profundidad, de la naturaleza
de la roca encajante de la veta, no hay
nada que temer de exterilización de ésta
en el sentido indicado, por lo menos hasta
los mil metros.

En Bolivia en la famosa mina de Rulaca-
yao, (Huanchaca), continúa la riqueza en
su veta hasta la profundidad de 800 me-
tros y en condiciones comparables a su ri-
queza anterior. Si su explotación no pro-
duce hoy utilidades de consideración, ello
se debe a dificultades extrañas a ese ca-
rácter, a la profundización de la riqueza—
tales como el aumento de la temperatura
y de la afluencia del agua.

Es peculiar y propia exclusivamente de
Bolivia la asociación en sus vetas del estaño
a la plata. Es a investigaciones por este
metal que se debió la formación de las mi-
nas de Llallagua y Uncía, de encuentro tan
afortunado después de estaño. Generalmente
este metal no se presenta en
condiciones apreciables reproductivas en
la región superficial. Por la acción de los
agentes exteriores o por otra causa se ha
retirado el estaño en los afloramientos de
las vetas, formándose depósitos aluviales,
de forma de lavaderos.

En Oruro, en la región que sigue a la
superficie, se encuentra la plata y el esta-

ño, en condiciones equivalentes de riqueza;
en algunas vetas la plata tiende a des-
aparecer en profundidad a semejanza de
Cornwall con el cobre. En otras sigue to-
davía feliz la asociación de los dos metales.
Se carece todavía de datos bastantes
para deducir leyes a este respecto.

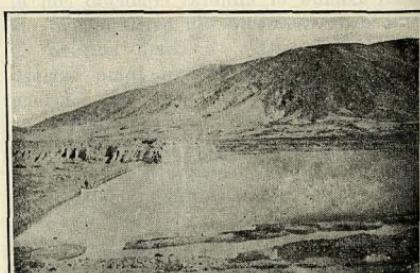
Mientras tanto, el conocimiento de lo
que ahí pasa es ya suficiente para justi-
ficar las más halagüeñas expectativas so-
bre el trabajo en profundidad de las vetas
en Potosí por estaño notables por su colo-
sal riqueza anterior en plata y su associa-
ción al estaño.

En Bolivia casi no se conoce otro mine-
ral que el de Huancané en que los tra-
bajos mineros hayan adquirido un desarro-
llo considerable, persiguiéndose desde su
origen exclusivamente el estaño.

Como se ha dicho geológicamente hablan-
do, los yacimientos de estaño obedecen, has-
ta hoy, a una peculiaridad, rocas de sedimen-
tación antiguas en contacto o a inmediacio-
nes de eruptivos antiguos o modernos. Í
se han encontrado en rocas calcáreas o con-
glomeradas.

Mientras tanto, los depósitos argenti-
feros o cupríferos se encuentran disemi-
nados en el globo en terrenos de toda épo-
ca y naturaleza. Así los argentíferos des-
de los pórfitos antiguos o granitos de
Komstock, En Estados Unidos o de Che-
pilca en Coquimbo entre nosotros, bota
conglomerados en Lipez, en Bolivia.

De igual manera los de cobre entre no-
sotros los encontramos en una reducida
extensión de nuestro territorio, en la pro-
vincia de Antofagasta, de la época cretá-
cea en San Bartolo, al Oriente, y en la
misma latitud en la costa, en Gatico, en
las rocas más antiguas, granito y mica
esquistita. Así, pues, el cobre y la plata se
encuentran en el globo distribuidos sin



Laguna artificial de Machacamarca

obedecimiento a ley alguna de carácter geológico o geográfico.

De la peculiaridad geológica indicada para el estaño, deduce nuestro distinguido geólogo y minero, señor Smidt, como más probable que pudíramos encontrarlo en Chile en la formación antigua de la costa de Chile de preferencia a la de Los Andes de formación más moderna.

En algunas vetas de cobre en la primera se encuentra la "turnulina" compañera habitual del estaño en Europa.

Recordando los caracteres habituales de los yacimientos bolivianos de estaño, divisa el señor Smidt la probabilidad de encontrarlos en Chile en una sección de nuestra cordillera oriental, la nuestra puna de Atacama, a inmediaciones del balcón de Llullaico.

Mientras tanto, el hecho es que hoy no se ha encontrado estaño en Chile a pesar de las activas diligencias practicadas.

III

Producción

Afortunadamente para los productores de estaño la naturaleza al distribuir sus dones prescindió de favorecer al inmenso territorio de los Estados Unidos, de verdaderos depósitos de estaño.

A haber procedido de distinta manera ya tendríamos el costo de producción y la oferta de su venta a los términos deprimidos en que han llegado los demás metales, fierro, cobre y plata, con la colossal producción de ese país.

Hasta hoy no pasa de indicaciones, de prospectos, el encuentro de estaño en los Estados Unidos. Sin embargo en uno de ellos, en Dakota, se habla ya de un tonelaje considerable de la ley minera de $\frac{1}{2}$ por ciento, contenido que en ningún otro país podría ser explotable.

Hasta hoy han continuado los Estados Confederados de Málaca constituyendo la más considerable producción de estaño en el mundo. Contribuyeron a ella con 58 mil toneladas, casi el 50% de lo mundial en 1911, de 118 mil.

La mayor parte de esa producción proviene de depósitos de aluvión, pero en el Estado de Pakoug se trabajan en minas,

depósitos en vetas con sus correspondientes labores subterráneas, vetas con contenido aprovechable, relativamente de alta ley, 2%. La mayor parte de la mano de obra empleada en la península es de procedencia china, operarios aceptables, aunque dominados por supersticiones algunas de las que los hace resistir al empleo de explosivos en las minas, por el temor de que se aleje el metal que se persigue. En los últimos años solicitada esa mano de obra por industriales rivales inmediatas, se ha sufrido en la explotación de estaño alguna escasez de ella, produciéndose alguna disminución en su producción.

Los Estados confederados de Malaca, Perak, Negri, Sellongar y Pahong, se encuentran bajo el protectorado de la Gran Bretaña desde 1875 y quien ha llevado ahí como a todas partes, su gran política colonizadora, de respeto a creencias, costumbres, para dedicar su acción al desarrollo material, ferrocarriles, puertos etc. Los estadistas británicos saben bien que es más eficaz su acción en este sentido, de preferir, si podría decirse, los adelantos materiales, a los que no tardarán en seguir los morales.

Siguen en producción a las Indias Inglesas, las Holandesas, si quiero geográficamente hablando. Entre estos los que producen estaño son las pequeñas islas, relativamente hablando, de Bonka y de Billiton al E. de Sumatra y que son como la prolongación ideal hacia el sur, de los depósitos de la península de Malaca.

Las ventas de estaño de Bonka en Holondro han subido de 13,600 toneladas en 1910, a 15,000 toneladas en 1911.

Las de Billiton han quedado en 2,240 toneladas, ambos formando un 15% de la producción mundial.

La producción minera de la Malaca se trata y se funde en Singapore, así como una bien pequeña procedente de las Islas Holandesas. De esta circunstancia nace el nombre de procedencia de los estrechos—cotización straits—with que generalmente se regula el valor del estaño en el mercado mundial en Londres.

El estaño de esa procedencia es de una pureza casi ideal, y de ahí su estimación y sobre precio en las industrias de aplicación.

Pero está lejos de ser comparable el valor de la riqueza natural, contenido en esteño, de los depósitos de las Indias Inglesas con las de los holandeses. Este es de valor mucho más alto. Se calcula que en los segundos, holandeses, el trabajo de un hombre al año puede producir 835 kilogramos de esteño, casi una tonelada, mientras que en Malaca solo produce un cuarto de tonelada.

Quiere decir esto que con una depresión considerable del precio del esteño, la producción de Malaca correría riesgo de desaparecer, quedando mientras tanto en pie la de Bonka y de Billiton.

La producción de las islas holandesas presenta una particularidad digna de anotarse, la de Bonka se practica directamente por el gobierno holandés, quién sucedió en ese carácter de dueño a algún sultán de quien dependió antes ese territorio, y la de Billiton como socio el Estado de particulares, constituidos uno y otros en sociedad anónima.

El primero es, sin duda, el único caso que se ha llevado la acción directa del Estado, de la colectividad a una explotación minera—y al parecer ahí con resultados satisfactorios.

La sociedad de Billiton existe desde 1852, por concesión hecha al hermano del Rey de Holanda, príncipe Enrique y otros asociados.

En esa oportunidad se hizo público el informe de los peritos del Gobierno que declaraba que la isla de Billiton no contenía esteño, declaración que se recuerda por su contradicción con los acontecimientos posteriores que acreditan que ese negocio minero ha producido extraordinarias utili-



Vista general de Oruro

dades. Esta contradicción comprobó una vez más que en la naturaleza no existe absoluto, y que éste apenas existe en la razón, en la geometría.

La compañía Billiton ha negado varias veces su capital, y el Estado holandés recibe de su provecho 5/8. partes.

Por esta participación tuvo esa empresa ahora diez años cerca de £ 400 mil libras de utilidad.

En el continente asiático la China contribuye en alguna proporción apreciable a la producción del esteño, explotando los yacimientos de la provincia de Yunmon. En 1911, produjo aproximadamente seis mil toneladas.

Los yacimientos indicados son de importancia en vetas y elevaciones, y están solo a menos de 50 kilómetros de ferrocarril, pero en cambio se carece de agua para el tratamiento del mineral, pues las lluvias de la región son escasas e irregulares.

Son insignificantes otras producciones del Asia, como en el Japón, etc. etc. Los indicados de las tres procedencias mencionadas importan ya una producción de cerca de 70% de la mundial.

El continente africano no es tan favorecido como el asiático en yacimientos de esteño.

En África del Sur se trata todavía de prospectos de indicaciones que no han recibido todavía las comprobaciones de la práctica con producciones considerables.

La región que ofrece expectativas más fundadas de próxima y considerable producción de esteño es la Negeria Inglesa en la África Ecuatorial. Está ahí reconocida la existencia del metal en vetas y aluviones, y está también a la vista la única circunstancia que ha impedido llegar a su ex-



1. Elevadora de metal.—n. horno Mac Dougall
2. Sección molinos a bolos

platación. Hasta hace poco para llegar a esos depósitos ha sido necesario más de veinte días de viaje. Esta circunstancia será pronto salvada con el ferrocarril que se aproxima ya a los depósitos. La riqueza natural favorecida por la liberal y prevísora administración inglesa pronto han de constituir un centro de producción de importancia, pero no superior a 5,000 toneladas según los mejores informes.

La producción de Australia, en Tasmania, Nueva Gales del Sur, no avanza y no constituye amenaza alguna para los otros productores. Por el contrario llegó a su máximo en 1907, con 7,000 toneladas para descender a 5,000 en 1911.

En Europa se mantiene en proporción apreciable la producción inglesa de Cornwall, con 4 a 5 mil toneladas, pero siempre en decadencia. Lo del resto de Europa no es apreciable.

La producción europea proviene hoy principalmente del tratamiento de minerales de otros países. De la procedencia extranjera se elaboró en Inglaterra en 1911, cerca de 14 mil toneladas, y en Alemania más de 12 mil.

En esta industria metalúrgica se encuentran como en otras, en antagonismo y viva lucha Inglaterra y Alemania, favorecida la primera por la dilatada extensión de su comercio internacional y por la producción de sus colonias, y la Alemania por la acción de sus técnicos de más eficaz progreso.

En el continente americano, Bolivia constituye propiamente el único productor de estaño.

La naturaleza favoreció singularmente a ese territorio por la abundancia y excelencia del contenido de su suelo, en metales valiosos. En época no lejana en esa producción pasará a ser rival poderoso de la mexicana, lo más considerable del mundo relativamente a su extensión.

Aunque carecemos en el momento de datos precisos para establecer la producción boliviana durante los dos últimos años 1911-1912, los que poseemos nos autorizan para estimarlas al rededor de 25 mil toneladas de estaño fino en cada uno de esos años, con aproximación de un 10%.

Proviene esa producción de los tres departamentos mineros de la República, Potosí, Oruro, La Paz, en la proporción siguiente:

Potosí	60 %
Oruro	34
La Paz	6
100	

Estimulada la producción boliviana por el alto precio del estaño y favorecida la región de Potosí por el ferrocarril que acaba de llegar a esa ciudad, experimentará de inmediato en el año actual algún aumento de importancia. La producción seguirá creciente en lo sucesivo, pero no en la proporción de los años últimos. Se opondrá a ello la escasez de la mano de obra nativa, imposible de ser substituida por otra en el rígido clima de la altiplanicie.

Su substitución por la maquinaria será siempre obra de tiempo. Luego no es de presumir que se encuentren en el porvenir, da cada poso, depósitos de una riqueza tan extraordinaria como los de lluvia.—Lallagua—cuya producción importa hoy más del 50% del total del territorio nacional.

Creemos hoy que aún con los altos precios del estaño, la producción tardará en pasar de 40 mil toneladas de fino. Según lo que hemos expuesto la producción de 1911, con corta diferencia la de 1912, podría apreciarse así: total, 118,000 toneladas.

Malaca	50 %
Indias Holandesas	15
China	5
Bolivia	22
Otras procedencias	8

100%

IV

Valor comercial.—Costo de producción del estaño

La producción y consumo del estaño se han casi triplicado en el último cuarto de siglo. De 45 mil toneladas de 1888, se ha elevado a 118 mil toneladas en 1911. En el primer tercio de ese período la cotización del estaño se mantuvo entre £ 90 y £ 95. En el segundo se elevó a £ 104 y £ 106.

Finalmente en el último tercio de ese período por las altas cotizaciones de los

dos últimos años, señala una cotización entre £ 160 y £ 165.

Por la producción y consumo del estaño

cirse que ella, la actual debe dejar una enorme utilidad.

Carecemos de datos positivos, directos, recientes sobre la materia.

En ausencia de ellos nos vemos obligados a apelar a otros más antiguos. Según una publicación de 1900, el costo de producción del estaño en Malaca se podía estimar alrededor de £ 90. Este dato corresponde a la producción de Selongar uno de los estados confederados,—por 16 mil toneladas,—el 40% de lo total de la península, en esa época. Es de suponer que este costo sea el correspondiente al total y que probablemente se habrá elevado con las mayores dificultades la explotación con el alza de la mano de obra, empobrecimiento de los depósitos. Así podría apreciarse en £ 100, el costo de producción por tonelada.

El costo de producción en las Colonias Holandesas es mucho más reducido, y en conjunto no podía apreciarse en aquella época en más de £ 40. Suponemos que hoy por las causas indicadas subirá de £ 50 y tal vez llegará a £ 60.

Para emplear números redondos hablemos de una utilidad en las Colonias Holandesas de £ 150 por tonelada, a la cotización actual.

De esta manera el Estado Holandés o



Horno Mac Dougall

relativamente restringidos, se presta el comercio de ese metal para dar atractivo y base a especulaciones artificiales, que separan el curso de su precio de las causas naturales.

En un mismo año se han experimentado tan bruscas alteraciones de cotización que no podría explicarse obedeciesen a causas naturales. Así en un mismo año, 1887, en algún mes bajó el estaño de £ 170 a £ 75. en el mismo año.

Las cifras reducidas de las existencias y de su valor hicieron fáciles y provechosas semejantes especulaciones, deteniéndolos o entregándolos violentamente al consumo.

Es esta circunstancia la que ha contribuido, hasta ahora, a alejar a los capitalistas de inversiones en negocios de estaño. Afortunadamente la firmeza y sus causas de que hemos hablado, en que desde algún tiempo atrás (tres años) se encuentra el estaño, permiten considerar con tranquilidad el porvenir de su cotización.

Las cotizaciones de los tres últimos años han sido las siguientes:

Año de 1910	£ 155
Año de 1911	192
Año de 1912	217

De las consideraciones expuestas que manifiestan que a una cotización de la mitad de la actual se ha podido hace poco una considerable producción, podría deducirse que ella, la actual debe dejar una enorme utilidad.



La represa del tranque de Llallagua

sus contratistas de producción, con la del estaño de Bonka, con 14 mil toneladas, habrían obtenido una entrada líquida, utilidad, de cerca de dos millones de libras. El mismo por la participación de %, en la Sociedad de Biliton habrá obtenido además unos 200 mil libras más.

Se puede calcular que el costo de una tonelada de estaño fino puesta en Londres de procedencia boliviana importa alrededor de £ 120.

Con este dato general se puede estimar que la utilidad de las 25 mil toneladas producidas en 1912, ha ascendido para los capitalistas mineros a algo más de dos millones de libras.

Por lo menos la mitad de esta suma habrá ido a aumentar el capital del empeñoso industrial boliviano, señor Patiño.

Entendemos que la producción o más propiamente la exportación sola, esté gravada en dos países con impuestos especiales, Bolivia y las Indias Inglesas. En el primero con impuesto variable según la cotización del estaño y sobre la base de

valores de 6 a 8 %. En las Indias de 12 %.

Por lo demás ya se sabe el mayor provecho que el Estado Holandés obtiene de su producción de estaño, por haber entrado propiamente a constituirse en industrial directamente.

Sensible es que todavía nuestro estado social y político en Chile y en general en Sud-América no permita todavía ir tras de ese ideal.

Empresas chilenas explotadoras de estaño en Bolivia

De las varias empresas mineras que se organizaron en Chile ahora seis años para la explotación de minas de estaño, dos han obtenido de inmediato un resultado notablemente satisfactorio, los de Llallagua y Oplaca. No designamos la de Oruro porque ella existe desde tiempo atrás, aunque ha entrado también en vida próspera por el aprovechamiento de ese metal, el estaño.

Sus resultados, los de que hoy se disfruta, corresponden ampliamente a los sacrificios hechos en la inversión de capitales chilenos en ese país, aún sin hablar de varios otros del mismo capital de origen que luego entrarán en ese mismo camino de resultados satisfactorios.

Las tres indicadas empresas se han formado por los capitales siguientes:

Llallagua	£ 425,000
Oplaca	140,000
La de Oruro a 11d. p. ch.	270,000

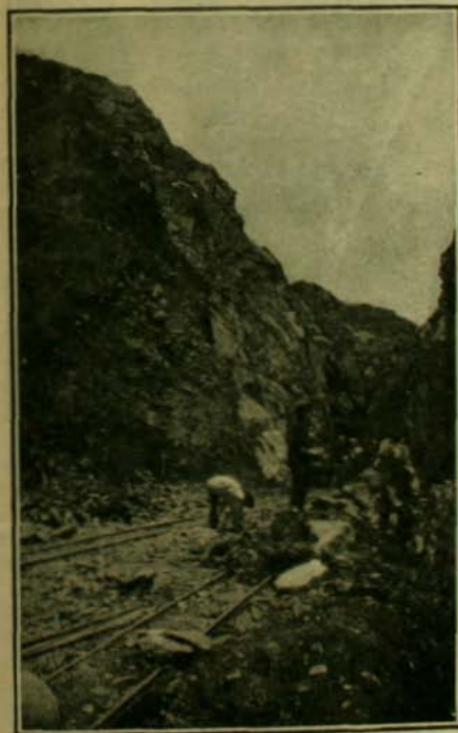
£ 835,000

Ese mismo capital se ha cuadruplicado, importando hoy más de tres millones de libras esterlinas y con expectativas de producir como renta, de 15 a 20 % al año como ya ha principiado a suceder.

La producción en barrilla de las Empresas ascendió un poco más de 60 % de ley, en 1911, a 8,057 toneladas, así distribuida:

Llallagua	T. 3,822
Oruro	3,300
Oplaca	935

T. 8057



Socavón de desagüe del tranque de Llallagua

En la producción total de Bolivia de 40 mil toneladas la cifra indicada representa el 20 %.

Características especiales definen el valor relativo que podría atribuirse a cada una de las Empresas indicadas.

Correspondría a la de Llallagua la considerable extensión horizontal de su riqueza metrolífera, en longitud por más de 400 metros, hecho acreditado por el corte afortunado de algunas de sus vetas en el extremo sur en el Socavón Concavirí recientemente, y en la latitud por sus diversas vetas de dirección paralela aún sin contar con las que tienen en cuestión con el señor Patiño. Es también carácter de la riqueza en que se encuentra Llallagua, la concentración ocasional pero muy provechosa, en balsones, en que el mineral de estos se encuentra casi al estado de casiterita, de valor considerable, sin preparación alguna.

Además de la riqueza de sus vetas favorecen a Ojuela condiciones económicas excepcionales, de cerranía o valles de productos agrícolas de propiedad de la misma Compañía. Probablemente por esta circunstancia Ojuela podrá producir estaño a menor costo en Bolivia.

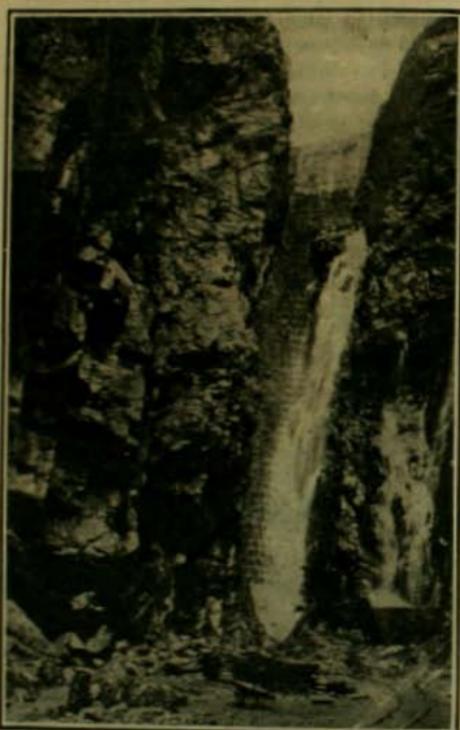
En Oruro se disfruta de la ventaja de la co-existencia de dos metales en la explotación, plata y estaño, de manera que el valor de uno contribuye a reducir el costo de la producción del otro. La Compañía de Oruro produjo en 1911—sus productos metalúrgicos de más de 30 % de plata—13,960 kilogramos de plata fina, superior a la producción total de Chile en el mismo año. Esta ascendió sólo a 11 mil kilogramos en barras y minerales de plata propiamente tales. En la estadística se dá como producción de plata, como efectivamente lo es en cierto sentido, la de la pequeña cantidad de ese metal que contienen los minerales de cobre de Collahuasi. Así formada la producción se llega a la cifra de 35 mil kilogramos.

La introducción de capitales chilenos en Bolivia tiene en este país el carácter distintivo de haber sido casi los únicos que le han llegado de fuera, independientes y frescos para acometer negocios de suyo alejados y riesgosos. Los otros, considerables con que cuenta hoy la minería en ese país y que mueven nacionales y extran-

jero pertenecen a afortunados que lo han sido en minas en el mismo territorio.

De la primera introducción de capitales chilenos en Bolivia, ahora cuarenta años atrás nacieron las Compañías de Corocoro, Oruro y Huanchaca. A la acción de esta última, a la combinada del talento de don Melchor Concha y a la inflexible y decidida voluntad de don Aniceto Arce, se debió el primer ferrocarril introducido en Bolivia, es decir, el mejor bien que aquel país pudiera haber recibido.

Esa acción en la parte nuestra, chilena,



El tranque de Llallagua

ha seguido desarrollándose, como lo manifiestan las introducciones posteriores de capital chileno a que nos hemos referido, en contradicción de los que lamentan el debilitamiento de la raza chilena, que no existe, o que existe sólo en parte reducida de la sociedad de la poca que se interesa en vivir sin trabajar.

Santiago, Enero de 1913.

CARLOS G. AVALOS.

Las ilusiones de Clemente Lara

Por ——————
MIGUEL DE FUENZALIDA

Ilustraciones de Martín

I.

Si cada hombre lleva dentro de sí mismo, como han dicho los filósofos, el germen de su felicidad o desgracia, en este mundo, mi amigo Clemente Lara había nacido destinado a la desdicha.

Así al menos, lo juzgaba yo, en la primera época de nuestra intimidad, y siempre pensé que llegaría el caso de escribirse acerca de su vida, una trágica y lamentable historia.

El lector juzgará si eran o no justificados mis funestos augurios.

Conocí a Clemente Lara en la La Serena. Mi padre era por ese entonces intendente de la provincia, y yo cursaba humanidades en el Liceo de aquella ciudad.

Quien no haya visitado a La Serena, no podrá comprender a Clemente. Recostada sobre jardines opulentos, bajo un clima suave, enervante, la vieja metrópoli española del Norte de Chile, conserva aún muchos de los rasgos tradicionales de la colonia, soberbia i soñolienta.

Las flores exhalan allí un perfume penetrante y embriagador; los ojos de las mujeres llenos de misterios y de promesas, nos hablan de un mundo que se fué, romántico, apacible, de descanso y dulzura. Los fantásticos explendores de los tiempos del cobre y de Tamaya, conmovieron un tiempo esa sociedad adormecida. Hoy, ella vive de recuerdos, cultivando sus campos y rasguñando sus minas con la alta indiferencia del gran señor venido a menos.

Descendiente de grandes familias coloniales, retoño de los primeros conquistadores de Chile, la sociedad de La Serena conserva, o ha conservado hasta hace poco, no solo el orgullo y los pergaminos de antaño, sino también las costumbres sencillas e

hidalgas, la hospitalidad franca y afectuosa de los viejos castellanos.

Algo de todo esto debió beber Clemente Lara en los aires que mecieron su cuna. El, por su estirpe, apenas era algo más que un hijo del pueblo, y no podía, como la mayor parte de sus condiscípulos, hacer remontar su genealogía hasta aquel noble aventurero, compañero de Valdivia, don Francisco de Aguirre, tronco y origen de los blasones serenenses.

Nadie, ni él mismo, supo jamás quién fué su abuelo. El nombre de su padre tuvo, en cambio, cierta resonancia. Don Francisco Lara, era un modesto sastre allá por los años de 1850. Discípulo de Bilbao, como tantos otros artesanos de ese tiempo, llegó a ser una especie de tribuno popular, al estilo de Larracheda y Zapiola. Pero no pretendía derribar a los gobiernos, solo con el poder de su elocuencia, sino también a tiros, lo que le valió dos destierros en 1851 y 1859. El ostracismo no puso fin a sus aficiones políticas y en los comicios electorales de 1882, volvió a resonar su oratoria inenteligible y ampulosa. Mientras el maestro Lara trabajaba así por el progreso del país, sus propios negocios iban de mal en peor. El Gobierno de Santa María, le sacó de la miseria, nombrándole oficial civil de una villa del norte. Desde entonces desapareció el tribuno y solo quedó el burócrata.

Clemente había nacido del honrado y legítimo matrimonio del sastre Lara y de una empleadita de Coquimbo.

Nunca llegará a averiguarce, de quién heredó mi amigo el maravilloso equilibrio de sus facultades y la distinción de su espíritu. Del sastre politiquero y charlatán, no pudo ser... pero acaso había una gran dama bajo la piel de su madre la emplea-

dita. Misterios son estos que prefiero no profundizar.

Es verdad que desde niño recibió una educación superior a su clase. El viejo mencionado de su padre, soñaba con verlo de abogado, de político... quizás de Ministro.

Pero la finura de los modales, la distinguida y afable sencillez del trato diario, la elevación de los sentimientos, el equilibrio y el buen juicio, son cosas que no se aprenden en los liceos.

Sus condiscípulos lo apodaban "El Piñe", muy injustamente, por cierto. Pero una vez, un muchacho más insolente que los demás, lo apostrofó de "siústico" en su propia cara. Clemente, tenía buenos puños, y supo dar su merecido al insultador. De un par de trompadas lo hizo rodar por el suelo.

—Eres un mal sujeto,—le dijo en seguida.—Soy un siústico, un roto, si querés; pero es mucha crueldad la tuya al recordármelo.

Desde ese día Clemente fué popular en el Colegio, y no hubo quien dejara de guardarlo el debido respeto.

Quizás la atmósfera simpática y benevolencia que lo rodeó en sus primeros años, contribuyó no poco a borrar del alma de mi amigo, las avinagradas amarguras que perturban y envenenan con frecuencia a los hombres de su condición.

II.

Por muchos años perdí de vista a Clemente. Le volví a encontrar en las aulas de la Universidad. Contra los deseos de su padre, no iba por el camino del foro y de la política. Cursaba ingeniería.

Era un soberbio mozo, serio, reservado y taciturno, en circunstancias ordinarias, pero alegre, expansivo y franco en su trato íntimo. Pocas veces he visto un temperamento más varonil, unido a una sensibilidad más exquisita. En su alma tierna, apasionada, predominaba sobre todo, un optimismo encantador, infantil, sin límites. Todo era para él motivo de admiración entusiasta; muy pocas cosas dejaban de despertarle algún interés. Así su vida era intensa, repleta de emociones y de quimeras.

Me parece estarlo viendo en aquel tiempo en que se intimó nuestra amistad. Vivía como pensionista, en una casa viejísima,

de aspecto colonial, en el barrio de la Recoleta. La severa y digna alegría que constituyó la base de su carácter; se reflejaba en su habitación como en su traje. Todo era allí muy pobre, pero regocijado y limpio.

Nos pasamos en esa pieza muchas y muy buenas horas, haciendo él sus confidencias y yo escuchándole.

Clemente estaba enamorado. Su prenda se llamaba Rosita y era de La Serena.

—Rosita, es una dije,—me decía.—Para ella se inventó esa palabra. Por supuesto es una pobrecita como yo. Las gentes del gran mundo, la llaman seguramente "siústica"... pero ¡qué alma de mujer!

Lo que me hacía temer por el equilibrio de las maravillosas facultades de Clemente, era la obstinación invencible con que dirigía siempre su espíritu y sus conversaciones hacia esa alta sociedad de que estaba excluido por su nacimiento y pobreza.

Su curiosidad, en este tema, era inagotable. El recuerdo mismo de Rosita, se esfumaba, cuando dirigía sus pensamientos hacia lo que se ha convenido llamar en Chile la aristocracia.

Pero, cosa singular, ni en sus preguntas ni en sus apreciaciones, se notaba ni el menor resabio de odio o amargura.

—Piensas demasiado en los de arriba, le dije una vez. Ten cuidado. No sea que nazca en tu corazón un sentimiento que te haría infeliz: el de la envidia.

Clemente fijó en mí su mirada profunda y enigmática, y sonriendo con triste benevolencia, me repuso:

—¡Envidiar yo a ellos! ¡Pobre amiguito y qué mal me conoces!... ¡Se envía acaso a los que están en el paraíso... Aquel es otro mundo...

Estas sencillas palabras fueron para mí una revelación. En ellas se comprendía Clemente. Era fuerte, porque admiraba, sin odiar... Su secreto era la ambición y no el despecho.

¡Qué ideas tan divertidamente fantásticas eran las suyas, y cuán simpático su modo de desbarrar acerca de la aristocracia.

Creía con candor infantil, que nuestros patricios, descendientes como son en su mayoría, de los tenderos afortunados de hace siglo y medio, eran de una raza superior a la suya. Clemente es el único aristócrata de buena fe que he conocido.

En ese mundo ideal que imaginaba por



Nos pasamos en esa pieza muchas y buenas horas haciendo él sus confidencias y yo acechándole

encima del suyo, todo lo concebía grande, noble, magnífico: ideas, sentimientos y acciones. ¡Qué delicia moverse en el círculo escogido de esos personajes de alma elevada, superiores a las comunes miserias, empapadas de antiguas y venerables tradiciones, patricios desde la cuna, herederos de la sangre y de la grandeza de los fundadores de la sociedad y de la patria!

¡Ah! ¡Y las mujeres de allá arriba!... ¡Cuán delicadas y nobles habían de ser... Verdaderos ángeles, que solo conocieron desde su nacimiento, la admiración respetuosa, el cuidado exquisito, de que las rodearan aquellos sublimes caballeros, educados como otros tantos paladines.

¡Qué distinto aquel mundo de este otro bajo y ruin, de pequeñas miserias, de trampas y fraudes, de luchas mezquinas por el pan cotidiano, de bajas adulaciones, y de escondidas y amargas envídias!

Cuando Clemente se lanzaba por el camino de tales visiones, perdía la brújula de su admirable buen sentido. Entonces llegaba la hora, en que se confundían en su imaginación, las verdades y los errores, las adivinaciones geniales y las más disparateadas fantasías.

Yo me cuidaba mucho de desengañarle por completo. Habría sido una tarea inútil. ¡No quites ni al tigre su cachorro, ni al hombre su ilusión! dice un poeta árabe. Por otra parte la creencia en un paraíso, en este o aquel lado de la tumba, jamás hará daño a nadie.

III.

Una tarde en que la imaginación de Clemente, más exaltada que nunca, corría a rienda suelta por el mundo químérico que se había forjado, creyó caritativo traerle al mundo de las realidades, hablándole de Rosita.

La faz de mi amigo, se demudó al oír este nombre.

—Calla,—me dijo, bajando la frente,— ese recuerdo me despedaza el corazón.

—Acaso ya no la quieres?

—Soy un miserable,—continuó Clemente.—La sigo escribiendo por todos los vapores; continuo jurándole amor... pero... miento... Mi corazón ya no le pertenece.

—¿No es digna de tí?

—Soy yo el que no soy digno, ni de ella

ni de nadie... Yo no soy sino un insensato... Lo sé, lo comprendo, pero no puedo evitarlo... Amo a otra, a un angel, a una diosa, del paraíso de mis sueños. Rosita es solo una mujer del triste mundo a que me destinó la suerte... Marta es de allá... de allá arriba... es el ideal sublime...

Estuve a punto de convenir con Clemente, en que estaba en realidad loco; pero me contuve...

—¿Quién es esa Marta?—le pregunté

—Es un secreto que jamás hubiera creído atreverse a confiar a nadie... ni siquiera a tí... Ten compasión de este tu pobre amigo mentecato... Marta... es la hija del señor don Francisco Javier Itagüy y Amasa, senador de la República, y de doña Josefa Mendiburu y Larraín. Sueña con su amor Clemente Lara, hijo de un sastre y tribuno popular de La Serena... ¿Comprendes mi desgracia?

Lo que yo comprendí perfectamente, fué que lo inevitable había llegado a suceder... Las fantasmagorías de Clemente, tenían, un día u otro que hacerse carne...

No me fué difícil reconstituir imaginariamente la escena. Todas las tardes, al salir de la Universidad, nos topábamos en la Alameda, con el distinguidísimo prócer que acababa mi amigo de nombrar.

Era un caballero ya anciano, de apuesta y noble figura, de rasgos finos y aristocráticos, que saludaba a todo el mundo con esa benévola y no estudiada cortesía, que es el privilegio de los grandes señores.

El lo era de la cabeza hasta los plíos. Sencillo, afable, llano en el trato íntimo, digno y hasta quizás un tanto hierático cuando se presentaba ante el mundo exterior.

Toda su coquetería eran sus hijas: dos rubiecas encantadoras, de ojos azul de cielo, de apertura un tanto fría, sin ser convencional, modeladas como estatuas de la Grecia clásica: buenas muchachas, y grandes damas a la vez.

Acompañaban con frecuencia a su señor padre, en sus paseos por la Alameda. Allí las vió Clemente y se enamoró de la una, como pudo enamorarse de la otra... El mismo lo había dicho... no era ya una mujer a quien amaba, sino una diosa del paraíso de sus sueños.—¡Pobre Rosita!... ¡Cuán baja y humilde la veían ahora los altos pensamientos de mi amigo!

Clemente continuó divagando.

—Yo decía, yo, un "síntico" he levantado mis ojos hasta ella, el más preciado ornato de la sociedad chilena, la hija de un ilustre patrício, orgullo del país y de la raza; la nieta del prócer organizador de la República, la descendiente de dos capitanes generales de la colonia.

No pude menos de reírme...

—Por lo visto,—le interrumpí,—sabes de su genealogía, más de lo qué sabrá el propio don Javier Iturgoyen... Porque él es bastante más práctico y menos aristócrata que tú...

—Entonces, —interrogó Clemente con ansia febril—entonces ¿tú crees que no habrán de despreciarme?

—¡Qué se yo! Anda y pregúntaselo tú mismo, le repuse, sin dejar de reír... Pero antes de averiguar lo que harán don Javier y su lindísimo pimpollo, porque tienes buen gusto a fe mía, sería conveniente que pensaras un poco en tus propios deberes de caballero.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no debes continuar engañando a Rosita, agregué yo muy serio ahora.

En el rostro de Clemente se pintó una vaga ansiedad.

—¡Qué sabes tú de eso!—refunfuñó entre dientes.—Rosita ocupa en mi corazón el sitio de los afectos más íntimos, más tiernos y delicados. Cuando sueño con las dichas del amor, ella y solo ella se me aparece como el angel de mi vida...

—Pero entonces, Clemente, o no te entiendo, o tu amor por Marta, es solo un ridículo desvarío.

—Puedes llamarlo como quieras, pero él llena toda mi existencia... Si llego a ser capaz de algo en el mundo, será por el amor de Marta.

—Pero, pobre amigo, dices que la una y la otra llenan todo tu corazón... Eso es imposible...

—No discurras, no filosofes; los misterio del corazón no se resuelven con silogismos. Eso del amor único es una de las muchas mentiras de los poetas...

—Pero es una verdad para los hombres de honor, contesté yo, haciendo una frase, lo que no es mi costumbre.

—Tenemos en este siglo el alma muy compleja, continuó Clemente. En la mía hay dos ideales: el uno humano, tierno, cariñoso, sublimemente sencillo, y es Rosita... el otro alto, noble, poderoso y pro-

fundo también... que no pertenece a este mundo vulgar, sino a esa otra vida, colocada más alto que la mía...

—Y llegado el momento ¿te casarías, como los turcos con tus dos ideales?

—No, sino con el más elevado. Cuando pienso en Marta, Rosita se queda muy atrás, en esa encarnación inferior de que hablan los filósofos...

Como puede verse, Clemente para loco tenía bastante camino andado.

—Esas fantasías van a comprometer tu porvenir, en la vida, le dije al despedirme, con toda la gravedad de mis veinticinco años.

—No me comprendes, repuso mi amigo con desaliento...

Así les sucede, pensé yo, a todos los que se salen del ancho y recto camino del sentido común. No les comprenden!...

IV.

Pocos meses después, en la encantadora playa de Zapallar, mi amigo Clemente trajo conocimiento con el más sublime de sus dos ideales.

La familia Iturgoyen veraneaba en aquella caletilla, transformada ya entonces en una especie de Trouville aristocrático.

Clemente había ahorrado algunos pesos, de su miserable sueldo en la Dirección de Obras Públicas, y no encontró para ellos mejor inversión que darse el lujo de algunos días a lo gran señor, en el Hotel de Zapallar. Allí le acompañé yo a fuer de amigo caritativo.

Clemente consagraba a la dama de sus pensamientos, una adoración tan reverente y respetuosa, que ni ella misma vino a darse cuenta del extraordinario amor de que era objeto. Algo, debió sin embargo adivinar de simpático y atractivo en los melancólicos ojos de mi amigo.

—¿Quién es ese joven que anda siempre con Ud?—me preguntó Marta una tarde, mientras paseábamos con ella y su hermana a orillas de la mar brava.

—El mejor de mis amigos,—le contesté.—Se llama Clemente Lara, es de La Serena, y va a recibirse muy pronto de ingeniero. Es un mozo muy hábil y tan bueno como el pan...

—Marta lo encuentra muy buen mozo,—observó maliciosamente su hermana Judith.

Me pareció ver que la aludida se sonrojaba un poco...

—Quieren que se los presente? — preguntó.

—Sí... tráigalo, tráigalo,—exclamó aturdidamente Judith. Veremos que laya de pájaro es su amigo... ¿Qué te parece a tí Marta?...

—Por qué no?... murmuró Marta, en un tono algo más seco del que yo había esperado.

Pocos minutos después, Clemente Lara y la diosa de sus extrambóticas quimeras pasaban juntos por la orilla de la mar brava.

Aquella noche hube de escuchar las locas confidencias de mi amigo. Había momentos en que Clemente, arrastrado por su imaginación de fuego, parecía necesitar una camisa de fuerza.

Me sería imposible repetir la décima parte de las insensateces que entonces le oí...

Acababa de asomarse a la puerta del cielo, él, un pobre mortal, hijo del fango y de la nada. Había estrechado la mano de Marta.... Ella le había dirigido la palabra, y juntos habían sonreído.

—Creeías que he perdido el juicio,—repetía delirante,—pero te equivocas. Sé que nunca ha de ser mía; no importa, quiero soñar a su lado. Déjame siquiera esta felicidad de un día.

Nunca admiré más a Clemente que en ese corto veraneo de Zapallar. A solas conmigo, en nuestra pieza del hotel, la ardiente fantasía de su alma apasionada y soñadora se desbordaba incontenible. Ya parecía un loco furioso, ya un poeta sublime. Pero luego ante el mundo, su espíritu, maravillosamente equilibrado, recobraba todas sus ventajas.

Sencillo, sereno, de una distinción natural rara aún entre los mejor nacidos, alegre como unas pascuas, sin el menor dejo de ese afectado y estúpido sentimentalismo, que se encuentra siempre en las fronteras de lo cursi, exponiéndose y decidir sin caer jamás en la bufonería, se mostraba como era, profundamente serio y noble, sin dejar de ser expansivo y risueño.

La familia Iturgoyen estaba encantada. El propio don Javier perdía junto a Clemente su gravedad peculiar y buscaba con ahínco su compañía. En que Clemente, no sólo era un buen charlador, sino, lo que vale más todavía en el mundo, era un auditor soberbio. ¡Cómo diablos, sabía escuchar tan bien, y con tanto interés! Y es que para ese

espíritu optimista, aún lo aburrido y banal tenía mérito.

Las lotas de don Javier Iturgoyen eran famosas en Santiago, y el pobre caballero, desde largos años atrás, había perdido la costumbre de ser escuchado con esa docilidad y admiración, casi patéticas.

—Es un mozo de mucho talento, una esperanza para el país,—decía de Clemente don Javier.

Con las niñas, mi amigo era otro hombre. Muy alto contemplaba a su ídolo, ciega era su adoración; más admirable, por tanto, su exquisito tacto para no caer ni de lejos en el ridículo. Sufía ser no solo imaginativo, sino hasta soñador, sin traspasar los límites de esa convencional llaneza, que es la esencia del buen tono.

—Solo ahora he venido a conocerte,—le dije un día.—Si no eres el mismo demonio, por lo menos haz hecho pacto con él.

—Crees tú que Marta?

—¡Dale con Marta!... Pregúntaselo a ella.

—No me atreveré jamás!... Solo es un sueño; pero ¿qué delicioso sueño!

No quise contradecirle, porque yo consideraba las cosas por un aspecto muy diverso.

Sabía, a pesar de mis pocos años, que no es bajo los techos artesonados de los palacios, donde se encuentran los corazones más tiernos y sensibles. Las pompas y vanidades del gran mundo, suelen dejar muy poco espacio en el corazón, para los sentimientos más delicados y profundos... Las pobrecitas ¡ellas sí saben amar! No poseen otros tesoros, ni otras dichas, que las ilusiones del alma. Mi corta experiencia me había enseñado ya, a adivinar la exhuberancia de tierna y divina poesía que se alberga de ordinario en esos corazoncitos oscuros y olvidados.... Creía comprender el inmenso, el infinito amor de la pobre Rosita, por el hombre superior que el destino había puesto en su camino. Así un sentimiento indefinible de compasión casi pueril, vino a perturbar en mi alma, el regocijo que me producían las nacientes esperanzas de mi amigo. Poca pérdida sería la de Clemente, para la encumbrada patria, para esa Marta Iturgoyen que de todos admirada recorría triunfalmente las fiestas de la vida. Para Rosita, su Clemente lo era todo; el amor, el porvenir, la esperanza, la existencia.

Sin embargo, también Marta era mujer. Aquella belleza serena y alta, insensible



Pocos minutos después, Clemente Lara y la diosa de sus extrambóticas quimeras paseaban juntos por la orilla de la mar brava

hasta entonces a las solicitudes de los más brillantes partidos de Chile, estaba pronta a rendir su corazón, y a darse toda entera, a un pobre estudiante de matemáticas, humilde, desconocido, llegado de una remota aldea de provincia, sin nombre y sin fortuna.

También me conmovía pues, ante ese soberbio triunfo del amor. Es verdad que Clemente era digno de tener a una reina por compañera, pero solo una alma noble y digna de él, era capaz de aquillatar el valer de un hombre oscuro despojado de todos aquellos prestigios, qué atraen y seducen a la generalidad de las mujeres.

Y no cabía ponerlo en duda. Marta lo amaba... Cada día podía yo ver iluminarse su frente pura y magestuosa, a la sola vista de mi amigo.

Un diablillo travieso y retorzon, la hermana de Marta, la indiscreta y graciosa Judith, se encargó de disipar mis últimas dudas.

—No me lo niegue,—me dijo una tarde,—su amigo de Ud. no es lo que parece. Nosotros creemos que sea un príncipe disfrazado. ¡Qué distinción y qué talento!

—No se burle Ud. de Clemente,—le repuse muy serio.

—Pocas ganas tengo de reír,—contestó ella en el mismo tono... Tampoco mi mamá se ríe, sino todo lo contrario. Pero su amigo tiene embrujado a papá, y también a Marta...

—¿Se habrá declarado?—me aventuré a preguntar, en el tono bajo y tímido de quien dice una atrocidad.

—Su tal Clemente es demasiado habiloso para cometer una torpeza así... La adoración muda le ha probado muy bien... Pero llegará el día y yo no las tengo todas conmigo... ni mi mamá tampoco...

—Pero... y don Javier...

—Mi papá?... Pero ¿no lo conoce Ud.? El como siempre está en Belén. Si se le hubiera pasado por la cabeza, la menor sospecha de semejante insolencia, ya habría mandado cambiar a su amigo con viento fresco. Mi mamá le quiso poner sobre aviso el otro día, y él se echó a reír. "No conoces a Marta", le dijo "además, a qué ofender a un joven bueno y juicioso, como Clemente, suponiéndole pretensiones tan absurdas y ridículas"... No le digo, si lo tiene embrujado.

—Peores cosas se ven en el mundo,—me atreví a balbucir.

—Se olvida Ud. de quién es Marta—repuso Judith con una gravedad extraña en

ella. Ud príncipe sería poco para Marta...

Lo había olvidado en efecto. Ninguna mujer en el mundo fué jamás colocada entre los suyos, sobre un pedestal más alto. En el seno de esa familia Iturgoyen, opulenta y soberbia, Marta era adorada como un ídolo. La sociedad entera de Santiago, parecía participar, por una especie de contagio, del sentimiento de idolatría, que sabía inspirar esa niña de corazón angelical, de belleza casi divina, rodeada de todos los prestigios y de todas las seducciones.

Lo había olvidado, sí, y al recordarlo, el pensamiento de Clemente me parecía más y más insensato.

V.

El tema favorito e inagotable de don Javier Iturgoyen era el régadío de su fundo. Por allí le cogió el diablo, es decir Clemente. Un mes después del veraneo de Zapallar, supo estupefacto que mi amigo iba a pasar unos días con la familia del Ilustre patrício, en el fundo que este poseía en Chimbarongo. Iban a estudiar un canal, un tronque, o algo por el estilo.

Clemente regresó a Santiago, delirante de júbilo. Con todo, después de oírle sus confidencias, comprendí que el muy mentecato, no se había dado cuenta de sus propios progresos en el corazón de Marta. Estoy seguro de que semejante descubrimiento habría sido para él, una especie de desilusión. A medida que trataba más a la encantadora niña, su fantasía exhuberante, la levantaba a mayor altura en la región de las irrealizables quimeras.

Yo sabía por Judith, siquiera una parte de la verdad, y de hora en hora, esperaba el estallido de la irremediable catástrofe.

Una noche, poco tiempo después de haber recibido Clemente su título de ingeniero, me dirigí a la vetusta morada, en que tantas horas felices habíamos gozado, haciendo él sus disparatadas confidencias, y yo escuchándóselas.

—Don Clemente ha partido para el Norte.—me dijo la fármula.

Aquel viaje repentino y sin despedida me chocó. Procuré inquirir sus motivos. En la casa de pensión, sabían muy poco, pero luego fué público que Clemente Lara había conseguido, habilitado por una firma extranjera, un importante contrato en las obras del ferrocarril longitudinal, entre La Serena y

Vallenar. Ello no me pareció extraño. Siempre pensé que Clemente iría muy lejos y muy de prisa.

Pero ¿Por qué no se había despedido? Sospeché inmediatamente la causa. La tempestad preparada desde meses atrás, en casa de la familia Iturgoyen, debía haber estallado.

Quise salir de dudas, y una tarde me hice el encontradizo con don Javier Iturgoyen en la Alameda. Después de una conversación banal, abordé resueltamente el punto.

—¿Y qué es de Clemente?—le pregunté.—El muy aturrido se ha marchado al norte, sin decirme una palabra, sin enviarme una tarjeta.

—Vea, joven,—repuso don Javier,—en verdad yo le debo a usted una explicación en lo tocante a su amigo, y buscaba una oportunidad para dársela. ¿No tiene usted la menor idea de lo que ha ocurrido en casa?

—No señor,—contesté, mintiendo con el mayor descaro.

—Yo nada tengo que decir de Clemente,—continuó don Javier;—es un mozo muy distinguido, y caballeroso y correcto como muy pocos... Pero, en verdad, y hablemos aquí de hombre a hombre, no me pareció prudente continuar recibiéndolo en casa. Sus visitas se habían hecho muy frecuentes, y cualquiera que fuese su interés por los problemas de regadio, esto no bastaba a explicar satisfactoriamente, a lo menos para los extraños, una tan grande intimidad. Hasta llegaron a mis oídos ciertas murmuraciones, y me pareció mejor atajarlas.... En mi opinión un hombre vale tanto como otro, y Clemente más que muchos marqueses... pero, ¡qué diablos! Uno debe algo a las preocupaciones de la sociedad en que vive, y a la paz de su hogar... Usted sabe lo que son las señoras... Mi mujer estaba intranquila y molesta... Era necesario cortar por lo sano. Usted me comprende?...

—Conozco lo bastante a Clemente, dije yo, para estar seguro de que no ha faltado en nada.

—Por el contrario, protestó don Javier casi con entusiasmo, su conducta ha sido y continuará siendo la de un perfectísimo gentleman.

Todo en él es delicadeza y modestia... Nada de las pretensiones absurdas que la gente pudo imaginar... Nada... Nada... Ni lo más mínimo... Por eso, casi siento lo ocurrido... Ese muchacho se me había entrado en la voluntad, como Pedro por su

casa. Fino, servicial, atento, cultísimo. Por semanas y semanas, no pude encontrar el momento oportuno, para decirle una cosa tan desagradable. Debo confesar que él me facilitó la mitad de mi tarea... Al escucharme, se puso pálido como un muerto... Es natural, el negocio no podía ser más mortificante... Pero ese joven es todo un carácter. "Señor, me dijo, le comprendo a Ud. perfectamente... Yo en su lugar habría hecho lo mismo. Si mi presencia en su casa puede dar lugar a molestias, no volveré"... Y no volvió.

Aquella actitud extravagantemente digna, no logró sorprenderme. Casi podría decir que le esperaba. Clemente era uno de esos hombres construidos de una pieza, lógicos hasta en sus desvaríos, esclavos de sus sistemas y hasta de sus quimeras.

Pocos días después de esta conversación, leí en un diario de la mañana el siguiente sueldo:

"A Europa.—Próximamente se dirigirá al viejo mundo, el señor senador de la República don Javier Iturgoyen, acompañado de su familia".

No pude menos de relacionar esta noticia con las que yo privadamente conocía. Confieso que nunca imaginé que Marta hubiera llegado a sentir un amor profundo y verdadero por Clemente. Mis arraigadas preocupaciones sobre la frialdad de alma de las damas del gran mundo, me permitían sólo conceder que la bellísima hija del senador Iturgoyen, había llegado a sentir un capricho fugaz de niña regalona por aquel joven, evidentemente superior, pero que no podía ofrecerle, ninguno de los halagos, que para la mayor parte de las mujeres, constituyen la esencia de la vida. Por ese capricho, Marta no iría seguramente a comprometer la tranquilidad de su hogar, la situación que ocupaba en el mundo, el cariño idolátrico de que la rodeaban su familia y la sociedad entera.

Pero, entonces ¿por qué la llevaban a Europa? El señor Iturgoyen, acababa de regresar hacia poco más de dos años del viejo mundo, y parecía ahora completamente abstraído por preocupaciones de la política y de los negocios. Hasta se le atribuían pretensiones presidenciales, no destituidas de fundamento. ¿Por qué abandonaba así el campo? Tenía yo más razones de las necesarias para creer que la causa de tan inesperado transtorno, debían buscarse en un

oscuro provinciano, en quien, nadie en Santiago se tomaba el trabajo de pensar.

VI

El baile ofrecido por don Angel Pereda, para inaugurar su soberbio palacio de la calle del Dieciocho, fué un acontecimiento social.

Al penetrar esa noche, en el suntuoso vestíbulo, profusamente decorado con plantas exóticas y riquísimas colgaduras, mis ojos se fijaron en la radiante belleza de Marta, que rodeada de un verdadero ejército de adoradores, parecía ser la reina de la fiesta.

Trabajo me costó acercarme hasta ella. La pedí un baile. Su tarjeta era un verdadero mosaico. Para satisfacer a tantos había dividido los bailes y los paseos, por mitades y hasta por cuartas partes.

—Mire, Miguel, me dijo, muy bajito, el corazón me anuncia que lo iba a encontrar aquí... Le tengo reservadas unas cuadrillas. Tengo que hablar con Ud.

Dicho se está que no bailamos las cuadrillas. Marta me condujo a un rincón del salóncto japonés.

—Necesito noticias de su amigo Clemente, me dijo, sin más preámbulos, pero con voz entrecortada y temblorosa.

Estas sencillas palabras me conmovieron hasta el fondo del alma. Acababa de ver a aquella niña encantadora, recibir como una reina el homenaje de la admiración y del respeto, rendido por todo lo que Santiago encerraba de más alto, soberbio y distinguido. Esa noche, una sola mirada suya, habría llenado de felicidad y de orgullo a los más brillantes partidos de Chile. Y entre tanto, todos sus pensamientos de mujer, todo lo que en su alma había de más noble y de más tierno, pertenecía a un pobre muchacho, arrojado por la fortuna muy lejos de ese mundo de esplendores, y que no se había atrevido siquiera a soñar en el amor de aquella, que para él era más que una diosa.

Todas mis dudas, acerca del destino de Clemente se desvanecieron en ese instante. Esta mujer de corazón tan noble y elevado como el suyo, iba a satisfacerle de los ultajes de la suerte, y del mundo.

—Clemente... —dijo—Después de lo que pasó con su papá de Ud... el pobre se ha marchado al norte.

—El pobre... si... el pobrecito... —repuso Marta, sonriendo con deliciosa malicia—; No es verdad, añadió, cambiando de tono, que suelen ser muy tontos los hombres de talento?

—Yo creo, contesté sin mucha convicción, que Clemente ha procedido con una delicadeza que le honra... Precisamente porque tiene talento y corazón ha sabido comprender su deber.

—Su deber... Entiéndalo, Miguel, se lo digo bien claro, para que Ud. no siga disiparitando, lo mismo que el otro. Clemente no tiene otro deber que el de quererme... Ese es el único que yo le reconozco. Sé que su alma es muy grande, tan grande que no cabe en el mundo; nosotras las mujeres no entendemos de esas sublimidades tan hondas pero en cuestiones de amor no nos equivocamos, y ese santo varón me quiere... y muy de veras.

Aquella niña adorable, parecía tan orgullosa de ese amor como si fuera el de un rey.

—Veo que mi amigo no está mal correspondido, la dije en tono de broma.

—No me importa que todo el mundo lo sepa, añadió Marta. Se lo dije a mi papá en forma que no le quedase la menor duda.

—Ahora comprendo la conducta de don Javier, murmuré yo mal seguro del terreno en que pisaba...

—Con que la comprende no?... —dijo Marta— Merecía Ud. tener sesenta años, gastar peluca y sentarse en el senado. Lo único que Uds. los hombres no comprenden, es el amor... ¡Pobre papacito! El sabe lo que vale Clemente, pero me quiere tanto... Ningún hombre le parece digno de mí... Además como el otro no es marqués, ni tiene millones....

—Los tendrá con el tiempo—dije yo con la más sincera y profunda conciencia. Clemente va a llegar muy lejos en el mundo.

—Los tenga o no los tenga, ese detalle me es indiferente—repuso Marta con cierta sequedad—aunque el espontáneo elogio que hiciera de su ídolo, hubo de valerme una mirada agradecida de los más bellos ojos que alumbran el cielo de Chile.

—Y ahora se la llevan a Europa—dije—¿Cuándo es el viaje?

—Me llevarán, si Ud. no lo remedia—me dijo tristemente.—Yo no he buscado esta conversación, sólo para hacerle mis confidencias. Soy muchísimo más interesada...



—Necesito noticias de su amigo Clemente, me dijo, sin más preámbulos

Ud. me va a hacer un servicio... Es indispensable que Clemente, se venga derecho a pedirle a papá mi blanca mano.

Nunca hubiera creido que tras de esa distinguidísima rubieza, se ocultara una voluntad tan poderosa. Su resolución me dió miedo...

—Vea Ud. a lo que se expone, y a lo que lo expone a él—observé.

—Buen cuidado tendrán de respetarlo—repuso ella con altivez de reina.—Tampoco crea Ud.—añadió, con sonrisa triunfadora—que estoy hablando a tontas y a locas. Cuando mi papá, despidió a Clemente, no me dijo a mí, ni una palabra... Pero como pasaban los días y el pobrecito no volvía a casa, yo comencé a sospechar algo... Se lo pregunté entonces directamente a mi papá... Me dió sus razones y yo las misas, eso si que llorando a más no poder... Puede estar satisfecho su amigo Clemente, de lo que ha hecho consigo. Ud. parece pensar, le dije a papá, que Clemente está por debajo de mí, y sin embargo desde que vino a casa, no ha hecho sino cantar sus alabanzas; discreto, inteligentísimo, trabajador, simpático, todo esto ha dicho Ud. de él... Y ahora lo arroja de su casa y ¿por qué? ¡No tiene posición? ¡No tiene fortuna? Pues nosotros tenemos de sobra de todo eso... y nos falta un Clemente... Si yo me casara con él, sería hasta un matrimonio de conveniencia... Pero aunque fuera un tonto y un infeliz, yo lo quiero, y eso basta.

—Comprendo la sorpresa que debió experimentar, don Javier, al oír a Ud.

—Pues lo comprende Ud. mal, porque mi papá me conoce hace bastante tiempo... Por otra parte, tuvo que darse a la razón. ¡Cásate con él, si quieras! me dijo... peores matrimonios se han visto... Yo le bati en retirada. Por supuesto, le contesté, Ud. encontraría mucho más aceptable mi matrimonio, con cualquiera de esos holguzanes indómitos, que pasean por el centro el corte de su ropa. ¡Qué sería de sus intereses, cuando Ud. se ponga viejo, en manos de un yerno de esa laya?... También Clemente se viste muy bien, y además sirve para algo... Y ¿atrévase Ud. a decir que es siútico?... Mi papá no se atrevió, porque Ud. lo sabe, no hay caballero más cumplido que Clemente.

—Observo—le dije riendo—que Ud. tiene dotes para abogado.

—Mire Miguel... enamórese Ud. de veras,

y será no solo abogado, sino cuante quiera ser en el mundo... El hecho es que gané mi pleito... y ahora puedo asegurarte, que si Clemente pide mi mano, se la darán, y no de muy mala gana... ¡Le digo un secreto? Hasta la mamásita está resignada... Yo no he podido contarle ésto a Clemente, porque como el santo varón, se mandó cambiar sin despedirse... Ya se vé... Un caballero de la tabla redonda... Yo no voy a escribirle... y además, él nunca se me ha declarado...

—No se habrá atrevido...

—¿Qué habrá de atreverse el pobrecito?... Cuando estaba delante de mí, lo podían ahogar con un cabello... Es el único defecto de Clemente... no se sabe apreciar en lo que vale...

—Es que Ud. para él, es más que una mujer... es una reina, una diosa, un ser sobrenatural...

—Sí... pues digale, que la reina, la diosa, el ser sobrenatural... le quiere muchísimo. ¡Tomará Ud. el próximo vapor del Norte? ¡No es cierto? Porque nada de cartas. ¡Entiende Ud.?

De buenas ganas me huísla arrodillado ante esa mujer y ante ese amor.

La orquesta preludiaba un vals, y un galán vino por Marta. La encantadora niña, me repitió al despedirse, su pregunta:

—¡Irás Ud.? ¡No es cierto?...

—Iré—le dije.—Aunque viva cien siglos, no se me presentará otra ocasión como esta...

VII

No tardé mucho en cumplir mi encargo. A la noche siguiente, zarpaba de Valparaíso, embarcado en el vapor "Palena".

Ibamos muy pocos pasajeros. A las diez me encontré solo sobre el puente. La atmósfera estaba serena, y el mar en calma. El vapor avanzaba magestuosamente hacia el Norte, dejando tras de sí un gigantesco penacho de negra humareda, que se desorcaba en caprichosas volutas, sobre la celeste bóveda tachonada de estrellas.

No pude menos de echarme a divagar sobre el extraordinario suceso que me conducía al través del océano. Llevaba a un hombre la dicha, pero una dicha no imaginada, que él en sus más locos sueños no se atrevía a esperar.

El acontecimiento era nuevo... Las no-

velas, y la vida misma, están llenas de historias de grandes damas, y aún de reinas y princesas enamoradas de hombres humildes, pero en Chile, esto parece más absurdo que en parte alguna de la tierra. Si llegase yo a escribir, pensaba yo, esto que es real, esto que a mis ojos está pasando, el público me acusaría de inveterosimilitud.

¡Es tan grande el abismo, que entre nosotros separa a la aristocracia de las demás clases sociales! Clemente había visto ese abismo, y sentido su vértigo. Más fácil es en efecto imaginar a una princesa de Sajonia casándose con un músico, que a una patricia santiaguina, prendada de un pobre diablo de la clase media.

El caso de Clemente era pues extraordinario y único. Se trataba, es cierto, de un hombre a todas luces superior; nacido por un burlesco acaso del destino, con todas las distinciones y todos los refinamientos, benévolos, caballerescos, dignos, tan encantadoramente optimista como si hubiese encontrado justo a su cuna millones y pergaminos; sin el menor resabio de ridícula curiosidad, sin un solo pensamiento de envidia villana... El super-hombre, en fin, de las democracias del porvenir.

Vió Clemente un mundo más alto, más noble y más rico que el suyo, pero no pensó en aborrecerle y destruirle, sino en admirarlo. Su imaginación optimista, adornó a ese mundo con todo género de prestigios... Al través de sus disvariadas quimeras, descubrió una gran verdad, y es que eso de arriba valía más que esto de abajo... Sin darse él mismo cuenta, se sentía de los fuertes y de los vencedores, y dejando a los débiles y a los vencidos, la envidia y el odio, se lanzó a la conquista del paraíso, sin esperanza... pero sin miedo.

Ahora yo gozaba de su triunfo, como si él fuera mío.

—¡Bravo, amigo Clemente! decía, supisiste arrojar la piel del hombre viejo. Para marchar adelante, es necesario ver el camino y divisar el término de la jornada. Felices aquellos a quienes no ciega el odio, ni el despecho debilita. En el océano de la vida, como en éste que ahora voy surcando, se va mucho más lejos bajo un cielo sereno y un mar en calma, que a través de las tempestades y de sus furores.

Al divisar, mirándose en las aguas de su magestuosa bahía, a la seductora ciudad de la Serena, recostada en la espesura de sus

jardines, los recuerdos de la infancia, se agolparon en mi memoria. Veía llegar al Liceo, a ese muchachito de rostro simpático y atractivo, pobre, desconocido y despreciado. Le seguía después en su lucha triunfadora, por el respeto y el cariño de cuantos le rodeaban, a un tiempo práctico y soñador, prudente y confiado a sí mismo y el mundo le iba abriendo una a una sus puertas, y ahora se encontraba en el umbral de la grandeza, acercándose a los más elevados peñascos de la escala social.

Un pensamiento cruel, me mortificaba sin embargo. Allí, entre aquellos áboles revestidos de eterna verdura, se alzaría sin duda una casita modesta, perfumada de albahaca y de tomillo, donde un corazoncito juvenil, suspiraba desde hacía largos años, por una dicha que yo corría a arrebatarle para siempre... ¡Pobre Rosita!

Así son las carreras de la vida. Los que triunfan van hacia adelante, sin mirar lo que dejan atrás. Clemente iba a abandonar el mundo, en que se mecieron los ensueños de su adolescencia, para penetrar en el imperio de su quimeras, donde le esperaban acazo, la lucha y el desengaño. Pero ya no era posible detener la marcha inexorable del destino... El gusanillo de otros tiempos tenía ahora alas, y debía volar... volar muy lejos.

VIII

No se sorprendió Clemente demasiado al verme. Conocedor de mi índole traginante, ni siquiera sospechó el objeto de mi viaje.

Estaba muy cambiado por dos meses de ausencia y de dolor. Ya no irradiaba la alegría, el triunfo, la confianza y el optimismo... Parecía el cadáver de Clemente.

Tuve la crueldad de preguntarle por Rosita.

Eso se acabó... —me dijo.—Nada queda vivo al rededor de la ruina de mis fantásticas ilusiones... Creía amarla, o mejor dicho me empeñaba en engañarme a mí mismo, con la sombra de un amor que no fuera un sueño irrealizable... como el otro. Cuando llegó el naufragio de mis esperanzas locas, quise asirme de ese amor antiguo, como de una tabla de salvación... pero ya era tarde... Mi corazón no sabía latir sino por un imposible... Rosita, con esa adivinación maravillosa que es el privilegio de la mujer, lo comprendió al momento. Vete,

me dijo... tú ya no me quieras... No eres ya el Clemente de otro tiempo... y yo no volví más. ¡Quiera el cielo que ella sepa encontrar en el mundo un camino de flores. En cuanto a mí no me queda otro porvenir que la soledad y el dolor.

Yo me sonref...

—Era lo que me faltaba—continuó—que vengas a reírte de mí.

—Si no me río de ti, sino de este picaro mundo en que todo suele andar al revés... Rosita te abandona a tí, tu abandonas... a Marta...

Al oír este nombre, Clemente se puso densamente pálido...

—Abandonar yo a Marta!...—exclamó—Estás loco ¡no sabes que la quiero más que a mi vida?

—Buen modo de quererla, y te vienes sin despedirte.

—;No sabes entonces lo que sucedió?...
Don Javier...

—;Pensabas casarte con don Javier, en-

tonces, solemne mentecato?... Anda, vente conmigo, vamos a Santiago, que allí hay dos lindisimos ojos que lloran por un imbecil.

No puedo describir lo que entonces pasó.

El hombre fuerte entre los fuertes, el vencedor de la fortuna y de la vida, quedó como alejado, su corazón cesó de latir... Si Clemente no murió entonces es porque la dicha no mata.

Hoy ella y él son muy felices, y recorren triunfantes el camino de la vida.

Don Javier se siente orgulloso de su yerno. Ya no es el regadio sino Clemente, el tema preferido de sus eternas latas.

Y yo he escrito esta historia porque me parece encerrar una profunda lección.

El porvenir pertenece a los hombres como Clemente, a los que miran muy alto sin envidia, ni odio, a los que sueñan con escalar no con destruir.

MIGUEL DE FUENZALIDA

VIAJES PINTORESCOS

No escasean los libros sobre la India. Es el país de las maravillas y su vieja civilización seduce a los viajantes tanto como su aspecto actual. (Doctor Mignon. "De París a Banarés"). Pero pocos libros se han publicado tan hermosos como el que el Doctor Mignon dedica al explendor de este país. Las aguas fuertes que ilustran esta voluminosa y elegante publicación son verdaderas obras de arte. Se ven realmente en ella las maravillas de la India como nadie las ha sabido presentar.

M. Pierre Marge ha pensado que el auto no servía tan solo para batir el record de velocidad, y en lugar de cruzar como una exhalación la cinta sinuosa de los caminos polvorrientos, M. Pierre sigue su ruta con sabia lentitud, deteniéndose a cada paso para admirar las bellezas que le rodean y no emprendiendo de nuevo su marcha hasta no haberse poseicionado de la magnificencia de los panoramas que contempla. (Pie-

rre Morge: "L'Europe en automobile" viaje por Dalmacia, Bosnia y Herzegovina y Montenegro.) De este modo recorre también la Europa entera. Ya conocíamos sus obras "Vuelta por España" y la "Hungría Pintoresca". Hoy publica su "Viaje por Dalmacia, Bosnia y Herzegovina y Montenegro." He aquí un libro que viene con innegable oportunidad ¡no es cierto? En sus páginas no penséis encontrar la precisión de una gira o la avidez de un manual arqueológico M. Pierre denomina a su obra sencillamente "Estudios turistas", pero no por eso dejaréis de hallar allí apuntes y datos valiosísimos, lo que prueba evidentemente lo concienzudo de un trabajo y la abundancia de observaciones recogidas durante su excursión. Hermosas vistas y pintorescas fotografías dan nuevo realce y valor a los interesantes relatos del autor, de los que se desprende un perfume de poesía encantador.

El gran escultor italiano Monteverde

A LA ESCULTORA CHILENA

Hace muy pocos días, una correspondencia del señor Silva Vildósola, daba artísticas impresiones sobre el taller y la obra de la señora Matte de Iníguez, la gran escultora chilena, instalado en un villino en el poético e intenso paisaje comprendido entre Florencia y Fiésole. Allí prepara ya el monumento que el Gobierno

SENADO DEL REINO

Roma, 15 de Enero de 1912.

Mi muy querida amiga:

He recibido las fotografías de sus últimos trabajos y no puedo expresarle cuánto placer he sentido al notar en ellos la marcha siempre adelante del talento de Ud. hacia un ideal de belleza de la forma, y un sentimiento hermoso, elevado, puro como el alma de Ud.

En estas nuevas obras encuentro la confirmación del talento que descubrí ya cuando Ud. se inició bajo mi dirección en el arte de la escultura, lo que prueba que un artista progresó siempre cuando tiene por base el talento.

Muy hermosa la figura de mujer apoyada en la esfinge como también la estatua del dolor.

Estas obras, mi tan querida amiga Rebeca, harán figurar su nombre al lado de los grandes artistas modernos.

Tengo el propósito de proponerla como miembro de la Sección de Escultura de la Real Academia de San Lucas.

Espero que será para Ud. un gusto recibir esta distinción.

La saluda muy cordialmente, etc.

JULIO MONTEVERDE.

de Chile va a obsequiar al Palacio de La Haya, según la hermosa iniciativa del señor Huneeus, nuestro Ministro en Bélgica y en los Países Bajos. "Será, dice el brillante correspondiente de 'El Mercurio' una representación alegórica de la guerra, una siniestra figura de mujer, o mejor dicho, una de esas figuras fatídicas sin sexo con que los griegos



gos representaban a las Furias. Amplio ropaje ciñe sus miembros descarnados y agranda la silueta. Va pasando sobre dolores y miserias, sobre agonías y muertes, implacable, irresistible, como un viento de destrucción; tras de ella el amor se repliega y llora; es el odio que mata y el amor es la vida; una áspera línea de roca en el fondo acentúa la dureza y violencia de la figura central."

Hoy ofrecemos a los lectores del "Pacífico Magazine" dos reproducciones de la obra *Une Vie* que en esa misma correspondencia aparece descrita en estas líneas:

"La artista ha titulado su estatua *Una vida*, y es en realidad toda una vida la que ha dejado sus vestigios en el joven y bello rostro de la figura. Sus ojos se abren hacia el horizonte, pero ya no preguntan porque saben; sus labios se cierran dolorosamente porque ya las palabras no tienen sentido para ella; el cuerpo cae fatigado y maltrecho sobre la dura roca. La carne blanda plegada en curvas de una gracia encantadora, hace un contraste penoso con la expresión del rostro desencantado.



Es una flor agostada, todavía bella pero que ya tocó el otoño."

El senador italiano Julio Monteverde, uno de los principes de la escultura moderna, autor del famoso *Angel del Dolor* en el cementerio de Campo Verano en Roma, de *La Vida y la Muerte*, de numerosos monumentos patrióticos, hombre de genio y de inspiración, autoridad indiscutible, ha dirigido una carta de felicitación a nuestra grande escultora de la cual damos la primicia a nuestros lectores.



EL FUEGO FATUO

*Del teatro de Campo.—Monólogo del Conde
W. Sollohub*

VERSION DE RAMON DRIAG

La escena representa el cuarto de un niño.—Al fondo una puerta que da a una terraza.—En un sillón una muñeca sentada.—Un gran cuadro con el retrato de una anciana.—Juguetes, chucherías de niñas, etc. etc...

Maria aparece en la terraza mirando con terror hacia atrás.

Y es ya la segunda vez... sí... sí... la segunda.... Ahí está... tras el molino... sobre el arroyo..... Brilla, gira... vacila como si buscase algo... Ah!... Desapareció... No, aún está allí!... Tengo miedo!... Qué significa esto? Una Mama sin fuego, un resplandor sin causa que lo produzca, una ráfaga de luz desprendida quizás de alguna estrella y que vaga errante por los campos. Es lo que llaman fuego fatuo. El doctor me explicó este fenómeno, bajo el punto de vista de la física y lo hizo tan detalladamente y tan bien, que no entendí ni palabra... Tengo miedo de mirar atrás... Debe estar ahí todavía... (Se vuelve con temor.) No... gracias a Dios... Desapareció... Por fin! (Baja a escena).

Y a pesar de todo es muy bonito, muy curioso... un fuego fatuo... es fantástico! intangible, brillante... No es un cuerpo material; es tal vez un espíritu... Pero de dónde? por qué?... ;Qué mala cosa es el miedo! Qué humillante! Pero y cómo no temer cuando se trata de los seres queridos?... Estoy furiosa con abuelita!... Qué necesidad tenía

ella de contarme esa tosca leyenda? Y por qué Oscar le haría aquellas preguntas tan absurdas? Fué hace pocos días. Estábamos en la terraza... La noche estaba apacible, estrellada, majestuosa... Con fruición y en silencio aspirábamos la fresca brisa, mi abuelita, el doctor, Oscar y yo... Qué linda, qué hermosa es una noche de estío! De pronto vemos una tenue lucecita correr sola, como loca, por encima de las gavillas de las mesas... La abuelita en su sillón mirando con sus ojos azules, tan duces, tan tristes.—"Mira, me dijo, mira un fuego fatuo." Comenzó entonces el doctor a disertar... y el insopportable de Oscar preguntó: "Señora, es cierto que existe una leyenda en el país sobre estos fuegos?"—"Sí, hijo, una leyenda, contestó abuelita, en la que creen todas las almas sencillas, en la que yo misma he tenido la debilidad de creer, porque yo soy supersticiosa, hijos míos, como todo aquel que pasa su vida entera en el campo... Esta leyenda asegura, que el que ve tres veces seguidas un fuego fatuo, ha de morir bien pronto, o ha de perder a alguno de los suyos. Esto es para mí una advertencia. Aunque yo no puedo todavía descansar para siempre. Aún me

resta algo que hacer en la vida,—añadió.—Vamos adentro, hijo mío, vamos adentro!... “Nos miró fijamente a Oscar y a mí y entramos... Yo entré corriendo en mi cuarto y lloré más de dos horas antes de dormirme... Dios mío! Por qué todo ha de pasar, por qué todo se acaba?... Primero moriría abuelita, después el doctor... Oscar llegaría a viejo; yo me convertiría en vieja, fea, arrugada, encorvada, horrorosa... esto es terrible!... Por qué no podríamos quedarnos siempre como estamos? Abuelita siempre en su sillón, yo corriendo siempre por el campo... Sí, pero la abuelita se aburriría... También ella querría ser joven... Quién sabe?... Y entonces a qué vivir, si hay que seguir siempre adelante sin detenerse?

Bueno! Yo entretanto sueño despierta... Si las jóvenes organizasen el mundo, qué hermoso sería!... Me estoy atormentando al pensar en cosas que ninguno entiende. ¡Esto de ser cobarde!... Por lo demás, Oscar no es supersticioso. Es un joven de su época... Yo quiero ser una mujer fuerte y para comenzar, voy a dedicarme a mis habituales ocupaciones. (*Se dirige a la muñeca.*)

—Buenos días, señorita Mimi... Pido a usted me disculpe por no haberle presentado mis respetos todavía... Se ha portado usted bien durante mi ausencia? Ha estudiado la lección? Supongo que no habrá olvidado que mañana vendrá el profesor de historia y que tendremos examen general? Apostaría a que tiene usted miedo... Puf! señorita, este es un feo sentimiento. Si usted quiere, repasaremos un poco su lección y si quedo satisfecha de usted, mañana la saco de paseo. Ante todo, ruego a usted se siente convenientemente. Tiene usted en su talante una rigidez que empieza a disgustarme, se lo prevengo. Suplico a usted que se comporte en mi presencia con la formalidad y el respeto debidos. (*Arregla la muñeca.*) Ya, así. Y ahora haga el favor de contestarme... Vamos a ver!... Quién fué el fundador de la monarquía francesa?—Faramond. — Bien!... En qué año?—En el 420.—Bien!... Cuántas familias han reinado en Francia?—Tres: la de los Merovingios, la de los Carlovingios y la de los Capetos.—Eso es... De dónde viene el nombre de Merovingios?—De Meroveo que fué el tercer rey de la dinastía.—Y por qué tomó de él nombre la dinastía y no del primer rey?—No sabéis?... No! No! La disculpo porque yo tampoco lo sé... Nombre usted los primeros Merovingios!—Faramond, Clodión Meroveo... (*Dudando.*) Meroveo, Mer-

veo—Cómo es esto? Esta mañana lo sabía Ud.—Clodión, Clodión.—Cuidadito, que os impongo un castigo.—Meroveo, Meroveo... Ah! No sé más que hasta aquí.—Y no tiene usted vergüenza, señorita? Se ha dejado U. a Chiperico! Fíjese un poco y verá cómo se ha olvidado!... Vaya, no llore. Supongo lo que pasa. Estará Ud. cansada, Mimi... habrá corrido mucho hoy; habrá tenido algún disgusto; habrá visto algún meteoro... Además, ya es tarde. Mañana nos levantaremos tempranito y antes de que llegue el profesor daremos un repasito.

Ahora va usted a ayudarme a guardar todas mis cositas.—La abuelita me dice siempre que debo ser cuidadosa.—Sabes que he descubierto una cosa Mimi? La abuelita tiene un defecto, un gran defecto... Es avara!... Qué quieres? Desde hace doce años que murrió mi pobrecita mamá y que vivimos aquí como lobos, la abuelita no tiene otro placer que conversar con sus hombres de negocios. Te has fijado qué feos son todos esos hombres?...

Cómo! Las diez ya! Y yo que tengo que madrugar antes de alba por esta maldita lección... Señorita, vamos a nuestros dormitorios y aconsejo a usted que no se preocupe ni piense en nada... Vamos a dormir, pero antes es preciso hacer un pequeño examen de conciencia del día de hoy; así lo manda la abuelita... Voy a confesarme en voz alta, como siempre, Mimi, para no olvidar nada. Ahora soy yo la que tengo que pedirte a tí indulgencia. (*Se sienta en un pisito a los pies del sillón en que está la muñeca.*) Hoy no he sido juiciosa, Mimi, no estoy satisfecha de mí. Esta mañana vine el cura de la aldea con su cabeza calva y su nariz atestada de rapé. Yo estaba a la puerta con mi aro y me dijo: (*Remedándole.*) Señorita, podría yo tener el honor de saludar a la señora Marquesa? Sabes lo que hice? No respondí palabra, pero comencé a mover los labios, así, como si hablara algo. Tú sabes que el curita es sordo como una tapia... Entonces me miró tristemente: (*Ella lo imita.*) “Señorita, mi sordera es muy fastidiosa, muy fastidiosa!”... Y eché a correr con mi aro como una loca... Después cogí la pitillera del doctor y metí dentro un saltón... Cuando lo vió sólo dije: “Vaya! Un coleóptero de la familia de”... Por último, me mandó abuelita que me pusiera mis zapatos gruesos para el rocío, y no la hice caso; seguí corriendo con mis zapatillas de charol y bien castigada he sido, porque ví... ví... ya sabes... Pero no es esto

todo, Mimi, aún hay más!... No me mires ahora... no quiero que me mires!... Pasa por mí algo extraordinario, inexplicable... No sé cómo decírtelo... Hace dos meses que es nuestro huésped un extranjero, un joven... Nosotras que siempre estábamos solas! No te da que pensar esto, Mimi? Oscar cayó entre nosotras, ya dos meses, como una bomba... y la abuelita, tan poco amiga de los jóvenes, le recibió en palmitas... Qué encantador es Oscar! Corre más que yo, pero yo le gano a jugar al volantín... Qué franco es, qué alegre; tiene una figura muy inte-

coger mi cuaderno de apuntes y a estudiar un poco en la cama. Se aprende mejor así, y además es muy bueno para dormir... Aquí estoy!... (*Abre el cajón de su mesa y queda suspensa*). Ah! Dios mío! Me había olvidado... Pobre abuelita! Está ya muy anciana. Creo que su afán por el dinero aumenta de día en día. Me ha entregado este rollo de pañoles. Son cuentas, dice, rendidas en la administración de mis bienes... Qué querrá que yo haga con esto? Parece ser que tengo una cuantiosa fortuna. La abuelita dice que ella no es sino la depositaria, como tutora...



resante! Me turbo toda cuando lo veo! Pero tan acostumbrada estoy a él, que cuando no le veo parece que me faltara algo... no estoy contenta! Y sabes lo que ha hecho hoy, Mimi? Me estrechó la mano y me miró de un modo tan tierno y suplicante, que me ruboricé... Y al ruborizarme, el temor de que él notase mi turbación me hizo enrojecer más todavía. Me puse como una amapola... Entonces escapé para no mirarle más en toda la tarde. Eché a correr sin saber por qué, ni adónde y al entrar... vi el fuego fatuo... Esta es mi confesión... Olvido algo?... Creo que no... Lo he confesado todo... si todo!... (*Se levanta*.)

Ahora vámmonos a dormir... Aunque creo que realmente no dormiré mucho; estoy preocupada con la lección de mañana. Voy a

Quiere que conozca mi haber... haber, verbo auxiliar: Yo he, tú has, él ha, nosotros hemos!... Ah! mi partida de bautismo! La misma!... Y ya tengo 17 años!... Qué vieja soy! Y, todavía juego con las muñecas!... Pero cuando una se cría siempre sola y en el campo, no está en iguales condiciones que esas señoritas de las capitales, sin ilusiones ya a los doce años... Ah! Una partida de casamiento... De mis padres!... Qué raro es esto!... Mi papá tenía cincuenta años y mi mamá apenas veintitrés... No sabía nada... Balance, Crédito Mobiliario, Arrendamientos... Qué será esto? qué lengua es esta? Ah! Una carta con sello negro... Una carta! Para quién?... —"Para mi hija, al cumplir 17 años".... De mi mamá!... Para mí!... Me da miedo!... Mi madre me

había desde el fondo de la tumba. (*Se levanta y lee*). "Hija querida... Cuando leas estas líneas tendrás ya 17 años: Ay! Yo no estaré a tu lado! Serás rica; tu abuelita me lo ha prometido... Podrás, por tanto, seguir los impulsos de tu corazón... Cuando tengas 17 años pensarás en casarte, crearte una familia... En esta hora postrera de mi vida voy a darte un consejo que tal vez decidida de tu suerte... Cuando yo tuve tu edad, amé locamente a un hombre bueno, leal... pero pobre. Miramientos de fortuna le obligaron a salvar el crédito y el honor de su familia por medio de un rico enlace... Nos separamos, pues, y nunca nos volvimos a ver. Años más tarde un hombre respetable se compadeció de tu abuelita y de mí... Fue nuestro protector... Me hizo su esposa... Este fue tu padre. Le he bendecido y respetado y voy a reunirme con él... Pero para tí, hija mía, yo ansio el amor con todos sus gores, la felicidad con todos sus entusiasmos. El hombre que yo había escogido para mí, era el ideal, que adivina el corazón de la mujer. Murió antes que yo; pero dejó un hijo que ha de parecerse necesariamente. El sería el esposo que yo desearía para tí, sin exigirte en ningún caso. Pero creo que si amases a Oscar..." (*Hablando*). Oscar! Oscar! Ah! Ahora lo comprendo todo; nuestra vida de reclusión, la tristeza eterna de mi pobre abuelita, verdadera mártir, y la extraña llegada de un joven a nuestra casa!... Oscar! Sí, yo te amaré... Oscar! Sí! Sí! El es... lo amo. Qué placer tan inefable siento! (*Lee*). "Deseo que no te cases antes de los 18 años cumplidos... Te lego mi parte de felicidad... Ama con toda tu alma. No hay felicidad como ésta en la vida... Si eres feliz en este mundo, paréceme que yo lo seré en el otro y que mi alma se regocijará... Adiós!... Te envío mi alma entera con mi último beso!" (*Queda pensativa*).

Se acordó de mí y advinó lo que sucedería. Qué cosa es el corazón de una madre!... Una nueva existencia empieza en mí... Por vez primera oigo hablar de amor y es mi madre muerta la que me habla! Es ella la que me revela el secreto, del qué aún no me había dado cuenta! Sí, lo que yo siento por Os-

car no es una mera simpatía, no es una amistad de niña, es algo más grave, más dulce, más entusiasta, más sagrado! Sí, mama, se verán cumplidos tus deseos... Amo al hombre, que destinaste para mí, y le amaré mientras viva, porque al amarle pienso también en tí... Soy feliz!... Estoy tranquila!... Y entretanto mi corazón palpita, se salta del pecho, la cabeza me arde.—Necesito respirar, tomar aire puro, contemplar el cielo!... (*Se acerca a la terraza y da un grito*). Ah! El fuego fatuo! Todavía, todavía!... por tercera vez!... La abuelita es una santa!... No puede engañarse... La leyenda es verdadera! Alguno va a morir en esta casa. Eso es; pero quién? La abuelita? No, no! Yo no quiero. Sería muy duro morir cuando va a gozar de su obra... No..., no! Entonces será Oscar?... Y es que podría yo vivir sin Oscar? El cielo me le ha enviado, mis dos madres me le han escogido... Imposible!... Seré yo? Pero a qué viene todo esto?... Ah, me ahogo! me siento mal! (*Tambaleándose se acerca al sillón, tira con violencia a un lado la muñeca y se deja caer en la butaca ocultando el rostro entre las manos*). Despues ya calmada exclama).

En rigor, lo mejor sería que fuera yo la que muriera... Oh! no! No podría devolver sus cuidados a mi abuelita... Siendo Oscar, sería lo mismo, yo no podría vivir sin él, y la abuelita quedaría sola siempre. Si pudiéramos morir todos juntos, qué felicidad! (*Se levanta y tropieza con la muñeca*). Qué es esto? ¿Quién ha puesto aquí este embeleco? Qué cosa más tonta! Un pedazo de cartón con trapos ridículos! Mejor será tirarlo por la ventana... Justo... Pero si es mi muñeca... la que ha sido mi Mimí!... Ya no lo es! Ha muerto... muerto! Pero entonces será ella la que debía morir aquí! Es mi muñeca la que ha muerto! Es mi infancia la que ha concluido! Adiós, Mimí! Adiós, bella niñez! Ignoro lo que me reserva el porvenir, pero el pasado ha sido dichoso, transcurrido bajo la guida del amor maternal... La gratitud rebosa en mi corazón. (*Va a salir y se detiene*). Y Ud., señorita, voy a guardarla en un baúl y cuando mi hija sea grandecita, usted será la que le enseñe historia. (*Sale*).



ENTRE MAESTROS

(Recuerdos de un profesor)

Por _____

M. J. Ortega

Nada hay comparable a los apuros y congojas de los maestros interinos ante las exigencias de los nuevos métodos de enseñanza. Todo ha cambiado en ese terreno.

El Silabario de Sarmiento y La Conciencia de un niño están ya desterrados de las escuelas; las lecciones de memoria son un delito de lesa humanidad; el guante, el encierro y el poner de rodillas han pasado a la categoría de barbaries históricas; todo el antiguo sistema, en fin, tan fácil y cómodo para el preceptor, ha caído derribado ante el que trajimos de Alemania hace veinticinco años, el cual va quedando ya viejo a su vez ante la pedagogía utilitaria y republicana que empieza a llegarnos de Estados Unidos.

Los maestros de hoy deben, pues, saber muchas cosas que no sabían los maestros de antaño: deben tener ideas de psicología, deben saber cómo enseñaban los griegos y los romanos, deben ser amigos de Feneón y de Rousseau, de Diesterwerg y Pestalozzi; deben conocer a don Claudio Matte y su método fonético; deben saber tocar el violín y cantar un poco, y deben ser hasta medio tinterillos y estudiar a fondo las leyes y decretos escolares, para defenderse con ellos cuando algún gobernador o subdelegado pretende desconocer sus derechos o rebajarles el sueldo.

Todo esto lo ha aprendido el preceptor propietario en las aulas de la Normal; pero el interino tiene que aprenderlo por su propio esfuerzo y con sus propios medios, ayudado a lo sumo por las revistas pedagógicas que caen en sus manos o por los cursos de perfeccionamiento a que a veces el Gobierno suele llamarlo.

El primero de estos cursos tuvo lugar hace ocho o diez años en una de las ciudades centrales del país. Los maestros asistentes pasaban de sesenta, entre hombres y mujeres. Se había amenazado a los reacios con la pérdida del empleo y se estimulaba a los asistentes con darles el título en propiedad, y de ahí que viniesen en tan gran número, de la provincia y de fuera de ella, de las ciudades, de las aldeas y de los campos más apartados.

El curso duraría seis semanas, de las cuales se destinaban cuatro a lecciones teóricas y el resto a clases prácticas que los maestros debían hacer en una escuela primaria, bajo la inspección y la crítica de sus profesores y de sus compañeros.

Había allí maestros de todas las edades y de los más variados aspectos y fisonomías: unos ya peinaban canas y tenían curvadas las espaldas por la inclinación de largos años sobre el pupitre magistral, otros ostentaban aún todo el vigor y la esbeltez de la juventud; en el rostro de muchas maestras se notaba ya ese sello de triste resignación que se advierte en las que están condenadas a ser siempre madres de hijos ajenos, como ocurre con las tías solteronas en la familia y con las monjas en los asilos infantiles, otras con sus caras frescas y sonrientes revelaban aún amor intenso a la vida y fe en la dicha, en esa dicha que para la pobre maestra de escuela casi nunca pasa de ser una engañosa ilusión; había maestritas alegres y juguetonas como muchachas, y señoronas de cincuenta años, graves, gordas y reposadas, que apenas cabían entre los bancos; y las había también de diversa cultura y educación, desde las señoritas

de buenos modales y de trato afable y distinguido, hasta las aldeanas bastas y hurafias, que se sentian desasosegadas con el peso del sombrero y con el brazo del corsé.

Unos aceptaban contentos su nueva situación, otros se resignaban de mala gana a convertirse en discípulos después de largos años de ser maestros; pero todos, hombres y mujeres, manifestaban interés por aprender y arrostraban con entereza la mirada burlona de los ociosos que los veían desfilar por las calles en abigarrada procesión, cargados de libros y cuadernos, y repasando las lecciones como escolares temerosos de ser castigados por su pereza.

En las clases eran atentos y disciplinados. Porros algunos a más no poder, con el cerebro encallecido a fuerza de pensar y enseñar rutinariamente las mismas cosas todos los años, incapaces en absoluto de comprender las abstracciones de la lógica y de la psicología. todos, sin embargo, luchaban por penetrar en aquellas tinieblas, tras de las cuales divisaban la propiedad del puesto y un posible ascenso, con el consiguiente aumento de sueldo y de bienestar. A las preguntas de los profesores, pocos dejaban de alzar la mano para ofrecer la respuesta, y más de un rostro seco y arrugado se bañaba con infantil sonrisa al recibir un "muy bien" como premio de su acierto, y más de unos ojos gastados, que apenas veían al través de las gafas, se llenaban de lágrimas por el pesar de una muy perdonable equivocación. Algunas maestras se distraían a veces mirando hacia el patio plantado de naranjos y bañado de luz y de sombras. ¿En qué pensaban? Las de edad madura meditaban tal vez en sus apuros pecuniarios, en sus deudas urgentes o quizás si en los hijos que allá en la aldea aguardaban su regreso, y las más jóvenes... vaya Ud. a saber qué piensa una maestra joven, a quien nadie habrá dirigido jamás una galantería a causa de su poco sueldo!

*

De todo aquel grupo son pocas las figuras que guarda mi memoria con entera fidelidad: el maestro Peralta, muchacho inteligente, simpático, vivaz y gracioso, que a todo el mundo ofrecía su ayuda, que reemplazaba hasta al portero algunas ve-

ces en el toque de la campana y que daba para llamar a clases unos golpes pausados y lúgubres como dobles de un funeral, y para salir de ellas unos repiqueos más alegres que acompañamiento de castañuelas en una jota; la señorita González, que tenía unos ojos tan dormidos, un óvalo de cara tan perfecto y una boca tan graciosa, que por mirarla los maestros solteros desatendían con demasiada frecuencia las explicaciones del profesor, y el señor Venegas, en fin, y la señorita Encarnación, que merecen descripción aparte, como merecen la atención y los comentarios de todo el curso.

Era esta última indigna de su nombre. Pequeñita, seca, apurada de rostro y menguada de todas partes, de cualquier cosa podía tener más que de carnes en su diminuta humanidad. Pasaba ya de los cuarenta, aunque a juzgar por el empeño con que cubría las arrugas con polvos de arroz, pretendía probablemente no pasar de los treinta y cinco. Tenía mimos infantiles en sus actitudes y movimientos, ponía tonos arrulladores en su voz y languideces seductoras en sus miradas, y daba a veces sin motivo unos saltitos de diuca o de chincol para probar su agilidad y su juventud.

Se la tenía por rica, porque era dueña de una casa en el pueblo vecino y sacaba de ella cuarenta o cincuenta pesos todos los meses, y alardeaba además de nobleza de sangre y nombraba de tú a varios personajes de cierta notoriedad. Pero todo esto no le impedía estar constantemente con el credo en la boca por miedo a los profesores. En las clases jamás acertaba con una respuesta, y siempre se disculpaba diciendo con una vocecita de niño regalón.

—Sí lo sé, señor; pero soy tan nerviosa!

Sí por algo merecía el nombre de Encarnación, era seguramente por encarnar el miedo y las zozobras de todo el curso.

Paseándose un día en espera de mi hora de clase por los corredores de la escuela, sentí una voz comprimida, dentro de una sala desierta en ese momento. Me asomé por saber quién estaba allí, y era la señorita Encarnación que, escondida en un rincón y acurrucada entre dos bancos, hacía la cimarra al profesor de métodos, a quien debía entregar un trabajo escrito impuesto en la clase anterior. Al ver-

se sorprendida, me pidió por Dios que no la denunciase y me ofreció para el día siguiente un ramo de flores en pago de mi silencio y complicidad...

El Visitador había dicho de ella que no sabía nada absolutamente; que se la había nombrado maestra rural por influjos de un cuñado suyo, abogado, amigo de un político que tenía vara alta en el Ministerio; que no era capaz de llevar siquiera los libros de matrícula y de asistencia diaria; que se levantaba todos los días a las nueve o diez de la mañana, dejando entre tanto que los niños campeasen por su cuenta, y que su único deseo, su única aspiración pedagógica era tener en el patio de la escuela una campana puesta en un palo muy alto, con una cuerda muy larga que llegase hasta su cama, para dar día y noche la hora a los campesinos de la vecindad.

Formando en lo físico cabal contraste con la señorita Encarnación, se sentaba cerca de ella el señor Venegas. Bajito, abultado y redondo de vientre, corto de cuello y con una gran cabeza perfectamente esférica, era muy fácil hacer su retrato. El maestro Peralta se lo hizo una vez en la pizarra sin más que trazar con el compás dos círculos superpuestos de diverso diámetro, el más chico para la cabeza y el más grande para el vientre, agregando después cuatro rayas cortas y torcidas a modo de extremidades. Poseía además unos bigotes canos, cerdosos y abundantes, teñidos de amarillo por el humo del cigarro, y un asma rebelde a todo tratamiento, que le atacaba de un modo gravísimo cada vez que en las clases tenía que dar alguna contestación.

Su traje, verioso y ráido, no llevaba, sin embargo, ninguna rotura, porque él le aplicaba previamente un parche interior en el punto mismo en que amenazaba algún desperfecto, y su sombrerito redondo de paño suelto, demasiado chico para su enorme cabeza, inclinado siempre hacia una de las orejas, daba a su fisonomía un aspecto original, mitad de hombre bonachón y sin malicia, mitad de tenorio envejecido que aún no renuncia a conquistas amorosas.

Esto en cuanto a su redonda y física persona. En cuanto a lo demás, era maestro de una escuela rural encerrada en el

último rincón de las montañas del Suble; había enviado hacía algunos meses; vivía solo y pobrísimo, durmiendo en un rincón de la sala de clases, sobre cueros de oveja colocados encima de los bancos, y empinaba el codo más de lo conveniente, para consolarse de su soledad y de su viudez.

Su inteligencia parecía muy limitada. Jamás pudo entender la diferencia entre análisis y síntesis en una palabra normal, y le sonaba a hueco todo aquello de impresiones y sensaciones, de conceptos y juicios, que el profesor de psicología consideraba indispensable hacerle aprender. Siempre en actitud hosca y huraña, inmóvil y como clavado en su banco, demasiado estrecho para su abdomen, parecía estar constantemente dormido o abismado en el recuerdo de su difunta. Brillaba a veces, sin embargo, en sus ojillos medio cerrados un resplandor fugitivo tan penetrante, que uno se quedaba pensando si no sería un zorro más bien que una marmota, aquel rudo maestro montañés.

Sólo una cosa parecía preocuparle: el modo de salir del paso cuando le tocara hacer clases ante los niños.

Faltaban aún más de ocho días para empezarlas, cuando se me acercó una tarde con aire de seminarista compungido, e inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo y cruzando las manos sobre el vientre, me dijo con voz suave y quejumbrosa:

—Señor!

—Diga, señor Venegas. ¿Qué se le ofrece?

—Yo querría pedirle un favor...

—Concedido desde luego.

—Quisiera que me diese el faro.

—El faro! ¡Qué quiere Ud. decir?

—El trozo El faro, señor, de *El Lector Americano*, como tema para la clase de lectura que debo hacer.

No pude menos de reírme, pero él conservó su imperturbable gravedad. Le otorgué lo que pedía y le indiqué además solemnemente el procedimiento que debía seguir en su lección y los puntos en que debía dividirla. Pero no satisfecho con mi promesa, volvió a la carga tres días después:

—Señor! No se olvide de darmel *El Faro*.

—No lo he olvidado, señor Venegas, y

ya está *El Faro* anotado a nombre suyo en el libro de temas.

—¡Gracias, señor! Yo he arreglado ya la preparación escrita para la clase. ¿No querría Ud. decirme qué le parece?

La preparación no era suya, indudablemente. Se la había hecho algún normalista. La corregí, sin embargo, en algunos puntos, y con aquella doble ayuda quedó el señor Venegas en situación de hacer una clase model, mejor que el más pintado de sus colegas.

Pero, con todo, sus temores no lo dejaban tranquilo. Cuando llegó el momento supremo; cuando, acomodados ya los niños en sus asientos, le tocaba al señor Venegas presentarse ante ellos para empezar su lección, se acercó a mí con aire desolado, con las dos manos sobre el pecho y respirando trájicosamente:

—¡Señor!... señor!

—¿Qué le ocurre, señor Venegas?

—El asma, señor, que no me deja respirar... Me será imposible... hacer la clase... ;Y tendré que perder... mi excelente preparación!

Y la perdió en efecto, porque nadie pudo sacarle, por entonces, una palabra más, sino angustiosos estertores. Lo envié a tomar aire a la plaza vecina, y designé a un maestro sin asma para que diese la lección.

¶

El curso terminó poco después, y cada mochuelo se fué a su olivo, es decir, cada maestro a su escuela, a olvidar lo que había aprendido y a gestionar por medio de cartas y empeños la propiedad de su nombramiento.

Los perdi a todos de vista durante varios años. El único de quien of hablar una vez fué del señor Venegas que, preceptor en una cabecera de departamento, estaba en grave conflicto con el gobernador por no sé qué acusaciones formuladas en su contra. Los diarios publicaron varias notas en que el señor Venegas justificaba su con-

ducta y en las cuales hacia gran hincapié en la circunstancia de haber asistido con todo éxito al curso de perfeccionamiento y de haber hecho una clase de lectura que le valió calurosas felicitaciones.

Hace pocas semanas lo encontré inopinadamente en una de las calles centrales de la capital. Me fué difícil reconocerlo. No era ya aquel señor Venegas mal trajeado, de pelo crecido y de aspecto sumiso y humilde, que yo había conocido. Llevaba un chaqué de no muy mal corte, una corbata bien anudada y un sombrero de paja negra proporcionado a su cabeza, y marchaba con aire resuelto y desembarazado, agitando en la mano derecha un bastón cuyo mango parecía de plata.

—Adiós, señor Venegas. ¡Cuánto gusto de verlo!

—Para mí ha sido, mi señor Ortega.

—¿Se acuerda del curso? ¿Y del Faro?

—Le dieron ya el título en propiedad?

Sonrió con aire picareco y me contestó:

—Sí, señor, me acuerdo de todo. El Gobierno no me ha dado el título, pero me han dado otra cosa que me viene mejor.

—¿Otra cosa? ¿Quién?

—La Encarnación, que me dió su mano y que desde hace seis años es mi mujer.

Como si de repente se hubiera hecho en mi espíritu una viva claridad, comprendí entonces al señor Venegas. Ah, viejo pillo! El hambre y la soledad de tus montañas te enseñaron a discurrir más que cien letrados. No fuiste tú al curso en busca de un título, sino en busca de una mujer. Supiste sumar tu pobreza con tu miseria, y gracias a tu habilidad en esa aritmética, puedes llevar hoy cuello limpio y zapatos lustrados. Y tienes todavía un protector. El amigo del cuijado de tu mujer alcanzará para tí mejoras y ascensos.

Y hechas estas reflexiones, me despedí de él. Nada tendría de extraño que cuando ruelva a encontrarlo fuese ya Visitador.

M. J. ORTEGA.

La Botella Encantada

Por—

F. ANSTEY—

ILUSTRACIONES DE H. R. MILLAE

CAPITULO XI

Palacio de locos

A la mañana siguiente Ventimore encontró preparados el baño y el agua para afeitarse de lo cual dedujo, que su patrona había regresado.

No dejaba, sin embargo, de sentir alguna inquietud, acerca de su próxima entrevista con ella; pero la señora apareció

con un aspecto tan compungido al llevarle su desayuno, pue Horacio vió que no experimentaría mayores dificultades por aquel lado.

—En verdad Mr. Ventimore, empezó en tono de disculpa, no sé que habrá pensado Ud. anoche, de mí y de Rapkin, por haberle abandonado en esa forma...

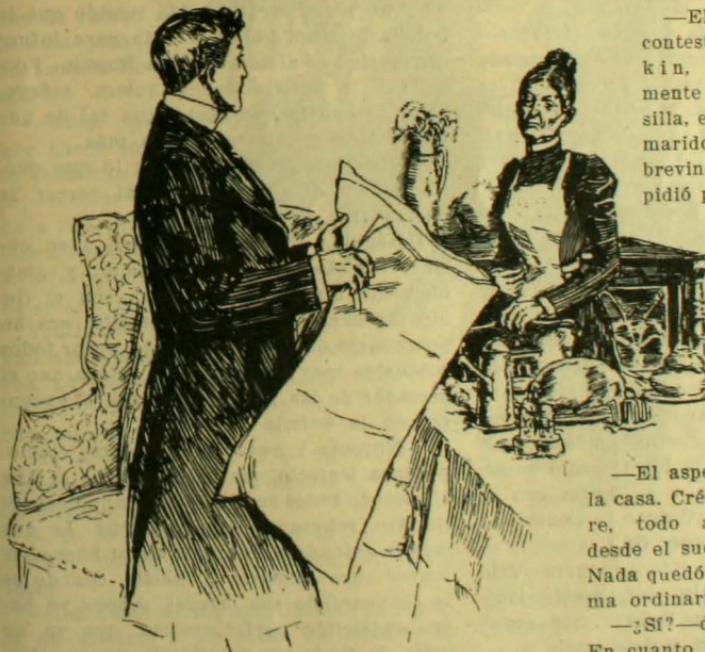
—Fué muy mal hecho en efecto, dijo Horacio, y nunca esperé de Uds. cosa semejante. ¿Sin duda tuvieron algún motivo grave para proceder así?...

—El hecho es señor,— contestó la señora Rapkin, sobando nerviosamente el respaldo de una silla, el hecho es que a mi marido y a mí... nos sobrevino algo, que nos impidió permanecer aquí un solo momento más.

—Lástima grande, señora Rapkin!.... No pudo venir en hora menos oportuna... Explique Ud. ¿qué fué ese algo?

—El aspecto que presentaba la casa. Créame señor Ventimore, todo aparecía cambiado desde el suelo hasta el techo... Nada quedó en su sitio y en forma ordinaria...

—¿Sí?—dijo Horacio... — En cuanto a mí, nada observé de nuevo.



A mi marido y a mi nos sobrevino algo

—Ahora que es de día, también a mí todo me parece igual a lo que ha sido siempre; pero anoche la casa estaba llena de pórticos, arquerías, fuentes y patios de mármol y de una turba de sirvientes, o algo así, tan negros como su sombrero, moviéndose en silencio de acá para allá... Rapkin los vió también como yo.

—En el estado en que se encontraba anoche su marido de Ud.—dijo Horacio—no dudo que haya podido ver cualquiera cosa extraña y aún los propios objetos existentes, me imagino que los ha visto dobles, por lo menos.

—No le niego, señor, que Rapkin pudo haberse portado mejor ayer tarde... pero yo también vi los negros, y no querrá Ud. decir que yo haya bebido una copa más de lo necesario.

—Yo no he insinuado siquiera semejante sospecha, observó Horacio, pero si la casa estaba anoche en la forma descrita por Ud. ¿cómo se explica que todo esté ahora de nuevo en su sitio?

La señora Rapkin, en su embarazo, se puso a hacer dobladillos con el delantal.

—No puedo explicarlo—repuso por fin—pero si he de dar mi opinión, yo creo que esto tiene algo que ver, con los camellos que vinieron el otro día.

—No me admiraría de que así fuese—dijo Horacio con suavidad.—Preocupada como Ud. se encontraba, arreglando los detalles de la comida, la vista de aquellos camellos hirió su imaginación, y la trastornó de modo que Ud. creyó después ver cuanto su marido veía, y viceversa.... Esto no es raro... Los hombres de ciencia, dan a este caso el nombre de "alucinación colectiva".

—Quizás sea esto—dijo la buena mujer—bastante impresionada con el anterior diagnóstico. Cuando niña, fui bastante imaginativa, me sucedía creer estar viendo cosas que en realidad no existían. Pero un caso como el de anoche, me ocurre por vez primera. Pensar que haya podido marcharme, dejando la comida a medio hacer, cuando Ud. esperaba a su novia con el papá y la mamá... ¡Cuánto lo siento!... ¿Cómo se las compuso Ud.?

—Hicimos traer comida de afuera—dijo Horacio—pero resultó sumamente incómodo; espero señora Rapkin que semejante cosa no volverá a repetirse!

—Yo le respondo de ello, señor... pero

le agradecería que no se diera por entendiido de nada con Rapkin aunque fué él quien vió los negros primero, y me trastornó a mí la cabeza... Pero yo le he afeado severamente su proceder, y él ya se encuentra confuso y avergonzado por su conducta de anoche.

—Muy bien, señora Rapkin—dijo Horacio—queda entonces entendido que no se volverá a hacer alusión alguna entre nosotros a tan desagradable suceso.

El pobre muchacho no cabía en sí de alegría, por haber escapado a tan poca costa, de un asunto tan embrollado y escabroso.

—Hay otro asunto de que desearía hablar—continuó la señora Rapkin...—Esa gran botella de bronce, que Ud. compró hace poco tiempo en un remate... ¿Se acuerda Ud.?

—Si me acuerdo—dijo Horacio—¿qué hay de la botella?

—Es que la encontré esta mañana en la carbonera, y quería preguntarle, si Ud. desea guardarla en lo sucesivo... porque, no hay modo de limpiarla en forma de darle un aspecto decente y decoroso, y no veo para qué pueda servir...

—¡Oh!—dijo Horacio—como aliviado de un gran peso, porque había temido que la botella pudiera haber servido para infundir sospechas al matrimonio Rapkin. Ponga Ud. la botella donde quiera, señora, haga de ella lo que guste: con tal de que yo no la vuelva a ver nunca más.

—Muy bien, señor, esto es lo que quería saber—dijo la señora—al cerrar la puerta tras de sí...

Enseguida Horacio se dirigió a su oficina, con bastante buen humor, y amablemente dispuesto, aún para con el Genio. Apesar de todos sus defectos, era un pobre viejo de índole excelente, y por todos conceptos muy superior a su colega que el pescador de las Mil y unas noches, encontró en la botella respectiva.

—Noventa y nueve genios entre ciento, pensaba Horacio, me habrían dado al diablo viendo todos sus beneficios, uno después de otro, rebusados en esta forma. Lo que más le aplaudí a Fakrash, es su buena voluntad para deshacer lo hecho, cuando se le convence de sus errores. Ahora ya habrá entendido perfectamente, que ya no están de moda sus prestidigitaciones orientales; y que ahora las gentes no pueden

ver a un pobre diablo, repleto de riquezas, sin averiguar el origen de semejante cambio. No supongo que me moleste mucho más en lo sucesivo. Ni siquiera me disgustaría verlo de cuando en cuando, siempre que adoptara una forma menos estrambótica de presentarse. Si subiera las escaleras como todo el mundo, disfrazado de banquero o de obispo, el obispo de Bagdad como si dijéramos, nada tendría que agitarlo... Pero eso de entrarse por la chimenea o por las paredes, cuando uno menos lo piensa... Se lo haré comprender la primera vez que lo vea... Y el pobre viejo me ha hecho un servicio efectivo. El me envió a Mr. Wackerbath... Ahora estaré mi opulentísimo cliente examinando mis dibujos, y es... pero le habrán agradado.

Se hallaba Horacio en su bufete recapitulando algunas ideas sobre la decoración de los salones de recibo en la casa proyectada, cuando Bevor entró.

—Nada tengo que hacer en este momento—dijo;—así he venido a dar un vistazo a sus planos, si ellos están ya en estado de serme exhibidos...

Ventimore hubo de explicar que aquel examen no era posible, por haber ya despachado los dibujos a su cliente la noche anterior.

—Ba!—dijo Bevor...— Se trataba entonces de un trabajo sencillo...

—No lo creo así... Me ha costado quince días de fatigosa labor.

—Ud. debió darme oportunidad de echarle un vistazo, a su obra. Yo siempre le muestro todo cuanto hago.

—Para decirle la verdad pura, amigo mío, yo no estaba muy seguro de que mi dibujo agradara a Ud., y temía que llegara su opinión a hacer vacilar mi confianza en

mí mismo. Además, Mr. Wackerbath, estaba ya ansioso por ver sus planos...

—Piensa Ud. que estará él satisfecho?

—Debe estarlo. No soy vanidoso, pero me siento seguro de haberle proyectado una casa superior a sus propios deseos.

—Algo fantástico y nunca visto, sin duda alguna. Bien puede que eso no desagrade a su cliente, pero cuando Ud. tenga mi experiencia, sabrá que pájaro tan difícil de contentar es un cliente.

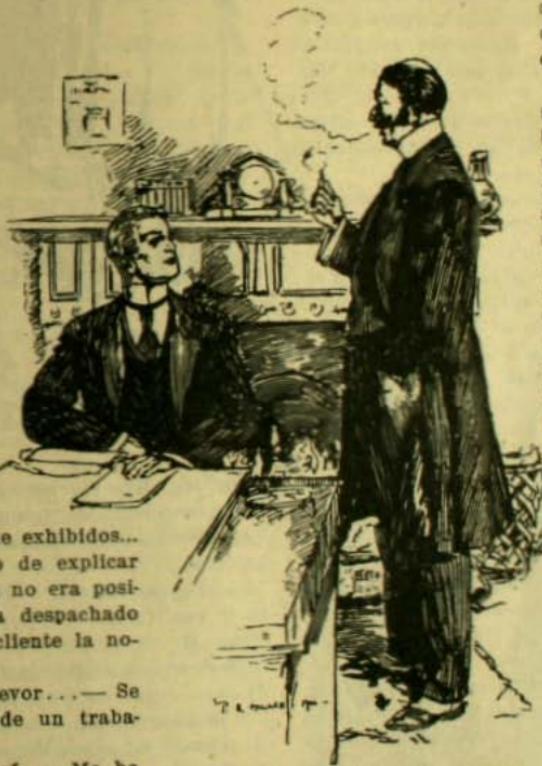
—Yo sabré satisfacer el mío—dijo Horacio alegramente.—Tendrá una jaula que llenará su corazón de entusiasmo.

—Es Ud. un muchacho inteligente—observó Bevor—pero para realizar una obra como esa, le hace falta un poco de lastre.

—Para lastre, sobra con el que Ud. está dispuesto a proporcionarme. Vamos amigo. ¡Está Ud. molesto porque he enviado mis planos sin mostrárselos? Luego me los devolverán, y entonces podrá Ud. divertirse en criticarlos, todo cuanto quiera... Y si quiere ayudarme...

—Bien—dijo Bevor—Ud. se ha lanzado demasiado lejos, soy por su propia cuenta. Salga del paso como Dios se lo dé a entender.... Tenga si entendido que aún no ha ganado Ud. todavía el derecho de ser tan altanero..... Los colegas merecemos alguna consideración. No porque le haya caído un encargo de sesenta mil libras... debe mirarme tan alto abajo...

—Pobre Bevor! — pensó Horacio—un tanto arrepentido. Se ha molestado. Debi



He venido a dar un vistazo a sus planos

mostrarle mis planos. Después de todo ¡puede que le hubieran agrado... No importa. Haré mis paces con él, después del lunch. Le pediré su opinión... ¡No, que demonios!... Su opinión no... La amistad tiene sus límites.

Al volver del lunch, Ventimore sintió el ruido de un altercado, dentro de su propia oficina, y al acercarse pudo discernir perfectamente el acento de Bevor.

—Señor mío, iba diciendo. Ya le he manifestado que este negocio no me corresponde.

—Pero yo le pregunto a Ud., señor—decía otra voz—como a un colega del otro, si le parece razonable...

—Como colega —repuso Bevor—en el momento en que Ventimore abría la puerta, como colega debo excusarme de dar mi opinión... Pero, aquí está el señor Ventimore en persona.

Horacio entró, dándose de manos a boca con Mr. Wackerbath, rojo y descompuesto bajo un violento acceso de cólera.

—Así señor, comenzó, así señor... y La rabia le impidió continuar.

—Parece haber una mala inteligencia, querido Ventimore—expuso Bevor—con estudiada corrección, apenas menos injuriosa que un franco grito de triunfo. Mejor es que lo deje Ud. con este caballero, para que se entiendan Uds. tranquilamente...

—¡Tranquilamente!—exclamó Mr. Wackerbath— dando un bufido—¡tranquilamente!

—No tengo idea, de por qué está Ud. tan excitado—dijo Horacio...—Explíquese, por favor...

—;Explicarme!—rugió Mr. Wackerbath. Si yo pronunciase una sola palabra me sucedería algo... Dígaselo Ud. Mr. Bevor...

—No conozco todos los hechos—dijo el aludido suavemente. Por lo que he podido comprender, este caballero entiende que, dada la importancia del trabajo que le ha encargado a Ud. amigo Ventimore, se ha tomado para ejecutarlo, menos tiempo del que podía esperarse. Yo ya le he dicho que no tengo por qué mezclarme en este asunto, el cual debe ser discutido con Ud...

Dichas estas palabras, Bevor se retiró a su propia oficina, cerrando la puerta con la misma irreprochable discreción, tras de la cual se adivinaba que si no le sorprendía lo ocurrido, era demasiado caballero para darlo a entender...



Horacio entró, dándose de mano a boca con Mr. Wackerbath

—Bien, Mr. Wackerbath—comenzó Horacio—cuando estuvieron solos... Así Ud. ha sufrido un desengaño con la casa proyectada...

—;Un desengaño!—dijo Mr. Wackerbath con furia.— Estoy irritado... furioso...

Horacio se sintió desfallecer. ¿No era él el acaso sino un loco presuntuoso? ;Había juzgado Bevor, con más exactitud que él mismo, lo pobre de sus aptitudes?... Y sin embargo... él seguía creyéndolo, su obra no era mala...

—Siento mucho, señor, no haber tenido la suerte de agradarle,—dijo...—Hice, por mi parte, cuanto pude, para realizar las instrucciones de Ud...

—Brava manera de recibir mis instrucciones...—dijo Mr. Wackerbath... ¡Adelante!...

—Procuré terminar mi trabajo rápida-

mente—continuó Horacio—porque entendí que Ud. no deseaba se perdiera tiempo...

—Nadie lo acusará por supuesto de lentitud... Desearía si saber cómo diablos pudo Ud. terminar tan pronto...

—Trabajé sin descanso, de día en día—dijo Horacio... Y este es el modo con que Ud. me dá las gracias por mi labiosidad.

—¿Las gracias?—gruñó Mr. Wackerbath—Ud. un insolente... un charlatán... ¿Ud. esperaba las gracias?...

—Modérese Mr. Wackerbath—dijo Horacio que comenzaba a amontazarse.—No estoy acostumbrado a que se me trate de esa suerte, ni tengo humor para permitirlo ahora... Dígame, si quiere, con calma y en un lenguaje conveniente, el motivo de su desagrado...

—Enchentro detestable, insensato el trabajo todo entero, señor mío... No lo acepto en ninguna de sus partes. Es la obra de un loco furioso... es una casa que ningún caballero inglés que se respete a sí mismo, y sepa guardar su situación en el país, consintiera en ocupar, si quisiera por una hora...

Por tanto—dijo Horacio—en el colmo del abatimiento, sería inútil sugerir modificaciones...

—Absolutamente inútil—repuso Mr. Wackerbath...

—Muy bien—dijo Horacio—entonces nada más tenemos que hablar. Nada le costará a Ud. encontrar otro arquitecto, que sea más feliz, en realizar sus deseos. Mr. Bevor, el caballero que acaba de salir, añadió, no sin amargura, puede ser su hombre... Si alguien sale perjudicado en este negocio, soy yo... No veo que daño le haya causado a Ud... Así, con su permiso, me retiro...

—Ningún daño!—exclamó Mr. Wackerbath... —Y qué hago yo con su infernal edificio, ya construido?...

—Construído?...—dijo Horacio...

—Sí, señor, construído... Lo vi con mis propios ojos, desde mi coche, esta mañana, al salir de la estación... El cochero y el lacayo lo vieron también... Mi mujer, mis hijos... todos lo vimos...

Horacio comprendió. El infatigable Genio, estaba de por medio en el asunto... Por supuesto, para Fakrash, aquello había sido como él mismo decía, un negocio sencillísimo. Ahora recordaba que el viejo de-

monio, había dado un vistazo a los planos, y pedidole algunas explicaciones al respecto, y sin duda, para ahorrarle quebraderos de cabeza, con carpinteros y albañiles, se había tomado la molestia de levantar el edificio en una sola noche...

Era esta por cierto una idea bien intencionada y generosa, pero ella colocaba al infotunado arquitecto en una situación nada envidiable...

Bien señor—dijo Mr. Wackerbath con estudiada ironía—presumo que es Ud. a quién debo el ver engalanada mis tierras, con un tan precioso palacio...

—Yo... yo... —dijo Horacio— casi exánime...

Y entonces vió con la emoción que puede imaginarse, al Genio en persona, envuelto en sus verdes vestiduras, justamente detrás de Mr. Wackerbath...

La paz sea con vosotros—dijo Fakrash—adelantándose con su amabilísima sonrisa, estereotipada en los labios. Si no me equivoco—agregó dirigiéndose al estupe-

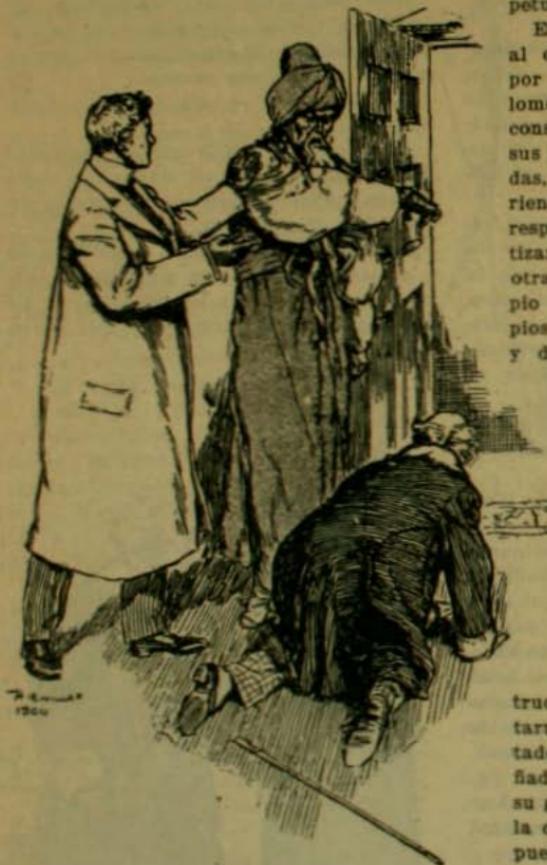


No ha hallado en él un arquitecto de talento divino!

facto agente de negocios—tú eres el mercader, para quién mi querido hijo, aquí presente (y palmoteó amistosamente la espalda de Ventimore), ha construido una casa...

—Yo soy—dijo Mr. Wackerbath— con alguna sorpresa. ¡Es el señor Ventimore, padre, a quien tengo el honor de hablar?

—No... no...—interrumpió Horacio...



VV, pues, en cuatro pies

—No es pariente mío... Es una especie de socio...

—¿No has hallado en él un arquitecto de talento divino? —preguntó el Genio con orgullosa complacencia... — ¿No es acaso el palacio que para tí ha construido, una maravilla de hermosura y grandeza, que los mismos sultanes envidiarían?...

—No, señor—exclamó el enfurecido Mr.

Wackerbath.—Ya que Ud. me pregunta mi opinión, se la diré francamente. Es un adeficio ridículo, bueno todo lo más para un tablado de feria... No hay en él ni pieza de billar, ni baños, ni excusado, ni una sola habitación razonable, ni siquiera cañerías de desagüe... He tenido la paciencia de visitar todo ese estúpido mamarracho, que se tiene el atrevimiento de calificar, por este mozo petulante, de casa de campo...

El desalentado Horacio, se reanimó al oír estas palabras. El Genio que por cierto no tenía todas las de Salomón, había emprendido la tarea de construir un palacio, de acuerdo con sus propias ideas artísticas y anticuadas, y Horacio, que por propia experiencia, sabía ya a qué atenerse al respecto, no pudo menos que simpatizar con su infortunado cliente. Por otra parte, halagaba su proprio la idea de que no eran sus propios planos, el objeto de tanta cólera y desprecio. Y así, por un proceso mental, harto comprensible, se sintió reconciliado y casi agradecido con el oficioso Fakrash. Además él era su Genio, y no estaba dispuesto a dejarlo atropellar por un extraño.

—Deje explicarle, Mr. Wackerbath—dijo.— Personalmente nada tengo que ver con el asunto. Este caballero, deseando ahorrarme molestias, ha emprendido la construcción de la casa de Ud., sin consultarnos, y por lo que sé de sus facultades, no dudo que se ha desempeñado perfectamente, eso sí dentro de su género y estilo.. El le ofrece a Ud. la casa gratis. ¿Por qué no la acepta, pues, en ese carácter, y le da él destino que mejor le plazca?

—¡El destino que mejor me plazca! rugió Mr. Wackerbath. Vaya Ud. y vea la más hermosa finca de Inglaterra, afrentada por semejante edificio morisco. "Vean el palacio de locos, construido por Wackerbath", dirán las gentes, y sin comerlo ni beberlo, llegaré a ser la fábula de toda la sociedad. Yo no puedo habitar ese edificio absurdo, y no deseo que siga sirviendo de estorbo en mi propiedad... No

lo deseo. ¿Entiende Ud.? Iré a los tribunales, cueste lo que cueste, y le obligaré a Ud. y a su amigo árabe, a deshacer el disparate que han construido. Llevaré el caso, si fuera necesario, a la misma Cámara de los Lores, y no los dejaré en paz, mientras pueda tenerme en pie.

—Mientras puedas mantenerte en pie—repitió Fakrash, suavemente... No será en verdad por largo tiempo, ¡oh tú mortal litigioso y desagradecido... Vé pues, en cuatro pies, perro inmundo—exclamó—cambiando bruscamente de tono y de maneras... Gatea, gatea, por todo el resto de tus días que yo... Fakrash-el-Amash Yo te lo mando...

Fué ciertamente a la vez lastimoso y grotesco, el ver al orgulloso y respetable Mr. Wackerbath, caer repentinamente con las manos sobre el suelo, después de un desesperado esfuerzo para mantener su dignidad.

—¿Cómo se atreve Ud. a hacer semejante cosa?—murmuró el infeliz....—No sabe que puedo hacerlo procesar por su desacato? ¡Deje levantarme?... Insisto

una vez más. ¡Permitame Ud. levantarme?

—Gatea infeliz... gatea y sé el ludibrio de las gentes—replicó el Genio abriendo la puerta... ¡Vé y anda sobre tus rodillas!... mientras vivas.

—¡No puedo! ¡No quiero!...—gemía el desdichado.—¿Cómo pretende Ud. que yo atraviese en esta forma el puente de Westminster? ¡Qué pensarán los vecinos de Waterloo, donde por tantos años me han conocido y respetado? ¡Cómo he de presentarme ante mi familia de esta suerte? Por favor... Permita Ud. que me levante.

Horacio, absorto y suspenso, no se había atrevido a pronunciar palabra, pero ahora sus sentimientos humanitarios, no menos que el disgusto que le produjeran los procedimientos sobradados y expeditivos del Genio, lo obligasen a intervenir.

—Mr. Fakrash—dijo—esto es ir demasiado lejos. Si Ud. no cesa de atormentar a este infortunado caballero, no cuente Ud. en adelante con mi amistad.

—Jamás—dijo Fakrash—El se ha atrevido a ultrajar mi palacio, el cual es por cierto demasiado sumptuoso para semejante perro inmundo. Por tanto, en adelante sea el polvo de la tierra, su morada ordinaria.

—Pero si yo no he dicho nada en contra de su palacio,—murmuró el pobre Mr. Wackerbath.—Ud. ha entendido mal, los breves comentarios que me permití hacer. Es una mansión estupenda, hermosa, confortable... Nunca diré otra cosa de ella. Allí viviré toda mi vida, si Ud. señor lo permite... si me deja ponerme en pie...

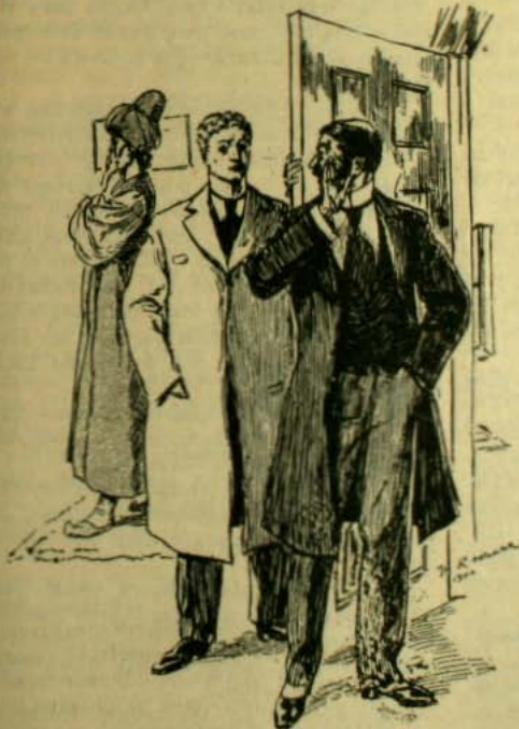
—Haga lo que pide—dijo Horacio al Genio—o no volveré a cruzar palabra con usted.

—Vos sois el árbitro en este asunto, fué la respuesta del Genio. Si cedo es ante vuestra intervención. Levántate, pues—dijo al humillado cliente...

Fué este el momento elegido por Bevor, incapaz de refrenar su curiosidad por más tiempo, para volver a la sala.

—¡Ah! Ventimore — comenzó...—Acaso he olvidado aquí mis... Perdón. Creí que Ud. estaba solo...

—No se retire, señor.—dijo Mr. Wackerbath—ya de pie y con su rostro, de ordinario tan rozagante, cu-



Parece un viejo loco

biero de mortal palidez. Debe saber Ud. que, después de conversar tranquilamente de nuestro negocio, con su amigo Ventimore, y su socio aquí presente, me he convencido de que mis objeciones no eran razonables.

Retracto cuanto había dicho... La casa está admirablemente dispuesta: es de lo más conveniente y cómoda que pueda exigirse... Su entera independencia de todas las conveniencias sanitarias... es... es... una de las muchas ventajas que presenta... En suma, estoy más que satisfecho. Le ruego olvide cuanto haya dicho que pueda interpretar de otra manera... Caballero... buenas tardes.

Saludó al Genio, tímida y respetuosamente y pudo vérsela bajar la escalera con bastante prisa. Horacio apenas se atrevía a mirar a Bevor, cuyos ojos no se apartaban del extraordinario personaje, que a dos pasos de allí, con las manos cruzadas sobre el pecho, parecía abstraído en muda contemplación, sonriendo con el aire de quién está muy satisfecho de sí mismo.

—Vea, amigo—dijo por fin Bevor a Horacio—No me había contado Ud. que tenía un socio...

—No... no es socio—murmuró Ventimore... —es un individuo que suele trabajarme ocasionalmente algunas cosas...

—Es admirable como logró suavisar a su cliente—observó Bevor.

—Sí—dijo Horacio—El es oriental, como Ud. vé, y tiene modales muy persuasivos... ¿Quiere que se lo presente?

—Si Ud. no tiene mayor interés en presentármelo, le ruego me excuse... No me agrada el aspecto del tal individuo, y si quiere saber mi opinión... yo en su lugar no me metería con él... Parece un viejo loco...

—No, no,—dijo Horacio... —Un poco excéntrico y nada más...

—¡Saben la gran nueva!—exclamó el Genio—una vez que Bevor hubo salido de la sala. Salomón, el hijo de David, duerme ya en la tumba, con sus antepasados.

—Lo sé—repuso Horacio, cuyos nervios no estaban para oír noticias de Salomón.—Murió... Lo mismo le ha sucedido a la reina Ana...

—¿No os produce entonces impresión mi estupenda noticia?...

—Me preocupan otras cosas, que me tocan más de cerca—dijo Horacio con se-

quedad.—Debo decírselo, Mr. Fakrash, Ud. me ha metido en un pésimo negocio...

—Expícalemos más claramente, porque no os comprendo.

—Por qué demonios—murmuró Horacio—no me ha dejado Ud. concluir la casa, por mí mismo?

—Acaso no os vi quejaros de nuestra limitada habilidad, para llevar a cabo la sorpresa? Determiné, pues, que no cayera sobre vuestra frente desgracia alguna, en razón de tal incompetencia, desde que yo podía construir un palacio, capaz de hacer vivir eternamente vuestro nombre... Y ya lo habeis visto!...

—Así es—dijo Horacio—difícil será que me olviden. Nada tengo que reprochar a Ud. Las intenciones han sido excelentes; pero... ¡acaso, Ud. no se ha dado cuenta de que mi carrera como arquitecto está perdida para siempre?

—¿Cómo puede ser?—repuso el Genio—Todo el crédito por haber construido ese palacio estupendo, será vuestro.

—¿El crédito? Estamos en Inglaterra y no en Arabia. ¿Qué reputación he de adquirir por la construcción de un edificio oriental, que estaría muy bueno para Harem-al-Raschid, pero que, puedo aseguránselo, parecerá absurdo a la mayoría de mis compatriotas.

—Sin embargo, aquel perro ingrato, observó el Genio, se marchó muy satisfecho...

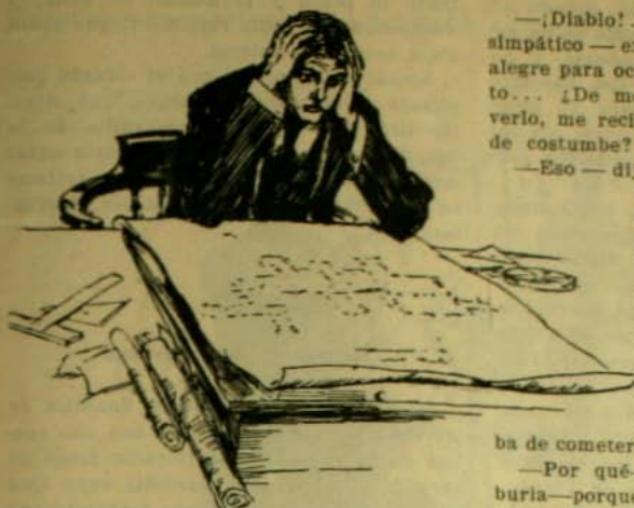
—Naturalmente, desde que se convenció de que no le era posible expresar su verdadera opinión, sino en cuatro pies. Bravo testimonio, por cierto. ¿Y cómo puede suponer Ud. que yo voy a recibir el dinero de ese caballero? No, Mr. Fakrash, aunque yo mismo me viera obligado a andar en cuatro pies, debo declarar los procedimientos de Ud. por lo menos incorrectos.

—Manifestadme vuestros deseos—dijo Fakrash un tanto humillado.—Bien sabéis que nada puedo rehusaros.

—Entonces—dijo Horacio—¿Tendría Ud. la bondad de deshacer el palacio, de dispararlo en los aires, o algo por el estilo?...

—Verdaderamente—dijo el Genio con acento agraviado, ejecutar obras buenas en vuestro obsequio, es tiempo perdido, porque no me dejáis en paz hasta que no las he deshecho.

—Es por última vez—rugió Horacio.



Horacio se arrojó en su sillón, frente a la mesa de dibujo

—Le prometo no pedirle otra cosa en lo sucesivo.

—Si no fuera por la magnitud del servicio que os debo, me negaría a satisfacer vuestro capricho... Pase por esta vez, pero ya no me encontraréis tan indulgente en lo sucesivo.

Y el extraño personaje pronunció algunas palabras ininteligibles, mientras hacía extrañas figuras en el aire con la mano derecha.

—Vuestro deseo está cumplido,... Del palacio aquél, ya no quedan ni rastros...

—He aquí otra sorpresa, pero esta vez agradable, para el pobre Mr. Wackerbath —pensó Horacio.

—Yo no sé—agregó en voz alta—como agradecer su buena voluntad para conmigo... Pero ahora que recuerdo ¡cumplió Ud. mi encargo cerca del Profesor Futvoye?

—;Cómo! — exclamó el Genio — ;Otra exigencia? ;Hasta cuándo?

—Pero Ud. lo había prometido, señor —dijo Horacio.

—No paséis cuidados a este respecto —observó el Genio... —mi promesa ya está cumplida.

—¡Bravo! — exclamó Horacio. — De modo que el profesor, cree ya la historia del encierro de Ud. en la botella?

—Cuando le dejé—contestó el Genio— todas sus dudas se habían desvanecido.

—¡Diablo!... Es Ud. un tuno muy simpático — exclamó Horacio, demasiado alegre para ocultar del todo su pensamiento... ¡De modo que cuando yo vaya a verlo, me recibirá con tanto agrado como de costumbre?

—Eso — dijo Fakrash con irónica e inescrutable sonrisa—eso es más de lo que puedo aseguraros.

—¿Por qué? — preguntó Horacio.— ;No lo sabe ya todo?

Los furtivos ojos del Genio dejaban traslucir una sensación extraña; algo de la malicia del niño que acaba de cometer un picardía de marca mayor.

—Por qué—dijo el Genio en tono de burla—porque, a fin de disipar su incredulidad, me he visto en el caso de transformarlo en un mulo tuerto de repugnante apariencia.

—;Cómo! — exclamó Horacio...

Pero ya sea para evitar explicaciones, o ahorrar comentarios, el Genio había desaparecido con su brusquedad acostumbrada...

—;Fakrash! — gritó Horacio— ;Mr. Fakrash!... ;Vuelva Ud.!... ;Oigame dos palabras!... ;Deseo hablar con Ud.!...

No obtuve respuesta: el Genio estaría ya en camino de Jericó o del Lago Chad, y muy lejos por cierto de Great Cloister Street...

Horacio se arrojó en su sillón frente a la mesa de dibujo, y con la frente hundida en las manos, comenzó a pensar en la nueva complicación producida. Fakrash había transformado al Profesor Futvoye en un mulo tuerto. Ello parecía increíble, absurdo, pero Horacio había ya visto hacer al Genio tantas cosas imposibles que no dudó hubiera sido también capaz de esta última.

Su primer pensamiento fué para el abismo que este suceso abría entre Silvia y él; para hacerle justicia, el simple hecho de que el padre de su adorada fuera un mulo, en nada amenguaba su cariño por ella. Aunque él no hubiera sido, en modo alguno responsable de semejante calamidad, tampoco habría parado milenios en tan triste circunstancia. ;En qué familia no existen monstruos de alguna clase?

El estaba pues dispuesto a casarse con

Silvia de todas maneras aún cuando su padre hubiera sido transformado en un peñcano o un pato de dos cabezas, y no en un simple mulo tuerto. Era bastante valeroso e independiente, para no atender sino a los encantos de su novia, sin parar mientes en los defectillos de sus progenitores.

Pero la dificultad estaba, como Horacio lo comprendió instantáneamente, en que después de lo ocurrido, Silvia acaso no quería casarse con él; no conectaría ella sin necesidad de mucha perspicacia, la transformación de su padre, con el abominable banquete de la noche anterior? Hasta podría sospechar que su mismo novio pudiera haber empleado, este medio indecoroso, para obligar a su suegro a renovar el roto compromiso. Y en esa sospecha, bien podía haber una parte de verdad. Quizás el profesor, después de saberlo todo había rehusado permitir el matrimonio de su hija, con el protegido de un sér de tan dudosa naturaleza, y Fakrash, quiso cambiar su opinión, con un argumento de los suyos.

En todo caso, Horacio conocía a Silvia lo bastante, para estar cierto de que el orgullo le cerraría su corazón, mientras existiera semejante obstáculo. No podía, además, pensarse en matrimonio, ya que la persona cuyo consentimiento era necesario, era ahora un mulo tuerto.

Sería imposible dar una idea de cuánto Horacio dijo y pensó acerca de la persona que le había acarreado tan espantosas complicaciones, pero pasados los primeros arrebatos de su inútil cólera, se calmó lo bastante para reconocer que su sitio en este momento, era el lado de su novia. ¡Cuánto mejor hubiera sido contárselo todo a ella con tiempo!...

Ya no era posible guardar silencio. Pero la idea de acercarse a Coltesmore Gardem, tan agradable hasta entonces, le infundía ahora una mezcla de terror y de piedad.

Iría, sin embargo... Al fin de cuentas iba a presentarse ante el afligido hogar como mensajero de esperanza. Sin duda los Futvoye creían que la transformación del Profesor era permanente: perspectiva aterradora para una familia tan unida; Horacio, por fortuna, podía darles algunas seguridads a este respecto.

Fakrash no dejaba nunca de deshacer sus hazañas, una vez que se lo había mos-

trado lo inútil y lo dañino de ellas; y Ventimore casi podía responder, que ahora iba a suceder lo mismo.

Apesar de todo, fué con el corazón palpitante y las manos trémulas, que Horacio tiró esa tarde la campanilla de la casa Futvoye... ¿Cómo encontraría aquel infeliz hogar? ¿Cómo iban a estimar su presencia en tan excepcionales circunstancias?

CAPITULO XII

Mensajero de Esperanza

Juana, la linda y coqueta doncella de los Futvoye, abrió la puerta, con una sonrisa de bienvenida, que Horacio juzgó de buen agüero. Ninguna doncella cuyo amo hubiera sido repentinamente transformado en mulo, sonreiría de esa suerte. El Profesor, según le dijo a Horacio, no estaba en casa. También era esta buena señal. Por despreocupado que fuese un sabio por su apariencia personal, difícilmente se atrevería a desafiar a la opinión pública en la figura de un cuadrúpedo.

—¿Está afuera el Profesor? —preguntó Horacio, para estar más seguro.

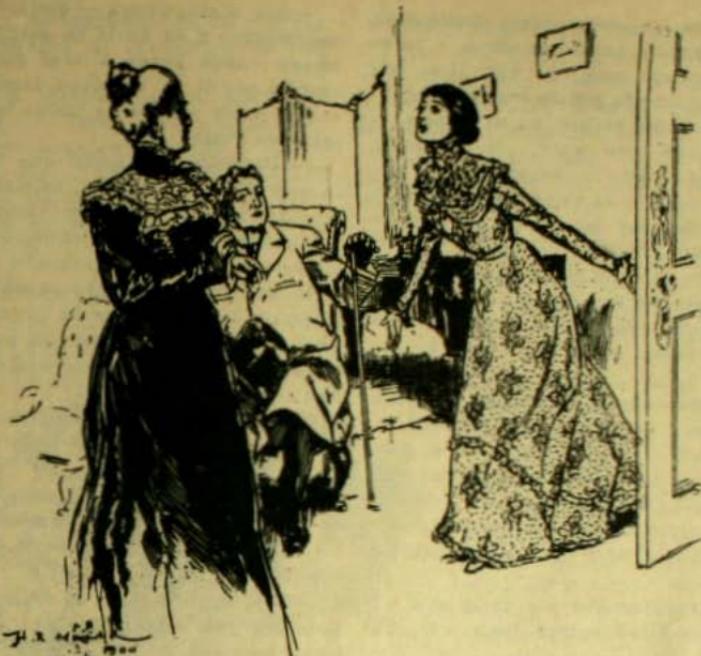
—Afuera, exactamente no —dijo la doncella—pero muy ocupado trabajando en su estudio, y no quiere ser interrumpido con ningún pretexto.

También esto era alentador, porque un mulo, difícilmente podía emprender labores científicas o literarias de ningún género. Acaso el Genio se había equivocado en cuanto a la extensión de su poder, o quiso divertirse un rato a costa de Horacio.

—Entonces veré a la señorita Futvoye, dije...

—La señorita Silvia está con el amo, señor—contestó la criadita—pero si Ud. quiere pasar al salón, avisaré a la señora...

No tuvo que esperar largo tiempo. La señora Futvoye penetró en el salón, y una ojeada sobre su rostro bastó para confirmar los peores presentimientos de Ventimore. Aparentemente estaba tranquila, pero era evidente que su calma provenía sólo de un energético dominio de sí misma; tenía sus ojos de ordinario tan plácidos, rodeados de profundas ojeras, y sus oídos parecían estar sobre aviso para coger algún rumor distante.



Venga luego donde papá! Ha comenzado a patear de nuevo

—No me había imaginado verlo aquí tan luego—comenzó con estudiada reserva;—sin duda viene Ud. a darme alguna explicación sobre la extraordinaria manera con que nos festejó anoche... Si es así...

—El hecho es—dijo Horacio, dando vueltas a su sombrero...—el hecho es que he venido porque estaba ansioso por la salud del Profesor...

—¿Por la salud de mi marido?...—dijo la pobre señora, haciendo un esfuerzo heróico por aparecer sorprendida...—Antonio está como de costumbre. ¿Por qué ha supuesto Ud. otra cosa?—agregó con un gesto de sospecha...

—No sé... pero se me pasó por la mente la idea de que acaso no se encontraría bien hoy—dijo Horacio, con los ojos puestos sobre la alfombra.

—Lo veo—dijo la señora Futvoye, recobrando su sangre fría...—Ud. temió quizás que esos exóticos guisos de anoche pudieran haberle caído mal. Pero salvo una pequeña irritación... está bueno.. como de costumbre...

—Me alegra mucho de oírlo—dijo Ho-

racio con renaciente esperanza...—Podría verlo un momento?

—No... No... ¡por Dios!—exclamó la señora Futvoye, con irresistible terror...—Temo que después de lo ocurrido anoche, una entrevista con Ud. sería demasiado penosa para mi marido...

—Sin embargo, nuestra despedida fué muy cordial.

—Pero puedo asegurale—replicó la valiente señora—que hoy le encontraría Ud. considerablemente cambiado...

Horacio no tuvo dificultad en creer esto último.

—Al menos podré ver a Silvia?—preguntó.

—No—dijo la señora Futvoye...—No es posible... Silvia está muy ocupada ayudando a su papá. Antonio tiene que dar una conferencia mañana en la noche, y ella está escribiendo bajo su dictado.

Si cualquiera ocultación de la verdad, puede excusarme, sin duda lo era esta. Por desgracia, en ese mismo momento la propia Silvia penetró corriendo en el salón...

—Mamá—exclamó sin ver a Horacio en

su turbación...—venga luego donde papá. Ha comenzado a patear de nuevo, y yo no puedo sujetarlo sola... ¡Ah! ¡Ud. está aquí!... ¿Cómo ha podido venir ahora?... Váyase, Horacio, váyase, yo se lo pido... Papá está un poco mal... No... no es nada serio... pero... váyase...

—Silvia—dijo Horacio, acercándose a ella y cogiéndole las manos...—Lo sé todo... entiende Ud... todo...

—Mamá—exclamó Silvia en tono de reproche.—¡Se lo ha contado Ud. ya?... ¡No habíamos quedado en no decirle nada a Horacio hasta... hasta que papá se mejore...

—Querida—replicó la señora—yo nada le he dicho... Puede que él lo haya sabido... pero... no... es imposible. Además—agregó haciendo a su hija un signo de inteligencia—no veo para qué hacer tanto misterio de un simple ataque de gota... Bueno voy a ver lo que necesita tu papá...

Y salió apresuradamente de la sala.

Silvia se sentó silenciosa junto a la chimenea.

—Ud. no se imagina—observó apresuradamente—como la gente patea, cuando tiene un ataque de gota.

—Oh, sí, lo comprendo—dijo Horacio, con amabilidad—a lo menos lo supongo...

—Especialmente cuando se está en pie—continuó Silvia.

—Sí—dijo Horacio suavemente—en cuatro plés...

—¡Ah! ¡Ud. lo sabe?—exclamó Silvia.—Entonces es en Ud. más horrible e imperdonable de que haya venido.

—Silvia—dijo Horacio.—¡No es este asaco el momento en que mi sitio debe ser junto a Ud.?

—Pero no cerca de papá... Horacio—interrumpió ella—no es nada seguro.

—¡Ud. cree que yo tendría miedo?

—¡Pero está Ud. seguro de saber cómo está papá ahora?

—Entiendo—dijo Horacio, buscando la frase menos inconveniente—entiendo que un observador superficial, que no conociese a su señor padre, podría confundirlo a primera vista con una especie de cuadrúpedo.

—Si parece un mulo—suspiró Silvia descubriendose por completo.—Ello sería menos malo, si pareciera un mulo hermoso... Pero... no es así...

—Sea como quiera—declaró Horacio, acercándose a su novia en actitud de consolarla—nada puede alterar mi profundo respeto por él. Y Ud. debe dejarme verlo, porque estoy seguro de poder mejorar un tanto su humor...

—¡Pretende Ud. acaso que se ría por lo ocurrido?—dijo Silvia, sollozando.

—No, no me propongo hacerlo ver el lado humorístico de la situación—explicó Horacio con suavidad.—Espero tener más tacto que todo eso. Pero supongo que se alegrará de saber que se trata solo de una... una... indisposición pasajera... Haré lo posible para que vuelva a estar bien, antes de mucho.

Ella le miró extremercida. Sus ojos desmesuradamente abiertos mostraban a la vez incredulidad y terror...

—Si Ud. puede hablar así—dijo...—es porque Ud... Ud... ha sido quien... No... no puedo creerlo. Sería demasiado horrible.

—Yo... yo... capaz de semejante cosa. Entonces ¿no estaba Ud. aquí cuando el hecho ocurrió?

—No,—contestó ella.—Me lo han contado después. Mi mamá oyó a papá hablando muy alto en su estudio esta mañana, como si estuviera altercando con alguien. Como la disputa subiera de tono, mi mamá se puso intranquila, entró a ver lo que ocurría. El papá ya estaba solo, aunque un poco excitado, tenía el mismo aspecto de siempre, y entonces, sin el menor aviso, al momento que ella estaba en la pieza, se cambió poco a poco en un mulo, a sus propios ojos. Cualquiera que no sea mi mamá habría perdido la cabeza y alborotado la casa...

—A Dios gracias, no lo hizo—dijo Horacio con fervor.—Yo lo había temido.

—Entonces, Horacio... fué Ud... No lo niegue... Si ya lo comprendo todo.

—Pero Silvia—protestó él ansiosamente—¿Cómo ha podido metérsele a Ud. en la cabeza una idea semejante?...

—No lo sé—dijo ella con lentitud...—Varias cosas me chocaron anoche. Ningún cristiano, y que sea como los demás, viviría en esas extrañas piezas, ni comería sobre cojines, con horribles esclavos negros, y niñas que bailan... Ud. nos había afirmado que era pobre...

—Y lo soy en realidad. Y en cuanto a las habitaciones de anoche y todo lo de-

más, ya han desaparecido. Si Ud. va hoy a Vincent Square no encontrará vestigio de nada...

—Eso está mostrando—dijo Silvia—su culpabilidad... Pero, ¿cómo pudo ocurrírsele jugar semejante pasada a mi pobre papá?... No... Ud. no me quiere... Ni eso es digno de un caballero.

—¿No he de quererla, Silvia?... En

de mujer, sintió algún consuelo al recordar que ella había, en cierto modo previsto, lo ocurrido desde el principio.

—Pero nunca por cierto me imaginé que se tratara de algo tan maligno—dijo pero—¿cómo pudo ser tan descuidado, para dejar escapar esa cosa vieja y mala, de la botella?...

—Crees que era un manuscrito—dijo Horacio, antes de que saliera...

—Pero no es una cosa mala, Silvia. Es un Genio viejo pero muy amable. Hace todo lo que le pido. Nadie habrá sido tan agradecido y generoso como él.

—Llama Ud. generoso el cambiar en mulo a mi pobre papá?

—preguntó Silvia frunciendo los labios.

—Ha sido un error—dijo Horacio—no se ha dado exacta cuenta del negocio. En Arabia ellos acostumbran hacer estas bromas, o, por lo menos, lo acostumbraban en su tiempo... No es esta por cierto, suficiente excusa... Pero además, ya no es joven, y habiendo estado embotellado tanto tiempo, es natural que su espíritu se haya perturbado un poco... Ud. debía tratarlo, Silvia, y lo conocería mejor.

—No... no quiero tratarlo—dijo Silvia—a menos que presente sus excusas a mi pobre padre, y lo ponga de nuevo en buen estado.

—No dude Ud. de que lo hará—contestó Horacio en tono confidencial.—Puedo asegurárselo. Nunca persevera en sus desati-

nos. Quizás esté un poco escamado conmigo, porque siempre le llevo la contraria... Ahora se ha excedido y con mucho, pero le hablaré alto y fuerte. El siempre está dispuesto a poner en orden lo que ha descompuesto. Solo que esto le fastidia al pobre viejo un tanto...

—Pero ¿cuándo arreglará él la cosa?...

—Tan pronto como yo lo vuelva a ver.

—Sí... pero ¿cuándo lo verá Ud.?

—Esto es más de lo que sé... Ahora anda de viaje... en China, en el Perú... no se dónde.



¡En verdad Ud. me cree capaz de cometer una barbaridad como esa!

verdad Ud. me cree capaz de cometer una barbaridad como esa?... Míreme... y dígame que lo cree...

—No, Horacio—dijo Silvia, con franqueza—no lo creo. Pero Ud. sabe quien lo hizo... y debía contármelo de una vez.

—Sí, voy a contárselo—repuso Horacio.

Y con toda la brevedad que le fué posible, le refirió como había abierto la dichosa botella de bronce, y lo que después sucediera.

Ella sobrellevó la historia, mejor de lo que hubiera sido de esperar; acaso, a fuer-

—¡Horacio! Pero entonces tardará muchos meses en volver.

—No... El puede hacer todo ese camino, *aller et retour*, en pocas horas... Es muy activo para su edad. Entretanto, lo principal es buscar alivio al espíritu de su señor padre. Así, lo mejor es que yo le vea luego...

En este instante la señora Futvoye penetró en el salón.

—Decía justamente a Silvia—continuó Horacio—que deseaba ver al Profesor desde luego.

—Es del todo, del todo imposible—repuso nerviosamente la pobre señora.—No está en condición de recibir a nadie: tiene una gota horrible...

—Señora Futvoye—dijo Horacio—créame Ud... Yo sé más de lo que Ud. supone.

—Si mamásita—interrumpió Silvia—lo sabe todo... todo... Y puede que a papá le haga bien verlo.

La señora Futvoye se dejó caer desesperada en un canapé...

—Señor mío—dijo—no sé qué decirle... Si lo hubiera Ud. visto encaritarse ante la simple idea de llamar un doctor!

Privadamente, aunque por supuesto no podía decirlo, Horacio pensaba que un veterinario habría sido más apropiado para el caso. Con todo persuadió a la señora Futvoye de que lo llevara ante su marido.

—Querido Antonio—dijo la señora golpeando suavemente la puerta.—Te he traído a Horacio Ventimore que desea verte por unos pocos momentos, si se puede.

Pareció, al juzgar por el tremendo tumulto que se armó dentro, que al Profesor único ojo útil no le agradaba esta intromisión en su vida privada.

—Querido Antonio—continuó la abne-vado del uso de la lengua, es del todo

gada señora, abriendo la puerta—trata de calmarte. Piensa que pueden oírtre los sirvientes. Horacio está ansioso por ayudarte.

En cuanto a Ventimore, se sintió extraordinariamente sobrecogido por el aspecto que presentaba el Profesor. Jamás viera hasta entonces un mulo en peores condiciones, ni de más endemoniada apariencia. Casi todo el amobrado de la oficina, estaba hecho añicos, ni quedaba ya vidrio bueno. Las preciosidades egipcias yacían en rotos fragmentos sobre la alfombra, y, aún la momia, aunque todavía sonreía con enigmática benevolencia, mostraba a las claras haber sido también víctima de las coches del Profesor.

Horacio comprendió por instinto que cualesquiera expresiones de condolencia serían en este caso importunas. En verdad la actitud y la expresión del Profesor le recordaban cierto "Burro sabio" que había visto en el circo.

Solo que él se rió muchísimo del tal burro, y ahora no sentía ningún deseo de reír.

—Créame, señor,—comenzó—yo no le habría molestado de esta suerte... quieto! por amor de Dios, Profesor, no me patee, antes de oírme.

Porque el mulo de un salto, se había dado vuelta, colocando sus cuartos traseros, en actitud de lanzarlos contra el visitante.

—Escuchadme, señor—dijo Horacio.— Yo no tengo la culpa de lo que ocurre, como Ud. parece imaginarlo... Si Ud. me mata, destruirá el único sér que pueda remediar este... este... atropello.

El mulo pareció impresionado por esta observación, y se retiró a un rincón, ob-

servando atentamente a Horacio, con su

—Si no me equivoco, señor—continuó Horacio—Ud. aunque temporalmente pri-



TP JULIA. 1900.
Casi todo el amueblado de la oficina estaba hecho añicos

capaz de seguir un razonamiento. Si es así, le ruego me lo signifique, levantando su oreja derecha.

La oreja derecha del mulo se levantó inmediatamente.

—Ahora podemos entendernos — dijo Horacio.—En primer lugar deje Ud. de-

viar, y nos permitirá seguir conversando con tranquilidad... Si Ud. quiere besar esto... un signo de... de... de su cola, lo puede mostrar.

La cola del Profesor se levantó con tal prontitud que trajo al suelo varios vasos de porcelana y una lámpara árabe, que

así se mantenían en su sitio. La señora Futvoye salió apresuradamente, y regresó con el champagne en una ancha jardinière de China, como el mejor substituto de copa, que pudo hallar a la mano.

Una vez que el mulo, vació la jardinière", y se hubo serenado en apariencia, Horacio continuó:

Espero, señor,—dijo—que, antes de muchas horas Ud. se esté sonriendo... le ruego no corcovée de esta suerte me atrevo —dijo— a

esperar que Ud. sonría de lo que ahora le parece, con justicia, una seria e irremediable catástrofe. Hablaré formalmente a Fakrash... El Genio... ya Ud. sabe, y estoy seguro de que en cuanto se dé cuenta de la torpeza de su conducta, será el primero en ofrecer a Ud. una reparación... Porque el viejo mamarracho, con todos sus defectos tiene buena, muy buena índole.

El profesor, al oír esto bajó sus orejas y sacudió la cabeza en señal de duda, lo que le hizo aparecer, ahora más que antes, un burro de circo.

—Entiendo conocerlo a fondo, señor— dijo Horacio—y sé que no hay malicia en él. Le doy mi palabra de honor, de que, si Ud. lo deja todo a mi cuidado y se mantiene quieto, muy pronto se verá libre de esta absurda situación. Esto era cuanto tenía que decirle, y así, no lo molestaré por más tiempo. Si Ud. quiere manifestar que ya no me guarda rencor al-



Una vez que el mulo vació la jardinière

cirle que repudió toda responsabilidad en los procedimientos de ese infernal Genio. Pero señor tenga Ud. calma... no me estrelle contra la pared... Si Ud. quiere tener un poco de paciencia.

En ese instante el mulo, hacía ademán de lanzarse sobre él con la boca abierta, lo que obligó a Horacio a refugiarse tras de una silla de cuero.

—Ud. debe mantenerse tranquilo, señor—le observó—sus nervios están naturalmente exitados... ¿Por qué no toma Ud. un poco de champagne? esto le ali-

guno, sírvase darme una de sus... patas delanteras...

Pero el profesor se volvió de ancas, en forma tan irritada que Horacio jurgó más prudente no insistir.

—Temo—le dijo a la señora Futvoye, al salir de la pieza—que el Profesor esté todavía un poco incomodado conmigo, por este miserable negocio...

—No sé cómo pudo Ud. imaginarse otra cosa—repuso la señora—ni él ni nosotras podemos olvidar que, sin Ud. nada de esto hubiera ocurrido.

—Si Ud. se refiere a mi asistencia al remate—dijo Horacio—debo recordarle que sólo fui allí a pedido del Profesor. Ud. lo sabe Silvia.

—Sí, Horacio—dijo Silvia—pero mi papá no le pidió que comprara esa odiosa botella de bronce, con un Genio adentro. Y cualquiera persona de sentido común se habría abstenido de destaparla...

—¿Cómo! ¡Ud. Silvia también está contra mí!—exclamó Horacio en tono de queja.

—No, Horacio, contra Ud. jamás. No sé lo que me digo. Sirve de alivio echar la culpa a alguno de lo que ocurre. Ud. siente la cosa tanto como nosotras mismas. Pero mientras mi papá permanesca como está, nada puede haber entre nosotros... Ud. lo comprende muy bien, Horacio.

—Sí, lo comprendo—dijo éste—pero créame Silvia, no permanecerá así; se lo juro. En uno o dos días más, le podrá ver Ud. en su figura ordinaria. Y ahora, Silvia mía, prométame que nada ni nadie puede separarnos en lo sucesivo...

Quiso estrecharla en sus brazos, pero ella lo rechazó suavemente.

—Cuando papá se mejore—dijo—sabré mejor qué decirle... Ahora, nada puedo prometerle...

Horacio reconoció que era imposible exigir de su novia otra respuesta, y se despidió, pensando que, después de todo, las cosas podrían mejorar en lo sucesivo.

Se abstuvo de ir al club y comió en sus propias habitaciones, temeroso de que el Genio viniera durante su ausencia y no lo encontrara.

—Si me necesita—se decía—es muy capaz de buscarme en el Club, y no sería agradable que se presentara repentinamente, a través del piso de la sala de lectura o del comedor. El directorio no toleraría semejante escándalo.

Pero el Genio no daba señales de vida y Horacio comenzó a intranquilizarse.

—Quisiera tener un medio de llamarlo, pensaba. Si fuera esclavo de alguna lámpara, bastaría frotarla para evocarlo, pero de nada sirve frotar esa botella, porque él no es esclavo de ella. Probablemente teme no haberse conducido muy correctamente y anda huyéndome el bulto.

Se extremecía al pensar en el desventurado Profesor, reducido a la incongruente figura de un mulo, y esperando con impaciencia un cambio que no venía. Y ¿por cuánto tiempo el hecho permanecería ignorado? En cuántos días más, Londres y el mundo civilizado llegarían a saber que uno de los más célebres orientalistas de Europa, se encontraba dando coches en su estudio de Coltesmore Gardens?

Embargado por semejante pensamiento, Ventimore no pudo dormirse hasta muy entrada la mañana, y no es necesario decir que los sueños que turbaron su reposo, terribles y estrambóticos como fueron, no pudieron ser más grotescos y fantásticos que las realidades del día anterior.

CAPITULO XIII

Entre la espada y la pared

El baño matinal no bastó para refrescar el turbado espíritu de Ventimore. Después de devolver su almuerzo, casi sin probarlo, se puso a la ventana a contemplar melancólico, el verde césped de Vincent Square; las masas azuladas de la Abadía y de la Torre Victoria, y los gigantescos gasómetros que se esfumaban débilmente al través de la bruma.

Se sentía descontento de sí mismo y de su profesión, desvanecidas ya las brillantes perspectivas de la semana anterior. Ya no tenía trabajo, y la vista de su mesa de dibujo, le había parecido una burla cruel.

Tampoco podía atreverse a presentarse decentemente en Coltesmore Gardens, mientras la situación no cambiara, o al menos hasta que lograra ver al Genio.

—¡Fakrash!—exclamó en voz alta...—Ud. no puede dejarme metido en semejante atolladero.

—A vuestro servicio—contestó una voz bien conocida a sus espaldas...

Aíl establa el Genio, sonriendo como siempre, y ante esa visión tan deseada, toda su indignación se desbordó en forma incontenible.

—¡Oh!... ¡Estaba Ud. aquí!—dijo con alterado acento. ¡Dónde demonios, se había Ud. metido todo este tiempo?

—No en parte alguna de la tierra, fué la suave respuesta. Me hallaba en las regiones del aire, pensando el modo de procurar vuestra felicidad.

—Si Ud. ha acertado tan bien alla arriba como aquí abajo—repuso Horacio—le debo muchísimas gracias por su atención.

—Estoy suficientemente pagado con vuestra gratitud—contestó el Genio—quien como muchas personas estimables era incapaz de comprender la ironía.

—Lejos de estar agradecido—repuso Horacio—me encuentro pura y simplemente desesperado.

—Muy bien ha sido escrito—repuso el Genio.—No os preocupeis de vuestros asuntos; dejadlos en manos del destino; lo que hoy os tristece, mañana causará vuestra alegría”.

—No espero que esto me suceda a mí—dijo Horacio.

—¿Qué os conturba entonces? ¿Cuál queja nueva tenéis contra mí?

—¿Cómo pudo metérsele a Ud. la idea absurda de transformar a un distinguido sabio que no ha hecho daño a nadie, en un mulo tuerto? Supongo no haya sido su intención, la de hacer simplemente una broma?

—No... Esa es una de las cosas más fáciles del mundo—dijo el Genio, pasándose complacidos los dedos por su larga barba. En muchas ocasiones he verificado yo prodigios de ese género. ¡Es sencillísimo!...

—Debia tener Ud. vergüenza de lo que ha hecho. El asunto ahora es, cómo va a remediar semejante desaguisado.

—Lo hecho no será deshecho—respondió sentenciosamente el Genio.

—¡Cómo! — exclamó Horacio, creyendo apenas a sus oídos.—De modo que Ud. plensa dejar a ese infotunado Profesor, para siempre en su forma actual.

—Nadie puede alterar lo que estaba predestinado.

—Ya lo creo. Pero el destino no puede haber querido que un hombre eminente



El asunto ahora es cómo va a remediar semejante desaguisado

se vea transformado en un mulo, por todo el resto de su vida. El hado no es tan loco.

—No despreciés a los mulos, porque son animales utilísimos para el hogar doméstico.

—Pero ¡Dios me confunda! Ud. no tiene imaginación. ¡No comprende acaso la desgracia de un hombre de alta reputación y distinguidos talentos, que se ve repentinamente sumido en situación tan humillante?

—Caiga sobre su cabeza todo el daño—repuso Fakrash friamente.—El lo ha querido.

—Pero Ud. no supondría haberme hecho un servicio con esta hazaña... Ella imposibilita en absoluto mi matrimonio con la hija de ese sujeto.

—No es mi intención que toméis a su hija por esposa.

—Lo apruebe Ud. o no yo quiero casarme con ella.

—Pero ella no se casará con Ud., mientras su padre continúe siendo un mulo.

—Lo concedo... Pero ¡es ese el bien que Ud. pretende hacerme?

—No he tomado en cuenta vuestros intereses, en este caso.

—Pero yo le suplico que los considere ahora. He dado mi palabra de que el Profesor será restaurado. No sólo mi felicidad, sino mi honor están en juego.

—Por no lograr un imposible, el honor no se pierde. Y lo que pedís es un imposible.

—Un imposible? ¿Por qué? —repitió Horacio, sintiendo helársele la sangre en las venas.

—Porque —dijo el Genio, ásperamente... —Porque he olvidado la manera de hacerlo.

—Disparate! —repuso Horacio.—No lo creo. ¡Cómo! —agregó descendiendo hasta la adulación—un Genio tan hábil e inteligente como Ud., no pueda realizar una prueba tan sencilla... Ud. que hizo y deshizo esta casa en pocas horas... ¡Una maravilla!

—Eso fué una bicoca —dijo Fakrash complacido por el homenaje rendido a su talento. Este negocio es muy diferente.

—Pero los niños van a reírse de Ud.—insinuó Horacio... —Vamos Ud. sabe perfectamente como desempeñarse en su oficio...

—Puede que así sea... Pero no quiero hacerlo.

—Entonces, señor mío—dijo Horacio—considerando las obligaciones que Ud. confiesa deberme, tengo a lo menos el derecho de conocer la razón verdadera de su negativa.

—La demanda no carece de justicia—contestó el Genio, después de un instante de silencio.—Yo no puedo dejar de recomendaros.

Muy bien—exclamó Horacio... —Sabía que Ud. acabaría por complacerme... No perdamos pues más tiempo, y vamos a restaurar a ese pobre señor, como me lo acaba de prometer.

—No, no,—dijo el Genio.—Yo sólo os he prometido deciros la razón de mi negativa, y vais a escucharla. ¡Sabed! ¡Oh, hijo mío! que ese perverso personaje, había descubierto, por medio de ciertos viles y secretos medios, el lenguaje misterioso con que está escrito el sello de la botella en que fui aprisionado, y estaba dispuesto a revelárselo, a otros individuos.

—¡Y qué le importa a Ud. eso?

—Me importa mucho, porque ese escrito contiene un relato falso y mentiroso de mi vida pasada.

—Si todas son mentiras ¿por qué se preocupa? Trátelas con el desprecio que merecen.

—No todas son mentiras—repuso el Genio, no sin cierta vacilación.

—No importa. Cualquiera fechoría suya ha sido ya sobradamente expiada.

—Ahora que Salomón ya no existe, es mi deseo reunirme con mis parientes, los Genios verdes, y vivir el resto de mis días en su amistad y con honor... ¡Cómo podría ser esto, si ellos saben mi nombre execrado por los mortales?

—Nadie pensará en execrarte a Ud. por negocios con tres mil años de fecha. Es un escándalo demasiado afejo.

—Habláis lo que no sabéis—dijo Fakrash en un tono que dejaba traslucir cierta sombría complacencia.—Si os dijese la mitad de mis malas acciones, el resumen de ellas llegaría hasta las regiones étnicas, y el horror y el desprecio me persiguirían por sobre el haz de la tierra.

—No... no exageré, Ud. señor —dijo Horacio que creía sinceramente que el pasado del Genio, estaría probablemente formado por pecadillos. Pero de todos modos, estoy seguro que el Profesor consentirá en guardar silencio sobre el asunto. Además como Ud. ya ha recobrado el sello.

—No: el sello aún está en su poder, y no sé donde lo haya depositado—dijo Fakrash—pero eso no importa, ya que el único mortal capaz de descifrarlo, es hoy un animal mudo.

—De ningún modo—dijo Horacio.—Muchos de los amigos del Profesor, podrían descifrar la inscripción tan bien como él mismo.

—¿Decís la verdad?—preguntó el Genio visiblemente alarmado.

—Por cierto—dijo Horacio.—La arqueología ha hecho grandes progresos en el último cuarto de siglo. Nuestros sabios pueden ahora leer los ladrillos babilónicos y las tablas caldeas, con tanta facilidad como si fueran avisos en hierro galvanizado. Ud. cree haber sido muy hábil, al transformar al Profesor en un animal, pero luego sabré a su propia costa, que sólo ha cometido una nueva equivocación.

—¿Cómo puede ser eso?—interrogó Fakrash.

—Bien—dijo Horacio, sintiéndose ya en

terreno firme.—Ahora que Ud. con su sabiduría infinita, ha ordenado que el Profesor sea transformado en un mulo, él no podrá continuar gozando de ningún derecho de propiedad. Sus objetos serán vendidos en pública subasta, y entre ellos, el sello de Ud. el cual, como otras preciosidades de su colección, será adquirido probablemente por el Museo Británico, donde será examinado y comentado por todos los orientalistas de Europa... ¡La ha hecho Ud. buena!...

—¡Oh joven de maravillosa sagacidad! —dijo el Genio.—En verdad yo no había considerado estos detalles, hasta que vos me habéis abierto los ojos. Así he de presentarme inmediatamente donde ese hombre-mulo, y le conjuraré a que me diga donde se encuentra el sello.

—Difícilmente pueda hacerlo, mientras continúe siendo mulo.

—Le devolveré el uso de la palabra, con este sólo objeto.

—Permítame decirle—observó Horacio—que él está de bastante mal humor, y no consentirá en complacer a Ud. si no le devuelve su figura humana.

—Se la devuelva o no se la devuelva, eso no dependerá de mí, sino de la damisela, con quien estás comprometido a casaros. Ante todo debo hablar con ella.

—Siempre que yo esté presente, y Ud. prometa no hacer ninguna de las tuyas—dijo Horacio—no veo inconveniente, porque estoy seguro de que al oírla, Ud. no podrá menos de sentirse conmovido, ante su dolor por la desgracia de su pobre padre. Pero Ud. me prometerá conducirse con corrección.—Os lo prometo—dijo el Genio.—Solo deseo hablarla por cuenta vuestra.

—Muy bien—asintió Horacio—pero yo no puedo presentar a Ud. con ese turbante, porque se asustaría. Es mejor que Ud. se

vista en la forma usada en Inglaterra, para no llamar demasiado la atención.

—¿Os satisface esto?—preguntó el Genio—mientras su turbante verde y exóticas vestiduras, hacían lugar al sombrero de copa, a la levita y a los pantalones de la civilización moderna.

Así ataviado, el pobre viejo presentaba muchísima semejanza, con un payaso del circo, pero Horacio no quiso extremar su crítica.

—Así está mejor—dijo en tono protector—mucho mejor. Ahora—agregó—poniéndose su propio sombrero y sobretodo, tomaremos un carro que nos llevará a Kessington en menos de veinte minutos.

—Estaremos allí, antes de veinte segundos—dijo el Genio, tomándolo de los sobacos—y Horacio se encontró de pronto, llevado por los aires con extraordinaria rapidez, hasta tomar tierra, en frente de la casa de los Futvoya.

—Observarla a Ud.—dijo una vez que hubo recobrado el aliento—que si nos han visto, debemos haber causado sensación.

Los habitantes de Londres no están acostumbrado a ver a las gentes, volando por los tejados como pájaros amateurs.

—No os inquietéis por esto—dijo Fakrash—ningún ojo mortal ha sido capaz de seguir nuestro vuelo.

—Así lo espero—dijo Horacio.—Semejante cosa me habría hecho perder la poca reputación que aún me queda. Pienso—agregó—que sería mejor que yo subiese primero a preparar a esas señoritas.

usted puede esperar aquí en la puerta, y cuando yo le haga una señal, desde la ventana, con mi pañuelo, suba por la escala, como las gentes ordinarias, y se haga anunciar por la doncella.

—Lo tendré muy presente—repuso el Genio—y desapareció repentinamente, al través de una grieta del pavimento.

Horacio fué introducido al salón, donde muy luego vino a encontrarle Silvia, tan encantadora como siempre, a pesar de la



«Os satisface esto? preguntó el Genio

palidez impresa en su rostro por la ansiedad y el insomnio.

—Es Ud. muy amable en haber venido—dijo.—Papá sigue lo mismo esta mañana. Ha tenido una buena noche, y pudo comer unas zanahorias a la hora de almorzar. Ahora está más molesto quizás porque re-

qué ha venido Ud. si no puede hacer nada?

—No habría venido, sino trajera buenas noticias. ¡Recuerda Ud. lo que le conté acerca del Genio?

—Sí lo recuerdo? ¡Cómo podía olvidarlo! ¡Ha vuelto en realidad?

—Sí y creo haberlo convencido de que ha hecho un disparate, encantando a su infeliz papá, y parece dispuesto a remediar el daño. Está allí afuera esperando una señá para subir, pero desea hablar antes con Ud.

—«Conmigo! Oh!, no Horacio—exclamó Silvia, retrocediendo.—Eso es demasiado. No me gustan esas cosas que salen de botellas de bronce. No sé por qué, pero me daría un miedo horrible.

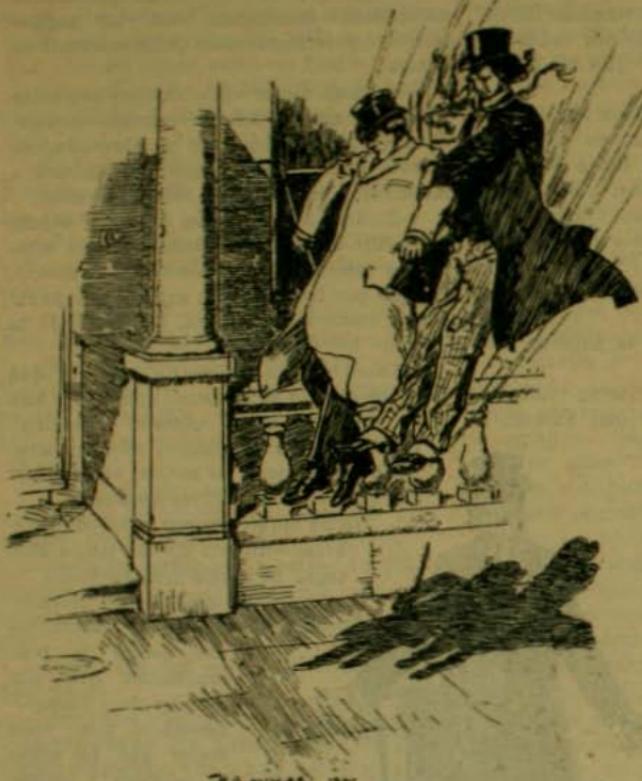
—Debe Ud. armarse de valor, querida mía, dijo Horacio. Recuerde que de ello depende la mejoría del Profesor. Y el viejo Fakrash no tiene nada de alarmante. Se ha vestido como todo el mundo, y su aspecto no es así tan malo. El es un suave y amable viejo mentecato, pero nada hará en favor de su papá, si Ud. se niega a recibíro. Uollo verá, Silvia, hágalo por la salud de su papá!

—Si es necesario—dijo Silvia, extremándose—seré tan amable con él, como sea posible.

Horacio se dirigió a la ventana e hizo la señal convenida, aunque el Genio no estaba por allí. Sin embargo, debió ver la señal, porque muy luego se sintió un aldabonazo en la puerta de calle, y un momento después la criadita anunció a Mr. Fakrash Larmash (así dijo ella), que quería ver a Mr Ventimore.

El Genio hizo su entrada en el salón con el sombrero puesto.

—Ud. ignora probablemente, señor—le dijo Horacio—que es costumbre en Ingla-



*T. M. 1908
Horacio se encontró de pronto llevado por los aires*

cuerda que debe leer esta noche una conferencia, sobre el ocultismo oriental en la Sociedad Asiática... ¡No siente Ud. como da cores? ¡Ay! Horacio; qué terrible es esto! ¡Cómo podemos sobre llevarlo?

—No será por mucho tiempo—contestó Horacio.

—Todo está muy bueno, Horacio, pero a menos que el remedio venga luego, después será demasiado tarde. No podemos continuar teniendo un mulo en el estudio, sin que los criados sospechen algo... Y ¿a dónde llevaremos al pobre papacito? Es muy triste pensar en ponerlo a pesar de un hospital para caballos... ¡Por



No deja de tener gracia la doncellita

terra, descubrirse delante de las señoras.

El Genio se sacó el sombrero con las dos manos, y permaneció silencioso e impasible.

—Déjeme presentarle a la señorita Silvia Futvoye—continuó Horacio—la dama de que Ud. ha oido ya hablar.

Un relámpago atravesó por los extraños y opalinos ojos del Genio, al dirigirlos a la graciosa y encogida figura de Silvia, pero no se dió por entendido de la presentación.

—No deja de tener gracia la doncellita—observó a Horacio—pero las hay mucho más bellas.

—No le he pedido su parecer al respecto—dijo Horacio secamente.—En mi opinión, no hay en el mundo nada comparable a la señorita Futvoye, y le ruego tenga esto muy presente. Ella está muy desconsolada—como lo estaría cualquiera buena hija—por la cruel e insensata broma que Ud. ha jugado a su padre, y le ruega que la remedie en el acto. ¿No es así Silvia?

—Si señor—dijo Silvia trémula y llorosa—si esto no es para Ud. mucha molestia.

—He estado considerando vuestras palabras—dijo Fakrash a Horacio, sin hacer caso de Silvia—y me he convencido de que estás en lo justo. Aún cuando el contenido del sello fuese conocido de todos los hombres, no se levantaría clamor alguno, por cosa que no les concierne. Por consiguiente, nada me importa en qué manos caiga el sello. ¿No pensáis como yo?

—Naturalmente — dijo Horacio.—Y qué deduce Ud. de esto?

—De esto se deduce, como vos mismo habéis dicho—dijo el Genio con tono de afectada indiferencia — que nada ganó con pedir se me devuelva el sello, a cambio de restaurar en su anterior figura al padre de esta doncella. Poco se me da a mí, que continúe siendo un muerto para siempre, a menos que estés vosotros dispuestos a cumplir con mis condiciones.

—;Condiciones! — exclamó Horacio, que no esperaba esta salida.—Qué puede Ud. necesitar de nosotros? Sin embargo, digálas, que nosotros las cumpliremos si son razonables.

—Pido que renunciéis a la mano de esta doncella.

—Eso no puede ser—dijo Horacio—y Ud. lo sabe muy bien. Nunca la abandonaré, si ella no me abandona.

—Doncella—dijo el Genio, dirigiéndose a Silvia por primera vez—a vos os toca resolver. ¿Quieres o no libertar a mi hijo de su contrato, ya que no sois digna de ser su esposa?

—;Cómo puedo quererlo?—exclamó Silvia:—él y yo nos queremos mucho. Solo un viejo tirano y perverso puede esperarlo. Yo no lo abandonaré.

—Es preciso que abandonéis al que nunca pudo ser vuestro—dijo Fakrash.—No os cuidéis, por otra parte de él, porque pienso consolarlo de vuestra pérdida, dándole algo mejor que vale mil veces más que vos, y entonces ni siquiera se recordará de vuestra insignificante persona.

—No lo crea Ud., Silvia—dijo Horacio.

—Recordad—continuó el Genio—que con vuestra negativa, condenáis a vuestro padre a permanecer de mulo toda su vida. No seréis una hija tan desnaturalizada y dura de corazón.

—Oh, no es posible—exclamó Silvia.—No debo dejar a mi pobre papá convertido en mulo, cuando puedo salvarlo con una sola palabra... ¿Qué he de hacer? Horacio, aconséjeme Ud., aconséjeme.

—El cielo nos ilumine—refunfuñó Horacio—si supiera yo por dónde está el camino del sentido común... Vea Mr. Fakrash—agregó—el asunto merece considerarse. ¡Querría Ud. dejarnos solos por un momento para deliberar nuestra respuesta?

—Con mucho gusto—dijo el Genio con mucha amabilidad y desapareció instantáneamente.

—Ahora, Silvia—comenzó Horacio, una vez que Fakrash se hubo marchado—ahora si este viejo necio y extravagante habla en serio, nos coloca en una situación muy difícil... Sin embargo, me atrevo a esperar que se trata solo de una broma... Pero sea lo que se fuere, le ruego no se detenga Ud. por consideraciones comigo.

—¿Puede Ud. imaginarlo?—dijo la pobre Silvia... —Horacio... ¿quiere Ud. en verdad, verse libre?

—Yo—repuso Horacio—cuando Ud. es todo lo que tengo en el mundo. Pero además considero los hechos tales como se presentan. Para comenzar, su familia no va a permitir que continúen nuestras relaciones. Mis esperanzas profesionales se han desvanecido. Mi situación es aún peor que antes, porque ese Genio, a quien Dios confunda, ha concluido por privarme de mi único cliente... la única cosa medianamente razonable que me había proporcionado.

Y contó á su novia la historia del original palacio de Mr. Wackerbath.

—Así, como Ud. vé—concluyó—ni siquiera tengo una casa que ofrecerle, y aún si la tuviese, sería para Ud. de lo más incómodo y desagradable, ver a ese viejo espartajo, apareciendo de tiempo en tiempo, a través de las paredes, o por el cañón de la chimenea, sobre todo, si, como lo temo, le ha tomado a Ud. alguna mala voluntad.

—Pero acaso podría ponerse remedio a este mal ¡por qué no hablar con él?

—Comienzo a comprender—replicó Horacio—que ese demonio no es tan manejable como lo había creído. Y ahora, no está de buen humor, eso se conoce a primera vista.

—Entonces me aconseja que rompa nuestro compromiso—exclamó ella...—Nunca lo hubiera creído de Ud.

—Por vuestra salvación y la de su padre, debemos hacerlo—dijo Horacio...—Esperemos si, que vuelvan tiempos mejores...

—No trate de engañarme ni de engañarse a sí mismo Horacio...—dijo Silvia.—Si nos separamos ahora, nunca volveremos a encontrarnos.

Tenía la pobrecita la triste convicción de ello.

—Esperemos lo mejor—dijo él casi llorando.—Fakrash debe temer algún motivo especial para obrar como lo hace... Bien puede ser que se trate de un disparate de los suyos, y se vea en el caso de arrepentirse... Pero ahora, nuestra separación es necesaria.

—Bien—dijo ella...—Si el restaura a mi papá, así sea, pero no de otra manera.

—Ha decidido la doncella—preguntó el Genio, reapareciendo repentinamente...—El tiempo de las deliberaciones ha pasado.

—La señorita Futvoye y yo—contestó Horacio—estamos dispuestos a dar por terminado nuestro compromiso, mientras Ud. no disponga otra cosa, a condición de que Ud. restaure a ese pobre señor, sin dilación alguna.

—Conforme—dijo Fakrash.—Conducidme hacia él, y arreglaremos el negocio inmediatamente.

En camino del estudio, se toparon con la señora Futvoye.

—Ud. aquí, Horacio—exclamó...—Y... ¿quién es este caballero?

—Este caballero—dijo Horacio—es... él... el autor de la desgracia de su señor marido, y viene aquí, a mis instancias para deshacer su obra...

—Será mucha gentileza de su parte—exclamó la pobre señora, entre admirada y resentida...—Si supiera que malos ratos hemos pasado.

Y condujo a la comitiva, a la habitación de su marido.

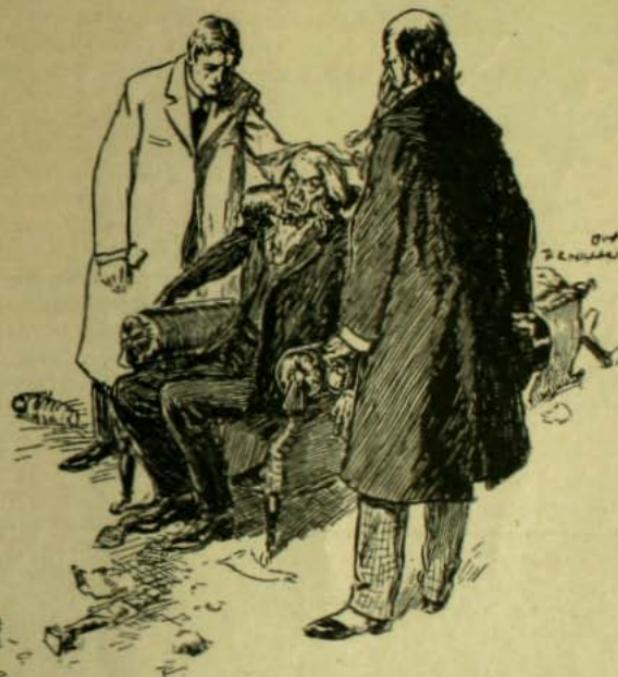
En cuanto se abrió la puerta, el Profesor pareció reconocer a su atormentador, apesar del nuevo traje que llevaba, y volvió ancas, en forma por demás indecorosa e indigna de tan distinguido personaje.

—;Oh Mortal, de profunda ciencia—comenzó el Genio—vez a quien he obligado, por razones que os son conocidas, a asu-

mientras no tenga yo ese sello, seguiréis siendo tan mulo como ahora.

—Bien, entonces—dijo el mulo secamente...—Ud. puede hallar el sello, en el primer cajón de mi escritorio. La llave está en un jarrón de diosita, sobre la consola.

El Genio, abrió el cajón, y tomando el sello, lo sepultó en uno de los bolsillos de su incongruente levita.



El profesor Futuoye, restaurado en su forma primitiva, apareció sentado en la silla, convulso y tembloroso

mir la forma de un mulo, hablad, os conjuro a ello, y decidme donde habéis depositado el sello, que se encuentra en vuestro poder.

El profesor habló, y el efecto de un lenguaje articulado, saliendo de labios de un ser, que por todas sus apariencias, era un mulo como los otros, fué más extraño de cuanto es dable concebir.

—Primero le vería a Ud. ahorcado—dijo irritadísimo.—Ningún daño peor, puede Ud. hacerme.

—Como queráis—dijo Fakrash —pero

—Muy bien—dijo—ahora debéis entregarme la traducción que habéis hecho, y jurarme no revelar a mortal alguno, su contenido.

—¿Sabe Ud. lo que se está diciendo?—dijo el mulo, con la vista extraviada.—Quiere Ud. obligarme a destruir el más brillante descubrimiento de mi carrera científica. Jamás, señor, jamás.

—Si rehusáis—dijo el Genio—os volveré a privar nuevamente del uso de la lengua, y permaneceréis como ahora, un mulo de hedionda apariencia y no sé que

os aprovechará entonces, un descubrimiento, que nadie podrá conocer. Escoged, pues.

El mulo hizo un gesto horripilante.

—Ud. me ha cogido de mala manera—murmuró—y no tengo más remedio que someterme. La única traducción que he hecho, está en aquella papelera.

Fakrash encontró el escrito, y lo hizo desaparecer entre sus manos, como un prestidigitador vulgar.

—Ahora—dijo—levantad vuestra pata derecha y juradme, por lo que os sea más sagrado, no divulgar jamás lo que nunca debistéis saber.

De pésima gana, prestó el Profesor el juramento exigido.

—Bien—dijo el Genio, sonriendo.—Que una de vuestras mujeres, me traiga una copa de agua fresca.

Silvia salió, volviendo poco después con un vaso de agua.

—Es filtrada—dijo ansiosamente... —
—Servirás así?

—No es necesaria otra cosa—repuso el Genio... Salgan de la pieza, las mujeres.

—Ud. no piensa—observó la señora Fuyoye—que es una crueldad, alejar a su esposa e hija en un momento como este. Nos estaremos muy quietas y quizás podamos ayudar en algo.

—Hagan lo que les dicen—vociferó el ingrato mulo.—No es tiempo de porfiar, o creen acaso que él no conoce su estúpido negocio...

Salieron pues las damas, e inmediatamente Fakrash tomó el vaso, y arrojando su contenido sobre el mulo — exclamó.

—Abandonad esa forma, y recobrad aquella en que fuisteis creado.

Al pronto no se produjo ningún efecto: el animal simplemente quedó inmóvil y tembloroso, y Ventimore comenzó a sentir la horrible sospecha de que el Genio hubiera olvidado, como antes lo afirmara, la manera de llevar a cabo este particular encantamiento.

Pero al fin el mulo se enderezó, batiendo frenéticamente en el aire sus patas delanteras, y cayó al fin en un amplio sillón de cuero, que, por fortuna era bastante sólido para soportar aquel peso. Se produjo entonces una breve convulsión, y por un proceso imposible de ser descrito, el hombre pareció surgir del mulo, el mulo hundirse en el hombre, y el Profesor Fuyoye, restaurado en su forma primitiva, apareció sentado en la silla, convulso y tembloroso.

(Continuará)

NIÑOS ATRASADOS

Mr. Edmond Perrier publica un nuevo trabajo del Dr. Raul Dupuy, de París, sobre el tratamiento de los niños rezagados en su desarrollo, por los extractos de glándulas internas asociadas. El autor hace desde luego en este estudio una distinción entre los niños anormales *atróficos*, de hecho, de alguna lesión cerebral determinada e incurable y los anormales *distróficos* como consecuencia de un retardo en el desarrollo y de auto-intoxicaciones.

Estos últimos, enfermos curables, presentan perturbaciones en sus secreciones in-

ternas, (tiroides, hipófisis, subrenales), y sus deformaciones físicas: onanismo, obesidad, gigantismo, etc., reconocen el mismo origen que las anomalías mentales, por las que los padres acuden a consulta. Por estos niños y para ellos preconiza el doctor Raul Dupuy la *opoterapia endocriniana asociada* que con una *remineralización apropiada* para cada caso es susceptible de proporcionar mejorías en los tipos más diversos de atrasados, como los apáticos, los veleidosos, y en ciertos niños atacados de epilepsia y del mal de Little.



MAYO
1913

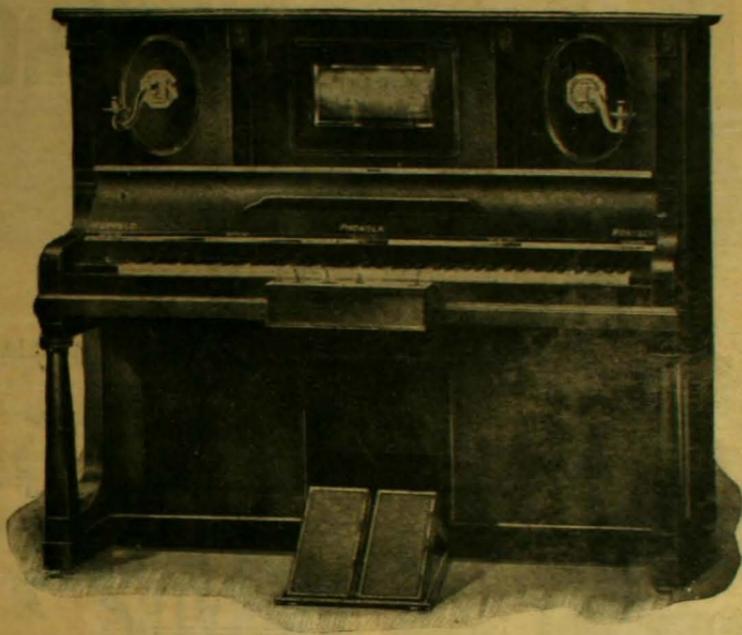
Precio
Un Peso



COCINERA INTELIGENTE

La última palabra en materia de cocinas, es la cocina eléctrica; así mismo, el ACEITE SASSO, es la última palabra en materia de Aceites de Olivas.
Con ambas cosas puédesse solamente hacer buenas comidas.

C. KIRSINGER & Co



Auto - Solodant - Piano

MARCAS

HUPFELD, SCHIEDMAYER, IBACH

EXCELENTE Tocador. EXCELENTE Piano
VENTAS CON FACILIDADES DE PAGO

En SANTIAGO: Casa de ADOLFO CONRADS, Calle Estado
En CONCEPCION: Casa de F. RETTIG, Calle Barros Arana



VIÑA CONCHA Y TORO

Vinos Tinto y Blanco
Reservados, especiales
para Banquetes

Se recomiendan las clases PARA FAMILIA

CABERNET

..... Y

SEMILLON BLANCO

Ventas en cajones, javas, barriles
y damajuanas

AGENTES GENERALES:

BESA & Co.

SANTIAGO - VALPARAISO - CONCEPCION

Bodega:

Manuel Rodriguez 42

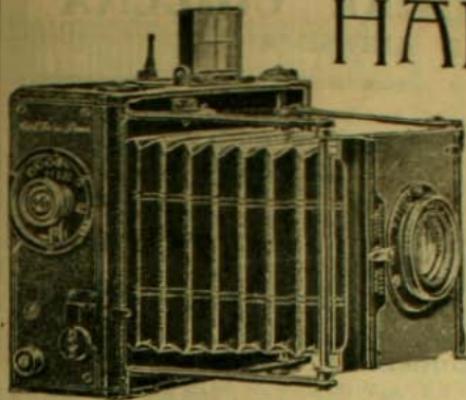
Teléfono 1003



Oficina,

Bandera número 170

Teléfono 1007



HANS FREY

VALPARAISO

Materiales y Utiles para la

Fotografía

SIEMPRE GRAN SURTIDO

PIDASE CATALOGO

Agentes para el Sur:
Casilla 943, Concepción

Kock & Wolf

Salvador Molina G.

BANDERA 115 • Corredor de Comercio • BANDERA 115

Compra-venta de propiedades, acciones mineras, salitreras, bonos, etc.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS

con Bancos y particulares

Conversiones de deudas con anticipo de fondos, conformación de títulos de bienes raíces

SEGUROS

Toda clase de operaciones comerciales y bursátiles

SALITRE

el mejor abono para las agricultores, jardines, parques, etc., vendo en pequeñas y grandes partidas a precios fuera de competencia.

LA ESMALTADORA CHILENA

SOCIEDAD ANONIMA

Como su nombre lo indica, esta Sociedad tiene por objeto la fundación de una Fábrica para el esmalte, enlozado, galvanización y estanqueación de fierro.

Actualmente el país consume más de veinte millones de pesos en esta clase de mercaderías, cuya materia prima es toda nacional. El primer Directorio ha quedado organizado como sigue:

Don LUIS A. VERGARA,
Presidente

Don CARLOS RUSIÑOL
Vice-Presidente

DIRECTORES:

Don LUIS URZUA VICUSA
Director-Gerente

Don E. FEDERICO REDDOEHL,
Director-Técnico

Don JOSE DE LA TAILLE,
Director (f) los Altos Hornos

Don EDUARDO BEZANILLA,
De la Casa Bezanilla y Ca.

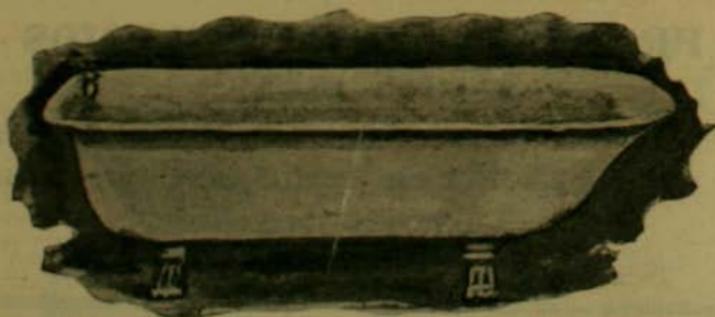
Don ALEJANDRO LIRA
Don PASCUAL H. JARA DE A.

Se ha solicitado ya laprobación suprema para la Sociedad con el concurso de numerosos accionistas fundadores, que han suscripto ocho mil acciones como se ve en la lista respectiva.

La Sociedad ha adquirido ya terrenos, edificios, maquinarias en condiciones tales que representan una gran utilidad para los accionistas.

Gran parte del valor de estas especies se paga con acciones, lo que manifiesta la confianza que ha inspirado esta industria a los clientes contratantes, de todo lo cual se dará oportunamente conocimiento a los señores accionistas y al público.

El capital social es de DOS MILLONES DE PESOS, divididos en veinte mil acciones de CIEN PESOS cada una, pagaderas con VEINTE PESOS al firmarse la escritura social y el resto en cuotas mensuales de DIEZ PESOS.



LAS
Novedades Parisienses

oooooo

ESTADO esq. PASAJE MATTE

oooooo

**Especialidad
de Artículos
para Señoras y
Niños**

oooooo

**Gran Taller de Vestidos
SOBRE MEDIDA**

oooooo

**Abrigos de todas clases
Toilettes de baile
Trajes de novias
Ropa interior
Creas, Lienzos**

oooooo

EMPORIO DE ALFOMBRAS

de una sola pieza

oooooo

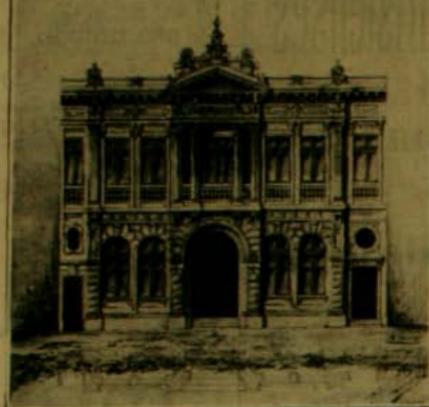
EL AFAMADO TE LEON
EL CAFE EXCELSIOR
CHAMPAGNE MOET - CHANDON

En su empeño por desarrollar la afición de los viajes, procurando facilidades a los viajeros, "PACIFICO MAGAZINE" publicará en breve un

**GUIA
MANUAL
DEL VIAJERO
EN CHILE**

Rogamos en consecuencia a los señores HOTELEROS, EMPRESARIOS DE TRANSPORTE POR MAR, RIOS O TIERRA, DUEÑOS DE CAFEES Y RESTAURANTS, Etc., SE SIRVAN REMITIRNOS UNA NOTA ACOMPAÑADA DE UN RE CORTE DE ESTE AVISO, INDICANDO SU DIRECCIÓN, TARIFAS DE PRECIOS E ITINERARIOS

Las inserciones en el Guia serán
ABSOLUTAMENTE GRATIS



BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: \$ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER
Gerente



ARTURO LORCA P.
Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL
Gerente



RAFAEL VALENZUELA V.
Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL,
CALERA Y PARRAL

Agencias en el extranjero:

ITALIA

URUGUAY

INGLATERRA

PERU

ALEMANIA

ECUADOR

FRANCIA

y BRASIL

REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.

El Criadero de Plantas Finas de Santa Julia de Nuñoa, de propiedad de José Pedro Alessandri



Tiene constantemente en venta al más bajo precio de plaza. Colecciones de Rosas, Dahlias, Chrysanthemus, Rhododendros, Camelias, Aráceas indicas y rústicas, Kentias, Helechos finos Cycas y gran variedad de otras plantas introducidas recientemente al país.

Ordenes: AVENIDA IRARRAZAVAL 3245, o Teléfono Inglés 17 de Nuñoa.

RICARDO PRESSON.

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

\$ 14.000,000

Dividido en 140.000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de estas acciones forman la serie suscrita por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

Fondo de Reserva: **\$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO:

Presidente

Señor GREGORIO DONOSO

Vice-Presidente

Señor SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Pérez Eastman, Carlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Señor ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Señor CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Moittet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. Rancagua: Agente, señor Javier Gumucio. San Fernando: Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el extranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd., Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebrüder y Cia.

París: Helne et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie. Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco. Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodegaje y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvíos del Banco de la República.



La sembradora de discos "DEERING IDEAL" trabajando en la chacra Valparaíso de Su-
fia de don Ramón Cruz Montt.

Las sembradoras de discos "DEERING IDEAL" constituyen en todas sus partes el tipo más moderno de máquinas sembradoras, lo que prueban los certificados de centenares de agricultores de Chile que tienen estas Máquinas.

Referente a la capacidad, ligereza de trabajo y sencillez, la sembradora "DEERING" no tiene igual y nunca lo tendrá:

Convidamos a todos los Señores Hacendados de pasar por nuestra oficina para conocer nuestro gran surtido de sembradoras "DEERING" y para imponerse personalmente de las ventajas y perfecciones que tienen estas máquinas sobre otras marcas.

Hoy por hoy día la Sembradora "DEERING IDEAL" es reconocida como la Mejor Sembradora del Mundo.

Oficina en
Santiago:

Bandera 419

SAAVEDRA BENARD y Cía.

Importadores de Máquinas afamadas y modernas

Frutos del País



Compramos, Vendemos

Recibimos a Bodejaje

Anticipamos Fondo.

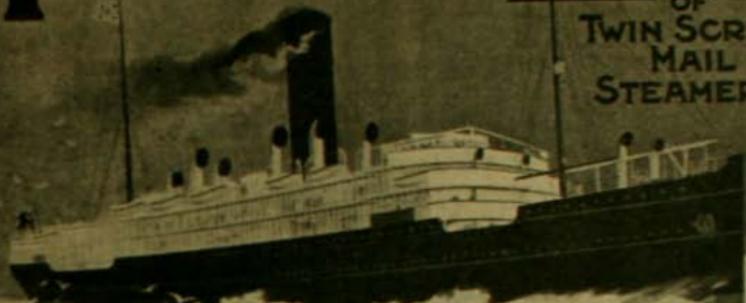


Besa y Cía.

Santiago, Santo Domingo 897

PACIFIC LINE

OF
TWIN SCREW
MAIL
STEAMERS



BRAZIL, RIVER PLATE AND WEST COAST

*Calling at LA ROCHELLE-PALICE, CORUNNA, VILLAGARCIA,
VIGO, LEIXOES, (OPORTO) AND LISBON.*



THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY

INCORPORATED BY Royal Charter, 1862.

31 & 33, James Street, LIVERPOOL.

General Agents for New Zealand.

VALPARAISO.

The Red Dotted Line indicates the
Ports called at by the Extra Service
from Glasgow and Liverpool to Bahia,
Santos, Port Madrin, and West Coast.

General Agents of the various British Navigation Lines.

SANTIAGO
GRANDE, NÚMERO 948
CASILLA 1122
TELÉFONO INGLÉS 776

PEREZ & SWINBURN

CONCEPCIÓN
BARRIL, ARANA NÚM. 488
CASILLA 926

AUTOMOVILES "WHITE"

Compañías de Vapores

R. W. James & Co. - Vapor "Flora"
Nelson Steam Navigation Co. Ltd.
* * * Vapores de Buenos Aires a Europa

COMPAÑIA DE SEGUROS: LONDON & LANCASHIRE

MATERIALES para construcciones.

ID. para Alcantarillado.

ID. y artículos Sanitarios.

PIERRO galvanizado, acanalado inglés y americano.

PIERRO en planchas, negro y en barras.

ALAMBRE galvanizado y negro.

"QUEMADORES DELTA" Inclinador de barreras.

SILLAS inglesas: Champion y Parker.

CEMENTOS extranjeros y del país.

PINTURAS "Glidden": Stucolor, Velvatac, Japalac y varias clases de pinturas y barnices.

PINTURA Zinc en pasta.

AGUARRAS.

ACEITE de Linaza.

NAFTA para Automóviles.

TIROS NOBEL'S - BALLESTITE - SACOS VACIOS

Confitería Santiago

Comestibles y Conservas

AHUMADA ESQ. HUERFANOS

Chocolates, Frutas y Marrones de todas marcas. Conservas, Vinos y Licores importados de todas clases.

Esmero en atención de banquetes —————

Francisco Barrio y Cía.

Grand Garage

Manuel Guilisasti R.

Alameda de las Delicias 2664, Telf. Inglés 609, central



Importación de Automóviles de todas marcas

Fabricación y Reparación
en general por personal técnico francés

Completo surtido de Repuestos y Accesorios

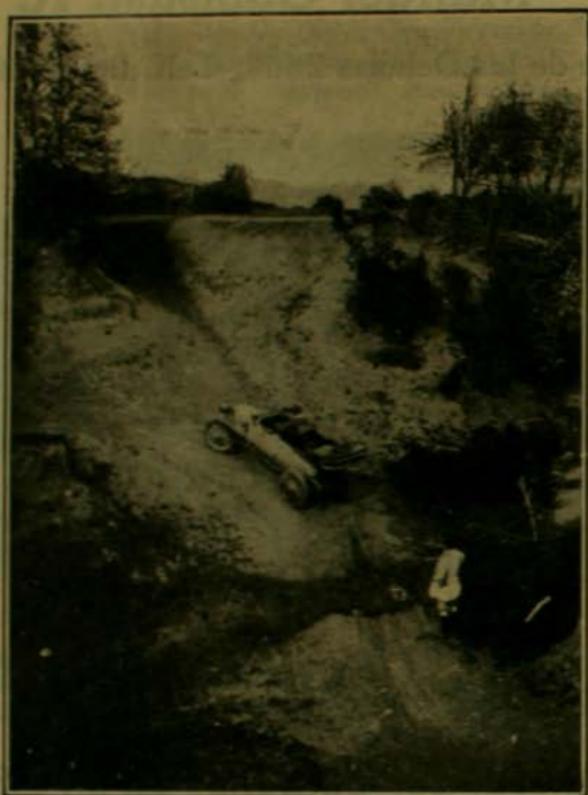
Automóviles nuevos
últimos modelos recibe constantemente

Reparaciones garantidas, precios muy bajos

Espléndidos Boxes particulares
completamente cerrados, \$ 40 por mes

MINERVA 16 H.P.

DE



SUEIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES

(Según fotografía)

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

LA CONSTITUCION DE 1833	Alberto Edwards	593
LA HACIENDA DEL REY	Joaquín Díaz Garcés	605
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux		
POLITICA INTERIOR, VECINAL Y CONTINENTAL		621
LA MOCHILA RENARD		622
EL GRANDE HOMBRE DON PEDRO DE VALDIVIA <i>Francisco Valdés Vergara</i>		641
FERROCARRIL LONGITUDINAL DEL NORTE		647
DE ARTE EN BARCELONA	Juan L. Tattarull	651
CHILE EN SAN FRANCISCO		655
LA REINA DE LOS PEZES	Gerardo de Nerval	658
Ilustraciones de Gordon		
DON MARIANO EGASA	José Antonio Torres	661
RINCONES VERANIEGOS, CHORRILLOS		664
PRE-HISTORIA AMERICANA		666
UNA UNIVERSIDAD AMERICANA		670
EL ESCORPION DEL LANGUEDOC	E. Faure	626
DEPORTES NACIONALES	M. J. Ortega	633
INSTITUTO DANNADIEU, ENSEÑANZA DE IDIOMAS		637
Ilustraciones fotográficas		
CULTIVO DEL TABACO	José Antonio García Huidobro	673
LA FELICIDAD EN LA VIDA MODESTA	Alberto Edwards	683
EL GENIO AMERICANO		689
CENTENARIO (Poesía)	Juan Luis Espejo T.	698
LA MUJER EN EUROPA		700
FOESIA POPULAR		703
MUSICA EN COLORES		705
LA MUJER QUE NO TRABAJA	Roxame	715
LA BOTELLA ENCANTADA	F. Anstey	718
Ilustraciones de H. R. Millae		

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

Waring & Gillow

(South America) Ltd.

Asiento Principal: LONDRES.
CASA ESTABLECIDA EL AÑO 1695.

Sucursales:
PARIS, MADRID, BUENOS AIRES, Etc.

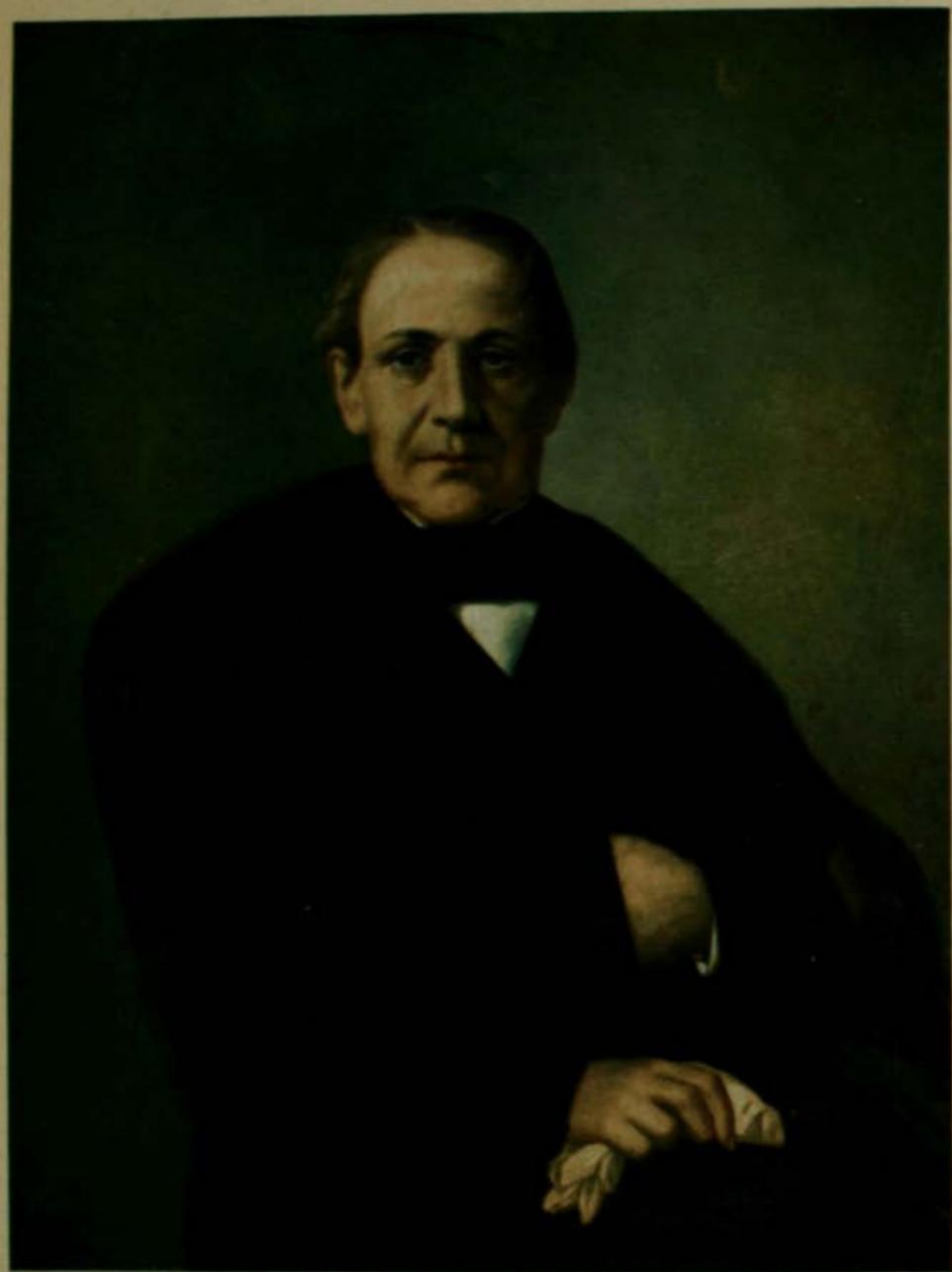


Casa matriz en Londres

Fabricantes de Muebles Menajes, Decoraciones, Etc.

Proveedores de Casas Reales Europeas

Agentes Generales en Chile: COMPTON & Co.
VALPARAISO: Cochrane 593. SANTIAGO: Moneda 1164.



Exmo. Sr. general don Joaquín Prieto Presidente de Chile (1831-1841)



+ Que ayer

VOL. I—Santiago de Chile, Mayo de 1913.—NUM. 5.

— Que mañana

La Constitución de 1833

El 25 de este mes de Mayo de 1913, cumple ochenta años la constitución de Chile. Aniversario tanto más hermoso para la República, cuanto que sus instituciones fundamentales, han sido, durante ese largo período, algo más que vacías palabras escritas sobre el papel.

La carta de 1833 consagrada por el tiempo y la experiencia, es hoy más que una ley; es una tradición, es una parte integrante de nuestra nacionalidad; un monumento sólido e incombustible, como esas montañas de granito que guardan las fronteras de nuestro territorio.—

La constitución de Chile es una de las más antiguas. Ocupa el quinto lugar entre las que actualmente rigen en el mundo... La más vieja de estas, es la de Inglaterra, cuyo origen se pierde en las tinieblas de la Edad Media. La carta magna de las libertades inglesas fué promulgada por el Rey Juan el 15 de Junio de 1215; el bill de derechos que consagró definitivamente el régimen parlamentario es de 13 de Febrero de 1689. Vienen en seguida la constitución de los Estados Unidos (17 de Septiembre de 1787), la del Uruguay (18 de Julio de 1830) y la carta fundamental de Bélgica (7 de Febrero de 1831).—

Aunque algunos estados de Europa y casi todos los de América tuvieron constitucio-

nes escritas antes de 1833, el hecho es que ellas han sufrido después cambios y reformas que han trastornado por completo sus primitivas bases fundamentales. Así por ejemplo, la antigua constitución de Suecia de 6 de Junio de 1809, establecía una monarquía feudal, con sus estados generales, compuestos de los cuatro órdenes del clero,

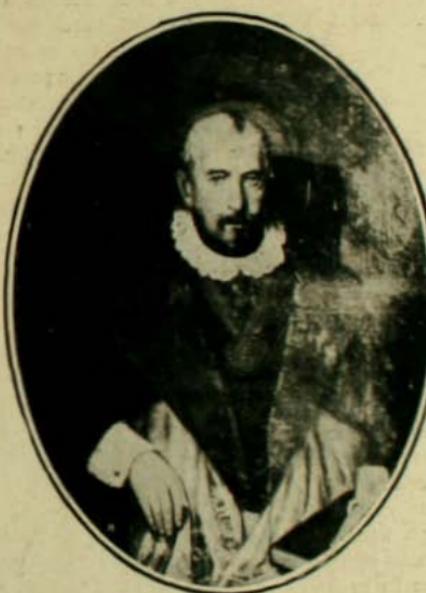
la nobleza, la burguesía y los aldeanos. Solo en 1866 la Suecia se transformó en una monarquía democrática y parlamentaria. Igual cosa ha sucedido en Holanda y en la mayoría de los estados alemanes, salvo los ducados de Mecklenburgo, donde aún subsiste el régimen absoluto.

En América la constitución de Chile no solo es una de las más viejas sino que, salvo la de los Estados Unidos, es la única que en un largo período ha sido constante y escrupulosamente respetada, como única base del derecho público.—

Debemos atribuir en primer término tan

inmenso éxito a la cordura y sentido práctico de los habitantes de este querido rincón del mundo. Ya en 1833 existían en Chile los elementos necesarios al establecimiento de un régimen regular y ordenado, una sociedad organizada, tradicionalista, respetuosa de la autoridad y del derecho ajeno.

Además los constituyentes de 1833 supie-



Don Juan Francisco Meneses, secretario de la Constituyente



Don Ambrosio Aldunate

pieron apreciar las verdaderas necesidades del país. Comprendieron que una carta fundamental no puede ser sino una pompa vacua e inútil, sino responde a las realidades sociales, sino se apoya en los hechos, en las tradiciones, en la historia misma.

Así lo reconoció solemnemente, el Ilustre Presidente don Joaquín Prieto, al promulgar hace ochenta años, nuestra carta fundamental.

"No me corresponde, dijo, hacer el análisis de la Reforma: mi obligación es guardarla y hacerla guardar; mas, como encargado de vigilar la conducta de vuestros funcionarios y daros cuenta de ella, me es muy satisfactorio recomendar a vuestra gratitud la constancia y empeño con que los ciudadanos elegidos por la ley para corregir nuestro Código Político, han procurado desempeñar esta interesante empresa. No han tenido presente mas que vuestros intereses; y por esto su único objeto ha sido dar a la administración reglas adecuadas a vuestras circunstancias. Despreciando teorías tan alucinadoras como impracticables, solo han fijado su atención en los medios de asegurar para siempre el orden y tranquilidad pública contra los riesgos de valvanes de partidos a que han estado expuestos. La reforma no es mas que el modo de poner fin a las revoluciones y disturbios a que da-

"ba origen el desarreglo del sistema político en que nos colocó el triunfo de la independencia. Es el medio de hacer efectiva la libertad nacional, que jamás podríamos obtener en su estado verdadero, mientras no estuviesen deslindadas con exactitud las facultades del Gobierno, y se hubiesen puesto diques a la licencia". Pero había aún mas que todo eso... y era el honrado propósito de gobernantes y gobernados, de respetar en adelante el Código fundamental que se promulgaba.

"Acaba de ser jurada por todos los registrados, dijo también el Presidente Prieto, la constitución reformada por la gran Convención; y al ejecutar el cargo de promulgada debo preveniros que será el mas severo observador de sus disposiciones y el mas cuidadoso centinela de su cumplimiento..." "No omitiré género alguno de sacrificios para hacerla respetar, porque con su veneración considero que se destruirá para siempre el móvil de las variaciones que hasta ahora se han mantenido en inquietudes. Como custodio de vuestros derechos os protesto del modo mas solemne, que cumpliré las disposiciones del Código que se acaba de jurar con toda religiosidad, y que las haré cumplir,



Don Manuel Gendarillas

"valiéndome de todos los medios que él me proporciona, por rigurosos que parezcan."

Este no fué el programa de un hombre, ni de un gobierno, ni de un partido. Fué la primera palabra de una gran tradición nacional, que, para felicidad de la patria, los años lejos de debilitar han fortalecido mas y mas.

El mecanismo de la constitución de 1833 es sencillo, como el de todas las cosas grandes y verdaderas. Se apoya principalmente en las dos mas poderosas tradiciones de organización y gobierno, que nos habían legado tres siglos de coloniaje: la centralización y la autoridad.

La geografía hizo de Chile un país esencialmente unitario: uno es su clima, unas mismas sus producciones, una su raza, uno su espíritu nacional, una sola su sociedad dirigente. Solo dando tormento a la naturaleza de las cosas, pudieran soñar algunos



Excmo. señor general don Joaquín Prieto

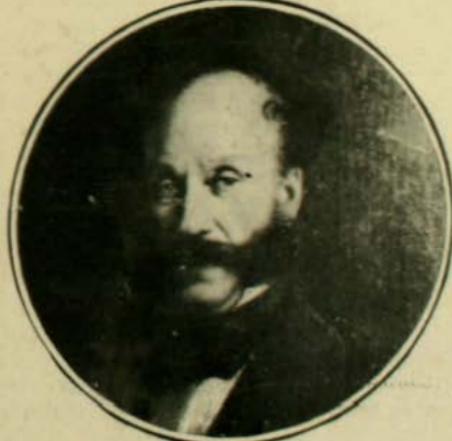
ideólogos en hacer una federación de este pequeño país encerrado entre el mar y las cordilleras, cuyos intereses son armónicos y homogéneos desde los linderos del desierto hasta las sombrías selvas australes. Los constituyentes de 1833 lo comprendieron así, y borraron de nuestra carta fundamental los últimos vestigios del sistema federal, ensayado en 1826, y que la constitución de 1828 había conservado.

La segunda de nuestras grandes tradiciones nacionales de gobierno, era el respeto a una autoridad fuerte y poderosa.

En tiempo de la Colonia el Presidente lo fué todo. Gobernador civil, patrono de la iglesia, capitán general del ejército, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, esto es de la Real Audiencia... El poder absoluto de los monarcas de España estaba delegado en sus manos, por entero. Durante el siglo XVIII Chile tuvo la fortuna de ser go-



Don Juan Manuel Carrasco



Don Juan de Dios Correa



Don Manuel Rengifo

bernadec por hombres capaces de hacer respetar a la autoridad. Manso de Velasco, Ortiz de Rosas, Amat, Guill y Gonzaga, Jáuregui, Benavides, Muñoz de Guzman, y sobre todo el Ilustre O'Higgins (1788—1796) realizaron anticipadamente el ideal clásico que continuaron mas tarde los grandes presidentes de la época republicana.

La naturaleza de las cosas tiene horror a los cambios bruscos y a los trastornos radicales. No nor la sola virtud de la independencia. Chile podía ser un país completamente nuevo y sin lazo ni similitud alguna con el pasado. Por el contrario, al constituirse era natural que tomara en cuenta ese pasado, los hábitos y nociones en él adquiridos y sus costumbres ya tres veces seculares.

Crearon pues, los constituyentes de 1833 su Jefe Supremo de la nación modelado en el recuerdo de la estructura colonial. Nada podía ser mas conforme a la idiosincrasia del país que aquello a que estaba habituado. Una pon, pues, de las expresiones mas energicas de la lengua para señalar la extensión del poder ejecutivo, y, en la práctica

casi no señalaron a su órbita de facultades límite alguno.

"Un ciudadano, con el título de Presidente de la República de Chile, administra el Estado y es el Jefe Supremo de la Nación."

"Al Presidente de la República está confiada la administración y gobierno del Estado; y su autoridad se extiende a todo quanto tiene por objeto la conservación del orden público en el interior, y la seguridad exterior de la República, guardando y haciendo guardar la Constitución y las leyes".

Expresiones amplias, vastas, sobrias, imponentes, que no satisfacieran sinecubargo a los autores de la constitución. En efecto, el Congreso, dictando leyes, que el Presidente estaría obligado a guardar, podría en el hecho limitar la órbita de su formidable autoridad. Quisieron pues los constituyentes enumerar además las atribuciones especiales del Presidente, aquellas que una ley no puede arrebatarle, sin una forma previa de la Carta fundamental.

La enumeración de esas atribuciones es la mas completa y prolífica de las que encierra la Constitución de 1833. Ese artículo 82, es casi un compendio de todo cuanto



Don Gaspar Marin

encerra el concepto del poder público, el imperio de los latinos.

Allí se instituye al Presidente en colegislador, a igual título que cualquiera de las Cámaras, en las materias reservadas a la ley, y en legislador único en las que pueden ser motivo de ordenanza o de decreto. Se le erige en jefe del poder judicial, en patrono de la Iglesia, en dispensador de todos los empleos, en capitán general del ejército, en almirante de la armada, y en único representante y árbitro de los destinos de la Nación enfrente de las potencias extranje-



Ilmo. señor don Manuel Vicuña

ras.—No hay corporación política, provincial o municipal que escape a esa autoridad vastísima; todos los establecimientos públicos están bajo su inspección y dependencia.

Por último, en caso de trastorno exterior o de guerra el Presidente podía declarar el Estado de Sitio, esto es asumir el poder absoluto, suspender el imperio de la Constitución y de las leyes, con el solo acuerdo del Consejo de Estado, esto es de una corporación cuyos miembros él mismo nombraba y removía a entera libertad.

Esta facultad fué la que pareció a nuestros padres más enorme. En concepto de ellos, equivalía a la no existencia de Cons-



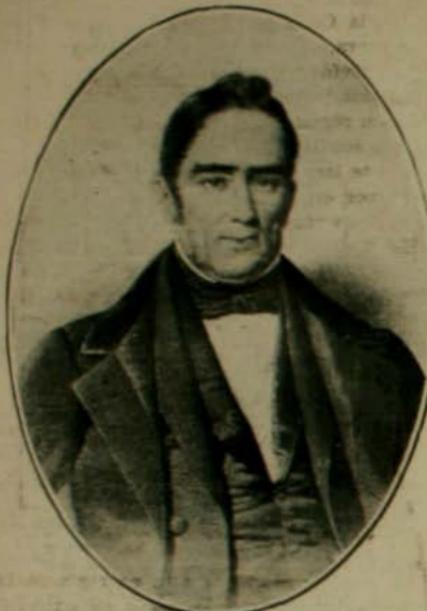
Don Diego Antonio Barros

titución alguna, ya que esta no regía en la práctica sino mientras la propia voluntad del Presidente no determina otra cosa. El era el único arbitrio para establecer si había o no convicción interior, y en el hecho muchas veces se dió este nombre a insignificantes alborotos electorales, provocados en ocasiones, por la misma policía.

Hubo pues abusos, pero en el fondo la institución era sabia. La práctica de todos los países nos enseña que en frente de un



Don José Miguel Irarrázaval



Don Joaquín Tocornal

trastorno, los gobiernos no reparan en medios para defender su autoridad legítima. Es preferible que la Constitución les reconozca un derecho, que siempre y en todo caso habrán de tomarse, porque una dictadura legal vale más, mucho más, que una dictadura ilegal. Sin los estados de sitio, habríamos escapado de un Prieto, de un Búñez, de un Montt, para caer acaso en un Rosas o en un Guzmán Blanco.

La historia ulterior de Chile confirma estas apreciaciones. La carta de 1833 fué modificada en 1874 en el sentido de limitar las facultades del ejecutivo, aún en el caso de conocimiento interior. No muchos años después uno de los apóstoles de esa reforma, se encontró, como Presidente de la República, frente a una revolución armada. Entonces hubo de convencerse, ante la triste realidad, de que la Constitución que él en su juventud contribuyera a mutillar, no le proporcionaba medios suficientes para conservar el orden público, y suspendió de propia autoridad su ejercicio, asumiendo la dictadura.

Pero el poder casi absoluto de que la Constitución de 1833 invistió al Presidente de la República, siendo como era una necesidad imperiosa en la época en que fué dada, no podía ser una institución eterna. Una ley fundamental, que hubiera puesto

vallas infranqueables el progreso público, habría sido barrida antes de mucho. Si la nuestra duró, es, porque según la pintoresca expresión del ilustre estadista don Manuel Antonio Tocornal, ella era *crecedera*.

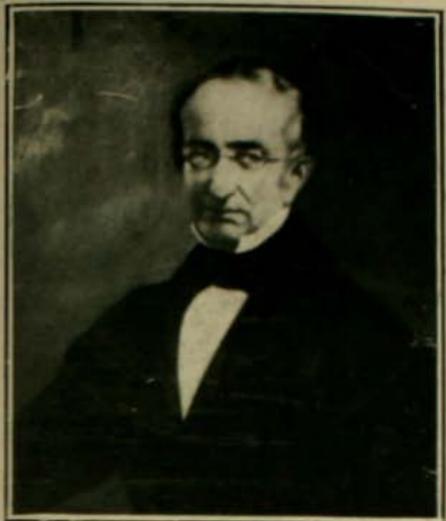
Esta cualidad no le fué reconocida por los antiguos adversarios del régimen establecido después de la revolución de 1829, debido en parte a las falsas e incompletas nociones reinantes entonces en materia de libertad política. Las máximas de Montesquieu y de los filósofos franceses, en lo que se refiere a la absoluta independencia y división de los poderes públicos, dominaban en los países latinos. No se concebía en aquel tiempo el progreso de las instituciones, sino en el debilitamiento del ejecutivo. Mientras más fraccionadas y dispersas se encontraran las atribuciones del gobierno, la sociedad gozaría de mayor libertad.

Don Mariano Egaña, autor principal de la Constitución de 1833 no participaba de estas ideas, y debido a ello, fué acusado en su tiempo de absolutismo, cuando en realidad su noción de estado, se acercaba mucho más que la de la mayoría de sus contemporáneos al actual concepto de liberalismo político.

En efecto don Mariano Egaña hizo su aprendizaje constitucional en Inglaterra, y



Don Vicente Izquierdo



Don Ramón Rengifo

allí tuvo ocasión de observar un régimen que permite a los pueblos obtener gradualmente y sin trastornos ni revoluciones, el más amplio progreso en el sentido liberal, no destruyendo ni debilitando al poder ejecutivo, sino por el contrario, fortificándolo con el apoyo de las Cámaras Legislativas y de la voluntad de la nación. Ese régimen que se llama parlamentarismo permite conciliar la antigua unidad política del absolutismo con el ideal moderno del gobierno del pueblo por el pueblo.

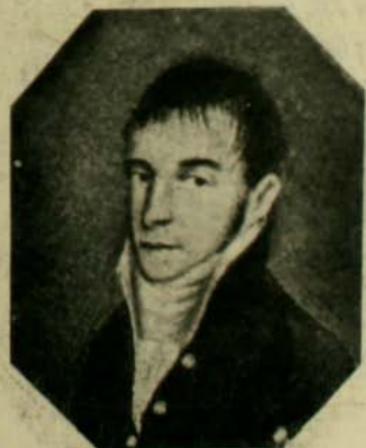
Este régimen es esencialmente **crecedero**, para emplear la expresión del señor Tocor-

nal. Lo fué en Inglaterra, y lo fué también en Chile. Sus bases legales quedaron escritas en la Constitución desde su origen, de tal manera, que aún cuando no hubiera sido aquella reformada en lo menor, ningún gobierno las habría podido desconocer, sin salirse del régimen constitucional. Tales bases legales son la responsabilidad de los ministros ante las Cámaras legislativas, y el voto anual por estas de leyes sin las cuales todo gobierno sería imposible.

Este régimen es singularmente apto para conciliar los intereses del orden con los de la libertad, para evitar las revoluciones faci-



Don Agustín Vial Santelices



Don Francisco Javier Errázuriz

litando el desarrollo lento y paulatino del régimen político, de acuerdo con los progresos naturales de la sociedad y de la opinión pública. Tal fué la historia de Inglaterra y también la nuestra. Desde fines de la administración Bélmes hasta 1890, el parlamento, esto es los partidos y la opinión fueron poco a poco adquiriendo conciencia de su fuerza, y usando, cada vez con mayor energía, de los instrumentos de dominación de que la dotaran, en teoría, los principios constitucionales.

Por el mismo proceso gradual que convirtió en Inglaterra la monarquía absoluta de los Tudor en la monarquía parlamentaria de

nuestros tiempos, Chile se ha ido también convirtiendo de dictadura en República parlamentaria, sin haber sufrido otro trastorno que el provocado por la tentativa de reacción de 1891, que precipitó el movimiento de avance, lejos de contenerlo, como sucedió en Inglaterra en 1688.

Ha bastado para ello desarrollar los principios constitucionales, a medida que la situación del país y los progresos de la opinión pública lo han ido exigiendo... El marco legal ha podido ser el mismo. Con nuestra Constitución y dentro de ella, aún suponiéndola intacta, pudo gobernar como lo hizo el general Prieto, y como lo hace hoy don Ramón Barros Luco.

Si lo que nuestra carta fundamental con-



Don Enrique Campino



Don Manuel Camilo Vial

tiene de absolutismo permitió fundar el orden, los principios parlamentarios en ella encerrados, le permiten a ella misma durar y consolidarse bajo el más liberal de los régimenes.

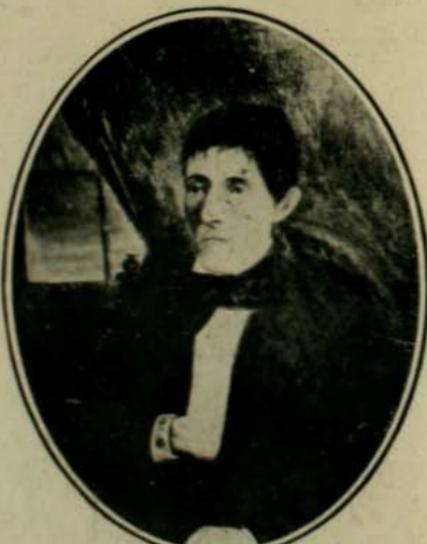
Tal es en su esencia nuestro organismo constitucional. Las modificaciones que ha sufrido después de 1833, han sido de detalle, y casi todas ellas desgraciadas.

Hemos mencionado ya la que se refiere a los estados de sitio, cuya consecuencia práctica fué una dictadura extralegal, cuando, con el antiguo régimen, solo habríamos tenido una dictadura legal.

La no reelección de los Presidentes fué

otra reforma, que en la práctica redujo el período presidencial de diez años a cinco.— Aquello era demasiado, esto es poco. Se habla ya de una reacción en el sentido de establecer un septenado como en Francia.

En la vieja constitución en su forma primitiva los diputados representaban a los departamentos, y los senadores a la República entera. Por razones que no diviso, el Senado desde 1874 representa también a las locali-



Don Miguel del Fierro



Don Juan Francisco Larraín

dades, esto es a las Provincias. Innovación desgraciada que no redunda por cierto en prestigio de la Cámara alta.

El Consejo de Estado ya no es elegido solo por el Presidente, sino por este y las Cámaras. Innovación desgraciada también, poco de acuerdo con el régimen parlamentario, y en cuya virtud el Consejo de Estado ha aparecido en algunas ocasiones en oposición con el Gobierno y la mayoría del Congreso.

El voto presidencial ha sido restringido,

reforma de poca importancia, pues en el hecho esta facultad, aunque existe en casi todas las constituciones parlamentarias, no se usa sino en circunstancias extraordinarias y anormales.

En resumen, en ochenta años de ejercicio, la constitución de 1833 ha sufrido menos modificaciones que la de Francia, dictada cuarenta años después.

Esto solo bastaría a recomendarla.

Pero mas aún la recomienda el hecho de que en tan largo período ha sido constantemente respetada, de que todos los chilenos nos hemos acostumbrado a ver en ella mas



Don Raimundo del Río

que una ley escrita, la base de nuestra organización, el fundamento del orden público y la garantía de los ciudadanos.

Ella, como dijo el Presidente Prieto ha sabido hacer efectiva la libertad nacional.

Con orgullo podemos celebrar su octogésimo aniversario, porque ella es ya una tradición nacional, ella nos muestra que hemos sido y continuamos siendo un pueblo organizado, tranquilo y respetuoso de la ley.



Don Fernando A. de Elizalde

Alberto Edwards.

Amenaza

En el nombre de Dios. Todo-
poderoso. Criador y Supremo
Legislador del Universo.

La presente Convención de Chile, llamada
según la ley de 8 de Octubre de 1831 a repre-
sentar a todos los habitantes de la Nación, promulgada en 3 de Agosto de 1833,
después de haber examinado este código y acog-
ido de concretísimo las que ha corrido
movimientos para la prosperidad y buena
administración del Estado, mejorando y cor-
rigiendo tales y sufriendo las que han
sido en sucesivas sesiones para promover tan
importante fin dentro de que quedando sin oficio
de tales leyes procederá de establecer
sobre la que resta es la Constitución
Política de la Nación Chilena.

66

sideren de administración y justicia.

Artº 4º Subsidiada este Constitución quedarán sin
ejercicio los empleos que en ella hayan sido desem-
plazados.

Artº 5º Los empleos que hayan sido conservados
a desempañarán en adelante con arreglo á lo que
previene la misma Constitución.

Artº 6º En el año de 1834 se harán las elecciones
constitucionales para renovar en su totalidad las
Cámaras Legislativas y Cabildos, y hasta entonces
quedarán los actuales individuos en sus funciones.

Artº 7º La renovación de Senadores se hará en los
primeros trienios, producidos entre los nombramientos
en el año de 1834.

Sala de Sesiones en Santiago de Chile, à 22 de
Mayo de 1833.

J. J. G. de Chacón *Fran de Diós Núñez*
Presidente *del Pto*
Man. Oyarzún *Vice-Presidente*
Vicente Álvarez

J. M. A. R. *Estanislao de Taunay*, *Ministro de Fomento*
D. José Zañartu *Presidente* *de la C. L.* *R.*
D. José María de la Torre *Ministro de Hacienda*

François Léonard de Kergommez

Baron de la Motte

Emile de la Motte

Baron de la Motte

Baron de la Motte

Jean François de la Motte

La Hacienda del Rey

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Los datos biográficos de don Rodrigo de Vega y Sarmiento han sido tomados del trabajo paciente y concienzudo de don Tomás Thayer Ojeda para su Diccionario Biográfico de los Conquistadores. Agradecemos al distinguido investigador la oportuna comunicación del pliego de la biografía a uno de los editores del "Pacifico Magazine". El retrato de Vega Sarmiento tiene una punzante actualidad en estos tiempos de economía y defensa de los presupuestos.

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Cuando García Hurtado de Mendoza, gentil-hombre, elegante, imberbe y altanero, entró en el reino de Chile por La Serena, traía quinientos soldados. Toda la población blanca del territorio no llegaba a la mitad de éstos. Sus guerreros y acompañantes eran hombres del renacimiento; los que encontraba en el país, primeros conquistadores de la tierra, padecidos, diezmados, sin ropas, venían saliendo apenas de la Edad Media. En La Serena Francisco de Aguirre y en Santiago, Francisco de Villagra; los rudos capitanes que siguieron los tercios de Valdivia, habían sido apresados por el joven de manos enguantadas y puestos con grillos en la estrecha cubierta de una barca. "¿Quién habría de pensar, exclamó Villagra al abrazarse con «u enemigo caido también en la desgracia, al ver a Vuestra Merced junto con su servidor, que habrían de caber en tan estrecha prisión los que no encontraban espacio suficiente en todo un reino?" Con don García llegaba un poeta, don Alonso de Ercilla y también curiales y hombres de leyes, pajés y servidores. En la colonia combatían muchos gloriosos guerreros descamizados; los de don García ostentaban en-

cajes en sus ropas. Nunca habían llegado todavía hasta Santiago naciente, un hombre de corta de malla o de sotana, que no trajera al cinto una espada; en el cortejo de don García venían varios que no manejaban sino la pluma. Al entrar sus soldados en la ciudad las pocas mujeres españolas que habían peleado al lado de sus hombres, escucharon por primera vez, después de muchos años, los requiebros y dulces palabras de los mozos que encendían por primera vez en todo el camino desde el Perú, la mecha de sus arabuces por gala o por intimidar. Los otros habían llegado a Chile de pelea en pelea, desangrando y muriendo, desmontados de sus caballos, desnudados por los zarzales, pálidos por las largas vigilias, enflaquecidos por el hambre, sin esperanzas y sin fé. Eran rudos y crueles, tenían manos huesosas y febres, no llevaban capa ni manejaban oro; pero habían fundado una nación. Las mujeres heroínas miraban a sus dueños, los comparaban con los hermosos oficiales de cabello rizado y se estrechaban contra aquellos como buscando amparo ante el peligro.

Nacida al azar, al término de una jornada, cerca de un río y de una colina, donde la de-

fensa fuera fácil, la vida menos dura, Santiago había surgido como una simple hilera de tiendas. Un puñado de trigo fecundado por raudal de lágrimas y sangre pidió al nuevo sol piedad para los hombres de España. Las espigas que escaparon del incendio y del diario combate crecieron lozanas y devolvieron algunas fanegas. De ese primer pan, mescido entre dos combates, debió nacer la santa tradición de que "es la cara de Dios" y no debe arrojarse jamás. La primera porción de oro recogida en Marga-Marga no brillaba más que la primera harina rebalsada del borde rudo de las piedras escogidas en el lecho del Mapocho. Todo esto lo sentía en el fondo de su alma el primer conquistador y buscaba cada ocasión de contar al nuevo soldado que venía ya por caminos abiertos y limpios de dolores y sorpresas. Por esto se erguían, soberbios ante el poeta y el curial aún los viejos achacosos. Sentían sobre sus cabezas una bella aureola de inmortalidad ganada como la de los mártires. Cerraban los ojos al dormir como la estatua yacente de las tumbas góticas, con la espada a lo largo del cuerpo, en un sueño extático del pasado, purificadas sus faltas por el sufrimiento, exaltados sus hechos por la escasez de los brazos, borrados los odios y rencores por la muerte de los unos y las penalidades sobrehumanas de todos. Habían llegado, al través del crimen y de las codicias más ardientes, a ese estado de misticismo transfigurado del ermitaño que ha olvidado ya al mundo y ahogado en torturas sus pasiones más vivaces.

Uno de los recién llegados era más capaz, que los otros de entenderlos. Don Rodrigo de Vega Sarmiento factor yveedor, caldo de la corte de España en esta desconocida tierra escuchaba al lado del fuego en el corral de la casa de don Íñigo Pantoja la relación del intenso drama de la primera conquista. En el rincón lejano de la huerta poblada de cerdos, el rudo molino rechinaba movido por el agua sacada del río. Mientras atardecía, la mujer de Pantoja ayudada por su India de servicio iba y venía preparando la cena. El viejo contaba al nuevo factor la última conspiración de Sancho de Hoz, recuerdos que vivían apesar de los siete años pasados, como si los sucesos hubieran ocurrido la tarde anterior. Se detenía el viejo conquistador en evocar ese momento supremo en que Villagra entrado en la casa de Aguirre, para oír al jefe de la conjuración, tardaba

en aparecer. La puerta formada de troncos de árboles giró al fin sobre los goznes de cuero como dando un gemido y apareció el pregonero tendiendo la mano para imponer silencio. Detrás de él venía Sancho; pero no ya con la estatura de antes; colgaba su cabeza del cabello, a la mano ensangrentada de un negro y todavía parecía buscar con sus ojos la mirada del Gobernador para clamar perdón. "Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad, gritaba el heraldo, y en su real nombre el magnífico señor Francisco de Villagra... a este hombre por traidor y amotinador contra el real servicio de Su Majestad, mandándole cortar la cabeza por ello, porque a él sea castigo y a otros escarmiento. Quien tal hace que tal pague". Y contaba Pantoja las idas y venidas del famoso soldado de Sancho, Juan Romero, la tarde antes de la conspiración, marchando como acostumbraba siempre con un halcón en la mano, día y noche, mientras comía y hablaba, en la misa y en el trabajo, y hasta en el momento en que fué aprehendido y así entró a la prisión y solamente saltó el ave de caza cuando el hacha separó su cabeza del cuerpo.

Don Rodrigo no sabía qué contar de suficientemente trágico al lado de esas páginas de la vida inicial de Santiago del Nuevo Extremo. Para interesar a la mujer de Pantoja, castellana madura ya; pero de vigorosas formas, narró algo de la corte y de los torneos y justas, recitó un romance amoroso y mostró su saber. Pero se desarmaba la vanidosa charla ante ese cuadro patriarcal y severo. El único hijo de Pantoja entraba en ese momento del campo, se arrodillaba para recibir la bendición del viejo y éste dejaba escapar una lágrima al colocar su mano sobre la cabeza rubia del adolescente.

—Vuesa Merced lo vé—exclamó el padre—, enjendrado tué nuestro hijo en la penalidad y el llanto y es otro soldado para el servicio de Su Majestad el que hemos dado a la tierra de Nueva Extremadura.

Don Rodrigo había presenciado ya un cuadro completo de la vida y del alma, de los primeros conquistadores de Chile. El estaba amasado con otra pasta. Inclinado de los viejos infolios y en los legajos de cuentas, durante muchos años de su vida, era el gran inquisidor de la hacienda pública. Descansaba en los oficios para requebrar a las mujeres. Su pluma de ganso afilada cuidadosamente por sus propias manos, no sosiegaba de ob-



Una tras otra se abrían las plumas sobre las cuartillas de papel

jetar gastos y reparar indebidos cobros sino para escribir con los signos caligráficos mas rebuscados, trovas sentimentales y ardorosas. Duro trabajo echaba sobre sus hombros este Cirano de Chile; el oro escaseaba y los gobernadores lo tomaban pesara a quien pesara; las mujeres eran muy pocas y sus due-

ños las defendían con la espada, muriera quién muriese.

Si Valdivia para tomar ochenta mil pesos en oro no vaciló ante engaño cruel de los mas avaros colonizadores del Mapocho, don

García impetuoso como un torrente de primavera no habría de detenerse ante un factor traído en su propio barco. Pero Vega Sarmento sabía que el oro lo extraía el indio a latigazos, que los quintos reales eran del Rey y debían solo gastarse en su servicio y que el factor yveedor era el centinela puesto a las puertas de las cajas para defender cada patacón aunque fuera con su vida. La oficina de don Rodrigo era un cuarto bajo con techo de toscas vigas, con pocos papeles y sin ninguna silla. Para perfilar la escritura con que debía alancear al Gobernador, necesitaba una mesa y le fué procurada no sin dar y recibir golpes. Porque, hay que decirlo en honor de la verdad, el factor como enamorado era una paloma; pero como funcionario una fieras embravecida. Se había peleado en España; peleó a bordo del barco que lo traía y fué devuelto al Callao; se indispuso en el viaje, continuado en otro buque, con Ovando, Gudiel, Ventura, Quintero, Vallejo, y hasta con dos clérigos, Jaime y Valderrama y en Arica quiso batirse con Pedro de Ocampo. Tenía lista en los labios la injuria y en la pluma la protesta. Una de sus primeras objeciones a las órdenes de don García le costó un intento de asesinato, la privación de su empleo y una corta prisión. Nadie osaba oponerse a la voz de Hurtado de Mendoza, buen guerrero dadivoso señor, caprichoso magnate. Por esto, cada vez que había ruido de espadas en la plaza y se oían voces de socorro, el vecindario decía: "El Gobernador hace pegar sobre el factor".

Muy pronto toda la colonia se sometía a la voluntad del joven soberano que le había caído en suerte. Los viejos soldados temblaban de ira al verse maltratados y desconocidos por un imberbe. Pero en la guerra el capitán lucía tal coraje que los guerreros se descubrían a su paso. El factor transladado a Concepción no cejaba, sin embargo, un punto en su tarea de defender la hacienda de Su Majestad, como él llamaba el oro con que se costeaba la guerra y las encomiendas con que se premiaban los servicios. Y habría sido dura la tarea si no encontraba allí, como en todas partes se había presentado en su camino, la hija de Eva, tras la tapia del huerto, presta para recibir de día el papel galante y de noche al audaz salta-muros.

¿Quién era? ¿De dónde venía? Nadie puede decirnos por qué milagro, por qué ex-

traordinaria vía, no existiendo sino una mujer entre los conquistadores de Valdivia, fueron algunos centenares en breve tiempo. Si venían de España, y allá ciertamente nacerían porque eran blancas como nieve y las de Chile obscuras y cobrizas y no parecían hermanas de las otras; si venían del Perú, y allí también las reclamaban los conquistadores fraternidad, es cosa no bien averiguada. Lo cierto es que muchos maridos se reunieron a sus esposas sin salir ellos de la tierra, que otras, amadas, prometidas y hermanas de éstas llegaron llamadas por cartas. Se sabe que del primer incendio de Santiago escaparon solo dos "porquezuelas y un cochinitillo, un pollo y una polla" y poblaron en poco tiempo todas las encomiendas de españoles. Respecto de las mujeres eran pocas las nacidas en el nuevo reino y la hermosa doña Mencía que preocupaba los ojos del factor era de la península.

Para nadie habían pasado inadvertidas sus cualidades. Ojos picarescos, labios rojos, sonrisa desdenosa, era pulida en medio de la universal miseria, tenía las manos limpias entre tanta vulgar tarea de la vida doméstica, el cabello envuelto cuidadosamente como condenación al desgreño de las otras, amazonas, mancebas de soldados, consejeras de crueldades o partícipes de la avaricia de sus dueños. Doña Mencía había sido educada para mejores andanzas. Talvés fué hija de camareras de palacio, amiga y confidente de pájares y servidores de la corte. Cantaba y sabía sonreír. Escuchaba los versos y no cerraba su puerta ni ponía perro de guarda en el corral. Tales condiciones la valsan al oficial artillero de su marido incessantes comisiones a todos los fuertes. Don García había puesto los ojos en ella; pero el factor rebelde regaba su alma sedienta con romances y sonetos y endechas y acrósticos escritos en el respaldo de los borradores de sus furibundas requisiciones contra las libranzas indebiditas.

Apenas libre de su primera prisión don Rodrigo creció en estima. Andaba por la calle con la cabeza echada atrás, arrastrando la espada y diciendo que no fundiría oro para que el Gobernador no pagara de hecho sus libranzas contra justicia y legalidad. Protestó uno tras otro los pagos y comenzó a escribir la primera de sus innumerables cartas a Su Majestad quejándose de la prepotencia de su representante y de sus criados contra el fiel guardador de su hacienda.



El factor había saltado

da. Cuando fué despachada supo que el Gobernador la había abierto y enviaba a buscarlo para colgarle en el primer árbol que encontraren sus servidores. Corrió de prisa a ocultarse y así como saltaba muros en gallantes aventuras saltó ésta vez los de los frailes franciscanos en demanda de asilo. Desde allí, en el retiro del claustro mientras los religiosos rezaban, el factor escribía. Una tras otra se abrían las plumas sobre las cuartillas de papel enviando reparos al Gobernador, quejas a Su Majestad y amorosas endechas a la inconstante y hermosa dona Mencía que no se resignaba a figurar entre los quintos reales y aceptar la afanosa vigilancia del factor.

Pero un día tuvo respuesta. Un indio trá-

jola a la ventana del recluso. Olía bien el papel plegado con un sello rojo encima. La oficiala se compadecía de su soledad, le invitaba a venir esa noche sin servidor y a descolgarse por la pared más baja del fondo del corral. Lo aguardaría para contarle sus cuitas no menores que las del factor.

Ocho meses había pasado allí Vega Sarmiento Desfogada su ira y, su ardor por defender la real hacienda, calmado, comenzaba a suspirar por la libertad de las noches. No había nacido para pasar de la cárcel al convento, de la paliza a las euchilladas, sin momento de reposo. Don García estaba ocupado de la guerra. Era el momento de volver las delicadezas de sus sentimientos a la belleza terrenal de la cual era

cautivo como buen castellano. Se embozó en su capa al sonar la primera campanada del silencio y escapó en la negrura de las sombras, latiendo el corazón de entusiasmo, halucinando sus labios la rendida declaración a la dueña de su vida. A sus últimos pasos respondió una voz delicada.—¿Es Vuestra Merced don Rodrigo?—Soy vuestro servidor señora. La calle está sola y puedo deciros que cuanto os he escrito fiaco queda en presencia de lo que he de hablar a vuestras plantas.—La huerta está sola, también podéis venir a decirme tantas cosas!“

El factor había saltado. Al frente estaba la mujer con los ojos brillantes, los labios plegados por un gesto diabólico. Un joven oficial de pie cerca de ella sonreía también; pero era una sonrisa pálida... Apenas apuntaban en sus labios de mujer las sombras del bozo viril. Don Rodrigo se inclinó ante Hurtado de Mendoza, cuyos ojos color gris de acero lo travesaban como estóques; comprendió la celada tendida y empuñó su espada. Ante una mujer que lo burlaba no cabía sino morir combatiendo. Pero sus dos manos fueron detenidas por la espalda y mientras veía alejarse a la traídora hembra riendo al lado del mozalbete que no se había dignado ni a injuriarlo, una puñalada entró en su cuerpo y llovieron sobre él puños y bastonadas.

Así había iniciado sus funciones de factor Vega Sarmiento. Así se respondía entonces a los reparos de las cuentas fiscales. Cualquiera quedaba libre de responsabilidades; cualquiera menos don Rodrigo. No podía descorazonarlo el proceso que se le formó para seguir en la tarea de reprender al Gobernador y a sus lugartenientes; ni podía desanimarlo la celada de doña Mencía para volver hacia otra beldad sus arrullos. La situación del funcionario de hacienda era tragicómica porque si hoy día no comprendieramos aún al martir del tribunal de Cuentas, menos podía entenderse entonces en que el Gobernador era el señor de horca y cuchillo y hablaba en nombre del Rey.

Apenas repuesto don Rodrigo de la dolencia física y moral causada por su salida nocturna del convento de franciscanos se encontró con un proceso iniciado en su contra. La fiera acosada por los perros no se ha defendido con mayor tenacidad y constancia

que el factor rodeado del mundo de enemistades que le habían creado sus oposiciones. Los papeles iban y venían. La gran pluma de ganso crujía sobre el papel de hilo y cada perfil parecía una saeta. “Ha tenido tantos dueños la Hacienda Real, respondía a una de las acusaciones, que no sabe a quien se ha de pedir cuenta detta”. Se le van encima con las acusaciones de haber dispuesto de cierta cantidad de pañas y replica con energía: “que dellas vendió en la plaza pública y dellas comió, comió todo lo que pudo con dos carrillos e su mujer e hijos e una arroba envió a Gonzalo Hernández de la Torre e dos ha tomado de bizcocho porque estaba enfermo”. Lo interrogan si ha puesto el valor de estas pañas incluso de aquellas que comió a dos carrillos, en la caja de Su Majestad y responde con desdén: “que se remite a los libros y que los alcaldes de Concepción no son jueces para pedirle estas cuentas”. Y luego se levanta a su vez y acusa y acomete y hiere declarando “que tiene habilidad e nota e pluma e suficiencia para gobernar todos los reinos de Su Majestad e por tenerla tal como dice e hacer lo que conviene al servicio de Su Majestad le hacen las molestias que le han hecho e le hacen de presente, lo cual no harían si el hiciese al revés y diese la fe contra verdad e justicia e porque no la dió es público haberle salido a matar en la plaza pública los criados del dicho gobernador e hacerle las molestias que se le han hecho...” Lo acusan de haber escrito libelos y cartas que han causado escándalo y recusado a las justicias del reino y don Rodrigo enristra de nuevo su lanza y corre a la pelea: “que es verdad, declara, que él ha recusado a muchas personas e que todo va enderezado al servicio de Su Majestad e bien a su Real Hacienda, porque ninguno en el Reyno osa hacer mas de lo que el señor Gobernador quiere y esto es cosa pública e muy notoria e no libelos como falsamente le es puesto; e lo que ha escrito, ha escrito todas las cartas que le han tomado e otras muchas más que habrán ido porque todo conviene al servicio de Su Majestad e remedio de su reino.... el verdadero libelo es hacer contra la voluntad de S. M. e contra sus reales provisiones”

Entretanto don García había sido bruscamente reemplazado por el viejo soldado y gobernador Villagra y el factor gozó de calma pues dice en carta al Rey “que había

cesado la tormenta en que todos los vasallos de S. M. estaban". Y la tormenta pasaba y el salario de don Rodrigo aumentaba a dos mil pesos, gruesa suma en verdad; le enviaban al Rey una recomendación en su favor y concedían una encomienda a su hijo.

El factor inició de nuevo en esta tregua o armisticio, sus correrías nocturnas fecundas en pendencias y aventuras. Frecuentaba la vivienda de algunos amigos y a menudo buscaba solaz en compañía del viejo guerrero que le albergó a su llegada a Santiago.



La mujer avanzaba con dificultad apoyándose para no caer

Antes de poco don Rodrigo, que había sido recibido por Pantoja como un hermano, debía asistir una tarde al dolor mas grande que podía desgarrar el alma de un conquistador. El viejo estaba sentado sobre un tronco forrado con pieles de cabro, la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas. Cristóbal, el hijo, tenía calentura y pasaba las noches sin dormir. Un fraile había puesto la extremaunción sobre su cuerpo consumido. Doña Marina velaba sin cesar en un rincón del cuarto.

Caía la tarde. Probablemente el viejo Pantoja pasaba revista a su vida de terribles penalidades. Recordaría que sus armas se habían manchado con sangre de hermanos, que había arrebatado a otros, el oro sacado de los ríos, que había ganado mal la mujer consagrada mas tarde suya delante del altar. Trataría de renovar la impresión de júbilo con que, en medio de la muerte que cercaba a la colonia por todos los lados, había recibido el recién nacido en sus manos como ofrenda del cielo y promesa de paz y de ventura. Seguiría los pasos vacilantes del niño, dejado en el regazo de la madre cuando partía a la guerra, encontrando mas crecido y fuerte cuando él regresaba mas cansado y decaído.

Lo vería, su cabeza de oro brillando al sol en los surcos esplendorosos del trigo, tomado de su mano para saltar el arroyo, aprendiendo a caballgar en ese tesoro del primer poblador de Chile, en el caballo alazán comprado por elrecio de una hacienda. ¡No podía morir! Dios se lo había dado para vivir, después de hacerlo escapar a él mismo tantas veces a la muerte. Un hijo de conquistador podía morir en la pelea o en la sorpresa; pero no en el rincón de la casa como las mujeres. No; al día siguiente, la extremaunción haría su milagro y Cristóbal saldría de nuevo a los campos. Además apenas lo conocía; no había tenido tiempo para hablarle.

para contarle todos sus afanes, para oír su voz. Partirían en adelante juntos a las campañas...

La mujer estaba entretanto de pie en la puerta de la casa. Callaba, muy pálida. La noche se venía encima. Los últimos crepúsculos se descolorían en la nieve de los Andes. La mujer avanzaba con dificultad apoyándose para no caer, siempre en silencio. "Don Iñigo!" —gritó de pronto con voz lastimera—; "Don Iñigo! Ya no tenemos el hijo! Ya no vive más. Está frío!" El viejo continuaba en silencio, clavados los ojos hacia adelante. "¡Don Iñigo! ¡Mi señor, mi amigo! Ya no está Cristóbal en la tierra!" Pantoja callaba siempre. Pasaba el tiempo. A lo lejos mugían los bueyes, balaban en el aprisco las ovejas, la India rompía palos de leña para tirar al fuego. El anciano salió de su estupor, de la parálisis de su mente, y sin dar vueltas la cara para mirar los labios de donde partían tan terribles voces, corrió con las rodillas encorvadas, cayó al dar pocos pasos, se levantó de nuevo y siguió así hasta perderse en las sombras....

El conquistador se consumió lentamente con su dolor. Muchos años después recordaban aún los colonos, junto con la extraña figura del conspirador Juan Romero que vagaba por las calles con el halcón en la mano, la tristísima silueta macilenta y encorvada de don Iñigo, a las cuales se unió más tarde el recuerdo de las pendencias y asaltos y prisiones de don Rodrigo de Vega Sarmiento.

Parecía domesticado ya el hurano guardador de las reales cajas. Sin embargo dentro de su estrecha pieza revisaba papeles, repasaba las instrucciones de los factores y a ratos afilaba la pluma lista para enviar de nuevo la requisición violenta de sus cargos; y de pronto caía de sus manos la leal compañera y los brazos se reposaban desmayados sobre la mesa, ese campo de batalla donde conocía toda la aspereza de los combates, de las persecuciones y de la perfidia. El factor sentía fiebre, fiebre cada vez que el Gobernador dirigía una libranza indebida, fiebre cada vez que se hacía una concesión injusta, fiebre de morder y de injuriar. Era más fuerte que su pobre naturaleza que tenía las debilidades más humanas, esta obra de callar y no escribir.

Saltó por fin, y antes de un año. El Gobernador había vuelto a poner en vigencia

una orden de don García prohibiendo a los oficiales reales ejecutar a los vecinos de Concepción por deudas a las cajas de Su Majestad en atención a la pobreza que les había causado la larga guerra. Don Rodrigo alistó su pluma, extendió el papel más resistente y alineó en poderosa formación de batalla sus argumentos. La provisión en que se había basado don García "no la hay, ni parece, ni fué"; aunque hubiera existido en el Perú no podía extenderse a Chile; aunque hubiera fundamento para que las ejecuciones no recayeran sobre ciertos bienes debían ejecutarse sobre otros; y porque no había constancia de haber sido pregonada la orden primero en Sevilla y después en otros lugares. Así decía el factor y con tal prosopopeya y altanería que la única respuesta recibida fué ir a la cárcel con cepos y el correspondiente asalto a palos y golpes en la plaza. Comenzaron de nuevo las cartas al Rey. Su Majestad era para el factor como Dios para el creyente: a cada tribulación tendía sus ojos y su pluma hacia el sordo monarca que así se cuidaba del factor de Chile como de las quejas de un pájaro en el techo del Escorial. El Rey era su amigo, su confidente, su consuelo. A él se abría de todas las persecuciones sufridas por su causa y apenas se reposaba en la cárcel o en el convento, sitios en que pasó casi toda su existencia desde su llegada a Chile, comenzaba a contarle lo ocurrido, a veces manejando la pluma él mismo y a veces dictando a algún carcelero fiel desde la forzada posición que le imponía el cepo.

"A mí no me han de hacer perder el camino que por V. M. me está mandado tener todos los malos tratamientos ni regalos del mundo, porque yo no tengo otro caudal sino haber servido a V. M. mejor que ninguno, que en Indias haya venido, en aquella substancia que V. M. me mandó que sirviese, ni acá hay hombres más pobres ni maltratado, y si mi celo no fuera tal, yo estuviera rico y rogado, como he sido de los gobernadores y lo soy del que ahora es a que tome indios y deje mi oficio, por lo cual y por no aceptar y pagar lo que libra y manda sin tener poder de V. M., a lo menos que parezca, me ha quitado mi oficio, echado en el suelo y con unos grillos..."

Cinco meses estuvo en la cárcel esta vez y logró fugarse al convento de San Francisco. Allí encontró calma para escribir al Rey y le decía nuevamente:

"El gobernador entrando en él (Chile), pretendió deshacernos (a los oficiales reales), y principalmente a mí; vista mi voluntad me creció el salario a dos mil pesos, y escribió a V. M. mi necesidad y cuidado; y así es que yo y nueve hijos y mi mujer no hay casa mas pobres en las Indias; y poniéndome el gobernador esta necesidad delante y dándome a entender la remediable, quiso meter las manos en las cajas librando en ellas; y yo he seguido la

conseguir mayor atención del Rey a sus súplicas y mayor obediencia de parte de los gobernadores a sus órdenes. Allí venían también a verle sus pocos amigos: Pantoja había muerto; pero su viuda lo visitaba acompañando a su esposa opaca figura de español débil y enfermiza y hasta a doña Mencía que había perdido en la guerra a su marido y con la viudez le bajaba el arrepentimiento de sus faltas y traiciones. A estas mujeres se agregaban algunos de los mis-



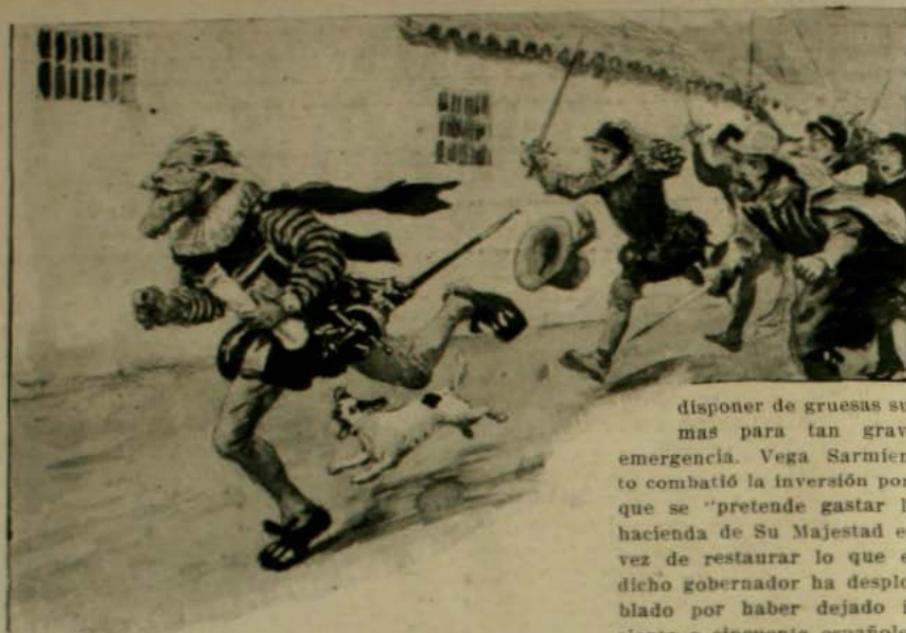
dictando a algún carcelero fiel desde la forzada posición que le imponía el cepo

"instrucción de Vuestra Real Majestad, lo cual fué causa de quitarme lo acrecentado y dende a poco tiempo el salario principal y oficio que Vuestra Majestad me dió, y porque no di la llave, me ha tenido en un cepo con grillos y cadenas".

El factor ocupaba una celda junto al huerto. Baja habitación de barro, cubierta por tejado muzgoso que se inclinaba casi hasta topar el suelo. Un nogal, dos o tres naranjos emergían de las extensas melgas de cebollas y algunos sauces llorones nuevos aún asomaban sus lánguidas y escasas ramas sobre el cerco de piedras. Allí pasaba sus horas Vega Sarmiento pensando qué hacer para

mos fráiles del convento, buenas almas que no podían comprender la porfía de don Rodrigo sino como caso de locura, y los pocos oficiales que se comprometían a manifestarse públicamente amigos del factor.

Todos ellos a una voz le aconsejaban deponer sus enojos, olvidar sus protestas, demostrar obediencia al gobernador y conseguir finalmente una encomienda que diera de comer a él, a su mujer y a sus hijos y lo librara de afanes y golpes que no acabarían jamás. Uno de sus hijos había muerto en la guerra y tenía otros dos en tierra de indios. Uno de los hermanos franciscanos convencido de que el factor estaba poseído del demonio, lo rociaba desde lejos, cada dos horas con agua bendita. No podía concebir el lego tan-



Los oficiales y caballeros apostados emprendieron su persecución

ta constancia y sufrimiento que,—gastados en defensa de la fe habían colocado a don Rodrigo en el martirologio,—sino como cosa diabólica y aducía en su apoyo citas canónicas y frases latinas. Doña Mencía trataba de recordar las gracias de otros años y hacer olvidar su ruin celada, para insinuar en el ánimo de su admirador este nuevo espíritu de paz.

Talvés todo ésto pudo algo en el factor, pues salió junto con saber la nueva del nombramiento de Pedro Villagra, primo de don Francisco y firmó con él y otros oficiales del reino un acuerdo para invertir ocho mil pesos de las reales cajas en auxilio de los soldados a la sazón desnudos. El factor debería ir también a Lima realizando así un deseo vehemente de hacerse oír de la Real Audiencia y del virrey y conseguir el reconocimiento de los largos servicios prestados en tanto tiempo a Su Majestad.

Pero muy luego, y antes que se realizará el viaje a Lima para el cual parecía tener poca voluntad el Gobernador, el factor volvió de nuevo y con impetu sin igual a la batalla en pro de la integridad de la hacienda real. Los indios ponían ya estrecho cerco a Concepción el año 1564 y se hacía necesario

disponer de gruesas sumas para tan grave emergencia. Vega Sarmiento combatió la inversión porque se "pretende gastar la hacienda de Su Majestad en vez de restaurar lo que el dicho gobernador ha despoblado por haber dejado ir ciento o cincuenta españoles de esta ciudad, con licencia suya firmada de su nombre o habiéndose dado socorro de la hacienda real a todos e habiendo dejado ir los indios amigos que vinieron de Santiago". Pero lo mas insolente y provocador del veto del factor era asegurar que los gastos hechos y los que fuera necesario hacer en esa coyuntura deberían cobrarse del gobernador, teniente y oficiales y de sus fiadores. Agregaba don Rodrigo para no dejar cosa desagradable por decir, que se compraban muchas cosas para darles y éstas volvían a ser compradas para recobrarles sin entrar nada de afuera "porque es proceder en infinito e se venden muchas cosas muchas veces a S. M."

La respuesta la esperaba todo el mundo y el mismo factor sabía a punto fijo cuál había de ser. Entró pues a la cárcel y fué puesto en el cepo. Inmediatamente escribió al Rey estas desoladas palabras: "he padecido grandes molestias y estoy tollido de prisones..." Pero mientras estaba en la cárcel se preparaba una nueva tormenta de su vida. Don Francisco de Irarrázaval le traía a Villagra la confirmación de su nombramiento, desde el Perú y el Gobernador para premiar su embajada le daba ricas encuestas de los indios de Quillota y otros lugares vecinos. Pero se mantuvo todo en

siglo para que el factor no se enterara y qué había de enterarse un hombre metido en una lóbrega prisión de lo que pasaba en el mundo! Pero se temía hasta el olfato de perdiguero de don Rodrigo!

Salido de la cárcel Vega Sarmiento comenzó a husmear lo de la encomienda y apenas conoció el regalo en toda su extensión, se presentó ante el nuevo gobernador Rodrigo de Quiroga pidiendo declarar nula la merced concedida a Irarrázaval. El gobernador accedió y las encomiendas pasaron de nuevo a la hacienda real. Los amigos de Irarrázaval no podían perdonar a don Rodrigo su actitud y una noche pareció que se ríra la última de su vida.

La ciudad naciente dormía en la más tenebrosa obscuridad. Algunos hombres armados acechaban al factor metidos en las puertas de las casas o apostados tras de las esquinas. Probablemente éste no renunciaba aún a subirse a los tejados y a rondar las tapias. Había cesado todo ruido en la ciudad, cierta retreta de silencio que tocaban las tropas desde la venida de don García había callado ya dejando un eco plañidero en las calles solitarias y negras. El guardián de la real hacienda apareció con su cabeza erguida, mezcla de iluso, soñador, filósofo, con hombre de leyes y cumplidor funcionario de las Reales Cajas. Los oficiales y caballeros apostados emprendieron su persecución hasta el momento en que el factor escogió un sitio para volver cara y resistir con la espada desnuda el recio combate de uno contra muchos. Acribillado de golpes, estocadas y pedradas, el viejo rodó por tierra y allí estuvo hasta que sus lamentos hicieron acudir a algunos vecinos caritativos. Se cuenta sin embargo que muchos al reconocer las voces del factor, se daban una vuelta en la cama diciendo: "mañana si todavía es tiempo de prestarle auxilio".

Nadie sabía quiénes eran los asaltantes. En ciudad tan pequeña era imposible ignorarlo; pero había una verdadera conjuración de silencio y misterios. El hermano lego de los franciscanos que creía endemoniado a Vega Sarmiento sostenía se trataba de riñas de demonios entre sí y con el que poseía a don Rodrigo. Este sin embargo estaba resuelto a castigar a sus enemigos, y comenzó a levantar una información de testigos sobre los servicios prestados al reino y los malos tratamientos de que había sido constante víctima. Fuese a

Lima y ofreció ante la Real Audiencia una información sobre si "saben que por defender la Real Hacienda y gastos excesivos ha puesto tanta diligencia contradiciendo a los gobernadores y justicias y que por no querer en sus voluntades e gastos le han tratado asperisamente con prisones e molestias en lo cual le han hecho gastar gran suma de pesos de oro e con todo esto, si no fuera por la gran solicitud e contradicciones del dicho factor se hubiera gastado e empleado la caja en muchos mas número de pesos de oro". También pedía se recibiera una información sobre si él tenía "Calidad e suficiencia para mayores cargos". La Real Audiencia declaró ambas preguntas impertinentes y aceptó solo una parte de la información. Las calles de Lima veían pasar continuamente a un viejo activo y gruñón llegado de Chile, cuyo nombre estaba rodeado de una leyenda de conflictos y pendencias, recusaciones y procesos. Bajo la capa raída asomaban los legajos de cuentas y reparos, las copias de sus oficios y requisiciones, toda esa abundante literatura de los curiales de la fecha. Absorto en sus enojosos problemas el factor no se preocupaba ya de la belleza femenina. Las heridas y prisones debilitaban su físico; pero no hacían sino vigorizar su carácter indomable y altanería incomprendibles para los hombres de guerra.

Junto con regresar a Santiago, don Rodrigo tuvo una nueva incidencia con el gobernador y pasó algunos meses ocupando su sitio en la cárcel como para no olvidar que comenzaba de nuevo su vida normal al servicio del reino de Chile.

Faltaba en la casa del factor el dinero que permitía cierta pasable existencia en esos años de dificultades y miserias. A su lado se enriquecían otros hombres llegados junto con él, más dóciles y cortesanos. Recibían encomiendas y manejaban a látigo centenares de indios para cultivar la tierra o explotar las minas. Si habían abandonado la patria y sus familias en viaje a las Indias, no era por cierto para constituirse en guardadores del dinero de Su Majestad sino con el fin de tomar una parte para sí y sus hijos. No comprendía estas cosas el implacable viejo. Su segundo hijo sucumbía en la guerra; a las privaciones de su hogar seguían los frecuentes asaltos de los criados y he-



Bajo la capa ruida asomaban los legajos de cuentas y reparos

eburas del gobernador y de sus enemigos personales que no ahorraban ni la perfidia ni las burlas para amargarle sus días.

Un voluminoso proceso, de mas de seiscientas hojas, acumuló contra el factor las mas odiosas acusaciones y diatribas. A porfia llegaban las deposiciones en su contra. La vida privada no merecía mas consideraciones que los públicos servicios. La Real Audiencia declaró nulo el proceso, tales eran las manifiestas irregularidades con que se acusaba al funcionario de hacienda; pero el nuevo juez condenó a la víctima de todas estas persecuciones a pagar la suma de se-

senta pesos y como éste apelara, la Real Audiencia confirmó el fallo elevando la cantidad.

La impopularidad de don Rodrigo de Vega Sarmiento llegaba a un grado inverosímil. Hasta en el templo lo perseguían y la etiqueta misma se cebaba en él hasta la afrenta. Ocupaba en cierta solemnidad, en el templo de San Francisco de Concepción, un puesto determinado y el alguacil le pidió lo abandonara en el acto para colocar en él a persona cuyo rango era inferior al del factor y veedor de la Real Hacienda. El gobernador le señaló otro sitio que don Rodrigo rehusó con altivez interponiendo inmediatamente un recurso de queja ante la audiencia. El tribunal resolvió que se le quitase todo asiento. Don Rodrigo escribió al Rey para contarle sus cuitas pidiéndole un escaño decoroso dentro del templo.

A poco andar, ya en 1570, Bravo de Saravia quiso hacerle aceptar ciertas libranzas contra la Real Hacienda y el factor las protestó en la forma consabida pasando en el acto a la cárcel. De allí fué remitido a Concepción y permaneció algún tiempo en el ceppo. Sin embargo, llamado de nuevo a Santiago para ejecutar con otros oficiales reales ciertas investigaciones que convenían a la administración del reino, estaba en medio de sus labores cuando se le citó a comparecer en el término de veinte días en Concepción, se allanaba también su casa, se descerrajaban las cajas reales, le tomaban diversas cartas y lo embarcaban para el sitio de su destino con una estocada en la garganta. Pero esto era solamente el comienzo de la bora rasca final de su existencia.

Debilitado, mal herido, hambriento, llegaba el funcionario a la ciudad que mas conocía sus aventuras. Necesitaba auxilios de toda especie, alimentos y ropas, cuidados y solicitudes de los suyos. Caía sobre su alma una gran tristeza, a medida que pasaban los años y vela obscurecerse el porvenir y el de su familia. De los numerosos deudos y familiares que con él habían llegado a Chile casi todos lo habían abandonado para incrementar las filas del enemigo y adular a los poderosos. Llegó el factor a Concepción cansado y resuelto a poner fin a sus aventuras.

¿Pero cómo hacerlo? Junto con entrar a la ciudad supo por el comentario público que el Gobernador había dado el puesto de escribano de gobernación a un criado suyo, cuando el oficio podía venderse en diez o

doce mil pesos, y éste dinero pertenecía a la Real Hacienda. Era superior a las fuerzas de don Rodrigo, superior a todos sus temores y dolencias, superior a toda la amenazante perspectiva que le abría cada protesta o reparo contra las arbitrariedades, callar delante de tan grave y claro detrimiento de los fondos colocados bajo su custodia. Redactó en el acto una petición a la Audiencia para que fuera dejado sin efecto el nombramiento.

En una aldea estrecha, con la vida común que era necesario llevar, con las relaciones y vínculos entre unas familias y otras, muy luego corrió la voz de que el factor Vega Sarmiento llegaba y sin pérdida de tiempo se alzaba de nuevo contra las disposiciones del Gobernador. Antes de conocer el documento, ya se recitaban algunas de sus frases y tanto en la cárcel como en el convento de franciscanos se esperaba ver de un momento a otro al incansable factor colocado en el cepo o reclamando asilo contra los oficiales del gobernador. Así fué como llevando su solicitud el mismo factor, a las puertas del Tribunal, topóse con el portero Juan Rodríguez, hombre brutal que no entendía de leyes ni formalidades; pero sí de vivir a la sombra de los que podían y mandaban. Era éste criado del oidor Venegas enemigo personal de Vega Sarmiento y junto con ver al viejo se negó a recibirle el papel que le alargaba y agregó palabras "descomedidas", dice su biógrafo; pero debieron serlo tanto que don Rodrigo echó pie atrás y le asentó una bofetada. El portero desenvainó su espada y el factor la suya y después de batirse algunos momentos fueron separados y conducidos a la cárcel.

Comenzaba a dormir en su ordinario albergue don Rodrigo, después de reconocer los mismos muros húmedos y salitrosos donde había pasado tanto tiempo de su vida, cuando la puerta se entreabrió y una sombra obscura se escurrió al interior. Era el portero Rodríguez al cual se había facilitado la llave de la prisión para que ejerciera a manzalva su venganza sobre el viejo desarmado. Siete puñaladas recibió sobre su cuerpo desnudo sin poder usar ni siquiera las manos para esquivar los golpes, porque las tenía entre cadenas, y quedó exánime y punto de morir.

En carta al Rey.—en esa incansable comunicación con su Soberano,—se quejaba el anciano con vivas frases de esa infame alegría. Dicen que para librarse al criminal, "en

ochos días le han dado por de corona, contra lo ordenado por el Papa y concilio". Mas adelante redacta la agresión con palabras coloquiales:

"... rogué al portero que estaba acá fuera en el patio, que era un criado del licenciado Egas, que la metiese, el cual no lo quiso hacer porque su amo es mi enemigo y como a tal enemigo está dado por recusado en negocios míos y el criado le tengo condenado por dos veces en los paños y cera con que se alzó, de las arras de la Reina y del Príncipe que son en gloria; y con estas ocasiones me la dió a mí, a que le di un mojicón porque se me destacó; y luego echaron manos a las espadas muchos criados del presidente y oidores y me tiraron muchas cuchilladas y me prendieron y me pusieron en la cárcel con muchas prisones y allí estando con ellas, desnudo en la cama durmiendo, dieron orden como abrir la puerta y entró y me dió siete puñaladas de que estoy a punto de muerte, sin que haya esperanza de vivir y habiendo salido de casa del licenciado Egas a hacer el delito volvió a ella y tomó un caballo que tenía ensillado y enfrenado para se salvar..."

Apesar de sus heridas Vega fué cominando a contestar treinta y nueve capítulos de acusación formulados en su contra y el hijo replicó en su nombre, recibiendo el dictado desde el lecho donde su padre realmente agonizaba. En su victoriosa contestación el anciano dice "que no ha tenido descomedimiento alguno con ningún gobernador, capitán ni teniente, porque cuando me hacían alguna cabeza de proceso contra justicia, entonces era yo incorregible y facinero y resolvedor y mal cristiano y tenía todos los defectos que en un hombre podía haber... y cuando firmaba algún cargo y aceptaba alguna libranza, la ropa me besaban y decían que en el mundo no habrían conceido mejor hombre...."

Sin embargo esta vez el factor mejoraba de nuevo y podía emprender otro viaje al Perú para rendir una información de testigos y obtener de la Real Audiencia una carta al Rey encareciendo su fidelidad. De nuevo volvió a la ciudad de sus penalidades resuelto a no cejar un punto en su tarea.

Un año después de estos sucesos caía sobre don Rodrigo de Vega Sarmiento todo el peso de la edad, de los achaques y de las fie-



Era un extraño y nunca visto espectáculo

bres malignas que le provocaban sus heridas aún abiertas. Como baja la noche, se obscurécia su alma y velaban los ojos. Resistió en pie hasta que la muerte lo tocó con su hábito frío. Parece que aún fué sorprendido, según dice su biógrafo, escalando las cercas de la casa de un vecino de Concepción, Cristóbal Sánchez. No tenía grandeza alguna este crepúsculo de su vida; pero él no abrigaba ambiciones de gloria para cuidar su fisonomía moral ante la posteridad. Como se formó su juventud así fué su existencia entera sin perder un momento la integridad de todas las energías y debilidades. Yo lo veo pasr en medio de esa generación de hombres fuertes y rudos, ambiciosos y codiciosos, crueles y vengativos; solitario, desconocido, con la mirada fija en un punto, delante de un séquito de injuriadores provocados en su prepotencia y tiranía, interrumpidos en el reparto del botín en nombre de esa entidad moral de la **hacienda del estado** que no tenía sentido alguno en esos tiempos. Nacido trescientos años mas tarde, Vega

Sarmiento habría sido calificado de maníaco. ¿Qué ocurriría en esa época? ¿Cómo no encontrar razón al hermano franciscano que lo creía poseído del demonio?

Don Rodrigo cayó a la cama para no levantarse jamás, al comienzo del otoño. Su familia separada y dividida se unió en torno del lecho de muerte. El hijo que estaba en la guerra volvió a despedirse del anciano a quien apenas conocía. Caían afuera las hojas amarillas. Soplaba del Bío-Bío el cierzo helado precursor del invierno. Así se habían desvanecido sus esperanzas y sentía el olvido y el abandono de sus amigos. Las mujeres noriqueaban en el silencio dentro de la estancia donde el viejo empecinado dictaba a un escribano carta tras carta y memorial tras memorial, al Rey, a la Real Audiencia de Lima, al gobernador, al Cabildo, resumiendo sus protestas, insistiendo en sus cargos, replicando a las acusaciones injustas que se le habían hecho.

Los frailes franciscanos que lo asistían—leales compañeros de sus sufrimientos,—

oraban a su lado. Era un extraño y nunca visto espectáculo el coreo alternado de sus letanías con las frases del factor moribundo. Así decían los religiosos: "Cuando mis pies pierdan el movimiento y me adviertan que mi destino en este mundo está ya para acabarse, Cristo misericordioso, tened piedad de mí" y se oía la voz temblorosa del anciano que dictaba; "Yo ha que sirvo a Vuestra Majestad diezlocho años y en este tiempo he gastado lo que traje de España y lo que Vuestra Majestad me ha hecho merced y le he servido de factor y de soldado y me han muerto dos hijos peleando en la guerra y otro que ha mas de siete años que sirve en ella..." Y los frailes alzaban aún mas su tono plañidero para ahogar este profano empecinamiento por las cosas del mundo y decían:—"Cuando mis labios fríos y balbucentes pronuncien por última vez vuestro adorable nombre, Cristo misericordioso..." Y el factor esforzándose por hacer oír la suya, dictaba: "A Vuestra Majestad suplico me haga merced a él o a mí, si sirviere, de un oficio en el Perú, en la parte donde Vuestra Majestad fuere servido, porque si yo vivo me saldré luego deste reino". Y los frailes acompañados de las mujeres que veían sobrevenir fatigas sobre fatigas en el gastado cuerpo del factor, exclamaban:—"Cuando mis parientes o amigos e criados

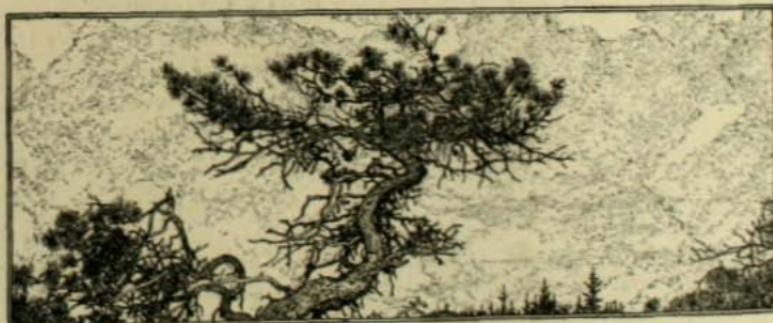
reunidos junto a mi lecho de muerte, se enternezcan al ver mi estado y os invoquen en mi favor, Cristo misericordioso" y así seguía el lastimero rezo mientras el viejo movía los labios sin poder ya emitir palabra.

Caía la tarde y un sopor final invadía su cuerpo. Todos habían salido a respirar. Las hojas caían incesantemente en el corral y el cierzo helado del Bio-Bio penetraba hasta la estancia. El lego franciscano creyéndolo ya frío entró a rociarlo con agua bendita; pero oyó una voz que decía en la sombra:—"la hacienda real se gasta si hace la guerra porque no hay quien resista las fuerzas de los gobernadores y todo se distribuye para sus fines, sin haber provecho..."

El lego corrió despavorido anunciando que aún vivía y entraron todos. Pero ya don Rodrigo había muerto....

Sobre su tumba se colocó una cruz y por disposición de sus hijos, se enterró al pie de ella una cédula del Rey que tardíamente contestaba a todas sus súplicas; una cédula que había sido la primera sonrisa en esa alma amargada por la injusticia y el despotismo!

Joaquín Díaz Garcés.



EL GUARDIAN DE LA TUMBA DEL EMPERADOR

Los que vivieron a fines del segundo imperio se acordarán quizás de un "septuagenario de cara rapada, facciones acentuadas y energicas" que en la capilla de San Jerónimo en los Inválidos velaba sobre la tumba del Emperador. Se llamaba Nôel Santini y era un fiel servidor de Napoleón I "que repatriado de Santa Elena en 1817 trajo bajo los bordados de su uniforme la conmovedora protesta" de su maestro, contra el indigno tratamiento que se le daba.

Este hombre merecía una biografía y la tiene ya gracias a M. Alberic Cahuet, que en la *Revue de Paris* ha hecho pública recientemente con la ayuda de documentos auténticos inéditos, toda la odisea de aquel a quien con razón pudo llamarse "la alianza de la Santa Alianza".

Es sabido como Nôel Santini pudo entrevistarse en Londres con Lord Holland y mostrarle los pedazos de satín blanco sobre los que el joven Emmanuel de Las Cases había copiado en tinta china la protesta del prisionero de Longwood; conocida es también la impresión de Lord Holland, su interpellación en la Cámara de los Lores y el ruido que hizo en toda la Europa. Santini cumplió su misión pero atrajo también sobre su humilde persona la atención y la malevolencia de todas las Cancillerías y durante 15 años hasta la caída de Carlos X, mientras va de villa en villa buscando a los Bonaparte y bonapartistas será objeto de la más rigurosa vigilancia por parte de toda la policía. En Bruselas donde Cambaceres se niega a recibarlo y se da aviso al Ministro de Francia; en Carlsruhe donde Stephanie de Beauharnais le da cincuenta liras para que pueda proseguir su camino—pues se tiene apuro de ver partir al que se considera como la sombra del Emperador;—en Munich, donde a pesar de

la excelente acogida del príncipe Eugenio, la policía bávara se apodera de él y lo arroja camino de Ulm; en Zurich, en Basilea, en Como, donde se le detiene para conducirlo a Milán, después a la prisión de Mantua; más tarde a la de Brema. Sus idas y venidas son objeto de extensos informes y de una correspondencia diplomática en la que Richelieu y el conde Decazes, inquietos y alarmados tratan de desembarazarse de "aquel tormento".

Solamente a la muerte del Emperador, Santini queda libre "de correr de nuevo la Europa". Puede entonces ir a ver a Mme. Letitia que envejecía en su triste mansión en Roma; pero aún infunde siempre sospechas y cuando llega a Córcega, el prefecto establece cerca de él una estrechísima vigilancia. Se le acusa luego de conspiración para establecer a José Bonaparte en el trono de España. En vano trata después en París de conseguir se le adjudique u legado de 25,000 francos, en que Napoleón premió, al testar, sus servicios. Desposeído, sin más recursos que las limosnas que recibía de la familia imperial, no encontró verdaderamente descanso sino en la fortaleza austriaca de Mantua. Fué preciso que viniera la revolución de 1830 para que conociera tiempos mejores; hizose entonces ugier de la Cámara de Luis Felipe, y más tarde correo de la mala de París.

El segundo imperio le concedió la Legión de Honor y le confió "en recompensa de sus grandes servicios y su adhesión ferviente al Emperador Napoleón I" la guardia de la tumba donde reposaba su maestro.

Y aún hay personas que recuerdan la severidad con que el septuagenario llamaba al orden algunos visitantes "para que se descubriesen ante la tumba del Emperador".

Política interior, vecinal y continental

Desde el número anterior del *Pacifico Magazine*, la política casera ha venido dando el espectáculo lastimoso de las peores crisis ministeriales del último tiempo. Ya las renuncias de los ministros no significan gran cosa, ni su presentación para creer en las crisis efectiva, ni su retiro para creerla conjurada. Han retirado su apoyo al gabinete los conservadores primero, los liberales doctrinarios en seguida y mas tarde los ministros iliberales democráticos. Sin embargo éste ha continuado viviendo porque no había situación política alguna lista para reemplazarlo.

Como a medida que nos acercamos a la elección presidencial se complica mas el terreno político, no será fácil una combi-



Señor General, don Rafael Reyes, ex-Presidente de Colombia.

nación neta de mayoría y es probable tengamos ministerio de cuatro partidos o algo semejante.

En nuestro próximo número nos ocuparemos ya de las candidaturas presidenciales ya que es imposible prescindir de ellas si se quiere entender sinceramente lo que ocurre.

En medio de la anarquía política interna, el país ha presenciado un acontecimiento de su vida internacional: la inauguración del ferrocarril de Arica a la Paz que afianza las ferrocarriles de Arica a la Paz de afianza las del norte con un nuevo indestructible eslabón al territorio nacional. En esta obra de la paz general no hay hombre honrado de Chile que no milité con entusiasmo; el patriotismo no consiste en levantar la voz agresiva en tiempo de la paz sino en tomar el rifle simplemente cuando el país llama a sus hijos. El coraje de estos tiempos y la honestidad nacional consiste en pedir las buenas



Exmo. Señor Eleodoro Villazón, Presidente de la República de Bolivia

relaciones con los países vecinos, porque la justicia y la dignidad de una nación civilizada lo reclaman.

Dos viajeros han traído también otra nota política a nuestro ambiente; pero de más vasta política. El ilustre general Reyes y el escritor argentino don Manuel Ugarte nos hablan de una platónica unión latinoamericana.



Señor General, don Ismael Montes, futuro Presidente de Bolivia

UN IMPORTANTE PROBLEMA MILITAR

EL EQUIPO DEL COMBATIENTE
LA MOCHILA DEL SOLDADO
Y SU CARACTERISTICA

LA MOCHILA RENARD

Los ejércitos del mundo desde hace muchos años se han venido preocupando de mejorar el equipo del soldado y especialmente la mochila del soldado de infantería que, como ya se ha dicho en tantas ocasiones, ha sido siempre la prenda más indispensable pero al mismo tiempo la más molesta.

Hasta la fecha numerosos militares y palanqueros se han dedicado a estudiar estas reformas pero sin llegar a nada práctico, pues, todos buscaron el remedio del mal en la misma mochila sin poder obtener un resultado favorable.

Le ha cabido a un compatriota nuestro, al señor Jorge Rénard, el haber descubierto después de pacientes estudios y ensayos de muchos años, un ingenioso aparato que el inventor llama porta-mochila.

El porta-mochila Rénard, destinado en primer lugar al alivio del soldado, no es exclusivamente un apero militar, pues se adapta perfectamente como porta-carga para cualquier transporte a hombro, así como



La mochila Rénard sirviendo como asiento para descansar.

podrá servir para acarrear municiones, víveres, etc., podrá hacerlo para cualquier otra carga, con más rendimiento y menos fatiga.

En buenos términos, se puede decir que el porta-mochila Rénard no solo será indispensable y humanitario para el ejército si-



La mochila Rénard sirviendo de almohada para dormir.

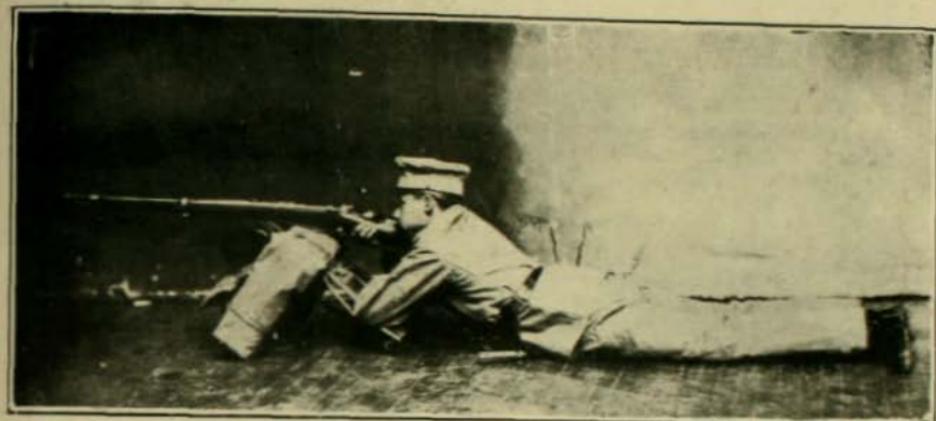
no qué podrá ser aplicable a toda clase de industrias y trabajos en que el hombre tenga que transportar cualquier peso, sobre sus espaldas. Por consiguiente, el invento será de uso universal y está llamado a ejercer una gran transformación en todos los elementos de transporte.

Por eso todos hemos visto con placer, que nuestro Gobierno, con mucho acierto lo ha declarado reglamentario en nuestro ejército.

No podía ser de otro modo ya que todos

y de permitir la ventilación entre la espalda y la mochila, para suprimir la aniquiladora trastpiración, tan justamente temida. Fuera de eso, es la mochila Rénard un excelente asiento en el descanso, una magnífica almohada para dormir en el vivac o campamento, un seguro protector para el tirador tendido y oculto y un immejorable mamápuerto para disparar.

Como se ve, el invento del señor Rénard ha venido a llenar una verdadera necesidad que agradecerá intensamente nuestro ejér-



La mochila Rénard sirviendo de coraza protectora al soldado tendido. (Los disparos de la infantería a 150 metros no pasan la mochila)

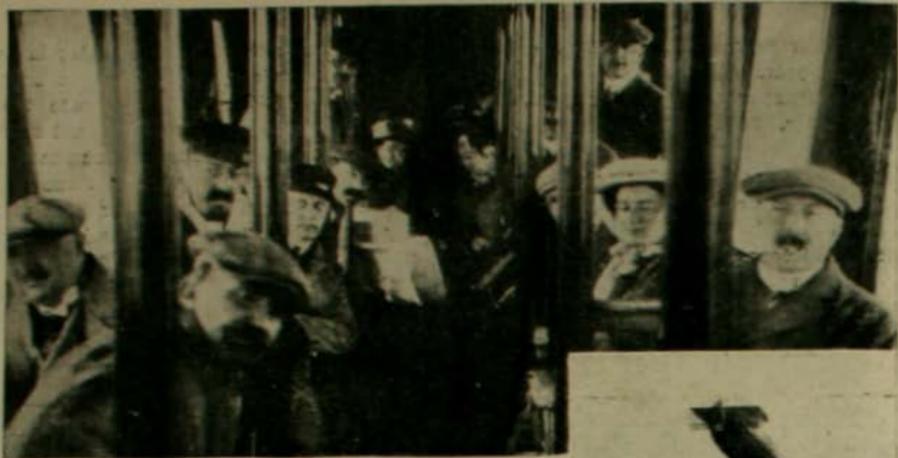
los que hemos conocido el invento nos hemos convencido que no se trata de una cosa de relativa importancia sino de un invento de la exclusiva idea del señor Rénard, por lo cual se le ha concedido patente de privilegio exclusivo en todos los países del mundo. Y por eso hemos visto también que una vez que el Supremo Gobierno adoptó como reglamentario el invento, toda la prensa del país, haciendo estricta justicia, y sin distinción de colores políticos, aplaudió la medida gubernativa y felicitó sinceramente al inventor, el que después de sacrificios y perseverancia ha venido a ver coronada su obra y constante labor.

En los artículos que se han publicado anteriormente no se había dejado constancia de algunas de las numerosas ventajas que tiene para nuestros soldados la mochila y el porta-mochila Rénard. Por eso damos aquí algunas nuevas vistas en que se puede ver objetivamente sus diversos usos fuera del primordial de aliviar la espalda

cito y también los ejércitos de otras naciones. No es un invento guerrero sino humanitario: la mochila Rénard debe llamarse desde hoy "Mochila humanitaria", con más título por cierto que la bala de este mismo nombre.

Hemos tenido ocasión de presenciar los ensayos comparativos entre la mochila antigua y la mochila reformada, en marchas, en caminos planos, ascensiones de cerros, etc. No cabe comparación posible entre una y otra, y la superioridad de la última es abrumadora, en concepto de las comisiones militares informantes.

Tan convencidos estamos de la superioridad, de la perfección del invento Rénard, que nos atrevemos a anticipar una prueba evidente, indiscutible, una peculiaridad nuestra; profetizamos la aparición de imitadores del invento Rénard, con inventos-copias presentados como grandes descubrimientos.



EN EL CAMAROTE DEL ZEPPELIN

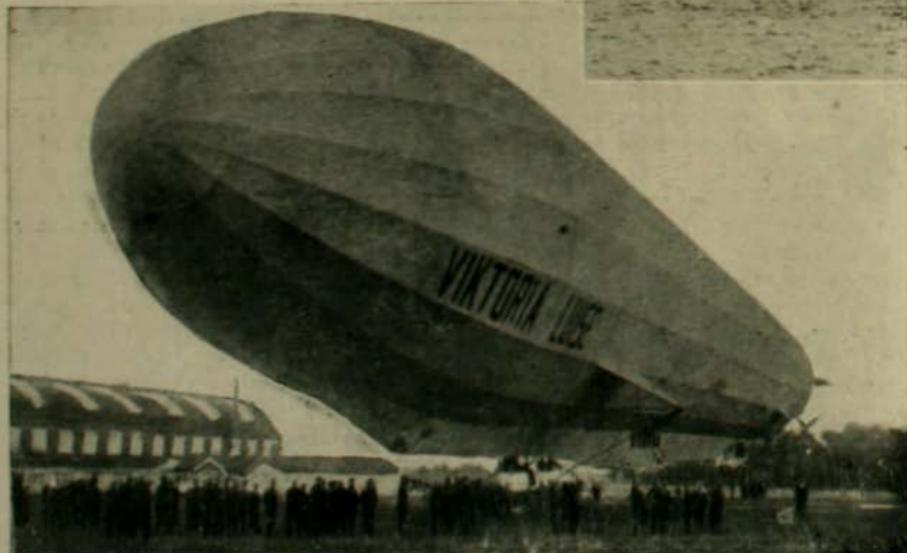
Tan cómodo como un carro Pullman. Los camarotes aéreos están provistos de sillones confortables, y en ellos se sirven de comer como en un carro restaurant

VOLANDO SOBRE LAS CARRERAS DE YATES EN KIEL

Ningún Zeppelin ha sufrido averías serias en el aire (aunque algunos han sido destruidos estando en tierra). Hasta ahora ni pasajero ni tripulante ha perdido la vida, navegando en ellos

EL BUQUE AEREO "VICTORIA LUISA". CAPITAN HAECKER

Hace el tráfico regular entre Berlin y Dusseldorf (Prusia Rheinana). Son seiscientos cincuenta kilómetros y la travesía dura 20 horas





El Grande Hombre don Pedro de Valdivia

Por
Francisco Valdés Vergara

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Los grandes hombres se agigantan con los años, pierden lo que en ellos hubo de vulgar y mediocre, muestran sólo lo que les dió relieve, adquieren esplendor, son como los cuerpos siderales, pura luz vistos desde la tierra, aunque también haya en ellos polvo y lodo.

¿Y quién es grande hombre? Todo aquel que en la historia humana abre hondo surco y en él deposita simiente

fecunda para que fructifique por los siglos de los siglos, simiente de sociedades y de naciones, simiente de poderio, de riquezas, de artes, ciencias y bellas letras, de libertad, de justicia de caridad, de religión, de cualquiera virtud!

Pequeño puede ser el campo donde un grande hombre realiza su obra: ello no obsta a su grandeza porque el tiempo, que transforma débil planta

en árbol robusto con espléndido follaje, hace también que humilde colonia fundada en tierra desconocida, tome cuerpo y tenga crecimiento hasta llegar a ser nación independiente y respetada.

Grande hombre fué don Pedro de Valdivia, en toda su campaña de conquistador de Chile; pero nunca se nos presenta más grande que el 12 de Febrero de 1541, en el momento de trazar las líneas de lo que iba a ser por muchos años misera aldea "de madera y paja". En ese instante contemplamos, junto a la visible pequeñez de la obra material, el alto pensamiento y la superior voluntad que se proponían crear de la nada, un pueblo nuevo, destinado a figurar con honra en la familia de las naciones, y hacer de aquella una metrópolis.

El mismo conquistador lo dijo con orgullo que en este caso tiene más de virtud que de vicio. Vino a Chile, despreciando riquezas ya adquiridas, desafiando paso a paso peligros de muerte, soportando penalidades inauditas, para "acreditar esta tierra, poblarla y sustentaria y descubrir por ella hasta el Estrecho de Magallanes y Mar del Norte", nombre que daba al Océano Atlántico. Vino, no por codicia, tras del oro, sino por sed de gloria, a crear, sin medir los sacrificios, una nacionalidad a la cual quedase vinculado su nombre. Al cabo de 372 años, sus palabras tienen eco solemn en la historia:

—Quiero, dijo en su primera carta a Carlos V, dejar memoria y fama de mi!

Ejemplo único, en la América española, de conquistador que no busca el oro, que lo desdena como cosa vil, porque tiene en su mente algo más valioso, más duradero, algo que brilla con luz perenne, que penetra en lo profundo de un futuro muy remoto, que presagia, en vez de pasajeros delectes, de goces materiales, la aureola de un prestigio imperecedero.

Conquistadores hubo que, a fuerza de audacia ayudada por la fortuna, pasaron repentinamente, como en el escenario de un teatro, de humildísima condición, de extremada miseria, al rango de héroes legendarios, a la opulencia no soñada ni por los hombres más ricos de la tierra. Baste recordar a Francisco Pizarro, cuidador de cerdos en su niñez, dominador más tarde del grande Imperio de los Incas, por obra, no de inteligencia ni de voluntad deliberada, sino de audacia sin par, de fría crueldad y de codicia insaciable.

Don Pedro de Valdivia era hombre completo por el talento, por el carácter, por la educación, por la disciplina de la voluntad, por la experiencia de la vida. No quiere esto decir que fuera hombre perfecto. Nô! El pagaba, como todos, abundante tributo a algunas de las pasiones propias de la naturaleza humana. En los actos de guerra, siendo valiente soldado, experto jefe, leal caballero, era también cruel y sanguinario, según las costumbres de la época, para anonadar al vencido. En los actos políticos empleaba, cuando así convenía a sus fines, la astucia, el disimulo, el reposado cálculo que enseña, en su libro del Príncipe, el maestro florentino.

Y justamente el sér así, el ser un compuesto de las más grandes cualidades de carácter e inteligencia y de los sentimientos más duros y egoístas de la sociedad aventurera de aquellos días, fué lo que le hizo apto, primero para pensar que la creación de un nuevo pueblo en tierra "infamada" por su pobreza, de la que los conquistadores "como de la pestilencia huian", era empresa digna de un héroe; y después, para consagrarse a esa obra con energía de titán y realizarla con una tenacidad vencedora de dificultades, que jamás ha sido superada ni en lo antiguo ni en lo moderno de la historia humana.

Bien conocía don Pedro de Valdi-

vía su propio mérito. El lo declara sin falsa molestia, cuando refiere, en carta escrita al Emperador Carlos V, la entrevista de su capitán de mar, Juan Bautista de Pastene, con el Maestre de Campo, Francisco de Carvajal, rebelado contra la autoridad real en el Perú, y se expresa así: "dijo Carvajal al dicho capitán, yendo éste a visitarle de mi parte, como nos conocíamos de Italia e habíamos sido allá amigos y que me tenía por *el mejor hombre de guerra que había pasado a estas partes*". Esta frase retrata al conquistador de Chile de cuerpo entero. El se sentía más hombre de guerra y, seguramente, más hombre de gobierno también, que los personajes todos de la conquista del Perú, y ese conocimiento de si mismo, esa confianza en su capacidad, le inspiró el deseo de apartarse de Pizarro, de irse muy lejos a campear por cuenta propia, a ser caudillo y creador de un pueblo.

Era poco para él ser garra de león en la conquista del Perú. Aspiraba a ser él mismo alma y cuerpo de león en una conquista nueva, doblemente nueva, porque nadie la había iniciado, pues Almagro no fué sino descubridor, y porque en ella no había oro, sino sacrificios; no había brillo fugaz, sino mérito de buena ley; no había gloria inmediata, sino promesa de fama para los siglos venideros.

Pizarro, en lo más alto de su grandeza, necesitaba de don Pedro de Valdivia. Este, a su lado, era el buen consejo en el gobierno y el bravo irresistible en la guerra. Hizo cuanto pudo para retenerle consigo.

Dióle, en el repartimiento de encomiendas, una muy valiosa que, por renuncia de Valdivia, fué dividida entre "tres conquistadores", dice él, que fueron: Diego Centeno, Lope de Mendoza y Bobadilla". Dióle también Pizarro "una mina de plata que ha valido después más de doscientos mil castellanos". ¿Qué más habría podido dar-

se a un hombre sensible a la codicia? Don Pedro de Valdivia desdeñó todo eso: él no quería dinero, quería fama y la quería conquistada, costase lo que costase, por su cabeza, por su corazón, por su brazo.

Pizarro, viendo que aquel hombre no caía en la tentación de la riqueza, le tentó por otro lado, por donde flaquean la mayor parte de los hombres: por el respeto humano, por el miedo de caer en ridículo, de ser el hazme reir de las gentes.

"Muchas personas que me querían bien y eran tenidos por cuerdos, escribió don Pedro de Valdivia, no me tuvieron por tal, cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú y donde el adelantado (Almagro) no había perseverado, habiendo gastado él, y los que en su compañía vinieron, más de quinientos mil pesos de oro y el fruto que hizo fué poner doblado ánimo a estos indios".

Pizarro, cuerdo como el que más, en cuidar lo que la fortuna le había dado, juzgó a don Pedro de Valdivia falso de cordura, se "espantó" de que éste dejase sus riquezas, "lo que tenía de comer", tan abundante como lo que él había reservado para sí mismo, y quiso herirle en su amor propio, decirle que todos le tendrían por loco, para así hacerle desistir de la temeraria empresa. Vano intento! Don Pedro de Valdivia, que no conocía el miedo en combate singular, que no vacilaba como jefe ante los peligros, que era fuerte para el hambre, para el dolor, para la muerte, ¿podía ser timido por respeto humano?

Nada fué bastante eficaz para apartarle de sus propósitos, y Pizarro hubo de consentir en extender a su nombre el despacho de conquistador de Chile. Que lo hizo de mala gana, probado está, por el hecho de no haberle concedido ningún auxilio, ni parte siquiera de las riquezas positivas a que él renunciaba. Don Pedro de Valdivia

toma nota de ello con cierto dejo amargo, cuando dice, hablando de la venta de la mina de plata que era suya: "ha valido más de doscientos mil castellanos, sin haber un solo interés por ello, ni el marquéz me la dió para ayuda de la jornada!"

No seguiremos a don Pedro de Valdivia en los preparativos de la expedición conquistadora, ni en la marcha de ésta a travéz de cordilleras y desiertos, que pusieron a prueba el temple de su alma y la disciplina del cuerpo de aventureros que le acompañaba. Todo eso ha sido escrito, poco ha, de modo magistral, por don Crescente Errázuriz, investigador tan prolíjo, como sagaz, de nuestra historia antigua, profundo en el pensar, doctísimo en el arte de escribir. La lectura de esas páginas deja enseñanza sólida y es grato recreo del espíritu.

Para nuestro propósito, que se limita a poner de manifiesto el pensamiento colonizador de don Pedro de Valdivia, los hechos exclusivos de conquista y de guerra, pueden ser considerados en cuadro aparte. La resistencia a los rigores del frío y del hambre, la audacia para avanzar con escasas fuerzas hacia lo desconocido el valor heroico en la pelea, cualidades fueron que constituyan el patrimonio común de todos los conquistadores. Lo que constituyó el patrimonio por excepción de don Pedro de Valdivia, fué la férrea voluntad de "poblar y sustentar", según sus palabras, la tierra hacia la cual avanza, de colonizarla, según hoy se dice, de ser padre de un pueblo que en ella había de crecer y multiplicarse. Veamos, pues, lo que hizo para convertir este pensamiento en realidad.

No sabemos si don Pedro de Valdivia manejaba la pluma con tanta destreza como la espada. Nos inclinamos á creer que no. Parece difícil que hubiera tenido tiempo para ocuparse en las letras, pues entró desde niño en la carrera de las armas.

Pero, lo que en eso le faltaba, lo suplió con la acertada elección de un secretario, Juan de Cárdena o Cardeña, escribano mayor, que anduvo en todas partes con él, acompañándole hasta la víspera de su trágica muerte. El secretario merece recuerdo porque supo comprender el alma del grande hombre y sentir los latidos de su corazón y dar forma energética, pintoresca, impregnada también a veces de poesía, a cuanto aquél pensaba y ejecutaba.

"Llegué a este valle de Mapocho," dice la primera carta del conquistador a Carlos V, por el fin del año de 1540. Luego procuré de venir a hablar a los caciques de la tierra y con la diligencia que puse en correrse, creyendo éramos cantidad de cristianos, vinieron los más de paz y nos sirvieron cinco o seis meses bien, y esto hicieron por no perder sus comidas que las tenían en el campo (sus siembras de maíz) y en este tiempo nos hicieron nuestras casas de madera y paja en la traza (trazado) que les dí en un sitio donde fundé esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, en nombre de V. M."

De corta duración fué aquella paz con los indios, en la aldea recién fundada. Presto aquéllos se alzaron en guerra y vinieron sobre Santiago, en ausencia de don Pedro de Valdivia, que andaba en campaña de exploración por los campos del Sur, "y pelearon todo un día y mataron veintitrés caballos y cuatro cristianos y quemaron toda la ciudad y comida y la ropa y cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a cuestas traíamos y dos porquezuelas y un cochinallo y una polla y un pollo y hasta dos almuerzas (1) de trigo, y al fin, al venir de

Nota.—Almuerza. Porción de granos que cabe en el hueco que se forma con las dos manos juntas. (Diccionario de la Academia).

la noche, cobraron tanto ánimo los cristianos... que, con estar todos heridos, favoreciéndolos Señor Santiago (el Apóstol), que fueron los indios desbaratados y mataron dellos gran cantidad. Y otro dia me hizo saber el capitán Monroy la victoria sangrienta con pérdida de lo que teníamos y quema de la ciudad".

La victoria en tales términos era un desastre. Don Pedro de Valdivia encontróse, antes de avanzar un paso en la conquista, con todo su poder material perdido, con sus compañeros de armas desalentados, con la confirmación, a los ojos de ellos, de que él era un loco de atar, ni más ni menos que lo dicho por los conquistadores del Perú. Y entonces mostróse él más grande que su desastre, sacando de lo íntimo de su ser una potencia de voluntad que hizo de aquellos hombres deseados, hambrientos, enflaquecidos hasta parecer esqueletos, un grupo de héroes, por la fortaleza del espíritu y por la pujanza de los brazos, para sobreponerse a lo inmenso del infiernito y fundar sobre ello, con paciencia sobrehumana, los cimientos de la ciudad y de la patria definitivas. "Más que hombres hubieron de ser", dijo más tarde Valdivia.

"Espacio de casi tres años" duró esa lucha de cada cristiano viviente en Santiago, con el hambre de su estómago, sometido al suplicio de comer sólo contados granos de trigo y maíz, y con la desesperanza de su ánimo. Don Pedro de Valdivia fué siempre el primero, en aquellos días penosos, en la privación y el trabajo. La esperanza no languideció en su corazón; lejos de eso, permaneció firme y templada como el acero, y prevaleció sobre el desánimo y vacilaciones de los otros. El debió de ver, entre los mirajes de sus ensueños, allá en días muy remotos, al pueblo, hijo de su alma, que estaba por nacer, y esta visión, sin duda, le dió consuelo y fortaleció sus energías. Por fin, al cumplirse casi

los tres años, fiel amigo, el capitán Alonso de Monroy, enviado al Perú en busca de auxilio, llegó a Santiago con algo de lo que se necesitaba para prolongar la vida.

"Los trabajos de la guerra, invictísimo César, escribió Valdivia, puédenlos pasar los hombres, porque lores al soldado morir peleando; pero los del hambre concurriendo con ellos, para los sufrir más que hombres han de ser; pues tales se han mostrado los vasallos de V. M. en ambos, debajo de mi protección, y yo de la de Dios y de V. M., por sustentarle esta tierra". ¡Qué palabras tan elocuentes y tan hermosas en el héroe!

No hay jactancia, no hay vanagloria, sino grito sincero del corazón en eso de exclarar: más que hombres fueron mis soldados en el sufrir hasta los tormentos del hambre y por mí ejemplo lo fueron! Si la verdad no estuviera comprobada, pudiera creerse que esto es creación de la fantasía.

Y cuánto amor tuvo don Pedro de Valdivia por este suelo que tan ingrato le ha sido, por su clima, por su feracidad, por sus bosques, por la belleza de su cielo, por sus soles invernales! Pasados ya los días de angustia por el hambre, puesto otra vez en acción de guerrero y de colonizador, ya no ve sino lo que promete grandeza al pueblo a quien da vida. Todo lo encuentra bueno, lo admira, lo canta al modo de un poeta que goza con las creaciones de su mente. Otra vez, escribe a Carlos V: "Envié a las provincias del Perú al capitán Alonso de Monroy para que haga saber a los mercaderes y gentes que se quisieren venir a avecindar, que vengan; porque esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse, no la hay mejor en el mundo, digolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos, sino es cuando hace cuarto de luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lin-

dos soles, que no hay para qué llegar al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el dia se puede el hombre andar al sol, que no le es inoportuno. Es la más abundante en pastos y sementeras y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha e muy linda madera para hacer casas, infinidad de otra de leña para el servicio dellas y las minas riquísimas de oro y toda la tierra está llena dello y donde quiera que quisieren sacarlo, allí hallarán en qué sembrar y con qué edificar y agua y leña y yerba para sus ganados, que parece Dios la creó a posta para poderlo tener todo a la mano".

¿Qué chileno actual encuentra, en su patriotismo ardoroso, acentos de más amor a esta tierra, de más admiración por las bellezas y los bienes que Dios le ha prodigado? Don Pedro de Valdivia llega a olvidarse de su indole guerrera cuando contempla la naturaleza espléndida de este país. Guarda silencio entonces el soldado, se levanta más alto que el campo de batalla y deja que hable el colonizador, que llame a las gentes para el trabajo en la paz, que así como trazó las líneas de la aldea destinada a ser metrópolis, forme también el molde amplio, con elasticidad sin medida, de una nación digna y próspera.

Tanto pensó don Pedro de Valdivia en la futura grandeza de la patria a que iba a dar vida, que nunca se apartó su mirada del Estrecho de Magallanes, recién descubierto, llave necesaria de este Océano Pacífico, llamado entonces Mar del Sur, en su comunicación directa con Europa. Repetidas veces insiste sobre este punto en sus cartas al Emperador Carlos V. Luego que pudo disponer de dos barcos y de un piloto seguro, organizó una expedición naval encargada de poseicionarse del Estrecho. Ese piloto fué "Juan Bautista de Pastene, Genovés, hombre muy práctico de la

altura y cosas tocantes a la navegación y uno de los que mejor entienden este oficio de cuantos navegan este Mar del Sur, persona de mucha honra, fidelidad y verdad y que sirvió mucho a V. M. en las provincias del Perú".

No trepidó don Pedro de Valdivia en suspender o retardar parte de los trabajos de conquista, enviando gente escogida, entre ella, el capitán Rodrigo de Quiroga, el tesorero, Jerónimo de Alderete y el escribano mayor, Juan de Cárdena, a tomar posesión del Estrecho de Magallanes (1544). La claridad de su espíritu le hizo comprender que no habría independencia segura para la nación que creciera en esta costa tan dilatada, si ella no era soberana de aquella única comunicación entre los océanos. Había también un interés más personal del conquistador en ocupar el Estrecho: él necesitaba y quería someter a su autoridad la mayor extensión de tierras que fuera posible. Y hacia aquello con rapidez, como todas sus cosas, para asegurarse del título que da la posesión e impedir así que otros obtuviesen del Rey de España permisos de conquista en la región austral abandonada.

Este interés del conquistador, en nada amenga el mérito de haber pensado que el Estrecho de Magallanes era necesario para la independencia de Chile y que no debía perder ni un día en asegurar su posesión. Don Pedro de Valdivia no subordinaba sus actos a la breve duración de su vida. Miraba más lejos, presentía que sus hechos tendrían resonancia y producirían consecuencias indefinidas, era lo que hoy llamamos un hombre de estado, en la plenitud de la capacidad para concebir proyectos de largo desarrollo y para establecer sobre granito los cimientos de una obra grande que habría de ser construida lentamente por el esfuerzo energético y continuado de muchas generaciones. ¡Cómo crece su figura a la luz de sus altos pensamientos!

Si hoy fuera dia de resurrección para don Pedro de Valdivia, creemos que no le causaría la menor sorpresa, después de pasar su mirada por todos los confines de la tierra, el ver lo que es y lo que vale esta patria nacida de su gran corazón y de su cabeza pensadora. Acaso... acaso pudiera él mirarnos con gesto desdénoso y decirnos: Yo soñaba y ambicionaba más! Habéis malgastado mucho de lo que debisteis emplear en vuestro progreso nacional, antes que en beneficio de vuestros partidos políticos. Todavía os queda largo trecho que andar, inmensa labor que realizar, si pretendéis decir algún dia que habéis sabido corresponder a la magnitud de mis pensamientos. Enmendará vuestros errores, dominad vuestras pasiones pequeñas, no tengáis sino una pasión: la grandeza de Chile en la paz y en la justicia! Recordad siempre vuestra deuda conmigo. Yo os hice nación para dejar memoria y fama de mí! Padadme esta deuda!

FRANCISCO VALDÉS VERGARA.

Era Valdivia, cuando murió de edad de 56 años, hombre de buena estatura, de rostro alegre, la cabeza grande, conforme al cuerpo que se había hecho gordo, espaldudo, ancho de pecho, hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas, liberal y hacia mercedes graciosamente. Después que fué señor, recibía gran contento en dar lo que tenía; era generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso y de los hombres que lo andaban, y de comer y beber bien; afable y humano con todos; más, tenía dos cosas en que obscurécia todas estas virtudes: que aborrecía a los hombres nobles y de ordinario andaba acompañado con una mujer española, a lo cual fué dado.

GÓNGORA DE MARMOLEJO.

1575.

Hemos estudiado con detenimiento la obra del conquistador de Chile, del primer organizador de la colonia, y, realmente, se mostró en ella grande hombre.

En la necesidad de sofocar y castigar conatos de revuelta, supo ser generoso, disimular y cerrar los ojos para no ver a la mayor parte de los culpados y apenas hacer unos cuantos escarmientos.

Como supo perdonar, supo también recompensar los servicios de sus amigos y capitanes: Francisco y Pedro de Villagra, Francisco de Aguirre, Jerónimo de Alderete y otros muchos prueban, en las mercedes recibidas, que no en vano se hacían sacrificios para servir al Rey bajo las banderas de Pedro de Valdivia.

No se olvidaba, sin duda, el Gobernador de sí mismo en los repartimientos y las minas; pero no acostumbraba guardar en sus arcas el oro que los indios le llevaban. Enemigos le acusan de haber puesto a las veces gruesas sumas en una carta: quizás, en su vida de soldado y como la mayor parte de sus compañeras, jugó con exceso algunas ocasiones; pero la invención que de ordinario daba a sus caudales era noble y generosa. Los empleaba en procurar nuevos recursos a la colonia y para obtener esos recursos vivió lleno de deudas y lleno de deudas murió.

El desprendimiento de los propios bienes, en vista de las necesidades de la colonia, lo tornaba exigente con los demás; y lo hemos visto acudir a despóticos e injustificables medios para tomar en empréstito forzoso los bienes agenos, que por lo demás restituía puntualmente y de su propio peculio.

Por desgracia en la liviandad de sus costumbres no se mostró a la altura de su posición ni se diferenció del rudo soldado... Cuando ya se creyó grande y afianzado en el poder, quiso volver a su hogar la debida honorabilidad y envió a España por su esposa doña

Marina Ortiz de Gaete, que no había de encontrarlo vivo al llegar a Chile.

Acusarlo de despotismo y tiranía algunos que momentáneamente se vieron perseguidos o despojados de sus bienes. Sería injusto que la historia prohijara esas acusaciones. Tales despojos y persecuciones fueron resultados de la necesidad apremiante de la colonia o de la pasión de un momento. Pedro de Valdivia a nadie persiguió sistemática y tenazmente y supo volver sobre sus pasos después de un extravío.

Echese una mirada en estos años a cualquiera de los países de América conquistados por España y por doquier se encontrará—cosa ciertamente muy explicable en los principios de las conquistas—tremendos abusos de poder, persecuciones encarnizadas, robos

y asesinatos; por doquier, menos en Chile.

En vano buscaremos aquí alguno de esos excesos: ni un solo hombre injustamente sacrificado a la ira o a los intereses del omnipotente gobernador; ni siquiera un oprimido. Más aún, en aquellos amargos días, durante la más larga tribulación que haya presenciado una colonia en América, y después, en incessantes guerras, consiguió Valdivia hacer reinar órden perfecto entre hombres habituados a los disturbios del Perú. No se ven entre ellos las interminables riñas, ni un solo asesinato.

Dió Pedro de Valdivia la norma a un pueblo tranquilo, amante del orden; fundó verdaderamente una sociedad.

CRESCENTEERRAZURIZ.
(1912)



Ferrocarril Longitudinal del Norte



Está en vías de terminarse una de las obras más importantes que se hayan emprendido en el país. El ferrocarril longitudinal.

Es prueba segura de la fuerza económica del Estado el haber

Señor Augusto Knudsen, Inspector técnico del Gobierno.

tendido en cortos

cuatro años, a lo

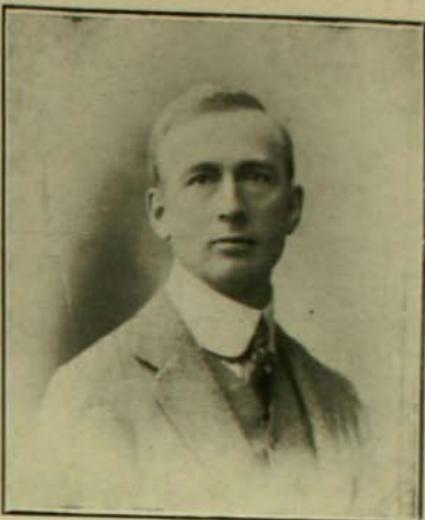
largo de zonas que no hace mucho eran completamente desiertas, una vía férrea que abarca la enorme longitud de 1.319 kilómetros, con un costo total de £ 7.081,75.

A parte de las varias consideraciones de orden militar que aconsejaban emprender esta obra, ella se hacía necesaria para el fomento de la riqueza salitrícola y minera de las provincias que cruce.

La sección norte, que en dos meses más será definitivamente terminada, comprende desde Pueblo Hundido (situado a la altura de Chafaral) a Pintados (un poco al sur de Iquique) o sea una longitud de 719 kilómetros.

Cruza, pues, las ricas provincias de Antofagasta y Tarapacá en empalme por el sur con la sección que está a cargo del sindicato Howard. Terminadas ambas líneas, el viajero podrá trasladarse por ferrocarril desde Santiago a Pisagua siguiendo la vía de Cabildo, Ovalle, Serena, Vallenar, Copiapó, Pueblo Hundido, Salinas, Toco, Pintados, Iquique y Pisagua.

La construcción de la sección norte fué



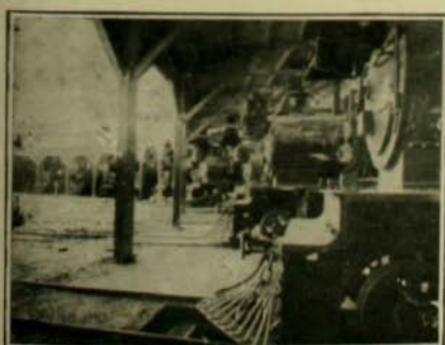
M. W. B. Leane

entregada a The Chilean Northern Railway Co. Ltd. el 23 de Abril de 1914 por la suma alzada de £ 3.055,750 debiendo ser entregada a la explotación en Abril de 1914. La actividad con que se han hecho los trabajos hará que la fecha de terminación se adelante 8 meses.

La Empresa constructora ha entregado la mayor parte de las obras a la Casa Macdonald Gibbs y Macdongal, en calidad de sub-contratistas.

Es ingeniero jefe, representante de la Compañía Chilean Northern Railway, el señor Walter B. Leane a cuya labor colaboran sus ayudantes señores R. Guigly y C. Sohlberg.

Por parte del Estado está a cargo de la



Casa de Máquinas Baquedano



Vista general, Estación Toco

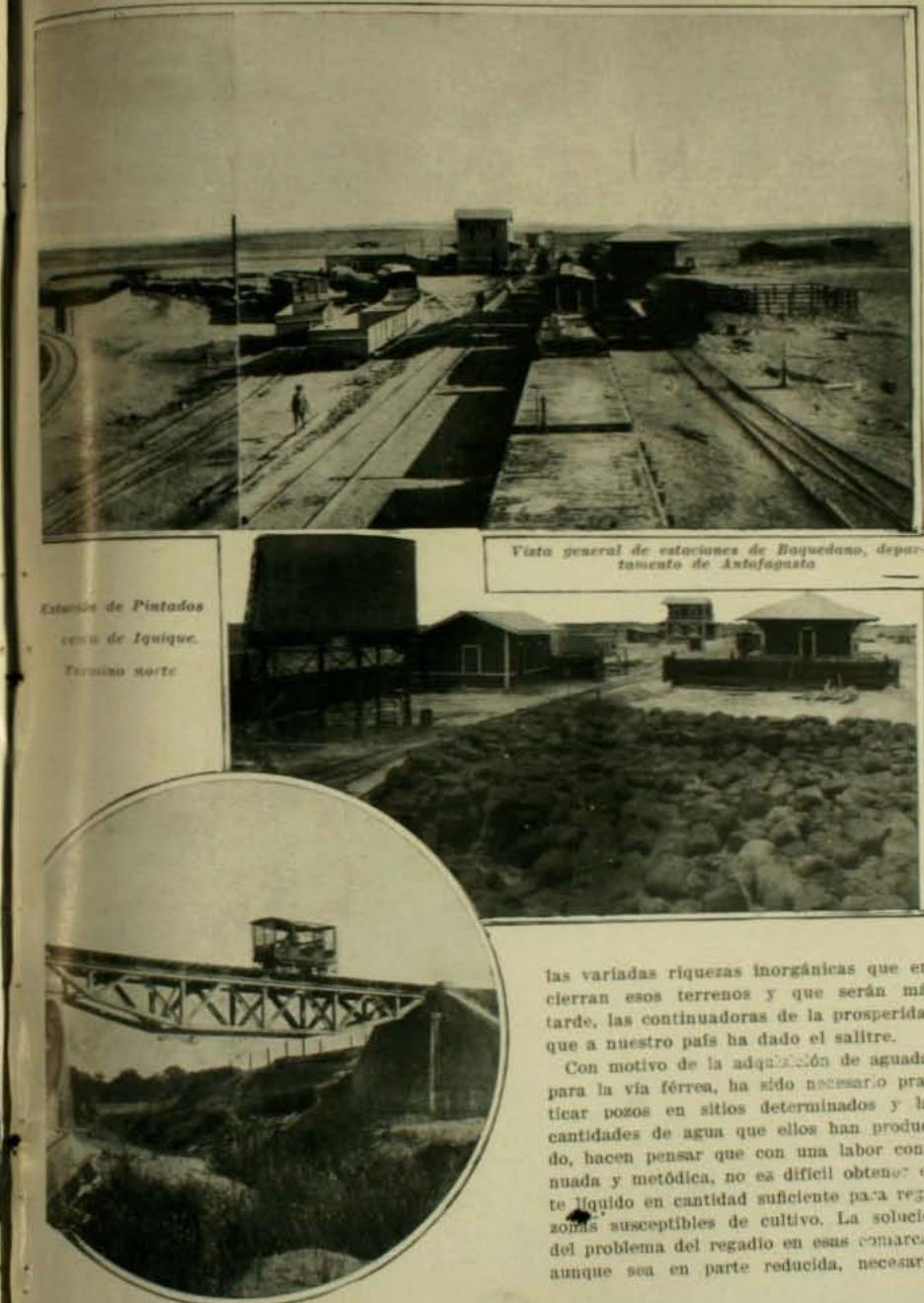


Estación de Aguas Blancas, departamento de Antofagasta

supervigilancia general el señor Augusto Kundsen y por la Casa sub-contratista, el señor J. Lefevre.

Están ya oficialmente entregados al Gobierno 600 K. de vía y los 119 restantes, entre Catalina y Pueblo Hundido, lo serán como lo díjimos, en unos dos meses más. La línea está dotada de todas sus instalaciones, carboneras, desvíos y estaciones, como también de equipo y carga por un valor de £ 287,000.

Las proyecciones que este ferrocarril tiene hacia el futuro no pueden aún calcularse con exactitud; pero ya se advina la enorme influencia que ejercerá en el progreso de esas grandes y ricas extensiones. Tendido el riel sobre las pampas, la obra de exploración se simplifica considerablemente y con los estudios que habrán de emprenderse, se logrará, de seguro, el descubrimiento de



Estación de Pintados

censo de Iquique.

Término norte

Vista general de estaciones de Baquedano, departamento de Antofagasta

las variadas riquezas inorgánicas que encierran esos terrenos y que serán más tarde, las continuadoras de la prosperidad que a nuestro país ha dado el salitre.

Con motivo de la adquisición de aguadas para la vía férrea, ha sido necesario practicar pozos en sitios determinados y las cantidades de agua que ellos han producido, hacen pensar que con una labor continua y metódica, no es difícil obtener este líquido en cantidad suficiente para regar zonas susceptibles de cultivo. La solución del problema del regadio en esas comarcas, aunque sea en parte reducida, necesitará

Sobre el río

nente hará cambiar el aspecto actual de aquellas extensiones enormes y desoladas.

Sólo es que hacia las faldas de los cerros cordilleranos, el agua de las vertientes y quebradas, aunque no muy abundante, sostiene una agricultura que llama la aten-



Terraplen y corte en Quillagua en el río Loa

ción, dada la general aridez del suelo.

Se ha discutido el valor que esta vía puede tener para la movilización de pasajeros desde el centro del país.

Seguramente pocas serán las personas que desde las provincias de Santiago, Valparaíso o Aconcagua se trasladan a los puntos del norte por este ferrocarril. Siempre seguirán empleándose los vapores de



La cumbre, 2,400 metros de altura, departamento de Taltal

las diferentes compañías que ofrecen una estimable comodidad en viaje tan largo; pero es innegable que como vía de comunicación de pueblo a pueblo será de un valor inapreciable.

Se comprenderá fácilmente que el principal papel de este largo camino de hierro tendrá



La bajada al río Loa, a la derecha el valle



Cancha y Casa de Máquinas en la estación de Tolo

que ser, sobre el transporte de pasajeros, la movilización de la carga suministrada por las industrias salitrera y minera a las cuales prestará grandes beneficios.

DE ARTE EN BARCELONA



Brull en su taller

¡Hermoso espectáculo!

Ved como sobre la blanca nieve del polo se destaca, chillón, un punto encarnado... Es una flor, una amapola, que balancea majestuosa, su tallo a impulso del aire glacial...

Fenómeno raro, cuya explicación cae más allá del humano saber, ¿no os parece? ¡La nieve da flores que no sean blancas!

Tal es el caso del arte en Barcelona, en esta ciudad que, según nuestro ilustre escritor don Rafael Sanhueza Lizardi en su "Viaje en España" está antes que todo organizada para consagrarse más a las tareas de la industria que a los dulces y perozos entretenimientos de Rafael, del Tiziano y del Dominiquino.

Flor exótica, flor nacida en un ambiente prosaico y, al parecer, hostil a toda idea que no sea de números...

Y, no obstante, vedla como crece y vive ufana, indiferente a cuanto la rodea...



Cuando algunos años hace despertó en aquella juventud la fiebre de gloria; mi buen amigo don Manuel Marinello publicó un concienzudo trabajo que levantó densa polvareda en el mundo artístico español hos-

pedado en Madrid. Afirmó la existencia de una bohemia en Barcelona, comparóla a la parisén y apuntó las enormes diferencias entre una y otra. Bohemia de nombre y de hecho la del artista en París, solo "Pose" la del de Bar-



Angelita, cuadro de J. Brull

*Dúo, cuadro de J. Brull*

celona. Nuestra raza aún sintiendo correr en sus venas sangre de artista, aún con la cabeza dispuesta siempre a la producción de ideas sublimes y elevadas, no puede echar al olvido su origen ni, para emplear las palabras de nuestro Sanhueza, "las diversas y heterogéneas cruzar de sangre que forman sus nervios" obligándola a vivir activa.

Y es por esta particularidad que el bohemio parisien, tal como lo ha dado a conocer Munyer, y es en realidad, no existe en Barcelona.

Raro es aquí el artista que no haya empezado su vida, pasando por la prosa del comercio. Y tanto es así que no pocos, de los que hoy ven brillar sobre su cabeza la aureola de la gloria, continúan dedicando

parte de su energía al arte del hijo de Júpiter.

Si he dejado correr la pluma, apartándome algo del tema que me ocupa, ha sido para daros una idea, aunque vaga, de nuestros artistas.

Resumiré, diciendo que aquí se empieza tomando el arte como sport, y solo cuando se ha conseguido la medalla de campeón se dedica a él en cuerpo y alma.

Uno a uno os iré presentando estos nombres que dejan impreso, en

*Estudio, cuadro de J. Brull*

telas, papel o mármol, las concepciones de sus cerebros para gloria nuestra y admiración de venideras generaciones.

JUAN BRULL.

En un salón de París están expuestas algunas obras de este artista de cuerpo entero, cuyo número y variedad dan una completa impresión de la potencialidad de su pincel y de la variada comprensibilidad del artista.

Brull, poeta de la pintura, sólido co-

*Misticismo, cuadro de J. Brull*



Proyecto presentado al concurso que se ha abierto en Barcelona.

lorista, propio y armónico, presenta tal belleza en sus paisajes, y rodea de tal misterio sus ninfas, que para comprenderlo es indispensable ser otro poeta.

Amaba el desnudo y sabía presentarlo tan lejos del sensualismo imperante hoy, que sus mujeres resultan idealizadas, matizadas, hasta el punto de llegar al desnudo ideal, plácido e inocente.

Lindos bustos de muchachas, paisajes armónicos y poéticas las pinturas de Brull, son incomprensibles; el artista amaba las tonalidades suaves, los paisajes serenos y tranquilos, de modo que su obra, ideal, hace que el que contempla aquellos cuadros, sienta y los siga con la misma emoción, con iguales pensamientos que, cuando el pintor, lleno de inspiración, los sombría y pintaba. Ante cada tela se



Adelfas, cuadro de J. Brull

nos figura ver a Brull, paleta en mano, trabajando.

Cuando el pintor intentaba apartarse de su ambiente, pintando muchachas con expresión mundana, es decir, dándoles un aspecto más en consonancia con las modernas corrientes, no fracasaba Brull, puesto que era dibujante exquisito; pero estas mismas muchachas mundanas, con las notas brillantes del colorido, conservaban aquél sello especial que solo Brull sabía imprimir, especialmente a sus cabezas y a sus paisajes.

La reproducción de algunas de sus obras os darán, mejor que mi pluma, la impresión de Brull como dibujante. Vedle así y extended sobre estas concepciones geniales una fraterna de ideal y tendréis las obras de Brull, muerto joven, por desgracia del arte de Apelles.

JUAN L. TATTARULL.



Arco Iris, cuadro de J. Brull

CHILE EN SAN FRANCISCO

Damos en estas páginas algunas fotografías de los palacios que van a comenzar a alzarse en el local destinado en San Francisco a la gran Exposición Internacional de 1915 a la cual concurrirán todas las naciones civilizadas del mundo y en especial las repúblicas del continente americano. Como nuestros lectores lo saben, este acontecimiento mundial tiene por objeto celebrar la inauguración del canal de Panamá y, con este motivo, ofrecer al mundo el espectáculo grandioso del nuevo continente al cual corresponden las más brillantes expectativas económicas del siglo XX.

El Gobierno a designado una numerosa comisión para preparar el programa de la concurrencia de Chile. Esta sección será proporcionada a los

recursos limitados del país y al esfuerzo que hacen las demás repúblicas, no tanto las del Atlántico que son poderosas y do-

tadas de extraordinarios recursos, como las del Pacífico con las cuales tenemos derecho a ser comparados ventajosamente.

Como es natural, el primer problema que se presenta a la comisión es el palacio que habrá de alzarse con el pabellón nacional al tope, en el área de setenta mil pies que se nos ha reservado en los terrenos de la Exposición. Es necesario un gran edificio, de material pasajero como son los de su clase, que contenga tres secciones principales: la central para las muestras industriales y recursos del país, una para el salitre y la minería y otra panorámica, artística y cinematográfica. Para llegar a la solución práctica de este proyecto es necesario el arquitecto, un arquitecto joven y de genio, ágil y conocedor de la arquitectura de exposiciones.

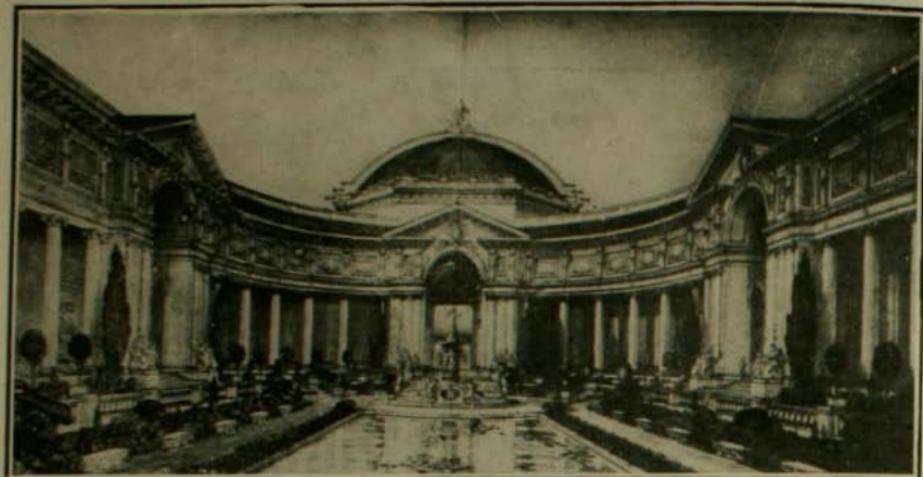
Este palacio debe ser elegante, esbelto, y muy alto y de gusto exquisito. Es necesario encuadrarlo en una determinada



Torre en la plaza sur



Gran Plaza Central

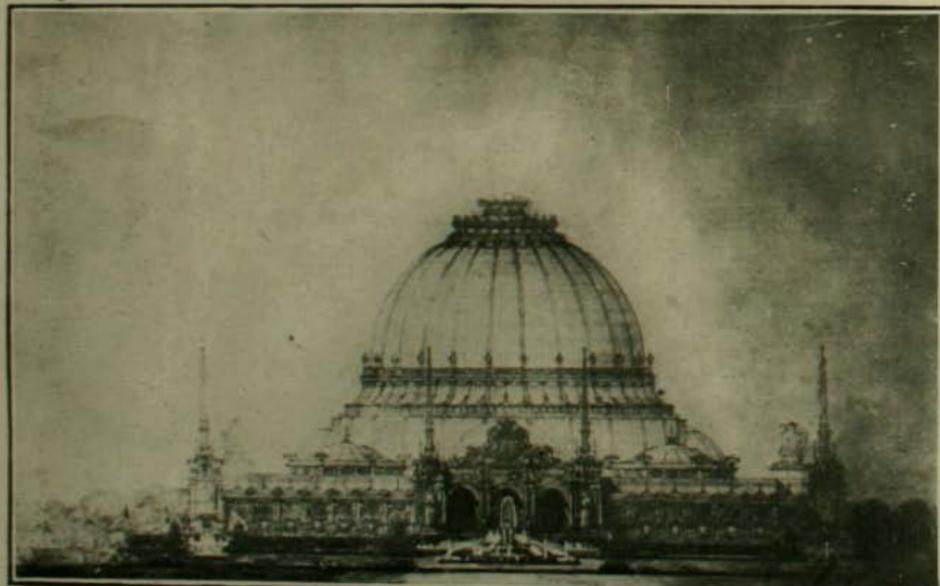


Plaza sud-oeste

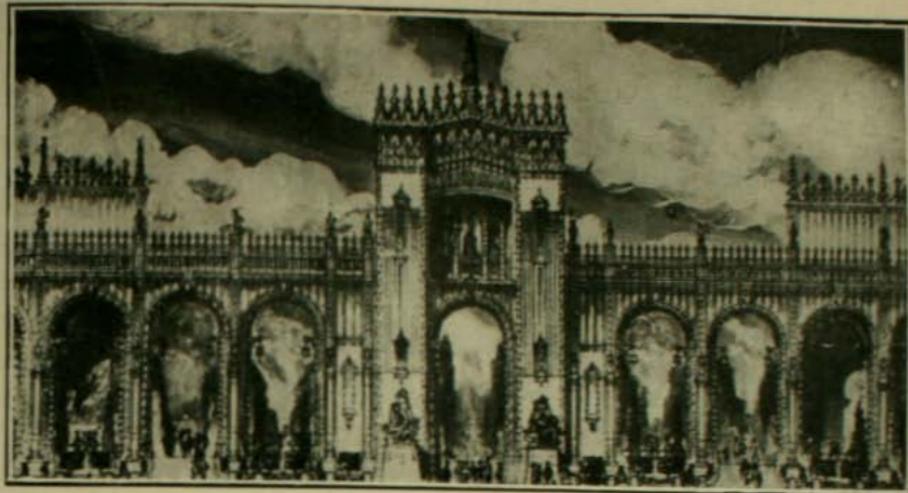
suma de dinero, no mas de cien a ciento treinta mil dólares, es decir, no mas de quinientos a seiscientos mil pesos. Para lograr todo el efecto de un palacio dentro de estos recursos, es indispensable un talento de primer orden que organice todos los medios ingeniosos de que se puede disponer para producir por la elevación y la esbeltez el resul-

tado que otros ganarán con la riqueza del material o la maciez de las construcciones.

Pocas veces se ha presentado para el país una ocasión mas brillante para hacer manifestación de sus mercados y hacer una demostración integral de lo que es Chile como territorio, organización, recursos hidráulicos, mineros y de transportes. Ya el capital



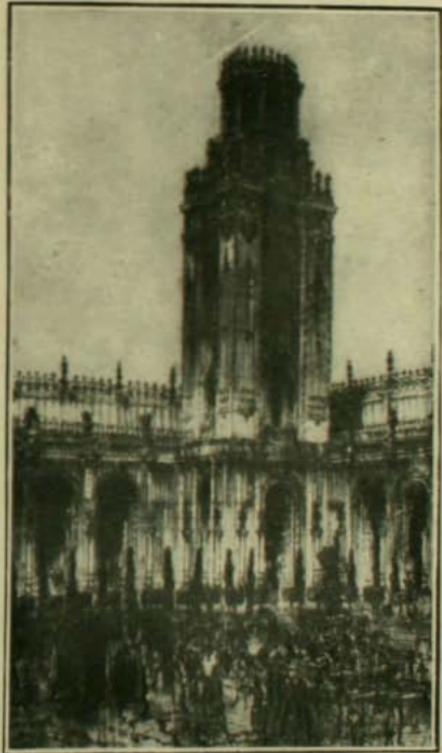
Palacio de la Horticultura



Plaza Oriente

norte americano, como lo manifestamos en otra sección de este número del **Pacifico Magazine**, ha comenzado a descubrir en Chile ricos y poderosos yacimientos de cobre y hierro. Existen otros y hay todavía la industria de los minerales de oro que, aunque sean relativamente pobres, pueden ser tratados con los procedimientos modernos de la cianuración.

La parte artística de la Exposición debe merecer cuidado. En la de Buffalo causó favorable impresión la galería artística de Chile y no puede negarse que hemos progresado desde esa fecha, pues contamos con talentos de primer orden que tros parezca considerable.



Esquina de la Plaza Oriente, Luis C. Mullgardt

se sentirán estimulados a una producción que consagre sus nombres.

Como puede apreciarse por las ilustraciones de este artículo, el Estado de California se esfuerza en crear un núcleo muy interesante y original de monumentos arquitectónicos en la parte central de los terrenos dedicados a este objeto. Su colaboración representa mas de cien millones de pesos chilenos. El concurso de Chile costaría, según prudentes cálculos cerca de dos millones y medio, es decir quinientos mil dollars, cantidad moderada en aquel país aunque para noso-

LA REINA DE LOS PECES

Por _____

Gerardo de Nerval

Esta tradición está dedicada a los colonizadores de la selva austral que en su bárbara codicia recurren a la roza a fuego y a la pesca con dinamita.—E. M.

Ilustración de Gordon

Vivian una vez en el Valois, cerca del bosque de Villers-Cotterets, un muchachito y una niña que solían encontrarse a la orilla de los riachuelos vecinos.—El uno mandado por su tío, un leñador apodado Troncha-Encinas, a recoger leña; la otra enviada por sus padres a pescar las anguilas que la mermna de las aguas deja ver al fondo de los remansos en ciertas épocas. Ella debía en caso necesario recoger los cangrejos que abundaban en algunos sitios de la ribera.

Pero la pobre niña, obligada a permanecer siempre encorvada y con los pies en el agua, sentía tal compasión por los sufrimientos de los animales, que por lo común al ver las contorsiones de los pescados que iba sacando del río, los dejaba escapar y no se llevaba más que los cangrejos, para los que era mucho menos indulgente a causa de que le mordían los dedos hasta hacerle salir sangre.

Por su parte el muchacho estaba expuesto, mientras hacía atados de leña o manojos de brezos, a que Troncha-Encinas lo reprehisié, sea porque no llevaba bastante o porque dedicara demasiado tiempo a sus charlas con la pescadorecita.

Era de notar que en cierto día de la semana los dos jóvenes no se juntaban jamás... El mismo, sin duda, en que el hada Melusina se transformaba en pez y las princesas del Eda en cisnes.

Al día siguiente de una de estas ausencias, el leñadortito dijo a la pequeña pescadora:

—¿Recuerdas que ayer te vi pasar por allá, sobre las aguas de Challepont, con todos los peces detrás como un cortejo... to-

dos, hasta los pejerreyes y las truchas, y que tú misma eras un lindo pez colorado con los costados relucientes de escamas de oro?

—Debo recordarlo, dijo la niña, puesto que también yo te vi, junto al agua, y parecía una hermosa encina verde, con las ramas altas como el oro puro, y todos los árboles del contorno inclinados hasta el suelo saludándose.

—Es cierto, yo he soñado eso, dijo el muchachito.

—También yo soñé lo que me dices; pero cómo es que nos hemos encontrado en el sueño?...

En ese instante la entrevista fué interrumpida por la aparición de Troncha-Encinas, el que dejó caer su garrote sobre el chico al mismo tiempo que le reprochaba que no hubiera juntado siquiera un manojo de leña.

—Y además, agregó, ¿no te he mandado que rompas las ramas delgadas y las metas en los atados?

—Es que, dijo el chico, el guarda-bosque me mandaría preso si encontrara leña verde en mi poder... y luego, que al querer hacerlo, como usted me lo ha dicho, he oido que el árbol se lamentaba...

—Le pasa como a mí, dijo la niña, que al echar los pescados al canasto, les oigo cantar tan tristemente, que tengo que arrojarlos al agua. Entonces es cuando me pegan en casa.

—Cállate, espantajo! dijo Troncha-Encinas, quien parecía sobresaltado por el licor, tú eres la que distrae a mi sobrino de su trabajo! Te reconozco en tus dientes puntiagudos, color de perla... Tú eres la reina



Muchos árboles, consagrados en otra época por los Druidas, habían caído ya ante las hachas y los hoces

de los peces. Pero yo sabré pescarte cierto día de la semana, y has de perecer en la red... en la red!

Las amenazas que había pronunciado Troncha-Encinas en medio de su embriaguez, no tardaron en cumplirse. La niñita se vió pescada en la forma de pez colorado que el destino le obligaba a tomar en determinada época. Afortunadamente, cuando Troncha-Encinas quiso sacar con ayuda de su sobrino la nasa de mimbre éste reconoció al hermoso pez colorado de escamas de oro, que viera en sueños, como la transformación accidental de la pescadorecita.

Se atrevió a defenderla de Troncha-Encinas y aún le pegó con su zueco. El tío lo tomó por los cabellos en un arranque de furor y trató de derribarlo; pero se sorprendió de encontrar una gran resistencia: era que el niño tenía posados los pies en tierra con tal firmeza, que su tío no lograba derribarlo ni moverlo del sitio, y lo hacía en vano girar en todos sentidos.

Cuando la resistencia del niño estaba a punto de ser vencida, los árboles del bosque gimieron con sordo rumor, las ramas agitadas hicieron silbar el viento y la tempestad hizo retroceder a Troncha-Encinas, obligándole a retirarse a su rancho de leñador.

Bien pronto volvió amenazante, terrible y transfigurado como un hijo de Odin. En su mano brillaba el hacha que en la leyenda escandinava amenaza los árboles, semejante al martillo de Thor cuando parte los peñascos.

El joven príncipe de la selva, víctima de su tío y usurpador, sabía ya cuál era su verdadera condición, que se empeñaban en ocultarle. Los árboles le protegían, pero solamente con su cuerpo y su pasiva resistencia....

En vano los matorrales y las zarzas se entrelazaban por todos lados para detener

el paso de Troncha-Encinas; éste había llamado a sus camaradas y con su ayuda se abría un paso entre los obstáculos. Muchos árboles, consagrados en otra época por los antiguos druidas, habían caído ya ante las hachas y las hoces.

Felizmente, la Reina de los Peces, aprovechando los momentos, había ido a arrodiarse a las orillas del Marne, del Aisne y del Oise, los tres grandes ríos cercanos, y les había advertido que si no quebrantaban los propósitos de Troncha-Encinas y de sus compañeros, los bosques enrarecidos no detendrían más los vapores que producen las lluvias y proporcionan sus aguas a los arroyos, a los ríos y estanques; que los propios manantiales se agotarían y no dejarían brotar entonces el agua necesaria para alimentar los ríos, sin contar con que todos los peces quedarían destruidos en poco tiempo, al igual que las bestias y los pájaros.

Los tres grandes ríos hicieron allá arriba tales preparativos, que el terreno en que Troncha-Encinas trabajaba con sus temibles compañeros en la destrucción de los árboles, —sin haber podido de ninguna manera alcanzar todavía al joven príncipe de la selva,—fué completamente anegado por una inmensa inundación, la que no se retiró hasta haber destruido a los agresores.

Después de esto, el Príncipe de los Bosques y la Reina de los Peces pudieron reunir sus inocentes entrevistas.

No eran ya un leñadorecillo y una pescadorecita, sino un siffo y una ondina que más tarde se unieron legítimamente.



Yo no he hecho más que escribir esta bonita leyenda, y lamento no haber permanecido más largo tiempo en aquella región para aprender otras semejantes.



Don Mariano Egaña

Por _____

José Antonio Torres

Don José Antonio Torres (1828-1866) publicó en 1866 bajo el título de "Oradores chilenos" una serie de retratos, de valor muy desigual. Entre estos figura el que ahora presentamos a nuestros lectores, y que es tanto más interesante cuanto que fué escrito en una época muy cercana a aquella en que figuró el autor ilustre de nuestra constitución.

Uno de los hombres públicos más notables de Chile ha sido don Mariano Egaña, y el que más joven principió a figurar en los destinos de la administración: apenas tenía 22 años cuando se dejaba oír su voz en los consejos del Gobierno. Original en todo, en sus principios, en sus ideas, en sus costumbres, en su genio, hasta en su persona, forzosamente debía destacarse del cuadro en que figuraban los personajes de su tiempo. No pienso pintar a Egaña en las diferentes faces que se nos presenta; voy a retratarlo únicamente como orador, porque también como orador alcanzó entonces un puesto distinguido en la tribuna parlamentaria.

Don Mariano Egaña era pequeño de cuerpo, cabeza grande, frente espaciosa, cara ancha y redonda y tan gorda que llegaba a ser obeso. Su porte sumamente descuidado, su ademán desairado y calmoso y su voz semejaba un falsete tan agudo que hería molestoamente el oído. Constantemente su persona era el objeto de epigramas más o menos picantes y espirituales, con que sus enemigos y aún sus amigos trataban de fastidiarle. Tenía siempre un aire de superioridad o de maestro que era natural en él, y creía firmemente que sus convicciones eran las únicas ajustadas al buen sentido, a la sana lógica, a la conveniencia e interés bien entendidos del país.

Muy original era, por cierto, don Mariano Egaña.

Político de talento, de mucho talento, le ensorbercieron los triunfos que fácilmente pudo alcanzar en una camarilla que domina-

ba hasta cierto punto, y de aquí nació esa calma, ese aplomo, ese aire de satisfacción que respiraba cuando tenía que dar su parecer sobre los árduos negocios del Estado.

En la Cámara de Senadores fué donde tuvo más ocasiones de lucir como orador. Cuando se ponía en tabla alguna cuestión importante, don Mariano Egaña la abrazaba en sus menores detalles y hacia de ella un estudio tan minucioso y prolífico, que al presentarse a la discusión ya se creía triunfante de antemano. Egaña por lo tanto no era improvisador: era esencialmente recitador. Cuando tenía el uso de la palabra, hacía abstracción completa de cuanto le rodeaba; no sentía nada, no veía ni atendía a nadie: solo tenía delante si los apuntes de su discurso, en su imaginación las ideas que debía emitir, y en su memoria la ordenación que ya les tenía preparada. En balde era tocerle, llamarle, incomodarle: si abandonaba sus apuntes era para encerrarse en su imaginación, y si dejaba ésta era para recurrir a su memoria. Cuando estaba en lo acalorado de su discurso, bien podía haber temblado, que él hubiera permanecido impasible en su sillón, sin fijarse que la tierra se movía bajo sus piés, y al ver correr a todos habría preguntado con perfecta extrañeza:—"¿Qué es lo que hay señores?—qué sucede?"

Tanto era lo que preocupaba su discurso; tanta la atención que así mismo se prestaba.

Era por esto que no admitía interrupciones. Fácil para desorientarse, no entraba en digresiones que pudieran alejarlo del asunto principal de su discurso, y dejaba escapar

todos los incidentes, por bellos y oportunos que fueran, por conservar siempre la más estricta unidad y no separarse un ápice de sus apuntes.

Cuando un orador desde sus primeros tiempos adquiere en la tribuna una costumbre, por insignificante o ridícula que sea, viene a influir tanto en su discurso, que quererlo separar de ella es casi anularlo completamente. Oradores han habido de primera fuerza que con solo atarle las manos o amarrarlos a sus asientos, no habrían dicho más que candideces en las cuestiones más fáciles y sencillas. Unos han tenido por costumbre romperse los ojales del frac, otros llevarse el pañuelo a las narices, otros desacomodarse la corbata, otros levantar los brazos y manotear como si estuvieran ahogándose, y don Mariano Egaña tenía la de urgutear su caja de rapé. Este era su descanso, su inspiración, su memoria, sus apuntes: a lo primero que echaba mano cuando pedía la palabra, era a su caja; la golpeaba cuidadosamente, la abría con calma, y después de soltar una porción de su contenido principiaba sin embarazo alguno el exordio. Una vez no quiso entrar en sesión porque no llevaba su caja consigo y mandó por ella a su casa. ¡Extraordinario imperio de la costumbre!

Si a la mitad de su discurso don Mariano solvía rapé, ya sabíamos que no era para satisfacer su inocente vicio, algún apunte se le había extraviado, alguna idea se le había confundido, alguna nueva inspiración, algún recuerdo habían venido a interrumpir su bien pensado y meditado discurso: o bien era para tomar aliento y recorrer los puntos que aún le quedaban por tocar. Sus dedos entraban maquinamente en su caja, pero él mismo no lo sabía, porque en ese momento se encontraba re incontrado en sí mismo, encerrado en su cerebro.

Como daba siempre tanto interés a las cuestiones que seriamente trataba, y tenía conciencia de su indisputable importancia como político y estadista, sufría positivamente cuando no preocupaba a la Asamblea con sus ideas, o no se las prestaba la atención que en su concepto merecían. Y tan franco y tan claro como era, no se guardaba su desagradable impresión; la manifestaba a veces con palabras punzantes que escarmataban al importuno. Pronunciaba una vez en el Senado un largo y luminoso discurso sobre el patronato nacional: como obra de largo aliento y difícil le había demandado algún

tiempo de preparación, de manera que se prometía producir gran efecto e influir en el ánimo de la Cámara favorablemente a su propósito. Fué escuchado todo el tiempo que habló con marcado silencio, y luego que hubo concluido esperó que alguno de los talentos que ilustraban la Cámara, saliese a apoyarlo o refutarlo, o bien que se levantase la sesión para dar tiempo a los senadores para meditar y estudiar una cuestión tan árdua y delicada. Un honrado general, hombre de buen sentido pero de corta penetración e ingenio, y para el que más importaban los sueldos de los militares que el patronato nacional y que todos los patronatos del mundo, acto continuo de haber concluido su discurso don Mariano, hizo indicación para que, dejándose a un lado la cuestión que se debatía como de poco momento, se tratase seriamente de aumentar los sueldos a los militares. Don Mariano, al oír semejante indicación, se puso en el instante de pie, y lleno de indignación y de asombro exclamó por tres veces consecutivas: "¡Señores, y ha gobernado diez años!"

De vasta erudición y gran memoria, el señor Egaña reforzaba sus argumentos con citas importantes y oportunas y era pronto en rectificar los hechos históricos falseados por el contrario. En su rostro igual siempre, impasible cuando tenía la palabra, no se descubrían los sentimientos que lo impulsaban: en sus ojos no brillaba la elocuencia ni en su frente la inspiración.

Cuando verdaderamente se irritaba don Mariano, era cuando defendía los intereses del Fisco: era tan escrupulosamente económico, que por ahorrar una miserable suma al erario nacional, se oponía a cualquiera reforma que demandase algún desembolso. Verdad es también que era declarado enemigo de las innovaciones. Una vez lo he escuchado en el Senado armar cuestión sobre cuatro o seis pesos y exclarmar positivamente irritado, que él jamás consentiría, sin tener a la vista una necesidad urgente y apremiante, que se prodigasen las rentas de la Nación. Esto no era un falso celo, no era una hipocresía, hombre de mucha conciencia hablaba siempre el lenguaje de sus convicciones.

Tenía el señor Egaña algunas cualidades que lo hacían el más raro de todos los hombres públicos de Chile. El, tan timido fuera de la Cámara, que se asustaba de un ruido, de una sombra; que jamás andaba de noche

por las calles, como estuviesen un poco obscuras, sin farol y sin que algun individuo de la policía lo custodiase, era, en los estrados del Congreso, el orador más valiente, más energico: jamás le intimidaban el tono e irritación del contrario: su palabra fácil y su continente sereno, demostraban la quietud de su espíritu. Para que se comprenda todo el mérito de esta valentía de don Mariano como orador, referiré aquí un hecho que pone de manifiesto su excesiva timidez fuera del Congreso.

Era el señor Egaña Fiscal de la Suprema Corte de Justicia y tenía en vista la causa de un asesino que se había distinguido por varios hechos criminales. Consiguió una noche este asesino fugarse de la cárcel y se fué derecho a casa de su abogado, este le hizo presente que en cualquier tiempo que lo capturaran, existiendo el proceso, no podría escapar a la acción de la justicia y que debía tratar de recogerla. Le dijo entonces que se encontraba en poder del Fiscal, y que si conseguía sorprenderlo solo en su escritorio, estaba seguro que lo recogería. El asesino se fué en seguida a casa de don Mariano, él que efectivamente se encontraba solo en su escritorio y enterándose precisamente del proceso del asesino. Este encontró sin llave la puerta, la abrió cuidadosamente y se le encaró con arrogancia a don Mariano. Inmenso fué el susto del señor Fiscal, pues apenas tuvo valor para preguntar, a quien tan osadamente invadía su casa, con tono humilde y voz desfalleciente, qué se le ofrecía. Aquel le contó que se había fugado de la cárcel en ese momento, y que para poder vivir más tranquilo en el recinto donde pensaba ocultarse, necesitaba recoger el proceso que se le había levantado con ocasión del asesinato que había cometido. Don Mariano astuto a punto de desmayarse de susto, y se apresuró a entregarle el proceso y a mas algunos pesos para el camino, despidiéndolo con las palabras más suaves y corteses que se le vinieron a los labios y deseándole el viaje más próspero y feliz.—Al otro día refería el señor Fiscal a la Corte Suprema franca y sencillamente lo que le había pasado con el asesino, agregando, que no solo el proceso había estado dispuesto a entregarle, sino cuanto le hubiera pedido.—Desde entonces don Mariano hizo afianzar por el interior la puerta de su escritorio con una gruesa barra de hierro, y jamás la abría a ningún llamado mientras no examinaba detenida-

mente a la persona que lo buscaba por una ventanilla que había hecho practicar al efecto.

Este hombre tan pusilánime, que se helaba de espanto a la presencia de un hombre solo que se le introducía en su casa, no tomó jamás en cuenta en la tribuna parlamentaria, los compromisos que podían acarrearle sus discursos cuando combatía amargamente las pretensiones de alguno, o cuando hacía fuertes reprimendas. Y es de advertir que don Mariano Egaña fué siempre el azote de todos los solicitantes, de esa nube de *necesitados* que sitián los congresos para ver de obtener una renta de la Nación.

Sus discursos no eran brillantes; no deslumbraban al auditorio; pero era elocuente y fácilmente convencía. Le bastaba encontrar las palabras que significasen clara y sencillamente sus ideas, sin cuidarse de figuras retóricas, de esas flores literarias que mal empleadas o traídas por la fuerza, echan por tierra los más bellos pensamientos. A pesar de su carácter poco sufrido, soportaba con paciencia los ataques del contrario, las alusiones hirientes y picantes y hasta los epigramas: cuando más, movía la cabeza de un lado a otro y bajaba la vista, como esperando resignado que pasase el chubasco.

Absolutista y enemigo de las libertades públicas, llegaba a declarar defendiendo su política ultrizada y restrictiva: parecía avenirse poco con los principios republicanos y siempre andaba consultando proyectos impopulares para despotizar a las masas. Una ley de imprenta, entre otras cosas, que tuvo el arrojo de presentar al Congreso, llegaba a ser absurda por lo despótica, y fué enérgicamente rechazada.

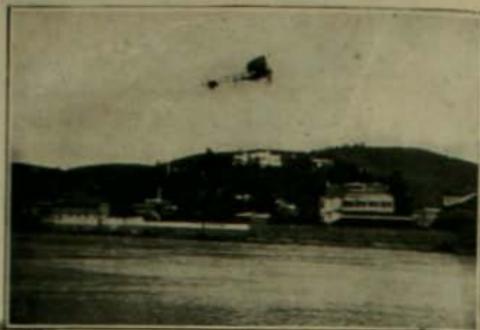
Cuando las ideas novadoras empezaron a entrañarse y los principios liberales a ganar terreno en la sociedad, don Mariano Egaña empezó a amainar en sus ataques a la libertad y los derechos del pueblo: ya en el Congreso no era tan robusta su voz defendiendo los antiguos privilegios, ni manifestaba tan a las claras su disgusto por las reformas que reclamaba imperiosamente la situación del país. Transigía porque comprendía que era muy débil para poder triunfar de la comunidad.

El señor Egaña, hábil político y buen orador habría lucido ventajosamente en Asambleas de pueblos más adelantados que el nuestro. Entre nosotros se enseñoreó fácilmente y sus talentos lo honran vivir en la posteridad.

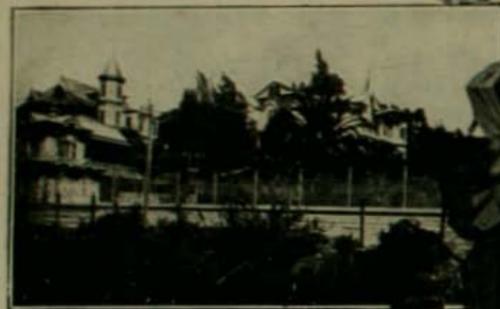
Rincones

Pintorescos

CHORRILLOS



Casa de F. Claude



Casa de Victor Reby y Cornich Besa

Las grandes familias que hace poco mas de 40 años prohijaron la iniciativa de colonizar con espléndidez y arte las vegas del Marga-Marga, no pudieron figurarse sin duda cuántos colaboradores les darían en poco tiempo las

Casa de Peterson



Casa de don Juan de D. Rocuant

fortunas salitreras, los ganados reales o ficticias de Magallanes y el progreso efectivo de la riqueza en todo el país.

El núcleo de chalets con aspecto de mansiones señoriales de esas "primeras cuatro familias", ha irradiado sobre todo ese valle que por uno de sus extremos se pierde blandamente en las playas de la bahía y por el otro muere estrangulado por la garganta del Salto.

La edificación se hizo más ligera por lo más rápida, y fué cada "villa" un espejo más o menos fiel de la fantasía y de los gustos de su dueño.

Siguiendo la calle Alvarez hacia el oriente, los palacetes levantan entre la fronda espesa y florida sus blancas torreñas feudales, sus columnatas griegas o el moji-



Casa de don Juan Fischer

Casas del señor Bostelmann y del señor Roth.



Casa del señor A. Steinweken.



Casa del señor Carlos Felc.

nete agudo de una casa al estilo alemán. Los jardines sonrientes lo alegran todo, desde el parque en que juegan parvadas de niños hasta la soledad de las quintas sólo habitadas en los meses de moda.

Ya está aquí Chorrillos. La refinada civilización del "home" va siendo vencida, o a lo menos debe ceder espacio a la exuberancia de la naturaleza, que en todo y en todas formas se manifiesta: en el monte que cubre los riscos, en la furia traicionera del estero que estrecha aquí el vallecito contra la montaña.

Un aire liviano y luminoso envuelve el paisaje. Por el camino de ordinario despoblado, pasa con rumor que se nos antoja irreverente el "40 H-P" de cuya caja oscura asoma tremolándose un ve-

lo claro que parece decir adiós. Y los trenes estrepitosos van y vienen con su carga humana, como trozos de la ciudad que atraviesan los campos inquietándolos con su vivir presuroso.

En otra época hermosas partidas de excursionistas revolvían de arriba abajo las secretas y apasibles bellezas rústicas de este rincón: pasaban bulliciosas, con elástico andar, con la gallardía de la juventud, como esta "criatura de blanco vestida" que parece ofrecerse como guía



para un Dante que pretendiera visitar nuestro "paraiso" nacional...

Ahora, miren ustedes. Un zumbido rompe los aires, allá arriba, y el insecto mecánico, cabalgadura del héroe moderno, pasa enigmático a la distancia. ¿Quién será? se preguntan todos.



Gran chalet del señor Gmo. Brown



Casa del señor Westendarth y del señor Bostelman

PRE-HISTORIA AMERICANA

La etnología es actualmente una de las ciencias que demanda mayor suma de esfuerzos y afanes en todos los países civilizados. El estudio de la formación de los caracteres físicos de las razas constituye una labor de mayor importancia que la que a primera vista presenta.

Conocer las evoluciones que experimentaron las primitivas familias por razón del cruzamiento o de la influencia del clima, es recopilar datos para predecir con mayor fijeza, las transformaciones que necesariamente habrán de sufrir las razas existentes. En la segunda mitad del siglo XIX, especialmente, muchos sabios han dedicado considerables esfuerzos para anotar con al-

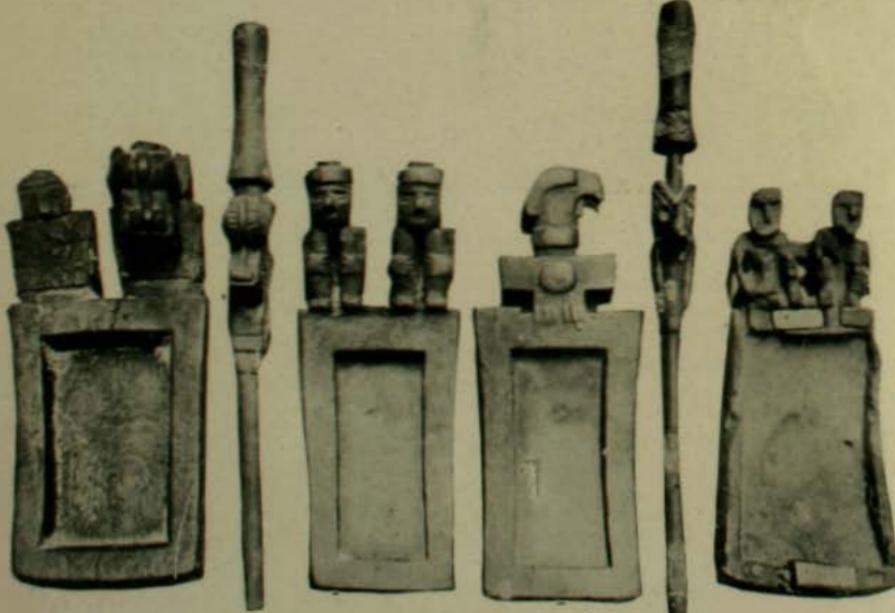


guna precisión, los puntos principales de la etnología asiática y europea. A esta ciencia se han asociado otros que tienen con ella estrecha relación, como son la etología, la paleontología, la paleontografía, la geogenia, etc.

Pero si esta labor científica ha realizado avances notables en Europa, en América y principalmente en la del sur, poco o nada se ha hecho no obstante existir problemas importantes que resolver.

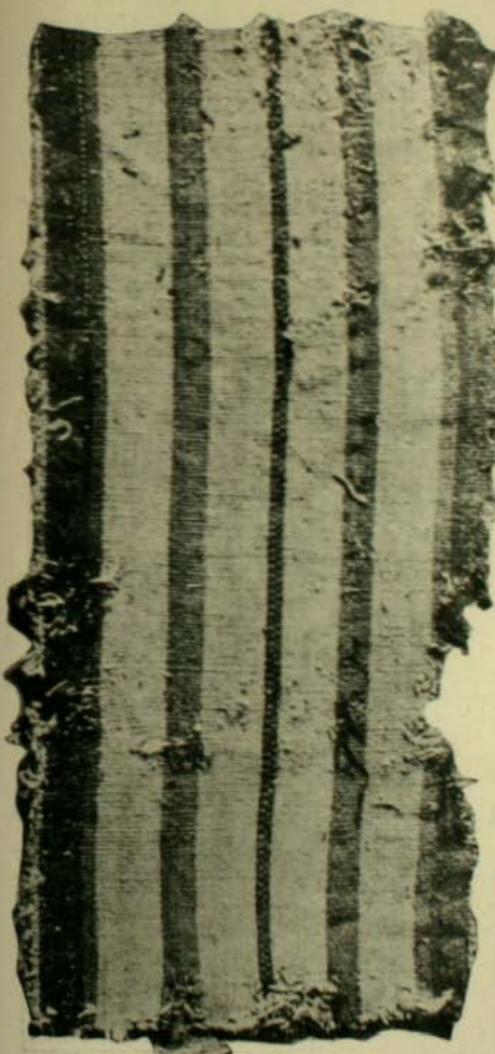
El principal es seguramente conocer el verdadero origen de las razas americanas que los descubridores encontraron en el nuevo mundo en un estado de adelanto muy notable.

Lo único que se sabe es que necesaria-



mente ellas debieron ser originadas por especies asiáticas emigradas al nuevo continente ya sea por el estrecho de Bering o Alaska, o por la serie de archipiélagos del Pacífico que se suponen desaparecidos en una fecha que aún no se puede precisar. En todo caso, esta emigración debe haberse producido en épocas muy remotas, ya que paleontólogos notables han logrado descubrir, tanto en el Norte como en el Sur, fósiles humanos de una antigüedad enorme.

A ser ciertas las cifras dadas por los sáblos, esa antigüedad debe remontarse a la fabulosa cantidad de 50,000 años.



No otra cosa se deduce del asombroso hallazgo de un cráneo hecho en Nueva Orleans cuando se hacia las excavaciones para una fábrica de gas. Este cráneo estaba bajo seis distintas capas de aluvión, a 16 pies de profundidad. El doctor Dowler le asignó una antigüedad de 60,000 años. Tal cifra fué discutida; pero Carlos Cogt y el doctor Broca estuvieron de acuerdo en que esa cantidad no podía rebajarse de 40,000 años.

En Florida se halló en un banco de coral parte de un esqueleto de una antigüedad no menor de 10,000 años según Agassiz; un fósil humano encontrado en un valle del Mississippi en 1811 mezclado con huesos de mastodontes y megalonix, patentiza remontarse a un período equivalente a la edad de la piedra sin pulimentar de las comarcas de Francia. En las mesetas bolivianas vecinas a Guaqui, se encontró en unas excavaciones hechas por el barón Bibra en 1851, un cráneo de indio Titicaca de enorme antigüedad.

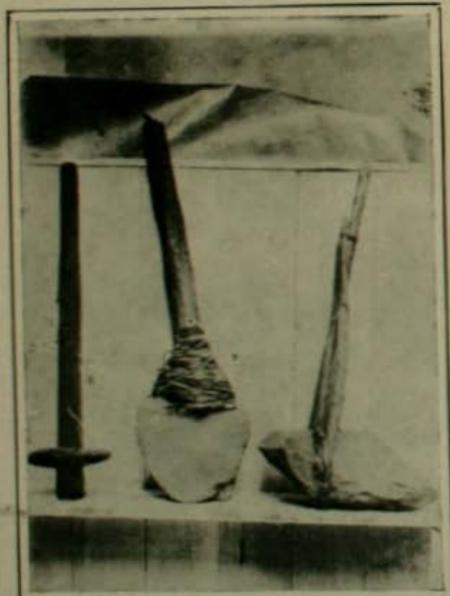
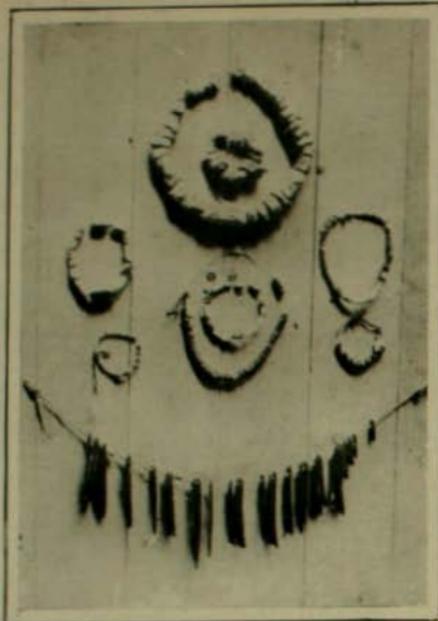
Todos estos y muchos otros hallazgos confirman que el hombre existe en América desde tiempos remotísimos. Y aún no se sabe qué datos puedan aportar a esta investigación, los futuros descubrimientos,

y a qué formidables edades hagan subir las fechas de la aparición de las razas emigradas nuevo mundo.

Hechos ya estudios preliminares en Europa— donde pueden encontrarse mayores elementos de investigación— han podido crearse las bases fundamentales de esta nueva ciencia. Con tan preciosos elementos se cuenta para emprender investigaciones en nuestro continente. Necesariamente lo que en Europa se ha investigado servirá de punto de comparación a la paleontología y etnología americana.

La historia de los imperios Azteca e Incaicos se remonta a fechas relativamente cortas, pues ella se confunde con la leyenda después de los 1.000 años en la era actual.

Queda, pues la árdua labor de investigar lo que se relaciona con las razas americanas



en épocas anteriores a 500 años a la llegada de los españoles a estas regiones.

Ello es lo que se proponen un buen número de paleontólogos y etnólogos que han empezado hace algunos años realizar estudios en los centros de civilización primitiva, como ser Mexico, Cuzco, etc. Ellos lograrán, posiblemente, componer la historia del formidable período pre-bístórico americano.

Esta labor es la que en nuestro país realiza el sabio profesor alemán señor Max Uhle al servicio del Gobierno de Chile, quien ya ha iniciado con buen éxito la formación de nuestro museo de Etnología que se irá Enriqueciendo con los ejemplares obtenidos en sus futuros viajes de estudio. El reciente museo cuenta ya con unas 2.000 piezas, muchas ellas de un

valor incalculable. Han sido encontradas en el lugar denominado San Pedro de Atacama, situado en provincia de Antofagasta.

Se distinguirá, pues nuestro país en esta clase de investigaciones y esta labor será valioso elemento para los Estudios que emprenderán otros países vecinos. Sabido es que el Imperio incaico ejerció una influencia verdadera en una extensión enorme que abarcaba las actuales repúblicas de Ecuador, Perú, Bolivia, parte de Argentina y Chile hasta el valle central, cerca aun, hasta Valdivia según muchos investigadores.

El carácter relativamente uniforme de los tipos, de la civilización de aquellas épocas misteriosas, hace que en estos estudios cada nuevo descubrimiento sea un eslabón que, enlazándose a otros, forme la cadena de todo un remoto tiempo casi ignorado.

Nuestro museo es ya un ocasio de valiosos elementos aun en su actual modestia y la competencia y dedicación del señor Uhle promete resultados alhagiéños para estas investigaciones y para nuestro noble afán de contribuir de modo eficaz a la nueva ciencia Etnológica.

En una reciente revista al museo ya mencionado que está provisoriamente instalado en un pabellón del observatorio astronómico de la Quinta Normal tuvimos oportunidad de tomar las investigaciones fotográficas que acompañamos.

La antigüedad de estos restos humanos y objetos no es inferior a 1,000 ó 1,200 años y son, por consiguiente, anteriores al reinado de los incas. Fueron extraídos de cementerios ya sepultados por capas de tierra y arena. Las condiciones excepcionales del terreno han hecho que su estado de conservación sea verdaderamente admirable, si se toma en cuenta la fecha a que se remontan.

Pueden observarse detalles asombrosos, especialmente en las cabelleras de mujeres, cuyo pelo se encuentra casi intacto mostrando trenzas iguales a las que se hacen las mujeres europeas desde tiempo inmemorial. En los cráneos de hombres se presentan deformaciones curiosas, debidas a la compresión a que se les sometía poco después del nacimiento del niño. Esta costumbre hace que sea muy difícil su estudio antropométrico y obscuras las deducciones que de él puedan hacerse. Algunos de ellos casi no presentan diferencia del de los simios antropomágicos.

La alfarería y el tegido se encontraban en aquella época en un grado tal de adelanto

que casi no se desemejan con las obras de los indios modernos. En el tallado de la madera, sus progresos eran notables y de ello dan idea algunas piezas fotografiadas.

La agricultura era su industria principal y así lo manifiesta la gran cantidad de herramientas dedicadas a ella que se han logrado descubrir.

Las mujeres, también eran entonces adictas al adorno de sus cuerpos y esto se comprueba por el gran número de collares de piedras de colores y de hueso encontrados en las sepulturas.

Aunque la mayor parte de los objetos descubiertos son de madera, se cuentan también algunos de cobre, bronce y oro, muchos de ellos trabajados muy prolíjamente y con dibujos que no carecen de corrección.

Se han encontrado, además, campanas de madera de tamaños diversos y, afortunadamente, con sus respectivos badajos, cosa de que carecen las piezas semejantes desenterradas en la Argentina. No se conoce a ciencia cierta el objeto de tales campanas se supone que se destinaron a las tropas de animales, tal como hoy se ponen a la vestia llamada madrina.

En suma, las piezas que componen la colección de nuestro museo dan ya alguna luz para deducir que en aquella remota antigüedad existía una civilización relativamente avanzada y que su estado de progreso hace pensar en la necesidad de un período no inferior a 1,500 años dedicados a su desarrollo.

En todo caso, tales piedras hablan de un tiempo que se remonta a muchos años antes de la Era Cristiana.

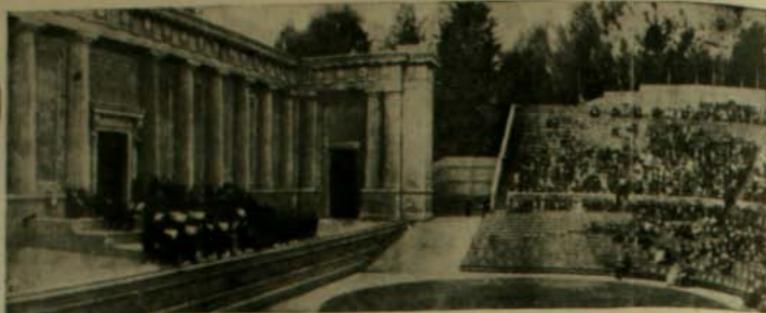
Queda, no obstante, por preguntar si los primitivos habitantes de la América llegaron en estado salvaje o ya poseían elementos de civilización adquiridos en las tierras asiáticas de origen.

Para dar una respuesta, será necesario estudiar más aún las antiguas razas y civilizaciones orientales y averiguar el grado de parentesco que existe entre estas y las americanas.

Determinando el origen y la fecha aproximada de la emigración al nuevo mundo, se podrá llegar a conclusiones algo precisas. Entre tanto, todo lo que se observe al respecto no pasará de meras conjeturas. Como se vé, hay enorme e interesante estudio que emprender y la labor del señor Uhle hará honor a nuestro Gobierno que contribuye a tan importantes investigaciones.



Teatro Grecio.
Puerta de
entrada.



Una Universid

El señor don Arturo Lorca, nuestro inteligente cónsul de San Francisco de California nos ha hecho conocer algunos datos sobre la afamada Universidad de Berkeley, cuyas ilustraciones adornan estas páginas. Así dice el señor Lorca:

La Universidad de Berkeley ocupa un hermoso parque de mas o menos 10 cuadras cuadradas, al lado este del pintoresco Condado, teniendo además una extensión de terreno de más de 100 cuadras anexas al parque y destinadas a las experiencias de los alumnos. Comprende 31 edificios para las diversas asignaturas y aunque no todos ellos son de moderna construcción, en general cuentan con espléndido material de enseñanza y reunen las condiciones que su destino requieren. Varios de dichos edificios han sido regalados por los millonarios Hearst, Bacon, Boalt, Alexander, Harmon, Spreckles, Doe y otros, que justifican aquella declaración del rey del acero, Carnegie, de que sus fortunas son dineros del pueblo que ellos administran solamente.

Así es como los ricos yankees cooperan al bienestar común y en forma liberal satisfacen generales aspiraciones. Uno de los más suntuosos edificios de la Universidad de California, la biblioteca por ejemplo, cuesta ya 850,000 dólares, mas o menos, \$ 4.250.000 chilenos, donados por Charles Franklin Doe.



1. Pabellón del norte.
2. Estatua al foot-ball.
3. El Conservatorio.
4. Antigua Biblioteca.
5. Club de las Facultades

ad Americana

Alrededor del recinto que ocupa la Universidad se extiende la ciudad de Berkeley, compuesta en su mayor parte de fraternities, sororities, residencias de profesores, de las familias de estudiantes y de un buen número de gentes que por inclinación, viven en el centro intelectual de California.

Forma la organización del Condado estudiantil un comercio limitado a las necesidades locales, dos o tres cinematógrafos, servicios administrativos y de comunicación de primer orden y ninguna cantina o venta de bebidas alcohólicas, pues Berkeley es dry town y en este medio disciplinado por el trabajo y el estudio, solo se percibe el argentino reír de esos 5,000 muchachos y girls que se preparan para la lucha.

En el hermoso parque que ocupa la Universidad de Berkeley, diseminados al capricho pero consultando conveniencia del servicio a que se les destina, se encuentran los edificios que forman este plantel de educación como sigue:

California Hall, para oficinas de administración, salas de conferencias y estudio de las ciencias económicas y políticas; Boalt Hall, escuela de derecho; Biblioteca; North, South y East Hall; Agricultura; Observatorio Astronómico; Mecánica; Arquitectura; Ingeniería Civil; Minería; Anatomía; Filosofía; Química; Botánica; Zoología; Fisiología; Antropología; Gimnasios Harmon y Hearts; Teatro Griego; Enfermería; Residencia del presidente de la



Universidad, Mr. B. Wheeler; California Fields o campos de juegos; gran baño de natación y diversas otras instalaciones que completan la organización del establecimiento que consideraría un buen modelo digno de imitar.

Por su originalidad e importancia, haré especial mención del Teatro Griego, magnífica construcción al aire libre, situada en un pintoresco rincón del parque, con capacidad para 10,000 espectadores y centro de la cultura musical y dramática no solo de los estudiantes sino también de todo California. Allí se celebran todos los domingos interesantes conciertos, "half an hour of music", siempre con lleno completo y periódicamente se dan representaciones dramáticas o de vaudeville por los estudiantes. Los grandes artistas de fama mundial, la Tetrazzini, Sarah Bernardt y otros que pasan por California tienen a un honor dar sus audiencias en el Teatro Griego de Berkeley.

Antes de terminar debo una explicación a ciertas palabras que se emplean continuamente al hablar de estudiantes norteamericanos. Fraternities y sororities son propiamente las casas de pensión de estudiantes y estudiantes, respectivamente, pero no al estilo de las que conocemos como tales. Estas se organizan entre los mismos estudiantes, observan ciertos ritos secretos, tendentes todos a la formación del carácter, perfeccionamiento de la moral y cumplimiento de los deberes escolares de sus miembros. Dependen de la Asociación Nacional de Letras Griegas, que las designan con un nombre especial y eligen un directorio con facultad de administrar los intereses del grupo que se asocia para vivir en común. El directorio arrienda una casa a propósito para el número de los socios, contrata la servidumbre indispensable para su servicio y dispone todo lo necesario para el aprovisionamiento y confort de la comunidad, entre la cual se reparte proporcionalmente el gasto. Es de observar que los asociados arreglan sus piezas, cuidan el jardín que ordinariamente rodea la casa y cooperan en todo sentido al orden de su fraternity, detalles que se traducen en una apreciable economía.

En la actualidad hay en Berkeley 46 fraternities y 22 sororities, a parte de 24 clubs houses, casas especiales de pensión para hombres y 17 para mujeres. Estos clubs houses no observan ningún rito y son de carácter más o menos permanente, pero suelen

obtener título de la Sociedad Nacional de Letras Griegas, que dirige las asociaciones de estudiantes en el país y pasan a ser, entonces, fraternities o sororities. Además de estas casas de estudiantes, existen en Berkeley no menos de 120 pensiones (boarding houses) hoteles, departamentos y dormitorios simplemente ajenos a las reglas que se observan en las fraternities o clubs y donde, generalmente, van los extranjeros.

La vida del estudiante universitario en los Estados Unidos, el pueblo esencialmente democrático, donde el individuo, en la mayoría de los casos, se eleva por razón de sus condiciones superiores de inteligencia y virtud, es por demás interesante y digna de una observación detenida por parte de los pueblos de Sud-América. Los 3, 5 ó 6 años que el estudiante cursa en la Universidad, viviendo en la logia o sociedad de sus afectos, desarrollando su acción en un medio donde se le aplaude si lo merece o se le censura o castiga sino observa una conducta regular; estimula su actividad por el ejemplo de la mayoría que trabaja por surgir, por quedar en aptitud de hacer dinero, *money making*, el ideal de todo buen yankee, son una verdadera escuela del método, orden y disciplina que en el trabajo y en todos los actos de su vida, caracterizan al individuo superior. Y todavía mas allá de la Universidad, el hombre que ha pasado por esas asociaciones de estudiantes, recibe el aliento de sus camaradas que, agregando el círculo que los une en la vida estudiantil, continúan ayudándole en la lucha. Es una fraternidad que no termina al dejar las aulas, es un compromiso moral que los liga con mejores títulos que los pueden tener otros asociados en la edad viril, porque estos no conocen el alma del hombre que aquellos han podido apreciar en la adolescencia, cuando aún no se sabe fingir, cuando no se sabe engañar.

Innumerables ejemplos justificarian esa benéfica acción de la vida de asociados en que se inician los estudiantes yanquis, pero basta observar como a diario surgen individuos empujados por asociaciones poderosas, cuando en ellos reconocen condiciones superiores. La batalladora personalidad del ex-Presidente Mr. Roosevelt es una prueba inmediata. En la Universidad de Harvard, donde hizo sus estudios, formó activamente parte de las asociaciones de estudiantes Hasty Pudding Club, Delta Phi, The Porcelain Club, The Glee y otras que comprenden

diendo al hombre superior, continuaron ejercitando su influencia en la vida pública del eminente estadista, hasta elevarlo al mas alto destino que puede ambicionar un hombre en su colectividad.

Pero nota que me aparto del objeto de esta relación y vuelvo sobre mis pasos. Antes si debo decir lo que significa dry town. Allá me entenderán luego si se recuerda que cuando se va de visita y no se recibe el ofrecimiento de una copa de licor, se califica de rulo al anfitrión. Aquí la autoridad ha legislado prohibiendo en absoluto la venta y aún el ofrecimiento de toda clase de bebidas que contengan alcohol y esto es lo que en lenguaje corriente se denomina por dry town, pueblo seco, los cuales existen en muchos otros estados de la Unión, especialmente en los centros de estudiantes. Parece excusado decir que si no hay licor, no hay juego ni mujeres, los tres enemigos mas conocidos, aunque, a decir verdad, los mismos legisladores no podrían asegurar que este ideal estado de cosas es efectivo. Sin embargo y sea por asentimiento tácito de legisladores, en el Condado Universitario de Berkeley y aún en sus alrededores, se nota un ambiente patriarcal, saludable al espíritu y al cuerpo, que hace recordar la vida de los sencillos pastores que nos cuentan las leyendas de la época.

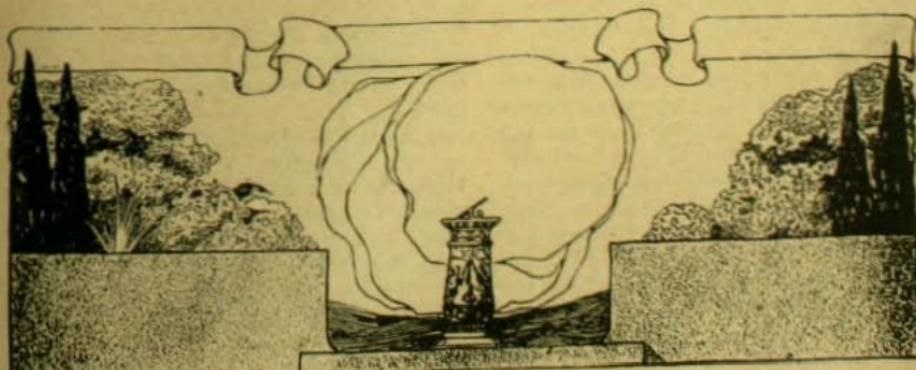
Fácilmente se comprende que la Universidad, colocada en ese medio y alejada de los centros que perturban, con sus múltiples distracciones, los estudios del individuo, tiene que inclinar y obligar a éste a dedicarse en absoluto al trabajo, especialmente en los primeros años cuando necesita emplear 8 ó

10 horas al día en clases, laboratorios, ejercicios físicos y experiencias en el terreno, aparte del tiempo que ocupa en atender sus deberes sociales.

En Berkeley los estudiantes del Estado o residentes no pagan derecho de incorporación, los que no lo son abonan la suma de diez dólares por semestre, pero todos en general deben pagar cinco dólares por inspección médica, veinte dólares por servirse de los laboratorios y otros veinte por uniforme militar, excepto hecha de los extranjeros que no están obligados a este servicio.

El año que termina la Universidad tuvo una matrícula de 5,297 alumnos, estimándose en un 62 por ciento los hombres y el resto de mujeres. El programa de estudios comprende las siguientes asignaturas: Medicina, Leyes, Ingeniería Civil, Eléctrica y Mecánica, Arquitectura, Agronomía, Industria Animal, Teneduría de Libros, Antropología, Arqueología, Astronomía, Biología, Química, Física, Artes domésticas, Dibujo, Geología, Fertilizantes, Higiene, Mineralogía, Economía Política, Música, Paleontología, Filosofía, Psicología, Cultura física, Sociología, Veterinaria, Zoológia, Inglés, Alemán, Francés, Español, Italiano, Latin, Griego, Hebreo, Japonés, Chino, idiomas orientales, Educación y otras interesantes materias.

En este país no solo se gradúan médicos, abogados ingenieros, y demás que conocemos por profesionales, sino que también se conceden títulos de mecánicos, mineralogistas, químicos, ensayadores, botánicos, Entomólogos, higienistas, y demás a que el individuo desee dedicarse con especialidad.



El escorpión del Languedoc

Por _____
E. FABRE

Henry Fabre es una de las más eminentes y más puras glorias que posee actualmente el mundo civilizado; uno de los más sabios naturalistas y el más maravilloso de los poetas en el sentido moderno y verdaderamente legítimo de esta palabra.—Es una de las admiraciones más profundas de mi vida.

MAURICIO MAETERLINCK.

Es un taciturno, reservado en sus costumbres y de trato poco agradable. El escárpido de los naturalistas nos ha revelado su estructura orgánica, pero a ningún observador, que yo sepa, se le había ocurrido interrogarlo con alguna insistencia sobre las intimidades de su manera de vivir. Macerado en alcohol es harto conocido; obrando en el dominio de sus instintos, es casi ignorado. En todo tiempo ha preocupado a la imaginación popular, hasta el punto de ser inscrito entre los signos del zodiaco. Tratemos de hacerle hablar.

El escorpión del Languedoc vive en las provincias francesas del Mediterráneo, alejado del hombre, en las solitudes incultas. Llegado a su entero crecimiento, mide de ocho a nueve centímetros de largo. Su coloración es el rubio de la paja retostada por el sol.

La cola, en realidad vientre del animal, se compone de cinco segmentos en forma de prisma, especie de toneletes cuyas dues se juntan formando crestas onduladas, como rosarios de perlas. La cola termina por una sexta articulación vesicular lisa. Es la vejiga donde se elabora y permanece en reserva el veneno, temible líquido parecido en su aspecto al agua. Una lanceta encorvada y muy aguda termina la cola. Por el hecho de ser curvo, el dardo dirige su punta hacia abajo cuando la cola está estendida en línea recta. Para hacer uso de su arma, el alacran debe, pues, levantarla, volverlo

y clavarla de abajo para arriba. Es ésta en efecto, su táctica invariable. La cola se dobla sobre el lomo del bicho y viene a herir al adversario que sujetá con las pinzas. Por lo demás, el animal está casi siempre en esta postura; ya sea que marche o que esté en reposo, la cola va sobre el espinazo. Muy rara vez la arrastra estendida en línea recta.

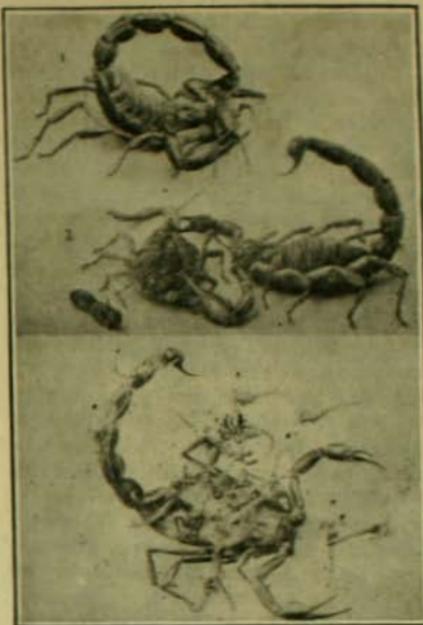
Las pinzas, manos bucales que recuerdan las gruesas patas de la langosta de mar, son órganos de batalla y de información. Nunca usan de ellas para la marcha, para mantener su estabilidad o para el trabajo de excavación. Esta tarea le corresponde a las verdaderas patas. Bruscamente truncadas, estas terminan en un grupo de pequeñas garras curvas y móviles, frente a las cuales se levanta una fina prominencia que en cierto modo hace de oficio de pulgar. El muñón está coronado de ásperos pelos. El conjunto constituye un excelente garfio que nos explicará la actitud del alacrán para marchar cabeza abajo por la bóveda de un fanal de vidrio y para trepar a lo largo de un muro vertical, apesar de su pesadez y torpeza.

En la cara inferior del cuerpo e inmediatamente detrás de las patas, se hallan los **peines**, curiosos órganos, exclusiva dotación de los escorpiones, y muy semejantes por su estructura al vulgar utensilio del mismo nombre. La malicia de los anatomistas les atrivuye el rol de un mecanismo de

engranaje destinado a mantener ligada la pareja durante la fecundación.

A fin de observar sus costumbres en la intimidad, alojo a mis cautivos en una gran vidriera con numerosas cavidades en su fondo, las que les servirán de refugio. Son en total una docenas.

Allá por los comienzos de la primavera, se produce una revolución entre mis escorpiones, hasta entonces tan pacíficos. Salen a peregrinar de noche por entre su caserío del jardín, y algunos no vuelven a su alojamiento. Y, lo que es más grave, bajo una misma piedra encuentro muchas veces dos escorpiones, uno medio devorado por el otro. Es algo de que vale la pena preocuparse. Los devorados, por su talla mediana, su coloración más rubia y el vientre menos abultado, prueban que se trata de los machos, siempre de los machos. Mas gruesas, y un poco morenas, las hembras no alcanzan este misero fin. Luego, no son probablemente riñas entre vecinos que, cuidadosos de su soledad, castigarían a los visitantes importunos y se los comerían después: medio radical de poner coto a nuevas indiscre-

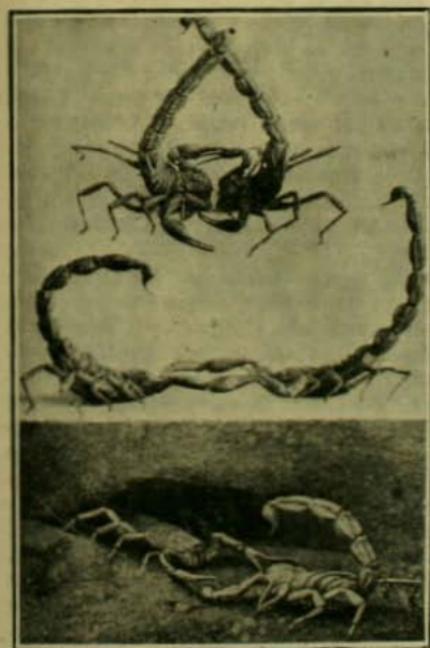


1. El escorpión del Languedoc en el acto de devorar una langosta.—2. Cumplida la misión del macho, la hembra se da una camilona a su costa.—3. La madre y su familia al acercarse la emancipación.

ciones. Se trata más bien de ritos nupciales trágicamente celebrados por la hembra después de la unión.

La primavera vuelve. Con tiempo he preparado la vasta vidriera, poblada por veinticinco habitantes, cada uno en su caverna. Desde mediados de Abril, entre siete y nueve de la noche, se nota grande animación en el palacio de cristal. Lo que de día parecía desierto, se convierte en un divertido escenario: apenas terminada la cena, todos los locatarios se presentan. Una linterna suspendida frente al observatorio nos permite seguir los acontecimientos.

Tratemos de dar al lector una idea de lo que pasa. Detrás del cristal alumbrado discretamente por la linterna, pronto se forma numerosa asamblea. De aquí y de allá avanzan algunos aislados que dejan la sombra y buscan las delicias de la iluminación. Las mariposas nocturnas no acuden con más presteza a la claridad de nuestras lámparas. Los recién llegados se mezclan a la multitud, mientras otros, fatigados de la apertura, se retiran a descansar por unos momentos a la obscuridad, para vol-



1. Los agasajos del noviazgo.—2. Paseo por parejas.—3. La llegada a la cámara nupcial.

ver en seguida impetuosamente a escena.

Por instantes, vivo tumulto, confuso amasijo de patas agitadas, de pinzas comprimidas, de colas que se encorvan y chocan, amenazantes o cariñosas, no se sabe bien. En la mezcolanza, ante una incidencia favorable, algunos pares de puntitos se iluminan y brillan como carbunclos. Se les tomaría por verdaderos ojos que lanzarán sus resplandores, cuando en realidad son las dos facetas, pulidas como reflectores, que ocupan la delantera de la cabeza. Todos toman parte en la asonada, tanto los grandes como los chicos; se diría una lucha a muerte, y no es más que pura jugarrería.

Pero hay algo mejor que patas entrelazadas y colas rectas; suelen verse posturas de una alta originalidad. Tocándose las frentes y enlazadas las pinzas, dos luchadores forman escaleza con la cola, apoyándose solamente en la delantera del cuerpo y levantando el resto con tanta limpia, que el pecho muestra al descubierto los ocho orificios blancos de la respiración. Las colas cambian mutuas fricciones, en tanto que las pinzas se estrechan y, pausadamente, una y otra vez se anudan y se desatan. Entre ellos, este choque amistoso en que la punta del dardo venenoso no interviene nunca, es una especie de bofetón de uso frecuente. Bruscamente, la pirámide se derrumba y cada uno se va por su lado sin ninguna ceremonia.

¿Era una provocación la original postura cara a cara de los luchadores? Parece que no, dado lo pacífico del encuentro. La continuación de las observaciones debía enseñarme que se trata de mimos entre novios. Para declarar su pasión, el alacrán ejecuta esas pruebas de equilibrio.

25 de Abril.—¡Hola! qué es esto, no visto hasta hoy? Dos escorpiones están cara a cara, tendidas las pinzas y con los dedos entrelazados. Son amistosos apretones de manos y no prejuicios de batalla. Se hallan aquí representados ambos sexos. Uno, panzudo y moreno: es la hembra; el otro es relativamente magro y de tinte pálido: es el macho. Con la cola altivamente levantada en espiral, la pareja marcha a paso lento a lo largo de la caja. El macho lleva la delantera caminando a reculones, sin violencia ni oposición de nadie. La hembra sigue obediente, tornada por la punta de los dedos y cara a cara con su raptor.

Con frecuencia cambian de dirección, y siempre es el macho el que decide cuál ha de ser la nueva ruta. Sin soltar sus manos, da graciosamente media vuelta y se coloca al lado de su compañera. Luego, con la cola rasante le acaricia por un momento el espíñazo. Ella permanece impasible.

Por una larga hora, no me canso de observar estas idas y venidas. En fin, a las diez de la noche se produce un episodio. El macho está ante una cueva cuyo abrigo parece convenirle. Suelta una mano, una sola, y teniendo siempre firme la otra, escava con las patas, barre con la cola el suelo. Se abre una gruta, donde penetra poco a poco, arrastrando sin violencia a su pareja.

Perturbarlos sería una maldad infútil: interviría demasiado pronto, en un momento inoportuno, si quisiera ver lo que pasa adentro. Las largas vigías comienzan a pesar a mis ochenta años; vamos a dormir.

Al día siguiente, de madrugada, levanto la piedra. La hembra está sola. Ningún rastro del macho, ni en el aposento ni en sus vecindades.

12 de Mayo.—¿Qué nos traerá la visita de esta noche? El tiempo está cálido y tranquilo, propicio a las efusiones amorosas. Una pareja se ha formado, sin que yo haya advertido los preliminares. En esta ocasión el macho es mucho menor que la hembra. No por eso el remolcador cumple menos valerosamente su oficio. Nada los detiene. Finalmente, después de prolongadas caminatas, el abrigo de una gruta recibe a los paseantes. Son las nueve de la noche.

Al idilio sucede mas tarde la feroz tragedia. Por la mañana temprano, la hembra se encuentra bajo el alero de la vispera. El pequeño escorpión está a su lado, pero muerto y a medio devorar. Le faltan la cabeza, una pinza, un par de patas. Yo saco el cadáver a descubierto, a la entrada de la habitación. Durante el día la reclusa no lo toca, pero al llegar la noche, sale y encontrando a su paso el difunto, lo lleva mas lejos para hacerle honrosos funerales, o mas claramente, para acabar de comérselo.

Este acto de canibalismo está de acuerdo con lo que me demostró el año pasado la colonia en libertad. De tarde en tarde encontraba bajo las piedras una panzuda hembra en el acto de devorar, como quien cumple un rito sagrado, a su compañero de una

noche. Ya sospechaba yo que si el macho no se aparta a tiempo, una vez cumplida su misión, es devorado en totalidad o en parte, según el apetito de la esposa.

14 de Mayo.—No es por cierto el hambre lo que desvela todas las noches a mis escorpiones. La rebusca del alimento no entra para nada en sus paseos vespertinos. Acabo de servirles un variado botín, escogido entre los que mas parece agradarles: tiernas langostas, frescos trozos de pequeños matapiojos, mas carnosos que los acridios, y luciérnagas con las alas cortadas. Mas avanzada la estación, agrego algunas libélulas, manjar apreciado a lo que afirma su equivalente, la hormiga león, de la cual he encontrado anteriormente las alas en el vientre del escorpión.

Este lujo de comida es mirado con indiferencia: nadie le presta atención. En el revoltijo, las langostas brincan, las mariposas golpean el suelo con los muñones de sus alas, las libélulas tiemblan; y los transeúntes no caen en la cuenta. Las víctimas son pisoteadas, empujadas, y se las echa lejos de un coletazo. Por lo visto, no se desea nada, absolutamente nada. Se trata de otros asuntos.

20 de Mayo.—Asistir a los comienzos del paseo no es un acontecimiento que se esté seguro de ver todas las noches. Algunos salen ya de bajo la piedra formados en pareja. En igual forma han pasado el día entero, meditando inmóviles uno frente al otro. Al llegar la noche, reanudan sin separarse un instante el paseo comenzando la vispera, o antes aún, alrededor de la vidriera. No se sabe ni cuándo ni cómo se ha efectuado el apareamiento. Otros se encuentran de improviso en los sitios mas apartados, de inspección mas difícil. Cuando los advierto, ya es tarde el convoy está en marcha.

Hoy la suerte me sonríe. Ante mi vista, en plena claridad de la linterna se efectúa la conjunción. Un maestro de los mas apuestos y petulantes se topa en su precitada caminata con una paseante que le conviene, y como ésta no dice que no, las cosas se precipitan.

Sigamos un poco al escorpión, que se apresura en su marcha de retroceso y que va orgulloso de su conquista. Se ven otras hembras formadas como espectadores, que miran curiosas, con envidia acaso. Una de ellas se arroja sobre la prisionera, la enlaza de las patas y se esfuerza por detener el convoy. Contra tamaña resistencia el macho se estiende; en vano tira, pues aquello no avanza ya. Sin desesperarse por el accidente, abandona la artida. Una segunda, una tercera, son solicitadas con la misma desenvoltura. En las frecuentes pausas el macho se entrega a curiosos ejercicios. Atrayendo a sí los tentáculos, digamos mejor los brazos, y distendiéndolos después en línea recta, obliga a la hembra a un parecido juego alternativo.

Después de esta prueba de flexibilidad, la mecánica se contrae y queda inmóvil.

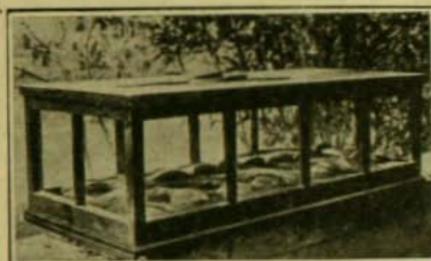
En este momento las frentes están en contacto, y las bocas se unen con tierna efusión. Para expresar sus caricias vienen al espíritu las palabras de beso y de abrazo: pero no se atreve uno a emplearlas, visto que aquí faltan la cabeza, la cara, los labios, las mejillas. Donde se pensaría encontrar un rostro, hace su remedio una asquerosa jeta.

;Y esto es el superlativo de lo bello para el escorpión! Se dice que la paloma ha inventado el beso. Yo le conozco un precursor, el alacrán.

LA FAMILIA

Confiado en lo que decían los maestros, yo no esperaba la familia del escorpión antes de Septiembre, y la he obtenido de improviso en Julio. Esta diferencia entre la fecha real y la prevista, la pongo a la cuenta de la diferencia de clima: yo observo en Provenza, y mi informante, Leon Dufour, observaba en España. Apesar de la autoridad del maestro, yo debí haberme mantenido en guardia; y habría perdido esta ocasión si el vulgar escorpión negro no me hubiese advertido.

El escorpión común, mucho más pequeño



La vidriera en que están alojados los escorpiones

y harto menos andariego que el otro, había sido puesto como punto de comparación en modesto frasco de vidrio colocado encima de mi escritorio. Buen resultado me dió el tener siempre a la vista ~~sus~~ ^{el} aspecto surreal de la vidriera grande. El 22 de Julio a las 6 de la mañana, encontré al levantar la tapa de carbón a una de las hembra con su parvada sobre el espinazo, formándole una especie de blanca mantilla. Tuve entonces uno de esos momentos de dulce satisfacción que de tarde en tarde entusiasman al observador. Por primera vez tenía ante mi vista el soberbio espectáculo de un escorpión "vestido" de sus hijos.

Total, en tres días, cuatro familias. Es mas de lo que desearía mi ambición. Con cuatro familias de alacranes y algunos días de tranquilidad, se puede encontrar agradable la vida.

Tanto mas que la suerte me colma de favores. Desde el primer encuentro en los frascos, yo pienso en la vidriera y me pregunto si el escorpión del Languedoc no será tan precoz como el negro. Vamos rápidamente a informarnos.

Las veinticinco cubiertas de la caja grande son dadas vueltas. ¡Magnífico resultado! Siento correr por mis viejas venas una de esas cálidas ondas familiares a mas veinte años. En tres de las cuevas encuentro una madre cargada de familia, literalmente hablando.

Translado cada madre con su cría a los recipientes pequeños, que harán mas fáciles las minucias de la observación. A la hora temprana de mi visita, las recién paridas tiemben todavía bajo el vientre una parte de sus chicos. Apartando a la madre con el extremo de una caña, descubro entre el revoltillo infantil varios objetos que trastornan completamente lo poco que los libros me habían enseñado sobre este particular. Se dice que los escorpiones son vivíparos. La expresión técnica carece de exactitud, ya que los pequeños no vienen directamente al mundo con la configuración que nos es tan conocida.

Los residuos hallados bajo el vientre de las madres me muestran, en efecto, verdaderos huevos, hasta cierto punto semejantes a los que la anatomía extrae de los ovarios en una época de gestación avanzada. El animalillo, económicamente reducido al tamaño de un grano de arroz, trae la cola aplastada a lo largo del vientre, con

los tentáculos plegados bajo el pecho y las patas apretadas contra los flancos, de tal manera que la menuda masa oval no deje la menor saliente y pueda deslizarse con suavidad. Los ojos están indicados sobre la frente por puntos de un negro intenso. La bestezuela flota en una gota de humor cristalino, que es por el momento su universo, su atmósfera, limitada por una película de exquisita delicadeza.

Estos objetos son verdaderos huevos. La primera vez hallo de treinta a cuarenta junto al escorpión de Languedoc; un poco menos bajo el alacrán común. A pesar de haber intervenido demasiado tarde en el parte nocturno, lo poco que alcanzo a ver basta por lo demás para convencerme. El escorpión es en realidad ovíparo, pero los huevos son de eclosión rápidísima, y la liberación de los pequeños sigue inmediatamente a la postura.

Pues bien, ¿cómo se efectúa esta liberación? Ha gozado del insigne privilegio de ser testigo de ello. Veo que la madre toma delicadamente con la punta de las mandíbulas la membrana del huevo, la rompe y concluye por comérsela. Despoja ella al recién nacido con el cuidado meticoloso y la ternura de la gata y de la oveja. Ni un rasguño sobre esas carnes apenas formadas, ningún entorpecimiento, apesar de lo grosero del utensilio.

Yo no vuelvo de mi sorpresa: el escorpión es quien ha iniciado al mundo viviente en los actos de una maternidad parecida a la humana. En los remotos tiempos de la flora hoy convertida en carbón de piedra, cuando apareció el primer escorpión, ya se preparaban las ternezas de la maternidad. El huevo, equivalente del grano que duerme un largo sueño bajo la tierra, el huevo tal como lo poseían entonces el reptil y el pez, y como debían poseerlo mas tarde el pájaro y casi la totalidad de los insectos, era el contemporáneo de un organismo infinitamente mas delicado que anunciaba la viviparidad de los animales superiores. Solo que la incubación del amenazante conflicto de las cosas, sino que se cumplía en el seno de la madre.

Si la oveja no interviniere con la deglución de la envoltura fetal, el corderillo no conseguiría jamás deshacerse de su ajuar. Igualmente, el pequeño escorpión reclama el concurso maternal. Es necesario que una dentellada de la madre venga a libertarlo.

Hasta es dudoso que el chico contribuya a la ruptura: su debilidad nada puede contra esa otra debilidad, el saco natal, fino como tela de cebolla. Ya están los nuevos escorpiones minuciosamente fregados, limpios y libres. Son de color blanco. Su tamaño, de la frente a la punta de la cola, es de nueve milímetros en el escorpión del Languedoc, de cuatro en el negro. A medida que la tollette liberadora va terminando, ellos suben uno a uno al espinoz de la madre, trepando a lo largo de los tentáculos, que ella mantiene pegados al suelo a fin de facilitar el escalamiento. Estrechamente agrupados uno contra otro, revueltos al azar, forman sobre el lomo de la madre un espeso tejido. Con ayuda de sus nacientes garras se proporcionan una bien cómoda instalación. En tal estado, jinetes y cabalgadura no se mueven: es el momento de someterlos a la experimentación.

Mi curiosidad no puede contenerse. Hago caer a uno de los pequeños y lo coloco ante la madre, a un dedo de distancia. Esta no da muestras de preocuparse por el accidente: inmóvil como estaba, así continúa. ¿Por qué alarmarse por una caída? El costaleado sabrá salir de apuro sin ayuda de nadie. Este gesticula, se agita, y hallando luego a su alcance una de las pinzas de la madre, trepa ágilmente por ella y vuelve a meterse en el entrevero de sus hermanos.

La prueba es repetida en grande. Esta vez derribo una parte de carga y la desparramo no muy lejos. Sobreviene un momento de exitación bien prolongada. En tanto que la parvada vaga sin saber dónde ir, la madre se inquieta al fin de lo que ocurre, y formando un semi-círculo con sus palpos, recoje la cría como con un rastillo. Todos están en salvo, apesar de la rudeza del método. Tan pronto en contacto con la madre, todos trepan y vuelven a formar el grupo dorsal.

En este grupo son admitidos tanto los hijos legítimos como los agenos. Si empleando unas pinzas como escoba yo barro en su totalidad o en parte la familia de una madre y la pongo al alcance de una segunda que esté cargada con su propia cría, vemos a éste juntar los desamparados por brazadas como si fueran sus hijos. Se diría que ella los adopta, si la expresión no fuera demasiado pretenciosa. Es más propiamente el embrutecimiento del ser incapaz de distinguir entre su familia real y la de los otros y pronta

a coger todo lo que se agite en la cercanía de sus patas.

Yo esperaba que se diera a pasear como la tarántula, a la que no es raro encontrar corriendo la verbena con su familia a cuestas. La hembra del escorpión no conoce estas distracciones. Al convertirse en madre, por algún tiempo no sale de su casa, ni siquiera de noche a la hora en que los otros se divierte. Encastillada en su celda, se olvida hasta de comer por vigilar la educación de sus hijos.

En efecto, las débiles criaturas deben sufrir una delicada prueba, podría decirse que deben nacer una segunda vez. Ocho días pasados en la inmovilidad sobre el lomo de la madre son necesarios a ese trabajo. Al final de ese tiempo se produce una excoriación que vacila en calificar de remuda, dado que tiene tanta diferencia con las mudas verdaderas que sufre más tarde en diferentes épocas. En estas últimas, la piel se parte sobre el tórax, y por esta abertura única el animal sale dejando un pellejo parecido en su forma al escorpión que acaba de abandonarlo.

Actualmente se trata de otra cosa. Pongo sobre un vidrio varios de los que se hallan en vías de excoriación. Están inmóviles, como si se sintieran agotados, casi desfallecidos. La piel se rompe sin líneas de fractura determinadas, rasgándose a la vez por delante, por detrás, por los costados, mientras las patas salen de sus polainas y la cola se despoja de la funda. De todas partes a un mismo tiempo, la piel cae en harapos. Es un despellejamiento sin orden y a pedazos. Hecho esto, los nuevos adquieren aspecto normal de escorpión, y han adquirido además la agilidad. Aunque todavía de tinte pálido, aparecen ahora vivarachos, dispuestos a echar pié a tierra para correr y jugar cerca de la madre. Lo más sorprendente de este progreso, es el brusco crecimiento. Recién nacidos median nueve milímetros; ahora miden catorce. Las crías del escorpión negro han pasado de la dimensión de cuatro milímetros a la de seis y siete. Aumentando el largo en la mitad, el volumen se triplica, o poco menos.

Uno se pregunta sorprendido de este rápido crecimiento, cuál es el origen, visto que no han probado ningún alimento. El peso no ha aumentado, o por el contrario, ha disminuido, considerando el despojo de la piel. Se presenta aquí pues una dilatación

hasta cierto punto comparable a la que experimentan los cuerpos brutos bajo la acción del calor.

Ya se anuncia la coloración: el vientre y la cola se tiñen de rosa, las pinzan toman el tierno brillo del ámbar transparente. Pronto se despiertan en ellos las veleidades de la emancipación. Hay algunos que escapan la cola de la madre, y deteniéndose en lo mas alto de la curva, parecen sentir un placer en observar a los demás desde ese punto culminante. Nuevos acróbatas llegan a desalojar a los anteriores, pues cada cual desea tener opción al observatorio.

El período en que se termina la emancipación dura una semana, justamente lo que demora ese curioso trabajo que, sin alimento, les hace triplicar el volumen. En total, la familia permanece sobre el lomo de la madre unos quince días.

Esta lleva a sus hijos durante seis a ocho meses, tan ágiles y juguetones como si tuvieran alimento. ¿Qué comen los del escorpión al menos después de la muda que les ha dado agilidad y nueva vida? ¿Los convida la madre con lo mas tierno de su despensa? Ella no invita a nadie, no reserva nada.

Yo le sirvo una langosta, escogida entre la caza menuda que parece convenir a la delicadeza de sus hijos. Mientras ella mastica la presa, sin ninguna preocupación por

los espectadores, uno de los pequeños avanza por el espinazo hasta la frente, se inclina y se informa de lo que pasa. Toca las mandíbulas con la punta de la pata, y bruscamente retrocede horrorizado. Es prudente: el hocico en su tarea de trituración, lejos de reservarle un bocado lo pescaría y se lo tragaría sin siquiera advertirlo.

¿Qué os hace falta, mis queridos escorpiones, que tan buenos ratos me habeis proporcionado? Si yo supiera con fijeza cuál es el tierno alimento que os conviene, y si tuviera bastante tiempo que dedicaros, me gustaría continuar vuestra educación; pero no junto a los viejos. Conozco su intolerancia: los ogros os comerían pequeñuelos míos. El año venidero, allá por la época de las bodas, vuestras madres también tratarán de comeros. La prudencia aconseja la fuga.

¿Dónde alojaros y cómo alimentaros? Lo mejor es separarse, no sin cierta tristeza de parte mía. Uno de estos días os sacaré para ir a diseminarnos en vuestro territorio, alguna pendiente rocosa caldeada por el sol. Allí encontrareis otros camaradas tan grandecitos como vosotros, los cuales viven ya independientes bajo una piedra, muchas veces no mas grande que la uña. Allí aprenderéis mejor que a mi lado la ruda lucha por la vida!

Henri Fabre.

LOS AUTOMOVILES

En París es tema obligado de las conversaciones en el Grand Palais el asunto de la baja de precios de los automóviles. La casa Renault se sabe que ha sido la instigadora y causante de esta baja, que sorprendió sobre todo a los constructores americanos y que después de provocar una perturbación en el mercado francés y de otros países, parece que traerá como consecuencia la unificación de precios en los catálogos.

Mr. Ernest Loste fué quien decidió entregar a la venta a un precio moderado las carrozas de lujo automóviles, completamente equipadas y de marca acreditada, que en caso necesario tuviesen fácil reventa. En

una palabra puso en conocimiento del público que en lo sucesivo los coches fiat de 12/15 caballos, equipada a gusto del cliente, con capota, pare-brese, faroles etc., se venderían a 8,800 francos. Este anuncio causó gran sensación, porque la fabricación es de las que no tienen peso, pues la de 12/15 caballos lleva un motor, 4 cilindros 70/120 y su peso no excede de 600 kilos, lo que es excelente para los neumáticos. Este modelo, que lleva todas las perfecciones de los grandes carros es apto lo mismo para en coche de lujo que para uno de turismo. Claro que su velocidad no excede 70 kilómetros por hora pero y para qué mas?

DEPORTES NACIONALES

(*Lo que piensa don Silvestre*)

Por _____

M. J. Ortega

Se publicó en vez pasada un artículo de diario, cárstico, hiriente y muy mal redactado, en contra de cierto señor que había cometido el delito de elogiar las topeaduras, los rodeos, las apartas y otros deportes hípicos nacionales. Según el articulista, es un estúpido, indigno de vivir en el siglo XX, el que aboga por la conveniencia de fomentar esos ejercicios que, aparte de ser puramente chilenos lo que es ya un gravísimo defecto, tienen el de ser bárbaros, el de no traer ventaja alguna para el mejoramiento de la raza caballar y el de producir caídas, quebraduras de huesos y machucaduras de carnes, así en los jinetes como en las reses rodeadadas o apartadas.

El señor atacado no replicó al otro señor, o porque no tuvo razones con que hacerlo, o porque no quiso descender al terreno de la diatriba, a donde su antagonista quería arrastrarlo; pero muchos lectores del diario no han quedado satisfechos de esa abstención. El asunto no carece de interés, antes tiene un picante saborecillo que incita a seguir paladeándolo. De mí se decir que esperé la réplica durante una semana, y que cuando vi que no venía, me asaltó el mismo deseo que a don Quijote cuando leyó las inconclusas hazañas de don Belianis: "el de tomar la pluma y detalles fin como en el libro se promete". Pero es el caso que, al revés del hidalgote manchego, no me siento yo con fuerza para tal empresa, pues soy de mi pedestal y pacífico y nada conocedor en hípicos achaques.

¿Qué hacer en tal circunstancia? Pues lo que hace cualquier periodista cuando tiene entre manos un asunto y no tiene en la cabeza idea alguna acerca de él: buscar y aprovechar las ajenas opiniones por medio

del reportaje. Y sin detenerme a meditarlo más, me lancé a la calle en busca de una víctima, es decir de un hombre que me dijese lo que pensaba sobre la debatida cuestión, aunque nunca hubiese pensado nada sobre ella, como ocurre muchas veces a los reporteados.

Y quiso la suerte que el primero a quien topé fuese mi amigo don Silvestre, el agricultor chapado a la antigua de quien creo haber hablado ya en otra ocasión. Verdad es que, tratándose de asuntos caballares, debí haber consultado a algún miembro del Congreso, o a un médico, o abogado, o doctor flebótomo; pero no siempre salen las cosas a medida del deseo, y hube de contentarme con reportear a un hacendado.

—¡Alto ahí, don Silvestre! ¡Me concede una interview? „ „

—Amigo mío, le concedo lo que me pida, pero a condición de que me hable en chileno. Yo no entiendo eso de interview.

—Ni yo tampoco, pero no importa. ¿Asistió Ud. al último rodeo, al que se hizo en vez pasada en la Avenida Latorre?

—Vaya que sí! Por afición y por patriotismo. Esas cosas se nos van para no volver. Se fija Ud. en cómo nos vamos extranjerizando?

—Aquí quiero verte, dije para mi corbata, y agregué en voz alta: No lo veo, don Silvestre. ¿Qué quiere Ud. decir?

—Quiero decir que poco a poco vamos perdiendo todas aquellas costumbres que daban a nuestro pueblo un carácter propio y original. El extranjerismo nos invade, nos anula, nos destiñe, nos nivea con todo el mundo y convierte a nuestro pueblo en uno de tantos. Ya es difícil encontrar algo de que podamos decir: "Esto es nuestro y de nadie más".

Los elegantes de ahora, mas que chilenos,

son verdaderos ingleses, con sus sobretodos y vestones de corte europeo, con sus bigotes rapados, con sus pantalones doblados a media canilla "porque llueve en Londres", y con ese aire de estudiada gravedad, tan ajeno a nuestra raza de suyo franca y recogida. Nuestras señoras y nuestros niños, con sus trajes a la última moda de París, con sus cabellos teñidos de rubio, con sus rostros pintados admirablemente, podían pasearse por cualquiera ciudad de Francia o de Inglaterra sin temor de que nadie sospechase que eran extranjeras, y nuestros sportmen, como hoy se les llama, en sus vestimentas, en sus arreos de cabalgat, en su fisonomía, en sus gestos y actitudes, son ingleses hechos y derechos por el lado que se les mire.

Y de las clases altas el sello cosmopolita va comunicándose a las clases populares. Nuestro roto empieza a preferir la cerveza y al whiski a la chicha haya y al aguardiente; tararea "El encanto de un vals" o "La viuda alegre", tales como los oye en los autoparques de las tabernas, en vez de la cueca y la tonada de pata en quinchas que antes formaban todo su embeleso; los vendedores ambulantes de comestibles ofrecen al pueblo "sangüiches" en lugar de sopapillas o patitas con ají; el té ha desterrado al mate y los macarrones a las resbalosas; el frejol y la harina tostada van siendo para el roto objeto de menosprecio, y el pan francés ha puesto en huida vergonzosa a la tortilla de rescoldo y al humilde catuto, que antes reinaban sin contrapeso en las viviendas populares.

Y si de estas cosas pasamos a los deportes, veremos todavía más notables transformaciones. Nada de aquellos caballos arrogantes y collargos que en cierto modo han sido inmortalizados en las estatuas de nuestros héroes; nada monturas redondas de pellón, ni de estriberas de palo de nogal, llenas de dibujos y tallados, ni de espuelas de plata con grandes rodajas, ni de riendas trenzadas por los presos de la cárcel, ni de jinetes bien plantados que no se separaban una linea de la montura en el más furioso corcovado del animal o que, colgando de los estribos, recogían del suelo a todo galope, un pañuelo o una moneda. En cambio, mucho de sillas planas, y de estribos niquelados, y de cinchas y riendas de correa, y de espolines diminutos, y de jinetes a la inglesa que bailan y se zarandean sobre la silla, con gra-

ve detrimento de su humanidad posterior y a veces de sus ajustados pantalones de montar.

Nuestros chiquillos juegan al foot-ball y miran con desdén los bonitos juegos de antaño, como la barra y el volantín. Nuestros jóvenes se divierten en el "polo" y el "paper chasse" como antes se divertían en las apartas y rodeos, y los aficionados a las partas de caballos han olvidado o miran en menos la cancha derecha y las sencillas reglas de las carreras a la chilena para aprender y practicar en el H'pódromo y en el Club Hipico las sutiles y mausolas combinaciones de las apuestas mútuas a los ganadores y "placées". Y estas novedades han traído otras no menos grave y perjudicial: vamos extranjerizando en tales términos nuestra lengua, que el que se ha quedado siendo chileno se ve en apuros para darse a entender o para entender a los demás. En vez pasada quise yo sentenciar un pleito entre dos de mis chiquillos, monigotes de seis y siete años que me presentaron la cuestión en esta forma:

—Papá, Juanito me chutó una pierna.

—El tiene la culpa porque es un faulero.

—Y tú, que siempre me andas penaltiquiendo sin ningún motivo.

Con lo cual me quedé yo en ayunas de la cuestión y hecho un bobo completo ante la admirable modernización de mis dos muchachos.

Y subiendo mas arriba, vea Ud. hasta dónde llega ya la indiferencia por nuestra nacionalidad: los hombres de letras han discutido hace poco muy larga y seriamente sobre si deben o no ser chilenas las obras escritas en Chile por chilenos y para los chilenos....

—Paso a paso, mi señor don Silvestre, que se resbala Ud. Hábleme, si gusta, de las carreras y topeaduras; pero no me toque a los intelectuales que son el exponente más conspicuo de nuestra cultura y de nuestro progreso.

Y mostrándole el artículo que motivaba mi reportaje, le pregunté:

—Opina Ud. que los rodeos y apartas sirven o no sirven para mejorar las condiciones de la raza caballar?

—Vaya con la pregunta! Sirven y mucho, por mas que los accionistas del Club Hipico digan lo contrario. Todas las nobles cualidades del caballo chileno, su fuerza, su resistencia, su sobriedad, su obediencia admi-

rable a la voluntad del jinete, su inteligencia casi humana para adivinar los deseos del que lo monta, ¿no han nacido y se han desarrollado con los métodos chilenos, antes de la introducción de los caballos ingleses, cuyo único mérito es la rapidez exagerada en un corto trecho? Ya quisiera yo que me pusiesen al mejor de ellos al lado de Volador, un legüero que yo tengo, en el cual corro una vez quince leguas en menos de cuatro horas, cerro arriba y cerro abajo, para venir desde el fundo a Santiago a comprar unos remedios para la Marga.

Y en cuantos a los hombres, vea Ud. lo que pasa. Ha sido su lucha ruda y constante con la naturaleza, ya en la forma del cerro, o en la del zarzal, o en la del bosque, o en la del río torrentoso, o en la del animal chícaro, donde ha adquirido el nervio, el músculo y la resistencia que hacen de nuestro pueblo una raza especial. Quiteles Ud. la ocasión o la necesidad de luchar, y verá cómo los debilita y los echa a perder, como ya va sucediendo. Son ya escasos aquellos rotos bribones que se negaban como moscas al lomo del caballo, que lo volvían a orilla de cerca en media vara de suelo, y que lo hacían desnalar hasta diez metros con una buena sujetada. Ya no hay carreros como aquellos de mi tiempo, renombrados en veinte leguas a la redonda, que conocían a la simple vista todo lo bueno y todo lo malo que podía esperarse de un animal; ni hay "galleros" afamados como aquellos que se estaban horas enteras sujetando el gallo con las manos desolladas y gobernando el caballo solo con las rodillas; ni hay amanzadores como los de aquellos años; que se amarraban fuertemente un pañuelo a la cabeza y una faja al vientre, para evitar, según creían, los sacudimientos de sesos y los intestinos, y que subían sobre el potrón más indómito y aguantaban sus corcovos desesperados hasta que lo dejaban manso y tranquilo como un cordero; ni hay laceadores de aquellos que donde ponían el ojo ponían la lazada y que echaban a tierra un toro o un novillo bravo sin mas que un buen "pial". Decididamente, amigo mío, vamos degenerando: los caballos se debilitan, los hombres se afemeninan y las mujeres..... se afemeninan también mas de lo necesario.

No nade menos de reírme ante ese afemeninamiento de las mujeres a que llegaba don Silvestre llevado por su pesimismo; pero él

conservó su gravedad y me dijo muy serio:

—¿De qué se rie Ud.? Si, señor. Las mujeres también se afemeninan, porque antes no eran como ahora, que ninguna es capaz de colgar una carreta, ni de enyugar bueyes, ni de cabalgatar a dos haces, como lo hacía aquella mi china, la Juana de Dios, a quien tenga el Señor en su santa gloria.

Y ya que me acordé de ella, bueno será que le cuente la hazaña que hizo una vez. Tenía yo una carrera amarrada con los Gallegos, que arrendaban un fundo vecino al mío. Ellos echaban a correr un mulato cabecón muy afamado, y yo una yegüita chaquirra que me había mandado de tapada un compadre mío de la frontera. Calé la yegua desde que la vi, y me convencí de que iba a la seguridad, así es que cargué la mano todo lo que pude: trescientos pesos de dinero, veinte fanegas de trigo, una vaca cuyana y hasta un poncho con flecos y unas espuelas enchapadas que aposté contra una manta maipina que acababa de comprar uno de los Gallegos.

Estos conocieron bien la yegua poco después y le tuvieron miedo; pero ya no era tiempo de volver atrás, porque estaba hecha la escritura y había mas de mil pesos de apuestas por ambos lados. ¿Sabe lo que hicieron? Me emborracharon al jinete el mismo día de la carrera, porque sabían que yo no tenía otro de que echar mano. Cuando lo vi en mal estado, le largué una bofetada y lo tiré aturrido, después de lo cual me quedé pensando en mis trescientos pesos, y en mi poncho con flecos, y en mis espuelas de plata, todo perdido porque no podía presentar caballo, y lo que mas me dolía era la vergüenza por lo que se reirían los contrarios y lo que hablarían los que habían apostado a favor mío.

De repente la Juana de Dios pasó delante de mí, llevando al bombo, como si fuera una pluma, medio saco de trigo para la cocina. Sabía ya que la china andaba encalabrinada con el capataz; así fué que le dije:

—Juana de Dios, ¿te quieres casar con Pedro María?

—Como nō, pues patrón; pero si nos dā puebla para trabajar.

—Pues gánala tú y te la doy mañana mismo. Y además te sirvo de padrino en el casamiento y te regalo manta y vestido negro.

—¿Y cómo quiere que la gane?

—Corriendo la yegua en lugar de ese sinvergüenza que está ahí en el suelo durmiendo la cura. Si no me sacas de apuro, soy hombre perdido.

Sin soltar su carga, se quedó la Juana pensando un buen rato. En sus ojos negros se produjo una mirada incierta y como lejana. Contemplaba, sin duda, con el espíritu la codiciada puebla o la buena figura del capataz, que era un mozo hecho y derecho, honrado y trabajador. Y me dijo de pronto soltando el saco:

—¡Se la corro, patrón; y la gano también, con la ayuda de Dios y de María Santísima!

Y lo hizo como lo dijo. Se vistió de hom-

bre con una ropa de Pedro María, se amarró un pañuelo a la cabeza para esconder los cabellos, ensilló la yegua, la sacó a la cancha y la corrió cabalgando a dos haces, como el jinete más consumado, y ganando por más de un cuerpo, entre las burlas rabisas de los contrarios.

Y después de esto, ¿no cree Ud. todavía que las mujeres de antes eran menos femeninas que las de ahora?

Así habló Silvestre, y yo, a fuer de buen reportero, no pongo ni quito en sus opiniones, ni asumo por ellas ninguna responsabilidad.

M. J. Ortega.

LOS ESPONSALES DE TOLSTOY

Tolstoi se casó, fué un buen esposo y un buen padre. Pero antes de formar un hogar, contrajo muchas veces espousales. De uno de estos malogrados compromisos habla la *Revue bleue* publicando algunas de las cartas que precedieron a la ruptura. ¿Quién era ella?... La señorita Valeria Arsenief. Tolstoi vió en un principio en ella la compañera soñada. Más tarde las cartas que recibe durante una separación se la muestran frívola, coqueta. Contesta él con hermosos sermones en los que hace ver todos los inconvenientes de la mala vida y todas las ventajas de la buena.

La buena, es decir, una vida sencilla, algo difícil en verdad, con sus penas y privaciones, pero con la conciencia de ser buenos y honrados, de amarse apasionadamente de tener buenos amigos que se quieren, y dedicarse cada uno a su ocupación favorita.

Una vez que se elige este camino, hay que evitar todo mal paso, a saber: "la coquetería que despierta la desconfianza, el orgullo, la cólera, la fatuidad; el disimulo que trae consigo el recelo; la ociosidad que engendra el fastidio; el arrebato, que hace que se profieran palabras que no se olvidan; el desorden en los proyectos, y sobre todo la dissipación, la prodigalidad, que arruina, que destruye todos los planes, origina el mal humor y siembra la discordia entre los consortes".

Tolstoi y la señorita Valeria Arsenief no estaban hechos para entenderse. Rompieron su noviazgo. "Nunca la quise con verdadero amor", escribe más tarde Tolstoi a su tía Mme. Yergolskaya, que conocía el proyecto de matrimonio. Nadie podría ponerlo en duda a la simple lectura de sus cartas de novio. El amor no tiene la costumbre de predicar...



INSTITUTO DONNADIEU

Enseñanza de Idiomas

Ilustraciones fotográficas

En nuestro deseo de estimular todo esfuerzo que signifique un progreso en esta época de verdadera "lucha evolucionaria", tendremos hoy la satisfacción de bosquejar rápidamente los benéficos resultados que ha dado un estudio que hasta ayer se había tratado negligentemente, por creérsele estéril, sin gran utilidad práctica, y que sin embargo es de trascendental importancia en los múltiples ramos de la Ciencia.

Nos referimos al estudio de las lenguas, cuya enseñanza inteligentemente combinada por el distinguido filólogo profesor J. Donnadieu, ha llegado al ideal deseado dejándola fácilmente accesible para todas las mentalidades, en armonía con el tiempo que nos absorben las preocupaciones de la vida cotidiana.

Hace ya algún tiempo que el señor Donnadieu es conocido huésped de nuestra capital. Llegó a este país con el propósito de implantar su sistema en el estudio racional de los idiomas extranjeros, y, desligado de todo compromiso subvencional, expuso sus capitales para llevar a término feliz, la labor que se proponía.

Al empezar su obra en un país extraño, hubo de luchar algún tiempo y salvar las dificultades e inconvenientes en que siempre se estrellan las empresas nuevas; y es por eso que en los primeros años los resultados se hicieron esperar, y no correspondieron a los esfuerzos sacrificados en la realización de su empeño.

Salvados los escollos, eliminadas las dificultades en la marcha progresiva de su establecimiento, y conocidos que fueron

los resultados salutables de su labor, en nuestra sociedad, por nuestros hombres de comercio y de industria, el profesor Donnadieu, tuvo la satisfacción de cosechar un éxito lisonjero, lo que fortaleció sus energías para no reparar en sacrificio alguno, a fin de colocar su Instituto a la enviable altura en que se halla actualmente, rivalizando en competencia, elegancia y confort con los similares de las metrópolis del Viejo Mundo.

¡Hé ahí la coronación de una obra per-



Alumnos del Instituto Donnadieu en clase de inglés

severante, y el éxito completo de esfuerzos exclusivamente personales!

El elegante local en que funciona su Academia—Ahumada 35—nos habla en sus menores detalles, del buen gusto que ha sido empleado para hacer de él, antes que una Escuela, un sitio agradable de reunión, y pasatiempos provechosos. Allí asisten diariamente numerosas personas de la buena sociedad; estos estudios han despertado un vivo interés entre las damas de las más distinguidas familias, de tal modo que el número de ellas excede en un porcentaje considerable al de los caballeros, entre los cuales hay algunos representantes de nuestra política, del foro, y cierto número de diplomáticos y conocidos profesionales de la capital.

No debemos, pues, dudar de la gran importancia que se concede hoy en día a estos estudios que constituyen una poderosa palanca auxiliar en el desarrollo intelectual, y en la evolución de los conocimientos modernos que nos exige el siglo en que vivimos.

Publicamos en estas páginas, parte de la traducción castellana de la última conferencia leída por Mr. J. Doanadié ante un selecto grupo de distinguidas señoras y caballeros que asisten a sus clases.

Rol educatriz del Estudio de las lenguas vivas en Chile

De las disciplinas o ejercicios destinados a formar lo que concepción "progreso moral", se ha descuidado considerablemente lo que hoy ocupa sitio importante en la Enseñanza: me refiero al estudio de las lenguas vivas. Nadie podrá considerar, hoy en día, este estudio como una tarea desagradable, de discutida utilidad. Todos saben que la civilización moderna ha franqueado los límites de las fronteras, obligando a los pueblos a un reciproco acerca-

miento en el intercambio no solo de sus producciones sino que también de sus sentimientos. Lógico, el conocimiento de las lenguas vivas constituye el factor indispensable en cuanto atañe a la civilización en general, pues, mientras más desarrollo alcanza este estudio en un país determinado, es allí donde el progreso llega a su más alto grado.

No me propongo de ningún modo combatir prejuicios ya en desuso, bosquejando en una demostración general la eficacia del estudio de las lenguas, sin embargo, quisiera emprender este examen de un modo metódico, leal, concienzudo en lo que se refiere al ramo de la enseñanza cuya investidura tengo el honor de representar.

Quisiera, pues, dejar constancia del celo de los alumnos estudiósos y estimular la buena voluntad, dando algunos consejos sobre el estudio a fondo de las lenguas vivas, exponiendo los resultados accesibles para aquellos que consagran a este estudio más de un tercio del tiempo que absorben sus diversas ocupaciones, e indicarles la naturaleza de los ejercicios, "instrumento de trabajo", sea cual fuere



Los cuadros para el estudio de idiomas

la índole de ellos, para alcanzar su progreso definitivo.

Toda mentalidad ajena a estos estudios, puede emprender el conocimiento de una lengua extranjera, ya bajo el punto de vista práctico, utilitario; ya en el terreno filosófico, que según nuestra opinión es en el que se debe actuar nuestra enseñanza.

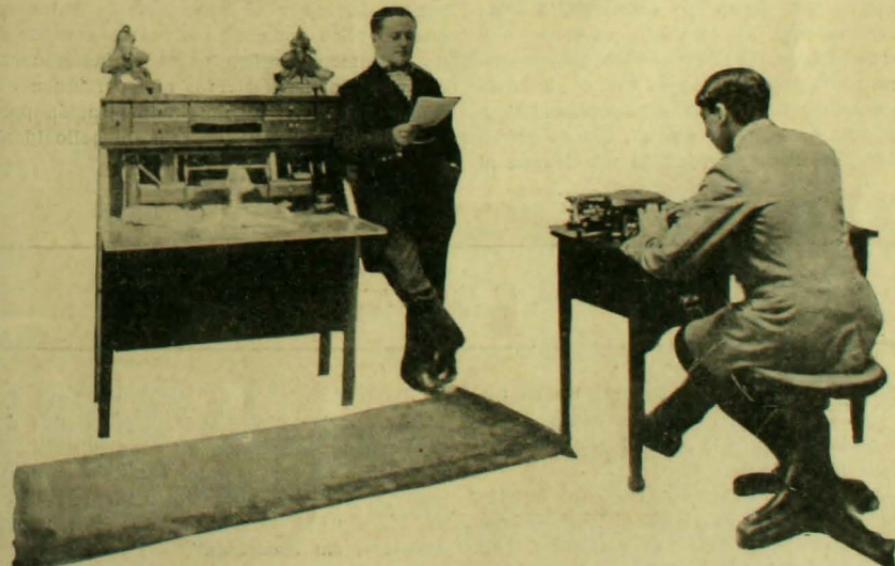
Para unos, el conocimiento de una lengua extranjera consiste en poseerla suficientemente para redactar su correspondencia o para darse a comprender en el extranjero. Pero muchos prefieren ya por gusto o necesidad, eliminar de sus estudios esta ventaja esencialmente práctica y de orden inferior. Para otros de miras más encumbradas, el estudio de una lengua extraña a la materna, es la progresión gradual "verso" a un ideal científico de cultura general: para aquellos que estudian por "saber" y "comprender" sin sacrificar sus esfuerzos a la utilidad inmediata. Nuestra primera consideración está, evidentemente subordinada a la última, tal cual "la parte lo está al todo". Sea éste o aquél el objetivo que se propone el estudiante, debe empezar por apropiarse de los elementos primordiales, base y principio de la lengua extranjera, porque lógicamente es menester conocer a fondo el "mecanismo" de un idioma para lograr de él todo el provecho posible.

Una vez ya salvadas las dificultades, podréis abordar la lectura de los autores. Esta parte es la más difícil, pero a la vez la más instructiva en el estudio del idioma, es precisamente por medio de esta vía que el alumno entra en el dominio de los "Hechos".

El que desea aprender una lengua extranjera debe concretarse a leer sin dificultad todos los documentos escritos en ese idioma, sin dar mayor especialización a los autores clásicos, sino que vivir al día con las diversas manifestaciones interesantes del pensamiento y de la energía de un pueblo. Se aprenderá así a escribir en esta lengua y a "hablarla", porque la lectura de los autores extranjeros practicada de una manera inteligente es mucho más instructiva.

¿Con quiénes mejor sino con los autores, podréis sostener estas conversaciones familiares que os descubren todos los secretos y los artificios de una lengua, y os hacen conocer de la manera más natural del mundo, los recursos de un idioma?

Huelga decir que al empezar vuestra atención habrá al dirigirse hacia los vocablos y las formas, con mayor frecuencia que al fondo que solo ofrece provisoriamente un interés secundario. Las palabras, la forma y en general este procedimiento, se va asimilando e incubándose gradualmente por medio



El señor J. Donnadieu dictando una conferencia a su secretario



Hall del Instituto Donnadien

de ejercicios variados, como por la recitación del argumento leído "temas de imitación" o conversaciones orales.

Muchos de vosotros a quienes el tiempo os está parsimoniosamente medido para poder profundizar el estudio de una lengua extrajera, debéis dirigir vuestras aptitudes al conocimiento práctico de un solo idioma; pero aquellas que cuentan con los medios de estudiar a fondo una o dos lenguas, es menester que sepan que este estudio árido aparentemente al principio encierra una fuente preciosa de informaciones de todo género, un tesoro de nociones y de conocimientos extranjeros. Cuando estos jóvenes hayan recorrido "la primera etapa", cuando hayan pasado del "aprendizaje" de una lengua al

"estudio de esa lengua" y de sus documentos literarios, cuando hayan adquirido el gusto de la lectura, y que se hayan habituado a la labor personal y a la libre investigación, entonces abordarán con fruición el dominio de la literatura pura, alcanzando una cima elevada desde el cual sus miradas maravilladas abrazarán dos o tres siglos de historia literaria, tesoro inagotable de experiencias y conocimientos, de goces elevados y

dignificantes que vienen a enriquecer el patrimonio literario de un país. En estas regiones serenas del pensamiento, del arte, su patriotismo revestirá una forma nueva y depurada: la "antipatía instintiva", legítima en cierto orden de cosas, cederá sitio a una curiosidad imparcial que redunde en el interés mismo de la patria, porque sin imparcialidad no es posible la comparación equitativa, y es, pues de la comparación que surgen la ley y el progreso. Es entonces cuando ellos podrán presentarse serenos a un certamen patriótico entre varias generaciones de artistas rivales que persiguen en sus producciones, según la inspiración personal o particular de la raza, el bello ideal de la perfección moral.

LAS DIRECCIONES POLITICAS DEL PAPA

Aún están frescas en Francia las controversias suscitadas hace poco tiempo entre los católicos sobre la actitud política aconsejada por el Papa.

Al regresar de Roma el cardenal Amette, se quiso al punto averiguar si trajo instrucciones especiales sobre el particular. Una alta personalidad del círculo del arzobispo

de París autorizó a un periodista para declarar que las direcciones políticas que daba el Papa son absolutamente las mismas de siempre, a saber: "Que los católicos se unan entre sí en el terreno exclusivamente religioso, fuera y por encima de todos los partidos políticos, sin excepción".

R.



Desbrozando

CULTIVO DEL TABACO

A don Javier Eyzaguirre E.

Por

José Antonio García Huidobro

Ilustraciones fotográficas

I

Tabaco.—Planta solanácea, monoplétila, anual, de las regiones tropicales y cálidas originaria de América, cuyas hojas secas y preparadas se fuman o se toman en polvo por las narices. Tiene olor fuerte y característico, caliz tubulado, raíz fibrosa, tallo belloso, de dos a cinco pies de altura; con médula blanca, hojas alternadas y grandes, laureadas nerviosas y glutinosas, flores de ramillete de color rojo purpúreo o amarillo pálido y fruto en forma de cápsula cónica que contiene muchas semillas.

Chile, país de privilegiada naturaleza, entre sus productos cuenta el tabaco; habiéndose desarrollado considerablemente, comercial e industrialmente su cultivo, en estos últimos años.

Estudiaremos el cultivo del tabaco en la parte que se relaciona con la plantación y preparación de las hojas para fumar. Pero solo lo daremos a conocer en la forma que esta planta se cultiva en Chile, sin apreciar las bondades o defectos de ese cultivo.

Tres operaciones principales debemos distinguir en este cultivo, a saber: Primero, preparación de los almácigos; Segundo, plan-

tación; Tercera, preparación de la hoja para entregarla al comercio.

II

La primera operación debe comenzarse; tomando la semilla cosechada el año anterior, guardada y conservada convenientemente en un lugar seco. En vísperas de San Juan, (24 de Junio) como dicen en nuestros campos, se echa a nacer; colocandola dentro de un saquito de lienzo en un tiesto con agua

tidad de humus de que carecen con frecuencia los suelos ligeros o escasos de substancias nutritivas. Estos humus absorben la humedad y el calor y retienen los nitratos dispersados en el suelo. El efecto mecánico de las substancias vegetales en los semilleros es de gran consecuencia, pues aligeran los suelos; dejándolos porosos, sueltos, mullidos y en admirables condiciones para el buen desarrollo de los almácigos.

A los suelos no vírgenes, o que carecen de substancias vegetales para dar una nutrición



Campo de tabaco

durante diez días, mas o menos, hasta que la semilla se hincha. Se saca del agua el saquito que la contiene, se envuelve en un paño, y se coloca al sol; teniendo cuidado de empaparla con agua cada tres días para acrecentar su germinación, que tarda mas o menos, veinte días.

Mientras se efectúa la germinación, se procederá a escoger un pedazo de terreno proporcionado al semillero que se desea obtener. El terreno debe ser de la mejor calidad y si es posible suelo virgen, que contenga gran cantidad de materias vegetales que son beneficiosas; porque proporcionan cierta can-

conveniente a la vida de las plantas, en los almácigos, es preciso dárselos por medio de abonos. Uno de los mas usados en nuestros campos es el estiércol, que bien fermentado da a la planta vigor para su crecimiento, desarrollo y calidad.

No puede darse una regla para la aplicación beneficiosa del abono: su uso, depende de las calidades y condiciones del suelo.

El terreno para los semilleros, convenientemente preparado, se dispondrá en canchas, o amelgas, mas o menos, de 20 metros de largo por ochenta centímetros de ancho; una al lado de la otra, y con un ligero lomo,

para hacer el almácigo; y sirviendo la parte baja, de desagüe, para que no se encharquen, y de paso para cuidar de ellos; sembrar, regar; limpiar y arrancar plantas para los transplantes en las tierras preparadas.

Mullida y suelta la tierra, después de barrerla con una escoba de rama, para dejarla perfectamente limpia y pareja, se procede a desparramar en la cancha la semilla germinada; después de revolverla muy bien con un poco de ceniza, en razón de una parte de semilla por tres de ceniza. Esta mezcla, permite hacer la desparramadura pareja y notar inmediatamente si el almácigo queda en debida proporción. Acto continuo se pasa por encima de la cancha una escoba de rama, con suavidad; por igual, y de un lado a otro, con el fin de que, al repartir la semilla, no quede aglomerada, y entierre lo necesario.

Inmediatamente se regará el almácigo con regadera de lluvia fina; y en esta forma se dará siempre los riegos, que han de mantener limpias las hojas de las plantas; evitando enfermedades y que la excesiva humedad ocasione la pérdida del semillero. Concluido el almácigo, y regado, se cubre ligeramente

con ramas para evitar el perjuicio de los pájaros y el excesivo calor. Parece demás advertir que debe hacer, el sembrador, mas de un semillero, para precaverse de la falta de planta que le ocasionen, enfermedades, heladas, gusanos u otros accidentes. Conviene en épocas distintas para su buen aprovechamiento.

Nacidas las plantas, se debe registrar con frecuencia el semillero; quitando los gusanos que dañan la planta; y oportunamente se procederá a limpiarlo de todas las yerbas; teniendo cuidado de hacer esto, a mano, después de los riegos y en humedad conveniente, sin meter ninguna clase de herramientas, que dañarían las tiernas raíces de las plantas. Así se obtendrán plantas sanas y vigorosas.

El almácigo llega a la plenitud de su desarrollo a los cincuenta o sesenta días; las plantas tienen cuatro o cinco hojas de seis a siete centímetros de longitud. El semillero está en estado de sacar plantas, para hacer la plantación en el terreno escogido. Se procede; regando las canchas; y estando en buena humedad, despacio y con cuidado, se tomarán las plantas con los dedos de la mano



Deshojando

derecha pegados a la tierra cogiéndolas por el nacimiento del tallo, junto a la raíz, y con un pequeño esfuerzo serán extraídas sin cortarles ninguna raíz para no inutilizarla. La planta extraída, será colocada en canastos, que se taparán y colocarán a la sombra, para evitar que se marchite. Lleno el canasto, listas quedarán las plantas, para llevarlas al terreno de la plantación.

III

La segunda operación, la de plantar, comprende una serie de detalles; comenzando por el terreno dedicado a la plantación.

Debe ser de buena clase; de bastante fondo o subsuelo vegetal; y carecer de sales calcáreas. No ha de ser demasiado húmedo, ni gredoso; ni ha de tener cloruro de sodio, que por más que dé buena hoja perjudica a la combustión.

Son excelentes los suelos abundantes en potasa, hierro y otras substancias, que, combinadas, en las proporciones necesarias, producen una exuberante vegetación.

Las aguas que estos terrenos riegan, deben de ser claras y puras; de vertientes; que no acarreen sedimentos, ni se mezclen con aguas que provengan de derrames de otros suelos.

El terreno se comienza a cultivar en Agosto, aplicando para ello los métodos ordinarios de cultivo, y poniendo especial cuidado en que las labores sean profundas y en que la tierra quede bien movida y suelta.

Preparado el terreno, se divide en cuarteleras; una cuadra en cuatro, si el terreno no es húmedo ni muy grueso, y en mas, si lo fuere. Los cuarteles se amelgarán con el arado, de un metro de ancho, cada amelga, en los terrenos bajos y de mucha nutrición, y de menos, para los altos y de menor fuerza. En seguida, con un rastrillo de dientes se abrirá la amelga y se retirará los terrenos y piedras.

Tómese muy en cuenta al efectuar la amelgadura, el desnivel del terreno, para el efecto de los riegos y desagües de los cuarteles. Cada cuartel tiene una acequia regadora en su cañecera y una de desague en la parte baja. Terminado el arreglo de los cuarteles por fines de Octubre, o principios de Noviembre, se comenzará la plantación; transportando las plantas, extraídas y colocadas en canastos, como se ha dicho, de las canchas del semillero al terreno preparado. Se regará las amelgas, y apenas oreadas, se hará la planta-

ción; sacando manojo de plantas de los canastos, y tomándolas por las hojas en la mano izquierda, de modo que las raíces queden hacia la parte de afuera de la mano. Se toma en la mano derecha un palo de una pulgada de grueso, y con punta; se clava en la amelga húmeda; se retira en seguida, y en el hoyo que deja, se coloca con la misma mano una planta por la raíz; dejando afuera las hojas, sueltas y limpias, y comprimiendo con delicadeza el terreno con los dedos, alrededor del tronco, y junto a él, para que no entre aire a las raíces de la planta, y para que prenda en buenas condiciones. A tres cuartas (63 centímetros) de la anterior, se vuelve a hacer la misma operación y se planta la segunda mata de la hilera de la amelga y se continúa la plantación de toda la amelga; siguiendo el mismo orden con las demás.

Según la calidad del terreno que se planta tégase, mas o menos, en cuenta la distancia en la plantación de la hilera; porque es necesario que queden las plantas bien ventiladas, asoleadas y aireadas; que además de influir en el mayor desarrollo y peso de las hojas estas circunstancias facilita los cultivos y cuidados del plantel, la conveniente distancia entre las plantas. Se evitará también con ella que muchas hojas se sequen en la planta en la parte de abajo, junto al suelo; lo que no poco conviene, porque estas son las que producen el tabaco amarillo, que es de segunda clase y de escaso valor comercial.

Efectuado el trasplante se regará inmediatamente el plantel y aún, si fuera posible, a medida que se vayan plantando las amelgas. Los ocho primeros días permanecen las plantas al parecer estacionarias, y casi lo mismo hasta que echan nuevas raíces. Desde ese momento viene la reacción; cobran color; y comienzan a crecer con vida propia, aparciendo luego nuevas hojas.

Dedicará el cosechero su atención preferentemente en estos días a observar los plantelos y repondrá inmediatamente las plantas que mueran. Del cuidado que se tenga y de la oportunidad de los riegos depende el éxito.

El plantel se regará cada tres días durante los quince primeros de la plantación y después cuando lo necesite: los riegos en las tardes, son los mas provechosos.

La plantación por cuarteles es la mas conveniente para llevar el trabajo escalonado, a fin de evitar apuros y de contar siempre con el tiempo necesario. Así puede un

plantador atender por si solo una y media cuadra de plantel; con solo una pequeña ayuda en la plantación y en los conocimientos.

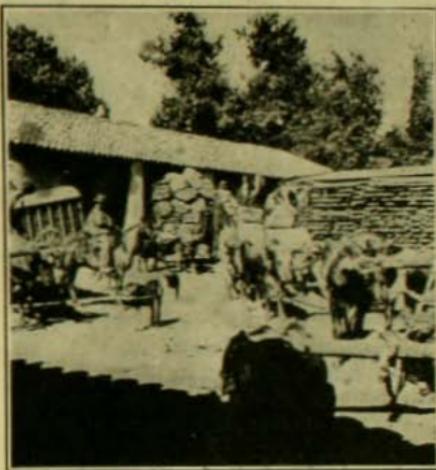
Con los riegos y el calor el plantel se hace vigoroso; pero al mismo tiempo las yerbas y malezas comienzan a desarrollarse y es preciso combatirlas; sometiendo los cuarteles a una limpia y cava, que se dará estando en humedad conveniente y cuidando de no romper las hojas ni dañar los tallos. Las herramientas que se emplean son el asadón común y rastrillo de acero.

Esta es la parte mas ingrata y ruda del trabajo para el cosechero; porque no habiendo herramientas para hacer las limpias, con ligereza y economía, tiene que conformarse con hacer el trabajo a puro brazo. Los arados o cultivadores que en algunas partes se emplean hacen un trabajo tan imperfecto que deja mucho que desear.

Limpios los cuarteles, se da un riego, y estando el plantel en buena humedad, se procede a efectuar la aporca, guarneciendo la planta con la tierra suelta que se le arriña al pie. Con la limpia, la aporca y los riegos necesarios, la planta se nutre en gran manera, adquieren las hojas mucha fuerza y desarrollo; y se extienden, ostentando un hermoso aspecto. En la parte superior, de la planta parece un botón, que, desarrollándose, constituye la flor. Privando a la planta de este botón cortándose a una altura que la deje con catorce y diecisiete hojas, según la bondad de la tierra y la fuerza de nutrición adquirida por la planta. Esta es la operación que se denomina descogollar o desbotonar. El cosechero conservará los botones, para que florescan y complete su evolución, en aquellas plantas, que, por su sanidad y lozana, considere mas apropiada para proveerse de buena semilla para el año próximo venidero. A estas plantas se les privará de sus hojas y brotes, desde que se destinan para semillas, para que la fuerza de nutrición se ejerza en la flor y se obtenga mejor semilla. Nuestros cosecheros tienen por costumbre dejar a esas plantas las hojas, y aún los brotes; mala práctica por cierto. Dan como razón que si se la priva completamente de hojas, la planta se aquintra; error profundo. La ciencia y la experiencia demuestran que toda planta, que se quiera nutrir con perfección, en su fruto o semilla, debe ser privada de las partes que no propenden a esa nutrición; y es evidente que si

enferman, es debido a malas condiciones de cultivo, pobreza del terreno u otras circunstancias. Las plantas reservadas para semilla se dejan hasta que las cápsulas maduren bien. Estando próximas a ese estado se envuelve el ramillete en un llenzo para que el viento no desparrame las primeras semillas que maduren; una vez maduras, se asolean y guardan.

Con la descogolladura o desbotonadura de las plantas, la fuerza nutritiva desarrolla las hojas, y la planta crece y se nota de mejor color. En el nacimiento del período de cada



Tabaco enfordado

hoja, y por la parte superior de ella, aparecen brotes como igualmente en el tronco de la mata. Se procedera a quitarlos cortándolos de raíz, con cuidado; sin desgajar la hoja, y sin causar daño a la planta. A esta operación se llama genéricamente, deshijar o desbrotar, pero en la práctica es el primer desbrote.

Durante este tiempo pondrá mucho cuidado, el cosechero, en mantener muy limpio su plantel; arrancando toda yerba que nazca; registrará detenidamente cada mata, dedicándose en especial a aquellas cuyas hojas parezcan roldas de gusanos, perjuicio irreparable, y que puede causar grandes pérdidas, si no se remedia a tiempo. Los gusanos aparecen en toda época, desde que se planta hasta que se corta el tabaco.

Con los nuevos cuidados del plantel, las hojas crecen, engrosan, y como que se enronchan; la melaza abunda en ellas y la



Formando la percha

fuerza nutritiva adquirida por la planta, la hace producir nuevos brotes, como anteriormente. El cosechero los quitará de nuevo, con prontitud, esmero y cuidado. Este es el segundo desbrote. Está demás recomendar la trascendental importancia, que tienen al cultivo excelente de la planta el prolijio, desbrote. De aquí proviene en gran parte, el rinde, que se obtenga, la fortaleza, y el aroma de la hoja.

Si después de efectuado el segundo desbrote, damos una mirada, en conjunto, al cuartel, de cultivo mas adelantado, observaremos: que su color difiere del de los demás: tendrá un color verde claro. Diremos entonces que el tabaco a entrado en su periodo de madurez. Este tiene lugar a fines de Febrero o en principios de Marzo. No puede darse una regla fija para conocer la madurez del tabaco, o la época de cortarlo; sin embargo, el buen ojo del cosechero y la experiencia, muestran muy a las claras la madurez. Puede entenderse y decirse que ha llegado, cuando un cuartel, mirado en conjunto, ha perdido el color verde oscuro y adquirido el verde claro amarillento, y si tomando hojas al azar, revientan al hacer en ellas un doblez, es indudable que el tabaco está en espléndida sazón. Se dá, entonces, un riego al cuartel y a los tres o cuatro días, cuando el riego ha sido bien aprovechado por la planta, se procede a la corta.

La corta constituye la tercera operación o beneficio: se ejecuta, tomando con la mano izquierda la mitad del tallo de la planta, y la mano derecha, provista de una hechura común, cortará el tallo de abajo hacia arriba. El corte debe darse donde terminan las hojas amarillas y secas que están junto al suelo.

Efectuada la corta, las plantas cortadas, dispuestas en manojo de cuatro o cinco plantas, se van dejando en el suelo sobre el mismo cañellón de amelga. La

corta se lleva a cabo en días claros, después que el sol haya calentado; y si por la mañana se hace, cuídense de quitar las gotas de rocío adheridas a las hojas; lo cual se consigue sacudiéndolas con suavidad. Si los manojo se hicieren con rocío la hoja se manchará de color verde, que le dará desmerecer en gran manera.

La corta se efectuará solo en los cuarteles en que esté madura la mata. El color de la hoja, buen sabor del tabaco y el aroma dependen del estado de madurez en que se corta. La falta de madurez produce, fuera del menor peso, una hoja manchada, verdosa, y la fragancia propia de un rico tabaco desaparece y el sabor tiene un dejo amargoso.

Los manojo de plantas que dejamos en las amelgas se recogerán después de tres o cuatro horas, cuando el calor del día las haya amortiguado. Esta amortiguación es necesaria para que no se rompan las hojas al formar la percha que acto continuo se comenzará; colocando los manojo de plantas, en forma rectangular, unos sobre otros, del centro hacia afuera, y cargándose. Salen perchas de buen tamaño haciendo entrar en ellas las plantas de diez a quince amelgas. La justa posición de las plantas, en la percha produce una fermentación, que, en la elaboración, constituye el primer rocimiento: dura de siete a ocho días.

La percha está en estado de deshojarse

cuando, abriéndola, las hojas tienen un color amarillo dorado y los peciolos, verdoso amarillento. La deshoja se comienza por los dos extremos de la percha; tomando con la mano izquierda la planta y arrancando las hojas con la derecha: con las hojas se van formando bancos, con los peciolos para un solo lado. La deshoja de una percha es trabajo de pocas horas, y en ella se ocupan mujeres y niños.

En seguida las hojas de los bancos se llevan a una cancha pareja y limpia, preparada de antemano. En ella se van extendiendo por corridas; cuidando que no queden unas sobre otras y que vayan parejas por los peciolos, que se colocarán sobre listones de madera de una pulgada en cuadro, o sobre los mismos tallos de las plantas.

Con esta operación se fija el color de la hoja y se seca el tallo adquiriendo el mismo color. El tiempo de la secadura varía según el estado hidrométrico de la atmósfera. Estando la hoja en las condiciones que la experiencia enseña; aprovechando un día húmedo, o el rocío de una noche, para que las hojas, con la flexibilidad necesaria no se rompan por falta de elasticidad, se procede a formar el pilón. Se dispone una estiva o tablado con los mismos tallos, de la planta, colocándolos unos al lado de otros, formando un rectángulo; sobre ella se coloca paja de estorquillo u otra clase, como para cama, y en ella se disponen los manojos de hojas, por capas, con los peciolos, hacia adentro y parejos. Queda siempre en el medio de este rectángulo un espacio vacío, que se llena con manojos de hojas, dispuestos en la misma colocación, cuidando que queden compactas para que no penetre el aire; en la parte superior del pilón o pila, se coloca tallos de plantas, en orden: agregándolos peso para que la humedad, que las hojas encierran, provoquen la fermentación o cocimiento. En días húmedos y fríos es conveniente, a veces, abrigar el pilón; colocándole carpas que lo

pongan a cubierto del aire y mantengan la temperatura regularizada.

En el pilón se dejan las hojas durante ocho días: al cabo de ellos se abre. Por esta operación se consigue igualar el color castaño claro de las hojas y de los peciolos: la melaza se ha perdido en gran parte, quedando solo en los peciolos; el gusto amargo y excesiva fortaleza de la hoja desaparecen; gana en aroma y flexibilidad el tabaco. Las hojas se extraen del pilón con cuidado y se llevan a la cancha, donde se exponen al sol hasta que los peciolos se secan y pierden por completo la melaza. El excesivo calor de las hojas en los pilones hace que "se pacen" y adquieran un color negro; dando un tabaco descompuesto que no sirve para elaborarlo, y que, revuelto con el bueno, produce fermentaciones que lo descomponen.

Estando en la cancha completamente secas las hojas y los peciolos, se aprovecha un día húmedo o de rocío, para recoger las hojas; y haciendo manojos, se forma con ellas una barda diauesta en dos corridas de hojas con las puntas hacia adentro; a la barda se le da una altura de un metro a un metro cincuenta centímetros y por longitud, la que se estime por conveniente. Colócase sobre esta barda, cuando esté a la altura necesaria una corrida de manojos de hojas que, cubriendo los dos extremos de las corridas, de abajo, impida que en caso de lluvia intempestiva, penetre el agua entre ellas.



Colocando en la cancha

El tabaco así arreglado, está listo para prensarlo; para lo cual, se regará una cancha limpia y pareja y, en humedad conveniente, se sacarán las hojas de la barda cuidando no romperlas; se extenderán en la cancha húmeda y aprovechando la mañana del día siguiente, cuando, tomando la humedad del suelo, estén flexibles se colocan por bancos dentro de los tumbos arreglados al efecto; dispuestos unos en pos de otros, y de manera que en cada banco queden los peciolos parejos y las puntas de las hojas, de un banco, tras los peciolos de las hojas de los otros. A los seis o cinco días están listas

dejamos adheridas al tronco de la planta y que cuando el cosechero tiene tiempo, en un día húmedo, recoge; hace manojos; y sin otra preparación, lleva a la prensa. El tercero: habano, es una clase especial de tabaco, que en el comercio, se emplea para determinados usos.

No me cansaré de repetir, al cosechero de tabaco, que todos los cuidados culturales y de elaboración, que con él tenga, debe ejecutarlos con exacta puntualidad; prontitud; esmero, y cuidado dedicándole toda su atención, y todos sus afanes; y que así verá resarcidos, sobradamente, sus sacrificios; pues que mediante a ellos, la planta crece, se vigoriza, desarrolla y produce.

V



Cortando

para llevarse a la prensa, ya que esa operación, empareja la flexibilidad de las hojas, haciéndolas "anar en gran manera. Si visitamos el tumbo en esos días, gozaremos de un delicioso aroma despedido por las hojas.

Se conoce qué la hoja está en estado de prensarse, cuando el pecíolo está quebradizo y la hoja, aunque flexible y suave, no deja pegajosas, ni húmedas las manos al restregarla entre ellas.

Comercialmente, en nuestro mercado, el tabaco se clasifica solo de tres maneras: fuerte, suave o amarillo y habano. El primero lo constituyen las hojas sometidas a la preparación de que hemos hablado; el cual a su vez, se estima por grados, según su fortaleza. El amarillo o suave, lo dan las hojas secas, o amarillas, que al hablar de la corta

Para aprensar el tabaco, se sacan los bancos de los tubos, colo- cándolos ordenados de la misma manera en la carreta, que, cubierta de una carpa para que no se caigan y ensucien las hojas, se conduce al lugar destinado a prensarlo.

Para fabricar el fardo, se emplea dos métodos de prensa: el de cajón, o a plié, como se designa en el

campo; y la prensa de presión, de tornillo, o la hidráulica. Los dos sistemas tienen sus ventajas e inconvenientes.

En el cajón quedan muy bien arreglados; pero con facilidad se sueltan y la hoja seca se desmenuza y muele demasiado, quedando los fardos de poca duración y siendo el trabajo muy demoroso.

En la prensa de tornillo las hojas quedan bien arregladas; el fardo es de mayor duración, pero el trabajo, como en el cajón, es sumamente lento: se pueden emplear para plantaciones reducidas.

La prensa hidráulica es la más rápida: hace fardos de mucho peso y poco volumen, pero las hojas quedan sin ningún arreglo lo que es un grave defecto, pero la duración de los fardos es mayor: un fardo guardando mucho tiempo conserva toda su fres-

ra al abrirlo. Se puede emplear para grandes cosechas, pues se prensan hasta cien fardos en un día.

El tabaco una vez prensado, se retoba en aspillería y se entrega al comercio.

Debe tener cuidado el cosechero de revisar los fardos. Si a los cuatro días de prensados, los levanta y toca los puntos de contacto entre dos fardos, o los abre, notará que la temperatura se eleva: "se calientan" como vulgarmente se dice. Este calor produce una fermentación pasajera, cuando la hoja está bien preparada, que no la perjudica en nada, sino que al contrario, le es beneficiosa. Dura hasta diez días en este estado volviendo a normalizarse. Mas si la temperatura fuera mucha y el tabaco no volviera, dentro de ese tiempo, a su estado normal, se hace necesario abrir los fardos, y preparar de nuevo las hojas. Este fenómeno se produce en cualquiera de los métodos, que se use, para prensarla.

VI

El cultivo del tabaco se hace en medianas; dando a cada mediero el terreno proporcionado para su cultivo. Es conveniente, y aún necesario, tener muy en cuenta la proporción que existe entre la extensión del terreno dada al mediero y su capacidad agrícola o trabajo mecánico de que puede disponer: generalmente se comete el error de entregar al mediero mas tierra para cultivar, que aquella que los medios de que dispone le permiten; especulando las mas de las veces,



Tabaco en la cancha

con la bondad de la tierra, sin pensar en su buen cultivo.

Hemos estimado que un mediero solo, puede cultivar con esmero hasta una y media cuadras. Cuando en la familia se cuenta con otros elementos de trabajo, puede aumentarse el terreno.

El hacer las diferentes labores, con elementos extraños y que no conocen el cultivo, lleva a un fracaso completo. El mediero debe



Pilón y plantas para semilla



Plantel en pleno desarrollo

evitar en cuanto sea posible, esos elementos que son caros y escasos. Una sola de las operaciones a que está sometido el cultivo, hecha en malas condiciones, por insignificante que sea, es una pérdida real tan inmensa, que solo el que conoce el cultivo puede apreciarla debidamente.

El rinde del tabaco varía mucho, en suelos buenos que reunan las condiciones climáticas necesarias. En extenciones grandes puede estimarse que cada cuadra cuadrada de esta clase de terrenos, produce por término medio, de sesenta a setenta quintales de tabaco fuerte y un diez por ciento de tabaco de hoja amarilla, o suave.

La evolución progresista del país, que lo encamina por la senda del mejoramiento de

las fuentes de producción, decidió el congreso del año 1880 a abrir el impuesto que gravaba al tabaco, dejando libre el cultivo. Desde entonces se ha desarrollado la industria en tanto grado, que ha llegado a convertirse en factor no despreciable de la riqueza pública.

Quise, para terminar estos apuntes, proporcionar algunos datos estadísticos, a fin de establecer comparaciones, que dieran a conocer el coeficiente anual del desarrollo industrial y productor del ramo de siembras y cosechas del tabaco.

co, pero la oficina de estadística no pudo proporcionarme los datos necesarios, porque no los tiene, o porque son erróneos los pocos que le han dados los agricultores.

Solo puedo decir por ahora, en puntos de estadística, que la zona de cultivo, de tabaco, se ha extendido considerablemente; que la producción llega a una buena cantidad de quintales; y que el precio, o resultado remunerativo ha subido progresivamente; desde diez y seis pesos que valía el quintal español el año 1904, hasta treinta o cuarenta pesos que se han pagado por él en el año pasado de 1912.

José Antonio García Huidobro.

Chada, 15 de Abril de 1913.



La felicidad modesta

en la vida

Por

ALBERTO EDWARDS

Hablando en general, las señoras mujeres aborrecen cordialmente al Club de la Unión. Allí es donde, según ellas, los maridos y los hijos de familias pierden el tiempo y derrochan el dinero. En la exaltada imaginación de las buenas señoras, ese elevado sitio de reunión social, es el centro de todas las disipaciones y punto de partida de todos los vicios. Cuando éramos niños, teníamos de los clubs en general, y del Club de la Unión en particular, una idea sumamente seria y conceptuosa.

Nos imaginábamos, dentro de salas severamente amobladas, o en medio de los anaqueles de una biblioteca, una reunión circunspecta y ceremoniosa de gravísimos señores, muy ocupados en resolver los grandes problemas internacionales, políticos y económicos; latas formidables y aburridas, de que nadie era digno de participar sin la autoridad de la experiencia, de la ciencia o de la situación social... Una cultura de refinamiento cortesano presidía esos conciliábulos de pro-hombres. Allí no se oía una palabra más alta que otra, ni una carcajada fuera de tono, ni un ademán sobrado vivo....

¡Ni tanto... ni tan poco!...

El club de las señoras timiratas, no se parece mas al que real y efectivamente existe, que el de las imaginaciones de los niños.

Para tranquilidad de las unas, y desengaño de los otros me he propuesto presentar el club tal como es, sobre todo en su aspecto económico.



Para empezar, el club, no es un sitio grave ni circunspecto. En general los hombres cuando se reunen habitualmente y en gran número, en un determinado local, acaban, siempre por transformarse en colegiales... Lo somos en la Cámara, lo somos en el club, y lo serán, supongo, hasta los padres de misa, en las claustros de

los conventos. Hubo un tiempo en que el Directorio del Club prohibió muchas cosas, entre otras jugar al *cacho*. Esta serie de prohibiciones, continuamente violadas, contribuían mas si cabe, a dar a la prestigiosa institución, un delicioso aspecto de colegio... en las horas de recreo. El billar ha reemplazado a las bolitas, el *poker*, de dos tiros al *pares o nones*, y las copas al causeo... Y he aquí todo...

Las travesuras escolares tienen también su parte en la diversión.

En mi colegio, un profesor aficionado a la meteorología tuvo la insensata idea de colocar un pluviómetro, un aparato para medir la lluvia, en el patio de recreo. Los niños nos divertíamos en arrojar a espaldas del domine, sendos vasos de agua en la cubeta del aparato, con los mas inesperados y desconcertantes resultados para las investigaciones científicas del curioso profesor... En ese patio llovía mas que en Ancud, a juzgar por el pluviómetro.

El Directorio del Club de la Unión, mas conocido: del corazón humano, también ha colocado un pluviómetro pero tuvo el buen

acuerdo de ponerlo fuera del alcance de los niños traviesos, sobre el techo de la aristocrática institución... A pesar de todo, leí el otro día una nota del señor Knoche, en que aconsejaba se multiplicaran los aparatos de este género, en vista de que en Chile la lluvia aparecía caer con mucha irregularidad... En el Club, en una sola noche había caído seis veces más agua que en la Quinta Normal. ¿Estará el pluviómetro del club, dije yo, demasiado cerca de la azotea?... Me propongo averiguar, uno de estos días este hecho científico.

Eso sí, aconsejáramos al señor Knoche, no prestar una fé ciega a las indicaciones del Club, en materia de humedad atmosférica. Hace poco tiempo, sorprendí a un Ministro de Estado, y a un senador de la República, ocupados en arrojar vaho con la boca sobre el higrómetro registrador. La aguja naturalmente acusaba un aarmante aumento de la humedad; fraude meteorológico, que divirtía en grado sumo a entreambos eminentes estadistas.

Aún en los colegios se ven niños que no juegan, ni rien, ni comen, que se pasan las horas de recreo paseando los corredores con gravedad curu, resolviendo hondos problemas metafísicos o matemáticos... En el Club también existe un círculo irrespetuosamente designado allí con el epíteto de "los culebrones". Son caballeros de cierta edad, no muy ocupados, pero que, en su mayoría, han ganado de sobra el derecho al descanso. Respecto de ellos, se cuentan muchas leyendas. Se dice, por ejemplo, que tienen en preparación un Diccionario Biográfico de contemporáneos, por riguroso orden alfábético.

Lo que podemos afirmar con entera certidumbre, es que las esposas de los susodichos culebrones, no tienen por qué alarmarse por las frecuentes escapadas al club—de sus respectivos cónyuges. El gasto que ellos hacen allí, no hay peligro de que llegue a desequilibrar el presupuesto doméstico. Dicho sea en su honor: los culebrones no beben, y cuando juegan, es al ajedrez o al chaquet, y solo al de por ver.

El *santa santorum* del club, es el salón rojo. Allí se reunen otros culebrones muchísimo mas perjudiciales: los políticos. ¡Cuantos eternos candidatos ministeriales no han esperado nerviosamente a las puertas de esa sala, una designación que nunca llega! De un tiempo a esta parte, el salón rojo ha pasado a constituir por prescripción inme-

morial, una especie de propiedad de los liberales doctrinarios, el partido de los culebrones aristocráticos.

En el patio se toma el fresco, el sol y muchísimas otras cosas. Es una sucursal de las cantinas. Aunque parezca mentira ese es el sitio preferido de los misterios y de las confidencias reservadas. A todo aire, no hay paredes que escuchen, ni ecos comprometedores. Con bajar un poco la voz, nadie sino su interlocutor le escucha a uno.

Al lado del patio existe un pequeño gabinete, donde suelen encontrarse los diarios. Y digo, suelen, porque es frecuente que algún socio, los tome para su propio uso y el de su familia, medida que produce diez centavos de ahorro. Y dicen que el club es un sitio de derroche!

No lejos está el teléfono, aparato que sirve a los socios para conversar con sus esposas, pero no a las esposas de los socios para conversar con estos. Me explicaré. Sea porque los mozos tienen orden de "negar" a los habituados del club, cuando les llamen, sea porque los dichos mozos no gusten de recorrer el edificio entero en busca de un fulano de tal, sea por ambas razones a la vez, el hecho es que preguntar por alguien, por teléfono al club, es perder lastimosamente el tiempo.

No entremos, por esta vez a la cantina: desvíémonos siquiera por un momento, del camino obligado e invariable, del noventa y nueve por ciento de los clubmen chilenos, y subamos al corredor.

Allí se come, se almuerza y se toma el *lunch*, con gran escándalo de las dueñas de casa y de las madres de familia.

—¿A dónde almorcaste? le preguntan a uno, al regreso a su hogar.—

—En el club, hijita... Me convidió fulano.

Esto último casi siempre es mentira, creanlo las señoras mujeres. La corporación de los invitados a almorzar o a comer, es sumamente reducida. El que almuerza o come en el club, paga, casi siempre, o en el mejor de los casos ha ganado al cacho, el derecho de hartarse a costillas de algún amigo.

Pero en casa hay que guardar las apariencias. ¿Cómo se negaría después a la mujercita, so pretesto de falta de fondos, el dinero para un vestidito, si uno se confiesa reo de frecuentes y dipendiosas comilonas, fuera de casa?... No hay mas remedio que decirse conviado.

Las pobres señoras suelen creérselo.

—¡Qué simpático es mi marido! me decía una de ellas, no pasa día sin que sus amigos se lo dejen a almorzar o a comer en el club.

Yo me sonré. El aludido era uno de esos lateros aburridos y formidables que constituyen el horror y el castigo del linaje humano.

La cantina y los biliares forman la parte más importante del club. El resto del edificio, casi no está allí sino por el buen parecer. Al club se va principalmente a tomar. Esto sí que no llamará la atención a las

En tiempos de crisis económica, como hay muchas penas que olvidar, se bebe todavía con mas entusiasmo. En 1907 y 1908, era hasta peligroso acercarse a la cantina del club. Se corría el riesgo de quedar descalabrado por algunas botella, vaso o fosforera, dirigida con mal segura mano, contra cualquiera de los presentes.

Las copas se juegan al cacho, al igualitario cacho, como le llaman sus devotos, o al dominó.



La biblioteca del Club

señoras mujeres. De la ocupación de sus maridos en el club, muchas veces habrán podido juzgar, por los resultados.

La cantina, a eso de las ocho de la noche, es un verdadero *pandemonium*. Los circunstantes han ingerido por término medio, cuatro o cinco *cocktails*. A la animación natural que fluye de semejante premisa, se une la que resulta siempre del solo hecho de reunirse en un local estrecho, un número considerable de personas. La gritería es ensordecedora: ¿quién diría que ese es el centro más aristocrático y fino de Santiago?

Se discute mucho... otro resultado inevitable de *lo mismo*.

Hubo un tiempo en que el cacho, estuvo prohibido. Los socios habían dado en la flor de despellejarse mutuamente a golpes de dardo. El directorio en vez de tomar medidas contra los autores del abuso, optó por incomodar a todos los socios, suprimiendo aquel solaz mas o menos inocente. ¡Cómo se conoce que estamos en Chile! ¡Cómo se conoce que los directores del club son primos hermanos de los Ministros de Estado!....

Los juegos preferidos con el cacho, son el baccará y el poker de dos tiros. A veces salen algunas ingeniosas inventando juegos nuevos. Hay que desconfiar de los tales inventores...



La cantina a esa de las ocho de la



noche es un verdadero pandemonium.

Esa son *máquinas*, como suele decirse. Pero sea cual fuere la combinación preferida, no hay duda que el cache merece su calificativo de igualitario. Iguala al millonario, y al que no tiene cobre, al pródigo y al mesquino, y lo que es peor, al que como yo bebe un diez de chicha, con el que se consume un "dipendioso gin con ginger-ale. Como se vé esta igualdad del cache, no es menos absurda que las demás imaginadas en este mundo de desigualdades.

Debe ser entre los cachos y las copas, donde se tratan en el club los negocios, y digo, debe ser, porque, en lo tocante a mi experiencia personal, no me ha caído en ese recinto seductor otro negocio que el de pagar. Negocio aleatorio, por cuanto viene precedido de un mal golpe de la fortuna y de los dados, y de *do ut dcs*, como dicen los juristas, porque se trata de una compra-venta de cosa mueble superlativamente fungible: el licor.

Pero deben hacerse otros negocios en el club. Así al menos lo aseguran diariamente los socios a sus respectivas esposas.

—;Estas en la cuerera! le dicen a uno, y en lugar de trabajar te lo llevas metido en el club, gastando en copas, las chauchas que todavía te quedan.

—;Qué quieras, hijita! Por lo mismo que estoy pobre, necesito ir más que nunca al club. Allí le caen a uno la mar de negocios.

Y cuentan a su cándida consorte, una especie de cuento del tío, que circula desde tiempo inmemorial entre los iniciados.... Era el caso de un pobre diablo que en el mesón de la cantina, le arrendaron una finca, de cuyas resultados se hizo millonario.—

La vida de club es cara.

Un abituado de los finos, toma, por término medio doce copas al día, a saber: cuatro en la mañana, cuatro al medio día, y cuatro o más en la tarde o en la noche.

Poniéndonos en un término muy bajo y modesto, cada copa cuesta, con propina y todo, sesenta centavos, o sea, por las doce, siete pesos veinte al día, o en los trescientos sesenta y cinco del año 2,628 pesos.—

Esos mismos habituados almuerzan o comen en el club cuatro veces por semana, que, a diez pesos por colación, hacen cuarenta pesos semanales o 2,080 al año.

¡Total!... 4,700 pesos, cantidad que en diez años bastaría para tener casa propia a muchos que lloran miserias y pegan sablazos, apesar de llevar diariamente y por sistema un gasto de tal indole.

Y conste que no hablo de los que beben champaña o vino francés, ni de los que juegan a las cartas, o siquiera al billar...

Hay muchos casos en que solo la vida de club y la asistencia a las carreras, basta para explicar la desgracia y la ruina de un hombre y de una familia, sin ningún otro vicio supletorio.

—;Quiere decir esto que el club es malo?

—;Libreme Dios de estampar aquí semejante herejía!

El hombre ha nacido para la sociedad, y en ella todos tenemos algo que ganar. El que hueye de sus semejantes no podrá hacer carrera en la vida.

El club, en sí es una cosa buena.

Lo detestable es su abuso. Pueda que alguien encuentre en el mesón de la cantina, quien le arriende un fundo barato y sin garantía, pero ese alguien no será sin duda de los que pasan de ociosos a media mona, entre copa y copa, desde que amanece Dios...

Los propietarios de fundos por arrendar, huirán de semejante clase de sujetos... y tendrán razón.

Alberto Edwards.





EL GENIO AMERICANO Y EL COBRE DE CHILE QUIEN ES BRADEN?

En la abrupta cordillera de Rancagua existe el viejo mineral del Teniente, abandonado después de la explotación de sus leyes ricas por los mineros de la región. Antes de correr el ferrocarril central se habían extraído a lomo de mula algunos miles de toneladas de metal y, después, el rincón de elevadas montañas, cubierto de nieves durante gran parte del año, volvieron a ese triste silencio de las minas despobladas. Una chimenea ruinosa de ladrillos mal cocidos, algunos ranchos con la techumbre derrumbada, una cavidad negra en las rocas, y eso es todo.

En el invierno del año 4 aún era ésta la situación del Teniente. Ocho años después ha surgido allí una verdadera ciudadela que trepa por las mas empinadas faldas, tiende andariveles, levanta chimeneas audaces, mueve enormes turbinas hidráulicas y conduce un ferrocarril hasta las entrañas del cerro. Basta mirar algunas de las admirables fotografías, obtenidas por Heffer, nuestro popular fotógrafo, con que ilustramos estas páginas, para comprender qué suma de capitales, de energía, de perseverancia y de indomable fe han sido necesarias para subir, por caminos imperfectos hasta enormes alturas, desafianto los derrumbes, las nevadas, los rigores de la alta cordillera, las construc-

ciones de acero, las máquinas, los cables, explosivos, cadenas, enormes ruedas, piezas de gran peso, dinamos y motores necesarios para un gran plantel de metalurgia.

Pero ante todo, los lectores del **Pacifico Magazine** deben saber cómo se ha efectuado este milagro del capital. El ingeniero italiano señor Chiapponi, domiciliado en Chile por largo tiempo, fué a los Estados Unidos a una exposición internacional, comisionado por el Gobierno según entendemos, y tuvo ocasión de conocer a un joven ingeniero de minas, activo, inteligente y prestigioso que se llama Williams Braden. Este oyó con atención diversos informes de Chiapponi sobre el porvenir ofrecido por Chile a la gran industria del cobre y conversó sobre algunas curiosas vetas de baja ley que había observado en el mineral del Teniente. Quedó de remitir a Braden los informes del negocio con detalles que permitieran avanzar algo más en su apreciación. Braden recibió estos datos, tuvo fe en las ideas de Chiapponi y abandonando su trabajo en los minerales de Oajaca en México, se trasladó a Chile para ver de cerca esa u otras regiones que pudieran prestarse a la gran industria del cobre de baja ley.

Pero es preferible que hable el mismo

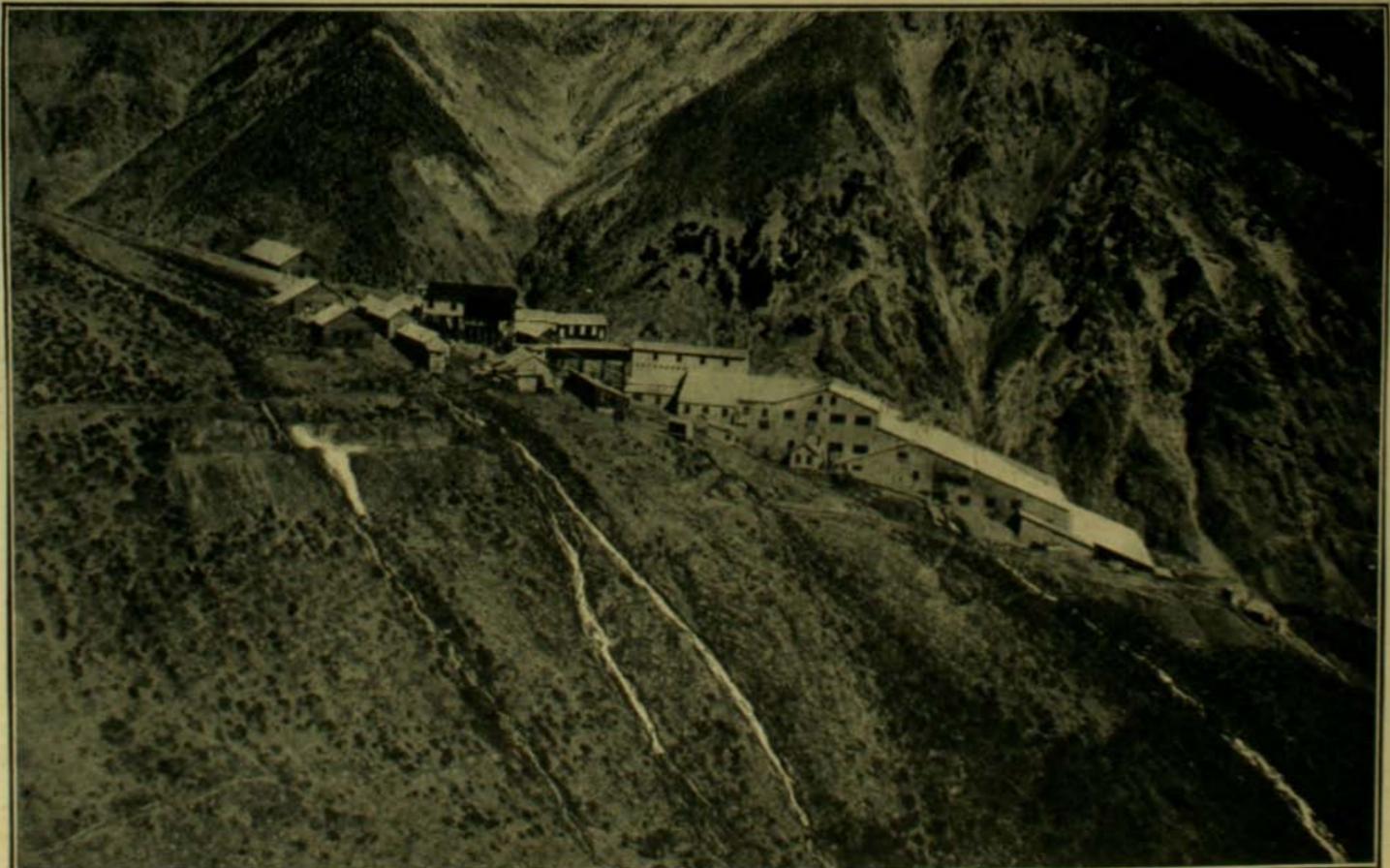


Braden, un hombre de apariencia dulce y familiar, de facciones amables que no tienen relación, de esas gusto que descubrir en los hombres de empresa, con la energía y voluntad que se les atrivuye. Braden es preciso y claro, parece habituado a ser creído bajo palabra, pues no incurre jamás en la debilidad de repetir los hechos que salen de lo creíble o de ofrecer testimonios que obren en su abono. Seguramente, con la misma simplicidad con que nos ha hablado de la breve pero portentosa historia del Teniente, habrá arrancado los cincuenta millones de pesos a sus consocios de Nueva York para remover una montaña entera, concentrarla y fundirla. No exagera, ni es posible exagerar en tan extravagantes empresas para la fantasía de un minero chileno, porque ya las cifras verdaderas constituyen la mayor exageración.

Sonríe con cierta satisfacción al recordar los primeros momentos de la empresa, las exploraciones que le revelaron la riqueza encontrada, el primer plantel muy luego encontrado mezquino, echado cerro abajo para hacer surgir uno más poderoso.

Cuando Mr. Braden llegó al Teniente en compañía de Chiapponi, ni éste ni aquel tenían una idea clara de la disposición de las vetas.

—Encontramos primero, dice Braden, una formación de rocas llamadas Andecita, por encontrársela en la cordillera americana. Toda esta roca, en un ancho de treinta a cincuenta metros, estaba mineralizada. En una larga extensión fué reconocida siempre como ley de cobre. Enseguida se entraba en una materia absolutamente estéril y volvía después a encontrarse una segunda veta al parecer de la misma roca que la primera y mineralizada también. Era, al parecer, dos vetas separadas por una faja de cerro estéril.



Trecho del ferrocarril, concentración y habitaciones

El dia iba a concluirse sin que mis vacaciones tuvieran fin. Subí finalmente a un cerro mas alto a contemplar la region que me interesaba y rogué a mi amigo dejarme en momento a solas con mis reflexiones. Desde allí podía ver como en un cuadro el mineral del Teniente y comprendí en el acto su formación e importancia. Se trataba de un crater volcánico, cuyo centro, verdadero cono enterrado en la montaña, era estéril. En cambio su borde, gigantesco vaso de roca, estaba totalmente mineralizado con una ley baja y uniforme. Se trataba de un depósito.

En el centro del crater se veían las ruinas de un establecimiento antiguo en que los chilenos habían explotado metal rico. No era esto lo que nos interesaba, tanto mas cuanto la riqueza de ley había desaparecido. El cerro del Teniente está a 1,600 metros de altura sobre el río, y a muchísima mayor elevación sobre el mar. Los trabajos de reconocimiento se hicieron por medio de socavones en el muro de la roca circundante comprobando que en dos tercios de su extensión tiene una ley

común de 2% para arriba y en la tercera parte restante de 1% mas o menos. Volví a Estados Unidos con la resolución de situar allí una maquinaria para hacer una concentración con capacidad para 250 toneladas diarias. El sindicato que se había constituido para enviarme formó a su vez una compañía con un capital de 625,000 dólares, es decir, mas de tres millones de pesos de moneda chilena. Se comenzó a construir un camino carretero, una instalación de fuerza de 1,000 caballos y andariveles para conducir los metales. Se proyectaron también casas de habitación y maquinarias de aire comprimido junto con las demás instalaciones complementarias. Estaba iniciada la primera jornada del Teniente.

Braden se interrumpe aquí para encender su cigarro, sonreír al recuerdo de las primeras dificultades y me habla de la llegada de la maquinaria durante el invierno de 1904. El camino quedaba concluido en Noviembre de 1905. En siete meses se habían conducido 4,000 toneladas de material y máquinas a la cumbre, en medio de las nieves, por camino difícil, superando dificultades al parecer insalvables. Transitaban doscientas cincuenta carretas a la vez en el camino, con ocho bueyes cada una, es decir, dos mil bueyes. Mas de mil operarios llegaron al mismo

tiempo cuando todavía no tenían ni casa ni comodidad alguna para el hombre. Pero el esforzado minero de Chile, agrega Braden, lleno de entusiasmo y buena voluntad levantó en pocas horas un campamento. Los hombres estaban bien pagados y se mostraban contentos. Una verdadera ciudad se formaba en las soledades de las nieves.

—La ley era satisfactoria. Los cálculos,—agrega Braden,—no salían errados sino en favor de las expectativas del negocio. Es decir, se vió luego que el desarrollo de



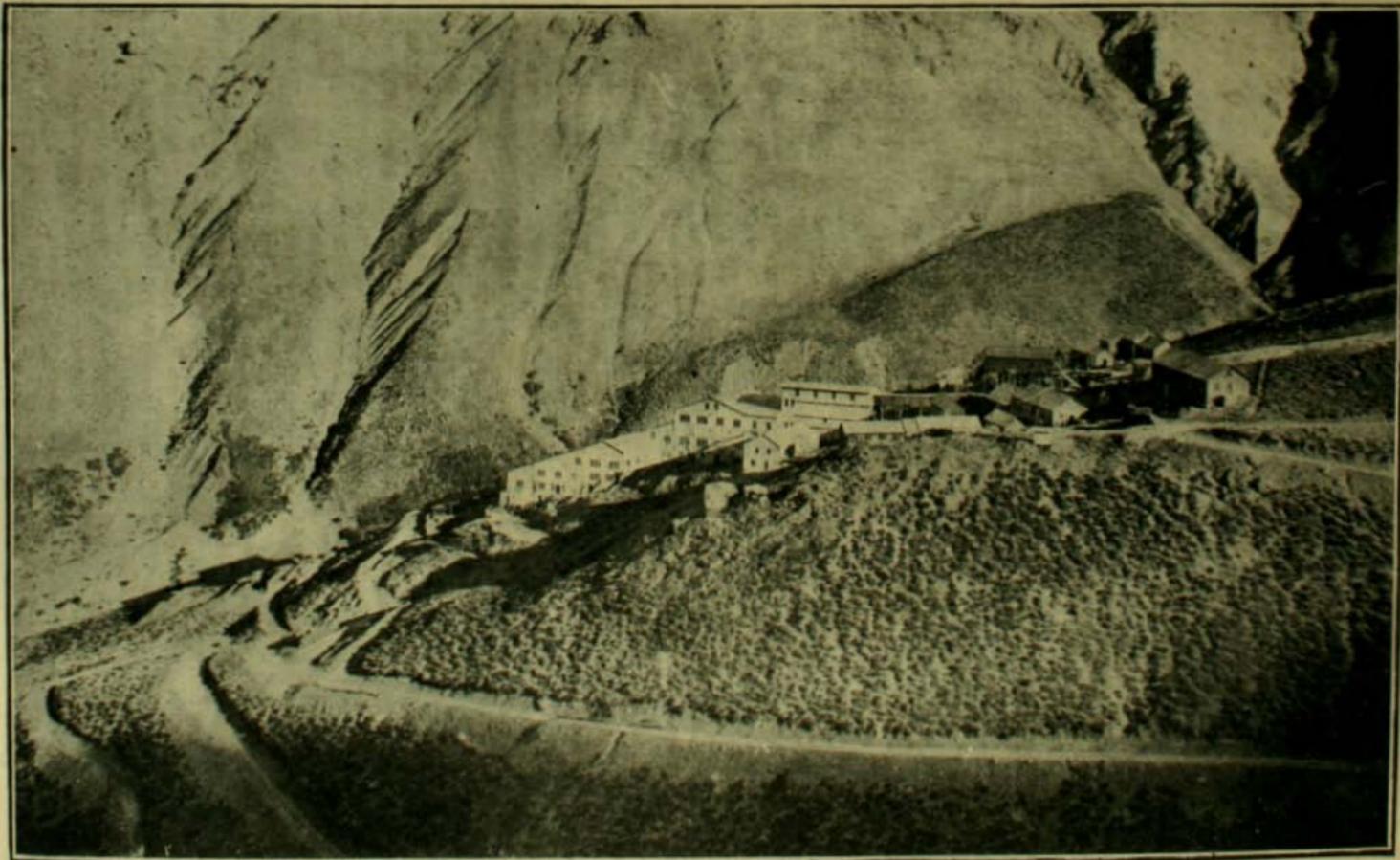
La señora Braden

los trabajos era mucho más rápido que todo lo que había sido lógico suponer. Antes de tres años había vuelto a Estados Unidos donde reorganizábamos la compañía con un capital de 8,000,000 de dólares, es decir cuarenta millones de nuestra moneda mas o menos. Se hicieron en el acto los planos para una instalación de beneficio con base de tres mil toneladas al día. La inversión ha sido en realidad de más de once millones de dólares.

—La compañía a dado dividendos?

—No señor; aún no piensa en esto.

—Debe usted tener un enorme prestigio,—exclamamos realmente asombrados de que este joven ingeniero haya podido elevar un capital de 625,000 dólares a once mi-



Los establecimientos mirado de perfil

liones, por sus solas afirmaciones, para invertirlos en un rincón abrupto, del más lejano país, sin dar esa prueba concluyente de los dividendos.—Debe usted gozar de una autoridad indiscutible....

—No lo creo, repuso irónicamente a nuestra ingenuidad. Yo había trabajado en la Amalgamated Cy., en Méjico y en el Canadá. Yo he procurado no decir en materias de minas sino la verdad. Lo que se ha dicho del Teniente es lo que hay realmente ahí; es probable que haya aún más; pero no es posible que haya nada menos. La primera instalación no tenía fundición. La segunda es mucho más completa, pues además de fundir, tiene una planta de convertidores. Se exportan en la actualidad barras de 99% de cobre, por Valparaíso; y construimos un establecimiento de refina electroítica, para producir cobre químicamente puro, o electroítico como se le llama. Hemos emprendido otros muchos trabajos interesantes. Hace seis años comenzaron ciertas dificultades en los Ferrocarriles del Estado y pensamos que no era acuerdo fundar un negocio basado en esta industria. Buscando la manera de evitar la dependencia de este servicio tan irregular, se estudió el sistema de calcina, para convertir los sulfuros en óxidos, fabricando ácido sulfúrico de los vapores y lixiendo con éste las calcinas. Así el cobre quedaba en la solución y se usaría la fuerza hidráulica para recobrarlo. Concluimos una planta para beneficiar 40 toneladas diarias de concentrados, es decir 400 de metales. Los experimentos hechos han sido buenos. Si obtenemos el resultado esperado no se usará ni la fundición ni los convertidores; tendremos producción de cobre puro. Es indispensable la reforma incansante. Nada puede aplicarse sino después del ensayo de los minerales que se quiere tratar.

Así, por ejemplo, cuando se hizo el primer establecimiento el sistema de concentración elegido fué el de "gravedad" y en los planos para el segundo de 3,000 toneladas se adoptaba el mismo procedimiento. Durante la construcción estimé que el sistema de concentración de la Mineral Separation Ld. usado en Australia podía ser aplicado con éxito; aunque hasta ahora no había sido adaptado en grande escala a los metales de cobre. Pero como estoy muy bien impresionado del procedimiento ahora beneficiamos casi todo por este sistema y aprove-

chamos así 75 centavos oro americano por tonelada, sobre el antiguo, lo que en 3,000 toneladas producirá una economía no despreciable de 2,200 dólares, más de diez mil pesos chilenos al día. Con esta innovación y el de las calcinas agrupados, podremos decir que tendremos en marcha un plantel completamente distinto a de las demás minas del mundo. El beneficio de los concentrados tiene especial importancia porque la calcinación dà el combustible, y la fuerza hidráulica es lo más barato y abundante en el Teniente.

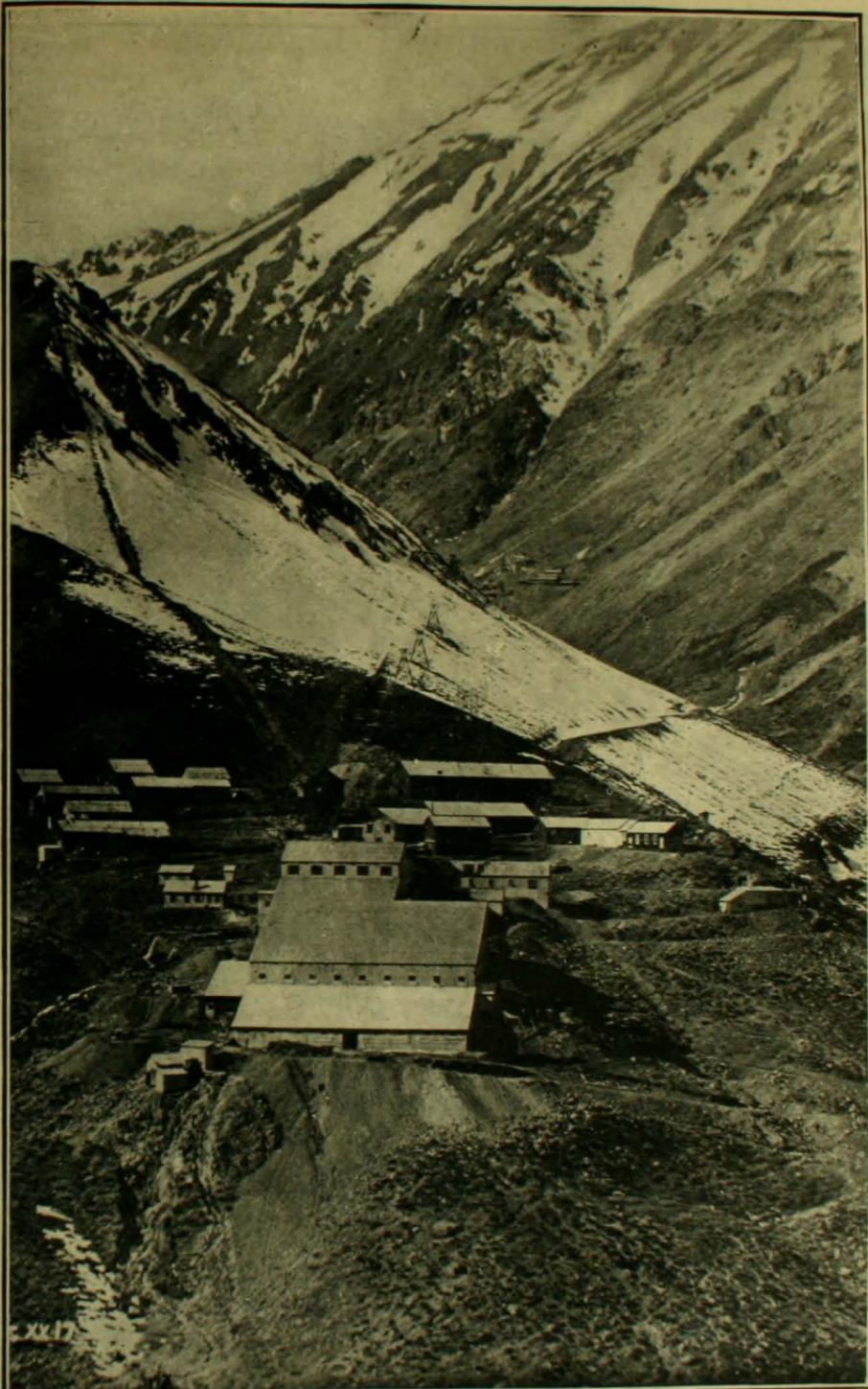
Aquí se detuvo de nuevo Braden para recordar numerosos pintorescos detalles de su vida en el mineral. La distinguida señora de Braden, inteligente, cultísima y elegante, ha sido la compañera afectuosa y resuelta del animoso minero americano. Lo ha seguido en sus excursiones más aventureadas y es un solo pensamiento y una sola voluntad con los de su marido. Por ejemplo, se trató de ver si era posiblemente, aprovechar las torrentes corrientes del Cachapoal, como se hace con otros ríos semejantes en los Estados Unidos, para llevar los minerales en balsas hasta el mar. Mr. Braden y su señora, fueron de la empresa, con otros arriesgados amigos. Partieron a gran velocidad hasta llegar ya no distante del mar, a un punto peligroso, donde muchos huasos de buena voluntad habían acudido a prestarles su concurso. Realmente no era allí posible ninguna navegación y debieron aprovechar de este auxilio para salir del atolladero.

—Por el momento estarán ustedes tranquilos por un cuarto de siglo, a lo menos, dijo, aludiendo a las continuas variaciones y modificaciones del plantel.

—No es así, sinembargo, repuso Braden. No es posible encontrarse tranquilo en esta materia. Hay que progresar siempre. Actualmente he recibido instrucciones para ir en el acto a una explotación de 6,000 toneladas al día. Se prepara ya el trabajo. Es una innovación febril, pues aún no alcanzábamos a todo el rendimiento del segundo establecimiento, y ya estamos iniciando el tercero. Seis mil toneladas de metal de 2.7%, con aprovechamiento de 70%, significa una producción de 110 toneladas de cobre fino al día que vale 68 libras esterlinas.

—Se dice que no queda dinero alguno en el país en este movimiento colosal del Teniente.

Juzguen ustedes mismos. El costo de la to-



La montaña escalada por el trabajo y el capital



UNA CIUDAD MINERA.—Vista general de los planteles industriales del Teniente



Braden en Potrerillos

nelada es de 30 libras y quedarán en el país de 15 a 20.

—¿Cuánto metal hay en el Teniente?

—Tenemos una cubicación de 50,000,000 de toneladas. Pero cuando hallamos llegado a agotarlas el negocio no estará terminado. Pues hay para continuar con otras leyes más pobres o con otros procedimientos hasta el doble o triple de esta cantidad.

—En cuánto compró el Teniente la "Braden Copper Company"?

—Cerca de 100,000 dólares los derechos y títulos.

—¿Cuántos son los hombres que trabajan en el mineral?

—Tres mil.

Conversamos con el simpático y activo minero mucho tiempo todavía. No podíamos menos de sondear en su mente despejada el porvenir minero de esta tierra que fué la productora del cobre y hoy día apenas comienza de nuevo a figurar con débiles cifras. Llegará un momento en que esta ciudad que trepa en la escarpada montaña de la cordillera de Rancagua tenga imitadoras en otros

muchos rincones solitarios cubiertos por la nieve y abandonados por el hombre?

Si; es posible. Braden adivina nuestra pregunta.

—La misma compañía que ha creado el negocio del Teniente ha adquirido el mineral de Chuquicamata que es mucho mayor. Creemos tener allí doscientos cincuenta millones de toneladas de mineral de ley tal vez algo superior. Será una empresa cuatro o cinco veces mayor que el Teniente.

En la oficina en que hablamos, tres o cuatro dactilógrafos hacen un ruido insoportable con el tamboreo de las máquinas de escribir. Se redactan las escrituras y los documentos de un nuevo negocio que se ha firmado ese día, el de Potrerillos y Salado en Chañaral. En este entrarán chilenos con acciones que representan parte del precio de



En camino del Teniente

adquisición de los minerales. Se acaba de firmar la escritura y ya se ha puesto un telegrama pidiendo se embarque cuanto antes la maquinaria y los ingenieros.

—Habrá muchos otros negocios de esta entidad en Chile?

—La existencia de estos grandes yacimientos hace esperar la de otros. No sé si habrá muchos; pero ciertamente se encontrarán algunos. Eso sí puedo afirmar que estimo a Chile como el país más rico en el mundo entero en la cantidad de cobre en veetas, mantos y depósitos.

Braden venía llegando del Cabo de Hornos donde fué a estudiar un negocio del cual se habían dado informes seductores. Eran "informes mentirosos", agrega brevemente.

—Yo conozco ya todo el país. Hay que verlo todo. Las minas hay que examinarlas con sus propios ojos.

Braden ha partido de nuevo a Estados Unidos.



Un arriero bonito



CENTENARIO

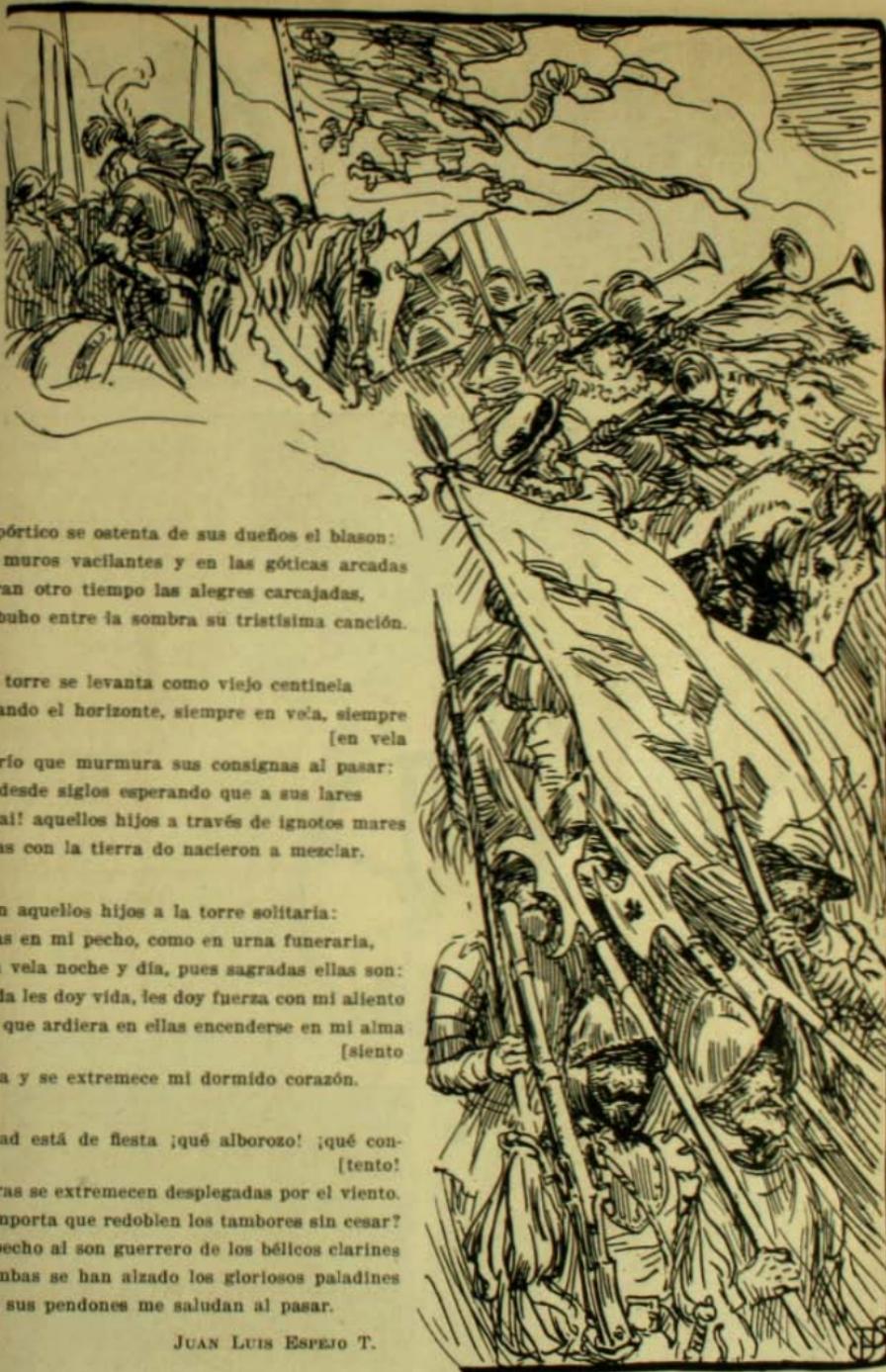
La ciudad está de fiesta ¡qué alborozo! ¡qué con-
[tentó!

Las banderas se extremecen desplegadas por el viento
Y de cajas y tambores oigo el sordo redoblar;
Las muchachas de mi barrio como flores van lozanas
Y sus voces van pasando al través de mis ventanas,
Ya se pierden, ya otras voces se suceden sin cesar.

Los ensueños de perdidas y fantásticas edades
Que acompañan de mi vida las eternas soledades
Como el dia está de fiesta, hoy de fiesta ellos están,
Y en mi pecho al son guerrero de los béticos clarines
De sus tumbas se han alzado los dormidos paladines
Y penachos y pendones ante mí luciendo van.

Son los nobles castellanos, los guerreros y caudillos
Que salieron en la infancia de sus góticos castillos
Y a esta tierra fama y gloria se vinieron a buscar;
Y al sentir que es esa sangre la que corre por mis
[venas
El orgullo encadenado extemece sus cadenas:
¡Qué es soberbio el que ha nacido en ibérico solar!

Del solar de mis abuelos aún la torre se alza en
[ruinas,
Ya borrado por el musgo y entre zarzas y entre espinas



Sobre el pórtico se ostenta de sus dueños el blasón:
Y en los muros vacilantes y en las góticas arcadas
De vibraran otro tiempo las alegres carcajadas,
Canta el buho entre la sombra su tristísima canción.

Hoy la torre se levanta como viejo centinela
Contemplando el horizonte, siempre en vela, siempre
[en vela]
Junto al río que murmura sus consignas al pasar:
Allí está desde siglos esperando que a sus lares
Vuelvan ¡ai! aquellos hijos a través de ignotos mares
Sus cenizas con la tierra do nacieron a mezclar.

Ya no irán aquellos hijos a la torre solitaria:
Sus cenizas en mi pecho, como en urna funeraria,
Guardo en vela noche y día, pues sagradas ellas son:
Con mi vida les doy vida, les doy fuerza con mi aliento
Y el valor que ardiera en ellas encenderse en mi alma
[siento]
Y despierta y se extremece mi dormido corazón.

La ciudad está de fiesta ¡qué alborozo! ¡qué con-
[tento!]
Las banderas se extremecen desplegadas por el viento.
¡Qué me importa que redoblen los tambores sin cesar?
Ya en mi pecho al son guerrero de los béticos clarines
De sus tumbas se han alzado los gloriosos paladines
Y bajando sus pendones me saludan al pasar.

JUAN LUIS ESPEJO T.



Tejedora de encajes

LA MUJER EN EUROPA

TRABAJA MAS
QUE EN CHILE
Y GANA MENOS



Encajera de 76 años gana 25 centavos por día con 8 horas de trabajo.

Nuestro colaborador Santiván nos ha presentado en el número 3 del *Pacífico Magazine* un cuadro de la mujer trabajadora en Chile, en especial de las empleadas de tienda y de las oficinas postales y telegráficas del Estado. Lejos de ser grave la situación de la mujer trabajadora en Chile, desde el punto de vista de la remuneración, ella es tolerable y a veces satisfactoria. Es necesario, como dejaba especial constancia Santiván, referirse en esta afirmación tan sólo a la em-



El perro ayuda al obrero



El perro en descanso

pleada de comercio, pues la del Estado está por regla general escasamente mantenida y la esperanza del ascenso puede hacerla tolerar el escaso sueldo de que goza.

El que examine algunos trabajos europeos de los que traen los grandes bazar, como Gath y Chavez y la Casa Francesa, o los que envían por encomiendas postales el *Bon Marché*, las *Galerie Lafayette*, el *Louvre* y otras de París, pensará al ver el bajo precio del artículo que ruin salario se ha-



Cartonera con 18 francos semanales y 60 horas de trabajo



Corbatera 12 francos semanales con 8½ horas de trabajo



Fabricando culatas de rifles



La mujer del herrero

brá pagado a la operaria.

En efecto, el sistema del trabajo a domicilio implantado desde hace siglos en Europa y que comienza a tomar desarrollo entre nosotros, permite al industrial o comerciante tratar en detalle con sus operarios, y, abusando de su necesidad de permanecer en el hogar, aplicarles tarifas inveterosimilmente mezquinas.

En la Exposición de Bruselas de 1910, una sección llamó la atención del público aficionado a las ciencias sociales, aquella que se refería al trabajo a domicilio. Se-

gún los gráficos presentados en el trabajo a domicilio, son las mujeres la que tienen la mayor proporción, como lo de-



Batiendo el junco



Adornando confites



Punto de Yolanda



Vieja encajera que gana 35 centavos por día con diez horas de trabajo

muestra el que cierra este artículo: 173 mujeres, por 100 hombres, mientras en los talleres hay 16 mujeres por 100 hombres, y en el conjunto de la población obrera 25 mujeres por 100 hombres. De una colección de grabados presentados en la Exposición, toma-

mos algunas para presentarlas a nuestros lectores y demostrarles la situación relativamente ventajosa que tiene la obrera en Chile, ya que es todavía una mínima proporción lo que contribuye con la dura jornada a la economía del país.

En las ilustraciones reproducidas, vemos a las *encajeras* tan mal pagadas por el más rudo y destructor trabajo conocido. Esas incansables arañas que tejen, con desmedro de su salud y de su vista, las telas maravillosas de las blondas y encajes de Bruselas, de Alecon, de punta de aguja, de Venecia y otros afamados estilos, reciben una miserable remuneración. Recientemente las reinas de Bélgica e Italia y las grandes damas de todos los países se preocupan de organizar la venta del trabajo de los encajes en forma de pagar mejor su obra sin encarecer el producto para no cerrarle el camino a esta tradicional y artística industria. También se mirará con asombro a esas muchachas de Lieja que fabrican las partes de maderas de las armas de fuego, al perro que mueve la rueda de un herrero, a los ornamentadores de pasteles y bombones, a los fabricantes de cajas, corbatas y otros artículos mal pagados.

Hay un gran movimiento de pro-

tección al trabajo a domicilio de las mujeres, pues se observa que es el más desamparado. El trabajador de su casa no pertenece a asociaciones de socorros mútuos de resistencia y está completamente desarmado ante la prepotencia de los industriales y sus constantes abusos.

Es necesario advertir que la triste situación que ha afligido hasta ahora en Europa al trabajo a domicilio, especialmente al de la mujer, proviene en especial de no tener éstas obreras lazo alguno de unión entre si. Pero, gracias a las ligas de señoras que, movidas por un fin de caridad, les procuran facilidad de mercado y las ponen en contacto con el cliente, comienza a lucir una aurora de redención para estas tristes esclavas, mucho más duramente tratadas que la obrera del taller.

En Chile el trabajo a domicilio no está desarrollado en términos tales de constituir un problema social; pero el que existe no goza de protección alguna.

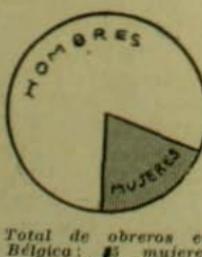
Por esta razón, hemos aplaudido, desde el primer momento, la iniciativa de las señoras Amalia Errázuriz de Subercaseaux, María Luisa Mac Clure de Edwards y demás consocias de la Liga de Señoras para proteger el trabajo femenino.



Trabajo a domicilio,
173 mujeres por 100
hombres



En el taller, 16 mujeres
por 100 hombres



Total de obreros en
Bélgica: 153 mujeres
por 100 hombres

POESIA POPULAR

Del interesante trabajo leido por el señor don Desiderio Lizama, en las sesiones de Septiembre de 1911, de la sociedad de Folklore chileno, tomamos algunos trozos que serán gustados por nuestros lectores.

DE LA PAYA PROPIAMENTE TAL

La paya propiamente dicha, es un canto popular en cuartetos en que uno de los puetas propone un problema irresoluble para que a su manera, indique la resolución el otro puetista con quien se bate.

Hoy día casi no se conoce esta especie de canto, no hay quien lo practique, según entiendo; y casi todo lo que existe sobre la materia, es lo que se atribuye a los famosos payadores don Javier de la Rosa y el mulato Taguada, que, a estar a la tradición, cantaron dos días con sus noches a orillas de la laguna de Taguatagua, en el departamento de Caupolicán:

Estando en una ramada
Y después de unas carreras
Saltó el mulato Taguada
A desafiar a cualquiera.

Con esta introducción de referir ese famoso encuentro, cuando era niño. Debe de haber tenido lugar en el primer tercio del siglo pasado. La persona que me lo contó había nacido en 1820 en aquellos mismos lugares de donde se suponía originarios a los puetas, y no había alcanzado a conocerlos sino de nombre. No tenía otras noticias de ellos, salvo la de que el señor de la Rosa había sido un caballero rico y con cierta ilustración, y Taguada un cantor de oficio y mulato por añadidura.

He leído en alguna parte que se señala a Copequén como lugar de nacimiento de don Javier, pero creo que hay en esto un error. Familia de este apellido, estoy seguro que no ha existido entre la gente acomodada de aquella localidad. Menos entre la gente del pueblo. Esa aldea estaba poblada por indígenas a principios del siglo pasado, y quizás en ella no había otras familias de origen español que los Ramírez y Guzmanes, cuyos vestigios todavía existen,

aunque casi todos sus ricos terrenos han pasado a otras manos. Por el conocimiento personal que tengo de aquellos contornos, me atrevo a asegurar que el famosísimo puetista improvisador don Javier de la Rosa no vivió la luz en esas tierras y que no corresponde a Copequén la gloria de haber nacido su cuna. También es cierto que no tengo dato alguno para fijar el lugar de su nacimiento. Me limito a expresar opinión negándole la partenidad a Copequén. Por lo que respecta a Taguada no sé otra cosa sino que era colchagüino, mulato: hijo de india y español.

Ya que me he ocupado de estos cantores, tendré que copiar aquí algunas de sus payas. Cuando don Javier de la Rosa llegó a la ramada en que cantaba Taguada, desafiando a todo el mundo y como divisase a éste en un rincón oscuro del aposento, punteando el guitarrón, le lanzó su primer disparo en estos términos:

Quién es ese payador
Que paya tan a lo obscuro;
Tráigamelo para acá,
Lo pondré en lugar seguro.

En cuanto el mulato se sintió agredido, contestó con la siguiente estrofa:

Y ese payador ¿quién es,
Que paya tan a lo lejos?
Que se acerque para acá,
Le plantaré el aparejo.

Esta introducción daba la medida de esos dos hombres y de lo que podía esperarse de un torneo semejante. ¡Duelo a muerte!

Así fué como, según dicen las crónicas, los puetistas cantaron 96 horas consecutivas en todas las formas conocidas; pero casi siempre hirientes y provocadores. Habla Taguada, a quien don Javier de la Rosa había dado la ventaja de cantar primero,

proponiendo el problema para resolverlo él en seguida:

Mi don Javier de la Rosa,
Por lo redondo de un cerro
Agora me ha de decir
Cuantos pelos tiene un perro.

Responde en el acto don Javier:

Habla, de saber Taguada,
Por lo derecho de un huso,
Si no se le ha quedado ni uno
Tendrá los que Dios le puso.

Taguada:

Mi don Javier de la Rosa,
Viniendo del Bío-Bío,
Digame si acaso sabe
Cuantas piedras tiene el río.

Don Javier:

A vos, mulato Taguada,
La respuesta te daré:
Pónemelas en hilera
Y yo te las contaré.

Taguada:

Mi don Javier de la Rosa,
Usted que sabe de letras,
Agora me ha de decir
Si la pava tiene tetas.

Don Javier:

Te doy, mulato Taguada,
La respuesta en un bendito:
Si la pava las tuviese
Le mamarán los pavitos
Y como no tiene tetas
Los mantiene con trigo.

Hasta aquí ya se va conociendo la superioridad de don Javier. La anterior respuesta la dió más ilustrada y con mayores fundamentos. Todavía recordaré otra antes de terminar. Es una de las más notables.

Taguada:

Mi don Javier de la Rosa,
Usted que sabe de asuntos,
Diga que remedio habrá
Pa levantar un difunto.

Don Javier:

Oye, mulato Taguada,
La respuesta va ligera:
Métete el dedo en la boca
Saldrá el difunto a carrera!

El poeta Juan Agustín Pizarro quejándose una vez de que le incomodaban mucho en cierta casa que él visitaba, una señora muy vigilante, un quilombo muy ladrador y un candil de sebo que alumbraba en horas importunas, hizo el siguiente ovillojo con pie forzado:

¿Quién gustar nunca nos deja?
La vieja.
¿Quién es mi enemigo vil?
El candil.
¿Quién perturba con sus gritos?
El quilombo.
Son enemigos malditos
Estos que antes he nombrado.
Y me tienen muy picado.
La vieja, el candil y el quilombo.

En otra ocasión, Pizarro se encontraba enfermo en cama, y al visitarlo un amigo, le refería que estaba muy pobre y que debía unos reales, que deseaba pagar pronto. Su amigo, que naturalmente conocía mucho el carácter del poeta, siempre alegre y decidido, aún en aquellas críticas circunstancias, le puso este pie forzado:

Lo hizo en el acto:

Aquí estoy, pero no mermo,
Enfermo.
Más que moneda de cobre
Pobre.
En mi crédito sufriendo,
Debiendo.
Así, por lo que estoy viendo,
No puedo estar más fregado
En esta cama botado,
Enfermo, pobre y debiendo.

¿Quién toma un trago del jarro?
Pizarro.
¿Quién beberá después de él?
Rossel.
¿Y quién tanto lo desea?
Olea.
Y para que ustedes vean,
Les hago estas reflexiones,
Pues son tan grandes bribones
Pizarro, Rossel y Olea.

No sé qué tiene Santiago
Que, siendo buena su enjalma.
Tenga dientes en las nalgas
Para lastimar caballos.
Ningún otro motivo hallo
Ni puedo conjeturar,
Ni menos averiguar.
Para formar esta iguala:
O es que la enjalma es muy mala.
O es que no sabe ensillar.
O es el peso de esa mole
El que lo hace lastimar.

LOS CUYANOS...

No hay vida más regalada
Que la de los Mendocinos,
Ellos pasan de continuo
Entonando su tonada:
Más no trabajan en nada,
Todo lo hace la mujer:
Ella se pone a cocer
Y a manejar el arado.
Mientras él está acostado
Entretenido en beber.

Desgraciada la mujer
Que quiere a un emigrado,
Que, a más de quererlo lo fiado,
Lo tiene que mantener:
Darle muy bien de comer,
Vestirla con elegancia,
Dándole mucha importancia
Que parece un pavo real,
Haciéndole del rogar,
Y eso lo tiene por gracia.



LA MUSICA DE COLORES



En nuestro tiempo hay gentes empeñadas en sacar a las artes de sus viejos caminos...

Dentro de los conceptos clásicos la música sería por ejemplo, para sugerir o buscar sensaciones, que ni la literatura ni las artes gráficas, eran capaces de producir... Hoy tenemos música descriptiva, y hasta música filosófica, y hay quienes dicen entenderla... No me corresponde pronunciarme sobre el particular.

En cambio la pintura, sería antes y sigue sirviendo ahora para reproducir las impresiones de la belleza plástica, tales como ellas se nos aparecen en la retinal del ojo... Pero han venido los futuristas estos son unos ciudadanos que pretenden evocar y sugerir sensaciones nuevas e ignotas medianas cuadros cosas por este estilo, que a los ojos del vulgo (este vulgo es casi todo el mundo), no son sino mamarrachos inteligibles sin colorido ni dibujo...

También el arte literario tiene sus futuristas... Pero no penetremos en

terreno vedado. Pero, he aquí, que como para completar esta Babel, se nos aparece ahora un arte nuevo... La música de los colores.

¿Qué música es esta?

La explicación es muy sencilla. Se trata de producir por medio de una suavización de "armonía de colores" una sensación parecida, a la que nos hace experimentar la antigua música, por medio de una serie de sonidos armónicos.

En teoría la cosa no es tan disparatada como a primera vista puede parecer. La luz como el sonido, resulta de vibraciones de cierta mayor o menor rapidez depende el tono. Junto a la escala cismática de los sonidos, corresponde pues una escala cromática de la luz que nos proporciona la naturaleza misma, en el aspecto solar cuyas graduaciones podemos contemplar en el arcoíris. Se sabe hoy que el tono rojo, es producido así, el más bajo, el producido por un número menor de vibraciones, y el violeta el más alto el que vibra



El órgano de colores de Mr. A. Wallace Rimington



La Pantalla

más rápidamente. Los demás colores se suceden en la escala en el orden siguiente: Rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul y violeta. Los tonos intermedios son infinitos.

Existen pues los elementos de una escala cromática, y solo queda el problema de descubrir cuáles son sus combinaciones armónicas. En cuanto a la melodía, ella puede resultar del compás o ritmo en que estas armonías se sucedan.

Un soñador inglés, Mr. A. Wallace Rimington ha ideado construir un órgano capaz, según él, de producir la música de los colores. Nuestra figura primera representa el aparato. Su teclado en nada se diferencia del de un piano u órgano ordinario, pero en vez de cuerdas o tubos sonoros, las teclas actúan sobre proyectores luminosos de distintos colores que se encienden y apagan sobre una pantalla colocada a espaldas del ejecutante. (Fig. 2).—el cual por tanto no vería el resultado de su música (llámese así), sin la ayuda de un espejo reflector que existe a la altura de sus ojos. La luz es producida por un poderoso aparato eléctrico. Por cierto que así como en la otra música hay pianísimo y fortísimos, en esta además del tono, esos colores pueden ser más o menos tenues o brillantes.

Difícil es concebir el efecto producido por este arte nuevo. A título de cu-

riosidad, reproducimos las impresiones de un espectador.

"Inmáginese, dice, una pieza de conciertos, muy obscura. En un extremo está extendida una pantalla de tela blanca, que cae en artísticos pliegues sobre un fondo negro. De pronto aparece sobre ella un débil resplandor de color rosado, que gradualmente desaparece, mientras gozamos de su purísimo tono. Volvemos a la oscuridad. Después de un intervalo, vuelve el rosa a aparecer tres veces sucesivas, la última con más intensidad que las anteriores."

"Aún no se ha desvanecido el rosa por completo, cuando se producen toques rápidos de color naranja que se van tornando en violeta oscuro... La sinfonía termina con fuertes golpes en amatista."

"Aparece después un suave color morado, que en sucesivas pulsaciones se combina con toques de amarillo limón y topacio oscuro. De pronto se ven ondas de un verde extraño y de azul metálico, en ráfagas de puro simo blanco. Nos parece sentir la sensación de las olas del mar azul de los países del Sol, en un día de brisa fresca... Más y más poderosos crecen los colores en brillo y magnificencia... El artista ejecuta un fortísimo."

"La pantalla se obscurece, y solo se vislumbran indecisas ráfagas de co-



La sala de concierto

"lores apenas perceptibles.. Después todo desaparece y queda negro por unos instantes, hasta que vuelven a diseñar los toques rosados del principio de la composición.

"El tono sube de nuevo, y la pantalla empieza a brillar con notas rojas y escarlatas, que preparan un rápido crescendo cuyo final es un estacato, de puro carmín que baja y baja de

"tono, hasta perderse en la oscuridad."

Esta pieza se llama "Día de verano en el Mediterráneo".

Todo ello parece obra de locos, pero no será tanto, pues altas personalidades artísticas y sociales de Inglaterra, han tomado gran interés por este arte nuevo. Esperamos ver la música de colores antes de pronunciarnos.

EL MALESTAR DE ALEMANIA

El malestar que se nota en Alemania preocupa desde hace tiempo a los viajantes y economistas. Después de Jules Hubet, después de Henry Gaston, M. Georges Blandel denuncia la crisis de desarrollo que sufre el joven imperio alemán.

Y bien, una crisis de desarrollo es un mal, pero no hay verdaderamente algún otro mal más profundo? M. Blandel ha visto muy bien que el mal está en lo esencialmente provisional de la Constitución misma de Alemania. Sin duda ninguna que lo que provisionalmente ha podido regir durante 40 años, puede seguir aún subsistiendo, pero la falta de armonía política, las vacilantes relaciones entre los diversos órganos administrativos, una centralización prusiana atenta sólo a reprimir las ansias de independencia de los confederados no es ciertamente lo más a propósito para facilitar la tarea de aquellos a quienes turba e inquieta un desmedido impetu industrial y grandes dificultades financieras. La Alemania actual no está enferma; lo que tiene es algo peor que una enfermedad; es un mal interno que puede traerle graves consecuencias.

El pesimismo manifestado desde 1894 en las conferencias dramáticas de M. B. Litzmann, o al siguiente año por el historiador Treitschke en un magestuoso discurso a los estudiantes de Berlín, se ha apoderado del comercio, la industria y la banca.

Los artesanos se quejan amargamente de las dificultades que tienen que vencer, por carecer de capitales, y declaman contra los capitalistas. Y ésta es una de las razones que han inducido a muchos de ellos a votar por los socialistas y a asociarse a sus campañas contra la organización capitalista del día.

La agricultura alemana no basta para alimentar la población. Bueno o malo el año

es preciso importar más de dos billones de productos alimenticios.

Sabido es que el encarecimiento de la vida se palpa en Alemania con más evidencia que en otros países. Para atender al sostenimiento de una flota numerosa y un ejército formidable, el contribuyente alemán ha tenido que soportar toda clase de sacrificios: la cerveza, el tabaco, los fósforos han doblado y triplicado su valor en pocos años. En medio de la fiebre socialista, los instintos naturales del pueblo "que quiere comer" y las tendencias conservadoras de un feudalismo de grandes propietarios e industriales, el gobierno imperial ha perdido el hilo conductor, que por algún tiempo tuvieron asido los sucesores de Bismarck. No es efectivo, según M. Georges Blandel que Alemania tenga hoy día una política exterior y es evidente que el oportunismo de su canciller actual constituye la esencia de su política interior.

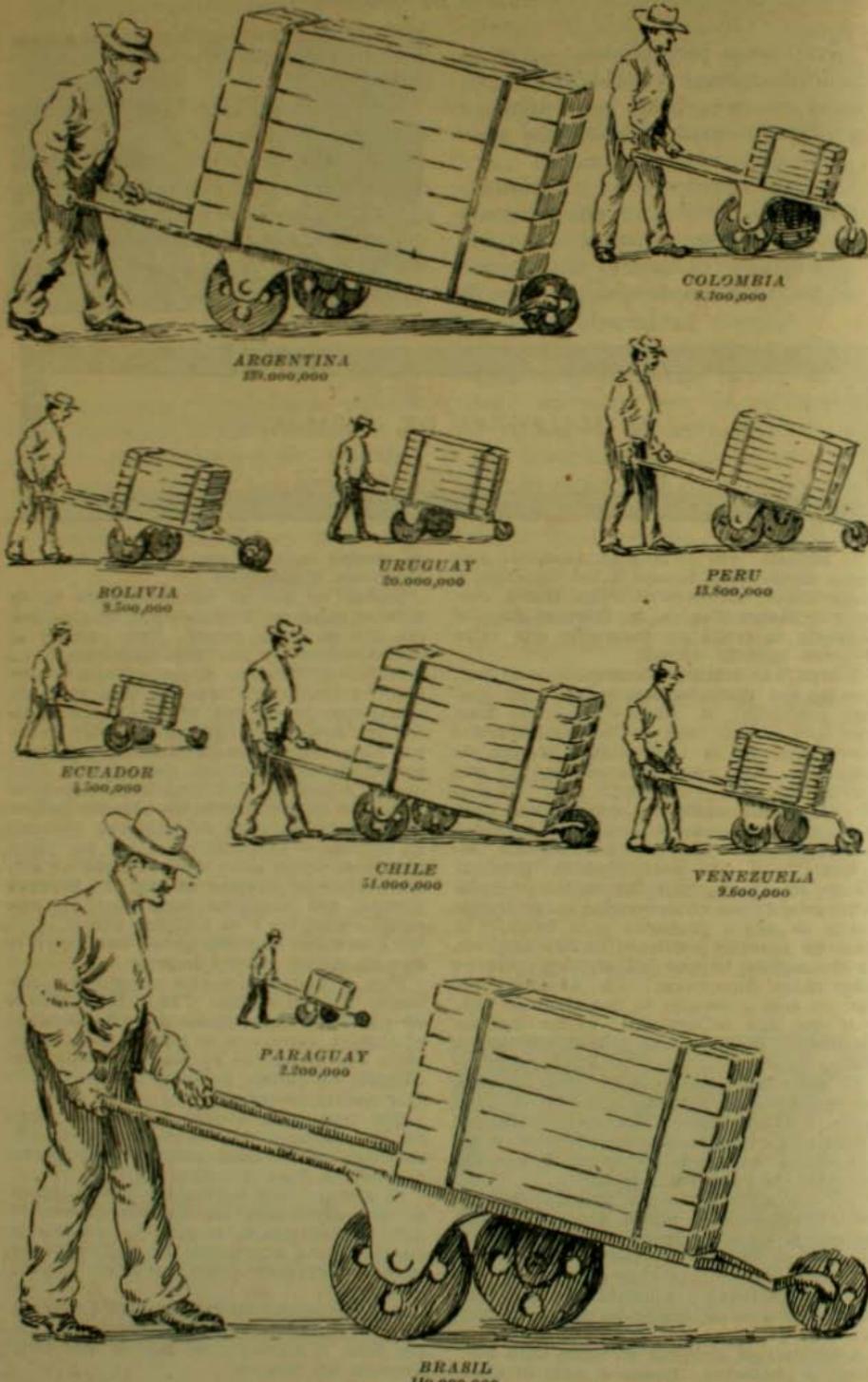
Pero al menos Alemania no cesa de acrecentar sus economías. "Bajo la influencia de poderosas ingerencias gubernamentales, el alemán, que posee el sentido de la disciplina y el orden, se ha elevado a una concepción solidarista de la vida que merece fijar nuestra atención.

Hoy mismo en Alemania hay una fiebre de nacionalismo que forma un tremendo contraste con el cosmopolitismo que estaba de moda a fines del siglo XVIII.

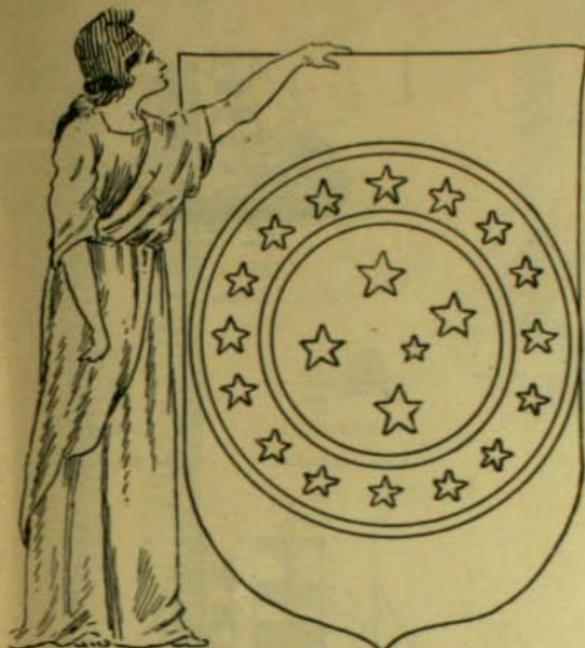
El alemán está convencido que la época de la competencia no ha pasado aún ni para los individuos, ni para los pueblos, y que hoy más que nunca las naciones que quieran progresar deben conservar intacta su fuerza".

Y M. Georges Blandel concluye y resume las observaciones recogidas diciendo: "Lo que falta a Alemania de hoy es dirección. Necesita un hombre".

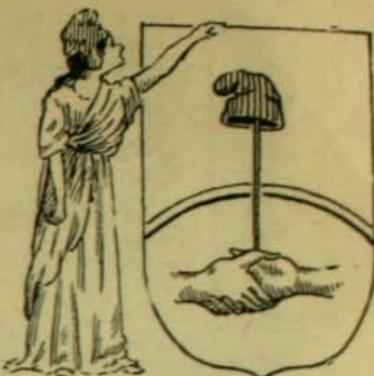
COMERCIO DE LOS ESTADOS SUD-AMERICANOS EN LIBRAS ESTERLINAS, COM-
PARADO A LA POBLACION.



TERRITORIO Y POBLACION COMPARADOS DE LOS ESTADOS SUD-AMERICANOS



BRASIL
Superficie 8.550.000 Kmts.
Población 22.000.000 habitantes



ARGENTINA
Superficie 2.951.000 Kmts.
Población 7.000.000 habitantes



BOLIVIA
Superficie 1.470.000 Kmts.
Población 2.266.00 habitantes



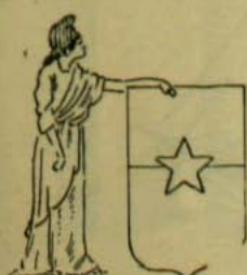
COLOMBIA
Superficie 1.206.000 Kmts.
Población 5.000.000 habts.



PERU
Superficie 1.770.000 Kmts.
Población 2.500.000 habitantes



VENEZUELA
Superficie 1.030.000 Kmts.
Población 2.740.000 habts.



CHILE
Superficie 757.000 Kmts.
Población 3.500.000 habts.



URUGUAY
Sup. 187.000 Kmts.
Pob. 1.180.000 habts.



ECUADOR
Sup. 300.000 Kmts.
Pob. 1.300.000 habts.

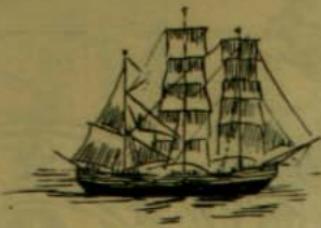


PARAGUAY
Sup. 253.000 Kmts.
Pob. 715.000 habts.

MARINA MERCANTE DE LOS PAISES SUD AMERICANOS. CADA PAIS REPRESENTADO POR UN BUQUE



ARGENTINA
37,350 toneladas



PERU
31,533 toneladas



CHILE
33,000 toneladas

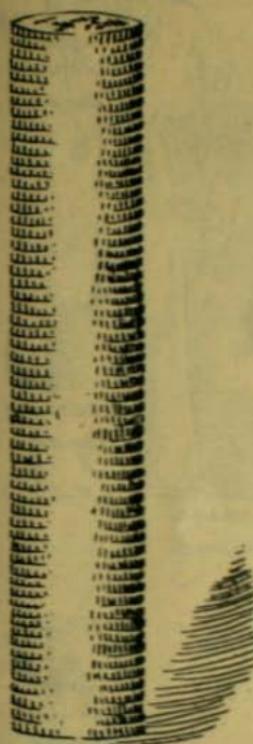


URUGUAY
20,000 toneladas



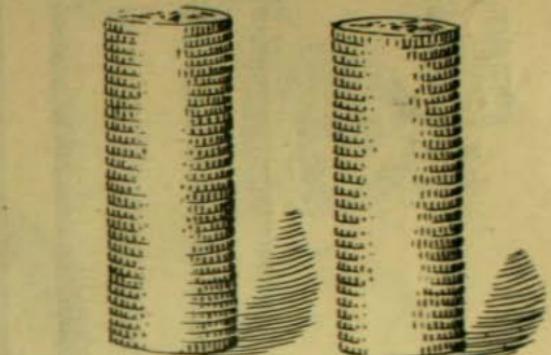
BRASIL
60,720 toneladas

VALOR DEL PESO EN FRANCOS EN LOS ESTADOS HISPANO-AMERICANOS



URUGUAY

5.44



ECUADOR

2.50

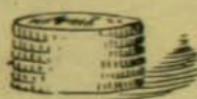
PERU

2.50



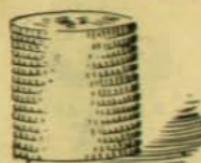
COLOMBIA

0.05



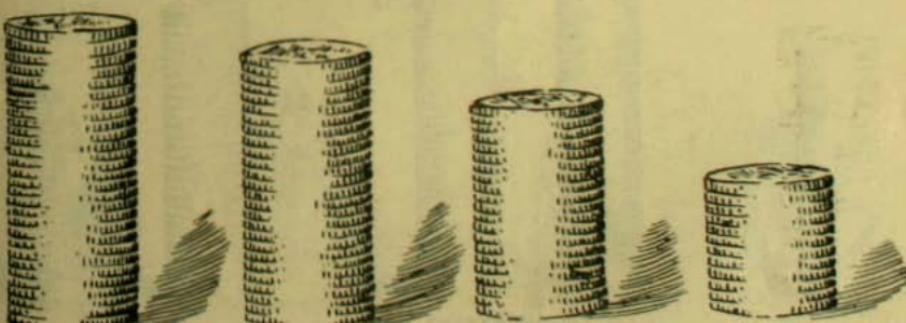
PARAGUAY

0.19



VENEZUELA

1.00



ARGENTINA

2.50

BOLIVIA

2.06

BRASIL

1.60

CHILE

1.03

PRESUPUESTO DE LOS PAISES SUD-AMERICANOS EN LIBRAS ESTERLINAS



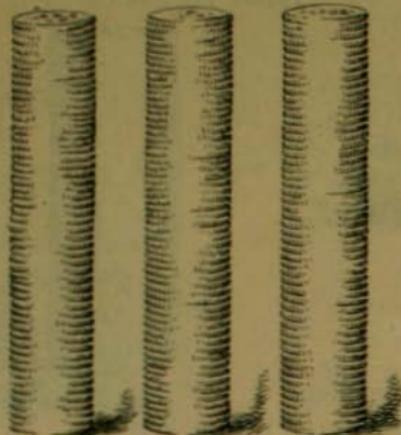
PERU

£.140,000



BOLIVIA

£.110,000



BRASIL

£.100,000



COLOMBIA

£.500,000



VENEZUELA

£.300,000



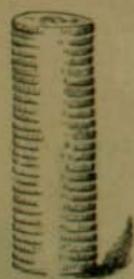
PARAGUAY

£50,000



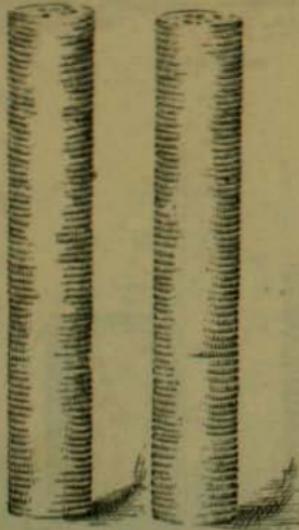
ECUADOR

£.900,000



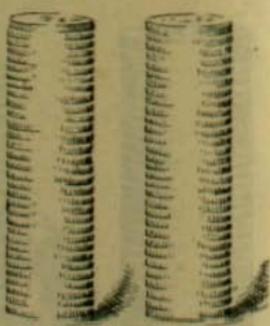
URUGUAY

7,000,000



ARGENTINA

25,000,000



CHILE

16,500,000

DEUDA EN LIBRAS ESTERLINAS DE LOS PAISES HISPANO-AMERICANOS EN RELACION CON SU POBLACION



BRASIL

155.000.000



CHILE

20.000.000



PARAGUAY

5.000.000



COLOMBIA

3.500.000



ARGENTINA

106.000.000



PERU

5.000.000



VENEZUELA

7.600.000



BOLIVIA

6.800.000



ECUADOR

4.350.000



URUGUAY

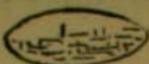
26.000.000

LAS CAPITALES DE LOS ESTADOS SUD-AMERICANOS



QUITO

51,000 habitantes



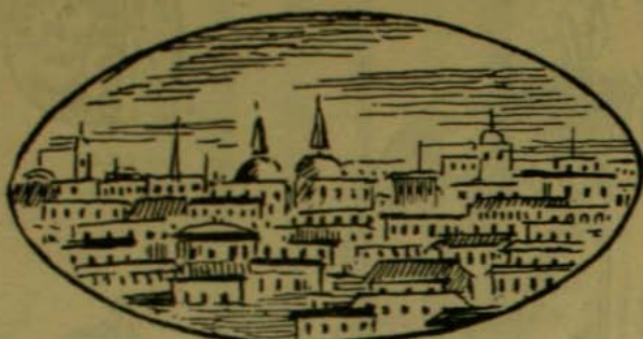
CARACAS

73,000 habitantes



ASUNCION

60,000 habitantes



BUENOS AIRES

1,262,000 habitantes



LIMA

110,000 habitantes



BOGOTA

150,000 habitantes



LA PAZ

95,000 habitantes



SANTIAGO

100,000 habitantes



MONTEVIDEO

305,000 habitantes



RIO DE JANEIRO

900,000 habitantes

LA MUJER QUE NO TRABAJA

Muy interesante su artículo sobre las empleadas de comercio a quienes ha revestido Ud. de cierta aureola de romanticismo que ha despertado en sus lectores una viva simpatía por ese colmenar femenino que se agita y vive tras el mostrador o en la estrecha celdita de incómoda caja. En verdad todo aquello es muy digno de alabanza y la mujer que trabaja merece toda clase deelogios puesto que es un ser débil a quien la naturaleza misma destinaba a una vida menos penosa y dura. Sin embargo, como dicen ellas, si no están contentas al menos no sufren. La satisfacción de aliviar un tanto la existencia de esos seres queridos que en ellas confían, les sirve de estímulo a la vez que de consuelo; además viven con la esperanza de mejorar de condición y esta esperanza las alienta, les dá ánimo, infundiéndoles nuevas energías cuando sus fuerzas amenazan agotarse. En una palabra: el trabajo no es para ellas un suplicio intolerable; se fatigan, acaso se desalientan, pero en esa vida de labor constante no encuentran amarguras ni desilusiones.

En cambio a nuestro alrededor hay una miseria, miseria triste y que se oculta avergonzada como si ella tuviese la culpa de ser miseria.... Y es esta la de las clases altas.

¡La vida es insopportable, la vida es cara, no se puede vivir aquí! Estas lastimosas exclamaciones las escuchamos a cada momento repetidas como un estribillo por toda clase de personas, unas por seguir la corriente y otras con tanta verdad.

A cada paso pueden verse familias con seis o más hijos a quienes sostiene un empleado de Banco, Ministerio, Ferrocarril, etc., persona distinguidísima que en su oficina va dejando vida y salud para satisfacer apenas las necesidades más apremiantes de su numerosa prole. Llega la muerte o la invalidez de aquel individuo y queda la familia sin recurso. Vienen entonces las miserables pensiones de los parientes ricos, el cambio de casa, el remate de las propiedades y todas las tristezas que trae consigo la falta de dinero. La familia discurre y piensa cómo aliviar su

aflictiva situación. El matrimonio de las hijas es una de sus esperanzas, pero siendo pobres no hay mucho porvenir para ellas, ¡Qué de recursos imaginarios se les ocurre! en todo piensan menos en trabajar. ¡Eso si que no! ¡Cómo una X. y Z. se va ha deshonrar así? Y entonces llega la pobreza con su espantoso cortejo de sinsabores amargosísimos y como quien tapa las brechas de una muralla oradada, así cuando les llega un socorro inesperado, una limosna indirecta, van saldando cuentas y pagando las deudas que crecen y se acumulan presagiando la ruina final. Pero, ¿por qué no trabaja la Fulanita? Y en qué? Acaso hay algún oficio que pueda desempeñar una niña de familia? Y si lo hubiera, quién miraría a una joven que trabaja? De hecho queda borrada del escalafón social; el trabajo es una especie de degradación, se diría que al preferirlo a la limosna que de mala gana le dan muchas veces los parientes, comete un acto reprobable y queda marcada indeleblemente con ignominiosos bárdón.

No ha mucho una joven y distinguida señora perdió a su esposo en penosas circunstancias quedando con varios hijos a quienes educar. De ánimo valiente y esforzado, resolvió trabajar, no del trabajo oculto y que poco dá, sino abiertamente permitiéndole su esmerada educación aprovechar los conocimientos que antes le servían de adorno en los salones.

Visitada por una dama íntima amiga suya preguntábase ésta: "¿Y qué piensas hacer? Tu cuñado que dice está archimillonario te ayudará seguramente".

—No lo sé, amiguita, pero gracias a Dios poseo ciertos conocimientos que espero me permitirán educar a mis hijos." Y en seguida expuso sus proyectos.

—¡Cuánto lo siento!", suspiró la amiga.

—Por qué lo sientes?—Porque hemos sido tan amigas y ahora tendremos que cortar esa amistad.

—No te comprendo,—balbuceó sorprendida la viuda.

—Porque mi marido no me permitirá seguir visitando asiduamente a una profesora

de piano. Ya X... se lo prohibió a la Fulanita también...

—Pues hija me privaré de tu amistad, que según veo estaba basada sobre cimientos muy frágiles, como me he privado de otros hábitos de lujo por no encontrarlos indispensables...

Y luego que salió la vanidosa señora, que acaso ponía de pantalla a su marido para disculpar su necia vanidad, me imagino que atrabilizada viuda, con el gesto patético de la madre de los Gracos, cogería en su regazo a sus hijos sintiéndose feliz de renunciar a las frivolidades y pretensiones de una vana sociedad, a fin de que sus tesoros no carecieran del bienestar a que los habituó su padre.

Solo los nombres faltan a este verídico episodio.

Ahora bien si es una joven soltera la que queda sin recursos, ¿qué sucede? Acogida en casa de alguno de sus parientes, pasa a ser una especie de "nurse", tiranizada por los niños y obligada a servir a aquellos que con frecuencia le dan un pan amarguisimos, con sabor de lágrimas... Perderá la vista haciendo tejidos y bordados que ocultando su nombre manda vender por una insignificancia, pero sus vastos conocimientos de nada le servirán; por lo contrario en ese servilismo obligado, día a día va perdiendo su personalidad y con el tiempo llega a ser una ama de llaves a quien sus parientes insinúan discretamente que brille por su ausencia en sus fiestas y banquetes. ¿No es esto degradante e ignominioso? Sin embargo el mundo no lo juzga así. Las apariencias están salvadas y la niña que a solas traga sus amarguras, nuede aún rozarse con la mejor sociedad y quizás efectuar un matrimonio brillante. Aún no la ha degradado el trabajo, el vil trabajo....

Siempre recuerdo con lágrimas en los ojos un día en que entraba yo a una tienda de la calle de Huérfanos en compañía de una amiguita fina y elegante, verdadera figurita de biscuit hecha más bien para lucir en una vitrina y no para estrellarse contra las asperezas de esta vida. Pasábamos junto a la cajera y ella con un acento que vibraba por la emoción contenida me dijo:—"Mira, cada vez que paso frente a la caja envíalo a la cajera que trabaja y gana su vida.

Me di vuelta asombrada.—"Pero tú ¿no vives en un palacio?"

"Sí, en una jaula dorada... ¡De qué me sirve la brillante educación que recibí si en nada la puedo aprovechar?

No pregunté más, pero conmovida hasta el fondo de mi alma me dije: ¿Qué abismo de tristezas y humillaciones encerrará ese corazón, para que mi gentil amiguita tenga tan negras ideas? Tal vez su carácter altivo se revelaba contra su destino y amargura que rebozaba en su pecho la obligó involuntariamente a hacerme esa media confidencia. Poco tiempo después me anunciaron que tomaba el hábito en un convento. —Me quedé aterrada! Yo, que conocía sus ideales y sus aspiraciones tan contrarias a la vida de renunciamiento y de sacrificio que abrazaba, consideré aquella determinación como un verdadero suicidio moral. Pero meditando luego con más calma pensé que era el mejor partido que podía elegir. Esa timida criatura no tenía fuerzas para luchar, la incertidumbre de su porvenir le asustaba, jamás habría podido independizarse, tenía miedo de vivir....

Numerosas son las jóvenes que mal preparadas para afrontar dificultades, buscan refugio en el convento encontrando en la religión un recurso supremo en su desamparo. Otras se casan con el primero que se les presenta por tener un hogar, hogar que suele convertirse en una braza de fuego...

Pero quedan otras a quienes Dios no escoge pues como dice el Evangelio: "Muchos son los llamados y pocos los escogidos", y que tampoco quieren entregarse al primero que pase sino que por el contrario antes de comprometerse para siempre preguntan como en el cuento de la hormiguita.—¿A ver tu canto? Y si ellas tienen una alta idea del amor, de la vida íntima con un ser que las comprenda y con quien estén en perfecta armonía de pensamiento y si ese canto no refleja sus ideas ¿que recurso les queda?

Mucho se habla de caridad, mucho de progreso, higiene, educación física, etc. Plantéanse problemas económicos, el porvenir de la raza preocupa a los estadistas, los obreros, los huérfanos, los inválidos son objeto de las preocupaciones sociales, y sin embargo, los filántropos, que tan buenas ideas tienen y a quien tan grandes obras se les deben, no han pensado jamás en remediar esta necesidad social que tiene su causa en el errado criterio, en la estrechez de miras que aún existe en nuestra sociedad. No sería una

obra digna de aplauso la de auxiliar a la juventud distinguida que vé atada sus manos y que acaso llega a lamentar el haber nacido en tan elevada cuna?

Recuerdo que hace algunos años un grupo de distinguidas señoritas trató de formar un Asilo de obreras. Para el efecto estas abnegadas jóvenes, fueron de casa en casa pidiendo a sus amigas que contribuyesen con alguna obra de mano, pintura, tallado, cada cual según sus conocimientos, petición que fué acogida con entusiasmo por nuestra caritativa sociedad. Para la exposición de esos objetos abrieron los espaciosos salones de la Filarmónica y en medio de una selecta concurrencia se exhibieron allí verdaderas obras de arte, que fueron materialmente arrebatadas por el numeroso público que las remató a precios subidísimos. Y como era para hacer la caridad nadie se sonrojaba de ver su nombre colocada bajo cada objeto. Enseguida aquellas celosas señoritas fabricaban dulces y confites que ellas mismas vendían tras el mostrador como *las empleaditas de comercio*; pero este trabajo lejos de humillarlas las ennoblecía y solo se oía un coro de alabanzas para esa colmena humana que se afanaba en nombre de la caridad cristiana.

Pues bien, si aquí se fundase, un Asilo para la aristocracia por ejemplo; en el que hubiese un Kindergarten dirigido por una respetable señora y atendido por jóvenes distinguidas. No hay duda que las mamás enviarían a sus pequeñuelos con la misma

confianza con que los envían a los diversos institutos religiosos donde son también señoritas distinguidas las que educan nuestra primera sociedad; pero revestidas del santo hábito no desmerecen, ni las humilla el trabajo, pues ellas trabajan por el amor a Dios, esto parece librarias del oprobio que cae sobre las que desean trabajar solo por amor a los suyos... ¿No es este un contrasentido?

Y anexo al Kindergarten podrían habilitarse otras salas donde se recibirían copias a máquina, traducciones, se venderían confites y dulces, y se exhibirían los encajes, pinturas, tallados, en fin todo lo que produjera el ingenio de las activas socias. En la puerta de este instituto se colocaría un letrero que dijese, plagiando al Dante: "Deja atrás toda falsa vergüenza vos que entráis".

Más para que esta idea prosperase tendría que sancionarla la moda, la tiránica moda que en un instante trastorna la opinión, revistiendo las ideas que ella patrocina de un esplendor que atrae las multitudes encadenándolas elegante a sus caprichos.

¿Es este un sueño, una utopía? No lo sé, más yo lanzo estas mal hilvanadas reflexiones esperando que el *Pacífico Magazine* que parece acoger toda idea progresista en sus interesantes columnas, dedicará su atención a resolver este problema social y desarrollará nuevas ideas que tiendan a ensanchar el estrecho criterio de que adolece nuestra sociedad.

Roxane.

EL MERITO AGRICOLA

El senador M. Jules Pams, antiguo Ministro de Agricultura y rival de M. Poincaré en la elección última del Congreso de Versalles le ha concedido al Ministerio Briand el título de Comendador del Mérito Agrícola.

Con esa decoración partió M. Pams de

París para Montpellier, donde es propietario de grandes viñedos, deplorando tal vez su condescendencia para con los señores Combes y Clemenceau que quisieron salvar los restos del radicalismo con su candidatura que estuvo en abierta pugna con el sentimiento nacional francés.

La Botella Encantada

Por

F. ANSTEY

ILUSTRACIONES DE H. R. MILLAE

CAPITULO XIV

Esperanza perdida

Así que el profesor hubo recobrado sus facultades por completo, Horacio abrió la puerta y llamó a Silvia y a su madre, las

cuales, como puede presumirse, se llenaron de júbilo al contemplar al jefe de la familia, restaurado de su anterior condición de cuadrúpedo mal favorecido por la naturaleza.

—Calma, calma, dijo el profesor, al sufrir sus abrazos e incoherentes congratulaciones... No hay que hacer tanta bula al rededor del asunto...

Estoy perfectamente bien, como pueden verlo... En seguida, entregándose a un irracional acceso de mal humor, agregó: Si ustedes hubieran tenido bastante sentido común para discutir ese sencillísimo remedio de arrojarme un poco de agua encima, habrían ahorrado muchas incomodidades... Pero, así les sucede siempre a las mujeres... Pierden la cabeza por el menor motivo y todo lo hacen al revés... ¡Si yo no hubiera conservado mi calma!..

—Así, es papá... anduvimos muy estúpidas, dijo Silvia, afectando ignorar, con exquisito tacto, que apenas había en la sala un objeto entero y en su lugar. Aunque bien pudo ser que el agua, arrojada por nosotras, no hubiera producido efecto alguno.

—No estoy para discutir, replicó el viejo señor.



Calma, calma, dijo el profesor, no hay que hacer tanta bula alrededor del asunto

—En todo caso, nada costaba hacer la prueba.

—No pronuncies una palabra más exclamó Fakrash... No quieras acaso darme las gracias por tu transformación. ¡Oh verdadero monstruo de ingratitud! . . .

—Si algo debo a usted, señor mío, dijo el profesor, es el haber sufrido por veinticuatro horas, las más mortificantes e innobles angustias que un sér humano puede soportar, y esto sin otro motivo racional, que el poseer usted un poder diabólico e insensato... No veo pues que gratitud haya yo de sentir. En cuanto a usted, Ventimore, agregó, dirigiéndose a Horacio, en verdad ignoro la parte que puede haber tomado en esta estúpida jugarreta; pero, en todo caso, ha de entender de una vez por todas, que entre usted y nosotros no debe subsistir ningún género de relaciones..

—Papá, dijo Silvia, con trémula voz, Horacio y yo estamos ya convenidos en separarnos... . . .

—Así lo he entendido, replicó Fakrash suavemente, porque semejante matrimonio sería indigno de los méritos y rango de mi hijo querido.

El profesor, cuyo humor en nada habían mejorado los últimos sucesos, no pudo soportar semejante rasgo de franqueza.

—Nadie le ha preguntado á usted su opinión, dijo agraciamente. Un sujeto que acaba de escaparse de una prisión, que por todos los antecedentes que conozco, no era sino demasiado merecida, no creo que esté en el caso de constituirse en juez, en materia de conveniencias sociales.. Tenga pues el decoro de no mezclarse en mis asuntos domésticos.

—Muy bien dicho, repuso el imperturbable genio. Pero recuerde el ratoncillo que aun se encuentra entre las mandíbulas del leopardo, y aprenda, por tanto, a observar las leyes de la buena crianza y absténgase de pronunciar palabras provocativas.. Porque convertirle de nuevo en un mulo, sería para mí un asunto sencillísimo.

—Sospecho que no me ha dado a entender con claridad, se apresuró a observar el profesor... Yo... quería simplemente felicitarte por su fortuna en haber escapado de las consecuencias de lo que. . . sin duda. . . fué un error judicial. . . Yo. . . yo.... estoy seguro de que usted sabrá en adelante emplear mucho mejor su.... muy notable habilidad. . . y . . . me atre-

vería a sugerirle que acaso el mejor servicio que usted pudiera hacer a este infeliz joven, sería el de abstenerse en lo sucesivo, de todo intento de mejorar sus negocios e intereses.

—Así es, murmuró Horacio, en tono tan bajo y discreto, que probablemente no fué oído..

—Muy lejos de eso, replicó Fakrash. El ha llegado a ser para mí un hijo querido, a quien he de elevar al dorado pináculo de la felicidad, por tanto, le he escogido una esposa, que comparada a esta doncella, es como la luna llena al lado de la pálida luciérnaga, y como el pájaro del Paraíso al lado de un gorrión.. Y las bodas han de celebrarse en ocho días más. . . .

—¡Horacio! exclamó Silvia justamente alarmada.. ¿Por qué no me había referido esto antes? . . .

—Porque, repuso el infeliz Horacio, esta es la primera vez que oigo semejante cosa... El siempre me está reservando sorpresas de este género... Pero. . . de todos modos.. yo no me casaré en contra de mi voluntad.

—Nó, dijo Silvia, mordiéndose los labios.. No creo que llegue á hacerlo..

—Voy a dejarlo bien establecido desde luego, agregó el pobre joven.. Vea usted, Mr. Fakrash, añadió.. No sé que nuevo proyecto ha usted elaborado respecto de mí, pero si se propone casarme con alguna persona determinada..

—¿No os había dicho acaso que estoy en vía de obtener para vos la mano de una hija de Rey, de maravillosa belleza e inauditas perfecciones?

—Bien sabe usted que hasta ahora nada me había dicho de semejante cosa, dijo Horacio, mientras Silvia no pudo reprimir un pequeño grito..

—No te desconsuelas doncella, murmuró el genio, porque todo es para su bien. Lo creas o nó lo creas, cuando él llegue a contemplar la resplandeciente belleza de su futura esposa, quedará transportado por el placer y olvidará hasta el recuerdo de tu existencia.

—Nó. . . Nó. . . de ninguna manera, exclamó apresuradamente Horacio.. Entiéndalo usted, señor mío, yo no deseo casarme con Princesa alguna. Usted puede impedir.. como ya lo ha hecho, que me case con esta señorita, pero no conseguirá obligarme a un casamiento por la violencia... Lo desafío a ello.

desesperemos, querida mía... Debe haber algún medio de convencer a ese viejo idiota, y de traerlo al camino del sentido común... Por lo menos voy a intentarlo...

A pesar de estas alentadoras palabras, Horacio y Silvia comprendían perfectamente que la situación era bastante crítica... Se despidieron, pues, con el alma destrozada.

No bien se encontró Horacio en la acera, cuando se sintió nuevamente arrastrado por el aire, con velocidad increíble, hasta ser depositado en una esquina del comedor de su casa en Vincent Square.

—Bien, dijo, mirando al Genio que se hallaba de pie delante de él, con su eterna sonrisa de intolerable complacencia.... Bien, supongo que usted estará satisfecho del desenlace de este negocio.

—Así es en verdad... Estoy satisfecho, dijo Fakrash. Porque como el poeta escribió...

—Dejemos citas a un lado, por esta tarde, interrumpió Horacio. Hablemos de cosas serias. Parece, agregó, haciendo esfuerzos para contenerse, que usted tiene el propósito de casarme con la hija de un Rey. ¿Puedo saber algunos detalles más de este asunto?

—Ningún honor ni prosperidad, excederá a vuestros méritos, contestó el Genio.

—Es usted muy amable... pero probablemente usted ignora que en la sociedad, tal como hoy está constituida, un matrimonio semejante, presentaría obstáculos insuperables.

—Para mí, dijo el Genio, pocos obstáculos son insuperables... con todo, expresad vuestro pensamiento con entera libertad.

—Voy a hacerlo, dijo Horacio. Para empezar, ninguna princesa europea, de sangre real, querría, ni por un momento, casarse conmigo. Y, aunque lo quisiera, por ese solo hecho perdería su rango de princesa, y yo sería probablemente aprisionado en una fortaleza, por esa majestad, o algo por el estilo.

—Nada de eso temáis, porque no me propongo uniros a princesa alguna, nacida entre los mortales. La novia que os reservo, es una Genia.... la sin par Bedea-elJemal, hija de mi pariente Shahyal, rey de los genios verdes.

—¡Ah! ¿es ella? dijo Horacio confundido...

Le estoy en verdad, muy obligado... pero sean cuales fueran las perfecciones de esa dama...

—Su nariz, anunció el Genio con entusiasmo, es como el filo de un afilado sable; sus cabellos parecen pedrerías, y sus pupilas son tan rojas como el vino añejo. Tiene fuertes y pesadas caderas, y cuando mira, avergüenza a las vacas salvajes.

—Mi bueno, mi excelente amigo, dijo Horacio, nada seducido con este catálogo de encantos, al fin, uno no se casa para mortificar a las vacas salvajes.

—Cuando ella marcha, contorneando las caderas, continuó Fakrash, como si nada hubiera oido, los árboles mismos se ponen verdes, de envidia.

—Para mí, dijo Horacio, el contorno de caderas no constituye una fascinación especial... Es cuestión de gusto... ¿Ha visto usted a esa dama encantadora, últimamente?



La novia que os reservo es una Genia

—Mis ojos no se han recreado en sus divinas perfecciones, desde que fui encerrado por Salomón, cuyo nombre sea maldito, en la botella de bronce que conocéis. ¿Por qué me preguntáis esto?

—Simplemente porque se me ocurre que después de cerca de tres mil años, su encantadora pariente, puede no haber escapado del todo, a los ordinarios efectos del tiempo.

Debe estar envejecida, ¿no es cierto?

—¡Oh!... ¡Pobre infeliz!.. dijo el Genio un tanto molesto... ¿Ignoráis acaso que los Genios no somos mortales ni sufrimos los estragos de los años?...

—Perdone usted si hago una alusión personal, dijo Horacio, pero vuestra propio cabello y vuestra barba, están blancos o por lo menos grises.....

—No por la edad, dijo Fakrash, si no, a consecuencia de mi largo encierro.

—Lo comprendo, dijo Horacio, como le sucedió al prisionero de Chillon.... Pero aún concediendo que la dama en cuestión, se encuentre todavía en la flor de sus años juveniles, veo un inconveniente fatal, para ser su novio.

—Sin duda dijo el Genio... ¿Os referís a Jarjares, el hijo de Rejmes, el hijo de Eblis?

—No... no me refería a él, dijo Horacio, porque no recuerdo haberlo conocido ni siquiera de nombre. Sin embargo hay otra dificultad... Y ya son dos.

—Jarjares es mi peor enemigo... Es un genio malo, un Efresio, como nosotros decimos, de carácter vengativo, y temible poder, que por largo tiempo ha perseguido á la virtuosa Bedea, con sus odiosas atenciones... Con todo, es posible, teniendo buena suerte, vencerlo y destruirlo...

—¿De modo que cualquier pretendiente a la mano de Bedea será mirado como un rival por ese amabilísimo Jarjares?...

—Muy lejos está de ser amable, contestó el genio con sencillez, y se sentirá tan transportado por la ira y los celos, que os desafiará á combate mortal.—

—Nos vamos entendiendo, dijo Horacio. No creo tener nada de cobarde, pero francamente esto de pelear con un Efresio, es negocio que no estaba en mis libros... Debe ser cosa horrible...

—Probablemente se os aparecerá primero bajo la forma de un león, y si no puede venceros así, se transformará en una serpiente, y después en un búfalo, u otra fiera semejante.

—Y yo tendré que entenderme con toda esa menagerie? dijo Horacio... Amigo mío con el león había bastante y de sobra para mí...

—Yo os ayudaré haciendo asumir análogas transformaciones, dijo el genio, y así os será fácil vencerle... Me abraza el deseo de ver á mi enemigo reducido á cenizas.

—Es mucha bondad la suya, dijo Horacio en la errada convicción de que le sería muy fácil convencer al genio... Pero si Ud. tiene tanto interés en destruir á Jarjares, ¿por qué no lo cita á un escondido paraje del desierto y arregla con él sus cuentas, Ud. mismo?... Ud. lo haría mucho mejor que yo!..

El infeliz esperaba que Fakrash siguiera esta sugerencia, y le dejara a él tranquilo, a tan poca costa, pero semejantes esperanzas, ahora como siempre iban á salir falladas.—

—Sería inútil, dijo el genio, porque desde antiguo está escrito que Jarjares no ha de perecer sino á manos de un mortal; y yo estoy persuadido de que vos seréis ese mortal, pues sois fuerte y sin miedo, y está además predestinado que Bedea ha de ser la esposa de uno de los hijos de los hombres.

—Entonces, dijo Horacio, batiéndose en retirada, hemos orillado la objeción primera, pero hay otra. Aún cuando Jarjares fuese obligado á retirarse en favor mío, renunciaría yo a la mano de Bedea, a quien nunca he visto, y á quien no amo... .

—Ya habéis oido de sus incomparables perfecciones, y el oído basta á enamorarnos, sin necesidad de la vista...

—Puede ser, advirtió Horacio, pero no es este el caso mío... Nada me dicen de amor mis oídos...

—Vuestras razones no valen nada, dijo Fakrash, y si no tenéis otras mejores...

—Creo tenerlas, dijo Ventimore, Ud. parece estar empeñado en recompensar el insignificante servicio que tuve ocasión de rendirle, aunque hasta ahora, Ud. debe convenir en que los resultados no han sido muy brillantes. Pero, olvidemos lo pasado, y vamos á lo presente. Me permito pues preguntarle, que género de felicidad puede venirme de un matrimonio semejante.. ¿No tengo acaso la fortuna de darme a entender? continuó al observar que los ojos del genio comenzaban a enturbiarse en alarmante forma...

—Prosigue, dijo el genio, serenándose de nuevo.

—Me parece, balbució Horacio, que en to-

do este tiempo en que Ud. ha estado en la botella, puede haber olvidado algunas particularidades de la naturaleza femenina.

—No son cosas esas que se olvidan fácilmente, dijo el genio, sintiendo la imputación, de una manera quasi humana. Pero, vuestras palabras me parecen desprovistas de sentido. Os ruego las expliqueis.

—Voy á hacerlo, dijo Horacio. Esa joven encantadora pariente vuestra, esa inmortal, orgullo de Lucifer... ¿Consentiría acaso en aceptar la mano de un insignificante arquitecto de Londres, sin nombre y sin clientes? ¿No torcerá esa su delicosa y fina nariz, al escuchar semejante proposición?

—La riqueza, equivale al rango, observó el genio.

—Pero yo no soy rico, y ya he declinado antes vuestros tesoros, dijo Horacio. Y lo que es más aún, soy perfectamente desconocido e ignorado. Si Ud. tuviese el sentido de lo humorístico, comprendería perfectamente el absurdo de proponer á un ser etéreo, radiante, super-humano, la mano de un pobre diablo de ingeniero, vestido de levita, y sombrero de pelo... En realidad ello es demasiado ridículo.

—Lo que acabais de decir, no carece de sabiduría, dijo Fakrash para quien este punto de vista, era evidentemente nuevo. ¿Sois acaso completamente desconocido?

—Más que eso, repitió Horacio. Soy una gota de agua en el mar de esta la mas vasta ciudad del mundo... Y un hombre, para ser digno de vuestra excelsa pariente, debería ser en el mundo una celebridad... Hay en Londres, muchísimas...

—¿Qué entendéis por una celebridad? preguntó Fakrash, cayendo en el lazo más fácilmente de lo que Horacio se había atrevido á esperar.

—Una persona distinguida, cuyo nombre esté en todos los labios, sea honrado por sus conciudadanos... A un hombre así, ningún genio se atrevría á despreciar.

—Lo comprendo, dijo Fakrash pensativo... He estado á punto ^{de} cometer una barbaridad... ¿Cómo honran hoy los hombres á esas celebridades?

—De muchísimas maneras, dijo Horacio. En Londres el más alto honor que puede conferirse, es el de recibir la franquicia de la ciudad, lo que se hace en casos muy excepcionales, y en premio de grandes servicios... Pero existen además otros honores, como

puede Ud. verlo, echando una ojeada por los periódicos.

—Apenas puedo creer, que vos, un joven de tanto talento, seáis tan desconocido como lo pretendéis.

—Mi querido señor, cualquiera de las flores del desierto, cualquiera piedra escondida en el fondo del mar, como también lo dice uno de vuestros poetas, es mas conocida y célebre que yo. Le propongo un ensayo divertido. Hay en este Londres cinco millones de habitantes. Si Ud. se lanza a la calle y le pregunta a los primeros quinientos individuos que pasen, si me conocen, le contestarán todos ellos que no me han oido nombrar en su vida.—Vaya y véalo Ud. mismo.

Con sorpresa y alegría observó Horacio que el genio había tomado en serio esta sugerencia.

—Haré mis observaciones, dijo, porque deseo estar más al cabo de vuestro rango en el mundo. Pero, tenedlo entendido... Si os vuelvo á requerir para que os caséis con Bedea, y vos os negáis, haré caer sobre vos, so-



Se dirigió a su biblioteca en busca de una edición de las "Mil y una Noches"

bre los vuestros, y sobre los que amás, los más espantosos desastres.

—Bien... Pero advírtame con tiempo, dijo Horacio con brusquedad... ¡Buenas tardes!

Pero Fakrash ya se había marchado. A despecho de las difíciles circunstancias en que se encontraba, Ventimore no pudo menos de pensar en las probables respuestas que el genio encontraría en el curso de sus investigaciones.

—Me temo, se decía, que el pobre viejo no quede muy bien impresionado, en cuanto á la cultura de los habitantes de Londres, pero al menos habrá de convencerse de que yo no soy un ciudadano eminent... Puede que así deje de mano el proyecto de ese matrimonio idiota... Aunque ese viejo loco es capaz de todo, hasta de casarme con una novia genia, muchos miles de años más vieja que el más antiguo de mis antepasados. Y además... antes hay que hacer entrar en razón á ese Jarjares... Me parece recordar algo referente á un feroz combate con un Efresio, en las "Mil y una noches"... Bueno sería dar un vistazo a ese cuento, a fin de saber lo que se me espera.

Y así, después de comer, se dirigió á su biblioteca, en busca de una edición en tres volúmenes de las "Mil y una noches", que iba á leer ahora bajo un aspecto enteramente nuevo... Desde largo tiempo atrás no leía esos maravillosos cuentos, más viejos que todo humano cálculo, y tan frescos todavía como las más interesantes novelas. Después de todo, Horacio se inclinaba a pensar, que esas historias, aparentemente absurdas, eran más dignas de fe que otras escritas con muchas mayores pretensiones de exactitud.

Encontró una descripción detenida del combate del Efresio, en la historia, del "Segundo Calendo hijo de Rey", y tuvo la desagradable sorpresa de descubrir que el Efresio en cuestión, no era otro que el mismísimo Jarjares, el hijo de Rejmos, el hijo de Eblis... la persona a que Fakrash se había referido como su peor enemigo. Se le describía como de horroso aspecto, y no solo había arrebatado a la hija del Rey de la isla de Ebano, en su noche de bodas, sino que también, al descubrirlo en compañía del Calento, se había vengado desrozándolo con refinada crueldad y transformado en mono a su humano rival... Entre este sujeto y el viejo Fakrash, estoy lucido, pensaba el infeliz...

Leyó por fin el memorable encuentro en-

tre la hija del Rey y Jarjares, el cual se presentó en la peor forma posible, armado de poderosas garras, y arrojando fuego por los ojos... cosa por cierto muy poco tranquilizadora para un novicio inexperto en tales lides. El Efresio comenzó por transformarse en un león, luego en un alacrán, y la princesa en una serpiente; después, él se cambió en una aguja y ella en un bulto; más tarde los animales fueron un gato negro, y un lobo: después el genio se volvió una granada y la princesa un gallo; por último la lucha se trató entre dos pescados.—

—Si Fakrash, me saca de tales incidentes sin un rasguño, se dijo Ventimore, sería para mí una sorpresa tan agradable como inesperada.

Pero después de leer algunas líneas mas se reanimó. Porque el Efresio terminó como una llama y la princesa como un carbón encendido... "Y cuando miramos hacia ellos, con" clausa el narrador, notamos que de los com" batientes no quedaba sino un par de mon" tones de cenizas".

—Vamos, se dijo Horacio, esto pone a Jarjares fuera de combate. Lo raro es que Fakrash no lo sepa...

Pero, reflexionándolo mejor, comprendió que esa ignorancia no era extraña, ya que el incidente había ocurrido probablemente, después que el genio fuera aprisionado en la botella de bronce, sitio en que difícilmente pudo tener noticias de lo que ocurría en el mundo.

Siguió recorriendo el segundo volumen de los cuentos, y parte del tercero, pero aunque adquirió ciertas informaciones sobre las costumbres orientales, y el modo de pensar y hablar de aquellas gentes, que podían serle útiles en lo sucesivo, solo al llegar al capítulo 24 del tercer volumen, sintió renacer su interés...

Porque ese capítulo 24 contenía "La Historia de Seyf-el-Muluk y de Bedea-el-Jemal", y no era sino muy natural que Horacio se sintiera curioso de conocer cuanto se refiriera a los antecedentes, de una persona, que iba a ser su fiancée antes de mucho. Leyó pues con avidez.

Beda, según allí aparecía, era la muy amada hija de Shayal, uno de los reyes de los Buenos Genios; su padre, y no Fakrash, como éste había incorrectamente afirmado, la había ofrecido en matrimonio el mismísimo Salomón, el cual prefirió, sin embargo a la reina de Sabá. Seyf, hijo del Rey de Egipcio,



Levantaos, hijo mío, y poncos estas vestiduras

se enamoró perdidamente, mas tarde de Bedea, pero tanto ella como su madre declararon que no podían contraerse alianzas entre los hombres y los genios.

—Y Seyf era hijo de un Rey, comenzó Horacio... No tengo pues de qué alarmarme... Ella no querrá ni siquiera oír nada de mí... Ya se lo había advertido a Fakrash...

Aún se sintió más tranquilo al leer en seguida, que, después de muchas aventuras, que no es necesario recordar, el enamorado Seyf había conseguido a la orgullosa Bedea, y casándose con ella...

Ni aún al propio Fakrash, podría ocurrírsele casarlo con una mujer que ya tenía marido, pensó... Aún que bien podría ser ahora viuda...

Pero felizmente, la conclusión decía así:— “Seyf-el-Muluk vivió con Budea el-Jemal, “una vida deliciosa... hasta que ambos fueron visitados por la muerte, que termina “todas las dichas y separa a todos los amantes.”

—Si esto significa algo, se dijo, es que tanto Seyf como Bedea, son difuntos... Parece que aún las genias, pueden ser mortales... o al menos Bedea lo fué, acaso por haberse casado con un hombre... Quizás el

mismo Fakrash se habría muerto, a no haber estado tanto tiempo encerrado en la botella de bronce... Mucho me alegro de saber el fallecimiento, porque Fakrash, con seguridad lo ignora, y ahora se dejará de molestarme con su estúpido proyecto.

Y así, sintiéndolo renacer en su corazón la esperanza y la alegría, Horacio se fué a la cama, y se entregó a un sueño profundo, y relativamente tranquilo.

CAPITULO XV

Honores bochornosos

Era ya muy entrada la mañana siguiente, cuando Ventimore abrió los ojos, para descubrir de pie junto a su cama, al inevitable genio.

—Oh! ¿Está Ud. ahí? le preguntó entre dos bostezos. ¿Cómo le fué en su paseo de anoche?

—Obtuve las informaciones que deseaba dijo Fakrash, y, ahora, por última vez, vengo a preguntarlos si aún persistís en rehusar la mano de la Ilustre Bedea-el-Jemal... Cuidado con lo que me contestáis...

—¿No ha abandonado pues Ud. su idea? dijo Horacio. Muy bien... Ya que Ud. se empeña, estoy dispuesto a complacerle. Si Ud. me trae a esa dama y ella consiente en casarse conmigo, no declinaré tan alto honor. Pero hay una condición en que debo insistir.—

—No os corresponde a vos poner condiciones. Sin embargo, por esta vez, os escucharé.

—Ud. va a ver que se trata de algo muy razonable. Supóngase que por un motivo cualquiera, Ud. no puede persuadir a la princesa de venir en mi busca, en el plazo dignos de un mes. ¿Qué sucedería entonces?

Sereis admitido en su presencia antes de veinticuatro horas, dijo el genio.—

—Mejor que mejor. Entonces, si no llego a verla dentro de esas veinticuatro horas, estaré en el caso de inferir que las negociacio-

nes han sido inútiles, y yo podré casarme con quien mejor me plazca, sin ninguna oposición de parte de Ud... ¿Queda así entendido?

—Conforme, dijo Fakrash, porque estoy seguro de que Bedea os aceptará con júbilo.

—Lo veremos, dijo Horacio. Pero sería mejor que Ud. fuera en su busca y le preparase el ánimo. Supongo que Ud. conocerá su domicilio, y como no dispone sino de veinticuatro horas.

—Muchas menos necesito, contestó el genio con tan infantil confianza, que Horacio se sintió avergonzado de su fácil victoria.

—Pero, continuó Fakrash, el sol está ya alto, levantaos, hijo mío y poneos estas duras, y cuando estéis ataviado, preparaos a venir en mi compañía.

Y así diciendo, el viejo demonio, arrojó sobre la cama las magníficas ropas que Ventimore había llevado, la noche de su desastroso convite.

Antes de hacerlo, dijo Horacio, querría saber a donde vamos a ir.

—Obedecedme sin réplica ni demora, dijo Fakrash, o sufriréis las consecuencias.

Horacio encontró presidente no insistir, y procedió a vestir aquellos exuberantes y prodigiosos atavíos.

Comed con rapidez, continuó el genio, el tiempo es corto.

Horacio, después de haber engullido en un abrir y cerrar de ojos, un par de huevos a la coya y una taza de café, se asomó a la ventana.

—Santo cielo! exclamó. ¿Qué significa esta...

Justificado era su asombro. Las calles vecinas estaban literalmente cubiertas por una compacta e inmensa muchedumbre de gentes que miraban la casa con ansiosa espectación. Así que divisaron en la ventana a Horacio, salió de todos los pechos un hurra formidable, que obligó a nuestro protagonista a retirarse, avergonzado y confuso... Algo sin embargo alcanzó a ver, y esto era una carroza orada, conducida por seis caballos de ri-

quísimo pelaje y por lacayos magníficamente vestidos de bárbaras librea.

—¿De quién es ese carro? preguntó Horacio.

—A vos, os pertenece, dijo el genio... Subid pues en él para que os conduzca á la City...

—No lo haré, dijo Horacio... ¡Cómo de-



Ventimore subió al extraño vehículo

monio voy yo a atravesar Londres en ese camastrón de circo?...

—Así es necesario, declaró Fakrash... Y no necesito recordaros la pena que merecería vuestra desobediencia.

—Conforme, dijo Horacio con irritación... Si Ud. insiste en que me tomen por loco, no habrá remedio. Pero ¿dónde diablo vamos a ir? —Ya lo vereis llegado el momento, replicó Fakrash..

Y entre los estruendosos aplausos de los espectadores, Ventimore subió al extraño vehículo al lado del genio.—Al partir Horacio alcanzó a divisar las respectivas narices de Mr. Rapkin y de su esposa aplastadas contra el vidrio de una de las ventanas... Pero fué solo una visión instantánea... Conducido por los negros esclavos, el carroaje se puso en movimiento.

—Ud. debería informarme acerca de lo que significa esto, dijo Horacio... Sospecho que estoy haciendo un papel ridículo.

—Perded todo temor, pues esto no tiene otro objeto que el rendirnos mas aceptable a los ojos de la princesa Bedea, dijo el genio.

Horacio se calló, aunque no pudo menos de pensar que habría sido muchísimo mejor prescindir de todo ese aparato estúpido.

Pero cuando el carroaje penetró en Victoria Street, y pareció dirigirse directamente hacia la Abadía de Westmenster, una duda horrible atravesó por su cerebro. Después de todo la única autoridad en que se apoyaba su confianza, respecto del matrimonio y muerte de Bedea, eran las "Mil y una noches" cuya veracidad histórica, le parecía ahora un tanto discutible... ;Y si la genia, viva y

muy viva lo estaba esperando para celebrar el matrimonio?... A nadie, sino a Fakrash, podía ocurrírselle la idea de casarlo con una genia en la Abadía de Westmenster; era capaz de eso y aún de mayores extravagancias, y su poder, no parecía tener límites.—

—Mr. Fakrash, dijo balbuceando, supongo que no es hoy el día de mis bodas... Ud. no va a casarnos allí...

—No, dijo el genio, no seas impaciente. Ese edificio es completamente inadecuado para un matrimonio como el vuestro.

En efecto, el carroaje dejó la Abadía a la derecha y siguió por la orilla del Támesis. El alivio de Horacio fué inmenso. Era en verdad absurdo que ni aún el propio Fakrash hubiese dispuesto la ceremonia en tan corto espacio de tiempo.—Se trataba pues de un simple paseo y, por fortuna, en aquel disfraz oriental, probablemente no podía reconocer a Ventimore, ni el mejor de sus amigos. La mañana era hermosísima: sobre un cielo azul de turquesa, flotaban algunos cúmulos dorados; las calles repletas de gentes, resonaban con entusiastas aclamaciones al paso del carroaje.

—¡Cómo nos aplauden! dijo Horacio... No harían más ruido si se tratara del propio Lord Mayor.

—¿Quién es ese Lord Mayor de que hablais? preguntó Fakrash.

—El Lord Mayor? dijo Horacio. ¡Oh! Es único... No hay nadie en el mundo que pueda comparársele. Administra justicia y satisface entuertos en todo el ámbito de la tierra. Recibe monarcas, príncipes y todo género de potestades, en sus fiestas... Es un grande y poderoso señor.

—Tiene acaso, dominio sobre la tierra y el cielo y sobre todo lo creado?

—Yo creo que lo tiene, repuso Horacio timidamente, pero no sé cuál sea la extensión de su poder.

A la verdad, el pobre joven no sabía si el Lord Mayor ejercía o no jurisdicción sobre los telégrafos y teléfonos de la City, o si ellos dependían del Consejo del Condado.

Fakrash permaneció en silencio hasta que llegaron bajo el puente del Ferrocarril de Charring Cross. Allí no pudo menos de estremecerse al oír el ruido atronador de un tren que hacía crujir los rieles de acero.

—Decidme, preguntó cogiéndose del



No, dijo el Genio, no seas impaciente

brazo de Horacio. ¿qué significa aquello?

—Es raro, repuso Horacio, que desde que Ud. está en Londres, no haya visto antes nada de esto.—

—Hasta ahora, dijo el Genio, no he tenido ocasión de observar ese prodigo ni de examinar su naturaleza.

—Bien, dijo Horacio, ansioso de demostrar al Genio, que no solo él poseía el monopolio de los milagros... Ha de saber Ud. que ahora nosotros hemos descubierto el medio de encadenar las grandes fuerzas de la naturaleza, para emplearlas en nuestro servicio. Mandamos a los espíritus de la Tierra, el Agua, el Aire y el Fuego; los convertimos en luz y calor, les hacemos conducir nuestros mensajes, les empleamos en nuestras batallas, les obligamos a transportarnos donde queremos, con una perfección capaz de obscurecer vuestras propias hazañas.

Si se considera que la mayoría de los hombres civilizados son tan incapaces de construir la máquina más sencilla, como de crear un caballo, no deja de ser en realidad un falso orgullo, el que sentimos, en razón de las maravillas de nuestro tiempo. La mayoría de nosotros, goza con la sorpresa de los bárbaros, ante los prodigios de la industria, como si fuésemos sus verdaderos autores... Sin embargo, todo nuestro mérito consiste en servirnos de ellos, lo que cualquier salvaje, es capaz también de hacer, una vez desvanecido de sus primeros terrores.

Esta vanidad, tan pueril como inofensiva, era especialmente perdonable en el caso de Ventimore, deseoso como estaba de corregir cualquier tendencia del genio, hacia una excesiva apreciación de sus propias facultades.

—¿Dispone acaso el Lord Mayor a su arbitrio de semejantes fuerzas? preguntó Fakrash, en quien el discurso de Ventimore, había producido alguna impresión.

—Por cierto, repuso Horacio... Cada y cuando quiere...

El Genio pareció abstraerse en sus pensamientos, y ya no habló una palabra más.

Se acercaban ahora a la Catedral de San Pablo, y las primeras sospechas de Horacio, volvieron a renacer.

—Mr. Fakrash, contésteme Ud., dijo... ¿Es hoy el día de mis bodas?... ¿Sí o no?...

—No, todavía, repuso enigmáticamente, el Genio.—y en verdad la alarma resultó de nuevo falsa, porque el carroaje, dió vuel-

ta por Camden Street, dirigiéndose hacia la Casa de Ciudad.

—Acaso puede Ud. decirme qué venimos a hacer en Victoria Street, y qué significa toda esta muchedumbre que nos sigue, preguntó Horacio.

En efecto la turba era cada vez más densa. Legiones de pueblo, surgían de todas las calles y avenidas, y contemplaban el paso del cortejo, con admiración mezclada de entusiasmo.

—A quién sino a vos, pueden corresponder estos honores?... contestó Fakrash.

—¿Cómo es eso? dijo Horacio... probablemente me confunden con el Shah de Persia, o algo por el estilo...

—No por cierto, dijo el Genio... Vuestro verdadero nombre está en todas las bocas...

Horacio lanzó una ojeada sobre los arcos triunfales que decoraban el trayecto.—Uno de ellos decía... "Salve al más distinguido huésped de la City"...

—Ese no puedo ser yo, se dijo...

Pero entonces leyó en otro estas palabras: "Gloria y honor a Ventimore"... Y en una puerta de calle, un entusiasta había colocado una luminaria, en que brillaba este distico...

;Tuviéramos veinte hombres mas...

Como Horacio Ventimore.

—Se refieren a mí! exclamó el aludido. ora! Mr. Fakrash, explíquese Ud... Porque o mucho me equivoco o Ud. tiene parte en este asunto.

El Genio parecía un tanto embarazado.

—No me dijisteis, repuso, que un hombre que recibiera las Franquicias de la City, sería digno de Bedea-el-Jemal?

—Puedo, en efecto, haberle dicho algo semejante... Pero, ¡Justo Cielo!... ¡Ud. acaso ha logrado que se me conceda tan alto honor?

—Fué un asunto sencillísimo, dijo el Genio sin atreverse a mirar a Horacio frente a frente.

—¡Dios me ayude! exclamó Horacio, rojo de ira. ¿Quiere Ud. decirme qué he hecho yo para merecerlo?

—¡Y qué os importa? Basteos saber que el honor os ha sido conferido.

A este momento, el carroaje había cruzado Cheapside y penetraba en King Street.

—Esto no puede ser, rugió Horacio... Sea que yo haya hecho algo, o que Ud. haya corrido a la cooperación de que lo he hecho! necesito saber qué es aquello. Estaremos en Guildhall en breves segundos, y voy a...

dar colocado en una posición muy falsa.
—En cuanto a eso, repuso el Genio, algo confundido, en verdad lo ignoro por completo.

El coche se detuvo ante una marquesa decorada con escudos y banderas. Una compañía del Real Cuerpo de Artillería, les presentó armas.

—Mr. Fakrash, dijo Horacio con rabia comprimida.... Esta vez Ud. se ha sobre-pasado así mismo... Me coloca Ud. en una situación insostenible, y ahora está obligado a sacarme con bien de ella.

—No paséis culiado, dijo el Genio...

Y con majestuosa gravedad, acompañó a su protegido al interior de la marquesa repleta de hermosísimas mujeres, elegantemente vestidas, de brillantes oficiales con su uniformes de púrpura y sus sombreros emplumados, y de lacayos que llevaban la librea del Estado. La entrada de Ventimore fué recibida con una salva de entusiastas aplausos, y un alto oficial, se adelantó a su encuentro.

—El Lord Mayor os recibirá en la Biblioteca, dijo, si tenéis la bondad de seguirme.

Horacio le siguió mecánicamente.

—No tengo mas remedio, se dijo, que seguir esto hasta el fin... Si al menos, Fakrash, me auxiliara... pero, que me cuelguen si él no está mas nervioso que yo mismo.

Al llegar a la soberbia biblioteca de Guibball, una orquesta rompió en armoniosos acordes, y Horacio con el Genio en su seguimiento, se adelantó por entre una doble fila de distinguidos espectadores, hasta el trono, en cuyas gradas le esperaba el Lord Mayor,

llevando sus magníficas vestiduras resplandecientes de oro, su sombrero cubierto de plumas, y rodeado de oficiales y personajes ricamente ataviados.

Era en verdad una imponente figura la del Primer Majistrado.

Alto, digno, de nariz aguileña, penetrantes ojos negros, majestuosa barba blanca, parecía en verdad digno de ser el representante de la mas vasta y rica ciudad del mundo.



Lo esperaba el Lord Mayor, llevando sus magníficas vestiduras, resplandecientes de oro

Horacio se aproximó a las gradas del trono, sintiendo fletuar sus rodillas, y sin la menor idea de lo que pudiera estarle reservado.

En su perplejidad, dirigió sus miradas hacia el Genio, en demanda de amparo y de ayuda, pero solo pudo descubrir que el viejo demonio, cuya ignorancia o cortedad de alcances, le colocara en una situación tan falsa, había desaparecido périfida y misteriosamente, dejándolo entregado solo al auxilio de sus propias luces...

CAPITULO XVI

Ducha de agua helada

Por fortuna para Ventimore, su momentáneo desmayo, al tener noticia de la desaparición del incorregible Genio, pasó desapercibido para la concurrencia.

El oficial de mas categoría se adelantó a presentarlo, en breves palabras al Lord Mayor, quien con benévolas cortesías, había descendido de las gradas para recibir a su huésped....

—Mr. Ventimore, dijo el Primer Majistrado, estrechando cordialmente la mano de Horacio. Ud. me permitirá decirle que con-

volencia... Muy bien sé que nada he hecho para merecer esta magnífica recepción.

—Ah! replicó el Lord Mayor, en tono paternal. Bien veo que es Ud. modesto... ¡Rasgo admirable!... Permitame presentarlo a mis oficiales...

Se adelantaron éstos, encantados de semejante honor. Horacio les estrechó las manos, y en la turbación del momento casi hizo lo mismo con los heraldos que llevaban el cetro y la Maza Real, pero felizmente, no llegó a hacerlo por tener ambas manos ocupadas.

—Esta presentación, dijo el Lord Mayor, tiene lugar en el salón de ceremonia, como Ud. sin duda lo ha observado.

—Así lo entiendo, dijo Horacio, mas animado, en la creencia de que lo peor de la ceremonia había ya tenido lugar.

—Pero antes, dijo el Primer Majistrado ¿no quería Ud. acompañarnos a tomar un ligero refresco.

Horacio no tenía apetito, pero se le ocurrió que podría salir con más éxito del presente aprieto, después de beber una copa de champaña; acató pues la invitación, y fué conducido a un bufet improvisado en un rincón de la biblioteca, donde pudo satisfacerse con un sandwich de carne y un trago de la champaña más seca de las bodegas de la ilustre corporación.

—Hablan de abolirnos dijo el Lord Myor, engulléndose un embutido de anchoas; pero yo sostengo, Mr. Ventimore, que nuestras antiguas costumbres, nuestras honrosas tradicio-

nes, forman un lazo con el pasado, que un sabio estadista debe conservar intacto...

Horacio asintió, no sin recordar otro lazo que a él le unía, muy apesar suyo, con un pasado aún más remoto.

—Ya que hablamos de antiguas costum-



Hablan de abolirnos, dijo el Lord Mayor

sidero uno de los mas grandes, sino el mayor de los privilegios de mi cargo el de que ahora gozo, teniendo el honor de recibir en la Casa de Ciudad, a tan ilustre visitante.

—Milord Mayor, dijo Horacio con sinceridad absoluta, Ud. me abruma con su bene-

bres, continuó el Lord Mayor con cierto orgullo, Ud. pronto tendrá ocasión de conocer algunos de nuestros viejos procedimientos, que no dejarán de impresionarle.

Horacio se sentía completamente idiota, y apenas acertó a balbucear algunas palabras.

—Antes de presentar a Ud. la Franquicia, el Primer Chambelan y cinco oficiales, darán su testimonio, en favor de Ud. prestando juramento de que Ud. es persona de buen nombre y fama, y, lo que le divertiría más especialmente, Mr. Ventimore, de que Ud. no desea la franquicia de la City, para traicionar a la Reina... ¡Ja... ja... ¡Curioso, nó es verdad?

—Ciento, repuso Horacio, seguro de que el Chambelan y los oficiales, no dirían nada que hasta aquí no fuese efectivo.

—Una simple fórmula... pero sentiría muchísimo que estas viejas prácticas cayeran en el olvido. En mi sentir, agregó mientras concluía un sandwich de pate-de foie gras, esta impaciencia moderna por destruir todos los rastros del tiempo viejo, es uno de los sistemas más alarmantes de nuestra época... ¿No quiere Ud. mas champaña?—Entonces, diríjamonos al salón de honor, para el acontecimiento del día.

—Temo, dijo Horacio, que estas incongruentes vestiduras orientales no sean las más apropiadas para la ceremonia. Si yo hubiese sabido...

—No... No agregue una palabra más, dijo el Lord Mayor. Su traje es muy hermoso... muy hermoso sin duda... y de lo más apropiado. Pero veo que el Mariscal de la City nos está esperando a la cabeza de la procesión. Vamos pues.

La orquesta entonó la marcha de los sacerdotes de Athalia, y Horacio medio desvanecido, acompañó a su huésped, seguido por el Comité de las Tierras de la City, los Sheiffs, y otros dignatarios, al traves de la Galería de Arte, hasta el Salón de Honor, a cuya entrada fué saludado por las trompetas de los heraldos.

El salón se hallaba repleto, y Ventimore al penetrar en él, fué recibido con una demostración popular, que le hubiera colmado de orgullo y regocijo, si hubiera creído merecerla; pero era ridículo suponer que se le consideraba un bienhechor público, por el acto de haber devuelto a la libertad y al mundo, a un genio convicto desde antiguo, de innumerables desastres.

Su único consuelo, era que los ingleses no se entusiasman sin justo motivo, y que, antes de que la ceremonia terminara, llegaría a saber la causa verdadera capaz de haber excitado aquel entusiasmo casi sin límites.

La ceremonia empezó como si aquella reunión, fuera una de las ordinarias, y destinada por tanto, el estudio de negocios comunes, lo que a Horacio no dejó de parecerle sumamente ridículo. Se resolvió que los ítems 1 a 4 no necesitaban ser discutidos... Entonces llegó su turno al ítem 5.

El ítem 5, era una resolución, leída por el Secretario de la ciudad, en estos términos:

“La Franquicia de la City, debe ser conferida a Horacio Ventimore, Esq., ciudadano, en reconocimiento de sus servicios, especialmente en atención....”

Horacio era todo oídos, pero por desgracia, en este momento, el oficial sufrió un repentino ataque de tos, y no pudo oírse sino la conclusión de la sentencia, que decía así:

“... por lo cual, ha merecido justamente la admiración y el reconocimiento de sus conciudadanos”.

Se adelantaron en seguida los seis testigos a declarar, en pró de los méritos y digni-



Estas incongruentes vestiduras, no son las más apropiadas para esta ceremonia

dad de Ventimore, para recibir la Franquicia. El pobre muchacho, no sabía a punto fijo, en qué responsabilidad estaban incurriendo, los oficiosos y benévolos declarantes, pero se convenció de que ellos acaso, conocerían sus propios asuntos mejor que él mismo.

Después el Chamberlain de la City, leyó un discurso, que Horacio hubo de oír con resignación. El Chamberlain se refería en él á la unanimidad y entusiasmo con que se votara la resolución de la Franquicia, y dijo que era para él, un deber tan honroso como agradable, el servir de portavoz a tan antigua e ilustre ciudad, para dirigir, lo que llamó impropriamente "unas pocas palabras" a uno, cuyo nombre iba a añadirse a los de tantos personajes ilustres, á quienes la Corporación al través de los siglos, confirió el homenaje de la Franquicia.

Ello era por cierto muy halagüeño, pero a los oídos de Horacio, sonó a excesivo, casi a grotesco, quizás porque hasta entonces ignoraba, lo que había hecho para merecerlo.— El orador, procedió en seguida á leer el Rol de los ilustres de Londres, a cuya enumeración Horacio sintió estremecerse. ¡Qué nombres aquellos! ¡Cuántas gloriosas hazañas recordaban! ¡Cómo era posible que él, el pobre y desorocido Horacio Ventimore, un arquitecto fracasado, sin un solo cliente, fuese colocado junto a esos eminentes personajes.

¡Sin duda era una burla!

Parecía al desventurado, que la base del monumento de Nelson, que podía contemplar desde su asiento, le miraba con indignación y desprecio; que la estatua de Wellington le sahía un impostor, y que la efigie del Lord Mayor Beckford, a la izquierda del trono, iba a cobrar vida para denunciarle de un momento a otro.

"En cuanto a vuestros distinguidos servicios, continuó el Chamberlain de la City, sabréis acaso, señor, que es costumbre, en ocasiones como esta, recordar el mérito particular que ha dado lugar al reconocimiento público"....

Horacio se sintió aliviado al oír estas palabras.

"Pero en el presente caso, señor, continúo, creo, y todos los circunstantes lo creerán conmigo que sería innecesario, casi impertinente, recordar al público, lo que para cada uno de nosotros es demasiado conocido y familiar.

Una salva de aplausos saludó este arranque oratorio.

— "Solo me resta pues, concluyó el Chamberlain, el ofreceros, a nombre de la Corporación, la mano del coéga, como Franco Hombre y ciudadano de Londres".

Al decir estas palabras, presentó a Horacio una copia del juramento de Fidelidad, invitándole a leerlo en voz alta. Ventimore no tuvo inconveniente para declarar que sería fiel vasallo de su Soberana la Reina Victoria, obediente al Lord Mayor y que debiaría toda conspiración contra la paz del Reino.

Con esto creyó concluida la ceremonia. No fué así por desgracia.—

El Lord Mayor se puso de pie, con la intención evidente de pronunciar un discurso.

Dijo que el acuerdo de la City para conferir sus más altos honores, a Mr. Horacio Ventimore, había sido... (aquel vaciló un tanto), tomado con tanta prisa, que él en realidad no se encontraba suficientemente preparado, para hacer uso de la palabra, pero la ocasión era de tal modo excepcional que no podía excusarse de hacerlo. Creo, agregó, interpretar el sentimiento de todos Uds.

Así parecieron demostrarlo los aplausos de la concurrencia.

La corporación, continuó el Primer Magistrado, se ha visto impulsada, en este caso, como siempre, por la irresistible presión de la voluntad popular. El mejor de los laureles que adorna hoy, la cabeza de Mr. Ventimore, es el espectáculo de indescriptible entusiasmo de esta asamblea. Aquí se ha reunido todo cuanto contiene de distinguido nuestra poderosa Metrópoli para rendir a Mr. Ventimore, el título de respeto y admiración, que él ha sabido infundir en el corazón de todos, ricos y pobres, grandes y pequeños.— Solo me resta, terminó, pedir á Mr. Ventimore, que me honre aceptando este estuche de oro, que contiene su Carta de Franquicia, y se digne enseguida, antes de ser inscrito en el Rol, hacer una breve relación de los trabajos en que ha tomado una parte tan distinguida y prominente.

Horacio recibió mecánicamente el estuche... Solo se oía un solo grito en la vasta reunión.— ¡Que nable! ¡Que hable!

En vano procuró excusarse... Casi sin quererlo, fué arrastrado hasta el borde de la gradería. Le acogió una verdadera tempestad de aplausos, que se prolongó aún por mas de dos minutos.



Horacio recibió mecánicamente el estuche

En ese intervalo, tuvo tiempo de poner en orden sus confusas ideas. En verdad, antes de comprometer irrevocablemente a sus admiradores demasiado benévolos, era de su deber poner en claro su situación verdadera.— Se dirigió pues a la asamblea fría y galantemente, convencido de que el mejor camino era el de la absoluta sinceridad.

—Milord Mayor, señores, señoritas y caballeros, empezó con voz clara que llenó todos los ámbitos de la sala. Si esperais oír de mis labios la relación de lo que he hecho, para merecer el honor que se me confiere, temo que vais a sufrir un desengaño... Porque, en mi opinión, yo no he hecho absolutamente nada.

Estas palabras fueron recibidas con un grito general de ¡No! ¡No!... y otras ardientes protestas.

—Es muy fácil exclamar: No... No..., dijo Horacio, y en verdad os estoy muy agrado por esta interrupción. A pesar de todo, solo puedo repetiros que ignoro en absoluto, qué servicio puedo haber rendido a mi país o a la ciudad, y por lo cual merezca, el

menor reconocimiento... Y si algo he hecho, lo he olvidado por completo.

Nuevamente se dejaron oír algunos murmullos, esta vez mezclados con cierta irritación, y Horacio oyó a sus espaldas, al Lord Mayor decir al Chamberlain, que el discurso aquel no era el mas adecuado a las circunstancias.

—Sé lo que todos estais pensando, dijo Horacio. Creis, acaso que se trata de una falsa modestia de mi parte. Pero nada de eso. No sé lo que he hecho, y presumo que vosotros estéis mejor informados que yo. Porque la Corporación no me habría conferido este honor, ni vosotros estaríais aquí, si yo nada hubiera hecho para merecerlo.

Aquí volvió a resonar otra salva de aplausos.

—Ahora bien... ¿Tendría alguno de vosotros la bondad de decirme, qué es lo que suponeis que he hecho?

La única respuesta fué un silencio de muerte... Cada uno miraba a su vecino y nada más.

—Milord Mayor, continuó Horacio. A Ud. apelo, para que diga a esta asamblea y á mí mismo, porque estamos todos aquí.

El Lord Mayor se levantó.

—Piensan que es suficiente motivo, dijo con dignidad, el que la Corporación y yo mismo, por opinión unánime os hemos acordado esta distinción, por motivos que no es necesario recordar.

—Lo siento, persistió Horacio, pero yo conjuro a su señoría a que me dé esos motivos...

Tengo un objeto. ¿Puede darlos el Chamberlain de la City?.. No... ¿Y el Secretario de la Corporación?.. Tampoco... Lo sospechaba... Ninguno puede exponer esos motivos, y yo os voy a decir porqué... Es porque esos motivos no existen. Reconozco que esto es muy desagradable para vosotros, pero aún lo es mas para mí. En realidad no puedo aceptar la Franquicia de la City, bajo la sospecha de pretensiones infundadas. Sería pagar muy mal vuestra hospitalidad se-

ria antipatriótico el arrojar así al ridículo, la honrosa distinción que sin merecerla me habeis acordado. Si después de oír lo que voy a deciros, acordais insistir en conferírmela, no seré tan ingrato que la rehuse. Pero si yo permítiese, que, sin mayores explicaciones, se me inscribiera en el Rol de la Fama, esto significaría, por razones que vais a oír, la sentencia de muerte de esta Corporación.

El silencio de la sala, era tan intenso que habría podido oírse el volido de una mosca. Horacio, se volvió entonces a la vez hacia el Lord Mayor y hacia la asamblea.

—Antes de seguir mas adelante, dijo perdonáme Su Señoría, si le sugiero la idea de hacer evacuar la sala a los representantes de la prensa.

cuando todos vosotros superais hasta qué punto habeis sido engañados, todos habriais preferido, que los detalles de este caso no aparecieran en los periódicos. Pero si lo deseais de otra manera, así sea.

Un formidable murmullo de protesta se siguió a estas palabras. Trabajo le costó al Lord Mayor restablecer el orden.

—No hogais, os lo suplico, mi situación mas difícil de lo que ya lo es, dijo Horacio, en cuanto logró hacerse oír. Uds. no supondrán que yo habría venido aquí, en este traje extravagante, a imponer mi presencia a la City, si hubiera podido evitarlo. El hecho es que soy víctima de una fuerza poderosa, que soy incapaz de combatir.

Un nuevo murmullo le impidió continuar por algunos momentos.

—Solo os pido, dijo suplicante, que me escuchéis con paciencia. Concededme esto y os prometo que os haré recobrar muy pronto vuestro buen humor de antes.

La concurrencia se calmó,

y Horacio pudo seguir:

—Mi caso es simplemente este, dijo, hace pocos días, fui a un remate, y compré en él una botella de bronce...

Por alguna razón inexplicable, estas últimas palabras levantaron un alboroto rayano en el frenesí... No querían oír hablar de la botella de bronce. Cada vez que Horacio quería mencionarla, la concurrencia entera se ponía a

chillar, como un verdadero coro de salvajes. Tales demostraciones no fueron exclusivas de la parte masculina de la asamblea. Una dama conocidísima en la alta sociedad londinense, y cuyo nombre no debe ser aquí divulgado, arrojó su frasquito de sales contra la cabeza del infeliz Ventimore.

—¿No quereis oírmе? balbuceó... No me estoy burlando. No os he dicho aún lo que había dentro de la botella... Cuando la abri-



La mesa de los reporters se levantó airada

La mesa de los reporters se levantó airada, y muchos de los concurrentes se manifestaron desagradados.

—Nosotros al menos, dijo el Lord Mayor con estudiada dignidad no tenemos razón alguna para temer la lux pública. No daré, pues, una orden semejante.

—Muy bien, dijo Horacio. Mi sugerición fué hecha mas en interés de la Corporación que en el mío. Pensaba sencillamente que,

No pudo continuar, porque apenas las anteriores palabras salieron de sus labios se sintió violentamente tomado por el cuello, y arrastrado hacia arriba por una fuerza imposible de ser resistida.

Subiendo y subiendo pasó por entre los grandes candeleros, hasta la dorada cúpula, seguido por un grito terrible de miedo y horror. Hacia abajo pudo ver los rostros pálidos del auditorio, y las carcajadas histéricas,

de las damas nerviosas. Así salió de la sala y se encontró suspendido en el espacio sin límites.

Sin duda, era el genio quien lo había arrastrado en una forma tan sensacional, y en verdad se sintió más agradecido que alarmado, por los procedimientos sumarios de que Fakrash se había servido, para librarlo de una situación que de momento era nonfrente, iba tornándose impoible.

(Concluirá)

LAS CARTAS DE ALBERTO SOBEL

Nadie ha olvidado aún cuán concienzudo historiador y notable publicista fué Alberto Sorel. Su obra es de aquellas en que está mezclado lo útil con lo voluble conforme al precepto horaciano. Los espíritus curiosos de la historia francesa pretender encontrar el pensamiento de Albert Sorel en una serie de cartas que dirigió a su familia y a un amigo, durante la guerra y que serán pronto publicadas. Por aquella época el autor de *Europe et la Revolution française* formaba parte de la delegación de Tours en calidad de agregado al Ministerio de Relaciones extranjeras y se encontró mezclado en las negociaciones diplomáticas a las órdenes de M. de Chaudordy.

Estas páginas presentan por consiguiente un interés particularísimo; son emocionantes para leerse y útiles para meditarse. La correspondencia del historiador recopilada y clasificada por Albert-Emile Sorel, dedicado desde hace cinco años a este trabajo, es voluminosa y abarca desde 1853 a 1906 desde su ingreso al colegio hasta su muerte.

Por un sentimiento de respeto a la memoria de su padre M. Albert-Emile Sorel no ha querido dar sino fragmentos, que no explican tanto los acontecimientos a que el escritor asistía como testigo presencial, y que él juzgaba entonces con la pasión nangustiosa de su juventud, como su desarrollo intelectual. La misma zozobra le ha llevado a comenzar por la guerra. En sus cartas se verán las ideas directoras que gobernadas por el método científico elaboradas por el profesorado de la Escuela libre de ciencias políticas y dominadas por la imparcialidad, inspiraron la obra histórica Albert Sorel concibió su idea al día siguiente del desastre de las armas francesas para terminarla treinta y tantos años después.

El sentimiento de las tradiciones era el más vigoroso en su idea y he aquí por qué en la postre página de su libro ha podido él asegurar "su fe inquebrantable" en los destinos de su país.

R.



UNIO
1918

PACIFICO

MAGAZINE

Frecio:
Un Peso



Alarma Infundada



—¿Qué significaba ese alboroto tan grande allá abajo?

—No te asustes, mujercita mía. Son los estudiantes que protestan por el regreso del internuncio Sibilia...

C. KIRSINGER & Co



Auto - Solodant - Piano

MARCAS

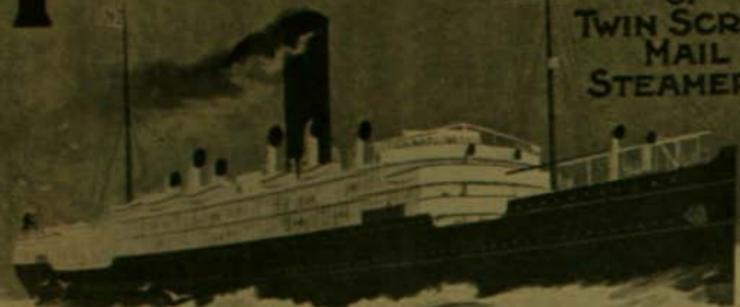
HUPFELD, SCHIEDMAYER, IBACH

EXCELENTE Tocador. EXCELENTE Piano
VENTAS CON FACILIDADES DE PAGO

En SANTIAGO: Casa de ADOLFO CONRADS, Calle Estado
En CONCEPCION: Casa de F. RETTIG, Calle Barros Arana

PACIFIC LINE

OF
TWIN SCREW
MAIL
STEAMERS



BRAZIL RIVER PLATE AND WEST COAST

Calling at LA ROCHELLE-PALICE, CORUNNA, VILLAGARCIA,
VIGO, LEIXOES, OPORTO AND LISBON.



THE PACIFIC STEAM NAVIGATION COMPANY

1 & 22, JAMES STREET, LIVERPOOL.
Agents for the
VALPARAISO

This Red Dotted Line indicates the
ports called upon by the Express Service
from Glasgow and Liverpool to Bahia
Buenos, Port Madryn, and West Coast.

SANTIAGO
GRANDE, NÚMERO 948
CASILLA 1192
TELÉFONO INGLÉS 778

PEREZ & SWINBURN

CONCEPCIÓN
BARRIL - ARANA NÚM. 436
CASILLA 295

AUTOMOVILES "WHITE"

Compañías de Vapores { R. W. James & Co. - Vapor "Flora"
Nelson Steam Navigation Co. Ltd.
* * * Vapores de Buenos Aires y Europa

COMPAÑIA DE SEGUROS: LONDON & LANCASHIRE

MATERIALES para construcciones.

ID. para Alcantarillado.

ID. y artículos Sanitarios.

FIERRO galvanizado, acanalado inglés y americano.

FIERRO en planchas, negro y en barras.

ALAMBRE galvanizado y negro.

"QUEMADORES DELTA" Incinerador de basuras.

SILLAS Inglesas: Champion y Parker.

CEMENTOS extranjeros y del país.

PINTURAS "Glidden": Stucolor, Velvalac, Japalac y varias clases de pinturas y barnices.

PINTURA Zinc en pasta.

AGUARRAS.

ACEITE de linaza.

NAFTA para Automóviles.

TIROS NOBEL'S - BALLESTITE - SACOS VACIOS

Confitería Santiago

Comestibles y Conservas

AHUMADA ESQ. HUERFANOS

Chocolates, Frutas y Marrones de todas marcas. Conservas, Vinos y Licores importados de todas clases.

Esmero en atención de banquetes —————

Francisco Barrio y Cía.

Banco de la República



Capital totalmente pagado:

\$ 14.000,000

Dividido en 140,000 acciones de cien pesos cada una

Setenta mil de esas acciones forman la serie B suscritas por capitales franceses y se cotizan en la Bolsa de París

FONDO DE RESERVA: **\$ 3.000,000**

OFICINA PRINCIPAL: SANTIAGO

CONSEJO DIRECTIVO

Presidente

Señor GREGORIO DONCOSO

Vice-Presidente

Señor SALVADOR IZQUIERDO

CONSEJEROS:

Señores: Marcelo Benard, Eduardo Charme, Antonio Huneeus, Abraham A. Ovalle, Mauricio D'Orival, Ricardo Pérez Eastman, Carlos Riesco, Antonio Valdés Cuevas, Rafael Tagle Jordán,

Director Gerente

Señor LUIS PHILLIPS

Co-Gerente:

Señor ALBERTO STOBER

Sub-Gerente

Señor CARLOS A. ORREGO S.

CONSEJO LOCAL EN PARÍS

Señores Teodoro Mottet, Juan Gunsburg y Georges Benard

SUCURSALES

Valparaíso: Gerente, señor Carlos Soublette. Rancagua: Agente, señor Javier Gumucio. San Fernando: Agente, señor Agustín Marín

Agencias en el extranjero:

Londres: J. Henry Schröders & Co., Anglo & South American Bank Ltd., Emile Erlanger & Co., Swiss Bankverein

Hamburgo: Vorwerk Gebrüder y Cia.

París: Heine et Cie., Benard y Jarislowski, De Neuflize et Cie., Comptoir National D'Escompte

Buenos Aires: Portalis y Cia.

Bolivia: Banco Nacional de Bolivia. Representante del Banco Hipotecario-Valparaíso

EL BANCO DE LA REPUBLICA gira letras y acepta cobranzas sobre cualquier plaza del país y del extranjero, donde haya oficina de Banco.

Recibe en custodia Bonos y demás valores, sin cobrar comisión alguna a sus Accionistas y Comitentes.

Recibe carga a bodega y consignación. Anticipa fondos sobre productos y mercaderías depositadas en las bodegas del Banco ubicadas frente a la Estación Central de los Ferrocarriles del Estado.

Hace toda clase de transacciones sobre productos agrícolas, maderas y animales, para lo cual ofrece a los agricultores sus secciones Tattersal y Feria de Productos y Feria de Maderas.

En general ejecuta toda clase de operaciones bancarias.

La carga debe dirigirse a los desvios del Banco de la República.

LAS
Novedades Parisienses

oooooo

ESTADO esq. PASAJE MATTE

oooooo

**Especialidad
de Artículos
para Señoras y
Niños**

oooooo

**Gran Taller de Vestidos
SOBRE MEDIDA**

oooooo

**Abrigos de todas clases
Toilettes de baile
Trajes de novias
Ropa interior
Creas, Lienzos**

oooooo

EMPORIO DE ALFOMBRAS

de una sola pieza

oooooo

EL AFAMADO TE LEON
EL CAFE EXCELSIOR
CHAMPAGNE MOET - CHANDON

En su empeño por desarro-
llar la afición de los viajes,
procurando facilidades a los
viajeros, "PACIFICO
MAGAZINE" publicará en
breve un

**GUIA
MANUAL
DEL VIAJERO
EN CHILE**

Rogamos en consecuencia a los seño-
res HOTELEROS, EMPRESARIOS
DE TRANSPORTE POR MAR,
RIOS O TIERRA, DUEÑOS DE
CAFEES Y RESTAURANTS, Etc.,
SE SIRVAN REMITIRNOS UNA NOTA
ACOMPAÑADA DE UN RE CORTE DE ESTE
ANUNCIO INDICANDO SU DIRECCIÓN, TARI-
FAS DE PRECIOS E ITINERARIOS

Las inserciones en el Guia serán
ABSOLUTAMENTE GRATIS



VIÑA CONCHA Y TORO

Vinos Tinto y Blanco
Reservados, especiales
para Banquetes

Se recomiendan las clases PARA FAMILIA

CABERNET

..... Y

SEMILLON BLANCO

Ventas en cajones, javas, barriles
y damajuanas

AGENTES GENERALES:

BESA & Co.

SANTIAGO - VALPARAISO - CONCEPCION

Bodega:

Manuel Rodriguez 42

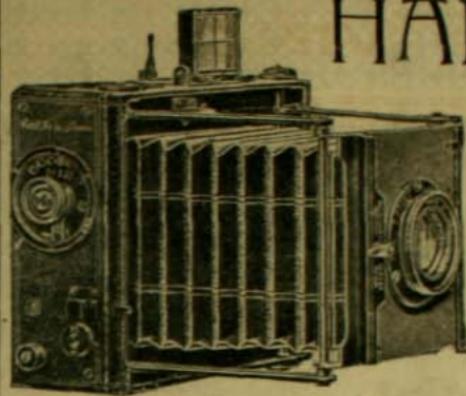
Teléfono 1003



Oficina,

Bandera número 170

teléfono 1007



HANS FREY

VALPARAISO

Materiales y Utiles para la

Fotografía

SIEMPRE GRAN SURTIDO

PIDASE CATALOGO

Agentes para el Sur:
Casilla 943, Concepción

Kock & Wolf

Salvador Molina G.

BANDERA 115 ✸ Corredor de Comercio ✸ BANDERA 115

Compra-venta de propiedades, acciones mineras, salitreras, bonos, etc.

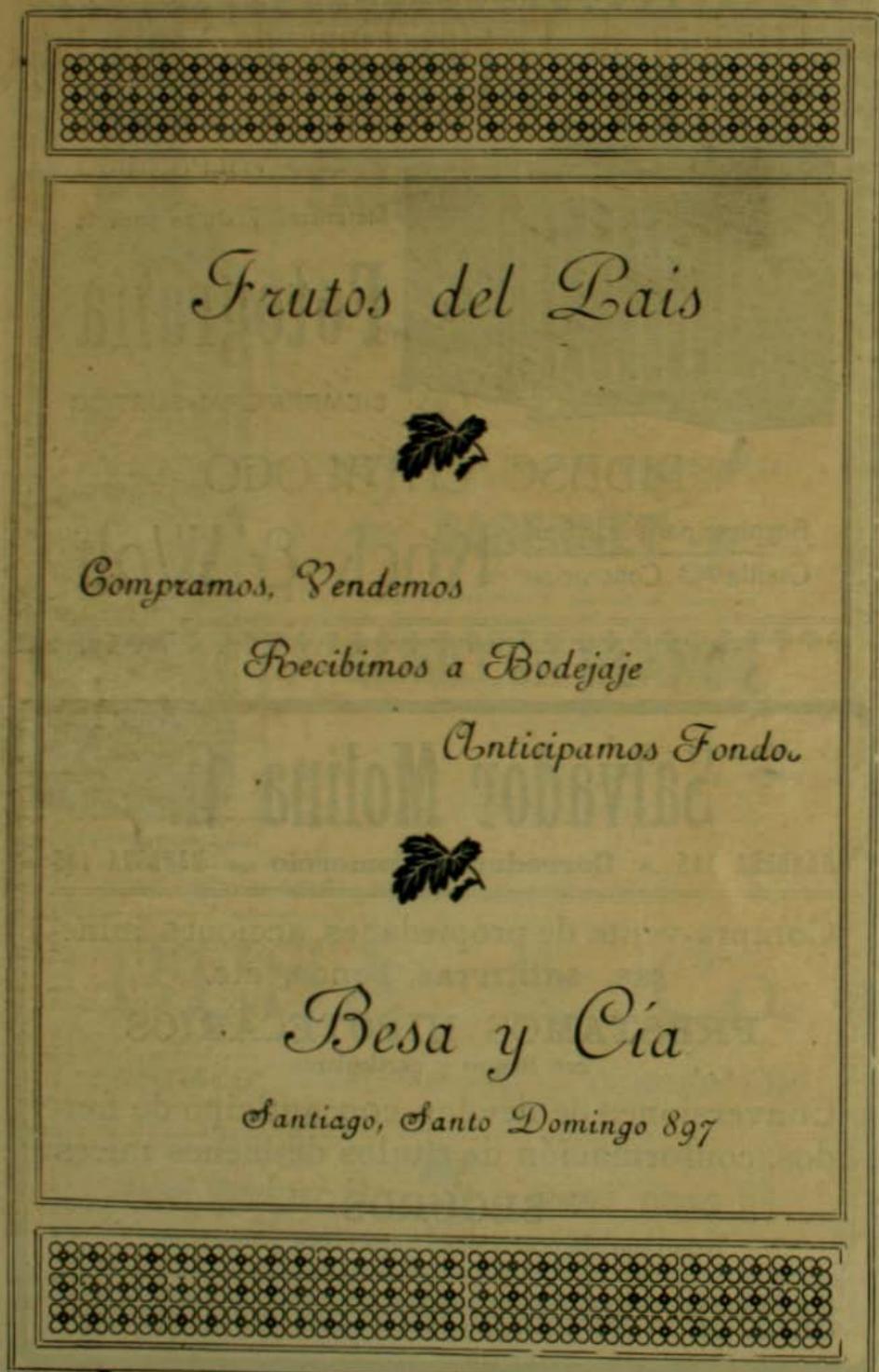
PRESTAMOS HIPOTECARIOS
con Bancos y particulares

Conversiones de deudas con anticipo de fondos, conformación de títulos de bienes raíces

SEGUROS

Toda clase de operaciones comerciales y bursátiles

SALITRE el mejor abono para las agricultores, jardines, parques, etc., vendo en pequeñas y grandes partidas a precios fuera de competencia.



Frutos del País



Compramos, Vendemos

Recibimos a Bodejaje

Anticipamos Fondo



Besa y Cía

Santiago, Santo Domingo 897

El Criadero de Plantas Finas de Santa Julia de Nuñoa, de propiedad de José Pedro Alessandri



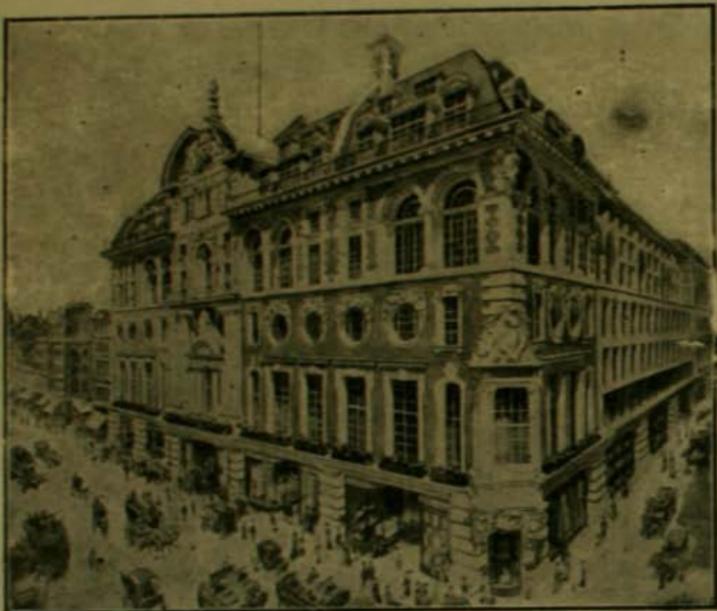
Tiene constantemente en venta al más bajo precio de plaza. Colecciones de Rosas, Dahlias, Chrysanthemus, Rhododendros, Camelias, Azaleas indicas y rústicas, Kentias, Helechos finos Cycas y gran variedad de otras plantas introducidas recientemente al país.

Ordenes: AVENIDA IRARRAZAVAL 3245, o Teléfono Inglés 17 de Nuñoa.

RICARDO PRESSON.

Waring & Gillow

(South America) Ltd.



CASA MATRIZ EN LONDRES

*Fabricantes de Muebles
Menajes, Decoraciones, Etc.*

Proveedores de Casas Reales Europeas

Agentes Generales en Chile: COMPTON & Co.

VALPARAISO: Cochrane 593. SANTIAGO: Moneda 1164.

Grand Garage

Manuel Guilisasti R.

Alameda de las Delicias 2664, Telf. Inglés 609, central



Importación de Automóviles de todas marcas

Fabricación y Reparación
en general por personal técnico francés

Completo surtido de Repuestos y Accesorios

Automóviles nuevos

últimos modelos recibe constantemente

Reparaciones garantidas, precios muy bajos

Espléndidos Boxes particulares
completamente cerrados, \$ 40 por mes



La sembradora de discos "DEERING IDEAL" trabajando en la chacra Valparaíso de Núñez de don Ramón Cruz Montt.

Las sembradoras de discos "DEERING IDEAL" constituyen en todas sus partes el tipo más moderno de máquinas sembradoras, lo que prueban los certificados de centenares de agricultores de Chile que tienen estas Máquinas.

Referente a la capacidad, ligereza de trabajo y sencillez, la sembradora "DEERING" no tiene igual y nunca lo tendrá:

Convidamos a todos los Señores Hacendados de pasar por nuestra oficina para conocer nuestro gran surtido de sembradoras "DEERING" y para imponerse personalmente de las ventajas y perfecciones que tienen estas máquinas sobre otras marcas.

Hoy por hoy día la Sembradora "DEERING IDEAL" es reconocida como la Mejor Sembradora del Mundo.

Oficina en
Santiago:

Bandera 419 Importadores de Máquinas famosas y modernas

SAavedra Benard y Cía.



BANCO ITALIANO

Huérfanos 830, SANTIAGO

Capital Pagado: \$ 10.000,000

Oficinas Principales:

VALPARAISO

LUIS WINTER
Gerente



ARTURO LORCA P.
Sub-Gerente

SANTIAGO

ENRIQUE DUVAL
Gerente



RAFAEL VALENZUELA V.
Sub-Gerente

Sucursales:

VALPARAISO (Almendral), SANTIAGO (Estación), IQUIQUE, TALTAL,
CALERA Y PARRAL

Agencias en el extranjero:

ITALIA

URUGUAY

INGLATERRA

PERU

ALEMANIA

ECUADOR

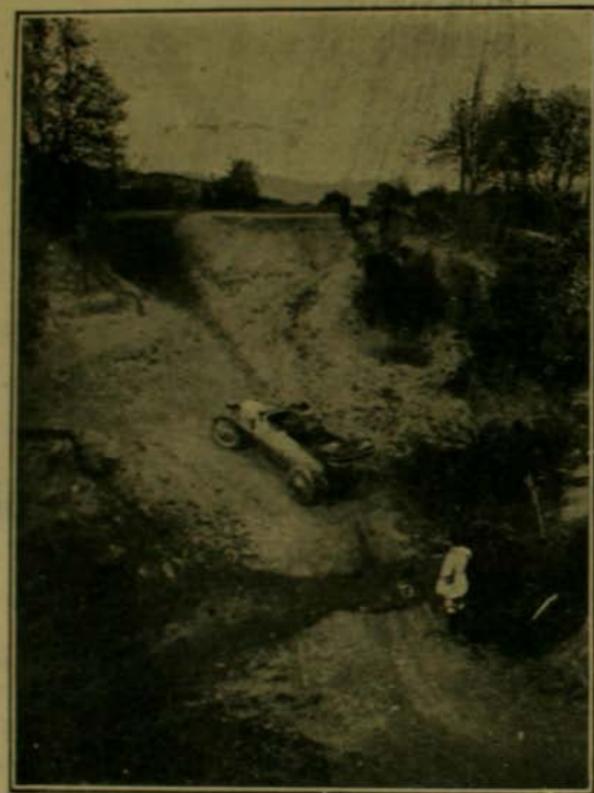
FRANCIA

y BRASIL

REPUBLICA ARGENTINA

Ejecuta toda clase de operaciones bancarias, despacha giros telegráficos, otorga cartas de crédito y se encarga de la compra-venta de acciones y bonos, etc.

MINERVA DE 16 H.P.



SUBIENDO LA CUESTA DE LOS QUILLAYES

(Según fotografía).

Unicos Agentes:

COMPTOIR DE LA COSTA DEL PACIFICO

CALLE SAN ANTONIO 355

SUMARIO

PERSONAJES DE ACTUALIDAD	737
EL EXCOMULGADO	739
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux	
EL CRIADERO DE PIRQUE	757
VICTORIA DE UN ARTISTA CHILENO	763
EL ARTE DE LA FOTOGRAFIA DOCUMENTAL	769
LA ISLA DE MUCHO MAS AFUERA	785
Ilustraciones de Martín.	
LOS FREJOLES DE PITALUGA	792
Ilustraciones de Richon Brunet.	
UNA FAMILIA SUD-AMERICANA	799
Ed. de Amicis	
Ilustraciones de Gordon.	
PALACIO DE GOBIERNO	806
MI PRIMA SOLEDAD	811
EN EL PAIS DE LA LEYENDA	817
Miguel de Fuenzalida	
EL COBRE	829
Carlos G. Abalos	
LA PINTURA FUTURISTA	849
AMOR ANTIGUO AMOR MODERNO Y AMOR FUTURO	
N. Novoa Valdés	859
LA BOTELLA ENCANTADA	861
F. Anstey	
Ilustraciones de H. R. Millar.	

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

CRONIQUILLA DE HIGIENE

Trátese de cuidar hombres o mujeres, el doctor Lúcas Championnere no quiere otros auxiliares, sino enfermeras. Religiosas o particulares, no le importa! Sólo las mujeres poseen la paciencia y la dulzura. Sólo ellas saben aliviar el dolor.

Así se expresaba el doctor con grande satisfacción, como puede suponerse, ante el público femenino de un Liceo de París.

El doctor Lúcas Championnere escogió por tema de su conferencia, "El dolor", y comenzó por decir que antes de anestesiar al paciente por el cloroformo o por el éter, los cirujanos no podían preocuparse apenas de él, obligados, como están, a no dejarse ablandar por el espectáculo del enfermo, que se resiste y se queja a gritos de la mordedura del bisturi. Hoy, por el contrario, se hacen esfuerzos para combatir y atenuar el dolor, aun en sus manifestaciones más insignificantes.

Por otra parte, no se sabe bien lo que es el dolor. Un ilustre fisiólogo, Beaunis, distinguía 123 clases de dolor, y los estoicos decían que no existía el dolor sino en el nombre. Pero esto no basta. Lo que hay de seguro en esto, es que se le sien-

te y en diferentes grados. Se ha tenido también la mala costumbre de considerar a las personas como cobardes o valientes, según soportan mal o bien una cosa cualquiera, que, a juzgar por uno mismo, se soportaría o no se soportaría. Nada más falso que este concepto relativo, pues unos sienten lo que otros no sentirían. Los que viven una vida ruda, son siempre menos sensible al dolor. En 1812, Ségur pudo constatar que los aldeanos rusos eran menos sensibles que los soldados napoleónicos, a los que nadie podrá reprochar de poco valerosos.

Es esto un desquite de la civilización; cuanto más se desarrolla un cerebro, más se refina el sér, más agudo se hace el sufrimiento. He aquí por qué, añade el doctor Lúcas, los médicos, por ejemplo, son los enfermos más insopportables. Y para demostrar que, sin embargo, no les falta el valor a sus colegas, cuando quieren, refiere el caso de un médico que sin consentir se le cloroformara, fué operado y se le extrajo un hueso del pie, mientras fumaba tranquilamente su pipa.

Bueno de la Gran Asociación
Unión Horlogera
ALPINA
Para ricos y pobres
SIEMPRE
BUENO Y GARANTIDO



Hay de:

NIQUEL desde....	\$ 15
ACERO desde....	\$ 18
PLATA desde....	\$ 30
ORO, señora, desde	\$ 75
ORO hombres desde	\$ 135

323, AHUMADA

Alpina-

esq. Pasaje Toro

Por reducir el negocio realizo un gran surtido de OBJETOS PARA REGALOS a precios sumamente ventajosos. — Caja 526. — 323 AHUMADA, 323. — J. HUBER.



Paisaje de Valenzuela Llanos



PACIFICO

MAGAZINE



+ Que ayer

VOL. 1—Santiago de Chile, Mayo de 1913.—NUM. 5.

— Que mañana

PERSONAJES DE ACTUALIDAD



Sr. Francisco Huneeus



Monseñor Sibilia



Sr. Quezada Presidente de la Federación de Estudiantes

El regreso a Chile del Internuncio de S. S., monseñor Sibilia ha dado origen a un movimiento de opinión, que provocado en su origen por la Federación de Estudiantes de Santiago, ha encontrado más tarde eco en las sesiones del Parlamento. Reproducimos en la presente página los retratos de algunos de los personajes que han tenido figuración importante en este debatido negocio eclesiástico.

La visita de la delegación de la Cámara de Comercio de Boston provocó una



Sr. Luis Izquierdo

manifestación de simpatía general hacia el señor Fletcher, ministro americano, y los miembros de la comisión. El fallecimiento de la señora Toro de Balmaceda, unido a los recuerdos suscitados en la sociedad a los días de amargura que sufrió tan ilustre dama, han constituido una nota social importante del mes.

Kubelick y Onofroff han llenado los escenarios. Este último se encontró envuelto en un ruidoso incidente que el público no pudo comprender ni aceptar.



Sr. Victor Robles



Sr. Enrique Villegas



Sr. Ricardo Cox Menéz



Presidente de la Cámara de Boston Mr. Kisknide



Ministro Americano Sr. Fletcher



El violinista Jan Kubelick celebridad mundial que ha dado varios conciertos con gran éxito en el Teatro Municipal



Dr. Belisario Roldan Orndorff Argentino cuyas conferencias han entusiasmado a los públicos de Santiago y Valparaíso



Señora Emilia Tora de Balmaceda, viuda del Presidente de la República don José Manuel, que ha fallecido levantando el duelo a una distinguida familia



Dr. Marcial Martínez que celebró su 50 aniversario de su natalicio y es objeto de grandes manifestaciones por parte de los miembros del foro



Marcial Plaza Ferrand, pintor chileno residente en París que ha vendido cuadros de su hermosa exposición por valor de más de 30.000 pesos



El hipnotizador Enrique Onofrof cuya prisión provocó tan generales comentarios en Santiago



EL EX- COMULGADO

Por
JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux.

Salian de la plaza las comadres, parleras como siempre. Brillaba el sol de Septiembre sobre los techos pardos y verdeantes de toda la ciudad, sobre los árboles que asomaban por los muros, sobre los campanarios que convidaban a misa. De los portones se escapaba el aroma penetrante del azúcar quemado en el brasero, de las tostadas con mantequilla puestas al rescoldo, del desayuno, preparado de prisa por las criadas, en espera de las amas que volvían de misa de alba y de la comunión.

Y mientras salian las devotas vecinas comentando chismes y noticias, don Pascuál, el sacristán mayor, terminada la misa matinal, atravesaba el patiecito y, mientras todavía mascullaba con sus mandíbulas desdentadas las últimas frases de la acción de gracias, tiraba la cuerda del po-

zo y sacaba el balde lleno de agua helada para echar un sorbo vivificante antes de desocupar el gran tazón de chocolate. Todas las mañanas hacía lo mismo. Se levantaba del reclinatorio de la sacristía en el mismo punto de sus plegarias, daba el mismo número de pasos y lanzaba el sonoro anén final precisamente en el momento de llevarse el balde a los labios. El ruido de la cadena en el pretil, era suficiente aviso para la mulata Leocadia que aceleraba las vueltas del molinillo entre las palmas de las manos y lanzaba desde mucha altura la chocolatera de loza vidriada sobre la gigantesca taza que afeccionaba don Pascual. Se habían hecho ya tan exuctos los movimientos que, junto con penetrar el sacristán a la estancia, aparecía por la puerta del fondo la mulata lle-

vando a dos manos el voluminoso recipiente y colocándolo al lado de la montaña de tostadas que exhalaban aún su olor graso. Al mismo tiempo el gato, un gran gato romano, avanzaba hasta echarse sobre sus patas en el umbral, en la faja de sol que penetraba a torrentes.

—¿Cómo ha amanecido su merced?—preguntaba la mulata.

Don Pascual con la nariz colocada sobre el vaho aromático del clavo de olor y del limón, para no perder de su habitual desayuno ni el aroma, gruñía algo sobre las malas noches. Siempre eran malas, según lo decía el buen viejo; pero sus ronquidos ritmicos y vigorosos no cesaban en toda la noche y por esto Lloctadia no se inquietaba.

—Mucha espuma, mucha espuma. Las monjas lo dejaban siempre en su punto. Pero aquí ya lo vés, puedo llegar a la mitad de la taza y no encontrar sino viento...

La mulata callaba. Era el condimento natural del chocolate del sacristán mayor, echar de menos a las monjas clarisas de las cuales había sido capellán. Bien sabía la fea y naciente mulata que si disminuía la espuma diría: "poca espuma, poca espuma!" Pero don Pascual iba sumiendo en el hirviente líquido, una tostada tras otra, y en el momento mismo en que corría riesgo de separarse el trozo más mojado y caer al fondo del tazón, lo levantaba con rapidez y abría una gran boca desgarrascada de dientes para darle cabida. La mulata callaba, el gato se extendía cuan largo era; en el bordo del pozo jugueteaban algunos pájaros y el pesado aleteo de las palomas que anidaban en la torre, se dejaba sentir a cada rato, turbando aquella calma, y proyectando en el patio una sombra pasajera.

—Demonios, mil demonios!—exclamó de pronto el sacristán como si hubiera tragado una brasa de fuego.—¿Por dónde se ha entrado esa víbora de la Dorotea? Y miraba hacia el patio donde avanzaba en puntillas una viejecita envuelta en grueso pañuelo de lana negro.

—¿Cómo ha amanecido, mi señor don Pascual?—decía ya desde lejos.

El sacristán mayor tenía aversión a las chismosas, a la beata desenguada y ociosa y especialmente a la Dorotea que se imponía por el terror en toda la ciudad. Nadie se atrevía a negarle entrada en lo

más recóndito de su casa, por miedo de venganza de lengua tan envenenada e incansable. Penetraba como el viento a todas partes, sin reconocer asilo, lugar sagrado, dintel inviolable. No había pequeñez por insignificante o vergonzosa que fuese, que ella no conociera por haberle visto con sus propios ojos o tocado con sus manos, fríos tentáculos de una criatura malvada. Se hacía oír en todas partes, desde la casa del presidente hasta en la posada de los suburbios, donde iba a atisbar la conducta de unos y los secretos de otros. Miraba al travéz de puertas, oía cerca de los confesionarios, penetraba a la alcoba de los recién casados, sujetaba a indiscretas y desvergonzadas preguntas a la desposada, seguía al tenorio, suponía correspondencia de las perseguidas, se ofrecía de intermediaria para penetrar en las conciencias y ser dueña del secreto. ¿Cómo un ser tan despreciable, una rufa mujer, hija natural según decían unas, recogida de un asilo como creían otros, allegada de casa grande, había podido convertirse en el azote de todas las familias de Santiago? Desgraciadamente, la cobardía e ignorancia de algunas madres que colocaban el porvenir de sus hijas en manos de la Dorotea, la habían constituido en un elemento de unión o desunión de los matrimonios. Laboriosa araña, tejía desde su cuarto redondo que nadie conocía, telas enormes y casi invisibles que iban atando sus tenues hilos de una casa a otra. Toda la ciudad era prisionera de sus redes. Muchas lágrimas había arrancado esa mujer a las víctimas de su perfidia; en el convento, más de una novia o religiosa escapaba de su persecución o pagaba sus confidencias con el precio de su renuncia a la vida; se contaba a media voz que el asesinato de un mozo de la ciudad era causado por su culpa.

El gato recibió con hostilidad a la viejecilla que se había detenido en el umbral.

—Probablemente molesto a mi señor don Pascual—exclamó, al ver que el sacristán mayor no respondía a su saludo.

Don Pascual tragaba de prisa, como para no dejar que su chocolate fuera profanado siquiera por la mirada de la harpía; tragaba, tragaba, para terminar pronto. Le habían interrumpido esa media hora de goce animal, al sol, en la vieja pieza con los sillones de baqueta donde más tarde se po-

nia a leer a Horacio y a meditar uno a uno sus versos, mientras el chocolate bajaba excitando un calor benéfico en todo su cuerpo. Pero allí estaba la Dorotea y adiós digestión, adiós Horacio, adiós calma de esa mañana placentera!

—La señora Dorotea no molesta, nñ.

—Mi señor don Pascuál, qué malas lenguas andan por ahí!

Comprendía todo lo que buscaba la intriga: provocarlo a contradicción, ya que la niña, esa misma mañana, se había acercado al confesor y Dorotea no podía menos de haberla visto; obligarlo a manifestarse extrañado de que el padre de la Saravia y su pretendiente pudieran censurarla como consejero, y, al protestar, reconocer que no miraba mal esta pretensión,



Ahora vas a pagarlas todas, demonio, hipócrita, víbora

—¿Por dónde?—preguntó el sacristán mayor, como extrañado de que hubiera otras lenguas malas fuera de la que allí se movía.

—Por la plaza, por la calle. Dicen que la Saravia ya no viene a confesarse con el señor sacristán mayor porque se lo han prohibido el señor don Francisco su padre y alguien más que dicen manda en la niña como en su casa. ¡Qué curioso! Así dicen; son tan malas... jí, jí, jí! (y la viejecilla hacía ademanes de desternillarse de la risa.)

Don Pascual la miraba de hito en hito, sin sonreír siquiera; ni enfadarse, menos.

con lo cual la Dorotea se echaría a la calle a contar la noticia.

—Déjelas que hablen—dijo, con finjida mansedumbre.—Déjelas! a mí no me hacen mal.

—Jí! jí! jí! jí!—volvió a reír Dorotea como recordando algo muy gracioso. ¡Qué malas son! Porque agregan...

—Déjelas, déjelas.

—Es que dicen...

Una campana resonó en el estrecho patio, estridente y sonora, como que tañía sobre el mismo.

—Cáspita!—dijo don Pascuál.—Va a comenzar la misa de nueve. Perdone, misia

Dorotea, tengo que estar en la sacristía.

Y don Pascuál se alejó tambaleándose y se sumió en la puerta obscura abierta en el muro de la vieja catedral.

Era ni más ni menos que don Francisco de Meneses en cuerpo y alma, el pretendiente de la Saravia, gobernador, y capitán general recién llegado a Santiago y ya en abierta lucha con medio vecindario y el obispo Umansoro. Elegante caballero, diestro jinete, fanfarrón y variable de carácter como una mujer, Meneses pretendía en el reino de Chile dos fines, para lograr los cuales todas las más vigorosas pasiones humanas eran puestas en juego: quería mandar como un señor feudal, quería ser rico como un rey asiático. Víctima en su juventud de algún oscuro drama de miseria o de injurias recibidas de los grandes, pretendía convertirse en uno auténtico e indiscutible. Albagaba al pueblo, cortejaba a las mujeres, despreciaba al hombre de pluma y odiaba al ministro de la religión. Iba al mercado a pasear sus arreos y sus monturas entre indios y mulatos que lo aclamaban; se detenía en los caminos a cortear a la muchacha hermosa, a seducirla con promesas para abandonaría después a los soldados; perseguía hasta la sombra de su predecesor don Angel de Peredo porque sentía celos del recuerdo pretigioso que había dejado en todas partes.

Peredo estaba en la frontera y como allí pelligrara su vida y pareciera tarea muy simple envolverlo en una intriga, corrió a Santiago a buscar el asilo del vecindario y de su familia. La comunicación más segura entre el palacio y las casas de los vecinos nobles era esa inquieta y chismosa vieja a cuya vista temblaba la ciudad entera. Iba por las calles arrimada a los muros, deslizándose más que corriendo, con una eterna sonrisa complaciente en la cara amarillosa y apergaminada, deteniéndose aquí para contar, allá para interrogar, en todas partes para oír.

—¡Qué malas lenguas! —¡Qué malas lenguas! —era su entrada en materia.—Dicen que el señor gobernador lo sabe todo, lo que se dice, lo que se piensa. Acaban de decirme que han visto la lista de vecinos que piensa mandar a Cuyo con las ma-

nos atadas por la espalda. Si supieran qué nombres!

Y corría, siempre falta de tiempo, para hacer ántes de la entrada del sol todo el mal que se había propuesto para el día. Comenzaba por la misa de prima; caía en medio del desayuno a sembrar la duda o el temor en una casa, a hacer un tejido de combinaciones en otra, dispuesta siempre a negar lo que había dicho cuando alguien quería sorprenderla en engaño.

Era uno de esos días de zozobras en que Meneses guerreaba con el obispo y con el veedor general don Manuel de Mendoza y con el oidor de la Peña Salazar y maduraba un plan siniestro contra don Angel de Peredo. Dos mozos de Santiago seguían los pasos de Dorotea y atislaban con pertinacia sus menores movimientos. Sabían que la vívora era a veces una Celestina consumada y que gozaba de cierta confianza de Meneses, al cual veía en el lecho ántes de levantarse, e informaba de la crónica escandalosa y de los chismes, recibiendo en cambio algunas onzas y el nuevo y temible título de ser "confidente del gobernador". Los dos, tenían que vengar en la "pitonisa santiaguina" dos rudos fracasos de amor. Aguilá el muchacho más alegre y Carrera el más rico de la ciudad, habían sido rechazados de casa de Saravia por dos hermanas tan opulentas como bellas y nobles, a causa de la intriga de Dorotea. "¿En qué anda este demonio?" —se preguntaban. Será necesario darle caza hoy mismo." Tenían un proyecto cruel: habían comprado al sanguinario de la plaza cierta tintura con piedra infernal con la cual podía ennegrecerse la fisonomía de un hombre —según decía el científico—"por todo el tiempo que su Divina Majestad permitiera, lo que tratándose de homicida, sacrificio, Celestina o bruja podía ser hasta su muerte." Como los jóvenes no dudaban por un momento de que la vieja Dorotea era todo eso junto y mucho más aún, habían dado en cambio de líquido dos estriberas de plata.

El golpe quedó combinado para el crepúsculo. Carrera atraería a la vieja al fondo de un sitio abierto no lejos de la plaza, donde Aguilá esperaría con un criado para maniatarla, contarle el pelo y frotarle con un estropajo hasta impregnarle el rostro y la cabeza entera en el filtro pagado a tanto precio. Caía ya la tarde cuando el joven salió al encuentro de la beata que co-

rría, corría como una exhalación para lograr aun la última iuz. Como era de costumbre, el mozo se descubrió para saludar y la viejecilla comenzó como siempre a reír: ¡J! ¡J! ¡J! ;Qué malas lenguas, mi señor don Alonzo! ;Lo que dicen de usted! Yo, como siempre, no puedo permitir que toquen al hijo de misia Rosario, que Dios tenga en su santa gloria. Los he dejado como a judíos. Calumnias todas; pero figura-se que decían que su merced no es el hijo de don Ignacio sino un recogido en la hacienda. ;Dónde han podido sacar esas lengüitas tal atrocidad, porque, me digo yo, se sabe que don Benigno dejó un niño y que el niño desapareció; se sabe que misia Rosario no tuvo sino un hijo y hoy don Ignacio aparece con dos; pero de esto a lo otro... ¿no le parece a su merced que ya no hay respeto por nadie? Y agregaban... ¡uf! ;lo que agregaban Santo Inmortal!

—Mi señora, no se dé trabajo por esto. Yo quiero ponerme en sus santas manos. Quiero que sea su merced la que haga en esta tierra las veces de mi madre. He pensado en tomar estado. Miré muy alto en Catalina de Saravia; pero hay otras...

—;Ya lo creo que hay otras para su merced! ;No habla de haber! ¡J! ¡J! ¡J! Cuando su merced me diga. Precisamente...

—;Chit! Baje la voz, señora Dorotea. Pueden oírnos. Quiero que usted lleve esta limosna a las ánimas. Acérquese por este lado. Entremos aquí al solar de Cárdenas, donde nadie me vea en conversación...

Y la viejecilla, riendo por dentro de la limosna de las ánimas y del campo nuevo de entredos que se le ofrecía para ofrecer un buen partido y hacerse valer en algunas casas, iba siguiendo mansamente.

De pronto una mano vigorosa le cubrió la boca, dos hombres la tomaron en brazos, sintió que la ataban de la cintura y sus pies no tocaron tierra. ;Qué me matan, a mí que me matan! quiso gritar, pero el terror helaba sus palabras. La Dorotea, el azote de Santiago, estaba en un pozo de dos metros de profundidad y los jóvenes se preparaban a una escena cuyo placer querían voluntariamente prolongar. Tendieronse de boca sobre sus capas para mirar más de cerca a la chismosa. Habló Carrera:

—Decía, mi señora doña Dorotea, que había malas lenguas (¡qué malas lenguas!)

que hablaban de que yo no era ya sino otra verdad?

—Se lo juro por Dios crucificado a su merced que quien lo ha dicho es don Miguel del Aguilá, que está aquí a su lado y no me dejará mentir.

—¿Qué yo lo he dicho?

—Sí, por Nuestro Señor, lo dije y lo repito, su merced lo decía en casa de don Nicolás Berganza y agregaba que don Alonzo era avaro y no daba nunca un maravellido.

Carrera miró a su amigo y ambos palidecieron. La viejecilla aprovechó el silencio y dijo:

—Como que lo oyán la señora Virtudes y su hermana y el sacristán mayor don Pascual de Oviedo y su criada—y la Dorotea besaba sus dedos puestos en cruz.

Aguila comprendió la maldad venenosa de la vieja y encontró en su naturaleza un recurso supremo. Respondió con una sonora carcajada a sus juramentos y exclamó:

—Es un asqueroso alacrán, Alonzo, que quiere echar a ambos su veneno. ;Para qué esperar? Arrimémosle fuego.

La vieja cambió en el acto de táctica y se puso a sollozar.

—Soy anciana, soy débil. Tres hombres me han tomado por fuerza. A nadie he hecho mal.

—¿Y quién habló con Catalina y la di-suadió de recibirmé?

—¿Y quién dijo a María de Gracia que yo vivía con el dinero de Alonzo?

—¿Y quién fué causante de la puñalada de Alvarado a su mujer?

—Y quién oyó la confesión de Remedios Inostroza detrás de la columna del altar de San Benito?

—Y quién pasó un día y una noche bajo la cama de doña Martina Ruiz para hacerla perder su reputación?

—Me achacan culpas de otros...

—¿Y quién es la rufiana de Meneses?

—¿Y quién lleva los cuentos contra el señor obispo?

—Ahora vas a pagarlas todas, demonio, hipócrita, vivora. Te afeitaremos la cabeza y te aplicaremos la piedra infernal que permite conocer si una beata ha muerto a alguien, es sacrificio, Celestina o bruja. Sacá la navaja, Belarmino.

Sonó el muelle de una enorme navaja española, brilló en las sombras su destello y la mano brutal del criado tomó las mechas lacias y sin brillo.

—Un momento, don Alonso y don Miguel! Tengo un secreto que puede interesar a sus mercedes. Lo doy en cambio de que no afrensten mis años. Puede quedar aquí vigilándome el mulato y sus mercedes comprobar la verdad.

Los jóvenes se miraron un momento y hablaron en voz baja.

—Te oiremos, Habla.

—Esta noche—y lo decía con voz tan queda que las dos cabezas se inclinaron hacia el pozo para no perder palabra,—esta noche a las doce el gobernador asalta la casa de don Angel de Peredo con sus soldados y lo mandará a Cuyo. Perderá la vida en el camino.

Peredo era un ídolo de la nobleza santiaguina. Tanto más lo perseguía el tirano Meneses, cuanto más se olvidaban sus errores para apreciar sólo sus virtudes.

—Corra nos, dijo Alonzo.

—Quédate aquí. Belarmino hasta que volvamos.

Y los dos jóvenes volaron a la casa del viejo soldado donde contaron la revelación de la vieja Dorotea, arrancada casi en el suplicio. Antes de una hora, Peredo y sus familias, Carrera y Aguilá pedían asilo en San Francisco.

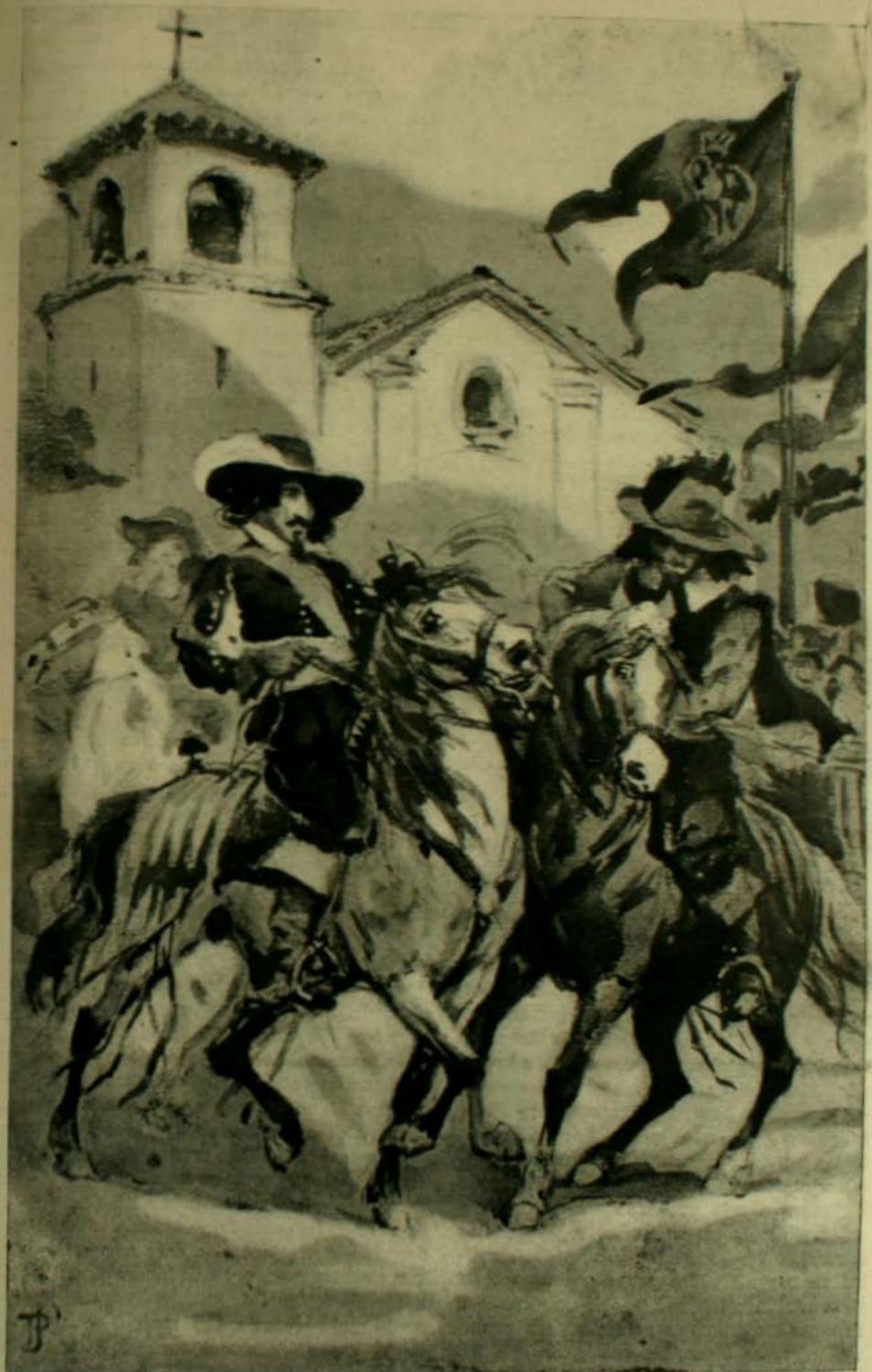
Dos extraños sucesos conmovieron al día siguiente al vecindario. Pero ya no era Dorotea la mensajera de las extrañas nuevas. Se supo que, a media noche, el corregidor con sus alguaciles habían entrado a la casa del ex-gobernador, recorrido sus habitaciones y apuñaleado un santo de bullo que estaba en el rincón del oratorio y que tomaron por Peredo. El santo había caído sobre algunos de los soldados hiriéndolos de gravedad. Al mismo tiempo se dijo que Dorotea estaba enferma. Medio Santiago pasó por su aposento para saber si era cosa de muerte y podía alguna vez respirar y contar todos los males hechos por la harpía; pero la vieja desde la cama, sumida en ella como un reptil, tuvo para cual alguna infamia con que amargarles la visita. Eso sí; guardó secreto del pozo y d^o su aventura.



En medio de la inquietud causada en Santiago por la avidez del gobernador, por su ardiente deseo de persecución y de venganza; por su profunda enemistad con la iglesia; por su desenfrenada licencia, cuan-

do se encontraba en medio del populacho, en las posadas del camino o en fiestas nocturnas; no podía menos de arrancar un grito de admiración la gallardía del jinete que ostentaba a toda hora abundancia y belleza de caballos y lujo imponderable en sus arreos de montar. Ya el caballo chileno atraía la atención de los españoles y navegantes que comenzaban a pasar por nuestras costas. El potro del conquistador, comprado en el Cuzco casi en su peso de oro, llegado hasta el Mapocho a travéz de carreras, batallas y ásperas jornadas, había fundado en los campos vírgenes y a la sombra de los bosques floridos una raza esforzada, paciente, indomable. El relincho vibrante como un toque de clarín, siempre revelador no sólo de un hombre sino también de un pueblo, no resonaba ya sin eco en la misteriosa tierra que sus cascós recorrieron de uno a otro confín. Le respondía el caballo lento que subía o bajaba de las breñas de la cordillera, colocando pensosamente cada paso en el sendero natural que ofrecían las rocas; le respondía en el valle el potro vivaz, agil y nervioso habituado a la carrera, a la rápida vuelta y a la rienda vigilante; le respondía más lejos, en la guerra, el caballo enmigo, el caballo del cacique, partiendo en desenfrenada carrera hacia la selva mientras la lanza se desenredaba del enemigo herido por la espalda. El chileno recibía el caballo al salir de la infancia y la mujer a los veinte años; esta doble investidura formaba al soldado y al señor. El que marchaba a pie, era de la masa servil, del mulataje, y no merecía esposa sino nanceaba.

El maestre de campo don Pedro de Prado había recibido a Meneses con cortesía y lisonja. A Cuyo envió "grande y costoso aparato para su avío y el d^o su comitiva" al nuevo gobernador y así pudo, el caballero presuntuoso, presentarse en tierra chilena montado como un príncipe. Había comprendido Meneses que la nobleza santiaguina podía ser conquistada por la virtud, el coraje o el dinero. Falto de aquella, ensayaba del valor el alarde y la ostentación y de la fortuna todos sus aspectos, todos los medios de adquirirla, todos los secretos y fórmulas para hacerla suya. Había nacido una hija de Pedro de Prado y quiso ser padrino de ella para lucir en un torneo de lazos y carreras toda la maestría de que estaba dotado para las



Meneses lució la destreza de sus aballos.

fiestas. Los heraldos salieron de mañana por las calles y llegaron hasta el campo, tocando cornetas y anunciando la invitación del ilustre y magnífico capitán general don Francisco Meneses a los gentiles hombres y caballeros para medir sus caballos y poner a prueba su resistencia, y al pueblo para presenciar la fiesta, y beber de su cuenta.

De todas partes venía el pueblo descalzo y semi-desnudo, a pie, por el medio de los caminos tierrosos, oliendo a sudor y a sebo, llevando consigo, como era ya costumbre, las fritangas que pensaba regar, a costa del gobernador, con abundantes libaciones de vino. Profundo contraste hacían con él, las carrozas, algunas calesas, las carretas engalanadas y la cabalgata lujosa de jóvenes y niñas, que representaban otra clase social aún completamente extraña del pueblo.

No lejos de la plaza, al otro lado del Mapocho, la chacra de un caballero principal ofrecía sombra de árboles, extensión suficientemente plana para las carreras, varas al estilo del país y un vasto potrero donde el pueblo podía hacer su reunión y sus comidas. El bautizo tuvo lugar en la mañana. El gobernador llevó a la madre un aderezo de perlas y obsequió al padre con una espada. Después de medio día comenzaban las carreras de lazo y demás proezas en el campo elegido. La nobleza santiaguina, es decir toda la gente española de cierta fortuna, tenía algún representante en hermoso caballo bien enjazado y conducido. Los dueños de caballerizas abundantes, el gobernador el primero de todos, hicieron pasear sus caballos ensillados por el círculo de espectadores. Dos potros, uno negro y otro blanco, perfectos de forma y de color, levantaban un clamor de admiración. Al toque de clarín se ordenó un primer grupo de jinetes y luego otro y otro. Topeaduras en que los pechos vigorosos de los animales se chocaban contra la vara, retorcidos los cuellos y una asca de impetuoso arrojo en las pupilas, los jinetes medidos pero ardientes, el vecindario aclamando, el pueblo chivateando más lejos en ensordecedora gritería; carreras en torno de la pircia con rápida vuelta para alcanzar los animales perseguidos y echarlos fuera por turno, en que la espuma bañaba el hocico y el cuello de los caballos más pequeños pero más atrevidos; facea-

duras extraordinarias, carreras, saltos, todo el programa de la destreza árabe, andaluza y chilena. Pero Meneses fué más lejos y todos los pañuelos de las bellas santiaguinas se agitaron entusiastamente cuando saltó de su potro negro al blanco, en medio de la carrera. Al caer la tarde resonaron las cuerdas de la guitarra y en medio de un gran círculo, el mejor jinete con la más noble y bella muchacha, el gobernador Meneses y Catalina de Saravia, bailaron la danza de Chile y el galán se arrodió a los pies de su dama. El matrimonio quedó concertado, a pesar de la prohibición que tenían los gobernadores de casarse con mujer del reino que gobernarán.

La admiración que causó en el bello sexo la apostura extraordinaria de Meneses le ganó pasajera admiración. Pero luego se vió que sobre esas galanas manifestaciones de bizarría y elegancia, dominaban sus pasiones profundas de la venganza y de la codicia. En su matrimonio conquistaba una herencia magnífica. Iba además poniendo en venta de oficios de los cuales retiraba oro para su propia caja. Las encomiendas las explotaba por sí o por socios conocidos de todos. En medio de la guerra se le veía paralizado por el frenesí de la codicia y del robo, a la llegada del sitiado de Lima, subtrayendo de él, de la parte destinada a sus soldados hambrientos, una cantidad para acrecentar sus caudales. La venganza vuelve a tomarlo de cuerpo y alma. Persigue de nuevo a Peredo y entra en persona a San Francisco para exigir su entrega. El fraile guardián se le presenta. Español como él, rudo y vigoroso como él, con muchos más años, con estatura hercúlea, la cabeza aleonada bajo la capucha azul gris, inspira terror. Su voz iracunda interpela al capitán general. Le pregunta si no sabe que el lugar sagrado es un asilo inviolable, si no cree él mismo necesitar un día de amparo... Meneses calla. "Guárdese su merced de la ira de Dios y de la desesperada resolución de los hombres,—continda el guardián—porque día ha de llegar en que se verá más acosado y afligido que el inocujo y cristiano caballero que sufre hoy sus tiranías." El gobernador salió del convento. Pero volvió sus iras contra Pedro de Prado y cuando aún resonaban los clamores de aplauso del torneo, éste había perdido su puesto y temía perder también su fortuna.



...dieron en una ocasión mortal caza al jefe de ellos.

Peredo partió a Lima en busca de paz. No tardaron en seguirlo don Ignacio de la Carrera y otros vecinos respetables. Venían rumores siniestros de acusaciones al virrey, de juicio de residencia, de nombramiento de nuevo gobernador, todo lo cual desesperaba a Meneses. Como el veedor general don Manuel de Mendoza le hiciera graves representaciones sobre el manejo de los bienes del reino, se indispuso con él y le juró venganza. Por esos tiempos, los oficiales del gobernador salían a los caminos, detenían a los correos, dieron en una ocasión mortal caza al jefe de ellos; abrían los oficios de la Real Audiencia, del Cabildo, de las justicias, del obispo, de los vecinos, rompián unos, robaban otros, ejercían tropelías y venganzas con los que osaban decir la verdad. Un fraile subió al púlpito de la catedral y en un sermón en que hablaba de la justicia divina dijo que había en Chile una persona que no creía en la inmortalidad del alma y que esto se lo mandaba declarar el obisporeación y guardó bajo el colchón de su

mismo. La respuesta fué un cartel pegado en lugar visible de la plaza, que decía: "obispo borracho". Don Manuel de Mendoza se vino desde Concepción a Santiago a presentar a Meneses sus reparos por las cuentas y a pedirle se detuviera su avidez ante el tesoro que era para el servicio del Rey, pago de su ejército y de sus funcionarios. Expulsado de palacio, el noble anciano cayó en misantropía, y a consecuencia de los delitos que no podía reprimir y de los improprios que ya no era capaz de lavar, perdió la razón y fué llevado al hospital.

Meneses partió a la frontera por tercera vez a conducir la guerra en forma que pudiera aun acrecentar su fortuna. Todas sus pasiones se concentraban ahora con frenesí en este ardiente objetivo de su vida.

La vieja Dorotea lo asistió hasta su partida, recibió e hizo confidencias, indispuso al gobernador con los pocos vecinos que aun conservaban con él alguna

cama las onzas que el agradecido gobernante pagaba a su agente de policía secreta.

Al día siguiente le esperaba a la bestia, incansable en sus correrías, un nuevo golpe en su prestigio. Llegaba a la plaza, riéndose soja con esa helada risa que hasta los pílulos de la calle sabían imitarle, cuando vió al sacristán mayor don Pascual que señalaba a su amigo el oidor Peña Salazar, un cerdo que trotaba en el centro de la plaza, como perseguido.

—¡Qué malas lenguas! ¡Qué malas lenguas! —había comenzado a decir la vieja, cuando el pobre clérigo sin saber cómo escapar del inmundo y baboso chisme que siempre salía de la boca de Dorotea, exclamó:

—¿Qué no sabe misiá Dorotea?

—Nada sé.

—Pues si lo han visto más de veinte personas! Ese cerdo ¡lo vé ahí!

—Sí; si lo veo. ¡Pero cuente su merced! No me haga esperar!

—Pues era un genovés hace media hora...

—Un genovés!

—Sí, misiá Dorotea. Allí estaba blasfemando, cuando de pronto ¡zás! quedó convertido en marrano.

Sin oír la risa del oidor, sin escuchar el desmentido que el pobre don Pascual quiso dar en el acto a la invención, la vieja suspendió sus vestidos y partió como una bruja que llega tarde al aquellarse, a contar a todo Santiago la nueva. Penetró por el zaguán de la casa de Aguilera donde jugaban al tresillo no menos de quince personas respetables, comerciantes, canónigos, señoras; hizo violenta irrupción en el salón y gritó más que habló:

—Vengan a ver el genovés que se está volviendo chancho por haber blasfemado!

Y saltó de nuevo para meterse como viento en el portón de don Andrés de Aguirre donde gritaba igual cosa a la familia que venía a saber de qué se trataba. Y luego llegaban ya del frente algunos de los jugadores a contar el suceso como si lo hubieran visto ellos mismos. Y corrían por la calle, y un caballero paralítico se hacia llevar en silla de mano por sus hijos. Y la plaza se

llenaba de gente y todos preguntaban por el genovés o por el chancho, o por ambas cosas.

Cuando se supo que todo era mentira cargaron con la vieja, la llamaron vivora y embustería y los chicos la siguieron con piedras. Don Pascual al lado del pozo leía en su breviario, muy cariacontecido por el suceso.

Un hecho curioso va a prestar trágico colorido a la historia de la codicia y de las luchas del gobernador. Vuelto de la frontera, fué de visita al hospital donde estaba asilado el veedor don Manuel de Mendoza. En su faz melancólica, en los ojos fijos, en el temblor del cuerpo, se veía la ausencia completa de juicio, de ese juicio inflexible y prudente que lo había hecho apreciar de todos. El gobernador entró, como siempre, lleno de boato y de fanfarronadas. Recorrió a los enfermos, prometió auxilios a los religiosos y al ver la miserable figura del veedor lanzó una cruel carcajada. El demente pareció recordar esa voz, repasar en su memoria recuerdos que se habían borrado durante mucho tiempo en su pobre inteligencia, destellaron fuego sus ojos, irguió la cabeza y, sin que nadie pudiera evitar el hecho, desenvainó su espada con violencia y se lanzó sobre Meneses. Cayó al suelo el gobernador; pero sus heridas eran muy leves. Sin embargo los acompañantes dieron muerte allí mismo a un criado del veedor, y le colgaron en una horca en la plaza y colocaron al demente bajo la custodia del preboste con fuertes cadenas.

Comenzó entonces una lucha intensa, apasionada y trágica que tenía por reducido teatro la plaza de Santiago, ese centro donde se alzaron las primeras tiendas de los conquistadores, el primer templo, la primera horca, la primera cárcel, el primer gobierno local en el Cabildo, el primer jefe de Estado en el lugar-teniente del virrey; foro en que soportaron los españoles el cerco de los indios en la primera sangrienta jornada de Chile, donde el pueblo era convocado a la salida de misa para oír de tarde en tarde las voces del mundo civilizado, donde se colocó en una lanza la cabeza de Sancho de Hoz el primer conspira-



...Con voz alta, con acento grave, dijo en lenguaje corriente la fórmula de la excomunión.

dor, donde el esquillón de la catedral daba la señal del peligro, la lugubre noticia de la muerte, la campanada de victoria, el tañido amenazante de la excomunión o del entredicho.

Don Manuel de Mendoza despertó a la vida con el golpe de su inconsciencia. La oscuridad que amortajaba su mente, antes clarísima y noble, se disipó de pronto. Sus ojos se abrieron para recordar los sucesos fatales que habían obrado por él en ausencia de su razón y al verse con cadenas, acusado de asesino, sospechado de tener instigadores y cómplices, alzó la voz digna y tranquila para pedir jueces de su rango. Reclamó a la Inquisición y el comisario del alto tribunal pidió por auto la persona del reo y señaló la cárcel en que debía ser guardado hasta el término del proceso.

Pero, había llegado para Meneses esa hora crítica de la pasión en que el terror baja a la más indecible crueldad e injusticia. Crefa ver cómplices en todo el mundo. Convocó las milicias, hizo batir las cajas y reunió a la audiencia para increpar en ella al obispo y a los oydores. Se presentó fuera de sí, en medio del consejo de ancianos reflexivos. Dió voces, golpeó el suelo, preguntó al obispo si era verdad había recibido consultas de si podía asesinarse al gobernador sin incurrir en pecado. Llegó al pareoxismo amenazando a la audiencia si no desterraban en el acto al obispo y al comisario de la Inquisición. Pero llegado el turno de votar, cada viejo movió la cabeza negativamente.

La ciudad entera hervía como un volcán. Tras de los portones se rumoreaban las noticias del día. Meneses había gritado en la plaza que haría salir a caballeros de la catedral al obispo y al clero, y que peores cosas se habían hecho con gentes de iglesia, muriendo sus autores en la cama de muerte natural. Doña Catalina de Saravia llegaba oculta a la iglesia a implorar del obispo cejara en su resistencia. La Dorotea corría llevando la noticia de que a don Manuel de Mendoza le aplicaban tormento y que los alaridos se oían a dos cuadras de la casa del preboste. Y esta vez decía verdad. Se aplicó al veedor la tortura para hacerle confessar que tenía cómplices y cuáles eran sus nombres. Un grupo de

indios, mulatos y mujeres embozadas se detenían al frente de los muros de la prisión para escuchar el quejido que solía arrancarle al anciano el dolor de su martirio. Pero todo fué inútil. Con la razón había bajado sobre el noble funcionario una serena y valerosa resignación ante su suerte. Declaró que la idea del asesinato era suya propia, que con nadie la había consultado, que sobre él exclusivamente debía caer el castigo si lo merecía.

Se preparó entonces dolorosa escena de escarnio. Era el medio día, la plaza estaba inundada de sol. Algunos muleros pasaban con sus recuas en dirección al norte, camino de Valparaíso. En el silencio de esa hora en que la ciudad paralizaba su vida, las puertas de las tiendas se entornaban y las palomas descendían del campanario de la catedral al centro desierto de la plaza, se notó inusitada agitación en las puertas de la cárcel. Luego sonaron cajas y clarines y el carcelero apareció en el umbral al frente de una patrulla de infantes. La voz fué corriendo de puerta en puerta y, antes de pocos minutos, por todas las calles acudían vecinos y pueblo para ver de qué se trataba. Media hora más tarde partía de la casa del preboste, de vuelta a la cárcel, al son de las cajas y con ruido estrepitoso de trompetas, una procesión lastimosa.

Venia primero el carcelero con las llaves, el verdugo ostentando en sus manos el látigo ensangrentado, un grupo de arcabuceros, una banda de mulatos batiendo tambores, algunos soldados con hachas. Seguía don Manuel de Mendoza montado en una mula con enjaima, rapado la barba y el cabello en forma tal que nadie podía reconocerlo, pálido y con manchas de sangre en la frente y en las mejillas, vestido de loco con gabán rojo y amarillo. Se agrupaban en seguida algunos lanceros. El pueblo callaba; pero de muchos ojos corrían abundantes las lágrimas. Un noble anciano, cuyas virtudes eran conocidas en la ciudad desde su nifez, sujeto a horrible afrenta antes de morir, pasaba en medio de sus amigos y sus deudos con la mirada alta en medio de humillación tan desapiadada.

—¡Animo al caballero y al cristiano!

—gritó una señora en la esquina de la plaza.

—¡Hay justicia más allá de la muerte! exclamaba un viejo clérigo.

De todas partes agitaban pañuelos las mujeres y se lo llevaban a los ojos para ocultar la emoción desgarradora de ese cuadro.

—¡Qué malas lenguas! ¡Qué malas lenguas—murmuraba en todas partes la Dorotea, multiplicándose para ver y para contar.—¡No dicen ahora que don Manuel lo ha confesado todo? ¡Y qué ha de confesar, si nada hizo sino por cuenta propia! Pero dicen que el gobernador tiene su declaración firmada y que se dan nombres ¡y qué nombres, Dios Santo!

Las cajas y trompetas resonaban en la plaza; desde lejos se veía al sol la mancha roja y amarilla que se bamboleaba a la marcha de la mula y se detenía al fin en la puerta de la cárcel. Toda la procesión fué entrando y el redoble de las cajas apagándose hasta que los grandes portones rechinaron y se juntaron quedando afuera dos arcabuceiros rígidos y mudos.

Para la ciudad fué un alivio la desaparición de esa figura profanada por la buria y el escarnio más vil. Los grupos fueron volviéndose en silencio. Peseaba sobre todos la amenaza del día siguiente que revelaría el fin del veedor general. Pero no se dormían ni los inquisidores, ni los eclesiásticos. El comisario del Santo Oficio reclamó en forma imperiosa sus derechos y fué admitido en presencia del reo; pero se entrabó de tal manera la conferencia que notificó un auto al capitán-general para que llevase el preso a casa del alguacil mayor donde se tomarían sus declaraciones. No se hizo caso alguno de este documento y los hechos fatales fueron precipitándose con la marcha veloz del tiempo.

Al día siguiente el pueblo acudió desde las primeras horas a las vecindades de la plaza. No entraron al mercado los comestibles que llegaban cada día. Ningún criado salió tampoco en su demanda. Pronto se adivinó, por el movimiento de soldados y carreras de ginetes en todas direcciones, por la entrada del verdugo a la cárcel, por el cordón de gen-

te armada con bala en boca que resguardaba toda la sección de la plaza frente a la casa del gobernador, a las cajas reales y a la cárcel, que la ejecución era inevitable y se consumaría en pocas horas.

El obispo Umansoro después de decir la misa, se dirigió a los fieles que llenaban la iglesia y con lágrimas en los ojos habló del martirio que iba a sufrir el veedor, anunciando que notificaría al gobernador que no se ejecutara la pena de muerte sin administrar al anciano los sacramentos y que, en caso de negarse el poder temporal a acatar esta orden, declararía el entredicho en la iglesia catedral, se retiraría el sacramento del altar, se apagarían las luces, se excomulgaria al gobernador y no diría misa hasta que no se borrara de la ciudad la mancha sacrilega que caía sobre ella. Confabán medio siglo después los viejos, que nunca se había oído voz más elocuente que la partida esa mañana de las gradas del presbiterio de los labios trémulos del pastor.

La notificación del obispo partió de la catedral dos horas antes del medio día. La respuesta fué no sólo negativa sino de desafío. Cerca de las doce, el gobernador seguido de sus hombres el corregidor Calderón, don Melchor de Cárdenes, don Pedro de Ugalde, alcalde ordinario y don Alvaro Núñez el auditor, se dirigieron a la cárcel. Un rumor intenso surgió de la muchedumbre; pero fué súbitamente interrumpido por el esquilón de la catedral que comenzó a tocar con estrépito, estremeciendo el campanario. La plaza entera, vibrando dentro de las almas, excitando los nervios, causando una emoción extraña en todos. No era el doble funeral, sino un llamado de guerra, un toque de rebato. La vibración de una campanada era cortada por la siguiente. Luego sonaron otras menores y de pronto, como un reguero de pólvora, surgió en toda la ciudad, en todas las torres, en todas las pequeñas envigadas sobre los techos de iglesias y capillas, un concierto inmenso de campanas de todos los tonos que unían sus clamores, formando una sola voz de bronce estridente y amenazante que subía de

la tierra al cielo pidiendo justicia. Meneses había quedado paralizado. Su liridez hacía temblar a los otros. Era imposible que el español no recordara su campanario, su aldea, sus padres, su infancia religiosa, la tradición secular de creencias que pesaban sobre su alma. Era imposible que no escuchara esa excomunión promulgada por cien lenguas de bronce que no podía acallar y que allí, más arriba de las cabezas gritaban a los cuatro vientos pidiendo venganza. Eran para el reo un consuelo esos clamores independientes y rebeldes que proclamaban su inocencia; eran para el gobernador ambicioso, ciego, desenfrenado y avaro, una sentencia de muerte y exterminio. En ese momento se miraron los dos hombres; pero ya Meneses no se burlaba de su víctima.

—Hay que correr a los campanarios, dijo, y arrancar a cada campana su lengua...

Pero como nadie se moviera de su sitio, dictó órdenes para acelerar la ejecución. El comisario del Santo Oficio fué a avisar al obispo la resolución de Meneses. El esquilón redobló sus toques. Las puertas de la catedral se abrieron de par en par y se desarrolló entonces por la nave obscura y baja, una procesión de todo el clero revestido, acompañado del obispo con mitra y báculo. Cantaban los Salmos de David y las voces viriles resonaron en toda la plaza durante algún tiempo. La procesión salió a la calle y el obispo avanzó delante de los sacerdotes. Con voz alta, con acento grave, dijo en lenguaje corriente la fórmula de la excomunión. Las cajas redoblaron en ese momento para acallar su clamor. Continuaron las ceremonias del tridilio y algunos minutos más tarde, desaparecieron de nuevo cantando los responsos y las puertas se cerraron. Sobre ellas colocó el sacristán mayor una cruz de madera y clavó sus extremos a las hojas para notificar la clausura del templo. Los golpes del martillo llegaban hasta la cárcel y cuentan que Mendoza, mientras lo ataban al poste, dijo a Meneses: "¡están preparando tu ataúd, tirano!"

Los ejecutores fueron crueles y maltrataron al veedor antes de su muerte. Semi-desnudo fué sacado en hombros de cuatro indios a la plaza y allí terminó

su agonía en medio del silencio funerario de la ciudad.

Las campanas volvieron a tocar toda la tarde y la noche. En medio de su sueño el vecindario sentía ese clamor ensordecedor que hizo salir a Meneses a su chacra fuera de los suburbios para escapar a la persecución de sus repiques. Y así transcurrieron algunos días pesados y eternos.

El pueblo era más que religioso supersticioso. Sabía que el excomulgado era un réprobo, destinado a una segura condenación. Contaban los mulatos en el mercado que ya Meneses tenía tiznadas de brasas en el rostro y muchos de sus criados se ausentaron de su casa sin decir nada.

Al mismo tiempo comenzó a salir, no se sabe de dónde, el rumor de que iba a llegar de un momento a otro un baile a Valparaíso conduciendo un nuevo gobernador para residenciar a Meneses. La Dorotea corría por todas partes con su fórmula habitual atribuyendo la noticia a las malas lenguas; pero agregando datos más precisos. En una posada en el camino de Valparaíso, un hombre que venía del norte había dicho que se sabía de un barco que después de estar algunos días en la Serena vendría a desembarcar al nuevo gobernador en Valparaíso. La noticia fué tomado cuerpo y un comerciante la dió ya como cierta, asegurando que llegaba el marqués como capitán general y don Lope Antonio Munive como visitador, acompañados ambos de don Ignacio de la Carrera que regresaba de Lima.

Una noche la ciudad entera fué sacudida por la Dorotea—la gaceta noticiosa de esos años—con la nueva de que había llegado a casa del oidor don Juan de la Peña Salazar, el maestre de campo del nuevo gobernador, un don Miguel Silva; que lo habían visto entrar al galope por la calle, hoy de Santo Domingo, con dos soldados y varios sirvientes y que había mostrado sus papeles en nombre del marqués. Estaba Meneses aljado en Ñuñoa a más de dos leguas de la ciudad y recibió la nueva como un golpe de muerte. Se vino en el acto a



...sus oficiales veían la silueta alta del gobernador a caballo, con la cabeza inclinada, en inmovilidad absoluta.

Santiago y viendo que ya era tarde se encerró en su casa.

Eran esos tiempos rudos y crueles. El que mandaba abusaba del poder; el caido no hallaba en nadie commiseración. Así, junto con caer las sombras, se organizaron grupos que fueron a gritar improprios en la puerta de Meneses. Gran número de eclesiásticos le cantaban responsos con instrumentos fúnebres y laudes. La Dorotea consiguió meterse por la puerta falsa para amargar las horas de su antiguo protector: "¡Qué malas lenguas!—le decía—dicen que van a hacer con Su Merced lo que se hizo con don Manuel de Mendoza." El infeliz no pudo soportar más tiempo la ansiedad, reunió a sus amigos fieles, a oficiales y soldados, ordenó ensillar caballos y partió al galope con una regular escolta, para ver de lejos los sucesos, evitarse las afrentas y morir al menos en la demanda.

Alcanzó la comitiva a andar como ocho leguas al sur. Era una noche negra y tormentosa. Voces siniestras se propalaban de posada en posada. Se sabía que habían también partido de la ciudad en su persecución don Ignacio de la Carrera y don Pedro de Prado. Meneses hizo alto y se alejó silenciosamente de los suyos unos doscientos metros, para quedar a solas con sus pensamientos y medir todo el alcance de los sucesos. Desde lejos, sus oficiales veían la silueta alta del gobernador a caballo, con la cabeza inclinada, en inmovilidad absoluta. Entonces comenzó el humana espectáculo de las deserciones de la ingratiud; de a dos en dos, en silencio, llevando los caballos sobre la yerba para no inquietar con el ruido de la marcha, fueron partiendo todos hacia Santiago. Cuando Meneses volvió a buscárselos comprendió que estaba sólo en el mundo. El caballo levantaba las orejas nervioso, escuchando tal vez el lejano ruido de los oficiales que iban a carrera tendida. Era un silencio de muerte. Las campanas de

la excomunión y del entredicho volvían a su oído a resonar amenazante. La voz del fraile guardián anunciándole que un día demandaría también asilo, resonó en su mente. Recordó el golpe del martillo que claveteaba las puertas de la catedral, y se quedó allí paralizado bajo el relente de la noche.

Junto con la luz del alba llegaban sus aprehensores y Meneses, en medio de un grupo de soldados marchaba hacia la ciudad.

Allí le aguardaban las campanas de nuevo; pero esta vez era un repique de gozo, ensordecedor también y general. Se había extendido muy lejos esta diaria vengadora hasta las capillas rurales y del campo, que duplicaban sus toques al paso del prisionero.

Entró por el sur a la ciudad, en medio de una poblada que hacía sonar petardos y le lanzaba las peores injurias. La cifra de su fortuna estaba en los labios de todos y se la repetían sin cesar. Al pasar por la casa de Paredes, debía ocurrir un incidente en el cual está pintado todo el siglo XVII de Chile. De la ventana del mojonete cayó pesadamente al suelo a los pies de Meneses el santo de bullo, tallado en madera, que sus alguaciles habían apuñaleado, cuando buscaban al perseguido. Se necesitaba alguna venganza directa del cielo, pues no parecía bastante elocuente el brusco cambio de la suerte. Y las manos que dirigían el descenso de la estatua esperaban que Dios haría de hacerla caer sobre la cabeza misma del delincuente.

No fué así sin embargo. Comenzó el juicio de residencia; pero Meneses no alcanzaría a conocer la sentencia, pues cerró sus ojos y murió... en la cama, como él mismo había dicho para alejarse en su lucha contra Umannoro; pero abandonado de todos y víctima del más horrible despecho que han conocido los mortales.

JOAQUIN DIAZ GARCES.





EL CRIADERO DE PIRQUE

Si algún dia se escribiera la historia del turf en Chile y se estudiara cómo ha llegado a alcanzar el auje immense que hoy tiene hasta constituir una fuente de riqueza nacional y un exponente de progreso que podrá ser discutido, pero que es un progreso al fin, habría que poner en las primeras páginas de esa historia dos nombres ilustres: Julio y Eugenio Subercaseaux, los propietarios del Haras de Pirque.

A los señores Subercaseaux se les debe, en efecto, una buena parte de los progresos de nuestra hipica y especialmente al muy acentuado que ha podido observarse en lo relativo a la crianza de los caballos de carrera. Hace 16 años, cuando el turf estaba entre nosotros en su primera infancia, puede decirse, limitado a unas cuantas reuniones anuales, y cuando aún nadie imaginaba lo que podría llegar a ser



D. Eugenio Subercaseaux

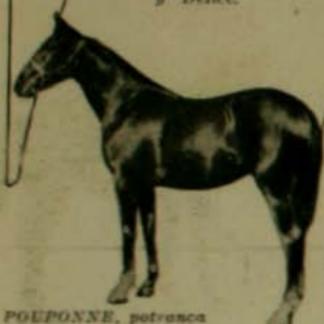


D. Julio Subercaseaux

PROPIETARIOS DEL CRIADERO DE PIRQUE



PLUM PUDDING, potrillo por Glascoaga y Delice.



POUPONNE, potranca por The-Whirlpool y Little-Darling.



PUNCHESTOWN, potranca por Pimental e Irlanda.



entre nosotros la crianza del pura sangre, los señores Subercaseaux echaron las bases en su hermosa residencia de Campo Las Majadas de Pirque del valioso establecimiento de cría que hoy figura con orgullo entre los mejores del país: unas cuantas yeguas finas y algunas de mestizaje avanzado fueron la base del Haras, que contó entre sus fundadoras a Fear, Darling II, Telus, Carambela y otras cuyos nombres son gloriosos en la historia del turf por lo que ellas fueron o por lo que produjeron mas tarde.

El Haras de Pirque mereció desde el primer dia a sus propietarios la mas solicita atención: a él dedicaron no sólo ingentes capitales sino también su trabajo personal que resultaba de inapreciable valía por los conocimientos adquiridos en el extranjero y por la dedicación con que habian estudiado en Europa lo relativo a la crianza del puro de carrera. Los señores Subercaseaux implantaron en su establecimiento los métodos modernos, adaptándolos a nuestro clima y a las condiciones de nuestro suelo con un éxito tal que no pasaron muchos años sin que tuvieran imitadores.

Los primeros años del Haras de Pirque fueron de una vida láguida, y su producción tan limitada que, con una que otra excepción, sus "yearlings" iban a la pista a defender los colores blanco y verde del Corral Subercaseaux. Los precios de aquellos tiempos no eran, por otra parte, halagadores; y tratándose de productos criados en forma que demandaba cuantiosos gastos, no resultaba un negocio venderlos.

El Haras está situado en un delicioso rincón de la Hacienda de Pirque próximo a las casas de la familia Subercaseaux.

En las construcciones del criadero hay algo mas que confort y comodidades:

PEAR, potranca por Olascoaga y Naranja.

el gusto y el delicado refinamiento de sus propietarios se vé aún en esos pabellones de líneas severas y elegantes donde todo está deliciosamente hermanado: tres grandes pabellones contienen los boxes destinados a los reproductores, a las yeguas de vientre y a los productos nuevos: los boxes son amplios bien ventilados, llenos de luz y sin un detalle que no sea algo de utilidad. Próximos a los boxes están los potreros en que pasan el día las yeguas con sus productos, mas allá los reservados a los potrillos y luego los destinados a las potrancas.

Distribuido todo en forma admirable, aquello está personalmente vigilado por sus dueños: el mas escrupuloso aseo, la mas cuidadosa atención y el esmero que se gasta aún hasta en las cosas mas insignificantes hacen comprender cuánta es la dedicación de estos sportsmen. Cada dos o tres días, el uno o el otro, don Julio o don Eugenio Subercaseaux, van a Pirque a visitar el criadero: recorren cada potrillo, examinan cada producto, se imponen de cada detalle, imparten sus órdenes y comprueban si se han cumplido las impartidas el día anterior. Su trabajo personal no lo escatiman si el caso llega; y como su afición y el cariño por sus animales les permite saber de todo, es bien frecuente ver a estos dos distinguidos sportsmen curar por sus propias manos a un potrillo enfermo o herido.

Esta dedicación, este verdadero apasionamiento por los caballos ha dado como era natural, resultados inmediatos; y aunque no siempre la buena fortuna le sonriera, el Haras de Pirque ha podido crecer y prosperar.

Las primeras crías provenientes del Haras de Pirque fueron inscritas en el Stud Book en 1896. Fue Anarella una potranca hija de



PEREGRINO, potrillo por Ercildoun e Incognita II.



PLUVIOSE, potrillo por Ercildoun y la Bastilla.



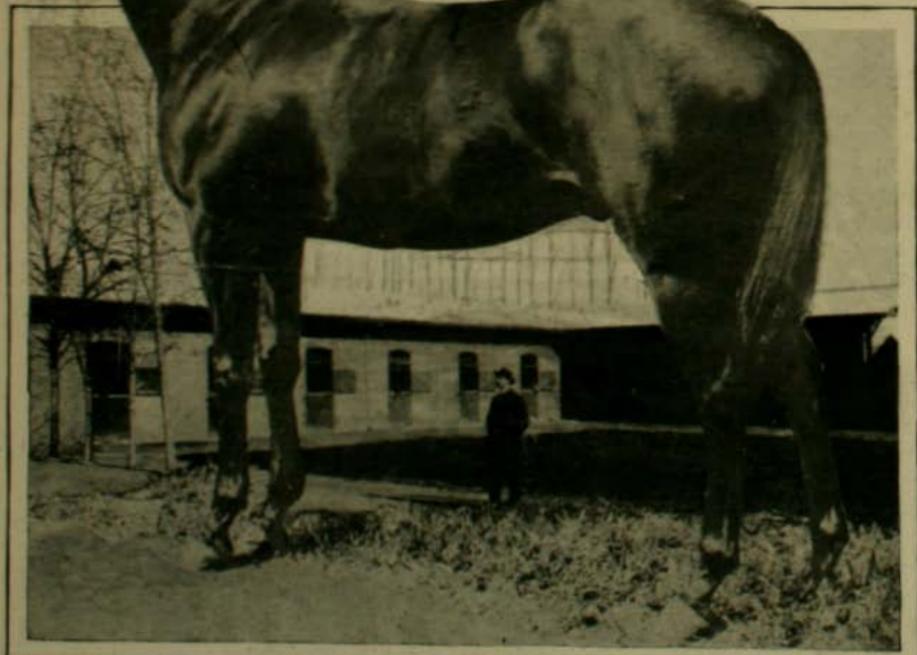
PIZARRO, potrillo por Pippermint y Adalia.



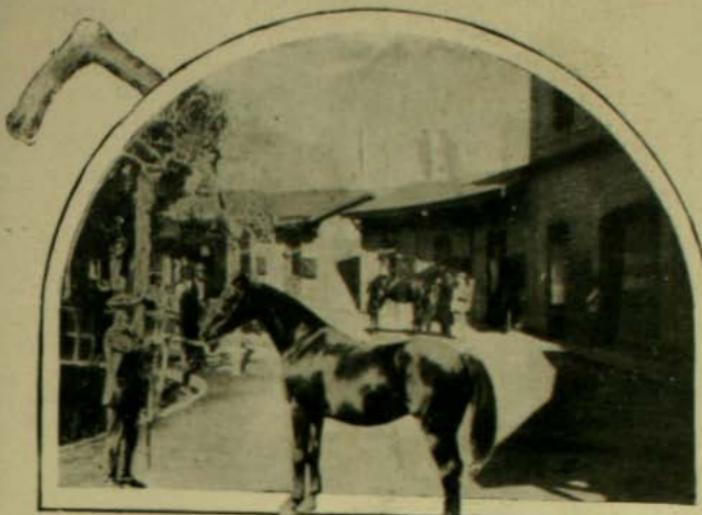
PIMPONIA, potranca por Pippermint y Naild.

Palmy y Flecha la que inició la producción no interrumpida de este valioso criadero del cual ya han salido ya muchos grandes caballos.

Hacer un resumen de la obra realizada por los señores Subercaseaux en 16 años de trabajo en este ramo, sería historiar toda la hipica chilena en este lapso de tiempo. Y aunque no emprenderemos esta tarea, hemos de señalar algunos de los hechos más culminantes para hacer justicia a estos dos sportmen que no han omitido gastos ni sacrificios, tomando la iniciativa en todo y procurando estar siempre los



Olascoaga por Orbit e Isolina
Hermoso reproductor del Criadero de Pirque, cuyos productos vienen, por primera vez, a las
centos de este año.



Un rincón de las pesebres del Haras de Pirque. En el fondo Olascoaga. En primer término el reproductor Mead, por Persimmon y Meadow Chat.

primeros entre los primeros.

El mismo año en que se resolvió dar vida al Criadero de Pirque don Julio Subercaseaux importó de Buenos Aires a Destroyer, un hijo de Gay Hermit y Regret, caballo del más alto origen, que des-

tinó a reproducción del Haras con un éxito que no satisfizo a su propietario quien no tardó por supuesto, en reemplazarlo; y en un viaje a Europa, realizado en 1899, los señores Subercaseaux adquirieron en Francia a Rodillard, que es sin duda alguna, el caballo de más alto origen que haya venido a

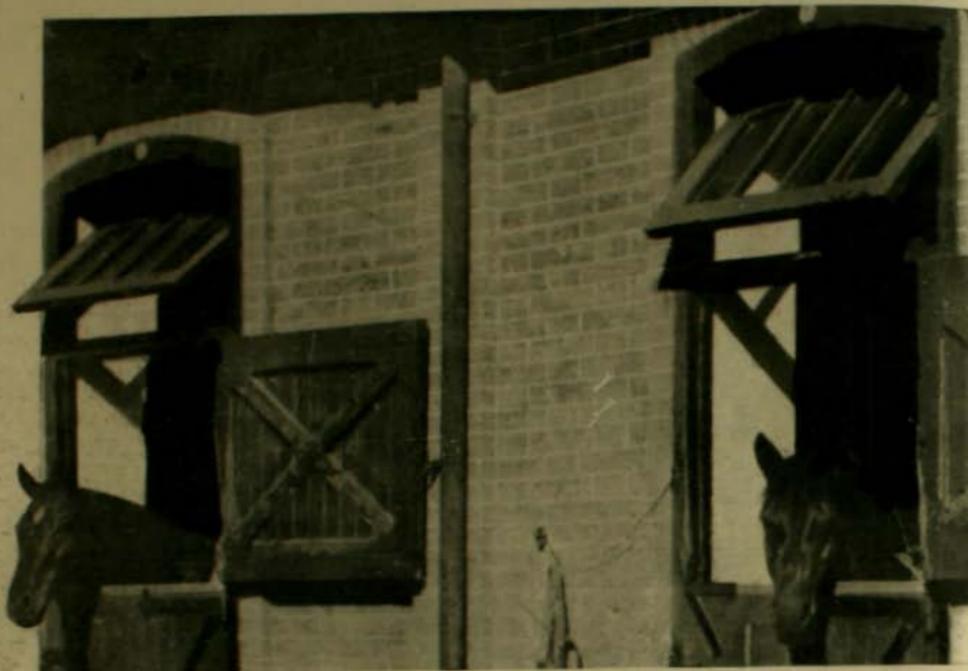


Grupo de yeguas madres. En primer término Mesalina y Delice y en el fondo Lady-Love.



Otro grupo de yeguas madres

Chile: el hijo de War Dance y Rose of York había ganado en París en 1898 la Poule d'Essai des Poulains, el primero de los grandes premios clásicos para tres años y estaba considerado como el ganador del Grand Prix



Mead

Ercildoune

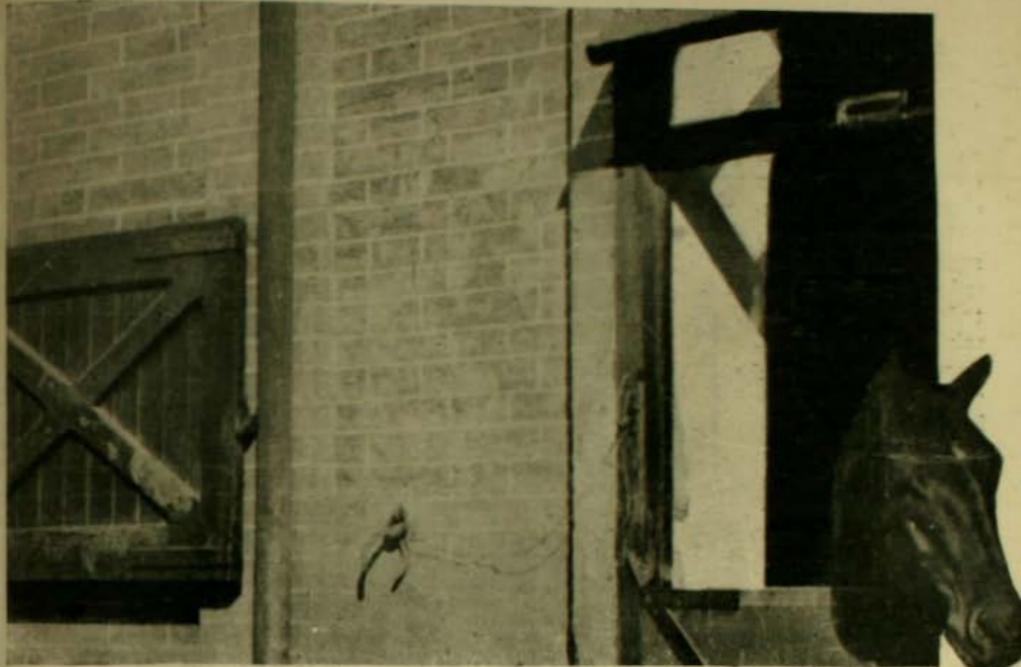
pero un accidente le privó de seguir corriendo y los señores Subercaseaux aprovecharon la oportunidad de adquirirlo; apesar de sus manos débiles, Rodilar produjo bien aquí, tanto con las yeguas nacidas en el país cuanto con varias importadas de Buenos Aires por el Haras de Pirque.

Animados de un espíritu de progreso constante y siempre creciente, los señores Subercaseaux, al propio tiempo que traían al país numerosas yeguas de gran origen, importaron a Gonnin, otro hijo de Gay Hermit que había ganado muchas y muy buenas carreras en Buenos Aires.

Pero, a impulso de tanto entusiasmo y de tantos esfuerzos, nuestra hipica había ido creciendo y las necesidades no podían llenarse sino con reproducidores de más calidad. Los señores Subercaseaux adquirieron entonces en Inglaterra, en el Haras del rey Eduardo, a Mead, un hijo de Persimmon y Meadow Chat, por Minting, que muchas

veces había llevado a la victoria los colores de su real propietario. La compra de Mead fué un esfuerzo considerable y pareció ser el augurio de un éxito grandioso para el Haras de Pirque; pero esta noble sangre de Saint Simon, que tanto éxito tiene en Europa, no ha dado aquí los resultados que había derecho a esperar; y con la primera manifestación de esta falta de éxito, el Haras de Pirque adquirió en Buenos Aires al célebre Pillito, un crack en su época y un reproductor que en la vecina república se había revelado como de primera fila. Mas, la suerte no fué propicia y este nuevo y estéril sacrificio, irrrogaba a los señores Subercaseaux una pérdida no despreciable: Pillito murió en la navegación, víctima de una pulmonía.

Se trajo entonces a Ercildoune, que estaba en Montevideo, a donde había sido importado desde Inglaterra: hijo de Kendal y Maid Marian, por Hampton. Ercildoune pasa por ser el mejor



Olascoaga

hijo que Kendal produjera: fué en la pista un gran caballo y sus hijos han ganado en Uruguay y en Argentina premios por valor de cerca de 30.000 libras esterlinas. En Chile, Ercildoun ha dado, en su producción, un crack como Old Nick y un buen caballo como promete ser Olaf.

Pero al Haras le hacía falta un caballo más nuevo, de gran origen y que por sus corrientes de sangre fuera en Chile de un éxito seguro: de aquí la resolución de adquirir a Olascoaga.

Hijo de Orbit é Isolina, por Achérón e Isolgy, por Isonomy, Olascoaga representa para nuestro turf un elemento de valía inapreciable y para el Haras propietario la base de un porvenir que no puede ser incierto: Olascoaga responde a ese cruzamiento admirable Dollar-Ben d'Or que ha producido ya en Old Man a uno de los reproductores más famosos del mundo; y si a este antecedente se agrega la belleza de sus ormas, las bondades que

puso de relieve en su brillante campaña en la pista, la tranquilidad de su temperamento y el buen carácter de que está dotado, puede asegurarse que el nuevo reproductor del Haras Pirque tiene reservado un éxito que el tiempo se encargará de comprobar.

Olascoaga ganó en premios en Buenos Aires 112, 335 nacionales y en Montevideo se adjudicó en la mejor forma el Premio Internacional batiendo a los mejores caballos de su época.

El plantel de yeguas de Haras de Pirque es tan numeroso como selecto: ahí Azalea, Naranja, Mesalina, Bruma y otras bien conocidas y prestigiadas ya en nuestras pistas y ahí figuran también hijas de Winkfield's, Pride, Val d'Or, Le Samaritain y otros reproductores famosos. En una selección constante, el Haras de Pirque no ha omitido esfuerzos ni sacrificios para ir mejorando su stock de madres hasta haber logrado reunir un conjunto que

puede ser presentado como un modelo de buena elección.

Pero estos progresos en orden a la compra de buenos elementos no habría sido completo sino se hubieran implantado además los métodos modernos de crianza: hemos preguntado muchas veces por qué en Chile, cuyo clima es privilegiado para la crianza y desarrollo del caballo de carrera, y donde hay buenos reproductores y yeguas del más alto origen no se producen mejores caballos. La solución de este problema

la ha encontrado el Haras de Pique: había que renovar las condiciones rutinarias en que se efectuaba la crianza, implantando los métodos en uso en Europa, métodos que aun cuando hacen aumentar en mucho el costo de los potrillos, quedará compensado, en cambio, con el éxito seguro que se habrá de obtener.

Y así, en el lote que este establecimiento traerá a las ventas este año, los aficionados podrán ver cómo es distinto el aspecto de los yearlings, cómo se ha propendido a su natural desarrollo y cómo todos ellos revelan los cuidados de que han sido objeto.

En 16 años de producción constante



Ercildounne por Kendal Maid Marian y reproductor del Criadero de Pique

los propietarios del Haras de Pique han tenido la satisfacción de ver compensados con el éxito en las pistas los frutos de tantos sacrificios: Hasard, Sobiesky, Green and White, Graciela, Menina, Jon Jon, Kempton Park, Kiel, Pierrot, Escocia, Turin, Montagú, Tiana y muchos otros ganadores de premios clásicos dan testimonios de que los señores Subercaseaux no han sembrado en un terreno infructuoso, y es de esperar que el porvenir ha de querer depararles la buena fortuna que merecen sus esfuerzos, sus entusiasmos y la dedicación con que atienden sus importantes Haras.

X.



VICTORIA DE UN ARTISTA CHILENO

Don

Alfredo Valenzuela Llanos

Ilustraciones fotográficas

¡Qué hermosa es la vida de un luchador modesto y sincero que, nacido en un país lejano de los centros intelectuales más intensos del mundo, conquista en ellos una alta recompensa de sus afanes continuados y silenciosos! ¿Cómo podría *Pacifico Magazine*, el órgano del esfuerzo nacional, no consignar en sus páginas la historia de la existencia laboriosa y toda entera consagrada al arte, de uno de los pintores chilenos de más talento y sinceridad?

Valenzuela Llanos es un paisajista, un maestro del paisaje, género que tiene ya sus dioses tutelares; pero que cada día se renueva y se intensifica al través de la visión individual y peculiar de cada artista y de cada país. ¡Qué largo camino el recorrido por el hombre, desde la pintura de ese viejo libro Sacramentario de la catedral de Metz, que ya en el siglo X indi-
caba las aguas del Jordán por una serie de líneas paralelas y onduladas que se alzaban como un cono para cubrir parte de la desnudez del Bautista, hasta la atmósfera envuelta y vaporosa de Corot o los interiores de bosques de algunos maestros vivientes! Pero aún mucho más tarde, cuando en el siglo XII los artistas sacaban de la vegeta-

ción, muchos de los elementos decorativos del llamado arte gótico, el paisaje no osaba todavía aparecer. En grandes cuadros de las escuelas italianas asoman árboles convencionales y rocas fantásticas, como elemento decorativo de segundo orden. Y, en seguida, cuando Van Eyck y otros pintores del norte de Europa sienten la revelación del paisaje y pintan la vegetación y las flores y los arbustos, guardan siempre un culto a lo convencional y traen de sus recuerdos de otros países plantas y árboles que mezclan con los nacidos espontáneamente a su vista.

Claude Gellée nació el 1600, y llamado Lorrain, recorrió el campo, los valles de su tierra y se sintió llamado al paisaje como siglos antes su compatriota Jeanne d'Arc había sentido voces que la llamaban a devolver a Francia su rey. El viaje a Italia, donde ya se le

cultivaba como un género nuevo del arte, debía decidirlo. Claude Lorrain fué el verdadero padre del paisaje, con sinceros estudios *d'après nature*.

El público, el gran público que no tiene un nivel de cultura artística muy superior al de los pintores de hace cuatro siglos, no comprende el interés de la naturaleza in-



Alfredo Valenzuela Llanos
Laureado pintor chileno

*El alba (Chile).*

animada. Busca siempre la figura, la escena movida, si es posible teatral. Le gusta en arte lo convencional. ¿Y qué pensar de nuestro público de Chile?

Valenzuela Llanos ha pintado muchos

centenares de paisajes que muestran trabajo, estudio, contemplación de la naturaleza durante largas horas, que revelan emoción y retratan las vibraciones del calor y de la luz en cada hora del día en los rincones más hermosos de Chile. Muchas veces le han preguntado en las Exposiciones:

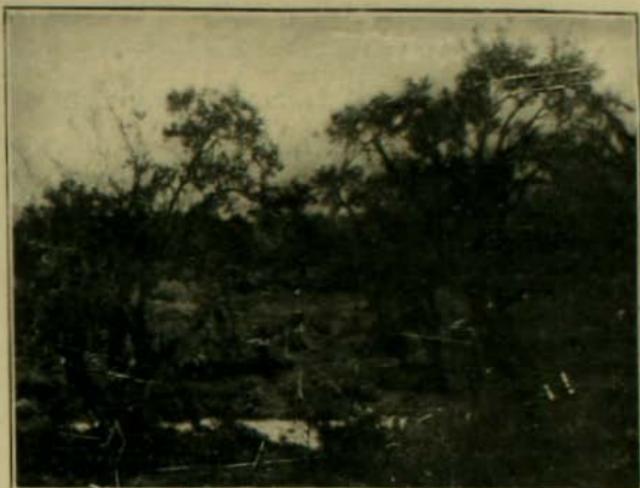
—¿No podría Ud. agregarle algunas figuras a este campo? Es una lástima que Ud. pinte generalmente campos tan solos!

+

La vocación de Valenzuela Llanos por los colores fué temprana como en todo artista de visión natural y condiciones espontáneas. Nació el año 72 en San Fernando. Fueron sus padres don Ricardo Valenzuela y Valenzuela y la señora Floren-

*A orillas del estero Lolo (Chile)*

ria Lianos Lira. Ellos recordaban que todas las reminiscencias más apartadas del niño, estaban vinculadas a los colores de las cosas. Debia andar apenas, pues iba aún de vestido femenino cuando habitaba una casa con huerto y jardín en que su hermanita tenía un traje de vivo encarnado. Años después, cuando el futuro artista, aún adolescente, quiso fijar algunos recuerdos de esos años habló del vestido rojo y del sol que lo hacía brillar como fuego. To-



Luna nueva.—Alrededores de Santiago de Chile.



Viejo árbol.

dos los demás incidentes, los dolores, las ausencias, los cambios, las formas, desaparecían: solo los colores formaban las imágenes y ordenaban cronológicamente, los sucesos pasados, en su memoria. Hizo las Humanidades para cumplir con el destino de todo chileno; pero ya las Ilustraciones de "El Nuevo Ferrocarril", que difundían en todo el país las proezas de nuestros soldados y las figuras de sus generales, hacían latir violentamente el alma del artista.

Probablemente en esas largas jornadas del Liceo, la mente del escolar hacia largas excursiones al través de la ventana donde la violenta luz del día vibraba como un espejo de llamaradas. Probable, seguramente, se iba allí habituando la retina a buscar los colores, a seguirlos en sus gradaciones, a estudiar sus contrastes. Allí tal vez y encariñó con sus árboles, la pasión dominante de su vida, el elemento inseparable de su obra. Allí tal vez tomó el espíritu taciturno, reconcentrado, soñador.

Su paso por el comercio fué breve. "Mal comerciante; demasiado artista", fué el diagnóstico que abrió a Valenzuela Llanos las puertas de la Escuela de Bellas Artes.

Sus padres no contrariaron esta idea. El jove abandonó a San Fernando y se vino a Santiago. El 18 de Junio del 87. Fué la fecha de su ingreso a la clase de Moccabi.

Este fué su profesor en el sentido literal de la palabra; pero fueron también sus maestros y consejeros Lira y Jarpa. Apenas tres años después de su ingreso a la Escuela, el artista obtiene una tercera medalla en nuestro salón anual, el año 90; segunda, el 92; primera, el 93; premio de paisaje del certamen Edwards, el 94; premio del mismo certamen el 97; premio de género el 98; premio de paisaje el 99; premio Maturana el mismo año y recomendaciones del jurado para su envío a Europa. En 1901 obtiene mención honrosa en Buffalo y medalla de honor en Santiago el año 3. En seguida se suceden los premios de Maturana, el de honor del certamen Edwards el año 8, medalla de oro en la Exposición Internacional de Santiago del año 10, medalla de plata en Buenos Aires y premio de honor Edwards el 11 y Maturana el 12.

+

En 1901, Valenzuela Llanos fué a Europa. No ha sufrido jamás la infatuación de creer que un artista no tiene nada que aprender en los viejos centros del arte; por el contrario, como el peregrino que va a los Santos Lugares, el pintor chileno fué modestamente a olvidar sus recompensas



OTAVIO.—Alrededores de Santiago de Chile.—Cuadro premiado en el salón del Centenario con medalla de oro.—Pertenece al Club de la Unión de Santiago



Otoño

al lado de Jean Paul Laurens. En seguida, ha hecho tres viajes más de estudio, en los cuales ha recorrido España, Italia, Inglaterra y Suiza. Recordamos haber admirado, en una de esas antiguas y artísticas exposiciones de "El Mercurio", algunos bellísimos cuadros de nuestro artista con efectos de nieve. No olvidaremos un grupo de paisajes de Francia, que fueron muy admirados y cuyo destino no conocimos después de la venta.

Valenzuela Llanos ha progresado siempre y progresó cada día. No ha pensado nunca en el negocio, sino en el arte. Las recompensas le han servido para trabajar más, los elogios para hacerse más tímido, el éxito pecuniario para ser cada vez más sincero y más alhagador de las corrientes fáciles.

Desde 1911 Valenzuela Llanos ha concursado pacientemente a los Salones oficiales

de la Société des artistes Français y ha sido casi siempre aceptado. Y decimos casi siempre porque un año no fué admitido; pero al año siguiente concurrió con dos telas que merecieron los honores de la aceptación.

Por fin el éxito ha venido a coronar su trabajo y su talento. Es el primer chileno que obtiene una segunda medalla allí, en ese severo tribunal, tanto más severo para el extraño. Hemos leído en algún artículo de prensa que comentaba elogiósamente el triunfo de Valenzuela Llanos, comunicado por don Joaquín Fábres y don Eucarpio Espinoza desde París, que el maestro Lira había obtenido una tercera medalla. Rectificamos un ligero error, a la vista del Catálogo de 1913; se le concedió solamente una mención honrosa, como al distinguido escultor don Simón González. La medalla obtenida por el señor Valenzuela Llanos, re-

*Relevento.*

presenta pues una victoria auténtica y de suma importancia.

—Y qué hará Ud., maestro? —hemos preguntado al artista.

—Trabajar, simplemente trabajar. Y esto es sincero y honrado. Lejos de pensar en vender su medalla, es decir, en llamar la atención pública para explotar esas órdenes convencionales del compra-

original es necesario mucho estudio y disciplina. Copiar primero, seleccionar enseñada, interpretar mas tarde, falsificar nunca!

Próximamente, una exposición de obras de Valenzuela Llanos en la casa de los señores Eyzaguirre dará idea de los últimos trabajos del distinguido paisajista chileno. — * * *

NUESTRA PORTADA

Adorñamos la portada de este número de "Pacifico Magazine" con un fragmento de la brillante tela de Eduardo Chicharro, titulada "La Yunta" que el público de la capital, ha podido admirar estos días en el almacén de pianos del señor Luis Setz, en el edificio de la Casa Prá, donde se encuentra en

rifa. La maestría y el vigor de ejecución que caracterizan las obras del distinguido director de la Academia Española de Pintura en Roma, se manifiestan en todo su explendor en el cuadro, que damos a conocer a nuestros lectores.

* * * *



Paisaje de Valenzuela Llanos



Estero de Limache

El Arte en la Fotografía Documental

Los trabajos de don Teodoro Schenck

Si la fotografía no ha revolucionado el mundo económico y social, como el telégrafo y el vapor, apenas existe en cambio alguna forma de la actividad humana, en que su influencia no se haya dejado sentir.

Ocioso es hoy discutir si la fotografía puede o no ser un arte. Han pasado los tiempos en que vivíamos de fórmulas y definiciones más o menos estrechas y convencionales. El arte, se decía, es el hombre, añadiendo algo a la naturaleza, y el hombre, por medio de la cámara oscura, nada puede añadir ni quitar a la belleza plástica, enfocada por su lente.

Tales argumentos tendrían alguna fuerza, si el concepto del arte pudiera ser definido en cuatro palabras, y no es este precisamente el caso.

«Me preguntáis qué es la belleza artís-

tica? escribía a Flaubert, Jorge Sand... La belleza artística es... el pedazo de mu-ro que existe en el Partenón, a mano derecha, entrando.

Esa belleza artística, cuyo ideal existe en mayor o menor grado, en todos los hombres cultos, puede ser producida por medios muy diferentes... Antes que la pintura, existió la escultura, y mucho antes todavía la arquitectura y la cerámica. Desde el momento en que la humanidad intentó comunicar a los objetos que fabricaba, una forma agradable y armoniosa, desde que dibujó groseras imágenes sobre una vasija de greda, nació el arte. Los procedimientos han cambiado, pero la misma idea primitiva, es la que subsiste.

A nadie se le ocurriría por cierto llamar arte a un bello paisaje o a una mujer hermosa. Pero al transportar esas imágenes



La tarde en Playa Ancha.

sobre la plancha fotográfica, el hombre puede producir el arte, y de hecho lo produce. El movimiento se prueba andando.

Lo produce al escoger el motivo, al encontrar la belleza que acaso pasó antes ignorada a los ojos de centenares de individuos.

¿Qué diremos del gran arte de la composición, del agrupamiento plástico y armónico de las figuras? En realidad no puede hacerse ni la más insignificante fotografía, capaz de impresionarnos y producirnos una sensación de belleza, sin emplear un gusto exquisito en esa ordenación de las masas y de los valores, por desgracia tan descuidada, en nuestros días, por muchos geniales coloristas.

La mujer más encantadora, fotografiada por un individuo sin gusto ni temperamento artístico, y sin habilidad técnica, resulta un caricaturesco mamarracho. Aún en el retrato que parecería de todas las ramas del arte fotográfica, la menos adecuada, para que el hombre añada algo a la

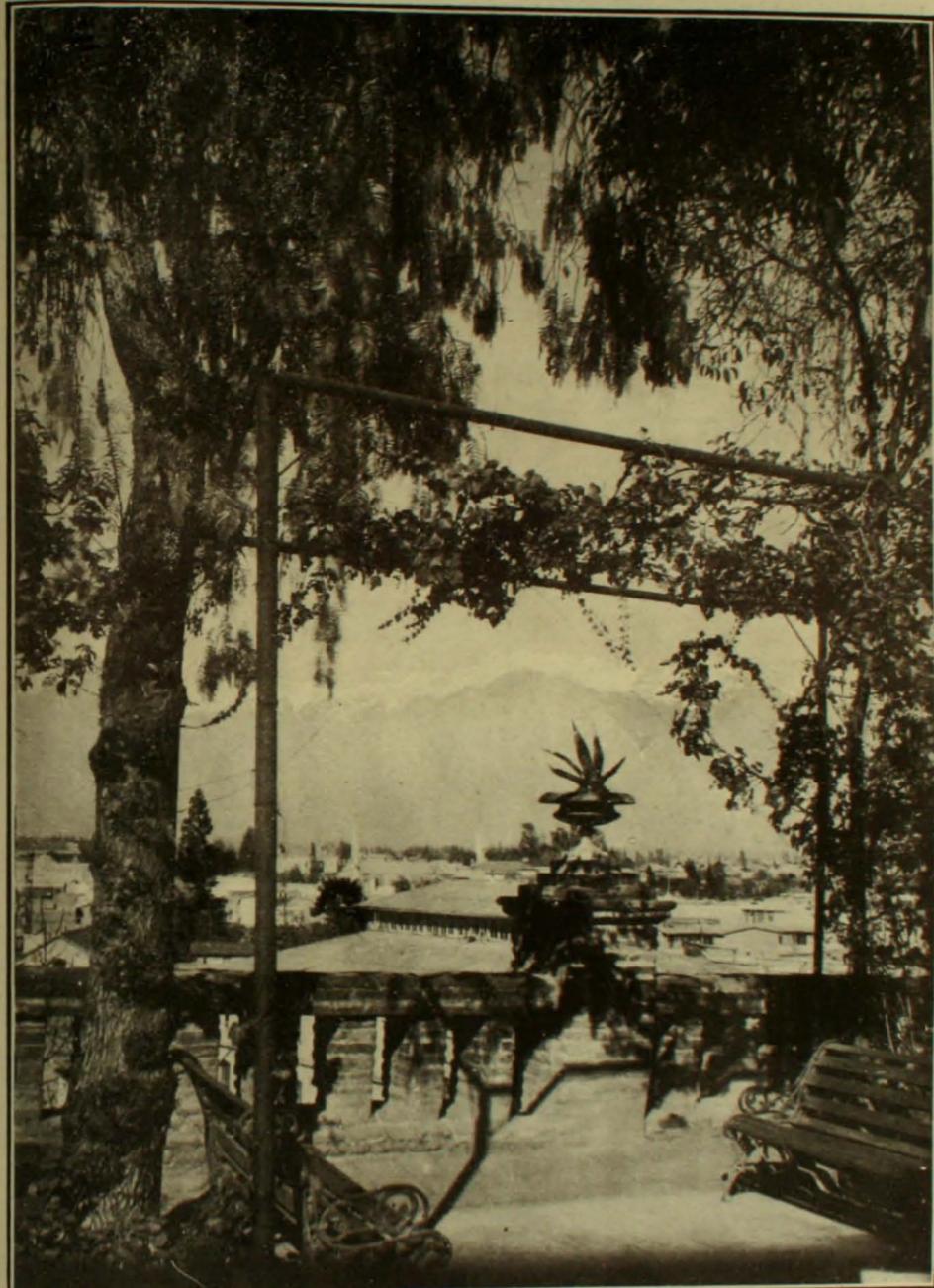
naturaleza, es indispensable escoger y buscar actitudes, contornos, contrastes, luces y sombras, determinada iluminación del modelo, en una palabra, un buen conjunto, sin contar con los mil detalles técnicos, incomprensibles para el porfano.

Y si los medios, son esencialmente artísticos, el fin, esto es lo producido, suele ser en muchos casos la belleza.

En otro orden de cosas, la fotografía ha transformado radicalmente, no solo los procedimientos sino los resultados del arte plástico. Me refiero a la documentación iconográfica, especialmente en materia de geografía y viajes.

Basta hojear los antiguos libros descriptivos de países lejanos, para comprender cuán groseros y rudimentarios, aparecen los recursos del dibujo manual para evocar imágenes de paisajes y costumbres remotas.

El artista es por lo regular un mal documentador; pone demasiado de sí mismo, y deja poco a la naturaleza... Siente solo



En el Santa Lucía.—(Santiago)



Chozas de campesinos.—(Ocoa)

una parte, si bien la más exquisita, de la realidad. Su visión, no por ser sublime, deja de ser incompleta.

Tengo por delante las magníficas ilustraciones, del viaje a España de Gustavo Doré... Ellas nos evocan, es cierto, la España pero bajo un aspecto particular, que si no llevara la marca del genio, podría clasificarse, casi de caricaturesco.

Y tengase presente que muy pocos ilustradores de viajes o de geografía han alcanzado la altura de Doré. La mayoría de ellos, con mucho menos talento, han cometido idéntico pecado. El viajero está dispuesto a dejarse sobretodo impresionar, por lo que los objetos nuevos, hombres y cosas, que se le presentan a su vista, tienen de anormal, de exótico, de extraño y por consiguiente de grotesco.

Los contornos de las montañas, las formas vegetales, los edificios, los trajes, las fisionomías y las actitudes aparecen en esos viejos dibujos documentarios, bajo la luz engañosa del que ante todo busca contrastes y rarezas. Picachos deformes, plantas que parecen de otro planeta, hombres y costumbres de ópera cómica. Así aparecieron los países remotos en los libros

de antaño. En este sentido la fotografía ha contribuido, tanto como el ferrocarril y los barcos de vapor, a darnos a conocer la tierra.

Pero el efecto acaso se ha sobrepasado á si mismo, porque entregada la fotografía a manos vulgares, que no saben sentir el carácter propio de los hombres y de los paisajes, suelen darnos con lamentable frecuencia, una reproducción uniforme y banal de todos los rincones del planeta. Al contemplar sus producciones, nos inclinamos a veces a creer como Sancho Panza, que "todo el mundo es uno".

No culpemos de ello a la fotografía sino a los que la manejan sin arte, y sin una concepción clara del carácter y los recursos de la Ilustración documentaria.

A la verdad, la distinción un tanto académica que se ha pretendido hacer entre la fotografía artística y la documentaria perturba el criterio de los cultivadores de esta última. Parecen creer que por el hecho, de pretender solo reproducir con verdad y exactitud, los aspectos de la naturaleza y de los hombres, están obligados a dejar por decirlo así, sin alma, a sus producciones.



El estero de Limache



A orillas del canal—(Limache)



En los canales de Smith



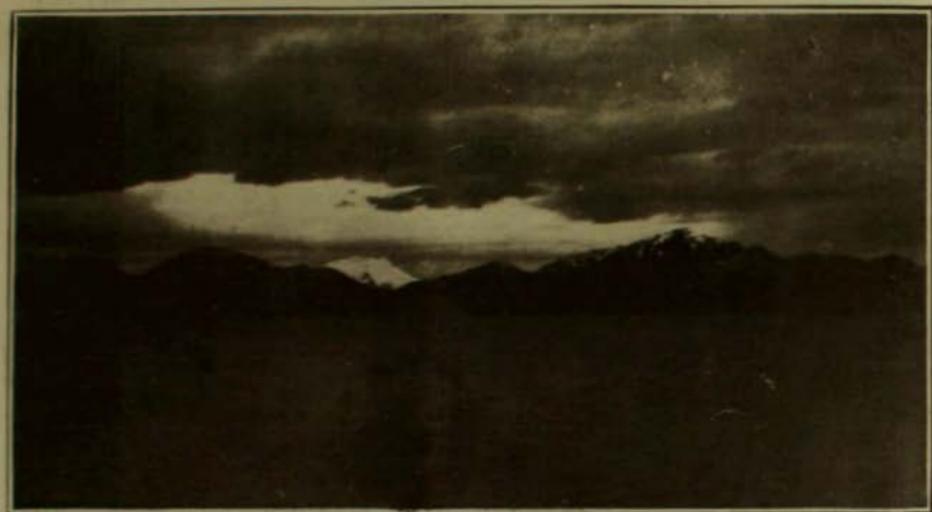
Paisaje en Ocoa

(Lente Goeriz.—Panter f. 6, 3 270 minutos)

Sube por ejemplo un documentador de esta escuela, al cerro de Santa Lucía. A sus plantas se extiende uno de los paisajes a la vez mas bellos y mas característicos del mundo. De un lado la capital de Chile, iluminada por el sol y coronada de torres; del otro las huertas y arboledas que tapizan el valle central, cerrado por las gigantescas y nevadas cordilleras. ¡Magnífico documento ilustrativo! se dice y enfoca en su cámara la ciudad y los Andes.

algo de lo que allí sentimos. El extranjero que jamás haya visitado a Chile, comprenderá delante de esa fotografía, el género del espectáculo que allí deleita los ojos.

La soberbia palmera real de nuestras provincias centrales, no caracteriza el paisaje chileno. Como se sabe, no es muy común y está circunscrita a determinadas localidades. Así lo ha comprendido el señor Schenck, al disponer sus magníficas vistas de palmeras. Casi siempre las acompaña



Crepúsculo en los canales de Smith

El efecto no puede ser mas banal. Las fotografías obtenidas, no sugieren al que las contempla, nada semejante a las impresiones recibidas en el cerro mismo. No reproducen el ambiente particularmente encantador que caracteriza a los panoramas del Santa Lucía. ¿Por qué? El mismo no sabría dar la razón, sino es un artista.

Cuando contemplamos desde el cerro, la ciudad y las cordilleras, no sentimos solo la grandezza y brillo del vasto panorama, sino también el encanto de la opulenta vegetación que nos rodea, esos primeros planos de guirnaldas y flores, que encuadran las iluminadas lejanías. Véase si no, la fotografía que reproducimos, obra, como las demás que ilustran este artículo, del distinguido artista don Teodoro Schenck. El panorama, magníficamente encuadrado por la vegetación evoca el recuerdo del gran paseo de Santiago, nos hace sentir

de un detalle, de un segundo plan sugestivo y eminentemente chileno: algún pícano escueto, severo, dibujándose nítidamente al través del aire seco y transparente. Sin eso aquellas vistas, serían siempre hermosas, en el concepto artístico, pero ya no chilenas. Así lo podemos comprobar delante de algunas de las fotografías reproducidas, donde esas características faltan. Se creería uno transportado a otro país: al Brasil, a los trópicos. Aquellas palmeras, dominando una vegetación exuberante, a orillas de una masa de aguas tranquilas, son la reproducción fiel del "Jubaea spectabilis" de los naturalistas, del "Lille" de nuestros indígenas, pero apesar de que los árboles y el paisaje son fotografiados en Chile, apesar de su mérito artístico y de su exactitud, no evocan la idea de nuestro país y de sus aspectos.

Es que la fotografía documentaria, no



A orillas del tranque (Ocoa)



La puerta del potrero (Limache)



Ranchería al pie de la campana (Olimué)



Grupo de palmas (Ocoa)

(Lente Zeiss Tessar f. 6, 3 260 mm.)

es algo menos sino algo más que la fotografía artística. Requiere no solo armonía y belleza, sino cualidades sugestivas, evocadoras, un gran carácter, en una palabra.

También ha comprendido soberbiamente el señor Schenck, otro de los rasgos más esenciales del paisaje chileno, esto es la formación de sus esteros y corrientes de agua. En este país agriamente accidentado, de empinadas pendientes, de lluvias torrenciales seguidas por largos períodos de sequía, las aguas tienen un régimen peculiar, y los arroyos chilenos se distinguen a primera vista de los del resto del mundo. Lechos arenosos, cubiertos aquí y allá de matorrales cuya formación es característica; escarpes roidos por las inundaciones y luego engalanados por la invasora vegetación, cantos rodados, y como marco álamos y sauces; he allí los componentes de un estero del centro de Chile. Las fotografías del señor Schenck, son inconfundibles. En ninguna otra región del mundo pudieron haber sido tomadas.

Entre las fotografías que reproducimos, la que representa la trilla es particular-

mente digna de llamar la atención. El tema ha sido muy explotado por los artistas. Raras veces, sin embargo han logrado producir un conjunto tan sugestivo, ni que nos traslade mejor a la realidad. En nuestro concepto, el secreto ha estado aquí en la hábil elección del segundo plan, en el carácter de la decoración de fondo. Esos cerros son de Chile. Aquel espectáculo tan netamente nacional, adquiere todo su vigor porque ha sido colocado, en su escenario típico.

Iguales reflexiones nos sugieren las fotografías de potreros, caminos de haciendas y chozas campesinas del señor Schenck. Revisando una colección abundante de ellas, puede decirse que se ha viajado por nuestros campos. No vacilo en declarar que si alguna vez se quiere ilustrar a la vez con arte y verdad un libro sobre Chile, nada podría encontrarse mejor que las fotografías de que hablamos.

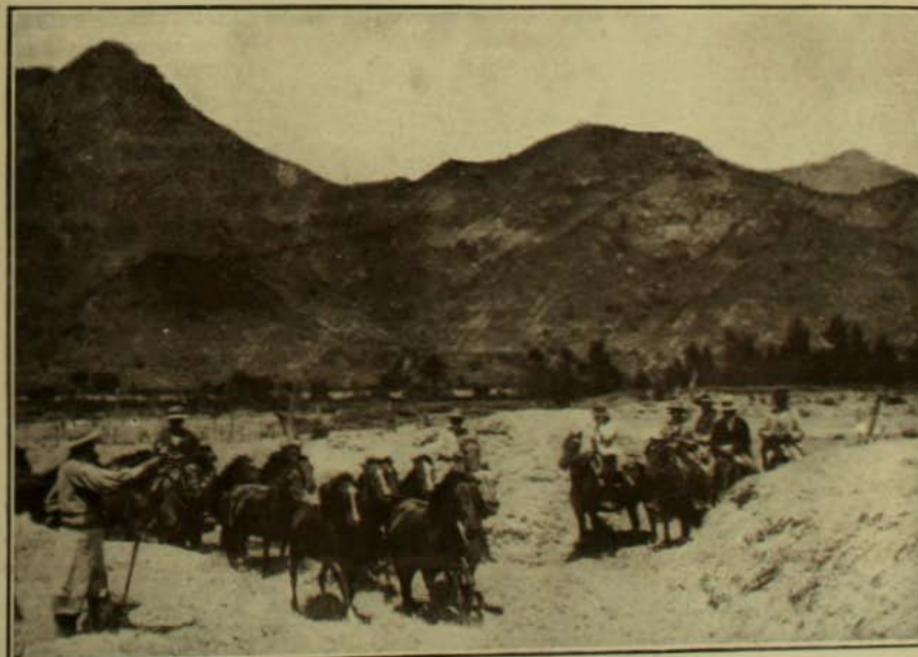
La obra del señor Schenck prueba eloquentemente una cosa, y es que el arte fotográfico, sin salirse en un ápice de la verdad desnuda, sin recurrir a los artifi-



Bosquecillo de palmeras



Ranchos de campesinos



Trilla en Ocos



Camino encharcado (Olmue)



El cometa de Halley en Valparaíso

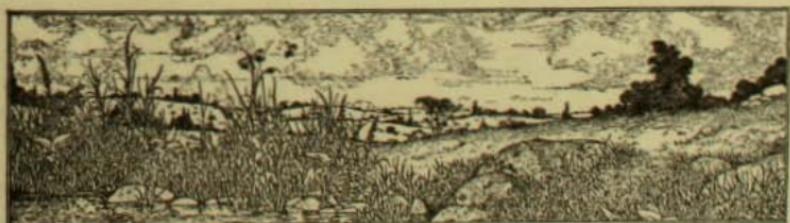


Quebrada Elias (Valparaíso)

cios del fluismo u otras novedades de las modernas escuelas puede producir la belleza; que la fotografía documentaria, no solo puede ser artística, sino que debe serlo, si pretende evocar y sugerir. No se conoce un país hojeando una serie de vistas banalas, elegidas sin criterio y sin gusto. Es necesario que el artista vea más que el viajero, o mejor dicho que sepa comprender, los contornos, las figuras, los paisajes que impresionan, acaso inconscientemente, al que viaja, y forman su con-

cepto insular de los países que recorre.

En este sentido nada hemos conocido más completo que las obras del señor Schenck, al menos en lo que a Chile se refiere. Desde que por vez primera vimos algunas de sus producciones exhibidas en las vidrieras de la librería inglesa de Hume, no podímos menos de decirnos: "He aquí lo que hace tiempo buscábamos; un artista fotógrafo capaz de hacer comprender y admirar a nuestro suelo, aún a los que jamás la hayan visitado."



ELOGIO DEL BIOGRAFO

La mentira del biógrafo no es una mentira limitada y convencional como la del teatro, en que se encierra la vida en un marco de trapos pintados, sino algo tan consistente y perfecto que deslumbra. En medio de mares, montes y ciudades tomados de la realidad y con todo el encanto verdadero de la Naturaleza, suceden prodigios imposibles, milagros fantásticos y apariciones y desapariciones absurdas, constituyendo ese género del biógrafo maravilloso, que nos encanta a ciertas horas... cuando quisieramos alzar un poco "la loza de los sueños". ¿Quién no ha sentido realizado un íntimo anhelo de niño, al ver que el fugitivo a quien la justicia persigue encuentra una pared benigna que se abre a su paso... o creía repentinamente alas y se levanta de la tierra? ¿Y las excursiones por las estrellas y la luna, y los descensos al fondo del mar o a las cavernas del planeta?

Algunos han querido aplicar a las películas biográficas, esa otra maravilla del fonógrafo; pero felizmente hasta hoy no han tenido buen éxito; y el día que lo obtuvieran, el biógrafo habría perdido a nuestro ver, el mayor de sus prestigios, el preatigio inefable y encantador del silencio.

Mundo de fantasmas sin palabras, solo adivinamos lo que sucede por las miradas y ademanes. Los argumentos del biógrafo, por su naturaleza misma deben ser de una sencillez absoluta, sin complicaciones de ninguna especie, únicamente con los sentimientos eternos y primordiales. Todo indicado sabiamente... Una mano que se levanta y maldice... dos brazos entrelazados, dos labios juntos... una figura que se pierde en un camino desolado y vuelve de lejos el rostro lloroso....

Semejante a su admirable aliada la música, el biógrafo no precisa nunca las situaciones emocionantes, limitándose a insinuarlas por medio de matices sablemente combinados.

Para ser comprendido perfectamente el biógrafo exige un esfuerzo de atención que abre plenamente las puertas de nuestro sentimiento, y nos entrega indefensos y silenciosos a las emociones. Por eso el biógrafo no es vulgar ni popular, sino semejante a uno de los espectadores, que vé en él lo que su temperamento le permite.

Yo presento uno que llamaría biógrafo del poryenir, en que este arte milagroso, cada

vez más identificado con la música, realizaría las visiones de Beethoven y Grieg en dramas hondos y callados como los los Maeterlinck. Los acordes musicales vendrían a ser el lenguaje de estos fantasmas pálidos y mudos; y el desarrollo de la trama, el significado de los símbolos, la impresión experimentada por el alma, serían algo completamente sobrenatural.

...Algo de esto he visto, o soñado... Era un camino verde e indefinido, que iba hacia el mar... Apareció una mujer, cansada, con esa fealdad cruel del sufrimiento, y mirando hacia todos los lados corrió por el camino adelante... los árboles se abrieron, el camino se ensanchaba y apareció por fin la playa, la arena, el mar azul e inmenso y una barca de vela iluminada por la luna... Una pareja de amantes se dirigía a ella y subieron, enlazados, lenta y lúgicamente... La mujer se quedó mirándolas, inmóvil como fascinada. En ese instante un solo violoncello sollozaba monotonamente con sus notas roncas y dolorosas. De pronto, la vela palpito y la barca de amor, mecida por las olas, empezó a alejarse... La mujer fué siguiéndola, como empujada por irresistible atracción... Y la orquesta toda semejaba el rumor constante del océano, que repite la palabra eterna de la fatalidad, del sufrimiento humano, del misterio mortal y sobrecededor de la vida. Largas cintas de espuma se levantan hacia el fondo, avanza tumultuosamente en locas cabalgatas y vienen a tenderse sobre la arena, irrasiadas por la luz de la luna. La barca avanza, se interna y alejase. Indefinidamente, mecida por las olas, iluminada por la luna, impelida blandamente por el viento... Mientras la mujer solitaria solloza en la playa y la orquesta va extinguiéndose en un murmullo que muere.. Cesó de trepidar la máquina; se encendieron las luces y los espectadores aparecieron sentados en sus butacas rojas, mirando hacia el fondo un telón blanco y lliso, con todo el aire del que despierta de un sueño... ;Telón blanco del biógrafo, imagen de la vida! Cuando entornamos los ojos de la realidad y dejamos dilatarse las pupilas del ensueño a nuestra vista aparecen figuras fantásticas, paisajes de encanto, perspectivas ideales... Mas apenas un golpe de la varilla nos vuelve a la vida, borrándose las ilusiones y al fondo del camino no queda sino un gran telón blanco, donde no hay nada...

La isla de mucho más afuera



por
ANGEL PINO

Ilustraciones de Martín

Todo lo que no sea política o elecciones no interesa en Chile y por ésto no es de extrañar que el descubrimiento de la isla de Mucho más Afuera, situada en el archipiélago de Juan Fernández, mereciera apenas un parrafillo de crónica. Debo si reconocer que el Gobierno pensó un momento en establecer allí una segunda colonia penal, en vista del mal éxito de la otra más cercana al continente. El descubrimiento se efectuó simultáneamente, hace apenas un año, por marinos chilenos y yankees, pues el crucero "Sacramento" obtuvo en Valparaíso se le acompañara con un escampavía de la Armada Nacional para comprobar la verdad de la afirmación de un capitán de buque mercante que aseguraba haber visto unos peñones cerca de cien millas de distancia de la Isla de Más Afuera.

En el mes de Enero de 1912 los barcos avistaron unas colinas al parecer estériles. El capitán chileno del escampavía telegrafió un marconograma a uno de sus deudos diputado al Congreso—con el cual llevaba el compromiso de avi-

sarle sobre la fertilidad de la isla, para obtener antes que nadie, una concesión al Gobierno—diciéndole que el nuevo peñón no servía para alimentar ni un cabro por hectárea. Llegaron a una pequeña rada donde se efectuó el desembarque de cinco hombres de cada barco con los tenientes Davidson Jones y Sepúlveda López. Despues de remontar durante tres cuartos de hora los farellones de la orilla, izaron el pabellón chileno, según las instrucciones comunes y bajaron a una hondonada fértil cruzada por un curso de agua y un bosquecillo ameno. Allí bebieron el primer "whisky and soda". Ni animal ni vivienda alguna manifestaba huellas de una exploración anterior.

Vueltos a bordo se acordó organizar una expedición con víveres para una semana. Se agregó al convoy a un geómetra americano y a un profesor de violín chileno—que estaba en el escampavía gracias a una recomendación del ministro—with el objeto de hacer algunas anotaciones científicas y comunicarlas a los gobiernos respectivos.

La hondonada fertil mostraba una colina central cubierta de escasa vegetación, cactus en su mayor parte. En la base y a uno de sus costados se abría una caverna tan vasta como la nave de un templo; pero mucho más baja.

Comenzó allí una atenta exploración de los muros, ayudados por lamparillas de acetileno. Se habría podido pensar en una mina, una mina antiquísima que encerró tal vez un rico bolsón de minerales. ¿Pero de qué mineral? Los pies de uno de los marineros tropezaron con un objeto duro y, dada la voz de alarma, las lamparillas proyectaron su resplandor sobre un gigantesco esqueleto del más extraño animal que hubiera podido conocerse. Sacado a la luz, contemplaron todos la armazón ósea de una girafa prehistórica monumental. En las patas y coda del extraordinario cuadrúpedo se notaban huesos articulados correspondientes a verdaderas aletas de pescados. No había duda alguna de que la girafa había sido primitivamente marina; pero luego, observado el cuello se notaron dos peculiaridades que excitaban poderosamente la atención: en primer lugar, el cuello se prolongaba como un verdadero esqueleto de boa y se anudaba por la mitad, exactamente como una serpiente; en seguida, la extremidad o cabeza era formada no por un cráneo sino real y verdaderamente por la osamenta de un pájaro. El geómetra americano comprendió qué inmensa revolución iba a producir en el mundo este descubrimiento y, para compartir las responsabilidades de transladarlo a un sitio más seguro, ordenó llamar al colega chileno que, en esos momentos, tocaba a la sombra el vals del "Conde de Luxemburgo". Llegó nuestro compatriota y, cuando comprendió que se trataba de una cosa de interés para el gobierno y que sería necesario nombrar un empleado que catalogara las curiosidades que iban seguramente a aparecer, manifestó positiva atención por el asunto y declaró con ejemplar abnegación y amor a la ciencia, que él asumía desde luego el puesto. Se enviaron en el acto dos marconigramas, uno al gobierno chileno y otro al de los Estados Unidos. En Santiago el Ministerio estaba en crisis y el ministro de Industria de-

claró con mucho espirit: "¡no estamos para girafas!" y lanzó el papel a la chimenea. En cambio, tres días después, partían de Nueva York, de Liverpool y de Hamburgo, comisiones de naturalistas y geólogos encargados de hacer investigaciones y adquirir el mayor número de objetos que fuera posible.

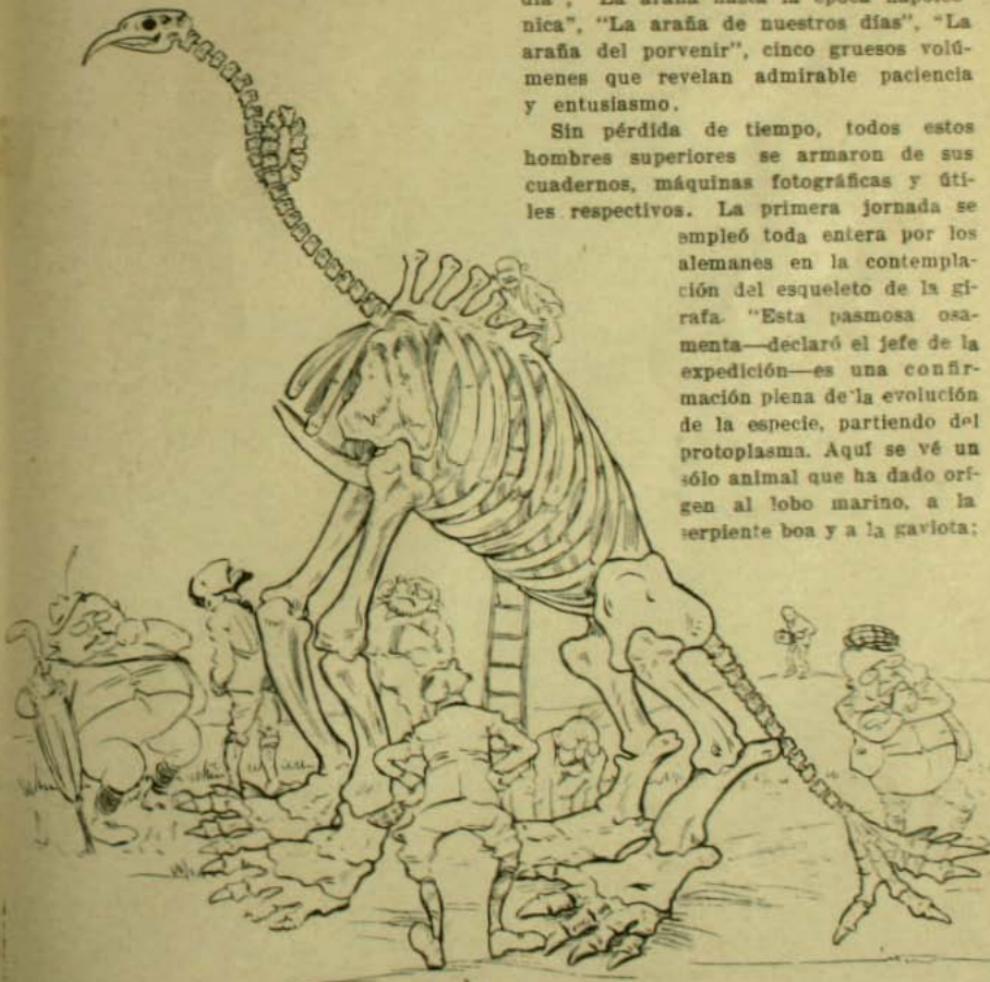
Entretanto, las exploraciones seguían lentamente y con escaso resultado. Después de una semana se encontraron una cantidad de troncos petrificados. Estos troncos presentaban espinas en forma de astas de lanza y una que otra rama o trozo de rama también petrificado. Junto con este hallazgo vino otro, el de un esqueleto tan extraño y gigantesco como la girafa, una especie de elefante con ocho patas y dos cabezas, es decir, un doble animal acoplado por el centro. Observado con atención, se encontró en su interior otro esqueleto igual y dentro de ese un tercero, tal como ocurre con ciertas bolas huecas y caladas, de marfil, de la industria china. La tripulación chilena no sufrió gran emoción con tales fenómenos por su poco conocimiento de las fieras que no son originarias de nuestro país; pero los yankees comprendieron de tal manera la trascendencia de la cosa que bebieron una excesiva cantidad de whisky, se embriagaron y se dieron de golpes durante muchas horas. Afortunadamente los esqueletos pre-históricos quedaron ileños, así los otros, los no históricos, pues hubo fracturas. En el fondo de la caverna se encontraron diversos trozos de arquitectura de extraño carácter. A pesar de que, en el espacio de quince días se acumularon muchas cornizas y trozos de muros, no podía el geómetra formarse una idea aproximada del carácter de las construcciones.

Vino entonces un acontecimiento importante para los exploradores. En el espacio de dos días, tres barcos fueron avistados y se cambiaron los saludos correspondientes. Eran los científicos americanos, ingleses y alemanes que llegaban al más fecundo campo que las exploraciones modernas han ofrecido a la ciencia. Después de buscar fondeadero echaron anclas y se desprendieron algunos botes en dirección a tierra. De uno de ellos se echó a nado un hombre de

lentes ahumados y llegó antes que nadie a la playa, presa de una gran exaltación nerviosa. Hizo una pregunta en alemán a los marineros que presenciaban la llegada de los nuevos visitantes, y como éste no pudiera responderle por ignorar el idioma, se puso a correr en dirección de los farellones, echándose a cada instante al suelo para observar seguramente la composición de éste. Juntraronse a la orilla más de veinte personas y se efectuaron las presentaciones del caso. Los americanos alargaron una tarjeta que decía: "Standard Oil Cy" y manifestaron que traían sondas para buscar petróleo; los ingleses se dijeron agentes de la "Goldfields", de la "Crown

Mines", de la "Robinson Gold" y de la "Transvaal Land" y expusieron su intención de analizar arenas que suponían auríferas; los alemanes, en fin, eran sabios puros y especialistas: el presidente de la comisión, un geólogo encargado de fijar la edad del mundo; otro, jefe de la sección de esqueletos pre-históricos del Museo de Berlín; otro, de la más reputada autoridad en materia de batracios; un cuarto, el célebre investigador que descubrió en el hipopótamo una curiosa sensibilidad ante las acuarelas y finalmente el grande y virtuoso historiador de las arañas al cual debe la humanidad los libros: "La araña hasta la época de Augusto", "La araña hasta la Edad Media", "La araña hasta la época napoleónica", "La araña de nuestros días", "La araña del porvenir", cinco gruesos volúmenes que revelan admirable paciencia y entusiasmo.

Sin pérdida de tiempo, todos estos hombres superiores se armaron de sus cuadernos, máquinas fotográficas y útiles respectivos. La primera jornada se empleó toda entera por los alemanes en la contemplación del esqueleto de la giraña. "Esta pasmosa osamenta—declaró el jefe de la expedición—es una confirmación plena de la evolución de la especie, partiendo del protoplasma. Aquí se vé un sólo animal que ha dado origen al lobo marino, a la serpiente boa y a la gaviota;



Contemplaron todos la armazón ósea de una pieza prehistórica monumental

pero el animal ha sobrevivido también y ha quedado en su forma primitiva, tal como podemos verlo en nuestros jardines zoológicos. Este esqueleto debe tener 42,000 años y es posible que encontremos también al hombre pre-histórico. En cuanto a esta milagrosa aparición del elefante pre-histórico, con dos esqueletos interiores, debemos todavía meditar más, antes de pronunciarnos en definitiva. A mi juicio el doble elefante es un matrimonio, con un sólo organismo estomacal y la reproducción de la especie se efectuaba como el cambio de la corteza de los árboles. La naturaleza era todavía simplista y no había separado al macho de la hembra." Las palabras del ilustre sabio fueron recibidas con gran emoción.

Entretanto, un hombre, abstraído completamente por su trabajo, no separaba su vientre de la tierra examinando con poderoso lente todos los residuos que podían revelarle la existencia de antiguos insectos. El profesor de las arañas reconoció la necesidad de escavar la tierra para examinar en las capas inferiores, y fué así como descubrió una gran cantidad de pequeños esqueletos de una pulgada de largo que pertenecían a la más venerable y antigua araña que haya existido en el mundo. Cuando el sabio se dió cuenta de tener allí entre sus dedos esta revelación del pasado, en la cual había muchas veces soñado; cuando comprendió que había realizado toda la ambición de su vida y que ya conocía la araña desde su primera hora; no pudo contener su emoción y derramó abundantes lágrimas mientras se descubría respetuosamente. El pequeño esqueleto y, después, los centenares de otros que sembraban el terreno apenas se cavaba unos veinte centímetros en él, era asimismo original. La araña pre-histórica tenía exactamente la misma dimensión, sin diferencias de milésimos de milímetros de una a otra. Probablemente nació y murió del mismo tamaño. Inquietante problema!

Nuevos esqueletos gigantes, aparecían en la caverna y en otros sitios. Entre ellos se encontró una tortuga monumental con una verdadera torre en el centro de la caparazón; un cocodrilo con

aletas natatorias y sin patas; un cerdo de esqueleto completamente esférico como un globo terráqueo. Los sabios se engolaban cada vez más en sus hipótesis.

Pero fueron bruscamente interrumpidos, en las desinteresadas investigaciones, por la noticia del estupendo hallazgo de la comisión inglesa. ¿Quién habría creído que podía encontrarse en un sitio cualquiera del mundo una cadena para amarrar perros, con su collar respectivo, todo de oro macizo? Si en esa isla llegó a emplearse el metal codiciado por los hombres, en tan viles materias, no podía dudarse de que todas sus entrañas eran de oro. El geólogo ocupado de la edad del mundo y sus compañeros de ciencia, se sintieron también conmovidos por el espectáculo del oro y las promesas tan elocuentemente manifestadas por la cadena. Era necesario encontrar la mina, ante todo y en seguida apresurarse a cambiar las libras esterlinas por plata, estano o cobre, ya que la gran moneda pasaría a no valer nada. El sabio de las arañas corría desde su depósito de esqueletos hasta el sitio en que se pesaba la cadena, y volvía de éste a aquél, venciendo por último en él la fidelidad eterna jurada a la araña de todos los tiempos.

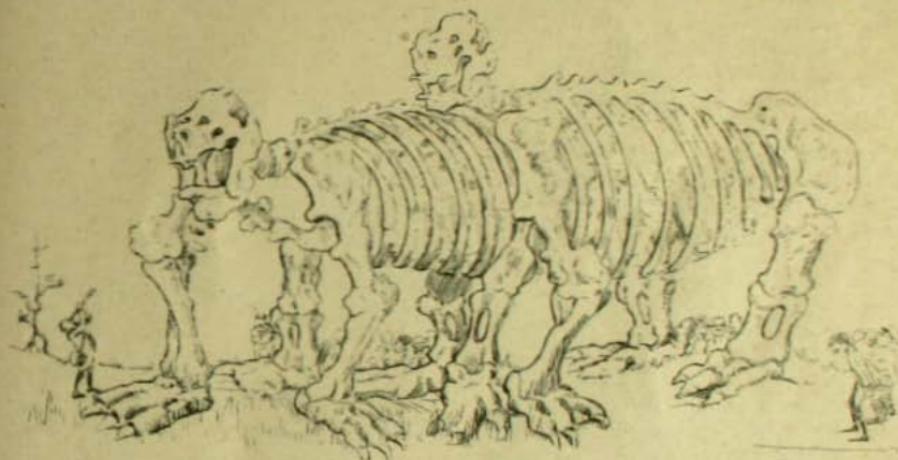
Uno de los americanos que manifestaba siempre una rara adivinación de los sitios fecundos para las excavaciones, señaló un lugar en que habían crecido grandes árboles sobre una depresión muy marcada del terreno. Allí se trabajó para explorar si se trataba realmente de una mina y el encuentro de piedras, muy mineralizadas, probó que no se había errado el camino. Sería necesario formar un sindicato y hacer el pedimento conforme a la ley chilena. Se telegrafió a Valparaíso y a Londres.

La llegada de numerosos correspondientes de diarios, de fotógrafos y cinematógrafos, aumentó la población del isote. Estos comenzaron a enviar pintorescas descripciones de cada hallazgo, y la discusión se trabó en toda la prensa diaria y periódica de Europa, América y Asia. Todos los sabios del mundo se redaron en la más descomunal discusión que han presenciado los siglos. La igle-

sia misma comenzó a alarmarse, porque, como ocurre en estos casos, todos los ataques eran dirigidos contra el texto del libro santo. El nombre de la isla de Mucho más Afuera imperfectamente traducido ("To much far", "Beaucoup plus loin"), apareció diariamente al frente de artículos, folletos, libros, carteles de teatros, rótulos de almacenes y hasta comenzó a figurar en la Bolsa, alcanzando el premio de las acciones del sindicato de oro, de valor de una libra, y tres libras y media.

Pero los febres trabajos del oro no iban a absorber por completo la aten-

y la hembra estaban unidos en la primera edad. Hay que reconocerlo: por grande que sea la sed de oro de los hombres, el hallazgo de la osamenta del hombre primitivo atrajo toda la atención. En menos de una semana corría por toda Europa la reconstrucción de Adán y Eva según la revelación de la isla. Los sufragistas promovieron en Londres un inmenso desfile y pasearon por todas partes un carro monumental donde iba la reproducción gigantesca de nuestros primeros padres iguales en facultades y derechos, por consiguiente con la misma capacidad social para gobernarse y vo-



A mi juicio el doble elefante es un matrimonio con un solo organismo estomacal

ción de los hombres. A fines del año 12, diez días antes de Navidad, un simple barretazo dado en un islote del Pacífico iba a conmover al mundo entero. Eran las diez de la mañana, cuando se creyó encontrar una osamenta humana. Apareció entre una arcilla gruesa un cráneo separado del resto del esqueleto; pero revelando haber hecho parte integrante de ésta. Reunidos todos los trozos pudo comprobarse que el hombre pre-histórico tenía también dos cabezas y mostraba en la espalda, cerca de los hombros, la estructura ósea de alas muy fuertes. En seguida, en los días de la misma semana, un pequeño cementerio quedaba al aire libre. Todos los esqueletos tenían cráneos dobles, revelando, como en el caso del elefante, según la opinión del sabio alemán, que el macho

tar. "Abajo el pecado original". "No más serpiente", éstos eran los gritos fundamentales de la manifestación.

Las revelaciones de la isla del Pacífico corrían riesgo de trastornar el mundo entero. Nada iba a quedar en pie: ni la religión, ni la riqueza, ni la ciencia. En el Parlamento inglés como en la Cámara de Diputados francesa, se iniciaron al mismo tiempo debates de interpellación al gobierno sobre las medidas que debieran haberse tomado de concierto con otros gobiernos, para evitar el cataclismo de la depreciación absoluta del oro. Un químico célebre declaró que el oro aliado con plomo y un poco de antimonio, serviría para suplir el fierro galvanizado en los techos y en el enyase para las conservas. Su Santidad misma preparó, según se asegura, una

encelica que comenzaba (*Seculorum hora ultima...*) "la última hora de los siglos parece llegada etc." en la cual se pedían oraciones al Creador mientras no ocurrieran los siniestros vaticinios de que se poblaba el mundo. Un trascendental artículo del "Times" que se llamaba "Días apocalípticos" ponía el terror en las almas.

Los hallazgos continuaban. Restos de construcciones permitieron levantar de nuevo una vivienda de nuestros primeros padres. Estos eran verdaderos tubos que podían balancearse sobre el suelo; pero estaban cortados por encima con techos planos. Es indudable—según enviaba a decir por telégrafo el sabio alemán—que los movimientos sísmicos serían tan violentos, que no era posible hacer cimientos. El hombre vivía sobre la tierra como en el mar, meciéndose dentro de una verdadera balandra.

En medio de los trabajos mineros que no hacían aparecer aún veta alguna sino residuos de una explotación anterior, se descubrió un pozo de petróleo; pero, lo que es más extraordinario en este paraje de lo imprevisto, se trataba de petróleo refinado y tan puro que podía en el acto servir para el alumbrado.

Sería imposible tarea para mi escasa memoria retener la enorme lista de curiosos objetos que fueron apareciendo. Sólo diré que el día 4 de Marzo de este año, a las 3 de la tarde, los mineros se sintieron paralizados por el asombro. Una botella! una verdadera botella! tal como nosotros comprendemos el objeto y la palabra que lo representa, apareció intacta a la vista de todos. La población de la isla fué llamada a comprobar tan inopinado hallazgo. Era común, de vidrio verdoso, dentro de la cual se divisaban algunos papeles. Rota en presencia de los jefes de cada delegación, periodistas y fotógrafos, los papeles fueron extraídos. Estaban escritos, no en caracteres arcaicos, sino en hermoso tipo de máquina de escribir, y decían así:

"Señores geólogos, arqueólogos y representantes de la ciencia oficial:

"Un hombre que había hecho una fortuna después de conocer la miseria, gracias al trabajo y a la tenacidad de veinte años, fué vuestra víctima inocente en tres ocasiones célebres. Fundado en vuestros conocimientos, perdió dos millones de dólares en empresas de petróleo; por creer los re-

sultados de vuestros estudios concluyó de arruinarse en una empresa de oro; por aceptar los informes gubernativos entró en empresas de carbón, arcillas, minerales y abonos y contrajo una deuda inmensa que destruyó su crédito, su familia y su salud.

"Ese hombre convencido de que no había en los Códigos Penales sanción alguna para castigar la presunción y la vanidad del falso sabio y el dogmatismo de la ciencia oficial, juró vengarse por su cuenta y en forma sangrienta de la humanidad entera, si alguna vez volvía la fortuna a sonreírle.

"Todo el mundo sabe que soy ahora uno de los llamados colosos financieros de la tierra.

"He preparado con refinamiento mi obra. Pedí a dos dibujantes humorísticos de Nueva York, bajo juramento de silencio por cinco años, ideas de esqueletos, árboles y construcciones extravagantes. Me transladé al Japón y allí hice ejecutar, bajo mi vigilancia y a un precio que encontré excesivamente moderado, el catálogo adjunto de curiosidades pre-históricas. Discurrió la idea de la mina de oro y la cadena de fierro, con el objeto de resarcirme de los gastos hechos, a costa de la eterna e incurable credulidad humana.

"No temo nada de la justicia. Estoy contento de haberos colocado en eterno ridículo.

CHARLES ALEXANDER SMITH.
270, F. Avenue, New York."

La lividez de la ira y del despecho estaba en todos los semblantes. Pero nadie hablaba. Los papeles adjuntos eran las cuentas de diversos empresarios japoneses, concebidas en los términos de costumbre: "Imitación de árboles petrificados, moldes y vaciados de ciento diez árboles de formato grande y trescientos de formato pequeño, tanto. Por cuarenta elefantes acoplados con esqueletos interiores, tanto. Por diez esqueletos de girafas, según modelo, tanto. Por cuarenta osamentas humanas a doble cabeza y alas según especificaciones, tanto. Por diez mil arañas de hueso contratadas en una fábrica de botones, tanto. (Se advierte que la fábrica lo ha hecho todo de formato mayor, por descuido del director.) Y así seguía la larga lista.

Por supuesto que el honesto sabio que, por pura ciencia, había ido a estudiar la araña pre-histórica, no podía oír ya nad-

de esto. Desde la lectura del acta había dejado de existir víctima de un ataque al corazón.

La tarde fué horrible. Algunos pretendieron destruir los esqueletos para no dejar el monumento de la burla sufrida. Pero uno de los americanos, el que había hecho oportunas indicaciones para encontrar la cadena de oro macizo y los demás restos

donde se trató de la depreciación del oro. Me he resarcido sobradamente de mis gastos, pues la especulación sobre las acciones de oro, al alza primero y después a la baja, me ha dejado diez millones de dollars. He pagado con creces al capitán de buque que, por mi orden, anunció en Chile la existencia de los peajes del Pacífico y pienso hacer lo mismo con mi amigo que fué a



Abstraído completamente por su trabajo, no separaba su vientre de la tierra

de oro en la mina abandonada, contrató en el acto una guardia de seguridad para ponerla a cubierto de toda acometida, pues, según dijo, podrían enriquecer a un empresario.

Interpelado en Nueva York el millonario Smith, agregó pocas palabras al acta que había volado por el mundo ya gracias al caile.

—Estoy satisfecho, dijo, de haber hecho también víctimas del engaño a los periodistas y fotógrafos que fueron desapiadados para mí, en tiempo de mi ruina. No me pesa tampoco la situación que se ha creado a los parlamentos de todo el mundo,

“mucho más fuera” para guiar las operaciones de geólogos y mineros. Pienso estimular con un premio de un millón y varios otros de menor importancia, al mejor proyecto de ley que sancione la responsabilidad de la falsa ciencia.

;Qué triste fué la despedida de los exploradores! ;Qué cómicos se verían al ser desembarcados en Nueva York, en presencia de 60.000 personas, los esqueletos de doble cabeza! En cuanto al mundo oficial, perdonó muy pronto la cruel burla, en vista del horrible pavor en que había vivido. ;Qué hermosas volvieron a verse las libras esterlinas!

ANGEL PINO.



Los frejoles de Pitaluga

Por

PAUL ARENE

Ilustraciones de Richon Brunet.

I

El Pertuis sembraba sus frejoles.

Desde las alturas de Luberon hasta los carrascos de la Durance, no se veía en toda la comarca otra cosa que gentes sin blusa ni chaqueta, que sudaban laborando el campo; y en el pueblo, los burgueses, sentados bajo la fresca sombra de los plataneros, exclamaban placenteramente observando los puntos blancos y rojos que se movían a la distancia.

—Si las lluvias llegan a tiempo, y la semilla es buena, este año Francia no carecerá de frejoles.

Porque el Pertuis tiene la pretensión, hasta cierto punto justificada, de abastecer de frejoles a Francia entera. El Pertuis había podido con su suelo y su clima, cultivar la granza como Avignon, doran sus campos con trigo candeal como Ariés, o ensangrentado de tomates como Antibes; pero Pertuis ha escogido el frejol, legumbre modesta, que no carece sin embargo de gracia ni de coquetería cuando sus zarcillos trepadores y sus hojas recortadas tiemblan movidos por la brisa.

De todos los labradores que sembraban encarnizadamente, el más encarnizado era sin lugar a dudas, el bravo Pitaluga. Provisorio de polainas y de cintura fajada, eagrismó el azadón con la cabeza baja. Cuando hubo cavado y reposado el terreno, y no quedaron en él ni piedras ni raíces, entonces, con el revés de su instrumento, dulcemente, lo dispuso, en suave pendiente para que el agua pudiera correr sin dificultad. Enseguida tomó una larga cuerda provista en sus extremos de estacas, plantó éstas en tierra, ten-

dió la cuerda y trazó, paralelas al frente del campo, uno, dos, tres, cinco, diez regaderas, tan regularmente espaciados, como los renglones de una pauta musical de los cuadernos del orfeón de Pretuis. Enseguida, hechas las pequeñas acequias, Pitaluga fué siguiendo uno por uno los regueros y con aire atareado, con una rodilla en tierra, comenzó a sembrar.

—Sembremos vientos,—murmuraba—que es, por mas que diga lo contrario el señor el, el único medio que me resta, para no cosechar tempestades.

Y Pitaluga, en efecto, sembraba viento.

Era para coger el aire, o mejor dicho, para no coger absolutamente nada que, de tres en tres segundos llevaba la mano al zurrón; era aire lo que cogía, era viento lo que su pulgar e índice depositaban con cuidado en el surco; y la palma de la mano izquierda, alisando cada vez la tierra desmoronada y cernida, no cubría otra cosa que frejoles imaginarios.

Mientras tanto, a cien metros del terreno, en el bosquecillo que da sombra a uno de sus límites, un hombre a quien Pitaluga no alcanzaba a ver, seguía con interés los movimientos complicados del sembrador.

—Eh! eh!—decía—Pitaluga trabaja!

Así, encaramado entre los árboles, la nariz picuda, lentes de oro y traje gris mosquedo, hubiera sido fácil que un cazador lo confundiese con una lechuza de las grandes

Pero no era lechuza, era algo mejor: era M. Congoudan, el famoso M. Congoudan, agrimensor, comerciante de tierras, a quien el rumor público acusaba de divertirse de vez en cuando en el inofensivo juego de la usura.

Siendo día feriado para la justicia ordinaria, y constreñido por consiguiente a no perseguir a nadie, a M. Congourdan se le había ocurrido aprovechar su tiempo en vigilar el florecimiento de los campos. M. Congourdan amaba la naturaleza; un bello paisaje lo inspiraba, el canto de los pájaros, lejos de distraerlo, no hacía mas que activar sus cálculos mentales, y así, refrescada la frente por la sombra móvil de los árboles, inventaba sus mas sutiles procedimientos.

El espectáculo dulcemente rústico de Pitaluga, inclinado sobre la labor, prestóle inspiración a M. Congourdan:

—¡Una idea!... Si liquidara las cuentas de Pitaluga!

Y M. Congourdan constató que habiendo prestado a Pitaluga hacia dos años la cantidad de cien francos, Pitaluga le debía en el presente la suma redonda de cien escudos.

—Bah! los frejoles me pagarán de sobra; haré embargar la cosecha!

Llegado a este punto en sus reflexiones, M. Congourdan salió del bosque, y se dirigió lentamente hacia el campo de Pitaluga, no pudiendo resistir el deseo de ver los frejoles de mas de cerca.

En el momento preciso en que la sombra aguzada de una punta del monte de los Conejos, caía sobre la hendidura de una roca que llamaban el reloj de los pobres, marcando las tres de la tarde, Pitaluga levantó la cabeza y divisó a la Zenobia, su mujer, que le traía la comida. Se ajustó la faja y los pantalones, fué a lavarse las manos a la fuente, golpeó violentamente contra una piedra sus gruesos suecos claveteados para despojarlos de la tierra que se adhería las plantas; enseguida se sentó, a la sombra de una mata de calabaza que se elevaba como enredadera delante de su ramada, listo para comer, la navaja abierta, la servilleta y el canasto sobre las rodillas.

—Buenos días, Zenobia, buenos días, Pitaluga,—saludó graciosamente el usurero; y paseando por el campo una mirada discreta y circular, agregó:

—Para habichuelas bien sembradas, hé aquí habichuelas bien sembradas. Con tal que después de todo no hiele....

—No hay cuidado, la semilla es buena respondió filosóficamente Pitaluga.

Y tranquilo como el Bautista, concluyó su pan, cerró su navaja, bebió su vino y

volvió al trabajo, mientras la Zenobia y M. Congourdan se alejaban.

—Pegarle firme, a los frejoles!—murmuraba, continuando su ocupación ilusoria—Una!... una mas! doscientas! dos mil!!! Los vecinos no podrán decir ahora que Pitaluga no hace nada y que pierde su tiempo holgazaneando a la sombra de su calabaza.

Trabajó así hasta que el sol se hubo puesto.

Hé, Pitaluga, hola! Pitaluga!, le gritaban al pasar por el camino los labriegos que, zurrón a la espalda azada al hombro, regresaban en grupos a la ciudad.

Sembrarás el resto mañana!

La madre de los días no ha muerto, adán! le decían.

Por fin Pitaluga se decidió a abandonar el campo. Antes de partir, extendió la vista por el sembrado.

Hermoso trabajo! Murmuró con aire a la vez socarrón y satisfecho, hermoso trabajo! Y ya veremos lo que de aquí resulta...

Talvés desearias saber quién es Pitaluga, y por qué razón habrá adaptado tan extraño procedimiento de cultivo.

Pitaluga era filósofo, un verdadero filósofo campesino: sabía poner a malos tiempos buena cara, arreglaba mas bien que mal, a fuerza de astucia, una existencia a menudo desorganizada por sus vicios, que gastaba en expedientes para vivir en la aldea, mas esfuerzos e ingenio que muchos otros para hacer fortuna en las grandes ciudades.

Eterno organizador de fiestas, Pitaluga abandona siembra y vendimia por una partida de placer; Pitaluga pesca; Pitaluga caza; Pitaluga tiene un perro que se llama Brutus, un hurón domesticado en su granero, y en la caballeriza, encima del pajaro generalmente vacío, los ojos estupefactos del borrico contemplan las evoluciones de un gran mochuelo en su jaula.

Lo peor de todo es que Pitaluga es jugador; pero tan jugador como los mismos naipes, capaz de arriesgar en una partida a su mujer e hijos, tú jugador, al decir de las gentes, que jugaría si otra parte no hubiera, bajo seis pies de agua, en pleno invierno, cuando el río arrastra trozos de hielo.

Es por esto que Pitaluga, que en otro tiempo estuvo en buena situación, se encuentra en la actualidad con la soga al cuello. Tiene las cosechas comprometidas de antemano, las tierras carcomidas por la usu-

ra, y qué escenas cuando regresa un poco chispo y los bolsillos vacíos a su casita del Portal de los Perros! y qué remordimientos también; porque, en el fondo, Pitaluga tiene buen corazón. Pero ni escenas ni remordimientos pueden nada contra las cartas; Pitaluga jura cada noche que no jugará nunca en su vida y cada mañana vuelve a reincidir.

Así es que, tal día, se había levantado muy bien Pitaluga con las mejores intenciones del mundo. Al despuntar la mañana y cuando los gallos cantaban aún, estaba delante de su puerta dispuesto para cargar su burro con un poco de frejoles. ¡Y qué frejoles! Verdaderos frejoles de semilla, esmaltados, cuyo peso no cedia al de las balas mauser, y redondos y blancos como huevos de paloma.

—Aprovéchala bien—recomendábale Zenobia, acariciando el saco,—ya sabes que estos son los últimos monos...

—Esta vez, Zenobia, el diablo me lleve si no quedas contenta!.. Hasta la noche!.. ¡Arre, burro!

Y Pitaluga había partido, virtuosamente, detrás de su asno.

Por desgracia, al salir de la aldea, se encuentra con el peluquero Fra que volvía los ojos colorados, después de pasar la noche acariciando las cartas en una granja próxima.

—Vuelves tarde, Fra!

—Y tu sales demasiado temprano, Pitaluga.

—La verdad es que no pasa por aquí un alma.

—Sería la ocasión para echar una manito...

—Pero no por un millón, Fra!

—Vamos, solo de por ver, Pitaluga.

—¡Y mis porotos!"

—Tus porotos no se cansarán de esperar. El infeliz Pitaluga, resistió aún un poco más, pero concluyó por dejarse tentar. Fra sacó las cartas. Se talló una vez, y se talló una segunda; los frejoles esperaban.

—Cómo! Tan pronto!... La alondra volaba sobre los trigos, y los primeros rayos coloreaban de rosa la pequeña muralla de piedra sobre la cual los jugadores tallaban, a horcajadas, cuando Pitaluga, dando vueltas los bolsillos, se dio cuenta de que lo había perdido todo.

—Cinco francos sobre palabra, dijo Fra.

—Vayan los cinco francos!—respondió Pitaluga.

Las cartas pasaron y Pitaluga perdió.

—¡Doblamos!

—¡Doblemos!

Pitaluga volvió a perder.

—Ahora, el total contra la semilla.

Pitaluga aceptó; esta vez enloquecido, sus manos temblaban.

—Nó resongaba al dar las cartas—Esta vez no perderé, las cartas no serían justas.

Y perdió sin embargo; y el afortunado Fra, cargándose al hombro el saco de frejoles, le dijo:

—Para otra vez, Pitaluga, jugaremos el burro.

—Qué hacer? Volver, confesárselo todo a la Zenobia? Pitaluga no se atrevió, sería colmar la medida. ¡Comprar otra semilla? Imposible sin tener un céntimo partido por la mitad.

—Pedirle prestado a un amigo? Pero sería hacer pública la aventura! Seguro, por lo menos, de la discreción del barbero (los jugadores no se venden entre ellos) nuestro hombre, después de cinco minutos de profunda desesperación, tornó como se ha visto, un valiente partido:

—No puedo sembrar frejoles porque ya no los tengo.—se dijo riendo para su capote,—pero puedo fingir que siembro. La Zenobia no verá mas que el humo de la pólvora; la casualidad es grande, de aquí a las cosechas, muchas cosas podrán pasar.

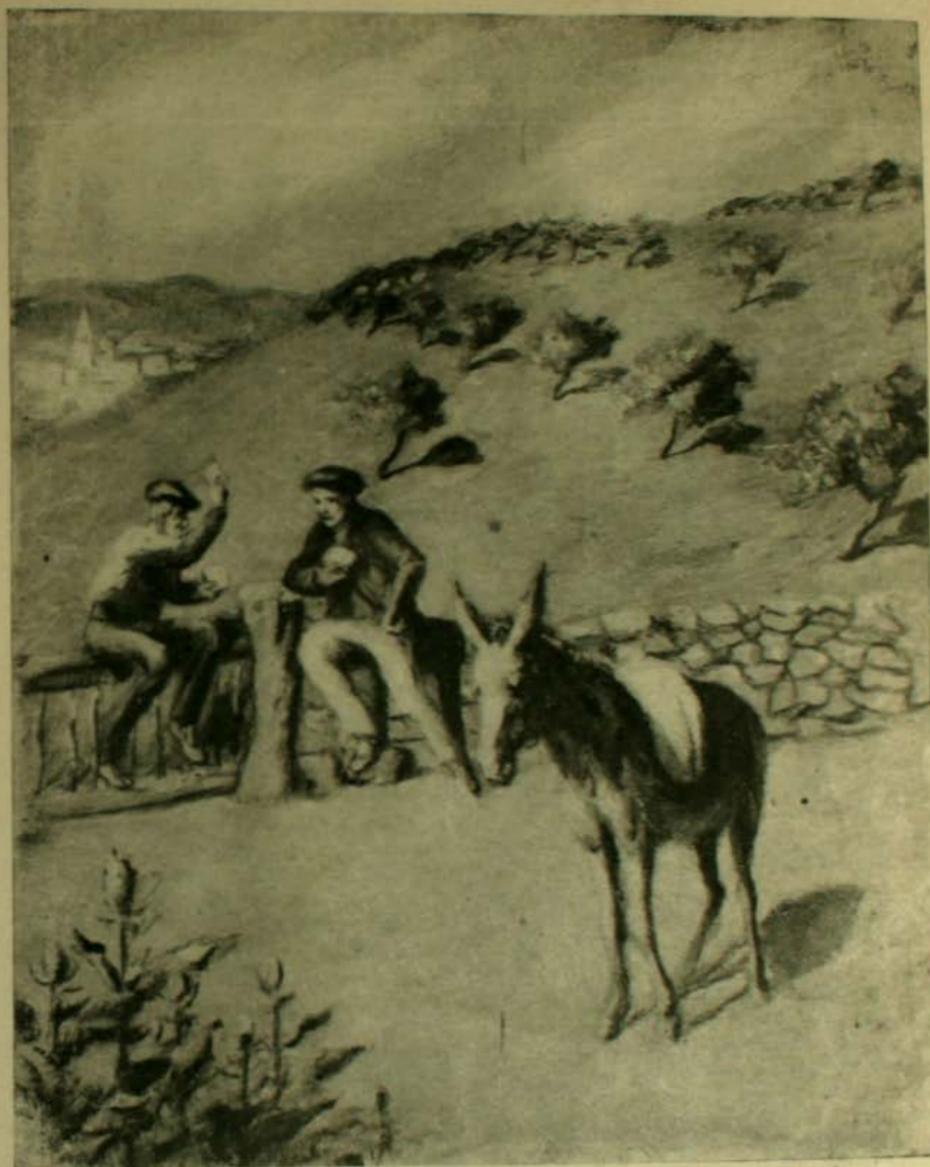
Pasaron muchas cosas, en efecto, que vinieron a conmover al Pertuis.

Desde luego, Pitaluga cambió completamente.

Perseguido por los remordimientos y temiendo cada día ser descubierto, renunció al juego, desertó de la taberna. El, a quien sus mejores amigos acusaban de encontrar la tierra demasiado baja para sus brazos cortos,—se le vió cavando su pequeño campo, rastillándolo, cultivándolo encarnizada mente.

Nunca frejoles mejor cuidados que estos frejoles, que no existían.

Todas las tardes, al declinar el sol, los regaba, midiendo la ración de agua para cada reguero, y vaciando hasta el fondo su estanque de reserva que, todas las mañanas, se encontraba lleno de agua clara. Durante el día, otro cantar; si alguna vez, bajo el sol demasiado vivo, la tierra seca formaba costras, Pitaluga la picaba ligeramente.



Eva sacó las cartas. Se talló una vez y se talló una segunda; los frijoles esperaban

mente para permitir que el grano creciera. A menudo también, con las manos protegidas por guantes de cuero, recorría los cuartelos sembrados, arrancando el cardo espinoso, el cabello de ángel invasor y la grama tenaz.

Sus vecinos lo admiraban, su mujer no salía de su asombro, y M. Congourdan radiante, soñaba todas las noches con frejoles cosechados y hablaba de comprarse un par de anteojos nuevos.

Después, al fin de una quincena, por aquí, por allá, todos los frejoles del Pertuis comenzaron a asomar la nariz: Una pelucilla blanca, dos hojas en forma de corazón se desplegaban, y de repente, desde el Luberon hasta la Durance, toda la planicie verdeaba que era maravilla.

Solo el campo de Pitaluga no cambiaba.

—Pitaluga, ¿qué es de tus habichuelas?

Y Pitaluga respondía:

—Trabajan bajo tierra.

Entretanto, las habichuelas del Pertuis que había seguido creciendo, comenzaban a necesitar sostenes para sus tallos frágiles. En todas partes, en los cañaberales plantados al frente de cada campo, los campesinos, podadero en mano, cortaban sus cañas. Pitaluga las podó, como todo el mundo. Emparejó los nudos, las cortó del mismo largo y luego las dispuso una frente a otra en los cuarteles,uniendo los extremos con pitillas, con el fin de guiar los frejoles que muy pronto saltarían encima en busca de aire y de luz.

Al fin de la segunda quincena, los frejoles, de Pertuis comenzaban a trepar ya, y la llanura desde el Luberon a la Durance, se encontró convertido en un sin número de pequeños pabellones verdes.

Solo los frejoles de Pitaluga no trepaban. El campo permaneció rojo y seco, más triste todavía con sus bileras de cañas amarillinas.

La Zenobia dijo:

—Parece, Pitaluga, que nuestros frejoles están atrazados?

—Es la ciase así! —respondió Pitaluga.

Pero, cuando desde Luberon a la Durance, sobre todos los frejoles de la región, despuntaron millares de florecillas blancas; cuando estas flores se fueron convirtiendo en otras tantas vainas apetitosas y quebra-

dizas, y cuando se vió que solo los frejoles de Pitaluga no florecían ni granaban, entonces las gentes comenzaron a inquietarse en la aldea.

Los maliciosos, sin saber por qué, pero sospechando alguna buena jugada, se chocaban y reían.

Los patanes, en peregrinación, fueron a contemplar el campo maldito.

M. Congourdan sintió zozobra.

Y la Zenobia no abandonaba el terreno, ahumando al sol y a la tierra con sus protestas indignadas.

III

Una tarde, la tía Dido, madre de la Zenobia y suegra de Pitaluga por consiguiente, y matrona de las mas competentes, se dirigió al terreno apesar de su edad, observó, caviló y concluyó por declarar a la vuelta que en todo eso había algo de magia negra, y que las habichuelas estaban embrujadas. Pitaluga fué de la misma opinión; y habiendo sido conocida toda la familia hasta el 15.^o grado de parentesco, en la casita del Portal de los Perros, se decidió que, vista la gravedad de las circunstancias, al día siguiente se haría hervir la olla.

La tía Dido, que por fortuna era viuda, fué a rondar el almacén del mercero de la Plaza Grande, con el propósito de robar una marmita sin uso, para hacer el cocimiento con todas las reglas, se necesitaba una olla virgen, robada por una viuda. El ferretero conocía la costumbre; y, seguro de que sería atribuido a la primera ocasión, volvió los ojos para no ver a la tía Dido en el momento en que deslizaba la marmita bajo su chal.

Obtenida la marmita, fué puesta solemnemente al fuego en presencia de todos los Pitalugas, masculinos y femeninos.

En seguida la tía Dido, después de llenarla de agua, arrojó en ella, no sin mascullar algunas palabras mágicas, todos los clavos viejos, todas las láminas de cuchillos quebrados, todas las agujas sin ojo, y todos los alfileres sin cabeza del barrio. Y, cuando la sopa de fierro comenzó a hervir, cuando los clavos, agujas y alfileres comenzaron a danzar, todo el mundo estaba convencido de que a cada vuelta, la punta de tales instrumentos malogrados iban a clavarse, a pesar de la distancia, en la carne maldita de los facedores de embrujamiento.



Fué aquella una paliza memorable

—Esto marcha por buen camino,—murmura la tía Dido;—una brazada mas de leña, y vamos a tener aquí al bribón de hechicero pidiéndonos perdón.

—Y será bien recibido,—respondió la banda.

Entonces el astuto Pitaluga que a todo esto se divertía en grande, no pudo resistir al deseo de soplar una palabra a sus amigos de la aldea, y fué regocijo general el de todo Pertuis, cuando se exparcíó la noticia de que en el Portal de los Perros, la tribu de los Pitalugas hacía hervir la olla.

La superstición rezaba que, mientras los Pitalugas hacían su cocimiento, debía enviarle a alguien al Portal de los Perros para que fuese asaltado por los Pitalugas.

Este alguien fué M. Congourdan! Negar, después de esto, la Providencia.

Conducido por su destino, M. Congourdan tuvo la idea desplorable de detenerse delante la peluquería del barbero Fra. Acababa, precisamente, de encontrar a Pitaluga mas alegre que de costumbre, embebido en la aventura.

—Has visto lo contento que va Pitaluga?

—Poneos en su lugar, M. Congourdan, con lo que le pasa!

—Ha ganado?

—Mejor que eso, M. Congourdan.

—Ha recibido alguna herencia?

—Mejor todavía! Ha encontrado, cavando en su cueva, mil escudos de seis libras en una media.

—Mil escudos, demonbre! Y mi documento que precisamente vencía esta mañana.

—Pitaluga vuelve en este momento a su casa, M. Congourdan. Píllelo antes de que lo haya jugado o bebido todo; y, si usted quiere seguir mi consejo, corra ligerito.

En el Portal de los Perros, la marmita seguía hirviendo y ya la impaciencia llegaba a su colmo, cuando el menor de los Pitalugas que había sido aportado como centinela, vino corriendo a anunciar que un señor viejo, con anteojos de oro, que traía un papel que parecía sellado, daba vuelta la esquina en ese momento.

—M. Congourdan! —exclamó la Zenobia— pero si este señor se encontraba allá precisamente cuando sembrábamos los frejoles.

—¡El hechicero! ¡no cabe duda! —dijo la tía Dido.—Vamos, niños, todos a su puesto, y no hay que perder un solo garrotazo!

Silenciosamente, los quince Pitalugas varones se alinearon a lo largo de los muros, armados cada uno de una fuerte tranca.

¡Qué emoción en el cuarto! Solo se oían los glu-glus precipitados del agua, el tintineo de la ferretería, y luego el ruido de los zapatos de M. Congourdan, que sonaban en la escalera de madera.

Fué aquella una paliza memorable; los bromistas del Pertuis tuvieron para tiempo de qué reir.

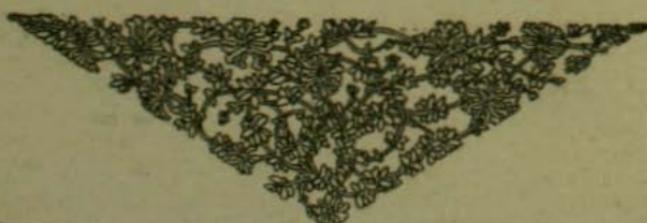
M. Congourdan, hombre discreto, no se quejó.

En cuanto a Pitaluga, habiendo encontrado esa noche, en un rincón de la pieza, su documento de cien escudos, perdido por M. Congourdan en la pelotera, hizo con él una pequeña antorcha para encender su pipa y dijo a la Zenobia en tono convencido:

—Ves tú, Zenobia, los antiguos no se equivocaban! Buena semilla jamás se pierde, y la tierra devuelve siempre centuplicadas las caricias que se le prodigan.

Nobles y filosóficas palabras que serán si le place al lector, la moraleja de esta historia!

PAUL ARENE.



Una Familia Sud-americana

(*La signorina "Ne busca"*)

Por _____

Edmundo de Amicis

En el cual se explica por qué y de qué modo el joven baron Cocomini se enamoró, en un hotel de Florencia, de una gentil muchacha, Carmencita Quiroz, originaria de una pequeña república latina, que él no sabía a punto fijo en qué parte de América se encontraba.

Ilustraciones de Gordon.

Don Pablo María Quiroz, caballero sexagenario, de figura esbelta, de carácter afable y de fortuna incierta, y la señora de Quiroz, pintora de afición, lo menos esbelta y afable del mundo, tenían tres hijas casaderas: Alejandrina y Rosario, dos morenitas nerviosas, de genio agrio, y Carmencita, la menor, que era por dentro y fuera la antítesis de aquellas.

Un mes llevaban en el hotel cuando llegó el baroncito, a quien le correspondió una pieza contigua a las habitaciones de los Quiroz, pared de por medio con el dormitorio de las dos republicanas menores, el cual destinaban por el día a sus labores y estudios.

Antes de que hubieran pasado cuarenta y ocho horas, el joven había hecho un descubrimiento: la familia Quiroz era una familia ¿cómo decirlo? "de armas tomar". (Son más numerosas de lo que se cree las familias decentes en que no son los corazones los que se agitan al unísono, sino las manos). Por una nada, las hermanas armanaban una pelea entre ellas, y agotados los insultos pasaban a los proyectiles: el jabón, las escobillas, los botines, los libros, y más frecuentemente aun recurrián al pugilato, cambiando bofetones, arañazos y otras formas de ofensa muda o sonora. La aparición de la mamá restablecía el orden por un método semejante.

Aún cuando no lo hubiera notado desde

su pieza, el joven habría llegado siempre al mismo descubrimiento en el comedor, adonde las jóvenes llegaban a veces todavía jadeantes y con el rostro encendido por la pelea; y casi siempre después de las otras dos, en señal de protesta, la que había sacado la peor parte. Sobre esto, no comía ni hablaba. Y en ocasiones ayunaban las tres por junto, mientras bebían sus lágrimas cambiando al mismo tiempo palabras provocativas y miradas fulminantes; no importa que la madre masticara amenazas y que el padre tratara de apaciguarlas con la expresión de sus ojos suplicantes.

El joven vió el primer día a la de mediana edad con un moretón debajo de un ojo; la tarde del siguiente día notó que la menor caminaba un poco inclinada de un costado, como si la molestara un dolorcillo a los riñones. Las jóvenes pugilistas extranjeras picaron vivamente su curiosidad, y sintió despertársele una especial simpatía por la menor de ellas: una carita redonda de muñeca, que bajo unas espesas cejas oscuras abría dos grandes ojos azules, llenos de melancolía y de dulzura.

*

Encontró una armoniosa fuente de informaciones en la hija del hotelero, la señorita Beatriz, prometida de un ingenie-

ro ausente; la cual se quedaba de buena gana en la sala de fumar a divertir con sus graciosos gorjeos y más aún con su bonita cara de veinte abriles, a los parroquianos que le hacían la corte.

A las preguntas del baroncito respondió ella con la rapidez de un despertador que da suelta a la cuerda:

—Vamos, ha sentido ya la música. ¿Y sabe de qué se originan la mayor parte de las cuestiones? De la lengua inglesa. Como deben ir a Inglaterra, estudian juntas esa lengua, pero con poco aprovechamiento. Por ahora, solo están peritas en las exclamaciones. Habrá oido que la mamá y las niñas cantan *aoh!* con cualquier motivo. Lo demás de su escaso vocabulario es por ese *esuu*.

A cada lección promueven una disputa por la pronunciación. Una dice: Se pronuncia así—La otra: Nō, de esta manera. Ambas se culpan y se provocan, o una de de una parte y dos de la otra, tras de la palabra, a las vías de hecas. La mamá está casi siempre en la Galleria degli Uffizi sacando copias; el padre un buen hombre demasiado blando de carácter, apenas estalla la borrasca toma su sombrero, y a la escalera: y ahora, pega tú que yo ya pegué... Algunas veces se persiguen por el corredor y la escalera, con un quitasol en la mano. Todas las semanas necesitan un suplemento en dinero para arreglarse los vestidos rotos. Se cuentan asimismo días buenos en que cambian mil ternezas, al punto de parecer las hermanas más cariñosas del mundo. Pero al otro día, ¡ayúdanos, Virgen Santísima! Y no es lo peor cuando arman ruido, sino en las batallas sordas a arañazos. Se atizan ciertos pellizcos taladrentes como para arrancarse la piel: parece que esto sea una particularidad de su país. La mayor tiene unas manos de acero y es al mismo tiempo la más furiosa, por más que la segunda no le va en raya. La víctima es la última, que es la menos vigorosa y la más buena, y también la única que tiene el peso en su lugar. Casi siempre las dos mayores concluyen por cascarse a un tiempo. Por esto los de la casa la llamamos la **signorina Ne Busca**.

—No ha notado que siempre, aunque esté sola, tiene un aspecto temeroso, como si esperara los cachetes sin adivinar de dónde? Anda cubierta de moretones y rasguños. Es una verdadera desgracia para ella

la de ser tan llenita de carnes, pues así se divierten arrojándola de un lado a otro como una pelota de goma. Y parece que mientras mas golpeada mas se embellezca y engorde. Buena como el pan, no se subleva sino al último extremo. A veces viene a expansionarse conmigo, y llorando me muestra sus magulladuras; y yo le cancioño claramente que antes que llevar una vida semejante, yo escaparía por la ventana, así tuviese que andar mendigando, o daria a las hermanas una lección que les enseñara para siempre su deber. Pero la pobre chiquilla ha nacido para ovejita, y todos hacen *caca* la pelota de foot-ball.

*

Este discurso fué la primera chispa que prendió en el corazón del joven barón Co-comini.

Es menester que se sepa que él mismo había sido casi hasta sus veinte años (y no cumplía aún veinticinco) una especie de barón *Ne Busca*. Existen también entre el sexo fuerte, desgraciados que nacen con el destino de servir desde la infancia hasta bordear la salida de la barba, de algo que en jerga francesa se llama *boîtes a claques*, y que traducido libremente podría ser carne de látigo. Bueno y timido por naturaleza, endeble de físico, de genio suave, le había tocado en primer lugar una madrastra de las más irritables, entrada a la casa antigüamente como ama de llaves; después vinieron los hermanastros, iguales a su madre por el genio y la mano; en seguida los condiscípulos de escuela pública y por último los camaradas en el colegio particular donde había pasado la adolescencia. En la escuela y en el colegio más tarde, le daba en ocasiones buen resultado para detener la mano que le amenazaba, esta frase de teatro:—¡No se le pega al barón Co-comini! Pero no porque intimidara al atacante con su declaración de nobleza, sino por una razón opuesta: porque, como era algo tartamudo, solía pronunciar:—El ba... barón—o en cambio—Co... cocomini,—con lo cual, haciéndoles reír, quebrantaba sus fuerzas.

Solamente el sol de la mayor edad había hecho cesar la lluvia de golpes. Por lo demás, y apesar de los años que durara, ésta no había agrado su dulcísimo carácter, pero sí había dejado en su ánimo un ligero sedimento de tristeza y una gran propensión a apliádarse de todas las criaturas

humanas que pedían compasión. Ahora que él, convertido en amo de sí mismo y escapado por primera vez de su casa para gozar en libertad de los bienes que Dios le concediera, encontraba en la juventud maltratada de Carmencita una tan viva reproducción de su infancia y de la propia adolescencia—y, cosa admirable, no solo en la condición y en la indole sino además en la persona de la víctima, pequeñita, encogida, con una cara de moñetudo niño de pecho, de tal semejanza con él, bajito, regordete y casi imberbe, con cierto aire de angelito de pintura devota,— que era muy natural que la piedad le naciera en el corazón con tanto fuego como para transformarse ipso facto en un sentimiento de otra naturaleza. La señorita era hermosa, era buena, maltratada por todos: esto acabó de enamorarle.

No lo había notado ella desde un principio a causa de que la vergüenza que sentía por los espectáculos que daba su familia le hacía evitar las miradas de todos; pero lo notaron las señoritas Alejandrina y Rosario, que en el comedor comenzaban a clavar oblicuas miradas al barbudo italiano, y a mortificarse más que antes a la Cenicienta en el nido doméstico. Y entonces comenzó para el pobre barón un verdadero via-crucis. Habría querido defenderla, protegerla; pero cómo? No pudiendo otra cosa, pegaba la oreja a la puerta cerrada que existía entre ambas habitaciones, y cuando sentía que las discusiones se ponían amenazantes para la pequeña, procuraba haciendo ruido que las tiranas no pasaran de palabras a obras. Pero habría sido necesario intervenir a tiros. Es verdad que esas discusiones tenían la ventaja de enseñarle algo de castellano. Por lo demás, como las voces no

llegaban claras a sus oídos sino cuando empezaban a caldearse los ánimos, solo pescaba frases y vocablos relativos al sport favorito. Un verbo principalmente se le estampó en el cerebro, el que con mayor frecuencia oía, y que era hasta cierto punto el verbo de la familia: *pegar*.

La escena se repetía con pocas variantes. Al ser provocada la republicana de su corazón callaba al principio, y provocada de nuevo contestaba apenas con una ligera impertinencia.—Aoh! exclamaban las dos mayores como primera amenaza. Y luego:



La hermosa guardiana las ayudó tocando oportunamente el piano.

—Cállate que te pego. Mira que te voy a pegar. ¿Quieres a la fuerza que te pegue? (sic). Y concluían por pegarla. La pobrecita se echaba a llorar; llegaba la mamá:—Aoh! ¿qué ha pasado?—;Me han pegado!—Y ahora pegaba la madre, aunque le tocara mas a la que ya había recibido golpes que a las que los habían dado. Cada palmada que se sentía resonar sobre aquella graciosa y angelical personita, cada ;ay de mí! que dejaba escapar su dulce voz de tórtola herida, era una brazada de combustible arrojada al fuego de su amor, que ardía dentro de su pieza como un horno cerrado.— ;Ca... canallas!—decía sordamente junto a la puerta de comunicación, y palpitante de cólera se revolvía como un león por la estancia.

◆

La señorita comprendió al fin, y en el comedor comenzó a corresponder con miradas tímidamente suaves a las rebosantes de ardor y ternura que él le dirigía, evitando eso si el arma punzante de los ojos de las hermanas. Poco a poco fueron entendiéndose con la mirada y conversaron como de viva voz.—;Ya te la han dado, pobre angel mío, no es verdad?—Sí, pero me consuelo pensando en ti, buen amigo.—;Cómo ha pasado esta mañana?—Ha pasado tranquilamente, te lo agradeczo, qué bueno eres!—;Por qué asoman las lágrimas a tus ojos?—;Si tú supieras cómo me duele la espalda!—Ah, infames— Animo, amor mío, esto ha de terminar pronto.—Y con los ojos le acariciaba las magulladuras, le suavizaba los dolores; y en este oficio de enfermero imaginario fué creciendo su pasión hasta el extremo de no poder contenerla, y se la participó a la señorita Beatriz... que la había descubierto ya. Y ésta, por simpatía y por piedad hacia la Cenicienta y a su conciudadano, desplegó un ala protectora sobre sus amores.—;Cómo ha pasado esta mañana?—He pasado el hotel, la piadosa florentina iba a buscarla a su pieza para llevarla a una sala del primer piso, casi siempre solitaria, y en la que había un piano. Allí la pequeña le hacía sus confidencias, ella la consolaba, y algunas veces tocaban el piano o jugaban. Advertido el baroncito se presentó un día como por casualidad...

Y continuó sus visitas.

De cada una de ellas salía a un grado de temperatura amorosa mas próximo a la

abstención. Aquella timidez de pajarillo selvático, aquella prontitud en el ruborizarse, que no era escrupulosidad sino mas bien como la humillación de una colegiala maltratada, le conmovían en lo mas íntimo de su ser. El terror con que se alejaba de él apenas sentía un rumor que le parécieran los pasos de la familia, exclamando con voz sofocada:—;Aqui están!—lo conmovían hasta saltárselle las lágrimas. Los deliciosos disparates que ella decía al ingenierse por hablar italiano:—Como sta. Le do grasse.—Sto migliore che aiere. le producían calofrios de voluptuosidad como caricias. Un día que ella tocaba el piano comprendió que él observaba una mancha livida en su mano (si era una mano esa flor de terciopelo de cinco pétalos vivos) ella la retiró ocultando la cara ruborizada; y él debió alejarse para no caer de rodillas ante ella. Otro día que la retuvo por un brazo al pasar, ella gritó:—;ay! —le había oprimido la herida de un pellizco con torcedura—estuvo en un tris que no le cubriera la cabeza de besos... ;Pobre angel tiranizado, martirizado, pegado! Y era la suya una cabecita llena de conocimientos y de ideas bajo la negra cabellera enmarañada, y un tesoro de ternura infantil bajo ese otro tesoro que se agitaba tan visiblemente cuando escapaba a la carrera al sentir el regreso de sus tiranas. Las confidencias nacieron bien pronto. Una tarde ella le dijo:—Usted no sabe lo que es ser siempre... no agregó: pegada, pero era suficiente. El le contestó con un suspiro:—;Lo sé!—La inteligencia femenina tiene intuiciones maravillosas: ella lo miró y advinió su fraternidad en el martirio; desde aquel día se allegó a él como la hiedra al árbol. Los progresos fueron rápidos. La hermosa guardiana Beatriz les ayudó tocando oportunamente el piano, algunas veces con el aire de no ver otra cosa que el teclado y de no tener oídos más que para las notas, abstraída en el pensamiento de su prometido ausente. Cuando se volvía después de terminada la pieza, aparentaba no fijar la atención en los semblantes y en los ojos febriles de sus dos supuestos oyentes: los cuales se habían desquitado en pocos momentos de todas las ofensas recibidas de mano de los hombres... y de las mujeres.

La excelente florentina tocaba con el honrado propósito de que un día u otro el confidente furtivo declarase su deseo de con-



La víctima es la última, que es la menos vigorosa, la más buena

vertirse en el redentor legal de la amada víctima. Viendo que no se decidía, comenzó a animarlo con recursos indirectos, dándole informes alentadores acerca de la familia. Los Quiroz habían venido a Florencia tras una fortuna en litigio, no despreciable, como decían, y con la seguridad de ganar el pleito; el padre era espejo de caballeros, y si bien la señora y las dos hijas mayores eran algo... bruscas... y de mimética demasiado viva, no tenían en el fondo mal corazón. Un joven distinguido que emparentara con aquella familia no tendría que arrepentirse, sobre que (y en esto no advertía la contradicción) habría hecho una obra santa al proporcionar a aquel encanto de muchacha una suerte feliz. Se hubiera dicho que por el momento el joven se hiciera el sordo. Y cuando su consejero lo estrechaba con ciertas demandas un poco premiosas, su tartamudeo se agravaba de repente en las vagas respuestas con que

trataba de salir del paso. Esto se hizo tan claro que la joven principió a arrepentirse de haberse prestado a secundar el dulce juego, amenazado de un mal fin, y pensó darle un ultimátum liso y llano:—O se decide a pediría en matrimonio, o cierro el piano y la sala.

◆

La verdad es que el pobre baroncito Cocomini era de compadecer. Con todas sus buenas intenciones, lo espantaba la posibilidad de que el tratamiento aplicado en familia a Carmelita soltera, continuara con la Carmencita casada, y pudiese extenderse al yerno y al cuñado. Si, a la sola idea que pudiese volver para él ese triste periodo histórico de que acaba de salir, le inundaba un frío sudor; no era ésto todo, pues volvía a sentir en varias partes del cuerpo ciertas sensaciones desagradables, de las cuales hubiera querido perder para siempre la memoria... Pedir la mano de Carmencita! eso se

decía fácilmente, pero no había que olvidar que detrás de aquella manita adorable estaban las manos de la mamá y de las hermanas... Y de este modo, espoleado por el amor de ese ángel y refrenado por el miedo a estos demonios, se debatía en una angustiosa incertidumbre.

Adelantándose al ultimáum de la protectora, las terribles hermanas, puestas en sospecha por una huella rojiza estampada en el cuello de su víctima y en la cual no reconocieron la obra de sus manos, dieron una tirada al freno sometiéndola a una rigurosa vigilancia, y ya no salieron más del hotel sin llevarla consigo. Adiós, dulces confidencias, adiós, piano amigo, y todo lo demás! No pudo ver ya sino era en el comedor, o de paso por la escalera, siempre escoltada por dos o tres guardianes. Las miradas abatidas que ella le dirigía como para reprocharle su abandono, su voz que le llegaba de la pieza vecina, y que pare-



¡No se le pega a la ba... baronesa co... cómini!

cia venir de lejos o del fondo de una prisión, y el llanto con que creía invocase su plenitud y su auxilio, todo le producía un malestar intolerable. Oh, adorado acento tembloroso, bellas redondeces amadas, celestiales errores de gramática, dulcísimos besos estampados furtivamente sobre los santos estigmas; todo estaba pues perdido para siempre? ¡Ah, no! ah, no! A esta idea no podía resistir, y así ella hubiese tenido por madre y por hermanas a unas tigres de Bengala, las habría afrontado para obtenerla. El amor exasperado lo hacia intrépido, y una semana, después resolvió penetrar en el serrallo, aun a riesgo de morir despedazado.

Anunció su resolución a su consejera, a quien hizo exclamar:—Ah, por fin! No he tocado en balde!—y la consultó sobre el modo tenéndole que debía llevarle a relacionarse con la familia. Presentarse al señor Quiroz sería lo más cómodo; pero en la familia no se tomaba en cuenta su parecer. ¡A la señora, entonces? Pero ésta, a juzgar por los ojos de halcón que le ponía, estaba muy mal dispuesta para con él, el que por

su aspecto debía parecerle un muchacho de no ser tomado en serio; y podía tener una mala acogida. El y su consejera se avistaron muchas veces, terminando siempre por cambiar sendas preguntas:—¿Y bien, qué hacemos?—Eso, como salir del enredo?

Un suceso resolvió el problema y precipitó todo en forma por demás inesperada y dramática.

Estaba el joven una mañana en su cuarto con la disfrutando del armonioso esfuerzo con que la señorita Carmencita, como de costumbre de lección con sus hermanas, procuraba amoldar su boquita latina a la pronunciación inglesa. La palabra **squadron** suscitó una querella. Scuedron, pro-nunciaba ella; scuodrun,

decían sus hermanas. Como ella porfiara, Alejandra dijo:—¡Qué boba!—Rosario agregó:—¡Qué tonta!—Les replicó con insolita aspereza Carmencita, a quien su amor contrariado predisponía desde algún tiempo a la revuelta. Saltaron de su asiento las tres a un tiempo, sonó un bofetón y respondió el estrépito de un proyectil contra un armario. La mayor se puso fuera de sí. Otros golpes sonaron, luego unos chillidos y rumor de fuga. Carmencita atravesó corriendo toda la habitación y salió al corredor seguida de sus hermanas que blandían una regla y un plumero. La puerta de la pieza del joven estaba entreabierta. La fugitiva se detuvo ante ella, vaciló un momento y se lanzó dentro como un naufrago dentro de la barca salvadora, yendo a caer en los brazos del barquero. Al presentarse Alejandrina, fuera de sí, y ver la escena:—¡Aquí estás!—exclamó. Eso faltaba! Te arreglará la cuenta la madre.—Y desapareció. La pequeña rompió a llorar. Llegó de pronto la madre, flanqueada por las dos hermanas, como un comisario de policía por dos guardianes; fulmina con una mira-

da terrible a la pareja y se adelanta con la mano alzada sobre la culnable.

Y aquí el baroncito fué grande.

—Perdóname, señora, eso no—le dice deteniéndola con un ademán respetuoso de la mano, sin soltar con la otra a la temblorosa niña. ¡Cómo se dice en castellano *non piu?* No más.—Y alzando majestuosamente la cabeza (no sin un poquillo de temor, sin

embargo) concluyó con acento solemne:—No se le pega a la ba... baronesa Cocomini!

Seis grandes ojos estupefactos se fijaron en los suyos y tres voces exclamaron a un tiempo:—Aoh!

Y con esta exclamación se cerró para siempre sobre la señorita Carmencita la estación de las lluvias... de golpes.

LA CURORINA

No son en terapeútica raros los casos en que la ingeniosidad popular se ha anticipado a los descubrimientos de la ciencia y el laboratorio. La opoterapia particularmente nos consta que se ha ejercitado desde tiempos remotísimos en formas diversas, extraña muchas veces, y provechosas con frecuencia. Una prueba evidente de nuestro aserto es la "curarina" de los colombianos.

En la relación de un viaje recientemente realizado por esta región sudamericana, M. F. Serret nos cuenta la historia de su guía, que mordido por una serpiente cascabel curó merced a la aplicación de esta droga indígena. Es un poderoso contraveneno sumamente conocido en el país, y que se vende en los almacenes que hay a veces de droguerías.

Es una tintura desagradable y ácida, autídota y estimulante a la vez, que se toma por cucharadas cada media hora.

La "curarina" segun el doctor Evaristo García de Cali, Colombia se prepara con diversas plantas de la familia de los piperáceas, a las que debe desde luego sus propiedades estimulantes, y con una yerba

aún no conocida analíticamente, que los naturales llaman canelón que crece en varios puntos de Chaco y sobre todo en los montes de Barbacoas.

Tambien entra en la composición de esta pócima hiel de serpiente, la composición de esta pócima hiel de serpiente, la que realiza de un modo tan primitivo como eficaz una terapeútica analoga a la inyección del serum o seroterapia, tan precomizada por nuestros mas reputado investigadores depues de largos años de ensayos experimentales. Otros naturales del país se contentan con beber en estos casos, un gran vaso de sion mezclado con hiel de serpiente.

Parece, por otra parte, cosa probada que untándose las manos con esta "curarina" puede el hombre manejar sin peligro alguno los ofidios mas venenosos y terribles. De sentir es que esta tintura, hoy en muchas partes conocida, no se haya prestado hasta hoy al analis que tantas veces se ha intentado para descubrir su composición de un modo preciso y evidente.

PALACIO DE GOBIERNO

El origen de los grandes monumentos da lugar, casi siempre, a alguna leyenda, basada más o menos en hechos verídicos y aún cuando sin más fundamentos que el haber sido repetida hasta grabarse en el espíritu de los habitantes del país.

Eso es lo que vemos repetirse comunmente para los viejos edificios de Europa, principalmente para los que datan de aquella época tan criticada y sin embargo de arte tan puro que fué la Edad Media. Más tarde la historia rectifica o fija en lo posible las verdaderas bases del origen y existencia de aquellos monumentos, tratando de dejar en pie sólo los hechos auténticos.

Algo análogo a ocurrido en Chile con la Moneda: se dijo y escribió que los planos para el edificio que se proyectó levantar poco después de conceder a la colonia el derecho de acuñar los metales preciosos que producían sus minas, habían sido ejecutados en Madrid y destinados para Méjico y que por error habían sido enviados para Chile. Esta versión del origen de la Moneda es un error ya reconocido.

De la ejecución del antiguo monumento, que lleva impregnados en sus muros recuerdos históricos que lo hacen querer por todos los chilenos y del cual parece desprenderse un austero perfume evocador de los tiempos del coloniaje y del desenvolvimiento de la joven República, fué encargado don Joaquín Toesca, quien ejecutó los

planos y hubo de modificarlos por el cambio del terreno que se había elegido en un principio y que se abandonó por el que ocupa actualmente.

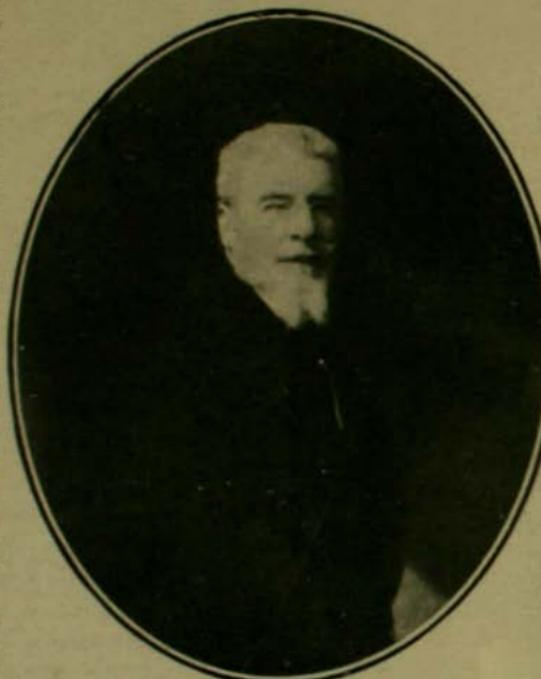
Después de vencer innumerables dificultades ocasionadas por el régimen de Gobierno y por otras causas inherentes a esos tiempos, se dió principio al actual monumento destinado a la acuñación de monedas y residencia de los empleados dedicados a ella.

En los primeros años del siglo pasado, poco después de marchar a hacerse cargo del Virreinato del Perú, O'Higgins, a quien cabe la honra de haberle dado impulso definitivo, y concluido ya el edificio, instalóse en él la Casa de Moneda.

Es fácil darse cuenta, sin embargo, que en el fondo de aquél

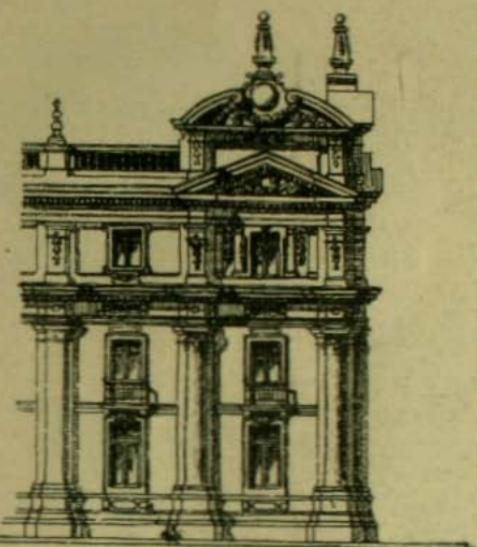
hubieron de hacerse más tarde, tal vez al destinarse muchas de sus partes a distintos fines que el primitivo, trabajos destinados a proporcionar mayor espacio y tal vez mayores comodidades para la amonedación, pero en los cuales no se tomó en cuenta para nada, el punto de vista artístico que difieren notablemente del resto del edificio, como se nota tanto en las fachadas laterales como en el interior.

A mediados del siglo pasado, se estableció en la Moneda la residencia del Presidente de la República, que antes la constituyó la actual Intendencia.



Don Emilio Doyère, autor del proyecto

PABELLON
DE
ESQUINA



Además de lo que referimos al principio se contaba también de que las murallas de la Moneda eran dotadas de enorme espesor para mejor resistir los posibles asaltos de los tiempos inseguros de su origen, y que sus rejas, así como los clavos de sus puertas eran de bronce.

A ese propósito, recordamos un incidente trágico-comico; para asegurarse, el arquitecto del nuevo Palacio de Gobierno, de lo que pudiera haber de verdad en esta última aseveración, píusose tranquilamente a raspar uno de aquellos clavos y vió acudir muy luego al centinela de guardia, que le indicó que tuviera más respeto con la mansión Presidencial.

Eliminadas las creencias erróneas que se tñian sobre la Moneda, queda su interés histórico, digno del respeto de todos y que se conserva en el proyecto que presentamos a los lectores de "El Pacífico", en medio de la distribución que origina el objeto a que se va a destinar, en virtud del plan que le sirve de base.

Inspirado en el propósito de reunir los Ministerios y principales rodajes de dirección, el Supremo Gobierno pensó en echar mano de los terrenos inmediatos a la Moneda, y utilizando a ésta para el objeto inviando a ésta para el objeto incasa digna del primer Mandatario de Chile.

Aquella idea no es, por otra parte, exclusiva de este país, pues en otros, Francia, por ejemplo, se ha estudiado en diversas ocasiones la forma de unir igualmente todos los Ministerios y servicios principales de Gobierno, y en el proyecto adoptado para la construcción de la Casa de Gobierno del Perú, se ha llevado a cabo la idea que ya se había llevado a cabo antes en Chile.

Esa idea cuya bondad y cuñas ventajas económicas y administrativas nadie puede descubrir, ya que está destinada a reunir servicios dispersos cuyo mantenimiento en casas particulares demanda el erario nacional gastos crecidos, fué la base del programa de la obra y ha sido la norma invariable del Gobierno.

En el proyecto aprobado definitivamente, y que ha de realizarse muy pronto, se ha aplicado fielmente esa intención y al describirlo a grandes rasgos haremos notar las razones primordiales que han influido sobre la forma que se ha dado a la solución del problema.

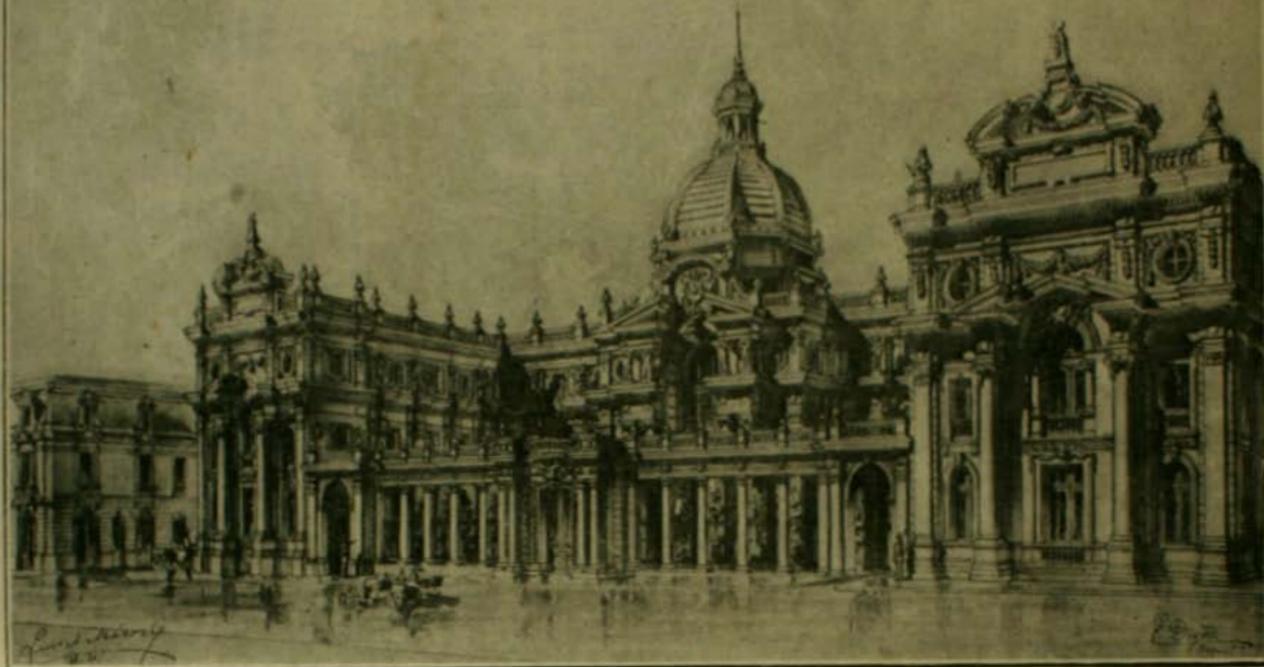
Y verdadero problema era en efecto, como solamente puede saberlo a fondo el arquitecto.

Ya hemos expresado, cuál era el plan general, punto primordial era pues la comunicación expedita entre ambos monumentos: el Nuevo Palacio y la Moneda.

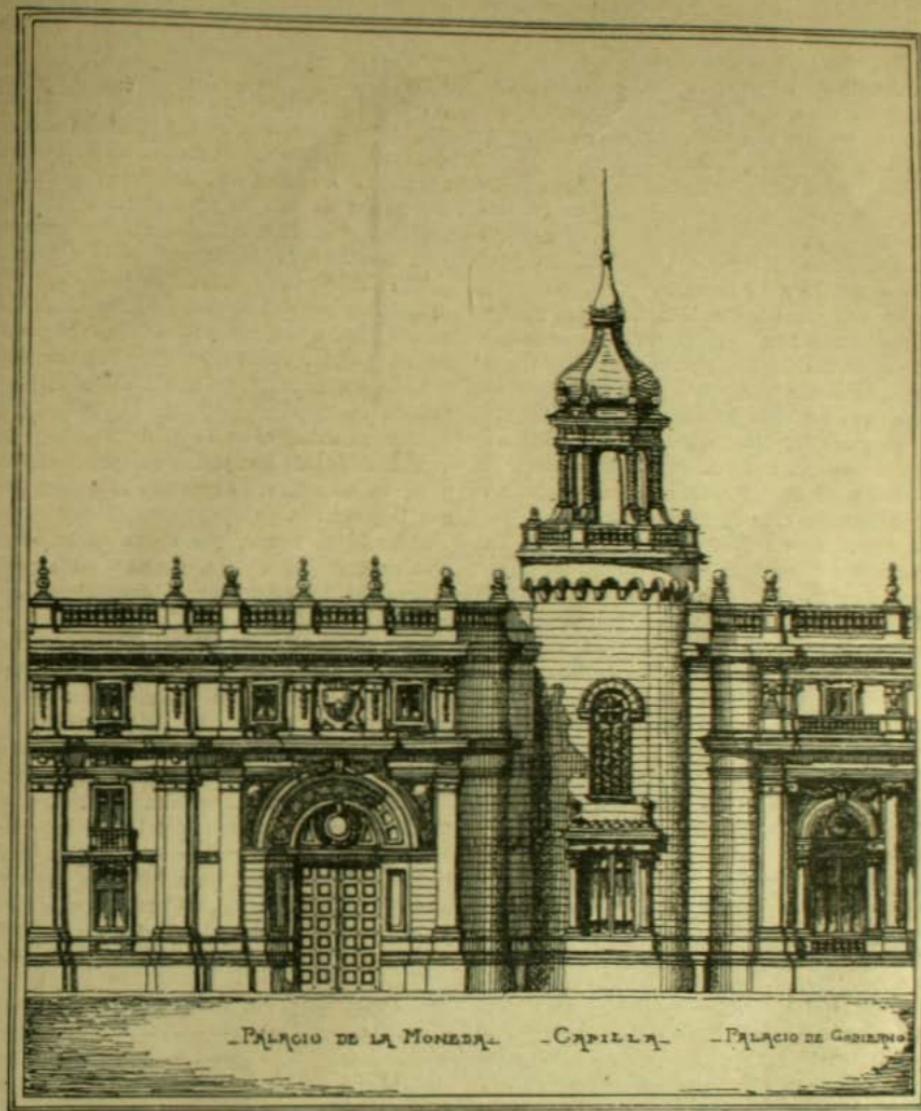
No era este punto el más fácil de solucionar, pues entre diversas dificultades era la principal la desviación del eje de ambos edificios.

Resuelto en tal forma, que aquellos comunican insensiblemente, por decirlo así, en todos sus pisos, habrá de optarse por uno de los dos partidos que se presentaban

PALACIO DE GOBIERNO.



Fachada del palacio presidencial por la Alameda



para la obra: dejar la Moneda con su estilo severo que se adoptaba mejor para Ministerios y oficinas que para la residencia Presidencial y darle a ésta un carácter autonomía completa o bien, seguir los rumbos indicados por la Moneda y si bien engalanándolo un poco y adaptándolo a los fines a que se destinaba el nuevo Palacio, adoptar para éste el estilo del antiguo.

El último partido es el que se ha tomado en este proyecto como puede verse en las láminas que acompañan este artículo.

En él figura la Moneda con su estilo intacto, el que reina en la obra entera, repitiéndose en toda ella sus grandes líneas y motivos. Sobre el actual edificio se construya un tercer piso, que desde el principio indicó como condición necesaria el Supremo Gobierno y que efectivamente es indispensable, tanto para poder reunir los Ministerios que sin él, no cabrían en la Moneda, faltando una de las condiciones esenciales de la obra, como desde el punto de vista artístico, pues con él se le dan las proporcio-

nes que le corresponden y que se quisieron obtener "a posteriori" con la colossal balaustrada que ocupaba su parte superior; balaustrada de madera que algunas personas se acuerdan aún haber visto colocar y que pecaba con los principios arquitectónicos y de buen gusto.

La altura del tercer piso será igual al de aquella y así tendrá el edificio un coronamiento más lógico sin modificar el aspecto de la parte existente que se conserva tal como existe actualmente.

Se conservarán también tanto las partes interiores y aún se restaurarán algunas que han sufrido de las divisiones y obras que a menudo ha exigido el recargo de servicios que ocupa la Moneda.

Formará, el Nuevo Palacio, un conjunto armónico con aquella, cuyo estilo continúa concidiendo sus alturas, cornisas y motivos generales, y diferenciándose solamente en la repercusión sobre el exterior, que en un edificio debe producir la distribución interior, la que en este caso tiene que ser tan diferente de la del antiguo monumento a consecuencia de su destino.

Alrededor de un gran patio de honor, separado de un pórtico de la Alameda, se agruparán los departamentos del Palacio.

En el primer piso, los de carácter oficial; de recepciones, fiestas y banquetes en el ala izquierda; un gran vestíbulo, en el fondo, donde se encuentran además, el salón de recepciones de diplomáticos, hacia la izquierda y un salón reservado para S. E. y su Despacho, a la derecha.

En el ala derecha del patio: la guardia con sus dependencias, el edecán de servicio, y más atrás, el Consejo de Estado.

Por amplias escalinatas se accederá desde el primer piso al segundo, destinado a la residencia del Presidente. Dispondrá además de una entrada particular por la calle Morandé y otra salida inmediata a su despacho. Se consultarán además: ascensores, entrada de servicio y demás dependencias.

Constituyen el 2.o piso: las habitaciones del Presidente y su familia, escritorio, salones, biblioteca, dos comedores, uno de los cuales, íntimo, y el otro de recepciones que podríamos llamar particulares. Lo completan departamentos para alojados de marca y la capilla.

Esta última forma un motivo semi-circu-

lar que rompe la larga línea de la calle Teatinos y disimula el ángulo que allí se obtiene, al unir el nuevo edificio con el antiguo.

Sobre el pórtico que separa el patio de honor de la Alameda se extiende una azotea que une entre sí dos salones del 2.o piso, reuniendo los extremos de ambos costados del patio; de allí se presenciarán con comodidad y en forma imponente los desfiles y presentaciones militares.

El Palacio estará dotado de todas las comodidades que deben exigirse; sus distintas partes siguen las proporciones que demanda su objeto, siendo siempre dignas del Primer Magistrado de una Nación importante.

Algunos salones, como el de fiestas y el gran comedor de banquetes comprenden dos pisos en su altura, lo que les da proporciones imponentes.

El patio de honor, que se ve en la perspectiva que publicamos, realizará el aspecto general del edificio y le dará cierto aspecto de grandeza.

A cada extremo del pórtico estarán la entrada y salida de carruajes y en el centro, una especial para las personas de a pie.

Creemos que, con la rápida descripción anterior, se podrá tener una idea general de la obra, idea que nos falta completar indicando que por el fondo del vestíbulo de honor habrá una comunicación fácil y central entre el primer piso del Nuevo Palacio y el de la Moneda, perdiéndose en una parte circular la inflexión del eje. En los demás pisos, la comunicación se efectúa por los costados.

Por fin, en la Moneda, hallarán cómoda colocación los Ministerios y las Direcciones de grandes servicios fiscales: Corte de Cuentas, Dirección de Contaduría, etc.

Al instalarlos, se conservarán las formas del edificio y su antiguo aspecto no sufrirá con esas adaptaciones, lo repetimos una vez más.

Le será fácil al lector, ayudado por los grabados y guiado por la descripción general, darse cuenta de si como se espera y como todo lo hace esperar, habrá de contar Chile en breves años con un Palacio de Gobierno digno del país y que llenará una falta que se hacía sentir altamente.



Mi prima Soledad

Fuera del Correo con quien también tengo una cuenta pendiente que arreglar, creo que mi prima Soledad bate el record en materia de planchas.

A pesar de considerarla inteligente, si por inteligencia entendemos la fácil comprensión de las cosas, cierta brillantez en el lenguaje unida a una vivísima imaginación, a veces llego a pensar que no lo es o que por lo menos tiene una falla notable en alguna de sus facultades mentales. Parece que en los compartimientos de su cerebro se hubiesen amohosado los hilos conductores de la memoria, de tal manera que jamás recuerda los lazos de parentesco o de afición que ligan entre sí a sus amistades, sucediendo con frecuencia que con la mayor naturalidad comete indiscreciones que hieren o por lo menos molestan a sus oyentes. Analizando a Soledad comprendo que no es mala, ella no trata de ofender, sus planchas son inconscientes de modo que resultan incorregibles, además nunca trata de remendarlas, por el contrario cuando nota las miradas llenas de angustia de los suyos y el embarazoso silencio que se sigue, siente tal confusión, tal anonadamiento que enmudece y cuenta ella misma que empieza a reprenderse por dentro dándose los epítetos más humillantes y prometiendo administrarse los más energicos correctivos. ¡Ah!—me decía,—“si tú supieras qué mal me trato entonces, ni mi peor enemigo me denigraría con más ardor!”—Esto no impide que momentos después vuelva a las andadas.

Si no fuera por lo atrayente que es, creo que todo el mundo la aborrecería, pero ¡cómo no admirar y perdonar, una vez al menos, a esa graciosa loquilla de encantadora fisonomía?

“Morena porque el sol la besó, tiene dos rosas en las mejillas”, como diría Ricardo León; sus grandes ojos negros de penetrante mirada guardan en sus pupilas una expresión dulcísima y engañadora que contrasta con su pequeña nariz ligeramente respingada y que tiene ella sola un aire de impertinencia; su boca grande y de finos labios deja entrever unos dientes tan hermosos que uno de sus admiradores solía decir con mucha gracia cuando Soledad entreabría sus labios: “Se abrió la vidriera de Emmanuel”.

De estatura regular, pero muy bien formada, tiene la particularidad de verse esbelta y arrogante a veces, chiquita y regalona cuando así le conviene.

Elegante en su irreprochable traje tailleur, llegaba Soledad pocos días atrás a casa, a tiempo que yo salía a visitar. No soy tímida, muy lejos de eso, pero cuando expresé el deseo de acompañarme, sentí un malestar, un desasosiego que ella notó inmediatamente, (me pareció que venía más lúcida aquel día). Con su voz mas insinuante empezó a suplicarme que la llevase conmigo, que en su casa la tenían boycoeteada, que no le avisaban cuando salían, que huían de ella, en fin!... las lágrimas asomaban a sus encantadoras pupilas que mudas suplicaban con mas eloquencia que sus palabras y ante su poder irresistible cedi una vez mas y subiendo al coche pronto llegamos a casa de tía Remedios.

Acompañadas del viejo portero que guardaba la enorme llave con que se abre la mampara de reja, nos introdujimos al saguán (allí no se llama hall) de partiendo amigablemente con Juan María mientras llegábamos al salón donde nuestra buena tía arellenada en una pol-

tronca ocupaba su lugar favorito en un rincón de la vastísima sala. Cerca de la ventana "la Rosario", antigua chinita y compañera de su ama, hoy factotum y confidente, sentada en una silla de paja marcaba o fingía marcar unas fundas muy deshiladas y muy sucias. Nuestros pies se hundían en la mullida alfombra a medida que avanzábamos sin el menor entorpecimiento por el imponente salón, adornado de inmensos espejos, de grandes retratos de Monvoisin, de bules dorados, y de sofaes y sillones de jacarandá tapizados en rico brocato verde, que perfectamente alineados rodean las muralas de la sala formando adecuado marco a la delgada silueta de tía Remedios por quien no ha pasado el menor soplo de modernismo y que se alza rígida envuelta en nun precioso chal de Terneau, prendido con un gran camafeo que fué de sus abuelas.

—Dichosos los ojos que merecen verlas por aquí!... ¿Cómo fué este milagro?—nos dice con un tonito agri-dulce.

Siguen los temas acostumbrados de la salud, los parientes, etc., etc.

Soledad hasta aquí se porta con una discreción digna de los mayores elogios. De subito interrumpe a tía Remedios para preguntarle:

—Y qué le parece la desgracia de Acevedo Tita.

Con inusitada benevolencia, pues como es natural no le agrada ser interrumpida, tía Remedios responde:

—Ay hijita, lo siento tanto! tanto, de veras, esto me tiene afligida y preocupada.

Soledad me mira con sus grandes ojos llenos de asombro.

—Esa es la opinión general,—dice con acento de pompa fúnebre.

—Ya lo creo que ha de ser,—interrumpe exaltándose la señora,—si dicen que irán de casa en casa pidiendo erogaciones... Yo no sé si dar porque me han contado que el Papa va a excomulgar los arcoí... ¿cómo son esos pájaros que dicen que vuelan Rosario?

—Autopianos señora,—responde con mucho énfasis la vieja.

Mi prima esconde su rostro en el manchón para ocultar la risa y yo hago esfuerzos por conservar mi seriedad, en tanto que tía Remedios prosigue lamentando la costumbre del día de publicar las

lista de suscripciones, extendiéndose "lamentante" sobre que la caridad debe ser sin orientación, "que tu mano derecha no vea lo que dió tu izquierda" y vice-versa.

—Pero en ese río incógnito y revuelto la ganancia de fijo sería para los mezquinos,—interpuso Soledad con la mayor dulzura.

Tía Remedios le lanza una mirada de esas que matan, si las miradas matasen, y meditando una venganza le ofrece obsequiosamente, "un platito de dulce de camote". Comprendo toda la malicia que encierra este ofrecimiento, es dia de ayuno y quiere pillar en infraganti delito a Soledad; de otro modo no le ofrecería ese dulce que guarda y escatima como hueso de santo.

La incauta Soledad cae en el lazo tendido contestando afirmativamente, y "la Rosario" con vivas muestras de contrariedad, arrastrando los pies y borneando con ligero vaivén sus voluminosas caderas, se dirige a cumplir la orden. Pronto regresa con un plato lleno del mas tentador de los dulces, y yo por esta vez lamento mi exceso de complacencia viendo que Soledad paladea y saborea a su gusto el camote, completamente agena a la cómica pantomima que se desarrolla por su culpa. Para ella pasan desapercibidas las eloquentes miradas que se cruzan entre ama y criada; las primeras parecen decir: "¿Y para qué le serviste tanto?" Y las segundas: "Toma por hacerme salir en medio de una conversación tan entretenida"; "Oh! esas miradas expresivas que suelen cruzarse creyendo que nadie las intercepta. ¿cuánto me divierten y cómo se descubren en ellas sin querer los sentimientos mas escondidos!..."

Entretanto tía Remedios continúa su charla haciendo caso omiso de Soledad y criticando ásperamente a la juventud moderna que no respeta nada... En vano Soledad le dirige la palabra, para ella es sorda y muda y solo se concreta a estirarle una mano descarnada y seca en el momento de la despedida.

En el coche Soledad me dice:—"Mira que estuve discreta, ni una palabra siquiera y eso que mi tía no estuvo muy cariñosa conmigo."

Me sonré, ¿con qué objeto hacerle reprimisiones inútiles y quitarle su admirable serenidad?

—Dónde vamos ahora?



En ese momento el carroaje se detenia

A casa de los Solancos. Pero por Dios, Soledad, trata de conducirte bien, no te distraigas ni interrumpas; de repente te quedas en la luna y sales con algo completamente distinto de lo que se está tratando y por favor no hables de...

—“Sí, ya sé; no hablaré de impuestos porque uno de ellos es alcohólico, ni de desfalcos porque el primo acaba de cometer una estafa, ni de bigotes porque doña Filomena los tiene respetables, ni de novios porque sus hijas no han podido pescar aún, ni de...

Basta, Soledad, veo que te vas poniendo mala lengua...

—“Pero si busco el tema! Por suerte con la desgracia de Acevedo estamos en terreno neutral y difícil será hacer planchas en los aires si no es la mayor de ellas, la de estrellarse...

En ese momento el carroaje se detenía cerca de la morada de los Solancos. Como hubiera carretones y otros vehículos que interceptaban el paso pude contemplar detenidamente el edificio. En mis recuerdos de colegio buscaba el estilo que pudiera responder a tan brillante arquitectura. ¡Me encontraba perpleja!... en el segundo piso ventanas ojivales, cuadradas en el primero; balcones salidos con serpentines que harfan pensar en el “Arte nuevo” si no los sujetasen sólidas columnas de estilo romano; la puerta de calle ostenta una gran marquesina unida al edificio por gruesas cadenas que penden de dos cabezas de león, incrustaciones de mármol de color o de qué sé yo, imitando mosaico, adornando los marcos de las ventanas. Saco mi cabeza fuera del coche buscando minaretes, no los hay, una cúpula monumental corona esta fastuosa construcción. Y, o es que hace mucho que abandoné las aulas escolares o es que me lo enseñaron mal, en vano repaso en mi memoria los clásicos estilos dórico, gótico, corintio, compuesto, no hallo qué nombre dar al estilo de la opulenta mansión de mis amigas.

Expedito el paso descendemos frente a la marquesina; nos dicen que están en casa y somos introducidas a un soberbio salón. En el umbral me detengo un momento y como soy medio campesina, pregunto: “¿Dónde está el vado?”—Es tal la aglomeración de sillas doradas, mesitas, puffs, columnas y estatuas, que es un verdadero problema discurrir la man-

ra de avanzar en medio de tanta cosa: “Espérate,”—digo a Soledad,—“yo pasré adelante”. Con buen ánimo y mucha precaución franqueo los obstáculos y llego sana y salva a un sitio que me pareció asilo...

Soledad se impacienta.

—“Qué demorarse tanto!”—dice.—Ya veo la comedia que se desarrolla entre bastidores; la señora Julita sin duda sentamenta de que ya no podrá casarse en la Alameda con su Pedro, y descargará su ira sobre la sirvienta que por esta vez lo las negó; la presuntuosa Rebeca empezará el “maquillaje” porque en la mañana anda siempre a la “neglije”, como dice la Mamá... Tenemos para diez minutos y te advierto que mandarán a la vanguardia a doña Filomena que vendrá con las cejas cubiertas de polvo y restos del plumerito en sus cabellos. Y es curioso, mientras está sola habla cuanta sánchez se le pasa por la cabeza, pero cuando llegan las niñas enmudece poco a poco y por fin se retira. ¡Si es tan cándida! Fígúrate que un día la oí sostener con el mayor desplante que la telegrafía sin hilos estaba basada en la transmisión del pensamiento....

Por no darle alas a Soledad no me sonrojo, pero cuanto dice es la verdad desnuda. La pobre doña Filomena a pesar de su viajecito por Europa no ha logrado modernizarse ni entrar de lleno en el espíritu que ha hecho evolucionar un tanto a nuestra rancha sociedad. Hay personas, como doña Filomena por ejemplo, que no son maleables y que solo aparentemente se adaptan a los usos modernos, conservando sin embargo sus ideas y su manera de apreciar las cosas, en tanto que otras fácilmente se engarzan en el “trolley” moderno y siguen la corriente olvidando inmediatamente lo que fueron, para no pensar sino en rivalizar en buen tono y “savoir vivre” con las mas avanzadas.

Por distraer el tiempo Soledad recorre el salón criticando los cuadros que con exagerada profusión adornan las paredes. De pronto se detiene frente a una oleografía de esas que hemos visto mosquearse en una vidriera de la calle del Estado.

¡Qué pacotilla! qué pacot...—alcanza a decir a tiempo que se abre una puerta lateral y aparece doña Filomena abrochándose aún un puño de la blusa.

Nos saludamos cordialmente.

—Admirando las "alegorías", Soledad? Las rematamos en casa del Ministro... no me acuerdo cómo se llama...

—Del Horto, misia Menita?

—El mismo hijita...

—Bien me parecía verlas allí,—dice con toda calma Soledad sin dirigir la vista hacia mí, porque comprende que no estoy dispuesta a celebrarla.

Julia y Rebeca aparecen por fin elegantes en sus toilettes de paseo, como para decírnos:—No tarden mucho.

—De qué hablar?... —Embromamos a Julita con Pedro, lo niega sonriendo complacida.

—Si no hay nada aún...

—Por supuesto que no hay nada,—replica la incorregible Soledad,—pero por algo se empieza. Y dime ¿por qué no fué Pedro a la tertulia de las Flores?

—No sé por qué, pero te diré que cuando no tiene confianza en una casa le cuesta mucho ir. ¡Si es tan huaso!

—Así lo encuentro yo también. Aunque lo vea de frac me hace el efecto que guarda las espuelas bajo la silla...

—¡Plancha! ¡Qué creatura! ¡Qué falta de tino! A mí nadie me lo ha dicho, pero sé y comprendo que todas desacreditan al ser amado para que les contradigan y a fin de darse el gusto de oír las alabanzas que se les prodigan. Pero Soledad no comprende de nada.

—Siempre de broma esta Soledad.—Digo yo por salvar la situación, e inmediatamente cambio de tema.—¡Y el verano dónde lo pasaron Uds.?

—Como siempre, en el campo; nosotras no variamos jamás de veraneo,—suspira Rebeca.— Y qué de matrimonios se han arreglado en los distintos balnearios?—añade la joven siguiendo el curso de sus pensamientos.

—Así le digo yo a Procopio,—interrumpe doña Filomena,—llevemos a las niñas a Viña del Mar (ojeadas de las niñas ante tan inoportuna reflexión), pero él se empieza en que ha de ir a la hacienda; primero por las cosechas y en seguida por la viña, que es su tormento, su preocupación, y a la que yo aborrezco...

—Tiene razón misia Menita,—asintió Soledad,—tanto hablar en contra del alcoholismo y cada día se plantan más viñas. ¿Cómo quieren que no hayan viciosos?...

Ya ve Juan Henríquez, que desde que tiene viña anda como la parra...

Yo estaba en ascuas desde que empezaron a tratar de viñas, pero mi desesperación llegó al colmo cuando Soledad nombró a Juan Henríquez, primo muy querido de la familia y pretendiente, "en verde", de Rebeca.

Esta saltó como picada de víbora.

—Estás muy equivocada, Soledad, esas son calumnias que le levantan a Juan...

—Calumnias? Cuando yo misma lo he visto en Viña haciendo eses por la calle...

Me desespero, y viendo que Soledad no comprende todavía, con disimulo alargo un pie y lo afirro en uno de los suyos. Esta desesperante creatura lejos de comprender mi secreta señal, da un saito.

—Ay!—dice,—algo me ha rozado el pie.

—¿Qué hay lauchas aquí? Tengo un miedo espantoso...

—Me desmayo interiormente! Ella es la única que no comprende, es indudable que las dueñas de casa han notado mi discreta advertencia, lo cual no hace sino aumentar mi confusión.

Por fin Soledad vuelve de la luna o de qué sé yo qué regiones, y se da cuenta del desastrosa efecto que han producido sus palabras. Entonces la muy simple, recuerda sus propósitos y pregunta a quemá ropa:

—¿Y qué les parece la muerte de Acevedo?

Pero esta vez soy yo la que pierdo el tino y sin esperar que le contesten me despidio de todas y verdaderamente no sé cómo salí de allí.

El cochero pregunta dónde debe conducirnos. Dado el estado de ánimo en que me han dejado las planchas de Soledad no puedo seguir visitando y con un "A casa", más triste que el de Zazá en el último acto, nos dirigimos otra vez al centro.

Yo que me prometía una tarde tan distinta! Eso me sucedía por ser compasiva. ¡Ah! pero esta vez ni súplicas ni lágrimas lograrían enternecerme... y mientras Soledad ensartaba disculpa tras disculpa apostrofándose duramente, yo evocabo en mí mente el confortable salón de la señora de V., donde había pensado terminar la tarde, porque sabía que cerca de mí distinguida amiga encontraría un rato de charla interesante a la vez que un verdadero descanso para el espíritu. Veíame contemplando el vivo chisporrotear de la leña en

la chilena, en esa media penumbra que llama las confidencias y que hace pensar en las veladas luces de un incierto crepúsculo... Poco a poco irán llegando los asiduos visitantes, los "habitantes" de la casa, aquellos que buscan la soledad de la inteligente señora que desde su sillón da una cariñosa bienvenida a todos. Nadie se siente demás en esa aristocrática morada, toda visita que llega parece un huésped ardientemente esperado. Por eso las horas se deslizan sin sentir y demasiado pronto llega la noche. Las ampolletas eléctricas envueltas en espesos globos dan una luz discretas cuyos rayos no se extienden más allá del pequeño rincón de intimidad formado por el diván y los asientos vecinos, iluminando tenuamente los valiosos cuadros, las magníficas obras de arte, las vitrinas llenas de curiosidades de incalculable valor y la mutilada estatua de Magdalena que en actitud de postración humilde se sienta en medio de nosotros y parece escuchar nuestras conversaciones añadiendo una nota de poesía a ese ambiente por demás encantador...

Todo eso perdido... y no sólo eso...

La voz de mi prima hizo me volver bruscamente a la realidad.

—Y al fin todo tu enojo es porque te

interesa el hermano menor de doña Filomena.

—¡A mí! ¡Qué esperanza! ¡De dónde sacas tan absurdas ideas?

Siento que me pongo roja como una amapola. ¿Por qué? Será cierto lo que dice Soledad? Y cómo lo adivinó?...

Pero si pensó suavizarme con esta nueva indiscreción, su estratagema no surtió el efecto deseado, lejos de eso me enardeció más y la venganza que yo meditaba quedó resuelta en ese momento.

En idioma castellano el sentimiento de "la venganza es ruín", según reza el proyecto ante el cual antepongo el refrán inglés que dice: "Revenge is sweet, and in este caso prevalece para mí la opinión sajona.

Cavilando y meditando el serio castigo que debía dar a mi prima Soledad, ocurríoseme la idea de contar sus planchas y pasear por las calles sus indiscreciones para que el escarnio que recibiera de ello le sirva de escarmiento y para que en adelante no viaje tanto por las regiones de la luna, si no que se digne habitar en nuestro modesto planeta. ¡Es esto ruín? No lo creo... para mí es sweet, awfully sweet.

ROXANE.

BELGICA PARA SIEMPRE INDEPENDIENTE

El coronel Arturo Boucher ha publicado por la casa Berger Leorault un estudio estratégico sobre Bélgica independiente. En la primera parte de su obra el coronel Arturo Boucher ante la amenaza de Alemania, que trata de anexionar a Francia pasando por Bélgica estudia todo cuanto se relaciona con la defensa de Bélgica y la organización militar de este país.

En la segunda parte, el autor sorprendido ante los actuales acontecimientos que se desarrollan en Turquía demuestra que

el mayor peligro que puede correr una nación estriba en el hecho de no darse cuenta de la gravedad de su situación.

Ahora sin duda ninguna, Alemania ha revelado el peligro con que amenaza a un mismo tiempo a Bélgica y a Francia, unido tan estrechamente sus destinos en uno de sus documentos oficiales, publicado recientemente.

Que es preciso hacer de una y otra parte para conjurarla? He aquí lo que estudia el coronel Arturo Boucher.

EN EL PAÍS DE LA LEYENDA



Por _____.

Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

Andan muchos Tartarines por el mundo. Yo fui uno de ellos. Cuando muchacho me apasionaban los viajes raros por países exóticos y lejanos, las aventuras maravillosas, lo desconocido y lo fantástico. Empleaba casi todo mi dinero en adquirir los modernos libros de caballería, de Julio Verne y de Maine Read. Por fortuna para el equilibrio de mis facultades, Wells no era conocido aun.

Apenas comenzaba a luchar por la vida, cuando llegaron a mí noticia las portentosas descripciones de los primeros exploradores del Tíbet, aquella tierra extraña, aislada hasta entonces del resto del mundo, agena a las transformaciones de la humanidad, donde se ha conservado

hasta hoy, como por milagro, una civilización patriarcal, análoga a la de la vieja Caldea y a la de los más antiguos Faraones. En poco estuvo que no malgastara los pocos pesos que había reunido, en un viaje al Tíbet.

Más tarde, con más años, y sobre todo, con más dinero, se volvió a apoderar de mí el deseo de un viaje estrambótico... ¿A dónde iría? Por desgracia, no hay ya mucho donde escoger. El mundo va haciéndose lamentablemente monótono.. Los ferrocarriles y el sombrero de copa han concluido por invadir todos los rincones del planeta. Lo pintoresco y lo original desaparecen... El rey de Siam, lo más parecido que según mis noticias, nos resta, a los Soberanos de las Mil y una Noches, toca el autopiano y anda en automóvil. Ya no

falta mucho para que llegue el dia de tomar un boleto de segunda, para la reina del desierto, la misteriosa Tombuctú... ¿A dónde ir pues?

Al fin me decidí por Borneo.

Es aquella una isla tan extensa como todo Chile, de litoral escasamente recortado, maciza, cubierta de impenetrables selvas. A esta circunstancia, y a estar atravesada por la linea ecuatorial, debe Borneo el no haber sido marchitada hasta hoy, sino en las vecindades de la costa, por la prosaica civilización de nuestros tiempos.

Irra, pues, al interior de Borneo, ¿qué se me esperaba allí?

Por de pronto iba a recrearse la vista con todo género de magnificencias naturales. La vegetación exuberante de la isla, encierra una fauna digna de un Nemrod, de un cazador de las edades prehistóricas: rinocerontes, leopardos, osos, malayos, babirúas, y esos monos gigantescos, conocidos con el nombre de orangutanes, o sea hombres de los bosques.

La población es semi-salvaje, lo que añadía al país, en mi concepto, un nuevo y particular encanto.

Los holandeses son señores nominales de la mayor parte de la isla, pero solo ocupan, en realidad, algunos puertos, y mantienen residentes cerca de algunos ríos no muy alejados de la costa... El interior es tierra ignota o poco menos.

Pero cierto recuerdo romántico me llevaba además hacia Borneo... Allí tuvieron su teatro las hazañas del que bien podríamos llamar el último caballero andante... Me refiero a James Brooke, el afortunado aventurero que, en pleno siglo XIX, conquistó un trono, como los Bellanises y Esplandianes, de los tiempos de Carlomagno y de Merlin.

Brooke fué un marino inglés que desde muy joven tomó parte en las guerras de las Indias, bajo la bandera de su patria. Más tarde se lanzó a combatir por cuenta propia. Supo que Muda-Hassim, sultán de Brunei, en la isla de Borneo, luchaba desesperadamente contra sus súbditos sublevados... Empleó su escasa fortuna en adquirir y armar un barquichuelo, y como cualquier caballero de la tabla redonda, fué a ofrecer el auxilio de su brazo a aquel Monarca en desgracia. La fortu-

na ayuda a los audaces... Muda-Hassim pudo conservar su trono y premió los servicios de Brooke, dándole en feudo la isla de Labuan... No era todavía un reino, pero si un mediano principado... Quiso la suerte del dichoso aventurero, que el Sultán, arrepentido de su generosidad, quisiera después arrebatarle su modesto botín. ¡Nunca lo hubiera intentado! Allí donde un inglés pone la planta, hay un Genio poderoso, presente en todos los rincones del mundo, para ampararle... Bajo la presión de los cañones de Inglaterra, Brooke no solo reconquistó su isla, sino que obtuvo la soberanía de un territorio, más vasto que todo el reino de Portugal... Se hizo Rajah, colocó a sus nuevos vasallos bajo el protectorado de Inglaterra, y hétenos al rudo marino figurando en el Gotha, casado con la hija de un Lord, servido por chamberlaires, acuñando moneda con su efigie... y emitiendo estampillas de franqueo. Por estas últimas es sobre todo conocido... Los innumerables filatelistas que pululan en todo el ámbito del globo terrestre han visto muchas veces el retrato de Brooke, y el de su hijo y heredero, en los sellos de franqueo del reino de Sarawak, porque tal es el nombre de aquella novedosa monarquía.

Un país en que semejantes cosas suceden, no puede ser vulgar, decía yo, no sin cierta lógica. Y he aquí una de las razones, que me decidieron por Borneo.

II

Fué en el populoso puerto de Bandjer-massín, donde puse por vez primera pie en tierra de Borneo. Había para perder todo género de ilusiones... El barrio holandés es demasiado limpio y moderno; en el indígena encontré demasiada mugre y demasiados chinos... Aquello era sucio y prosaico... Los hijos del celeste imperio nada tienen de poético.

Enseñaban el idioma del país, el dayak, en un Instituto yankee del Berlitz, y he aquí al futuro caballero andante, Miguel de Fuenzalida, tomando lecciones como en sus tiempos de colegio. Sin saber siquiera cómo pedir un pedazo de pan, en dayak, mal podía internarme en un país donde no hay hoteles, ni intérpretes ni guía Baedeker, ni empresa Cook..

No fué del todo perdida mi residencia en Bandjermassín... Algo supe del país y de sus cosas. La ciudad está edificada a orillas de un caño o estero de marea, afluente del Barito, el río más importante de Borneo. Este río está cruzado, como por desgracia lo están casi todos los del mundo, por vulgarísimos vapores fluviales, que suben hasta Bontok, el más remoto establecimiento holandés. Más allá comienza lo bueno, es decir, la tierra virgen y misteriosa, donde todo puede imaginarla la fantasía y la leyenda... Me hablaron de reinos poderosos y desconocidos, situados en las cabeceras del Barito, allá en las montañas casi ignoradas, que separan las nominales posesiones holandesas de Sarawak.

Resolví exponerme a todo, por visitar aquella comarca incógnita. Alguna vez había de darme el lujo de hacer algo a mi gusto. El tiempo parecía faltarme para abandonar los triviales convencionalismos del mundo moderno y entrar en la pintoresca barbarie.

El Barito no es ni más ni menos hermoso que la generalidad de los ríos ecuatoriales... Curso lento y magestuoso, aguas amarillentas, interminables recodos, árboles gigantescos, calor y zancudos. Los pocos pueblos del trayecto son misérísimos. Desde que se estableció la línea de vapores, no faltan los turistas, y en el mismo barco iban conmigo una docena, casi todos ingleses... Aprovechábamos las frecuentes escalas, para visitar las chozas de los naturales, pobres gentes que ya habían aprendido el negocio de vender los productos de su industria bárbara y primitiva, a los excursionistas curiosos... Ya no fabricaban arcos y flechas, macanas y hachas de combate, para guerrear, como en los dramáticos tiempos de su libertad, sino para enriquecer los museos de Europa... ¡Insoportable civilización!

Por otra parte, la abigarrada tripulación de nuestro barco, nada tenía de pintoresca. Además de los turistas ingleses, había a bordo dos docenas de chinos y malayos, vestidos estos últimos casi a la europea, y tres o cuatro buhoneros sirios o turcos, como decímos en Chile.

En el pueblecito de Megeda tuve una agradable sorpresa... Allí subió a bordo, por fin, un tipo interesante, digno de ser-

vir de modelo a un ilustrador de Julio de Verne, y que ni siquiera habría chocado en una edición de las Mil y una Noches.

Era un dayak de pura raza, muy moreno, de nariz en forma de pico de águila, de mirada chispeante, profunda y enigmática, vestido con una corta túnica de seda clara, cubierta de estrambóticos bordados. Su turbante, su alfange, sus borceguíes, su andar ceremonioso y acompañado, su actitud hierática de ópera cómica, todo en él contribuía a formar un conjunto único, pintoresco, nunca visto y sentido.

Interrogué al capitán, holandés flemático y fumador, acerca de aquel extraño personaje.

—Debe ser, me dijo, algún funcionario del reino de Tamanga. Muy pocas veces bajan hasta aquí.

—¿Y qué reino es ese? pregunté.

—El más endiablado de la isla, no solo bajo el aspecto político, aunque la historia de sus pendencias y vicisitudes llenaría muchos volúmenes, sino también por la originalidad de sus costumbres. El año pasado lo visitó un sabio alemán, y volvió medio loco. Encontró allí cosas inexplicables... El lenguaje usual de la isla, mezclado con voces extranjeras de un idioma desconocido, pero de innegable procedencia indo-europea... Tradiciones y leyendas que recuerdan a la vez los mitos germánicos y los del oriente... Una política, una forma de gobernar, sin precedido alguno, en todo el globo terrestre.

El reino de Tamanga comenzaba a interesar me, pero no pude obtener por entonces, mayores detalles.

Entretanto, el indígena fantasmagórico, permanecía horas y horas sobre el puente, embebido, al parecer, en hondas meditaciones. Consecuente con mi idea de visitar el extravagante reino de que procedía, no pude, al fin, resistir al deseo de dirigirle la palabra.

Contestó a mi saludo con gravedad y estiramiento verdaderamente cómicos.

—¿Procede Ud. de Tamanga? le pregunté.

—Sí, señor...

—¿Es Ud. jefe en aquel país?

Entonces, con el asombro que puede colegirse, le of estas palabras textuales:

—Mast, erwina sublegao Laraual...

Lo que traducido del dayak al español



“Sublegao?” le pregunté. “Qué significa...”

quiere decir: “soy sublegao en Laraual”.

Este término de sublegao me chocó, ¿qué podía significar esa palabra, no conocida en el vocabulario de los dayaks? ¿Sería ésta una de las que produjo tanta perplejidad y confusión en el sabio alemán de marras?

—“Sublegao?” —le pregunté —¿qué significa ésto?

—Es el nombre que da nuestro rey a los jefes de pueblos pequeños, como Laraual.

—Sublegao!... jefe de pueblo pequeño... Por asociación natural de ideas recordé a nuestros subdelegados... personajes, por otra parte, mucho menos pin-

torescos, conspicuos y finchado que mi interlocutor...

—Sería aquel término de origen español? Y si lo era, ¿cómo no cayó en cuenta de ello el sabio alemán? Por otra parte, las Filipinas están allí a un paso de Borneo, y en ese archipiélago, durante la dominación española, hubo subdelegados, lo mismo que en América.

—¿Y como se llama el rey de Uds? —continué preguntando.

—Nosotros le llamamos Sitta-Tobk (luz del cielo), pero él se nombra Arboino.

—Arboino!... Esto sí que no era dayak ni tampoco español... Hay un nombre, si no me equivoco, de origen gótico o longobardo, que suena muy parecido, pero hace siglos, nadie lo usa... Es el de “Alboino”, que llevó uno de los jefes bárbaros que invadieron la Italia en el siglo VI.

Mi interés por el reino de Tamanga crecía de momento en momento.

—¿Podría, pregunté, viajar por los Estados del rey Arboino o Sitta-Tabak?...

—Al rey no le gusta ver extranjeros en el país, continuó con mucha gravedad el estrambótico personaje.

—Pero no depende él de los holandeses?

Los ojos del sublegao de Laraual despidieron chispas, pero se contuvo...

—Así lo dicen, fué su única respuesta. ¿Es Ud. holandés o gringo?

—Gringo!... ¿Como suena y en español.

—Gringo?... ¿Inglés?... ¿British?... ¿eso quiere Ud. decir?...

—British... Así los llaman los holandeses... Son los soberanos de nuestro enemigo el rey de Sarawak.

No soy gringo ni holandés... Soy de Chile.

El sublegao, con gran estupefacción mía, paliéció al oír estas palabras... Pero aun fué mayor mi sorpresa, cuando con un conocimiento de la geografía, que le hubieran envidiado muchos hombres ilustrados de Europa, me preguntó en tono bajo y misterioso, si yo era de Valparaíso, de Santiago o de Iloca.

—¿Iloca?... ¿Conoce Ud. a Chile?...

—Nó... pero sé que esa es una de las ciudades más importantes de su país.

Por lo visto, el individuo estaba bien enterado... Pero, ¿de dónde diablos había cogido esos nombres que tan exóticos y lejanos, sonaban en las márgenes del Barito?...

—¿Habla Ud. español?... le pregunté.

—No sé que es eso...

—Castellano quise decir.

—¿Castellano?

—Chileno, entonces, pues.

—¿El idioma de Chile?... Nó señor...

No he salido nunca de aquí.

—Entonces, ¿cómo conoce las ciudades de mi país...

—Por los cuentos... Casi no hay ninguno que no pase en Chile... sobre todo en Iloca...

Yo me restregué los ojos; creía estar soñando o volviéndome loco... Ahora simpatizaba perfectamente con las perplexidades del sabio alemán.

Volví a mi primera pregunta.

—Le parece que me permitirían entrar en Tamanga?

—Eso depende de lo que resuelva el rey... Como Ud. viene de tan lejos, de un país que no figura sino en los cuentos, como no es ni holandés, ni gringo, bien puede que se lo permitan. De todos modos yo le acompañaré hasta Teweh, que es el primer pueblo de la frontera... y allí lo dejaré esperando órdenes.

Volví pensativo a mi camarote.

¿Qué podía significar ese reino extraño donde, en pleno centro de la isla de Borneo, se usaban términos españoles, con bárbara prosodia, donde los jefes de aldea se llamaban subdelegados, y donde Chile, nuestra desconocida y remota república, figuraba como un país de leyendas... y tenían a Iloca por ciudad opulenta y populosa.

—Y aquel rey de nombre longobardo?... Alboino! Al diablo se le ocurre.

III

No sé si ya he dicho que en Boentok termina la navegación por vapor en el Barito. Allí me despedí del capitán, de los turistas ingleses y demás compañeros de travesía... Era llegada la hora de emprender, solo entre bárbaros, un viaje en piragua, por un país desconocido.

El extraño sublegao de Laraual me condujo, antes de nuestra partida, a un tenducho donde pude vestirme al estilo del país. Aquella indumentaria era, como ya he dicho, sumamente original. Se componía de una especie de túnica ceñida a la cintura, de unos pantalones, o mejor dicho, grandes medias de punto, análogas a las que vemos en las pinturas del siglo XV. y de turbante y babuchas de estilo oriental.

Al meterme en aquel traje, me pareció perder mi individualidad. Ya no era yo Miguel de Fuenzalida, sino un aventurero de lejanos siglos o de otro planeta, en marcha hacia un país de maravillas sorprendentes.

Por largos días remontamos lentamente el curso superior del Barito. A las monótonas llanuras litorales, sucedió muy pronto una región de colinas, cubiertas de una vegetación opulenta. El río, cada vez más angosto y sombrío, se desarrollaba en interminables vueltas. Pero el país estaba deshabitado. Ni una cabaña, ni un solo indígena.

El sublegao conservaba siempre cierto misterio. Fuera temor o respeto, era sumamente reservado, en todo lo que se refería a su extraordinario país y el rey que lo gobernaba. Muy poco pude sacar en limpio.

Tamanga era una monarquía relativamente joven. Hace treinta años, el país, dividido en infinidad de Estados minúsculos, se hallaba entregado a una espantosa anarquía. La guerra entre las tribus era permanente.

Entre tanto, allá al norte de las montañas, hacia las vertientes del mar de China, el activo rajah de Sarawak, el hijo del primero de la dinastía Brooke, extendía más y más la órbita de sus con-

quistas. Por fin, un ejército del rajah atravesó la cordillera y penetró en tierras de Tamanga... Le mandaba Sitta-Tabak, el futuro Arboino... Le he llamado ejército, aunque no era sino un puñado de hombres, en su mayoría chinos, pero disponían de rifles Comblain, y en todo Tamanga no existían sino dos o tres docenas de viejos fusiles de chispa.

Cortéz, con unos pocos centenares de aventureros, conquistó el imperio mejicano. Sitta-Tabak, a pesar de que sus chinos no valían lo que los soldados españoles del siglo XVI, tenía por delante adversarios, aun menos temibles que los aztecas, y a más de esto, desastrosamente anarquizados. Les ganó, pues, dos o tres batallas, casi sin disparar un tiro, y la independencia de aquel hermoso país, pareció perdida para siempre.

Entonces el audaz caudillo entró en arreglos con algunos de los principales reyezuelos, les amenazó con la esclavitud bajo el dominio del rajah de Sarawak, y tuvo la fortuna de hacerse oír... A él no le importaba ni poco ni mucho aquel gringo de turbante, aquel marino hecho rey... En cambio estaba dispuesto a defender a los tamangueses, si éstos le aceptaban como jefe... El venía de un país donde los hombres eran invencibles en la guerra, donde lo sobrehumano era vulgar, donde se nacía soldado... Los súbditos de cierto reyezuelo llamado Canem, fueron los primeros en tenerlo por amo... Casóse con la hija y heredera del viejo soberanillo, y los individuos todos de la tribu se tenían por felices con ser mandados por aquel hombre oriundo de aquel país de maravillas. Uno de sus primos, llamado Roldán, (así lo refería él), había derrotado él solo un ejército de más de diez mil individuos, y cortando la cabeza de un revés a un gigantón de cincuenta codos de altura, llamado por mal nombre Fierabrás. Este último hecho de armas había tenido lugar cerca de Illoca.

Dueño de los súbditos de su suegro, Sitta-Tabak emprendió poco a poco la conquista de todo el Tamanga. Su prestigio, fundado en parte, en su indiscutible valor, que rayaba en la temeridad, no lo estaba menos en las fantásticas leyendas que pronto se exparecieron en todo el reino, acerca de él y del país de

donde procedía. Uno a uno, los jefes de las diversas tribus acabaron por rendirse acatamiento y a aceptarlo por soberano.

Furioso el rajah de Sarawak, se apresaba ya para castigar al general que le hiciera traición, cuando un acuerdo internacional fijó para siempre los límites de la influencia británica en Borneo... Tamanga quedó en tierra holandesa, y Brooke hubo de resignarse a permitir que Sitta-Tabak continuase disfrutando pacíficamente de su usurpación.

Esto o poco más fué lo que logré saber acerca del rey Arboino y de sus venturas... Ello bastó, sin embargo, para convencerme de que iba a habérmelas, quizás con un compatriota... ¿Quién sino un chileno podía conocer a Illoca? Acaso lee el pueblo fuera de nuestro país, libros de caballerías como el Carlomagno y los doce pares, origen evidente de la historia de Roldán y sus hazañas que tanto éxito tuvieron en aquel remoto reino de Tamanga?

La hipótesis no me pareció extraña. En Chile es muy conocida la leyenda del roto vagabundo y aventurero, exparcido hasta en los últimos y más remotos confines del mundo, guiando caravanas de camellos en los desiertos de la Arabia, fakir en la India y hasta jefe de tribu o conductor de pueblos en este o aquel paraje del continente negro. ¿No se dijo y repitió que Li-Hung-Chang, el famoso virrey de la China era nuestro compatriota? Hasta hubo un cura de campo que obtuvo un gran éxito oratorio, asegurando que el buen ladrón del Evangelio era chileno también.

¡Pero por qué diablos, se llamaba Alboino aquél sugeto?... Este nombre exótico era el que que no podía explicarme.

Llegamos a Teweh, punto donde corría la frontera del Tamanga. El sublegao me condujo a una especie de fortín construido de palizadas que servía de puesto militar. Allí tuve que esperar, en compañía de un medio centenar de indígenas la llegada de las órdenes o permiso de su misteriosa majestad.

Teweh era entonces una conquista reciente de los tamangueses, un puesto avanzado sobre el país selvático y desierto que separaba el reino de Alboino de las tierras sometidas a la influencia directa de los holandeses. Los soldados componían toda la población. Curiosa era la indumentaria de



Ahora se llama... Beltoldo

aquellos militares. No usaban ceñidas y altas medias como el sublegao, ni conservaban desnudas las piernas, como la mayor parte de los indígenas, sino que se las envolvían en anchos calzones de lienzo que recordaban al mismo tiempo los gregüescos orientales y el uniforme francés de la época del segundo Imperio.

En las noches se reunían aquellos gitanos en el verandah del edificio principal del fortín, y pasaban horas de horas contándose cuentos. La afición de los orientales por las historias maravillosas, en parte alguna me pareció tan marcada como en Tamanga. Allí habría querido ver a algún miembro de la sociedad folklórica de Santiago. Salvo algunos cuentos de indudable origen indígena, la mayoría de aquellas relaciones, eran disparatadas, mezcla vaporosa y confusa de tradiciones orientales, fábulas caballerescas, y de elementos nuevos, inexplicables para todo el que no estuviera en ciertos antecedentes, poco conocidos de la historia del mundo.

Las hazañas de Carlomagno y sus doce pares, las de Samsón y de David, algunos cuentos conocidos del folklore chileno y las Mil y una noches, formaban el fondo del material novelesco. Pero además os referir una tarde en forma ciertamente original, el legendario heroísmo de Prat y de Condell, en la rada de Iquique.

Eran dos buques enormes, colosales, todos de hierro, tan altos como montañas y tan rápidos en el correr como el viento de la tempestad; lanzaban lluvias de granadas, cada una de las cuales era capaz de reducir a polvo un barco poderoso... Los malvados moros (sic) que los habían construido, los destinaban a la destrucción de Chile, el reino protegido por Allah, el rincón bendito, asilo de los defensores del profeta y de la fe musulmana. Carlomagno, el monarca de Chile, no tenía barcos para defenderte, porque confiado en el valor indómito de sus subditos sabía que no les necesitaba. Cuando ya se dirigían a Chile los formidables monstruos enemí-

gos, envió a detenerlos a dos piraguas pequeñitas, de no más de doce remeros y otros tantos soldados cada una. El capitán de una de las piraguas resolvió sacrificarse con todos los suyos, para detener así por unos momentos a uno de los gigantescos barcos de hierro.... Muy luego el débil barquichuelo, despedazado por la destructora artillería de su antagonista, se hundió en el mar, pero los naufragos se lanzaron a nado sobre el buque enemigo, degollando a todos sus tripulantes y se apoderaron finalmente de él. La otra piragua, entretanto había logrado atraer al segundo monstruo de hierro, sobre un arrecife donde fué destrozado por las olas... Los nadadores conciencian afirmando que los capitanes de las heroicas piraguas eran parlantes muy próximos del rey Arboino.

Quizás voy a conocer, me decía yo, mientras escuchaba aquella leyenda portentosa, al primer roto con imaginación que haya nacido entre los Andes y el Océano Pacífico.—No de otra suerte fueron acaso creadas, en la antigüedad remota, las leyendas de Aquiles y de Hércules, con cuyo prestigio la pequeña Crecia llegó a dominar a los vastos imperios del Asia.

IV

Veinte días después de nuestra llegada a Teweh, volvió mi amigo el sublegao de la metrópoli del-reino de Tamanga. Llevaba un permiso casi una orden de Arboino, para que se me presentara a la corte.

—No le ha parecido muy bien, me dijo el sublegao, la aparición de Ud. a su sacra (sacra real) majestad. Dice que es muy extraño que un chileno legítimo haya llegado hasta aquí... Si la noticia llegase a oídos del pueblo, el caso podría ser peligroso...

—Pero, por qué?

—Ud. lo sabe perfectamente, fué la ambigua respuesta del sublegao.

No lo sabía pero comenzaba a sospecharlo. El truhán de mi compatriota, hecho rey ahora bajo el nombre de Arboino, había adornado su historia y la de su país de origen, con tantas y estupendas mentiras, que un testigo debía serle extraordinariamente molesto.

Felizmente hasta entonces el sublegao había sido bastante prudente o respetuoso

para no dirigirme preguntas indiscretas, y yo por mi parte resolví guardar en adelante, y mientras no estuviese seguro del terreno que pisaba, una completa y absoluta reserva.

Ni siquiera hice a mi acompañante nuevas preguntas, y así nuestro viaje entre Teweh y la capital de Tamanga, se verificó en medio de un mutismo completo.

Atravesamos algunas poblaciones, todas pequeñas y medio sepultadas en medio de la selva. El terreno subía lentamente y se accidentaba más y más. A medida que nos acercábamos a las altas montañas que forman la espina dorsal de Borneo, el país era mejor poblado, y los cultivos más numerosos.

Al fin pudimos divisar desde una altura la corte del rey Arboino. Se llamaba Kabinda, y podría tener unos cinco o seis mil habitantes. La mayor parte de las casas consistían en chozas de paja... Me señalaron como el palacio real, un enorme edificio cuadrangular, de un solo piso, blanqueado de cal, que ocupaba uno de los extremos de la población; a su frente se extendía un vasto espacio abierto: la plaza. Sin la vegetación exótica que caracterizaba el paisaje, sin la pintoresca indumentaria de los indígenas, se hubiera podido tomar el palacio de Arboino por la antigua casa de un hacendado chileno. Pocas o ninguna ventanas hacia el exterior, ancho portalón, interminables corredores que se abrían sobre los patios.

Servía de entrada un enorme corralón, adoquinado con piedras de río. Al acercarnos me sorprendió al ver que tanto el patio como la plaza eran contrabancos atestados de pueblo.

—¿Qué significa tanto pueblo? pregunté a mi acompañante...

—Probablemente van a cortarle la cabeza a un médico, me contestó el sublegao...

—Castigan aquí con la pena capital, el ejercicio de la medicina...

—No pero, la mayor de las princesitas, hija de S. M. está enferma; el rey ha ofrecido casarla con el que logre devolverle la salud. Muchísimos se han presentado con la esperanza de tamayo premio, apesar de que está dispuesto que los postulantes, si no consiguen obtener mejoría en el plazo de veinticuatro horas, sean ajusticiados... “La cabeza te corto”... este es el estribillo de S. M... y con él de hoy, ya pasan de

guince, los pretendientes a príncipes consortes, que han perdido la suya...

—¡Y de qué enfermedad padece la princesita?

—Es muda de nacimiento.

—¡Diablos de diablos! Mucho me temo, que antes de que consigan hacerla hablar, van a cortarse aquí muchas cabezas...

—S. M. asegura sin embargo, que en Chile, cuando los reyes tienen hijas mudas, siguen ese sistema para dar con el que sea capaz de curarlas.

Y así en verdad proceden los reyes de nuestros cuentos populares, y sobre los usos monárquicos, el bueno de Alboino, carecía probablemente de otras informaciones que las proporcionadas por tales cuentos.

En ese momento sacaban al patio, al infortunado médico de afición... Era un malzete con cara de idiota y de soñador...

—Muy merecido le está por ambicioso y por necio, observó el sublegao. ¡A qué se mete en lo que no entiende?

No pude menos de pensar que, si en todos los países del mundo y muy principalmente en Chile, degollaran a todos los que se meten en lo que no entienden, los negocios públicos y privados marcharían mucho mejor, pero en cambio, muy pocas personas conservarían la cabeza en su lugar de costumbre.

Un grupo de altos funcionarios presidía la siniestra ceremonia. Entre ellos me llamó la atención un vejete gordo, pequeño, jorobado, con cara de malicia, a quien todos parecían rendir acatamiento...

—¿Quién es ese? le pregunté al sublegao.

—El Kotah-Seiah, el primer ministro de S. M... Es decir, este era su nombre, pero el rey le ha bautizado de nuevo... Ahora se llama... Bertoldo!...

¡Qué rayo de luz!... ¡Bertoldo!... El héroe del cuento tan estúpido como popular, y que ha alcanzado en todas las lenguas mas ediciones que la Iliada de Homero y el Quijote... ¡Bertoldo!... Ahora comprendía por qué el rey se hacía llamar Alboino... Era en recuerdo del otro rey semi-fabuloso de los longobardos que figura en aquel viejísimo cronicón, tan gustado por nuestro pueblo.

Entonces comencé a ver cuánto me rodeaba bajo un aspecto nuevo... El rey, el palacio, la princesa muda, los pretendientes degollados, el grotesco ministro, las inverosímiles leyendas que circulaban en

aquel país estrambótico, no eran sino una resurrección informe del mundo fabuloso, en que se desarrollan las leyendas de Chile... Así me había imaginado yo mismo cuando de niño oía al amor de la lumbre, los cuentos de mi nodriza, los reyes, los pueblos, y los gobiernos de las tierras lejanas, colocados más allá de lo real.

Un hombre incierto, pero hábil y suspicaz, dotado de imaginación y de audacia, valiente como todo buen chileno lo es, embustero como lo son muchísimos, había llevado a esa tierra virgen, e impuesto a una población semi-infantil como verdades prácticas, todo un tejido de confusas patrañas.

V

Su majestad, Alboino II, me recibió en audiencia privada.

Con lo que acababa de ver no las tenía todas conmigo. Juzgué prudente y muy de acuerdo con las tradiciones monárquicas de mi compatriota, arrodillarme respetuosamente a sus pies...

Las vestiduras regias de mi interlocutor habían sido incomprensibles, para quien no hubiera estado en antecedentes. Llevaba sobre la cabeza una corona de oro legítimo, y cubría sus hombros un manto de escarlata con vueltas de género blanco pintarrajeado de cortas líneas negras que figuraban groseramente el armario heráldico, adorno de los reyes en los cromos de los libros de cuentos.

Pero si a algo se parecía el traje de Alboino era a un rey de baraja legítima de Olea. Ese sin duda, fué el modelo.

¿Quién no ha visto alguna fotografía de la momia de Sesóntris?... Pues bien el roto que tenía delante (pues no podía ser sino un roto) se parecía extraordinariamente al antiguo Farón de la tierra de Egipto... Todos los días nos encontramos en la calle con tipos de esa especie.

Color entre cobrizo y aceitunado, frente alta pero deprimida, ojos minúsculos, agudos y penetrantes, pómulos salientes; boca gruesa y abultada; pera militar; bigote ralo y cerdoso...

A esto unía el estrambótico rey de los Tamangueses, al nuevo Alboino, cierta actitud que a fuerza de majestuosa, seria y hierática, llegaba a ser cómica.

—Vuestra sacra real majestad habrá de perdonarme mi atrevimiento, comencé bal-

buceando en el mas puro español, pero he llegado hasta el poderoso reino de vuestra majestad, traído por la fama de su grandeza, que llena todos los confines del globo terráqueo.

—Déjate de floreos, repuso Alboino en un español menos castizo.... Si habís venio tanto peor para vos... Aquí no entendimos de fútres ni los queremos pa nasa. Aquí no hay deputaos, ni nasa de esas bolinas. Aquí mando yo... y ágradece si no te corto la cabeza.

Un estúpido temor debió dibujarse en mi rostro. Alboino se echó a reir.

—No pasis cuidao hó... agregó siempre

riendo... Si lo ecía por no ejar.. Te tuteo porque así hacen los *reises*... pero a un chilenito yo no le iba a cortar el guargüero, como a estos indios brutos de poacá... ¡Pe-ro no habrás hecho *leseras*?

—A qué *leseras* se refiere vuestra majestad? pregunté yo mas tranquilo.

—Digo que no habrás contao aquí nasa de lo de Chile... Como allá no hay *reises* sino en los cuentos, yo *el tenio* que meterles a estos la mar de *paliques* sobre mi tierra... Es pa que me tengan respeto... Y me consideren.

—Había tenido ya ocasión de observar la hábil política de vuestra majestad, dije



Agradece si no te corto la cabeza

yo, y me he guardado muy bien de hacer revelaciones imprudentes.... Podeis estar tranquilo, Sire.

—¿Qué es eso de sire?

—Es el tratamiento que dan a los reyes en Europa.

—Miren, no mas, creerás que no lo sabía... En los libros no lo dicen sino de majestá.

Mi coronado compatriota se refería seguramente al Bertoldo y a Carlomagno, y los doce pares de Francia.

—Crea, vuestra majestad, agregué yo, que estoy dispuesto a servirlo en lo que deseé ordenarme.

—Lo mejor que podéis hacer, es mandarte cambiar cortito de aquí, pero antes me vais a sacar de un apuro... Como yo no he estudiado, no sabía palabra de cómo son los reises. Esos cuentos que de las viejas deben estar llenos de mentiras... yo tengo una hijita muda y se me ocurrió hacer lo que a los otros reises de tales cuentos... Ofrecí casaría con el que la curara, pero entoavia no se ha presentao ningún maestro, ni soldadillo que tenga varita de virtud, y estoy cortando cabezas como mota... Yo no pueo retirar la orden, pero estos indios me están dando lástima. ¡Pa qué seguir degollándolos!...

—Y para qué los degüella vuestra majestad?

—Para qué? Dónde habéis visto reises que no corten la cabeza, a los que se presentan a curar princesas, y no las curan?

—Pero la mudez es incurable observé yo.

—Así será pue eñor, con la gente ordinaria pero no con las princesas... En las historias de los libros las curan siempre...

Yo no sabía qué contestar, ni me resignaba tampoco a romper aquel bárbaro idilio.

—Esa es, le dije, por fin, la mudez que viene de encantos, pero no la natural.

Alboino quedó pensativo.

—Güeno, dijo... Vais a ser vos entonces, un mágico que venís de Chile pa eusaminar a la princesa y vais a decir que no tiene remedio denguno, a ver si así se dejan estos lesos de venir a que les corten la cabeza, porque lo que es yo no me güelvo atrás re-nunca... Palabra de rey no puede faltar...

Y así quedé transformado en mágico por obra de la soberana voluntad de Alboino II rey de Tamanga.

Aquel mismo día fui presentado a la corte reunida; la sala del trono, llamémosla así, era muy sencilla pero estaba tapizada de arriba abajo con colgaduras de percal encarnado, de a treinta céntimos el metro.

El rey, sentado en su alto solio dirigió a los circunstantes algunas palabras en el idioma del país. Dijo que el poderoso Carlomagno, rey y emperador de Chile, le había enviado un poderoso mágico (de los muchos que allí habían), para que examinara a la princesa muda y diera su opinión acerca de si esta podía o no recobrar el uso de la lengua.

Mientras escuchaba estas mentiras estupendas, apenas podía contener la risa, ante el espectáculo de aquella corte abigarrada. A ambos lados del trono, y colocados en fila, en actitud torpemente ceremoniosa y académica los dignatarios del reino, escuchaban reverentes el discurso del soberano.

Concluido este, S. M. se dignó descender entre sus cortesanos, y me hizo el honor de presentarme a los más conspicuos.

El copero mayor y el vaquero del rey, eran aparte del ministro Bertoldo los que parecían gozar de mayor consideración... Allí como en los cuentos de viejas de Chile, no se concebía allí una corte sin copero y sin vaquero.

Venían en seguida el comandante de policía, el médico mayor, el capataz y el tesorero.

¡Espectáculo imposible y disparatado!

Un rey y un reino como jamás nunca hasta ahora han existido en el mundo, como solo pudo crearlos la imaginación desordenada y confusa de ese rústico inteligente y valeroso si se quiere, pero sin mas ideas de política o de gobierno, que las aprendidas en el Bertoldo, o en esos cuentos aún mas desatornillados con que divierten los campesinos de Chile, las largas veladas de invierno.

«Como podía un pueblo entero rendir acatamiento a ese pobre huaso?»

Poderoso es sin duda el prestigio de lo exótico y de lo extraordinario, en esos pueblos infantiles. Además el flamante Alboino no tenía un pelo de tonto, y nadie como él supo jamás combinar mejor mayores mentiras... Sus fantasías no dañaban a nadie y Tamanga no debía sentir el peso de la mano que creía gobernarlo, sino cuando se trataba de la común defensa. Aquellas

gentes, tímidas y dóciles por naturaleza, continuaban viviendo como antaño, conservando sus costumbres tradicionales; el rey que se dieran en un momento de supremo peligro les daba importar bien poco, ya que no sabía bastante de política ni de arte de gobierno, para hacer perjuicio ni ocasionar molestias.

Todo el aparato administrativo parecía reducirse a la corte... Era pues muy barato y los pequeños entradas pagadas por los jefes, debían bastar ampliamente a las pompas y necesidades de la monarquía.

Después de aquella audiencia aparatosa, el rey me llevó de nuevo a su gabinete particular.

—Ahora te vais... y cuidadito con volver... Ya habéis quedado de mágico... Los reyes antiguos eran muy ricos y podían regalar dos, tres y hasta cien cargas de plata... Aquí no es así, y te habís dir con las manos peladas... Esta misma noche después de las oraciones saldrás con el sableao con que te viniste... Dirigiome por última vez la mirada de sus ojillos irónicos y penetrantes, y desapareció tras de las cortinas de una puerta...

Tal es la verídica relación de mi viaje a aquel reino inverosímil, el más extraordinario que haya jamás existido en el mundo. Siempre la verdad ha dado origen a la leyenda, aquí la leyenda se había hecho realidad.

¡Y qué leyenda aquella! Una leyenda informe, sin contarnos precios, sin color local

determinado, constituida como el pueblo mismo donde ha nacido, por los más heterogéneos elementos. Reyes y pueblos que no son de ninguna época, ni raza, viviendo como grandes hacendados, con sus caprichos absolutos de hombres ricos, rodeados de brujos y maleantes, de soldadillos y aventureros de nuestra época, y de los genios y encantos de la Edad Media...

De residuos de todo aquello se formó el reino de Tananga.

Volvi a la civilización sin despegar mis labios acerca del secreto del rey Alboino... Quise que el misterio conservara, escondido en las entrañas de Borneo, el reino que sirvió de último refugio a la leyenda moribunda...

Pero hace días lei en un telegrama del "Mercurio", una noticia que no ha podido menos de impresionarme.

Refería ese telegrama que el cuerpo expedicionario del coronel Van Houtten había derrotado por completo a las tropas del reino de Tamanga, en la isla de Borneo. El rey Sitta-Tababre, o Alboino había perecido combatiendo valerosamente al frente de su ejército.

En los mismos instantes en que escribo estas líneas, agoniza pues aquel reino extraño, construido como un castillo de naipes, y que no ha de sobrevivir al original aventurero, de infantil imaginación, que llegó a constituirlo con tan disparatados elementos.

MIGUEL DE FUENZALIDA.





Quebrada de Huatacondo

EL COBRE

Por _____
Carlos G. Avalos

I.—Sus aplicaciones

El conocimiento y uso del cobre por la humanidad son de época anterior a la prolapmenta histórica.

El empleo del cobre por el hombre siguió inmediatamente a la piedra pulimentada, o probablemente fué contemporáneo con el último período de esa época.

En los documentos históricos correspondientes a la más remota antigüedad, así por ejemplo en la Biblia, aparece mencionado el cobre.

Los arqueólogos descubren e interpretan inscripciones en objetos de cobrepertenecientes a épocas miles de años anteriores a J. C., de cinco a siete mil años, en las remotas civilizaciones de Caldea y Egipto.

El cobre es muy oxidable, por consiguiente sufre la acción rápida del aire y de la humedad, cubriéndose de un barniz de carbonato de cobre que preserva el resto de

la masa de la acción de los elementos oxidantes.—El fierro, por ejemplo, como carece de esta defensa, al cabo de poco tiempo desaparece completamente transformándose en óxido; mientras tanto el objeto de cobre protegido, como se ha dicho, por su propio jugo... se conserva en la condición, en forma de constituir un testigo, con sus signos e inscripciones, de la época en que fué elaborado.

Los griegos atribuyeron el primer conocimiento del cobre a Cadmo, el inventor del alfabeto.—Lo explotaron en la isla de Chipre y en España. De la primera procedencia nació la palabra latina "cyprium" y después "cuprum". De la corrupción de esta, nace la palabra con que el metal es designado en inglés, francés, alemán... copper, cuivre, kupfer... etc.

El empleo del cobre en esas primeras épocas debe haberse encontrado principalmente unido al estaño, como bronce, en for-

ma de instrumentos de labrador con otros materiales.

En Roma se acuñó el cobre como moneda, antes que el oro y la plata.

Durante el período de la grandesa de Roma, continuó el cobre llenando ese papel y es el material—para la fabricación de objetos de decoración, de lujo y en los monumentos.—En este último empleo es el cobre, símbolo de duración eterna.

Con el transcurso del tiempo, mientras el fierro se destruye completamente, oxidándose; el mármol, pierde su principal mérito, descolorándose y mutilándose; la madera, como materia orgánica, se destruye: solo subsiste el bronce equivalente a lo eterno, a la idea.

En la misma época se empleaba el cobre unido al estaño, en la proporción de 20% a 30% de este último metal, en la fabricación de espejos de uso doméstico, de tan considerable uso ahora como antes, aunque los materiales de fabricación sean actualmente tan distintos.

Igualmente aleado al estaño forma el material exclusivo para la fabricación de campanas de sonoridad incomparable.

Durante toda la época sombría, de estagnación del progreso humano que siguió a la destrucción del imperio romano hasta el Renacimiento, quince siglos, se mantuvieron estacionarios la producción y uso de los metales.—Mas que algún cambio fundamental en los hábitos de vida del hombre, el Renacimiento, como es sabido, impulsó un

poderoso movimiento intelectual, pero tardó en producir análogo movimiento en la vida material de la humanidad.—Siguió ésta como en la época anterior consagrando la ociosidad y comodidad de los menos, a despecho del trabajo brutal, servil y mezquino de los mas.—Estos apenas disfrutaban de la satisfacción de sus necesidades del carácter más elemental posible, como verdaderas bestias de carga.

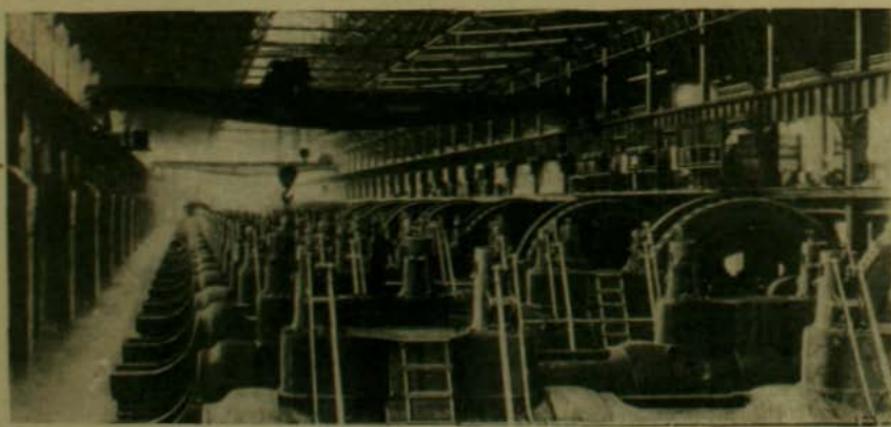
Coincidio, probablemente, con algún consumo extraordinario de cobre, el empleo en la pólvora como elemento de guerra, en la construcción de cañones.

El empleo de cobre en estas construcciones continuó desarrollándose, hasta hace poco, en que los recientes métodos en la fabricación del acero impusieron como más conveniente y económico este metal.

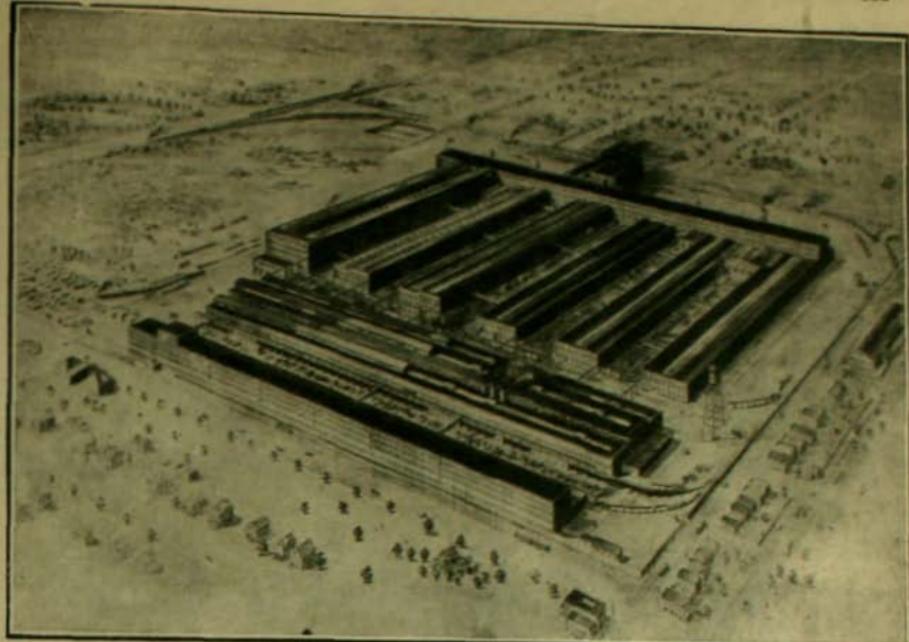
El verdadero consumo de cobre para objetos industriales es propio de la época actual; nació y se desarrolló en el siglo último.

Hoy día la humanidad avanza, la civilización progresá, conservando como bases y motores los cuatro metales propiamente industriales; fierro, cobre, zinc y estaño.

Con la carencia o falta de estos metales el hombre volvería rápidamente al estado de naturaleza y peligraría su existencia sobre la superficie terrestre.—No estaría amenazado de comparable extremo con la desaparición del oro, de la plata y de los metales menores, como nickel, antimonio, etc.



Instalaciones de motores a gas pobre que producen fuerza por 80,000 caballos de vapor.—Aprovechan para su movimiento los gases, antes perdidos, que se producen en la fundición de cobre y otros metales.—Vista tomada en Garay, cerca de Chicago.



Vista de la fábrica de Allis-Chalmers, Milwaukee, Wisconsin, productores de máquinas para minas

Hemos mencionado ya algunos de los empleos que el cobre recibe, unido al estaño, desde la más remota antigüedad, como aleación de la fabricación de objetos de ornamentación, campanas, etc.

De época posterior, procede la aleación del cobre con el zinc, que produce el "latón"—en proporción de 70% del primero con 30% de segundo.—Además en la fabricación de este material, del latón, entran también, en muy ligera cantidad, el plomo y el estaño.

Más de la mitad de la producción del latón, en Europa, es empleado en la fabricación de los modestos "alfileres", sin cuyo uso no podría concebirse la vida femenina.

Es característica del cobre, su facilidad para alearse a otros metales, produciendo una variedad de materiales empleados en la fabricación de diversos objetos de uso doméstico e industrial.—En estas aleaciones los metales pierden algunas de sus propiedades individuales para adquirir otras.—Así el cobre pierde su maleabilidad para hacerse un cuerpo relativamente duro, aleando al zinc o al estaño.—La unión del cobre a uno y otro, produce un bronce de superior dureza.

La aleación del cobre al aluminio produce bronce de elevada resistencia a la tensión. Igual fenómeno se realiza en la aleación del cobre al níquel o al magnesio.

Una mínima proporción de fósforo hace al cobre extraordinariamente duro.

De una manera general se podría afirmar que el cobre entra en la composición de todos los objetos domésticos o de ornamentación de uso común en la vida.

En la proporción de un 10%, se le usa en la fabricación de monedas de oro y de plata, metales que se gastarían rápidamente por el uso, si se entregaran puros a ese empleo manual.

El cobre unido al estaño, al níquel, al aluminio y a la plata forma una aleación de apariencia análoga a la del oro,—de difícil distinción del mismo.

Pero es necesario llegar a la segunda mitad del siglo pasado para encontrar la fuerza industrial que ha transformado económicamente al mundo y que constituye hoy el más poderoso de los consumos del cobre: la electricidad.

El cobre, entre su aprovechamiento, no principalmente en su consumo, en forma de dinamos y motores, sino en el transporte

de la energía eléctrica, a distancia en forma de alambre.

En esta función, el cobre tiene un privilegio sobre los demás metales que en balde se le ha querido arrebatar.

El cobre transmite la energía eléctrica sin pérdida.—El fierro no sirve en esta tarea por no ser tan buen conductor y por su mayor alterabilidad en la atmósfera respecto al cobre que la resiste mucho mejor, como ya se ha dicho.—La vida del alambre de cobre, propiamente es ilimitada.

Se calcula generalmente que una milla de alambre, en "Trolley" pesa una tonelada de cobre, de manera que las 40 mil millas de Trolley tendidas en Estados Unidos, desde hace siete años, representaban 40 mil toneladas de cobre.

Ya se sabe que este empleo del cobre, está en su infancia, y que así apenas se entreveran en la electrificación de los ferrocarriles, se tendrán miles de kilómetros que dotar de trolleys y por consiguiente miles de toneladas de cobre que consumir.

Si se recuerda los millones de libras esterlinas invertidas en los actuales ferrocarriles a vapor, se comprende que al pretender substituir su movimiento por la electricidad se tenga que luchar no solo con la resistencia natural a todo lo nuevo, sino también a la especial comercial que se opondrá a dejar sin valor las instalaciones existentes.—Tales resistencias son frecuentes y hasta cierto punto justificadas, pero, por otro lado, cualquiera que sea su fuerza desaparecerán apenas se produzca la evidencia de las ventajas del cambio.—Este convenimiento, de ser conveniente la substitución de la tracción a vapor por la eléctrica, no tardará en producirse.

El transporte de energía eléctrica a grandes distancias, está prácticamente comprobado, y aún no se divisa límite que señalar respecto a la distancia que dicha energía se pueda transportar.

La provisión de luz eléctrica, con su correspondiente dotación de cable de cobre, es una necesidad moderna que se extiende más y más cada día.—En los Estados Unidos, este aumento de líneas transmisoras de energía eléctrica para la producción de luz, ha sido de 15 mil millas por año.



Frontón N.º 5 S.—Mina don Eduardo



Frontón N.º 2.—Mina don Eduardo

En conexión con el consumo de energía eléctrica con el fin que acabamos de mencionar, se encuentra el empleo del alambre de cobre en la comunicación telefónica, substituyendo hoy casi completamente al fierro.

Igual desplazamiento del alambre de fierro por el de cobre se opera en la telegrafía, a pesar de ser este último metal de mucho mayor costo que el primero.—Se aprecia que el empleo del cobre resulta de menor valor a la larga, por su superior conductibilidad, por su duración y su mayor resistencia a la acción del viento.

El cable instalado por el Gobierno de los Estados Unidos, para sus comunicaciones con las Filipinas, de doce mil kilómetros de longitud, ha exigido el empleo de cerca de 2,000 toneladas de cobre.

No hace muchos años, los buques se construían de madera y el casco, que también era del mismo material, se le protegía con planchas de cobre.—Por esta razón, al ser substituida la madera por el acero en la construcción de barcos, se creyó que esta medida iba a importar una reducción considerable en el consumo del cobre.—Afortunadamente no se han realizado esos temores.—El empleo de planchas de cobre debajo de

la línea de flotación, continúa siempre efectuándose sobre la madera que cubre a su vez las planchas de acero del casco mismo de buque.—El empleo del cobre contribuye eficazmente al aumento de velocidad del barco, impidiendo adherencias a su casco de acero.

Igualmente contribuye el consumo de cobre en la maquinaria necesaria para dar movimiento al buque moderno, ya sea de guerra o de comercio.

Es también considerable el empleo del cobre en las municiones de guerra, en la fabricación de cartuchos, la que exige un metal de pureza casi absoluta para asegurar su maleabilidad.

Moderno y considerable consumo se encuentra hoy en la producción del sulfato de cobre, vitriolo del comercio.—Disuelta en una ligerísima proporción en agua común forma un excelente insecticida.—Es conocido su uso como medio de extinción de la filoxera en los viñedos y de análogos insectos en los árboles frutales.

En la proporción de uno por diez millones destruye el microbio de la fiebre tifoidea y en una mayor, la larva de todo género de mosquitos.

La fabricación del sulfato debe pasar hoy

trató al rededor de 7,000 toneladas de cobre.

Solo en la segunda mitad del siglo XIX, rable producción de cobre que ha seguido posteriormente.

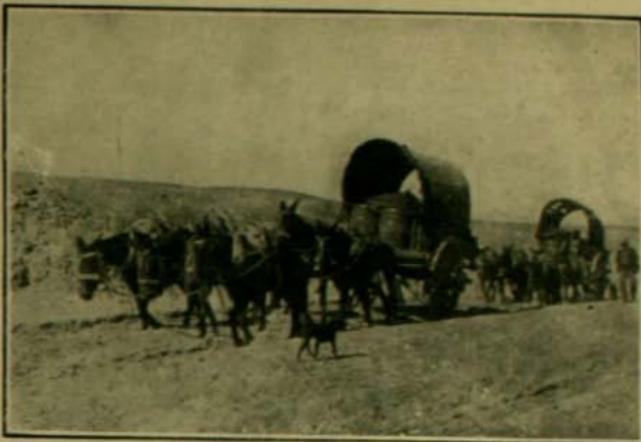
En 1870, se estima que la producción ascendió a 100,000 toneladas. Chile contribuía, en aquella época, con el 40 o 50% de la producción universal. Después de esta producción universal seguía aumentando considerablemente. La chilena sufría un movimiento inverso, quedando estacionaria, para en seguida decrecer notablemente.

Geológicamente hablando, el cobre se le encuentra en terreno de todo origen, y tanto en los antiguos como en los modernos.

Se explica así la enorme producción universal de cobre que en 1912 sobre pasó a la más alta conocida: un millón de toneladas.

Por continentes se podría distribuir así:

Europa.....	116,000	toneladas
Asia y Oceanía.....	100,000	"
Africa.....	20,000	"
Norte América.....	671,000	"
Sud-América.....	62,000	"
 Total.....	 1,000,000	 toneladas



Carretas usadas en el desierto para conducir agua al mineral de Chuquicamata

ta que se puede apreciar en 30 a 40 gramos por tonelada, y demás oro. El fierro y el azufre de la pirita son también aprovechados.

Río Tinto y Tharsis, son señalados en la historia de los negocios bursátiles como extraordinarios, y hay quien los califica, con razón, de los mejores negocios de cobre.

Tharsis, en un período de 40 años—de 1868 a 1909—ha pagado ocho veces su capital; sus utilidades, en ese espacio de tiempo, han pasado de nueve millones de libras esterlinas. El capital primitivo de esta Empresa fué de un millón y cuarto de libras esterlinas.

El caso de Río Tinto sugiere para los sud-americanos algunas observaciones dignas de tenerse presente.

La mayor parte de las minas que hoy constituyen esa Empresa, pertenecían al Estado Español. Por una u otra causa, en manos de éste, no producían beneficios, lo que ocasionaba o que la producción era algunas veces mezquina o que durante largos períodos su explotación se suspendía.

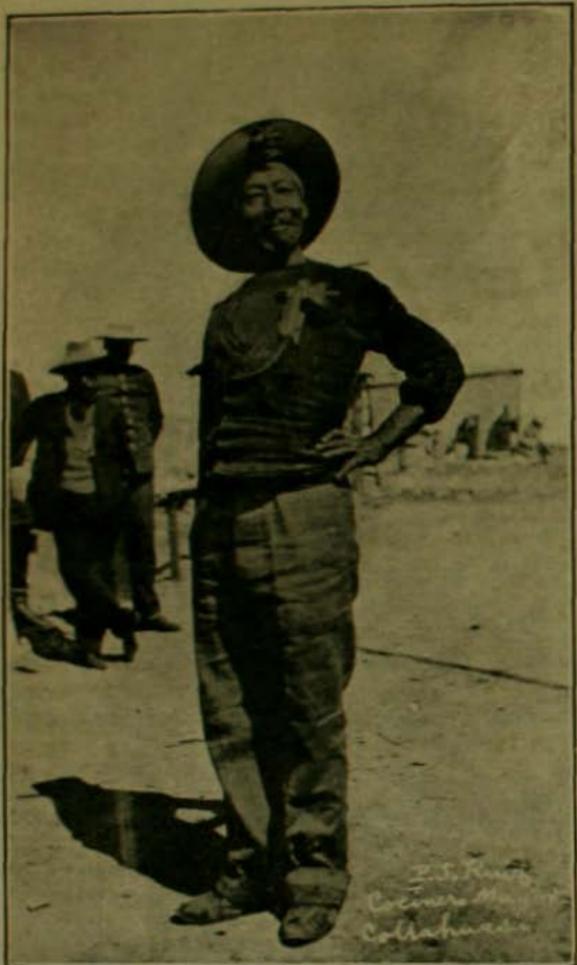
En estas circunstancias, una firma inglesa las compró al estado español en 1873, por una suma equivalente a tres millones de libras esterlinas.

Sumada al valor de compra, alguna cantidad de dinero para poner en explotación adecuada dichos depósitos, puede considerarse que el capital de la actual Compañía Anónima, en su origen no

En Europa continua siendo la Empresa de Río Tinto, la principal fuente de producción. En la misma provincia de Huelva, al extremo meridional de la península ibérica, se encuentra la Empresa de Tharsis, que es la más importante después de Río Tinto.

Estos depósitos de cobre son explotados desde muy antiguo, ya los Fenicios, mil años antes de la era cristiana, los conocían.

La forma de dichos depósitos es muy irregular. Forman grandes masas, constituidas casi exclusivamente de pirita de fierro, con un pequeño porcentaje de cobre, al rededor de 2% y una proporción de pla-



P. J. Ruiz, cocinero mayor de Collahuasi

pasó de tres millones 250 mil libras esterlinas; en la actualidad distribuye dividendos anuales que representan sumas equivalentes a más del 50% del capital. Con seguridad puede decirse que Río Tinto, hasta hoy, ha devuelto, diez veces el valor de su capital. Solo en el decenio de 1901 a 1911, las utilidades de la Empresa alcanzaron a cantidades de dinero que representan siete veces su capital primitivo.

Cabe preguntar: ¿Qué ha quedado en España de esta ingente riqueza extractiva? Solo el valor de la venta de las propiedades mineras y lo que representa el precio del trabajo de una masa de 10 a 15 mil

obreros, que ganan pequeños jornales de 2 a 3 pesetas. Al extranjero van las enormes utilidades de la Empresa, puesto que a extranjeros pertenece el capital invertido; como así mismo todos honorarios, más o menos considerables, con que se atribuyen los servicios de los cargos en la dirección de la Empresa, en que sea necesario algún valor intelectual o moral, pues dichos puestos están ocupados exclusivamente por ingleses.

Si cuarenta años atrás el Gobierno español, hubiese visto más lejos, habría procurado una Compañía Nacional para la explotación de Río Tinto, con lo que se habría logrado que en España quedara todo el provecho de esa gran riqueza minera, en cambio del pequeño beneficio que hoy obtiene, en comparación con el brillante negocio, que es para los ingleses dicha Empresa.

En este esplendor de la riqueza de Río Tinto y de sus anexos, no es para provocar envidia la situación espectante y pasiva de España y de los españoles.

En Europa, dicha producción hoy se mantiene en Alemania y se desarrolla en Rusia. La producción de cobre en la Gran Bretaña, tan preponderante siglos atrás, ha desaparecido casi completamente. La producción en Alemania procede de Mansfeld, en Sajonia, donde el cobre, unido a la plata, se encuentra en depósitos sedimentarios. Con excepción de Rusia y Noruega, en los demás países europeos, la producción de cobre ha permanecido estacionaria o ha retrocedido.

En Rusia la producción ha experimentado un aumento considerable, elevándose de 8,000 toneladas que era la de 1901, a 36,000 en 1912. Probablemente este aumento es debido a la introducción de capitales fran-

ceses en la industria minera de ese país.

Parte de la propiedad minera en Rusia es del Estado. Acaso a algún cambio definitivo de política, corresponda algún aumento de mayor consideración en la producción.

Se ha comprobado que si bien en Europa, hay yacimientos de cobre de cierta magnitud, en todo caso son limitados, y a cuya explotación es fácil poner fin.

Africa, continente que ha justificado brillantes promesas para la producción de diamantes y de oro, no ha tenido el mismo éxito para la producción de cobre. Ha sucedido que la antigua producción de la Colonia del Cabo ha retrocedido y las bulliosas expectativas de considerable producción en el Congo Libre han estado lejos de realizarse. Estos rumores hicieron que en la Bolsa de Londres, algún tiempo atrás, se considerara que la producción africana de cobre sería un rival aplastador para la producción de otros países.

A pesar de que la producción de África no ha correspondido a las esperanzas que en ella se pusieron, ha aumentado considerablemente en los últimos años, pasando de 7,000 toneladas, que era la de 1906, a 20,000 en 1912.

En Asia la producción está casi exclusivamente reducida al Japón, donde aumenta lentamente. Se estima que en ese país, la producción en 1912, fué de 54,000 toneladas, a pesar de no tener grandes minas.

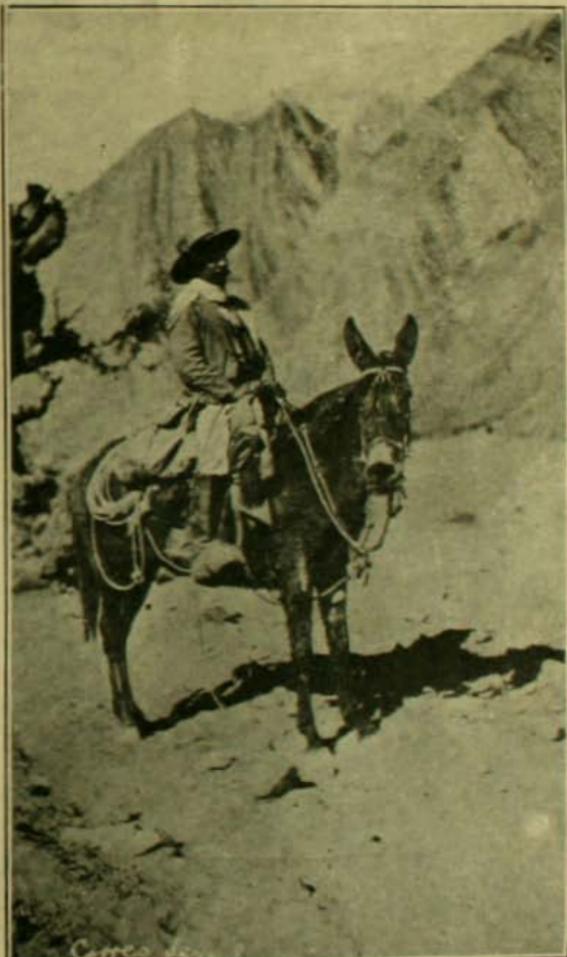
Es rasgo característico de esa producción, que ella proceda absolutamente de empresas japonesas; capital y minas de esa nacionalidad. En el Japón, el extranjero no puede adquirir propiedad minera.

El territorio de la Confederación Australiana se presentó al mundo minero, a mediados del siglo último, con yacimientos de cobre de ex-

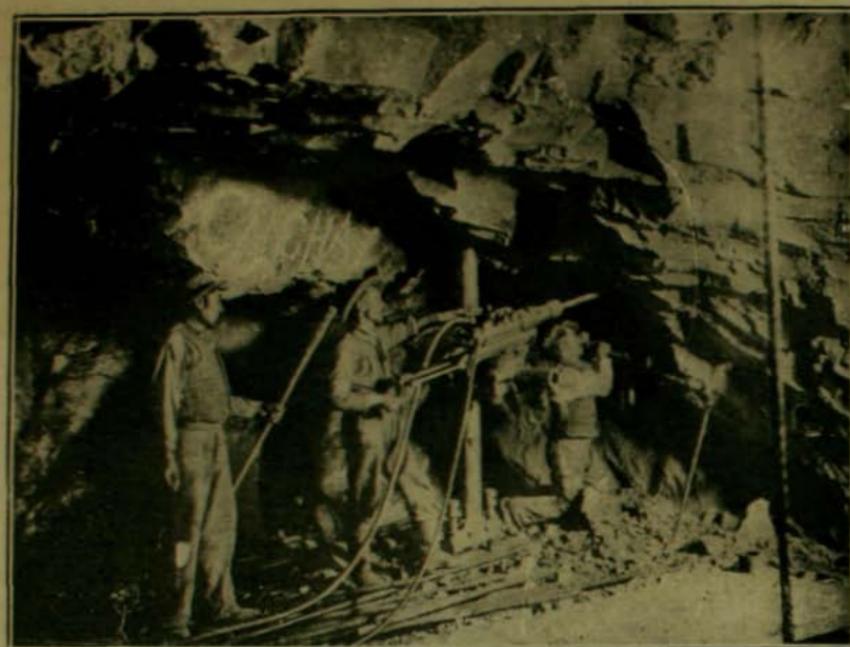
traordinario valor, como sus famosos depósitos de Wallaroo, Moonta, etc., que tienen minerales de alta ley de cobre. Entre otros depósitos se encuentra el de Burra-Burra, que es sin duda la mina que presenta en el mundo el mayor éxito comercial. Con un capital de £ 12,000,—ha pagado dividendos por £ 800,000. Exploitada esta admirable riqueza, se ha seguido en el aprovechamiento de los minerales de ley inferior.

De esta naturaleza quedan todavía algunos depósitos en territorios escasos de agua y sin ferrocarriles.

Es así como la producción australiana ha seguido y seguirá en aumento, pero lentamente. De 35,000 toneladas que fué la de



Correo de Collahuasi



Las perforadoras.—Mina Pergolesi

1906, subió a 46,000 en el año pasado.

Para encontrar la mas alta producción de cobre, es necesario llegar al Continente Americano, la que seguirá indefinidamente conservando la misma preponderancia.

Este continente ha contribuido, a la producción universal del cobre, que en 1912 alcanzó a un millón de toneladas, con un 70% del total. El territorio de los Estados Unidos, de esta cuota del 70% de la producción universal, le correspondió el 80%, alcanzando a producir, en ese año de 1912, 563 mil toneladas.

Para apreciar debidamente el esfuerzo rápido y gigantesco que representa esta última cifra, es necesario recordar que apenas es obra de medio siglo. En 1859, la producción total de los Estados Unidos, no fué sino de 650 toneladas; se ha hecho mil veces mayor en el transcurso de sesenta años. Este resultado es la manifestación evidente de dos circunstancias, a las que hay que acordar su verdadero valor para poder apreciar el mérito real del primero.

La circunstancia preponderante, la que mas ha contribuido al grandioso éxito de la producción de cobre en Estados Unidos, es

la riqueza incommensurable del suelo, o con mas exactitud, del sub-suelo en todo el dilatado territorio de este dilatado país. Aún reconociendo el exagerado valor que se atribuye al empuje americano, es indudable que él nor si solo no habría elevado la producción de cobre, a las cifras que hoy ha hecho, si no hubiera encontrado este metal en condiciones propicias para su aprovechamiento en su territorio. Por mas fuerza que se suponga a ese empuje, sin riqueza natural no habría podido ésta desarrollarse, ni acaso nacer. Hasta hoy los Estados Unidos no producen estafio.

En nuestra admiración irreflexible por el progreso material de los Estados Unidos, hemos llegado a creer que ahí es todo obra del hombre, olvidando la riqueza de su privilegiado suelo.

En la industria minera de ese país, un éxito se ha sucedido a otro, formándose así el ambiente propicio para esa industria en la Bolsa y en la sociedad, ambiente que dan audacia y valor a los negocios.

Sería indútil hablar de negocios semejantes en sociedades en que el capital se ha formado lenta, mezquinalmente por el aho-

rro. En tales sociedades, toda iniciativa de negocios de alguna aventura, con alguna "alea" es rechazado desde su presentación.

En este sentido, y en lo que se refiere a la industria minera, podríamos decir que es la riqueza incomparable del suelo de Norte-América lo que ha formado a los americanos y no la inversa, como generalmente se repite.

La obra del hombre a seguido a la de la naturaleza, de tal manera que los pueblos de otras razas que ocupan territorios semejantes, podríamos pretender para ellos análogo porvenir, siempre que los estadistas y dirigentes encaminaran la voluntad nacional en sentido conveniente.

El único pueblo que podría fundar su orgullo nacional en haber formado su propio suelo es el holandés.

De la producción total de cobre de los Estados Unidos, que llegó el año pasado a 563 mil toneladas, el 70% procede de los conocidos distritos mineros del Lago Superior, Montaña y Arizona.

Durante algún tiempo a los mineros de cobre nos halagaba la esperanza de que procediendo esa producción de depósitos colosales pero al fin limitados, dentro de poco principiaría su agotamiento, si la elevación de su costo de producción, lo que

traería consigo la elevación del precio del cobre.

Así se veía un término para la riqueza portentosa de Lago Superior, de Michigan, una de cuyas empresas explotadoras, ha pagado en dividendos, hasta 1910, la suma de 23 millones de libras esterlinas, pues a mil metros de profundidad a mas de decaer notablemente el contenido de cobre del depósito, se hace su explotación muy costosa. Es de advertir que en este distrito se encuentran las minas mas profundas del globo, así "La Tamarack" ha labrado un pique vertical de una milla o sea 1,600 metros. Si la Empresa de Columet, se ha trabajado un pique inclinado de 8,000 pies, que representan 2,500 metros correspondiendo a 1,500 metros su profundidad vertical.

A semejantes profundidades, y con algún marcado descenso en la ley de los minerales, bien se comprende que se merece fijar un límite de tiempo y de cantidad pasado el cual la explotación dejaría de ser reproductiva y cesaría por completo.

Igualmente se habría podido apreciar que la enorme producción de Montana, favorecida por el notable contenido de oro y plata de sus minerales, por la profundidad adquirida de mas de 600 metros y por el exorcimiento de sus vetas en profundidad, marchaba a su término. Una y otra de las



Llamas cargando minerales



Huataconde, bajando

dos circunstancias mencionadas tienen que importar un aumento en el costo de producción y, por consiguiente, producir una alza en el precio del cobre.

En los últimos años entre los grandes distritos productores de la República Norte Americana, se ha colocado en primera fila el Estado de Arizona, con una producción de 165 mil toneladas. Hasta hace poco este estado ocupaba el segundo o tercer lugar después de Michigan y Montana.

Indudablemente Arizona es el que tiene más fundadas promesas de estabilidad y desarrollo en la producción futura del cobre.

El inconveniente de la gran distancia que lo separa de los centros productores de combustible, está compensado por el éxito obtenido en la fundición de estos minerales que son de gran fusibilidad.

A los centros de producción de cobre en los Estados Unidos, que ya hemos mencionado, y que son de considerable importancia, aunque limitados, hay que agregar otros que aseguran un aumento en la producción. Estos son los que con frase corriente se señalan como "minas en pórfito", en las cuales se trata de grandes masas que contienen mineral de cobre en mínima proporción, pero en

cambio está a la vista. En estos depósitos, el carácter aleatorio del negocio minero se restringe y se afianza la seguridad de la empresa, desde que se puede comprobar, antes de principiar la explotación la magnitud y continuidad del mineral de cobre.

Estos depósitos han entrado ya en producción a costo relativamente reducido y contribuyen a ello por lo menos con cinco mil toneladas al mes. Día por día esta producción continuará desarrollándose y llenando el vacío que podría dejar la de los otros distritos, contrariada por el descenso encuentran en los Estados de Nuevo Méjico, Utah, Colorado, Nevada.

A medida que se ha estimado en Méjico el desarrollo de los ferrocarriles, se ha elevado la producción del cobre. De 1895 a 1912, es decir, en un período de diez y siete años, la producción de este país que era, en la primera de esas fechas, de 11,000 toneladas, ha llegado a 70,000, que fué la del año pasado.

Entre las compañías que explotan con más éxito los depósitos cupríferos de Méjico, se encuentra la justamente famosa de Bolco, en la Baja California, formada con capitales franceses, y que ha alcanzado a producir



Familia indígena

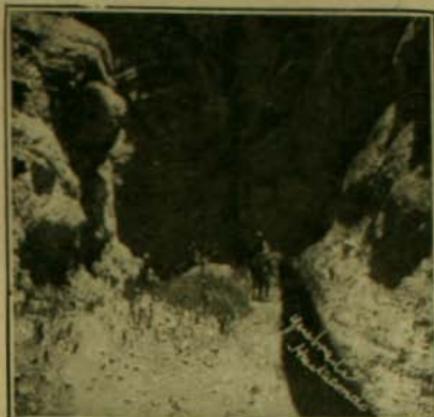
12 mil toneladas anuales.

En Sud-América, en Chile, ha sido, es y continuará siendo el principal productor de cobre.

En el Perú, con la organización de la Compañía Americana de Cerro de Pasco, se creyó que este país entraría a la categoría de gran productor de cobre. Esta empresa prometió, por sí sola, producir 50 mil tone-

ladas de cobre anuales; sin embargo no ha sucedido así. Al contrario, la producción del Perú que fué de 40 mil toneladas en 1910, ha bajado a 27 mil en 1912. No conocemos la circunstancia que ha producido este retroceso.

La Compañía de Cerro de Pasco, se organizó en los Estados Unidos con un capital de 2 millones de libras esterlinas, capital que a poco andar resultó insuficiente. Entre capital y obligaciones, la suma invertida por dicha empresa debe hoy acercarse o pasar de 5 millones de libras esterlinas.



Quebrada Huatacondo

Esta cantidad representa el mayor desembolso de dinero, en el mundo, en la iniciación y desarrollo de empresas mineras.

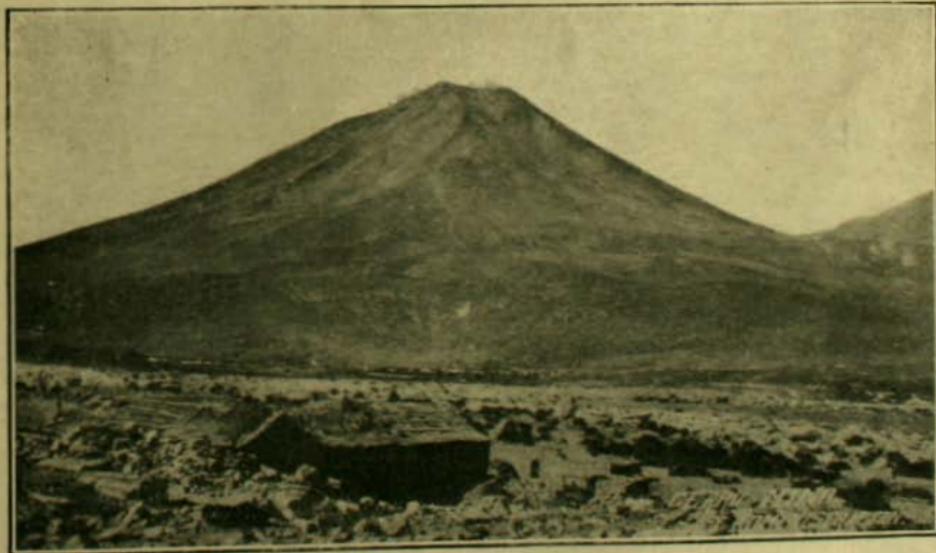
La empresa de Cerro de Pasco está especialmente combatida por la rigidez del clima, a 5 mil metros de altura y por la dificultad enorme para unirse a la costa, aunque esta dificultad, hasta cierto punto, ha quedado

subsanada por la prolongación del ferrocarril de la Oraya a las minas del mismo.

Como ventajas tiene la abundancia y alta ley de sus minerales de 62% y su proximidad a yacimientos de carbón.

Se calcula que la producción de Chile en 1912, fué de 36 mil toneladas, tomando en consideración el cobre contenido en la exportación de minerales en bruto. Situaciones ya formadas o por formarse no tardarán en triplicar esa producción antes de cinco años.

Desde la época de la conquista española,



Cerro Miño

fué reconocida como abundante la existencia de cobre en Chile, aunque su explotación y aprovechamiento tardará mucho en producirse.

No fué, sin duda, propicio para el progreso de esa industria el infértil y tristísimo periodo colonial. Se puede estimar que en toda esa época, la producción chilena apenas llegó a 60 mil toneladas. Se exportó principalmente al Perú, para el servicio del Rey, empleándose como material de guerra en la fabricación de cañones y también se le utilizó para la manufactura de "palias", por los artífices nacionales.

La industria no pudo avanzar dentro de la oscura y dilatada noche del coloniaje y dentro del espíritu restringido y retrogrado de la política española.

La metalurgia para llegar a la elaboración de la barra de cobre, no pasó de la faz primitiva, la misma que vieron los tiempos bíblicos de Tuba-Caín.

En 1825, afianzada ya la independencia nacional principian a llegar a Chile los ingleses y sus capitales. Es de observar que en esa afluencia de extranjeros, llegaron éstos con capital en efectivo, en contraposición de lo que ha sucedido después, en que llegan sin él con la expectativa de formarlo en el país.

Datan de aquella época los primeros pasos de la Compañía Inglesa de Copiapó. Fué la acción de esta compañía la que promovió la llegada a Chile de don Carlos Lambert, francés de origen, de educación inglesa. Este distinguido metalurgista fué compañero de Domeyko en la Escuela de Minas de París. Sin duda, es debido a las sugerencias de Lambert, la llegada de Domeyko a Chile, allá por el 1830.

Lambert fué muy afortunado, primamente en el tratamiento de los antiguos escoriales existentes en Coquimbo, provenientes de las antiguas fundiciones de cobre y posteriormente fué muy grande el éxito que obtuvo en la adquisición y goce de la famosa mina Brillador, inmediata a La Serena. El opulento rendimiento de dicha mina fué en su tiempo rival comparable a Tamaya.

Contemporánea con la llegada de Lambert al país, fué la de otros ingleses, como Waddington, Walker, Sevell, etc. que dieron impulso y desarrollo a la minería de cobre en Huasco y Copiapó.

En este periodo, de 1850 a 1870, que fué

de progreso de la minería de cobre, en Coquimbo, se destaca sin rival posible la figura de don José Tomás Urméneta, acreedor al recuerdo por mas de un título.

Debió su éxito, no a la casualidad, sino a una concepción de su espíritu y es la perseverancia que tuvo para realizarla, reconociendo la venta de Tamaya a mayor profundidad que a la que hasta era conocida. Luego, en el éxito, no volvió ingrata mente la espalda a sus compañeros de trabajos y al origen de su fortuna. Asesorado o asociado a los competentes ingenieros de minas nacionales, Cuadros, Alfonso, Escribar, etc., cuyos nombres se recuerdan con orgullo y satisfacción en la provincia en que nacieron, Urméneta llevó su acción al reconocimiento de cuanta expectativa minera se encontrara en Coquimbo y en el sur de Atacama. Por todo este territorio se encuentran las huellas de la iniciativa de Urméneta y de su capital.

En la riqueza excepcional de Tamaya, llamó a participar de su éxito, generosamente, en forma de pirquineros a cuantos antes habían sido sus relacionados en la época triste de la privación.

En este terreno de la distribución generosa y silenciosa de su dinero, se puede decir que Urméneta ha sido el alma más noble que haya hecho afortunada la industria minera de Chile.

El periodo de 1850 a 1870, ha sido en que la producción en Chile, en términos absolutos ha llegado a cifras mas altas, lo mismo que la utilidad que ella ha dejado.

En la primera década de ese periodo, la producción anual alcanzó a cerca de 40 mil toneladas por año y en la segunda, a cincuenta mil toneladas, mas o menos.

Con verdad se pudo decir entonces que Chile contribuía con mas de la mitad de la producción mundial de cobre. Se explotó en esa época, la flor de los depósitos concentrados en la costa de Chile, desde Paposo hasta Valparaíso, exportándose los minerales a Europa, con leyes de 20 a 30% de cobre.

Favorecida esa explotación por la relativa abundancia del contenido de sus depósitos, por su alta ley de cobre, y por su corta distancia a la costa, a Europa, dejó naturalmente considerables utilidades a sus explotantes.

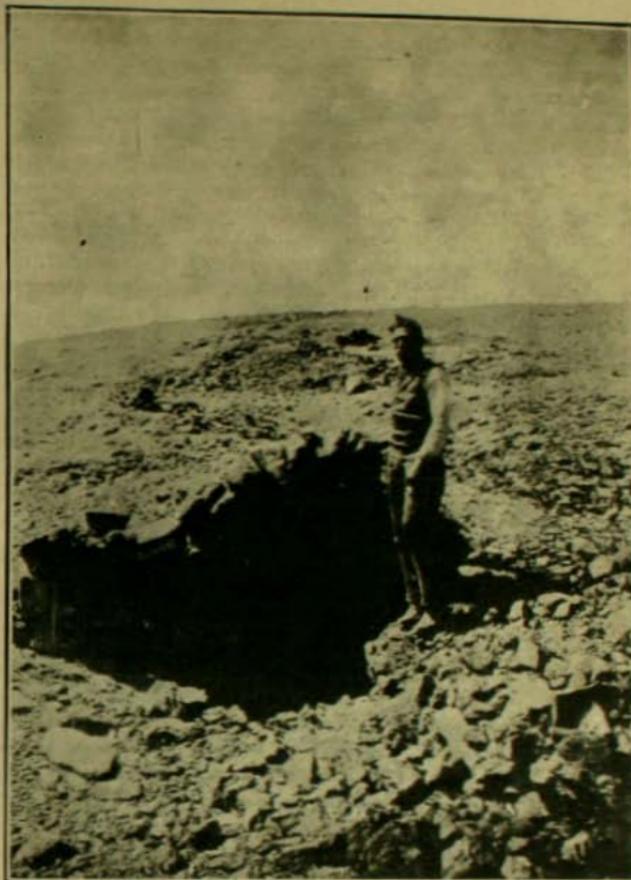
Estimuladas por estas circunstancias la explotación no tardaron en entrar en de-

cadencia los depósitos de que ella era objeto. Fué reduciéndose la producción de Chile, hasta descender, en el año 1890 y siguientes, a 20 mil toneladas anuales, contribuyendo Chile, a la producción universal, en la proporción bien modesta de un 5 por ciento.

Para la mayoría de nuestros dirigentes, que están, desgraciadamente, animados por un espíritu tímido y restringido, que solo son capaces de dar valor a los hechos que surgen, tan desplorable situación fué estimada como definitiva, y que Chile debía resignarse a abandonar la expectativa de reconquistar su puesto entre los países grandes productores de cobre. Tan desconsoladora conclusión se ha afirmado por el desconocimiento de la naturaleza minera de nuestro territorio, por lo poco que se ha hecho por nuestros estadistas, por adelantar eficazmente su estudio, y por la ignorancia lamentable del progreso general del mundo en esta materia.

Es evidente que los depósitos concentrados en vetas de la región de la costa, muy valiosos, aunque limitados, que individualmente constituyen riquezas, pasaron para no volver; pero es también evidente que, a continuación de esta zona, hacia los Andes y en estos mismos, se encuentra el cobre esparradizo y desminado con considerable abundancia en el conjunto.

Este esparramiento del cobre, por la dificultad de su aprovechamiento, si bien constituye una riqueza inabordable para el individuo con capital reducido, es muy atrayente para los capitales grandes por el hecho de estar a la vista o ser fácil la comprobación del mineral.



Boca-mina antigua

Ha sido necesario que los acontecimientos se produzcan, que los hechos mismos surjan, para que los chilenos vayan completando sus conocimientos de la riqueza de este género que encierra nuestro territorio.

Y es preciso confesarlo, en estas iniciativas del conocimiento y de su natural aprovechamiento, corresponde al extranjero y a su capital, la exclusividad de su acción hasta ahora.

Entre los capitales extranjeros introducidos en toda época, en Chile, en fomento de la industria minera, es sin duda el de la Empresa Braden, al oriente de Rancagua, la más notable por la magnitud del capital y por el valor con que se ha manejado.

Se organizó en 1904, hace ocho años, con

un capital de poco mas de 400,000 libras esterlinas, ha experimentado en los años siguientes diferentes transformaciones, hasta llegar en 1909, a un capital total, entre acciones y obligaciones, de dos millones cuatrocientas mil libras. Probablemente hoy día, el total del capital desembolsado alcance a mas de 3 millones de libras esterlinas.

En este largo periodo de ocho años, de continua inversión de capital, las acciones de dicho negocio no han sufrido de presión, y a pesar de que el hecho mismo de la producción de cobre no se ha realizado todavía.

Esta Empresa se propone el tratamiento de grandes masas de mineral, con un aprovechamiento de 2½% de cobre.

Las expectativas de producción son considerables: mas de 30 mil toneladas al año.

La Empresa Americana que ha adquirido la mayor parte del centro minero de Chuquicamata, en la provincia de Antofagasta, va a emplear un capital tan considerable como el invertido por la Compañía Braden.

Existe ahí, como lo pudimos comprobar hace unos diez años, una cantidad propiamente enorme de cobre a la vista. En ese entonces la profundidad reconocida de existencia de cobre, solo llegaba a 20 metros. Sondajes practicados posteriormente demuestran que esa existencia se encuentra, a lo menos, hasta 100 metros. El mineral se encuentra diseminado con alguna uniformidad en una superficie de 40 hectáreas. Atribuyendo a la masa un peso específico de 2.75 y un contenido de cobre de 2.5%, practicando los fáciles cálculos del caso, se llega a determinar la existencia segura de cobre, de mas de 2 millones de toneladas. De esa cantidad teórica, se aprovecha por lo menos la mitad.

Conjuntamente con la acción de las empresas americanas, cooperará al próximo aumento de la producción de cobre, la de las empresas francesas que trabajan en Chile, y cuya marcha se hace cada día mas segura y próspera.

Acabamos de visitar la Empresa de Nal-tahua, a las puertas de Santiago, a inmediaciones de la Estación de Talagante, en el Ferrocarril de Melipilla, y de admirar ahí el resultado afortunado de un negocio que principalmente, es obra del hombre y no de la naturaleza.

Si ninguna condición que favorezca especialmente al yacimiento minero como podría ser la abundancia o alta ley de sus minerales, o la aptitud de éstos para su tratamiento, se ha formado por el capital considerable invertido y por su hoy acertado manejo un negocio lucrativo y de duración.

En acciones y obligaciones su capital debe acercarse actualmente a seiscientas mil libras esterlinas.

En su organización y detalles se pone de relieve la admirable administración francesa en los negocios industriales, prolífica, concienzuda y económica.

En el éxito de Nal-tahua, hay que reconocer la parte que le corresponde a los Ferrocarriles del Estado, acción que según algunos criterios ignorantes, apasionados o restringidos amenazan arruinar a Chile.

El gravámen de—\$ 4,000—al mes que soporta Nal-tahua, por el acarreo del combustible que necesita, habría sido superior en cualquier otro país.

Desde luego, en Francia, habría sido mas del doble, y tres a cinco veces superior en los ferrocarriles argentinos, ferrocarriles que algunos pretenden colocar como ideal y como modelo en su administración en comparación a los chilenos.

En análogas condiciones de cuantioso capital, de pobreza relativa de los minerales que trata y de éxito, trabaja la Compañía Francesa de Catemu, en Aconcagua. Favorece también a esta empresa, la mínima tarifa de los ferrocarriles del Estado.

Acompañía también esta ventaja, a otra compañía francesa que trabaja en Chañaral, Atacama y a la Anglo francesa de Panulillo en Coquimbo.

Si se practica equitativamente y con amplitud de miras el Balance de la acción de los Ferrocarriles del Estado, en Chile, se haría evidente que la principal causa de su pérdida de dinero, está en la modicidad de sus tarifas, pérdida que está sobradamente compensada por la ayuda eficaz que dichos ferrocarriles prestan a las industrias agrícolas y mineras. Multiplicadas las toneladas y pasajeros kilométricos, por las tarifas que cobran los ferrocarriles en otros países, los saldos de pérdida que producen nuestros, se transformarían en saldos de ganancias.

Después de lo expuesto, es bien justificada la expectativa, que en el transcurso de

pocos años, tal vez menos de cinco, la producción de cobre de Chile pase de cien mil toneladas.

A propósito de la introducción de capital extranjero en Chile, séanos permitido expresar nuestro concuento.

Lo apetecemos en forma de capital mobiliario que venga al país a ganar intereses, ya sea adquiriendo nuestros bonos, ya nuestras acciones de Banco, etc..., pero no

tativos, sino que pretende centuplicar el capital invertido, acude a todas partes, a África, a Asia, a cualquier clima, exigiendo siempre el primero y más valioso jugo al país a que llega, y conserva inalterable su nacionalidad extranjera, formando solo factorías a donde llega.

Se comprende que, en males mayores, semejante introducción de capitales pueda ser una aspiración de pueblos en descom-



Juegos de sport en Collahuasi

que venga tras la adquisición de porciones de nuestro suelo, de nuestro territorio, de nuestros campos, minas o salitreras.

El primer género de movimiento de capitales es el propio en todos los pueblos bien organizados, civilizados. El capital pasa de un país a otro, estimulado simplemente por la seguridad de gozar un interés más alto que el que obtiene en el país del cual emigra.

Para que esta emigración se verifique, se exige primeramente, estabilidad de la moneda, como también que inspire confianza la seriedad del Gobierno, bondad y eficacia en el cumplimiento de sus leyes y una tercera condición de carácter individual, la moralidad de sus habitantes.

Es en esta forma en que debe inspirarse el ideal nacional, respecto a la afluencia de capitales extranjeros.

En otra forma, no busca beneficios equi-

posición o sin elementos vitales bastantes para constituirse definitivamente, pero tal no es el caso de Chile, así es que no debemos aspirar a esa forma de emigración de capitales.

El individuo que, poseyendo alguna educación, emigra a un país, conserva generalmente su nacionalidad de origen, pero luego a poco la familia que constituye toma la del suelo en que ha nacido, contribuyendo a robustecerla. En oposición, el capital que emigra adquiriendo valores reales, maneja y estruja en provecho, principalmente, de su nacionalidad de origen.—llámesla libra esterlina, dólar o franco—y se mantiene en dicha situación indefinidamente, sin alteración alguna.

Francamente sin desear desconocer el progreso solidario del mundo, no deseamos que éste se manifieste en nosotros bajo esa forma que limita nuestro vigor nacional.



Resolviendo cuestión minera

No deseamos el papel de los españoles, reducidos a contemplar pasivamente la extracción de las riquezas de Río Tinto.

Al terminar el insigne Vicuña Mackenna, su estudio sobre la industria minera de cobre en Chile, treinta años atrás, en su "Libro del Cobre", expresaba como votos de su alma, sin ejemplar patriota, tres conceptos, dignos de la clarividencia de su espíritu.

Abolición del impuesto sobre el cobre;

Reforma del Código de Minería; y

Ejecución inmediata del Ferrocarril de la Calera a Ovalle y su prolongación posterior a Tacna.

Tales votos son ya un hecho; pero lo que el mil veces ilustre publicista no pudo desear ni predecir, es el desgobierno en materia de administración municipal que ha sobrevenido en el país.

Se abolió el impuesto directo sobre el cobre, se reformó el Código de Minería y también a los pocos años después se estableció la Comuna Autónoma.

Estas manejan hoy de una manera exclusiva el medio millón de pesos que produce anualmente el impuesto sobre la patente minera, y sin temor de ser contradichos, podríamos decir que ni el uno por ciento de esa suma se invierte en el país en fomento de la minería.

III.—Su producción y su consumo. Su precio.

La producción universal de cobre en los últimos cinco años ha ascendido, como sigue:

Año 1908.....	749,000 toneladas
" 1909.....	840,000 "
" 1910.....	886,000 "
" 1911.....	898,000 "
" 1912.....	1,000,000 "

Naturalmente la cifra correspondiente al último año no es aún definitiva, sino que es probable.

Se tiene así un aumento de cincuenta mil toneladas al año.

Según lo hemos expuesto todas las probabilidades están por el lado de que la producción seguirá rápida y considerablemente en aumento.

El consumo ha seguido aumentando de una manera proporcionada e inmediata a la producción.

Año 1908.....	701,000 toneladas
" 1909.....	782,000 "
" 1910.....	904,000 "
" 1911.....	959,000 "

La cifra que denota el consumo de cobre durante el año 1912, por cierto que pasará del millón de toneladas.

Durante el mismo período el precio del cobre ha sido el siguiente (Chili Bars):

Año 1908.....	£ 60
" 1909.....	59
" 1910.....	57
" 1911.....	56
" 1912.....	72

El alza del último año fué consecuencia inmediata de que en 1911 el consumo de cobre sobrepasó a la producción, como lo manifiestan las cifras expuestas.

Como hemos procurado exponerlo los datos que se tienen y las expectativas que se fundan en ellos, de aumento considerable en la producción y en el consumo de cobre, son efectivos y justificados.

En todas partes a la producción anterior de cobre de depósitos de vetas, que son restringidos, se ha agregado la de los depósitos de baja ley, en los que, el cobre está diseminado en el pórífero. Estos depósitos son los que los americanos llaman "minas porfíricas", sin que en ésto se pueda señalar límite para la producción. De estos depósitos tenemos en Chile, ya dos en trabajo: Braden y Chuquicamata.

Por el lado opuesto los hechos manifiestan que igualmente el consumo se desarrolla proporción considerable, a razón de un aumento de cincuenta mil toneladas por año. El empleo creciente de cobre está asegurado no solo para las aplicaciones eléctri-

cas, sino para todo género de construcciones civiles y militares.

Estudiando estos hechos surge la pregunta de si sería posible justificar algún concepto sobre el precio futuro del cobre.

Creemos poder contestar afirmativamente a esta pregunta.

El precio fluctuará alrededor de £ 70.00 por lo menos es tal la consecuencia lógica que se desprende del estudio de los antecedentes sobre este problema.

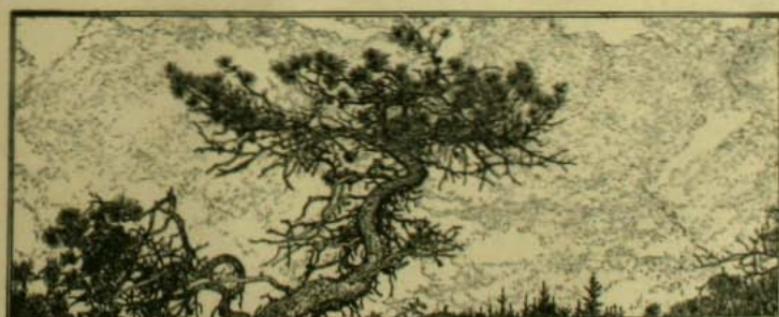
Como se sabe un precio de £ 50 a £ 55 señalan el promedio del costo de producción en cualquier parte del mundo, de manera que se tiene como límite del descenso del precio del cobre dichas cantidades.

Un precio mas alto que £ 80.00 por tonelada, traería consigo una restricción en el consumo, por consiguiente un descenso inmediato en el precio. A dicha suma llegan ya con ventaja comercial a substituir el empleo del cobre, otros metales.

Naturalmente con el estímulo del alto precio del año último, la producción ha subido, pero no hasta el extremo de sobre pasar al consumo, y solo ha influido parcialmente en no hacer tan sensible la reducción del stock visible en el mundo. La reducción de esta cifra se ha paralizado. El stock solo es de 90 mil toneladas, es decir, apenas para el consumo de un mes.

Restablecida la marcha normal de los negocios en Europa, con la celebración definitiva de la paz que se espera de momento a otro, se producirá alguna reacción en el precio de los metales.

CARLOS G. AVALOS.
Santiago, 8 de Marzo de 1913.





Paraisos Efímeros

Parece ser que existe una moda hasta para el modo de intoxicarse. Al haschis de los románticos sucedió en el favor de los refinados el opio, el tabaco de los dioses, importado por los que viajan por el extremo Oriente el país del ensueño. Dos venenos hay sin embargo que han prevalecido contra toda renovación: el alcohol y la morfina. Y aún mucho más prevelerán contra el último toxico aparecido, la cocaína, que las más de las veces es para ellos más bien que un enemigo un asociado.

La cocaína, en realidad, ha sido conocida bajo este punto de vista particular desde hace poco más de tres años y los manifiesta como en la actualidad.

Montinarre nos presenta en un medio algo especial numerosos ejemplos, a cuyo estudio ha consagrado la Sociedad Médico-alienista de París toda una larga sesión. En Lyon se han presenciado últimamente escandalosos hechos sobre este punto. En una y otra parte la policía después de minuciosas investigaciones ha descubierto el desarrollo de una poderosa industria, que se oculta entre sombras y a quién se debe en su mayor parte la extensión del mal.

Por regla general son los alcohólicos, los aprómanos, los morfinómanos, los que quieren añadir esta nueva sensación a las que toxico favorito les suministra. A veces son desgraciados o desgraciadas mal avenidos con el hombre, envilecidos, degenerados, que buscan en la droga enervante un confortamiento psíquico, y una satisfacción eufórica que la vida tan exiguamente les concede. Pero el mal se extiende de unos en otros, contamina a sujetos sanos que por espíritu de imitación, por ociosidad, por el deseo de experimentar nuevas sensaciones, quieren conocer a su vez los paraisos efímeros que con calu-

roso entusiasmo se les han pintados. Por la cocaína, como asimismo por la morfina pendiente es rápida y es raro verdaderamente el detenerse en ella espontáneamente.

Y sin embargo si conociesen estos envenenados voluntarios el calvario a que marchan por su gusto! Por breves instantes de vigor renovado, de bienestar aparente cuantos perjuicios se han de seguir! Vendrían por de pronto la continua e inexorable necesidad de la droga asesina, que trae por ser satisfecha, las mas funestas consecuencias; se experimentarán las angustias terribles de la falta; después los peligrosos fenómenos de siempre, la excitación con sus sensibles afectos, la exaltación terrible de consecuencias incalculables, a veces hasta criminales, las alucinaciones angustiosas.

Poco a poco la caducidad irá apareciendo precedida de los tipos hormigueos y anestesias locales; tocará después su turno a las alteraciones respiratorias y circulatorias, que vendrán acompañadas del enternescimiento, los delirios, las perturbaciones mentales, todo un cortejo de males físicos e intelectuales que conducirán a los pertinaces adeptos del polvo blanco a un asilo de alienados o por lo menos a una casa de salud donde si ya no es demasiado tarde, tendrán que sufrir las torturas de la privación forzosa.

De cuantos venenos existen en circulación la cocaína es el más peligroso. Ring lo considera como más tirano y más pernicioso que el alcohol y la morfina misma.

El cocainómano, ha dicho Dr. Crothers está en esta droga. En cierto estado de la América del Norte existen leyes especiales para combatir esta plaga. Será necesario entre nosotros llegar a lo mismo.

La Pintura Futurista

(Impresiones de un Salón)

"No daremos la representación de un momento fijo en la dinámica universal, sino el movimiento dinámico mismo".

Gino Severini, "La Pintura Futurista".

La prensa diaria y las revistas cómicas han reido a sus anchas de los cuadros futuristas que un eximio maestro italiano, Gino Severini, exhibe en Londres. Los semanarios de artes y ciencias discuten con una visible muestra de enojo esta manifestación ultra-moderna de la pintura del siglo; entretanto alguien recuerda que la tela el "Café Mónico", en que el apóstol futurista por vez primera dió forma material a sus doctrinas fué adquirida el año pasado, por un museo de Alemania, después de largo estudio y discusión.

Eso demostraba por lo menos que gente entendida en la materia, tomaba en serio una idea que al principio no mereció sino el desprecio de toda persona sensata.

Entre el ruido de la risa y el sarcasmo por un lado y la crítica irritada de los hombres de pincel por otro, mi curiosidad se exaltaba y resolví pagar una visita a la galería Marlborongh, en un extraño rincón de Picadilly, en que se exhibe la peleada maravilla. Como recurso precautorio, advirtí, había leído cuanta obra e información tuve a mano sobre la nueva escuela artística. Supe así sus intrincadas conexiones con la filosofía moderna; sus relaciones con Beorgson y su esfuerzo por llevar a la tela lo que Maeterlinck trata de hacerlos sentir y penetrar desde el escenario teatral.

La luz cenicienta peculiar de Londres me ponía un poco nervioso; los cuadros no podrían verse bien; "las formas intangibles" no podrían destacarse de sus marcos en esta atmósfera sin brillo y sin luz.

—"El programa, señor,"—me dice una jovencita, sonriendo viendo la expresión de sorpresa y espanto con que me he detenido

a mi entrada misma al salón;—"de otra manera, temo que no adivine lo que cada cuadro representa".

Y como iba a adivinarlo! A mi frente se destacaba en el muro una gran tela llena de arabescos increíbles, salpicada de manchones churrigueroscos como pudiera lanzarlos a la brocha de un escapado de la Casa de Orates. Discos rojos, de un rojo hiriente, listones negros y amarillo claro, grandes puntos de azul de Prusia, campos verdes, todo bailaba allí una danza macabra. "Número 15: Una fiesta en Montmartre", la más poderosa tela de la exposición futurista. Confieso con toda franqueza y con dolor, que desde ese momento mismo todas mis ideas sobre el nuevo arte vinieron al suelo. En los tratados espositivos, la teoría, el ideal nuevo se presentaba más o menos en forma aceptable. Jamás me imaginé la manera cómo esos principios se traducían a la práctica.

Y empecé mi inspección. En vano me esforzaba por penetrar lo que el artista quería representar en cada caso. Sabía que el futurista no da importancia a los detalles de un objeto, sino que por "brochazos trascendentales" trata de sugerir las formas. Bien; cerraba yo los ojos, pensaba en una mujer sentada con un libro entre las manos, y miraba la tela que tenía ante mí, "Georgina leyendo"; nada... la eterna alfarabía de manchones negros, azules y anaranjados.

—"Vea Ud. los planos, los planos de inducción con que los cuerpos se penetran mutuamente en el espacio y comprenderá esa sinfonía"; así dijo una voz detrás de mí; una persona de melena larga, con un cintillo de cáñamo trenzado en la frente,



"EL AUTO-BUS".—"Las casas penetran en el ómnibus; el ómnibus penetra las casas".

cruzado de brazos, había tenido la bondad de hacerme tan valiosa sugerencia. Recordé a cierto amigo estérigo que allá en Chile una vez me dió una extensa conferencia sobre los planos, los planos astrales. A la media luz de un crepúsculo de otoño, sentados en la plazoleta del teatro en el Santa Lucía, mientras el sol moría en el valle, su voz lenta y grave difundía un extraño vaho cabalístico en el ambiente y entonces, mas que nunca, había tenido yo el alma de las cosas, el flujo de vida que lo anima todo.

Contemplé largo rato ese cuadro, "El Auto-ómnibus" (The Motor-bus), N.º 1; mas mi imaginación, que debe ser pobrísima, falló otra vez; aquello podía ser un ómnibus tan bien como cualquier otra cosa; además,—¿qué hacían ahí esos ángulos a brochazos negros que parecían caer desde el cielo sobre la tela infeliz?—Aquello no era nada, nada. No puedo llamarlo un marrachico, porque tal calificativo se aplica a un cuadro o figura mal ejecutada, sin gusto o sin verdad; pero esto era cosa distin-

ta; esto era un turbión de pinceladas de colores rabiosos, lo cual se había dado el nombre de "Un ómnibus", y san se acabó; y si alguna de las personas que contemplan la fotografía que aquí agrego, logra tener la impresión de un "auto", en movimiento, bueno, bendita sea! quiere decir—a creerles a los futuristas—que pertenece al escaso número de los elegidos.

El maestro en persona dió una explicación de esa tela: "He tratado—decía su voz sonora de meridional y de inspirado—de reproducir por medio de líneas y de planos, la rítmica sensación de la velocidad, de la moción espasmódica y del ruido ensordecedor. Veán Uds.—los ojos de la gente se fijaban tenazmente en la tela, las filas se apretaban con avidez—el ómnibus en su carrera a lo largo del bulevar Montmartre y por las populosas calles de París, esquivando a su paso otros vehículos, rozando sus ruedas, lanzándose hacia las casas. Las casas penetran en el ómnibus, el ómnibus penetra en las casas".

¡Sería loco ese señor?—Qué cosas de-

cía! ¡qué cosas veía en la zarabanda de manchones negros y azulados!—Sería verdad que él veía todo aquello, y a nosotros no nos era dada esa gracia?—Un murmullo de irónicos cuchicheos soplaba sobre la apasionada concurrencia al salón. Pensé yo en las ideas nuevas, en las innovaciones que las masas jamás han entendido. Qué habría de verdad en todo esto?

Dicen los fisiólogos que nuestra percepción sensorial del mundo es teórica, es meramente relativa y en mucha parte convencional; diversos instrumentos revelan a nuestros ojos o a nuestros oídos un mundo diferente del que contemplamos a diario; la vista, en connivencia con los centros cerebrales a menudo nos engañan, el bastón que sumergido en el agua clara nos aparece quebrado o torcido, no es en realidad ni chueco ni quebrado;—los animales inferiores verán en el mundo infinitud de cosas que se escapan a nuestras sensaciones, los pequeños ruidos, los influjos intangibles, y, nada más convencional que los colores: rojo, granate, azul... puros convenios para que los hombres puedan entenderse entre sí.

Por otra parte, ahí están complicando el asunto las representaciones únicamente cerebrales, sin estímulo exterior, o de estimulo incompleto e inadecuado, lo que el vulgo denomina visiones. Quién no ha visto visiones? quién no ha sufrido el terror de las súbitas apariciones en el campo, en las noches claras de luna, cuando todo es un inmenso cuadro flamenco de impresionantes claro-oscuros?—Los filósofos han tratado extensamente el problema. "Percibir"—dice Bergson—"no es, al fin y al cabo, sino una oportunidad para recordar". Los pintores de la nueva escuela se basan en esas teorías y postulados de las ciencias ocultas y sostienen que las cosas no tienen ni forma integral ni contornos individuales. Es nuestra percepción la que concede a los objetos límites en el espacio, y a su vez estos límites son el resultado de las múltiples influencias de nuestros recuerdos, del ambiente y de nuestro estado emocional. Estos tres últimos factores no hacen percibir la materia, las masas y el valor integral de los objetos de una manera enteramente distinta a lo que el análisis científico (instrumental) nos demuestra. De aquí que la nueva escuela pictórica haya roto con la tradición y mire en menos las for-

mas y los colores. Se reconcentra en una extraña situación espiritual, en un esfuerzo desesperado por la abstracción, y pretende, sugerir, sugerir a la mente, y nada más. La imaginación del super-cultivado, del artista, creará y llenará de formas y vida los brochazos sugerentes.—¡Cuántas veces cada uno de nosotros no ha poblado de monstruos no soñados un inocente cielo azul en que galopan nublados blancos?

"El espectador ha de ser el centro del cuadro"—decía Severini, explicando otra tela, en un rincón apartado de la galería. "Una inmensa necesidad de abstracción me ha llevado a echar a un lado toda ejecución de forma y de masa en el sentido de *descanso pictórico*. Por simple indicación de los valores y de las masas he llegado al arabesco. El color y la forma nos darán la realidad total. Estos cuadros son ritmos plásticos". Hablaba de dos telas pequeñas que el catálogo denominaba "Vida quieta". Después de algunas preguntas supe que representaban frutas y flores. Pertenece también a la categoría de ritmo plástico el N.º 23, que se supone ser un retrato de mujer. Un mal intencionado se había tamañado el trabajo de buscar una fotografía del original de aquel retrato, Mlle. Jeanne Paul Forb, y lo había clavado en la espalda del muro bajo el cuadro futurista. Hería contemplar las facciones agraciadas de la hermosa parisina transformadas por los brochazos y las ondas sugerentes del futurista en una monstruosidad que nadie podía descifrar.

Severini terminaba su conferencia sobre la pintura del porvenir; es un enamorado de su arte, habla con una extraña convicción. "Creo que toda sensación puede representarse de una manera plástica. El ruido y los sonidos entran en el elemento ambiente y pueden traducirse por medio de las formas. El ambiente envuelve la atmósfera. Nosotros queremos representar plásticamente el desplazamiento de un cuerpo en la atmósfera y también la atmósfera misma". Con su mano derecha señalaba un cuadro en que se suponía representada una pareja que valsaba. "Los cuerpos se diluyen en la atmósfera y en el ritmo del movimiento nos aparecen como una unidad". Reconcentrado en mí mismo me ilusionaba un gran salón de baile y el giro de las parejas en un vals: los cuerpos se diluyen en el ambiente, todo forma una gran síntesis



DANZA ESPASOLA EN EL TABARIN.—Los rasgos circulares indican las sensaciones del bálsico y de la música. "Una bailarina en un salón no se ve del mismo modo"

en nuestro espíritu y materialmente los cuerpos que danzan enlazados forman una unidad. El ritmo de los pianos, de la luz, de los unidos, la orgía de colores y perfumes, el compás de la música, todo, todo no forma sino una gran síntesis emocional. ¿Podría aquello transladarse a la tela? La pintura vital!... "El espectador debe ser el centro del cuadro" repetía Severini.

Dejé la galería Marlboro y una extraña mezcla de disgusto, y de duda pasaba por mi espíritu; cavilaba una fuerte tentación a la ironía, al ridículo amargo y franco venía de vez en cuando a tender su manto sobre todas mis dudas: locos! locos perdidos! quería pensar con los doctores del arte.

Era aquello, sin embargo, una idea nueva, un nuevo esfuerzo humano; señalaba una ruta. En tiempos no lejanos aún hubo imposibles y locuras que se denominaban navegación aérea, submarinos, telegrafía inalámbrica, rayos X o fosforescencia producida de la materia, y ahora esas locuras van camino de la realidad absoluta.

No es difícil observar la evolución con que la pintura ha seguido a sus otras hermanas en el arte, como corporizaciones de la mente humana. Con la poesía dramática—arte plástico como ella—particularmente, su marcha presenta paralelismos

maravillosos. Los griegos y sus discípulos del Lacio fueron escultores; realizaron como nadie, en el mármol helado, la perfección extrahumana del ideal de belleza, belleza serena e inmaterial, belleza de poetas y soñadores. En los tiempos que corren ellas han sido la fuente eterna del ideal; cuando la vida amenaza tornarse tosca, material y fea los poetas han recurrido a ellas, los padres de lo bello, los creadores del arte puro, los que materializaron los dioses. Un crítico de nombre, Mr. Comins Carr, sostiene hace poco en un círculo de intelectuales, que no había, ni podía haber progreso en el arte; los antiguos digeron la última palabra.—El crítico daba tal vez a progreso o a arte una significación especial.

El Renacimiento dió al mundo la pintura excesa y puso en sus obras una nota humana, Exageró, tal vez, el realismo y el estudio anatómico, en su amor a la verdad y al hombre. Desde entonces acá la carrera ha sido loca, desenfrenada, anhelante en las ciencias y en el arte, mano a mano; la nota humana, suprema. La pintura anatómico-fisiológica de los viejos maestros se tornaba ora dulce y suave con Velázquez y Murillo, ya ceñuda y soberbia con Rembrandt. Un día Goethe cantó a la vida, a la vida intensa; cantó a la humanidad, no al hombre, y el torbellino de la complejidad y del misterio invadió las regiones serenas del arte. Hoy ese elemento domina en cada rasgo de la actividad del hombre; Ibsen la llevó a las tablas de la escena, el escultor Rodin aventó el hielo del mármol clásico, y sus creaciones alicantan, luchan y sufren; los futuristas emprenden la cruzada en el arte pictórico.

Para acallar mi lexionado amor propio ante mi impotencia para penetrar el misterio de los cuadros futuristas, y no queriendo dar paso a la ironía general y al desprecio, concedí que el ensayo de Severini o sus discípulos pudiera ser tan defectuoso que en realidad fuese un ensayo imposible. La idea, empero, triunfaba de la realización material.

El ideal futurista, concebí, se extiende en tres direcciones diversas, ligadas fuertemente por los lazos de un mismo anhelo y fin: pintar la vida. Quiere en primer término, transladar a la tela el movimiento, la impresión del movimiento; pretende incorporar en la representación plástica to-

do el conjunto de sensaciones que circundan y completan la precepción; y finalmente al pintar, el futurismo no presenta descripciones de formar integrales ni colores,—aquello lo deja a la fotografía y al cinematógrafo!—sino rasgos sugerentes que hablen a la imaginación, que existen en la mente la simpatía inmenso que existe entre el alma y las cosas y se produzca de ese modo la visión abstracta.

Para realizar ese objetivo, que tantos no vacilan en calificar de químico el pintor deberá emplear métodos hasta ahora no conocidos. Por el momento, Severini nos presenta sus telas de manchones y trata de convencernos que sus planos policromas dan la impresión de lo que se ha propuesto pintar.

Obvio es también que la apreciación de este arte nuevo demandará una educación mental, una cultura especial artística, y siendo esto verdad, ya por lo que a mí respecta, pueden los futuristas colocarme al nivel de un rústico juzgando una tela de Waterhouse.

Pero si no podemos apreciar sus cuadros, por lo menos nos es dado comprender la crítica a las escuelas existentes que se desprende de la idea central de sus doctrinas.

El esfuerzo futurista hacia el símbolo o rasgo sugerente, como lo ensignan en su enredado tecnicismo, es una característica de la época actual. El esfuerzo por comprender lo abstracto, la realidad espiritual que existe y se cierne detrás de lo material, la comunión con lo intangible, sintetizan el período presente de nuestra vida. Una palabra, un gesto, un signo nos revelan a veces toda una misteriosa psicología; un rasgo esencial, toda una realidad. La representación de un objeto en su forma integral fascinará, pues, el ojo con el encanto de sus formas y colores; más solo un violento esfuerzo de abstracción podrá dar a aquellas formas su significación vital.

El ensayo o atentado a presentar plásticamente el movimiento puede admitirse con facilidad, en teoría. En su evolución la pintura lucha por conseguir ese ideal. Mientras mas grande la perfección realista de una tela, mayor es el dolor con que contemplamos su quietud, su estatismo desesperante. En sus marcas doradas, en las grandes galerías, los cuadros incomparables lloran

la desesperación de su extraño dinamismo estático: brazos alzados que no bajan jamás, besos que son eternos, toda una vida paralizada en un momento trágico. La pintura de museos, de catacumbas! Recuerdo la bella tela de Rebollo, en nuestro salón nacional: "La Risa del Mar", un cuadro de mar y de vida de niños animado de una realidad vigorosa que implora en su quietud; "Los fundidores", de Araya, formas sombrías, encarnaciones reveladoras de un dinamismo poderoso; son brazos que no se mueven súbitamente paralizados. Los futuristas llaman a esta pintura "anecdótica"—Cavilando, cavilando yo he llegado a sentir la nostalgia de la mocedad en esas telas vigorosas; he sentido el dolor de las "manos alzadas que no bajan jamás" y he deseado que los revolucionarios triunfen y encuentren, para otros mas cultivados que yo y capaces de ver lo que yo no veo, los medios de pintar la vida.

Hoy, empero, un campo en que se puede disputar a los futuristas, un terreno en que la pintura ortodoxa satisface nuestras ansias de abstracción y de misterio, y es el campo de la vida quieta, como dice Severini. Las telas que copian trozos de naturaleza, paisajes vistos al través del alma del artista



ESTRATO DE MM. J. P. FORT.—Los brochazos negros de lo alto indican la redondedz de la cabeza

ta, soportan serenos la contemplación larga y profunda; nada se echa allí de menos y la fascinación es inmensa. Comulga el al-

ma calladamente con la mudez misteriosa de la naturaleza en sus faces infinitas. Y al lado de la vida quieta de las cosas, la



"LA DANZA DEL OSO".—"Los cuerpos se diluyen en la atmósfera"...

vida humana en reposo: el "Pensador" de Rodin y "La Gioconda", fascinarán eternamente nuestra sed de símbolos e interpretaciones.

Antes que los futuristas, la escuela impresionista y Post impresionista había tratado de resolver el problema del ambiente o sea la incorporación de las sensaciones que circundan las formas o estímulos. Turner y Boldini son sus precursores, dentro de la pintura colorista; alguien ha llamado al segundo el "pintor de almas y sedas". Sus retratos de mujer son, en verdad, páginas abiertas de psicología humana, en las que el ambiente, tanto como las formas mismas, sugiere y habla. Su técnica se ajusta, sin embargo, a la tradición y nada tiene que ver con el sistema futurista, el de los planos y del ritmo plástico. Comprendemos a Goya, a Turner y a Boldini—aplaudiría el futuro a Severini?—R. RAMIREZ.—Londres, Abril de 1913.

—

Escritas las líneas anteriores, un joven artista amigo mío con quien conversaba sobre futurismo esta mañana, ofreció presentarme a Severini: Visitamos al pintor en su estudio. Me habló largo rato sobre su arte, sus esperanzas, su técnica, la filosofía del absoluto, la incapacidad de las gentes para "sustraerse a las cadenas de la rutina pseudo-artística". Habla el francés con la música de la lengua italiana; sus frases rebozan una extraña convicción; un gesto sobrio con la mano derecha acompaña de vez en cuando algunos de sus argumentos revolucionarios. Hombrecito pequeño y delgado, de figura casi insignifi-

ficiente, toda su vitalidad parece haberse acumulado en una cabeza grande, de amplia frente combada. Extraña frente blanca, la de este hombre; diríase que es la facción única de su rostro; le miráis y no veis en él sino la comba frontal, henchida de ideas y visiones, blanca y terca.

—Ha pintado Ud. solo cuadros futuristas, señor?—No, es la etapa actual en su evolución, el futurismo, antes ha hecho telas impresionistas; al impresionismo le debe su técnica colorista. La necesidad de abstracción, de llegar a lo absoluto, la sed de síntesis lo llevó a pintar las telas que ahora exhibía.

No eran muchos los pintores futuristas, Boccioni, Carlo de Carra, y Russolo, en Milán; Giacomo Balla en Roma, y algunos otros.

Poco a poco llegó a hablar del "maestro", de F. T. Marinetti, el fundador de la escuela nueva en el arte. Su voz tomó brios sonoros de metal, entusiasmos de combate, velo de reverencias cuando habló del autor de "Batalla de Trípoli". Marinetti era el alma del movimiento; un hombre todo fuego y vida. Hacía en Literatura lo que estaba encomendado a ellos en la pintura. "Attendre l'essence de la matière! ee que les physiciens et les chimistes ne pourrons jamais faire!"

Esencialmente Severini no agregó observaciones nuevas a las impresiones que mi visita al salón había dejado en mí.

Digimos adios al artista; quedó él entre sus cuadros, soñando con sus ideas. Mi amigo sonreía irónicamente mientras el auto nos alejaba de la casa del pintor.—"Un maníático", dijo con su fiesta británica—"deban observarlo".



Ha tenido lugar recientemente la sesión solemne del instituto católico en París, sesión que hasta ahora se había ido posponiendo por causa del viaje a Roma del cardenal Anette.

En presencia de numerosos prelados dieron lectura a los informes sobre trabajos del instituto el abate Perier por la facultad de Cánones; M. Lemaire por la facultad de Derecho; M. Boxler por la de Letras; M. Branly por la Academia de Ciencias.

Mgr. Baudrillart, Rector del instituto, expuso el movimiento general de este. Sabido es que la comisión episcopal ha introducido radicales reformas en la enseñanza filosófica en el instituto. Sobre este punto dió amplias explicaciones Mgr. Baudrillart demostrando que la reforma no constituía ni "un medio de desconfianza con relación al anterior estado de cosas", ni "una determinación de romper toda comunicación con las ideas contemporáneas". Protestó además de la afirmación de que el instituto, que exigía a los escolásticos tomar desde luego sus grados escolásticos, no podría o no quería preparar en adelante a los que desearan tomar el grado universitario de filosofía.

Pero los que dirigen el instituto han creído deber suyo el oponer su doctrina a la que se inculca en la Universidad y que "nacida de una fusión del idealismo de Kaut y del positivismo está radicalmente opuesta no solamente a lo que se llama la filosofía tradicional de la Iglesia sino a principios fundamentales de la doctrina cristiana.

Aquí no atacamos, dice el autor, ni a las personas ni las intenciones. Las personas nos son en su mayor parte conocidas y ninguna razón hay para menospreciar las intenciones, mientras no tengamos prueba de lo contrario, debemos creerlas rectas y sinceras. Pero hemos de dejar constancia de un hecho, y es que estas personas, salvo raras excepciones, están al servicio de un sistema, y que su afán es naturalmente hacerle triunfar; que este sistema es opuesto al que nosotros tene-

mos, y debemos tener por la verdad, y por consiguiente estamos en el deber de combatirle oponiendo doctrina a doctrina, esencia a esencia.

Y este deber es para nosotros tanto más imperioso cuanto que nosotros formamos una gran parte del profesorado de enseñanza libre y por tanto tiene nuestra enseñanza repercusión en infinitud de espíritu.

Mgr. Baudrillart agrega que su misión y la de sus colaboradores no es la de desarrollar pura y simplemente la curiosidad intelectual de sus estudiantes, ni la de suministrarles los medios de tender la red a todas las ideas contemporáneas, cualquiera que ellas sean, sino mas bien la de enculcar firmemente en sus espíritus ciertos principios "que la Iglesia juzga indispensables "para conservar el cristianismo en las almas y en la sociedad".

Al parecer, el rector del instituto católico ve bien lo que este programa tiene de regido, y por eso se apresura a añadir como consiguendose.

Esto no quiere decir que no hagamos de tomar en cuenta cuanto ha habido de cuatro siglos a la fecha que adoptaremos todas las tesis particulares, que han querido sostener los escolásticos. No; nosotros procuremos atenernos estrictamente a los términos de la encíclica *Aeterni Patris* que ha tenido buen cuidado de hacer esta salvaguarda. Si se encuentra entre los doctores escolásticos alguna cuestión demasiado sutil, alguna afirmación gratuita, o alguna cosa que no esté conforme con doctrinas confirmadas de épocas posteriores, y que sea improbable de algún modo, no es ciertamente nuestra intención proponerla a la imitación de nuestro siglo.

Mgr. Baudrillart afirma aún que los estudiantes del instituto católico no estarán "en la ignorancia de sistemas contrarios" y que estos no les serán expuestos de un modo imperfecto. "Sabrán todo lo que necesitan saber", pero si aspiran a grado Universitario no tendrán que pedir gracia por sus ideas ni avergonzarse de nada.

AMOR ANTIGUO, AMOR MODERNO Y AMOR FUTURO

Por
N. Novoa Valdes

Si el amor es un hecho a la vista de todos, si como fenómeno propio de la naturaleza humana es uno de aquellos más comunes, más estudiados, parecerá extraño que pueda dar lugar "aún", a nuevas consideraciones; sin embargo las hay, y de importancia capital.

En efecto, se trata de un sentimiento cuya influencia es grande en la vida de los hombres y que, por ende, no hay quien haya dejado de fijar su atención en él. Los individuos analizan detenidamente su manera de sentir en este orden de cosas y anotan con escrupulosidad todos los pequeños hechos que se desarrollaron en el origen de su amor, observan el curso de éste y conocen, palmo a palmo, la forma en que se extinguíó. La lactancia masculina adorna las aventuras de amor con circunstancias fantásticas y, no pocas veces, las inventa en su totalidad. Los novelistas, obstinados estudiantes del amor, para los cuales parece que no existiera en el mundo, otro sentimiento digno de analizarse, han llevado hasta el extremo la importancia de este fenómeno; los poetas lo han sublimizado y, poco a poco, en parte, a causa de la importancia que este sentimiento encierra naturalmente, y, en parte, por las circunstancias anotadas la humanidad ha llegado a convencerse de que el amor es lo único capaz de dar la felicidad, que la satisfacción de este sentimiento constituye un derecho sagrado ante el cual deben doblegarse todas las leyes y todas las convenciones, cualquiera que sea la forma en que éste se desarrolle, siempre que sea amar. Así se oyen comúnmente, en boca de los que se llaman avanzados, frases como éstas: "Fulano abandonó a su esposa; pero qué quiere Ud., poco se conserva el amor en el matrimonio, y este pobre

hombre sentía una pasión irresistible por la Sutana". "Creo yo perfectamente justificada la actitud de María quien, en ese drama que se acaba de representar, abandona a un esposo vulgar y sin cualidades de inteligencia para seguir a aquél tercero dotado de un temperamento riquísimo y para el cual parecía haber nascido". Así, en nombre de este sagrado derecho a la felicidad en el amor, todo se perdona, todo se acepta, y sigue el mundo adelante, porque pensar de otro modo, es ser retrógrado, filisteo, incapaz de escribir.

Tales ideas no son ni de hoy, ni de ayer, están grabadas en la psíquis humana desde hace más tiempo del que uno pudiera imaginarse. Demóstenes, en su arenga contra Neeva, dice: "Tenemos cortesanas para el amor, *pallagues* para que cuiden de nuestras personas y esposas para formar familia y para que se ocupen del aseo de nuestras casas". Los trovadores provenzales sostienen que el amor no podía existir dentro del matrimonio. Los caballeros de la Edad Media, no tenían otra preocupación que su dama, en nombre de la cual ejecutaban, a veces, grandes hazañas y, a veces, grandísimas tropelías, y, por supuesto que la suodicha dama era cualquiera menos la esposa legítima, y variaba, numerosas veces, de nombre y de persona. La esposa estaba destinada a perpetuar la estirpe y a soporlar todas las cruelezas, todas las infamias propias del estado mental del sanguinario señor duque, o señor conde. Así los impulsos amorosos de estos tiranuelos eran respetados aunque causaran la desolación y la desgracia de la que con mejores títulos, podía aspirar a la felicidad.

Las pasiones masculinas han seguido respetándose en los códigos y en las leyes.

pero la lógica, a despecho de las instituciones existentes, ha encontrado racional poner a la mujer al mismo nivel del hombre y de allí, las consideraciones de los avanzados que, hace poco, apuntábamos.

Sin embargo, no todos están conformes con tal régimen que lleva en algunos casos al divorcio por mutuo consentimiento, institución que ha fracasado completamente, otras veces a una vida llena de dbleces e hipocresías que deprimen la dignidad y el carácter y, las más veces, a la desgracia esterna de muchos seres sencillos y abnegados, a la tragedia doméstica, que es la más horrible porque se perpetúa ante los hijos y ante los nietos.

En tal situación, la ciencia ha puesto en actividad sus numerosos medios de estudio y la psicología ha aplicado sus principios. Los resultados son varios y no todos han visto en ellos una conclusión sin réplica. Augusto Forel, uno de los hombres que, con más talento, ha estudiado todo lo que al amor se refiere, cree que la pasión, que es la que casi siempre lleva por caminos irregulares las relaciones entre los hombres y las mujeres, no es idéntica al amor y que, si es verdad que a veces lo encierra, a veces no tiene con él puntos de contacto. Así, dice que nadie puede asegurar la existencia del amor en un apasionado, ya que después de la luna de miel suelen resultar sentimientos de indiferencia, de repulsión, y aún más, de odio. Así la pasión no sería sino un estado de exaltación patológica que no podría invocar los derechos concedidos al amor, para su satisfacción. Ribot, cuya autoridad nadie podría negar, cree que la pasión es en el campo de los sentimientos lo que la idea fija es en el de la intelectualidad. No se atreve a colocarla plenamente en el dominio de lo patológico, pero no puede menos de confesar que participa en muchas de los caracteres que señalan o delimitan lo enfermizo. Danville pluma exactamente. Fauré no titubea en aseverar que todo sentimiento amoroso que no tiene a la formación del hogar y de la familia es, simplemente una manifestación de neurosis. El citado Forel precisa los términos y define el verdadero amor en la forma siguiente: "Después de haberse conocido hondamente, un hombre y una mujer se sienten llamados por sus atractivos físicos y por la armonía de sus caracteres, a formar una unión en la cual se incitan al trabajo social, tomando

por punto de partida su educación mutua y la de los seres que les están más próximos, o sea, la de sus hijos.

Tenemos pues, que los impulsos amorosos violentos comienzan a ser considerados por la ciencia como una anormalidad y que el sentimiento sano no sólo tiene por base el sentimiento mismo, sino que también ciertas aspiraciones de orden social. Ribot llega a indignarse por el olvido que la humanidad ha hecho del fin del amor y cita en su apoyo a Weissmann, quien ha condensado en una curiosa definición la idea de que este sentimiento debe ser la mejor defensa de la especie. Dice: "Amar es la continuidad del plasma germinativo que se manifiesta y afirma enérgicamente poniendo en salvo los derechos de la esposa contra las fantasías individuales".

Sí, todo amor que no mira hacia la formación del hogar es enfermizo, si las pasiones son el producto de las taras hereditarias y de las degeneraciones múltiples, si la pasión es, como dijo Letaurneau una necesidad desarreglada, no habrá justificación para ella y el régimen del matrimonio, como está establecido hoy en las leyes, con la base de un amor hondo, pero tranquilo, será el único verdaderamente científico. Trátase pues de afianzarlo, mejorando la raza por medio de una selección que haga desaparecer aquellos individuos, cuya neurosis lleva a la perturbación de dicho régimen, a la desgracia de los cónyuges y a la disolución social.

La selección tiene su comienzo en el mismo matrimonio, de modo que, según estas opiniones, se haría necesario, para contraer nupcias la exhibición de una papeleta de sanidad, por medio de la cual se acreditaría que los futuros cónyuges no adolecen de ninguna de aquellas enfermedades que influyen directamente en la descendencia, ni tienen en su familia antecedentes de alcoholismo, tuberculosis, locura, etc., etc. De esta manera se conseguirá la formación de una estirpe que, desprovista de estigmas degenerativos, no sufriría la influencia de las pasiones amorosas, ni sentiría el deseo de gustar el sabor de la fruta del cercado ajeno, sino que amaría únicamente a su cónyuge, por ser ella la mujer que lo sedujo y al través de consideraciones de orden social que, repartidas en el ambiente serían sentidas como una de las principales razones de existencia del vínculo matrimonial. Ten-

driamos la felicidad del cónyuge y con ella la de la sociedad.

No faltarán quien, imbuido en los sentimientos actuales, sonría al leer estas líneas. Sin embargo mejor sería pensar en que ésta no es la obra de poco tiempo sino que el producido de la influencia de los siglos. No cabe duda que la sociedad futura no será como la de hoy; en el mundo todo cambia y ya nadie cree en aquello de que "nada hay de nuevo bajo el sol". Los primeros pasos comienzan a darse. En Holanda se exigen ya, para contraer matrimonio, algunos de los requisitos apuntados. Claro es que no tengo la pretensión de afirmar rotundamente que sea verdad que los sentimientos amorosos que no miran hacia el hogar sean anormales, ya que Claude Bernard, creador de la medicina moderna, dijo que lo que se llama estado normal es una pura concepción del espíritu; una forma típica ideal enteramente separada de las mil divergencias entre las cuales flota el organismo en medio de sus funciones. No puede establecerse una línea que separe perfectamente el estado sano del enfermo. Y por fin, estos estudios siempre tendrán que adolecer de una gran relatividad. Así nada aseguro para lo porvenir y sólo me limito a indicar estos rumbos que no carecen de interés.

Volvamos al tema y pongámosnos un momento en las condiciones de la nueva sociedad cuyos principios hemos expuesto. Penetradas las gentes de estas teorías, incorporadas ellas en el modo de sentir general, en la psicología misma de cada persona, tendremos necesariamente que ver variar la tabla de los valores en este orden de cosas y, por ende, ver apreciar de muy distinta manera a la actual, las condiciones que se ambicionan para adornar un marido o esposa. Hoy se exige que los cónyuges pertenezcan a una buena familia, o sea según los conceptos existentes, que los futuros descendientes de padres con antecedentes conocidos en materia de actuación y de relaciones sociales. Si se trata de personas que pertenecen a una clase elevada, tanto mejor. Y, por fin, si son de origen noble, pueden calificarse de magnífico partido.

La sociedad futura habrá de reírse de los condes y de los duques y habrá de poner toda su atención en los antecedentes físicos y morales del sujeto. Así, aquel cuyos padres hayan sido un *specimen* de vigor y salud en todo orden, será sin duda el prefe-

rido. Las papeleras de sanidad reemplazarán a los pergaminos y a los escudos de armas.

La estimación, más bien dicho, la admiración que hoy se tiene por los afortunados en amores, desaparecerá. El donjuanismo hará crisis. En cambio será estimado y admirado aquel que cumpla mejor con sus deberes conyugales, aquel que manifieste más amor por su mujer legítima, aquel que eduque mejor a sus hijos, aquel que obre con más interés por la colectividad social.

El fin principal de la novela y la poesía, no será ya, la descripción de todos los amores, constituyan o no un delito, la exaltación paroxística de las pasiones y de las neurosis (según los autores citados), sino que describirá tal vez, la naturaleza, el amor al prójimo, los sacrificios heroicos por el bien, los grandes movimientos altruistas del corazón. La pintura y la escultura colocarán sus tiendas en medio de una naturaleza tranquila y apacible, que llame a la suavidad y a la calma. Abandonarán los motivos incitantes de las pasiones, las fantasías provocadoras de exaltaciones peligrosas. La música no tendrá arranques neuróticos y enfermizos; se desarrollará mansamente en medio de armonías y melodías delicadas de acordes grandiosos que despierten la idea de lo superior y de lo sublime. El arte habrá cambiado su orientación.

Podrá seguirse divagando, hasta el infinito en medio de las numerosísimas transformaciones que habrá de acarrear en todos los órdenes de la vida, la imitación de los sentimientos en materia de amor. Bástenos las ya anotadas que no queremos fatigar.

No se piense que estas ideas, que podrían encerrarse en el marco de las utopías son consideradas como quimeras por aquellos que creen en la reforma de la manera de sentir el amor por medio de la selección. Muy por el contrario, éstos, están convencidos de las bases en que se apoyan y tienen fe en el porvenir. Transcribo dos párrafos de Augusto Forel en que puede verse claramente su convencimiento y su entusiasmo: "Repite aquí que nuestro objeto no es crear una raza humana nueva, una especie de super-hombre, sino simplemente eliminar poco a poco los sub-hombres defectuosos, suprimiendo las causas de la blastoforía (1).

(1) Fenómeno que consiste en las deterioraciones de los gérmenes a consecuencia de toda acción patógena o perturbadora.

ayudando a los hombres mejores, a los más sanos, a los más felices, a los más sociales a multiplicarse cada vez más..."

"Ningún prejuicio, ningún dogma, ninguna fraseología que rebose sobre las viejas máximas basadas en las pretendidas leyes naturales, puede sostenerse seriamente en contra de verdades tan simples y tan elementales. Gustamos llamar *leyes naturales* aquello que a nuestra facultad limitada de conocimiento es regular y estable en la natu-

raleza. Las formulamos en seguida y hacemos fácilmente una ley y a veces hasta un ídolo, en lugar de examinarlas siempre de nuevo, a la luz de nuevas verdades. En la actualidad dichas nuevas verdades están en pie y claman con vigor.

El ancla de salvación está en nuestras manos, con las diferentes formas que vienen o regian las uniones."

N. NOVOA VALDES
Santiago, 17 de Marzo de 1913.

LA DESPOBLACION DE LA FRANCIA

En la sesión celebrada por la academia de Ciencias Morales y Políticas de que dieron cuenta los diarios de París del 3 de Febrero último encontramos un resumen de la discusión habida en esa sabia corporación sobre el problema de la despoblación.

M. Paul Leroy-Beaulien examinó los remedios que hasta ahora se habían propuesto para detener esa plaga.

M. Rocquain observó que existían hechos comprobados, que todos conocían y que tienen una influencia dominante sobre la disminución de la mortalidad. ¿Por qué no se persiguen esos hechos?

M. Lépine, prefecto de policía de París, que también es miembro de la Academia, responde que los hechos a los cuales ha hecho alusión M. Rocquain han sido en diversas ocasiones llevados al conocimiento de los tribunales. Desgraciadamente una sentencia reciente de la Corte de Casación ha venido a detener todos los juicios iniciados.

M. Paul Leroy-Beaulien, deplora que la represión de esos escándalos no sea permanente. En Roma cuando disminuyeron los matrimonios se elevó un clamor que ha sido

consignado por todos los historiadores. Augusto, haciendo eco de esas quejas veraderamente patrióticas hizo dictar por el Senado las leyes conocidas con el nombre de *lex de maritandis ordinibus lex Julia de adulteriis*.

En Francia, agrega, los matrimonios son suficientes, lo que faltan son los hijos.

M. Alexandre Ribot hizo una defensa de la Corte de Casación que no ha hecho sino aplicar las leyes existentes. La Corte no puede establecer una legislación nueva, sino respetar las actuales. Pero no es la legislación la que es necesario cambiar, porque las leyes en esa materia pueden ser burladas; todos los remedios propuestos son bien aleatorios. La Francia sufre de un exceso de bienestar y algunos pueblos extranjeros comienzan a restaurarse de las consecuencias que trae consigo una prolongada prosperidad. No es la legislación la que hay que modificar, lo repitió, sino las costumbres, porque la cuestión de la despoblación es ante todo una cuestión moral.

Al terminar M. Ribot fué muy aplaudido y quedó convenido que la discusión continuaría en la sesión siguiente.

La Botella Encantada

Por

F. ANSTEY

ILUSTRACIONES DE H. R. MILLAE

CAPITULO XVII

Palabras mayores

Una vez al aire libre, el Genio se remontó a inconmensurable altura, y Horacio hubo de cerrar los ojos, presa de una extraña sensación, mezcla de vértigo y de mareo. El vuelo le pareció prolongarse por muchas horas, aunque en realidad, probablemente no duró más de unos pocos segundos. Su inquietud era aun mayor, por ignorar el punjo hacia dónde volaban, porque instintivamente comprendía que no era ese el camino de su casa.

Al fin se sintió depositado sobre una superficie firme y estable, y entonces pudo atreverse a abrir los ojos. Así que los abrió, las rodillas se le doblaron y su cuerpo entero fué presa de un estremecimiento tal, que por poco no le hizo perder el equilibrio... No era para menos... El desdichado arquitecto se encontró de pié sobre una estrechísima corniza, inmediatamente bajo la bola que corona la cúpula de la Catedral de San Pablo.

Muchos metros mas abajo se desarrollaba el oscuro y plomizo techo de la cúpula, con sus aristas serpenteando en su torno, y mas allá el verde techo de la nave y las dos torres del oeste, con sus columnas grises brillando a la luz del sol.

Las calles de Ludgate, Hill y Fleet Street, parecían hondas y siniestros barrancos sumergidos en la sombra. Hasta donde alcanzaba la vista, se veían, cual caprichosas y accidentadas sierras, los techos y chimeneas

de la gigantesca ciudad, atravesada por aquel río pálido, oleoso, medio envuelto en la bruma.

Con exquisita precaución, Horacio volvió formaban un verdadero mosaico en que se veían mezclados el crema con el pizarra, el indigo, el violeta y el pardo rojizo de los tejados. Aquí y allá surgían caprichosas y fantásticas volutas de humos cenicientos o negruscos que se elevaban hasta el cielo de un azul sucio, y de reflejos dorados.

Era por cierto un espectáculo magnífico, y la misma vaguedad del paisaje, cuyos límites se perdían en el brumoso horizonte, le añadía, aún mayor grandeza, pues la gigantesca ciudad aparecía mística, ilimitada, sin fin conocido. Pero Ventimore, no estaba en estado de apreciar las magnificencias que le rodeaban. No podía menos de preocuparle la razón que hubiera podido tener Fakrash para escoger como sitio de refugio aquel local tan inseguro, y del cual no sabía cómo escaparse, ya que el Genio, por de pronto, había desaparecido.

No se hallaba sin embargo muy lejos, porque muy luego Horacio pudo verlo avanzando por la estrecha corniza, con la tranquilidad del que pasea por su propia habitación.

—¡Ah! ¡Está Ud. aquí!, dijo Ventimore. Ya me creía abandonado. ¡Por qué me ha traído Ud. aquí?

—Porque deseaba hablaros en privado, replicó el Genio.

—En este sitio seguramente no han de molestarnos, dijo Horacio, pero me parece demasiado público. Si nos divisaran aquí, causaremos sensación.

—Los mortales de allá abajo no levantarán sus ojos hacia nosotros... Un conjuro mío se los impide. Sentaos pues y escuchad mis palabras.

Horacio, con todas las precauciones imaginables tomó asiento sobre la cornisa, dejando sus piernas colgadas en el espacio, y Fakrash se colocó a su lado.

—¡Oh! Tú el mas indiscreto de los humanos, empezo en tono de queja... Habéis estado a punto de cometer una gran torpeza, que nos habría perdido para siempre.

—¿Qué demonios dice Ud.? repuso Horacio. Cuando Ud. me dejó metido en ese negocio de la Franquicia de la City, abandonándome en el momento preciso en que su ayuda pudo serme mas necesaria, yo traté de desenredarme, como primero se me vino a las mientes, y justamente cuando comenzaba a explicar mi situación, Ud. me toma por el cuello de mi vestido, y me encarama a este incómodo y peligroso sitio... Considera que es esto tacto y consideración de parte de Ud.?

—Habíais bebido vino y permitido a sus vapores engañosos negar hasta el rincón de los secretos.

—Solo bebí una copa, dijo Horacio, y harto la necesitaba, puedo asegurárselo. Me obligaron a dirigirles la palabra, y gracias a Ud. yo me encontraba metido en tal atolladero, que no tuve otro remedio que el de decirles la verdad toda entera.

—La verdad, como deben haberlo enseñado, no es siempre tabla de salvación, contestó el Genio. Habis estado a punto de traicionar al bienhechor que os había procurado tantos, bienes y gloria, para arrojarlo en las fauces de los leones envidiosos.

—Si esos leones, de que Ud. habla tuvieran el sentido de lo humorístico, dijo Ventimore, las hazañas de Ud. lejos de provocarles a la envidia, les harían reír de buena gana. ¡Por mi alma! ¡Jamás he hecho un papel mas estúpido! Si Ud. necesitaba de todas maneras hacerme recibir la Franquicia de la City, debió haber encontrado algún pretexto decoroso para ello... Pero Ud. dejó en duda este solo punto, y semejante olvido ha bastado para colocarme en una situación lamentable y ridícula.

—¿Qué significan entonces, dijo Fakrash, ese populacho que os aclamaba, y daba voces en vuestro honor... Porque la noticia de vuestro triunfo y fama, ha llegado sin duda hasta Bedea-el-Jemal.

—Se equivoca Ud. dijo Horacio. Si Ud. se hubiera tomado la molestia de hacer algunas cortas averiguaciones, se habría convencido, de que todo su trabajo es cosa perdida.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que Ud. habría descubierto que la princesa en cuestión, no está en peligro de casarse con nadie, porque ya contrajo matrimonio, hace la friolera de treinta siglos. Su marido fué un mortal, un tal Seyf-el-Muluk, hijo de Rey, y ambos han muerto hace muchísimo tiempo... Hé aquí otro obstáculo para los planes de Ud.

—Eso es mentira, exclamó Fakrash.

—Si Ud. me conduce a casa, tendrá mucho gusto en probarle la verdad de estos hechos, con el testimonio de las propias crónicas nacionales de



Horacio tomó asiento sobre la cornisa

su país. Además tendrá Ud. la satisfacción de saber que su antiguo enemigo, Mr. Jarjares, tuvo un fin violento, después de un divertidísimo match con una señorita hija del rey, la cual, aunque muy entendida en materias de magia, hubo de perder también en el último round.

—Yo os destinaba a vos para realizar semejante hasaña, dijo Fakrash.

—Lo sé, dijo Horacio... Era mucha bondad la suya. Pero dudo mucho que yo lo hubiera hecho ni la mitad tan bien como la otra, y el experimento me habría costado por lo menos un ojo, en el mejor de los casos. Más vale que no me haya visto en semejante coyuntura.

—Y desde cuando habéis sabido todo esto?

—Solo desde anoche.

—¿Desde anoche? ¡Y me lo habeis ocultado hasta ahora!

—Tuve demasiado que hacer esta mañana, replicó Horacio... Me faltó tiempo.

—¡Qué insensato he sido en llevar a este perro inmundo, a la augusta presencia del Lord Mayor (sobre quien haya paz), dijo el Genio.

—No me agrada el calificativo que Ud. me da de perro inmundo, dijo Horacio, pero en el resto de su concepto estoy perfectamente de acuerdo. Temo si, que el Lord Mayor no goce ahora de mucha paz.

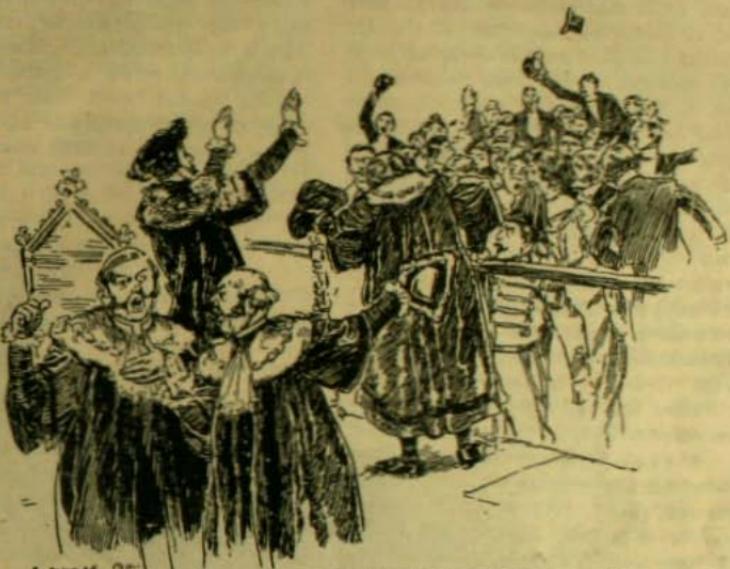
Señaló entonces los agudos tejados de Guildhall, y la delgada torrecilla a través de la cual acababan de salir de tan vergonzosa manera.

—Ud. puede suponer, continuó, el endiablado tumulto que se ha armado allá abajo. Las puertas de la corporación se han cerrado mientras deciden el partido que deben tomar... Y todo por culpa de Ud.

—No,— sino por la vuestra... ¡Cómo

os atrevisteis a informar al Lord Mayor que había sido engañado?

—Porque pensé que él debía saberlo todo. Porque yo estaba obligado, particularmente después de mi juramento de fidelidad, a descubrir cualquiera conspiración contra su persona... Porque me hallaba en un calle-



Se puede suponer el endiablado tumulto que se ha armado allá abajo

jón sin salida. El comprenderá ahora que nada tiene que reprocharme.

—Por fortuna, observó el Genio, yo os arrastré fuera de la sala antes de que hubierais podido pronunciar mi nombre.

—Ud. se precipitó demasiado, dijo Horacio. Todos, todos le han visto a Ud., tégalo por seguro... No fué nuestro vuelo tan rápido para hacernos invisibles... Ellos sabrán reconocer a Ud. si le ven de nuevo... Nadie puede arrastrar a un individuo bajo las propias narices del Lord Mayor, y encumbrarse con él al través del techo como un cohete volador, sin que él se dé cuenta del hecho. Además, si no me equivoco, Ud. es el único Genio que actualmente anda en libertad aquí en Londres.

Fakrash mudó de sitio en la corniza.

—No he cometido desacato alguno contra el Lord Mayor, dijo, por consiguiente no tiene motivo alguno para estar encollerizado conmigo.

Horacio notó que el Genio no se sentía

muy tranquilo, y quiso explotar esta situación.

—Mi viejo y querido amigo, dijo, Ud. parece no haber pasado bastante las consecuencias de lo que ha hecho. Ello es bastante grave, sin embargo, Ud. se ha atrevido a poner al Primer Magistrado y a la corporación de la mas grande ciudad del mundo, en el mas espantoso ridículo. Vea Ud. a la turba que pacientemente espera el fin de la ceremonia. Vea esas banderas... Piense en ese espléndido séquito acampanado a las puertas de Guildhall... Recuerde que allí dentro se ha reunido todo lo que hay de noble, aristocrático y distinguido en esta tierra ¿para qué?... Para ser burlados por un genio escapado de una botella de bronce!

La alarma de Fakrash era visible.

—En su propio interés, observó, guardan en secreto lo ocurrido.

—Probablemente lo harán, si pudiesen, concedió Horacio...

pero ello es imposible; qué dirían?; qué explicación satisfactoria pueden dar?... Además... allí está la prensa... Ud. no sabe lo que es la prensa...

Yo le aseguro que su poder es formidable...

Delante de ella no es posible guardar nada en el secreto. Tiene miles de lenguas, y su oído está en todas partes. Cinco minutos después que esas puertas se hayan abierto (y no pueden permanecer cerradas por mucho tiempo más), los reporteros correrán con sus informaciones en la mano, hacia sus respectivos diarios. Media hora más tarde, en todos los rincones de Londres aparecerán carteles que dirán en enormes letras: "Extraordinaria escena en Guildhall". "Extraño fin de una ceremonia cívica". "Repentina aparición de un Genio oriental en la City". "Rapto de un huésped del Lord Mayor". Intensa excitación". Detalles completos"... Y no serán necesarias muchas horas para que la noticia se esparza por todo el ámbito de la tierra... Y espera Ud. que guarden silencio! ¿Se imagina Ud. que el Lord Mayor, o cualquiera de los que forman su séquito, ha de olvidar, un incidente tan extraordinario como este?... Pues si se lo imagina, yo le aseguro que está equivocado medio a medio.

—En verdad, sería cosa terrible haber incurrido en el desagrado del Lord Mayor, dijo el Genio con turbado acento.



Una espesa capa de densa neblina desarrolló sus oscuras volutas

—Terrible, dijo Horacio... Y creo que Ud. ha incurrido...

—El llevaba alrededor de su cuello una joya mágica, que le daba dominio sobre los malos espíritus ¿No es así?

—Ud. lo sabe mejor, contestó Horacio.

—Fué el esplendor de esa joya y la majestad de su aspecto, lo que me hizo temer el presentarme ante su presencia, porque me habría reconocido por quien soy y obligándome a obedecerle, porque en verdad su poder es aún mayor que el de Salomón, y su mano aún más rígida sobre los genios que caen en su poder.

—Si es así, dijo Horacio, yo le aconsejaría a Ud. que tratara de remediar el desasosiego cometido, y de poner las cosas en orden antes de que sea demasiado tarde... No tiene Ud. tiempo que perder.

—Decís muy bien, dijo Fakrash poniéndose de pie y volviendo su rostro hacia Cheapside.

Horacio se colocó a sus espaldas, siempre sentado sobre la corniza, y mirando entre las piernas del Genio, pudo ver las copas de los árboles de Churchyard y las negras masas de pueblo que cubrían la calle.

—Solo conozco un medio para remediar esto, dijo el Genio, y bien puede ser que haya perdido el poder de ejecutarlo.... Lo probaré, sin embargo.

Y alzando su mano derecha, la dirigió hacia el oriente, mientras pronunciaba una especie de invocación o conjuro.

Horacio casi se cayó de la corniza, con el temor de lo que podía ocurrir. ¿Iba a estallar una tempestad, una epidemia, o una horrible convulsión de la naturaleza? Estaba cierto de que Fakrash no retrocedería ante medio alguno, por violento que fuera, para borrar las trazas de su error, y tenía muy pocas esperanzas de que cualquiera cosa que hiciera, no resultara una indiscreción aun peor que las anteriormente cometidas.

Felizmente, el Genio no recurrió a ninguna de estas medidas extremas. Pero el resultado no fué por eso menos extraordinario. Ante elconjuro de Fakrash, y como obedeciendo a sus misteriosas gesticulaciones, una espesa capa de densa neblina, desarrollo surcadas volutas sobre el Royal Exchange, envolviendo uno a uno a los edificios de la ciudad en su rápido avance. Así desaparecieron, Guildhall, Bow-Church, y el mismo Cheapside, y en pocos minutos al

Oriente y al Poniente, al Norte y al Sur, Horacio no pudo ver sino la negra y fantástica nube, cubriendo la ciudad toda enteramente.

—¡Mirad, ahora!... exclamó Fakrash.

Horacio pudo ver entonces surgir de la neblina la torre de Bow-Church, y más tarde y uno después de otros, los demás edificios y calles de la ciudad, regocijados e intactos como antes del extraordinario experimento. Solo habían desaparecido las banderas, con su brillante despliegue de alegres colores, las tropas y las turbas que antes ocupaban todas las avenidas que rodean a Guildhall. Se había restablecido el tráfico ordinario de omnibus, coches y vehículos de toda especie, y hasta arriba subía el alegre rumor de la ciudad entregada a su devorador trabajo.

—La nube que habeis visto, dijo Fakrash, ha borrado la memoria de estos acontecimientos, en todos los mortales reunidos para rendiros homenaje. Ved como cada uno va a sus negocios, y como los pasados incidentes se han desvanecido como si nunca jamás hubieran sucedido....

No era muy frecuente el que Horacio pudiera celebrar sincera y honradamente las hazañas del Genio, pero ante esta, no vaciló en demostrar su entusiasta admiración.

—Por el alma de mi abuela! dijo... Esto ciertamente viene a sacar de apuros al Lord Mayor y a todos sus huéspedes, en la forma mas sencilla del mundo. Debo decirle, Mr. Fakrash, que ésta es la mejor cosa que le he visto hacer, desde que tengo el honor de conocerlo.

—Esperad aun, dijo el Genio, porque vais a verme muy luego ejecutar otra, aun más excelente.

Al pronunciar estas palabras, sus ojos despedían siniestros relámpagos, y los largos pelos de su barba parecieron erizarse, en una furia extraña y aterradora.—Horacio se sintió inquieto y apenas se atrevía a mirar al Genio.

—Pienso en realidad, dijo, que por hoy Ud. ha trabajado bastante... El viento va haciéndose incómodo y frío. No me disgustaría encontrarme de nuevo en terreno llano.

—Muy luego os encontrareis en él, replicó el Genio, ¡oh criatura imprudente y malévolas!

Y diciendo esto, golpeó con fuerza en el hombro de Horacio.

—Algo le tiene molesto, se dijo Horacio, y añadió en voz alta.... Mi querido amigo... No comprendo ese tono en Ud. ;Acaso le he ofendido?

—Divinamente dotado fué el que dijo: "Guardate de dejar para mañana el castigo de las injurias, porque después será más difícil que hoy."

—Excelente, dijo Horacio, pero no veo ahora la aplicación de esa sentencia.—

—La aplicación, repuso el Genio, es que estoy determinado a arrojaros de esta torre al suelo, con mis propias manos.

Horacio quedó un instante aturdido y sin alientos... Enseguida por un poderoso esfuerzo de voluntad, logró recobrar el uso de la palabra.

—¡Ah! señor, dijo... Ud. no puede tener semejante intenciones... ¡Después de todas sus bondades!... Ud. es demasiado magnánimo para ser capaz de semejante atrocidad.

—He borrado de mi pecho todo sentimiento de compasión, repuso Fakrash... Preparaos pues a morir... Ya no hay perdón.

Ventimore no pudo menos de extreme-

carse. Hasta entonces no había logrado tomar a Fakrash enteramente en serio, apartar de sus sobrenaturales poderes. Le había tratado siempre con cierta tolerancia al mismo tiempo amable y despectiva, como a un sujeto bien intencionado, pero incuriablemente torpe y casi chocho.—Nunca se imaginó que el Genio pudiera llegar a semejantes extremos de malevolencia hacia su persona... Y he aquí que semejante caso inesperado se presentaba repentinamente. ¿Cómo iba ahora a engañar y desarmar á ese ser formidable y extraño?... Solo a fuerza de serenidad y sangre fría, podía esperar el ver nuevamente a Silvia.

Sentado sobre la estrecha corniza, llegaba hasta su olfato, un no despreciable olorcillo a olor, que salía de una fábrica de cerveza de la vecindad... Esta fué su única sensación. Incapaz de poner en orden sus ideas, miraba insensiblemente la afamada turba de hombres de negocios que se movían en la calle allá abajo, inconscientes del tremendo drama que se desarrollaba entre la tierra y el cielo.—

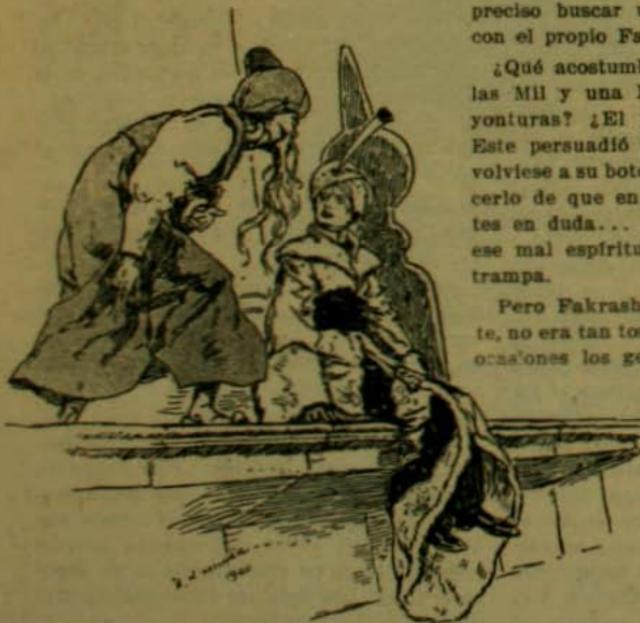
De allí no podía esperar auxilio alguno... Sus gritos no serían oídos, y aunque lo fueran, nadie era capaz de subir a aquella inaccesible corniza, antes de que se cumpliera su infeliz destino.... Era pues preciso buscar un medio de entendérselas con el propio Fakrash.

¿Qué acostumbraban hacer las gentes de las Mil y una Noches, en semejantes coyunturas? El pescador, por ejemplo?... Este persuadió a su respectivo genio que volviese a su botella, con el fin de convencerlo de que en realidad había estado antes en duda... Así excitada la vanidad de ese mal espíritu, hubo este de caer en la trampa.

Pero Fakrash, aunque bastante sencillote, no era tan tonto como todo eso. En otras ocasiones los genios eran ablandados, con-

tándoles cuentos unos después de otros. Por desgracia, Fakrash no parecía en humor de oír cuentos, y aunque quisiera escucharlos, Horacio no estaba en situación de espíritu para inventarlos.

—Además, se decía, yo no puedo estar con-



Estoy absolutamente resuelto a darte muerte

tando cuentos para siempre, sentado en esta corniza. Prefiero que me mate de una vez.

Recordó entonces que todos esos espíritus arábigos amaban la discusión, y tenían ciertos conceptos de justicia, que acaso era posible explotar.

—Pienso, Mr. Fakrash, dijo, que en estricta equidad, tengo derecho de saber qué falta he cometido.

—Para enumerar vuestras faltas, replicó el Genio, sería necesario muchas horas.

—No importa, dijo Horacio afablemente.... Estoy a su disposición por todo el tiempo que Ud. necesite. No tengo prisa alguna.

—Yo si la tengo, repuso Fakrash, avanzando hacia Ventimore... No pronuncieis una palabra más porque vuestra muerte es inevitable.

—Pero antes, dijo Horacio, ¿Rehusaría usted contestarme una o dos preguntas?

—¿No me habrás acaso prometido no solicitar de mí ningún otro servicio? No os afaneis pues en balde, porque estoy absolutamente resuelto a daros muerte.

—Se lo pido, dijo Horacio, en el gran nombre del Lord Mayor (sobre quien haya paz).

Fué un recurso desesperado, pero hizo efecto. El Genio se ablandó visiblemente.

—Preguntad pues, dijo, pero sed breve, porque el tiempo avanza.

Horacio quiso apelar por última vez a ese sentimiento de gratitud que parecía predominar en el carácter de Fakrash.

—Muy bien, dijo... ¿No es verdad que sin mí usted estaría en la botella de bronce?

—Esa es, repuso el Genio, la verdadera razón por la cual me ha propuesto destruirlos.

Horacio no pudo reprimir un grito de angustia, al ver desvanecida su última esperanza de salvación.

—¿Tenéis otra pregunta que dirigirme? continuó el Genio... ¿queréis sufrir vuestra suerte, sin más explicación?

Horacio estaba resuelto a luchar hasta lo último... Su juego hasta entonces había sido malo, y resolvió tomar otro camino.

—Tengo otra pregunta que hacerle, dijo, y recuerde que Ud. me ha prometido contestarla en nombre del Lord Mayor.

—Contestaré una sola pregunta más, y ninguna otra dijo el Genio en tono inflexible.

Ventimore comprendió que su suerte dependía de las palabras que iba a pronunciar.

CAPITULO XVIII

Juego de Bluffs

—Estoy esperando vuestra segunda pregunta, hombre pertinaz y testarudo, dijo el Genio con cierta impaciencia.

Y de plé y con los brazos cruzados sobre el pecho contemplaba a Horacio, el cual arrimado al borde de la corniza no se atrevía a mirar hacia el abismo abierto a sus pies, temeroso de sentir de nuevo los efectos del vértigo.

—A ello voy, dijo Ventimore... Necesito saber por qué se propone Ud. despedazar me en forma tan salvaje, en premio de haberlo yo sacado de la botella. ¿Se encontraba usted muy cómoda dentro de ella?...

—En la botella por lo menos me era permitido el descanso y nadie me molestaba. Pero vos al libertarme no me advertisteis que Salomón había muerto, y que ahora reinaba en su lugar, otro soberano, mil veces mas poderoso, que aflige a nuestra raza con trabajos y torturas mucho peores, que las imaginadas por el hijo de David.

—¿Qué demonios se le ha metido a Ud. en la cabeza! ¿Se refiere Ud. al Lord Mayor?

—A quién sino a él puedo referirme? dijo solemnemente el Genio.... Aunque ahora he podido escapar a su venganza, bien sabéis que por la virtud de la joya mágica que lleva sobre el pecho, o valléndose de ese monstruo maligno con miles de ojos, oídos y lenguas que llaman "La Prensa", caeré tarde o temprano bajo su poder.

Al oír esto y, apesar de su crítica situación, Horacio no pudo menos de soltar la risa.

—Perdone Ud. Mr. Fakrash, dije tan luego como pudo hablar, pero ¿cómo puede usted haber imaginado semejante absurdo?...

¡El Lord Mayor!... El no es capaz de hacer caer un pelo de la cabeza de Ud...

—No tratéis de seguir engañándome, dijo Fakrash, con furia: ¡No me habéis acaso dicho, con vuestros propios labios, que él tiene poder sobre los espíritus de la tierra, del agua, del aire y del fuego? ¡Acaso no tengo yo ojos? ¡No he podido contemplar los trabajos de mis hermanos cautivos? ¡Quiénes sino genios esclavizados pueden llevar esas máquinas prodigiosas sobre maravillosos puentes de hierro?... ¡No he contemplado yo mismo sus penosos esfuerzos, convertidos en vapor y en fuego, moviendo pesadas máquinas sobre la tierra, o arrastrándose majestuosas sobre el mar? ¡No están otros aprisionados en altos pilares arrojando hasta el cielo negras columnas de humo? ¡No atruenan el aire con su encadenada potencia, allá en la oscuridad y en los tormentos?... Y vos tenéis la desvergüenza de afirmar que todas estas maravillas se obran en el reino del Lord Mayor sin su conocimiento! En verdad creíis habérnoslos con un insensato.

—Después de todo, se decía entretanto Ventimore, si a este viejo se le ha ocurrido que las locomotoras, los barcos de vapor y las máquinas en general, están movidas por genios esclavizados... no tengo ningún interés en desengañarlo... ¡Al contrario!

—En verdad ignoraba, dijo, que fuera tanto el poder del Lord Mayor, pero probablemente Ud. tiene razón... Y si Ud. tiene tanto interés en ser propicio a tan eminentes personaje, el matarme será un disparate... Ello le disgustará a él infinito.

—No por cierto, dijo el Genio, porque yo le declararé que vos os habéis expresado irrespetuosamente acerca de él, en mi pre-



—Ve Ud. esos largos alambres que, colgados de altísimos postes, cruzan los aires por doquier?

sencia, y que os he dado muerte, en justo castigo de tamaña desacato.

—Mucho más en el orden sería que Ud. me llevara a su presencia, a fin de que él mismo tome una resolución... Este es el procedimiento más correcto.

—Puede ser, dijo Fakrash, pero he concebido hacia vos tal indignación en vista de vuestra insolencia y traiciones, que no puedo resistir al deseo de despedazaros con mis propias manos.

—¡Y qué hará Ud. enseguida? preguntó Horacio en el colmo de la desesperación...

—Enseguida volaré hacia Arabia donde nadie podrá perseguirme...

—Eso no me parece muy seguro, dijo Horacio. —Ve Ud. esos largos alambres amarrados a altísimos postes que cruzan los aires por doquier? Pues bien, dentro de ellos

existe una fuerza poderosa, que llamamos corriente eléctrica, por medio de la cual, el Lord Mayor puede enviar un mensaje que llegaría hasta Bagdad, antes de que Ud. llegue siquiera a Folkestone... Debo además advertirle que la Arabia está hoy más o menos bajo la jurisdicción británica.

—Esto era por cierto un bluff, porque Horacio sabía perfectamente que, a pesar de todos los tratados de extradición, eso de echar mano a un genio rebelde, no era un negocio tan sencillo.

—¡Creeis entonces, que no estaría yo en seguridad, ni siquiera en mi propio país? preguntó Fakrash.

—Lo juro por el sagrado nombre del Lord Mayor (sea él por siempre bendito y alabado), dijo Horacio... No hay tierra en el mundo en que puedas estar más seguro que aquí mismo.

—Pero si yo estuviera encerrado nuevamente en una botella, dijo el Genio. ¡Acaso el propio Lord Mayor no respetaría el sello de Salomón?... Imposible me parece que se atreviera a molestarme.

—Naturalmente!... exclamó Horacio, dando apenas crédito a sus oídos... Es por cierto una brillante idea, la que a Ud. se le ha ocurrido, mi querido Mr. Fakrash.

—Mientras permanezcas en la botella no me obligarán a trabajar, continuó el Genio... El trabajo sea de la naturaleza que fuese, es lo que más aborresco en el mundo.

—Lo comprendo, lo comprendo, dijo Horacio con afectuosa simpatía. Ya me lo imaginó a Ud. arrastrando un tren de excursionistas hacia la playa de Brighton, un día festivo, o condenado a imprimir un periódico barato de caricaturas o algún pañuelo patriótico, cuando puede llevar una existencia tan cómoda y tranquila dentro de su botella. Si yo estuviera en lugar suyo, me escondería allí desde luego... Si quiere podemos irnos juntos a casa... donde conservo la botell... .

—Volveré a mi botella, desde que no puedo estar seguro en otra parte, dijo el Genio. Pero volveré solo...

—¡Solo! exclamó Horacio... ¡Vá Ud. entonces a dejarme en esta corniza, que me será imposible abandonar sin la ayuda de Ud.?

—De ninguna manera, repuso el Genio. ¡No os he dicho acaso que he resuelto vuestra pérdida? Demasiado tiempo he diferido el cumplimiento de este deber.

Una vez más. Horacio se dió por perdido... Ello le era tanto más amargo, cuanto que había comenzado a creer desvanecido el peligro... Pero así y todo, estaba dispuesto a luchar hasta lo último.

—Espere Ud. un momento, dijo.—Comprendo que si Ud. ha resuelto estrellarme, nada le es más fácil que ejecutarlo... Solo basta de advertirle, que, si mucho no me equivoco, no va a ser para Ud. sencillo, realizar sin mi ayuda el resto de su inteligente programa.

—¡Pobre infeliz mortal! exclamó el Genio. ¡qué ayuda podéis prestarme en este caso?

—Concedo que Ud. pueda meterse por sí solo dentro de la botella... Eso es muy fácil... Pero la dificultad es esta... ¡Está Ud. enteramente seguro de que podrá Ud. colocar la tapa, desde adentro?

Si este diablo, puede hacer esto, pensaba el pobre joven, este asunto se acabó.

—Eso, comenzó Fakrash en tono confiado, eso sería el asunto más fácil... pero... pero... hay cosas que ni aún los genios pueden realizar... y una de ellas, es la de tapar una botella, permaneciendo dentro de ella. Mucho os agradezco me hallais hecho presente esta pequeña dificultad.

—No hay de qué, dijo Ventimore... Será muy agradable para mí, poder prestarle este nuevo servicio... Con mis propias manos le embotellaré a Ud. tan confortablemente que no tenga más que pedir.

—Hablais como un loco, exclamó el Genio... ¡Cómo podreis embotellararme, despues que yo os haya destrozado en mil pedazos?

—Esta, dijo Horacio con toda la cortesía que pudo, ésta es precisamente la dificultad, que yo estaba pensando en la manera de orillar.

—No... No hay dificultad ninguna, porque tan luego como yo esté en la botella, conjuraré a ciertos espíritus inferiores, para que vengan a colocar el sello.

—Cuando Ud. esté en la botella, dijo Horacio a la ventura, no le será fácil hacer conjuros de ninguna especie.

—Los haré antes de entrar en la botella, dijo el Genio con impaciencia... Estás haciendo juegos de palabras!

—Yo me cuidaría de esos espíritus inferiores, dijo Horacio... Ud. sabe lo que son esos diablos... No me extrañaría que en lugar de embotellarlo honradamente, lo

condujeran a Ud. donde el Lord Mayor... Le respetan muchísimo... En fin yo se lo advierto, y me lavo las manos en este asunto.

—¡A quién confiarle entonces? dijo Fakrash, frunciendo el entrecejo.

—No sé... a la verdad no descubro a quién pueda Ud. confiarle. Es por cierto lamentable que Ud. esté tan resuelto a destruirme, porque, casualmente soy la única criatura en el mundo, que puede sellar a Ud. y guardarle el secreto... Sin embargo, esto es negocio suyo... ¡Qué me importa a mí lo que a Ud. llegue a acontecerle!

—Aún en estos momentos, dijo el Genio indeciso, podría yo perdonaros... pero antes necesitaría estar seguro de vuestra fidelidad.

—Pensaba que yo era más de fiar que esos diablos de espíritus inferiores, dijo Horacio con indiferencia muy bien fingida... Pero si Ud. no lo piensa así, poco me importa. No tengo mayor interés en conservar la vida. Ud. me ha arruinado por completo, y puede muy bien completar su obra. Casi estoy tentado a saltar de una vez abajo, y ahorrarte a Ud. este trabajo... Puede, sin embargo, que cuando Ud. me vea hecho trizas sobre el pavimento, lo sienta muy de veras.

—¡Calmad vuestro arrebato y no os precipitéis! dijo el Genio apresuradamente, sin la menor sospecha de que la amenaza de Ventimore no era sino un bluff... Si me embotelláis como lo habéis prometido, no solo os perdonaré, sino que os concederé cuanto me pidáis.

—Llevadme entonces a mi casa, dijo Horacio. Este sitio no es el más adecuado para discutir negocios.

—Decís muy bien, repuso el Genio, tomaos, pues, de mi brazo y os transportaré a vuestra habitación.

—Prométame Ud. antes jugar limpio, dijo Horacio, no del todo seguro de las intenciones del Genio. Recuerde Ud. que si me pierde, no le que-

dará otro amigo en el mundo.—Lo juro, repuso Fakrash... No caerá un pelo de vuestra cabeza.

Aún así, Horacio no las tenía todas consigo. Pero como no descubriera otro medio de abandonar aquella peligrosa cornisa, se decidió a correr el riesgo. No fué errada su confianza, porque el Genio lo condujo volando hasta la plaza Vincent, con honorable precisión, y lo colocó suavemente en su sillón de brazos, en el cual casi había perdido la esperanza de verse sentado nuevamente.

—Os he traído hasta aquí con entera se-



Se decidió a correr el riesgo

guridad, dijo Fakrash, y estoy persuadido de que no estás acordando contra mí, traición alguna, y que por el contrario habéis de salvarme, si ello está en vuestro poder.

Horacio iba a asegurárselo que nadie como él estaba ansioso de verlo nuevamente en seguridad, dentro de la botella, pero se contuvo, pensando que sería mala política manifestar demasiado interés en el asunto.

—Después de lo ocurrido, dijo, no estoy muy seguro de que me convenga ayudarle. Sin embargo, estoy dispuesto, a cumplir mi palabra bajo ciertas condiciones.

—;Condiciones! exclamó el Genio. ¿Aún estás pensando en traficar con mi persona?

—Mi excelente amigo, dijo Horacio tranquilamente, Ud. sabe muy bien que nadie sino yo puede embotellarlo en forma satisfactoria... Pero, si no le agradan a Ud. mis términos puede acudir a esos espíritus inferiores, de que habla, si encuentra alguno bastante osado para atreverse a incurrir en el desagrado del Lord Mayor.

—Os he colmado de riquezas y honores, y nada más hé de concederos, dijo el Genio con acento sombrío. Ahora, para manifestaros mi desagrado, os privaré de aquellos de mis presentes que aun os restan.

Diciendo estas palabras apuntó hacia Horacio su dedo índice, e instantáneamente se desvanecieron las ricas vestiduras de Ventimore, el cual quedó poco menos que en camisa.

—Ud. solo está probando su mal carácter, dijo Horacio, y no me molesta en modo alguno... Sin embargo, excúseme por un momento... Voy a ponerme algo encima y espero que mientras tanto Ud. sabrá calmar sus nervios.

Al cabo de un rato volvió a la plena, después de haberse vestido apresuradamente.

—Ahora, Mr. Fakrash, dijo, concluiremos nuestro negocio... Ud. dice que me ha colmado de beneficios, y parece creer que le debo gratitud por ellos. Pero, en nombre del Cielo ¡qué tengo yo que agradecerle?

Si durante todo este tiempo he disimulado, ha sido por respeto a sus buenas intenciones. Ahora voy a hablar claramente. Desde el principio le dije que yo no necesitaba ni honores ni riquezas de parte de Ud. El único servicio efectivo que Ud. me prestó fué el de traermé un cliente, pero enseguida lo echó a perder con su insistencia en edificar el palacio, en vez de dejarme a mí ese cuidado.—Además, gracias a Ud. estoy arruinado y desacreditado.—Mi propio y único cliente, ha de juzgarme en pacto con el Demonio... La niña con quien iba a casarme cree que la he abandonado por una prin-



Instantáneamente se desvanecieron las ricas vestiduras de Ventimore

cesa que no existe. Su padre nunca podrá olvidar que yo lo he visto en la figura de un mulo tuerto... En suma, mi situación es tal, que en verdad no sé si me conviene mas la vida o la muerte.

—;Y qué me importa a mí todo eso? dijo el Genio.

—Le importa porque a menos de que Ud. ponga en orden lo que ha desordenado, yo preferiría ser ahoreado antes que tomarme el trabajo de embotellarlo de nuevo.

—;Y cómo podría yo poner derechas, co-

sas torcidas? exclamó Fakrash con impertinencia.

—Así como Ud. logró hacer olvidar a tantas gentes lo ocurrido en Guildhall, también puede hacer olvidar a mis amigos la botella de bronce, y todo lo que a ella se refiere.

—No habría en ello la menor dificultad, advirtió Fakrash.

—Hágalo entonces, y consentiré en sellarlo dentro de la botella, como si nunca hubiera Ud. salido de ella, y aún mas, extenderé mi complacencia hasta echarlo a Ud. en el Támesis, adonde nadie pensará en perturbarlo de nuevo.

—Traed antes la botella, dijo Fakrash, porque no puedo convencerme de que no estás ocultando una nueva perfidia, dentro de vuestro corazón.

—Llamaré a mi patrona para que traiga la botella, dijo Horacio. ¿Le satisface a Ud. esto?... Aguardo... Mejor sería que ella no le viese...

—Voy a hacerme invisible, dijo el Genio, desapareciendo instantáneamente.

—Mucho cuidado con engañarme, continúo su voz, porque estoy escuchándoo.

—Al fin está Ud. de vuelta Mr. Ventimore, dijo la señora Rapkin entrando, y no ha traído a aquél extravagante caballero... Mi marido y yo quedamos muy sorprendidos al verlo esta mañana, subir en un coche espléndido, vestido con tanta magnificencia... ¿Quién sabe decíamos si se llevan a Mr. Ventimore al Palacio Real, o al Castillo de Wln'sor?

—¿Qué le importaba a Ud? dijo Horacio con impaciencia... Necesito esa botella de bronce que traje el otro día... Tráigamelas luego.

—No recuerda que el otro día me dijo que no la quería ver más delante de sus ojos?

—He cambiado de opinión, y ahora quiero que me la traiga.

—Lo siento mucho pero ello es imposible, porque Rapkin, por quitar de en medio ese estorbo, dispuso venderla a un caballero que tiene una tienda de antigüedades en la calle del Puente... No quisieron dar por ella sino media corona.

—Dame el nombre de ese caballero, dijo Horacio.

—Dilger, señor, Manuel Dilger... Si quiere Rapkin puede ir a buscarla.

—Iré yo mismo, dijo Horacio... Está

muy bien, señora Rapkin, ha sido una equivocación suya, pero yo necesito mi botella... Puede Ud. retirarse.

—¡Oh! Vos el de la pelada faz y de la doble lengua, dijo el Genio, reapareciendo una vez que hubo salido la patrona. ¡No había yo previsto que ibais a engañarme?... Restauradme en mi botella!

—La traeré en un momento, dijo Horacio. Volveré en cinco minutos.

Y se dispuso a salir.

—No abandonareis esta casa, exclamó Fakrash. Bien veo que se trata de una astuta vuestra para escapar y denunciarme al Demonio de la Prensa.

—Si Ud. no comprende, dijo Horacio con furia, que estoy tan ansioso como Ud. mismo, de verlo encerrado en esa maldita botella, es que Ud. es demasiado obtuso de inteligencia... ¡No lo entiende Ud.?... Han vendido la botella, y no puedo comprarla de nuevo sin salir... No sea tan poco razonable.

—Id pues, dijo el Genio... Aquí os espero. Pero tened entendido que si tardais en volver sin mi botella, me convenceré de que sois un traidor, y he de infringiros a vos, y a los que os son queridos, los mas espantosos castigos.

—Volveré en una media hora, a mas tardar, dijo Horacio, creyendo que ese tiempo le bastaría, y encantado de que al Genio no se le hubiera ocurrido acompañarlo en persona.

No le costó poco dar con el establecimiento de Mr. Dilger, que era un tenducho miserable y polvoriento, situado en una obscura callejuela. El estrecho local estaba repleto de sillas destrozadas, cajas de reloj vacías, anteojos sin vidrio, oleografías rotas y cuanto objeto puede imaginarse de aquellos que parecen no tener valor para creatura viviente. Pero entre aquellas curiosidades no se veía la botella de bronce.

Ventimore se topó allí con un mozalbete de trece años, paseando sus ojos a la escasa luz de la estancia, por uno de esos periódicos humorísticos de a medio penique, que gracias a la perfección de nuestros métodos educativos, están hoy al alcance del ochenta por ciento de la juventud de Londres.

—Necesito ver a Mr. Dilger, comenzó.

—Es imposible, dijo el jovencuelo... No está en casa... Ha ido a un remate.

—Volverá luego?

—Puede que venga a tomar té... Pero probablemente no llegarás hasta la hora de comer.

—¿Tiene Ud. por casualidad botellas viejas de metal... de cobre, o de bronce?...

—No señor...

—Entonces... una vasija... algo por el estilo.

—No señor...

Y el muchacho volvió a leer su periódico jocoso.

Horacio comenzó entonces a buscar por el establecimiento, con la terrible sospecha de haber acudido a otra tienda que la que buscaba. La botella no parecía por parte alguna... Al fin la descubrió, con indecible gozo, bajo de un montón de porquerías.

—Una cosa así, es lo que necesitaba, dijo tentándose los bolsillos, donde no tenía sino una libra esterlina... ¿Cuánto vale?

—No sé, dijo el niño.

—¿Quiere Ud. tres chelines por ella, dijo Horacio, que no quería aparentar demasiado interés.

—Se lo preguntaré al patrón cuando vuelva... Venga Ud. más tarde, fué la respuesta.

—La necesito ahora mismo, insistió Horacio... Le daré tres chelines y medio.

—No puedo resolver por mí mismo, replicó el muchacho.

—Puede ser, dijo Horacio... Pero el hecho es que tengo prisa... Le dejaré esta libra para que la cambie... y volveré después por el vuelto... Así Ud. permitirá que me lleve la botella.

—Es Ud. demasiado impaciente, dijo el niño con aire de sospecha.

—No por cierto, pero voy aquí cerca, y nada me cuesta volver.

—Entonces bien puede esperar a que llegue el patrón.

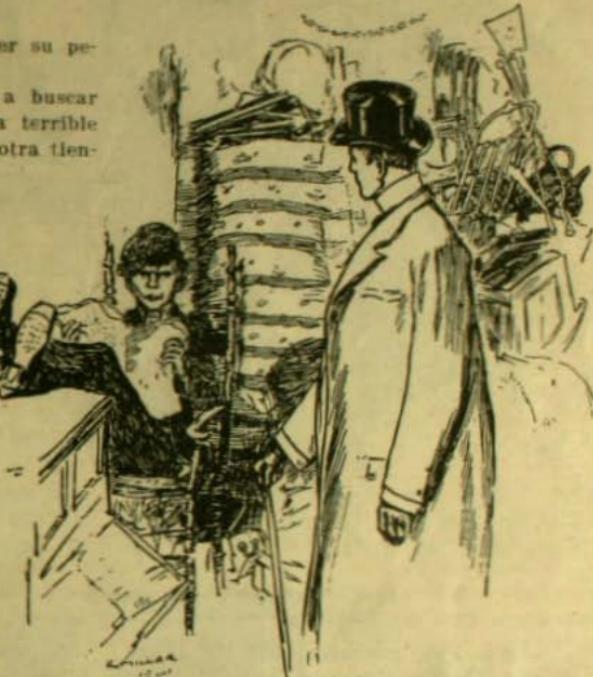
—La verdad es que no paso con frecuencia por esta calle, dijo Horacio.

—Si vive tan cerca, nada le costará pasar otra vez, contestó el insolente pilluelo, volviendo a su interrumpida lectura.

—Así es como cuida Ud. los intereses de su patrón? dijo Horacio.. Escuche Ud. Le

daré cinco chelines.... Ud. no puede rechazar semejante oferta. Sería una locura.

—Probablemente, pero tanta locura sería aceptar esa oferta como rechazarla, porque yo estoy aquí solo para vigilar la tienda... No tengo autorización para vender ningún



—Tiene Ud., por casualidad, botellas viejas de metal?

objeto, ni sé tampoco los precios que les haya puesto el amo. ¿Entiende Ud.?

—Tome los cinco chelines, dijo Horacio, y si la cosa resulta valer más, volveré después para arreglar con el patrón.

—No señor... No puedo aceptar negocio ninguno... Me parece haberlo dicho bien claro.

Horacio experimentó el insensato deseo de coger la botella y huir con ella, y acaso habría cedido a la tentación, quién sabe con qué consecuencias, si en ese mismo momento no hubiera penetrado en la tienda un hombre de cierta edad, medianamente vestido y aspecto de autoridad y mando.

—Señor Dilger, dijo el pilluelo... Aquí hay un señor a quien le ha dado la fantasía de llevarse esa vieja botella de bronce. Me ha ofrecido por ella cinco chelines, pero yo le he dicho que necesitaba esperarlo a Ud.



Dí por ella una libra donde Christie's

—Muy bien, muchacho, dijo Mr. Dilger, lanzando una rápida pero escrutadora mirada sobre Horacio... ¡Cinco chelines! Ud. por lo visto, señor, sabe poco en materia de antigüedades... ¡Cómo puede hacer una oferta semejante?

—Sé más de lo que Ud. se imagina, dijo Horacio... ¡Quiere seis chelines?...

—No puedo señor, en verdad no puedo. Dí por ella una libra donde Christie, tan cierto como que habremos algún día de comparecer ante el Supremo Juez, declaró en un tono ambiguo.

—Su memoria le traiciona seguramente, dijo Horacio. Ud. compró esa botella a un tal Mr. Rapkin, que vive en la plaza Vincent, y pagó por ella exactamente media corona.

—Así será, dijo Mr. Dilger, sin mostrar la menor confusión... Si yo compré esa botella a Mr. Rapkin, nada tiene eso de indecoroso o deshonesto... fué un negocio muy legítimo.

—No digo otra cosa... pero ¿cuánto quiere Ud. por el objeto?

—Vea Ud. cómo está trabajada.—Ya no se encuentran obras de este género... Los antiguos holandeses usaban éstas botellas para guardar leche u otros líquidos.

—Yo no le pregunto para qué la han usado, exclamó Horacio fuera de sí... Demasiado sabido lo tengo. ¿Quiere decirme cuánto pide por ella?

—No puedo vender una curiosidad como ésta en menos de treinta chelines, dijo Mr. Dilger con afectación... Lo demás sería perjudicarme.

—Le daré una libra esterlina, dijo Horacio... Bien sabe Ud. el beneficio que el negocio le deja... Esta es mi última palabra.

—Mi última palabra, señor, es "hasta más ver", dijo el astuto comerciante.

—Buenas tardes, dijo Horacio, y fingió salir de la tienda.

Su astucia tuvo buen resultado, porque Mr. Dilger, corrió tras de él y le detuvo.

—No se vaya, señor, dijo... Hay que hacer negocios cuando se puede... Los tiempos están tan malos... Sinembargo, una libra por esta botella, por una obra de arte así, es demasiado poco... Consiento sin embargo en dejársela por ser el día de mi cumpleaños.

Horacio pagó la libra.

—Debe tener esto un tapón o algo así por el estilo, dijo de pronto... ¡Dónde lo ha puesto?

—No señor, Ud. se engaña... Nunca he visto botellas de esta clase que tengan tapa... Se lo aseguro.

—Pues yo sé, que ésta la tenía, dijo Horacio. Pero no importa, agregó al recordar que el sello estaba en poder de Fakrash... La tomaré como está... No se moleste... Tengo mucha prisa.

Era ya casi de noche cuando llegó a su habitación, donde hubo de encontrar al Genio, poseído a la vez de rabia y de inquietud.

—¡Seais mal venido! exclamó, perro mor-

tal. ¡Maldiga Dios vuestras lentitudes!... Si hubierais demorado un minuto mas, habría hecho caer alguna horrible calamidad sobre vuestra cabeza.

—No necesita Ud. molestarse por tan poco, ahora, repuso Ventimore. Aquí está su botella, y puede meterse Ud. en ella tan pronto como guste.

—Pero ¿Y el sello? exclamó el Genio; ¿Qué habeis hecho del sello con que se tapaba la botella?

—El sello?... ¿Acaso no lo tiene Ud. en uno de sus bolsillos?

—¡Oh, perro de bajos antecedentes! gruñó Fakrash, buscando entre sus vestiduras... ¿Con que yo tengo el sello? Esta solo es una nueva astusia para engañarme.

—No hable tan alto, repuso Horacio... Recuerde que ayer obligó Ud. al profesor a que se lo entregara... Quizás lo haya perdido después en alguna parte... Pero, no importa... Buscaré un corcho cualquiera que le venga bien a la botella, y tengo un timbre de lacre, que sirve para sellarla.

—No quiero otro sello, sino el de Salomon declaró el Genio. Con ningún otro estaré en seguridad. En verdad creo que ese astuto y sapientísimo amigo vuestro, ha usado de algún encanto para que el sello volviera nuevamente a sus manos. Iré inmediatamente a su casa y le obligaré a que me lo devuelva.

—No haga Ud. tal, dijo Horacio, en el colmo de la alarma, pues estaba viendo que no era tan fácil embotellar a un Genio, como le había parecido... Ese pobre viejo es incapaz de haber hecho semejante pillería. Además si Ud. sale ahora a la calle, puede atraer la atención de la prensa, cosa que le conviene evitar.

—Me vestiré con el traje de los mortales, como ya lo he hecho en otra ocasión, dijo Fakrash.

Y repentinamente sus extravagantes vestiduras se convirtieron de nuevo

en la levita y pantalones que usara el día anterior.

—Así no llamaré la atención, dijo.

—Espere un momento, dijo Horacio. ¿Qué tiene Ud. en el bolsillo izquierdo de la levita?

—En verdad, dijo el Genio contemplando no sin sobresalto el objeto, es en verdad el sello.

—Ud. se precipita siempre a pensar mal de la gente, dijo Horacio. Ahora, espero que lleve Ud. a su retiro una mejor opinión acerca de la naturaleza humana.

—Malditos sean los hombres de esta edad, exclamó Fakrash, reasumiendo sus verdaderas vestiduras y su turbante... Ninguna fe me merecen los mortales, y de todos me vengara, si el Lord Mayor (sobre quien haya paz) no fuera mas poderoso que yo... Ahora ya ha llegado el tiempo... Coged pues la tapa, y cuando yo esté dentro de la botella, selladla en la misma forma que antes lo estuve, y arrojadla a lo mas profundo de las aguas, donde ningun ojo humano, pueda en adelante descubrirla.

—Con el mayor gusto, dijo Horacio... Pero antes cumpla Ud. por su parte lo prometido... Ud. debe borrar de la memoria



Es en verdad el sello

de las gentes vuestro recuerdo y el de la botella de bronce...

—De ninguna manera puedo hacerlo, porque entonces vos mismo olvidaríais vuestro compromiso.

—Eso puede arreglarse de una manera muy sencilla... Puede Ud. exceptuarne a mí... Nada en el mundo me hará olvidarme de Ud.

Fakrash trazó lentamente un círculo en el aire con la mano derecha.

—Todo está consumado, dijo... Mi recuerdo y el de mis acciones, están borradas de la memoria de todos, salvo de la vuestra.

—¿Y mi cliente? dijo Horacio. No puedo resignarme a perderlo.

—Volverá hacía vos, dijo el Genio temblando de impaciencia... Ahora, cumplid con vuestro deber.

Horacio triunfaba... Había sido un largo y desesperado duelo con aquel ser singular, a la vez tan astuto y tan infantil, tan crédulo y tan suspicaz,

tan benévolo y tan maligno. Más de una vez hubo de desesperar de la victoria, pero al fin la había obtenido... En pocos minutos más, el formidable Genio quedaría nuevamente embotellado, con toda seguridad, e impotente para dañar a nadie en lo sucesivo.

Y sin embargo, en el mismo momento de la victoria, quijotescos escrupulos comenzaron a turbar la conciencia de Ventimore. No podía contemplar sin lástima a aquella vieja creatura que se agitaba convulsivamente para penetrar

en su prisión, antes que caer en un pelligrino imaginario. Fakrash había envejecido visiblemente en las últimas horas... y parecía más anciano que sus tres mil años de edad. Es cierto que sus acciones habían sido fatales para Horacio, pero sus intenciones fueron siempre buenas. Su gratitud, aunque equivocada en las formas, indicaba un espíritu noble y generoso. Ningún otro Genio, sin duda, habría derramado riquezas, honores y dignidades de toda suerte, en pago de un servicio que la mayoría de los mortales hubiera considerado ampliamente retribuido con

un apretón de manos y una invitación a cenar.

Y ¿cómo le devolvería Horacio estos beneficios? Se aprovechaba de la ignorancia del Genio acerca de la vida moderna, para engañarlo y arrojarlo de nuevo y para siempre en su cárcel sombría... ¿Por qué no permitirle permanecer en libertad el resto de sus días? Fakrash debía haber aprovechado la lección... No se mezclaría en adelante en los negocios humanos... Podría marcharse al Palacio de la Montaña de las Nubes y terminar allí sus días pacíficamente, en unión de los genios que aún permanecieran sin embotellar...

Así, obedeciendo, aún contra sus intere-



¡Aun queréis arrastrarme a mi perdida!



ses a un caritativo impulso, Horacio hizo un esfuerzo para detener al Genio, el cual se revolvía penosamente en los aires sobre el cuello de la botella.

—Mr. Fakrash, exclamó, antes de que Ud. siga más adelante, escuchéme dos palabras... No veo una necesidad apremiante en que Ud. entre de nuevo en esa botella.

Pero el Genio, que había crecido hasta alcanzar proporciones gigantescas, y cuyas formas y facciones apenas se distinguían al travéz de los densos vapores negros que lo envolvían, contestó desde el seno de su columna de humo, con voz terrible y atronadora:

—¿Aun queréis arrastrarme a mi perdida? gritó. ¡Guardad silencio y cumplid vuestras obligaciones!

—Pero, vea Ud., persistió Horacio... En verdad sería yo un bruto si le sellara sin advertir a Ud. que...

La espesa y ondeante columna de humo, cuya forma era la de un cono invertido, iba siendo rápidamente absorbida por el cuello de la botella, hasta que solo quedó afuera una semimaterializada pero furiosa cabeza...

—¡Queréis que me detenga, exclamó esa cabeza, mientras llega el Lord Mayor con sus mamelucos, mientras expira el término de mi seguridad! Por el poder de Dios lo juro, si os retardais un solo instante, no volveré a tener fe en vos... Saldré una vez mas, solo para affigiros a vos y a vuestros amigos y a todos los habitantes de esta ciudad maldita, con las mas espantosas y horribles calamidades.

Y al decir estas palabras, la cabeza se hundió en la botella, con un prolongado estampido análogo al del trueno.

Horacio no vaciló por mas tiempo. El Genio mismo le había absuelto de sus últimos escrúpulos. Poner en peligro a Silvia y a sus padres, para no mencionar a todo Londres, por guardar consideraciones a un viejo demonio, obstinado y dañino, habría sido llevar el sentimentalismo demasiado lejos.

Por tanto colocó la tapa sobre el cuello de la botella, el que estaba tan caliente que

casi le abrazó los dedos, y tomando el martillo hizo penetrar con fuerza el misterioso sello en la embocadura, en forma tan satisfactoria, que el propio Salomón no habría tenido mas que pedir.



Tomando el martillo hizo penetrar con fuerza el misterioso sello

Colocó entonces la botella en una maleta, con algunos trozos de carbón, para darle aún mayor peso, y se dirigió al próximo embarcadero del río, donde gastó un penique que aún le quedaba, en un boleto para el Temple.

Al día siguiente apareció este párrafo en un periódico de la tarde, que probablemente disponía de espacio en exceso.

Aventura singular en un vaporcito de a penique

"Un caballero a bordo de uno de los vaporcitos del Támesis (así nos lo ha informado un testigo presencial), fué víctima de su propio descuido en la tarde de ayer. Parece que el caballero en cuestión llevaba una maleta de viaje, apoyada en la baranda de la cubierta. Al enfrentar el vaporcito el hotel Savoy se llevó inconscientemente su mano al sombrero, abandonando la maleta

que cayó en lo mas profundo del río. El propietario, cuyo descuido ocasionó bastante diversión a los pasajeros, apareció no poco desconcertado por su torpeza, aunque según dijo, la maleta no contenía objeto alguno de valor. Con todo, ha recibido una lección que le obligará a ser mas precavido en lo futuro".

EPILOGO

En una cierta tarde del mes de Mayo, Mr. Horacio Ventimore, comió en un gabinete privado del Savoy, en calidad de huésped de Mr. Samuel Wackerbath. En el hecho puede decirse que él mismo era ese día, el héroe de la fiesta, porque la comida tenía por objeto celebrar la conclusión de la casa de campo de Mr. Wackerbath en Lingfield, de la cual Horacio era el arquitecto, y congratularlo además por su próximo matrimonio con la señorita Silvia Futvoye, que debía tener lugar a principios del mes siguiente.

—Se trata de una pequeña comida de familia, dijo Mr. Wackerbath, al recibir a Horacio, paseando su satisfecha mirada, por sus numerosos hijos e hijas. Solo estaremos los de casa, como Ud. vé, la señorita Futvoye, que Ud. conoce muy bien, sus padres y un antiguo condiscípulo mío y su esposa, los cuales aún no han llegado... Se trata de un hombre considerable, agregó con cierta importancia, y conviene que Ud. cultive su amistad. Su nombre es sir Lawrence Pontney. No sé si Ud. recuerda que él desempeñó el año pasado las honrosas funciones de Lord Mayor de Londres, y ganó con su correcto comportamiento el título de barón.

Como el año pasado en cuestión, fué aquel en que Horacio había pagado su involuntaria visita al Guildhall, no era raro que el pobre joven recordase a tan poderoso señor.

No se sintió pues muy tranquilo, cuando fué anunciado el ex-Lord Mayor, temeroso de que Sir Lawrence pudiera por su parte recordarle a él. Por fortuna nada de esto sucedió.

—Mucho me alegro de conocer a Ud. Mr. Ventimore, dijo estrechando la mano de Horacio, con tanta efusión como lo hiciera algunos meses antes... Me agrada infinito ponerme en contacto con los jóvenes que se levantan. He oido que la casa que

Ud. ha construido para mi viejo amigo es un palacio perfecto, una verdadera maravilla.

—Al punto comprendí que este era mi hombre, declaró Mr. Wackerbath, una vez que Horacio hubo agradecido los cumplimientos de sir Lawrence. Ud. recuerda, amigo mío, el dia que cruzábamos el puente de Westminster, y yo le iba diciendo que pensaba edificar... Diríjase, me dijo Ud. a uno de los principales arquitectos, y estaré seguro de aprovechar su dinero... Pero yo le expuse que esta vez yo sabría escoger por mí mismo. Y anduve acertado... Tengo yo mucho ojo... Fuí pues a la pequeña oficina de Mr. Ventimore, que aún no tenía su actual espléndido estudio en Victoria Street, y le llevé mi pequeña comisión.

—¿No es así, Ventimore?

—Así es, dijo Horacio, sin saber hasta dónde llegarían las reminiscencias.

—Después, continuó Mr. Wackerbath, golpeando el hombro de Horacio, desde ese día no tuve ni por un momento motivo para arrepentirme de mi resolución. Trabajamos en perfecta simpatía. Sus ideas coincidían con las mías.

La comida dió principio en una sala espléndidamente decorada. En el centro de la mesa, se alzaba una alta palmera, cubierta de lámparas eléctricas, a la manera de mágicas frutas.

—Esta palma, dijo el profesor, que estaba de excelente humor, presta a la mesa un exquisito aspecto oriental. Creo personalmente que podríamos emplear con ventaja el estilo arábigo en la decoración y arreglo de nuestros departamentos. Me extraña mucho que nunca se le haya ocurrido a mi futuro yerno, dirigir sus talentos hacia esta novedad. Nada más confortable y lujoso, podría hallarse, para un alojamiento de soltero, por ejemplo.

—Horacio, dijo la señora Futvoye, sabe a este respecto donde tiene la mano derecha. Tiene el mas delicioso departamento en la plaza Vincent. Nunca olvidaré, añadió dirigiéndose a la señora Lawrence, la primera vez que comimos juntos allí, recién se arregló el matrimonio de mi hija... Todo era perfecto, sencillo, ingeniosamente arreglado, y su patrona parecía ser una excelente cocinera... Ahora es necesario que tenga casa propia.

—Con tan linda y encantadora compañera para cuidar de ella, dijo sir Lawrence

en su mas florido estilo, la casa mas pobre se convertiría en un paraíso... Supongo señorita, agregó dirigiéndose a Silvia, que Uds. se hallarán muy ocupados corriendo los almacenes de Londres, en busca de preciosidades para arreglar el nido... ¡No van a los remates?

—Estaba diciendo a la señora Futvoye, dijo, cuánto sentía no haber tenido el gusto de conocer a Ud. durante mi ejercicio como Lord Mayor. Ud. sabe que en ese puesto se tiene excepcionales facilidades para ejercer la hospitalidad, y yo habría tenido un verdadero placer, en que la primera vi-



Veo por su expresión, Ventimore, que Ud. no piensa como yo

—Vamos a las tiendas pero no a los remates, dijo Silvia... Es difícil hallar en ellos lo que se necesita... Y agregó en voz más baja... Horacio no tiene suerte en los remates.

—¿Qué quiere Ud. decir, Silvia, preguntó el aludido estremeciéndose.

—No recuerda Ud. cuando fué a un remate por encargo de mi papá, y tuvo que volverse sin haber podido comprar un solo objeto?

En los ojos de Silvia solo se dibujaba una tierna ironía... Evidentemente no recordaba la siniestra compra que él había hecho en ese remate, y cuan a punto estuvieron de verse separados para siempre. Así Ventimore se apresuró a declarar que no tenía en realidad suerte para los remates.

Sir Lawrence se dirigió entonces a Horacio al través de la mesa.

sita de Ud. a Guildhall, hubiera sido bajo mis auspicios.

—Ud. es muy amable, dijo Horacio, posándose en guardia.

—Me ilusorio, continuó el ex-Lord Mayor, en que durante mi oficio, hice lo posible por mantener las tradiciones de la City, y tuve la fortuna de tener el honor de recibir como huésped, un buen número de celebridades... Pero experimenté un desengaño. Siempre soñé con poder presentar la Franquicia de la City a alguno de nuestros conciudadanos, pero por una curiosa coincidencia, cuando la oportunidad llegó, el asunto fué dejado de mano, y perdí la oportunidad.

—Así, es, Mr. Lawrence... No todo puede hacerse, dijo Ventimore.

—Por mi parte, añadió la señora Lawren-

ne, a mí me agradaba que los centinelas me presentasen armas, donde quisiera que iba. Pero a mi marido nada le importaba aquello. Ni siquiera quiso usar el coche de estado, sino cuando no podía evitarlo. A este respecto era tan obstinado como un mulo.

—Veo, Lady Pontney, interrumpió el profesor, que Ud. participa de los prejuicios vulgares acerca de los mulos. Es un error. El mulo nunca ha sido apreciado en este país, en lo que realmente vale... Es la más noble y dócil de las criaturas.

—No me gustan esos animales, dijo Lady Pontney, ni ninguno de esa raza.

—Y son tan repugnantes, Antonio, añadió la señora Futvoye... y nada inteligentes.

—Uds. están equivocados, dijo el profesor. Los mulos son capaces de una inteligencia casi humana. He tenido personal experiencia, en lo que se refiere a mulos, afirmó a la señora Pontney, que aún parecía incrédula. Más experiencia de la que se suele tener de ellos, y puedo asegurarles que se adaptan a todas las circunstancias, y sufren todo género de incomodidades, sin dar muestra alguna de fatiga ni de desagrado... Veo por su expresión, Ventimore, que Ud. no piensa como yo.

Horacio apretaba los dientes para no reírse, y solo por un extraordinario esfuerzo, pudo dominar los músculos de su boca.

—Señor, dijo, solo una vez en mi vida he tenido estrecho contacto con un mulo, y francamente no deseé repetir el experimento.

—Le tocó a Ud. seguramente conocer un

ejemplar degenerado, dijo el profesor. Hay excepciones a toda regla.

—Aquel animal, dijo Horacio, era bajo todos conceptos extraordinario y excepcional.

—Cuéntenos algo acerca de ese mulo, dijo, una de las señoritas Wackerbath, y todas las señoritas se unieron a esta súplica, de modo que Horacio se vió en la necesidad de inventar una historia, que resultó, como era de esperarse, sumamente insípida.

Concluido el banquete, permaneció silencioso y pensativo, sentado junto a Silvia y mirando al través de los cristales de la galería, el verde tierno de la primavera que brotaba en los árboles de la villa, y el río de color de ópalo, y los edificios de la orilla opuesta, destacándose bruscamente sobre el azul del cielo de la tarde.

No fué esa la primera vez que hubo de parecerle extraño, casi increíble, que todas aquellas gentes hubieran olvidado por completo las extraordinarias escenas de que fueron víctimas o testigos, lo que probaba la honorabilidad del pobre viejo Genio que dormía ahora plácidamente en el insosnable fango del río, precisamente en el sitio donde realizara su última hazaña.

Fakrash, su botella de bronce y fantásticas maravillas habían sido olvidadas como si nunca jamás hubieran sucedido.

Y es muy probable que, aún este modesto y verídico relato sea olvidado también, aunque el autor espera que Fakrash el Amash no haya previsto esta coyuntura y que la historia de la botella de bronce pueda permanecer en la memoria de algunos de sus lectores.

FIN

